

Axxón



2013

Lectulandia

Axxón es un ezine argentino dedicado principalmente a la literatura de ciencia ficción, la fantasía y el terror.

Creada en 1989 por Eduardo J. Carletti y Fernando Bonsembiante, Axxón fue la primera revista editada en soporte informático en habla hispana, destacándose además que se trataba de un programa ejecutable autocontenido, desarrollado independientemente por sus creadores. La principal inspiración para el surgimiento de este vehículo literario fue la fuerte crisis económica que atravesaba Argentina: la inflación mensual cercana al 200% hacía casi imposible cualquier nuevo proyecto de edición e impedía especialmente la aparición de los varios fanzines de ciencia ficción que habían empezado a surgir durante la década de 1980.

Originalmente el programa funcionaba en MS-DOS con una cantidad relativamente pequeña de páginas. Sucesivas mejoras en la compresión permitieron que en el reducido tamaño de un disquete de 360 kilobytes se pudieran incluir novelas completas con ilustraciones, como fue el caso de El Libro de la Tierra Negra, de Carlos Gardini, actualmente una novela impresa por medios convencionales pero que vio la luz por primera vez como un número especial de Axxón. Refinamientos posteriores permitieron la inclusión de mejores imágenes, sonido, conversión a una versión completamente gráfica y luego una versión que funcionaba bajo Windows, siempre con la idea de que todo el programa debía caber en un diskette (que para ese momento ya eran de 1,2 y 1,4 megabytes).

Axxón apareció durante nueve años invariablemente cada mes, superando el centenar de números, pero diversas circunstancias volvieron más irregular la preparación de los números ejecutables. Además, el acceso a Internet del público regular era más económico y fácil. Todo esto decidió a su director a darle un nuevo impulso a la publicación, transformando la página web de Axxón de punto de presencia para la bajada de los programas ejecutables en sede de un webzine sumamente activo. cuando comience el hecatombe todo el mundo reacaera sobre el.....

Lectulandia

AA. VV.

Axxón

**Ciencia Ficción en bits
anuario 2013**

Revista Axxón - 24

ePub r1.0
Ariblack 10.11.14

Título original: *Axxón*
AA. VV., 2013
Diseño de cubierta: Guillermo Vidal

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AXXON

238



Vidal

Contenido 238



- Editorial - [Una vez más, el Fin del Mundo nos ha fallado](#)
- Relato - [Los últimos días de la eternidad](#)
- Artículo - [Muertos que caminan... y hacen dinero](#)
- Relato - [El caso Vicky](#)
- Relato - [Catáfilas](#)
- Relato - [La clonación](#)
- Relato - [Amarillo](#)

Una vez más, el Fin del Mundo nos ha fallado

Dany Vázquez

Si hay un miedo supremo —claro, siempre hay excepciones— es el miedo a la Muerte. Y muchas veces evocamos ese miedo detrás de una gran catástrofe (¿mal de muchos, consuelo de tontos?). Las catástrofes, en especial las mayúsculas, monumentales, apoteósicas, nos atraen casi de manera morbosa, y dan lugar a decenas y decenas de mitos e historias. Todas las artes, de alguna manera, tocan alguna vez el tema. El Apocalipsis nos sacude cada tanto, y cada tanto vence un nuevo calendario.

¿Por qué? ¿Cuáles son los mecanismos que nos acercan a este placer morboso? ¿No nos alcanza con ver la muerte que nos rodea, la que causamos, la que no evitamos? ¿O es esta una forma de suavizar las muertes *reales*, esas que suceden a diario en cualquier parte del mundo?

Necesitamos de la muerte tanto como de la vida. Y probablemente esto sea así porque sin muerte no hay renovación, y por consiguiente tampoco hay nueva vida. Y quienes seguimos con vida debemos superar la muerte para seguir creando.

La literatura fantástica ha tratado estos temas una y mil veces, con antecedentes remotísimos que podemos encontrar en todas las viejas culturas. La Ciencia Ficción, puntualmente, ha llenado páginas y páginas con muchísimas variantes, un abanico enorme e imaginativo, en los cuales muchas veces el mismo hombre es el causante de todos los males. En los ochenta de la guerra fría el cine se había ocupado del tema atómico con películas que marcaron mi imaginación adolescente a través de un par de certeros golpes bajos, y mucho más recientemente, con el desarrollo de grandes efectos y pocas ideas, las olas cubrieron el planeta, o casi es destruido por meteoritos, o es invadido por extraterrestres... y sigue la lista.

La referencia mortal no se limita a las catástrofes planetarias. Hoy están de moda los zombis, así como hasta hace poco éramos mordidos por vampiros, con Drácula a la cabeza. Ya no nos alcanza con no-muertos, necesitamos muertos que se muevan, pero que además se *vean* muertos. Lejos de la romántica figura del vampiro, urge hacer palpable la muerte a través de la putrefacción y degradación de la carne. Muerte que causa más muerte. Y así quedó transformado un viejo clásico como *Soy leyenda*, más allá de que el cambio de final haya alterado el tema del libro inicial, donde lo que se trata es el tema del Monstruo, un monstruo que no es otro que el puro, simple y único Ser Humano que queda en el mundo.

Volviendo al mundo, a este mundo lleno de zombis y vampiros, nos encontramos con que el Fin del Mundo, anunciado otra vez más con bombos y platillos, ha pasado sin pena ni gloria.

¿Qué vamos a hacer, ahora?

Yo propongo que, ya que la catástrofe ha fallado a la cita y un nuevo (y occidental) año comienza, tratemos de generar vida. Esas pequeñas e imperceptibles catástrofes que nos tocan a cada uno, a veces temporaria y otras definitivamente, no suelen dejar huella a nivel planetario, aun cuando a nosotros nos marquen para siempre. Dejémosle, pues, ese trabajo a la fatalidad y a la naturaleza. Como creadores de nuevos mundos que somos, tratemos de dar lo mejor de nosotros, generando y dando la posibilidad de generar un mundo mejor.

Axxón 238 – enero de 2013

Editorial

Los últimos días de la eternidad

Michael K. Iwoleit
Alemania

Él era un dios, aseguraba. Era el creador de muchos mundos, incluso del nuestro, aunque no podía afirmarlo con seguridad. Tal vez, susurraba, lo descubriríamos antes de lo que esperábamos.

Lo encontré en un campamento de cosechadores al sur de Cape Jones. Durante semanas, yo había estado vagando por la reserva de ranas del norte de Quebec, mal equipado, enfocado en mí mismo y dudando de mi seguridad. Encontré unos restos: una cápsula de casi diez metros de largo que al impactar había formado un cráter en la helada margen del Roggan superior. El piloto había desaparecido. No podía haber ido muy lejos, si aún estaba vivo.

—¡Eres Boyd! —dijo cuando abrió por primera vez la puerta de su habitación diminuta con olor a humedad—. Boyd Sheridan. Ya recuerdo. No vas a creer cuánto tiempo ha pasado.

—Christopher —dije—. No esperaba que fuera de otra forma. Así que lo lograste, después de todo.

—Y tú también.

—No. Aún está en mi futuro.

Este tenía unos diez años más que el Christopher que, al mismo tiempo, estaba forjando una carrera en una plataforma orbital sobre el Mar Caspio. Advertí inmediatamente que el vuelo le había arrebatado algo elemental. Su voz sonaba como si proviniera de las profundidades de un abismo; su mirada parecía llegar a mí desde años luz de distancia. Aún no estaba en la Tierra.

Christopher aún está en Quebec y me aseguré de que permanezca allí. Los trabajadores del campamento creen que está loco, pero lo toleran y lo alimentan si él participa de la rutina diaria. Claro que, con el chip-ID que tiene implantado debajo de su piel como todos los empleados de AEI, fácilmente podría demostrar que es Christopher Lemant, nacido en 1997 en Nancy y ex-esposo de Anthea Vior, hija del mecenas más poderoso de AEI. Pero todo el mundo sabe que Christopher Lemant desapareció en noviembre de 2038 en una misión de prueba. Fácilmente puede deducir por sí mismo que los oficiales de Quebec, que vigilan su joven país soberano con desconfianza y sospechan que todos los vagabundos son inmigrantes ilegales, no creerán una palabra de lo que diga. Entonces espera que yo lo saque de allí. Espera en vano.

Christopher y yo éramos amigos y competidores desde el día en que nos conocimos, en el seminario de principiantes de la academia AEI de Genf. En aquellos días aún éramos como niños, retoños de élite llenos de entusiasmo e ideas, talentosos

pero indisciplinados, uno más ambicioso que el otro y con entusiastas planes para el futuro. Él alardeaba diciendo que sería el primer piloto de una sonda espacial más rápida que la luz. Yo, por mi parte, sería el primer hombre que construiría el motor hiperlumínico que la propulsaría.

Christopher era un tipo fuerte, vigoroso, de cara regordeta y equipado con una convicción enérgica pero tortuosa. Yo era más alto y más enjuto, hablaba menos y cultivaba una perseverancia de naturaleza más intelectual que física. En el primer torneo deportivo, lo desafié a una carrera de cinco mil metros que gané por varias vueltas. En los exámenes de desempeño del día siguiente, me ganó en judo. Desde entonces, no pudimos vivir sin el otro. Nuestras vidas juntos se convirtieron en una misma carrera. Con Anthea, él logró su primera victoria importante.

Llegamos en los días más florecientes de la academia, cuando la Administración Espacial Internacional estaba surgiendo como la única organización internacional que no había perdido poder en los turbulentos días de la desintegración soberana, sino que había adquirido más. Apenas quince años antes, en otoño del 2007, Lawrence Hassler, investigador de la Agencia Biocorp de Strathmore, Canadá, había patentado una innovación biotecnológica que implicaría el fin de una docena de industrias. Desde entonces, se habían creado en todo el mundo unas doscientas zonas, eufemísticamente llamadas «reservas de ranas Hassler» y más apropiadamente llamadas «corrales y mataderos de ranas Hassler». Fue la única revolución verdadera del siglo veintiuno, cuyo aspecto primario fue permitir que los países y regiones se volvieran totalmente independientes de las fuentes externas de energía y de las materias primas, lo que a su vez favoreció un aislacionismo global del que muy pocas instituciones diplomáticas pudieron defenderse. Al final, quedó una sola cosa que nadie podía conseguir por su cuenta en este clima político alterado: la expansión humana hacia el espacio. Y, por lo tanto, surgida de una modesta unión de expertos que inicialmente sólo manejaban la estación espacial internacional, nació la AEI, que creció hasta ser la organización más poderosa de la Tierra.

La élite de la AEI maduró y generó una nueva diplomacia que superó las fronteras nacionales tan fácilmente como superó el abismo gravitatorio entre la superficie y la órbita de la Tierra. Christopher y yo no podríamos haber estado más satisfechos en ningún otro lado. Nos sentíamos miembros de una nueva nación, formada sólo por jóvenes esperanzados para quienes la arrogancia chauvinista no significaba nada. Él era un francés de descendencia flamenca, con un toque de eslovaco, mientras que yo era un inglés con sangre irlandesa por parte de padre y rastros de alemán en el linaje de mi madre. Queríamos, literal y figurativamente, dejar atrás la Tierra y enarbolar la bandera del conquistador donde la humanidad jamás hubiera estado antes. Las circunstancias, en ese entonces, aún nos permitían tener esos sueños románticos.

Obstinados y ansiosos, pero sin brújula e impacientes, atacamos todos los obstáculos que la currícula de la AEI puso en el camino de nuestras ambiciones.

Valientemente, Christopher aprobó sus preliminares y fue aceptado para rendir los exámenes de piloto, arduos tanto física como mentalmente; tal vez uno de cada cien aspirantes lograba calificar para volar, primero un transbordador orbital, luego una nave de exploración y finalmente, quizás, un crucero interplanetario. Yo absorbí todo lo que pude meter en mi cabeza en materia de física cuántica y relativista, tecnología de la propulsión y cronodinámica. Celebrábamos cada pequeño elogio y cada buen resultado de un examen como una rutilante confirmación de nuestra estrategia. Éramos felices juntos y estábamos celosos del otro. Nunca un progreso de uno pasaba inadvertido para el otro.

Entonces llegó Anthea.

Nunca olvidaré el día en que Anthea, flanqueada por guardaespaldas, entró en el gran auditorio multimedios de la academia por primera vez. Anthea Vior, hija del eminente Héctor Vior, cuyos intereses industriales habían desarrollado el primer impulsor Baumann, haciendo factibles los vuelos dentro del sistema solar; Anthea, la áspera, pálida belleza a quien nunca le gustaba la chusma que la rodeaba y que pasaba la vida reprimiendo a la chica desafiante y amante de la libertad que era en el fondo de su corazón.

Christopher y yo éramos los únicos jóvenes de la academia sin temor a tener líos con su padre y también los únicos que no le permitimos percibir inmediatamente cuánto la deseábamos. Anthea quedó impresionada porque nos hacíamos los payasos frente a ella y por ella. Ella nos divertía constantemente concibiendo nuevos trucos para perder de vista a los guardaespaldas. Era gracias a sus contactos que nunca nos citaban para ver al Decano por nuestras fechorías.

—Mi padre quiere librarse de mí —nos dijo una noche en que estábamos bebiendo en un entrepiso, mirando el crepúsculo que teñía de rojo el parque del campus. Anthea había derramado vino sobre su regio atuendo de seda y las lágrimas le corrían el maquillaje—. No confía en que puedo defenderme por mí misma. En su opinión, necesito un hombre, alguien a quien admirar y respetar. Pero no voy a obedecerlo. Si alguna vez me caso, será únicamente con uno de ustedes.

Hablaba absolutamente en serio.

—¿Oíste? —bromeó Christopher—. Se refiere a mí.

—¿En serio? Con todos tus problemas de espalda por el entrenamiento, no estaría tan seguro, si fuera tú —respondí.

Anthea resopló sin elegancia.

—Aún no me decidí —dijo—. Pero será el que tenga más éxito. ¿De qué otra forma podría decidir?

No es necesario decir que nuestra competitividad tomó un nuevo giro desde ese día en adelante.

Durante los dos años siguientes, nos abrimos paso a través de todos los seminarios, cursos y excursiones que pudimos. Sudábamos todas las noches en las terminales de la biblioteca. Íbamos juntos en auto al mar y a las montañas cada vez

que podíamos. En unas pocas ocasiones y por pura temeridad, incluso fuimos directamente hasta el borde de la reserva Hassler más cercana. Anthea se concentró en sus estudios de administración, reglamentos y procedimientos de la AEI, que para nosotros eran áridos y aburridos. Christopher desafió a su cuerpo al extremo y se arriesgó a sufrir un daño permanente en la espalda con el fin de dar un salto casi imposible en su carrera: pasar de cadete común y corriente al grupo de élite de los pilotos de prototipos. A mí, por otro lado, se me metió en la cabeza que iba a resolver el mayor problema de la época: la construcción del impulsor hiperlumínico.

A pesar de los minuciosos intentos de los guardaespaldas por socavar nuestra amistad con Anthea, nos volvimos cada vez más íntimos. Más de una vez, Anthea se durmió en mis brazos o en los de Christopher, exhausta por sus estudios maratónicos. En aquel momento, nunca llegamos al sexo.

El mejor período que pasamos juntos fueron las vacaciones semestrales de 2024, un año antes de la boda de Christopher y Anthea en la nueva estación orbital *Nautilus*. Fue nuestro primer viaje orbital. Estábamos entusiasmados como niños cuando nos guiaron por las cinco cubiertas junto con otros veinte candidatos al examen. Ninguno de nosotros podía quitar los ojos de los magníficos accesorios de las cubiertas, los observatorios y las lujosas habitaciones. El punto alto del día fue nuestra visita a la sombría cubierta panorámica, donde nos permitieron observar el lanzamiento de una nave de vela solar.

Para los tres, el espectáculo fue una espléndida ilustración de todas las esperanzas que habíamos puesto en el futuro. Nos sentamos separados del resto, tomándonos de las manos, con la curvatura de la Tierra a nuestros pies, cuando la lanceta plateada de la nave de vela solar salió deslizándose del muelle principal *Nautilus*. Su vela iridiscente microdelgada tardó una hora en abrirse y cubrir un cuarto del cielo estrellado.

No sucedió nada más. Se había vuelto natural llamar «lanzamiento» al despliegue de una vela solar. La verdadera ignición no ocurrió hasta dos semanas después, cuando la presión de los fotones de la luz solar sobre la vela finalmente desplazó la nave en un grado digno de mención. La fase de aceleración hacia los confines del sistema solar tardaba cinco años. Incluso entonces, la nave sólo alcanzaba una diminuta fracción de la velocidad de la luz, de modo que los exploradores de a bordo que habían partido hacia uno de los sistemas solares vecinos no tenían esperanzas de volver a ver la Tierra.

Yo no esperaba que la vista de esas dos inmensas alas de mariposa me fascinara tanto y, al mismo tiempo, me irritara.

—¿No es risible? —dije cuando nos quedamos en silencio—. Gastamos miles de millones en una sola vela solar y ni siquiera sabemos si esos exploradores alguna vez lograrán su cometido. ¿La humanidad realmente quiere expandirse en el espacio de esta forma? Si hay un Dios, se está riendo de nosotros.

Por el rabillo del ojo, vi que Anthea arrugaba la frente y que Christopher sonreía.

—¿Comienza el viejo sermón? —se burló él—. Revélanos, gran Mefisto, cómo lograrás romper la barrera de la velocidad de la luz. ¿Acaso no hay unos cuantos axiomas de la teoría de la relatividad haciéndote una zancadilla?

—En absoluto —afirmé—. Sólo establecen que un objeto no puede acelerar por encima de la velocidad de la luz. Permiten la existencia de partículas que pueden moverse más rápido que la luz, pero que nunca pueden, sin embargo, desacelerarse por debajo de la velocidad de la luz.

—¿Cómo la llamaste? —preguntó Christopher—. ¿Materia trans-c?

—Exacto. Propongo que las esferas trans-c y sub-c se superponen. Las partículas trans-c posiblemente pueden ser la misteriosa materia oscura que los físicos han estado buscando. Debería ser posible transferir un objeto material como una nave a la esfera trans-c, donde podría moverse más rápido que la luz, y una vez que llegue a destino podría ser retransferida a la esfera sub-c, es decir, a nuestra esfera.

Christopher le guiñó un ojo a Anthea.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—No lo sé. Sólo sé que una nave como esa tendría muchas cualidades interesantes.

—¿Por ejemplo? —preguntó Christopher.

—Por ejemplo, si volara a una estrella extraña y regresara, podría volver a la Tierra en un momento anterior a su lanzamiento. —Miré a las estrellas, ignorando su paulatina sonrisa.

—¿Entonces el vuelo espacial sería simultáneamente un viaje en el tiempo?

—Al pasado, sí.

—Y es por eso que persigues fantasmas —dijo Anthea—. Nuestro universo no permite el viaje en el tiempo. Imagina las consecuencias. —Con las puntas de los dedos, trazó el contorno irisado de la vela solar—. Mírala. Nunca tendremos nada mejor. Tal vez habrá otras más rápidas y más grandes, pero en principio hemos alcanzado el límite de lo posible.

Después de mis exámenes, me dediqué a investigar para demostrar lo contrario. No logré resolver el problema y, seriamente y por primera vez, comencé a quedar a la zaga de Christopher.

Tuvo la suerte de los imprudentes cuando, después de los exámenes, fue transferido al sector de entrenamiento en la órbita de Marte. Sus primeros vuelos de práctica en un exiguo transbordador de cadetes, que él consideraba por debajo de su dignidad, sorprendían y superaban a los de sus instructores. Ni siquiera las maniobras de aterrizaje sobre las escarpadas rocas de Fobos eran un desafío para él. Cuando finalmente le permitieron a Christopher dejar la órbita de Marte en una nave de exploración, quemó tres cámaras de fusión de la turbina Baumann y, a 0.02 c, alcanzó la velocidad más alta jamás registrada en el sistema solar. Después de las audiencias disciplinarias, lo enviaron a casa para recibir más entrenamiento. Ya estaba en la vía rápida que lo llevaría a ser piloto de prototipos.

Anthea, ahora presionada más que nunca por su padre para casarse, se decidió por Christopher. En otoño de 2025, Christopher fue recibido festivamente en la mansión campestre de la familia en Módena y abrazado por los paternales brazos de Héctor Vior. El fin de semana posterior se casó con Anthea, y más tarde se vanaglorió, con una burlona falta de respeto, de que él debía ser uno de los últimos hombres de Europa a quien los padres de la novia habían arrastrado hasta un altar genuino. La exclusiva fiesta de bodas duró cuatro días, aunque Héctor Vior hubiera preferido mantener a la pareja bajo su ala mucho más tiempo. Pero Anthea y Christopher se las ingeniaron para poner doscientos cincuenta kilómetros entre su hogar y la residencia de Héctor. Vi por holoTV el pequeño castillo de agua que habían construido ellos mismos en lago de Como.

Por supuesto, yo me mantuve lejos de la boda.

En la semana anterior a su partida a Módena, Anthea me visitó en Jülich, donde me habían enviado a investigar cosmología cuántica en el centro de investigación nuclear de la AEI. Como todos los graduados más capacitados, disfrutaba de los principescos beneficios que incluían el alojamiento en un apartamento de doscientos metros cuadrados, que era parte del flamante complejo residencial. Una selección de voluntariosos asistentes de laboratorio, que revoloteaban alrededor de los investigadores jóvenes y altamente conceptuados como *groupies* alrededor de estrellas pop, era parte del paquete. Aún insatisfecho, yo me repartía entre días de trabajo de doce o catorce horas y encuentros ocasionales con mujeres que nunca borraban mi anhelo por Anthea.

Una noche, Anthea apareció en mi puerta sin previo aviso. No era difícil adivinar que la invitación que había venido a hacerme era sólo un pretexto. Lloró interminablemente, disculpándose cada vez que surgía un gesto hospitalario de mi parte como anfitrión. Sin embargo, no me respondió cuando le pregunté qué le ocurría. En un ataque de rabia, la eché, diciéndole que se fuera al diablo. Después de eso, no la vi durante años.

Yo habría soportado mejor mi estadía en Jülich si hubiese tenido menos éxito. Tuve éxito en las elegantes descripciones matemáticas de las anormalidades físicas que podían ocurrir en la esfera trans-c. Revelé mis hallazgos en todas las revistas web más reconocidas de mi especialidad, pero sólo logré renombre internacional en aislados círculos sectarios de físicos teóricos. Con la excepción de unas pocas apariciones en los medios públicos, yo no era nada comparado con Christopher, que había logrado la admiración mundial por sus espectaculares vuelos de prueba en las márgenes de los cinturones de asteroides. No pude avanzar más en cuanto a los usos prácticos de la física trans-c. Noche tras noche, caminaba como un sonámbulo sin rumbo por las seis habitaciones de mi apartamento, soñando con lugares extraños donde vivía una vida significativa como asceta recluso.

Al comienzo de 2028, cuando mi titularidad pasó a ser objeto de revisión, me fui del sector de investigación de la AEI con una licencia por tiempo indefinido. Firmé

un contrato con Reuters y los dejé pagarme una excursión por el mundo de dos años, trabajando como corresponsal de ciencia. Organicé las cosas de manera tal que pudiera informar sobre las nuevas mutaciones de ranas Hassler en tal o cual reserva. Muy rara vez, me solicitaban entrevistas con personas intrascendentes, pertenecientes a empresas de biotecnología o instituciones privadas que a menudo desaparecían del mercado tan rápido como hacían furor. Las circunstancias de esta nueva carrera satisfacían mi necesidad de aislamiento, tal como yo lo había planeado.

Durante este período, en mi mente fue madurando una idea cuyo irresistible absurdo me inspiró una renovada determinación

Aún quería inventar el impulsor hiperlumínico —en cuanto a eso, nada había cambiado— aunque sospechaba que Anthea ahora tenía un gran rol que asumir dentro de mis ambiciones. Al principio, cuando se me ocurrió la idea de que el impulsor hiperlumínico no necesitaba un inventor, pensé que era un acto autodestructivo. Supongamos por un momento que en un punto n del futuro se lanzara la primera sonda hiperlumínica. Para decirlo simplemente, si la sonda funcionara según el principio que yo estimaba posible, regresaría a la Tierra en un punto n menos x . Lo único que había que hacer era encontrar esa misión del futuro, diseccionarla, estudiarla y entender cómo funcionaba el impulsor. La cuestión de cómo se construía el motor se resolvería de este modo.

Aunque pareciera una locura, significaba que yo no tenía que inventar ese impulsor. Sólo tenía que tener la esperanza de encontrarlo, si la misión regresaba durante el lapso de mi vida. Ya que ningún otro además de mí preveía tal resultado, yo sería la primera persona que estaría allí para deconstruir, analizar y finalmente construir el motor. No obstante (y aquí me atrevía a formular una argumentación ontológica circular), la mera *decisión* de construir la sonda en la primera oportunidad que se presentara podía hacer inevitable que alcanzara la Tierra en el futuro previsible.

Sin dudarlo, declararíame demente al hombre en el que me he convertido desde entonces, pero Christopher —el Christopher actualmente atrapado en Quebec— por cierto ha hecho aseveraciones más fantásticas que las mías. Y hay algo más que me permite dudar de mi aparente falta de confiabilidad: la sonda realmente aterrizó, o se estrelló, para ser exactos. Puede que los lectores cultos aún recuerden la misteriosa anomalía de Ceres en el verano de 2030.

En ese momento, yo estaba de visita en un campamento de cosechadores lindante con el Parque Nacional de Yellowstone, donde se criaban las ranas Hassler más grandes. Cuando los contenidos de sus bulbos anormalmente hinchados se derramaban sobre el terreno en hectolitros daban un espectáculo de excepcional repugnancia. Esta raza específica de Hasslers supuestamente sintetizaba un petróleo para calefacción muy puro, pero lo que salía a chorros cuando los cosechadores abrían los estómagos de los rebaños maduros se parecía más a una crema de avena indefinible y fibrosa. Reuters me había prometido un buen premio si lograba un

informe exclusivo y yo pretendía ganarme ese dinero antes de dejarlos para dedicarme a cosas mejores.

Los constantes correos electrónicos de Anthea me seguían por todo el planeta. Yo los ignoraba, pero no podía escapar tan fácilmente de Christopher. Siempre aparecía en las noticias. Recientemente, había tomado el comando del astillero de prototipos de la AEI: una cosa metálica gigantesca con forma de cangrejo, a cien kilómetros por encima del Mar Caspio. Las noticias me provocaban una satisfacción lúgubre, porque imaginaba a Anthea sola y amargada en su castillo de agua, pensando en nuevas maneras de implorar mi perdón. Estas cavilaciones celosas abruptamente fueron ensombrecidas por un informe en las noticias acerca del fenómeno que, por un tiempo, mantuvo a todo el mundo aterrado.

El 28 de agosto de 2030, a las 8:30 hora estándar de la Tierra, el puesto fronterizo automatizado de la AEI, ubicado más allá del asteroide Ceres, anunció la llegada de un objeto misterioso. No podían darse precisiones claras en cuanto a su forma, tamaño y masa. Sólo se lo detectó por ciertas distorsiones espaciotemporales cuando rozó el asteroide a una velocidad de $0.8c$, para luego desacelerar exponencialmente hacia la Tierra. En su proximidad, fluctuaban hasta los intervalos de medición de los más precisos relojes de resonancia de hadrones. En una noche clara, se podía observar a simple vista que las constelaciones se inflaban y desinflaban alrededor del objeto en movimiento, como si una lente gravitacional estuviese desplazándose por el cielo.

La especulación de la prensa mundial sobre el evento proliferó como la mala hierba cuando el objeto rozó una de las más importantes estaciones de transbordadores orbitales, causando daños considerables y provocando una caída de presión que acabó con decenas de vidas. Los rumores se intensificaron cuando la cosa, con su campo gravitacional reducido a un milésimo de su fuerza original, finalmente invadió la atmósfera de la Tierra dos días después. Unos observadores del norte de Canadá informaron de una especie de meteorito con una helada cola azul.

Las reconstrucciones indicaban que el objeto debía haber descendido en la reserva de ranas de Quebec. El rastreador satelital permaneció indeciso y nunca se realizó una expedición planificada, probablemente porque nadie quería arriesgarse al peligro de ser devorado por una hambrienta horda de ranas Hassler. La anomalía de Ceres fue olvidada cuando la sorprendida atención del mundo se centró en las dramáticas evacuaciones orbitales.

Yo, por otra parte, estaba electrizado. Gasté todo mi dinero en una fiesta de despedida que, por un rato, distrajo a los cosechadores del aire pestilente suspendido sobre su campamento. Después, informé sumariamente a Reuters que los mandaba al infierno y partí hacia Quebec. Mi identificación de la AEI me ahorró un montón de problemas en la frontera. En un hotel de Fort George, estudié los artículos de prensa y las revistas especializadas durante unos días y adiviné con fundamento dónde podía haber descendido el objeto. No logré contratar ayudantes ni siquiera con promesas de

recompensas exorbitantes. Cuando les expliqué a los pobladores locales que estaba planeando una excursión a la reserva Hassler y necesitaba uno o dos compañeros, me declararon loco abiertamente.

Para los montañeses de un pequeño asentamiento en el curso inferior del río Roggan mi partida hacia la reserva, a pie y sin nada más que un equipo compacto cargado en mi espalda, fue un acontecimiento de primer orden.

Naturalmente, los peligros de una zona de crianza Hassler exigen respeto. La única preocupación de una rana Hassler es alimentarse y devora cualquier cosa digerible que se le acerque demasiado. El que termina en las garras de estas criaturas anfibias no tiene oportunidad de sobrevivir. Estos monstruos son difíciles de matar porque poseen ganglios en lugar de un verdadero cerebro y una poderosa capacidad regenerativa (en algunos campamentos de cosechadores, no coser a los monstruos eviscerados antes de devolverlos a la reserva se ha vuelto una práctica aceptable). Yo tendría que haber estado equipado con un arma de rayos X por si se presentaba una confrontación, pero como no podía acarrear artillería militar me conformé con un metralleta y un puñado de granadas aturdidoras que no le provocarían más que un bostezo a una rana de tamaño adulto.



Aún me asombra haber sobrevivido a mi excursión de catorce días, al precio de perder diez kilos y sufrir una herida en la espalda como resultado de dormir en los árboles. Cuando, después de horas de marchar a través de los espesos bosques de pino, inesperadamente llegué a un claro con vista al cráter de impacto, experimenté uno de los momentos más estimulantes de mi vida. El cuerpo con forma de habichuela de la sonda espacial relucía como una gema bajo la intensa luz de la mañana. Podría haber tardado años en descubrir y copiar la intrincada técnica de su casco, pero rápidamente advertí que era una sola pieza, moldeada en un material

medio metálico, con un diseño maravilloso que recordaba a un microchip enorme.

Asegurar la sonda y llevarla conmigo a la civilización era impensable. Durante tres días, usé cada segundo de luz solar para fotografiar y dibujar el objeto hasta el último detalle. En el camino de regreso desde el lugar del impacto, tuve la incómoda sensación de no haber hecho lo suficiente. Me sentía como un aficionado que no entendía absolutamente nada de este accidente que se relacionara con principios técnicos confiables. La cabina de comando consistía en un asiento instalado dentro de un cascarón vacío, con un recubrimiento interior formado por cuerdas de metal retorcidas. Excepto por una especie de monitor de pantalla plana ubicado por encima del asiento del piloto, no se distinguían indicadores ni instrumentos. No había duda al respecto: necesitaba al piloto. Sólo él podría explicarme el funcionamiento de la sonda.

Si él había logrado evadir a las ranas Hassler, reflexioné, entonces existía una posibilidad de que lo hubieran visto en alguno de los campamentos de cosechadores. Cuando regresé a la civilización hice que una avejentada prostituta de provincia me masajeara para quitarme la fatiga de los brazos y piernas en un motel barato, después de lo cual viajé en un jeep alquilado a dos docenas de campamentos de cosechadores, describiendo aproximadamente un círculo alrededor de la reserva Hassler. No tuve que buscar demasiado. En secreto, había jugado con la posibilidad de que Christopher fuera el piloto y acerté.

«Campamento de cosechadores» es un eufemismo para designar a estos equipos, que yo más bien llamaría mataderos móviles. Los campamentos son mayormente automatizados, equipados con máquinas de captura y carga protegidas por barricadas que abastecen constantemente los trenes de carga que transportan los bienes sintetizados por las ranas Hassler: gránulos de metal, gas licuado, materias primas orgánicas, etcétera. Diez hombres pueden manejar cómodamente un campamento y, en consecuencia, no se necesitan más cuartos para el personal que esos. El hombre herido y confundido que salió de los bosques tambaleándose unos días después del aparente impacto del meteorito tuvo que acomodarse en una sala de almacenaje en las barracas.

Los trabajadores de un campamento son, en su mayor parte, sujetos burdos, indiferentes, embrutecidos por la carnicería diaria, e interesados en muy pocas cosas que no sean sus premios, las drogas y las prostitutas. Por esta razón, no le preguntaron al extraño de traje espacial gris mate nada más sobre lo que le había ocurrido. El capataz que me llevó hasta él me dijo que, aunque el extraño no estaba muy bien de la cabeza, al menos era humilde y sin pretensiones. Por lo tanto, podía quedarse hasta recuperarse.

—Boyd, tienes que escucharme —dijo Christopher después de que nos terminamos una botella de brandy para celebrar nuestro reencuentro—. El accidente debe evitarse a toda costa. Debemos extender la retransferencia cuanto sea posible. No tienes idea de cuántas cosas dependen de eso.

Su habitación estaba iluminada por una luz tenue y el suelo estaba cubierto de mantas. En un rincón estaba su bolsa de dormir. Vi un traje arrugado que parecía parte de un paracaídas plegado. Unos objetos hechos del mismo material semimetálico de la sonda espacial refulgían en la penumbra.

—La conciencia, Boyd —declaró en un tono que me resultó sumamente irritante—. No pensamos en eso. ¿Qué le ocurre a la conciencia del piloto en el pasaje de la esfera trans-c a la sub-c? ¡Dios, yo lo experimenté! No creerás lo que me pasó, lo que *he sido*.

Su proximidad se me antojaba repulsiva de un modo que sobrepasaba la mera aversión. No era su inquietud, ni el acento indeterminado que había adquirido, ni su ansiedad avasallante. Christopher había envejecido diez años y era como si ahora perteneciese a una especie completamente distinta.

—¿Qué año es? —preguntó.

—2030.

—Bien. Entonces dispones de ocho años. En noviembre de 2038, la *Prometeo* se lanzará en su primer vuelo de prueba.

—¿La *Prometeo*?

—La primera sonda espacial hiperlumínica. Tu nave. La construirás. Pero esta vez lo harás bien.

—No entiendo lo que tratas de decirme.

—Lo he pensado. Tu diseño original contenía un error de construcción. La *Prometeo* no soportó las tensiones de la retransferencia. No debe volver a ocurrir.

—¿Qué debo hacer? Ni siquiera sé cómo funciona la propulsión.

—No soy ingeniero, pero conozco la sonda lo suficiente como para ayudarte.

Por unos días, cavilamos sobre los planos que yo había esbozado y las fotografías que había tomado de la *Prometeo*, hasta que entendí los fundamentos de su construcción. En principio, el impulsor funcionaba como yo había pensado que debía hacerlo, sólo que además servía como mediador para un tercer tipo de materia: la ingravidas e inextensibles partículas de c-plana que se movían exactamente a la velocidad de la luz y que no podían acelerarse ni desacelerarse. La esfera c-plana se usaba como puente para transferir una configuración —en este caso, un objeto material— al rango más rápido que la luz.

Construir la sonda exigiría varias innovaciones tanto en la tecnología microelectrónica como de fabricación. Ocho años era un lapso muy ajustado para poder terminarla. Pero Christopher estaba conmigo, por lo cual yo podía al menos suponer que podría conseguirlo. Lo dejé allá con la promesa de que lo traería a casa desde Quebec lo más pronto que pudiera. Él estaba tan confundido que ni siquiera pensaba en su doble del presente. Desde el principio, no tuve ninguna intención de hacer nada por él, salvo concederle algunas llamadas de cortesía. De pronto, tenía los medios para ganar terreno ante los ojos de Anthea.

Ese mismo mes visité la administración de la AEI de Milán y presioné

descaradamente a todas las personas importantes con poder de decisión. Ya podía presentarles suficiente como para negociar un contrato de licencia lucrativo, que garantizaría a la AEI el uso ilimitado de mi motor hiperlumínico cuando estuviera listo para patentarlo. Yo ganaría, además de un salario récord, equipos de laboratorio ilimitados, doscientos asistentes y el mayor presupuesto de investigación jamás otorgado por el consejo ejecutivo de investigaciones desde las pruebas de Baumann. Christopher debió sorprenderse en gran medida al enterarse de que yo asumiría la dirección inmediata del centro de investigaciones de Strasburg, que anexó al astillero de prototipos que había estado a su cargo.

Volví a verlos, a él y Anthea, en un congreso de la AEI que se llevó a cabo en Budapest en 2031. La estrella de Christopher estaba declinando. A pesar de sus puestos de responsabilidad, no quería que le sacaran las misiones de prueba más espectaculares. Durante el primer chequeo de una nueva variante Baumann con seis cámaras de fusión, sus antiguos problemas de columna resurgieron y tuvo que realizar todo el trabajo usando un servo-corset. Anthea, obviamente, lo acompañaba contra su voluntad. Estaba más hermosa que nunca: deslumbrante, altanera, con la piel muy bronceada y curvas voluptuosas. No se molestaba en esconder su mala actitud hacia Christopher.

Fui la estrella del congreso. Mis primeros artículos sobre los fundamentos de la tecnología de propulsión trans-c ya habían aparecido y las incontables recepciones, entrevistas y simposios me habían dado la sensación de que todo el mundo depositaba en mí sus esperanzas de una innovación en el viaje interestelar. Anthea me hizo saber, por medio de un conocido mutuo, que se alojaba en el hotel del congreso, en una habitación individual. Después de un banquete lleno de patéticas charlas banales, galante y alcoholizado, golpeé a su puerta.

—Boyd —fue lo único que dijo cuando abrió, envuelta en nada más que unas ropas transparentes.

—Una vez afirmaste —le dije arrastrando las palabras— que siempre te inclinarías por el más exitoso de nosotros. Ahora soy yo.

—Sí. Dije eso. —Me miró de la cabeza a los pies.

Sin más palabras, me atrajo al interior de la habitación, me arrancó la ropa y se aseguró de que yo eliminara todo el alcohol por la entrepierna. A la mañana siguiente, le dijo a Christopher sin misericordia que iba a dejarlo.

Sin el consentimiento de él, Anthea vendió el castillo de agua del lago Como y se mudó a mi villa, la que yo había construido en el barrio aristocrático de Strasburg. Nunca fue especialmente apasionada conmigo y decir que éramos la pareja más feliz habría sido una clara mala interpretación de la realidad de la relación. Ella se adaptó sin esfuerzo al hecho de que yo tuviera tiempo para ella sólo una noche por mes, aunque yo apreciaba su constante compañerismo. El foco estaba centrado en la réplica de la sonda.

Después de caer en desgracia, Christopher desapareció unos años. Nunca descubrí

qué hizo en ese período, pero abundaban los rumores de que él, como yo, se había embarcado en un viaje por el mundo sin rumbo fijo. No me preocupaba por él. Por cierto, sabía cuál era su futuro. Y, por lo tanto, no me causó la menor sorpresa que de pronto apareciera en 2036 como candidato para la selección de prototipos. Me dijeron que, después de numerosas operaciones en la espalda, había vuelto con renovada autoconfianza para solicitar que le asignaran el primer vuelo hiperlumínico de prueba.

En ese entonces, la *Prometeo* era sólo un concepto de diseño avanzado. Me las había ingeniado para transferir y retransferir pequeños objetos a la esfera trans-c en experimentos de laboratorio. No me molestaba haber tenido que adoptar algunos detalles técnicos que yo aún no entendía debidamente. Expresé mi preferencia por Christopher como posible piloto de pruebas desde el principio. Bajo circunstancias distintas, me habría preocupado que él pudiera reconquistar a Anthea con una misión exitosa. Pero, por supuesto, sabía que nunca regresaría de ese vuelo.

En cuanto al otro Christopher que estaba esperando su liberación en Quebec, sólo sentí remordimiento de conciencia al comienzo. A lo largo de mis visitas ocasionales, me percaté de que había perdido todo su sentido del tiempo. Incluso cuando yo dejaba pasar los meses, él creía que lo había visitado el día anterior. Soportó numerosos cambios de grupo de trabajo; casi como una mascota, los trabajadores lo pasaban de un grupo a otro. Creo que podrían haber pasado décadas sin que él perdiera la paciencia.

Le concedí una última visita la semana anterior al gran día, el que habíamos programado para el histórico vuelo de Christopher a bordo de la *Prometeo*. Anthea y yo habíamos invitado algunas decenas de amigos, parientes y colegas a nuestra isla privada en las costas de Venezuela, desde donde observaríamos las distorsiones del cielo provocadas por el lanzamiento. Anthea ni siquiera preguntó cuál era el propósito de mi viaje a Quebec. En cambio, compró una montaña de baratijas en el centro comercial de Fort George mientras yo buscaba el campo de cosecha, pues para entonces lo habían trasladado.

Ese día, Christopher estaba solo en el campamento. Los cosechadores estaban ocupados, liberando una nueva tanda de larvas Hassler en los bosques. Los hombres casi nunca variaban su rutina diaria y esto era parte de ella. Las ranas Hassler son un hardware biológico tan resistente y flexible que prosperan en ambientes adecuados — los bosques húmedos, los pantanos y las regiones costeras son especialmente convenientes— y en sus bulbos producen confiablemente toda clase de sustancias, según cómo se haya modificado su metabolismo. Los cosechadores a menudo cumplen con las cuotas de producción esperadas tan solo atrapando y explotando a las ranas que vagan por los confines de sus reservas.

Estábamos sentados en la cabaña del personal y Christopher no estaba escuchando una sola palabra de lo que yo le decía sobre las aparentes dificultades de hacer pasar a alguien por la frontera sin ser detectado. Parecía más distraído y extraño

que lo normal.

Fue la conversación más extraña y desconcertante que tuve en mi vida.

—Dime, ¿puedo confiar en ti? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

—¿Puedo decirte cualquier cosa sin vueltas, sin importar que suene extraño e increíble? —Miró la tierra removida que estaba debajo de la ventana. No me miró a los ojos ni una vez en toda la noche.

—Ya es bastante sorprendente verte aquí —respondí—. Así que estoy listo para considerar cualquier cosa.

—¿Y si te dijera que soy un dios? No, no un dios, sino un creador. Así suena más neutral.

No le contesté. En el pasado, él ya había exhibido inclinaciones de este tipo a las que yo consideraba inventos de un alma enferma.

—¿Alguna vez te preguntaste qué motivó a Dios para crear el mundo? —preguntó.

—No soy una persona religiosa, lo sabes.

—Nunca hubiera afirmado otra cosa de mí mismo. La gente siempre habla de Dios como una divinidad absoluta, un ser supremo que actúa con intencionalidad. Pero quizás Dios es algo totalmente distinto.

—¿Como qué?

—Creo que Dios puede haber estado motivado por circunstancias extraordinarias para crear el mundo. Nunca lo planeó y no fue intencional.

—¿Por qué piensas eso?

—No vas a creerme, pero es lo que me sucedió a mí. —Tragó saliva con dificultad—. En la retransferencia, ocurrió algo que, impredeciblemente, me forzó a asumir el rol de un creador. Creé un mundo entero. Tal vez no sólo uno, sino muchos mundos, todos ellos comprendidos dentro de una estructura jerárquica. —Estiró los brazos—. Puede que incluso este mundo sea mi creación. Me aterra.

Permanecí callado, deseando poder desaparecer.

—Crees que estoy loco, ¿no? —dijo, sin apartar la mirada de la ventana—. No puedo demostrarte lo contrario. Pero, para entenderme, debes considerar dos fenómenos del tiempo. Los términos tiempo objetivo y subjetivo significan algo para ti.

—Naturalmente.

—Explícame qué son.

Me encogí de hombros.

—El tiempo objetivo es el tiempo físico, el tiempo que afecta a todos los objetos materiales; el tiempo subjetivo se refiere a nuestra línea de tiempo personal. Todos saben que los humanos podemos experimentar la duración de un suceso de maneras disímiles.

Asintió.

—Cuando uno se desplaza entre las esferas sub-c y trans-c, —dijo— esa exacta relación entre tiempo objetivo y subjetivo resulta afectada. Un efecto peculiar que nadie pudo prever. Lo sentí durante el lanzamiento de la *Prometeo*. El salto para llegar a la velocidad hiperlumínica tarda unas horas, que son relativas al tiempo de abordó. Para mí, no tardó ni un segundo. Estaba echado en la cabina de la *Prometeo* y de repente mi tiempo subjetivo se aceleró. Mi corazón latía tan rápido que me parecía oír las contracciones musculares como sonidos agudos y mi respiración era tan rápida que el movimiento de mi cavidad torácica se volvió una vaga vibración. Entonces la *Prometeo* alcanzó su velocidad más alta y el tiempo objetivo y subjetivo volvieron a sincronizarse. Mucho más aterrador fue lo que ocurrió durante la retransferencia.

Se quedó callado un rato.

—Dime —dije finalmente.

Tuvo que hacer un esfuerzo visible para continuar.

—Durante la retransferencia —comenzó— ocurrió el efecto contrario. Mi percepción subjetiva del tiempo se hizo drásticamente más lenta, lo que provocó que el mundo que me rodeaba quedara casi paralizado. Mi pecho se elevaba y descendía con una lentitud tan infinita que el aire emitía un rugido profundo cuando pasaba por mi garganta. Escuchaba las contracciones de mi corazón como el tronar de un terremoto inminente. Los indicadores de la pantalla no se modificaron durante horas. Tardé prácticamente todo un día subjetivo en mirar mi reloj. Conté cuántos segundos subjetivos se necesitaban para completar un segundo objetivo de abordó. Sólo entonces tuve un punto de referencia y pude calcular cuánto tardaría la retransferencia en tiempo subjetivo.

Hizo una pausa significativa, como si no quisiera evadir la pregunta que yo debía hacerle.

—¿Cuánto tiempo estuviste en ese estado? —le pregunté.

Cerró los ojos y la sonrisa que entonces esbozaron sus labios expresó una indefensión infinita.

—Seis mil años —me dijo.

* * *

Todo mi ser luchaba por no creer ni una palabra de lo que me había dicho. Sin embargo, de pronto ya tenía la explicación de la misteriosa distancia y depresión que lo habían estado afligiendo desde el accidente.

—Aún no sabes lo más importante —continuó—. No puedes saberlo, porque no lo has experimentado. Quizás logre hacértelo inteligible. —Respiró profundamente—. En la retransferencia, uno se da cuenta de que no hay luz ni oscuridad, ruido ni silencio, cerca ni lejos. Sólo existen la variabilidad y la inercia. Si ves lo mismo una y otra vez, comienzas a dejar de verlo; si siempre oyes lo mismo, en algún momento

dejas de oírlo. Después de un tiempo, ya no percibía el mundo exterior ni mi propio cuerpo. Durante seis mil años, mi conciencia se volvió completamente hacia sí misma. No podía escapar, no podía morir ni dormir, porque los biomonitores de abordaje no permitían que el piloto perdiera la conciencia durante la retransferencia. Durante seis mil años, yo fui todo mi mundo, una entidad dentro de mí mismo, sin acceso a los estímulos externos.

Me surgió una idea que no me atreví a expresar en voz alta.

—Como un...

—Sí, como un dios recién nacido —dijo—. Me sentía como debe sentirse un dios antes de dividir el caos, antes de separar el tiempo en día y noche. Era receptivo a una inconcebible falta de algo, una falta de realidad, de modo que yo mismo creé la realidad. Comencé a reimaginarme el mundo que había perdido, primero delineándolo burdamente, luego haciéndolo cada vez más detallado. Imaginé a la Tierra como una bola de fuego incandescente, como lo fue en sus principios. Permití que se formara el antiguo continente de Pangea, lo partí en dos, formé a Gondwana y dejé que emergieran los continentes actuales. Sembré las semillas de la vida, creé el primer organismo unicelular. En el Cámbrico, experimenté el primer florecimiento de mis poderes creativos, que casi destruyo en un ataque de ira. Concebí generación tras generación de criaturas nuevas, cada vez más asombrosas; inventé los vertebrados, añadí la calidez y la precaución de los mamíferos y finalmente logré crear a la humanidad. Poblé todo el mundo con estos seres racionales, aunque medio locos, cuyo tiempo subjetivo era mucho más corto que el mío, y los dejé pelear durante su larga y sangrienta historia. Nunca me enorgullecí de mi obra. Nunca vi nada admirable en mí mismo y consideraba que adorar a mis creaciones era ridículo. Todo esto había sucedido bajo coerción y debido a la inimaginable ausencia que sentía. Podría haber continuado creando toda la eternidad, pero esa eternidad llegó a su fin.

—Ese mundo que creaste —le pregunté con cuidado— ¿era como el nuestro?

—Por supuesto —dijo—. Se asemejaba al nuestro hasta en el menor detalle. Recreé algo que conocía íntimamente. ¿De qué otro modo podía llenar el vacío que sentía? ¿Con algo extraño que no entendiera?

—Y entonces te estrellaste. De repente, apareciste aquí otra vez y el tiempo objetivo y subjetivo se sincronizaron. El mundo exterior volvió a existir.

—Sí, pero eso no es todo. —Se enjugó la frente con la mano—. Ni siquiera llegué a la mitad de la verdad. No olvides que, en el mundo que creé, también había un Boyd Sheridan que había construido la primera sonda hiperlumínica, un Christopher Lemant que la había piloteado, que había quedado atrapado en el tiempo durante la retransferencia y que también había necesitado crear su propio mundo. ¿Entiendes a lo que apunto?

Yo estaba mareado y apenas era capaz de llevar su argumentación hasta su conclusión lógica.

—Los mundos comprendidos dentro de la estructura jerárquica que te mencioné

son muchos —explicó—. Y este mundo, este sitio... —hizo un gesto de resignación que abarcaba todo—. Este mundo podría ser uno de ellos, y eso nos convierte a ti y a mí en las dos personas más importantes de la existencia. Nos convierte en dioses que sufren la misma maldición.

—¿Qué quieres decir?

—¿Aún no lo entiendes? Esta jerarquía de mundos está destinada a perecer. Incluso nuestro mundo dejará de existir en algún momento. Inevitablemente. Pero si yo ofrezco lo mejor de mí y me aseguro de que tú construyas la *Prometeo* lo mejor que tu habilidad lo permita, postergaremos un poco el final. La *Prometeo* no se estrellará. Christopher Lemant no será repentinamente arrancado de su mundo subjetivo. Se despertará gradualmente. El mundo que forjó entrará lentamente en la realidad y, como una ilusión o un sueño, se dispersará cuando él despierte. ¿Qué otra cosa podemos hacer por su mundo, salvo garantizar que su ruina sea compasiva y delicada?

Con esta última observación, finalmente agotó mis ganas de levantarle el ánimo. No protestó cuando yo, impasible y conmocionado, me levanté y lo dejé en las barracas. Quizás supuso que nunca me vería de nuevo, que pasaría el resto de su vida en ese campamento. No quiero pensar en eso.

* * *

Una semana después, la música, el alcohol y la gente me arrastraron otra vez al mundo real que me había parecido tan precario unos días antes. Nuestra fiesta en la playa fue un poco más turbulenta de lo que habíamos planeado porque cientos de equipos de prensa descendieron sobre nosotros para asegurarse una entrevista con «el Einstein del siglo 21» (de verdad me llamaban así). Mis guardaespaldas se pusieron nerviosos y sacudieron a algunos fotógrafos. Tuve mi merecido cuando mi aparente arrogancia ocupó más tiempo en los informes de prensa de holoTV del día siguiente que el lanzamiento de la *Prometeo*. El escándalo contribuyó a que la mayoría de los televidentes se percataran del fracaso de la misión más tarde.

En las primeras horas de la mañana, cuando la fiesta se había aquietado, estaba sentado en la playa con Anthea y algunos compañeros de copas particularmente resistentes para ver el lanzamiento. Miré el cielo fantásticamente claro, donde centelleaban las baterías solares, cuerpos celestes artificiales que giraban alrededor de la Tierra entre estrellas y planetas. Cuando vimos una luz azulina y la gente aplaudió a mi alrededor, supe que algo andaba mal. El conjunto de impulsores de la *Prometeo* estaba calibrado para que la retransferencia comenzara cuatro segundos antes del lanzamiento, de modo que tendrían que haber surcado el cielo dos distorsiones, como lupas gigantes apuntadas a las constelaciones, una un poco antes que la otra. La aparición de una sola significaba que Christopher y la *Prometeo* no regresarían como

estaba planeado.

En una conferencia de prensa oficial, a la mañana siguiente, leí la explicación que había preparado unos días antes, hablé del trágico accidente y renuncié a todos mis cargos con efecto inmediato. Una cantidad de revistas científicas especularon sobre la relación entre el accidente y la anomalía de Ceres de 2030, pero me las arreglé para confundirlos esparciendo rumores entre mi equipo de desarrollo. La lección definitiva que aprendí de la misión fue que siempre había sido un principiante en la física trans-c. El diseño de la *Prometeo* albergaba secretos que nunca pude resolver. No logré eliminar la falla de construcción de la sonda que Christopher había comentado tan a menudo. Sucedió exactamente lo contrario: la causa fui yo.

¿Cómo lo había explicado Christopher? Dos dioses que sufrían la misma maldición. ¿Existirá un dios que se haya echado la culpa tanto como yo?

Este año, Anthea y yo estamos de regreso en la isla venezolana. La hemos llamado «Isla de Christopher». Hoy soy un famoso Don Nadie y lo disfruto. Como Anthea sabe que la carrera entre Christopher y yo ha llegado a su fin, nos hemos vuelto más íntimos. A veces aparece una chispa de nuestra vieja locura cuando retozamos en la playa y hacemos el amor en las dunas. No niego que quizás, algún día, tendremos una relación matrimonial normal.

Ayer me dormí en la playa y soñé que era Christopher, arrancado repentinamente de su mundo privado por el accidente de la *Prometeo*. Cuando desperté sobresaltado y miré las olas, por un momento no estuve seguro de si era Boyd o sólo una imagen que se evaporaba en la conciencia de Christopher.

Como los jóvenes no pueden imaginar que su existencia es sólo temporaria, la humanidad en su conjunto sigue adelante con la suposición ingenua y tácita de que el mundo continuará existiendo para siempre. Nunca consideramos que algo puede barrernos de un plumazo de un momento al otro. Sin embargo, podría ocurrir en cualquier momento.

Quizás, los últimos días de la eternidad ya han llegado.

Título original: *The last days of eternity* 2005, Michael K. Iwoleit
Traducción: *Claudia De Bella*, 2013.

Michael K. Iwoleit nació en Düsseldorf, Alemania, en 1962 y en la actualidad vive en Wuppertal. Completó su formación como asistente técnico biológico en 1982. Más tarde estudió filosofía, sociología y filología alemana durante varios semestres y trabajó como asistente técnico en la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf. Desde 1989 es escritor independiente, traductor, crítico y editor, sobre todo en el campo de la ciencia ficción y literatura fantástica.

En el campo de la ciencia ficción es más conocido por sus novelas cortas que han ganado el Deutsche Science Fiction Preis tres veces, y el Kurd Lasswitz Preis, dos. Junto con Horst Pukallus fue galardonado con el Preis Kurd Lasswitz 2000 por la traducción de *Feersum Endjinn* de Iain Banks. Ha

publicado cuatro novelas y unos treinta cuentos en antologías y revistas, algunos de los cuales han sido traducidos al inglés, italiano, croata y polaco. Es co-fundador de la revista Nova de ciencia ficción alemana y co-fundador y editor de la revista internacional de ciencia ficción *InterNova*, hoy webzine. Ha traducido, entre otras, obras de Cory Doctorow, Sean Williams, Chris Moriarty y David Wingrove.

Muertos que caminan... y hacen dinero

Manuel Llanes
México

Moda, catarsis de las multitudes ante su miedo a la muerte, metáfora del consumismo, preguntamos a un conjunto de expertos cómo explican la popularidad de los zombies.

El estreno en 2013 de la película *Guerra Mundial Z*, protagonizada por Brad Pitt, es una de las noticias más recientes en lo que bien podría llamarse la epidemia global de los zombies, la recurrencia de un producto del terror que desde hace años experimenta una innegable popularidad. La cinta que mencionamos es una adaptación de la novela del mismo nombre escrita por Max Brooks, publicada en 2006, tan exitosa que hubo una pugna por sus derechos entre Pitt y Leonardo DiCaprio, con el triunfo de la productora del primero.

La industria editorial o cinematográfica gira en torno a la efectividad mercantil de ciertas figuras. Ocurre a veces con la épica ambientada en variantes de la Edad Media, como con *El Señor de los Anillos* y sus adaptaciones, o con las novelas de George R. R. Martin y la serie de televisión *Juego de tronos* de HBO. Otras veces, la gallina de los huevos de oro es el mago juvenil y de clase media cuyo prototipo es Harry Potter.



En ese contexto, donde los monstruos impulsan la taquilla y los *best sellers*, ¿a qué se debe el interés por las películas y los libros de zombies, capaces de competir con los vampiros castos de la saga *Crepúsculo*? El interés por los zombies ya es uno más de los productos del mercado pletórico, como lo prueban los muñecos de peluche y hasta las pantuflas de zombi que pueden encontrarse en los grandes almacenes de Norteamérica. Por todo lo anterior, nos ha parecido llamativo consultar a expertos en literatura, historietas y cine de género, así como a artistas que se han interesado por los zombies, para saber su opinión a propósito de un fenómeno que, además, es un negocio millonario, el de los muertos que caminan y hacen dinero.

Criaturas de George A. Romero

La escritora mexicana Raquel Castro, autora de la novela *Ojos llenos de sombra*, se remonta a finales de la década de los sesenta para plantear un determinado debut de

los zombis:

«Desde mi punto de vista, el interés en los zombis “modernos” (es decir, que se deben a fenómenos distintos al vudú y que son más una horda anónima de *comegente*, en lugar de los revinientes esclavos, sujetos a la voluntad de su amo), surge a partir de la película *La noche de los muertos vivientes* (*Night of the Living Dead*), de George A. Romero».



La noche de los muertos vivientes,
de George A. Romero

Un producto, por lo tanto, del emblemático año de 1968 y de ciertos personajes literarios: «A pesar de que en esa *pelí* jamás se menciona la palabra

“zombi”, y que, en realidad, se trata de una adaptación muy libre de la figura del vampiro (a partir de *Soy leyenda*, de Richard Matheson), el monstruo que inventó Romero atrajo poderosamente la atención del público, dando lugar a secuelas y a visitas de otros directores al muerto-que-revive-y-*come-gente*».

Entre esos directores influidos por el trabajo de Romero, Raquel Castro cita al italiano Lucio Fulci, el director de *Miedo en la ciudad de los zombis vivientes* (1980): «Uno de los entusiastas fue Lucio Fulci, quien le agregó mucha sangre a la imaginaria zombi. Desde entonces, el interés ha seguido presente, aunque es cierto que por temporadas se “apaga”, como parece que ocurrió en los setenta».

Además, Castro agrega que en los ochenta hubo dos grandes impulsos a la popularidad del zombi. El primero de ellos fue «el video “Thriller”, de Michael Jackson, que fue en su tiempo un derroche de efectos especiales y caracterización».

Se recordará que, en 1983, John Landis, el director del filme de terror *Un hombre lobo americano en Londres* (1981), dirigió al famoso cantante en uno de sus videos musicales más emblemáticos.

El otro gran empuje que el fenómeno del zombi recibió corrió a cargo, como nos explica Castro, de otra cinta, *El regreso de los muertos vivientes* (*Return of the Living Dead*), «que añade un concepto que muchos han retomado desde entonces: el zombi que busca especialmente comer cerebros». Esa película, de 1985, fue dirigida por Dan O’Bannon, conocido por haber participado en el guión de *Alien*, en 1979.

Las referencias que Raquel Castro nos proporciona acerca de la evolución de estas criaturas a partir de los ochenta son muy numerosas y van desde el cómic hasta el juego de video: «El zombi ha seguido presente en la cultura popular desde entonces, principalmente en cómics. *The Walking Dead* es probablemente la referencia más conocida, pero ahí están también *Blackgas*, de Warren Ellis y Max Fiumara; *The Abandoned*, de Ross Campbell; *Marvel Zombies*, de Robert Kirkman y Sean Phillips».

En cuanto a las películas, Castro menciona unas cuantas más: «desde *Braindead*, de Peter Jackson, que fue traducida como *Tu mamá se comió a mi perro*, hasta las magníficas *Shaun of the Dead* (*El desesperar de los muertos*, de Edgar Wright, 2004), *Pontypool* (Bruce McDonald, 2008) y *Fido* (Andrew Currie, 2006), de nuevo, solo mencionando unas cuantas». Si de videojuegos se trata, «mi favorito es *Plantas contra zombies*», añade.

No obstante la resonancia de todos esos ejemplos, el zombi seguía siendo un asunto de iniciados: «Sin embargo, todo este tiempo, aunque el interés por los zombis seguía allí, era de un sector “friki” y no se extendía al resto de la gente». Fue en los noventa cuando comenzó la pandemia que se experimenta en la actualidad, cuando ni siquiera una de las novelas de Jane Austen se ha salvado de ser convertida en *Orgullo y prejuicio y zombies*, parodia construida por Seth Grahame-Smith.

Castro explica que la actual popularidad de los zombis se debe al juego de video de los noventa *Resident Evil* y sus versiones en cine a partir de 2002 (protagonizadas por Milla Jovovich), así como la película *Exterminio* (*28 Days Later*), de Danny Boyle, «película en la que los zombis se vuelven veloces y su origen no es sobrenatural sino causado por un virus».

Una saga, la protagonizada por Jovovich ya va por la quinta parte, mientras que la película de Boyle, de 2002, cuenta con una secuela, *28 semanas después*, de Juan Carlos Fresnadillo, que se estrenó cinco años más tarde.

En la recapitulación que hace Castro no puede faltar otra serie, que se exhibe actualmente: «La cereza en el pastel es la serie de TV *The Walking Dead*, que hace una versión fresca y *dramosita* de la novela gráfica de Robert Kirkman. Esta serie hizo que un público que en general evita las historias de horror y apocalipsis se acercara a los zombis desde el confort del melodrama seriado (¡hay episodios en los que sale un solo zombi y al final del capítulo! ¡Espanto y horror, si el chiste de los zombis es que son muchos!)».

Luis M. Rosales, director de la revista española *Scifiworld*, también afirma que el detonante de este resurgir del zombi podemos encontrarlo en el éxito de las franquicias *Resident Evil* y *28 Days Later*. Y hace una aclaración: las criaturas de esta última no son zombis, sino *infectados*, algo parecido a lo que ocurre con los seres de la española *[Rec]*, de Jaume Balagueró y Paco Plaza, que en realidad no son muertos vivientes sino poseídos. Rosales explica que los zombis siempre habían estado presentes:

«Realmente nunca nos habían abandonado, pero el éxito del film de Danny Boyle y la fama de la saga de videojuegos *Resident Evil* y la primera película sí los volvió a poner en el candelero. Luego, el regreso del padre del zombi moderno con *Diary of the Dead* (*El diario de los muertos*, de George A. Romero), el *remake* de *Dawn of the Dead* (*El amanecer de los muertos*, 2004, de Zack Snyder), la aplaudida *Shaun of the Dead*, y el inicio de la saga de *[Rec]* los impulsaron todavía más, llevando a los no muertos a cinematografías no tan dadas a realizar este tipo de cine como la francesa,

con *La horde*», esta última, una película de Yannick Dahan y Benjamin Rocher, de 2009.

De hecho, el zombi ha llegado hasta filmografías como la noruega, con *Zombis nazis* (*Død Snø*, 2009), de Tommy Wirkola, en la cual los muertos vivientes también se desplazan a gran velocidad. En esta ocasión, los zombis son unos soldados nazis que sufren una maldición por los crímenes que cometieron durante la Segunda Guerra. Recientemente, pudo apreciarse la cubana *Juan de los Muertos* (2011), de Alejandro Brugués.

Mercadotecnia y miedo a la muerte

«Sinceramente creo que hay mucho, pero mucho *marketing* detrás», dice Eduardo J. Carletti, editor de la revista argentina *Axxón*, dedicada desde hace décadas a la ciencia ficción, la fantasía y el terror. Sin embargo, Carletti además supone que esa mercadotecnia necesita de ciertos precedentes psicológicos para surtir efecto.

En este último aspecto, la psicología, insiste Rosales: «Creo que todo se reduce al temor de la humanidad a la muerte. “¿Qué hay tras la muerte?” es una pregunta que está ahí desde el inicio de los tiempos. Es un temor primigenio que reside en lo más profundo de todo ser humano. Si a eso le sumamos el miedo a que un familiar querido pueda volver de la muerte sin conciencia, con el único fin de alimentarse de uno, ya tenemos otro de los factores».



Michael Jackson en el video musical Thriller

De ahí que Rosales piense que la gente se disfraza de zombi, como en las recientes festividades del Halloween, para tratar de revertir por medio del juego esos temores: «¿Y cómo lucha el ser humano contra ese miedo? Pues a través de los disfraces, la parodia, etc. Es como un exorcismo colectivo. ¿Cuántos de los que nos disfrazamos de zombis o vamos a *zombi walks* (desfiles de zombis) saldríamos corriendo ante una situación como la que se nos plantea en esas películas? Todos, ¿verdad?».

Javier Fernández, uno de los organizadores del Salón del Manga de Murcia (comunidad del sudeste de España en la cual este evento se realiza por cuarta ocasión), se inclina por aquellas interpretaciones que tienen que ver con crisis sociales:

«Los zombis representan muy bien la alienación de la sociedad actual, donde el individuo se diluye en una masa abrumada de etiquetas, que en realidad solo se rige

por los estímulos que le marcan ciertos impulsos. Hay quien incluso hace una interpretación marxista del zombi, simbolizando una deseable rebelión de las clases bajas, sin formar, que al no haber podido integrarse destruyen y colapsan cualquier tipo de sistema. No hay que obviar tampoco el miedo a la muerte que todos tenemos y el cambio o la superación que el zombi reivindica».

A propósito de la referencia a la lucha de clases, en su momento el crítico mexicano Leonardo García Tsao interpretó una de las películas de zombis de George A. Romero, *Tierra de los muertos* (*Land of the Dead*, 2005) como una rebelión popular contra los más acaudalados (ver «Mundo zombi» en el diario mexicano *La Jornada*, edición del 22 de julio de 2005).

Un chivo expiatorio

Carlos Mal es un caricaturista mexicano quien actualmente radica en París. Con el guionista José Carlos Soto es el autor de *Los zombis de Ra*, un cómic acerca de los muertos vivientes, representados por medio del humor. Carlos Mal empieza expresando que suele decirse que los zombis deben interpretarse de acuerdo con los criterios de la posmodernidad: «Por ahí leí que los zombis son populares gracias a la posmodernidad, que nos acostumbró a pensar en dicotomías relativas (arte que a la vez es popular y transgresor; sociedades que son apáticas y se sienten activistas a la vez, etc.)».

Sin embargo, su análisis del fenómeno es distinto: «Yo creo que tiene mucho que ver con la censura: los zombis nos permiten disfrutar del *gore*, de la masacre, del exterminio en masa, sin involucrarnos con los objetos de estas atrocidades. Por muchos años tuvimos a los superhéroes matando nazis, vampiros y otros grupos considerados por el consenso como



Milla Jovovich en Resident Evil

inhumanos. Los zombis son el siguiente paso: no tienen el lastre de la ideología y son prácticamente como nosotros (tienen nuestra ropa, están en nuestras ciudades y su motivación es la misma que nos mueve a todos nosotros, el hambre), pero, convenientemente, no hablan, no sienten dolor y no tienen capacidad de redención (aunque hay que ver qué pasa con la próxima película *Warm Bodies*, va a ser interesante). En resumen, son una especie de chivo expiatorio perfecto para nuestra agresividad y nuestros instintos de destrucción más sanguinarios».

Representan los problemas del presente

Alberto Chimal, el escritor mexicano de literatura fantástica (aunque a él le gusta hablar de literatura *de imaginación*), es autor de varios libros de cuentos, como *El país de los hablistas* (2001), *Éstos son los días* (2004) y *Grey* (2006). Recientemente publicó su libro *El último explorador* y la novela *La torre y el jardín*, ambos de 2012. Además es ensayista, por lo que ha reflexionado acerca de problemas como el que planteamos ahora. Hay que agregar, además, que Chimal es autor de un cuento, «Los salvajes» (disponible en el sitio de la revista mexicana *Letras Libres*), en el cual plantea, también con humor, una historia de zombis y narcotraficantes. Esto fue lo que nos comentó acerca de los zombis y las razones detrás de su enorme popularidad:

«El zombi es una figura popular porque, de algún modo, es emblemática de muchas preocupaciones del presente. En cierto nivel, por ejemplo, el zombi se ha convertido en una parodia siniestra, una versión exagerada hasta su extremo más terrible, de la imagen “ideal” de los consumidores de los países occidentales, que son (somos) de costumbres uniformes, desprovistos de pensamiento independiente, sin capacidad o interés en cuestionar lo que sucede alrededor y de motivarse por nada salvo los impulsos más primarios. A la vez, en otro nivel, está la idea del zombi como un otro perfecto, un ser siempre ajeno, un enemigo incapaz de comunicar u oponer un punto de vista al nuestro porque no lo tiene, y además empeñado en destruir a la “civilización”. (Esta interpretación es la que se ve más en la cultura popular estadounidense, por ejemplo, obsesionada como está por el poder y la percepción de su propia valía.) El zombi, pues, resume tanto el malestar de muchos con su propia existencia como su miedo a las existencias ajenas: a la violencia que amenaza de tantas formas lo que supuestamente iba a ser el “fin de la historia”».

No se puede pactar con ellos

Raquel Castro resume de la siguiente forma las características que han llevado al zombi a convertirse en el monstruo perfecto:

«Creo que el interés en los zombis se debe a que son unos monstruos con los que no se puede pactar: el vampiro te seduce, la momia no puede reproducirse, el hombre lobo tiene periodos largos de raciocinio. El zombi carece de conciencia, no ataca por venganza ni ningún otro motivo personal y solo si bien te va te destruye: lo más probable es que te convierta en parte de un ejército anónimo en el que desaparece la conciencia. Acostumbrados como estamos a la exaltación del individuo y su originalidad, así como la comodidad de una vida “moderna”, la perspectiva de perder

por completo estos atributos es aterradora».

La novelista tampoco descarta los factores psicológicos que mencionan los otros entrevistados: «Súmale el miedo que siempre nos ha dado “la otredad” y lo siniestro, pues ya está: monstruo perfecto. Hablando de lo siniestro, que podríamos definir como la irrupción de lo sobrenatural en lo cotidiano, ¿qué puede haber más siniestro que toparte de frente con alguien a quien creías conocer y que ahora es un cascarón vacío con ganas de comerte el seso?»



Exterminio, de Danny Boyle

Catarsis colectiva, moda, evidencia del miedo a la muerte, crisis de una idea de civilización o forma de canalizar impulsos atávicos, el zombi nos espera en las salas de cine, las librerías y los lugares más insospechados de esta sociedad que muchos reconocen como célebre por fagocitarse a sí misma.

Manuel Llanes (1972).

Escritor mexicano. Autor de la antología de relatos «Decir adiós de noche» (2008). Un cuento suyo, «El templo», fue incluido en la antología «Naves que se conducen solas. Narrativa en Sonora» (2011). Actualmente es colaborador del periódico mexicano «Primera Plana», donde publica crítica de cine. Sus artículos también pueden leerse en el portal español «Cuenca News».

El caso Vicky

Marcelo di Marco
Argentina

Inesperadamente, Vicky apareció en la cocina y cerró de un portazo.

Traía en la mano un bebé Mickey de plástico. Se lo llevó a los labios sucios, manchados como de arcilla oscura o chocolate. El bebé Mickey le cubría casi toda la carita: sólo quedaban a la vista los ojos claros y acuosos, como subrayados por las orejas redondas del muñeco. Y en ese recorte que dejaba fuera de contexto a la mirada, Guillermo Gorbarán pudo evaluar mejor la expresión de la nena, su — *¿acusadora?*— irradiación.

La madre revolvió el pocillo con tanta rapidez que volcó café en el plato. Y además de aquel gesto nervioso, tampoco pasó por alto el psicólogo los ojos bajos de Cristina, los labios apretados.

Descalza, inmóvil, la nena los estudiaba, los penetraba en silencio a él y a su madre. Muy callada. Demasiado callada.

Esos ojos, esa actitud. No parece que esté por cumplir apenas tres años, pensó Gorbarán. No era necesario ser un profesional para darse cuenta: quería imponérseles, incluso humillarlos. Recordó el encontronazo de la semana anterior con su propio hijo, cuando se negó a prestarle el Audi para viajar a Mar de las Pampas con un par de atorrantes. El empecinado de Claudio lo había relojeado de arriba abajo de tal manera que Gorbarán debió contenerse para no abofetearlo, otra que Piaget. Pero era más desafiante la mezcla de examen, sorna y sutil provocación con que ahora los medía aquella exasperante enana. Decidió quebrar la atmósfera que Vicky, inconscientemente o no, había creado.

—¿Qué tal, Vicky? —arriesgó, dirigiéndose con juguetona entonación a aquella miniatura de hembra—. ¿Te acordás de mí, no es cierto? —y al decir esto no pudo dejar de sentirse ridículo.

Vicky no contestó. Ni siquiera dio signo alguno de haber oído la estupidez de Gorbarán. Se limitó a salir de su inmovilidad y anduvo por la cocina hasta llegar a un banquito azul. Se sentó ahí y acomodó a su muñeco en la falda. Y en ese rincón se hizo un ovillo. Y ni por un segundo dejó de acecharlos desde aquellos ojos, una araña acurrucada en el filamento de su tela con toda la paciencia del mundo.

—¿Querés un poquito más de Nesquik, Vicky? —dijo Cristina en un tono obsequioso y doliente—. Con todo lo que potreaste con los otros nenes del jardín debés estar muerta de...

—Yo no soy un potro —la cortó Vicky, tajante—. Y acá la única que está muerta sos vos, ya te lo dije.

Cristina se volvió lentamente y lo miró directo a los ojos. Apenas contenía las

lágrimas.

Hacía unos meses que Gorbarán no pasaba por lo de su amiga, pero con sólo entrar al departamento y echar un vistazo había comprendido que las cosas no andaban del todo bien. En absoluto. Las ojeras de Cristina, su extrema delgadez, la suciedad en todos los muebles. Y ahora le habían sido servidas en bandeja aquellas palabras de Vicky, aquella aberración.

Vicky oprimió el muñeco de plástico una, dos veces, sin dejar de traspasarlos a él y a la madre con sus ojitos como de iguana o pez. Los silbidos del bebé Mickey —*quejidos finales, estertores de moribundo*— sonaron como notas grotescas.

Gorbarán apuró su café y activó un MP4 que ocultaba en el bolsillo del chaleco. Lamentó no haber grabado lo que Vicky acababa de decir, sus inflexiones de adulto, el odio con que le contestó a la madre. Cuando Cristina le había contado el caso, por teléfono y entre arranques de llanto, él no sospechó que las cosas revistieran tanta gravedad. Más aún: había tenido la certeza de que era la pobre Cristina quien verdaderamente necesitaba alguna atención, y no Vicky. Cristina lo había llamado a él porque era su amigo, porque no se animaba a consultar todo aquel asunto ni con el pediatra ni —menos que menos— con el imbécil de su ex.

—Vamos a ver, Vicky —dijo Gorbarán señalando el muñeco—: ¿cómo se llama tu amiguito?

—Mortimer, tonto.

—Y vos, Vicky, cuántos años tenés.

Desde su rincón, Vicky le levantó a Gorbarán tres deditos de la mano derecha y sonrió. A Cristina se le iluminó la cara. Pero él supo que Vicky estaba haciéndose la nena, que, si hubiera querido, le habría contestado: «Dos años y once meses, estúpido, como si no lo supieras», o algo parecido.

—Y Mickey... perdón, *Mortimer*, cuántos años tiene.

—Obvio, sacá la cuenta vos: nació en 1927. Y por si hace falta te aclaro que se llama Mortimer. Walter Elias, cuando lo usó para su tercera película, lo rebautizó como «Mickey».

Gorbarán carraspeó. El color de la voz era el de siempre: un tintineo brillante de cajita musical. Pero esos tonos, esos giros... Además del imposible nivel de lengua, de la información, del carácter dialéctico que Vicky le imprimía a la entrevista. Recordó aquel ensayo de Freud sobre lo siniestro, lo *familiar desconocido* escabulléndose con negras patas de araña entre los pliegues de lo cotidiano.

La estudió unos momentos, sin hablar. Comparar a esta monstruosa Vicky con la dulzura que él recordaba, era intentar un ejercicio absurdo, impensable. Cristina comenzó a levantar las cosas de la merienda. Gorbarán se dio cuenta de que no había ni siquiera probado el café. También advirtió que —cosa inusual en ella, mujer de buen gusto— llevaba en la muñeca una pulsera de pelotitas verdes y coloradas, de plástico. Bien de nena.

—De modo que Mickey *ahora* —enfaticó Gorbarán— se llama Mortimer porque,

como es bebé, todavía no se llama Mickey.

—*Tu dicis.*

Latín. ¡*Latín!* ¡Las palabras de Cristo ante Pilato! Gorbarán sintió que se le secaba la garganta.

—Y quién es... Elias, Vicky —preguntó, cauteloso.

—Walter Elias. Los verdaderos nombres de Walt Disney.

Cristina se echó a llorar y salió de la cocina. Él no se lo impidió.

Vicky se levantó y acercó a la mesa su banquito de madera y se sentó cara a cara frente a Guillermo Gorbarán.

—Cuál es tu verdadero nombre, Vicky.

—Pazuzu —dijo la nena entornando los ojos y estirándose el pelo hacia arriba con las puntas de los dedos—. No, no te asustes. Todavía me llamo María Victoria. Como si no lo supieras.

Como si no lo supieras, estúpido.

—Pero todo el mundo te llama Vicky.

Vicky se irguió aún más en su asiento, bien derecha.

—Todo el mundo, no. Solamente quienes yo se lo permito.

—Ah, bueno. Entonces yo soy uno de esos privilegiados.

—Correcto.

En ese momento, Cristina volvió a entrar. Vino junto a él, tapándose la boca con un Kleenex, los ojos enrojecidos y enmarcados por profundas herraduras moradas.

—Y por qué tal deferencia tuya para con mi persona, si se puede saber.

—Porque me das pena, Guillermo Gorbarán. Por eso.

Cristina dirigió una mano hacia él.

—Willy, yo... —empezó a decir, agobiada. Pero Gorbarán le impuso silencio con un breve gesto.

—Y por qué te doy pena, Vicky.

—Porque vos también estás muerto.

—Eso no es ninguna novedad —Gorbarán intentó que su voz sonara normal, profesional, aunque ya se sentía dentro de una burda secuela de *El exorcista*—. Algún día, todos vamos a morir, Vicky. Incluso vos misma vas a morir. Algún día vas a morir.

Eso había sido muy duro. Un golpe *rebajo*. «*Rebajo*», se repitió a sí mismo, y advirtió con sorpresa que estaba usando un lenguaje ajeno a él. Le pegó un vistazo a Cristina, que había vuelto a llorar. Mejor dicho, a hacer pucheros. Gorbarán se asombró: había visto lagrimear a su amiga algunas veces, cuando fue lo de la separación y todos los quilombos aquellos de la mudanza. Pero nunca la vio llorar con esa compulsión, con ese modo tan... pueril. Quizá lo mejor fuera sugerirle que abandonara la cocina. Si Vicky esperaba triunfar sobre su madre, la misma Cristina le estaba demostrando que podía dejarse pasar por encima como con un camión.

Vicky bajó los ojos congelados y oprimió con sus manitos el muñeco. Uno, dos

chillidos, suspiros de un anciano desahuciado que agoniza.

¡Que caga la fruta en el asilo, infeliz! ¡Entre los vahos de repollo podrido y meo de viejos!

Gorbarán supuso —quiso suponer— que Vicky, al fin y al cabo una criatura de tres añitos, estaba tratando de ganar tiempo haciendo aquellos ruidos con el muñeco. Decidió avanzar:



Ilustración: Valeria Uccelli

—Además te cuento que yo no le tengo miedo a la muerte.

Vicky levantó la cabecita.

—¿Ni un poquito así? —preguntó, exagerando su incredulidad.

—Ajá.

La nena le clavó los ojos. Eran como los de los reptiles, como los de un animal de presa. De pronto Gorbarán sintió que el lugar había sido invadido por una corriente helada. Había un par de hornallas encendidas cerca de él, pero la piel se le erizó en un escalofrío.

Vicky habló.

—Vos no sabés lo que estás diciendo —dijo, entre seria y burlona—. ¡Sé prudente!

—Guillermito, si me necesitás, estoy en el living —dijo Cristina, como pudo, mientras abandonaba la cocina.

Aunque perplejo —nunca lo había llamado «Guillermito», ni tampoco era aquel el mejor momento para hacerlo—, él asintió. Se levantó de su asiento y cerró la puerta con firmeza.

—¿Qué es la prudencia, Vicky? —interrogó Guillermo Gorbarán, y notó que le dolía la cabeza. Una leve punzada.

¡Reventando en el asilo, rodeado de viejos babeantes en la puta soledad del geriátrico y apestando a mierda!

—¿De qué diccionario querés la definición?

—Si no es demasiada molestia, quisiera que me lo dijese con *tus* palabras.

Ella pareció meditar la respuesta un instante, se rascó una ceja.

—Prudencia, del latín *prudencia* —aclaró, con tono doctoral—. El arte de saber cerrar el culo a tiempo. Y vos sos muy pero muy bocón, ¿sabés?

Gorbarán sonrió ante la salida, a pesar de sí.

—Porque si fueras un poco más prudente —siguió Vicky—, no hablarías de la muerte así nomás. ¡Y tampoco tendrías prendida esa mierda que escondés en el chaleco!

¿Qué? Gorbarán intentó no dar muestras de haber acusado el golpe. ¿Le habría avisado la madre? Imposible, si él a Cristina ni se lo había mencionado.

¿Clarividencia?

Tragó saliva.

—¿De qué marca es, Vicky? Decilo.

Aquello se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con ceñuda concentración.

Está haciendo teatro, ahora me va a decir que las letras están borrosas o algo por el estilo.

—Es chino, marca V.V.WET.WET —afirmó con total convicción—. Truchísimo es, como los de los periodistas pobres.

El corazón de Guillermo Gorbarán dio un vuelco de victoria. Sacó del bolsillo del chaleco su MP4 Panasonic de última generación. Dando por sobreentendido que aquel fenómeno sabía leer, le mostró la marca con el dedo, sonriente en su triunfo.

Vicky no dijo nada. Sólo le tendió la manito izquierda, con la palma hacia arriba. Garabateada con birome azul, cruzaba los surcos de su piel la palabra:

PANASONIC

Gorbarán quedó paralizado.

Sintió cómo su exitosa sonrisa se volvía de cera líquida. Pero lo que más deploraba era el hecho de haber entrado en el juego de esa pequeña bruja hija de puta que había estado tomándole el tiempo toda la mañana.

—Y te digo más —Vicky se enroscaba un mechón con el dedo—: me escribí la mano media hora antes de que vos llegases. Te estaba jodiendo. A veces, ¿sabés?, me pongo un poquito insolente. Sobre todo si me vienen a romper las pelotas los forritos pelotudos que se las dan de sabihondos, como vos.

—¡Pen... —y Gorbarán se mordió los labios, a punto de insultar a Vicky, quien, saltando de su asiento, terminó la frase que se había disparado en la cabeza del psicólogo.

—«Pendeja de mierda» ibas a decir, ¿verdad? Convengamos en que eso se aleja bastante de lo que vos considerarías la reacción de un... *profesional*, ¿no es cierto, gordito? Si es que podemos llamar «profesional» a quien raramente curó a alguien en su vida, ¿no?

—¡Suficiente! —gritó Gorbarán.

—Si es que podemos llamar «profesional de la salud» —prosiguió tranquilamente Vicky— a quien verdaderamente le importa tres carajos el hecho de vivir como un

duque mientras deja que su propio padre se cague de hambre y de angustia en el geriátrico, como un infeliz.

Había un límite para todo. Gorbarán abrió de golpe la puerta que comunicaba la cocina con el living.

—¡CRISTINA, VENÍ UN SEGUNDO POR FAVOR!

—A esta hora ya no puede entenderte —aclaró Vicky, fingiendo pena—. Mejor probá mañana que, en una de éstas, *vuelve*. Y traete a todos los colegas y loqueros que quieras.

Pero Gorbarán ya no la escuchaba. Estaba absorto, completamente desconectado de cualquier cosa que no fuera aquello que ocurría a metros de él sobre la embarrada alfombra del living.

Entonces Vicky se le acercó, reclamó su atención.

—Incluso te podés venir hasta con los bomberos y la cana —dijo, acomodándose un rulo huidizo como cría de serpiente—. Con los de SWAT te podés venir. Cuantos más vengan, mejor. Todavía ni empecé.

Ya en el Audi, a pesar del dolor de cabeza, Guillermo Gorbarán no puede dejar de calcular las posibilidades de pasar todo aquello por escrito, cuando se calmen las cosas, en un soberbio ensayo. «El caso Vicky», bien podría titularse. Sin embargo, «El caso Fulano», «El caso Mengano», era algo que ya estaba bastante visto. Pero bueno, ya encontraría Gorbarán un buen título. Un título apropiado, serio. Y de allí, derechito al prestigioso ingreso en la World Association of Psychoanalysis, qué tanto. ¡Aquella pendeja era un fenómeno!

¡Bruuummm, Bruuummm!

Las había dejado a las dos con Meche, la vecina amiga de Cris. Aunque no estaba seguro del todo acerca de si había sido una buena idea dejar a Vicky sola con alguien, por más hábil que fuera Meche. Antes de irse del departamento —de aquel jardín de infantes, mejor dicho— le había encajado un Novril a Cristinita, y consiguió con eso que dejara de jugar con el barro de las plantas del living y que se fuera a dormir.

Ahora él también tiene sueño, mucho sueño.

¡Bruuummm, Bruuummm!

Aunque no estaría mal que antes, para despejarse un poco, viera un rato los dibujos del Cartoon Network.

El semáforo lo detiene en Las Heras y Billingham.

La Hormiga Atómica... ¡Nunca pudo descubrir si los poderes de la Hormiga Atómica le venían por ser extraterrestre, como Superman, o si la Hormiga Atómica era superfuerte por alguna mutación genética, o algo así!

Todavía, a sus cincuenta y pico, aquello le sigue pareciendo un gran misterio.

Cree que podrá descubrirlo esa misma noche.

Si llega a tiempo. Si consigue pasar este autito blanco que tiene adelante.

Aunque ya no recuerda siquiera para qué sirve la ruedita redonda que tiene entre las manos ni qué está haciendo allí, solito y encerrado en un tutú, en medio de la calle.

Marcelo di Marco (Poeta, narrador y ensayista argentino, 1957).

Escritor ampliamente difundido en el país y en el extranjero, sus títulos más conocidos se reponen en las librerías año tras año. Tanto el bestseller «Taller de corte & corrección» como «Hacer el verso», «Atreverse a escribir» y «Atreverse a corregir» sintetizan su reconocida experiencia en la coordinación de grupos de escritura, y son de habitual aplicación en talleres y ámbitos periodísticos y académicos. Apasionado por el cine y la narrativa de horror, dictó talleres de literatura fantástica en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, fue el primer secretario de redacción de la revista La Cosa y fundó en 2005 el círculo de escritores La Abadía de Carfax, cuyas tres antologías de relatos de terror — lanzadas entre 2006 y 2012— son ya destacados referentes del género. Autor de Random House Mondadori desde 1995, Di Marco publicó en 2011, por Sudamericana Joven, «Victoria entre las sombras»; según la crítica, «un thriller impredecible, vertiginoso y aterrador».

Catáfilas

Ivana Zacarías
Argentina

«Encore un moment, monsieur le bourreau, encore un moment.»
MADAME DU BARRY

La arrastró detrás de los carteles que anunciaban la conferencia y la llevó contra la pared. Arrancó de un tirón los botones de su blusa, descubriendo su torso para recorrerlo todo. Le quitó la pollera, hizo que se quedara sólo en tacos.

Ella se dejaba. Quería más. La excitaba la situación: experto en historia moderna francesa, él acababa de exponer sobre los amores de Madame du Barry frente a un público ávido de inertes discusiones académicas. Atenta, había percibido que él, durante la charla, ya la buscaba, la descubría entre la audiencia: sin dudas, incitándola a acercarse con sus preguntas, o tan sólo a acercarse, no había dejado de mirarla un instante. De penetrarla con la mirada.

Un hombre de verdad —fuerte, musculoso, seguro—. Si no fuera porque se ocultaba detrás de abstrusas palabras, nadie lo consideraría un intelectual: estilo salvaje, porte fornido, mirada insinuante. Y, aunque sus labios no eran carnosos, ella los encontraba terriblemente irresistibles.

Abrió los ojos y notó su propio brazo derecho levantado y extendido hacia atrás, por encima del asiento del colectivo: volvía de una conferencia en la Biblioteca Nacional. La cabeza reposaba contra la ventanilla. Su respiración había empañado el vidrio alrededor de su mano, que patinaba lentamente hacia abajo, quizás acariciando a aquel varón. Se dio cuenta de que en algún momento había abandonado la bufanda que tejía. Miró a su alrededor temiendo que algún pasajero la hubiera pescado soñando despierta, y supo que se había sonrojado.

Rubia, esbelta, de piel dorada, su pelo caía hasta la cintura por encima del camisolín de satén rosa con puntillas.

Y él. Él, que llegaba con un anillo brillante y un ramo de jazmines, las flores que ella siempre prefería. Encendió velas. Esa canción —She— sonaba de fondo. Ella se deslizaba sensualmente en la habitación —sonreía provocadora, todavía no se dejaba atrapar—. Preso de la lujuria, él la seguía con la mirada, que casi llegaba a tocarla; contemplaba su hermosura, sus sugestivas curvas. Cuando se acercó a su hombre, ella recorrió su boca, su cuello, su barba suavemente áspera... lentamente... con cada uno de sus dedos... sólo para volverlo loco.

Esta vez fueron el olor de la cebolla que estaba picando y el ardor en los ojos los que la devolvieron a la realidad. Corrió al baño a lavarse: se vio las manos arrugadas, resquebrajadas, cubiertas de manchas; sus uñas, amarillentas... ¿Cómo una

sexagenaria, una vieja como ella, podía tener esos pensamientos?

Verificó en el espejo la mirada triste rodeada de ojeras y lágrimas a punto de brotar.

—Soy vieja. Soy una vieja sucia. Vieja como el mundo. Vieja como una pasa de uva vieja.

Y ahora sí, sin resistencia, las lágrimas fluyeron sobre sus mejillas ablandadas.

Un nudo en la garganta la perforó. La melodía de Charles Aznavour seguía resonando... Vestía un corsé: el blanco traslucía su desnudez, y guantes de encaje cubrían sus brazos hasta los codos. Lo desvistió, lo tiró a una silla, y con sogas lo ató al respaldo. No lo soltaría hasta que se incendiara en placer. Acercándose con meneo felino, se arrodilló mirándolo fijamente. Se le subió encima y lo lamió entero. Volcó su cabeza hacia atrás con fuerza, como si eso la hiciera sentirlo más. Se le cortó el aliento cuando notó que hasta lo había hecho llorar.

Al verse reflejada en la ventana, descubrió una marca en su cuello. ¿Algún apasionado, quizá, con hambre de satisfacerla?

Lanzó un alarido de horror, y el gato huyó a esconderse detrás de la silla hamaca. Respiraba jadeante. Tomó el frasco de Clonazepán y lo vació en su garganta. Y así se durmió, por varias horas, abrazada al retrato de sus nietos. La rodeaba, en sus sueños, una fragancia a hombre.

El dolor en sus muñecas, con huellas de ataduras, la hizo volver en sí. Debajo de las medias de red bordó, sus piernas aparecían marcadas, lastimadas, como si hubiera recibido... ¿latigazos? Sintió que enloquecía.

Se quitó sus gruesos anteojos y se cubrió la cara con un repasador que alcanzó a manotear. No podía controlar el temblequeo de sus dedos, la mandíbula rechinando. Su corazón agitado y la rigidez de sus miembros hacían difícil cada movimiento. Volvió al ansiolítico. Quiso pegar un grito, pero el miedo ahogó su voz, y todo fue silencio y tormento. Musitó con timidez breves gemidos: hasta sufrir la avergonzaba.

Como pudo, se irguió y alzó el mentón: aún era una mujer fuerte. Se encontró en los espejos que recubrían las paredes, y ahora su mirada ardía de deseo. Tenues luces azules bañaban el juego que comenzaba. Labios de un rojo intenso, párpados pincelados de negro, pestañas alargadas. Sus piernas, recubiertas por medias elásticas de cuero negro que terminaban en un finísimo taco aguja. No llevaba nada más.



Ilustración: Pedro Belushi

Gritos de mujer, que nunca se supo si eran de gozo o de desesperación, quizá de terror, se oyeron en el piso de arriba.

—La vieja del 1º «C» —murmuró para sí el joven sereno del edificio, sin atinar a inmiscuirse en asuntos ajenos.

Pero el hedor que a los pocos días salió del departamento intranquilizó al muchacho, empujado entonces a curiosear.

Usó el duplicado de la llave, y en la habitación se encontró con el espanto y la belleza en comunión: sobre la cama, muerta, apenas vestida, yacía una hermosa mujer de unos sesenta años. Parecía que el paso del tiempo la hubiera bendecido.

¿Era...?

No, no podía ser.

Un gato dormía acurrucado en su flanco, envuelto por el batón desteñido. Era atractiva, completa, única: acaso la primera mujer verdadera que el sereno había visto en su vida. Advirtió que, con esposas forradas de plumas, le habían amarrado una mano a los barrotes de la cabecera. Un anillo de piedra brillaba en esa mano. Había una expresión de vivo placer en su rostro: embelesado, no pudo resistirse a besarla en la boca.

Corrió a la comisaría y relató lo que había visto. Cuando la policía llegó al lugar de los hechos, no descubrió más que un par de esposas en la almohada. Y, sobre el colchón, un puñado de uvas, de esas pasas. Se dice que las sábanas olían a jazmín.

Ivana Zacaías nació en Munro, en 1981. Estudió en Argentina y también en el exterior. Trabaja en proyectos educativos desde los ámbitos académicos y públicos. Cree que el primer libro que lee una persona tiene una influencia ineludible en el devenir de su vida: el suyo fue *Mujercitas*.

Este es su primer cuento publicado en Axxón.

La clonación

Cristian Cano
Argentina

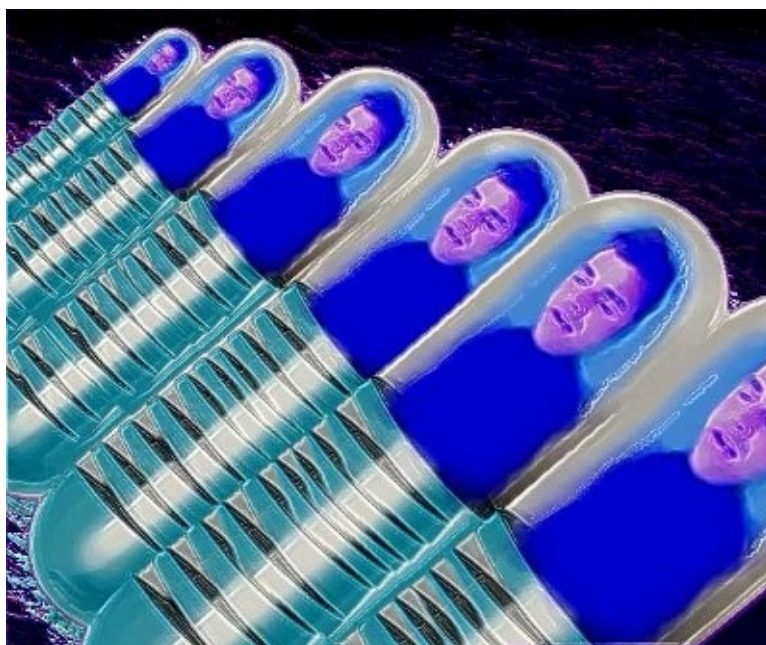


Ilustración: Valeria Uccelli

—¿Cuándo llega el doctor? —dijo Aguinaga. Caminaba de un lado a otro deslizando los dedos por las superficies del laboratorio B. Contempló su rostro reflejado sobre las celdas de helio, mientras tamborileaba con los nudillos sobre la unidad de fuerza auxiliar.

—Está viniendo —dijo Garnier—. No veo el momento de que entre por la puerta.

—Estás cortado por la misma tijera. En cuanto ingrese vas a tener que preparar café.

—Ni loco —dijo Garnier—. No voy a perderme esta discusión. Ya pagué el derecho de piso.

—Estoy por sobre lo que puedas opinar. Y ya sabés que me gusta el capuchino.

—Idiota —Garnier se sentó. *Treinta años de investigación y tengo que aguantar a este crápula.*

—Con bastante azúcar —aclaró Aguinaga—. Lo amargo no me cae muy bien.

Entreabrió las cortinas del tercer piso del Instituto y vio al doctor Fansi Carlon estacionando el descapotable. Deseó que mirase hacia arriba: esa conexión de las partes que están en pugna pero que se rigen por la admiración y el respeto. Terminó por alejarse de las cortinas cuando Carlon ingresó por la puerta principal sin despegar la mirada del suelo. Aguinaga se apoyó en la mesa de caoba para recibir al maestro.

—No vas a poder convencerlo —dijo Garnier—. Lo conozco. Cuando se le mete

algo a la cabeza, es muy difícil que alguien logre distraerlo. Mucho menos un principiante con anhelos de hacerse cargo de la moralidad del mundo.

—¿Desde cuándo te interesan mis ideales? —preguntó Aguinaga—. Los burócratas están lejos de entender mis puntos de vista; además, me puedo cuidar solo. Estoy cansado de repetirles que hay límites. Esto está mal.

—Desde que estás en contra —dijo Garnier—. Las industrias privadas que nos financian, que aprueban la medicación y los métodos para contrarrestar las enfermedades, son las mismas que controlan, miden y definen la salubridad del hombre. Les conviene mantener las cosas como están. Ganan dinero.

—¿Cuando vas a aceptar que justamente esa es la raíz de nuestros problemas? Estamos en el camino equivocado.

—¿Equivocado? —Garnier subió los pies a la mesa de estar—. Para que sepas, la moralidad del mundo no necesita de un miedoso como vos para que la defienda. Se defiende a sí misma desde hace mucho, por si no lo sabés. El doctor no te va a escuchar.

—Eso lo vamos a ver.

Las puertas se abrieron y Fansi Carlon se zambulló en el laboratorio B con toda la autoridad que poseía. Aguinaga levantó el mentón, como para atajar cualquier contrariedad y se dispuso a luchar contra a los acérrimos ideales del doctor. Pero Fansi Carlon no miró a nadie. Se detuvo en medio de la sala y descansó los hombros con un movimiento personal. Se restregó los ojos y, sólo después, los miró como si se tratase de sirvientes.

Caminó hacia la pared y bajó el cuadro de Claude Monet, lo dejó en el suelo como si fuera una imitación. Donde colgaba la pintura, se veía una cerradura electrónica.

Aguinaga volvió a acomodarse sobre la mesa. La noche anterior había deambulado por su casa, buscando esa primera frase con que abordarlo. Ahora la tenía en la punta de la lengua mientras miraba la sonrisa de Garnier, sentado, con los pies sobre la mesa. Las palabras, sus propias palabras, le quemaban por dentro. Se apartó de la cómoda caoba y dio unos pasos hacia el científico.

—Me parece que se equivoca, doctor —le dijo—. Lo que pretende hoy no va a ser posible. No voy a permitir semejante atrocidad.

El doctor siguió de espaldas.

—Lo que va a suceder hoy —contestó—, va a hacer que el destino de la humanidad dé un vuelco. Nadie me va a impedir eso.

Y presionó un código.

—Doctor Carlon —dijo Aguinaga—, estoy apuntándole con un arma.

Garnier ya no tenía aquella sonrisa. Estaba de pie. Su compañero se había convertido en un inminente peligro, dejándolo estupefacto, con la boca abierta.

—No vas a disparar —observó Fansi Carlon—. Siempre te faltaron agallas para dar el último paso. Dejá ese arma y hacé lo que realmente tenés que hacer —se dio

vuelta para mirarlo, después volvió a colgar la pintura—. Ayudarme con la clonación.

—Usted está loco. No pienso mover un dedo en su favor. Ya no. Le ruego que se aparte de esa puerta, doctor.

—Esa no es una opción, Aguinaga. Dejé de cometer errores, de una buena vez.

—No abra esa puerta —amartilló el viejo revólver—. Se lo advierto. Y vos, Garnier, la cara contra la pared.

Garnier hizo caso, se acercó al muro y dio la espalda a la situación. Muy dentro, pensaba que algo de suerte había tenido. Y que, si las cosas se salían de control, tendría la primerísima oportunidad de salir corriendo. O tal vez, arrojarse por la ventana. Un frío glacial le aseguró que también podría ser el primer postulante en la lista de ejecución sin previo aviso. Se pegó aún más a la pared.

Se oyeron correr las trabas de la puerta. A través de la mira del arma, Aguinaga contempló el deslizarse de una gruesa placa acerada, y terminó por vislumbrar el brumoso recinto en el que había trabajado los últimos años. Al principio reinaba la penumbra, después, poco a poco, las luces cobraron vida.

Recordó que él siempre había ayudado a su mentor, al gran Fansi Carlon. En los últimos años había obtenido las credenciales adecuadas para trabajar como su ayudante dentro del Instituto, y eso a pesar del comportamiento de Garnier. Siempre le pedían más. *¿A este nivel cuánto más puede uno exigirse?*

—Cráfulas —dijo en voz alta, sin dejar de apuntar.

Garnier aplastó la mejilla contra el yeso.

Fansi Carlon se perdió de vista cuando Aguinaga se distrajo analizando la situación. Avanzó hasta la puerta sin bajar el arma. Garnier le rogó por su libertad y lloró desconsoladamente. El hombre fuerte. El científico de «temple» del equipo se terminaba de definir meando sus famosos pantalones Etiqueta Negra.

El revólver y el brazo de Aguinaga ingresaron en la sala más secreta del país. El parpadeo de las luces fluorescentes le marcaba un camino de imágenes detenidas. Al final de este, la luz era plena. Recordó el lugar. ¡Lo habían apartado del proyecto con tan poco esfuerzo! Después de tanto trabajo y soledad. No lo merecía.

—Doctor, todavía está a tiempo. Sigo teniendo ganas de hablar con usted.

—Ya no soy el hombre flexible que fui, Aguinaga. Es inútil.

—¿En dónde tiene el cuerpo, doctor Carlon? —revisó el arma, estaba cargada pero tenía que volver a asegurarse—. Hágame el favor.

—Querido compañero, sólo vengo a constatar que todo está como lo dejé. Hoy se sabrá la verdad. Lo que usted pretende defender es algo muy complejo y que no llega a comprender. Es, justamente, lo que nos está matando. La moral del hombre ya no seguirá resquebrajándose, ya no. Pase por acá, lo invito a conocer el futuro.

Aguinaga escuchó las corridas de Garnier al bajar las escaleras metálicas. Desfiló con cuidado por un ambiente abarrotado de híbridos sistemas diseñados para el mejoramiento físico del ser humano y la prolongación de su vida. Pocos habían estado inmersos durante tantos años dentro de esas instalaciones. Él era uno de esos.

Fansi Carlon, parado a un lado del equipo criogénico, observaba a través del acrílico el novísimo experimento en contra de lo racional.

¿Qué tan malo es estar en contra de la clonación humana? Nunca van a tener el aval de la gente, están equivocados hasta los tuétanos, no hay ser humano que se desprecie tanto como para aceptar el reemplazo de un legítimo nacimiento. Ya no es como en el pasado lejano, cuando las enfermedades venéreas nos azotaban década tras década. O un poco más acá, con el SIDA. Ahora un conglomerado cosmético con los respectivos permisos puede redirigir y solucionar cualquier enfermedad. No, señor, de ninguna manera voy a permitir este despropósito. Esto no tiene nada que ver con las enfermedades que castigan al hombre.

Dentro del cubículo, el rostro de otro Aguinaga despertaba al mundo. Y el Aguinaga que sostenía el revólver trató de que eso no lo turbara.

—Desconecte el sustentador, doctor. Se lo advierto.

—Estás en presencia del futuro. Vas a tener que dispararme para que este nuevo hombre no cobre conciencia —Aguinaga reafirmó su puntería mientras Fansi Carlon seguía hablando—. Sé que en los últimos meses la confusión no te permitió trabajar de la mejor manera, estoy consciente de eso —se acercó al dispositivo criogénico—, pero no creo que un arma pueda cambiar lo que hemos hecho.

—¿Últimos meses? —dijo Aguinaga—. ¡Me dejaron afuera a principio de año! Puse mi sangre, de buena voluntad. Esto se termina acá, doctor.

Fansi Carlon levantó la frente.

—Recuerdo cuando luchabas, cuando estabas en contra de las enfermedades y vicios que nos someten día a día. ¿Cuándo cambiaste de parecer?

—No me distraiga, profesor. Apague el sustentador.

—¿Qué sucedió? ¿Fui yo? Porque nunca cambié mi punto de vista. ¡Yo no me vendo por nada ni nadie! Esto tiene otros motivos.

—¿Morales? —dijo Aguinaga— ¿Acaso son motivos morales?

—Siempre lo fueron.

—¡Mentira! —gritó Aguinaga—. ¡Mentiroso, igual que el hipócrita de Garnier, al que le importa un carajo lo que pasa en las calles! Corte la energía, doctor. Me estoy cansando.

—¿Mentira? ¿Terminar con el vicio y el desenfreno inmoral que nos están matando es mentir? ¿Con cuántas supuestas curas e infinidad de placebos nos han estado inundando? ¿Cuántas generaciones han tenido que soportar la manipulación de las empresas privadas que nos llenan de medicinas hasta el cuello? Nos están matando, Aguinaga. Vos lo sabés bien. ¿No estás a favor de la moralidad del mundo?

—Este no es el modo de reparar nada, doctor —dijo Aguinaga—. No puede extirpar lo esencial de la naturaleza. Es inhumano.

—Mirá, Aguinaga...

—¿En nombre de quién trabaja? ¿Quién se cree que es? Reemplazar la sexualidad humana por la partenogénesis es un error en el que nunca debí involucrarme.

—Aguinaga, vas a quedar en los libros de historia —replicó Fansi—. Tu sangre está circulando por las venas y arterias de este clon. Te recuerdo que fuiste el primero en ofrecerte como voluntario.

—El desarrollo de un nuevo individuo a partir de un huevo no fertilizado —parafraseó Aguinaga—, es una característica que le pertenece a los reptiles, a los insectos. No voy a permitir que utilice mi sangre para crear semejante monstruo. La evolución natural sabe lo que hace al mantenernos así, como machos y hembras.

—¿Naturaleza? ¿Evolución?—gritó Carlon—. ¡El PIA, la MAC y el SIDA son lo que la evolución normal nos trajo! ¡Abrí los ojos, de una buena vez!

—El humano no puede dejar de tener sexo, doctor —dijo Aguinaga—. No puede erradicar las enfermedades manipulándonos de esta forma. En esta habitación y en ese clon el mundo no va a encontrar la cura para sus enfermedades.

—¿La cura? Pensá —Fansí Carlon sonrió—: un ser que no necesita de la depravación para engendrar la vida.

—Usted está desquiciado.

—Es la única manera, Aguinaga. Esto va más allá de tus pretensiones. Este clon tiene tu cara, sí. Más aún, tu sangre late en ese corazón. Pero no te equivoques, las ansias por proteger al humano también están ahí, enraizadas en lo hondo. Vos también estás dentro de todo esto. Hay quienes sostienen que hay que ser severos en los momentos límites, y esta solución está plagada de severidad.

Aguinaga disparó y Fansí Carlon cayó sentado. Se arrastró hasta la pared y apoyó la espalda. Su respiración se transformó en un trabajo dificultoso. Poco a poco se fue desinflado como un globo. Burbujas rojas estallaban en las comisuras de su boca, los labios susurraban por lo bajo.

Aguinaga caminó hasta el sustentador criogénico y contempló su propio rostro detrás del acrílico. Recordó a Garnier corriendo, y cuánto le había costado reconocerlo. También reconoció el instante, ese mismo, en el que comenzaban a flaquear sus convicciones, y no quiso ni imaginarse en semejante situación. Dejó el arma sobre el tubo criogénico, se acercó a la palanca del interruptor y la envolvió con sus dedos. Antes de cortar la energía apoyó la frente sobre los puños cerrados. Intentando no escuchar el balbuceo de Carlon, se preguntó si el desesperado y mortal intento de este por frenar la decadencia de la moral humana había sido en verdad una deliberada injusticia.

Cristian Cano escribe en sus ratos libres, de a poco pasó de ser un hobby a convertirse en una parte esencial de su vida. Es miembro del Grupo Heliconia desde noviembre de 2012. Ha publicado Los Cielos Interiores (Editorial Taniel — Bubok), Armario de cuentos (Antología de cuentos) y Almacén de brevedades (Editorial Andrómeda, antología en proceso compilada por Sergio Gaut Vel Hartman). Tiene además varias novelas en etapa de corrección, y recopilaciones y una antología en proyecto.

Es su primera historia en Axxón.

Amarillo

María Laura Sánchez
Argentina

Encerrado a cal y canto en su cabaña, da los últimos trazos a «Le Moulin de la Galette». Retrocede para contemplar la obra. Y se queda sin aliento: ¿se derrama sangre por los escalones del molino? Las manos le tiemblan, de miedo o de desesperanza. ¿Cuándo pintó *esa* sangre?

Y le echa un vistazo a la paleta. La paleta, que se va tornando negra. ¿Negra de coágulos, quizás? Y el pincel pierde su forma, se extiende, cobra vida.

¿Será así la locura? ¿Una larga cadena que arrastra hacia abajo poco a poco?

Y entonces recuerda vagamente a un hombre que vio hace ya dos noches en el café de la Place du Forum. ¡Oh, en verdad que allí se podría cometer un crimen!

Pero... ¿se ha cometido algún crimen esta vez? ¿Acaso él ha cometido un crimen? ¿Por qué esa sensación de arrepentimiento? ¿O es terror?

El pintor reúne sus óleos y pinceles, huye de la cabaña.

Ahora pinta al aire libre: al menos allí las únicas cadenas son las de la naturaleza. Y en su paleta estalla el más hermoso de los mediodías, brillan aldeanos en terracota. Y se pregunta: ¿acaso sus corazones están hechos de tierra de siembra? Ah, él quisiera pasar su vida así, rodeado de telas que tragan pinturas. No saberse siempre un lirio entre las espinas.

Pero el pintor se siente absorbido por algo, alguien que lo devora en lo más profundo: desde que Gauguin se ha mudado con él, vive a merced de un monstruo insaciable, una sanguijuela que le arrebatara los últimos restos de cordura. Y no es precisamente Gauguin ese monstruo. ¿O sí?

El paisaje lo llama una vez más, el color de la vida clama por inmortalidad. Lo han asido los brezales, los ciruelos en flor se quieren enredar en su pelo. La dulce naturaleza le promete la salvación.

Pero sólo Dios puede salvarlo. Él bien lo sabe.

Ha pintado el verano en oro viejo, bronce y cobre. ¡Ah, el verano! El sol, el amarillo, el espíritu humano que sobrevive por la esperanza.

Y pinta con el viento espoleándole los ojos. Y el sacrificio lo redime. ¿Para qué inventar paisajes si la naturaleza es más perfecta que esa mente insana? A veces, en medio de la vorágine de pinturas, se detiene y se abraza: las estocadas de la desolación, o de algo más perverso, le revuelven las tripas.

Sí, piensa, que este viento se lleve la furia y las lágrimas. Que el viento se lleve esta tormenta. Y deje entrar el sol.

Ah, siempre el sol, el color de la existencia sin el mal. Pero el mal ha llegado. Y no va a marcharse. El pintor sabe de la tempestad, quiere aplacarla. Bebe de un trago

el vino, como si pudiera beberse la tormenta. Bebe deseando olvidar.

Una tarde adivina la catástrofe. El sol le abrasa los ojos, le muerde la piel. Filos socavando en lo más profundo. Huye de aquel vendaval de fuego. No volverá a salir de la cabaña, salvo por las noches. De ahora en más sólo existirán para él soles negros, como el sol de los mineros que mancha de carbón hasta los huesos. Su nostalgia también será la de ellos: vivir en la agonía de las sombras, nunca ver la clara mañana. ¡Pero él posee los girasoles y, en ellos, la fiebre de los hombres, la fiebre del mundo! Sólo necesito pintar el sol, se dice. Pintar. Eso me salvará, me sanará.

Y soles alucinados arrebatan los lienzos, los enardecen. La demencia le escupe un horrible recuerdo: aquel hombre del bar le ofrece un trago, hablan acerca del arte, hablan del sol. ¿Del sol? Y ramalazos de aire caliente le atraviesan el pecho.

Qué extraño, piensa, qué paradójico: dos hombres se sientan en un rincón oculto de un bar para hablar del sol.

Y esa sensación de que lo han vaciado: sangre, recuerdos, todo se ha ido.

Ya no cenará nunca más con Gauguin. La carne le provoca náuseas.

Y el ansia sigue. Cada vez más voraz. Una sed consumiendo las entrañas. Un fuego nuevo, imposible de extinguir.

El amarillo palpita sobre la mesa deslucida, presagia con voz pastosa: *Tristeza...* El rojo clama: ¡*Sangre!* ¡*Lava!* ¡*Estallidos!* Y el artista se convierte en el segador de la guadaña; la muerte que quiere caminar bajo el sol, provocar la oscuridad. Pero sólo deviene en noctívago: empieza a amar la noche, a deambular ebrio por madrugadas.

Y la vida se le sucede entre un lienzo nuevo y uno manchado. Entre nuevas pinturas y óleos reseco. Entre pinceles sucios y aguarrás. Intenta retratar la penumbra que pronto sabrá querer... pero sólo consigue pintar el sol, incendiar el alma con el mediodía. Sí: que el sol se haga trizas de luz por el mundo y queme las sombras que se agitan dentro del corazón.

Si atrapo la locura en mis cuadros, piensa, dejará de perseguirme. Pero... ¿es esto locura? ¿El poder distinguir tan sólo el crepúsculo?

Y esboza remolinos, olas rabiosas, garras que arañan el vacío. Pinta el sol como lo recuerda, como jamás lo volverá a sentir sobre la piel. Desde hace varias tardes no ha podido salir a la luz del día.

Pero la demencia lo acecha con aquel murmullo del café nocturno. Lo instiga. Susurra al oído día tras día: ¡*Pinta, pinta, pinta!*

Ya no quiero oírte, ruega el pintor. Pero los recuerdos, tan nítidos ahora, se le aparecen como rojos fulgores de aquella noche: aprovechando las sombras del bar, aquel hombre del café arroja su propia silla a un lado y lo arrebató. El pintor trastabilla, ha bebido mucho. En su borrachera, apenas alcanza a sacar una navaja. Pero ese invertido ya le ha mordido el cuello, una oreja. ¡El beso del diablo arde en su piel, el pecado nefando! Y después toda esa sangre...

Gauguin se ha marchado de la cabaña amarilla, pero todavía se oye por las noches

un rumor de bestias, tiemblan sus pinceles en la caja de madera.

Nada acalla esa voz de los infiernos. Ahora la escucha en sus venas, en sus retratos.

Una noche en la que el hambre lo posee, deambula por el bar aquel. Busca, y una mujer (*¿una víctima?*), entre velos, le ofrece una parodia del amor. Y él se acerca, la sed lo consume. Las ansias de tocar, morder... ¡desgarrar! ¿Cuándo se convirtió en un monstruo? Pero...no es de *esa* manera que quiere poseerla. Quiere beberla, secarla hasta el último latido. Que la sangre de ella lave cada órgano de su cuerpo.

Tiembla en el atril el azul, suplica refulgente: *Soledad*.

Él se ofrenda a la noche, las pinturas se le aparecen como en sueños. ¡Ah, los soles nocturnos también son muy hermosos!

Y en sueños también se revela la soledad, el desamor gritando, una y otra vez, que está solo.

Que siempre estará solo.

Eternamente solo.

Y las estrellas emergen de una tumba, brillos que sólo existen para iluminar la desesperación y la súplica de los hombres. ¿Qué se sentirá vigilar sólo estrellas hasta el final de los tiempos?

Vas a morir, murmura la voz un mediodía. Y el óleo negro se expande en su paleta.

—Lo sabía —dice él—. Déjame pintar un último cuadro. Pintarte, una vez más.

Y sale a entregarse, a ofrecer su piel, por última vez, al mediodía. Sus ojos, al campo enceguecido de luz. Sabe que esa vez será la última.

Pero ahora los cuervos se apoderan del cuadro, lo devoran. Una mancha de petróleo absorbiéndolo todo. El trigal se marchita en las tinieblas. Con un último trazo de azul y negro, el artista pinta su propia muerte.

Sale al sol, camina hacia la liberación.

El pecho del pintor se quiebra. La bala lo desgarrar. Y de esa negra marisma de sangre y de dolor, por fin escapa la oscuridad: lo abandona la locura. Oye el graznar de los cuervos desde el óleo fresco, se estremecen las briznas de hierba. El mediodía le envuelve en llamas la piel, el pelo rojo.

Mientras el pintor se desgrana en cenizas, alguien ríe a lo lejos. Reconoce la voz, el susurro de aquel monstruo en el café nocturno.



Ilustración: Duende

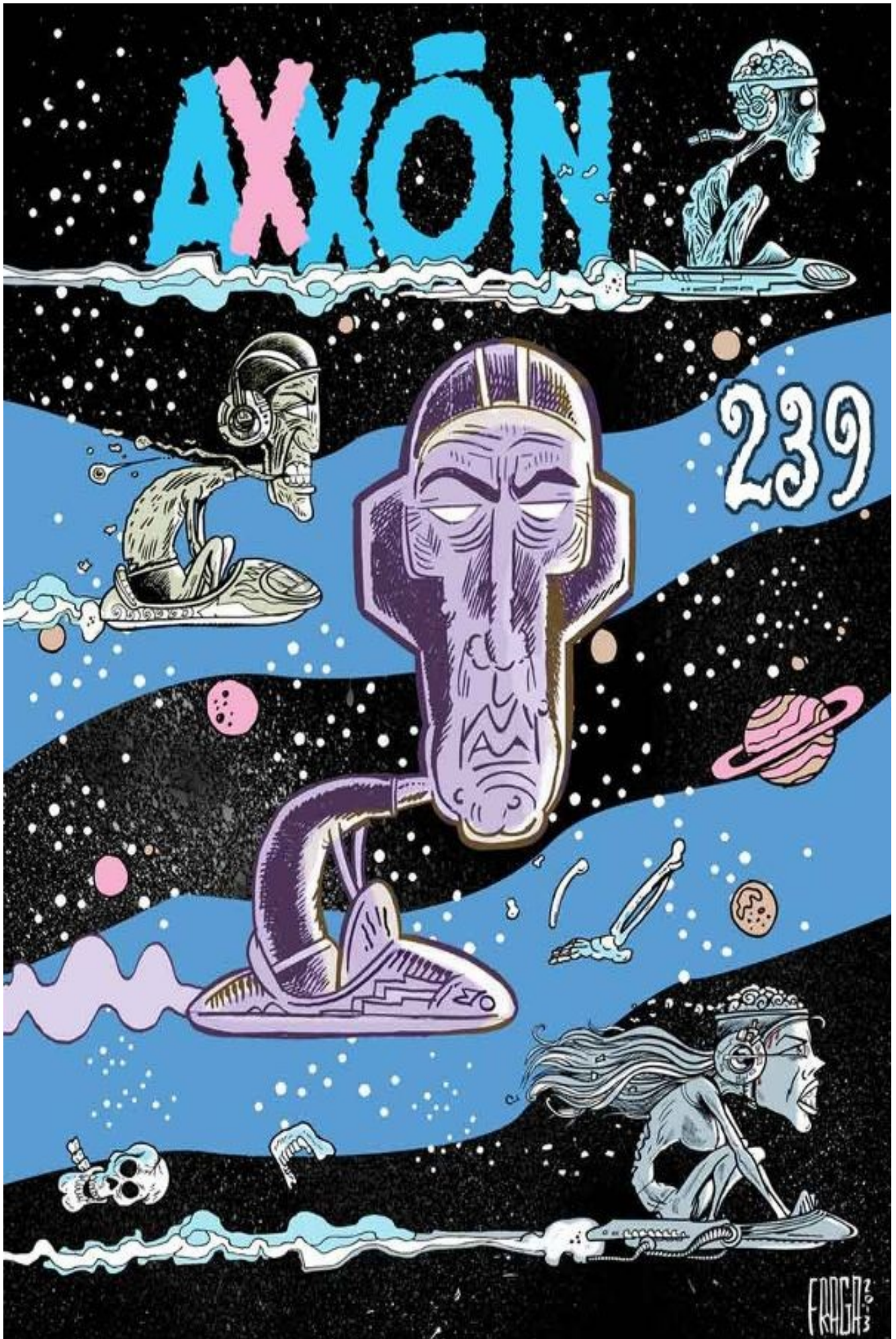
Quiere gritar, pero las palabras se vuelven soplos grises. Levanta el brazo que sostiene el pincel: quiere esbozar la noche, que las tinieblas acallen el ardor. Pero lo envuelve el sueño. Lo acuna su amado campo de trigo inflamado bajo el sol hasta la eternidad.

Y el alma del buen Vincent parte hacia la noche, con alas membranosas de vampiro.

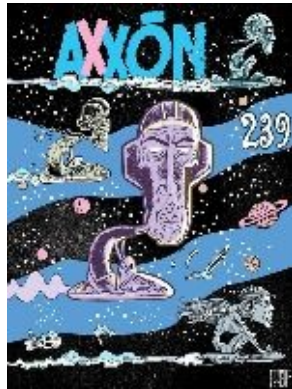
María Laura Sánchez nació en 1980 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Estudió Filosofía y Letras en la U.B.A. Asiste desde el año 2006 a los talleres de poesía y narrativa de Marcelo di Marco.

Menciones y premios destacados: En el año 2008 obtuvo mención de honor en el Certamen Internacional de Junín País 2008 con el poema «¿Dónde estás?». Participó en la antología de dicho certamen con la publicación de cinco poemas. Su poemario Cristales Vampíricos obtuvo mención especial en el VI Concurso Nacional Macedonio Fernández. Sexta Mención especial en el Premio Nacional de Literatura – Tres de Febrero 2009, con el poema «Premonición». Participó en el libro-antología de dicho certamen. Un jurado internacional otorgó a su poema «Fénix» el 2do Premio en el concurso PREMIO MOROSOLI INSTITUCIONAL 2009, 2ºs Juegos Florales del Siglo XXI, organizado por Movimiento Cultural aBrace, de Uruguay. Mención de Honor en el VII Concurso Hespérides de Cuento y Poesía. Primera Mención en el II CERTAMEN NACIONAL DE POESÍA RAMON EMILIO CHARRAS. Semifinalista en el concurso del Centro de Estudios Poéticos, de Madrid. Con la obra Primera Sangre obtuvo el Primer Premio en el Certamen Nuevas Promociones SESAM de Poesía 2010, organizado por la Sociedad de Escritores de San Martín.

Es miembro de La Abadía de Carfax, círculo de escritores de horror y fantasía, y secretaria de redacción del diario informativo cultural Fin, de elaleph.com



Contenido 239



- Editorial - [La punta del iceberg](#)
- Relato - [Así permanece hermosa Lisa Marie \(Anticuada canción para sonámbulos\)](#)
- Relato - [Huesos](#)
- Entrevista - [Fraga](#)
- Relato - [Shopping infinito](#)
- Relato - [Buenos Aires bajo el río](#)
- Relato - [A la deriva](#)
- Relato - [La peor pesadilla](#)
- Relato - [El viejo de la puerta](#)

La punta del iceberg

Dany Vázquez

Como humanos que somos, más allá de las necesidades básicas y cotidianas, hay pulsiones y deseos, a veces irrefrenables, que nos llevan a hacer determinadas cosas que aparentemente no tienen demasiado sentido.

En «Todo el verano en un día», Bradbury nos cuenta la historia de una niña que extraña la luz del sol y encima, muy cruelmente, se la niegan. La anécdota es pequeña pero imaginativa y, por sobre todas las cosas, está mágicamente contada.

Mi verano no duró un día, pero el ansiado viaje a la libertad de este verano duró, después de muchos años de no ir a ninguna parte, apenas seis. Con el fin de calmar mis pulsiones durante este viaje cargué con un par de libros, otro par de blocks de hojas (uno para dibujar y otro para escribir), una lapicera y algunos lápices.

Todo volvió prácticamente intacto.

Sé que la cosa esta vez pasó por otro lado, mayormente por mi voraz necesidad de llenarme del lugar al que fuimos para limpiarme de tanto cemento y por el hecho fortuito de reencontrarme con el mencionado cuento de Bradbury y el resto de los cuentos que lo acompañaron en un hoy viejo y ajado volumen.

¿Cuántos de nosotros hemos crecido a la luz de estos clásicos? ¿Por qué siguen funcionando? Yo creo que es porque, a pesar de hablar de hechos maravillosos y lugares estafalarios, sus historias se centran en las personas, humanas o no. Claro que estamos viendo una luz filtrada, en una parte por el tiempo y en otra por ese filtro invisible, que muchas veces los lectores no ven, que son los editores. Esos clásicos que llegan a nosotros son apenas la punta del iceberg, una brillante minucia que flota sobre una inmensa masa de escritos que jamás leeremos.

Los tiempos han cambiado: empezando por la autoedición en blogs (y a veces también en papel) y siguiendo por las tantas revistas online que hoy existen, a las que debemos sumar aquellas en papel que, por suerte, sobreviven —¡e incluso nacen!— hay una mayor posibilidad de llegar al lector. Por eso creo que hoy la cosa no termina en llegar a la publicación, sino en *sobrevivir* en la memoria del lector. Me pregunto cuántas de estas obras permanecerán en su memoria. Me pregunto cuántos, de los miles de escritos aparecidos en este medio, merecen estar por sobre la línea de flotabilidad. Yo veo con satisfacción que no son pocos. Claro que hablo desde el orgullo de ser axxonita, sin el peso de ser el editor ni el director literario: apenas algo más que un lector muy privilegiado. Desde mi lugar puedo ver el trabajo y la criba que hay detrás de lo que llegamos a ver todos en estas páginas, y sé del trabajo arduo, con o sin prisa pero seguramente sin pausa, que hacemos para que mes a mes Axxón pueda hacer de nexo entre el escritor y el lector. Sin este último, es como que la

creación no se transforma en realidad. Sin este último, sin ustedes, que harán al leer su propia versión de la historia según sus propios antecedentes literarios y de vida, la obra no estará completa.

Por eso insisto en la importancia del feedback. Agradezco, como parte de la revista, y también como lector a veces escritor, cada comentario hecho a los pies de una obra. Y veo con interés que aquellos que comentan son, en buen número, otros escritores. A mi entender es bueno e importante que los escritores lean a sus congéneres, que sepan qué se está escribiendo. ¿Pero qué pasa con el resto de los lectores?

Como humanos que somos, esas pulsiones a veces irrefrenables y aparentemente sin demasiado sentido necesitan del intercambio, de la palabra amable y también de la crítica bienintencionada que ayuda a seguir creciendo. Si bien es muy probable que las páginas que siguen no sean más que el resultado de una pulsión, la nuestra, como lectores, muchas veces también lo es. Ayúdenos, con sus comentarios, a mantener viva la sana e irrefrenable necesidad de crear y, a la vez, tratar de entender cuáles son aquellas obras que probablemente se mantengan a flote sobre las aguas del olvido.

Axxón 239 – febrero de 2013
Editorial

Así permanece hermosa Lisa Marie (Anticuada canción para sonámbulos)

Pé de J. Pauner
México

PRÓLOGO

Rossie, una niña, vive en un descuidado caserón rodeado de jardines tan húmedos como oscuros. Antes de soñar suele obsesionarse por su apariencia. Acostumbra sentarse en la fuente de piedra cubierta por líquenes que hace tiempo no funciona. Pasa largas horas mirándose en un espejo de mano que lleva siempre consigo. Pasea entre los helechos gigantes cubiertos de rocío, por el sendero empedrado, lodoso, casi enterrado, que serpentea entre las hierbas feraces, los árboles envejecidos de los que pende el musgo español y las flores muertas que se pudren desde hace mucho y no terminan de desintegrarse. Disfruta la naturaleza salvaje. Aspira el ambiente viciado. Levanta los brazos. Sonríe.

Por la noche, sobre una cama con dosel, sueña con una niña enferma. La puede ver sobre un camastro húmedo por el sudor, en un cuarto que huele a fiebre y moho. A media luz sabe que el suelo está sucio, pegajoso por fluidos corporales, porque la niña no quiere asear su cuarto. Está concentrada en estas cosas cuando siente que su alma es aspirada. Absorbida. Es una sensación atroz. Como si una boca sin dientes la chupara. Todo es vértigo, mareo. Intenta mirar y no ve nada. Sobre la frente el sudor escurre en gotas calientes. Le duelen las articulaciones. Parpadea. Se encuentra en la cama, acostada. Mira a la izquierda la luz mortecina de la vela sobre un destartado mueble con cajones. Encima, el techo descascarado aborta la poca pintura que aún retiene. En la unión del techo con dos paredes se agita una telaraña polvorienta. Siente la lengua amarga como si sostuviera una moneda de cobre. Tiembla con miedo, se separa. A su lado yace la enferma; en la frente mojada el sudor corre hasta las sábanas.

—Ahora ya no estaré más sola. Tampoco me sentiré enferma —le dice—. Me llamo Lisa Marie. ¿Vendrás por las noches a visitarme?

I

Durante el desayuno, Rossie juega con el cereal. No tiene hambre. Piensa. Su

madre la mira sospechando problemas en la escuela. Ella siente que mamá está preguntándose algo. Le suelta:

—Mamá, ¿has tenido sueños recurrentes?

—He escuchado algo de eso. Pero no, nunca. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Por nada... Llevo días soñando con una niña extraña.

Rossie se levanta.

—¡El desayuno! —grita mamá.

—¡No tengo hambre! —La niña sale por la puerta de la cocina, mochila al hombro, rumbo al autobús escolar que apenas se acerca.

II

Todas las noches, Rossie visita a Lisa Marie. Gustan de jugar en el bosque cercano a la casita de Lisa, a la que alcanzan las agujas de pino que el viento arrastra. Una tarde dan con una tumba olvidada en medio de un claro. Un ángel de piedra carcomida mira al cielo, como implorando clemencia para quien yace a su sombra, debajo de la lápida de nombre borrado, cubierta de hojas.

Lisa Marie se sienta al borde de la tumba. Llama a Rossie. Una al lado de la otra se tocan. Lisa empieza. Sonríe. Pasa los dedos ligeramente por los labios de su amiga. De la parte de abajo de la tumba, de algún agujero, extrae una cajita que abre en su regazo. Contiene un peine, cosméticos.

Lisa Marie acaricia el cabello de Rossie. La peina, mirándola a los ojos. También le enrojece las mejillas, los labios. Al fondo hay un espejito de mano, un broche y un guardapelo que le entrega envueltos en un pedazo de seda azul ribeteada de dorado.

Por la mañana, Rossie llega al desayuno maquillada. Su madre la regaña. La obliga a lavarse la cara antes de comer el cereal. Rossie se encierra en el baño. Solloza un poco y se desnuda. Debajo de la regadera deja que corra el agua tibia sobre los hombros, la espalda. Se le moja el pelo. Cierra los ojos. Pasa los dedos sobre los labios. Recuerda. Se ha quitado de encima el olor a enfermedad de Lisa Marie. Y ese olor a moho que tiene su casa. Del espejo del baño, un óvalo grande, brota la cajita que soñó que encontraba su amiga. La ve sobre el lavabo cuando termina de bañarse. Sonríe. Ya no tiene motivos para estar triste.

III

A Lisa Marie le gustan las manzanas. Cuando Rossie la visita le ofrece una de tamaño grande. Rossie la rechaza. No le gustan. Ni siquiera las tartas que la abuela prepara por la Pascua.

En el bosque llegan muy lejos, más allá de la tumba del claro, hasta un riachuelo que fluye entre los árboles. De una gruesa rama que llega al agua pende un columpio. Se dejan caer en el riachuelo cubierto por hojas. Ponen la ropa a secar en los arbustos. Corren desnudas a lo largo de la orilla. Hay algo anormal en los árboles, proyectan sombras azules, agitan ramas de hojas secas, murmuran.

Al anochecer las niñas se besan los labios suavemente. Vuelven a casa. Lisa Marie prepara chocolate. Se sienta a la mesa. Come un par de manzanas. Sonríe, contenta por la presencia de su amiga. Solas, recorren la casa. Rossie nunca ha visto adultos en casa de Lisa; a pesar de esto siempre tiene ropa limpia, todo más o menos aseado, excepto su cuarto que aún huele a enfermedad. Un olor persistente, impregnado en las cortinas y alfombras. No debe serle muy difícil mantener su hogar así a Lisa Marie, la casa es pequeña y hay pocas cosas... lo necesario para que puedan vivir dos niñas solas.

IV

En los baños de la escuela, mientras se mira en el espejo de mano de Lisa Marie, Rossie ve el reflejo de una anciana. Asustada, deja caer el espejo. No se rompe. Cuando el susto ha pasado, desde el suelo, el espejo le devuelve su propia imagen. Lo guarda apresuradamente. No lo volverá a usar en todo el día. Esa noche preguntará a Lisa sobre esto.

Su madre la nota cada vez más abstraída. No sale. No come. Se sienta en el porche largas horas mirándose en el espejo de mano: peinándose, hablándole a su reflejo. Se balancea en la mecedora. Le confiesa que solamente quisiera dormir. El aire arrastra hasta sus pies las hojas secas de los árboles cercanos. Y sigue meciéndose mientras se mira al espejo. Canturrea en voz baja una canción que habla de muertos.

V

Rossie ha enfermado. Su madre está muy preocupada. Hace ocho horas que tiene fiebre. Delira. El médico opina que hay que llevarla a un hospital. Mientras está en la casa, cae en un coma profundo.

Sus pies pisan descalzos el suelo sucio, pegajoso. Se detiene. Permanece al pie de la cama donde Lisa Marie, hace ocho horas, se consume de fiebre. Rossie le enjuga la frente. Le acaricia el cabello. Sonriendo, triste, la peina en silencio. Hay algo extraño en la cara de Lisa, parece vieja, arrugada. Y el pelo se le quiebra entre las manos.



Ilustración: Mariela Giorno

Lisa Marie abre los ojos.

—Debo estar muy fea —murmura.

—No, mira —Rossie le tiende el espejo. Lisa aparta la vista.

—Es un regalo. La hermosa eres tú... los espejos son instrumentos de vanidad. Y yo no soy hermosa ni vanidosa.

Intenta una sonrisa, luego cierra los ojos, duerme.

Rossie permanece horas al pie de la cama. En el lecho mojado, Lisa Marie comienza a temblar. Rossie se acuesta a su lado. La abraza. Le susurra al oído, consolándola, cosas dulces que solo una niña bonita aspira a escuchar. Sin darse cuenta, se queda dormida. Abre los ojos. Le duelen al parpadear. Tiene fiebre. Tiene frío. Su cuerpo huele, transpira. El contacto con la piel de Lisa Marie le quema. La respiración de esta es entrecortada y tiene la boca entreabierta. Mirándole los labios, Rossie siente que es vaciada. Es una sensación obscena. Sexual. Su alma es arrancada. Por fin, en torrente, entra en la fiebre de Lisa.

VI

El médico pronuncia lentamente la inconcebible noticia. Rossie acaba de morir. Nadie sabe nada. También ignoran que los muertos pueden soñar. Cuando la velan, metida en su ataúd acolchonado de seda, nadie sospecha que sigue soñando... En su sueño, Lisa Marie abre los ojos. Está radiante, limpia como recién amanecida. A su lado yace el cuerpo de Rossie. Coge el espejo, mira: es joven, hermosa. Al caer la noche, poco a poco, va cavando una fosa en medio del bosque, hasta la cual arrastra el cuerpo de Rossie. La entierra. No se demora demasiado. No quiere romperse las uñas.

VII

El ataúd de Rossie es inquieto. Se mueve mucho y desde el interior le surgen gritos. Alguien grita, también, que la niña está viva. Otro por ahí se desmaya. La gente que ha acudido al velorio se paraliza de horror, pero la madre corre, abre la tapa. Saca a la niña. La carga como a un bebé. La abraza. Y por el resto de la noche, no termina de llorar.

EPÍLOGO

Rossie acostumbra jugar a solas en el jardín descuidado. Regresa tarde a casa. Cuando mamá le pregunta qué desea cenar —a las niñas que han vuelto de la muerte se las suele mimar mucho—, ella pide un capricho que la deja sorprendida:

—¿Una tarta de manzanas podría ser?

Y así, sin más, se sienta a esperar...

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antologado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo «Las cinco grandes utopías del Siglo xx» en la web española Alfa Eridiani.

Huesos

Federico Buccino
Argentina

Espero que esta noche la ciénaga no llegue a la tumba; tengo miedo.

Aunque mamá esté muerta, bien muerta.

Como ella siempre decía, soy un idiota y un degenerado. Vivo solo en una cabaña cubierta por el musgo y la humedad de muchos años, a la orilla de este pantano oscuro y mudo. Cómo saber hasta qué punto llega mi idiotez y hasta dónde mi degeneración; sé que soy lo que soy porque mamá me lo repetía constantemente. Ahora está enterrada en el huerto, en ese baldío inútil que la ciénaga inunda cada tanto. Aquel día, el barro verdoso fue fácil de excavar, pero las paredes de la tumba se desmoronaban. La fosa no quedó tan profunda como yo había deseado. Y a veces, en esas noches en que la ciénaga lame el huerto silencioso, me parece ver que los huesos afloran como dientes podridos. Nunca me atrevo a salir para verificarlo. Me petrifico, abrazado a mi vieja hacha como si pudiera ahuyentar el terror. Cuando amanece, después de la crecida, los huesos ya se han hundido y la sepultura se ha cerrado otra vez. La lápida de madera agusanada siempre se inclina; entonces me esfuerzo por enderezarla. Nunca quedo conforme con el resultado.

La muerte de mi madre fue el único hecho notable en mi vida. Bueno, esa y las otras muertes. Porque yo era un asesino, además de «un idiota y un degenerado»; jamás tuve el valor de contárselo a ella. Bordeando el marjal hay un camino de tierra bastante ancho y bien mantenido. No me arrepiento de haber acechado y asesinado a aquellos viajeros solitarios. Después de todo, por qué iba a arrepentirme, si soy un idiota y un degenerado; que no se nos vaya a olvidar, mamá.

No creo que nadie sepa de nuestra, quiero decir, de *mi* existencia, ahora que mamá se ha ido. El huerto y las dos cabras son más que suficientes para mis necesidades, aunque a veces el cuerpo me pida otras cosas.

Mi madre me enseñó a leer y a escribir. Tal vez anhelaba que yo no fuera tan idiota ni degenerado como ella decía, aunque no dejaba de recordármelo. Nunca supe cómo conseguía la tinta negra ni el papel. Varias veces la sorprendí recolectando unos frutos, esos mismos que, según ella, eran muy venenosos.

Tomo mi hacha y miro por la ventana.

El agua ya está cerca de la tumba.



Ilustración: Tut

Una vez más se ha frustrado mi esperanza de un sueño tranquilo. Al atardecer se desató una tormenta de relámpagos. Llovió hasta muy entrada la noche. Bajo el bramido de los truenos, la ciénaga creció. Y los huesos —o lo que yo creo que son sus huesos— emergieron para saludarme. Cuando esas flores mortuorias se abrieron, me quedé inmóvil como un muerto, como si ya estuviera junto a mamá, como si me llamara. Las manos se me crisparon sobre el mango del hacha. No pude salir, no pude moverme, no pude escapar. Pero no resistí el impulso de acercarme a la ventana. Y con sólo ver un destello óseo, una mancha blancuzca, quedé clavado al piso de madera. El fuego de la chimenea se fue extinguiendo, y no dormí en toda la noche.

Sólo cuando llegó la mañana me atreví a revisar la tumba. La lápida se había inclinado. Trabajé duro con martillo y cuñas, pero el arreglo no me dejó conforme.

Durante la tarde aceché el camino desierto. El cielo se ha vuelto gris otra vez. Tiemblo al pensar en la noche. Pobre mamá, tendría que haberle contado lo de los asesinatos: se habría alegrado de saber que su hijo era realmente un degenerado.

Esa noche no hubo lluvia. Pero un vendaval cayó sobre el pantano y levantó barro y hojas; una rama pesada se soltó de uno de los árboles y fue a incrustarse en una pared de mi cabaña. Ante el peligro de la lluvia y la crecida, decidí repararla de inmediato, a la luz del fuego. Y fue entonces que hice un extraño descubrimiento. Varias maderas de la pared, al parecer cortadas a propósito, se desprendieron y dejaron a la vista un recoveco. Atisbé el interior pero el viento hacía bailar el fuego y no distinguí nada. Metí la mano lentamente, por si había alimañas. Mis dedos se toparon con un objeto rugoso. Lo rodeé con la mano y tiré; estaba encajado. En el segundo intento salió a la luz.

Lo examiné. Tenía una capa de musgo resbaloso y hediondo. Al limpiarlo un poco, vi que era una caja, una pequeña caja de madera tallada. No había cerradura, sólo una traba metálica enmohecida que me costó abrir.

Cuando logré hacerlo, la tapa se soltó de los goznes y cayó al barro. Me acerqué al fuego para poder apreciar el interior: estaba forrado en cobre, tal vez con la intención de hacer la caja más hermética y aislarla —sin éxito— de la perpetua humedad del pantano. Guardaba unos papeles manchados de moho, muy deteriorados.

Los tomé con cuidado y comencé a desplegarlos. Las hojas parecían estar a punto de deshacerse. Si las hubiera descubierto algunos meses después habrían sido ilegibles. Advertí que los papeles estaban cubiertos de letras diminutas y apretadas, aunque claras y de trazo grueso y negro.

Las había escrito mi madre. Supe, con un estremecimiento que no puedo explicar, que no cabía ninguna duda. Si bien ella me había enseñado a leer y escribir, jamás la había visto tocar un papel. El hallazgo me llenó de aprensión, pero la tentación de leerlo fue irresistible. Las hojas se desgajaban, se descomponían a medida que avanzaba mi lectura.

...ha cambiado, mi hijo ha cambiado. No hay forma de determinar cuándo le llegará esa urgencia horrible que infectaba a su inmundo padre. Qué haré, Dios mío, ayúdame. Sé que jamás te he temido, pero no dejes de oír a esta vieja desdichada e inútil. Cómo lo protegeré de sí mismo. A veces siento el impulso de matarlo, el mismo impulso que sentí hacia su padre, esa bestia. Un hombre como aquel sólo pudo haber engendrado a una criatura envilecida para perpetuar su asquerosa necesidad. Estoy segura. Ese día espantoso en que concebí a...

Había todo un párrafo ilegible o borroneado, aunque —por supuesto— asumo que hablaba de mí.

...sus merodeos son cada vez más frecuentes. ¿Y si decide hacer eso... conmigo? Algo lo detiene, algo lo tranquiliza. Temo que esté saciándose de alguna manera. Por eso me retiré a la orilla de este pantano hace tantos años. ¡Dios, si pudiera matarlo! Pero se trata de mi hijo, por más idiota y degenerado que sea. Qué pasará cuando yo no esté. El látigo y los golpes lo mantienen sometido, pero... ¿hasta cuándo? Rezo para que el Señor me dé fuerzas. Debo dominar a este animal salido de mí. ¡Dios, qué sucederá cuando yo muera! ¡Ayúdame!

Al leer estas palabras comprendí que no había sido necesario ocultar mis acciones. Si ella no sabía que yo era un asesino, por lo menos lo sospechaba. Pero ahora estás muerta, mamá. Y bien enterrada con tu látigo.

Hace dos tardes, cuando estaba recolectando las raíces de la tinta, unos gritos espeluznantes me dejaron paralizada. Atardecía y se veía poco. No pude siquiera saber de dónde venían aquellos alaridos, porque cesaron de inmediato. No hay duda de que ha comenzado. Si no puedo matarlo, por lo menos lo encerraré. Sí, lo encerraré antes de la primavera.

Allí terminaban sus palabras. Pobre mamá, ella no podía pensar en matarme, pero yo sí en matarla a ella. Nunca llegó a esa primavera.

La envenené con raíces de tinta, aunque por ese entonces yo no tenía idea de sus sospechas. Estuvo agonizando durante una semana, intuyendo, *sabiendo* que su propio hijo la había envenenado. Fingí preocuparme, y cuidé de ella hasta el último instante. Para que se fuera a la tumba con esa terrible duda, con ese peso en el corazón. Me cobré cada golpe, cada latigazo.

Hoy comeré.

A mi manera.

Mi vigilancia dio sus frutos. Cerca del atardecer apareció un caminante con una mula inhumanamente cargada. Parecía borracho: ni siquiera se sorprendió cuando salí de la espesura empuñando el hacha. Se quedó mirándome sin entender. Y nunca entendió, porque le hendí el cráneo de inmediato. Fue difícil sacarle el hacha: había penetrado hasta el paladar. Lo había golpeado con furia: aún estaba indignado por las palabras mi madre, haciéndose la víctima. Maldita.

Lo que siguió fue lo habitual. Me llevé la mula junto con las cabras, arrojé su carga al pantano, arrastré el cadáver del borracho hasta el huerto y lo desmembré: después de tantas comidas, me había puesto hábil en esta tarea —te hubieras sentido satisfecha, mamá, el idiota aprendió *solo*—. Luego lo devoré. Lo mastiqué con voracidad, sin esa incertidumbre que representaba el peligro de ser descubierto. Después de todo, mamá tenía razón: a sus ojos, yo era un degenerado.

En cambio, hubiera sido un orgullo para los ojos de mi desconocido padre.

Fue la comida más placentera de mi vida.

Tres más. No puedo detenerme, no quiero detenerme.

Anoche, la ciénaga volvió a crecer, y otra vez los huesos —ya no tengo ninguna duda al respecto— salieron a la superficie. Y de tanto pensar en los huesos, se animaron ante mis ojos extáticos, se animaron con movimientos suaves e hipnóticos, para

terminar formando un gigantesco brazo esquelético y podrido que blandía un látigo, ese mismo látigo divino con el que mamá esperaba detener mi desarrollo natural, heredado de mi padre. Desperté entre espasmos, bañado en sudor y orina. Fui corriendo hasta la ventana y ahí estaban, esparcidos por el huerto, esperándome.

El alivio que representó saber que había soñado duró apenas segundos: mientras dormía se había desatado otra tormenta de lluvia sucia que me impedía ver la tumba. Casi me alegré: si no la veía, me libraría de su influjo enfermizo, por lo menos esa noche, y podría alejarme de la ventana. Pero no fue así. Si bien la pesada cortina de agua nublaba toda visión, me pareció distinguir una forma humana merodeando la parcela. Inmediatamente los ojos se me llenaron de lágrimas de terror y la piel se me estiró por los escalofríos. Pensé que se me iba a desprender como una mortaja. Grité. Grité y grité, cubriendo el siseo fantasmagórico de la lluvia con mis alaridos. Grité, paralizado e histérico en la oscuridad de la cabaña. No recuerdo más.

Otra comida, la quinta desde la muerte de mi madre. Todos los días el sol intenso cae en el pantano, disipando vapores y secando la tierra. Me siento mejor, sobre todo por las noches. Mamá, no vas a ganarme esta vez.

Dos más: un viejo sacerdote y un mendigo. Temo que el camino deje de ser frecuentado. O, peor aún, que alguien venga a investigar.

Las últimas cuatro noches ha llovido. Duermo durante el día: en las horas de oscuridad vigilo la tumba desde la ventana. Los restos de mi madre ya aparecen por todo el huerto. Aunque no es posible. El cuerpo humano no tiene tantos huesos: yo lo sé mejor que nadie. Pero las sobras de mis comidas quedan en el corral de las cabras —que se han aficionado a los desechos—, así que deben pertenecer a mi madre. Anoche, durante uno de los más terribles paroxismos de la tormenta, volvió a aparecer esa figura espantosa que merodea la parcela. No logro discernir sus rasgos, aunque su contorno es inconfundible. Tal vez todo suceda en mi cerebro —nada deseo más— y sólo se trate de algún animal carroñero. No quiero dejarme vencer. ¡Padre, ayúdame, donde quiera que estés! Cualquier cosa que hayas sido, yo también lo soy: son las palabras de mamá.

Hace ya más de una semana que llueve y no he vuelto a comer. He decidido descubrir quién es el merodeador. Si cae en mis manos, mis tripas serán el final de su camino. Lo odio y me enfrentaré a él. Maldito, y malditos los huesos de mi madre. También me enfrentaré a ellos, voy a recogerlos uno por uno y repartirlos por el pantano. Voy

a triunfar para que mi padre esté orgulloso de mí, para que me sonría desde el infierno.

Allí está. ¡Allí está! La forma parece indecisa. Recorre el límite de la parcela, como si no se atreviera a cruzarlo. Algo lo detiene: los huesos. Son los huesos de mi madre los que lo amedrentan. La silueta del merodeador es tan incierta que me aterroriza. ¡Sus ojos! Los he visto. Salgo de la cabaña y me empapa la lluvia pestilente. Camino entre temblores, pero decidido a terminar con todo.

Algo ha cambiado, mi furia se disipa. Me acerco; el agua me corre por la cara, casi no veo. El hacha se me resbala y se hunde en el suelo anegado. La lluvia es como una mortaja acuosa que me ahoga. Caigo de rodillas, pero Él no se aprovecha de mi debilidad: me espera. Con un gesto vago, me anima a acercarme. Me arrastro por el barro verdoso, llorando, chapoteando entre los odiados huesos que parecen querer detenerme. Llego ante Él, y me abrazo a sus piernas.

Y aunque jamás lo he visto, lo reconozco. Sólo me queda aliento para decir:
—Papá.

Teniendo a H.P. Lovecraft, Edgar Allan Poe, W.H. Hodgson y Cordwainer Smith como autores preferidos, no es de extrañar que la producción literaria de Federico Buccino (Buenos Aires, 1966) esté dedicada exclusivamente a la narrativa fantástica, de horror sobrenatural y de ciencia ficción. El cuento «Ruinas», su primer texto publicado, apareció en Pasajeros en Arcadia, antología que Marcelo di Marco preparó en 2000 para Editorial de Belgrano. En 2004, su cuento «¿Acaso creíste, hijo mío?» fue incluido en la selección de microrrelatos En frasco chico, que Silvia Delucchi y Nomi Pendzik compilaron para Ediciones Colihue. En 2006, su narración «Una mancha más negra que el cielo» fue incluida en Cuentos de la Abadía de Carfax, Ediciones PasoBorgo. Sus cuentos «Huesos» y «Pandemia» se publicaron en Cuentos de la Abadía de Carfax 2 y Cuentos de la Abadía de Carfax 3, respectivamente.

Su primer libro de cuentos, «Silbervogel y otros diez episodios de horror», será editado en breve por Ediciones PasoBorgo de elaleph.com, en formato digital y en papel.

Entrevista a Fraga

Ricardo Giorno
Argentina

AXXÓN: ¿Qué personajes de historieta mexicana te gustaban de pibe? ¿Existe alguno que sobreviva?

FRAGA: Leí poco de historieta mexicana, porque lo que había no me gustaba: Memín Pinguín, por ejemplo, era un niño negrito y picarón que vivía emocionantes aventuras con su palomilla en un barrio pobre de la ciudad de México, pero me angustiaba que la madre, aunque era muy cariñosa con él, lo disciplinara a tablazos. Kalimán estaba bien, pero eran historietas de continuación y yo prefería las que daban un final en cada cómic. El brujo Aniceto y la bruja Hermelinda se me hacían muy grotescos, aunque ahora de grande me



Fraga, según Don Ramirito

parecen sensacionales. Había unas historietas que ahora he buscado sin éxito por la Red, trataban de las peripecias de gente que caía en el infierno con diablos muy simpáticos y diablitas muy buenas, me encantaban los diablillos y el contexto del infierno en llamas. Las que sí disfruté mucho eran las historietas de Los Supersabios, de Germán Butzé y las aventuras de La Familia Burrón. Por aquellos ayeres (setentas) surgió una historieta que devoraba de niño cada semana, las aventuras de Batú, un héroe parecido a Tarzán que vivía en un mundo fantástico, con seres inverosímiles, entre ellos su amigo Otijo, es decir Ojito, un cíclope que todo lo hablaba al revés. Recientemente han reeditado a la Familia Burrón, pero las demás ya no se producen. Hubo otras historietas que no leí porque yo era muy chico y no me llamaban la atención, pero que recuerdo y que, además, tenían tirajes fabulosos como Kalimán, Chanoc, Lágrimas y Risas o Rarotonga, entre otras.

AXXÓN: ¿Y cómo fue la infancia de Fraguita?

FRAGA: Fui un niño feliz. Soy el mayor de cinco hombres y una mujer, recibíamos regalos cada Navidad, pese a no ser una familia de mucho dinero. Me la pasé jugando, modelando en plastilina y dibujando. En aquel entonces no había Internet, ni videograbadoras, así que era una maravilla cuando proyectaban películas de dibujos animados de Disney en los cines. Mis abuelos maternos tenían un rancho en donde los fines de semana pasábamos grandes aventuras mis hermanos y yo: corríamos por

los sembradíos, nos llenábamos de tierra y de sol, ordeñábamos a las vacas, alimentábamos a los pollos. Por las noches, era fabuloso ver aparecer a las luciérnagas. Hubo un tiempo en que no había electricidad, así que a la luz de los quinqués disfrutábamos la cena y la charla de tíos y abuelos. Crecí leyendo montones de historietas que me compraban mis tíos, de las de Editorial Novaro, como Lorenzo y Pepita, La Zorra y el Cuervo, La Pequeña Lulú, todo lo de Disney, que editaba la Editorial Novaro, y más tarde, cómics de Superman, Batman y Spiderman. En la pasada Feria del Libro en mi ciudad, Saltillo (norte de México), me encontré con un fan de mi personaje Don Ramirito, que tiene un buen bonche de cómics de aquella época y con quien, afortunadamente, pude hacer trueque a cambio de algunos originales de mis tiras.

AXXÓN: ¿Cuándo y por qué te decidiste a ser dibujante?

FRAGA: Siempre me gustó dibujar, llenaba cuadernos con historietas que luego leían mi madre, mi padre y mis hermanos, y después los amigos de la escuela. Los dibujos siempre me ayudaron a sobresalir: cuando hice el servicio militar se ofreció que el general de la Sexta Zona militar necesitaba que alguien le copiara algunos planos, así que tuve mi espacio en una oficina con restirador, con lo cual dejé de ir a los entrenamientos. Cuando surgieron las máquinas de fotocopiado, hice mis propios libros de cómics. Uno de ellos fue a dar a manos del director de la Preparatoria donde yo estudiaba y me recomendó para trabajar de cartonista en el periódico local. Comencé a dibujar cartón político y más tarde, creé a mi personaje Don Ramirito y luego a Los Cocolazos. Era 1984, yo tenía diecinueve años. Desde entonces, publico mis monos en diferentes periódicos y revistas. En 1986 dejé la carrera de Ingeniería en Metalurgia y estudié Ciencias de la Comunicación. Preferí Comunicación a Artes Plásticas, por ejemplo, porque pensé que era mejor enfocarme en el contenido de mis dibujos, para escribir mejores gags. Hoy en día, me dedico sólo al humor gráfico, trabajo desde casa y envío mis ilustraciones, tiras cómicas y cartones vía Internet. Un gran privilegio, pues no tengo horarios ni restricciones. Puedo estar todo el día en pijama tomando café.

AXXÓN: ¿En qué estabas pensando cuando creaste a «Don Ramirito»?

FRAGA: Me estaba estrenando como caricaturista político (1984) y el director del periódico me pidió una tira cómica. Imaginé entonces a un señor vagabundo, chaplinesco, como los personajes de los treintas, que deambularía por la Alameda de mi ciudad y que dormiría en una banca, sin tiempos ni horarios y... sin comida. Al principio, llamé a mi personaje «Don Antónimo de Zafio», que significaba algo así como «sinónimo de culto», pero no me gustó. Luego le puse «Don Chanclétón», (las chanclas en México son los zapatos viejos), pero tampoco me agradó. Hasta que mi padrino, Pablo Valdés Hernández, reconocido compositor y poeta, me dio el nombre definitivo: «Don Ramirito». El «don», para connotar respeto, y el Ramiro en

diminutivo, para dar a entender que era un personaje al que se le tenía cariño. Así que en abril de 1984 nació don Ramirito.

AXXÓN: Don Ramirito siempre me pareció un tierno de aquellos; muy inocente y con un dejo de tristeza: ¿alguna semejanza con nuestro querido Fraga?

FRAGA: Al principio, Fraga era don Ramirito y don Ramirito era Fraga simplemente le enjaretaba al personajito todas mis angustias juveniles. Luego crecí, me casé, tuve hijos... es decir, cometí la osadía de ser feliz. Don Ramirito tomó caminos separados, el muy irreverente se emancipó de mí. Ahora, cuando quiero dibujarlo, lo busco en alguna parte de mi mente y lo proyecto como a una antigua película en blanco y negro, con todo y el traca-traca-traca y hasta los rayones del celuloide; lo dejo andar, lo sigo y tomo para la tira las partes que me gustan de las escenas que «veo». Se ha convertido en un buen amigo, aunque a veces me reclama cuando intento «pasarme de lanza» con sus cosas. No le gusta que lo siga mucho o desvele demasiados aspectos de sus andanzas.

AXXÓN: ¿Cómo fue tu vinculación con AXXÓN?

FRAGA: Estaba trabajando como diseñador gráfico editorial, cuando uno de mis compañeros de trabajo me mostró el website de Axxón. Escribí al e-mail de Eduardo Carletti, para ver si podía publicar alguna ilustración mía. Le comenté que hacía cosas de humor gráfico y me ofreció una sección para mí solito, de publicación semanal. Gran privilegio. Acepté de inmediato y nacieron las Ondas Fraguianas, que se publican hasta la fecha cada viernes. Pronto comencé a ilustrar también uno que otro relato de ciencia ficción.





Ondas Fraguianas

AXXÓN: ¿Te imaginás una AXXÓN sin Eduardo Carletti?

FRAGA: Por supuesto que no, Carletti es la envidia del doctor Frankenstein, pues le ha quedado de maravilla el «monstruo» que es Axxón. Además, yo le tengo un afecto muy especial. Cuando Edu se enteró de que había quebrado el periódico donde yo trabajaba, se solidarizó conmigo y noté cómo le dolía que uno de sus colaboradores, o

sea yo, pasara por una mala racha. No sé si Edu esté pensando que alguna vez tendrá que jubilarse de Axxón y que quizá deba dejar las riendas de la tremenda aeronave a alguien de toda su confianza, pues Axxón ya es un patrimonio de la humanidad.

AXXÓN: Vos sos un ilustrador que sabe ver el *meollo* del cuento (a mí me ilustraste *El efecto tortuga*, ¿te acordás?), ¿cómo ves a la nueva generación de cuentistas?

FRAGA: Pongamos los links aquí para quien quiera ir a tu relato y pueda leer tu formidable *El Efecto tortuga* con las peripecias de la frondosa y ecológica Gladys. Me gustan los nuevos cuentistas. Cuando los leo, es como ver una película, tienen muy buen ritmo y entremezclan muy bien dosis de humor, romance, intriga y acción. Siempre cuidan de terminar con sorpresivos remates que te dejan con ganas de seguir leyendo más. Mis respetos.

AXXÓN: ¿Qué onda con la ciencia ficción mexicana?

FRAGA: «¿Ciencia ficción mexicana? ¿De qué puede tratar? ¿De mariachis en el espacio, de Sor Juana Inés de la Cruz viajando en el tiempo?». Así se cuestiona mi querido amigo, colega y compatriota, Bernardo Fernández, Bef, quien de excelente narrador gráfico se ha convertido en un escritor reconocido a nivel internacional. De paso, Bef también ha publicado en Axxón y ha estado difundiendo la literatura de ciencia ficción a través de exitosas antologías. En «Los Viajeros» logra reunir a dieciocho de sus autores favoritos, representantes de medio siglo de ciencia ficción mexicana. A decir de Bef, aunque anden a salto de mata, cada vez más mexicanos se suben a la nave espacial de la ciencia ficción. Por mi parte, cada vez encuentro a más compatriotas que se suben a Axxón, entre ellos Felipe Rodríguez Maldonado, a quien también tengo el privilegio de conocer personalmente y a quien ha sido un placer ilustrar. Hay una gran generación de narradores de microrrelatos, muchos de ellos ahora los podemos seguir por el Twitter, un lujo.

AXXÓN: Según tu opinión: ¿qué distancia hay entre un ilustrador latinoamericano y un gringo?

FRAGA: No hay distancia, Ric, con este mundo globalizado ya todos nos permeamos de todos. Los latinos tenemos igual o mejor calidad que los norteamericanos. ¡Lo que nos falta a los latinos es cobrar igual de bien que los gringos!

AXXÓN: ¿Podrías ampliar un poco? Algún ejemplo, quizá.

FRAGA: He visto la calidad formidable de los artistas argentinos y conozco a muchos colegas mexicanos que dibujan fenomenal en todos los terrenos: ilustración, cartón político e historieta, y que ganan menos en comparación con lo que cobra un gringo. Un cartonista estadounidense, por ejemplo, puede vivir perfectamente bien dibujando un cartón diario, cinco veces a la semana. Los latinos tenemos que

«freelancear», es decir, tener trabajos extras para poder ganar más. Muchos colegas trabajan de tiempo completo en otra cosa para tener seguridad social, generar antigüedad en una empresa y dibujan en sus ratos libres. Yo no me fui a Estados Unidos, y eso que me queda cerquita, porque soy muy apegado a mi familia, a mis padres y hermanos. Y, sin embargo, estoy ganando dolaritos frescos: publico mensualmente mis monos en la revista Qué Pasó Paisano, de Houston y San Antonio, Texas, gracias a mi buen amigo Héctor Calles que me contactó vía e-mail para ofrecerme ser colaborador.

AXXÓN: ¿Cómo es tu rutina semanal, si la hay, para la generación de las viñetas de las Ondas Fraguianas?

FRAGA: No hay rutina semanal, soy un poco desorganizado y siempre voy al día. Me he propuesto enviar a Carletti la Onda Fraguiana cada principio de semana, para que la tenga con tiempo y no apurarlo con la subida al sitio, pero hasta ahora no lo he logrado, y mira que las publicamos desde el 2005 cada viernes. Pero lo que pasa es que el jueves, al término de mi trabajo diario para el periódico, que es una viñeta de humor, la tira de Cocolazos y un cartón político, es cuando busco a las volandas en mis apuntes si tengo una idea guardada para la viñeta o si hay algún tema sugerido en mi buzón por alguno de los AXXÓNautas. De ser así, la Onda Fraguiana es pan comido, la dibujo, escaneo, coloreo y ya está. Si no tengo la idea a la mano, y las musas están rejegas (esto aplica para todo mi trabajo en general), malo el cuento: comienzo a navegar por las noticias de Axxón, por mis propios posts en Twitter o Facebook, por si escribí algo ingenioso que pueda servir. Puede ser cosa de minutos o de horas encontrar algo, casi siempre naufrago en el amplio y fatídico espacio de la hoja en blanco. Mi propósito para este 2013 es organizarme más para entregar a tiempo el material y, sobre todo, dibujar mejor y ofrecer mejores chistoretas.

AXXÓN: Una de las cosas que más me llama la atención es tu capacidad de asimilar ideas ajenas, sin límites. ¿Qué te deja ese intercambio de ideas con gente que suele ser lectora tuya?

FRAGA: Es una espada de dos filos: cuando obtengo buenas ideas, es fantástico, porque me ahorran trabajo y, además, me llevo buena parte del reconocimiento. Lo difícil viene cuando la idea no es tan buena y no veo cómo decirlo sin herir susceptibilidades, pues me siento como un desagradecido que rechaza una idea desinteresada. Pero, la mayoría son muy buenas, siempre me dejan asombrado y es un placer dibujarlas.

AXXÓN: ¿Cuál es la diferencia entre crear una tira y un cuadro de humor? ¿Qué desafíos te deja cada uno?

FRAGA: El cuadro de humor es más sencillo, implica menos trabajo narrativo: de un plumazo dices el chiste y ya. La tira lleva más trabajo de adaptación, de narración. Al menos yo trato de combinar close-ups con planos generales en las tiras, para que los

personajes también comuniquen algo con su gestualización. Luego vienen las tiras seriadas, que continúan con un tema, aunque cada tira sea autoconcluyente en cuanto al gag. No obstante, el cuadro de humor lleva más trabajo de dibujo, porque es una área mayor y en las tiras a veces apenas cabe la cabecilla del personaje.

AXXÓN: En algún momento usaste a Don Ramirito para coquetear con lo fantástico. Fue vampiro, hombre araña y otros clásicos. ¿Nunca se te dio por crear una tira fantástica?



Dibujando a Don Ramirito

FRAGA: Esas tiras que mencionas me han gustado mucho porque pude sacar a Don Ramirito de su universo y parodiar películas y series de TV sin que el personaje perdiera su esencia. Por ejemplo, cuando se convierte en Spiderman usa la telaraña para acercarse tazas de café. Hay una saga que me gustó donde Don Ramirito viaja en una máquina del tiempo y retrocede sólo unas horas para beberse el café que ya se había terminado. En cuanto a la tira fantástica, alguna vez dibujé a un

marcianito como personaje recurrente en las tiras de Don Ramirito, que luego tuvo su propia historieta en los noventas en un suplemento infantil. La dibujaba a blanco y negro para que los niños pudieran colorearla, tuvo muy buena aceptación. El marcianito era muy inocentón, venía a la Tierra a descubrir todo con asombro, se llamaba Morx. Dejé de dibujarla cuando me cambié de periódico en 1997. La conservo en el cajón de los proyectos, por si algún día la retomo. Lo que veo más en puerta es tomar algunos de los relatos de Axxón y adaptarlos a cómic o, de plano, plagiarle a Liniers.

AXXÓN: ¿Cómo ves en retrospectiva tu trabajo con las Ondas Fraguianas?

FRAGA: Me ha servido para constatar el dicho aquel de que echando a perder se aprende. Veo unas cuantas viñetas buenas entre montones que pudieron mejorarse o, de plano, no estar ahí. Sin embargo, el hecho de tener el compromiso de publicar y la retroalimentación que encontré en el Foro de Axxón, me han hecho mejorar idea y dibujo. Al darles una releída, también veo que algunas podrían replantearse, así que quizá pronto haga «remakes» de mis propios chistes. El reto que me he propuesto en el arranque de este 2013 es circunscribir las Ondas Fraguianas sólo al contexto de la ciencia ficción, es decir, dejar fuera los gags que no tengan que ver con aliens, monstruos y escritores. Ups, parece que en estos tres términos estoy siendo redundante. Traté de hacer un chiste, ¿viste?

AXXÓN: ¿Cuál es la diferencia entre Don Ramirito y los Cocolazos?

FRAGA: Don Ramirito es un filósofo vagabundo, un ser solitario que deambula por

los parques tratando de resolver los enigmas de la humanidad, como, por ejemplo, dónde conseguir el café del día y la sopa caliente. Su temática es de reflexión e introspección y, para equilibrar estos tópicos, aparece Petalina, una simpática florecilla que aporta dosis de humor más ligero. Los Cocolazos tienen su propio universo, es decir, un mundo antropomórfico de cocodrilos, aquí no hay humano que valga. Todo surgió porque cuando dibujaba la tira a mediados de los ochentas, yo parodiaba a personajes públicos que resultaban tener buena relación con el director del periódico en que trabajaba por aquellas fechas, así que un día, sutilmente, me pidieron que dibujara otra cosa. Decidí seguir escribiendo los mismos chistes, pero en lugar de caricaturizar políticos dibujé cocodrilos, tortugas y serpientes, pues pensé que a los reptiles no se les había hecho suficiente justicia en el mundo de los dibujos. Me encantaron entonces las fauces dientonas de los cocodrilos y, de patiños utilicé de repente a una que otra sufrida tortuga. Como aparecían cocodrilos y la tira trataba de estrujar las conciencias, es decir, dar un «cocolazo» (golpe a la cabeza con el nudillo del dedo medio), terminó por llamarse así: Los Cocolazos. A partir del 2008, en que me he dedicado de tiempo completo al humor gráfico (antes de esa fecha hacía diseño gráfico editorial) he ido liberando a la tira de los temas políticos para tratar chistes más desenfadados dentro de un contexto hogareño o de sátira social. Como una especie de Los Simpson, pero con cocodrilos y a la mexicana.



AXXÓN: Quizás es un viaje de mi parte, una percepción equivocada, pero pienso que la mayoría de los escritores «ningunean» a las historietas. Como que las ven como un género menor. Algo para el piberío.

FRAGA: Quienes no han leído suficientes cómics o no han disfrutado un cómic serio para adultos, es decir, una buena novela

gráfica, son quienes demeritan a la historieta. Yo he encontrado verdaderas joyas en los cómics y en las novelas gráficas, unas perlas por demás gratificantes. Para ello, hay que tener un marco teórico de referencia que sólo se da con la propia lectura de historietas. Quienes las ningunean carecen de esa base de datos, por lo tanto, sus apreciaciones son irrelevantes e infundadas, así que no les doy el mayor crédito. Antonio Altarriba, Catedrático de Literatura Francesa en la Universidad del País Vasco, respondió así a un detractor de la historieta: «Señor Molina Foix, debería recapacitar y rectificar. Hasta el siglo XVIII el teatro fue considerado género menor y pecaminoso y la novela hasta el XIX y la fotografía y el cine hasta hace unas décadas y la historieta, antes de su irrupción, hasta hace unos pocos años. Si conociera la trayectoria seguida por los métodos de análisis y evaluación de los procesos creativos, sabría que sus criterios, además de impertinentes, están caducos desde los años sesenta con Umberto Eco, enterrados en los ochenta con Lyotard y podridos en

los noventa con Bourdieu.» Creo que así como hay buena y malas películas, buenos y malos programas de radio, buenas y malas puestas teatrales, igual hay buenas y malas historietas.

AXXÓN: En Argentina, actualmente hay un movida interesante para prestigiar la profesión del dibujante. Incluso se está trabajando (por parte de los mismos trabajadores del dibujo) en la promulgación de una ley que los ampare. Esa ley tiene sus idas y venidas en el Congreso Nacional Argentino y no termina de salir. ¿Cómo es la situación de los trabajadores de la ilustración y la historieta en México?

FRAGA: Acá somos «freelancers». Quienes se dedican a la publicidad, cobran mejor. El resto, tenemos que abrírnos paso en un terreno fangoso, en un camino sinuoso. Trabajamos por honorarios, en el día a día, de proyecto en proyecto. En muchos lugares no quieren pagar, o pagan muy poco. Entonces se van quedando sólo los buenos, los que ofrecen un buen contenido, y que, de paso, allanan el camino a las nuevas generaciones. Los moneros e ilustradores consagrados ya ganan bien, tienen prestigio y reciben reconocimiento.

AXXÓN: A la hora de la creación, ¿sos de bocetear con lápiz o le das con la computadora? Y también me gustaría saber la técnica final, cuando ya tenés la idea elaborada y pasás al original.

FRAGA: Boceto a lápiz. Normalmente utilizo un HB, que es más suave y desaparece por completo después del borrado o se nota muy bien si uso la mesa de luces para calcar mi dibujo a la hora de entintar. El entintado lo realizo también a mano y depende de la textura que quiera lograr si utilizo rotuladores, plumilla o pincel. Incluso hago una combinación de todo: pincel para la línea general, rotuladores para agregar o corregir detalles. El color lo aplico en la computadora, con el Photoshop, aunque también coloreo con acuarela y lápices. Incluso, utilizo rescoldos del buche de café diario.



AXXÓN: Contanos de tus proyectos, qué más querés hacer, además de humor gráfico diario.

FRAGA: Estoy ilustrando tres libros con cuentos para niños, cada uno con un estilo propio, con tres diferentes autores. De ahí, quiero ilustrar unos guiones de mi hija Katia (14), y pasar a escribir e ilustrar mi propio libro infantil. También quiero adaptar a cómic algunos relatos de ficción y enfrascarme en escribir y dibujar novelas gráficas, ese es mi reto mayor.

AXXÓN: Bueno, llegamos al final. La redacción de AXXÓN (y yo en particular) te agradecemos tu entrega para esta entrevista. Son tuyas las últimas palabras.

FRAGA: Te agradezco por la paciencia y a Axxón, Silvia Angiola y Edu Carletti por el enorme espacio y aprovecho para dar a conocer mi blog, FragaComics, por si alguno quiere seguir viendo mis monigotes

Un abrazo a todos.

Shopping infinito

Guillermo Vidal
Argentina

El capitán Archivaldo Burkam III —todos le decían Archie o capitán Archie— se negaba a verse a sí mismo como un mercenario. Es cierto que dependía de un contrato pero prefería sentirse como los antiguos «adelantados» españoles, un precursor, mucho más que un simple asalariado. Los mundos que conquistaba para las corporaciones terrícolas producían enormes beneficios, y por su eficiente gestión, con el tiempo, hasta los nativos llegaban a apreciarlo. Usaba la fuerza solo si se veía obligado.

Archie estaba a cargo de una docena de patrullas de reconocimiento distribuidas en un radio de doce kilómetros a partir del punto «cero», el lugar en el que se había posado la nave. Él personalmente lideraba la patrulla llamada Tango. La misión era establecer una cabecera de playa para el inminente desembarco de la flota terrestre que, en ese momento, permanecía en los confines del sistema, a la espera de su reporte. Apenas contaban con información básica sobre ese planeta y sus habitantes. Por razones desconocidas, los escaneos habían resultado insuficientes. Sabían que tenía una alta densidad de población y una construcción única distribuida por toda la superficie del planeta, sin interrupción. El capitán pensaba que debía haber algún error.

Pero más allá de los resultados de los escáners, se sentían confiados: eran una fuerza de ocupación formidable. Habían tomado el control de innumerables mundos sin realizar un solo disparo, por decirlo a la antigua.

Descendieron en una pequeña nave de enlace, de aspecto poco amenazador, y dejaron sus armas y dos guardias en el interior de la misma. Al salir, fueron rodeados de inmediato por un grupo de nativos. Lo primero que llamó la atención de los terrícolas fue la notable diversidad morfológica de aquellas criaturas. Parecían confiados y para nada preocupados por ellos. El objeto de su interés era la nave.

—¿Cuánto vale? —preguntó alguien de la multitud. El capitán sospechó que algo no andaba bien con el traductor automático. Sin embargo, respondió:

—No está en venta —y el traductor repitió el mensaje amplificado por el altavoz. La pequeña multitud desapareció sin hacer más preguntas. Después de este encuentro, ninguno de los nativos volvió a prestarles la menor atención. Archie consiguió el nombre del lugar, Zodomall, a cambio de sus anteojos, pero nada más. Lo peor fue que, luego de dar algunas vueltas por los alrededores, perdieron de vista la nave y fue imposible contactar a los guardias que habían quedado a bordo.

Tras un rato de desconcierto y búsqueda inútil, se reagruparon. Caminaron el día entero sin ver otra cosa que negocios: de ropa, juguetes, música, cristalería, libros,

computadoras, televisores, autos voladores, naves de trasbordo, uniformes de todo tipo incluyendo, no podían explicarse cómo, ¡los de la flota terrícola! Los pasillos y los locales estaban transitados por cientos de especies de los más variados aspectos. Al principio, a pesar de los uniformes, nadie parecía interesarse en ellos ni considerarlos una amenaza. Guardias robots de seguridad los observaban a distancia pero sin intervenir. El resto de la multitud entraba y salía de los negocios con sus carritos repletos.

Antes de aterrizar, Archie estaba convencido de que la invasión sería un éxito fulminante, ¡cuánto se había equivocado! Tardó en darse cuenta de que estaban en el patio de comidas de un gran centro comercial, sin nave, sin armas y sin posibilidades de comunicarse con la flota.

Empezó a detectar miradas hostiles sobre ellos, y aunque los nativos seguían en sus actividades, se hizo una especie de vacío entre los terrícolas y el resto de la gente. Algo no andaba bien. Archie trataba de adivinar en qué se habían equivocado. Interrogó a algunos de los soldados, pero ninguno tenía conciencia de haber realizado nada que llamara la atención. Siguieron caminando hasta que, al pasar cerca de unos carritos de compra, estos se activaron.

—¿Desea guardar sus compras, señor? —vociferaron—. Tenemos un pack de precompras incluido, totalmente gratuito —repetían con voz sugestiva.

—Es eso —Archie se preguntó cómo había podido pasar por alto algo tan obvio—. No estamos comprando y fíjense que nadie está sin su carrito de compras. Tomen cada uno un carrito —ordenó.

De inmediato se deshizo la tensión que los rodeaba y la gente dejó de observarlos. Pero la idea de tomar los carritos de compras trajo para la patrulla peores consecuencias. Los soldados empezaron a correr tras las ofertas y a tratar de conseguir los descuentos que ofrecían en distintos comercios. A Archie le costaba un enorme esfuerzo controlar al grupo y perdió de vista a muchos hombres sin poder hacer nada para evitarlo.

En contra de su voluntad, también él empezó a comprar. Tenían que comer, asearse y descansar. Además, no podían dejar de hacer compras o Seguridad empezaría a perseguirlos.



Ilustración: Tut

El principal medio de transporte del planeta era una cinta móvil; miles y miles de kilómetros de cinta subían y bajaban sin detenerse nunca, con asientos en los bordes y topes para fijar los carritos. Archie pensó que debían movilizarse y cubrir mayor territorio para ver si podían descubrir algo más. Pero los viajes no le dieron otro resultado que perder más hombres por el camino.

Al cabo de quince días quedaban solamente tres de la patrulla original: Archie, Sanders y Ryan, después de que un novato cuyo nombre no recordaban desapareciera en un ascensor múltiple, de esos que suben, bajan y se deslizan horizontalmente. Estaban perdidos en ese laberinto de negocios, gente que compraba y carritos que los seguían por todas partes, aunque los de ellos permanecían casi vacíos, con solo lo necesario para no despertar sospechas.

Archie estableció una rutina con los dos hombres que le quedaban: los obligaba a hacer rondas cortas y a reportarse cada tres horas. Las compras debían limitarse estrictamente a lo necesario. Había tratado de contactar a las otras patrullas pero los comunicadores solo repetían anuncios de ventas. Probablemente estaban tan perdidos como la suya. A pesar de que las rechazaba a medida que llegaban, le seguían lloviendo ofertas por su línea privada. Había tratado de comer una barra de energía de la mochila y de inmediato dos robots de seguridad le informaron cortésmente que solo podía consumir lo que se vendía en los locales del patio de comida. Se vio obligado a entregar la mochila y el comunicador, que ya no funcionaba, para que se los guardaran por tiempo indeterminado, y a adquirir un cupón de comida por un mínimo de tres días y una cucheta que se renovaba cada cinco horas. La gente del planeta prefería dormir poco para seguir comprando.

Iba a necesitar al menos dos meses para recuperar la mochila ya que debía reunir doce cupones para sumar el total de puntos que le exigían. Se había deshecho del uniforme, que le molestaba para desplazarse por los pasillos y ni recordaba dónde

había dejado el casco. Se sentó en el patio de comidas y pidió un combo; por fortuna tenía cupones para desayunar.

—¡Capitán Archie, pensé que no iba a verlo más! —gritó un sujeto vestido con varias capas de ropa, una encima de otra, que empujaba un carrito lleno de paquetes y lucía una sonrisa demasiado perfecta.

—¿Valdez?

—Me recuerda. ¿Le gusta? Son dientes nuevos, se instalan en el momento. Perdona que no le devolviera la llamada, pero cuando iba a comprar baterías para el comunicador me crucé con una oferta que no podía rechazar y una cosa llevó a la otra. ¿Y los muchachos?

—Estoy esperando que se reporten Sanders y Ryan, quedamos en encontrarnos aquí —respondió el capitán, tratando de disimular que estaba preocupado por el retraso.

Sonó una campana y pareció que era la señal de largada de una carrera. Valdez empujaba con su carrito tratando de adelantarse en medio de una multitud que pretendía lo mismo. El capitán lo siguió con dificultad y a los empujones.

—¡Es el sorteo del mes, solo participan los que consiguen entrar al local! —gritó Valdez, boqueando.

—Pero ¿qué sortean?

—¡Nadie lo sabe hasta que gana! ¡Qué suspenso!

La multitud separó al capitán de Valdez, que desapareció dentro del local. Las puertas se cerraron y Archie supo que nunca lo volvería a ver. Pero, en medio del tumulto, había conseguido robarle un comunicador del carrito.

—Ryan, Sanders, contesten. ¿Todo en orden?

—Afirmativo —respondió Ryan—, el sargento está aquí conmigo, tuvimos un inconveniente, pero estamos en camino.

Archie se tranquilizó un poco, al menos estos dos todavía respondían. De nuevo trató de comunicarse con los otros.

—¿Cooper, Roccayó, Temper? Aquí el capitán Archivaldo Burkam III. Les ordeno reportarse de inmediato.

Solo recibió la respuesta del teniente Ross que, hablando entrecortado porque estaba preguntado precios en una barata, le dijo que se reuniría con él apenas terminara de comprar. Eso equivalía a nunca; Archie ni siquiera se molestó en preguntarle dónde estaba.

El comunicador era del tipo desechable: duraba dos minutos y luego pasaba quince minutos de ofertas; había que pagar para liberar la línea. Así que abandonó toda esperanza de contactar nuevamente a sus hombres.

Archie creyó estar viendo visiones cuando divisó, en medio de un atestado cruce de vías y escaleras mecánicas, un escritorio con un letrero que decía «Informes». Se

acercó y una joven de aspecto impecable lo invitó a sentarse.

—Soy el capitán Archivaldo Burkam III. —Se detuvo un segundo porque no sabía si decir buenos días o buenas noches—. Necesito entrevistarme con el encargado, gerente, el mandamás, no sé si me entiende, el capo del Sector. —Trató de ser amable y cortés.

—Aquí tiene una planilla para cualquiera de los comercios —contestó la joven antes de que Archie pudiera seguir exponiendo su problema—. Complete con sus datos y la queja o sugerencia que tenga.

—No me expliqué bien —insistió el capitán—. Deseo una entrevista cara a cara con algún encargado general, de todo, ¿me entiende?

—Eso es algo inusual. Cada negocio es independiente. La supervisión, cuidado y mantenimiento de las instalaciones, así como la seguridad y la limpieza, están gerenciadas por los miembros de una Junta Directiva, pero no acostumbran a tener contacto con los clientes. Ni ellos lo piden.

—Es que soy extranjero.

—Lo sé, tenemos algunos datos suyos.

—¿Datos, cómo?

—Nos los facilitaron algunos de sus compatriotas, o soldados, como los llamaban antes. Ahora son nuestros clientes. Le aseguro que hicieron un buen negocio, capitán Burkam.

—No me entiende, ¿señorita...?

—Puede llamarme Susan, es un nombre común entre su gente.

—Exacto, vengo de otro mundo y estoy autorizado a establecer contacto...

—Disculpe, mire a su alrededor. Nos visitan de muchos mundos, algunos no han vuelto a su planeta desde que llegaron, siguen comprando. Si tuviéramos que hacer entrevistas con cada uno sería imposible llevar a cabo nuestro trabajo. Les ofrecemos todas las ventajas posibles para comprar. Le sugiero que las aproveche.

—¿No tienen un gobierno, presidente, legisladores?

—Lo lamento, no poseo esa información.

—¿No puede dármela?

—No, no la tengo o se la daría con gusto. Puede preguntarme las rebajas de los productos de todo el Sector, los nombres de cada vendedor, los horarios (aunque nuestros locales siempre están abiertos), pero no tengo la información que usted me pide y no creo que nadie aquí la tenga. Espero que no se ofenda pero tampoco me parece relevante; no sé cómo es entre su gente.

—Tenemos gobiernos, autoridades, que hacen funcionar el mundo.

—Usted puede verlo, aquí todo funciona bien.

—De acuerdo. ¿Puede conseguirme una entrevista con quien sea? —Lo único que deseaba Archie era poder hablar con alguien de otra cosa que no fueran compras, rebajas, saldos y novedades.

—Como excepción puedo contactarlo con el Jefe de Compras. Pero para obtener

una entrevista tiene que tener una tarjeta con doce mil puntos y dos créditos concedidos con al menos la mitad de las cuotas pagas. Podría incluirlo en la lista de espera; es solo para los que presentan proyectos de ventas, así que espero que tenga algo en mente. Es una sugerencia. Entretanto, por estar en la lista tiene un descuento del veinticinco por ciento en productos de perfumería y, si consigue un abono de comida Fastfood, puede subir hasta diez puestos en la lista de cien. Aquí está su número; tiene el 99 y sin pagar nada.

—Gracias —farfulló Archie porque no se le ocurrió otra cosa que decir. Se levantó para irse.

—Aquí tiene un comunicador desechable, la primera llamada es gratis —dijo Susan, entregándole el aparato—. Puede encontrar una frecuencia específica entre millones y tiene un alcance superior al diámetro de nuestro sistema solar. Tal vez no lo necesite hoy, pero...

—Gracias —repitió Archie; tomó el comunicador sin demasiada ceremonia y se fue. No deseaba escuchar toda la parrafada sobre las virtudes de un teléfono interestelar. Si era tan bueno como Susan decía, tenía la posibilidad de comunicarse con la flota terrícola que todavía aguardaba su informe. Marcó el número de la nave madre y saltó de alegría cuando escuchó la voz del operador y el rugido de fondo de la nave en órbita al borde del sistema.

—Aquí el capitán Archivaldo Burkam III.

—Aquí Comando de la Flota. Gusto de oírlo, capitán; pronto tendremos el placer de saludarlo personalmente.

—No, no se acerquen, repito, no se acerquen. Este mundo es peligroso y de la manera más impensada.

—¿En serio? No parece tan malo. Nos llegaron anuncios y ofertas con una rebaja del cincuenta por ciento para un recital de música nativa —la voz del operador sonaba ansiosa y excitada.

—Perdí a mis hombres, ¿entiende? Perdí a mis hombres, repito.

—Quizás estén haciendo su trabajo, capitán.

—Quiero hablar con el Almirante, código rojo.

—Como guste —contestó el operador. Al cabo de unos segundos, otra voz lo reemplazó en la línea.

—Aquí el Almirante. Tranquilo, capitán, tómelo con calma.

—Le aseguro, señor, que es una emergencia, aunque no lo parezca.

—Creo que está exagerando. Las ofertas que nos llegaron parecen interesantes, yo no las desperdiciaría.

—¡Almirante, debe abortar la invasión de inmediato!

—Capitán, déjese de tonterías, vamos en camino para encontrarnos con usted. Espérenos en el patio de comidas de Royal Navy, Space: han puesto un día especial para recibirnos a nosotros, con ofertas y descuentos. Ah, y cómpreme dos entradas para el recital, la oferta es limitada. Es una orden.

La comunicación se cortó y Archie vio que el sargento Sanders y el soldado Ryan regresaban felices con un carrito rebosante después de la prolongada ronda. Una oleada de ira le subió desde el estómago hasta la garganta cuando los dos se instalaron a su lado para mostrarle lo que habían comprado.

—¡Todo esto los retiene aquí por lo menos seis meses!

—¿Seis meses? —Ryan le echó una mirada cómplice a Sanders, que rió con ganas—. Todavía no vio lo que tenemos en el depósito. ¿No le queda algún cupón? Necesitamos más espacio.

—Vamos, ¡si pasamos más de quince minutos sin comprar perdemos mil puntos! —interrumpió Sanders, y ambos salieron corriendo, dejándole el carrito repleto al capitán. Archie empezó a hurgar inconscientemente en las compras de sus hombres. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se alejó disgustado por el pasillo. No miró para atrás pero sabía que el carrito iba tras él.

Guillermo Vidal nació el 7 de marzo de 1955. Ha publicado cuentos breves y mini cuentos en los blogs Químicamente Impuro, Breves no tan breves y Ráfagas, parpadeos. Es fundamentalmente ilustrador; pueden ver sus obras en las portadas de Axxón y en muchos cuentos de la revista. En breve, Ediciones Andrómeda publicará *Los sublimadores*, su primera novela de ciencia ficción.

Buenos Aires bajo el río

Cristian Caravello
Argentina

1. Elvira

Pisar el agua no es, en sí, desagradable; pero sí lo es despertarse, desperezarse, sentarse en la cama y pisar el agua. Un agua que sube hasta los tobillos; un agua que no debiera estar allí; un agua marrón con basuritas en el lomo que hace olitas contra la pared y va dejando la marca, y sube y baja brevemente sobre la pierna y va ganando piel seca, carcomiéndola con ese frío de todas las aguas, y sobre todo de las que se acometen al despertar, al pie de la cama, inesperadamente. Un frío que de alguna manera profundiza y gana el hueso, subiendo por la tibia y el peroné hasta producirle a uno escalofríos en la espalda.

Así me encontró aquella mañana; temblando de frío en pleno verano, con una confusión absoluta, atascado entre el sueño y la vigilia, con los pies hundidos y unos vestigios oníricos que escapaban, dejando esa sensación que nunca alcanza para reconstruir el sueño.

Reagrupé las naves, piernas arriba, y me quedé en la cama mirando el inhóspito paisaje de la habitación, inundada con diez centímetros de un agua marrón en todas partes; porque el agua nunca inunda la mitad del piso, se lo come íntegro la desgraciada, y moja todo a su paso. Moja y ensucia. Su naturaleza invasiva ya había tomado la parte baja del placard, los zapatos, los bolsos, el cajón inferior de la mesa de luz y todas las cosas que moran debajo de la cama.

Hay que decir que las inundaciones son muy raras en un departamento del segundo piso, y siempre es difícil conjeturar acerca de las causas. ¿Un caño muy roto en el departamento nueve?, ¿una gotera tipo «chorrito»? Pero ¿por qué no se había escurrido el agua por la hendidura de la puerta y, de allí, escaleras abajo? ¿Se habría obturado la puerta con algún trapo?

Sin salir de la cama, configuré una tesis acerca de la sarta de objetos estropeados en el resto de la casa. Cuando cerré los ojos para imaginar el desastre, el agua enloqueció. Súbitamente, el nivel subió medio metro más empapando la cama íntegra y toda mi humanidad, que abandonó la sosegada estimación de los daños para pegar un salto por puro instinto de supervivencia. El agua bajó hasta abandonar la habitación y volvió a subir en una suerte de oleaje que derribaba definitivamente la hipótesis del chorruto.

Salí de la habitación con ese paso teatral que se da evitando el agua cuando se

ingresa al mar; atravesé el comedor y levanté la persiana principal. Embistiéndome de frente, un cuadro dantesco me dio en los ojos: el agua inundaba el barrio entero hasta donde llegaba la vista, seis o siete metros por sobre el nivel de la calle. Los edificios asomaban como juncos en medio de un pantano y las casas desaparecían debajo de la sopa, dejando su impronta en un afloramiento de tanques y antenas distribuidos sin diseño. La superficie del agua rebanaba por igual la copa de los árboles, los postes de luz y las marquesinas más altas. Los cables de electricidad besaban el agua en el vértice de su catenaria, se elevaban hacia los postes y se abrazaban a los bornes con desesperación. Sobre los techos de los edificios, bandadas de palomas despegaban de tanto en tanto, efectuaban un vuelo circular y volvían al mismo techo con los picos vacíos y los nidos gimientes. Salí al balcón y me asomé a ambos lados para contemplar el paisaje de la calle inundada hasta el horizonte, y por un momento sentí la belleza del desastre como un estremecimiento en algún rincón del alma. El amanecer era una gelatina gris que lo empastaba todo. Algunas caras en el edificio de enfrente eran un espejo de la mía. No había luz ni gas ni teléfono. La ciudad estaba muerta y su cadáver conservaba, como pulgas en el cuero de un perro agonizante, a un puñado de personas aturdidas que se preguntaban qué había ocurrido; un puñado de individuos solitarios que acababan de quedarse sin la rutina de la mañana.

En medio del cuadro, un sujeto en una lancha dobló la esquina y avanzó despacio parando en todas las ventanas (que ahora eran puertas al abismo) preguntando a viva voz:

—¿Necesita algo, doña? ¿Todo bien, abuelo?

Desde uno de los edificios de enfrente, un hombre le hizo señas. La lancha se acercó, solícita, y luego de varios minutos de ajeteo, bamboleo y más oleaje, un joven y una señora mayor subieron a bordo y la lancha se marchó remontando la avenida hacia el oeste. Detrás de la lancha, el pequeño oleaje de la estela removió cosas de las profundidades y, para mi gran sobresalto, un cuerpo surgió desde abajo justo frente a mi balcón y quedó flotando allí, a escasos metros de donde me encontraba. Era el cuerpo de una mujer obesa y blanca, que se mecía boca abajo, con el cabello lacio y negro que enseguida formó un abanico entorno a su cabeza. Tenía las piernas surcadas por várices de varios colores, que el movimiento del agua vestía y desvestía conforme bailoteaba su pollera. El cuerpo giró lentamente siguiendo el curso de una correntada casi imperceptible, ganó el centro de la calle y continuó desplazándose en dirección al centro. Creo que recién entonces todos los que estábamos mirando comenzamos a tomar conciencia de las consecuencias del desastre.

La inundación había cubierto todas las casas y todos los departamentos de la planta baja y el primer piso. ¿Cuánta gente habitaba en ese estrato? ¿Dónde estaban todos ellos? ¿Cuán repentinamente había ocurrido aquello que ningún griterío de migración masiva me había despertado por la noche? ¿Qué habría sucedido con la parejita de abajo? ¿Y con la señora de los nenes chiquitos? Conforme preguntaba, la

muerte se acercaba a las respuestas y las rondaba con ese permiso que otorga la ignorancia. Muchos no habrían podido salir a tiempo, muchos habrían quedado atrapados en la masacre del parque automotor. Muchos muertos, muchos cuerpos, y un agua de río que se iría pudriendo con los días.

Abandoné la ventana balcón. Inspeccioné la casa en una recorrida desgarbada y, por fin, me dirigí a la puerta. Salí al pasillo común del edificio, chapoteé hasta la escalera. Cierta escalofrío me sacudió la nuca al ver que el tramo de bajada había desaparecido por completo debajo del agua turbia. Enfilé hacia arriba. Sentí un alivio al pisar el suelo seco. Un aire de normalidad invadía el pasillo del tercer piso, con su cantero y su ventana angosta y alta de vidrios esmerilados, y su luz suave que traía ese brillo acogedor de las mañanas. Dudé un instante y llamé a la puerta del departamento nueve. Allí vivía Elvira, una señora mayor, muy amable, con la que realmente no tenía mucho trato. Confiaba en que ahora la desventura nos acercaría. Luego de unos minutos, se escuchó su voz cascada detrás de la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Elvira. Fernando, del cinco.

—Ah, Fernando —dijo la mujer sintonizando lentamente en la memoria—. Sí, Fernando, esperame un minutito que ya te abro, ¿eh? —y pasaron varios minutos más hasta que la llave comenzó a crujir al otro lado de la puerta.

Elvira tenía una bata de cama que le llegaba hasta los pies, el cabello muy blanco insuficientemente conjurado con un hormigueo de hebillas muy negras y el rostro más avejentado que de costumbre.

—Hola, Fernando. Qué temprano que te levantaste hoy. Parece que no tenemos luz.

Enseguida entendí que la anciana ignoraba por completo lo que estaba ocurriendo. Su vida estaba a punto de cambiar radicalmente, de dar un paso grande hacia el infierno, y yo era el emisario del demonio.

—Pasá, pasá, nene. No anda la luz. Sentate un minutito que voy a levantar las persianas —dijo. Y luego de semblantearme de cuerpo entero, agregó—¿Quéte pusiste? ¿Te viniste en calzoncillos?

Me quedé como un estúpido, parado en medio del comedor sin decidir si hablar o sentarme a esperar que la mujer levantara la persiana y el desastre se mostrara por sí solo; y todo eso mientras comprobaba que, efectivamente, con semejante mañanita me había olvidado ese detalle de vestirme antes de salir. Finalmente no hice nada. Al momento estaba Elvira petrificada frente a la ventana, muda, con los ojos muy abiertos y los labios en leve «o», viendo como el Río de la Plata discurría mansamente frente a su departamento de Avenida Rivadavia, entre Floresta y Flores. A continuación, comenzó a invocar en voz baja a una legión de santos y vírgenes que iban cambiando de nombre conforme viraba la vista de aquí para allá.

Abajo, en el río, dos chicos muy pequeños flotaban dentro de una piletita inflable muy cerca de unos cuerpos dislocados que ya empezaban a nutrir la superficie. El

más grande tenía unos siete u ocho años y trataba de impulsar la improvisada barcaza hacia delante, desde el centro hacia el oeste suburbano. El más chico estaba recostado, con su manito cacheteando el agua, dotado de una alegría patética. Alguien los señaló desde el edificio de enfrente. Se armó un pequeño alboroto y finalmente un hombre mayor, corpulento y al parecer bastante atlético se zambulló de cabeza y salió a nado a cazar a los pibes. Al rato, ya estaban los niños envueltos en sendos toallones, observando la calle desde una ventana.

La vieja, que estaba absorta mirando todo como si fuera la novela de las tres de la tarde, volvió en sí despacio y se metió adentro.

—¿Qué pasó, nene? —preguntó.

—Parece que se inundó la ciudad, Elvira —respondí.

—Ah... ¡Qué barbaridad!

—Terrible.

Elvira se quedó un rato más mirando por la ventana mientras yo me preguntaba por qué razón las personas dialogamos aún cuando no tenemos nada que decirnos, y reflexionaba sobre el modo en que esta práctica irreprimible suele pauperizar la calidad del discurso resultante hasta los límites de la estupidez.

—Y parece que va a seguir lloviendo —agregó, ahora mirando el cielo con las manos en la cintura. Evidentemente, Elvira había abrazado una teoría equivocada respecto a la causa del desastre. Resultaba claro que la subida de nivel del río debía continuarse en el mar porque de lo contrario no había forma de explicar unas aguas tan mansas, casi sin corrientes definidas. Esta inundación debía ser algún tipo de catástrofe mayúscula. Pero no me pareció pertinente corregir a la anciana cuando me hallaba en su casa, con la vida hecha añicos y la osamenta en calzoncillos, mojados, además, y obstinadamente adheridos a las cosas que hay debajo.

Tomé de la mano a Elvira y la conduje hacia una poltrona vieja que estaba justo frente al televisor.

—Venga, siéntese un minuto —le dije, mientras giraba el sillón hacia la mesa ratona. Me senté frente a ella y me incliné hacia delante para hablar.

—Lo que ha ocurrido es una terrible desgracia, Elvira. A juzgar por lo que veo, Buenos Aires íntegra se ha inundado. Tal vez millones de personas hayan resultado afectadas. Tiene que haber muchos muertos. Ya ha visto usted algunos cadáveres flotando en el río. Esto es un desastre sin parangón. No sé qué harán las autoridades al respecto, pero es seguro que sin ayuda no vamos a poder salir de aquí. Y es muy posible que la ayuda tarde en llegar porque los afectados son muchos.

—¿Y el gastroenterólogo? —interrumpió—. Yo esta tarde tenía turno con el gastroenterólogo. ¿Cómo voy a hacer ahora para ir hasta allá? Con tanta agua no debe haber colectivos. ¿Sabés? —dijo, bajando la voz—. Hace varios días que no voy de cuerpo. Él me da unas pastillitas para el tránsito intestinal que son muy buenas. Son unas pastillitas amarillas que tengo que tomar después de las comidas. Ahora no sé qué voy a hacer, porque las pastillas se me acabaron hace tres días y necesito la receta

del doctor. Sin receta no te las venden. Al menos el de la farmacia de acá no te las vende —negó con el índice—. Anoche me tuve que tomar algo porque no daba más. Me sentía hinchada como un sapo y no me podía mover. Además, si pasa mucho tiempo, después se te hace un bolo fecal y tenés que ir a que te lo saquen. Una vez me pasó.

Elvira hablaba lento y con ese acento de película de Enrique Muiño de la década del '50. Siseaba un poco debido a las ausencias dentales. Debía tener ya más de ochenta años y su edad se hacía evidente en su discurso, en los colgajos de su antebrazo, en la crispación de sus falanges, en las manchas de las manos y en los innumerables pliegues de su rostro.

Me rasqué la cabeza mientras progresaba su parsimoniosa descripción del procedimiento de extracción del bolo fecal, al tiempo que detrás de ella, el ventanal mostraba el tránsito de una curiosa embarcación improvisada con una caja de camioneta o algo así. Estaba repleta de enseres embalados en bolsas de nylon, algunos muebles, un colchón enroscado y cuatro o cinco muchachos que trataban de hacerla progresar en medio de un griterío de indicaciones cruzadas, imperativas, monosilábicas, y plagadas de insultos utilizados como muletilla.

—Escúcheme un poco, Elvira —resolví interrumpirla—. El gastroenterólogo debe estar tanto o más inundado que nosotros, si es que no se ahogó —la vieja se persignó y musitó una plegaria breve—. La farmacia está bajo el agua y debe ser muy difícil conseguir medicamentos en medio de este desastre. Yo le aconsejo que no se preocupe ahora por su constipación porque no sabemos qué vamos a comer cuando se nos acabe lo que tenemos, ni qué agua vamos a tomar cuando se vacíen los tanques del edificio. Yo, personalmente, no tengo siquiera dónde dormir, porque cada vez que pasa un bote, el oleaje hace subir el agua hasta acá —indicé unos ochenta centímetros con la mano—. Justamente por eso la vengo a molestar. Quería pedirle refugio por unos días hasta que vea qué hago.

Largos segundos después Elvira dio señales de entendimiento.

—¿Vos decís, quedarte acá?

—No tengo dónde dormir. Es por unos días, nada más. Toda mi familia está en Misiones, mis compañeros de la carpintería no sé cómo estarán, supongo que tan desesperados como yo. El taller se inundó, seguro que se inundó. En fin, Elvira, mi única salida es encontrar ayuda aquí en el edificio; y como usted vive sola, pensé que no tendría inconvenientes. Además, puedo ayudarla con todo lo que habrá que hacer dada la situación.

La anciana se quedó muda, imaginando, tal vez, las instancias de su convivencia conmigo. Cuando rompió el silencio dijo:

—¿Y vas a andar así, en calzoncillos?

Bajé la cabeza y me miré la prenda.

—No, no. Esto es una eventualidad. Tuve que saltar de la cama porque el agua la tapó íntegra. Imagínese, cuando vi lo que había pasado, salí al pasillo sin darme

cuenta de nada.

—Yo vivo sola desde hace veintidós años, cuando falleció Francisco. Veintidós años y cuatro meses ya. Él tuvo un tumor en la garganta que lo fulminó en dos semanas. Fumaba mucho. Yo le decía: «Francisco, no fumes más que el cigarrillo te va a matar» pero él siempre contestaba: «Morir, nos vamos a morir todos; pero es mejor morir después de haber vivido». Y seguía fumando. Hasta que se murió, nomás. Porque no me hizo caso... Veintidós años hace ya... Veintidós años y cuatro meses.

Elvira recordaba con la mirada incrustada en medio del aire como si una pantalla invisible proyectara ante sus ojos imágenes lejanas de su vida pasada. Finalmente, me miró.

—Y ahora vos me decís de venirte acá. No sé. Creo que no me acostumbraría.

—Mire, usted no tiene que acostumbrarse a nada porque van a ser unos días nada más —mentí—. Pero, además, para usted va a ser imprescindible que alguien la ayude. Piense en esto: se le acaba la comida en la heladera ¿qué hace? La feria no va a estar más, porque la armaban en la calle; el supermercadito está inundado y con toda la mercadería arruinada; lo mismo la carnicería. ¿Entiende? Usted sola no podría siquiera conseguir algo para poner en la heladera.

—Ah... ¿Y vos cómo vas a hacer?

Y yo no tenía la menor idea, maldita sea. Mi único objetivo era convencer a la vieja para que me tirara un colchón; recalar en algún sitio decente hasta ordenar las ideas. Y más allá de los problemas de abastecimiento, el departamento de Elvira estaba intacto, sequito, precioso.

—Voy a tener que conseguir algo que flote y remontar Rivadavia para el lado de Liniers. En algún momento tienen que aparecer zonas secas, con negocios y todo —yo estaba pensando mientras hablaba—. Con tal de que podamos conseguir un poco de carne y verdura...

—Fijate que esté linda.

—...y agua también. Se pueden traer bidones para el consumo y tratar de usar el agua del río para todo lo demás...

—Yo tomo la de «Manantiales de Mendoza» porque las otras me secan de vientre.

—Además, vamos a tener que ver qué hacemos con el sanitario, porque es seguro que el sistema de cloacas ya no funciona. Seguramente el inodoro no se va a poder usar...

—Bah. Yo ya casi no lo uso.

Hice un silencio largo para ir cerrando la idea.

—Son muchas cosas, Elvira, y usted no va a poder sola con todo. Pero no se preocupe porque aquí estaré yo para ayudarla y a usted no le va a faltar nada.

—Gracias, Fernando. Es una suerte que estés vos; yo no sé cómo haría.

—Lo único que necesito es un lugarcito para tirar un colchón. ¿Qué hay en esa habitación?

El departamento tenía un ambiente principal y dos habitaciones más. En una de ellas dormía la anciana. Yo preguntaba por la otra. Abrí la puerta con cuidado hasta que la sentí chocar contra algo, al otro lado. La habitación estaba repleta de muebles viejos cubiertos de polvo. Dos mesas grandes y una selva de sillas y sillones invertidos apoyados sobre ellas, todo en roble lustrado. Atrás asomaba un aparador en el mismo estilo y varios muebles más, amontonados aquí y allá de un modo tan abigarrado que resultaba difícil ingresar al recinto

—Son los muebles de la casa de mamá —dijo Elvira—. Cuando falleció tuvimos que vender la casa y ¿qué íbamos a hacer con estos muebles tan finos? Los trajimos para acá. Me acuerdo lo que nos costó subirlos. Cómo protestaba Francisco... Pero no los íbamos a tirar, si son carísimos.

Yo me di la vuelta y comencé a buscar un sitio en el comedor.

—Si corremos un poco este sillón, aquí cabe un colchón perfectamente, Elvira. Durante el día lo sacamos y lo escondemos en la habitación de los muebles. ¿Qué le parece?

La vieja hizo silencio y miró con cara de asco el sitio de la idea.

—Entonces vos decís quedarte acá —preguntó afirmando.

—Es lo mejor para los dos.

Elvira se dio vuelta y se marchó a la cocina.

—No desayunamos nada. ¿Querés unos mates?

—Me encantaría.

Dejé a Elvira preparando el mate y me fui al departamento a vestirme, y a traer algunas cosas, incluyendo ropa, un colchón enrollado que guardaba en la parte superior del placard y todos mis ahorros.

Cuando regresé, me encontré a Elvira realmente preocupada, los ojos grandes y las cejas hasta el cielo.

—¿Cómo voy a calentar el agua, nene, si no hay gas?

Conforme comenzaba a ejecutar su rutina, Elvira descubría la real magnitud del problema.

—¡Tiene razón! Pero no se preocupe, podemos improvisar una parrilla en el balcón. Algo así como una cocina a leña.

Elvira dudó.

—¿Y de dónde vamos a sacar la leña?

En su mente aturdida, las carencias comenzaban a aflorar de una en una, como cachetadas de una realidad que empezaba a pegarle en la cara, y esto era suficiente para saturar su capacidad de adaptación. Por un momento imaginé que el imperativo de armar una vida nueva a los ochenta años debía ser como si a uno lo abandonaran en la Luna.

Yo miré de soslayo la habitación de los muebles viejos.

—No se preocupe, Elvira —le dije—. Leña conseguimos.

Hacia media mañana, algunas embarcaciones comenzaron a recorrer las aguas de la avenida Rivadavia. Era un espectáculo curioso verlas allí. Pequeños botes y veleros, seguramente desbaratados en los puertos luego de la crecida, habían sido capturados y rápidamente domesticados por individuos de la más diversa calaña, ignorantes hasta entonces de sus habilidades para la piratería de pequeña escala.

Desde la mañana del primer día hasta dos semanas después de la inundación, helicópteros y aviones recorrieron los cielos de la ciudad emitiendo por altoparlantes diversos comunicados a la población. La recomendación, en resumidas cuentas, era no autoevacuarse y esperar a las cuadrillas de socorro. Durante ese mismo lapso, embarcaciones de la Prefectura y otras tantas menos oficiales transitaron la avenida instando a la gente a abandonar sus hogares y a marchar hacia tierra firme. En este punto, debo decir que no me fue posible sacar a Elvira de allí. La vieja no quería irse y al segundo día de discusiones se metió en la cama aduciendo todo tipo de dolencias improbables que sus mismas actividades contradecían a poco de haber sido esgrimidas.

La mayoría de la gente quiso huir y se marchó con las cuadrillas de salvataje. Pero muchos permanecieron en sus casas y, con el correr de los días, una lenta y progresiva actividad comenzó a enhebrarse entre los despojos de la Buenos Aires sumergida.

Hacia la tercera semana las cuadrillas cejaron, los helicópteros y aviones abandonaron sus esfuerzos y nada más fue visto en el aire hasta tiempo después, cuando otros objetos más extraños comenzaron a surcar los cielos con frecuencia creciente.

2. El Astillero

Mi primera excursión hacia el oeste fue una verdadera decepción. El agua no bajaba, el suelo no subía. Llegué hasta la avenida General Paz pagando el viaje en una lancha de alquiler. Liniers estaba tan sumergida como Floresta. Solo la avenida había quedado seca. Y, para colmo de males, no era posible atravesarla sin dar un gran rodeo porque el agua había anegado todo el espacio debajo del puente. De manera que la avenida funcionaba como un puerto improvisado al que se hallaba amarrado un enjambre variopinto de pequeñas embarcaciones. Sobre una de las manos de la General Paz funcionaba la Feria de Liniers, una tolдерía de puestos a ambos lados de un carril central por el que fluía un verdadero gentío. La inmensa mayoría de los puesteros eran inmigrantes bolivianos que simplemente habían mudado su actividad de las veredas de Liniers a la avenida. Solo que ahora no encontraban más competencia que ellos mismos.

Nunca supe de dónde y en qué modo esta gente se las arreglaba para mantener sus

puestos atiborrados de mercadería, pero lo cierto es que allí era posible hallar de todo casi desde el primer día. Carne, frutas, verduras, huevos, bidones de agua, prendas de vestir; y también cuadernos, libros, lapiceras, calculadoras, relojes, anteojos de sol, clavos, tornillos y latas de pintura. Todo.

Durante los cinco años que duró mi estancia con Elvira, la Feria de Liniers fue el sitio de compras obligado. Y un verdadero bálsamo entre tanta carencia. Aunados por la desgracia, todos éramos locuaces, y la feria era el lugar de intercambio de información en ese estado de ignorancia que nos imponía la falta de electricidad y la ausencia de periódicos.

—Parece que un meteorito impactó en la Antártida y desplazó hacia el océano un tercio de los hielos continentales —decía alguno. Pero «un tercio» era a veces «dos tercios» y otras veces, «la mitad». Y el meteorito era a veces «una mega erupción» y otras veces «un atentado terrorista con armas nucleares en la base de apoyo de una gran placa de hielo continental». Nadie sabía lo que había pasado y la ausencia de certezas engendraba una sarta de fabulaciones donde cualquier hijo de vecino hablaba del *permafrost* y las placas tectónicas con la soltura de un experto. Y cuanto más disparatada era la teoría, mayor era la seguridad del orador. En el extremo de este espectro estaban los predicadores. Ya desde la primera semana era común verlos pasar en sus pequeños botes. Hombres y mujeres amuchados, con sus camisas abrochadas hasta el cuello o sus polleras hasta los tobillos, gritando a viva voz:

—¡Arrepiéntanse! ¡El día del Señor está cerca!

El verdadero problema de la feria era el costo de la lancha. Al tercer día, el viaje ya costaba el triple. Si uno era mecánico, dentista o profesor de semiótica, no tenía más remedio que pagar. Pero un carpintero de oficio comenzaba a pensar en fabricarse un bote.

Al Tano Caprioli me lo encontré dos semanas después, en Rivadavia y Murguiondo, remando montado sobre un tablón de algarrobo.

—¡Tano! —le grité desde la lancha— ¡Tanito! ¡Acá! ¡Yo!

Recuerdo que me tiré de la lancha y nadé a su encuentro. El Tano y yo habíamos montado la carpintería hacía unos años y, junto con el Negro Ledesma, la habíamos sacado adelante fabricando muebles de cocina, a puro pulmón.

El Tano era un hombre franco y muy instruido y, además de trabajar a la par nuestra, diseñaba todo lo que hacíamos. Era muy curioso y se pasaba las noches conectado a la red buscando innovaciones y diseños.

—¡Qué alegría verte, Fernando! —vociferó, con una emoción inusual en él—. Ya estamos los tres. Al Negro lo tengo ubicado en el departamento de la madre. ¡Ya estamos los tres! Qué alegría, che. Pensé cualquier cosa. Yo casi me ahogo.

En ese momento acordamos una reunión cumbre en casa de Elvira para decidir entre los tres el destino de la empresa.

Y fue allí, abrazados al tablón de algarrobo, mecidos por el oleaje suave del río, o tal vez del mar; cuando un retumbar creciente surgió del cielo despejado. Callamos y miramos hacia arriba, buscando la fuente del sonido. Desde el norte, volando bajo, avanzaba una extraña estructura. Era una suerte de estrella de tres rayos unidos en el centro, a 120° uno de otro. Toda la formación giraba lentamente en sentido horario. Cuando el objeto se acercó, notamos claramente que cada rayo era en realidad un objeto independiente. Ya sobre nuestras cabezas, los tres se separaron y se hizo evidente su naturaleza. Eran aviones a reacción de forma triangular, indudablemente muy sofisticados. De hecho, nunca habíamos visto esos diseños ni siquiera por televisión. Una vez separados, sobrevolaron la ciudad realizando movimientos imposibles. Por un momento pensé que no eran de origen humano. Durante treinta segundos se movieron a baja altura desplazándose como moscas, hacia delante, hacia los costados o aún hacia atrás, deteniéndose brevemente aquí y allá para tomar rápidamente nuevas posiciones. Finalizado su espectáculo acrobático, se volvieron a formar como al principio y se marcharon raudamente hacia el sur, girando ahora en sentido antihorario desde nuestra posición.

—¿Qué fue eso, Tano?

El Tano siguió mirando el cielo donde ya casi nada se veía.

—No tengo la más puta idea.

Ese sábado: reunión en casa de Elvira. Fue una verdadera alegría reencontrarnos los tres después de tantas peripecias. Cada uno contó su historia, tomamos cerveza y comimos carne, asada sobre las brasas de roble.

Elvira estaba contenta. Iba y venía trayendo cosas a la mesa y ya casi había dejado de lamentar la tercera silla de su madre, inmolada en mor de la comida.

—Bueno, muchachos —arrancó el Tano, finalmente—. Creo que la elección es clara: nadie va a comprar un juego de cocina por mucho tiempo en cincuenta kilómetros a la redonda. La gente necesita cosas que floten; botes, barcazas, balsas, pequeños veleros. Y nosotros somos carpinteros.

Bebió un trago y remató.

—Tenemos que abrir un astillero.

El Negro me miró buscando aliados e interpuso sus objeciones.

—Pero, ¿quién sabe cómo se fabrica un barco? Yo no sé. No debe ser tan fácil. Deben existir técnicas que no conocemos, pequeños detalles de construcción, un... *know how*... —agregó, aproximando el inglés como un ladrido lento.

El Tano bufó.

—Pero dejate de joder, Negro. No puede haber tanto misterio. Si la madera flota sola. Hay que saber cortarla, lijarla, encastrarla, encolarla y masillarla. Y nosotros sabemos todo eso. Es cuestión de conocer la formita a la que tenemos que llegar. No puede haber tanto misterio, che.

Traté de moderar la disputa dándole un poco de razón a cada uno.

—Coincido en que tenemos que aprender cosas, pero yo tampoco veo otra salida. Podemos hacer una prueba piloto, un primer botecito para ver cómo nos sale. Y que todos los problemas aparezcan allí.

Acordamos ocupar alguno de los innumerables pisos abandonados durante la evacuación, preferentemente a nivel del agua, para instalar el taller allí y realizar las primeras pruebas. Era conveniente buscar un sitio en alguna avenida principal porque por allí pasaban las diez o quince líneas eléctricas que las autoridades habían improvisado en la emergencia fijando los cables en los techos de los edificios.

Al mes estábamos botando la primera embarcación. La deslizamos hacia el río conteniendo el aliento y el primer problema no tardó en presentarse. La barcaza no se hundía, pero tenía filtraciones en las uniones y se formaba un charquito de agua permanente en su interior. Al rato ya se estaban desprendiendo las primeras cascaritas de masilla.

Nos quedamos los tres observando el desperfecto, tratando de identificar la naturaleza del problema.

—No tuvimos en cuenta la presión —dije yo—. ¿Cuántos kilos por centímetro cuadrado tiene que soportar la superficie? Debe haber una presión tremenda, si el bote pesa como mil kilos.

—No pesa mil kilos.

—Bueno, ochocientos. Ochocientos kilos, en ¿cuántos centímetros cuadrados de superficie?

El Tano hizo sus cuentas.

—Debe tener...tres por siete... veintiún metros cuadrados.

—Son veintiún mil centímetros —dije yo—. Mil kilos en veintiún mil centímetros nos da...

—Cincuenta gramos por centímetro cuadrado —dijo el Tano.

Mi teoría se derrumbaba.

—No puede ser, si ahí hay una presión tremenda. Debe estar mal la cuenta. —insistí.

—Paren —intervino el Negro—. Cada metro cuadrado tiene diez mil centímetros. Veintiún metros no son veintiún mil centímetros sino doscientos diez mil.

—Ahí tenés. ¿No te dije? Estaba mal la cuenta. Entonces, mil kilos en doscientos diez mil centímetros son...

—Cinco gramos cagados —dijo el Tano.

Repasé la cuenta tres veces y aprobé en un susurro.

—Cinco gramos... ¿Cómo puede ser?

—La presión no es.

Nos quedamos mudos mirando el charquito dentro de la «prueba piloto».

Con tono de haberlo sabido siempre, el Negro apuntó al bote con la palma hacia arriba.

—El agua filtra por capilaridad —arriesgó.

Lo miramos como si hubiera invocado la Relatividad General y volvimos la vista al bote sin decir palabra. El Tano se sacó el lápiz de la oreja, se lo rascó y volvió el lápiz a su sitio. Finalmente, dio su veredicto.

—Me parece que lo masillamos para la mierda.

Unos días después, un paraguayo de la feria nos daba la receta.

—Tenés que ponerle recubrimiento impermeabilizante —dijo—; ese que se usa para que los techos no se lluevan. Varias manos, dale. De adentro y de afuera, dale.

Yo ignoro cuánto sabría el paraguayo, pero la cosa funcionó. Entusiasmados, hicimos los preparativos para un paseo inaugural hacia lo que fuera el centro de la ciudad. Desde la inundación, nunca nos habíamos dirigido al centro. Sabíamos que había quedado una pequeña isla en Caballito, y otra en Barracas, más chiquita. Eran las únicas zonas secas hacia el este. Al norte había sobrevivido casi todo el barrio de Devoto, pero era una complicación llegar allí porque los botes encallaban varias cuadras antes de la zona seca. Hacia el sur había quedado una franja alta sobre avenida Alberdi, pero igualmente inundada. Llevamos mate y una fuente repleta de tortas fritas que nos había preparado Elvira; y allí salimos, mateando y remando hacia el este.

—Dos pesos me costó la lata de impermeabilizante —dijo el Negro.

—¿La conseguiste en la feria?

—Sí. Me la vendió un boliviano de los puestitos. Si me la cobraba el triple se la pagaba igual. Yo no sé, estos tipos no se avivan. En una ciudad inundada, una pintura impermeabilizante tiene que valer oro. Dos pesos me la cobró. Una bagatela. Por eso nunca salen adelante —hizo un silencio—. Son «bolitas», ¿qué querés?

—Callate, racista —lo reprendió el Tano.

—¿Yo qué dije?

—Tiene razón el Tano. Sos un racista de mierda —dije yo—. Negro y racista.

—...Si yo no dije nada.

—Vos cuidate, que en cualquier momento nos invaden los *guatoé* —el Tano hablaba sin dejar de mirar el río.

—Ah, sí. Algo escuché... —dijo el Negro, y chupó el mate.

Yo no tenía la menor idea de lo que estaban hablando.

—¿Qué son los *guatoé*?

El Tano me miró de reojo.

—Pero ¿vos vivís adentro de una lamparita?

—Quemada —dijo el Negro, y volvió a chupar.

Durante un largo rato, aquellos amigos me instruyeron sobre la extraña historia de

unas tribus que habitaban el Gran Pantanal, en el sur del Brasil. Con el incremento de las cotas oceánicas, toda la geografía del continente estaba cambiando y estos pueblos, perfectamente adaptados a la vida semi acuática, comenzaron a extenderse hacia otras regiones. Según los informes, algunos grupos estaban migrando hacia el sur por el río Paraguay y ya habían sido vistos en el Paraná a la altura de Resistencia, flotando río abajo sobre enormes camalotes.

—Nadan como delfines, comen el pescado crudo, recién sacado del río y beben ese agua sin que les haga nada —el Tano hablaba siempre observando el río como si los estuviera viendo allí—. Parece que son peces esos tipos.

Por un momento, recordé mi niñez en Misiones, y las historias que mi abuela me contaba cuando era pequeño. Uno de mis relatos preferidos narraba la historia de un pueblo de hombres-pep que habitaba en los vastos esteros del río Paraguay, bien al norte. Tenían patas de pato, escamas y aletas de pescado, pero eran hombres como nosotros, que hablaban reían y lloraban. De chico, yo los dibujaba. Los tengo en mi memoria junto a los «Cuentos de la Selva». Ahora me preguntaba si no habría algo de cierto en aquellas historias legendarias.

—Se calcula que en unos meses más los tendremos por aquí, desembocando en el estuario sobre sus islas flotantes —dijo el Tano. Luego guardó silencio porque el paisaje comenzaba a ser sagrado.

El atardecer de Buenos Aires inundada era una exaltación a la melancolía. La barcaza se mecía lentamente, abriéndose paso sobre una lámina de oro. Conforme avanzaba hacia el oriente, la ciudad se iba despoblando y el chasquido de los remos se iba quedando solo. Hacia las siete de la tarde desembocamos en un ancho espejo. La Plaza de Mayo era un abismo varios metros debajo de nosotros. La Casa de Gobierno había desaparecido casi por completo y Puerto Madero era una planicie de agua raleada de pináculos agonizantes. Más allá, la inundación ya era el mar.

Dimos la vuelta despacio, absortos en un silencio de templo y volvimos por Corrientes, la tumba de los teatros. Más adelante, amarrados a la afloración de un Obelisco absurdo, se había emplazado un revoltijo de casillas sobre balsas. La estructura daba toda la vuelta al monumento y se cerraba sobre sí misma. Allí medraban unos individuos torvos y sufrientes, afortunados supervivientes de los conventillos.

La noticia de los *guatoé* no solo hablaba de unos pueblos exóticos al otro lado del trópico; contaba también una historia diferente. Eran los primeros indicios de un mundo que estaba cambiando de forma; de una Tierra que mutaba con su ritmo lento, donde cosas terribles estaban ocurriendo también tierra adentro. Terribles y desconocidas. Tuve ese vislumbre aquella tarde, y todos los sucesos que siguieron serían la confirmación de mi sospecha.

3. La masacre de las barcazas

El astillero tuvo un éxito rotundo y al cabo de tres meses ya no dábamos abasto para cumplir con todos los pedidos. A los seis meses, ya tenía mi propia embarcación. Era un velerito de ocho metros con todas las comodidades que se pudieran instalar en ese espacio reducido. Monté una rampa para que Elvira pudiera subir a bordo desde el balcón. De vez en cuando la llevaba a la Feria de Liniers para que caminara un poco mientras hacía las compras. No podíamos quejarnos. Cierta retorcida forma de normalidad imperó en nuestras vidas durante los dos primeros años después de la inundación.

Por el techo del edificio pasaban los cables del tendido de emergencia y, con un poco de ayuda especializada, llegamos a los fusibles de la casa con 220 hermosos voltios de corriente alterna.

Unos meses después nos abandonó el Negro Ledesma. Se marchó con unos tíos que vinieron a buscarlo desde Tucumán. Se fue con toda la familia y su parte de la empresa. En ese tiempo, mucha gente estaba migrando hacia las zonas secas.

La televisión estuvo un mes emitiendo ruido eléctrico. No era el aparato ni la antena. Sencillamente, no había nadie transmitiendo. Después apareció un canal de Olavarría que transmitía desde las once de la mañana hasta las doce de la noche.

En contra de lo que cabría suponer, la vuelta de la televisión no mejoró mucho nuestro conocimiento acerca de lo que había ocurrido. El canal transmitía series y películas. Había un solo informativo a las veinte que parecía estar tan carente de datos como nosotros. Supe, sí, que después de un altruismo inicial, comenzaron a producirse escaramuzas en distintos sitios entre los innumerables refugiados y los habitantes locales. Supe, además, que el clima estaba cambiando drásticamente y que las ciudades mediterráneas debían soportar graves sequías, tormentas extremas, granizo y vientos huracanados. La región andina vivía una oleada de grandes sismos que, al parecer, era global. Los expertos mostraban las placas continentales como balsas flotando sobre el manto, y explicaban que la drástica redistribución del peso del agua sobre las mismas estaba provocando el ligero ascenso de unas y el hundimiento de otras, incrementando la cantidad e intensidad de los sismos en todos los puntos de contacto.

Pero nada se sabía de todo lo demás. Nunca se mostraban imágenes de sitios lejanos, ni se hablaba de economía ni de política. Solo escaramuzas locales y asuntos



Ilustración: Guillermo Vidal

policiales. Y nadie mencionaba las irrupciones de los aviones triangulares que cada vez se hacían más frecuentes.

Un año duraron las transmisiones. Luego regresó el ruido eléctrico, y estuvimos varios días con el aparato encendido, mirando la niebla, esperando el retorno de la imagen.

Hacia el año segundo después de la crecida, las líneas eléctricas de emergencia se murieron. La noche volvió a ser la noche y nada más ocurrió hasta el día de la gran tormenta.

Suelo vanagloriarme a menudo por haber presagiado el desastre. La tarde se había oscurecido demasiado. Las nubes eran más negras y el aire más pesado. Un viento fuerte comenzó a soplar desde el mar. Me di cuenta de que, finalmente, nuestra «Venecia» era un archipiélago en medio del océano, y que la tormenta podía ser un maremoto. Convencí a Elvira y nos mudamos velozmente al departamento de arriba. Para ese entonces, todo el edificio estaba despoblado. Llevamos lo que pudimos, colchones, mantas y dinero, y allí nos quedamos a esperar que amainara. Amarré el velero un piso más arriba y até el mástil principal a la baranda del balcón para impedir que se ladeara. Hacia las diez de la noche comenzó a crecer el tamaño de las olas. Salí al balcón y me colgué de la baranda para espiar hacia abajo. Las olas ya cubrían todo mi departamento y besaban la losa del balcón de Elvira. Un rato después, la primera ola rebasó el nivel y la siguiente llegó hasta la mitad de la ventana. El desastre se había consumado. No quise ver más. Me metí adentro y cerré todo.

—¿Llueve mucho, nene?

—Bastante, Elvira.

—No me acuerdo si cerré la ventana de la cocina.

—No se preocupe por la ventana de la cocina, Elvira.

—Espero que no nos entre el agua...

—...

—Mañana voy a tener que secar todo...

—...

—¿Habrá entrado mucha agua?

La vieja estaba asustada y ya había adivinado que mi parquedad era un mal presagio.

—Quédese tranquila, Elvira. Dejemos que pase la tormenta. Ahora durmamos y mañana vamos a mirar.

Acostar a la anciana en el piso fue un desafío. Y hacerla dormir allí, una odisea.

—Acá hay bichos, nene.

—No hay bichos, Elvira. Duerma.

—Yo siento que me caminan por la cara.

—...

—¿Habrá baño acá?

—Ahora aguántese un poquito, Elvira.

—Tengo que ir de cuerpo.

—¿Justo ahora tiene que ir de cuerpo?! ¡Hace dos semanas que no caga!

—¡Bueno, che!

A la mañana siguiente, bajé solo a sopesar el estropicio. El vidrio del ventanal estaba roto y la persiana de madera se había descalzado. La marca del agua llegaba casi al techo. Sobre el suelo se hallaban, absolutamente enlodados, todos los objetos de la casa. Traté de evitar que Elvira viera eso, pero iba a ser difícil convencerla de que, a partir de entonces, debíamos quedarnos en el piso de arriba. La preparé previamente con una descripción cruda y detallada del desastre. Luego bajamos y abrimos la puerta. La vieja dio tres pasitos y se detuvo. Sé que realizó un esfuerzo para no mostrar preocupación.

—¿Se habrá mojado mucho el sillón doble de mamá? —dijo.

En ese momento comencé a escuchar un rugido grave. Salí al balcón y miré al cielo. Desde el norte avanzaba una verdadera escuadra de aviones triangulares. Era una línea horizontal de cinco estrellas formadas por cinco aviones cada una, y cada estrella pentagonal giraba en sentido horario. Al llegar, rompieron la formación y comenzaron sus movimientos quebrados a no más de cincuenta metros sobre nuestras cabezas. Uno de ellos se posicionó justo encima de nosotros. Su fuselaje era un triángulo isósceles perfecto y hacia el centro llevaba una insignia desconocida, consistente en un triángulo equilátero verde inscripto en un círculo azul. En ese momento se deslizó una portezuela en el piso del avión y comenzaron a caer unos bultos cúbicos sobre el agua. Apenas los paquetes chocaban con la superficie, se disparaban cuatro *airbags* esféricos que los mantenían a flote. Durante cinco minutos los «triángulos» permanecieron distribuyendo su carga entre los canales. Luego se agruparon en un punto del cielo, se formaron como al principio y regresaron por donde habían venido.

Me quedé inmóvil sujeto a la baranda observando cómo uno de esos bultos flotaba a escasos metros de mi posición. Hacia ambos lados de la avenida se veían muchos más. Eran cubos plateados de casi un metro de lado recubiertos con un grueso film de nylon. Pasaron varios minutos y ninguno de los que estábamos mirando se atrevió a acercarse a los paquetes. Yo pensé: «Si es una bomba, ya estamos todos muertos», de manera que salir a inspeccionar no podía implicar un mayor riesgo.

El enigma se develó rápidamente: los bultos eran simple ayuda humanitaria.

Contenían dos colchonetas inflables, varias mantas, alimento no perecedero, agua potable, un bidón con combustible, un pequeño botiquín y varios artículos más. Ninguno de los objetos contenía más identificación que la descripción de su contenido escrita en varios idiomas y la misma insignia del triángulo dentro del círculo.

El evento fue, además, un indicio acerca de la naturaleza de los «triángulos», que hasta ahora solo se habían limitado a observarnos de tanto en tanto. Tal vez se trataba de alguna organización internacional de ayuda humanitaria, pero era extraña la tecnología que tenían, más cercana al secreto militar.

Después de la tormenta, Elvira comenzó a desmejorar. Se pasaba el día en la cama aquejada de dolores en el vientre y las articulaciones. Tenía serios inconvenientes para evacuar y mi vida se fue transformando en la de una enfermera de hospital. Me pasaba los días luchando para que fuera de cuerpo y conjurando de tanto en tanto los escatológicos triunfos. A veces se levantaba y hacía algunas cosas. Entonces pensábamos que ya se había curado, pero a los pocos días volvía a meterse en la cama y, otra vez, varios días constipada. Recuerdo haber hecho de todo para vaciar sus intestinos, incluyendo darle de beber el agua del canal.

Para ese entonces la feria de Liniers había entrado en crisis. Las cosas empezaron a escasear y muchas veces debíamos comer lo que encontrábamos, lo que también colaboraba con la constipación de Elvira. Con la declinación de la feria, se derrumbó también la actividad del astillero, porque nuestros principales clientes eran los puesteros.

Tuvimos una crisis económica local. Los pocos insumos que se conseguían costaban un dineral y nadie tenía un peso. Finalmente la comida desapareció y la feria cerró sus puertas.

Hacia el año cuarto después de la inundación, la gente ya vivía de la pesca, el agua de lluvia y las pequeñas huertas emplazadas en las terrazas y los balcones más altos. Para ese entonces, algunos sujetos comenzaron a llegar a la ciudad desde el continente.

El regreso del Negro Ledesma me sorprendió lavando mierda en la orilla del canal. Lo tuve que mirar tres veces. Su estado era lamentable. Había adelgazado como treinta kilos, él, que ya era flaco. Tenía la piel del rostro adherida a los pómulos y un estado general desesperante. Vestía casi harapos y apenas podía mover su bote de chapa oxidada. Parecía un cadáver, el Negro.

Lo ayudé a bajar del bote. Me sonrió de un modo aterrador. Le faltaban casi todos los dientes.

—¿Qué te pasó, Negrito?

El hombre me abrazó y se puso a llorar desconsoladamente.

—¡Qué suerte que pude llegar!

Miraba todo y me volvía a abrazar.

—¡Ya estoy acá! ¡Ya estoy acá! —y lloraba—. Te quiero, Fernando —y lloraba.

Lloraba y me abrazaba emocionado como si yo fuera Dios en medio del Paraíso. Yo, que estaba lavando mierda en la orilla del canal.

Al rato tomábamos mate sentados en el velero. Allí, el Negro me contó las cosas terribles que estaban sucediendo tierra adentro.

—Nos estábamos muriendo todos, Fernando. Nos estábamos muriendo. No hay comida que comer, ni agua para tomar. La tierra se secó como una piedra. La gente comenzó a enloquecer y todo el mundo está en guerra contra todos. Es una guerra por el agua y la comida. ¿Entendés?

El Negro hablaba lento, pensando cada frase y mirando el río. A veces hablaba en pasado y a veces en presente.

—Después llegaron las epidemias. Fue terrible. Ahora mismo una gripe de mierda nos está matando a todos. Pueblos enteros arrasados por la gripe. La gente se muere en tres días. Y nadie los ayuda. No hay nadie que pueda ayudar.

—Pero ¿todo esto que me contás fue en Tucumán, ahí, en San Miguel?

—San Miguel no existe más. La quemaron los «triángulos» cuando se extendió la epidemia. La incendiaron con todos adentro. Yo me fui el día anterior. Vi el incendio desde los cerros. Un espectáculo monstruoso. Por esos días quemaron muchos pueblos. Cuando se extendía la epidemia, los quemaban. La mitad de las ciudades ya no existe.

—¿Y las autoridades...?

El Negro sonrió tristemente.

—Claro, ustedes acá no saben nada. —Hizo un silencio para buscar las palabras. —No hay autoridades, no hay nación. Los países ya no existen. Los únicos que se ven haciendo algo son los «triángulos». Y no sabemos quiénes son ni qué pretenden. A veces nos ayudan y a veces nos matan.

Hizo un silencio y jugueteó con la bombilla entre los labios.

—...Al final, la lucha es por la comida. Cundieron prácticas caníbales. No había otra cosa que se pudiera hacer. Es eso o morir... Era eso o morir. Fue horroroso, Fernando. La gente mata a otras personas para comerlas.

Se tapó la cara con las manos y lloró desconsoladamente. Entre llantos, dijo lo peor:

—...Y yo también maté... Y yo también comí...

No pudo seguir.

El Negro se había venido caminando desde Tucumán. Siempre huyendo de un pueblito para afincarse en el otro. Al final, los pies lo trajeron hasta nuestro edificio,

como si fuera un caballo de alquiler que vuelve solo al mismo establo.

De común acuerdo con Elvira, resolvimos que se quedara con nosotros. La vieja no estaba para negarse, pero creo que su decisión fue sincera. No podía creer que estuviera tan flaco. Por si acaso le di al Negro un blister completo de amoxicilina que me había llegado en el paquete de los «triángulos». A los dos meses había engordado como diez kilos y ya se le empezaba a ver la cara. Le conté que al Tano no lo veía desde que habíamos cerrado el astillero. Le conté del maremoto y del cierre de la feria de Liniers. Todas las tardes salíamos a tomar mate en el velero. Elvira ya no venía; después de la mudanza al piso cuarto, el velero había quedado muy abajo y no se animaba a descender la escalerita.

Después del regreso del Negro, la inmigración se intensificó. Todos los días llegaban individuos solos y flacos, flotando en botes o tablones. El Negro los miraba con recelo.

—Espero que no nos traigan la peste —decía—. Estos son los que te matan y te comen.

Para mí, solo era gente desesperada luchando por sobrevivir.

Una tarde llegaron tres barcazas repletas de inmigrantes provenientes de las zonas secas. Habría cien personas en cada barcaza; mujeres y niños, la mayoría. Su estado era desesperante. Avanzaban desde el oeste a fuerza de remo por el canal de la avenida. Salí al balcón a mirar el espectáculo. Aún restaban cosas que no había visto.

Desde el fondo del canal, un bulto enorme y oscuro emergió suavemente. Era claro que no se trataba de un animal porque en el lomo tenía una escotilla. La portezuela se abrió y del vientre de la máquina comenzaron a salir sujetos ataviados de un modo que causaba espanto. Calzaban un traje blanco y suelto que no dejaba piel expuesta. Llevaban sobre la cabeza una escafandra cuadrada con un visor al frente. Desde la parte trasera de la escafandra salían dos mangueras que se conectaban a sendos tubos montados en la espalda. Todos estaban armados. Ninguno hablaba.

Saltaron del objeto y fueron tomando posición en los balcones de los edificios, a nivel del agua, hacia uno y otro lado del canal, formando un cordón a ambos lados de las barcazas. Uno de ellos se apostó justo debajo de nosotros, en el viejo departamento de Elvira. Instantes después, seis «triángulos» aparecieron en el horizonte. Se acercaron raudamente en formación y luego se dispusieron a ambos lados de la flota de barcazas.

Un minuto antes del caos intuí lo que iba a ocurrir. Bajé corriendo las escaleras y salí al balcón donde estaba apostado el centinela. El sujeto se sobresaltó, pero nunca me apuntó con el arma.

—¡No lo hagan! —le grité—. Por favor, no lo hagan.

Demasiado tarde. Giré la cabeza para ver el espanto. Los seis «triángulos»

comenzaron a disparar llamaradas de fuego contra las barcazas. Toda la gente ardió en el acto, retorciéndose y gritando de terror. Varios individuos se tiraron al agua pero fueron rápidamente acribillados por los centinelas desde los balcones; e inmediatamente, otros uniformados se ocuparon de devolver los cadáveres al fuego.

Enloquecido por lo que estaba viendo, volví el rostro hacia el centinela que estaba junto a mí, lo tomé de los hombros y comencé a increparlo espasmódicamente.

—¿Por qué hacen esto? ¡Hijos de puta! —le grité.

El centinela no reaccionó. Solo se dejó zarandear. Me sorprendió su falta de respuesta. Me detuve y traté de espiar su rostro detrás del vidrio. No era el rostro de un soldado invasor. Era un hombre moreno y canoso. No aparentaba menos de cincuenta años. Tenía la mirada triste de la desesperanza. Sus ojos me explicaban todo. Me decían que el mundo se moría, que todo se estaba yendo por la esclusa. Eran los ojos de aquel que conoce los detalles del Apocalipsis. Eran los ojos de un hombre que lloraba.

Por cinco segundos nos miramos. Luego se apartó y se zambulló en el agua. Cuando todos los inmigrantes estuvieron muertos, los «triángulos» apagaron el fuego y se marcharon. Uno a uno los centinelas saltaron por la escotilla, el submarino se hundió y ya no volvimos a verlo.

La masacre de las barcazas ha quedado por siempre grabada en mi memoria. Pero mucho más profunda fue la marca que me dejaron esos ojos del hombre del submarino, llorando detrás de la escafandra.

4. La Villa de las Balsas

Era sorprendente que, después de tantas idas y venidas, Elvira conservara su costurero. Tenía agujas de todos los tamaños, cantidades industriales de hilo de coser, una tijerita y un dedal. Cuando estaba bien, la vieja quería hacer cosas y nosotros preferíamos que se quedara sentadita allí, sin molestar. Finalmente tuvimos la idea de darle las velas del velero para remendar. Las velas estaban siempre rotas porque después de tantas batallas, se habían convertido en una colección de parches sobre parches, confeccionados con telas de cualquier tipo. Elvira no solo reparó las velas viejas sino que se fue fabricando un juego nuevo. Eso sí, no dejaba de quejarse de la vista.

—¿Me enhebrás la aguja, nene, que con estos anteojos no veo nada? —decía. Yo no sé si veía o no veía, pero hacía unas costuritas hermosas. Cosía y hablaba. Nunca paraba de hablar.

—En el colegio teníamos «Corte y Confección». Cuando era joven, yo me hacía toda la ropa...

Pese a no haberlo explicitado nunca, el Negro y yo nos habíamos dividido las tareas del único modo posible. Yo me quedaba en casa porque Elvira ya no se podía

quedar sola. Y aprovechando mi sedentarismo obligado, mantenía una huerta en la terraza del edificio. Allí cultivaba yerba mate y algunas otras cosas. Cada vecino cultivaba lo suyo y después intercambiábamos productos. La yerba no era de lo mejor, pero el mate se podía tomar. Además, monté una batería de recipientes diversos colgando de todos los balcones para la recolección del agua de lluvia. El agua era vital y si vivíamos era porque llovía.

El Negro, por su parte, salía a la mañana a pescar con el velero, mar adentro. La pesca siempre era buena. Había mucha pesca y pocos pescadores. Siempre llegaba con una buena captura de merluza, mariscos, cazón y algunos otros bichos que no sabíamos qué eran. Pero no tenía sentido pescar mucho porque no había cómo conservarlo. La mayoría de lo que se pescaba estaba destinado al trueque. En el camino de vuelta, el Negro intercambiaba todo y llegaba al departamento con unos pocos peces y una buena dotación de tomates, lechuga, papas y cebollas. La verdad es que comíamos como reyes, con el pescado recién sacado del agua y las frutas y verduras recién cortadas. Y cruzando el canal de Rivadavia, había un alemán que cultivaba especias...



Ilustración: Guillermo Vidal

A su manera, esos días eran felices. Solo empañaban la calma la incertidumbre de la lluvia, y el progresivo desmejoramiento de Elvira, que ya tenía ochenta y cuatro años. Con el Negro teníamos toda la tarde libre y solíamos sentarnos a tomar mate en la terraza, en medio del yerbatal, mirando el horizonte desde arriba. El Negro me contaba que alrededor del Obelisco ya se había montado una villa sobre balsas. Era una plataforma de cuarenta o cincuenta metros de diámetro de balsas entretejidas unas a las otras. En el centro afloraba el Obelisco como un mástil. Allí se había instalado un barrio de casillas precarias donde vivía una verdadera multitud. Más allá, mar adentro, estaban los camalotes de los *guatoé*.

—No sé cuántos hay. Yo tengo contados cuatro o cinco camalotes, pero creo que toda la desembocadura está plagada. Para donde vayas, ves alguno a lo lejos, y nunca sabés si es otro o si es el mismo que ya viste.

En torno a los *guatoé* se había tejido una suerte de leyenda urbana. Se hablaba de

hombres que se comportaban como peces, vivían en el agua y contaban con algunos rasgos anatómicos curiosos.

—Dicen que tienen una piel entre los dedos que les llega hasta el primer nudillo —decía alguno—. Por eso nadan como nadan.

—Yo vi uno, una vez, flotando cerca de los primeros edificios —decía otro—. Tienen la espalda anchísima y una membrana que les une los dedos, como si fueran patos.

Lo cierto es que los *guatoé* vivían su vida lejos de nosotros y nunca se contactaban.

Fue una de esas tardes de mate en la terraza cuando el agua empezó a subir de nuevo. No eran olas que subían y bajaban sino una crecida suave, continua y veloz. Me di cuenta porque empecé a escuchar el griterío.

—¡Che, Negro, está subiendo el agua!

El Negro se puso de pie y se asomó por la baranda de la terraza. El agua subía rápidamente, varios centímetros por segundo.

—¡Tengo el velero amarrado con la rienda corta! —dijo—. ¡Si sigue subiendo el agua se nos va a volcar!

—¡Tengo que sacar a la vieja! —respondí.

Salimos corriendo escaleras abajo. Cuando llegamos al departamento el agua ya estaba adentro, y seguía subiendo. La situación del velero era crítica. Se había ladeado mucho y en cualquier momento se volcaba. El Negro salió a la carrera con un cuchillo para cortar el amarre y liberarlo. Yo entré a la habitación de la vieja con más de un metro de agua. Elvira estaba desmayada flotando boca abajo.

—¡Elvira!

La saqué como pude y salí nadando por la ventana. La tiré en el velero, que ya flotaba libre, y atrás la seguí yo. Nos quedamos mudos observando el desastre. El mar había enloquecido y el agua no paraba de subir. Sobre la superficie, flotaban innumerables objetos que salían disparados hacia arriba desde todas las ventanas. Entre ellos vi pasar nuestra mesa, nuestras sillas y todos los muebles viejos que Elvira atesoraba en su antiguo departamento del piso tres.

La vieja se encontraba en un estado desesperante, desmayada sobre el charco del piso. La llevamos adentro de la cabina y la recostamos en una cucheta. Después, el Negro salió a cubierta para tratar de conducir la nave y yo me quedé allí, inclinado sobre el cuerpo de la anciana.

Al rato, Elvira abrió los ojos.

—¡Elvira! Descanse, Elvira, ya pasó.

La vieja inclinó la cabeza hacia un costado y se quedó mirando la superficie del agua.

—Miraaá, neeeene... el sillón doble de mamá...

Chistó. Luego, se lamentó en un susurro.

—Este fin del mundo de mierda... que no se termina más...

Exhaló el poco aire que le quedaba y ya no volvió a respirar.

Me largué a llorar sobre el cuerpo muerto de la vieja. Lloré como nunca pensé que lloraría. Varias imágenes de mi vida con ella fueron desfilando por mi mente, alimentando el llanto: «Qué temprano que te levantaste Fernando» ... «¿Vas a andar así, en calzoncillos?» ... Me di cuenta entonces de que en ese mundo de agua y de carencias, velar por el bienestar de Elvira había sido mi único objetivo, y que ahora me encontraba desnudo, sin saber qué hacer ni para qué.

La mano del Negro en mi hombro me trajo de vuelta.

Envolvimos el cuerpo con unas mantas viejas y lo arrojamos por la borda.

Segundos después, un detalle curioso me hizo sonreír sobre las lágrimas.

—Mirá si será testaruda la vieja, Negro —dije—. Muerta y todo como está, se va flotando para el lado del sillón.

Nos quedamos inmóviles en medio del agua sin decidir qué hacer. El paisaje me recordaba la primera crecida, cinco años atrás, pero ya no había gente asomada en los balcones de los edificios. Solo algunos cadáveres flotando en el agua y un cementerio de penachos deshabitados. Sin gente con quien intercambiar nuestra captura, nos íbamos a pasar la vida comiendo pescado. El Negro enfiló para el lado del mar. Navegamos en silencio sobre el lomo de la ciudad sumergida. Ya no se distinguían las calles y costaba adivinar la antigua geografía. Solo quedaba un páramo de témpanos vidriados, alguna embarcación a la deriva y un silencio sepulcral.

Adelante, hacia la izquierda, divisamos la Villa de las Balsas abrazando el Obelisco, diez o quince metros más arriba. El viejo monumento se hallaba inclinado unos veinte grados hacia el norte respecto a la vertical. Nos acercamos despacio para otear el panorama.

La Villa era un infierno de gente. Algunos chicos, en la orilla, nos hicieron señas para que nos acercáramos. Ya al atardecer, atracamos lentamente contra el maderamen.

Tiramos los amarres y un hombre muy gordo nos ató a unos postes.

—Buen día, amigos. Bah, «bueno» es un decir. Bajen, bajen, que aquí siempre hay lugar para más gente.

La Villa era un hacinamiento absoluto. No había calles sino senderos absurdos entre los espacios que dejaban las casillas. El gordo y tres personas más nos condujeron hacia el centro del barrio. Una comitiva de chicos y gallinas nos acompañó en séquito.

—Me llamo Nacho, y soy un poco... el «puntero», acá —dijo el gordo—. No es que yo mande ni nada, pero cuando se arma lío hay que intervenir para parar la cosa, ¿vio?

El gordo era un villero de vieja data. Se había pasado la vida de villa en villa, desde su llegada a Buenos Aires. Se jactaba de haber sido el jefe de la barra brava de Dock Sud. Tenía cincuenta y tres años, y en el fondo era un buen tipo. A su manera, había tenido que lidiar con el desastre arrastrando un ejército de gente pobre colgada de sus pantalones.

En la Villa, cada uno hacía algo. Y todos tenían que trabajar. El interés por nosotros se debía al velero.

—Con ese velerito se debe pescar lindo, ¿no?

La población estaba compuesta por una mayoría de mujeres y chicos. Había gallineros por todos lados.

—Son todas ponedoras, pero cuando se nos hacen viejas, las comemos.

La organización económica era entre caótica y socialista. Algunos salían a pescar, otros se paseaban por los edificios cercanos manteniendo los cultivos de las azoteas. Y otros se ocupaban de múltiples tareas dentro del barrio, desde juntar agua de lluvia, hasta desagotar las cloacas. Y a los que no eran amigos del trabajo, los amigaban enseguida con una buena golpiza.

El gordo Nacho nos ubicó en una casilla con una mujer sola y tres chicos.

—Acá hay lugar —nos dijo—. El Pablo y su hijo se nos fueron recién, con la crecida. Estaban cosechando tomates en una terraza que fue arrasada por el agua. Cuando los fuimos a buscar, encontramos los cuerpos. Recién venimos de allá, mire. Es así, unos se van y otros vienen.

La mujer y los chicos nos miraron como si fuéramos los asesinos.

Al lado de la casilla había un cuartucho medio derruido que parecía deshabitado.

—¿Qué hay acá? —pregunté, con la esperanza de escapar de la casilla de los muertos frescos.

—Ese es el banco —dijo el gordo—. Venga, mire.

Entramos al cuartucho tras apartar unas chapas corroídas que cerraban el paso. Había poca luz, solo una abertura cubierta por un nylon. En el centro de la pocilga se hallaba dispuesta una bañera vieja y oxidada repleta de billetes hasta el borde. Un poco más allá, había unas latas de dulce de batata con monedas de todos tamaños.

—Pusimos todos los billetitos acá por si acaso vuelven a servir alguna vez. Nunca se sabe.

Lo miramos sorprendidos.

—No tiene sentido andar con los billetes de aquí para allá porque al final se terminan mojando, ¿vivo? Acá ya no los usamos para nada.

Con lentitud metí la mano en el bolsillo y saqué unos pocos billetes todavía húmedos. Lo miré al Negro. El Negro me miró, sacó los suyos, dudamos un momento y tiramos los billetes a la bañera. El gordo nos palmeó la espalda y salimos los tres. De alguna manera, dejar allí nuestro dinero había sido un ritual de iniciación.

Nos quedamos a vivir en la Villa de las Balsas.



Ilustración: Guillermo Vidal

Cerca de quinientas personas vivían en la Villa. Siempre había olor a excrementos y siempre había gente lavando cosas en la misma orilla donde los tiraban. Las cloacas eran un laberinto de canaletas abiertas que se entrecruzaban por los senderos de tránsito. El sistema no era nada estanco y la inmundicia se filtraba y formaba charcos sobre el piso de las balsas. Algunas personas se encargaban de empujar el maloliente contenido hacia las descargas, en la periferia del barrio, porque las pendientes del improvisado sistema variaban conforme se mecían las balsas sobre el agua. Había muchas mujeres embarazadas, lo cual era una verdadera condena ya que los partos nunca tenían un final feliz. O se moría el chico, o se moría la madre.

Nuestra nueva familia estaba formada por mamá Zulema, sus hijos Nahuel, de once años, Odín, de nueve, y su hija Ximena, de seis. Pero para todos eran «la Zule», «el Nagu», «el Odito» y «la Gime».

De una manera imperceptible, nos fuimos integrando a ese mundo aportando las salidas de pesca para alimentar al proletariado. Salíamos a la mañana con el Negro y los dos chicos. Regresábamos antes del mediodía y volvíamos a salir a la tarde para traer comida para la cena. En un borde del enorme entretejido flotante había una especie de puerto donde la gente iba a buscar los pescados que traíamos. Curiosamente, nunca había escaramuzas y la pesca alcanzaba para todos, a tal punto que al final del reparto, varios botes tiraban el sobrante al mar.

Con el gordo Nacho hablábamos mucho y él me confesaba sus temores.

—El Obelisco se inclina cada día un poquito más y tengo miedo que se nos venga de golpe y arrastre todo el barrio para el fondo.

El problema era serio. El Obelisco asomaba unos treinta metros hacia arriba y tenía otro tanto hacia abajo. Se había inclinado hacia el norte con la última crecida. Cuando soplabla el viento del sudeste, el tejido de balsas lo empujaba y el Obelisco se torcía un poco más.

—Tenemos que «descoser» la Villa, liberando la dirección de la caída —decía yo. El gordo asentía, pero nunca hacíamos nada.

Al mes y medio de nuestra llegada, el Negro ya se había enamorado de «la Zule» y el romance era la nueva comidilla del barrio. Pero, para mí, era un verdadero problema porque dentro de la casilla no había lugar para nada.

—Dejate de joder, Negro, que están los chicos.

De algún modo acordamos para que yo sacara a los chicos de tanto en tanto y ellos pudieran tener su intimidad.

El hacinamiento nos pegaba a todos. Y el olor perpetuo de las cloacas, las gallinas y la gente. La vida no era fácil, pero se vivía. Hasta el día de la sudestada, la Villa de las Balsas fue nuestro refugio en ese desierto de agua y ruinas sumergidas.

Aquel día, el viento había estado soplando toda la tarde desde el sudeste, produciendo un oleaje alto, que sacudía la Villa como si fuera una maraña de hojas secas. Resolvimos que a la mañana siguiente los barcos no saldrían.

Al amanecer, la Villa tembló. La barriada enmudeció de terror y el Obelisco se empezó a desmoronar con un crujido acuoso y lento que fue hundiendo buena parte del barrio en su caída. Finalmente quedó a 45°, apoyado sobre el entramado de balsas. En medio del desastre, el asentamiento reverberó como un hormiguero desbaratado. Por todas partes se podía ver gente corriendo sin rumbo entre las casillas derrumbadas, gritando palabras deformadas por la desesperación. Las madres buscaban a los hijos y los chicos lloraban solos en medio de las cloacas dislocadas.

El Obelisco había quedado someramente apoyado sobre la barriada flotante y en cualquier momento nos íbamos al diablo.

—Hay que descoser la Villa, abajo del Obelisco —insistí—. ¡Y hay que hacerlo ya o nos vamos todos a la mierda!

Pero ahora no era tan sencillo. La zona de contacto más intensa entre el monumento y las balsas había quedado sumergida varios metros debajo el agua. Y allí no era posible trabajar sin un equipo adecuado.

—Tenemos que pedirle ayuda a los *guatoé* —dijo el gordo, oteando el mar.

Lo miré.

—Esos tipos pueden aguantar abajo toda una partida de ajedrez —agregó.

El gordo tenía razón. O lográbamos ayuda de los *guatoé*, o nos íbamos al fondo. No había alternativa.

Organizamos una comitiva de cinco personas para salir en el velero. Zarpamos rápido, con el oleaje alto de la sudestada todavía rompiendo con fuerza sobre las balsas.

Remamos hacia el este a contraviento y fuimos dejando atrás el enjambre de edificios muertos. Navegamos unos veinte kilómetros mar adentro hasta divisar los primeros camalotes. Nos acercamos despacio y con suma precaución. Los camalotes eran realmente un enredo de plantas flotantes. Era sorprendente el modo en que estas plantas de río se habían adaptado a la salinidad del mar. Ciertamente, crecían con vigor. Entremedio del ramaje, los *guatoé* habían intercalado un pastiche de algas y conchillas marinas que permitían formar un suelo firme y bastante liso sobre el que

crecían distintas especies de plantas. El borde del camalote parecía una playa de arena.

Cuando estuvimos suficientemente cerca, vimos niños desnudos parados en la orilla, observándonos con curiosidad. También había mujeres con niños en brazos, vestidas con túnicas de algún material vegetal. Ya a cincuenta metros, la cabeza de un hombre emergió al costado del velero. El gordo habló.

—Necesitamos su ayuda, amigo. Es muy urgente.

El nativo escuchó, hundió la cabeza y desapareció. A los tres minutos, seis *guatoé* emergieron a un metro de nosotros. El más viejo tomó la palabra.

—¿Qué anda haciendo, amigo, por el camalotal?

—Necesitamos su ayuda —dijo el gordo—. Estamos en una situación desesperante.

Trabajosamente el gordo Nacho trató de describir la situación y el tipo de ayuda que necesitábamos. Luego se hizo un silencio y nadie contestó.

—¡Amigos! —dije yo—. Si no nos ayudan ustedes, toda nuestra gente va a morir. Pidan lo que quieran a cambio ¿Quieren el velero? Se lo damos ¿Quieren otra cosa? Pídanla. Lo que quieran se lo damos, pero por favor, ayúdennos.

Los seis *guatoé* se sumergieron y emergieron veinte metros más allá. Hablaron entre ellos y volvieron a acercarse. El mayor tomó la palabra.

—Ustedes no tienen nada que nosotros necesitemos —dijo.

Se hizo un silencio y el gordo me miró con desesperación.

—Pero los vamos a ayudar igual —prosiguió el *guatoé*—, porque los hombres que no están peleados son amigos; y los amigos se tienen que ayudar.

En su mundo primitivo de agua y camalotes, estos hombres lo tenían todo. No había inundación ni tragedia en sus comunidades. Si el agua subía, el camalote flotaba más arriba. Y en la paz perpetua de la bonanza, habían desarrollado una filosofía simple para convivir, ayudándose los unos a los otros.

Nos costó un poco convencerlos de que subieran al velero. Cinco de ellos finalmente lo hicieron. Pero el más joven se negaba a subir. Era casi un chico y tenía una sonrisa permanente de boca muy abierta. El viejo lo conminó a que subiera, pero el chico negó con la cabeza, sin dejar nunca su sonrisa. Finalmente el líder hizo un ademán, como diciendo «Bueno, dejémoslo, no importa», y tomamos rumbo hacia la Villa.

Los *guatoé* se sentaron en la cubierta con los brazos rodeando las rodillas. En efecto, tenían una membrana entre los dedos de las manos y los pies. Pero fuera de eso, eran hombres normales.

Desde la borda, me quedé observando al chico que no había querido subir y que acompañaba al velero nadando como un delfín. Tenía una malformación en los omóplatos que los hacía sobresalir hacia fuera de un modo muy prominente, pero de alguna manera, esa característica le permitía dar brazadas perfectas, haciendo todo el giro en un mismo plano. Cada tanto se detenía, me miraba y no dejaba de sonreír.

—Es deforme y medio tonto —dijo el *guatoé* que hablaba, sonriéndome desde el piso—. Pero es bien de agüita, ¿eh?, bien de agüita.

Adelante, confundiéndose en la bruma, me pareció ver el revoloteo de los «triángulos» entre la difusa silueta de los edificios.

—No veo el Obelisco —dijo el gordo.

Me agazapé para mirar mejor. El Obelisco no se veía.

—Debe ser la bruma —respondí.

El gordo negó con la cabeza.

—Al edificio de atrás lo veo, pero al Obelisco no lo veo.

Nos quedamos unos segundos en silencio, observando a lo lejos el neblinoso cementerio de edificios.

—Esperemos a llegar más adelante, gordo. Debe ser la bruma.

Yo insistí sabiendo que la hipótesis ya había sido refutada, que el Obelisco no estaba allí; que había colapsado como el rey de una partida de ajedrez, arrastrando a toda la Villa de las Balsas tras de sí; que solo había muerte y desolación bajo el revoloteo nervioso de los «triángulos»; que nuestro viaje ya no tenía sentido. Insistí sin razón, tratando de demorar mi propio duelo, sabiendo que ya éramos los naufragos de un mundo muerto, flotando a la deriva en medio del océano.

Uno de los «triángulos» vino hacia nosotros, pasó sobre nuestras cabezas y siguió a toda velocidad en dirección al este. El *guatoé* mutante dio un salto hacia atrás y salió nadando de espalda detrás del avión, como un perrito persiguiendo una mariposa. Nadaba como los dioses, con su sonrisa abierta, ignorante de todo. Bajo su espalda aletada, los restos de la Buenos Aires sumergida dormían en un abismo acuoso su último sueño. Era un sueño sin retorno, mecido por la caricia de las algas y el palmoteo de los peces que ya habrían hecho de la tumba su arrecife. Era un sueño de tangos y de goles y de tantas puebladas y de tanta vida, tanta sangre y tanta historia.

Miré los ojos del gordo Nacho y sentí que había visto los míos. Traían la desolación del pájaro que vuela entre la humareda, sobre el bosque incendiado, comprobando que ha perdido el nido con todos sus pichones, que ya no tiene dónde ir, que su mundo está muerto.

Hacia el oriente, el mutante y el avión se fueron achicando contra el horizonte, uno bajo el otro, atados por un hilo misterioso, por un destino inescrutable. Siempre uno bajo el otro; marchando en pos de un porvenir desconocido; hacia el oriente, donde se extiende el océano infinito; donde convergen las cosas que se alejan; donde nace el sol de la mañana.

interesan las ciencias en general. Administra los foros de «Astroseti», un sitio español sobre Astronomía y Astrobiología.

Su actividad literaria es reciente. Mantiene su blog, Letras de Cristian, con cuentos fantásticos y de ciencia ficción. Ha publicado recientemente, en Cuásar 52, el cuento *Buenos Aires Service*.

A la deriva

Hernán Domínguez Nimo
Argentina

La campanilla repiqueteaba muy profundo en su cerebro mientras intentaba sacudir las telarañas del sueño que lo ataban al piso y le impedían incorporarse. La nave se bamboleaba suavemente pero mientras se ponía de pie, luchando con la debilidad del despertar, Teo sabía que el primer bandazo estaba próximo.

Llegó cuando intentaba alcanzar la caldera: un sacudón que lo levantó por el aire, lo golpeó contra el borde de la barquilla y lo desparramó otra vez.

Pero ya estaba despabilado. La alarma de altitud baja seguía sonando. Se incorporó de un salto y se asomó por el borde. Como era lógico suponer, la base de la nave había golpeado el océano. El rebote la había alejado una decena de metros, pero la parábola no tardaría en volver a ser descendente. Teo corrió hasta la caldera y revisó la presión. Sabía, antes de verla, que estaba muy por debajo del nivel de flotación.

—¡La puta que lo parió! ¡La puta madre que lo parió!

Debajo de la caldera estaba el depósito. Quedaban tres piedras. Se apresuró a meter una en la caldera, abrió el paso hacia el globo y liberó el reactivo. Una rápida explosión tornasolada empañó el cristal de la caldera. El gas comenzaba a emanar y a ascender por la tubería hasta el cuerpo del dirigible. En unos minutos habría normalizado la presión. Pero aquello no iba a ser suficientemente veloz.

Desesperado, comenzó a hurgar en la barquilla hasta que encontró la bolsa reforzada y la llenó rápidamente con los objetos más pesados que tenía a mano. Cuando calculó que tendría diez o doce kilos, la cerró herméticamente, cuidando de dejarle la mayor cantidad de aire posible, le ató la soga de cuarenta metros, y la arrojó por la borda.

La barquilla dio un nuevo salto, reforzando el enviñon que le había dado el panzazo en el agua. Teo se asomó y miró la bolsa caer en el océano. Unos segundos después salió a flote.

Suspiró, aliviado. Ya no existía el riesgo de sufrir el efecto ancla que lo hubiera obligado a cortar la soga y perderla, junto con la bolsa y todo su contenido. Y aunque restaba chequear que el gas se liberara lo suficientemente rápido, los años de navegar y sufrir contingencias como esa le decían que ya todo estaba bien.

Eso era justamente lo que lo molestaba. Después de tantos años, no debería sufrir esos descalabros. Volvió al camastro y revisó el reloj despertador. Las manecillas giraban normalmente. Pero marcaban las 2AM cuando claramente era de día. «Casi mediodía», pensó Teo, levantando la vista hacia el sol invisible arriba del dirigible. Y si de algo estaba seguro era que no era el año 1996.

—¿Quince años? ¿Te parece que puedo haber dormido quince años? —le dijo al despertador y lo arrojó con furia contra el borde de la barquilla. El reloj estalló en ruido de resortes y una lluvia de pequeñas partes de metal.

Lo lamentó al instante.

En ese momento hubo un pequeño tirón. La nave recuperaba altitud pero había llegado al límite de la soga. Se asomó al borde, con un cuchillo en la mano. Luego de un par de segundos dubitativos, arrastrando la bolsa como un anzuelo con su presa, la nave despegó la soga del océano. Teo dejó el cuchillo en el piso y se puso a recoger la soga.

La bolsa estaba empapada por afuera pero completamente seca en su interior. La trama de la tela era tan cerrada que resultaba impermeable. Un hallazgo de una de sus últimas incursiones.

Dejó todo el contenido en su lugar, ató la bolsa a un tirante para que se secase con el viento y se dedicó a revisar cada soga que ligaba la barquilla al dirigible. Todas tenían la tensión adecuada. Era muy raro que tuviera que ajustar alguna sin haber soportado una tormenta, pero no tenía otra cosa que hacer. Y asegurando todo se sentía menos culpable por el descuido anterior. Se ató de la cintura a la barquilla con la misma soga que había amarrado la bolsa, y trepó por la escalerilla que llevaba a la malla que rodeaba el globo. Aunque había poco viento y la soga hacía más engorrosa la tarea, a esa altura las ráfagas traicioneras aparecían de golpe, con suficiente fuerza como para hacerle perder el equilibrio. Conocía historias. Él mismo había encontrado un dirigible sin ocupante a la deriva, y había tomado todo lo útil antes de llevarlo al apostadero más cercano. Como nadie lo había reclamado, se subastó y Teo recibió una buena cantidad de provisiones a cambio.

Mantuvo la soga tirante, ayudándose para caminar sobre el dirigible, buscando posibles perforaciones y escapes en la tela del globo. Tener la vista fija en la superficie también evitaba que el vértigo se adueñara de sus sentidos y le hiciera marearse lo suficiente como para llevarlo a un desmayo. Le había pasado dos veces. Una, había despertado acostado en el globo, las piernas y brazos enredados en la malla, quizá de puro reflejo. La otra, colgando de la soga treinta metros por debajo de la barquilla. Izarse a pulso no era agradable. Tampoco los moretones y las costillas fisuradas por el tirón de la soga.

Su dirigible, al que había bautizado *Victoria*, tenía ciento veinte pies de largo por casi treinta de ancho. Casi toda la tela era original, exceptuando tres remiendos. Las juntas era donde más ponía el ojo. Teo sabía que tarde o temprano tendría que parar para retocar las costuras, pero por ahora estaban perfectas.

Y por encima de todo, adherida por estática, estaba la pantalla colectora de calor. Hasta donde sabía Teo, una malla de fibras, que actuaban parecido a un filtro polarizador accionado por la misma electricidad estática, con dos posiciones. En ese momento estaba negra, como él la había dejado. Pero luego de perder calor toda la noche, al gas le llevaría un buen rato alcanzar el grado de dilatación ideal.

Bajó hasta la barquilla y entonces sí, se animó a levantar la mirada e inspeccionar lo que el día le deparaba. La nube perenne, que cubría el cielo hasta donde alcanzaba la vista —y daba toda la vuelta al globo terráqueo, hasta donde él sabía—, estaba menos oscura que de costumbre. Teo supuso que se debía a que estaba bastante cerca del Trópico de Capricornio, quizá incluso más al sur. Decidió chequearlo con su lumiscopio.



Ilustración: Pedro Belushi

Por suerte, tenía otro reloj, un Harrison original, porque sin uno hubiera sido imposible hacer el cálculo. Un par de siglos atrás —algunos decían que menos—, antes de que las nubes cubrieran el cielo —y el efecto invernadero derritiera los polos y la mayor parte del mundo desapareciera bajo cientos de metros de agua y blablablá —, los marinos usaban un instrumento llamado sextante, triangulando con el sol y las estrellas para determinar su ubicación. Teo no lograba imaginarlo.

Rebuscó en el pequeño armario que había en la proa y lo sostuvo en la mano, disfrutando de su peso, acariciando con el pulgar las letras «H-18», en relieve en el contorno de bronce. Lo había conseguido en un velero que había encontrado a la deriva cerca del Polo Norte. Era, probablemente, su posesión más preciada, además del Victoria mismo, claro. Sólo que dirigibles seguían construyéndose y relojes como ese ya no.

En el mismo estuche estaba el lumiscopio. Lo tomó, lo dirigió hacia arriba y fue ajustando la lente polarizadora hasta sincronizar y enfocar las imágenes de las nubes. Aquello le dio una lectura de intensidad lumínica, la potencia que tenía la luz refractada en ese punto, que obviamente dependía del espesor de la capa de nubes. Teo sabía —a pesar de haber destrozado el calendario, y volvió a lamentarlo— que era el 2 de febrero de 1984. Consultando la tabla en la tapa del estuche del lumiscopio, podía saber la altitud relativa del sol en ese día puntual del año. Y

cruzando los datos, podía saber latitud.

Algo estaba mal. Por la cantidad de luz, había imaginado que estaba rondando el Trópico, quizá más al sur, acercándose al paralelo 35. Pero el cálculo que acababa de hacer lo ubicaba muy cerca del Polo Sur, casi en el paralelo 90. Y si fuera así, debería al menos visualizar la cordillera transantártica, que junto con la península y el Macizo Vinson eran los pocos puntos del continente más alto que aún asomaban del océano.

Nada de eso estaba a la vista.

Desconfiando de lo que veía a ojo desnudo, sacó del armario el catalejo liviano y escudriñó el mar sombrío. Dio casi 360 grados antes de encontrar algo en lo que fijar la vista, hacia el este. Se veía como un punto oscuro, pero imposible saber qué era. Maldijo en voz alta, pero no dudó en buscar el catalejo pesado, cuyo pie insertó en la caña que tenía preparada en la barquilla antes de ponerse a trabajar con las lentes.

Por lo que podía distinguir con el aumento al máximo —aunque algo fuera de foco— había un cúmulo de barcos y estructuras flotantes arracimadas, cuya pieza principal era una vieja plataforma despojada de su torre de extracción. Teo conocía ese lugar. Mucho antes había sido una mina oceánica, de la que extraían carbón inyectando chorros de agua a alta presión. La gran inundación había hecho implosionar el pozo de extracción y ahora funcionaba como una simple posta que él había utilizado varias veces. Estaba regentada por un tipo llamado Beneke, un negro racista que odiaba a los blancos y no los dejaba repostar allí. Pero si uno estaba lo bastante sucio, Beneke hacía la vista gorda.

Dejó el catalejo y se puso a desplegar y alinear las velas, que hasta ese momento había tenido guardadas, ya que sólo estaba vagando a la deriva. Las velas asomaban a babor y estribor y servían no sólo para avanzar en línea recta sino para definir el sentido de esa línea recta. El Victoria tenía también una hélice trasera con motor a vapor, pero el carbón se había convertido en un bien casi tan precioso como los diamantes —más, si alguien le preguntaba—.

Luego de un rato, la posta fue visible a simple vista. Lo extraño, pensó Teo mientras cambiaba la dirección de la carga estática de la pantalla colectora —para llevarla al blanco y perder altura— y preparaba el Victoria para amerizar, era que si no recordaba mal, la plataforma estaba anclada en lo que había sido la cima de la isla Tristán de Acuña, a los 37° de latitud.

—¡Así que pensaste que estabas llegando al Polo! —Beneke repitió aquello por enésima vez y, como en todas las anteriores, largó una risotada que dejó ver los pocos dientes que le quedaban. Los dos marineros de color que los acompañaban en la mesa se unieron al escándalo.

Teo los dejó hacer un rato, hasta que se calmaron.

—Ya, ya, no es para tanto. Ustedes salgan, hagan su medición y después me cuentan qué les dice su lumiscopio.

—Depende de cuánto alcohol hayas usado para limpiar la lente —dijo Beneke, y las risas explotaron otra vez. A Teo mismo le costó no festejar la ocurrencia.

El negro lo había mirado bastante mal cuando entró. Los dos marineros, que decían venir desde la costa de Austria, ocupaban una mesa y su conversación había cesado al instante. El silencio denso duró hasta que se acercó a la barra y le pidió una botella de ese feo licor que Beneke fermentaba en las bodegas de uno de los carboneros amarrados a la plataforma. Aquello era casi como una contraseña.

Ahora las risas menguaban, más por cansancio que por otra cosa. Teo se sirvió otro vaso de licor y expuso su teoría:

—Yo creo que la capa de nubes se está haciendo más delgada.

Hubo risas, pero un tanto forzadas. Los marineros lo miraron a Beneke, esperando que dijera algo. Oportunidad que, sin duda, no iba a dejar pasar:

—¡Oh, vamos, hombre! Mientras las fábricas de los ingleses sigan quemando carbón, como desde hace más de dos siglos, la nube oscura seguirá ahí, arriba de nuestras cabezas...

—Dicen que en el Himalaya hindú hay más fábricas inglesas que las que había en Inglaterra—dijo uno de los marineros.

—Claro, en Inglaterra se les complicaba encender las calderas... —dijo el otro—, ¡tenían todos los fósforos mojados!

Chocaron los vasos y rieron.

—Sí, eso ya lo sabía —dijo Teo; aún intentaba encontrarle una lógica a lo que le había pasado—. Pero no creo que sigan trabajando al mismo ritmo que antes. Piénsenlo —de pronto se entusiasmó con su propio razonamiento—, antes de las aguas, fabricaban para unos ochocientos millones de personas...

—¿En serio? ¿Tantas? —preguntó Beneke, desconfiando.

—Es lo que dicen los libros —Teo se encogió de hombros—. Ahora... no sé, no creo que haya datos, pero si hay cien... doscientos millones, es mucho.

—¿Tan pocos? —preguntó ahora Beneke, más escandalizado que antes.

—Algunos dicen que es mentira que se hayan ahogado tantos —dijo un marinero.

—Es verdad —dijo el otro—. Hablábamos del Himalaya, por ejemplo, y sólo allá están todos los ingleses y la mitad de los australianos... Imagínense lo que debe ser vivir ahí, apretados como sardinas...

Beneke miraba mortalmente serio a los marineros. Teo no tuvo problemas en imaginar por qué: los austríacos se habían metido sin tacto en un tema demasiado sensible: el de los muertos en la gran inundación. La versión oficial de la Sociedad de las Naciones decía que la ayuda para evacuar y las tierras secas habían sido dispensadas equitativamente. La versión más creíble, que mientras yanquis y europeos se aseguraban las tierras altas, los habitantes de naciones pobres habían sucumbido barridos por las marejadas y tsunamis. Sobre todo los de África y Polinesia. Y, mirando el rostro de Beneke, no cabía duda de a qué versión le daba más crédito...

Teo carraspeó para desviar la atención. No estaba de ánimo para una discusión de ese tipo:

—No importa, es una suposición. Lo que digo es que ya no se fabrica tanto como antes porque no hace falta. Hay menos gente, y por eso se necesita menos ropa, menos muebles...

—¡Menos autos y trenes!

Los marineros entrechocaron los vasos entre risas y apuraron un pequeño trago. A esa altura cualquier excusa era buena para brindar y embucharse otro trago. Teo los acompañó con una sonrisa y una mirada de soslayo a Beneke, que parecía haberse tranquilizado.

—Sí, menos autos y trenes. Y hay barcos de vapor, pero con el carbón tan escaso, cada vez se los ve navegar menos...

—No hay como un buen velero —dijo un marinero.

—¡Por eso! ¡Todo eso me da la razón! Si las fábricas que formaron la nube trabajan menos, si hay menos motores quemando carbón, ¡puede ser que la nube esté disminuyendo!

Esta vez no hubo risas. Lo que decía hasta sonaba lógico.

—¿Y si fuera verdad?

—Si la nube desapareciera, nos achicharraríamos todos —dijo Beneke.

—Es verdad. Nuestro cuerpo no está preparado para ver el sol —dijo uno de los marineros—. ¿Se imaginan lo que le pasaría a nuestros ojos?

—No sé... —empezó Teo, no muy convencido.

—¿Y por qué no subes por encima de la nube para ver qué pasa?

—¿Estás loco? —El segundo marinero codeó al primero; luego señaló a Teo con el vaso de licor—. Si subiera por encima de la nube se derretiría el dirigible. Por el sol.

—Sí; o explotaría el globo, por el calor —acotó Beneke.

—Eso dicen que le pasó a un dirigible que venía del Altiplano... —dijo uno de los marineros.

—No, era uno que venía de los Andes —corrigió el otro y la conversación derivó por discusiones y carriles fantasiosos y difíciles de comprobar.

Teo se alejó mentalmente de la charla, pensando en lo que se había dicho. Entendía los miedos que expresaban los demás, porque él los compartía. Pero, de pronto, se le antojaban semejantes a los monstruos marinos de unos siglos atrás; nadie los había visto pero aparecían en los confines de todos los mapas, como si fueran una parte de la realidad.

Y la realidad es que nunca habían existido.

Al atardecer, canjeó algunas de las cosas que había rescatado en el último viaje por provisiones y —después de averiguar con el mecánico relojero de la posta que su

reloj no tenía arreglo— un calendario. Ya era de noche cuando terminó de acomodar todas las provisiones en el Victoria y salió a vagar por la plataforma.

Parte de su canje habían sido hojas de coca para mascar, un lujo que sólo se permitía cada tanto. Mientras caminaba, se metió una en la boca.

Por suerte había llegado fuera de la época de tormentas. Recordaba un par de años atrás, que a pesar de su aparente tamaño gigantesco, la plataforma se sacudía como un barquito de papel en medio de las olas oscuras del océano embravecido. Teo no soportaba las tormentas en el mar. La sensación de inestabilidad, de estar sometido al capricho de un Dios iracundo... eso no le sucedía en el aire, donde se sentía dueño de sí mismo. Por eso había elegido al Victoria y no un velero para moverse por el mundo.

Además de la plataforma, tres buques carboneros y una enorme chata cubrían los cuatro costados de la posta y servían como depósitos y amarres para los visitantes de turno. A la luz de la luna tamizada por la nube, Teo contó tres veleros, un barco y dos dirigibles además del suyo.

El barco de vapor era una verdadera rareza. Era uno de esos con paletas laterales, como molino de agua. Antiguamente debió haber servido en un río —antes de que los ríos fueran engullidos por el océano—, donde las hélices podían llegar a enredarse con raíces o vegetación acuática. Era un sobreviviente, fuera de su lugar de origen. Un ser de otra época, intentando subsistir, adaptándose a la que le había tocado en suerte.

¿Y no eran eso todos ellos? Beneke, los austríacos, él mismo. ¿No eran supervivientes? ¿Seres de otra época? Mamíferos terrestres intentado adaptarse al agua y al aire.

Y el resto de la humanidad, agolpada en pequeños islotes de tierra firme, encimados unos a otros, como un hormiguero arracimado en la punta de un palo que apenas sobresalía del agua...

Todos estaban demasiado ocupados en sobrevivir y nada más. El progreso se había detenido. Ese optimismo por la ciencia que transmitían novelas como la que lo había inspirado al bautizar al Victoria ya no se respiraba en ningún lado; el océano se los había arrebatado. Teo imaginaba que, de no ser por ello, ese autor y quién sabe cuántos más habrían seguido escribiendo sobre las maravillas y los descubrimientos de la ciencia, contagiando a lectores como él las ganas de aprender y descubrir.

El ruido de risas lo distrajo. Era Beneke, que salía del bar con unos clientes. Teo supuso que a gente como Beneke, que vivía el día a día con placer, la situación actual del mundo no le disgustaba...

¡Ni siquiera sabía por qué diablos le molestaba a él, carajo, si era el mundo en el que había nacido! Quizá todo era culpa de sus lecturas...

Escupió al mar la hoja de coca desabrida.

No sabía por qué. Simplemente, no le gustaba pensar que todo seguiría siendo así para siempre. Quería pensar que aún había cosas por descubrir. ¿Que todo estaba

cubierto por el agua? Bueno, quizás hubiera cosas para descubrir *debajo* del agua...

O encima de la nube perenne.

Por la mañana los austríacos ya no estaban. Pero siempre había alguien.

Teo se despidió de Beneke y los clientes de turno sin decir nada. Al principio había pensado que era bueno tener testigos, que alguien supiera qué iba a hacer. Alguien que le creyera cuando contara lo que había visto. O alguien que supiera su destino si no volvía.

Pero durante la noche, a medida que pasaban las horas sin poder dormir, a pesar de la decisión tomada y seguramente a causa de ella, la idea ya no le parecía tan brillante. Y se dio cuenta de que cualquier cosa que alguno le dijera en contra iba a minar la fuerza de la determinación, ya bastante escasa.

Así que ascendió y dejó que el viento de la mañana alejara al Victoria de la posta de Beneke.

Hasta media mañana, dejó que el ascenso fuera lento y natural, que el calor de la resolana calentara la pantalla y dilatara el gas. Disfrutó del viento azotándole el rostro, el cabello restallando detrás. Sentía que se despedía del mundo, pero no estaba triste.

Al mediodía, se dedicó a afirmar todas sus posesiones, instrumentales y provisiones, como si se dispusiera a afrontar una tormenta. Luego fue hasta la caldera y colocó juntas las últimas dos piedras que tenía. El efecto fue inmediato: el Victoria dio un brinco que casi lo tira al piso y comenzó a subir.

El dirigible navegó hacia el cielo durante una hora, dos, sin novedades. Por extraño que parezca, a medida que ascendía comenzó a hacer algo de frío. Fascinado por el fenómeno, Teo se puso un saco que reservaba para el invierno y se dio cuenta de que nunca en su vida se había acercado tanto a la nube. Ni siquiera se lo había planteado. Como si él mismo hubiera tenido los temores que expresaba el resto. Supuso que así era, después de todo, sólo era otro superviviente. Pero ahora, a menos que liberara la presión extra, ya no había vuelta atrás.

Durante un buen rato, la nube pareció estar siempre a la misma distancia, pero de pronto estuvo rozando el lomo del dirigible. Por un momento pensó que el Victoria rebotaría en la panza oscura de la nube, enviándolo en el viaje de regreso. Pero el globo desapareció, tragado por la masa oscura...

Y siguió subiendo.

Respiró, aliviado, porque eso quería decir que la nube tampoco era ácida y no estaba disolviendo su dirigible.

Cuando la barquilla también estuvo a punto de sumergirse en la nube, Teo estiró la mano, como si pudiera tocarla. Y así la mantuvo mientras todo a su alrededor se oscurecía y lo rodeaba una bruma pegajosa y fría. No era muy distinta de la niebla que en ocasiones flotaba apenas encima del mar, salvo por el color oscuro y espeso. Y

mientras la nube gigante lo engullía, las imágenes de todos los monstruos marinos de los mapas acudieron a su mente, como imaginó que habrían visitado a Colón en el instante previo a internarse en mares desconocidos.

Pero nada sucedió. No había dientes ni tentáculos. Sólo el sonido del viento encapsulado en aquellas paredes intangibles...

La ropa, la cara y el pelo se le empaparon. De pronto el saco ya no alcanzaba para cubrirlo del frío que le calaba los huesos. A medias mirando, a medias tanteando, se acercó al armario de proa dispuesto a buscar otro abrigo, cuando un extraño brillo calentó su piel.

Alzó los ojos y tuvo que cerrarlos, deslumbrado.

Miró por el borde de la barquilla. Estaba arriba. El Victoria cabalgaba la nube como un mar de olas grises.

Y encima de todo, estaba el sol.

Un hermoso globo dorado, brillante como el bronce de lustre, rabioso como el fuego de carbón. Apenas si podía verlo mirando de reojo. Pero cerraba los ojos y podía sentir su agujijón repiqueteando en su piel, como el calor de una caldera bien alimentada.

Y no sentía temor. El Victoria seguía subiendo, incluso más veloz que antes. Podía sentir el calor en su rostro y sabía que la pantalla oscura del dirigible lo estaba absorbiendo, pero no sentía temor. La sensación, incongruente, era que el monstruo lo había aceptado en su madriguera.

—¡Uuuuuuuuuuu! —Teo abrió los brazos y giró y gritó de gozo, eufórico. Sabía que había algo de miedo liberado y no le importó. En la despensa tenía una botella de licor. Tomó un trago y, usándola como filtro, observó el cielo.

El sol, estaba mirando el sol. Ni su padre ni su abuelo lo habían visto. ¡Ningún ser humano en más de dos siglos lo había visto!

Se quedó un rato más observando, embelesado, hasta que ya no pudo. Apartó la vista y la mancha oscura del sol lo siguió adonde posara sus ojos. Por unos minutos temió que la mancha no se fuera.

El frío ahuyentó sus temores. La temperatura había bajado mucho. Y a Teo le costaba respirar. Por un segundo, tuvo que reprimir el impulso de asomarse y asegurarse de que la nube seguía debajo. No parecía muy lejos, pero ya sabía que esa distancia era engañosa...

Decidió que ya era suficiente, que era hora de volver.

Cambió el color de la pantalla, liberó presión y comenzó a bajar. Seguía sin tener miedo franco, pero quería bajar y prestar atención a la nube en sí misma. A su espesor.

Pronto estuvo otra vez sobre el mar gris y se sumergió en él. Se apenó por perder aquel paisaje, aquella increíble sensación del sol sobre su piel... Pero no quería variar la velocidad del Victoria.

Contó los segundos que tardaba en salir de la nube. Uno, dos, tres, cuatro... La

barquilla se asomó al mundo en apenas doce segundos. ¡Sólo doce segundos! ¡La nube no podía tener más de tres veces la altura del Victoria! Era mucho más delgada de lo que nadie imaginaba. ¡Y quería decir que de a poco estaba desapareciendo!

Teo levantó la mirada y observó, maravillado, el agujero que el dirigible había hecho en la nube. Retazos blancos y grises, como hilachas de un vestido desgarrado, se movían a su alrededor, y la nube tardaba en unirse para cubrir el hueco. Fue así que pudo dedicarle una última mirada de despedida al sol.

El orificio se volvió cada vez más pequeño, en parte por la distancia —quiso creer— hasta que la nube terminó por cerrarse otra vez. Casi como si lo hiciera a desgano. Le gustó pensar que así era. Pero de algo estaba seguro: un día el sol iba a aparecer. Y él iba a estar ahí para verlo.

Hernán Domínguez Nimo nació en Buenos Aires en 1969. Es redactor publicitario por la simple razón de que donde se siente a gusto es frente a un teclado o un papel. Como nunca consideró lo literario como una profesión (ya conocemos la situación de la Argentina, donde la ciencia ficción tiene miles de seguidores pero la industria editorial no lo aprovecha), es de los que escribe y escribe sin pensar que el objetivo del cuento no sea el hecho mismo de ser escrito. Tiene decenas de cuentos «cajoneados» que nunca se preocupó por publicar. Hace algunos años empezó a enviarlos a concursos de ciencia ficción del exterior. En 2002, *Gérmine* fue finalista en el Terra Ignota de México y posteriormente publicado en la revista 2001, de España. En 2003, *Moneda común* fue ganador del Concurso Fobos, Chile. Y desde entonces nadie ha podido detenerlo, por fortuna. Pasó por NECRONOMICÓN de Venezuela, PÚLSARES de Chile, ALFA ERIDIANI de España, etc., etc., etc...

La peor pesadilla

Ivana Zacarías
Argentina

Francis duerme.

Quién sabe con qué sueña, mil imágenes se le suceden. Cree que vuela, se siente liviano.

Parece que vuelve, pero no: se queda soñando un rato más. Se acurruca y aprieta con fuerza los párpados: no quiere despertarse todavía.

No lo logra. Y la nube de imágenes que lo acosa dormido desaparece en un soplo. Por un instante, por una milésima, se detiene en la nada.

Una nada celestial, néctar para erguirse.

Una nada que lo desorienta.

Una nada de nada.

Y se le escapa. La rutina irrumpe con la violencia de un tornado. El cepillo de dientes, las dos tostadas, el queso crema, la taza que queda para lavar a la noche, las noticias, el ladrido del portero que lo espera al cruzar el hall.

Francis no puede más con su vida. Con su solitaria, hastiada y diminuta vida.

Como todos los días, las escaleras del Ministerio. Fichar la entrada y enfrentarse al pilón de papeles y al torrente de e-mails.

Elimina la chatarra, escanea el resto... excepto uno. Uno —ése— llama su atención. Le indican una fecha —hoy—, una hora, una cita. Se inquieta: sólo lo separa de aquel misterio el pilón de papeles y el torrente de e-mails.

Por los parlantes de la computadora, una voz grave lo conmina a acudir a esa cita. Él baja el volumen al instante: teme que los burócratas —los otros burócratas— también hayan oído esa voz. Teme, sí, aunque por un momento siente que sus ojos brillan.

Se apura a llevar los expedientes al otro piso, se cruza con el jefe, trata de evitar el contacto visual, saluda como si nada. Quiere irse ya, quiere atender ese llamado ya. El reloj no ayuda: cada minuto dura más que un minuto.

A las 17:59 apaga la computadora, y a las 18:00 firma la planilla de salida. El colectivo seguramente se demorará, como siempre: hoy vale la pena tomar un taxi.

Cuando le indica al taxista la dirección, el tipo contesta que a esa zona él no va, que lo deja a unas cuadras, que se las arregle si se atreve a meterse por ahí, donde ya se sabe bien las cosas que pasan.

—Ya se sabe bien las cosas que pasan —dice.

—Y qué cosas pasan —pregunta Francis.

La expresión del tachero lo estremece, prefiere no seguir indagando: inconscientemente elige regodearse en el temor que lo envuelve más y más.

Hasta que no consigue controlarse, y cuando el taxi se detiene ante un semáforo en rojo, él abre la puerta y sale corriendo. Oye, de lejos, la puteada descomunal del tipo, que para seguirlo debería ir a contramano.

A la media hora de caminar por calles oscuras, el número de una de las viviendas coincide con el que él anotó en su agenda. ¿Un almacén en ruinas?

Toca el timbre, nadie responde. Entonces descubre la puerta entreabierta. Decide arriesgarse y empujarla: a pesar de saberse un aburrido y previsible empleaducho, valentía le sobra.

Entra despacio. ¿Será una trampa? ¿Por qué a él, un insignificante y mediocre espécimen? Da pasos sin despegar los pies del piso: el leve roce de sus zapatos contra el cemento puede delatarlo, tan enfrentado al peligro.

Algo pegajoso le dificulta avanzar. Se agacha, pasa el dedo, lo huele: ¿miel? Y cree oír un zumbido.

No lo admite: el miedo lo vence. El miedo es una sirena atroz que parte la siesta...

...y la alarma del despertador lo sacude, lo levanta.

Mareado, buscando descifrar su pesadilla, se levanta del sillón para llamar al delivery —es jueves, hoy toca *chow-fan*—. Esquiva la ropa del suelo y corre el plato y los cubiertos de la noche, que aún están sobre la mesa. Con los dedos en pinza, caranchea las sobras.

Oye la voz del chino en el teléfono, vuelve al sillón a esperar.

Recuerda cuando sus jueves eran de a dos. Entonces, la cena se elegía, no existía el chino.

Sí: le falta Paula.

Extraña sus llamados, sus «mi cielo», «mi amor». Sus «bichito mío». Ahora el departamento es demasiado grande, las paredes se alejan cada vez más. Sabe que la soledad es para largo, pues a esta edad... ¿qué puede conseguir a esta edad, después de tres décadas de mierda? Ya ni dormir en paz puede.

Enciende el televisor y se sorprende al no encontrar el *reality* que a diario lo remolca del Ministerio, de los expedientes, del pilón. En cambio vuelve esa voz, la del e-mail, la de los parlantes de la computadora. Habla, sí. Y le habla directo a él.

Francis, dice, y se repite como eco.

¿Alucina, se ha quedado dormido otra vez? ¿Ha dormido todo ese tiempo?

Si no hubiese estado pendiente de sus propias preguntas, quizás hubiera advertido el timbre. Y no sabe que el pibe del delivery se irá en segundos, y que él se quedará sin su *chow-fan*.

Oye algo. De nuevo el zumbido de abejas, que crece y crece y empieza a ensordecerlo. Los bichos se acercan, se agitan a su alrededor, alcanzan a cubrirle las piernas, los brazos. Quiere liberarse, pero llegan a su cuello, caminan hacia los labios, se le meten en la boca, en sus fosas nasales: no se atreve a respirar.

El despertador suena justo a tiempo. Agitado, él percibe cómo las gotas de sudor

le recorren las sienes y el pecho.

Se ducha, se lava los dientes, repasa la camisa. Prepara el café, las dos tostadas con queso crema. Pone el noticiero para enterarse del clima.

Ya en el hall del edificio, saluda al portero y soporta sus quejas.

A bordo del colectivo lo desespera un maldito embotellamiento: ansía chequear su correo.

—Veinte minutos tarde, Pereyra —el jefe se ajusta los tiradores—. Cada día peor, usted.

Y él firma la llegada tarde, sin poder justificarla.

Contiene su angustia.

Se apura a revisar su e-mail: como siempre, como todos sus días... nada.

Los reclamos del jefe le taladran el oído: ¡La redacción de la resolución, Pereyra! ¡Notifique de la reunión al secretario, Pereyra! ¡El bibliorato para la nueva oficina, Pereyra! ¿Sabe que estoy harto de sabandijas como usted, Pereyra? ¿Podrá alguna vez concentrarse en hacer algo bien, Pereyra?

Y Pereyra el Sabandija no puede concentrarse en hacer algo bien: lo abruma su recurrente pesadilla.

Seis en punto. Baja por las escaleras del Ministerio. Esta vez toma el 152. Viaja sentado. A su lado, un desconocido que dice llamarse Gregorio le advierte que está en peligro, que se encierre en su casa y que no salga hasta oír la señal.

Teme llamar a la Policía, y obedece a... ¿Gregorio? ¿Gregorio, se llamaba? Qué más da: Pereyra el Abrumado no sabe más que obedecer.

Sube a su departamento, corre al baño.

No está solo: quien fuese, del otro lado de puerta del baño lo encierra con dos vueltas de llave.

Atrapado, empuja y sacude la puerta, pero no logra forzarla. Piensa en cómo conseguirá ir al trabajo al día siguiente, imagina los insultos.

Detrás de las cortinas de la bañera, algo se mueve. Y de nuevo, los zumbidos, esta vez demasiado cerca. Se excita ante el peligro.



Ilustración: Duende

Le pican los pies. Cientos de abejas le ganan a su cinturón, tupiendo sus piernas. Le duele, le quema, le impiden respirar. Cubren su cuerpo, lo conquistan. Penetran sus orejas, todos sus orificios. Intenta deshacerse de las que rodean su boca. Pero, al abrirla, se entierran hasta el fondo. Y él se atraganta.

A tuestas, se inclina sobre el lavatorio, abre la canilla, se restriega los ojos apartando insectos. Es en vano: la pelusa negruzca en su cara le hace saber que se está volviendo uno de ellos.

No hay salida.

Se descubre en el espejo y le sonrío a ese ser que agita los élitros: por fin ha despertado.

Ivana Zacarías nació en Munro, en 1981. Estudió en Argentina y también en el exterior. Trabaja en proyectos educativos desde los ámbitos académicos y públicos. Cree que el primer libro que lee una persona tiene una influencia ineludible en el devenir de su vida: el suyo fue Mujercitas.

El viejo de la puerta

Eduardo Poggi
Argentina

1

No podría explicar lo sucedido. Ni podría encontrar las razones por las que hice lo que hice. Solo puedo relatar hechos poco creíbles, actitudes sin razones aparentes que me forzaron a emprender un camino nunca imaginado. Me dejé llevar por la fuerza irresistible de una foto, por la intuición, por el deseo de saber quién era aquel viejo sentado al lado de una puerta.

Ya hace un año largo, yo buceaba entre mis blogs favoritos cuando oí el arpegio de la PCavisando el ingreso de un mensaje por Facebook: me invitaban a un bar de los alrededores de Parque Centenario que lindaba «con las rejas del Hospital Durand». No me ofrecían comida ni bebida: «Alimento para el alma», agregaba la invitación. Me gustó. Y también me gustó la bajada: «Lecturas de cuentos y poemas. Cualquier asistente podrá leer uno propio». Decidí asistir con mi relato «Tahití»: su publicación en el suplemento cultural del diario *Perfil* me había sorprendido y deleitado.

El logo de la revista amiga me despejó cualquier duda: los mismos fundadores me invitaban. Abrí la agenda y confirmé que el día y la hora de la reunión en el bar no se superponían con ninguna otra actividad. Anoté la cita para el día siguiente a las 19:00.

Llegué temprano. Dos parejas del otro lado de la mesada del bar se reían mientras proyectaban fotos digitales de alta definición.

Una de las chicas se acercó y, al verle el delantal, le pedí una cerveza.

Oí que comentaban el viaje de dos de ellos a Bolivia: el volcán Tunupa, el salar Uyuni, el Cerro Potosí, Charcas, Chuquisaca, Sucre y... de pronto ese viejo sentado al lado de una puerta.

El impacto ante la fotografía fue rotundo.

—¡Dejá, dejá! —dije, y los miré con un gesto que ellos habrán entendido de miedo—. ¿Quién es el viejo?

—No te asustés —contestó el de bigotes—: el viejo ese es de este mundo. Un viejo cualquiera de Challapampa. Un don nadie.

Sin saber por qué, me molestó que aquel pendejo hablara así de ese hombre

mayor.

—Sentado a la puerta de un monasterio —siguió diciendo—, y el idiota ni siquiera pedía limosna.

Me contuve para no decirle que me parecía una falta de respeto. Pero los muchachos algo habrán visto en mi mirada, porque uno me preguntó qué tenía de particular aquella imagen.

—Creí reconocer a... Prefiero no entrar en detalles. ¿Podrías mandarme por e-mail una copia?

—¿Tanto te gustó esa foto con todos los paisajes que pasamos? —el boludo no había ni siquiera oído que dije haber reconocido a alguien—. Fijate al lado del salero —señaló a la mesa que yo ocupaba—. Adentro de las cartas de precios pusimos copias en papel, por si alguien quiere comprarlas.

Busqué entre las fotos y me quedé con la del viejo.

—¿Alguno habló algo con él? —creo que el tono de mi voz delató mi ansiedad.

—¡Ni ahí! —gritó el que manejaba el cañón—. Me coparon los colores: el marrón de la puerta al lado del celeste de las paredes hechas concha, el viejo con pantalón marrón y camisa también celeste.

El pibe estaba en lo cierto: esa armonía de colores contrastaba con la figura del viejo sentado en la parte inferior de un nicho, contiguo al portón de madera carcomida. Tenía los dedos trenzados, apoyados en un bastón. La frente, sobre el dorso de las manos. En cuanto a la cara, medio la escondía bajo el ala del sombrero.

¿Un muerto?, me pregunté de repente. Las pulsaciones se me desbocaron: mis sesenta y seis años decían con claridad que el «muerto» no podía ser mi abuelo. Porque no lo he mencionado aún: yo estaba seguro de que ese viejo era mi abuelo, aunque desconocía la razón. Me había resultado sencillamente entrañable con solo observar su fotografía.

¿En qué me basaba para asociarlo con mi abuelo, a pesar de que no nos daban las edades? ¿En una mueca, en una marca de la piel, en alguna otra cosa? No, en nada concreto.

Qué loco, ¿no? Ningún indicio en la foto me lo revelaba... y yo sabía que sí, que ese viejo era mi abuelo.

—Gracias por la foto —dije, y alcé la copia.

—Te la incluyo en la cuenta del bar.

Piojoso, pensé. Así ni pienso comprártela.



Ilustración: Tut

—Llegamos ayer a la mañana y pedimos copias urgentes —explicó el pijotero—. Tenemos que cobrar por lo menos el costo, viste.

Y al toque, tiré la foto sobre la mesa.

El que manejaba el proyector lo apagó. Vi a unas personas caminando por el pasillo: Gabriel, Magda y Lucas, tres de los fundadores de la revista. Llegaban en patota y se sentaron a compartir mi mesa —aclaro que los nombres son ficticios; quienes me frecuentan conocen los auténticos, y saben que no quiero involucrarlos por la índole de este relato—. Los saludos y el comentario de Magda me alegraron:

—Dale —me dijo, poniéndome una mano en el hombro—. El local ya está lleno, los demás están por llegar. Presentamos, y después lees ese cuento que trajiste.

La euforia casi me suelta la lengua. A punto de contar lo del viejo, me callé. ¿Qué les diría? No podría explicarlo. Era insensato. Y mucho más insensato si hubiera dicho que él, mi abuelo, ese señor de la fotografía, había muerto siendo yo un escolar de quinto grado. Había muerto en un accidente familiar conocido por todo Villa Giardino, en pleno Valle de Punilla, cuando los pendejos que decían haberlo fotografiado no eran siquiera un proyecto de sus padres.

2

El Ford 34 trepaba con dificultad. Lo recuerdo bien porque yo le había advertido al abuelo que los cinco pesábamos para ese cascajo salido de la guerra. ¡Qué va!, había dicho él. ¿Aguanta también a Set, abuelo, además de a vos mismo, papá, mamá, mi hermana Lucrecia y yo? Éste se aguanta también al perro, hijo. Cualquier cosa aguanta. Es de los buenos.

Con ese Ford íbamos a pescar al Río Grande los dos, y mis viejos nunca se enteraron de que yo viajaba hasta el Molino de Thea parado en el estribo. ¡El abuelo era un genio!

El auto había pasado por tantas manos, antes de que él lo comprara. Muchas veces yo había escuchado, durante las comidas, que el 34 vio acción en la guerra, y que por eso en la Villa se lo consideraba una reliquia.

Pero aquel día, el abuelo Gregorio se veía obligado a frenar en cada curva y a poner rápidamente la primera para remontar las cuestas de El Cuadrado. Y tampoco las bajadas le resultaban fáciles al forcito: los frenos a cinta no habían sido diseñados para esos caminos de ripio, angostos, donde el auto resbala sobre el pedregullo, donde la cornisa deja espacio para que en las rectas apenas pasen dos coches. En las curvas había que asegurarse bien: por ahí, dos autos no pasaban. La manera de prevenir un accidente, decía siempre el abuelo, es hacer sonar la bocina. Una regla que cumplía tanto si el coche iba del lado del paredón como bordeando el precipicio. Nunca hay que olvidarse, decía, y menos viajando con la familia y del lado de la cornisa.

Del lado que, de caer, pensaba yo, caeríamos lo suficiente como para...

En una bajada, una recta interminable, el propio peso del auto y el peso del familión y el declive pronunciado aumentaron la velocidad. Advertí que el abuelo pisaba el freno sin éxito, y el ripio abovedado llevaba al forcito de un lado a otro. Oí que los dientes de la caja gruñían y vi al abuelo tirando de la palanca del piso para meter primera. Pero en esa época las cajas no se fabricaban sincronizadas, y por más que el abuelo quisiera, no era ninguno de los hermanos Gálvez para lograr un rebaje.

Yo me agarraba del asiento de adelante, miraba fijo el camino que terminaba en una mancha, en un espejismo. Veía al abuelo agarrado al volante, los nudillos crispados. No entendía: si él era grande, ¿por qué tantos nervios? Hasta que me di cuenta: el camino se iba volviendo puente. Y un puente muy angosto. Noté que mamá había sacado el rosario, lo apretaba de besos contra la boca.

El abuelo quería dominar el vaivén del Ford, giraba el volante de un lado a otro, apuntaba el radiador a la entrada del puente. Me espanté al ver, cañas en mano y reclinados sobre las dos barandas, a tres o cuatro grupos de pescadores tirando sus líneas o piedras o vaya a saber qué. El abuelo tocó la bocina, que yo apenas oí a causa de los gritos de papá, mamá y Lucrecia. El auto rodó sobre los tablones del puente, y la estructura de madera tembló. Un temblor al que sobrevino un rugido y que yo había oído muchas veces, cuando el agua de lluvia en lo alto de la montaña se desbarranca arrastrando piedras y lodo. La destrucción aplastaría al mundo en cualquier momento. Me imaginé cadáveres cayendo al agua, estrellándose contra el guardabarros y contra el parabrisas.

Pero el forcito pasó tan rápido, que solo recuerdo haber visto piernas a la altura de las ventanillas. Piernas trepadas a los barandales.

Un alivio. Los nervios se me aflojaron, me relajé.

Entonces, el abuelo gritó:

—¡Cuidado el lomo de burro!

Desde ese momento, fue como en las películas de hoy: un F1 a toda carrera, y justo cuando se produce el accidente, la cámara lenta muestra todos los detalles. El forcito se elevó, voló un par de metros, trazó una parábola en el aire, intentó asentarse en el ripio. Primero las ruedas delanteras, después las de atrás. El golpe no fue violento, no caímos en el ripio. Caímos sobre un colchón de tierra, y el polvo nos rodeó y vi una imagen surrealista: un colchón sobre los flejes de una cama suspendida en la atmósfera, adentro de una nube, y el auto que no terminaba de asentarse en el planeta, como si hubiera abandonado el plano existencial. Y mientras el auto seguía subiendo y bajando... y el abovedado del camino lo llevaba en zigzag, oí una explosión —más tarde supe que de una de las gomas—. Vi al abuelo con su pierna estirada, pisando con fuerza el freno y forzando hacia atrás el respaldo del asiento.

Y el autito derrapó bruscamente. Las ruedas no giraron; yo oía que raspaban el camino y levantaban algo que me ahogaba. Dos manos apretaban mi garganta. El piso

del auto vibraba de forma tan extraña que en aquel momento no entendí. Hoy tampoco. Pero diría que el auto se sacudía como un avión adentro de las tripas mismas de una tormenta, generando la extraña conmoción de haber superado los límites del infinito, más allá de la atmósfera. Trepidaba bajo los pies... y giraba y giraba y se desplazaba por un túnel estriado. Como si fuéramos una bala recorriendo el ánimo de un fusil, avanzábamos en espiral.

Entonces el forcito aterrizó, ladeándose y copiando la inclinación del abovedado del camino. Siguió derrapando hasta que las tazas de las ruedas, las ruedas mismas y las puertas golpearon la protección de piedra de la curva. Dio una vuelta de campana sobre el resguardo, y terminó cayendo por el acantilado.

Arbustos, piedras, pastos secos y pedazos de vidrios se filtraron por las ventanas rotas y por el hueco de una puerta abierta que iba y venía. Algo duro y grande —supuse que una piedra—, me pegó en la espalda y me atontó.

Repito: es muy difícil de entender, pero yo no recuerdo haber gritado ni haber oído gritos de mis familiares. Así como fuimos rodeados por una inexplicable nube, fuimos rodeados por un inexplicable silencio.

En ese espléndido día de verano, el auto quedó tendido con el techo sobre piedras entre las que se oía correr agua. Y en ese silencio, el chirrido de las ruedas girando.

Yo tomé conciencia del accidente al sentir un cuerpo debajo de mi espalda. Un cuerpo que peleaba por sacarse un peso de encima. Pensé que aplastaba a mamá, que mamá luchaba con mi peso por salir de ahí abajo. Me corrí y vi que Set me empujaba con sus patas. Me arrodillé como pude. Mamá, a mi lado, todavía movía los dedos.

—¡Mamá, mamá! ¡Salí de acá, mamá!

Pero los dedos agónicos pulsaban en pequeñas contracciones y me hicieron comprender que mamá ya no me oía.

De atrás vino un lamento. Me di vuelta y me quemé la mano con el agua del termo roto. Lo corrí y me corté un dedo, justo cuando vi un coágulo de sangre formándose en el pómulo derecho de papá: aún goteaba por el mentón. El abuelo se levantaba apoyándose en Lucrecia.

—Fito, ¿estás bien? —me preguntó. Su voz sonó cavernosa—. ¿Estás bien, Fito?

No contesté. Un ladrido ahogado de Set me lo impidió: medio mango de un plumero le atravesaba la garganta. Pataleaba en un estertor final. Las plumas se sacudían de un modo tan ridículo que, de no haber sido por la tragedia, la escena me hubiera causado risa.

Como un estúpido busqué la otra mitad del plumero y la encontré clavada en un ojo de Lucrecia. No me animé a tirar, por miedo a dejar vacía la cuenca. Preferí dar vuelta el cuerpo de papá, que yacía a mi lado. Le vi parte del abdomen por un desgarró de la camisa empapada en sangre. Me estiré sobre el asiento, quise reanimarlo a manotazos.

—Dejá, Fito —el abuelo me agarró el brazo—. Dejalo a tu viejo.

El ambiente olía al vino casero que el abuelo llevaba de regalo. Y me esperancé:

¡era el vino! ¡El vino había manchado la camisa de papá! Pero la mancha, de un rojo oscuro muy diferente al del vino tinto, me desalentó.

Después vino el desconcierto: la persistencia de la inexplicable nube; el insólito silencio, que dolía en los oídos; los ojos pulsando por salirse de las órbitas. Y presentí el desmayo.

Abrí los ojos, y quedé aterrado: el autito caía otra vez, más abajo aún. Pero me di cuenta de que el gentío que habíamos dejado atrás en el puente balanceaba el cascajo que había sido el auto, para ponerlo otra vez en cuatro ruedas. Cuando lograron invertirlo, el golpe contra las piedras del fondo del barranco fue tan violento que el Ford se sacudió como un simulador de parque de diversiones. Y Lucrecia, papá, mamá y yo rodábamos como salchichas y chocábamos entre nosotros. Y... sentí un miedo diferente al miedo. Sí, sentí un miedo diferente. No tengo forma de explicar ese *miedo*. Porque el abuelo Gregorio... ¡aparecía muerto! Muerto, y con un grotesco mango de plumero clavado en el ojo derecho. ¿Acaso yo no había visto el ridículo mango del plumero en el ojo de Lucrecia? Claro que sí. Y eso no era nada, si me ponía a pensar que el abuelo acababa de decirme que ya no había nada que pudiéramos hacer por papá, mamá y Lucrecia. ¿Cuánto había durado mi desvanecimiento? ¿Habría soñado aquel diálogo?

Por eso digo que sentí *ese* miedo.

—¡Sáquenme de aquí! —grité—. ¡Sáquenme!

Grité como si los demás no quisieran salir conmigo. Mejor dicho, grité como un cobarde que abandona a los seres que tanto asegura amar.

Quería irme de ahí porque pensé que estábamos todos muertos. El abuelo y yo habíamos muerto junto a papá, mamá y Lucrecia. No podía ser otra la explicación.

¿Fantasmas?

Una dulce voz de mujer me volvió a tierra, una mano suave me acarició.

—¿Qué te pasa? —dijo la voz de la desconocida, acaso una mujer del más allá, o simplemente una de las del grupo que se había acercado a socorrernos—. ¿Estás temblando?

Claro que temblaba. Temblaba de terror. Temblaba porque había visto a mi abuelo vivo, a mi lado, hablándome, espantados los dos ante la muerte que nos rodeaba, y sin embargo él había muerto.

Mi voz tranquila y pausada me sorprendió:

—Necesito salir —dije.

Y cuando papá, mamá y Lucrecia se acercaron, nos abrazamos.

Nuestra vida cambió para siempre. Todo comenzó a ser diferente desde ese momento.

3

Ahora habrán comprendido mejor el impacto que me causó la imagen proyectada en el bar, la imagen de ese viejo al lado de la puerta. Mi abuelo... vivo. Vivo y sentado junto a esa misma puerta.

Qué misterio. Solo podría resolverlo hablando con ese hombre. Y para eso debía buscarlo.

El interés por leer el cuento cambió por el interés en leer el epígrafe de la foto que había tirado sobre la mesa. Me puse los anteojos. Y al pie leí:

VIEJO Y PUERTA – ISLA DEL SOL – BOLIVIA

¿Isla del Sol? ¿Una isla en Bolivia? Si cualquiera sabe que los bolivianos luchan por una salida al mar, en medio de problemas diplomáticos.

Y entonces vi a Lucas navegando con una netbook. No me aguanté y se la pedí por un par de minutos. Me la prestó de mala gana. No me importó.

Ingresé a Google Maps, y el sistema terminó por aterrizarme en el Titicaca. Absorto, miraba la Isla del Sol en el centro de la mitad boliviana del lago y de la pantalla. Me quedé así por varios minutos, hasta que Lucas me reclamó la netbook explicándome que tenía archivado el texto del cuento que él debía leer. Me disculpé con el grupo, dejé un billete de veinte por la cerveza, y me llevé la foto del viejo.

Me levanté y me fui. Seguro que mi actitud no les gustó nada. Pero yo sabía muy bien por qué me iba: no me importaba cumplir la promesa de leer el cuento «Tahití» ni lo que pudieran pensar; solo me importaba ingresar a Internet para saber más de esa isla.

Ya en casa, encendí la PCy accedí otra vez al mapa del Titicaca. Entrelacé los dedos de las manos, los puse atrás de la cabeza, y me recliné en el sillón con la mirada fija en la pantalla. Aparecieron las fotos satelitales de la Isla del Sol: la geografía, las rutas, los nombres de las ciudades. Las ruinas de Chinkana, comunidad Sicuani y Yumani. Cuando leí Challapampa, recordé que ahí le habían tomado la foto al viejo, en esa comunidad de la punta norte de la isla.

¿Qué podía hacer mi abuelo en medio del Titicaca, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar? Un lugar primitivo, de climas extremos.

—Nada podría hacer mi abuelo —dije en voz alta—. Si está muerto.

Y cuando me escuché, me sorprendí con lo que había dicho.

Fue ese el razonamiento que me llevó a concluir que de ninguna manera ese viejo de la foto podía ser mi abuelo.

Una puntada en la nuca me obligó a sacar las manos de atrás de la cabeza y levantarme del sillón. El sillón quedó hamacándose —quedó asintiendo— como si

tuviera vida propia, como si estuviera diciéndome que sí, que tenía razón, que no podía tratarse de mi abuelo.

¿O me estaría diciendo que sí, que *era* mi abuelo?

La puntada cesó. Y la duda me llevó al Titicaca.

4

La mayoría de las agencias de turismo me sugerían volar a Jujuy y recorrer la Quebrada de Humahuaca, cruzar de La Quiaca a Villazón y ascender hasta La Paz. Yo no buscaba turismo. Buscaba a mi abuelo. Así que descarté los consejos y saqué pasaje aéreo directo a La Paz.

Descarté la idea de llamar a Villa Giardino para avisarle a la familia. No sabría cómo explicarles un viaje tan repentino.

Esas tres noches esperando la salida del avión fueron de pesadilla. Literalmente de pesadilla. Noche tras noche soñaba las mismas tres pesadillas y en la misma secuencia. En la primera, Set me incrustaba las patas entre las costillas y me atravesaban y se convertían en el mango de aquel plumero trágicamente ridículo, y el abuelo me agarraba del brazo y me decía: Dejalo a tu viejo, Fito... *Dejalo... dejalo... dejalo.*

Me despertaba empapado en sudor, y con esa puntada en la nuca que venía atormentándome desde hacía varios días. Me levantaba, me bañaba y me tomaba media jarra de agua y volvía a la cama con un somnífero disolviéndose en mi estómago.

Y entonces, en la otra pesadilla, yo flotaba en el agua de un lago, plácido como un bebé, y el agua se enturbiaba de rojo y se espesaba en un mar de sangre que me arrastraba adentro de un auto con cadáveres entrechocándose y los cadáveres se entrechocaban contra mí, y alguien me calmaba. Mi abuelo. Mi abuelo, que me acariciaba el pelo y me agarraba del brazo y me decía: Dejalo a tu viejo, Fito... *Dejalo... dejalo... dejalo.*

La última, siempre la más intolerable: una voz del más allá me despertaba, y yo abría los ojos y veía la oscuridad más oscura. Me veía yo mismo, en el fondo de un barranco, atrapado entre fierros retorcidos, y mi abuelo que me soltaba el brazo, y mi familia que ya no existía.

Horribles pesadillas que nunca podré olvidar.

Finalmente volé a La Paz. La primera noche me hospedé en un hotel céntrico reservado por la agencia. Las mismas pesadillas, el mismo dolor en la nuca. Y siempre esa voz, siempre esa oscuridad oscura, siempre abandonado entre las entrañas de hierro.

A la mañana, las combis salieron en grupo, cerca del cementerio de La Paz y hacia el estrecho de Tiquina: ciento treinta kilómetros por caminos de cornisa que avivaron mis horribles recuerdos de aquel viaje que se pretendía feliz y familiar. Temí lo peor. Me pregunté si estaría llegando mi fin, si el misterio de la vida me tenía reservado un final en el fondo de un barranco.

Habría pasado una hora, y volvió la puntada en la nuca. Mareos, náuseas, cansancio. Me costaba respirar. Oí palabras inconexas de un gringo que viajaba a mi lado: altura... *drinc sorocho pills*... y me imaginé la razón de las molestias. No me resistí a masticar unas hojas que alguien metió en mi boca.

Llegamos a Tiquina. Nos señalaron una precaria barcaza que nos cruzaría a la Isla del Sol. Por prevención, metí la mano en el bolsillo y saqué un par de hojas y empecé a masticarlas: todavía seguía medio atontado por la altura. El bamboleo de la barcaza me resultó tan insoportable como las subidas y bajadas de la ruta.

Adentrándonos en Copacabana, las combis pararon en una de las callecitas abiertas, cercana a la plaza. Al principio, no encontré explicación: no había ni semáforo ni policía. Pero pronto alcancé a oír un rumor de pasos y cánticos. Miré hacia la derecha y, a unos cincuenta metros de nosotros, se venía una multitud. Escoltaba a algo o a alguien llevado en andas.

Un entierro, pensé. Por eso se ha parado el tránsito.

El sorocho se me había pasado, y me bajé a estirar las piernas, copiando la actitud de los otros pasajeros. Ya en la calle, un hombre de ropas coloridas y gorro —lo reconocí: viajaba dos asientos adelante del mío— le dijo algo a la mujer que lo acompañaba. Entendí que estaban llevando a una chica virgen hasta el cementerio, y me dije que debían ser del lugar para saber que la chica en cuestión era virgen. Yo apenas podía ver la figura femenina que encabezaba la manifestación o lo que fuese aquello, que ya teníamos a treinta metros: la columna avanzaba entre cordones humanos.

—La Virgen de la Candelaria guía a los pecadores —le dijo el tipo a la mujer, que se agarraba de su brazo.

La Virgen. La Virgen con mayúscula. De eso se trataba. Una procesión.

—Evita que la maldad se propague fuera de la isla —seguía diciendo el hombre—, a las poblaciones linderas.

¿Maldad? Me pregunté qué horribles pecados podían haber cometido los nativos de aquella isla de aspecto tan pacífico.

Vi que los peregrinos ya se acercaban hacia donde me encontraba yo, no muy lejos de la combi. Uno de la primera fila llevaba un cartel con dibujos o algo escrito, y fijé la vista en el estandarte que portaba. La luz del sol filtrándose entre el estandarte en forma de cruz me obligó a entrecerrar los ojos. Al abrirlos, la luz fue atenuándose y apareció la Virgen sobre los hombros de la multitud. El mensaje que había recibido para asistir al bar del Parque Centenario, de pronto cobró un sentido profundo: «Alimento para el alma», recuerdo que decía. Empujé y pasé a primera fila

para recibir la bendición del sacerdote. Y el agua bendita me inundó de esperanza. Seguro que encontraré al abuelo, pensé. Seguro que sí.

La procesión pasó, y los feligreses que la bordeaban se dispersaron. Uno de los choferes pidió que camináramos dos cuadras por una abrupta bajada de la calle céntrica de tierra. Cuando llegamos hasta un catamarán, él y su compañero bajaban de las combis.

—Con eso —dijo uno de los choferes, señalándolo— cruzarán a Yumani, al sur de la isla.

Desde la embarcación se veían terrazas cultivadas alternándose con tierras áridas. Por esos cultivos y las construcciones de las orillas del lago se deducía el origen indígena de los pobladores. A pesar de los dos grandes flotadores de los costados, el oleaje caótico sacudía al catamarán. Pero las hojas que llevaba en mis bolsillos, y que de tanto en tanto masticaba, venían cumpliendo su tarea.

Unos cuarenta minutos más tarde bajamos en Yumani.

—Seis horas libres —nos concedió un guía.

—¿Y el que quiere ir a Challapampa? —me atreví a preguntar.

—El que quiere ir a Challapampa debe alquilar otra lancha.

Yo y tres más compartimos el alquiler y seguimos viaje. En Challapampa, otra vez las consignas: tres horas libres, para evitar la noche en la vuelta por el camino de cornisa; esperarían por algún demorado solo quince minutos. El que no llegara a tiempo regresaría con la excursión del día siguiente. Cualquier costo adicional corría por nuestra cuenta.

Entre el caserío, busqué el portal de la foto por callejones sinuosos con casas bajas, descensos y subidas. Cada vez que mostraba la foto, los pobladores me devolvían un movimiento de cabeza negativo, ojos grandes y miradas aterradas, recelosas. Finalmente, convencido de que había encontrado a mi abuelo, seguí a un viejo que vi entrar en una casa con techo de terracota. Golpeé.

El buen hombre salió, y me desilusioné al verle la cara. Le mostré la foto, y él señaló un cerro que asomaba sobre los techos.

—Al pasar la primera curva —dijo—, un sendero lo llevará hasta el monasterio que anda buscando.

Si no fuera por el cansancio de la altura y mi edad, yo hubiera disfrutado de esos senderos que subían y bajaban como las picadas de sierra que habíamos abierto con el abuelo. Senderos en zigzag, en partes de piedra, de tierra otros. Olía la penetrante salinidad del ambiente, aunque no tan salobre como la del océano. El sol picaba, y el viento secaba la piel. Las piedras sueltas y la arenisca lastimaban mis pies. Quise afirmar el paso sobre un montículo, pero se desmenuzó. Y oí un par de piedras rodar, atrás, deslizándose por el declive del camino. Al darme vuelta, un paisaje de agua y cordillera, un lago rodeado por montañas, se abrió frente a mí. La pared del cerro en

subida me había impedido ver la maravilla: el lago más alto del mundo.

En ese altiplano, los ángulos de las subidas se pronunciaban. Desfallecía, me faltaba el aire a pesar de que seguía masticando coca. Y cuando vi un comienzo de pared armado con piedras y argamasa, aspiré profundo. A medida que subía, la mano del hombre se evidenciaba en esa pared. Entonces, al doblar una esquina, me encontré con la puerta de la foto: el convento, su portal marrón y la pared azul descascarada.

Tomé aliento, y en unos pocos pasos alcancé la puerta. Me imaginé al abuelo sentado en ese nicho, la cabeza gacha.

Golpeé el portón dos veces.

Nada.

Nada ni nadie.

Un perro ladró.

Volví a golpear y oí campanadas a lo lejos, del otro lado del portal del convento. Después, pasos que se acercaban, el sonido grave de un cerrojo, una puerta abriéndose detrás del portón, aroma a incienso, y la figura de un monje que me sorprendió con su actitud de franquearme el paso.

¿Esperaba mi arribo? ¿Me conocía?

—Estoy buscando a...

Con un gesto me pidió silencio. Sin hablar, y con otra seña, me indicó que lo siguiera.

Llegamos a una sala iluminada por velones de iglesia. Un cortinado cubría el vano de la puerta.

No sé por qué me dio la impresión de que allí se honraba algún culto o creencia nativa.

El cortinado se movió —vi una mano corriéndolo—, y otro monje —por su empaque grave y sus años lo supuse el abad— me saludó con una inclinación de cabeza. El monje que me había recibido se retiró cuando el abad hizo una segunda reverencia.

—Sé por qué está aquí, señor —me dijo, y apoyó su mano en mi hombro.

—¿Cómo... cómo lo sabe?

—Somos pocos, aquí —dijo—. Somos pocos, señor, y la voz corre más rápido que el viento.

—Entonces, usted conoce a este hombre —afirmé, y le tendí la foto.

De inmediato el abad se cubrió los ojos con el brazo y se apartó de mí.

—Ese hombre es malo, señor —dijo, y se dio vuelta y se arrodilló a orar frente a las velas. Yo, sin saber qué hacer ni qué decir, callé. Después él se levantó de las lajas, me puso otra vez la mano en el hombro, y mirándome repitió—: Ese hombre es *muy* malo, señor.

Quise explicarle que buscaba a mi abuelo. Que ese hombre era mi abuelo. Y, a punto de decirlo, entendí que sería imposible convencerlo. Ni yo mismo sabía si eso

era verdad.

—¿Dónde puedo encontrar a este hombre? —pregunté, mostrándole otra vez la foto, y el monje reaccionó ante mi angustia.

—Se ha ido, señor —dijo, y no pude evitar que otra vez se arrodillara para orar frente a las velas—. Gracias a Dios, ese mal hombre se ha ido —sin levantarse lo dijo—. Nuestras plegarias fueron escuchadas, señor.

—Pero... —hice una pausa para toser: el humo de las velas me había secado la garganta—. ¿Por qué los nativos no me contestaban? ¿En que idioma hablan?

—Los pobladores, señor —el monje se levantó y se ubicó frente a mí—, hablan una cruz de lenguas ancestrales y español. Y profesan un culto mezcla de Inti, Viracocha y de influencias españolas —se quedó mirándome con una expresión de duda—. ¿Usted conoce cómo se formó este lago, señor?

Yo no sabía, pero arriesgué:

—Por las lluvias y los glaciares.

El monje volvió a arrodillarse frente a las velas en una actitud repetitiva. Y de sus labios salió un murmullo, una oración. Cambié el tono de mis palabras:

—¿Por las lluvias y los glaciares?

—El maligno sembró discordias —arrodillado y sin mirarme, me hablaba: su boca apoyada en los dedos entrelazados, suspirando, negando con la cabeza—. El maligno dividió a los hombres, generó la maldad, los pecadores provocaron el llanto de Viracocha. Y tantas fueron sus lágrimas, que el diluvio en el valle generó este lago.

¿Qué decía este monje? ¿De qué hablaba?

—Pero... ¿qué tiene que ver eso con mi abuelo?

Cuando el abad giró bruscamente su cabeza, cuando se levantó y se me acercó y con sus dedos me trazó la señal de la cruz sobre la frente, tomé conciencia de que yo había dicho «mi abuelo». Según él, un malvado. Faltaba que me dijera que el abuelo encarnaba al Diablo en persona.

—Satanás —dijo—. Satanás encarnado en su abuelo, señor.

El monje no dudaba de que aquel hombre de la foto fuera mi abuelo. Yo ni de lejos estaba seguro, pero su certeza era absoluta. Y, además, me decía que tenía al Diablo en el cuerpo.

¿El loco era él o yo?

—Usted, padre... —recobré el aliento, insistí—. ¿Usted sabe dónde puedo encontrar a mi abuelo? —no bien salió de mis labios, esa pregunta me pareció estúpida: ya me había dicho que se había ido sin dejar huellas—. ¿Sabe en cuál de esas casas vive? —señalé hacia el paredón que, según supuse, ocultaba el caserío.

—Ya no vive, señor —ahora se hizo él la señal de la cruz en la frente—. Ya no vive entre los vivos, señor.

Y al escuchar eso recordé a mi abuelo en aquel accidente: vivo y rodeado de muertos, y después muerto él, y no papá, mamá y Lucrecia.

El monje parecía saber de mí mismo más que yo. De mi vida, de la vida y la muerte del abuelo Gregorio.

Me traspasó un temblor. Y *aquel* miedo otra vez me inundó.

Ya no alcanzaría la lancha de regreso a Copacabana, por eso no me resultó difícil aceptar la hospitalidad del religioso. ¿Dónde hubiera ido, si no? Además, el convento era el mejor lugar para protegerme... Y me quedé a pasar la noche allí.

¿Protegerme, dije? ¿Protegerme de quién? ¿Del innombrable? ¿Del monje mismo, si en realidad —paranoia mediante— resultaba ser él el viejo de la foto, y no mi abuelo?

Siguiendo al abate por corredores oscuros, me desorientaban las vueltas y recovecos que debíamos transitar hasta llegar al cuarto. Las luces de las velas perfilaban sombras fantasmales que nos sitiaban desde las paredes. Llegamos a una puerta de madera maciza, por la que entré después de despedirme de ese hombre misterioso.

Una lúgubre habitación rectangular quedó iluminada por la luz mortecina de mi vela. La falta de ventanas revelaba que el cuarto formaba parte de un área interior del templo.

Apoyé el candelabro en el piso y quise arrastrar la cama para trabar la puerta. El peso del camastro y el piso de piedra me lo impidieron. Me cansé, y la dejé apoyada contra uno de los lados menores del cuarto, al lado de la vela. Me agaché y la soplé. La llama se apagó, y logré ver la punta roja del pabilo y un humo espeso convirtiéndose en una figura fosforescente que fue diluyéndose en el cuarto, inundándolo de olor a sebo. ¿Ese miedo que me traspasaba creaba las imágenes?

Me acosté. Temí las pesadillas de siempre. La voz del más allá que me despertaba, abandonado en la oscuridad más oscura, y... lo peor: el abuelo que me soltaba el brazo en la maraña de fierros.

Trataba de dormir. La cama de madera y mis años no facilitaban las cosas. Y menos los dolores provocados al querer arrastrar la cama.

Las paredes de piedra frías me obligaron a taparme. Las paredes, sí, pero también los fantasmas me obligaron a taparme. Abrigado por una frazada tejida con alguna fibra de la zona, quise adivinar los dibujos de la pared negra. De espaldas al vacío de la habitación, vivía ahora los mismos pensamientos que había vivido de niño.

Algo debajo de la cama, una mano acercándose para tocar mi cabeza.

Un aliento húmedo en el cuello.

Un olor fétido...

...y alguien destapándome bruscamente.

Y, en el entresueño, una voz:

¿Cómo estás, hijo?

Me ovillé, me tapé la cabeza, encogí las piernas y las abracé.

Hijo, ¿cómo estás?

Abrí los ojos bajo la cobija. Oscuro. Oscuridad de muerte. Otra vez aquel miedo distinto. Agucé los oídos.

Soy yo, Fito.

¿Fito? El abad no sabía mi nombre. ¿El abuelo me hablaba?

Dale, Fito, que no nos queda mucho tiempo.

La puntada en la cabeza, ¿ese anuncio de mi ingreso al mundo de las sombras?, me sentó en la cama.

—¿Abuelo? —me levanté y caminé en la oscuridad, los brazos extendidos buscando un cuerpo, quizá la fosforescencia que había entrevisto—. Abuelo, ¿sos vos?

Nadie.

Un sueño.

Volví a la cama. El corazón latía, y en ese silencio escuché mis propias pulsaciones.

Otra vez el entresueño. Y los recuerdos.

Remontaba el Río Grande de la mano del abuelo, en Villa Giardino, más allá del Molino de Thea: yo ponía migas de pan adentro de gruesas y pesadas botellas de sidra, tapaba el pico con un corcho, las hundía en un claro del río, los peces entraban y no podían salir por la forma del culote cortado por el abuelo. Y esa noche mamá freía cornalitos empanados en harina. ¿Por qué tenés tantos libros, abuelo? Se aprende mucho leyendo, hijo. Se pueden vivir otros mundos con sólo leerlos. Leés, y la imaginación hace el resto. El brazo del abuelo sobre mis hombros me arropó de cariño mientras observábamos a un cornalito que no quería entrar por el culote.

—¿Por qué te moriste, abuelo?

Por amor, hijo.

No explicó nada más. Lo entendí perfectamente. Lo miré.

—Abuelo, ¿qué es todo esto? ¿Qué pasa? ¿Qué pasó?

Tranquilo, Fito —el tono de sus palabras me calmaba—. Ya está todo bien.

—¿Todo bien, abuelo? Y el abad... la gente espantada...

Te puedo explicar —puso las dos manos en mis mejillas y me besó la frente, al borde de ese río.

—El accidente. La vida y la muerte. Tu pretendida maldad. Nada tiene sentido, abuelo.

Todo tiene sentido, hijo. Hasta el dolor de verte crecer sin poder gozarlo.

—¿Podías verme, abuelo?

Claro que sí, Fito —le vi un gesto de pesadumbre—. Te vi leyendo libros de mi biblioteca, jugando al rango con tus amigos, soplando velitas en tus aniversarios, rompiendo culotes de botellas, pescando solo en el río. Vi tu casamiento. Antes de que muriese, sabía que tu esposa moriría. No pude hacer nada para evitarlo. Y después, tu dolor cuando murió. Mi dolor cuando lo vi. Placer y dolor viví, Fito.

—¿Lo viviste, abuelo?

Una forma de decir, hijo. La condición más importante de mi pacto...

—¿Pacto, abuelo? —lo interrumpí, no entendía—. ¿Qué pacto?

Yo seguía sus palabras con atención mientras oía como de lejos el correr del agua y veía un campo florecido de cosmos del otro lado del río. Entendía más por intuición que por razonamiento.

Cuando solté tu brazo en aquel auto, hijo —el abuelo asintió con la cabeza, supuse que para enfatizar sus palabras—, y mientras olías el vino de la damajuana hecha trizas, el tiempo cambió de plano. Podrían haber transcurrido años en segundos. Pero solo bastó la eternidad de ese instante. Antes de la llegada de quienes dieron vuelta el cascajo. Ahí ocurrió todo, Fito.

—Te acompañé hasta la muerte, abuelo. Lo sé. Fue eso lo que pasó.

Un Martín Pescador se posó en una rama suspendida sobre el agua. Miraba la botella, inclinaba su cabecita a un lado y a otro, como si supiera que le sería imposible capturar los cornalitos atrapados. Una brisa fresca me acarició la cara.

No, no fue eso lo que ocurrió, Fito. Hice un pacto. ¿Te acordás de mis palabras?

—Me pediste que dejara a papá: «Dejalo... dejalo», me decías.

El mundo se me cayó encima, hijo. Me sentí capaz de cruzar un glaciar, un desierto, o de vivir sin agua más que de enfrentar la muerte que me rodeaba. ¿No oíste mi pavoroso grito, mi alarido?

—Nada, abuelo. No oí nada.

Pues el Destructor sí que me oyó. Las compuertas del mal se abrieron y aparecieron las tinieblas, Fito.

—¿Las tinieblas, abuelo? ¿Qué destructor?

Ahora, el río y sus márgenes se cubrían de una espesa neblina que impedía ver la botella y el agua; solo aparecían las copas de los sauces y álamos asomando, figuras fantasmales marcando la ribera.

Sí, hijo. Las tinieblas. Las sombras se eternizaron, una espesa niebla nos cubrió, y recibí la oferta de cambiar muerte por vida. Mis seres queridos muertos vivirían a cambio de la venta de mi alma.

—Entonces aquella inexplicable nube durante el accidente... aquel inexplicable silencio. Fue eso. ¿Y por qué has venido a este lugar perdido, abuelo? ¿Por qué en un país tan distante?

Fue este, pero podría haber sido cualquier otro. Debía mantenerme alejado físicamente de ustedes. El primer contacto con un ser querido anularía el pacto. Viví la soledad del desamor. El maligno Destructor se ensaña. Me impuso otra condición: encarnar al mal por el mal mismo. Peor que ver la felicidad sin poder disfrutarla. Por eso he vivido entre esta gente a la que tanto mal he causado.

—¿Quién lo hizo, abuelo? ¿Cómo? ¿Fue el tal destructor?

Cómo, no lo sé, hijo. ¿Quién? Pues sí: el propio Satanás.

—¡Abuelo! ¿Entonces el monje tenía razón?

El maligno Destructor sabe el precio de cada uno de nosotros, Fito. Pero yo lo descubrí tarde.

—Volvamos, abuelo. Volvamos a casa. Ya tenemos suficientes cornalitos.

Tarde, hijo. Tarde. El pacto se ha roto con tu visita. Esta misma medianoche, en instantes, me iré para siempre. Volvé, Fito. Volvé a tu casa en Villa Giardino.

El abuelo terminó de decir esto, la puntada en la nuca me despertó... y creí ver un holograma fosforescente absorbido por una fuerza que lo aspiraba como al genio de una lámpara. En la oscuridad de la habitación oí una voz lejana, desvaneciéndose:

Mi error ha sido grave, hijo. Rezá para tomar fuerzas, esperanza, fe. No te dejes vencer. Sería un triste final que tanto dolor y sacrificio se esfumaran para siem...

5

De vuelta en Villa Giardino, llovía torrencialmente. Recordé aquel comentario del abad sobre el llanto de Viracocha por los pecadores. ¿Tendría relación con la cancelación pactada por el abuelo? ¿El pacto roto afectaría a papá, mamá y Lucrecia? Sentí culpa. ¡Tantos años sin verlos, y ahora podría haberlos perdido para siempre! ¿El abuelo habría actuado para que ocurriera así, o todo se debía a una fuerza superior que destruía un pacto de maldad?

El micro me dejó en la ruta, justo en la calle de entrada con la plazoleta en el medio. Le advertí un gran parecido con la de Copacabana, pero atribuí a mi imaginación esa continuidad de los parques.

Pedí un taxi. Volvía a la casa en que nací. La casa desde la que había partido en la mañana del accidente en el forcito del abuelo. *La casa*. Solo cuatro paredes donde descansan mis recuerdos: mamá cebando mate, papá cavando para plantar el ciprés, el abuelo durmiendo la siesta en su reposera, Lucrecia regresando del monte de la esquina. Cuando salga por la puerta del fondo alzaré los ojos y veré el otro pino, que quizá ya no exista, y me descubriré escondido en la cima de su tronco. Mientras, el abuelo me buscará, corriendo alrededor de esas cuatro paredes. Un llavero, una cortina, un aroma a cornalitos y aceite de oliva evocarán escenas cotidianas: mamá y el acierto de sus manos, la oración de papá agradeciendo la comida, Lucrecia cocinando alfajores de maicena, papá con la botella de vermú y el sacacorchos en la mano, y el abuelo cortando la picada. ¿Vivirán el jazmín celeste que plantó mamá, el tilo, los abedules, las flores?

Qué raro: no tengo recuerdos familiares sin la presencia del abuelo.

Bajo del taxi, y los vecinos me miran con asombro.

Desconozco la empalizada del frente de la casa. Hay una puertita caída, la puertita de acceso a ese jardín. Ni siquiera la casa misma reconozco.

Saco la llave, abro, entro. Nadie me espera. El abandono me grita que hace rato que nadie me espera. Ni siquiera me acompañan los fantasmas.

¿Qué hacer? ¿Habrá sido un sueño, todo? ¿Por qué razón me fui de Giardino? La confusión se encarna en mí de tal forma, que ya no me permite entender si murió el abuelo, si murieron papá, mamá y Lucrecia, o si morimos todos. Porque yo siento que no puedo decir que estoy vivo. Y si lo estoy... ¿tiene sentido esta vida?

Camino hasta la ventana que da al fondo. Veo la tarde lluviosa, las hojas del otoño flotando en el agua que fluye hacia la vieja rejilla del desagüe taponado. Veo el pasto crecido, las paredes descascaradas, el jardín enmarañado de espinas, las grietas en la pileta excavada por el abuelo en la roca.

Ahora sí que reconozco esta casa.

—¡Tenga cuidado! —me grita un vecino desde la vereda de enfrente—. Los de Giardino evitamos pasar frente a ese infierno.

¿Infierno? ¿Pero qué dice, se volvió loco?

—Esa casa se devoró a la familia que vivía ahí —sigue gritándome—. ¿Perdió la memoria, buen hombre?

—¡No perdí la memoria! —le grito desesperado—. ¡Los recuerdos me inundan!

Y se me abalanza aquel sueño persistente, intolerable, que he tenido antes de viajar a Bolivia: esa voz del más allá que me despierta, esa oscura oscuridad, negra de toda negrura, como jamás he visto. Ya no me veo abandonado y solo adentro del casajo. Me veo acompañado. Me sé acompañado para siempre.

Y el miedo —*aquel* miedo— no es nada al lado del que ahora me anula.

Mi familia se ha esfumado de mi vida, el abuelo ya no me agarra del brazo.

No me quedan excusas para seguir en este mundo.

Y, al pensarlo, entreveo la transparencia de las yemas de mis dedos, que se convierten en pulpa roja. En huesos más y más desleídos, falanges inconsistentes. Y comprendo el pedido del abuelo: «No te dejes vencer». Su último intento de amor para mantenerme «vivo». Pero comprender eso es imposible de soportar. Porque la transparencia ya avanza por mis muñecas, por mis antebrazos deshilachados en tendones que se distienden. En arterias y venas que se confunden con esas fibras pastosas que fueron mis músculos decolorados. ¿Será un triste final que yo también me esfume para siempre?

Sale el sol. Mi cuerpo ya no propaga sombra: es alma pura.

Antes de que los párpados se me cierren, me vislumbro yaciendo yo también en la entraña de hierros, en aquel accidente que le ha costado la vida a la familia entera.

Eduardo Poggi (Buenos Aires, 1945) integra el círculo de escritores de horror y fantasía «La abadía de Carfax». Escribe sobre plástica y literatura en el periódico cultural FINy en la Revista Axolotl. Los cibernets Axxón, BNTB, El aleph, NM, QI, Revista Axolotl, Literarea y el suplemento cultura del diario Perfil han publicado algunos de sus cuentos y cuadros. Alterna su pasión por las letras con la pintura y la composición musical. Su novela inédita Razones de un homicidio fue publicada por capítulos en su blog «Letras, colores y sonidos». El libro de cuentos «Terminar con todo» aún permanece inédito.

ΑΧΘΟΝ 240



Contenido 240



- Editorial - [El poder de la historia](#)
- Relato - [Orilán](#)
- Entrevista - [Laura Ponce](#)
- Ensayo - [Sor Juana y la ciencia ficción o las consecuencias de una crítica paranoica](#)
- Relato - [Una muerte en casa](#)
- Artículo - [Adiós a la Tierra](#)
- Relato - [Ofrenda a las bestias](#)
- Relato - [Carnavales en Venecia](#)
- Relato - [Siempre contigo](#)

El poder de la historia

Dany Vázquez

En su ensayo «El poder de la mentira», Umberto Eco nos muestra cómo hemos creído, a lo largo de la historia, en ideas que luego descubrimos erradas o falsas. No obstante, estas ideas, estas estructuras de pensamiento, han servido de andamiaje para completar distintas visiones de la realidad y del universo mismo. Y han prendido tan fuertemente en nosotros que ha costado siglos (y también vidas) cambiarlas por paradigmas aparentemente más cercanos a la realidad.

La literatura que nos ocupa basa su potencial en el poderoso manejo de la mentira. Los que nos dedicamos a la publicación de lo fantástico siempre estamos a la caza de nuevos mentirosos, embaucadores geniales y fabuleros.

¿Dónde está *la magia*? ¿Cómo se consigue que, al menos por un rato, nos sumerjamos en sus mentiras para creerlas verdad?

A mí, personalmente, me gustan mucho aquellos autores que hacen un gran esfuerzo para convencerme, y que lo hacen con elegancia. Sólo así puedo creerme el contacto entre civilizaciones disímiles, o el viaje en el tiempo o el espacio. Únicamente así puedo confiar en los monstruos creados para generar terror, o al menos ese resquemor que situábamos al apagar la luz en ese pozo más oscuro debajo de nuestra cama. De ninguna otra manera podría creer en la magia, o en los dragones, o en las huestes de muertos que vuelven para vencernos y sumarnos a ellos. Pero por sobre todas las cosas disfruto con aquel autor que, tras el enramado de conjeturas y falsedades, nos muestra a las personas tal como somos, con nuestras grandezas y nuestras miserias, con nuestros sueños y pesadillas. Porque quizás, al vernos reflejados en ese espejo literario, así podamos corregir, aunque sea un poco, aquello que nos aleja de ser mejores.

Muchas veces se ha dicho que el género fantástico (y en especial la ciencia ficción) es la alarma que suena para indicarnos que no vamos bien. Desde septiembre de 1989 el mundo ha cambiado varias veces a una velocidad vertiginosa, pero pocas veces esos cambios han beneficiado a los desposeídos, a los desprotegidos, a los que menos tienen. No obstante, y tal como sostiene la maldición china, pareciera que estamos viviendo otro de los momentos interesantes de la aventura humana moderna. Eso se refleja o reflejará, tarde o temprano, en la literatura.

¿Cuáles son las fábulas que los escritores, hoy, generan?

Cada vez más, el enorme tesoro que es esta revista (no puedo considerarlo de otra manera) está disponible en una mayor cantidad de soportes. Pueden leerla aquí, en la web, mientras el número en curso va creciendo, pero también pueden optar por el número cerrado, bajárselo y llevárselo en el dispositivo móvil que más les guste. E

incluso se pueden llevar el, al menos hasta hoy, único Axxón en papel que existe. Bucear en estos veintitantos años de historia puede ser material de investigación interesante y juro que me gustaría conocer el resultado de ese trabajo, porque los temas preferidos por los autores van cambiando, acorde a eso que nos envuelve y solemos llamar, ilusoriamente, realidad. Si uno se sumerge en los distintos estratos geológicos a lo largo de la historia de Axxón (que incluso tiene distintas eras: según el director, según el soporte principal) verá la marca de la época en nosotros.

Axxón hizo y hace escuela, es casa definitiva o albergue temporario para muchos, sean escritores o no. La lista de colaboradores a lo largo de la historia de la revista es inmensa. Apenas unas páginas más adelante encontrarán una entrevista a Laura Ponce, quien supo ser una colaboradora importante dentro de nuestro grupo de redacción. ¿Cómo no sentir orgullo por sus logros? Es innegable que el trabajo que está haciendo con su propia revista no alcanzó todavía su techo, y aunque su éxito se deba a su propia capacidad de trabajo y a su talento, es imposible no hacerlo, al menos en parte, nuestro. Y sabemos fehacientemente que esto no termina en ella. ¿Cuántos autores se animaron a publicar por primera vez en nuestras páginas? ¿Cuántos artistas ven en Axxón un camino adecuado para hacerse conocer?

Para todos ellos (los que estuvieron, los que están y los que vendrán), para todos ustedes, Axxón tiene ganas de seguir creciendo. Siempre estamos manejando nuevas ideas, reviéndonos, pensando qué es lo mejor para Axxón y para todos.

Así que no se sorprendan si hay novedades.

Hasta el mes próximo y que disfruten de este número.

Axxón 240 – marzo de 2013
Editorial

Orilán

Carlos Pérez Jara
España

1

Pocos lugares hay más tristes que una estación espacial de viajes. Tarde o temprano, llega el momento en que el observador descubre una cierta pesadumbre en esas filas de maletas anónimas que viajan solas por las cintas mecánicas, o en el murmullo monótono de los altavoces que dispersan anuncios sobre colonias remotas. En realidad, nadie puede huir de esa sensación abrumadora de despedida continua que proviene de las salas desde las que pueden verse las naves alejándose hacia otros mundos. En los numerosos tableros electrónicos aparecen y desaparecen los horarios de salidas y llegadas desde diversos puntos de la Galaxia, en un proceso inagotable:

Cráthes (Península Sur de Luna de Europa): 3 días: 8 horas: 34 minutos.

Augusta Flavia (Marte): 45 días: 23 horas: 08 minutos.

Singapur-Oeste (Tierra): 21 días: 12 horas: 06 minutos.

Todo se encuentra siempre bajo un perpetuo estado de mudanza, de cambio, de prisa por salir o por llegar. Junto a las cabinas de reposo, en las que descansan centenares de viajeros en estado de trance, se extienden muchos edificios de poca altura con funciones muy diversas: tiendas de empeño, consultorios y oficinas burocráticas para problemas con los pasaportes o las aduanas en los centros de destino. Por este paseo sintético, bordeado de flores artificiales, camina ahora una joven embarazada con una maleta en la mano. A veces se detiene en los escaparates, y con la mirada perdida se fija en algo que la distrae de sus meditaciones. De estatura media, con el pelo castaño corto a la moda del sur de Luna, se acaricia la barriga de ocho meses como si fuera su fetiche secreto. Lleva unos pantalones negros y una camisa marciana de color naranja ensanchada por la prominencia de su embarazo.

Una fachada roja absorbe toda su atención. Parece una oficina como las de subastas, pero sin ningún cartel que indique su actividad comercial ni el sentido mismo de su existencia en esa avenida populosa. Detrás de una cristalera sucia se vislumbran los reflejos pálidos de varias luces artificiales de color amarillento, así como un pedrusco rojo que resplandece desde una pared, incrustado en un escudo. La joven descubre una máscara tribal encima de una repisa, una réplica de un milenario reloj de cuco y un anacrónico escritorio vacío.

—Vaya —murmura, y se toca el anillo de su mano izquierda de forma inconsciente.

Aquí, en la estación, todo se anuncia o se describe, ya sean los viajes, las llegadas y sus horarios, los precios de la comida, o las fechas de las subastas para poder lograr algo de crédito en caso de apuros. Por eso la atrae ese curioso anonimato de la tienda, con su campanilla sobre el marco de la puerta verde, y esa vaga percepción de soledad que embarga su interior entre las sombras. Casi acostumbrada al infierno burocrático de los mostradores, de las oficinas de registro pobladas por funcionarios rapaces y sin escrúpulo, y en medio de una turba de comerciantes y turistas, el local parece invitarla con el encanto de su propio silencio.

Cuando la campana suena, un aire polvoriento se sacude de varios anaqueles antiguos, desplazando una fina nube de partículas por el entorno. Una vez cerrada la puerta, parece como si el ruido constante de personas y máquinas se hubiese amortiguado de golpe, encerrando al local en una dimensión desconocida. La joven da dos pasos, indecisa, con la intención de volverse de nuevo a la calle y seguir su periplo, pero una voz ronca la detiene en el vestíbulo.

—Pase, pase —y enseguida escucha una tos al fondo.

—Disculpe —dice la muchacha, alargando el cuello hacia el interior, donde por fin ve a un hombre de edad madura y medio calvo; se encuentra detrás de un mostrador de madera con una máquina registradora y varios dispositivos electrónicos bastante más modernos.

—¿Sí? —insiste el hombre, curioso.

—Yo... —balbucea la joven—. Creo que me he equivocado.

El comerciante le hace un gesto rápido con la mano para que se acerque. La joven mira a su alrededor, a los jarrones de falsa porcelana, a los huecos en los que se acumulan libros de papel y estatuas, a una puerta estrecha en un rincón, y a un hombrecillo rubio sentado en un sofá leyendo como si fuera parte del catálogo de objetos en venta. Por un segundo tiene la impresión de encontrarse de nuevo en casa, o al menos en una tienda de su pequeña ciudad nativa, pero esa engañosa certidumbre la inquieta en lugar de calmarla, como si estuviese segura de que un espacio así no debiera estar nunca colocado en una estación tan aséptica, tan fría.

—¿En qué puedo ayudarla? —dice al fin el hombre, entrelazando los dedos de sus manos sobre el mostrador. Al fijarse mejor en su estado, el anfitrión dibuja una mueca amable:

—¿Desea algo de recuerdo? Mire, tenemos todo tipo de cosas, venidas de todos los rincones de la Galaxia —y le señala a una urna redonda en la que flota una esquirra de cristales azules que resplandecen con un fulgor mágico.

—¿Esto... es una casa de empeños? —pregunta al fin, y deja la maleta a su lado. Por la cristalera se divisa gente que va de un lado para otro, atareada.

—Bueno —comenta el hombre, al que la luz diluida de una lámpara trasera destaca una calvicie mal disimulada por unos pocos mechones de pelo suelto—, la verdad es que no, esto solo es una tienda de antigüedades de varios mundos. Me llamo Gotem.

—Dira —dice la joven—. Encantada.

—Lo mismo digo, Dira. ¿Un viaje de placer?

Tras varios segundos confusa, la muchacha responde al fin:

—No.

Gotem arruga un poco su nariz carnosa.

—Disculpe la pregunta. A veces hablo demasiado y no me doy ni cuenta. Llevo aquí tanto tiempo que olvido las buenas maneras... en fin, soy un desastre.

—No se preocupe —le disculpa Dira, algo nerviosa—. No tiene... importancia.

Los ojos azules de Dira se humedecen mientras la boca se arquea hacia abajo en un rictus incómodo.

—Bueno —dice Gotem, rascándose la nuca—. ¿Y ve algo que le guste? Mire, tenemos vasijas de la colonia de Persac, lámparas estilo Titán, de todo. Hasta un casco labrado de la dinastía Otari. Por allí, ¿lo ve? Claro que entre usted y yo, no tengo la menor idea de qué dinastía es esa, pero a mi agente se lo vendieron así, y suena bien, ¿no le parece?

—No lo sé —responde Dira sin mirarle, y se seca un lagrimal húmedo con un nudillo—. Tengo... que irme, lo siento.

—¿Se encuentra bien?

La joven agacha la cabeza, tambaleándose un poco.

—Ay, ay —dice Gotem, y sale del mostrador rápidamente—. Siéntese aquí, por favor.

El comerciante coge una silla plateada de patas bajas y la coloca sobre una alfombra de colores chillones. Dira se sienta mansamente, colocando sus dos manos sobre la barriga.

—¿Está mareada? Un momento, solo un momento.

A continuación, Gotem se acerca a una vitrina en la pared en la que reposan numerosas botellas de diversas formas y tamaños; mientras busca el objeto oportuno, habla en voz alta, de espaldas a ella:

—Tengo agua de los manantiales de Sogu, ¿sabe? Recién extraída de las cuevas que hay debajo de este cascajo flotante, dentro del asteroide. Es lo mejor para los mareos, sin duda. Verá, espero que no se sorprenda, pero yo hace tiempo vine aquí porque había oído hablar de los cruceros de larga distancia. Como lo oye. Quería hacer un estudio sobre...

Justo en ese instante se escucha una campana en la puerta.

—¡Vaya, hoy estamos de suerte! —dice con la botella y un vaso azul en la mano, pero en la silla ya no hay nadie.

—Se ha ido —le notifica el hombrecillo del sofá.

A Dira la maleta le pesa ahora una tonelada, y ni siquiera sabe adónde encaminarse. Todo le da vueltas, y un torrente amargo de emociones trepa por su garganta hasta aturdira, ralentizando sus pasos. La avenida se alarga y se ensancha cada pocos segundos, y los rostros de los turistas y los funcionarios se transforman en

semblantes grotescos, casi animales, figuras que le sonríen o la señalan. Nunca podrá salir, se dice sudorosa. Apenas un momento más tarde, ve a su alrededor a un coro de seres indiferentes que la observan desde arriba mientras un hombre le habla sin pronunciar sonido alguno.

Al fin, tras un largo rato inmóvil, despierta sobre una especie de cama blanda, en una habitación espaciosa con vistas a las estrellas. Se endereza como puede, llevándose una mano a la frente.

—¿Qué... qué ha pasado? —susurra.

—¿Está usted bien? —le pregunta un hombre maduro sentado en una silla. Pronto reconoce al individuo de la tienda.

—Uff —resopla Dira, y se agarra la tripa para comprobar que aún sigue con ella —. ¿Dónde estoy?

—Se desmayó —explica Gotem, con un trapo en una mano. Dira le mira de soslayo, avergonzada.

—Lo siento... de verdad. Tenía que irme.

—Lo gracioso es que ahora se creen que es usted mi mujer, ¿sabe? Los ganumas de las tiendas de al lado. Un médico local la asistió aquí, hace un rato, es un buen tipo... Espere, espere, descanse, por favor.

Dira vuelve a reclinar la cabeza sobre la almohada, sintiendo la humedad de su sudor en el cabello pegajoso.

—Yo...

—¿Necesita créditos para volver a su casa?

—N-no... —responde Dira y se fija en las facciones maduras de ese hombre de ojos negros y nariz gorda.

—Entonces —dice Gotem con cautela—. ¿Puedo preguntarle por qué no se marcha? ¿Ha visto algo que le gustara de este sitio?

—No lo sé —responde de nuevo con los ojos vidriosos y contiene una mueca de dolor. De pronto mira a su alrededor con expresión nerviosa:

—¿Y mi maleta? ¿Dónde...?

—Tranquila, está ahí, ¿la ve? —y Gotem le señala a un rincón del cuarto. Ya un poco más relajada, Dira contempla las estrellas.

—Son preciosas —comenta al fin, casi con un susurro.

—Bueno, no tanto, al menos en mi opinión. De cerca dan demasiado calor, se lo aseguro.

Dira no puede evitar sonreír un poco mientras desvía sus ojos hacia Gotem.

—¿Vive aquí?

—¿Yo? —y Gotem se rasca la nuca en un gesto con el que parece buscar una expresión más adecuada a sus ideas—. Verá, le estaba comentando antes, cuando decidió irse sin decir adiós...

—Lo siento, de verdad —responde con voz plañidera.

Gotem sonrío alegre.

—Es broma, mujer, no se apure. En realidad, ahora mismo llevo este negocio. El edificio entero pertenece a un hombre que vive en Astromus, un planeta con una base científica, muy lejos de aquí. Es mi socio, y a veces viene de visita, pero no mucho. ¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, muchas gracias —responde Dira, y resopla.

—Me alegro —dice con una ceja más levantada que la otra—. ¿Puede decirme dónde está su casa?

—Ya no lo sé —responde seria—. Antes creía saberlo... pero ya no.

—Venga, arriba ese ánimo. ¿Qué me diría si le dijese que llevo casi quince años sin salir de esta estación?

—¿Quince años? —pregunta Dira, incrédula.

—Ya sé lo que está pensando. Que estoy como una cabra, ¿a que sí? Y no se equivoca, esa es la verdad.

—Yo no he dicho eso —se defiende Dira con una breve risa juvenil.

Gotem hace una pausa mientras se reclina sobre su silla. Luego, mientras se rasca la nuca, comienza a hablar despacio:

—Quince años aquí es como treinta en cualquier mundo, se lo aseguro. Cuando la vi entrar con la maleta me recordó usted a mí, hace tiempo.

—¿De verdad? —masculla Dira y se endereza en la cama como puede mientras flexiona las piernas todo lo que le permite su barriga.

—Como se lo digo —asiente Gotem con una expresión amable—. ¿Sabe? Tengo que confesarle una cosa. Al principio pensé que era una de ellos.

—¿A qué se refiere?

—A la gente que viene por aquí —revela Gotem, y observa con aire nervioso a la joven—, y no hablo de la clientela, está claro. Esos no cuentan.

—¿Hay más mujeres embarazadas que vengan a visitarle? —dice Dira dibujando una sonrisa triste.

—Pues de momento es usted la única. No, yo me refiero a los que vienen a vernos y no saben el motivo, ¿me sigue? Son como las polillas con la luz, si me permite la comparación. Un día se despiertan, abandonan sus casas, sus mundos y vienen a las estaciones en busca de noticias. Ninguno sabe cómo encontrarlo, pero pueden pasarse hasta meses buscando la forma de conseguirlo.

—¿Encontrar? ¿Encontrar el qué?

—A Orilán —dice Gotem y la sonrisa se esfuma de su boca, desviando la mirada hacia el espacio.

—¿Orilán? ¿Es un hombre?

—No, es un planeta —revela Gotem.

—Pero quieren ir a su mundo, ¿no? —deduce Dira.

—Es un poco más extraño que eso, Dira. Ni siquiera lo conocen.

—Usted... es de allí —concluye Dira en una afirmación que pretendía ser una pregunta.

—No, no. Yo soy de la vieja Tierra. Ni tampoco ellos son de allí todavía, pero quieren serlo, se lo aseguro. Sí, no me mire así. Parece una locura, lo sé, pero pasa desde hace siglos.

—No le entiendo.

—Ese es uno de los enigmas, Dira. ¿Puede levantarse?

—Creo que sí —y se levanta despacio ayudada del brazo por Gotem.

—Acompáñeme, por favor —le dice este, y la conduce fuera del cuarto, hasta una sala grande con algunos muebles robustos en la que hay una mujer anciana sentada en una butaca, y un niño tirado en el suelo pintarrajeando un papel con lápices de colores.

—Merlilen, esta chica se llama Dira. Está aquí de paso.

—Hola, Dira —dice la anciana, entornando los ojillos.

Gotem la mantiene por el brazo para que no se tropiece, y al pasar junto al niño, que no hace el menor gesto para mirarles, añade:

—Este chico no sé cómo se llama, la verdad. Es el hijo de un matrimonio que espera en las salas de horarios, como los otros.

—¿Y qué hacen aquí? —pregunta Dira. Gotem se encoge un poco de hombros.

—Mercel, mi socio... bueno, digamos que yo les doy una dirección por si quieren reunirse con otros como ellos. En el puerto hay varias naves que los llevan a Astromus. Mi socio dice que han llegado ya bastantes, ¿sabe? Dice que gracias a su equipo estudian mejor lo que ha podido ocurrir con Orilán. Forman una sociedad pequeña pero útil, en una ciudad mediana, ahora mismo no me acuerdo del nombre. Eso es parte de nuestro pacto: yo llevo la tienda y a cambio le mando gente que quiera unirse a su grupo.



Ilustración: Pedro Belushi

Dira queda absorta con varios cuadros en la pared que describen un mundo azul

con una franja que divide un hemisferio oscuro. Todas las pinturas representan el mismo planeta.

—Los pintó la hija de mi socio —aclara Gotem—. Nada de hologramas y esas cosas. Como se pintaba hace siglos. Dice que la visión le llegó en un sueño. No sabe ni cómo pasó, pero está segura de que esa es su forma, y el color de la atmósfera. Es una visionaria, ¿se da cuenta?

—Orilán —murmura Dira, y se para frente a un óleo grande en el que el mundo está dibujado con más detalles, una tierra alargada rodeada por mares desconocidos, siempre con la franja de oscuridad que separa una cara de la otra.

—Los que vienen por aquí miran estas pinturas, hasta que se convencen de que así lo sueñan ellos también. Yo no sé dibujar nada, ni un garabato. Ya le he dicho que soy un desastre.

Abandonan la sala por una puerta que pronto les lleva hasta el salón de la tienda, donde el hombrecillo de antes limpia una máquina antigua con un trapo húmedo. Es un individuo de piel blanca y rasgos suaves con la frente algo abombada.

—Una parejita ha comprado el reloj de pared —anuncia con voz apática, levantando sus ojos saltones para volverlos a sumergir en la reliquia.

—Me alegro —responde Gotem—. Vamos a salir un momento, Bituf.

—Claro, no hay problema.

2

Salen a la avenida de tiendas y oficinas, y el marasmo cotidiano vuelve a aturdir a Dira como una oleada de formas y sonidos caóticos.

—Por favor, Dira, confíe en mí —dice Gotem, que la coge con suavidad del brazo.

—Mi maleta —masculla.

—No se preocupe por eso. Los huéspedes van y vienen, pero en esa habitación no entra nadie, eso seguro. Es mi cuarto y está sellado con un código. Además, nadie puede entrar sin que lo vea Bituf, mi ayudante.

—Usted les da cobijo. A esa gente.

—Bueno, no se crea, tampoco soy un samaritano, ¿sabe? Cobro seis créditos por habitación. Los que buscan a ciegas ese mundo no saben ni su nombre. Si se lo pronuncias te dicen enseguida que es ese, justo, el que buscaban. Lo peor es cuando se obsesionan, cuando se quedan por aquí, en la estación, o no se fían de mi socio en Astromus. Si le digo la verdad, tengo un buen olfato para reconocer *orilenses* reales: así llamo yo a los que sueñan con el planeta, pero el nombre es lo de menos, vaya. A los falsos o los curiosos, los echo sin contemplaciones. Muchos están seguros de que algún día llegará una nave que les lleve a Orilán... Lleva un anillo muy bonito.

Dira levanta melancólica su mano izquierda para mostrarle una alianza de plata

terrestre con una piedra grisácea y redonda engarzada. Gotem sostiene su mano un instante para luego mirarla.

—¿Sabe usted qué piedra es esta?

—N-no, no lo sé. No la compré yo... y no me lo dijo.

—Vaya, disculpe de nuevo, no pretendía... —se excusa, sin dejar de observar la gema, que ahora parece emitir un brillo licuado en medio de una enorme sala de venta de pasajes—. Soy coleccionista, y a veces me fijo un poco...

Al pasar junto a un café cubierto de neones fosforescentes, una joven pequeña y morena se les queda mirando con una sonrisa:

—¡Eh, Got! ¿Tu nueva novia?

—Pero ¿qué le has hecho a esa chiquilla, bribón? —grita un hombre gordo con una roncha en el cuello—. ¡No se te puede dejar solo!

—¡Ya era hora, muchacho! —suena otra voz a lo lejos.

—Ni caso —le murmura Gotem a Dira, sin mirarla a la cara.

Al poco rato recorren los hangares principales, donde las sinuosas colas de viajeros se agolpan tratando de concentrarse sobre los mostradores de azafatas y los kioscos de información. Atado por una cadena a un poste, un perro solitario otea los alrededores buscando a su dueño; dos jóvenes se abrazan desconsolados junto a una cabina de estampas sensoriales. Definitivamente hay algo triste en este sitio, se dice la joven, que de pronto se suelta de Gotem para observar a un muchacho delgado que les mira desde un puesto ambulante de comida sintética: en sus ojos se dibuja un brillo de hostilidad indefinible.

—Es uno de esos, sí. Un *orilense* —le explica Gotem—. Vino a mí hace unos días. Cuando le conté lo que sabemos se enfadó conmigo, todavía no sé por qué. Creo que quiere volver a su Marte natal. De todos modos, no le di la dirección de Astromus, donde está mi amigo. No me gustan los violentos.

—Gotem —dice Dira tras unos segundos—. Ha dicho que esos... *orilenses* vienen aquí y no saben por qué.

—Bueno, el problema es otro, Dira. Son muy pocos los que vienen de vez en cuando, apenas cinco o seis cada mes estándar, ¿sabe? El problema está en Orilán, desde el principio.

—No le entiendo.

—Yo lo llamo planeta sombra —dice al fin Gotem, y desvía sus ojos oscuros hacia el espacio que se vislumbra en las cristaleras gigantes del puerto mayor—. Mi socio lleva mucho buscando su posición exacta, casi media vida, según dice. Si le digo lo que pienso, creo que quiere formar una sociedad que influya en Astromus, sobre todo para que se muevan fondos de créditos y se busque el mundo con más fuerza. Yo lo dudo, sinceramente. Quizá Orilán es como un espejismo, ¿por qué no? Por alguna razón que no conocemos, mantiene una influencia sobre algunos elegidos.

—Pero... —masculla Dira—. Eso es imposible.

—Una estrella extinguida lleva su luz a nosotros aunque se haya apagado hace

miles de años. Pues lo mismo puede pasarle a Orilán, ¿quién sabe?

Caminando, llegan hasta las cristaleras que dan a los hangares externos, donde flotan las naves de remolque. Una farola solitaria produce un monólogo de destellos ocasionales, destacando las sombras de una extraña flor mutante que crece en una esquina. —Verá —prosigue Gotem—, en el fondo son una minoría. ¿Qué son unos cuantos centenares entre millones de pasajeros de cada año estándar, eh? Pues nada, como que no existen. En cada estación se repite esto, seguro. De golpe se despiertan, lo dejan todo, y se van a una estación a buscar el vuelo que los lleve a Orilán. No saben ni cómo se llama, pero lo hacen casi por instinto, como los sonámbulos. Luego vienen a la tienda, muchos, no todos, y allí conocen el nombre. Los que de verdad lo desean, se marchan en las naves que les digo y se van con Mercel y su grupo. Suena absurdo, pero ocurre. Por supuesto, esto no interesa a nadie.

—Pero... eso no tiene sentido —protesta Dira débilmente, y sus ojos se iluminan al excitarse con la historia—. Un planeta no puede atraer así, desde esas distancias. Y si... si ya desapareció, peor aún.

Gotem mira a Dira como si le estuviera contando un gran secreto.

—Bueno, quizá el planeta se fragmentó, los pedazos salieron por el espacio, y no sé... en algún momento llegaron a nuestra Galaxia, y luego a nuestro sistema. Imagínelo, ¿quién sabe? Es solo una hipótesis.

—¿Quiénes son ellos? —dice Dira y se gira buscando con la mirada a uno cualquiera entre los pasajeros—. Esos *orilenses*.

—Gente como usted o como yo, nada más, ya se lo he dicho. Toman una nave, llegan hasta aquí, y deambulan sin saber lo que están buscando. Al menos mi socio acoge a los que puede a cambio de trabajo en su comuna. En Astromus la vida es más dura, y mi amigo necesita tiempo y colaboración. Dice que esos radares... bueno, que le ayudarán a descubrir dónde está.

—Pero entonces...

—Escuche —la interrumpe Gotem con gesto tierno, y se acerca al cristal de separación con los muelles flotantes—. Puede que Orilán ya no exista siquiera, quiero decir ahora mismo. Pero algo de su influencia, algo, se mantiene, como una radiación. A Mercel le hace gracia mi teoría, dice que soy un metafísico. ¿De verdad que ya se encuentra bien, Dira?

—Mucho mejor —dice la joven, y se acaricia instintivamente su barriga—. Gracias, Gotem, por todo. Creo que ya podemos tutearnos, ¿no?

—Pues yo creo que sí —sonríe Gotem, nervioso, y pestañea un poco.

Pasean por un corredor hasta una sala mugrienta en la que se apiñan mendigos y viajeros humildes, tumbados en sillas de plástico o en los rincones, entre cacerolas y hamacas.

—Algunos de estos son *orilenses*, aunque no lo sepan —comenta de pasada—. Dentro de una semana como mucho, alguien les dirá que hay un sitio donde se les acoge un rato, donde se les da información, o donde pueden compartir experiencias;

lo que sea. Siempre la misma historia.

Dira mira a las estrellas y busca en su imaginación un lugar en el que exista Orilán. Pero eso solo la deja abstraída durante varios segundos, como si el espacio acabara transformándose en un laberinto eterno, sin fin ni principio.

—¿Volvemos? —pregunta Gotem con voz suave.

—Sí, por favor.

Al regresar a la tienda, Dira se disculpa para ausentarse un momento.

—Eso no hace falta ni decirlo —aclara Gotem—. El baño está en la puerta de la derecha, Dira. El código de mi habitación es 1, 2, A. Por si quieres coger algo del equipaje.

Pocos minutos después, Gotem observa en su sala de objetos pintorescos la urna en la que flota la roca azul, que ahora se ha oscurecido al acercarse un poco sobre ella; mientras, el hombrecillo le mira de reojo desde el sofá con un libro entre las manos.

—¿Se lo has dicho? —le pregunta.

—No, todavía no. ¿Se fueron ya los otros?

—Sí, en el vuelo del *Calixto* de hace media hora. Me da la espina de que ni se lo huele.

—No lo creo —dice Gotem con aire meditabundo—, tiene los mismos síntomas, claro. Solo que está un poco confusa, nada más.

Durante una larga pausa ninguno dice nada. Bituf deja el libro que ojeaba sobre una réplica de cojín terrestre.

—¿Y qué vas a hacer con ella? Supongo que mandarla con Mercel, ¿no?

Gotem se rasca la nuca, azorado.

—Bueno, ella es un poco distinta, ¿sabes? No me importa si quiere quedarse una temporada con nosotros, la verdad. Necesita tiempo para pensar... y no parece que quiera volver a su casa. Hay cuartos de sobra, y Mercel no vuelve hasta dentro de doce semanas por lo menos. O eso me dijo.

—Ya, ya —dice el hombrecillo con una sonrisa, y se levanta del sofá.

—Sé lo que estás pensando y no es eso. No sigas por ahí, te lo advierto. ¿Por qué estáis todos siempre con lo mismo?

—Yo no he dicho nada, Got. Tú sabrás lo que haces.

Un rato después, Gotem mira por las cristaleras de la calle, observando a la gente. Lleva las manos a la espalda y una ceja más levantada que la otra. ¿Debe llevarla con Mercel y los otros? Casi nadie dura demasiado tiempo a solas en la estación, excepto los parias, los que viven en las bodegas internas, los que cantan las leyendas del planeta fantasma y anónimo. Mira hacia la puerta que le separa de las habitaciones, y piensa en su huésped, en la causa de tenerla en casa. Es una *orilense*, está seguro.

—No seas idiota, Gotem —murmura al fin. Entonces, como cada vez que libra un conflicto consigo mismo, nota un dolor agudo en su cerebro, una de esas terribles neuralgias que a veces le aturden durante sus descansos o en ciertos momentos

imprevisibles. Aprieta los puños y cierra los párpados con fuerza. No, ahora no, se dice, y se apoya sobre el marco interior de la ventana con el cuello hundido entre los hombros.

Poco a poco distingue una esfera solitaria en medio de las tinieblas. Bajo la atmósfera, sobre capas de gases turbios, ve mejor las culebrillas de luces aterradoras que cruzan el aire de una nube a otra como viejos espectros demenciales. Así, descende en caída libre a las regiones sólidas de los archipiélagos de ónice, a las montañas rojas, y al mar divisorio, que casi en la mitad de sus aguas permanece para siempre aislado por las sombras de la cara oculta, la que nunca da al misterioso sol que le dio vida: justo en ese océano desconocido, en cuyos fondos se esparcen las llanuras de rocas de tantos esqueletos fósiles, surgen en masa los orilanes, criaturas inmensas y milenarias que ahora salen a las orillas de sus costas y miran a las estrellas con grandes ojos negros. Les llaman, en silencio, invocan a los viajeros del futuro a encontrarles.

Ori-lánnnnnnn, mugen en grupo, en un canto que se eleva al cielo como la promesa de un encuentro imposible.

Al cabo de unos minutos abre los ojos y se endereza con lentitud, casi le falta aire, pero lo recupera inspirando hondamente por la boca. Ya pasó, piensa y se palpa la coronilla, que aún le late un poco. Como si no pasara nada en absoluto, Gotem regresa al mostrador de madera.

—Bueno, Got, pues voy a dejarte —dice Bituf, y se abotona su abrigo oscuro—. Es mejor que os deje un poco de intimidación.

Gotem frunce el ceño.

—¿Vas a ser siempre igual de pelmazo?

—No siempre, amigo, no siempre —y le da unas palmaditas en el hombro—. Nos vemos el Intervalo que viene.

—Aquí estaré, ya lo sabes. Gracias, Bituf —y Gotem se coloca detrás de su mostrador con una sensación extraña que recorre sus manos. Al girarse para ordenar algunos objetos de las vitrinas vuelve a oír la campana.

3

De espaldas a la puerta del negocio, Bituf introduce sus manos en los bolsillos con aplomo. Luego, mientras mira a un lado y a otro de la calle, chasquea la lengua con sus dientes en señal de molestia. Al fin, se pierde entre la muchedumbre de la avenida, por entre los comercios y las oficinas burocráticas. Sobre su cabeza distingue, como de costumbre, la estela de varias naves que se alejan en la distancia, pero no parece prestarles más atención que si hubiera descubierto algunas moscas en la tienda de Gotem. Al cabo de un rato, baja por las oscuras escaleras de una galería de transportes, y luego en un ascensor que le lleva despacio a la planta Menos Siete,

donde hace una llamada desde una cabina de pared. Mientras espera, se sienta en un banco de acero junto a otros individuos. Recoge un periódico local, *Encrucijada*, y lee distraído algunas noticias y rumores. Un cuarto de hora después, una voz le hace subir la mirada:

—¿Señor?

Es un muchacho muy joven, casi un adolescente con granos en la barbilla, enfundado en un uniforme azul de mozo. Bituf dobla el periódico metódicamente y lo deja sobre el asiento. A continuación, se sienta en la parte trasera de un cochecito pilotado por el muchacho, y se interna por los túneles profundos. El adolescente le cuenta algo sobre una obra en las plantas menores, pero el hombrecillo no lo escucha. Cuando concluye su viaje introduce su tarjeta crediticia en la ranura del vehículo.

—¡Gracias, señor! —se despide el muchacho.

El resto de su viaje lo completa caminando hasta llegar a un edificio sin ventanas en una sala enorme y sobre cuya fachada sobresale un signo grabado en oro puro. Una pareja de policías muy altos lo detiene en la entrada y le pide su documento acreditativo. —Adelante, caballero —dice al fin uno.

En el enorme vestíbulo divisa a un funcionario de uniforme gris que atiende a varias personas con maletines oscuros. Bituf pulsa un botón en la pared que se ilumina enseguida; unos segundos más tarde se abre una compuerta que descubre el espacio de un gran ascensor con varios individuos silenciosos de ojos tristes y facciones lánguidas. Durante el trayecto hacia abajo, nadie dice nada en absoluto, salvo algún que otro murmullo incomprensible.

—Bienvenido —le saluda una azafata pelirroja al salir a la gran cámara luminosa, y a lo lejos se oye una música suave, relajante. Bituf mira a las bóvedas superiores y apenas tiene conciencia de encontrarse en el interior del asteroide, una zona solo reservada a ciertas empresas y organizaciones. Después de saludar fríamente a algunos hombres y mujeres que se cruzan con él a su paso, se adentra en una sala espaciosa a través de una puerta automática de acero: es una galería coronada por varias lámparas flotantes que alumbran a decenas de funcionarios y a sus mesas de estudio cuajadas de máquinas e informes; a su alrededor, nota una fragancia dulce aunque algo empalagosa para su gusto. Casi apático, Bituf recorre la galería observando las estatuas de los fundadores que abundan entre ciertas plantas exóticas y pequeñas fuentes de dos niveles sobre las que caen cortinas mansas de agua tibia.

Al fondo, un anciano de pelo platino y nariz ganchuda se le acerca junto a una secretaria joven y muy alta, de rasgos orientales. El hombre lleva un adusto traje negro con una *srima* azul, una especie de corbata marciana con triple nudo, y se apoya en un bastón en cuyo pomo sobresale una esfera de bronce.

—¿Alguna novedad? —le pregunta. Bituf desvía la mirada a la secretaria, que lo observa como si fuera un objeto inerte.

—Ninguna, señor. Llegó una muchacha, pero no sabe de dónde viene. ¿Podría hablar con el Regente, por favor?

—¿Hoy? —dice el viejo, enarcando las cejas—. Hoy imposible, está de viaje. ¿Tiene algo de interés que notificar? Puedo decírmelo a mí, sin problemas.

—No tiene importancia —se excusa Bituf y vuelve a meterse las manos en los bolsillos.

—Hablemos —dice el viejo, y se gira con lentitud sobre sus pasos.

Caminando despacio por las baldosas de granito artificial, Bituf escucha algunos comentarios del anciano sobre el estado de ciertos suministros y sobre los cargueros que llevan el *androcylus* en sus bodegas. Luego, atraviesan una puerta de dos hojas y llegan hasta un salón con decenas de individuos que estudian datos en las pantallas de unas máquinas de gran tamaño, de las que brotan hologramas luminosos y fantasmales.

—Todo bien arriba, entonces —dice, al fin, el viejo. La secretaria camina casi detrás de él golpeando el suelo con sus tacones.

—Sí, señor.

—Hábleme de esa mujer, la que ha venido hoy.

—Bueno —comienza, algo azorado—. Es como todos. Gotem la está estudiando, por si puede ir a Astromus y servir en algo útil. Pero está embarazada.

—¡Vaya! Interesante —observa el viejo, y lo mira de reojo, con curiosidad—. ¿Y de cuántos meses?

—Pues... no lo sé, señor. No estoy seguro.

—Eso puede significar muchas cosas, hijo. Muchas. Puede que venga de algún planeta donde le hayan inoculado el suero. O que sea de nuestras reservas, alguna desertora. A veces afecta a las embarazadas, no sería el primer caso.

—Pero Got, eh, Gotem...

—¿Sí, Bituf?

—Creo... no sé. Se le ve un poco cansado, señor. Creo que lleva demasiado tiempo en la tienda. No deja de hablar de su teoría sobre Orilán, y además se la cuenta a casi todos los que vienen.

—Bah, es inofensivo, muchacho, y usted lo sabe. Y, por lo que sabemos, cumple muy bien su papel, ¿o no? Sin saberlo, ha detectado a varios espías de OPTIMUS. Suena irónico, pero es así.

—Sé que hace bien su trabajo, señor. Doy fe de de ello. Solo digo que...

—¿Sugiere que debemos preocuparnos por él? —y el anciano se detiene para mirarle con sus acuosos ojos verdes—. ¿O quizá por usted?

—¿Por mí, señor? —y Bituf enarbola una mueca de sorpresa.

—Claro, claro, por usted. También usted lleva mucho como inspector de ese punto. Puede que su amistad con el sujeto le impida ver las cosas claramente.

—Con todos los respetos, señor...

—Ese Gotem —dice el viejo y mira al techo como si alguien estuviera suspendido en el aire—. Laska, algo de información, por favor.

La secretaria saca una pequeña lámina electrónica que pulsa varias veces. Luego

habla con una voz fina y algo monótona:

—Según nuestro informe nació en Nueva Nápoles. A su madre le inyectaron un suero más primitivo que el de ahora.

El anciano sacude la mano libre y sonríe con el ceño fruncido.

—Lo recuerdo, lo recuerdo. A los de esa generación les dio por varios problemas y síndromes, ¿se lo he contado ya, Bituf?

—Alguna vez, señor.

—Alguna vez —masculla el viejo, algo molesto por la respuesta, pero enseguida continúa, ignorando el comentario—. Tenían visiones más claras al inducirles el mismo complejo, pero se volvieron inestables. La mayoría, claro. Gotem no, Gotem es perfecto para lo que nos importa. Digamos que entiende mejor que nadie a los que vienen y los manda donde hacen falta. Usted y yo, por ejemplo, no podríamos hacerlo bien nunca. Nos sobra distancia con los afectados. Nos delataríamos enseguida.

—Tiene usted razón —admite Bituf, sumiso.

—Claro que la tengo —sonríe el viejo—. Cuando yo era niño viví varios años en otra estación. Mi padre era ingeniero, y trabajaba para la empresa. Era un gran hombre. Pero demasiado temerario, muy impulsivo. Se inyectó él mismo la dosis, y eso lo perdió, al final.

El viejo lo lleva hasta un corredor con varias puertas rojas de dos hojas cada una. Sin detenerse, abre una de ellas, y se adentran en una sala alargada con numerosos pupitres en los que unos niños atienden a una profesora alta y morena que usa plataformas y que viste un adusto traje negro; sus rasgos huesudos adquieren el aspecto de un pájaro exótico gracias al moño tirante que luce sobre su nuca. Sobre una pantalla holográfica se representa un mapa con montañas y valles, y un mar que lo ocupa casi todo. En la parte inferior destacan un nombre y varios códigos.

—Saludos, profesora.

—Saludos, señor —dice la mujer, algo excitada, y enseguida mira a su clase con gesto severo—. ¡Niños, levantaos! Saludar al profesor.

Los niños se levantan a la vez con un ruidoso estrépito de sillas y emiten un saludo casi inarticulado. Sobre los pupitres hay un conjunto de dibujos y apuntes, además de una pequeña pantalla redonda con el mismo mapa que se proyecta detrás de la profesora; enseguida, el viejo señala a su secretaria.

—Laska, trae un dibujo de esos, por favor.

La muchacha recoge un papel de la mesa de una niña rubia que los mira con ojos diluidos.

—¿Ha visto, Bituf? —y le muestra el dibujo de unas tierras extrañas con ríos y lagos—. Las nuevas generaciones mejoran. A estos chicos no hace falta rescatarlos, ni educarlos, porque ya lo están.

—Ya lo veo, señor.

—Gracias, Laska —dice el anciano, que vuelve a entregarle el papel a la secretaria. Luego se dirige a la profesora—. Saludos, profesora.

—Saludos, señor.

Al salir de la clase, Bituf parece más taciturno que de costumbre, pero al fin pregunta lo que tiene en la cabeza:

—¿Son de algún nuevo programa, señor?

—¿Esos críos? —y el anciano arquea hacia abajo su boca, formando arrugas grises en torno a su barbilla—. No, son los hijos de los monitores, de los pilotos, de algunos funcionarios de la Corporación, todos impregnados, claro.

Ahora se desplazan despacio por la sala de máquinas holográficas mientras Bituf siente la tensión de un poder inefable en la figura de ese viejo de cabellos grises, en la forma en que se agarra al pomo de su bastón de ébano.

—Escuche, Bituf. Yo le entiendo, de verdad. Para ustedes, los inspectores, no es fácil, lo sé. Pero no se implique demasiado. Gotem es uno de los mejores aquí, y las cosas son como son. Hay una oficina crediticia, en la calle Foltac, donde tenemos otro agente que recluta a los náufragos, como yo les llamo. Y también allí tenemos a un inspector como usted, aunque no lo conozca. Es un proceso complejo que requiere organización. ¿Sabe el presupuesto que le cuesta a la Corporación mantener estas delegaciones, hijo? Aquí depuramos y rastreamos lo que nos interesa.

Bituf piensa ahora en los descartados, en esas masas de perdidos que deambulan de una estación a otra, o enloquecen y se meten como polizontes en grandes cargueros de largas distancias.

—Tarde o temprano —prosigue el viejo— uno se hace siempre las mismas preguntas, ¿verdad? ¿Para qué? ¿Por qué hago esto o lo otro? Es inevitable. Mire, hace más de tres siglos que encontraron nuestra substancia en el asteroide de Montus Morut. Supongo que lo habrá leído en su instrucción.

—Hace tiempo, señor —concede Bituf.

—En el 225, Arten opina que el parásito reproduce las visiones cuando se estimulan de forma adecuada. Pero es solo una hipótesis, claro. Todavía nos queda mucho por descubrir sobre su naturaleza, las imágenes comunes entre unos y otros. Se está invirtiendo mucho dinero en esto, se lo repito. Pero se espera ganar mucho más, a la larga.

—ARMEDIA es la más grande en el espacio —añade Bituf, como si aún fuera un niño que recita en clase una lección muy valiosa.

—Eso sin duda. Perdió la Quinta Guerra Capital, pero fue la más rápida fuera de la atmósfera terrestre. Nuestros fundadores comprendieron lo que aportaba el *androcylus*. Por eso conquistamos el meta-espacio.

Bituf recuerda lo que ha estudiado. La Corporación compró el *androcylus* a cierto gobierno de palurdos lunarios, mucho antes de que él, o incluso ese vejestorio, naciesen. Con eso se acabaron los debates teológicos, las dudas existenciales; toda esa basura, piensa. Tomaron los casos de Luna y Virakia y estudiaron los efectos en los sujetos cobayos hasta que dieron con la forma de sacarles partido: así de fácil. No siempre se ha podido controlar y localizar a los hijos de los hijos, pero para eso tienen

las estaciones: es el sitio perfecto donde recogerlos. En el fondo no sabe quién tuvo la primera visión del planeta, pero lo que importa es que se ha heredado de una generación a otra.

—Esos monstruos que dicen que ven —dice el anciano con una sonrisa amarilla de dientes diminutos—, y esos mares, no los creó ARMEDIA, de eso estoy seguro, digan lo que digan. Ellos añadieron los detalles, no nosotros. Y eso es lo misterioso, Bituf, ¿no le parece? El *androcyclus* es un ser vivo que modifica nuestra materia, pero nos ayuda, siempre nos ha ayudado.

—El Efecto Clímades, señor —recita Bituf, y se reprende por ser tan servil con ese viejo soberbio.

—Exacto, ya nadie sabe cómo surgió la idea del mundo, pero apareció así, tal como suena. A mí lo que más me asombra es cómo acaban por reunirse entre ellos, aunque no se conozcan de antes, o uno sea de Marte y el otro de Eruki. Sospecho de algunos receptores genéticos del *androcyclus* para formar comunas humanas, pero todavía no está demostrado. Hay delegaciones supremas donde se estudia el asunto a fondo, Bituf. Nosotros solo somos un departamento residual en una estación de segunda categoría, no podemos hacer mucho. Por eso lo mejor es seguir el proceso desde los embriones, en vía directa. Mire ahí.

Se detienen junto a una gran pared de cristal con vistas a unos hangares oscuros en los que reposa una nave mediana con un nombre escrito en su costado: Misionero 14.

—Tenemos ocho unidades iguales —y el anciano levanta el bastón para señalarla con aire de orgullo—. Salen por cavernas periféricas como esta, y encima sin tasas de viaje, ni gastos extras: gratis. ¿Sabe que ya hemos logrado construir otro puerto en Hilateye? Adivine con qué mano de obra se ha hecho. Toda esa gente, Bituf, tiene una especie de energía propia por encontrar Orilán, y esa energía es nuestro combustible, nunca se engañe. Solo tenemos que decirles lo importante que es descubrir ese mundo antes que nuestros enemigos. En lo que nos atañe, Orilán será la joya del universo, un nuevo paraíso escondido entre las estrellas. Nuestro objeto es reconducir, sistematizar, unificar, ¿recuerda los principios que le enseñaron?

—Lo sé, señor —responde Bituf, y siguen caminando por la sala.

—Por supuesto que lo sabe. Un inspector nunca debe olvidar estas cosas. Ni lo que han hecho otras corporaciones, cuando adulteraron el suero.

Bituf observa a la secretaria que camina junto a ellos: no recuerda haberla visto antes, pero tiene un aire melancólico que le recuerda a esa joven que se encuentra hoy con Gotem, la chica embarazada. ¿Será también ella otra hija o descendiente de *orilanos* artificiales?

—Mala cosa —prosigue el viejo sacudiendo la cabeza con lentitud—. Es algo que preocupa a ARMEDIA, y mucho. Supongo que conoce lo de PRIMA OPTIMUS. Cómo convirtió a los suyos en adoradores de una especie de agujero negro místico que llaman Marsila. Y no es la única corporación que usa esos métodos, usted lo

sabe, pero la mayoría son drogas sintéticas que no tienen nada que ver con nuestro suero puro. Todo sea por seguir construyendo naves y expandiéndose más allá, ¿verdad? Desengáñese, Bituf: nada une más a las masas que la fuerza de una sola idea. No podemos dejar que nos quiten el terreno que hemos ganado en los últimos cien años. Orilán debe ser más real que Marsila o cualquier otra cosa que salga del suero cuando permuta. Y tengo una noticia para usted: van a construir una nueva ciudad, en el planeta Liro. Una ciudad financiera con controles militares de espionaje. Adivine su nombre.

—Entiendo, señor.

—Y ahora debo irme. Tómese unas horas de descanso y no le dé tantas vueltas al coco, que es malo.

El viejo se marcha con la joven y deja a Bituf solo en la sala. De nuevo piensa en Gotem y sus ilusiones perdidas, en esa vaga conciencia de estar representando una farsa para reclutar a oportunos siervos de la Corporación. Tras la tapadera de la tienda, Gotem ampara y cobija a los que puede, les da esa información que conoce gracias a Mercel y otros ingenieros superiores, gente que lo manipula en la sombra. Luego, con los más adecuados para cada caso, hace una sola llamada: cuando se los reconoce y se los registra a fondo, van a parar a Onatis, la nave nodriza corporativa; de ahí viajan a otros puertos, otros mundos, se los recluye en almacenes, se los instruye y forman parte de la mano de obra, como mercenarios o simples constructores.

No dejan de salir naves con ese cometido, pero pocos podrían imaginarlo. Sabe que la Corporación no inventó nada; tan solo se aprovechó de los resultados de la substancia misteriosa para conseguir ejércitos con los que expandirse por otras Galaxias formando ciudades, colonizando mundos. Sabe todo eso, pero prefiere ignorarlo. Orilán seguirá siendo la fuerza vital y ciega que los lleva a unirse a una misma causa. Es la tierra prometida que los ayuda a mantenerlos mansos, a obedecer ciegamente, en busca de un imposible. No, Gotem no debe ser su amigo: tan solo es el hombre a quien asesora o controla, y por quien informa a sus jefes. A veces ha querido saber qué es lo que ven de verdad los afectados, y cómo consiguen verlo, en qué rincón del cerebro se esconde el *androcyclus* visionario, o de dónde procede.

Solo entonces recuerda su primera visita a las salas estacionarias, en la ciudad de Minsk, en la vieja Tierra, cuando era muy joven y acababa de ser nombrado inspector de tercer nivel con destino la Luna. A lo largo de interminables mamparas grises se extendían filas de camas con mujeres embarazadas con tubos inyectados en los brazos o las piernas. Algunas le miraban con expresiones enigmáticas en sus rostros aturcidos; en cambio, para muchas otras, parecía haberse vuelto invisible.

Durante aquella inspección no pudo evitar fijarse en las pequeñas bolsas de sueros de los ganchos, en ese líquido color ámbar de apariencia siempre inofensiva. Al fin se detuvo ante una cama cualquiera, donde vio a una joven con una gran barriga de casi nueve meses. La chica lo observaba desde la almohada en silencio,

hasta que cerró los párpados, como apática. Nuestra guerra, se dijo exaltado, será por la causa de planetas imposibles y galaxias imaginarias: el parásito hará legiones de sus hijos y venceremos.

Ahora, mientras abandona la sala, cabizbajo, Bituf evoca como si fuera ayer aquel goteo sin fin, aquella solución turbia que se deslizaba por el tubo de plástico sin que nada ni nadie lo evitase.

—Venceremos —murmura la consigna oficial, pero ya no sabe qué significa esa posible victoria, ni quiénes serán los futuros perdedores

Carlos Pérez Jara nació en Sevilla (España, 1977) y ha publicado hasta la fecha en diversas revistas electrónicas y de papel como Axxón, la revista de ciencia ficción Ngc3660 («Reliquias mágicas»), Bem On Line («La ofrenda») o el fanzine Los zombis no saben leer («El otro No-Do»). Ha publicado también en la revista de ciencia ficción argentina PROXIMA, nº 14 (cuento «El último Protohombre»), de la editorial Ayarmanot, además de participar en antologías colectivas de la revista Calabazas en el trastero: Bosques (cuento seleccionado: «El ciclo») y Calabazas en el trastero: Empresas (cuento seleccionado: «Ascenso») para la editorial Sacodehuesos.

Laura Ponce

Ricardo Giorno
Argentina

AXXÓN: Me gustaría comenzar con tu faceta de escritora: ¿Cómo, o por qué, te iniciaste en la ciencia ficción?

LAURA PONCE: La ciencia ficción siempre me atrajo, incluso antes de enterarme de que existían clasificaciones conocidas como «géneros literarios». Supongo que siempre la entendí como algo más, algo que se salía de los moldes tradicionales, e intuitivamente la preferí. Al conocerla y entenderla mejor, reafirmé esa elección. Terminé de asumirla como forma narrativa, como modo de estructurar el pensamiento, como manera de ver el mundo; terminó haciéndose me carne.

Cuando empecé a escribir, a los trece años, lo primero que escribí fue una historia sobre una invasión extraterrestre. Fue lo que salió. Lo que tenía ganas de contar. Y no podía ser contado sin los recursos o las herramientas de la ciencia ficción. Con todo lo mal escrita que estaba, no era «Romeo y Julieta» en una nave espacial; era la historia de un choque cultural, de la invasión tecnológica y el cambio social, de *adáptate o perece*.

Escribir es un proceso que siento muy ligado a mi identidad, creo que nunca soy más yo que cuando escribo. Sin embargo, no es un proceso exclusivamente interno o autorreferencial, también se alimenta de lo que está afuera de mí, de todo lo que vivo, y se halla irremediadamente unido a la lectura. Después de leer «Crónicas Marcianas», de Bradbury; «Ciudad», de Simak... era inevitable que volviera a la biblioteca del colegio para ver qué más había en el mismo estante. Y en el de abajo estaba «Ficciones», de Borges. Ahí me deslumbró la belleza, el descubrimiento de que la literatura podía ser más que contar una historia, podía tener capas y múltiples significados, podía ser el placer de una filigrana.

Y nunca más abandoné ese camino. Siempre que escribo pienso que lo que hago tiene que ser algo más que contar una historia.

AXXÓN: Me gustó eso de «como manera de ver el mundo». ¿Vendría a ser el inverso proporcional de *pinta tu aldea y pintarás el mundo*? O sea que ¿hablo de seres imposibles, para hablar libremente de mi vecino?



Laura Ponce

LAURA PONCE: Sí, en parte se trata de eso, de la ciencia ficción como metáfora o extrapolación de lo cercano, de eso que se nos presenta como realidad inmediata, pero con la que no sabemos del todo cómo tratar. La ciencia ficción es un ámbito de ensayo para las ideas, teorías e interpretaciones.

Pero no me refería a eso, sino a algo más personal, más de aplicación en la vida diaria, en todas las actividades y ámbitos que la componen, no sólo en lo literario: creo que, para los que hacemos esto, la ciencia ficción se convierte tarde o temprano en una dinámica del pensamiento, un modo de percibir y analizar todo lo que nos rodea y nos sucede, una forma de estructurar el proceso mental basada en la racionalidad, la capacidad de extrapolación y anticipación, y en cierta agilidad, en cierta cualidad adaptativa. Clarke decía que el escritor de ciencia ficción presta un gran servicio a la comunidad, porque al trazar los mapas de los futuros posibles e imposibles, estimula en los lectores la flexibilidad mental, los prepara para el cambio, que es lo único seguro en un mundo en constante evolución científica y tecnológica. Me parece que es difícil lograr eso si no empezamos por nosotros mismos.

AXXÓN: ¿Qué distancia hay entre «La tormenta» y «Esas pequeñas cosas»?

LAURA PONCE: ¿Distancia temporal?

Me parece recordar que fueron escritos más o menos en la misma época. Al poco tiempo de que yo «descubriera» Internet, y empezara a relacionarme con la gente del Grupo Axxón, allá por el 2005. Tuve una buena producción en esa época, escribí unos cuantos cuentos que siguen gustándome mucho; casi todos los que integran «Relatos de la Confederación» nacieron en ese período (2005 – 2008). Se ve que me hizo bien descubrir tan buen espacio de intercambio y participación, je.

«La Tormenta» se publicó en la Revista Cuásar en junio del 2007, y hasta ahora no ha salido en ningún otro medio.

«Esas pequeñas cosas» se publicó por primera vez en NGC3660 en noviembre del 2006, y ahora, el mes pasado, seis años después, la Revista NM publicó una versión corregida.

Para mí es una alegría, porque es uno de mis cuentos favoritos.

AXXÓN: Me refería más a una distancia de estilo narrativo y de «madurez» en la forma. Fijate que, a mi entender, los dos cuentos difieren entre sí, no en la temática, sino en la representación interna que te habrás hecho y en la exposición ante los lectores.

LAURA PONCE: Ah, comprendo. Bueno, en cierto modo la literatura también es eso para mí: tratar de evolucionar, buscar nuevos desafíos. Yo no tengo formación académica, técnica ni científica, de modo que el primer desafío que me impone la ciencia ficción es aprender, investigar para hacer que lo que cuento (aunque su tema

central sea otro y no pretenda escribir un tratado de divulgación científica ni mucho menos) resulte verosímil y con una pata bien apoyada en lo conocido; eso no representa un problema ni una restricción terrible porque afortunadamente vivimos en un universo fascinante, del que cada día se descubren más y más detalles sorprendentes; la realidad misma brinda material y herramientas más que suficientes si uno ejercita apenas un poco la curiosidad.

El segundo desafío que me plantea el acto de escribir es la búsqueda estética, eso que nombraba al principio como la construcción de capas y filigrana.

Escribir es contar algo, encerrarle un significado (a menudo, más de uno), pero es también contarlo de determinada manera.

Me gusta jugar con eso —porque también escribir no es un acto exento de egoísmo; escribo, antes que por ninguna otra razón, por mi propia necesidad y para mi propio placer—. Me gusta «construir» algo con el texto. Una forma. Una impresión estética. Pero no la estética por la estética misma, sino al servicio de lo que estoy narrando. Es como cuando le encargo a un artista que ilustre un cuento para PRÓXIMA: lo que busco es que complete, acompañe o resignifique la narrativa del texto, no un simple adorno.

En el caso de «Esas pequeñas cosas», un cuento acerca de la memoria, se me impuso contarlo hacia atrás, de algún modo intentar recrear ese proceso de reconstrucción (muchas veces engañosa) que implica el recordar; lo fui armando con eso en mente, ese propósito estuvo presente a lo largo de todo el proceso de escritura, por esta razón no es un recurso artificioso agregado después, no es «maquillaje», sino un aspecto ligado a la identidad del cuento.

Cuando escribo, también me interesan los aspectos simbólicos, las capas de significado, lo que me impone nuevos desafíos...

Creo que mientras exista ese estímulo, mientras me genere este entusiasmo, podré seguir escribiendo.

AXXÓN: Ya que nombraste a PRÓXIMA (je, me la dejaste picando en el área), y estamos con las distancias, ¿qué distancia hay entre PRÓXIMA y SENSACIÓN?

LAURA PONCE: ¡Jajaja! Perdón, no fue esa mi intención. Pero ya que lo preguntás... :-P

Entre PRÓXIMA y «SENSACIÓN!» hay varias distancias reconocibles. Quizás la menos significativa es la distancia temporal.

Son dos publicaciones en papel, pero la idea que las originó nació de la publicación digital. Para mediados del 2008 estaba trabajando en Axxón, formando parte del equipo de dirección editorial con Carlos Daniel J. Vázquez y Eduardo Carletti,

fascinada por la cantidad y calidad del material que nos llegaba para el sitio, pero ya notando la contradicción que plantea la publicación digital, su capacidad para llegar a los puntos más distantes del planeta, pero su limitación con respecto a quiénes tienen acceso a ella (ahora podrá ser común tener Internet en casa o incluso en el teléfono celular, pero no lo era entonces; yo empecé leyendo Axxón en los cybers; para el trabajo de edición iba y venía con los diskettes 3 ½). En esa época, a raíz de que me publicaron un cuento en «Ópera Galáctica», me enteré de que existía algo llamado fanzines, y me interesé en esto de la publicación independiente, la posibilidad de publicar en papel y de llegar a otro público. Así surgió «SENSACIÓN!» , cuyo primer número se presentó en enero de 2009. Era un homenaje al pulp y el «sense of wonder», ese exotismo y aventura que caracterizaba a las revistas de la época de oro de la ciencia ficción, como «Amazing». El subtítulo lo decía todo, era: «SENSACIÓN! En Tecnicolor» . Fue un poco el experimento, el banco de pruebas, un modo de explorar las posibilidades del medio y del formato. Pero, aunque me gustaba ese perfil y esa línea editorial, y me interesaba y me divertía la propuesta de recuperar algo de esa mirada inocente y fascinada, la ciencia ficción que a mí me gusta es la más moderna, la que tiene menos de fantasía y más de ciencia, pero también que está más seriamente interesada en los aspectos filosóficos de las problemáticas humanas. Del mismo modo que escribo por motivaciones egoístas, cuando edito para una publicación mía lo hago siguiendo mi propia preferencia, armando el rompecabezas de lo que a mí me gustaría leer. Y la presentación no me parecía un aspecto menor; del mismo modo que quería plantear cierta línea editorial, también quería lograr cierto aspecto estético; quería concretar un objeto con determinadas características. Así, en marzo de 2009 salió PRÓXIMA 1 – VERANO.

Este mes acaba de salir el N° 17, con el que estamos comenzando el quinto año del proyecto. Parece mentira cómo ha ido creciendo la nena... :-)

AXXÓN: Siendo ahora una —para mí— exitosa editora, ¿cómo te das —o no— un espacio para tu faceta de escritora?

LAURA PONCE: Gracias por el elogio, me halaga :-)

Y de algún modo me siento así: exitosa, porque estoy haciendo la revista que quiero hacer. Con todos los errores que tiene o todo lo que le falta por mejorar y crecer —y me falta a mí por aprender—, siento que se valida número a número, reafirmando sus propósitos.

La faceta de escritora pasa por un período complicado. El trabajo de edición me insuena mucho tiempo y energía, no sólo energía organizativa sino también creativa. A eso se le suman situaciones y procesos personales —vengo de un par de años



Tapa de PROXIMA 17

difíciles, y este fue particularmente duro—. Además, como te decía al principio: escribir es para mí algo ligado a la identidad y a mi manera de comunicarme, y quizás un modo de intentar conocerme a mí misma; tal vez en este momento esté haciendo eso de otras maneras, buscándolo por otros medios.

AXXÓN: ¿Lo fantástico fue llenando los estantes que pertenecían a la ciencia ficción o me equivoco de par en par?

LAURA PONCE: No, lo fantástico siempre tuvo un lugar importante en la biblioteca de mi preferencia, pero la ciencia ficción lo supera ampliamente; y la proporción se viene manteniendo más o menos constante a lo largo del tiempo :-)

AXXÓN: Yo me refería a los estantes de las librerías. El tema de las preferencias de los lectores.

LAURA PONCE: Ah, perdón. ¡Me pongo muy autorreferencial a veces!

El tema de las preferencias de los lectores o del público en general es siempre un asunto complejo. La oferta también influye en la demanda: cuánto se difunde, cuánto se da a conocer, la cantidad y variedad de productos disponibles, la publicidad que se les dé, el modo en que se instalan como propuesta y como moda desde los medios de comunicación. Eso se modela más allá de las preferencias reales del público. Las preferencias también se construyen. Sin embargo, asumiendo esas preferencias como verdaderas (tan verdaderas como pueden ser las veleidosas preferencias de una sociedad), podrían escribirse estudios sociológicos intentando explicar o discernir por qué en determinado momento se instala la ciencia ficción (Star Trek) y después la magia (Harry Potter), y más tarde el tema de los vampiros (Crepúsculo), o el de los muertos vivos (The Walking Dead), qué nos dice eso de la sociedad, de su idea acerca del futuro, de su construcción mítica, de su necesidad de ejercitar el imaginario en determinada dirección. Podría postularse, por ejemplo, que la sociedad está más abierta a considerar lo fantástico, aceptar una situación sin más explicación que lo axiomático (es así porque es así), porque garantiza la evasión, porque le permite alejarse de su vida cotidiana de un modo más absoluto que una ficción científica, que siempre tendrá una pata bien apoyada en la realidad, que quizás requiera un esfuerzo de entendimiento mayor y cierto compromiso intelectual. Lo fantástico también trabaja con símbolos y también permite la extrapolación; cuando se habla de brujas y duendes, de vampiros o de muertos vivos, también se trata de arquetipos, de figuras a las que se les da determinado significado, y se las usa para hablar del otro y de las relaciones y conflictos humanos (la sexualidad, la pérdida de la inocencia, las desigualdad social, etc.). La fantasía no es menos válida como herramienta para trabajar esos temas, pero no tiene más ancla en la realidad que el inconsciente. Quizás esa libertad es lo que le atrae al público. Pero me parece un acercamiento un tanto simplista. No hay una sola respuesta. El tema es muy complejo.

AXXÓN: Me encantó esta respuesta, tocaré algo de su contenido más adelante.

Ahora me entra una duda: ¿Star Wars es ciencia ficción o fantasía?

LAURA PONCE: En mi opinión, Star Wars es fantasía. Podés trasladarla perfectamente a un escenario medieval; tiene un «maquillaje» de ciencia ficción, una estética, pero no requiere de sus herramientas; la ciencia ficción no es condición ni fundamento en la historia que cuenta.

AXXÓN: **Me pareció una respuesta demasiado acotada (muy buena, pero poco explicativa), personalmente hablando. ¿Podrías extenderte un poco más?**

LAURA PONCE: Sí, cómo no. La definición o parámetro que aplico para determinar si una historia es ciencia ficción o no, es bastante simple, se basa en preguntarme: ¿Los elementos de ciencia ficción que tiene el relato son indispensables para la historia? ¿Qué pasa si los saco? ¿El relato se sostiene? ¿Puede contar lo mismo sin ellos?

Hagamos el ejercicio con Star Wars: ¿Qué pasa si saco los robots y los reemplazo por sirvientes? ¿Qué pasa si saco las naves espaciales y las cambio por otros vehículos o directamente por caballos, o dragones? ¿Qué pasa si saco las espadas-láser y las cambio por sables, a los que hasta podría darles nombre? ¿Qué pasa si saco la variedad de «razas» extraterrestres y las cambio por elfos, enanos, ogros, etc.? Para que tenga el registro más reconocible de la fantasía épica no tengo ni que cambiar la identidad de los personajes, hasta tienen títulos nobiliarios: hay princesas, emperadores, duques... Tienen, incluso, un Caballero Oscuro... ¿Qué más se puede pedir? Si hago todo eso, si cambio todo eso, igual puedo seguir contando la misma historia, porque se trata de un argumento de caballería, de fantasía épica, no de ciencia ficción.

Tratemos de hacer el mismo ejercicio con «2001: Odisea del espacio», o con la novela «El fin de la eternidad». ¿Se puede? Quizás pueda sacar las naves y el viaje espacial, puedo reemplazarlo por una base submarina, o un puesto de avanzada en el desierto, pero si saco a Hal 9000 o al monolito ¿puedo contar lo mismo? Si saco el viaje en el tiempo, ¿qué me queda de la aventura de Harlan, el ejecutor? Si saco la paradoja temporal, ¿puedo contar lo mismo? Creo que no.

La línea se hace más borrosa cuando nos alejamos de la ciencia ficción dura y ya no tratamos con elementos tecnológicos o científicos reconocibles sino con especulación sociológica, psicológica, filosófica. Pero creo que en estos casos el parámetro lo da la seriedad de la especulación, siempre con un pie bien apoyado en la realidad, en los conocimientos adquiridos mediante esas «ciencias no exactas». Desde ahí, si se hace con habilidad, se puede saltar hasta donde quieras.

Y después pueden diferenciarse un montón de matices, claro: historias *de* ciencia ficción, *con* ciencia ficción, *sobre* ciencia ficción, etc.

Axxón: **La siguiente pregunta es más una duda que me persigue desde hace un**

tiempo. La cosa es más o menos así: yo pienso que los escritores de ciencia ficción corremos con desventajas comparados con, por ejemplo, un escritor costumbrista y/o de comedia romántica. Lo digo porque el público puede ver hasta el hartazgo cien variaciones de «Cuando Harry conoció a Sally» pero no puede soportar dos películas diferentes donde el argumento se base en un robot que recibe un rayo y adquiere conciencia de sí. Como que la ciencia ficción debe tener continuamente ideas innovadoras. ¿A vos qué te parece?

LAURA PONCE: *Jeje.* Asunto complicado, si los hay.

Creo la ciencia ficción es un poco víctima de su propio éxito, de sus propias características esenciales. Se le pide que tenga continuamente ideas renovadoras porque por naturaleza es origen y espacio de discusión de esas ideas. Además es característica de la sociedad actual, ya enviciada con los cambios vertiginosos, estar pidiendo más continuamente. Los contenidos no importan demasiado porque apenas son percibidos (y la ciencia ficción es, sobre todo, contenidos, ideas), las formas, cuanto más llamativas, mejor, porque en la cresta de la continua ola de novedades hay que poder diferenciarse, porque ya viene otra y otra y otra cosa más, que demasiado pronto sepulta en el olvido lo que era flamante hasta recién... Creo que la enfermedad que define nuestro presente es el Déficit de Atención. Además, como nada se aprecia lo suficiente, como muy pocos se toman el tiempo de conocer verdaderamente algo, lo que rige la vida en el mundo actual es el pre-juicio, la idea que tenemos de algo antes de conocerlo. No es algo necesariamente malo (hay demasiado por conocer en el universo, nos quedaríamos paralizados, no podríamos desenvolvernos en el mundo si esperaríamos conocer cabalmente cada objeto o cada persona; nunca terminaríamos), pero, por desgracia, ahora parece ser el mecanismo que se impone sobre cualquier otro, casi anulando la verdadera experimentación o búsqueda de entendimiento.

Un poco se trata de lo que te decía antes: se espera que la ciencia ficción sea eso que propone (o lo que el gran público supuestamente entiende por tal): ideas novedosas, imágenes grandilocuentes, desafío intelectual, pero ese mismo gran público tampoco está demasiado dispuesto a dedicarle el tiempo y compromiso mental o un mínimo espacio de análisis y reflexión; se aburre demasiado rápido y se va a mirar una comedia romántica.

AXXÓN: En una pregunta anterior hablaste de «construcción mítica» de la sociedad. Desgraciadamente sólo conozco de Latinoamérica, Argentina y Uruguay. Así que mi pregunta quizá tenga validez local: ¿Por qué sabemos todo de elfos, trolls, orcos, mitología griega, mitología celta, etc., y no sabemos un catzo sobre incas, mayas, aztecas? O sí sabemos, pero no escribimos. O escribimos muy poco.

LAURA PONCE: Bueno, creo que se debe a la tan mentada invasión cultural.

En primera instancia, hay mucha más presencia, mucho más conocimiento general, mucho más material disponible acerca de mitología clásica (griega y romana) y mitología nórdica, que sobre mitología latinoamericana o argentina; basta ir a cualquier biblioteca no especializada para comprobarlo. Pero bastaría con pedir diccionarios: ¿cuántos encontraríamos de inglés y cuántos de quechua o aimará?

Parece una comparación tramposa, pero creo que va al origen del problema: falta conocimiento sobre mitología precolombina porque falta interés sobre la cultura nativa en sí; no se la valoriza porque se vive en la creencia de que lo de afuera es mejor. Esta situación es el resultado de quinientos años de conquista, vaciamiento e imposición cultural, de un patrimonio y una identidad barridas con fuego y con sangre, y de nuevos dioses y nuevas leyes metidos por la fuerza; se nos convenció de que las viejas creencias y las viejas formas de vida estaban equivocadas, que eran vergonzantes, y que la Verdad y lo valioso venían de afuera, y hoy en día seguimos presos de ese convencimiento. No es fácil de revertir. Sin embargo, afortunadamente, hay cierta tendencia en dirección contraria, cierto *redescubrimiento de las raíces*. Prueba de ello es la «Saga de los Confines», de Liliana Bodoc, o «Ygdrasil», de Jorge Baradit.

Hay un territorio vasto y fértil, sólo hay que tener ganas de ir a explorarlo. Y ahí, a partir de ese interés, de esa valorización, quizás comience un verdadero renacimiento.

AXXÓN: La siguiente es una pregunta donde pretendo que no te busques escapatoria, je. Como editora: si necesitás un cuento para completar PRÓXIMA, y no podés tocar los otros cuentos ni nada de la revista, y tenés un cuento fantástico y otro de ciencia ficción. Los dos son iguales de buenos, y los dos se prestan para la temática de ese número. (¿Me olvidé de algo para que no te escapes?). ¿Cuál elegirías? ¿Por qué?

LAURA PONCE: Elegiría el de ciencia ficción.

¿Fui suficientemente directa? :-P

Lo elegiría porque, en la línea editorial de la revista, la ciencia ficción está primero. Pero, por supuesto, eso responde también a mi preferencia personal.

AXXÓN: ¿Cuál sería el límite del «avance» del editor? ¿Depende del prestigio de las editoriales? ¿Cuál es tu límite como editora?

LAURA PONCE: Siempre consideré que el propósito del editor es dar a conocer la mejor versión posible de cada obra. Mi trabajo es ayudar al autor a llegar a esa versión. No se trata de publicar el cuento que yo hubiera escrito con *su* idea, sino el cuento *de él* en su forma más perfecta. Para lograrlo, necesariamente, tenemos que comunicarnos, tengo que entender qué es lo que se propone, qué es lo que quiere contar o qué efecto busca provocar. A veces el cuento lo hace por sí solo, y no hay nada que corregir (esa es la situación ideal); otras veces, puedo identificar la idea, la

intención, pero me doy cuenta de que no termina de cerrar o de que falla en algo, entonces empiezo a hablar con el autor, a comentarle mis impresiones y a hacerle preguntas; o, si veo claramente el problema, le hago sugerencias. Por supuesto, lo que hago son sugerencias, no imposiciones; el dueño del cuento y quien va a decidir su destino es el autor, no yo.

AXXÓN: Volviendo a tu faceta de escritora, ¿qué autores te influenciaron? Y como editora, ¿qué editores te influenciaron?

LAURA PONCE: Uh, los autores que me influenciaron son muchísimos; creo que todos los que he leído me formaron, de un modo u otro, respecto a lo que quería y a lo que no quería ser. Lo mismo pasa con los editores. Pero podría nombrarte a mis favoritos en ambos casos. En cuanto a los escritores: Úrsula K. Le Guin, Arthur Clarke, Phil K. Dick, Angélica Gorodischer, Ray Bradbury, Greg Egan, Brian Aldiss, Carlos Gardini, Borges, Lovecraft... (y digo estos sólo por mencionar algunos). Y en cuanto a los editores, admiro el trabajo de Oesterheld en *Hora Cero*, de Stan Lee en *Marvel*, de Judith Merrill en sus célebres antologías, de Hernán Casciari en *Orsai*; ese don maravilloso para la visión de conjunto... Acá, respeto mucho el trabajo de Eduardo Carletti, Santiago Oviedo, Luis Pestarini, con todo lo significa darle continuidad a los proyectos a lo largo del tiempo, superando innumerables obstáculos. Y quisiera destacar en particular a la persona que me enseñó valiosos principios del oficio (desde el consejo y desde el ejemplo): Daniel Vázquez. Vayan mi admiración y agradecimiento para él.

AXXÓN: ¿Porqué elegiste el papel por sobre lo digital?

LAURA PONCE: Principalmente, porque quería llegar a otro público, pero también porque quería recuperar el objeto: la revista como eso que uno lleva en la mochila y la saca en el banco de una plaza o mientras viaja en subte, o se la lleva para leer a la cama. Además, recuperar el objeto como algo hermoso, la cosa fetichista del acabado brillante, de contar con las mejores tapas, los mejores ilustradores, buena calidad de papel y de impresión... Aumentar el placer sensorial, devolverle al lector esa otra experiencia más compleja que ofrecieron tantas recordadas revistas de papel. En síntesis: quería hacer participar al lector de una manera más activa, darle más.



Foto para el recuerdo: PROXIMA y amigos reunidos tras la presentación del número 5.

AXXÓN: Por estas pampas la gran mayoría de los escritores noveles reniegan de la investigación previa. ¿Algún consejito y/o sugerencia?

LAURA PONCE: La sugerencia sería que se pongan las pilas, je: los libros no muerden. Mi opinión es que la investigación puede no ser imprescindible (dependiendo del tema que se trate), pero siempre es útil. Lo más probable es que muy poca de la información encontrada termine dentro del texto (y está bien que así sea), sin embargo, es una parte importante del proceso creativo, sobre todo si se quiere escribir ciencia ficción. Y también es una parte importante en la formación/educación del autor. ¿Se acuerdan de aquello de que «lo que se aprende no ocupa lugar»? Bueno, es tal cual; uno se va enriqueciendo, y nunca se sabe para qué puede terminar sirviéndole eso que aprendió.

Además, si van a escribir respecto de algún tema que no conocen, ¿no les da curiosidad averiguar lo que puedan al respecto? Creo que investigar no es una carga, es parte del placer de lo que hacemos...

AXXÓN: ¿Te imaginás una AXXÓN sin Carletti?

LAURA PONCE: Uhm, qué difícil... Creo que la verdadera prueba de las grandes obras es sobrevivir a sus creadores; sin embargo, dadas las características particulares de Axxón y la situación en que se encuentra, no me la imagino sin la presencia de Eduardo. Me parece que, más allá de que haya gente valiosísima como Silvia Angiola y Daniel Vázquez, cuyo trabajo hace posible cada número de la revista, el peso de que el portal siga en funcionamiento día a día sigue recayendo en gran medida sobre Eduardo, y eso es mucho decir.

AXXÓN: ¿Y una PRÓXIMA sin Laura Ponce?

LAURA PONCE: Acá la cosa es más complicada, je. Quizás porque no se trate de

una gran obra, entonces no esté destinada a sobrevivirme, o quizás porque la línea de la revista lleva muy marcada mi impronta, mis preferencias y propósitos personales, pero no me imagino a PRÓXIMA hecha por otra gente. Podría continuar, por supuesto, pero creo que quienes la siguieran la harían a su modo; podría llamarse igual y seguir teniendo el mismo tipo de contenidos, pero sería la revista de quienes sean que la hagan, no la mía. Como dice el tango: «Ya no sos mi Margarita, ahora te llaman Margot». :-P

AXXÓN: Por aquí me topé con muchos a los cuales les leí sus cuentos, y luego les sugerí correcciones de estilo. Varios me respondieron: «No importa cómo esté escrito, lo que vale es la idea».

LAURA PONCE: Jeje, otro asunto espinoso... Sabrás bien que no coincido con esa apreciación: para mí el modo en el que está presentada una historia, la forma, el estilo, son muy importantes. Sin embargo, creo que tiene más potencial un cuento con una buena idea y mal estilo, que el caso opuesto; en lo personal, me entusiasma más, me da más ganas de trabajar, de ayudar al autor para mejorarlo, si veo que tiene algo que contar; si no hay sustento, si no hay «carne», el estilo no tiene más sentido que maquillaje en el aire.

AXXÓN: La respuesta es buena, pero diste un último ejemplo demasiado extremista...

LAURA PONCE: Sí, puede ser. Pretendí ser clara, no andar con evasivas, pero es cierto que en general nada es tan blanco ni negro; la realidad se mueve en un universo de tonos de gris. Es raro que me lleguen cuentos que no tiene nada que decir o que su autor no tenga ninguna noción de estilo. Sin embargo (y sin que esto libere a los autores de su responsabilidad por mejorar la forma en la que escriben), creo que el estilo se puede enseñar; lo otro no.

AXXÓN: Bueno, hasta aquí llegamos. La redacción de AXXÓN (y yo especialmente) te agradecemos por cómo te brindaste para esta entrevista. Será, entonces, hasta la próxima :)

Son tuyas las últimas palabras.

LAURA PONCE: Ha sido un gran placer compartir esta conversación con ustedes, con vos, Ric. Le tengo un gran afecto a la gente de Axxón, a todo lo que Axxón significó y significa para la ciencia ficción hispanohablante; creo que es un espacio al que todos los que estamos en esto le debemos mucho. Entonces, eso: Gracias.

Y será hasta la PRÓXIMA ;-)

Sor Juana y la ciencia ficción o las consecuencias de una crítica paranoica

Roberto Lépori
Argentina

Resumen

En el siguiente artículo me propongo indagar cuál sería el resultado de releer la obra —con eje en el poema *Primero sueño* [¿1685?/1692]— de Sor Juana Inés de la Cruz [Virreinato de Nueva España, ¿1648/1651?-1695] a partir de la ciencia ficción [cf]. En la «Primera parte» especifico el protocolo de lectura. Considero como altamente productivo re-narrar («volver a contar») las lecturas, las interpretaciones y ciertos textos de la monja jerónima en base a rasgos codificados por la cf a través de datos laterales y/o fragmentarios —un acercamiento de índole «paranoico»—. La hipótesis se estructura como una «ucronía» (*qué pasaría si Sor Juana hubiera escrito cf*) convertida en «historia»: Sor Juana escribió, al menos, un texto de cf. *Primero sueño*, recepción de Kircher mediante, contiene *in nuce* dos elementos con descendencia en la producción posterior de cf en Hispanoamérica: el viaje astronómico (espiritual) y la tradición hermética (el ocultismo). El ocultismo funciona como puerta de entrada para pensar ese poema de cf y su relación con el género (*gender/genre*) en la configuración de un «ideal andrógino». En la «Segunda Parte» ensayo mi propuesta de relectura paranoica. Reviso *Primero sueño* por medio de un tópico de la «ciencia ficción barroca»: la indeterminación en la distinción «original» (realidad empírica) / «copia» (realidad virtual). Este análisis intenta demostrar que el poema se inserta en una tradición de cf que privilegia el viaje a través del mundo interior (*inner space*) de un complejo cuerpo *cyborg* en detrimento del viaje astronómico (*outer space*). En ese recorrido, el cine de cf posmoderno es determinante.



Sor Juana, CF

«Muy a menudo, el artista fracasado que vive reprimido en el espíritu del crítico busca un desahogo entretejiendo una novela crítica, o sea [proyecta] sobre el autor una luz ajena a él, que altera su figura, modernizándola... El crítico utiliza... esas aproximaciones, como un hábil cocinero sus salsas y

especias, para disfrazar los manjares.»

Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*

Breve prólogo

La historia que narraré a continuación tiene su primera, en realidad su penúltima, estación unos tres lustros atrás —mediados de la década del noventa— en Ciudad de México y remonta sus orígenes hasta las postrimerías del siglo xvii cuando dicha ciudad formaba parte de un entramado geopolítico más complejo y extenso cuyo nombre era Virreinato de Nueva España. En aquel momento, lo que hoy aparece como «continente americano», no estaba fragmentado en norte, centro, sur. Ese Virreinato abarcó América Central, las islas del Caribe, las Filipinas y una parte de los actuales Estados Unidos de Norteamérica, amén de México.

En Ciudad de México, durante la segunda mitad del siglo xvii (hace ya varias centurias), vivió y escribió la novohispana Sor Juana Inés de la Cruz, una mujer única en muchos sentidos. Seguramente, muchos de ustedes han accedido a fábulas en las que el más lejano futuro se pinta como el más remoto pasado, mundos donde los seres extraordinarios son monstruosamente ambiguos —¿producto de una vertiginosa evolución, ejemplares de una sin igual regresión?—, mundos donde las fronteras nacionales —como las conocemos— han dejado de existir y han sido reemplazadas por demarcaciones imperiales. Por lo general, la ciencia ficción [cf] se encarga de esas nuevas cartografías. En este caso en particular, la cf permitirá que nos acerquemos a una figura —para nosotros remota— con una fuerza tal que aún hoy en día alienta que se piense a través de ella, una figura siempre dispuesta a tentarnos con desplazar los límites de la interpretación. Sin tomar en cuenta restricciones *a priori* ni de tiempo ni de espacio, leer a Sor Juana *como si fuera una escritora de cf* tal vez genere la oportunidad de visitar un amplio corpus de textos latinoamericanos en los que —silentes— laten diversos futuros.

Primera Parte

Jesusa, Juana, cf: reescritura y paranoia

Corre el... bienaventurado año 2000... el (PAN) Partido reAcción

Nacional ha llegado al poder en México y restablecido la moral, y las buenas costumbres.... Cualquier semejanza con la vida real es virtual.

(La escena se desarrolla en la celda de Sor Juana en el penal de Almoloya. A la izquierda el escritorio... con libros, instrumentos antiguos de geometría, pluma, tintero y una mini computadora Apple de las primeras que salieron al mercado. Al centro abajo un catre individual y arriba una macro pantalla de video. [...] Sor Juana revisa muy divertida la carta que enviara Salinas a los medios de comunicación en noviembre de 1995. En la pantalla grande se proyecta el texto y una foto del ex presidente vestido de Sor Filotea.) (Jesusa Rodríguez 1)

Estos son los primeros párrafos de «la pastorela virtual» *Sor Juana en Almoloya* que la mexicana Jesusa Rodríguez publicó en *Debate Feminista* en 1995. En ese mismo año se cumplían tres siglos de la muerte —ocurrida en 1695— de una de las escritoras más importantes de la América hispánica de todos los tiempos. En su *satírica reapropiación política* de Sor Juana, Rodríguez realiza una serie de gestos significativos.

El primero, y fundamental, es pensar la realidad socio-política de su país por medio de una «Sor Juana futura» (año 2000). El segundo es mostrar a Sor Juana presa de un poder reaccionario —y a la vez cínico (dota, por ejemplo, a la monja de un cascajo tecnológico)— que ha orquestado un complot del que no se conoce exactamente la causa. El tercero es la estrategia de Sor Juana de resistir mediante la reescritura de sus propios textos: «¡Ya sé!, voy a contestar la carta de aquel ex presidente. A nadie se le ocurrió responderla... La titularé: “La Respuesta Zopilotea”» (Rodríguez 1). La «reescritura» evidencia otro rasgo central en Sor Juana. En el recorrido de *Filotea* (el destinatario de la famosa *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*) a *Zopilotea* se conjugan la metamorfosis (humano / animal [«zopilote»]) y el cambio de identidad (hombre travestido); se disuelven las dicotomías de *gender*; se desestabiliza la configuración patriarcal de la sociedad^[1]. Rodríguez *lee* en las metamorfosis, el travestismo y la provocación al mundo masculinista estrategias de la monja jerónima. El quinto subraya la discusión en torno de la validez o no de la invención de la subjetividad en «manos» ajenas. En la versión de Rodríguez (5), Sor Juana se burla de una supuesta biografía *sobre* Octavio Paz —biógrafo a su vez de ella— de la que se inferiría su «androginia espiritual». Juana fue sucesivamente categorizada —ella aventó esas hipérboles— como «prodigio / monstruo», etc., y más tarde como «figura masculina / lesbiana / andrógina» para dar cuenta de su «anormal» intelecto.^[2]

Este catálogo de operaciones cobija un factor común. Con mayor o menor pertinencia, las cuatro últimas confluyen en la primera caracterizada por el habitual «futuro» de la cf. No interesa tanto aquí qué hace Rodríguez, sino cómo mediante esa reapropiación genera un prisma inédito para leer o releer *vida y obra* de la monja.^[3]

La hipótesis central de este trabajo reviste la forma de una **ucronía**: *qué hubiera pasado si...* se hubiera considerado a Sor Juana como la primera escritora de cf en el continente americano. En particular, ¿qué pasaría si decidiéramos leer el poema *Primero sueño* [el *Sueño*] (1685 aprox.) desde los parámetros de la cf?^[4] Una empresa de este talante, requiere de precisiones.

Ya en 1998 Emil Volek señalaba que si bien la figura de Sor Juana había sido asaltada desde diversos paradigmas (católico, modernista, feminista), permaneció irreductible a toda sistematización.^[5] Su planteo alertaba no desde el escepticismo, sino desde la prudencia teórica frente a «lecturas totalizadoras». En lo que respecta al *Sueño*, Rosa Perelmuter (129-136) en su recorrido por la bibliografía entre los años 1920 y 1930 advierte que en aquel momento se estipulaba que «apenas queda [nada] por decir» sobre el poema. Hoy en día, la ingente literatura crítica dedicada a ese texto y a su autora hace imposible, o al menos dificulta, abarcar un plausible estado de la cuestión. Por eso, y con el riesgo de no ser exacto, parto del siguiente supuesto: dejando a un lado las menciones al paso, no existe un texto crítico cuyo objetivo haya sido pensar porqué es posible leer Sor Juana desde la cf y qué se deriva de ello. Perelmuter recuerda que quienes en las primeras décadas del siglo xx clausuraban las interpretaciones sobre el *Sueño*, ponían como condición —para renovar las lecturas— que aparecieran papeles hasta allí ignorados. No existen tales «nuevos papeles», sí otros modos.

En su «pastorela» Rodríguez *reescribe* fragmentos de la obra —y de la vida— de Sor Juana al mismo tiempo que hace del personaje «Sor Juana» la autora de esas reescrituras, y recursivamente, autora de la «pastorela virtual». La reescritura, inserta en una perspectiva de *gender* como la de Rodríguez, permite *volver a contar* los mitos heterosexistas de la cultura occidental. Un mito surgido de la cf posmoderna —el *cyborg*— es clave para comprender esta propuesta metodológica.^[6] Según sostiene Donna Haraway en su célebre «Manifiesto para cyborgs», la «escritura cyborg» es la tecnología propia del mito *cyborg*, un mito sin origen, negador de cualquier pureza, engendro híbrido que como «herramienta crítica» genera «...cuentos contados de nuevo... que invierten y que desplazan los dualismos jerárquicos de las identidades naturalizadas» (Haraway 300).^[7]

Aplicado a Sor Juana, este protocolo de lectura tiene como fin *volver a contar* el *Sueño* (y en otra instancia, la *Respuesta* y otros textos pertinentes) desde la cf para más adelante revisar las mitologías que rondan su figura (aquel catálogo de la «singular, única, rara, monstruosa»). La meta no es captar «lo real, lo verdadero» sino recorrer y reescribir desde ese género las múltiples capas de sentidos que los comentaristas, incluso con Juana en este mundo, depositaron sobre su biografía y sus escritos. Es un efecto de lectura que interpela a los textos sorjuanescos y a las infinitas interpretaciones. Un importante corpus de textos críticos contemporáneos detecta, pero no lo explicita, que existiría una productividad intrínseca —aunque no esencial— de indagar el «objeto Sor Juana» por medio de recursos y procedimientos

de un género literario codificado siglos después. Tradicionalmente las lecturas críticas estructuradas en base a paradigmas genéricos como el fantástico y el policial tuvieron mayor aceptación —la excepción podría verse en determinados ámbitos norteamericanos— en detrimento del uso de la cf para organizar sus lecturas.^[8] Este corrimiento del eje hacia la cf tiene una consecuencia ulterior.

El método de *volver a contar* —en este caso «el mito Sor Juana»— necesita de fragmentos, de esquirolas, de datos laterales, en una apuesta crítica que roza por momentos la *paranoia*. Lo que puede parecer una «broma», es un principio rector. En 1987 en una entrevista con Ricardo Piglia, Thomas Disch (21) sugería que «tal vez la paranoia sea un rasgo específico de la ciencia ficción... un terreno fértil para las construcciones delirantes...». Cuatro años después, se publica la transcripción de una clase en la que el propio Piglia (4-5) propone una nueva categoría narrativa. La *ficción paranoica* es un género que se desprende, mediante una *exasperación* de rasgos, de otros géneros populares confluentes como el policial y la cf. Piglia se centra en el primero, pero sus postulados bien pueden aplicarse, por hibridez genérica, a la segunda. La «ficción paranoica» surge de la tensión entre a) la amenaza: en las sociedades modernas las subjetividades, recludas en lo privado, se constituyen contra un *otro* absoluto representado por el «enemigo», y b) el delirio interpretativo: esa amenaza latente hace que el sujeto con conciencia paranoica considere que *todo* orquesta «una suerte de mensaje cifrado “que [le] está dirigido”». Esos dos movimientos marcan la constitución de un género narrativo y operan en el planteo de una «crítica paranoica».

Supongo (con el fin de organizar un protocolo de lectura, no de corroborar) que hubo «un silencio deliberado» sobre la relación Sor Juana / cf. Se trata de un «complot» disfrazado de «olvido» que llevó a los críticos a no mencionar la cf ni a tomar dicho género popular como herramienta crítica para abordar a Sor Juana (víctima y hacedora, a su vez, de conspiraciones). Probablemente, esta re-narración paranoica conducirá a un delirio crítico. Pero, como sugiere Piglia, «[en] el delirio interpretativo [hay] también un punto de relación con la verdad» (5).^[9]

El Sueño como cf: viajes astronómicos y tradición hermética

El primer problema es resolver si el *Sueño* es un poema de cf. La afirmación inicial sería «no». La cf es un género popular al que hay que asociar, como otros, con la aparición de una cultura de masas, con la extensión del público lector, y para este género en particular, con la consolidación de la ciencia en un sentido moderno. Esto sucede, sin entrar en detalles, durante el siglo XIX. Aún así, es muy común asistir a reconstrucciones de la «pre-historia» del género. Pablo Capanna (*Ciencia ficción* 69 y

ss.) revisa algunos precursores de la cf e ironiza por la proliferación de antecedentes en la pluma de críticos interesados —en aras de un supuesto texto primario— en llevar lo más atrás posible el origen: la Biblia; un texto egipcio del s. III a.C. que narra un viaje en búsqueda de un libro mágico; los mitos platónicos; un largo etcétera. El primer antecedente algo más sólido para Capanna sería Luciano de Samosata quien durante el siglo II d.C. escribió *Vera historia* (narración de un viaje a la Luna) e *Icaromenippus* (recreación del mito de Ícaro). El mencionado Luciano tuvo una larga descendencia que alcanza a H. G. Wells y a Jules Verne en el siglo XIX, pero por sobre todo influyó en los «viajes extraordinarios» de Johannes Kepler —el *Somnium astronomicum* (1630 aprox.)— y en el del jesuita alemán Athanasius Kircher *Iter exstaticum coeleste* (1656). Para completar este breve esquema, junto a las narraciones fantásticas (de viajes con afán de conocimiento) habría que mencionar la obra de los utopistas del Renacimiento quienes, atravesados por la existencia de un «nuevo» continente, elucubraron sociedades distantes, armónicas, etc. El ejemplo paradigmático es *Utopía* [1516] de Thomas More.^[10] Ambas tradiciones comparten los elementos especulativo, político y crítico: «un mundo no-propio» (ficcional) cuestiona la configuración social del presente empírico del escritor.^[11]

Un detalle común para estas genealogías sobre la proto-cf, y no debe sorprender que así sea, es la ausencia del nombre de Sor Juana Inés de la Cruz. Pero, ¿existiría alguna razón para nombrarla? Por transitividad, si el *Iter exstaticum coeleste* de Kircher es considerado un texto de proto-cf, sin muchos contratiempos, podría también el *Sueño* engrosar la lista con el mínimo argumento de tener como probable fuente el texto de Kircher y, acaso, el de Kepler (Octavio Paz 476). Pero como aclara Capanna en *Ciencia ficción. Utopía y mercado*, las historias de la cf están mediadas por taras nacionales: para los franceses se iniciaría con Jules Verne, para los ingleses con Mary Shelley, para los norteamericanos con Edgar A. Poe y así. Nadie reclama a la Décima Musa, excepto los críticos mexicanos quienes, de todas formas, sólo la nombran. Miguel Ángel Fernández («Breve historia de la ciencia ficción mexicana») ubica al *Sueño* entre las primeras obras mexicanas en rondar la proto-cf. Gabriel Trujillo («La fundación del porvenir») —interesado en la poesía de cf mexicana— también menciona como primera a Sor Juana. Ross Larson («La literatura de ciencia ficción en México») y Ramón López Castro (*Expedición a la ciencia ficción mexicana*) demarcan el inicio de la cf en ese país con *Sizigias y Cuadraturas lunares* [1775] del franciscano Manuel Antonio de Rivas. López Castro comenta que en ese texto pionero confluyen Bergerac, Swift y Kircher, y aclara que la influencia de este último era ya evidente un siglo antes en Sor Juana, pero no la considera autora de cf. La «Chronology of Latin American Science Fiction, 1775-2005» (Molina-Gavilán *et al.*) determina que la cf latinoamericana se inicia con el citado texto de Rivas.^[12] No hay más para decir, excepto una referencia textual indirecta sobre la conexión Sor Juana / cf.

Según Luis Cano (75 y ss.), la cf en Hispanoamérica se inicia con las obras de

Juana Manuela Gorriti y Eduardo Ladislao Holmberg (segunda mitad del siglo XIX). Relaciona a la primera, por su matriz romántica, con la tradición del esoterismo, del ocultismo y de la alquimia; y ubica al segundo, más cercano al positivismo, entre los adeptos de teorías sociales de corte científico, como el darwinismo. Cano considera que Holmberg inaugura el género con el relato «Horacio Kalibang y los autómatas», pero ejemplifica la novedad de cruzar ciencia y ficción en América Latina con la nouvelle *Viaje maravilloso del señor Nic Nac* [*Nic Nac*]. Señala en este texto la influencia —además de Flammarion— de los sueños de anábasis y de las expediciones astronómicas codificadas en los textos de Athanasius Kircher. Aclara que este autor fue introducido en el continente por Sor Juana, reenvía para más datos al análisis de Paz sobre el *Sueño* y detiene allí sus cavilaciones (Cano 86, nota 32).

Esa indicación lateral reactiva un tema al filo de clausurarse. Durante su análisis del *Sueño*, Paz se arroga ser el primero en detectar que, por medio del *Iter exstaticum coeleste* de Kircher, Sor Juana accede a una tradición que unifica «los viajes astronómicos» (viaje al espacio exterior) con los «sueños de anábasis» (elevación del alma) propios del *corpus hermeticum* (476-478).^[13] Es decir, en el *Sueño* confluyen el «viaje astronómico», la «elevación del alma» y el «hermetismo», elementos que se continúan siglos después en la producción de cf en Hispanoamérica. Gorriti y Holmberg iluminan, en retrospectiva, rasgos de lo que terminaría configurándose como cf en un sentido moderno. Cano —con el fin, intuyo, de mantener el equilibrio de su hipótesis— asocia ocultismo con Gorriti y positivismo con Holmberg. Cuando se refiere al uso del «viaje» en la obra de este último lo desconecta de las ciencias ocultas. En su introducción a los *Cuentos fantásticos*, Antonio Pagés Larraya (39-43) recuerda que Holmberg estuvo interesado en el espiritismo. El esoterismo tiene una función determinante en el relato del viaje astronómico. Holmberg subtitula *Nic Nac* como «fantasía espiritista».^[14] *Nic Nac* cuenta el «viaje imaginario del protagonista al planeta Marte... realizado sólo por su espíritu-imagen, según el curioso método que le enseña el médium Seele: privarse de todo alimento hasta que el espíritu se desprenda totalmente de la materia» (Pagés Larraya 59). Este tema requiere de un mayor análisis. No hay médium en el *Sueño* (la mexicana rompe con el tópico del guía del hermetismo) y los alimentos en una y otra historia cumplen roles diferentes. Aún así, la conjunción entre «viaje del espíritu / alma» (el cuerpo permanece en reposo) asociado al «ocultismo / espiritismo» remite a la tradición que nace con Sor Juana y que se desliza de manera subterránea por siglos.^[15]

Dissecta membra: cf, ocultismo, androginia, utopía y Sor Juana

Uno de los paradigmas recurrentes para leer a Sor Juana es el «feminismo». Arduo en

sí mismo, este *modus* crispa a los teóricos cuando el objeto de estudio corresponde a una episteme de signo diferente. Hay posturas escépticas: «Sor Juana no fue un subalterno y tampoco fue la portavoz de una heterodoxia que combatía el *status quo* y... ni siquiera se la puede considerar —si es que tal movimiento anacrónico es viable— como “la primera feminista de América”» (David Solodkow 142). Otras se interesan más, como la de Rodríguez, en «usar» la figura de la monja para pensar desde una perspectiva de *gender* ambos contextos socio-políticos, el de producción (siglo XVII) y el de recepción (siglo XX/XXI). En esta dirección oriento mi propuesta de índole recursiva: ¿de qué manera, ocultismo incluido, la cf reafirma una perspectiva de *gender* y hasta dónde una mirada de *gender* potencia los rasgos de cf del *Sueño*?

Cuando me refiero a *gender* —una categoría que ya tiene para sí extensas bibliotecas— estoy aludiendo al planteo de las feministas norteamericanas acerca de la necesidad de no descuidar que «la asignación de roles sexuales» es ideológica y no natural.^[16] La relación con los «géneros literarios populares» surge de la posibilidad de evidenciar esas asignaciones por medio de las negociaciones simbólicas que se establecen hacia el interior de los mundos narrativos. La mayor parte de los géneros populares resultan útiles para pensar el constructo social. Por varias razones que expongo en otro escrito la cf ha resultado el género (*genre*) más adecuado para desarmar la supuesta naturalidad de los roles sexuales (Lépori).

El final del *Sueño*, «y yo despierta», indica la fuerte presencia de la subjetividad femenina en el poema. Ese «yo» no aparece únicamente en el cierre. Perelmuter (85-92) demuestra que «la hablante lírica» organiza el discurso poético con distintos usos de la primera persona («mi», «digo», «pues», etc.). En el contexto de vida de la monja, esto lanzaba un desafío: ¿puede una mujer conocer? La respuesta encierra una negociación.

Sor Juana distingue «cuerpo/alma» y estipula que el alma cognoscente es *asexuada*: «la separabilidad del alma racional... en sincrética versión hermético-neoplatónica [sustenta] la igual capacidad de mujeres y varones para acceder al conocimiento» (Femenías 9). Si se toma como parámetro el *Sueño*, cuando el alma sin sexo reingresa a un cuerpo de mujer, produce «una nueva clase de sujeto: *el sujeto racional = mujer*» (9). Esa unión podría ser considerada como contradictoria. La solución es una negociación: «la única posibilidad... de las mujeres para acceder al conocimiento fue la de negación de su sexo y la homologación al modelo masculino» (Femenías 13). Para Sor Juana ser *mujer sabia* era fundir en un cuerpo de mujer un «alma asexuada» que respondía a los cánones masculinos de racionalidad. Así, para justificar el saber, el escribir y el disentir de la mujer subsumida al doble sistema patriarcal civil y religioso en la sociedad virreinal, Sor Juana propone como ideal un «sujeto andrógino» que no desestabiliza pero que interpela al mundo falogocéntrico.^[17] Jean Franco coincide. En el *Sueño* «el alma inquisitiva no es tanto neutra como una combinación de lo masculino y lo femenino» (70). La lucha de Sor Juana por

defender su posición intelectual se materializa en la construcción de «un espacio utópico» en el que su «conocimiento y [su] poesía... pueden “apartarse” de las rígidas jerarquías de género». En el «espacio utópico», en ese *no-lugar*, se concreta el ideal andrógino. Ambos componentes, utopía y androginia, son consecuentes con una perspectiva de cf.^[18] El impulso utópico conlleva una fuerza crítica para revisar los binarismos cristalizados en la asignación de roles sexuales en lo que respecta al acceso al saber en la sociedad virreinal y genera un *no-lugar* ideal para que se geste ese sujeto andrógino.

Aquí comienza a jugar un elemento intrínseco a la cf de Sor Juana. La configuración del ideal andrógino se relaciona con la tradición hermética de cuño neoplatónico heredada de Kircher. Como demuestra Linda Egan, la «androginia psicológica» de Sor Juana está directamente asociada al hermetismo (3).^[19] El *corpus hermeticum*, y en particular el saber alquímico, estipulaba que «los contrarios esenciales... se hacen andróginos cada vez que hay concepción y nacimiento en la naturaleza» (Mariano García, «Androginia» 259). Ese corpus permitió que el ideal perviviera a lo largo de los siglos contra los intereses de la ortodoxia católica.^[20] «The greatest freedom of gnosticism is the freedom to think» (Egan 14). El sujeto andrógino en Sor Juana es una herramienta para ir contra la opresión intelectual y de género y aparece como correlato objetivo de un *corpus* que otorga libertad de pensamiento. En consecuencia, como si fueran *dissecta membra*, mi lectura reúne esos elementos en un mismo constructo con epicentro en Sor Juana^[21]:

- en los inicios de la cf latinoamericana aparecen los viajes (astronómicos y del alma) junto con el ocultismo (Cano);
- el ocultismo y el hermetismo favorecieron la pervivencia del ideal andrógino (García);
- el ideal andrógino habita durante el siglo XIX la literatura romántica y en el siglo XX encuentra asilo en las narraciones de cf (García)^[22];
- si se considera que Sor Juana escribió un poema de cf, el *Sueño* (Lépori);
- se comprende por qué como estrategia se configura en ese poema el ideal andrógino para defender el derecho de las mujeres a conocer (Femenías);
- en qué sentido el ocultismo ocupa un lugar central en la construcción de ese ideal (Egan);
- y de qué manera el ideal andrógino se conjuga con el impulso utópico (Franco).

Cada uno de los componentes —«ocultismo, androginia^[23], impulso utópico y cf»— deambulaba aislado o en pares a lo largo de la bibliografía. Reunirlos permitió ajustar con mayor solidez la conexión cf / Sor Juana más allá de la especulación sobre las «fuentes».^[24]

Hacia una definición générica (*gender / genre*) del Sueño

En el apartado anterior trabajé con la licencia de argumentar a favor del *Sueño* a partir de postulados que, en muchos casos, responden a un recorrido más amplio por la obra de Sor Juana (aún cuando el *Sueño* y la *Respuesta* son centrales en la construcción de un «espacio utópico» que justifica el acceso de la mujer al conocimiento). Esta pequeña falla —todo entramado narrativo sufre de un punto ciego— tiene su primera instancia de reparación en una mayor concreción en lo que respecta al *Sueño*. A modo de transición, cierro esta «Primera Parte» evaluando el poema a la luz de una definición específica del género y espero dejar el camino allanado para en la «Segunda Parte» abocarme a leerlo específicamente desde la cf.

La clásica definición de Darko Suvin [1978] resulta adecuada a la hora de definir el *Sueño* como un poema de cf si consideramos la recontextualización de Cano en *Intermitente recurrencia* para la literatura en Hispanoamérica. Según Suvin, la cf plantea una hipótesis ficticia y la desarrolla con rigor científico con el fin de oponer un *nuevo orden* al conjunto de normas preestablecido. Lo «nuevo» (*novum*) provoca el *extrañamiento cognitivo* al cuestionar en términos ficcionales la configuración de la realidad empírica (Cano 15-16). Carl Freedman, continuador de Suvin, sugiere ampliar el alcance de la idea de *cognición*. Lo *cognitivo* excede lo científico en el sentido moderno (18). La cf busca generar un *efecto* (cfr. Barthes) de *extrañamiento*. La teología, la psicología, la filosofía, la medicina, el hermetismo, el neoescolaticismo, etc., podrían formar parte de la *cognición*.

Cano parte de Suvin y propone tres rasgos específicos de la cf vernácula (25-73). El tercero es el uso de «la analogía temporal». Los autores latinoamericanos —el *Sueño* no es la excepción— han preferido un tiempo presente antes que la remisión al pasado o al futuro dentro del universo ficcional. El primer rasgo —«empleo de un discurso que intenta reconstruir, imitar o parodiar las características... aceptadas como propias del discurso científico»— se aplica a un poema que compendia los saberes al alcance de la sociedad novohispana. El segundo rasgo —una «actitud crítica dirigida... a la evaluación de los proyectos o procedimientos científicos»— parece el más adecuado para determinar la singularidad del *Sueño*. En la América hispánica esa actitud estuvo históricamente asociada al cuestionamiento de «trasplantes» de paradigmas foráneos (científicos y no) a la realidad local.

En el *Sueño* no se critica el uso de un corpus determinado de saberes —tendría que haber sido abiertamente «hereje». El «efecto de extrañamiento» surge, en principio, de aspectos formales (su complejidad sintáctica y secuencial) y de contenido (las infinitas referencias hermético-mitológicas), pero se materializa en un «nuevo orden» nacido de una hipótesis desestabilizadora: cómo sería una sociedad en la que, además de hombres dominantes y mujeres dominadas, existiera otra categoría de sujeto cognoscente, el andrógino. Lo «nuevo» (*novum*) es discutir la potestad de saber, pensar y escribir en base a esa hipótesis: ¿quiénes tienen el poder, por qué y

cómo se podría poner eso en entredicho?^[25] La tradición hermética, un corpus de conocimiento permeable a «otras interpretaciones», es el elemento *cognitivo* que sin levantar excesivas sospechas habilita la construcción de un «espacio utópico» en el que pueda desarrollarse el sujeto andrógino que garantice a hombres y mujeres acceder al saber. El *Sueño*, entonces, evidencia la interacción dialéctica entre cf (*genre*) y perspectiva de *gender* tal como en muchas de otras narrativas de cf posteriores.^[26]

Segunda Parte

Professor O'Blivion: «The battle for the mind of North America will be fought in the video arena, the Videodrome. The television screen is the retina of the mind's eye. Therefore the screen is part of the physical structure of the brain... Therefore, television is reality and reality is less than television.»

Videodrome (1983), David Cronenberg

En la «Primera parte» cobró especial importancia la tradición hermética en la lectura del *Sueño* como poema de cf en razón de su incidencia en la construcción de un «espacio utópico» que habilita a hombres y mujeres por igual para acceder al conocimiento. En esta «Segunda Parte», sin dejar de lado el ocultismo, indagaré mediante el funcionamiento de algunos tópicos genéricos en qué sentido es un poema de cf. Convertiré la «ucronía» (qué hubiera pasado si...) en «historia»: el *Sueño* es un poema de cf y Sor Juana una escritora inscrita en el género. Me propongo relativizar la aserción habitual: el *Sueño* cuenta un viaje o ascenso del alma. A causa de cierta complejidad en la exposición —argumentar a favor de Sor Juana y de la cf requiere de torsiones— me parece necesario adelantar algunas conclusiones.

El conjunto de tópicos que utilizo para analizar el *Sueño* pertenece a la producción de cf cinematográfica de los últimos treinta años (cf barroca, neobarroca, posmoderna). El primer tópico (indiferenciación «original/copia») permite advertir que en el *Sueño* el alma no se libera totalmente del cuerpo sino que, por el contrario, lo toma como un inmóvil y «artificial» teatro de operaciones en el que escenifica su viaje intelectual. En el poema las acciones ocurren en el interior de un cuerpo *cyborg* —que se relaciona con el ideal andrógino especificado en la «Primera parte»— pero que va aún más allá. El cuerpo posee una configuración maquinaica interna tanto en sus funciones vitales como intelectuales. Hay, por un lado, un sistema mecánico que le permite al cuerpo seguir funcionando dormido y, por el otro, hay un sistema de percepción intelectual que se construye como si fuera una maquinaria fílmica de copia y de reproducción. A la realidad externa se accede mediante los simulacros

generados por esa maquinaria óptica y proyectados en el interior del sujeto. Lo que leemos como el *Sueño* es el resultado de una puesta en escena en un espacio repleto de imágenes monstruosas que danzan, se articulan, ascienden y descienden. A medias arena circense, a medias campo de batalla, la lucha por el acceso al conocimiento sucede siempre en un interior de cuerpo cyborg inmóvil aunque por momentos creamos volar y llegar a las esferas superiores.

El Sueño y la ciencia-ficción barroca: real /virtual

La reapropiación de Rodríguez de la figura de la monja por medio de su «pastorela virtual» desactiva todo intento esencialista de reconstruir la existencia «real» de un sujeto. El par «real / virtual» («Cualquier semejanza con la vida real es virtual», afirma Rodríguez 1) reenvía el análisis hacia una categoría estética ineludible a la hora de hablar de la monja jerónima: el «barroco». Si en un plano meramente nominal se considera, por ejemplo, que Kepler —autor del *Somnium astronomicum*, un relato de proto-cf—, origina lo que Severo Sarduy (55-83) denomina «cosmología barroca», ¿cuál sería la productividad para el caso Sor Juana de asociar su cf embrionaria con una filiación barroca?

Carlos Gamerro —quien se dedica a escritores rioplatenses contemporáneos— distingue entre «escritura barroca» (v. gr., Quevedo) y «ficción barroca» (v. gr., Cervantes). En la *escritura* el interés recae en el artificioso engarce de conceptos antes que en la remisión a un referente concreto. En la *ficción* el artificio surge no de la sintaxis ni del juego con los significantes sino de la indeterminación a nivel de la estructura narrativa que impide reconocer en qué plano se desenvuelve el personaje —si en el de su «realidad» o en la ficción dentro de la ficción—. Gamerro analiza las ficciones barrocas de Borges, Bioy, Onetti, Cortázar, etc., y cierra el volumen con un *Apéndice* en el que recorre un subgénero de la ficción barroca: la «ciencia ficción barroca». Casi exclusivamente cinematográfica, la *cf barroca* es un cúmulo de notas al pie a la obra del hiper-plagiado Philip Dick.^[27] La cf de Dick plantea un tema barroco determinante en la posmodernidad: la disolución de la diferencia «original / copia».

En principio, mucho tiene que ver el *Sueño* con la escritura barroca y poco con la indeterminación «original / copia» y con la puesta en escena de esa disquisición ontológica. Sin embargo, si se consideran tópicos de la cf barroca reciente se puede entender en qué sentido el *Sueño* posee en ciernes rasgos del género. Al igual que con Holmberg y Gorriti, hay que operar retrospectivamente: desde la cf actual se realiza una arqueología del género en Sor Juana.

La barroca «linterna mágica»: natural combustible de la

paranoia interpretativa

Antonio Domínguez Leiva en su artículo «El barroco cinematográfico» recorre la inextricable relación entre dos maquinarias de la representación: el cine, en tanto arte de masas, y el barroco, una estética de lo espectacular anclada en el siglo XVII (y con continuidad hasta el presente) que —como aquel— hizo del *simulacro* su producto predilecto. Los puntos de contacto son múltiples, pero existe un detalle fundamental sobre el origen barroco del cine. Con mayor o menor precisión hay consenso en que la «linterna mágica» es uno de los antecedentes directos del cinematógrafo. Ese artefacto barroco surge a mediados del siglo XVII y el inventor es un viejo conocido nuestro: Athanasius Kircher.^[28] Sor Juana —lectora del jesuita— se refiere a la «linterna mágica» en el *Sueño* (verso 874). Podría remarcar que Sor Juana anticipa el desarrollo del cinematógrafo y, si no la primera, es una de las primeras en referirse al proto-cine de este lado del Atlántico. Pero lo interesante del asunto excede la cita de la novedad técnica. Para comprender su importancia, se debe contextualizar en qué circunstancias aparece la «linterna mágica» en el interior del poema.

Cronenberg I: cuerpo inmóvil / mente activa

Suspendan por un momento la incredulidad y convoquen a la memoria filmes de cine barroco. Aunque existen innumerables factores narrativos, en ese tipo de ficciones el mundo virtual, indiferenciado del mundo empírico, se sitúa en la psique de un individuo. Un ejemplo paradigmático para pensar la peculiaridad del *Sueño* es *eXistenZ* (1999) de David Cronenberg. En este film el mundo virtual es el de un videojuego. Una de las condiciones para participar de ese mundo, *a posteriori* indiscernible del real, es un cuerpo inmóvil que funciona como intermediario. Se accede a la realidad virtual a través de un bio-puerto al que se le conecta un «cordón umbilical». El ingreso a ese otro mundo requiere de una cuasi-igualdad de género: es necesario que el cordón *penetre* el bio-puerto, un orificio artificial, ubicado en la espalda del individuo a la altura de la cintura (las escenas de conexión no dejan dudas sobre «la penetración»). El origen de la realidad virtual es una mujer. Allegra Geller, diseñadora del videojuego «eXistenZ», es caracterizada como una «diosa» que permite a los usuarios entrar en «trance».^[29] La divinidad virtual pasa mucho tiempo sola en un cuarto diseñando juegos, lo presenta al público en el interior de una iglesia y es víctima de un complot.^[30] El mundo de Cronenberg parece la concreción del anhelado por Sor Juana. Las mujeres gobiernan, ahora, el acceso a un espacio deseado (de vida, de placer, de conocimiento) y si bien formar parte de la realidad virtual no supone una feminización de la psique, poder ingresar —invirtiendo la estrategia sorjuaniana— requiere de una androginización de los individuos marcados

como hombres en su materialidad corporal. Tal vez de un modo menos evidente que en otros filmes (*Videodrome*, 1983; *The Fly*, 1986), Cronenberg trabaja en *eXistenZ* con la problemática del sujeto *cyborg*. En el *Sueño* (y en la *Respuesta*) el ideal andrógino justifica que una mujer, frente al universo masculinista, *también* pueda conocer. El andrógino —a través del cual Sor Juana discute la estructura binaria de la configuración de género (*gender*) en lo que respecta a «poder conocer» en el contexto virreinal— aparece representado en el poema por el sujeto que sueña en cuyo interior corporal *cyborg* se batalla por esa posibilidad. En el próximo apartado retomo la problemática del cuerpo.

¿En el *Sueño* se narra un «viaje del alma» o, como en *eXistenZ*, una actividad psíquica interior? Consideremos la síntesis comentada de Franco.

[El *Sueño*] suele leerse como el vuelo del... alma liberada de sus ataduras corpóreas gracias al sueño, como un intento de alcanzar el conocimiento absoluto del mundo mediante la visión panóptica («platónica») intuitiva; cuando esto fracasa, el alma intenta alcanzar el mismo fin mediante una progresión ordenada a través de las categorías aristotélicas. La segunda búsqueda se interrumpe porque el alma no puede comprender los fenómenos más sencillos de la naturaleza, aunque persiste su deseo de saber. Al llegar la luz del día y despertar el yo, el oscuro mundo interior de la fantasía incorpórea desaparece en esa luz diurna... (64)

La interpretación tradicional, basada en la escisión cuerpo / alma de raíz hermético-neoplatónica, sustenta las palabras de Franco. En el *Sueño* el cuerpo entra en letargo, el alma se libera y va hacia las altas esferas para llevar adelante su batalla epistemológica. Pero esta afirmación es correcta solo parcialmente. La tradición hermética muestra variantes narrativas que se alejan del tópico del «vuelo del alma». Garth Fowden cita el fragmento de un texto de mediados del siglo II d.C. (*Cyranides*) que evidencia, en el contexto de una discusión sobre la inmortalidad del alma, qué relación guarda esta con el cuerpo:

But the soul is its own master; for when the body is at rest on its bed, the soul is reposing in its own place (in the air, that is to say), whence we received it; and it contemplates what it happening in other regions. And often, feeling affection for the body in which it dwells, it foretells good or ill years before it comes to pass – in what we call a dream. Then it returns to its own habitation and, waking it [the body] up, explains the dream. From this let it be clear to you that the soul is immortal and indestructible... (Fowden 88)

Dejando a un lado el contenido del sueño como «premonición», el fragmento muestra

semejanzas con el poema de Sor Juana. Se apela a la distinción micro / macrocosmos: el hombre dentro de la habitación, el alma dentro del cuerpo. Mientras el cuerpo inmóvil está en la cama, el alma descansa en el aire y contempla lo que sucede «en otras regiones». Pero el alma no sale de la habitación ni vuela. Sale del cuerpo, reposa sobre él y le comunica lo que ha visto. Lo que el alma ve, es el contenido del sueño. En ese fragmento el alma, «its own master», mantiene contacto con el cuerpo, aunque funciona sin necesidad de él.

En el *Sueño* la acción ocurre en un *continuum* —entre las funciones vitales y la intelección— en el interior del sujeto dormido. El alma no asciende excepto a un extremo mental. El cuerpo dormido se convierte en el mejor estado para que el alma discurra con mayor libertad sobre cómo conocer y que pueda ver lo que durante la vigilia, por estar ocupada en asuntos terrenales, le es imposible. Paz, por lo demás un lúcido comentarista del poema, nunca resuelve si se trata de un viaje por el exterior o por el interior (470-472). Dice que el alma peregrina «por las esferas supralunares», pero cita a Festugiére: «hablan [los autores] de éxtasis y de ascensión celeste, [pero] tienen clara conciencia de que... se trata de... un fenómeno psicológico...» (479). Paz, tal vez en aras de la simpleza, descuida una arista fundamental: el cuerpo está inmóvil, el viaje es interior.^[31] Indaguemos estas dos aserciones.

Viaje por el interior del cuerpo cyborg: cuerpo mecánico / cerebro cinematográfico

En el *Sueño*, como en un film de cf contemporánea, las peripecias ocurren dentro del sujeto (aun cuando por momentos tengamos la sensación de recorrer el mundo empírico exterior). Los 975 versos del poema conforman un arco que va desde la llegada de la noche en el mundo y del sueño para el cuerpo hasta el triunfo del sol con el amanecer y el despertar del sujeto. Durante ese lapso se narran los avatares del alma por acceder al conocimiento. El contenido del viaje hizo correr —y con justicia— ríos de tinta y es el eje del poema. No es mi interés repetirlos, sino detenerme en las transiciones vigilia / sueño y sueño / vigilia para ver cómo es y qué sucede en ese interior *cyborg*.

El arribo definitivo del sueño ocurre hacia el final del primer tercio del poema (versos 191-291). No se advierte una escisión tajante entre cuerpo y alma. El alma aparece «suspensa/ del exterior gobierno» (v. 191-192) «del todo separada/ no» (vv.197-198) de los «sosegados huesos» (v. 199). El cuerpo es «un cadáver con alma,/ muerto a la vida y a la muerte vivo» (v. 202-203) sustentado por el corazón, «reloj humano» (v. 205).^[32] Las funciones vitales mínimas permiten que el cuerpo mantenga latente su fuerza para despertarse y, a la vez, le posibilitan al alma actuar. El sueño llega a través de una simbiosis química en el interior de un cuerpo inmóvil

representado como una maquinaria: «vital volante» (v. 206), «arterial concierto» (v. 207), «respirante fuelle» (v. 212), «pulmón, que imán del viento es» (v. 213), «claro arcaduz blando» [«arcaduz»: *caño o acueducto* y también *recipiente de metal*] (v. 216) , «alambicó quilo el incesante/ calor» (v. 243-244), «científica [o centrífica] oficina» (v. 235), «templada hoguera» (v. 253), etc. Según Paz, esas referencias son parte de «un eco literario: la poesía del siglo XVII usó y abusó de las metáforas científicas...» (487). Me parece más factible considerar la imaginería alquímica. El verbo «alambicar», en la familia de palabras de «alambique», es una de las pruebas más notorias.^[33] El hermetismo del que se nutrió Sor Juana justifica esa suposición. La tradición alquímica, en principio una actividad manual, pergeñó una imaginería en torno de la transmutación de los metales, su refinamiento en oro y plata, con el fin de simbolizar una purificación espiritual (Fowden 89-90).

En el *Sueño* el cuerpo es *cyborg* por el sistema digestivo mecánico-alquímico recién mencionado y también por la actividad desarrollada en la parte superior.^[34] El estómago envía los humores destilados hacia el cerebro que le permiten a la «fantasía» formar «imágenes diversas» para mostrárselas al alma (vv. 234-265). La «fantasía», como el Faro de Alejandría, un portento de la óptica, reproduce en su espejo los objetos más lejanos incluyendo las abstracciones^[35]

...así ella [la fantasía]... iba copiando/ las imágenes todas de las cosas,/ y el pincel invisible iba formando/ de mentales, sin luz, siempre vistosas/ colores, las figuras/ no sólo ya de todas las criaturas/ sublunares, mas aun también de aquéllas/ que intelectuales claras son estrellas,/ y en el modo posible/ que concebirse puede lo invisible,/ en sí, mañosa, las representaba/ y al Alma las mostraba.

(El *Sueño*, vv. 280-91)

En ese «cuerpo muerto en vida», y con la asistencia de la «fantasía», el alma emprende su «vuelo intelectual» (v. 301), un vuelo interior.^[36] Sor Juana remarca que existe una sutil ligazón entre el alma «juzgándose casi dividida» (v. 297) y la «corporal cadena» (v. 299). El alma se eleva metafóricamente

...a la mental pirámide elevada/ donde —sin saber cómo— colocada/ el Alma se miró... pues su ambicioso anhelo,/ haciendo cumbre de su propio vuelo,/ en la más eminente/ la encumbró parte de su propia mente,/ de sí tan remontada, que creía/ que a otra nueva región de sí salía.

(El *Sueño*, vv. 423-434).

El alma «casi» separada «creía que salía» hacia una nueva región, pero ha ascendido a la «mental pirámide».^[37] En ese nuevo estadio de intelección puede ver con sus

«intelectuales bellos ojos» (v. 441) «lo criado» (v. 445). Se conjugan la función de la «fantasía» y la del alma: «La luz con que la fantasía pinta las figuras mentales es la luz del alma racional: este es otro rasgo que Sor Juana comparte con los neoplatónicos, que atenuaron las diferencias entre la fantasía y el entendimiento.» (Paz 489). La «fantasía» copia y reproduce. Egan, quien a continuación habla del *vuelo del alma*, sugiere que en el *Sueño* «we can see, as in a videotape, the way the mind's "fantasía" (fantasy, or imagination) forms "imágenes diversas" (diverse images) of the Cosmos and shows them to the soul» (41).

Ahora sí. En el interior de ese cuerpo proto-cyborg la mención de la «linterna mágica» pierde su carácter eventual. El invento de Kircher es mencionado hacia el final del *Sueño*. El cuerpo comienza a despertarse, el alma culmina su trasiego. El aparato de video que copia —la «fantasía/Faro»— es secundado por «la linterna mágica» en las cavidades del cerebro:

Y del cerebro, ya desocupado,/ las fantasmas huyeron/ y —como de vapor leve formadas—/ en fácil humo, en viento convertidas, su forma resolvieron./ Así linterna mágica, pintadas/ representa fingidas/ en la blanca pared varias figuras,/ de la sombra no menos ayudadas/ que de la luz: que en trémulos reflejos/ los competentes lejos/ guardando de la docta perspectiva, en sus ciertas mensuras/ de varias experiencias aprobadas,/ la sombra fugitiva,/ que en el mismo esplendor se desvanece,/ cuerpo finge formado,/ de todas dimensiones adornado, cuando aun ser superficie no merece.

(El *Sueño*, vv. 868-886)

Sor Juana alienta la analogía de la *linterna mágica* con la factibilidad técnica del cinematógrafo en el interior del sujeto. Sobre una blanca pared (la pantalla) por medio de luces y sombras (el claro oscuro de la proyección) se representan con «docta perspectiva» (manteniendo la proporcionalidad renacentista) figuras que aparentan poseer las dimensiones de un «cuerpo real» cuando ni siquiera merecen ser superficie. Dentro del cerebro hay dos sistemas de copia y reproducción: el Faro y el dispositivo semejante a la «linterna mágica». Estos mecanismos ópticos parecen explicar la necesidad de mantener activo el cuerpo. Se requiere de una mínima actividad corporal para conservar en la memoria lo que después es discurso.

Si mi lectura es aceptable, así como en *eXistenZ* la acción transcurre en la mente de los personajes (la narración sucede *allí* dentro), en el *Sueño* asistimos a una eventual filmación / proyección en el interior de la mente de un sujeto inmóvil. Esto deriva en una dificultad a la hora de interpretar. ¿Es posible diferenciar entre aquello que el alma ve o intuye y las «fantasmas» —las imágenes oníricas^[38]— que se proyectan en el cerebro? ¿O en realidad la resultante del viaje intelectual se corresponde con lo que proyecta la «linterna mágica»? Según Paz (471) el «poema es demasiado arquitectónico y complejo para ser confundido con un "sueño"...» Estoy

de acuerdo. En apoyo de esta idea valdría recordar el pasaje del texto hermético citado por Fowden: lo que el alma ve en otras regiones mientras el cuerpo duerme es denominado «sueño» («dream»). Y más aún, aunque en el *Sueño* existiera una distinción entre lo que se sueña y el viaje intelectual, abogarí por entender que en el final del poema «las fantasmas» que abandonan el cerebro no son el contenido de un sueño alternativo sino lo que el alma ve. El vocablo «fantasmas» está asociado — inclusive en términos etimológicos— a lo que percibe «la fantasía» (aunque en la tradición las «fantasmas» remitan a los sueños espurios). Además, se da una simetría de vocabulario entre el comienzo y el fin del sueño. El «vapor» (v. 870) utilizado para referirse a las imágenes que se disuelven en el despertar, se relaciona con los «vapores tan claros» (v. 256) que con la llegada del sueño le permiten a la «fantasía» funcionar. Esta servidora asiste a un alma que, cuando duda sobre cómo organizarse para conocer, apela a «las categorías» calificadas por la voz poética como «artificiosas» (v. 581) y «mentales fantasías» (v. 586).

En consecuencia, lo que consideramos como el núcleo del *Sueño* —pero puede extenderse al resto del poema— sería el producto de la captación de un *gadget* cinematográfico «instalado» en un sujeto en ese momento inmóvil. Al leer, estamos viendo lo que se proyecta en la cámara oscura. El poema en su conjunto es una sucesión de imágenes virtuales proyectadas en el cerebro del sujeto (de allí la importancia del cuerpo). Tal vez en eso resida su carácter barroco. Los fragmentos, las digresiones y las volutas narrativas remiten a un montaje cinematográfico no clásico. Simulacro barroco y simulacro cinematográfico se aúnan en el *Sueño*.

Cronenberg II. Un sueño virtual: monstruos, circo y televisión

Suponer para el *Sueño* un tópico de cf barroca —la disolución de la distinción original / copia— me permitió subrayar otro tópico concomitante: «el viaje» sucede en el interior de un cuerpo inmóvil, el alma racional discurre con lo que le facilita la fantasía y con la abstracción de lo que acopió en sus experiencias previas. Es complejo sostener que mientras leemos el *Sueño* no sabemos en qué nivel de la realidad transcurre la acción. El final «y yo despierta» restituye el mundo empírico al que por consenso se considera «real». Pero como antes indiqué, el devenir del *Sueño* confundió a comentaristas que descuidaron remarcar que la salida o elevación del alma era pura retórica.

En el poema se accede a la realidad empírica no por «la visión a vuelo de...», sino a través de la copia y de la proyección de un constante flujo y reflujo de imágenes en el interior de un sujeto. En ese discurrir cinematográfico se está siempre entre simulacros, entre «mentales fantasías». Las imágenes alegóricas y simbólicas

remiten sin cesar a imágenes previas y así *ad infinitum*. El arsenal alegórico-mitológico y las referencias a las categorías epistemológicas instalan una segunda realidad superpuesta a la eventual realidad empírica. El papel de la tradición hermética también en este caso es determinante. Sor Juana toma la concepción hermética de Kircher de «la cadena del ser» que estructura al mundo en un *continuum* (divinidad, ángel, hombre, animal, vegetal, mineral) y accede así a la realidad empírica mediante «el lenguaje simbólico de las cosas» (Franco 62). En el *Sueño*, la alegoría (cuyas imágenes nunca tienen una significación estable) cumple una doble función: «hacer visibles asuntos de fe... demasiado abstractos, y... ocultarle al vulgo ciertos temas, como lo hicieron los egipcios...» (Franco 61). Sor Juana pone en juego una forma distinta de comprender. El hermético sufre una especie de paranoia: ve en los símbolos de las cosas mensajes cifrados. Genera sentido con lo que «el vulgo» considera datos inconexos. La concepción de la «cadena del ser» desactiva la idea del vuelo y permite suponer que leemos el poema como si se tratara de un ascenso aunque permanecemos en el interior mental.^[39] A continuación reformulo apenas la sinopsis del *Sueño* para especificar a qué puesta en escena asistimos cuando leemos:

Es de noche, un sujeto se dispone a dormir dentro de una habitación a oscuras. Su cuerpo cae bajo el sopor. El alma se libera de las tareas habituales y, ayudada por la fantasía, analiza a través de todas las cosas de qué manera se accede al conocimiento. Ve, copia y reproduce con sus intelectuales ojos «videoformes». Lo que se encuentra en la habitación —desde los libros (su contenido mitológico incorporado previamente, su materialidad concreta de objeto) pasando por las paredes hechas con algún mineral y las alimañas que la habitan, hasta el propio cuerpo— le es útil para discurrir por toda la *cadena del ser*. Cada cosa es símbolo de otra. En el recinto hay una ventana por la que entra luz no visible para los sentidos corporales, pero sí para el alma que reconoce su procedencia de los ámbitos superiores.^[40] Semeja su complejo análisis un ascenso y un descenso. Cuando entra la luz diurna, el cuerpo despierta, el alma vuelve a lo cotidiano.

Esta síntesis hace innecesario suponer vuelo alguno. Todo lo que se requiere para indagar y analizar está al alcance de la mano o del *gadget* que registra. Esos *ojos intelectuales* pueden recorrer en giros sin abandonar completamente el cuerpo como si se tratara de un Faro. Esa virtualidad del mundo exterior construida en un sujeto *cyborg* con órganos intelectuales de percepción que funcionan como un mecanismo que registra, reaparece —con las variantes obvias— en otro film de *cf* posmoderna. El artífice, Cronenberg.

En *Videodrome* (1983) —recomendaría releer el epígrafe de esta «Segunda Parte»— conspiran dos fuerzas con el fin de obtener el dominio de la mente humana.

Luchan en una «arena» virtual. Una fuerza conservadora busca aniquilar a quienes consumen pornografía por televisión filtrando en videos *snuff* (sexo más muerte real) un tumor maligno. La otra se propone la liberación de esa amenaza y está comandada por el profesor O'Blivion quien sólo existe en las mil horas de video (administradas por su hija) que dejó antes de morir. Él sostiene que el ser humano ha llegado a un estadio en el cual la pantalla de televisión se ha convertido «en la retina del ojo del alma» modificando el cerebro. La realidad generada por la televisión es superior a la realidad a secas.^[41]

En *Videodrome* todo cuerpo es *cyborg* por su «retina mental televisiva», por su sometimiento a fuerzas tecnológicas o por su incipiente androginia.^[42] Este film impulsa una reconsideración de la importancia del cuerpo. El cuerpo *cyborg* asediado por el fluir catódico es un «dromo», arena y campo de batalla en el que se lucha por la dominación del sujeto. En el *Sueño*, el cuerpo invadido por las copias del Faro y por las «fantasmas» de la linterna mágica es también un «dromo». En este caso, se trata de un *escenario* en el que se batalla por el derecho a conocer. Margo Glantz habla de *circo* (53). El camino «en busca del conocimiento [del *Sueño*], mediante ascensos y descensos, [es] un mester de cirquería y... hasta una teratología, la que se implica en el juego de las metamorfosis que sor Juana toma prestada de Ovidio.» El escenario del *Sueño* (el interior del sujeto) parece el espacio virtual de un circo. Se encuentran en él las atracciones más extrañas: un faro, una linterna mágica, una galería de monstruos y de seres metamorfoseados. Según Glantz la primera parte del *Sueño* «...apunta hacia un tratado de teratología construido por sor Juana... que parece volverse autorreferente» (57). La irrealidad de lo circense y del compendio *freak* ilusiona al lector con escapes, salidas, acrobacias y un vuelo. Más allá de las citas culteranas que parecen ponernos sobre la pista de una tradición intelectual sobria, el interior del «dromo» bulle como un circo romano. Con un tono diferente al de las extremas personalidades de Cronenberg, en el *Sueño* Sor Juana también invoca a personajes alegóricos monstruosamente metamorfoseados.^[43] La galería de «adorables perversos» incluye al *voyeur* Acteón convertido en ciervo y descuartizado por espiar a Diana, a la incestuosa Nictimene quien —como Anaïs Nin— cumplió la fantasía de acostarse con su padre, a la deliciosa e insaciable Almone que unificaba en sus amantes sexo y muerte. Esta teratología es, por supuesto, consecuente con la imaginería de la cf. Sean presentadas como negativas o positivas, las transformaciones y las mutaciones hacia el interior de un texto de cf indican un nuevo tiempo. En Sor Juana, señalan la lucha por un tiempo que ha de venir.^[44]

***Inner space* y ciencia-ficción barroca posmoderna**

La cf barroca me ha permitido convertir en una aserción plausible que el *Sueño* es un

poema de cf. Como ya señalé con Volek, es necesario andar con cuidado al proponer paradigmas teóricos para abordar la polisémica y esquiva Sor Juana. Por el afán de argumentar a mi favor pude haber incurrido en interpretaciones hiperbólicas o en ciertos *misreadings*. Las tentaciones de «falsos amigos teóricos» pululan por doquier. De todas formas, si la productividad textual surge de supuestos explicitados, la única condición es mantener la rigurosidad. En ese sentido, antes de avanzar hacia el final del escrito me interesaría atacar mi propio planteo.

La hipótesis del «viaje interior» no convierte *per se* al *Sueño* en un poema de cf. La literatura fantástica abundó en ficciones que situaron la acción en el plano mental en sustitución de la realidad empírica. Esto se advierte tanto en el romanticismo como en el fantástico producido a lo largo del siglo xx. Voy a poner un ejemplo no inocente.

En el relato «Las ruinas circulares» de *El jardín de los senderos que se bifurcan* (1941) [*Ficciones* (1944)] de Jorge Luis Borges, un hombre se propone soñar a otro desde cero, en su más mínimo detalle, e introducirlo en el mundo real. Ese hombre, un mago, utiliza los sueños para componerlo y se preocupa de ir poco a poco, órgano por órgano. Como resultado obtiene un ser «inhábil y rudo y elemental» como les sucedía a *los demiurgos de las cosmogonías gnósticas* (Borges, «Las ruinas circulares», 453). En el final, el mago reconoce que él también es una apariencia y que es soñado por otro. Gamerro ubica a ese relato entre las «ficciones barrocas» borgeanas (45-46). Ahora bien, ¿a qué género pertenece «Las ruinas circulares»? Si la respuesta es a la «literatura fantástica», entonces podría defenderme argumentando que fantástico y cf son configuraciones genéricas contiguas, y más aún, podría citar a Cano: «...la cf de Hispanoamérica se ha asimilado a la escritura de lo fantástico...» (55).^[45] Pero esto echaría por tierra parte de lo construido hasta aquí. No existirían razones concretas para focalizar más en la cf que en el fantástico a la hora de leer el *Sueño*.

Supongamos que esa no es la respuesta. Progresivamente y con el transcurso de los años, se hizo cada vez más evidente que Borges no sólo se había interesado por ciertos tópicos de la cf, sino que además había reescrito textos de cf con recursos propios de otros géneros (Carlos Abraham). Cano (190-209) propone un marco más amplio: la cf en la literatura de Hispanoamérica después del modernismo fue obliterada. Su ejemplo capital, el cuento «El jardín de los senderos que se bifurcan» de Borges, se hace extensivo al resto del volumen homónimo. Varios de los relatos allí compilados trabajan con tópicos de cf reducidos a su mínima expresión. En «Las ruinas circulares», dice Cano, el tópico de cf que subyace es *la creación artificial de vida* (208). A esa pertenencia genérica, le sumo que Borges compara lo que realiza el mago con la acción de los demiurgos en las cosmogonías gnósticas. Los gnósticos tuvieron acceso a los libros de la tradición hermética (Fowden 114). El interés por crear vida artificial es gnóstico y pertenece, además, a la rama alquímico-hermética de la concreción del «homunculum». Nadie ignora el lugar que ocupa en la

imaginería borgeana la figura del «golem».^[46] Mi tesis parece defendida: cf, ocultismo (alquimia), viaje interior (los sueños) y androginia (tema complejo en Borges, pero en todo caso su mago procrea unificando los roles madre / padre) van de la mano.^[47]

Y aunque resulte inverosímil, Borges con su invocación del tópico de «vida artificial» en un texto de cf ilumina un término alquímico utilizado por Sor Juana cuando cuenta cómo el «alma» retrae la atención al sentirse asombrada por la diversidad de objetos vistos:

...aun no sabía/ recobrase a sí misma del espanto/ que portentoso había/
su discurso calmado,/ permitiéndole apenas / de un concepto confuso/ *el
informe embrión* que, mal formado,/ inordinado caos retrataba/ de confusas
especies que abrazaba...

(El *Sueño* vv. 543-551) [énfasis añadido]

Como en el relato de Borges, en el poema el sujeto sueña en su interior la creación de un «ser» que culmina como un *informe embrión*. El mancebo del mago de las *ruinas circulares* no supera la categoría de simulacro (el anfiteatro circular en ruinas también es, de paso, un «dromo»). El embrión de Sor Juana originado en el interior de un sujeto andrógino (ambos, embrión y androginia, tópoi alquímicos) no logra transformarse en *hombre*, es decir, no puede ser un pleno producto del entendimiento de todas las cosas.^[48]

¿Borges y Sor Juana? Esta arbitraria e inesperada pareja me conduce hacia la parte final del escrito a la vez que me retrotrae a los «falsos amigos teóricos». La figura de Borges, cuya *posmodernidad* reconozco es por lo menos discutible, convierte en viable una lectura *post-* de Sor Juana. El factor común es la cf. Este género popular en su desarrollo mantuvo una estrecha relación con el posmodernismo. Para el caso de Borges, dicho género podría ser la clave que permitiera justamente explicar su carácter *post-*.^[49] En lo que respecta a Sor Juana, y por razones obvias, es mayor el número de críticos que con cautela deslizan su eventual «modernidad» que los que abogan por asociarla con posturas posmodernas.^[50] Aún así, hay datos indirectos a favor de esa lectura: la recepción de Sor Juana por Rodríguez; la conexión —ideal andrógino mediante— entre lo *cyborg* y la configuración maquínica del cuerpo en el barroco; las semejanzas tópicas entre el *Sueño* y los filmes de cf barroca que en términos de Domínguez Leiva es «neobarroca»; y, en particular, a lo que me referiré ahora, la coincidencia entre el «viaje interior» en el *Sueño* y el giro en la cf a partir de la década del sesenta con la «New Wave».^[51]

Contra el agotamiento en la producción de cf de las décadas anteriores, la *New Wave* registró los cambios sociales de los años sesenta: el uso «espiritual» de drogas,

la búsqueda de una nueva trascendencia, la incidencia de la peculiar religiosidad «new age», etc. (Broderick 48-56). Una figura representativa para entender este giro es James G. Ballard.^[52] Voy a tomar, sin embargo, un camino alternativo.

En 1965 el crítico norteamericano Leslie Fiedler da una conferencia —convertida, luego, en un artículo famoso, polémico y hoy bastante olvidado— con el título «The New Mutants». Ese artículo tiene, entre otras, la virtud de ser uno de los primeros en usar el prefijo *post-* para designar «la nueva época» surgida a partir de los años sesenta y, por sobre todo, es uno de los que inauguran el abuso de la parafernalia de la *cf* (el «mutantes» del título) para decir que han llegado *nuevos tiempos* (veinte años después Haraway haría algo semejante con el *cyborg*). Su contenido es denso y lo analizo en otro escrito. Aquí me interesa un aspecto. Con cierto pesimismo Fiedler señala que el pasaje de la modernidad —asociada a la expansión territorial y económica iniciada en el Renacimiento con los viajes de exploración y conquista (el capitalismo)— a la posmodernidad puede detectarse en el fin del afán de acumulación. Lo que prima en este nuevo mundo de *mutantes* es desconexión (jóvenes sin interés en el trabajo ni en los estudios), drogas, dilución de la masculinidad, ausencia de una idea de progreso, culto a las personalidades esquizofrénicas

In any case, poets and junkies have been suggesting to us that the new world appropriate to the new men of the latter twentieth century is to be discovered only by the conquest of inner space: by an adventure of the spirit, an extension of psychic possibility, of which the flights into outer space — moonshots and expeditions to Mars— are precisely such unwitting metaphors and analogues as the voyages of exploration were of the earlier breakthrough into the Renaissance... (Fiedler)

Tomando como referente la obra de William Burroughs, en esa nueva época *post-* quedan de lado los viajes a la Luna y la conquista del espacio exterior (análogos a las naves españolas y portuguesas del siglo XVI) y se privilegia una indagación del «inner space», de la vida interior, de la aventura del espíritu. Esta constatación de Fiedler antes que celebrar —su texto es riquísimo y contradictorio— critica la nueva época. Se refiere a los *mutantes* como a los *nuevos irracionales, los nuevos bárbaros*. Fiedler supone que en la década del sesenta han reaparecido fuerzas no-rationales de la mano de tradiciones religiosas que no provienen de Occidente o que estaban allí antes de la llegada de «los blancos».

The post-modernists are surely in some sense «mystics,» religious... but they are not Christians [...] ...his religion... claims to be derived from Tibet or Japan or the ceremonies of the Plains Indians, or is composed out of the

non-Christian submythology... (Fiedler)

No hay una mención explícita al esoterismo, pero en el sincretismo caótico del «new age» todo habría de ser procesado. Esa nueva forma de espiritualidad que se manifiesta en una cf interesada por explorar el *espacio interior* del sujeto está asociada a corrientes religiosas que van contra la ortodoxia. Uno de los ataques —no programático— a la ortodoxia religiosa es la ambigüedad sexual de esos mutantes. En su artículo, Fiedler habla de *nuevos tiempos*, tan nuevos que hacen inimaginable que alguna vez se hubiera dado una conjunción semejante entre cf, discursos religiosos no ortodoxos, metamorfosis y mutaciones, identidades sexuales diversas y vida espiritual. Imposible. Un sueño.

Breve póslogo

La conspiración. En Jesusa Rodríguez, una forma de comprender desde la asediada Sor Juana parte de la sociedad actual. En Piglia —al complot se suma la paranoia— un delirio relacionado con el saber. Artefactos conspirativos y paranoicos como las películas de cf neobarroca, en especial las de Cronenberg, fueron útiles para pensar diversas instancias del *Sueño*. Las conspiraciones de *Videodrome* no pasaron desapercibidas a la escasa crítica que desde hace tiempo acepta tomarse en serio un film de cf para evaluar la compleja configuración del sistema social de estos últimos cuarenta años.^[53] Fredric Jameson en *La estética geopolítica* afirma que «el cine de conspiración asesta una salvaje puñalada al corazón de todo esto» (23). Y con *todo esto* se refiere a la lógica inasible del capitalismo tardío: «...en la actividad conspiratoria las formas cambiantes del poder expresan la organización económica del capitalismo multinacional» (93).

Con apenas un año de diferencia Piglia (1991) y Jameson (1992) piensan las narrativas finiseculares por medio del par «conspiración / paranoia». Coincide Jameson: «Nada se gana con estar convencido de la definitiva verosimilitud de ésta o aquella hipótesis conspiratorias; pero en el intento de aventurar hipótesis... se encuentra el principio de la sabiduría.» (23). En su análisis de *Videodrome*, a partir de las vicisitudes del protagonista Max, víctima, detective, victimario en recursivas conspiraciones, Jameson detecta de qué manera se desarrolla el «ideologema» de la «paranoia». Se suceden desplazamientos estructurales en los que «los actores físicos sig[uen] siendo... “los mismos”, mientras que sus funciones sustanciales cambian incesantemente debajo de ellos» (55). Así como Jameson entiende las narraciones conspirativo-paranoicas, he esbozado esta propuesta de *crítica paranoica*. El «volver a contar», basado en el mito *cyborg* (Haraway) y en las narrativas paranoico-conspirativas, permite leer Sor Juana desarmando el complot que llevó a que nunca se

escribiera sobre ella como si fuera una autora de cf.

Por supuesto, *cyborg*, paranoia y conspiración están relacionados. El *cyborg* u organismo cibernético concreta la fantasía de un ser, a la vez humano y máquina, imposible de diferenciar de un ser humano biológico. Esta indeterminación conduce a la paranoia, tantas veces visitada en los relatos de cf, de ser dominados por entes no completamente humanos. La propuesta de Haraway a nivel identitario invierte la carga de la prueba. Todos somos *cyborgs* y el problema está en las narraciones estructuradas en base a binarismos que nos constituyen como sujetos: las «víctimas» del complot son quienes viven enmarcados en esas dualidades jerárquicas. La única manera de reconocerse *cyborg* es volver a contar la historia, renegar de los orígenes preestablecidos, aceptar la fluctuante hibridez y mantenerse «paranoicos» para no ser presas de narraciones esencialistas. Por el lado de la crítica paranoica, las pretensiones de invertir la carga de la prueba son más acotadas, pero tienen un objetivo semejante. Existen muchos más textos de cf de los que se aceptan. Junto a las particularidades genéricas del policial y del fantástico —en textos ficcionales y/o críticos— conviven en promiscua mezcla rasgos de cf. Y es en la mezcla, en el collage, en la suma de fragmentos donde la cf se define.^[54] Sólo se harán evidentes esos retazos si se asume el riesgo de intentar re-narrarlos por medio de un paradigma crítico que permanezca alerta al más mínimo dato válido y utilizable. El error ocurrirá, en todo caso, si no se es capaz de reunir un número suficiente de datos, es decir, si no se es efectivamente paranoico.^[55]

Bibliografía primaria

- Aira, César. *El Sueño*. Buenos Aires: Emecé, 1998
 - Aldunate, Elena. «Juana y la cibernética». En Rojas-Murphy, Andrés. *Antología de cuentos chilenos de ciencia ficción y fantasía*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1988 [1963]
 - Borges, Jorge Luis. «Las ruinas circulares». En *El jardín de los senderos que se bifurcan* [1941]. En *Ficciones* [1944]. En *Obras Completas I. 1923-1949*. Buenos Aires: Emecé, 1993. 451-455.
 - —. «La pesadilla» y «La cábala». En *Siete noches* [1980]. En *Obras Completas III. 1975-1985*. Buenos Aires: Emecé, 1994.
 - Dick, Philip K. *Ubik*. Madrid: La Factoría de Ideas, 2009. [1969]
 - Holmberg, Eduardo. *Viaje maravilloso del señor Nic Nac al planeta Marte*. Buenos Aires: Colihue. Colección Los Raros. Biblioteca Nacional, 2006.
 - Rodríguez, Jesusa. «Sor Juana en Almoloya (Pastorela Virtual)». Con la colaboración de Tito Vasconcelos, Manuel Poncelis y Liliana Felipe. [*Debate Feminista* # 12]. En www.hemisphericinstitute.org, 1995. 1-11.
 - Sor Juana Inés de la Cruz. «El Sueño». En *Obras completas I. Lirica personal*. México: FCE, 1995 [1692 / 1951]
 - Sor Juana Inés de la Cruz. «Repuesta a Sor Filotea de la Cruz». En *Obras completas IV. Comedias, Sainetes y Prosa*. México: FCE, 1995 [1700 / 1957]
-

Filmografía

- Amenábar, Alejandro. *Abre los ojos*. España / Italia / Francia: 1997. Color.
 - Cronenberg, David. *Videodrome*. Canadá: 1983. Color.
 - —. *The Fly*. USA: 1986. Color.
 - —. *eXistenZ*. Canadá / UK: 1999. Color.
 - Dante, Joe. *Innerspace*. USA: 1987. Color.
 - —. *Moon*. UK: 2009. Color.
 - —. *Source Code*. USA / Francia: 2011. Color.
 - Dante, Joe y otros. *Amazon Women in the Moon*. USA: 1987. Color.
-

Bibliografía crítica

- Abraham, Carlos. *Borges y la ciencia ficción*. Buenos Aires: Editorial Quadrata, 2005.
- Cano, Luis. *Intermitente recurrencia. La ciencia ficción y el canon literario hispanoamericano*. Buenos Aires: Corregidor, 2006.
- Broderick, Damien. «New Wave and backwash: 1960-1980». En James, Edward and Mendelsohn, Farah (eds). *The Cambridge Companion to Science Fiction*. UK: Cambridge University Press, 2003. 48-63.
- Capanna, Pablo. *Philip K. Dick. Idios Kosmos*, Buenos Aires: Editorial Almagesto, 1995.
- —. *Ciencia ficción. Utopía y mercado*. Buenos Aires: Cántaro, 2007.
- Crash Solomonoff, Pablo. «Eduardo Holmberg: eslabón perdido en Marte». En Holmberg, Eduardo. *Viaje maravilloso del señor Nic Nac al planeta Marte*. Op. cit., 2006. 11-25.
- Disch, Thomas. «Como un auto lanzado a fondo por una carretera vacía» [1987]. Entrevista de Ricardo Piglia. En Link, Daniel (comp.). *Escalera al cielo. Utopía y ciencia ficción*. Buenos Aires: Editorial La Marca, 1995. 21.
- Domínguez Leiva, Antonio. «El barroco cinematográfico». En VV.AA. *Barroco*. Madrid: Editorial Verbum, 2004. 1199-1240.
- Egan, Linda. «Let No One Guess Her Sex: Sor Juana, Jesusa Palancares and the Mask of Androgyny». *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*. 4.1-2 (2008-2009): 27-52
- Eliade, Mircea. *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza Editorial, 1986 [1956].
- Femenías, María Luisa. «“Oí decir que había Universidad y Escuelas”. (Reflexiones sobre el feminismo de Sor Juana)». En *Orbis Tertius*. 1.2-3 (1996). En www.orbistertius.unlp.edu.ar.
- Fernández, Miguel Ángel. «Breve historia de la ciencia ficción mexicana». En www.ciencia-ficcion.com.mx, s/f.
- Fiedler, Leslie, «The New Mutants» [1965].
- Fowden, Garth. *The Egyptian Hermes. A Historical Approach to the Late Pagan Mind*. New Jersey: Princeton University Press, 1993.
- Franco, Jean. «Sor Juana explora el espacio». En *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. México: FCE, 1994 [1989]. 52-88
- Freedman, Carl. *Critical Theory and Science Fiction*. Hanover: Wesleyan University Press, 2000.
- Gamero, Carlos. *Ficciones barrocas. Una lectura de Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Cortázar, Onetti y Felisberto Hernández*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- García, Mariano. *Degeneraciones textuales. Los géneros en la obra de César Aira*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2006.
- García, Mariano. «Androginia». En Amícola, José y De Diego, José Luis (comp.). *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates*. La Plata: Ediciones Al Margen. 257-269.
- Gladhart, Amalia. «Monitoring Sor Juana: Satire, Technology, and Appropriation in Jesusa Rodríguez's *Sor Juana en Almoloya*», *Revista Hispánica Moderna*, 52 (1999): 213-226.
- Glantz, Margo. «Dialéctica de los alto y de lo bajo: *El Sueño*». En Sánchez Medrano, Luis

- (edición a su cuidado). *Sor Juana Inés de la Cruz*. Roma: Bulzoni Editores, 1997.
- Graves, Robert. *Los mitos griegos I y II*. Buenos Aires: Losada, 1967 [1958]
 - Gubern, Roman. *Historia del cine*. Barcelona: Lumen, 1991.
 - Haraway, Donna J. «Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a fines del siglo xx». En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, (1995) [1985]
 - James, Edward and Mendelsohn, Farah (eds). *The Cambridge Companion to Science Fiction*. UK: Cambridge University Press, 2003.
 - James, Edward. «Utopias and anti-utopias». En James, Edward and Mendelsohn, Farah (eds). *The Cambridge Companion to Science Fiction*. UK: Cambridge University Press, 2003. 219-229.
 - Jameson, Fredric. *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1995 [1992].
 - —. *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*. Madrid: Akal, 2009.
 - Larson, Ross. «La literatura de ciencia ficción en México». *Cuadernos hispanoamericanos*. 284 (1974): 425-31.
 - Lépori, Roberto. «Volver a narrar mitos. Posmodernismo, gender, ciencia ficción y una lectura de *Pubis angelical*». En Amícola, José (comp.). *Un corte de género, mito y fantasía*, Buenos Aires: Biblos, 2011.
 - Lorca, Javier. *Historia de la ciencia ficción. Y sus relaciones con las máquinas (de las naves espaciales a los cyborgs)*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010.
 - Lucia, Ignacio. «La utopía realizada: androginia y ciencia ficción en *La guerre des pédés de Copi*». En Amícola, José (comp.). *Un corte de género, mito y fantasía*, Buenos Aires: Biblos, 2011. 189-227.
 - López Castro, Ramón. *Expedición a la ciencia ficción mexicana*. México: Lectorum, 2001. 34
 - Martínez, Luciana. «Mario Levrero: parapsicología, literatura y trance». En *II Coloquio Internacional «Escrituras del yo»*. Rosario: mimeo, 2010.
 - Merrick, Helen. «Gender in Science Fiction». En James, Edward and Mendelsohn, Farah (eds). *The Cambridge Companion to Science Fiction*. UK: Cambridge University Press, 2003. 241-252.
 - Molina-Gavilán, Yolanda; Bell, Andrea; Fernández-Delgado, Miguel Ángel; Ginway, M. Elizabeth; Pestarini, Luis and Toledano Redondo, Juan Carlos. «Chronology of Latin American Science Fiction, 1775-2005». *Science Fiction Studies*. 34.3 (2007)
 - Pagés Larraya, Antonio. «Estudio preliminar». En Holmberg, Eduardo. *Cuentos fantásticos*. Buenos Aires: Librería Hachette, 1957.
 - Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Buenos Aires: FCE, 1991 [1982]
 - Perelmuter, Rosa. *Los límites de la femineidad en Sor Juana Inés de la Cruz*. Madrid: Iberoamericana, 2004.
 - Piglia, Ricardo. «La ficción paranoica». En «Suplemento Cultura». *Clarín*, 10/10/1991: 4-5
 - Roulet, Margarita. «Lo masculino y lo femenino cuestionados. Un análisis de la categoría de género.» En Santa Cruz et alia. *Mujeres y Filosofía I*. Buenos Aires: CEAL. 67-73.
 - Sabat de Rivers, Georgina. «El Sueño de Sor Juana Inés de la Cruz: tradiciones literarias y originalidad». [1975]
 - Santa Cruz, María Isabel. «Filosofía y Feminismo en sor Juana Inés de la Cruz». En Santa Cruz et alia. *Mujeres y Filosofía II*. Buenos Aires: CEAL. 157-183.
 - Sarduy, Severo. *El barroco*. Buenos Aires: Sudamericana, 1974.
 - Solodkow, David. «Mediaciones del yo y monstruosidad: Sor Juana o el "fénix" barroco». *Revista Chilena de Literatura*. 74 (2009): 139-167.
 - Stableford, Brian. «Science Fiction Before the Genre». En James, Edward and Mendelsohn, Farah (eds). *The Cambridge Companion to Science Fiction*. UK: Cambridge University Press, 2003. 15-31.
 - Trujillo, Gabriel. «La fundación del porvenir». En www.ciencia-ficcion.com.mx, (s/f).
 - Volek, Emil. «Trabajo crítico y metáforas barrocas». *Katatay*. V. 7 (2009, sept.): 93-94.
 - Wiener, Norbert. *God & Golem, Inc*. Cambridge. The M.I.T. Press, 1964.

Roberto Lépori (La Cesira, Córdoba – 1976). Graduado como profesor en letras (UNLP). Graduado como guionista cinematográfico (ENERC). Trabajó en ambas áreas. Actualmente realiza una maestría en Brasil (UNESP). Investiga la conexión entre ciencia ficción y hermetismo en América Latina.

Una muerte en casa

Pé de J. Pauner
México

I

La tarde que Adrián volvió a casa había sido especialmente fría: abajo, en el terreno baldío de al lado, los paramédicos habían sacado el cuerpo reseco de un indigente y lo habían arrojado a una ambulancia muy parecida al vehículo usado para llevar perros callejeros. Seguían, por supuesto, alguno de sus procedimientos de rutina. Así que, subiéndose las solapas del abrigo, entró al vestíbulo del edificio. Sombras y restos de humedad le penetraron por ojos y nariz. No importaba cuánto se la pasara dentro, los olores y colores desvaídos del inmueble eran imposibles de borrar o ignorar.

Subió la escalinata deslizando la palma de la mano por la baranda mugrienta, resignado. En la otra mano llevaba el portafolio de piel ajada. Llegó al rellano y respiró hondo el miasma fúngico que emanaba del inmueble y siguió sin detenerse hasta su piso. El ascensor estaba descompuesto desde hacía una pequeña eternidad... (*¡Una pequeña eternidad, una pequeña eternidad! Los fractales de la eternidad son todos iguales, se sufre sin descanso... ahí no hay rellanos a media escalera...*).

Llegó al último piso. Abrió la puerta del departamento. Caminó dos pasos y se desplomó en el sofá. El portafolio cayó a su lado. Le dolía la cabeza. Se tocó las sienes con las yemas de los dedos. Habían estado recortando personal las dos últimas semanas. Aún tenía en la mente las caras asustadas de sus compañeros, que veían con horror el contenedor de sobres amarillos del día de paga, esperando que el pagador, detrás de ese impersonal cristal esmerilado, les anunciara:

—Vamos a prescindir de sus servicios... pase, por favor, a recoger su liquidación en el departamento de Recursos Humanos.

Era brutal. Habían fomentado la paranoia. El horror. Pero ¿a quién le importaban los derechos humanos últimamente? ¡Por Dios... aún no le llegaba la hora a él! Soportaría un poco más. Hasta que las cosas se estabilizaran. Pero ¿cuánto soportaría? ¿Días, semanas, meses...? Después de todo, tal vez hubiera sido mejor anunciarles a los empleados que los primeros mil números de ficha estaban despedidos. Podrían ahorrarse el trabajo de decir esas hipócritas palabras: *Vamos a prescindir de sus servicios...* Y para los altos ejecutivos, una llamada. Así intentaban ahorrarse la vergüenza.

La llamada telefónica llegó una hora después. Se dio cuenta de que había estado

durmiendo cuando abrió los ojos. El sonido del aparato era angustioso. O eso parecía. Como si no pudiera demorar más en ser atendido. Como un viejo que reclama una última mirada compasiva. Tropezando con la alfombra y con los muebles llegó a la mesita. Descolgó. Tras la línea esas palabras. Soltó el aparato antes que el interlocutor finalizara. Volvió al sofá. Hiló de nuevo el sueño y comenzó a soñar.

En eso estaba cuando el olor lo agarró por la nariz. No, no era exactamente un olor. Era una pestilencia. Llegaba en olas delgadas, hilos de miasma, ondas flameantes. Era como si le hubieran introducido dos dedos en las fosas nasales, estando así dormido, y lo hubieran levantado en vilo de ahí mismo. Arrugando la nariz siguió el flotante rastro de peste. Llegó a la cocina. Pensó en ratones muertos. En comida echada a perder. En la nevera descompuesta. Nunca pensó en aquello que vio.

Sobre la mesa de la cocina se había dejado el teléfono móvil. En la oficina, por la mañana, había echado de menos el teléfono. Ahora le encontraba ahí. El ligero y delgado aparato yacía sobre una huella líquida, un charco de color bilioso, una mancha viscosa sobre la cual se posaban varias moscas. Asombrado, un poco temeroso, levantó el móvil con dos dedos y lo observó. Una frase acudió a su mente (*¡el móvil está muerto..., no sólo eso, ha entrado en proceso de putrefacción...!*), pero era demasiado obvia y horrorosa para tomarla en serio.

Sin embargo, no lo abandonó cuando se fue a dormir. Y le provocó pesadillas toda la noche.

II

Abrió la alacena. Quedaban tres latas de atún. Cogió una y tiró del aro en la tapa metálica para abrirla. Introdujo un tenedor y comenzó a comer, mirando sin ver la silla de enfrente. Sintió deseos repentinos de ir al baño. Cuando se lavaba vio ese rostro avejentado y con barba de días que le devolvía una mirada perdida en el espejo. No le asombró lo más mínimo. Apenas tuvo fuerzas para girar la llave y se echó a dormir sobre el sofá hasta bien entrada la noche.

La siguiente oleada de peste lo despertó hacia las tres de la mañana. Sabía dónde ir. Tropezando con los muebles y las sillas del minúsculo comedor se dirigió a la cocina. Miró la licuadora. Escurría un líquido viscoso por todos los orificios. Las hormigas se ahogaban en el fluido. Tenía ese inconfundible aspecto de cosa muerta que identificara en el móvil. Y las moscas sobrevolaban el charco como si se tratara de un despojo animal...

III

Llevaba una semana sin salir de la casa. Había consumido todas las latas de atún, había seguido con las latas de conservas. Ahora comía pan. El poco pan que quedaba estaba lleno de gorgojos que separaba con los dedos cuando los veía. Los dejaba caer al suelo y pensaba: *¿Cuándo será el día que tenga que comerme a esos bichos?*



Ilustración: Duende

De la sala llegó una cacofonía de sonidos en la que, de vez en cuando, podían percibirse diálogos, conversaciones. Rápido, acudió a la sala. La televisión estaba encendida... y él no la había tocado. Escuchó y vio a dos tipos con cara de intelectuales estirados que discutían sobre el *Fin del Capitalismo*. Pero después, en la pantalla comenzaron a desfilan ráfagas de imágenes. Entendió que múltiples canales se trastocaban, se empalmaban, se unían y doblaban. La chica que hacía *strip tease* en el noticiario se encontraba hablando con *Bugs Bunny* y el conejo de la suerte se colaba por la puerta grande en la Mansión de *Play Boy*. Sí, algo andaba mal... acaso la televisión estaba enloqueciendo. *Reality shows* mezclados con caricaturas obscenas. Dentro de su cabeza escuchó las palabras que designaban terribles enfermedades de la vejez: Alzheimer y Parkinson... demencia senil, cáncer, incluso VIH... O, mejor dicho, VHS, ya que su televisor pertenecía a un modelo más reciente, el de los lectores de DVD, y si padecía vejez prematura... La idea le causó gracia. Una gracia atrevida en aquel momento y lugar. Por fin, el aparato chisporroteó. Humeó. Se apagó. Y comenzó a fluir el líquido viscoso aquel que ya conocía tan bien.

IV

Al día siguiente no se preocupó por enterarse de cuáles eran los aparatos electrónicos que habían entrado en proceso de putrefacción. La casa olía a matadero venido a menos. A carroña. Era una pestilencia a todo lo largo y ancho. Flotaba de arriba abajo. Lo impregnaba todo. Escurría por todos lados. Se extendía por el suelo. Una mancha voraz hecha de aguas turbulentas... ¡je je!, rió para sus adentros.

Sobre la calva del vecino que miraba la televisión en el piso de abajo había goteado un líquido asqueroso que lo obligó a levantarse de inmediato cuando se le escurrió desde la frente a la punta de la nariz. Hizo que mirara el techo y descubriera una mancha informe que supuraba por los bordes.

El vecino salió de inmediato. Subió las escaleras y comenzó a golpear la puerta de Adrián.

—¡Hey, idiota! ¿Qué has derramado en el suelo? —Pero nadie abrió.

En algún momento el vecino calvo hizo tanto ruido que los demás comenzaron a salir. Al acercarse se tapaban la nariz con los dedos. Como una bofetada, la pestilencia los hacía girar el rostro hacia el otro lado. Nubes de moscas como ráfagas de metralla volaban hasta debajo de la puerta de Adrián. Entraban y salían por ratos.

—¿Pero qué diablos...? —se preguntaba el calvo.

—¿Se habrá muerto este tipo? —se preguntaban todos.

Alguien llamó a la policía y la reacción fue la misma: el olor hizo que los agentes se echaran atrás. Intentaron abrir, pero la puerta estaba extrañamente húmeda, rezumaba un líquido apestoso que se impregnaba en las manos y no se podía quitar. Un policía olió sus manos después de intentar abrir y vomitó. Otro intentó derribar la puerta golpeándola con el hombro. Al darse cuenta del error, se retiró, asqueado, y corrió a la patrulla. Llegó a su casa y se metió bajo la regadera con ropa y todo.

Los paramédicos subieron y supieron que ese era el olor de la muerte. Pero no era común. Sobre la base de olores pútridos había algo como metálico, como el ácido de las baterías de los autos. Como a cable de cobre recubierto de plástico cuando se quema...

Tras un buen rato, durante el cual los vecinos se retiraron a sus casas a bañarse, a rociar desodorantes ambientales en aerosol, a encerrarse y vaciar el estómago, por fin lograron abrir.

V

Dentro del departamento de Adrián el caos anunciaba la ruina moral y económica. Latas vacías. Empaques tirados por el suelo, naufragos de su propia existencia, de su propia esencia. Escollos en un mar infestado. Los policías fueron de sorpresa en sorpresa. Los aparatos electrónicos aparecían derretidos, desinflados, como si sus estructuras internas se hubiesen desmoronado sobre sí mismas. La licuadora parecía

una muda de piel de serpiente. Al reproductor de DVD, vaciado, le goteaban colores en vetas alucinadas. Todavía se movían imágenes alargadas, distorsionadas, licuadas, de figuras humanas en los colores que formaban charcos escurridizos. Con un poco de valor para soportar el asco y el olor, podían seguirse las acciones de los personajes de la película en los fluidos. Hasta parecía que se escuchaba un ligero rumor de conversaciones de algún disco de película de horror olvidada dentro del reproductor. Imágenes moribundas. Sonidos que apenas tenían fuerza para dejarse oír.

Sobre la mesita de la cocina encontraron el exoesqueleto del teléfono móvil. Era como si las hormigas hubieran devorado el interior y hubieran dejado la cáscara, dura e incomible. Un polvo plástico se amontonaba en sus bordes como la tierra pulverizada afuera del hormiguero.

Y, en la habitación, el cuerpo descompuesto de Adrián coronaba la escena dantesca de olvido y muerte.

VI

Fuera, los periodistas aguardaron a que sacaran el cuerpo. Luego, un ejército de funcionarios de salubridad empezó a desalojar los aparatos muertos. Pusieron el cadáver en una ambulancia, y a los aparatos en un camión, mientras la gente se arremolinaba para ver y la chica del noticiario decía ante las cámaras:

—Otro caso del Síndrome de Diógenes... el olvido, la depresión, la pobreza, orillan a estas tristes personas a acumular basura y, al final, ellos mismo forman parte de esta...

VII

Tres días después, el vecino calvo de Adrián encontró su rasuradora eléctrica en un charco que le recordaba muy vagamente a la sangre. Olía muy mal y ya no servía para nada. La tiró a la basura, sin reparar en el hecho de que, en ese momento, el refrigerador se detenía y empezaba a gotear un líquido pegajoso y al horno de microondas se le abría sola la puertecita y chisporroteaba hasta humear y apagarse.

Una semana después, las bolsas de valores del mundo quebraron. Tres millones de personas fueron despedidas de una vez en un solo día y comenzaron a descubrir que sus aparatos electrónicos entraban en crisis terminal. Dejaban de funcionar. Apestabán y, por fin, morían entre estertores electrónicos.

Las enredaderas tomaron por sorpresa los cimientos grises de los puentes monumentales. Las aceras se agrietaron. Los vehículos tosieron a través de sus depósitos de combustible. Las fábricas dejaron de emitir humos asfixiantes a la

atmósfera. Los árboles y las hierbas empezaron a crecer en las avenidas, escapadas sus semillas de los parques. Podían observarse tortugas avanzando sin deberla ni temerla por las calles, pues no había más autos, ni autobuses, ni ningún otro vehículo rodante. Y aves del paraíso escapadas de los zoológicos sobrevolaron los rascacielos. Para fin de año se extendió la noche más larga sobre el vertedero del mundo y empezó el reinado de los buitres que se desplazaron de los campos a las ciudades...

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo «Las cinco grandes utopías del Siglo xx» en la web española Alfa Eridiani.

Adiós a la Tierra

Fernando José Cots
Argentina

Introducción

Nos ha pasado a todos. Estamos haciendo «zapping» y, de golpe, nos encontramos con algo que nos interesa... pero que ya está empezado. En mi caso, no recuerdo si fue en «*National Geographic*» o en «*Discovery*», que vi una escena de naves espaciales.

Se trataba de un documental sobre un hipotético fin del mundo, donde un grupo seleccionado de la Humanidad pasaba a ocupar una Nave gigantesca, un cilindro suspendido en el espacio, dentro del cual habitarían hasta encontrar un nuevo mundo que los acogiera.



Nave generacional

Era uno de esos programas que se habían prendido a la moda de la frustrada profecía maya.

Sobre eso —la nave cilindro— ya había leído en un ejemplar de «*Muy Interesante*». El interior del cilindro sería habitado y cultivado en toda su superficie. Habría un «eje» luminoso que oficiaría de «sol», con las alternancias correspondientes de «día» y de «noche». Y el cilindro giraría continuamente para brindar gravedad artificial.^[1]

Quienes recuerdan la serie «*Babylon 5*» podrán identificar algo similar en la estación espacial que le da el título; sólo que en ese caso es una especie de «Naciones Unidas Galáctica», no un arca de supervivencia, así que las exigencias son diferentes.

Pero la pregunta —más que una pregunta, una invitación a la reflexión— es la siguiente: ¿Cómo sería una Nave de esas características?

Los errores del documental

Lo que alcancé a ver mostraba a la Nave como un enorme cilindro hueco, con toda su superficie interior cubierta de tierra, cultivos, construcciones, etc.

En una de las escenas, se muestra una «calle» entre edificios iguales de dos plantas. Al fondo, el cilindro en perspectiva. Unos niños salen a jugar al fútbol, pero

apenas hacen los primeros movimientos se detienen y miran preocupados.

Por un ventanal se ve la Tierra que está siendo desintegrada por una estrella de neutrones.

Los niños se acercan y uno de ellos toca el ventanal con actitud apenada. La imagen muestra desde «afuera» de la Nave cómo los niños están asomados por el ventanal sobre el costado, pese a que previamente se ha visto el interior con el cilindro en perspectiva.

Si la Nave fuese un único recinto, enorme, bastaría con que chocara con un aerolito y sería el desastre total. En instantes la atmósfera se perdería en el espacio y todos morirían.

Si la Nave está girando, no podría tener ventanales, por sólido que fuese el cristal. El material con que esté hecho deberá estar en condiciones de soportar un viaje de décadas, tal vez de más de una centuria, en un ámbito desconocido, con micrometeoritos que pueden crear daños importantes. Un material transparente no daría garantía de soportarlo.

Quienes hemos visto «*2001 Odisea del Espacio*», de Stanley Kubrick, recordamos la escena en que el enviado de la Tierra habla con su hija mientras por el ventanal del fondo se ve girar nuestro planeta. Es tolerable lo que dura la llamada, pero la gente de la Nave vería toda su vida el cosmos girando. Los pioneros podrían marearse, los nacidos durante el viaje podrían acostumbrarse, pero entrarían en crisis al llegar a la Nueva Tierra y ver un sol y estrellas aparentemente inmóviles.

Tampoco podrían ver la Tierra desintegrarse. El campo gravitacional de la estrella de neutrones atraería también a la Nave. Entonces sería prioritario poner distancia antes que tanta obra fuese inútil.

Más adelante, uno de los entrevistados afirma que ninguno de los que iniciaron el viaje llegaría al final, salvo aquellos muy pequeños en el momento de la partida. De inmediato muestran una bebida blanca, rubia, de ojos azules, que se convierte en una anciana de cabello canoso. La misma está mirando por el ventanal, a través del cual se ve un planeta similar a la Tierra. La flanquean un grupo de jóvenes, entre los cuales hay un negro.

Por enorme que sea la Nave, por enorme que sea la cantidad de gente del inicio, tarde o temprano se darían problemas de endogamia, los que se prolongarían al llegar a la Nueva Tierra; salvo que ésta ya estuviese habitada por humanoides genéticamente compatibles. Un viaje de ochenta o de más de cien años haría que los tipos humanos se homogeneizaran.

Baste decir ahora que, si ese muchacho ha conservado su «negritud», algo intermedio entre esos dos tiempos no se cuenta debidamente.

El caso Trántor

Quiero citar a Isaac Asimov en su «*Trilogía de las Fundaciones*» .

Según esa historia, Trántor es la capital del Imperio Galáctico. Es un planeta completamente cubierto de edificios, salvo los jardines del Palacio Imperial. Los nativos de Trántor están acostumbrados, cuanto mucho, a ver inmensas bóvedas de astropuertos; pero el resto de su vida transcurre en cubículos y pasillos. El resultado es que se convierten en agarófobos. Si bien hay un mirador que muestra la superficie, sólo lo usan los turistas.

En esta hipotética Nave, si consideramos que nacerán y morirán generaciones antes de que lleguen a un planeta habitable, los que desciendan al mismo no estarán acostumbrados a mirar a una distancia mayor de pocos kilómetros... en el caso que la Nave haya sido construida como cilindro integral. Si ha sido construida como múltiples unidades semiautónomas, no estarán acostumbrados a ver más allá de cien metros, cuando mucho.

Esto puede causar un verdadero caos cuando los viajeros puedan ver a kilómetros de distancia. Se impondrá buscar una solución a ese problema, de modo que no haya generación de las nacidas en la Nave que no sepa mirar hacia el infinito.

Una alternativa sería un sistema holográfico, como el que muestran en «*Star Trek – The Next Generation*» , pero es algo que todavía debe investigarse.

El objetivo de este artículo:

No tengo el nivel científico para encarar los problemas técnicos que tal proyecto plantea. Si lo adecuado es un único y enorme hábitat en el interior de un cilindro o un conjunto de unidades conectadas entre sí por pasillos y esclusas de cierre automático, lo que daría garantía de supervivencia en caso de choque con un asteroide; si hay que desarrollar sistemas de energía renovables, sistemas de reciclaje de materiales, etc., son respuestas que la Ciencia deberá dar en su momento.

Mi propósito es reflexionar —e invitar a la reflexión— sobre quiénes viajarían y cómo afrontarían ese viaje.

Y, sobre todo, cuál sería el objetivo: ¿rescatar a la especie humana... o también a la civilización?

¿Quiénes viajarían?

He aquí un dilema serio. **Sería imposible construir la cantidad suficiente de Naves para salvar a toda la Humanidad y todas las especies.** Se impondrá, necesariamente, una selección de los humanos en primer lugar.

Primero deberían ser humanos sanos; no sólo en el momento de la selección, sino

que un análisis genético deberá demostrar que no son portadores de anomalías recesivas que pudiesen perjudicar la salud de la población por medio de sus descendientes.

Asimismo, no se admitiría a ninguna persona mayor de cuarenta años. Sólo personas excepcionales, cuyas facultades y/o conocimientos pudiesen ayudar a sustentar el inicio de esa colonia errante, serían pasibles de obviar la regla.

Y quedará, por supuesto, el filtro más discutible de todos: el que impongan los organizadores del viaje.... que puede ser cualquiera, hasta el más arbitrario. Porque quien organice semejante viaje será indudablemente alguien o algo con mucho poder. Y bien sabemos que quienes detentan el poder tienen su propia escala de valores, que no siempre es la nuestra.

Todos los admitidos y sus descendientes deberán ser dotados de un sistema inmunológico artificial creado con nanotecnología, similar al que describe Eduardo Carletti en su cuento «*Defensa Interna*», ante la eventualidad de microorganismos perjudiciales en la Nueva Tierra, hasta que se desarrollen las defensas naturales sin riesgo.

Y deberá evaluarse la cantidad necesaria de individuos para garantizar una diversidad genética adecuada a lo largo de un viaje de duración incierta.

Puede sonar duro; pero, si se trata de lograr que la Humanidad sobreviva, hay que darle la mayor cantidad de oportunidades.

También quedaría el problema de los pasajeros no humanos, como animales para alimento, funcionalidad y/o compañía, vegetales para consumo y otros usos, etc. De más está decir que, si lo que importa es que los humanos sobrevivan, no tendría sentido llevar más depredadores que el humano mismo. Los animales grandes quedarían en la Tierra.

Pero sí podría haber tanques con peces comestibles, cuya crianza y supervivencia se vigile. Lo mismo vale para aves de corral, conejos y otros animales que sirven de alimento al hombre y que, al carecer de depredadores, serían una fuente casi inagotable. No sé si ganado vacuno, porcino o caprino, por sus dimensiones y otros motivos.

Tal vez muchos tendrían motivos para sugerir o descartar animales y vegetales que acompañarían al hombre. Es una agenda abierta.

Antes que Noé, Moisés

Quien o quienes estén al frente de ese proyecto, se enfrentarán al problema de controlar la convivencia de esa población. Por tanto, se impondrá reglamentarla. Tendrán los mismos problemas que Moisés.

Según el Pentateuco, de todos los que partieron de Egipto sólo Joshua llegó con vida. Los demás, incluso Moisés, murieron en la travesía; y los que quedaron, nacidos

en el desierto, no guardaban memoria de la esclavitud en Egipto. Es así que la esperanza de la Tierra Prometida a veces no alcanzaba para sustentar la marcha.

Los mandamientos de Moisés, en un marco como el del Éxodo, adquieren sentido: una población grande en un ambiente hostil, desplazándose hacia un destino manifiesto pero proclive a caer en desajustes, es disciplinada por medio de reglas estrictas y castigos rigurosos.

Moisés no establece premios, pero sí castigos y muy duros hacia transgresiones a veces mínimas o inocentes. Algo parecido harían milenios después Adolf Hitler en la Alemania nazi, Iósif Stalin en la Unión Soviética y Mao Tse Tung en la China comunista, imponiendo una visión del mundo que subordinará hasta la vida privada.

Ahora bien: una vez que los israelitas llegaron a la Tierra Prometida, que las tribus se repartieron el territorio y comenzaron su vida como nación, muchas de las reglas se mantuvieron pese a que habían dejado de tener sentido. Eso causó problemas, al igual que en la Rusia y la China contemporáneas... pero su análisis ya no corresponde a este artículo. No menciono la Alemania nazi porque no tuvo tiempo de que sus restricciones se hiciesen obsoletas.

Aquí se trata de evaluar cómo se gobernará esa colonia humana durante su viaje hacia el nuevo hogar. Al menos en la Tierra había otros lugares con otras sociedades más allá de israelitas, alemanes, rusos y chinos. Aquí estarían sólo ellos y afuera la nada.

Si Moisés contó con los «castigos de Yahvé», Hitler con la Gestapo, Stalin con la NKVD (*antecesora de la KGB*) y Mao con los Guardias Rojos para enderezar a los díscolos, esta hipotética colonia errante requeriría también de una forma de control para que la Ley que rige la convivencia se cumpla.

Una forma que no puede ser cruenta como en los ejemplos citados y que deberá tener un profundo compromiso con la Ley y la Justicia para que sea incuestionable. Purgas, ejecuciones, listas negras, arbitrariedades y muerte civil, sobre todo en una comunidad tan restringida, son vías seguras al estallido y la extinción.

Convertir esa sociedad de la Nave en un infierno necesariamente llevaría a la destrucción de los últimos restos de Humanidad, si es que cuando parten ya no queda vida en nuestro planeta.

Si se debe gobernar al humano para que el humano sobreviva, será necesario conocer al humano en lo que es... y en lo que puede ser.

Por tanto, se impondrá definir, con claridad y fundamento, qué aspectos de la actividad individual o grupal perjudican al conjunto social y qué aspectos son sólo factores de distinción personal o grupal que no deben ser controlados en nombre del bien común.

Eso implicará, también, revisar qué tipo de cultura regirá esa población y qué rescatar o no de las culturas preexistentes.

Aspectos que nos distinguen como humanos:

Algo que caracterizó al Humano por encima de los animales fue el uso del fuego. Algo tan normal como una fogata sería algo prohibitivo en esa Nave, ya que el consumo de oxígeno que requiere un simple fuego no tendría toda una atmósfera para nutrirse, sino la restringida atmósfera que llevan y que hay que cuidar como oro. El fuego debería ser reemplazado por el calor eléctrico.

Pero el fuego no puede ser apartado del conocimiento humano, pues no sólo es parte nuestra, sino que deberá ser un recurso a aplicar cuando se encuentre la Nueva Tierra. Sería mejor que los Humanos no se desacostumbrasen al mismo.

Una solución podría ser una «**Fiesta Anual del Fuego**» o algo parecido, donde, por breve tiempo, se encienda una hoguera y la misma sea presenciada (*y tal vez operada*) por las generaciones más jóvenes. Eso duraría poco y podría reponerse sin problemas el oxígeno consumido.

Las formas de alimentarse y las actividades físicas deberán ser cuidadas para que la población no caiga en problemas de salud o mal desarrollo, pero con la variedad necesaria para que tales actividades no se conviertan en sólo una necesidad y que se recurra al estímulo antes que a la obligación.

También los vínculos humanos de amistad, de amor, de rechazo incluso, son factores personales que, salvo excepciones graves, no inciden en el desarrollo social. Incluso el sistema inmunológico artificial de cada mujer podría destruir los espermatozoides del varón, lo que aventaría los embarazos no deseados.

Por supuesto, se necesitarán nacimientos; pero, para evitar incluso cruces no deseados (*consanguíneos, por ejemplo*) podría exigirse que cada mujer, según su predisposición, sea madre al menos una vez (*y todas las veces que acepte y sea necesario*). Así se «reprogramaría» en ella la actividad de la defensa interna para poder implantarle en el útero un cigoto fecundado in vitro, a partir de óvulo y esperma previamente seleccionado, para evitar cruces genéticos indeseados.

Claro... es posible que la mujer que facilite el desarrollo hasta el parto ni siquiera sea la que emitió el óvulo. Así podría darse el caso que el bebé tendría una madre de gestación, una madre de donación de óvulo y un padre donador de semen... datos que pueden ser conocidos por los otros involucrados, o sólo por la primera de las nombradas.

Sé que estos párrafos apestan a Eugenesia y que su sola mención evoca banderas con esvásticas ondeando al viento. Pero estamos hablando de los últimos seres humanos que buscarán una Nueva Tierra para refundar la Humanidad y que deberán llegar al fin del viaje en las mejores condiciones que se puedan brindar.

Ya será difícil la selección de los que partan. Más lo será mantenerlos a todos con vida y sanos.

También quiero citar el caso de Brasilia, creada por el arquitecto Oscar Niemeyer,

fallecido en 2012. No sólo se construyeron los edificios de Gobierno, sino barrios enteros para los empleados de todos los niveles.

El problema surgió cuando, al ser las casas buenas pero todas iguales, los mismos empleados las pusieron en venta y se alojaron en favelas. Al no poder «personalizar» sus casas, optaron por dejarlas.

Por tal causa deberán dejar, en esa hipotética Nave, que cada humano pueda poner su impronta a su ambiente y a su persona sin que eso afecte la funcionalidad ni la convivencia. Eso ayudaría a lograr un equilibrio entre la sociedad y sus integrantes.

Eso significa, sólo por dar un ejemplo, que si alguien quiere vestirse como en el siglo XVII, como habitante de Roma, raparse media cabeza o incluso no usar ropa alguna, deberá ser respetado.

Hay reconocer que todo ser humano tiene una individualidad que no puede ser negada, una meta congénita que deberá cumplir. Porque si se le impone otra diferente, sólo porque las necesidades del grupo así lo requieren, se logrará cuando mucho alguien que desarrolle esas funciones con mediocridad y discutible eficacia. En el peor, una crisis de rebeldía de consecuencias imprevisibles.

Así como hay una tendencia a la individualidad, también hay una tendencia a pertenecer, a ser parte de algo que se valora como importante, o simplemente por la necesidad de encontrar seres afines. Eso hace que se configuren religiones, partidos políticos, entidades deportivas, tribus, etc.

El tirano Francisco Franco, con astucia diabólica, fomentó el fútbol. En su España, donde no se podía hacer política y no se podía ser otra cosa que católico, las pasiones futboleras fueron una válvula de escape.

En la Nave, si no en la primera generación en la segunda, se formarán grupos afines por edad, por una costumbre, una preferencia, etc. Pelear contra eso es una derrota segura. La Nave deberá dar lugar a esas sub-sociedades, sin dejar de vigilarlas para que no se conviertan en algo peligroso para todos.

Quedaría revisar el idioma que se hablará en ese viaje. Un idioma que, por sencillo que sea, se irá modificando y complicando con su simple uso. Los demás idiomas de la Tierra quedarían en el plano académico.

Y hay algo que puede ser duro, lo más duro de considerar.

Hemos visto en filmes de ciencia ficción cómo muere uno de los personajes; entonces sus compañeros organizan un funeral, meten el cadáver en una cápsula y lo arrojan al espacio para que se pierda en el infinito.

Muy emotivo, pero eso sería imposible en la Nave.

Tampoco sería posible un cementerio, ni siquiera de urnas para cenizas.

Los cuerpos de los fallecidos contienen elementos que se necesitan reciclar dentro de ese ambiente restringido que es la Nave. En nuestro mundo, cultivos y pasturas se nutren de materias orgánicas que hoy son tierra pero ayer fueron seres vivos. Hay sembrados donde antes hubo una batalla cruenta en la cual no fue posible dar sepultura digna a los caídos.

En la Nave sería lo mismo, sólo que acotado en el tiempo y en el espacio. Esos procesos de reciclaje en los cuales la Naturaleza se toma su tiempo, deberían ser acelerados por medios artificiales.

Y eso, aparte de que a los seres queridos de los fallecidos no les causará gracia, contradeciría un principio básico de nuestra condición humana que es el respeto a los muertos. No en vano las obras humanas que más nos permiten conocer el pasado histórico y prehistórico son en su mayoría sepulturas.

Tal vez la solución sería la que propone Brian Aldiss en su cuento *«Invernáculo»*, donde los últimos sobrevivientes humanos de la Tierra, en un futuro lejantisimo, tienen una pequeña estatua tallada que representa su alma. Como la muerte por vejez parece no existir ya que todos mueren por enfrentar a un ambiente hostil y no quedan restos, esa pequeña talla es la que conmemora al difunto.

¿Cuál sería la solución, entonces?

Se trata, ni más ni menos, que crear una nueva cultura, una nueva sociedad, que contenga los elementos positivos que ha desarrollado la especie humana a lo largo de toda su historia; pero que avenge los aspectos negativos que no son sólo de la Civilización, sino de la naturaleza humana. No para eliminarlos, porque algunos son imposibles de eliminar, sino para darles un canal de escape inocuo que no afecte la convivencia general.

A su vez, si consideramos que en esa Nave se dará satisfacción plena a las necesidades primarias de sus habitantes, hay que cuidar que no caigan en el sedentarismo insalubre, o en la ausencia de horizontes, ya que la llegada a la Nueva Tierra en algún momento será insuficiente como objetivo.

Habría que plantear desafíos de superación a sus habitantes, que les permitan encontrar su rumbo y destacarse, para que la sociedad se dinamice.

Será necesario encontrar la forma para que esa realización personal que cada humano necesita no implique el menoscabo de otros y la consiguiente animadversión de los «perdedores», pero sin caer en la mediocridad impuesta para la uniformidad de todos.

En suma, que cada quien tenga derecho a su lugar entre todos, su derecho al amor y a su porción de gloria sin caer en la unificación burda y forzada en la que cayeron Hitler, Stalin, Mao y otros tantos.

Pensar una sociedad así es un verdadero desafío para que la misma pueda habitar la Nave sin sucumbir y que pueda, a su vez, enfrentar los retos de la Nueva Tierra.

Y tal vez hasta sería deseable que esta sociedad nueva se iniciase aquí, en la Tierra, en un lugar aislado, donde los errores pudieran ser corregidos sin riesgo.

Un área que, por sus características, brinde un clima estable y sin extremos, lo más similar posible al que habría en esa hipotética Nave.

Así las cosas, quienes partirían en la Nave serían los nativos de ese lugar, los que sólo tendrían referencias de la Historia y las distintas civilizaciones de nuestro planeta, desde ese momento puro enciclopedismo académico, porque aquellos que los engendraron habrían muerto todos.

Hecho el ajuste en una situación sin riesgo, podrían viajar a la Nave en órbita e iniciar el viaje, que sólo sería una prolongación ligeramente diferente de la vida que ya conocen.

Y, francamente, no sabemos si eso no está sucediendo ya.

No obstante...

Todo este tema que he desarrollado a lo largo de este artículo, más allá de los principios teóricos, requiere de un gran esfuerzo técnico y financiero para convertirse en realidad.

Quienes tienen esos recursos, quienes podrían no sólo construir esa Nave como Arca de Supervivencia, sino también preparar una población que la ocupe, pueden tener otros intereses completamente diferentes.

Les interesará, por supuesto, la supervivencia de la Humanidad y de la mayor parte de su cultura; sólo que no sabemos si les importará crear esa nueva civilización o reproducirán el esquema piramidal e inmóvil de la Edad Media, donde ellos ocuparían la cúspide del privilegio y los demás permanecerían en distintas escalas de servidumbre, con poca o ninguna movilidad social, determinando su destino por su origen y no por sus tendencias y capacidades.

No sabemos si esa hipotética Humanidad, que pueden estar desarrollando en alguna parte, se está formando con criterios humanistas o como una colonia de esclavos para que los sirvan cuando, llegados a la Nueva Tierra, los despierten de un sueño criogénico.

En suma, volver a reconstruir la Tierra alrededor de otra estrella, sólo para cometer los mismos errores.

Si llegan.

Conclusiones

Pese a todos los desastres que hace la especie humana, la Tierra sigue siendo un planeta habitable, aunque cada vez tiene menos oportunidades de continuar siéndolo.

Somos un conjunto de sociedades imperfectas, algunas capaces de sostenerse, pero todas con el germen de la decadencia y la desaparición en sí mismas.

Y ya ven, Gaia apenas nos aguanta. Nos castiga de tanto en tanto pero, si

seguimos así, no tardará en encontrar una cura definitiva para ese mal que somos nosotros con nuestra codicia, nuestra soberbia y nuestra estupidez.

Crear nuevos paradigmas de convivencia es el proyecto de los próximos tiempos, viajemos en la Nave o nos quedemos aquí.

Quizá en un futuro, cuando realmente el Sol amague enfriarse o se aproxime una estrella de neutrones, habrá que considerar la posibilidad de ese éxodo.^[2]

Para entonces, sería deseable que fuéramos mejores de lo que somos ahora.

Fernando José Cots Liébanes, escritor, guionista de teatro y cine, cineasta, docente nacido en Córdoba, Argentina, el 1º de Junio de 1950. Es Licenciado en Cinematografía, 1989, recibido en el Departamento de Cine y TV, Escuela de Artes, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Ofrenda a las bestias

Noelia Emmi
Argentina

Sus compañeros ya se agrupan a su alrededor. La dejan deleitarse ante la perspectiva de ese manjar que será su primera comida auténtica.

Ella avanza alrededor de la caja transparente, le enseña los colmillos a su trofeo y lanza un rugido desde lo más profundo de las entrañas. Clava los ojos en la presa y prueba su poder: la chica se sacude convulsivamente.

Sabe que pronto será devorada.

La celda de cristal parecía frágil, pero mi experiencia probaba que era inexpugnable, de paredes imposibles de quebrar o astillar siquiera. Veía que afuera no había más que una simplona planicie gris extendiéndose más allá del infinito. Pero aún me dolía cada músculo. Sobre todo las manos, seguramente por intentar abrirme paso, a los golpes, hacia aquella sosa libertad.

Al principio, rogué a gritos que me socorrieran. Suponía que alguien debía vigilarme. Pero nadie vino. Y, con las semanas, habría de asumir que nadie vendría.

En esos primeros días me resultó difícil —«¿difícil?» Ilógico, antinatural, demente— aceptar la carencia de necesidades fisiológicas: no precisaba alimentarme ni evacuar. Respecto a aquellos asuntos, me encontraba siempre satisfecha. Incluso el estado de mi higiene se mantenía inalterable: ni mi sexo ni mis sobacos apestaban, mi pelo no se enredaba, mis uñas no se quebraban, los arañazos que me infligía a mí misma no sangraban. El ciclo femenino parecía haberse cancelado. Me había convertido en una perfecta muñeca de porcelana, encerrada en su perfecto cofre de cristal.

De modo que ocupaba mi mente en un único pensamiento: la soledad. Aquella soledad que se me metía por los poros y se incorporaba a mi torrente sanguíneo. Aquella soledad que me obligaba a tararear melodías, sólo por oír mi propia voz, siempre inalterable.

Soledad que duró hasta la noche de las bestias. La noche en que llegaron.

Patrullaban rondando mi prisión. Les chorreaba sangre de los hocicos, enseñaban sus colmillos en medio de tonantes rugidos. Se enfrentaban entre ellas a dentelladas y zarpazos, pero jamás perdían su foco de atención: el cubo de cristal. Esa primera noche no repararon en mí: sólo merodeaban alrededor de mi transparente calabozo mientras yo temblaba y contenía el llanto. Recién se fueron al despuntar la mañana. Visto en perspectiva, esa no había sido una mala noche.

Y volvieron.

Todas las noches volvieron.

Esa primera vez no me mostraron su poder, pero no tardaron en revelarlo: cuando sus ojos ambarinos se fijaban en mí, una descarga eléctrica me sacudía y me dejaba convulsionando durante horas. Así, los días transcurrían enloquecedores y confusos, pero las noches se perpetuaban en salvajismo y atrocidad.

Pasaron las semanas y los meses —al menos, en lo que yo creía medir el «tiempo» —, y ya no buscaba escapar: después de centenares de intentos, admití que sería imposible. Los moretones y los arañazos evidenciaban mi encierro, pero el daño psicológico era mil veces más duro. Y cuando las fieras regresaban, yo sólo deseaba estar muerta.

Y, a pesar de que lo intentaba, no lograba quitarme la vida: no disponía de elemento alguno, y mucho menos de uno cortante o contundente. Llegué a pegarme la cabeza contra las paredes, a morderme las muñecas... pero no hubo magulladura ni sangre. Ayunar para morir de inanición no funcionaba: siempre mis necesidades se encontraban satisfechas, sin importar que mis captores —sean quienes fuesen, si es que existían— no me proveyeran del más mínimo alimento.

Luego de uno de esos intentos fallidos de machacarme los parietales contra el cristal, recuerdo haberme desvanecido. Al volver en mí, me encontré atada de pies y manos, vaya a saber por quién o por qué ser innombrable. Durante dos días no pude moverme.

Un mensaje aleccionador.

Jamás olvidaré mi última noche de cautiverio. Solamente sé que sobreviví, aunque no podría explicar cómo o por qué.

Las bestias se arrojaban contra el cristal y me enseñaban sus dientes, y esa mueca asesina me hizo desear que mis paredes fueran indestructibles. Intenté superar sus aullidos con los míos:

—¡Déjenme! ¡Déjenme en paz!

Cuando me recuperé, las bestias ya no estaban. Encontré a mi lado un marcador negro. Me asombré tanto que retrocedí hasta la pared contraria y me quedé vigilándolo, como a una bomba a punto de estallar. Pasada la impresión, entendí que era un simple rotulador, entonces me acerqué y lo sostuve entre mis manos: un tesoro. Lo acuné durante horas, sin siquiera atreverme a destaparlo.

No se me ocurría cómo sacarle ventaja. ¿Era otro experimento de quienes me vigilaban?

Lo evalué detalladamente: su peso, su longitud, su dureza. Recordé haber visto alguna vez la técnica de romper tablas utilizando sólo las manos o un objeto de estas características. Quizás el marcador funcionara como un arma. Lo empuñé con el pulgar en un extremo y medí la distancia imaginando un punto en la pared transparente. Respiré profundo y concentré toda mi fuerza en el golpe del marcador

contra la pared. Nada pasó, ni un rasguño. Lo intenté una docena de veces, hasta que me puse a gritar de pura frustración.

Supuse que mis carceleros deseaban eso: ver cómo enloquecía de a poco. La única manera de ganarles era consiguiendo lo imposible, lo que ellos procuraban que yo no pudiera hacer: matarme. Traté de clavarme el marcador en el pecho, pero no era un instrumento punzante, así que sólo conseguí un sufrimiento adicional, a pesar de que ningún moretón se hizo visible en mi inmaculada piel. Se me ocurrió tragarlo, hacerlo pasar por la garganta y sofocarme. Pero era de buen tamaño, y las arcadas me hacían expulsarlo.

¿Fue mi locura de tantos días allí encerrada lo que me hizo reaccionar, lo que despertó esa ocurrencia imbécil? Instintivamente, me levanté de un salto, destapé el marcador y dibujé una puerta en el vidrio. Y sobre ella escribí SALIDA, como si fuese un cartel, y delineé un pomo redondo. Retrocedí unos pasos. Al mirarlo parecía resbaloso. ¿Realmente creía que podría salir de allí abriendo aquella puerta de mentira, de dibujo animado? Me acerqué despacio con la mano estirada, cerré los ojos y tomé el picaporte. Estaba frío.

La puerta se abrió sin resistirse, y la brisa en la cara vino acompañada de un hedor que me hizo tambalear.

Dudé en salir. Y no tanto por la posible visita de las bestias: reconocí con horror que me estaba acostumbrando al cautiverio. Con la libertad tan al alcance de mis manos, no sabía si aceptarla o volver a encerrarme. ¿Cuál sería mi plan, una vez afuera? ¿Hacia dónde correría? Era curioso: había pensado más en cómo matarme que en cómo huir.

Sacudí la cabeza para quitarme aquellos pensamientos nefastos, y avancé de a poco, procurando que mis rodillas no temblaran.

Lentamente di algunos pasos —cinco o seis, no más que eso— hasta que me di de frente contra... *¡contra otra pared de cristal!* Con la respiración entrecortada, extendí mis manos hacia los costados y seguí el contorno de aquel muro invisible. Y lo confirmé: cuatro lados. Otra prisión transparente, más grande que la anterior.

Me tapé la boca a dos manos para contener el chillido que me subía por la garganta, y apoyé la cabeza en la pared. Horas después —aunque podrían haber sido pocos minutos o incontables días— me volteé. No sé si buscaba la seguridad de la puerta abierta del cubo más pequeño, o si en realidad quería volver a encerrarme en él. Pero al ver que allí no había ninguna puerta —ni abierta ni cerrada— y que el primer cubo de cristal volvía a hallarse perfectamente infranqueable, se me revolvió el estómago y debí doblarme sobre mí misma para contener las náuseas.

Encerrada. Encerrada otra vez. Pero entre dos prisiones.

Persistía ese hedor a noche, a vísceras, a muerte, pero al menos aún contaba con el marcador: podría dibujar otra puerta y avanzar. Este no sería mi fin. Existía una esperanza.

Procesaba aquel pensamiento, cuando un desgarrador bramido hizo que soltara el

marcador. Helada, la sangre se arrastraba por mis venas, transformada en algo pegajoso y espeso.

Sin que mi mente hubiera acabado de relacionar aquellos rugidos con su presencia, las bestias prorrumpieron de la nada, y en cuestión de segundos me sitiaron. Por delante de mí, ellas, y por detrás mi vieja prisión, cerrada herméticamente. Ni siquiera portaba el marcador, que acaso hubiera podido usar como arma. No hacía falta ser un genio para descifrar lo que me sucedería: pronto sería devorada. Imposible volver a refugiarme en mi eternidad de cristal.

Una de las fieras se adelantó despacio, sus movimientos felinos, hasta quedar a solo un par de metros de mí. Los ambarinos y brutales ojos, clavados en los míos, al menos no me provocaban convulsiones. Y en ese momento final, ridículamente, me pregunté por qué.

La bestia se relamió y se agazapó, con todos sus músculos en tensión.

Y lo supe: mis segundos estaban contados.

No sé por qué lo hice —quizá por ese incumplible deseo de morir—, pero abrí los brazos y le sonreí con perversidad. Aceptaba la muerte con la frente en alto, orgullosa. No me quedaba más que eso. Mi última y única victoria. Y, por un momento, me pareció que la fiera me devolvía el gesto, aunque todo pasó muy rápido para poder afirmarlo. Se abalanzó sobre mí con las garras abiertas, preparadas para dar el zarpazo.

Después no recuerdo nada.

Hasta que abrí los ojos.

Dolor, sí.

Después vino el calor: me abrasaba como si me hubieran lanzado a una hoguera.

Estaba hambrienta, pero no de comida. Estaba hambrienta del sufrimiento y del terror ajeno. Necesitaba hacer sufrir, necesitaba devorar.

Estudié qué sucedía a mi alrededor, intentando que mis sagaces ojos se acostumbraran a aquel velo que cubría todo. Me relamí de deseo y avancé hacia la prisión de cristal frente a mí. Mi cuerpo había cambiado. No caminaba erguida, sino que amblaba. Fuerte y ágil, los músculos de mis piernas se contraían y se estiraban con cada paso.

Y la divisé: una chica vestida de gris aporreaba una de las paredes del cubo.

Cuando husmeé su impotencia, su miedo desesperado, mi apetito llegó a un punto que no podía tolerar. Me acerqué lo suficiente para que me descubriera.



Ilustración: Valeria Uccelli

Retrocedió gritando palabras incomprensibles y se cayó al suelo. Ella tiritaba, yo avanzaba. Quería que me viera a través del cristal, quería que se desmayara de terror. Así sería más fácil alimentarme de ella cuando llegara el tiempo de mi primera victoria.

Sí: la presa sería mía.

Veo que mis compañeros se agrupan a mi lado: vienen a acecharla junto a mí.

Noelia Emmi nació en Buenos Aires hace 29 años. Su pasión por los libros le ha generado una sobredosis literaria y hace unos cinco años, casi sin proponérselo, comenzó a escribir. Su primer intento creativo dio como resultado una novela: Ciudad Oscura. Y a partir de allí ya no pudo parar de escribir. Cursó el Taller de Escritura Fantástica de la Universidad del Salvador y actualmente forma parte del Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco.

Está preparando una segunda novela y escribiendo cuentos, siempre con algún toque fantástico o de ciencia ficción para realzar un poco sus colores.

Carnavales en Venecia

Mariláu Sánchez
Argentina



Ilustración: Mariela Giorno

Bruno tomó su pañuelo y restañó con ternura el cuello de Victoria: la sangre dibujaba trazos desparejos sobre la piel blanquísima.

Afuera ardía el carnaval veneciano bajo la helada madrugada de invierno: la anteúltima noche para las orquestas, los trajes de colores, los enmascarados que deambulaban entre la llovizna por las calles laberínticas.

Bruno la besó, la mordió. Ella no se quejó. Él la besó de nuevo, la abrazó.

Desde el primer día, supo que ella traería la salvación, que ella traería la perdición.

Se acercaba el alba.

—Tiene que haber una manera, amor mío —Victoria se quedó mirando, ausente, la luz naranja que entraba en la alcoba—. Ya se ha cumplido un año de la noche en que nos vimos por primera vez, entre arlequines y dominós.

Bruno se acercó a la ventana: una remota Venecia aún mojada brillaba como hecha de metal.

—Todos me odian y me desprecian, Victoria, pero tú me amas. En Bulgaria rodearían mi tumba con rosas salvajes. En Rumania me arrancarían el corazón y lo cortarían en dos. En Bavaria... —Bruno hizo una pausa—. Mejor no pensarlo. ¿Y en Prusia? Volcarían aborrecibles semillas de amapolas sobre mi túmulo. Y pensar que yo iría una y cien veces a todos esos lugares, para morir una y cien veces si ya no puedo estar contigo.

La despedida fue muy breve.

Bruno partió con un débil aleteo en el silencio del amanecer.

La mañana helaba Venecia, desde el Gran Canal hasta el Puente de Rialto. Él sobrevoló la ciudad, La Fenice, el Palazzo Ducale. Con los primeros rayos del sol, Bruno pensó en qué triste debió haber sido para sus primeros congéneres no poder ver la luz.

Del otro lado del río, planeó sobre la cúpula de Santa María Della Salute, una de sus guaridas predilectas. Oculto en la torreta del casquete, contempló el movimiento del mundo y de sus pobres habitantes, las ondulantes aguas del canal, los susurrantes puentes de Venecia.

«Renunciaré a todo», se dijo. «Por ella».

Sí: renunciaría a deambular por las noches infinitas. Renunciaría a ser cuervo, lobo y niebla. Y recordó cómo se veía la vida con los ojos de un búho. Y pensó: «Ya no me esconderé en las arañas, en las ratas. Ya no moraré en el negro abismo».

Y el viento le murmuró un áspero escalofrío: la lejana voz del Padre.

Abandónala, hijo.

La voz del Antiguo sonaba pausada, ronca, primitiva.

Abandona a aquella mortal criatura.

Y la voz siguió cruzando las Arenas Oscuras de la Gran Comunidad.

—Por qué abandonarla, Padre, si yo la amo. La amo más que a nada.

Y la voz conminaba en el viento:

Debes dejarla, hijo mío. Tú conocías las leyendas y el riesgo. Sabías que, una vez cada mil años de la Tierra, se suscita un humano que al ser mordido no se convierte en uno de nosotros.

—Padre, valdría la pena dar a cambio...

No olvides —interrumpió el Antiguo— que has roto la primera y más importante de nuestras seis tradiciones: «No revelarás jamás tu verdadera naturaleza a los que no son de tu sangre». —El Padre hizo una pausa. Cuando habló de nuevo, la voz fue aún más severa—: *No puedes volver a estar con esa mujer. Hace un año te lo advertí. Hoy te lo ordeno, hijo mío, con toda mi potestad. Si me desobedeces de nuevo, no podré evitar el castigo. Serás una deshonra, pero tendrás derecho a sufrir la pena que te impondré.*

Y la voz se apagó, suave.

La pena, se dijo Bruno, descansando la cabeza en una de las balaustradas. El castigo. La tradición.

Y recordó el Libro Sagrado: estaba esperándolo en la Gran Comunidad, atesorado bajo siete llaves en las tinieblas más absolutas.

El Libro Sagrado de los No-Muertos podía ser consultado sólo una vez, y sólo con la aquiescencia del Antiguo.

Bruno se hundió en las mohosas catacumbas hasta la biblioteca.

«Debe existir una forma de volverla uno de los nuestros», pensó, escrutando los pasadizos. «Y también debe existir una forma de volverme yo mismo uno de ellos».

Atestados de volúmenes y pergaminos, los anaqueles se desvencijaban amenazantes, volcando el polvo y las arañas en los corredores como si de secretos malditos se tratara. Una tenue luz se sugería desde el fondo. Bruno caminó hacia ella: sobre el scriptorium, el descansaba Libro Sagrado. Apenas unas gotas de sangre —de su sangre— bastaron como sacrificio, y el libro cedió a las manos que lo alzaban.

Bruno abrió esa caja mágica —en su antiguo corazón, la culpa palpitaba—. Con cuidado, con devoción, hojeó tres mil años de historia vueltos desquebrajados papiros: tres mil años de oscuros rituales se insinuaban, acechaban desde el papel amarillento. El grimorio, dividido en tres épocas, se iniciaba con el Cuaderno de las Sombras; en él encontró Bruno el Ceremonial del Espejo. Desde el papel y en la oscuridad de la gruta, el Hechizo del Castigo se destacó con una luz propia y maliciosa:

Cuando una criatura no-muerta deshonre las enseñanzas y principios de la Gran Comunidad, lo castigaréis con un ritual, en la última noche de Carnaval. Esa noche los espíritus de la oscuridad bajan a la Tierra disfrazados. Deberéis pedir ayuda a estos espectros mediante los espejos. Sólo los espejos pueden condenar al inmortal a las tinieblas de la muerte. Arrastrarlo hacia la morada de la putrefacción de la carne y de la repugnante existencia humana. Merece ser mortal, y mortal será.

Para hacerlo procederéis así: utilizaréis un poco de rosas, puesto que ellas tienen la capacidad de la transformación: ante la perfección de una rosa, todo se vuelve digno de mortalidad. Luego agregaréis sándalo e incienso, las fragancias preferidas de los dioses en todos los mundos. El cinamomo seducirá a los Engendradores de Mortales, y con un toque de miel endulzaréis una muerte segura...

Por último, el corrompido deberá tocar con sus manos el espejo encantado. Sin ello, no deberéis pretender jamás que el hechizo posible sea.

Cuando, horas después, Bruno se había hecho de los elementos que exigía el ritual, a lo lejos una estela de voz recorrió las profundidades:

No lo hagas, hijo. ¡No elijas el destino de los mortales!

—Te esperaba... —le susurró ella en las penumbras de su alcoba.

—He leído el Libro Sagrado, amor mío. Encontré un modo de ser como tú. Probaré la vida de los mortales. ¿Será tan dulce y dolorosa como dicen?

Entonces Bruno explicó el hechizo. Y, al mirar por la ventana el cielo sin nubes que se desplomaba sobre el Puente de los Suspiros, vio en esa caída un anuncio del

destino que le esperaba, vio una premonición.

—No quiero hacerlo —dijo Victoria—. ¡No es justo!

—Victoria, ayúdame.

—¿Ayudarte? ¿Ayudarte a vivir para morir?

—Durante cientos de años vi pasar el tiempo de los vivos —Bruno hundió las manos en el talego—. Cientos de años que no han podido calmar mi sed. No tengo miedo, Victoria—. Tomó del costal un caldero de plata.

—¿Castigarte a ti mismo con la mortalidad? ¡No! Tal vez deberíamos esperar a que llegue de nuevo...

—...ésta es la última noche de Carnaval. Tiene que ser hoy, o no tendremos otra oportunidad.

Victoria movió los labios para hablar, pero ahogó las palabras. Bruno le alcanzó los haces de hierbas, y ella desanudó sus cintas de cuero. Tomó las rosas rojas. Y en sus manos, más blancas que la propia muerte, las flores parecieron sangre fresca.

En las calientes y perfumadas aguas, ya se mezclaban y quemaban los ingredientes del hechizo. Bruno ubicó el caldero frente al espejo de la alcoba.

—Ven, Victoria —dijo, y en el espejo su mirada hablaba de tristeza. De una tristeza y de una soledad más eternas y oscuras que la propia Comunidad.

—Creí —dijo Victoria— que no podías reflejarte en los espejos.

—Supersticiones... —Bruno sonrió apenas, la besó. Miró fijamente el cristal y repitió las palabras del hechizo—: *En esta última noche de Carnaval, yo os invoco, desterrados espíritus. ¡Os invoco al espejo de luz! ¡En esta noche, yo soy El Amo y, por tanto, deberán revelarme cuanto os pida! ¡Hagan todo cuanto os ordene!*

Los humos se esparcían desde el caldero, envolvían la habitación en una densa niebla.

El azogue reflejaba fantasmas de caras alargadas en ángulos imposibles, niños en cuerpos de animales. Enanos cubiertos por millares de púas, reptiles mutilados.

Victoria cerró los ojos.

Y la voz, el grito de Bruno:

—*¡Y dormiréis, espíritus, hasta que yo os despierte, cumplid con las leyes sagradas! ¡Llevad de mí el bien más precioso: convertidme en una criatura mortal, desde hoy y para siempre! ¡Llevad a los abismos de la tierra toda la infinidad de la vida, llevad mi sangre eterna a los dioses y a los espíritus del fuego, el aire, el agua y la tierra! ¡Yo os doy vida, despertad!*

Los espectros huyeron del espejo y rodearon a Bruno: manos ásperas y temblorosas que lo atravesaban, acaso para enlazarlo con fuerzas invisibles.

Victoria, aterrada, se acercó al cristal y lo rozó con dedos temblorosos. Y entonces ocurrió: fragmentos de su vida corrieron por el espejo. Vio su infancia en Sicilia, los campos verdes. Olió los azares de los árboles frutales, se encontró corriendo por las vides, una tarde de primavera. Sintió en los huesos el frío de la noche en que lo conoció a Bruno. Y toda esa sangre...

—¡No lo hagas! —gritó, y se arrojó contra el cristal. Cuando los puños lo quebraron, su vida reflejada en él se deshizo en fragmentos.

Guarecido en su cúpula de la antigua catedral, Bruno terminaba de comprender: volvía poco a poco a su no-muerte. El amor había interrumpido el proceso, y él seguía perteneciéndole a la Noche Eterna.

—¿Por qué, mi amor? —dijo, y se retorció en una punzada—. ¿Por qué lo hiciste? Pero sólo oyó la voz del Padre:

—*Déjala ya, hijo, no la acompañes en su existencia mortal. Es una criatura atada al tiempo y a la finitud. Su duda te ha salvado: te hubieses transformado en un miserable mortal. Pero volviste a desobedecerme.*

—¡Padre...! —gritó Bruno apretándose las sienes.

—*Te castigo, hijo mío. Te prohíbo pisar la tierra hasta el día de la muerte de Victoria.*

Bruno advirtió que sus propios ojos se le cubrían con lágrimas de sangre. Era como si la temida estaca penetrase su corazón y su alma en forma definitiva.

La voz del Príncipe Vampiro seguía resonando implacable:

—*La verás morir... para recordar por siempre cuán valiosa es tu inmortalidad. Esa será tu condena.*

Como afelpado por el invierno que se resistía a marcharse, un débil batir de alas se insinuaba entre las nubes y la tiniebla.

Por los laberintos de Venecia habían pasado cincuenta carnavales desde aquella noche. Italia celebraba la posguerra, pero padecía una profunda crisis.

Entre tanto, miles de criaturas humanas habían discurrido y evolucionado por sus mojados adoquines. Miles de seres deliciosos, ensimismados en la deliciosa humedad de Venecia.

Y esta noche... Bruno lo sabía: era el último baile, la gran velada de la Piazza San Marco.

Gran noche de misterios, se dijo. Máscaras doradas que danzan, arlequines y colombinas y pierrots que se pasean soberbios.

Bruno flotó por la ventana abierta de la habitación. El añejo roble del piso crujió leve cuando él hizo pie, completada su metamorfosis.

—Victoria —dijo—, te eché de menos —y se arrodilló ante el lecho de la anciana.

Tendida, inmóvil, ella levantó débilmente un brazo y se quitó el antifaz. Su cara arrugada, cubierta de purpurina.

Bruno se acercó y la besó.

Victoria cerró los ojos y permaneció quieta.

Y en unos instantes sus cuarteados labios se abrieron.

—¡Mi amor! —dijo—. No me mires: soy una vieja.

—Y muy bella —Bruno la abrazó.

—Bruno, mi amor, creí que nunca volveríamos a vernos. Te pido perdón. No quise...

—¿Perdón por qué, Victoria?

—Interrumpí el hechizo. Pero no fue por duda. Nunca pretendí que renunciaras a la eternidad —relampagueaba su voz: la muerte no se hacía esperar.

—Lo sé, Victoria. Pero es bueno que lo sepas: tal vez el hechizo no hubiera funcionado. De todas formas, esta noche no se hizo para lamentarse. Es noche de despedidas: el invierno, el Carnaval. Nosotros.

Victoria apenas respiraba:

—Aún... —dijo—. Aún conservo un fragmento del espejo. Lo único que me ha quedado de esa noche, lo único que me ha acompañado todos estos años.

Sus ojos se entornaban.

—¡Victoria! —Bruno la sostuvo. Su fragancia, sus sedosos cabellos. ¿Era posible amar así?

Lloró, y sus lágrimas de sangre calaron las sábanas, el rostro de ella. Mojaron esos labios reseco.

La respiración de Victoria cesó. Del brazo extendido hacia él se abrió lánguidamente el puño, y la mano ensangrentada dejó caer ese destello agonizante de espejo.

Bruno lo tomó, limpió la sangre... y vio en él fragmentos de todas sus vidas: Babaria, Prusia, Transilvania, medianoches de huidas, hachas filosas brillando bajo la luna, crucifijos y miríadas de amapolas.

Lo soltó, horrorizado, y el trozo de espejo se estrelló contra el suelo.

El Carnaval se apagaba a lo lejos, una caja musical agonizando.

—Victoria —Bruno tomaba sus manos—. Cuánta vida me espera aún, cuánto dolor —y acarició su mejilla: un mapa del tiempo, del destino de los hombres.

Antes de irse, Bruno concedió a la muerta una última mirada: ella ardería por siempre en su corazón helado.

Con apenas el rumor de la seda de su capa, subió a la ventana para marcharse. Pero un fuerte dolor en las entrañas lo arrojó al suelo, rodó al pie del lecho de muerte de su amada. Reprimió una náusea. Quiso incorporarse, pero otra punzada lo obligó a encogerse.

Y después, la densa niebla, el aroma de las rosas envolviendo la alcoba.

Los espectros abandonaron el trozo de espejo. Uno a uno, volaron hacia Bruno y lo rodearon de sombras. Los espectros, esos horribles entes que habían esperado cincuenta años para que el hechizo se completara. Para ser de nuevo invocados por el no-muerto. Aguardando en los abismos a que el corrompido tocara con sus manos el espejo encantado.

Bruno se asió de una de las columnas del baldaquín. Se retorció, se estrujaba, lo asfixiaban hálitos de podredumbre y cementerio. En medio de la convulsión, descubrió cómo el rostro de Victoria se iba iluminando, sonrosando. Los músculos se tensaban, la piel se alisaba, se perfilaban los rasgos de la juventud. Desaparecían la vejez, la lividez de la tumba.

—Victoria... —llamó desconcertado Bruno, asombrado de su propia voz centenaria.

Pero, entre la niebla, ella parecía dormir y soñar en silencio. El pecho tembló en un denso estertor. La boca se abrió apenas, los brazos y piernas se movieron.

—Victoria... —volvió a llamar Bruno, incrédulo—. ¿Amor, qué...?

Los intensos ojos azules de la muerta se abrieron. Nuevamente sobrevino en su piel la blancura más sepulcral. Sólo resplandecían en las sombras los vestigios de la brillantina.

Bruno se retorció en el suelo:

—¡Victoria! —gritó—. ¡Contéstame!

Ella se levantó de pronto, se quitó las sábanas que la cubrían. Tersa, curvilínea, se balanceó en el frío del amanecer. Se llevó las manos a la cara, y las uñas largas y amarillentas recorrieron en inefable asombro las ondulaciones del rostro, cada línea del cuerpo.

Al claror de la mañana, la belleza de Victoria temblaba sorprendida: la pelirroja cabellera desordenada, los labios escarlata, las piernas marfileñas. Sensual y exquisita, Victoria había regresado.

Bruno sentía cómo la no-muerte le era arrancada del cuerpo, cómo tendones y músculos se abrasaban, los ojos se humedecían de rojo.

Los espectros volvieron al fragmento de espejo, que destelló unos instantes. La niebla se disipó. Bruno se alzó pesadamente. El dolor iba cesando, las manos se tornaban tibias, el corazón latía turbulento. Respiró hondo, y los pulmones se llenaron de aire: una agradable sensación de calor.

—¡Victoria, soy mortal!

Pero entonces advirtió que Victoria lo observaba. Había malicia en la mueca fantasmal que se apoderaba de la boca. Dos colmillos asomaron amenazantes.

—¿Quién eres? —preguntó ella, con una voz arrogante y desconocida—. ¡Quién eres! —repitió, acercándose como una pantera —¡Me devora una sed espantosa!

—¡Soy yo! ¡Tu Bruno! Has bebido mis lágrimas de sangre antes de morir. Te he salvado la vida, Victoria.

—Yo no tengo nombre —dijo la vampira, y se acercó más.

Sus manos membranosas acariciaron el rostro de Bruno. Sólo cuando miró en sus profundos ojos azules, él, exangüe, supo que ella ya no estaba ahí. Ese cuerpo, las manos, los ojos, ya no le pertenecían. Y tampoco a Victoria. Reconoció la mirada perdida en la sed eterna. Por un instante sintió pena. El único ser que lo había apartado de la oscuridad se había convertido en algo mucho peor que un monstruo.

Y, después, dos fríos y filosos colmillos se hundieron en su cuello.

«Adiós, Victoria», pensó Bruno. Y se desvaneció.

Cuando hubo bebido toda la sangre, la no-muerta le clavó las uñas en el pecho y le arrancó el corazón.

María Laura Sánchez nació en 1980 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Estudió Filosofía y Letras en la U.B.A. Asiste desde el año 2006 a los talleres de poesía y narrativa de Marcelo di Marco.

Menciones y premios destacados: En el año 2008 obtuvo mención de honor en el Certamen Internacional de Junín País 2008 con el poema «¿Dónde estás?». Participó en la antología de dicho certamen con la publicación de cinco poemas. Su poemario Cristales Vampíricos obtuvo mención especial en el VI Concurso Nacional Macedonio Fernández. Sexta Mención especial en el Premio Nacional de Literatura – Tres de Febrero 2009, con el poema «Premonición». Participó en el libro-antología de dicho certamen. Un jurado internacional otorgó a su poema «Fénix» el 2do Premio en el concurso PREMIO MOROSOLI INSTITUCIONAL 2009, 2ºs Juegos Florales del Siglo XXI, organizado por Movimiento Cultural aBrace, de Uruguay. Mención de Honor en el VII Concurso Hespérides de Cuento y Poesía. Primera Mención en el II CERTAMEN NACIONAL DE POESÍA RAMON EMILIO CHARRAS. Semifinalista en el concurso del Centro de Estudios Poéticos, de Madrid. Con la obra Primera Sangre obtuvo el Primer Premio en el Certamen Nuevas Promociones SESAM de Poesía 2010, organizado por la Sociedad de Escritores de San Martín.

Es miembro de La Abadía de Carfax, círculo de escritores de horror y fantasía, y secretaria de redacción del diario informativo cultural Fin, de elaleph.com

Siempre contigo

Ismael Rodríguez Laguna
España



Ilustración: Duende

Oí abrirse la puerta. Eras tú. Noté algo diferente en tu rostro. Sonreías.

—¿No ibas a estar de viaje durante toda la semana?

—Se ha cancelado. Quería volver contigo. Por cierto, quiero contarte algo muy importante.

—Dime.

Fue entonces cuando me lo contaste. No todos los días te cuentan que tu novio tiene dos hijos de una relación anterior.

Por supuesto, me enfadé. Después de ocho meses de relación y tres viviendo juntos, pensaba que era el tipo de cosas que tendría que saber ya de ti.

Tras mucho insistir, finalmente me convenciste de que te perdonase por no haberme dicho nada hasta ese momento. Me propusiste presentármelos. Acepté.

Aquel encuentro con tus hijos fue extraño. El pequeño, de tres años, era una ricura. Respecto al mayor, de doce, su reacción al verme fue difícil de describir. Me miraba fija y constantemente con sus ojos abiertos como platos, como si yo fuera una extraterrestre. Pensé que ese niño tenía algo raro.

Los siguientes días estuviste simpatiquísimo conmigo. A pesar de nuestro desencuentro inicial, fueron maravillosos. Recuerdo que fue uno de esos días cuando me regalaste mi colgante, esta baratija con nuestros nombres inscritos de la que nunca me he desprendido desde entonces.

Pero apenas unos días después, cambiaste. Empezó tu locura. Cierta día, poco después de que entraras a casa, te hablé de las cosas que habíamos hecho durante los últimos días. Sorprendentemente, parecías no recordar nada. Decías que *realmente* te

habías ido de viaje y que acababas de volver en ese momento.

Aquella noche fue rara. Cada uno decía al otro que debía recibir tratamiento porque probablemente se había vuelto loco. Te hablé del día en que me presentaste a tus hijos. Me dijiste que no tenías hijos. También te enseñé el colgante que me habías regalado. No lo reconociste, dijiste que me lo habría comprado yo. Nada tenía sentido. Discutimos.

La situación fue tensa hasta que unos días después volviste a irte a otro de tus viajes de trabajo, que supuestamente te tendría fuera una semana. No sabía cómo serían las cosas cuando volvieras.

Sin embargo, volviste a presentarte en casa apenas unas horas después de irte. Venías con tus hijos. Me dijiste que el viaje se había suspendido y que habías aprovechado para recoger a los niños. Volvías a estar amabilísimo conmigo, como si nunca hubiéramos discutido. Volví a notar algo diferente en tu rostro, como si hubieras trabajado mucho últimamente, pero no te recordaba así cuando saliste por la puerta.

De nuevo, los días siguientes fueron maravillosos. Cada vez traías más a tus hijos a casa y, poco a poco, fui acostumbrándome a ellos.

Pero aquello duró poco. Unos días después, cuando entraste a casa, volviste a decir que en realidad regresabas de un viaje de una semana. Volviste a no recordar nada de los últimos días que habíamos pasado juntos. Negabas que hubieras estado en casa y ni siquiera admitías la existencia de tus hijos. Volvimos a discutir y a llamarnos loco el uno al otro.

Continuamos instalados en esta extraña rutina durante meses. Cada vez que volvías de un supuesto *viaje*, que obviamente no había tenido lugar porque habías estado conmigo, tu rostro volvía a estar pletórico, pero tu espíritu enloquecía, no recordabas nada y me gritabas. Llegué a preguntarme si utilizabas algún tipo de cosmético que te estaba afectando al cerebro. Por tu parte, tú no dejabas de llamarme loca, decías que me inventaba amigos imaginarios. Nuestras discusiones se oían en toda la planta del edificio, y más de una vez nuestro vecino de planta, aquel señor tan mayor y tan amable, llamó a la puerta preocupado, intentando mediar. Incluso hubo algunas veces en que, cuando su hijo estaba de visita en su casa, se presentaban ambos en nuestra puerta ante nuestros gritos, siempre con rostros compungidos, tratando de evitar la disputa.

En realidad, sólo nuestras fogosas reconciliaciones conseguían que nos aguantásemos mutuamente durante esos días. Pero los momentos posteriores al sexo eran extraños: sabíamos que el otro seguía creyendo su propia versión, totalmente incompatible con la otra. Seguíamos pensando que el otro estaba loco, así que evitábamos hablar para no volver a discutir. No te sale discutir con quien acabas de hacer el amor. Al menos, no inmediatamente.

Cada vez que te ibas de viaje, volvías de repente al cabo de unas horas, con tu rostro más curtido pero con tu alma más amable y cariñosa, y hacías como si jamás

hubiéramos discutido. Volvía a ver a tus hijos, a esas pobres criaturas de las que renegabas en tus momentos malos. Les tomé verdadero cariño, y tras unos meses se atrevieron a llamarme mamá. Se les veía faltos de cariño por parte de su propia madre. Los pobres habrían llamado mamá a cualquier mujer adulta que les hubiera tratado como yo lo hacía.

Tu otra personalidad, la que volvía de los viajes, aumentó su paranoia. Un día me confesaste que, viendo que alguien usaba tu ropa y tus cosas en tu ausencia, contrataste a un detective privado para que vigilase nuestra casa. No obstante, admitiste que el detective no vio entrar en casa a nadie que no fuera tú mismo. Incluso mandaste a analizar restos de pelo en la casa para demostrar que tenía un amante. Todos los restos que encontraste en la casa eran tuyos o míos, salvo unos pocos que, según los tipos de la clínica de análisis genéticos, eran de un familiar directo tuyo. ¡Por supuesto, eran de tus hijos, tal y como te decía una y otra vez sin que me escucharas! ¡Tus hijos! ¡Tenías que reconocerlos, maldita sea!

Cierto día, hablando con tu yo amable, el que siempre volvía cancelando sus viajes, el que tenía el rostro cada vez más envejecido, me revelaste que tu padre era, en realidad, uno de mis compañeros de trabajo. Se trataba de un tipo con barba y gafas, muy afable, al que le faltarían un par de años para jubilarse. Llevaba años coincidiendo con aquel tipo en el descanso para el café, y de hecho solíamos charlar. ¡Menuda sorpresa! Él mismo me lo pudo confirmar al día siguiente en la hora del café, cuando le pregunté por su familia. Se mostró muy gratamente sorprendido de que yo fuera aquella novia de la que su hijo le hablaba.

Pero, tal y como me imaginaba, la siguiente vez que «volviste» de viaje negaste que tu padre fuera tal persona, e incluso negaste que tu padre viviera en la ciudad. Decididamente, vivíamos en realidades paralelas. Tuvimos más discusiones y más reconciliaciones.

Mi embarazo desató la euforia de tu personalidad amable, que por aquel entonces ya aparentaba unos diez años más que la otra. Tu otra personalidad también se ilusionó, y esto sirvió para rebajar el nivel y la frecuencia de nuestras discusiones. Llegamos a un punto en que los dos aparentamos aceptar la locura del otro y evitábamos cualquier tema de conversación que la recordase. Cuando «volvías» de tus viajes, ninguno de los dos comentaba los días anteriores. Sabíamos que, si lo hacíamos, volveríamos a discutir.

Siempre ocurría que, horas después de irte a cada viaje, regresaba tu yo algo envejecido y maravilloso. Tus hijos se entusiasmaron cuando mi tripa empezó a ser visible. Se pasaban el rato acariciándomela, especialmente el mayor. El chico miraba a su hermano y, volviendo su mirada hacia ti, te decía que se acordaba de todo. Era bonito ver el entrañable recuerdo que parecía tener de cuando su madre había quedado embarazada de su hermano pequeño.

El día del parto ocurrió en una de tus fases de aspecto juvenil en las que me tomabas por loca. No obstante, me trataste muy bien. Hacía tiempo que evitábamos

totalmente cualquier tema de conversación que nos hiciese discutir. Aquel día era importante y nada podía estropearlo. Tras un parto sin complicaciones pero agotador, conociste a tu bebé.

En tu siguiente viaje, tu yo algo envejecido se dedicó con devoción al cuidado de su nuevo hijo. Tus otros dos hijos recibieron con entusiasmo a su hermano, especialmente el mayor, que era capaz de estar largos ratos contemplándolo sin decir nada.

Un día, mirando al bebé y a tus otros dos hijos, no pude contenerme.

—Antonio, dime la verdad —conseguí articular al fin.

—¿Qué quieres decir? —respondiste.

—El bebé no se parece *mucho* a sus dos hermanos. Esa no es la palabra apropiada.

Callaste.

—No se parece mucho —volví a hablar— porque, de hecho, el bebé es ellos. Los tres son la misma persona exactamente.

Seguías en silencio.

—Y el mayor de los tres lo sabe —continué—. Sabe que se mira a sí mismo cuando mira a su supuesto hermano de cuatro años o cuando mira al bebé.

Tu rostro se transfiguró. No esperabas que me diera cuenta. Subestimaste la capacidad de una madre para reconocer a sus hijos.

—Explícamelo todo, Antonio. La maquinita esa que estabais haciendo en tu empresa... ésa que por la que tanto tenías que viajar a los laboratorios y a las fábricas... *funcionó* finalmente, ¿verdad?

Inicialmente no lograste articular palabra. Poco después, por fin hablaste.

—Vale, creo que debes saber la verdad —admitiste, finalmente—. La máquina *funcionará*.

Ahora todo cuadraba en mi mente.

—¿Cuántos años *más* tienes?

—Cuando vine por primera vez, hace año y medio, tenía tres años más. Ahora tengo doce años más. Todo este tiempo he estado yendo y viniendo desde mi tiempo hasta aquí. No puedo quedarme aquí porque tengo que pasar tiempo allí, en el futuro. Es *su* verdadero tiempo —dijiste mientras señalabas al bebé, y luego a los otros dos chicos—, no puedo robarles *su* tiempo. No puedo permitirme envejecer aquí, le debo a él mi tiempo de juventud, y su verdadero tiempo es aquél. Pero cada dos o tres meses viviendo allí vuelvo aquí, donde sólo han pasado una o dos semanas. No puedo evitarlo. A veces me voy a sus respectivos tiempos —dijiste, mientras señalabas al chico de trece años y al niño de cuatro— y me los traigo para que te vean.

Guardé silencio.

—¿Por qué? ¿Tan mal envejeceré? —pregunté entre risas nerviosas—. ¿Tan fea seré en el futuro como para que tengas que volver para recordarme joven? ¿Por qué no te quedas en el futuro envejeciendo conmigo?

Miraste al suelo. Entonces sentí una punzada en el corazón. Fui incapaz de pronunciar una palabra.

—Ya te has dado cuenta... —dijiste por fin—. Solo *aquí* estás. Allí nos dejaste. Quería volver a verte. Y *ellos*... quiero decir, *él* merecía volver a verte.

—¿Cu...cuándo ocurrirá?

Me tapaste la boca con la mano.

—No... Dejémoslo en que aquella máquina funcionará un par de años después de... no, es mejor que no lo sepas.

Mi hijo de trece años se acercó para abrazarme. Su versión de cuatro años se sentía confusa. Su versión de bebé seguía feliz en su cuna.

—¡Cuánto te eché de menos cuando nos dejaste...! ¡Cuánto...! —dijiste, mientras me acariciabas la cara—. No podía evitar hacer todo lo posible para volver a verte. ¡No podía! Al poco de que lográsemos hacer funcionar aquella máquina, recordé y lamenté todo el tiempo que había pasado durante los años anteriores sin ti por culpa de mis viajes de trabajo, todo el tiempo que perdí sin pasarlo contigo. Recordé también lo que siempre creí que fue tu locura, todas aquellas historias que me decías de que yo volvía poco después de irme y me quedaba contigo. Por aquel entonces, yo pensaba que todo aquello era un truco de tu mente para hacerte olvidar que te encontrabas sola. Nunca lo admití, pero en esa época me sentía culpable porque creía que era mi actitud, mi tendencia a dejarte tanto tiempo sola, lo que te había vuelto loca. Pensaba que esos supuestos hijos míos de los que me hablabas eran tu proyección del deseo de tener hijos... Recuerdo también que, durante algún tiempo, me planteé que quizás la explicación fuera más simple y que tuvieras un amante, pues mis cosas siempre estaban desordenadas cuando volvía de mis viajes de trabajo. Cuando el detective me dijo que sólo yo entraba en casa, pero que había restos genéticos de alguien que parecía un familiar directo mío, pensé que la cosa no tenía sentido pues ni siquiera tengo hermanos. Pero años más tarde... cuando ya no estabas con nosotros... cuando por fin logramos que aquella máquina funcionase... recordé aquello y descubrí que todo *cuadraba*. No sólo podía hacerlo: iba a hacerlo. Era más plausible que todo fuera el resultado de *lo que iba a hacer* y no el fruto de tu locura. La posibilidad de que aquel misterioso visitante siempre hubiera sido *yo mismo* tenía mucho más sentido que cualquier otra explicación.

Me sentía aturdida por lo que decías. Seguiste hablando.

—Decidí que me presentaría en tu tiempo cada vez que mi yo de tu tiempo se fuera de viaje. Literalmente, aprovecharía el tiempo perdido. Me di cuenta de que, cada vez que me presentase en casa y te dijera que el viaje se había cancelado, sólo podrías creerme mientras yo no fuera mucho más viejo que mi yo de tu época. Sólo podría presentarme como yo mismo hasta una determinada edad. Sé que, cuando tenga más edad, ya no podré presentarme como yo mismo. Me tendré que limitar a tenerte cerca y a mirarte. Si piensas un poco, sabrás de quién estoy hablando.

Entonces recordé a mi compañero de trabajo, aquel tipo que estaba a punto de

jubilarse.

—¡Mi compañero de trabajo, el que dices que es tu padre!

—Efectivamente, no es mi padre. *Seré yo*. Y más adelante *seré* el anciano que ahora tienes como vecino en la puerta de enfrente. Cuando nuestro hijo sea mayor y ya no me necesite constantemente a su lado, empezaré a vivir en este tiempo permanentemente para seguir estando junto a ti. Siempre contigo.

Me llevé la mano a la boca.

—Entonces, el hijo del vecino, aquel hombre que viene a veces a visitarle, es...

—logré articular mientras miraba la cuna, luego al niño de cuatro años, y luego al de trece.

—Efectivamente.

No pude contener mis lágrimas. Me abracé al chico de trece años, que ya no podía ocultar su propia emoción. Luego, me abracé a ti.

—¿Cómo moriré? —pregunté por fin.

—No es bueno que te hayas enterado. Cuanto menos sepas, mejor. Sólo sé que no puede evitarse. Lo intenté, muchos *yo* lo intentamos. No pudimos, no podremos. La línea del tiempo es única, el futuro es consecuencia del pasado y, desde que aquellas máquinas entrarán o entraron en juego, el pasado también es consecuencia del futuro. No se puede cambiar. Por ejemplo, no puedo viajar al pasado y matar a mi madre antes de concebirme, pues entonces *yo* no habría nacido y no podría haber llegado a viajar al pasado para asesinarla. Si viajo desde el futuro al pasado, al llegar al pasado sólo podré hacer cosas que de hecho den lugar al futuro del que efectivamente procedo. Sólo hay una línea temporal en la que el futuro es consecuencia consistente del pasado y el pasado es consecuencia consistente del futuro. Me temo que lo de ir al pasado para cambiarlo y crear líneas temporales alternativas es sólo cosas de las películas. No funciona así.

Medité sobre aquello. Tenía que prepararme.

Al día siguiente, al llegar la hora del café en el trabajo, esperé a quedarme sola con tu *yo* mayor que estaba a punto de jubilarse, tu *yo* de sesenta y pico años al que había tomado por tu padre. Sin mediar palabra, te dije que me acompañases a los baños de la empresa. Allí comencé a besarte y cerramos con llave. Llorabas de alegría.

Aquel día me despedí del trabajo.

Al volver a casa, llamé a la puerta del vecino. Saliste, anciano, leal y enamorado como siempre. Te besé en la boca. Nunca he visto un rostro de mayor felicidad en un ser humano.

Entonces sacaste un colgante de tu bolsillo. Era igual que el que llevaba puesto *yo* misma desde que me lo regalaste tanto tiempo atrás.

—No es igual, es el *mismo* —dijiste, con tu voz quebrada por la edad—. Lo guardé cuando nos dejaste, y desde entonces lo he tenido siempre conmigo.

Me llevé la mano al cuello para tocar mi propio colgante. Mientras tanto, tu mano

nudosa y arrugada mostraba, extendida, el otro colgante.

—Estará conmigo hasta el día en que yo mismo muera —continuaste—. Ese día, mi yo más joven vendrá y lo tomará para regalártelo a ti el día que recuerdas que él te lo regaló. Fue *así* como llegó a ti, así que procedía del futuro. Pero, en el futuro, yo lo tendré porque tú lo tuviste. Así que en el pasado procede del futuro y en el futuro procede del pasado. Nunca fue forjado y nunca será destruido. Es tan eterno como *nosotros* —dijiste, mientras me cogías la mano.

Me emocioné mientras miraba mi propio colgante, que era el mismo que el que tú sostenías en tu mano aunque unos años más viejo... o unos años más joven, según se mirase.

—¿Cómo es posible que tenga nuestros nombres inscritos?

Te encogiste de hombros.

—Supongo que, si no los hubiera tenido, no habría decidido regalártelo —respondiste.

No creo que las personas estemos hechas para entender la causalidad circular ni las cosas sin principio ni fin, así que simplemente decidí que no perdería el tiempo que me quedaba intentando entender aquello. Por el contrario, pasé las siguientes semanas tratando de aprovechar cada momento, cada segundo, contigo y con el niño (los niños). Salimos, reímos, hicimos pequeñas cosas que siempre había deseado, disfrutamos, nos amamos.

Esta mañana, una versión tuya apenas algo mayor que la que corresponde a este tiempo se presentó en casa y, acalorada, se empeñó en que me tomase una pastilla y en que nos fuéramos al hospital. Entonces, tu yo anciano salió del apartamento de enfrente y trató de frenar a tu yo más joven, diciéndole que sería inútil. No logró hacerle desistir.

Ya en la calle, nos encontramos con otro tú que cargaba con un desfibrilador. Otros tú más mayores se presentaron y trataron de convencer a los dos más jóvenes de que era inútil. Se sumaron a la escena más tú de diferentes edades.

Ahora me encuentro en el coche, yendo hacia el hospital, acompañada por otros cuatro tú. Varios coches nos acompañan y tú vas en todos ellos. Comprendo que no has podido evitar volver una y otra vez a *este* momento.

Me encuentro rodeada por la persona que más me ha querido y me querrá jamás.

Sonrío. No podría estar más plena.

Admito mi destino. No tengo miedo.

Ismael Rodríguez Laguna es profesor universitario en la Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid. Es editor de Sci-Fdi, la revista de ciencia ficción de su facultad, donde publicó dos cuentos. El resto de sus relatos accesibles al público están disponibles en su blog, Historias tras salir del Mundo Ciénaga. Respecto a sus gustos literarios afirma que, tanto cuando lee como cuando escribe, siente especial debilidad por las historias de ciencia ficción algo desconcertantes que, súbitamente, cobran una armonía diáfana al llegar a un desenlace sorprendente, así como por la ciencia ficción donde la ruptura de la realidad y los casos extremos se utilizan para mostrarnos algo

sobre la naturaleza humana, algo que quizás no podría expresarse tan bien desde un mundo normal.

Axxón

241



Contenido 241



- Editorial - [Bajar los brazos](#)
- Entrevista - [Luis Pestarini](#)
- Relato - [Una pequeña mentira](#)
- Relato - [Los despojados](#)
- Relato - [Capitán Soloza](#)
- Artículo - [Pareidolias](#)
- Relato - [Quizás con Aníbal](#)
- Relato - [Los trabajos de un ladrón](#)

Bajar los brazos

Dany Vázquez

Eduardo Carletti, hace unos días nomás, decía a través de una de las cuentas de Facebook (Axxón Ciencia Ficción):

Hoy es un día gris en Buenos Aires, y estuve leyendo palabras de derrota en algunas personas. Amigos, tanto escribir como editar es muy difícil. Si la motivación es buscar la gloria, el aplauso, olvídense... no es el ámbito adecuado. Quizás sientan la sensación de haber hecho lo correcto luego de MUCHO TIEMPO... y, sinceramente, después de MUCHO trabajo y persistencia. Pero no se logra la felicidad en este ambiente de la ciencia ficción hispano-latinoamericana en poco tiempo, sépanlo. No se logra ni siquiera en mucho tiempo; incluso, seamos claros, en el país donde la ciencia ficción manda MUCHÍSIMA gente que hace cosas —incluso cosas muy buenas— lo sufre igual. No hay tantas oportunidades ni tanto triunfo como creemos. Sus convenciones literarias no son multitudinarias; quizás sí las relativas a películas, cómics o disciplinas como el manga. De modo que déjense llevar por lo que les dicte el corazón (sin ponerme en Coelho ni en discurso de púlpito... estoy lejos de todo eso) y hagan lo que les gusta con todas las fuerzas que puedan sacar de ustedes mismos. No se enojen con los demás si no logran lo que esperan. Nadie tiene la culpa: todos, todos, todos tenemos la culpa si es que no hicimos algo por impulsar; algo que no sea impulsarse a sí mismo, sino impulsar el género. Si quieren hacer alguna cosa que mejore la situación, no lo digan: HÁGANLO. Cada vez que se debate este tema surgen decenas, centenares de propuestas del estilo «Deberíamos hacer», «Estaría bueno que», «Lo que hay que hacer»... pero esto no es más que un fósforo (cerilla, para algunos que siguen esta revista fuera de Argentina) encendiéndose aislado. Si no está el combustible cerca, el fuego es momentáneo: se enciende, brilla un instante y se consume sin efectos. No es fácil reunir la leña, apilarla, mantenerla seca, darle el aire suficiente, y una vez encendida esa hoguera, lograr que quede iluminando para siempre, como un fuego eterno. Hay un trabajo constante en mantener los logros, y es un trabajo duro si no se obtiene lo que se espera, y sí se adquieren algunos enemigos que te hieren. No estoy hablando metafóricamente, les habla un soldado cubierto de heridas, caído muchas veces en el campo de batalla, trastabillando aún y viendo siempre —cada vez— por dónde se puede dar un golpe de espada para mejorar la situación. Cuando hayan estado décadas en

esto, podrán comprender en plenitud lo que digo. Si son jóvenes, quizás digan que esto se muere —lo han dicho muchas personas, decenas, centenares de veces— mucho antes de haber batallado lo suficiente. No es un ambiente muy gratificante, lo sé muy bien. He persistido mucho tiempo, me han abandonado muchos atrás de proyectos que pintaban mejor, me ha dolido, me han acompañado algunos y algunas con enorme fidelidad y gran esfuerzo, otros se han ido, hemos logrado algunas cosas, tenemos un nombre, muchas personas encontraron su primer peldaño en esto, y esto es como una vida. Como la vida de muchas personas. De la mayoría de las personas. Agridulce. Con momentos felices y momentos de dolor y derrota. Pero aquí no hay billetes de lotería premiados: se logra en proporción al esfuerzo, en la enormísima mayoría de las veces. Pero lo que sí no se logra es con el pataleo, la queja o esperando de los demás: doy fe.

Mucha suerte en sus proyectos, a todos. Los más jovatos tenemos derecho natural a estar cansados. Hay mucha gente joven en este ámbito. Si aman lo que hacen, pondrán lo suyo para que las hogueras no se apaguen.

O encenderán nuevas...

Y esto seguirá vivo.

Un abrazo.

Imagino que les suena a despedida, pero no lo es. La generación a la que pertenece Eduardo nos ha dado grandes *campeones* dentro del fantástico, y los conozco lo suficiente como para saber que no dejarán de estar por ahí, tal vez no en la primera línea, pero siempre presentes, hasta el último aliento.

Axxón es un monstruo grande y con muchas patas: una es esta revista, pero también están el sitio que le da cobijo, las noticias, la presencia en las redes sociales, la lista de Yahoo... Es allí, en esta última —y también, un poco, en Facebook— donde resurgió la ya consabida queja sobre lo mal que le va al fantástico por estos lugares, y lo lejos que estamos del triunfo con respecto a la literatura general. Por suerte, la cosa no terminó allí, y surgieron algunas ideas que resultan interesantes, muy gratas (como la próxima apertura del Planetario de la Ciudad de la Plata, en donde se podrían hacer muchas cosas) y, por sobre todo, las ganas que demuestran algunos a la hora de hacer, y que espero se concrete en hechos).

Por lo pronto, creo que como *fanas* de lo fantástico tenemos muchas más posibilidades que cuando esta revista comenzó a salir. Estamos mucho más conectados. Claro que hay muchos más estímulos y alternativas, muchos más canales. Y también es común y totalmente válido que cada uno quiera hacer su propio camino. Yo prefiero sumar aquí, en Axxón, que es mi propia casa.

Les voy a contar algo que me gustaría: tener, cada tanto, una reunión real donde leamos cuentos, donde compartamos lo que hacemos. No una reunión de bar: la pasamos bárbaro, pero es algo más afectivo y *de contacto* que otra cosa. Que se

podiera filmar cada lectura, y que la misma fuera compartida con aquellos que, por la razón que sea, no pudieran estar presentes. Por supuesto, con todo gusto aquí habría un lugar para compartirlas, si fuese necesario.

No sé, son cosas que se me ocurren *distintas* a las que ya venimos haciendo, a las que solemos (o solíamos) hacer. Quisiera que ese fervor que parece estar ahí, agazapado, pueda bullir y dar más vida a ese movimiento que no es terriblemente grande, pero que está.

Mientras pasan todas estas cosas, mientras pensamos, como creadores y/o *gourmets* del fantástico, qué queremos hacer y cómo —o, al menos, tomamos conciencia de si *realmente* queremos hacer algo—, recorro las páginas de estos últimos Axxones (¡y también de los primeros!) y siento, ¿saben?, el mismo orgullo. Muchos años de trabajo duro, pero también de satisfacciones: conocer autores «nuevos» es algo muy gratificante, saber que el brindarles un espacio es parte del camino que debemos recorrer, que sin importar el lugar de residencia se trata de alguien cercano, alguien con quien compartimos los mismos sueños, esperanzas y —a veces, por qué no— frustraciones. Y ni les cuento de los ilustradores, y de los pocos pero siempre leales colaboradores que están allí, apuntalando, para que cada número llegue a ustedes.

Aprovechen, la casa es grande: háganla suya también. O vengan de visita, tan seguido como quieran. O hagan e inviten, pues seguimos teniendo ganas de compartir, también fuera de casa.

Para eso mantenemos siempre las puertas abiertas.

Axxón 241 – abril de 2013
Editorial

Luis Pestarini

Ricardo Giorno
Argentina

AXXÓN: ¿Por qué Cuásar?

Luis Pestarini: En 1983, cuando comenzaron a aparecer revistas no comerciales dedicadas a la ciencia ficción y la fantasía, como *Sinergia* y *Nuevomundo*, sentí que había un espacio grande que no estaba cubierto. Por entonces, apenas se podía leer en español a los autores que, en inglés, estaban gestando una revolución dentro del género. Por otro lado, me parecía que la crítica y el ensayo todavía estaban en manos de aficionados, que había que hacer crítica con más rigor. Y, por último, que no vendría mal ofrecer otro espacio a la literatura escrita en nuestra lengua. No fue sencillo, costó mucho trabajo alcanzar algunos de los parámetros de calidad que nos habíamos fijado. Creo que número tras número *Cuásar* fue madurando y mejorando y hacia la sexta edición nos acercábamos bastante a lo que queríamos. Por entonces publicábamos los primeros cuentos en español de autores como Gibson, Willis, Sterling y Kim Stanley Robinson, junto a autores argentinos y españoles de primer nivel. Ésa fue la génesis de la publicación.



Luis Pestarini

AXXÓN: Respuesta impecable, pero un tanto fría y distante, ¿no? ¿Dijiste 1983? Bueno, je, por esa época eras muy joven —no es que ya seas veterano—. Así que me imagino a un Luisito soñador. Y eso me interesa de la pregunta: la parte del corazón, de los sueños. Y ya que estamos en ciencia ficción, viajá a 1983 y dejá salir al Luis de aquellos tiempos.

LP: 1983 fue un año muy particular, como todos sabemos. Después de una época muy oscura volvió la democracia, una democracia limitada en muchos aspectos pero que permitió la aparición de varios fenómenos culturales, entre ellos el fandom de ciencia ficción, caldo de cultivo para las revistas. Yo tenía 21 años cuando publicamos el primer número de *Cuásar* y, más que soñador, era bastante inconsciente y obcecado. Y también muy apasionado, porque era muy complejo sacar una revista, no tenía recursos económicos, no tenía experiencia, todo lo hicimos muy a pulmón. La diagramación se hacía con una mesa, una tijera y plasticola, nada de programas ni computadoras. Después de los primeros dos números, que hicimos en una imprenta llevando los originales ya armados, por una cuestión de costos imprimimos el interior en una casa de fotoduplicación, en otra las tapas color, llevaba

todo a cortar a otro lugar y luego lo encuadernaba con una máquina que anillaba. Más tarde, en lugar de anillar, aprendí a encolar el lomo yo mismo, luego lo llevaba a una imprenta a guillotinar los bordes. Así se hizo *Cuásar* en un principio. Nunca me vi, ni ahora ni entonces, como un soñador: había mucho trabajo detrás de cada número, mío y de todo un equipo de gente talentosa y generosa.

AXXÓN: Perdón de antemano, pero si no eras un soñador ¿qué eras? ¿Un comerciante buscando rédito? ¿Un apostador poniendo unos cobres en un proyecto que podría devenir en una poderosa editorial? Perdoname, Luis, pero no puedo «verte» en esos inicios sin el corazón en una mano y la revista en la otra. Por favor no te ofendas, posiblemente sea mi sentimentalismo tano que me lleva por esos caminos. Volviendo a la revista: ¿cómo conocías a los escritores por aquella época? Porque ahora con Internet todo es más fácil.

LP: Es cierto, con Internet todo es más fácil. Para los dos primeros números contactamos a los autores de diversas maneras: por carta, por teléfono y, por supuesto, a través del entonces burbujeante Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía (CACyF). En las reuniones semanales, que podían llegar a juntar cincuenta personas, había un clima de nueva época, se acercaban muchos escritores, algunos tenían una extensa obra inédita de mucha calidad, otros estaban haciendo sus primeros intentos de publicar. Una convocatoria de Sergio Gaut vel Hartman a través de *El Péndulo* permitió la conformación del CACyF, donde se juntaron escritores, editores, ensayistas, mucha gente joven con ganas de hacer cosas.

AXXÓN: Je, je, esa «muchacha joven» ahora pasó a ser veterana. ¿Qué pasó, no hubo recambio?

LP: Creo que en los '80 se alcanzó una masa crítica que, por diversos factores, no pudo ser reiterada. En los últimos diez años volvieron a aparecer voces nuevas con cada vez más frecuencia. Para *Terra Nova*, la antología que preparé junto a Mariano Villarreal, recibimos casi 200 cuentos inéditos y la mayoría de los autores argentinos (36) eran desconocidos para mí. Puede que haya algo subterráneo que está a la espera de estallar en la superficie, como un géiser.

AXXÓN: ¿Qué distancia hay entre un escritor de habla inglesa y un hispanoparlante?

LP: Hay más escritores anglosajones que pueden vivir de lo que escriben porque hay más lugares donde publicar, pero que nadie piense que tienen todo resuelto. Son pocos los escritores iberoamericanos, en cualquier rama de la literatura, que pueden vivir de lo que escriben. No sé si es bueno o es malo porque, por un lado, vivir de la escritura te condiciona a producir en cantidad y respondiendo a ciertos parámetros comerciales; por otro lado, si no vivís de la escritura, se convierte en una actividad secundaria en la vida de un escritor. En el mundo anglosajón muchos escritores de calidad, para sobrevivir, terminan escribiendo novelizaciones o libros por encargo.

Una vez le pregunté a Haldeman por qué había escrito dos novelas de «Star Trek» y me respondió que firmó el contrato en un mal momento económico, que luego se había arrepentido y quiso recomprar el contrato (una forma de rescindir) y que la editorial no aceptó. Por eso, es difícil decir qué es lo mejor. Tanto allá como acá hay muchos escritores de valía, incluso algunos que supieron conocer cierto éxito, que murieron en la miseria.

AXXÓN: Si estuviésemos hablando de cine, diría que el dinero hace la diferencia. Pero en el caso de los escritores es solo un chabón enfrente a una pantalla. Y por más cara que sea una pantalla, todavía no escribe sola.

¿Cómo puedo entender que un escritor de habla inglesa tenga más ventas que uno de estas pampas? Me imagino que no debe haber una sola razón, ¿no?

LP: Primero, una observación: la herramienta de trabajo del escritor no es la computadora sino su cabeza. Aquí y en Estados Unidos. Y si no tiene dinero para comer, para resolver problemas de salud, problemas familiares, de todo tipo, el esfuerzo para que funcione bien cuando escribe es mucho mayor. El dinero a veces también hace la diferencia en este caso.

Sobre la pregunta en sí, supongo que te referís a ventas en nuestro país, y a escritores de ciencia ficción. Creo que ese fenómeno se extinguió en los '90: lo que se vende más o menos bien, en el campo de la literatura, es cierta ciencia ficción, no importa la nacionalidad del autor, que no aparece rotulada como tal. En las grandes librerías se pueden ver pilas de ejemplares de *La chica mecánica*, de Paolo Bacigalupi, que ganó el premio Hugo, y por ningún lado se lee la expresión *ciencia ficción*. Y está muy bien que sea así, porque lo importante es que se lea si el libro es bueno, no indicar su género de pertenencia. *Kryptonita*, de Leonardo Oyola, fue elegida como mejor libro argentino de 2011. Es una novela de ciencia ficción pero no lo dice por ningún lado. El mercado del libro en Argentina no soporta un nicho tan chico como el de la ciencia ficción, entonces los libros se venden por fuera de él, aunque sean el mismo producto.

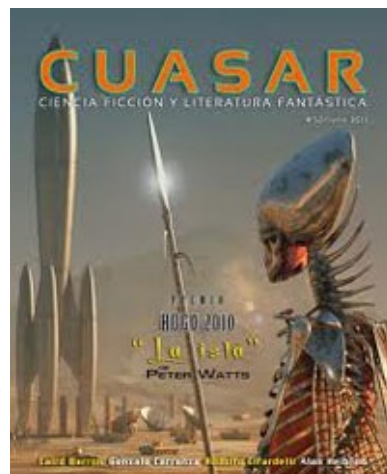
AXXÓN: En una época se decía que no podía haber ciencia ficción latinoamericana (ni rock en castellano). Si bien ahora hay ciencia ficción latina, creo que se tratan temas diferentes, ¿no?

LP: Es difícil hablar de ciencia ficción latinoamericana como algo homogéneo, más allá de que tenemos una lengua común. Por otro lado, hay que tratar de evitar la simplificación de pensar en este género como algo fácilmente escindible del resto de la literatura, en particular en países como los nuestros donde poco o nada se ha conformado como una categoría editorial. Un rasgo que se puede detectar con cierta reiteración es la tendencia a emplear los elementos más superficiales del género (el futuro como exposición de maravillas tecnológicas, por ejemplo) sin llevarlos más allá.

AXXÓN: O sea que la ciencia ficción se cuele en el bocho de la gente sin que esa misma gente se dé cuenta. ¡Magnífico! No lo sabía, gracias por aclarar. ¿A vos qué te gusta publicar en *Cuásar*? ¿Te varió el gusto desde 1983?

LP: Yo no diría que la CF se cuele sin que la gente se dé cuenta, simplemente ya está instalada como parte del menú cultural. Las etiquetas se están desvaneciendo, por suerte.

¿Qué me gusta publicar en *Cuásar*? Primero, no hay que pensar en la revista como una acumulación de contenido: tengo cinco cuentos que me gustan, dos artículos, plín caja, cerramos el número. Trato de mantener cierto equilibrio entre distintos tipos de relatos. Por ejemplo, me gusta combinar cuentos que trabajen fuerte una idea novedosa con otros que lo hagan con situaciones o personajes. Y prefiero que lo literario no quede subordinado al contenido de ciencia ficción. También trato de estar muy atento a los nuevos autores, tanto de aquí como anglosajones, que muchas veces demoran años en encontrar un espacio para publicar. No me interesa la ciencia ficción de aventuras, ni la que sólo gira en torno a algún *gadget*.



Tapa de *Cuásar* 52

En cuanto a si me varió el gusto desde 1983, es natural una evolución hacia una literatura más madura, sofisticada, porque salvo casos excepcionales, entre los 21 y los 50 años la visión del mundo, de las relaciones humanas y de la vida misma se transforma. ¿A quién no le ha pasado releer libros treinta años después y sentir una profunda desilusión, mezclada con culpa y conmiseración? La literatura de cualquier tipo, pero en particular la ciencia ficción, está muy anclada al período de madurez del lector para alcanzar cierto disfrute. Hay libros que, cuando los leí a los 20 años me parecieron complejos, multidimensionales, y ahora los veo ramplones. Pero pasé muy buenos momentos con esos libros, los añoro y desde hace un tiempo decidí no intentar relecturas que terminen ensombreciendo el recuerdo.

AXXÓN: ¿Para llevar una revista adelante es necesario ser escritor?

LP: Para dirigir una revista literaria es necesario saber de literatura en el sentido más amplio, y si es una revista literaria de ciencia ficción, hay que agregar el plus del conocimiento del género. Por supuesto que estos atributos no alcanzan, pero me parece que no es una buena señal que un escritor dirija una revista de literatura porque eso implica que debe generarse él mismo el espacio para difundir su obra y, por otro lado, la tarea de llevar adelante una revista le restará tiempo a su escritura. Claro que esto parece estar planteado en las tierras de Utopía porque, de hecho, la mayoría de los directores de revistas literarias son escritores. Y hay algunos muy buenos.

AXXÓN: ¿Qué relación hay entre *Cuásar* y Axxón?

LP: Las relaciones entre ambas revistas son múltiples y se dan en distintos niveles: desde compartir colaboradores hasta cierta coincidencia general en los gustos literarios entre Eduardo y yo. De alguna manera, me las imagino como dos publicaciones veteranas de muchas batallas —léase crisis económicas, vaivenes personales, etc.— que no necesitan un contacto muy explícito, como si se pudieran reconocer con gestos que son invisibles para la mayoría de los lectores. Claro que ésta es una apreciación muy personal porque ni *Axxón* ni *Cuásar* son entes vivos sino productos culturales realizados por un colectivo vinculado a la ciencia ficción y la fantasía.

AXXÓN: ¿Te imaginás una *Axxón* sin Carletti y una *Cuásar* sin Pestarini?

LP: Bueno, si mi memoria no me falla hubo un período de *Axxón* sin Eduardo. Pero tanto *Axxón* como *Cuásar* son propuestas muy ligadas al esfuerzo personal, cotidiano, de sus editores. A mí me encantaría que *Cuásar* pudiera continuar su andadura sin mi presencia, pero la verdad es que no lo veo posible, al menos en este momento. De todos modos, habría que preguntarles a los lectores cómo se imaginan que podría ser la revista sin mí. Yo siempre traté de que la revista fuera lo más «neutra» posible en cuanto a no parecer un medio de publicación de escritos míos, ni de expresión de mis opiniones, al menos no más que la de otros colaboradores, y creo que eso se nota.

AXXÓN: ¿Qué le sugerirías a un joven de 21 años que desea ser editor, montar su propia editorial?

LP: Editar formas particulares de la literatura como son la ciencia ficción y la literatura fantástica es algo maravilloso si te apasionan estos géneros. Yo estoy muy agradecido de haber podido hacerlo durante tanto tiempo, ha sido una fuente constante de placer más allá de circunstanciales complicaciones y marchas atrás. Ahora editar es más barato porque está la Web con sus enormes posibilidades, y cuando digo que es barato no estoy diciendo que sea gratis sino que es más económico que hacerlo en papel, y tiene mucho mayor alcance.

Hay algunos consejos sencillos y de puro sentido común. Por ejemplo, tener en claro a qué tipo de lector está dirigida la publicación (sea impresa o digital) y cómo se puede promocionar entre esos lectores. Yo no creo que una revista sea una mera acumulación de contenidos, hay que establecer líneas editoriales y aplicarlas con rigor. Hay que balancear relatos y ensayos: por ejemplo, si tengo tres relatos dramáticos y dos livianos, intercalarlos. También si contamos con historias con temas parecidos, tratar de no publicarlas en un mismo número. Son criterios de sentido común. Después hay que hilar mucho más fino, hacer una buena corrección de estilo, un buen diseño. Yo fui muy kamikaze al ponerme a editar a los 21 años, pero hubo dos condiciones que me ayudaron mucho a salir adelante. Por entonces era estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, lo que me permitió tener cierto rigor crítico, y, fundamentalmente, se sumó un equipo de colaboradores mucho más

entrenado que yo en el arte de la escritura y la crítica. De todos modos, si hoy tuviera que evaluar los primeros números de *Cuásar*, seguramente les pondría un aplazo, pero por suerte tuvimos fuerzas para superar esa etapa.

AXXÓN: Me quedó picando un asunto en el área: ¿es degradante escribir novelas de Star Trek?

LP: No, por supuesto. Pero artísticamente un escritor que trabaja para una franquicia está muy limitado, no puede jugarse mucho, ya tiene las psicologías de los personajes armadas, hay ciertas cosas que no se pueden hacer y otras que tiene que hacer... Ahora bien, hay grandes escritores que escribieron para franquicias o hicieron libros por encargo, y algunos han salido muy bien.

AXXÓN: ¿Qué «necesita» un escritor para publicar en *Cuásar*?

LP: La respuesta más sencilla es que un cuento le tiene que gustar al editor, o sea a mí. Y por supuesto al decir esto lo que afirmo es que siempre juegan en la selección una serie de subjetividades que no pueden manifestarse como «criterios de selección» de manera palpable. Por otra parte, lo que siempre me gratificó de la ciencia ficción es su capacidad de subvertir lo establecido como verdad, ya sea una cuestión social o científica. Su capacidad de especular sobre hipótesis que —al menos por ahora— sólo se pueden contemplar desde el terreno de la imaginación y profundizar estas hipótesis con las tensiones dramáticas y morales que podría provocar. Doy un ejemplo para que quede más claro (es el ejemplo que ofrezco siempre): «Aprendiendo a ser yo» de Greg Egan. En el futuro a todos los individuos al nacer les implantan un dispositivo en el cerebro que va almacenando sensaciones, pensamientos, emociones, en fin, todo lo que pasa por ese órgano, hasta que cerca de los cuarenta años este dispositivo reemplaza al cerebro. Ésa es la hipótesis o planteo. El protagonista alcanzó la edad del reemplazo, que es voluntario, y se cuestiona si él va a seguir siendo él mismo o se va a convertir en una suerte de autómatas autoconsciente. La indagación filosófica que plantea la historia —¿quées el hombre? ¿qué nos hace humanos?— es milenaria, pero la aproximación es completamente renovadora. Ojalá hubiera muchos cuentos así, son los que más atractivos me resultan para publicar.

AXXÓN: ¿Cómo ves —en general— la ciencia ficción en la actualidad?

LP: Muy bien, por suerte. Creo que cuanto más lejos está de las listas de best sellers, mejor es la calidad promedio del género. Esto haciendo todas las salvedades del caso. Hay muchos autores de extraordinaria calidad que han comenzado a publicar en los últimos diez o quince años: China Miéville, Paolo Bacigalupi, Ken Liu, Jeffrey Ford, son muchos. También en español. Es un buen momento para la ciencia ficción, ha renovado temas, se ha desprendido del complejo de inferioridad que tenía con relación a la literatura *mainstream*, ha tomado muchas cosas de otros géneros. Tal vez también tenga que ver que prácticamente ha desaparecido la generación «dorada» de

la ciencia ficción anglosajona, sólo están vivos Frederik Pohl y Jack Vance, dos ancianos venerables que ya han cerrado sus carreras literarias.

AXXÓN: ¿Pensás que hay temáticas que se mantienen vigentes desde el inicio del género hasta hoy día? ¿Hay escritores actuales que producen repeticiones de los principios de la ciencia ficción?

LP: Los temas trascienden a la ciencia ficción, aunque el género a veces se los intente apropiarse. Por ejemplo, los conflictos que generan las nuevas tecnologías (en todas las épocas hubo «nuevas tecnologías») y los avances científicos parecen un tema de la ciencia ficción, pero en rigor es una cuestión que aparece en las artes desde el siglo XVIII, cuando el hombre comienza a ser consciente de que el futuro puede ser distinto a su presente y a su pasado gracias a los cambios tecnológicos. Un ejemplo de temas que atraviesan todas las formas literarias es la condena que sufren los individuos que quebrantan un tabú en una sociedad rígida. Está tanto en *La ciudad & la ciudad*, una novela reciente de Miéville, como en Dickens. La ciencia ficción ofrece recursos que a veces permiten una mirada distinta a los viejos temas.

AXXÓN: ¿Cuándo considerás que un relato queda «mohoso»?

LP: Cuando tiene moho... Un relato envejece mal porque está detenido en la coyuntura en que fue escrito. Por ejemplo, las historias que se detienen en describir una determinada tecnología como el centro de su interés están condenadas de antemano. También puede ser una costumbre social. Hay una obra de teatro que se llama «Los injertados», de Carlos Bertarelli, de los años '20. En esta obra, ambientada en el futuro, se habla de las consecuencias horribles de la aplicación del Método Voronoff, pero no tenemos ninguna explicación de tan terrible método. Bueno, el Método Voronoff era un injerto de testículo de mono en el testículo de un hombre que le permitía rejuvenecer y recuperar vigor, muy popular entre los hombres adinerados de aquella época. La obra teatral hoy es obsoleta e ininteligible.

Pero en la ciencia ficción en particular hay otra causa de obsolescencia: gran parte de lo que falsamente se llamó «Edad Dorada» (parte de los '40 y los '50) está muy mal escrita, con tramas insostenibles y personajes ridículos. Aquellas historias, al lector más maduro y formado le parecerán mohosas.

AXXÓN: ¿Por qué será que las películas de ciencia ficción baten records de recaudación y a los libros identificados como ciencia ficción el «gran público» les raja?

LP: Pero las películas no recaudan mucho porque sean de ciencia ficción... Más allá de su calidad, las producciones industriales de Hollywood prometen una espectacularidad que raramente puede ser puesta en escena en el «mundo real». Ese gran espectáculo sólo puede darse a través de la ciencia ficción o del cine de acción estilo *Duro de matar*, porque está en su naturaleza mostrar algo increíble,

extraordinario, que es el centro de su atractivo. En la literatura este dispositivo o estrategia no tiene sentido, nadie va a leer un libro para ver a extraterrestres persiguiendo y desvaneciendo humanos como en el *La guerra de los mundos* de Spielberg.

AXXÓN: Una mención a la colección de libros Cuásar.

LP: Fue una experiencia agradable y económicamente muy frustrante. Estoy muy orgulloso de los cinco libros que publicamos, creo que son extraordinarios, sinceramente, pero es muy difícil entrar en el mercado del libro si no tenés cierta estructura. En los últimos tres libros (MacLeod, Swann y Ruggeri), además, tuvimos la colaboración de Daniel Vázquez en el diseño y la ilustración de tapa, de una calidad extraordinaria.

AXXÓN: Antes nos contabas que para sacar un número de Cuásar esperabas a reunir cierta cantidad y calidad de material. ¿Eso es condición excluyente? ¿No trabajás con un plazo límite para la salida de un nuevo número?

LP: Como nos esmeramos en demostrar a lo largo de los años, nuestro límite es el infinito. Hablando en serio, es muy difícil trabajar con plazos con una publicación con tanta variedad de contenidos: cuentos, artículos, traducciones, notas breves, bibliográficas, etc. Además de mis tiempos están los de los colaboradores, cuya única retribución es mi eterno agradecimiento y el reconocimiento de los lectores, pero lamentablemente no los pueden cambiar por efectivo en un banco. Si simplemente publicáramos cuentos sería más fácil cumplir con plazos, más allá de que también implica un enorme esfuerzo, como demuestra *Próxima*.

AXXÓN: Cómo influyó en la salida de la revista la colección de libros de Cuásar?

LP: Es sencillo: tengo x horas para dedicarle a la edición de ciencia ficción. Cuando no había libros, todas estaban dedicadas a *Cuásar*, cuando salieron los libros entonces hubo que repartir esa disponibilidad de horas. Corolario: las apariciones de *Cuásar* se espaciaron.



Los libros de Ediciones Cuásar

AXXÓN: ¿De estos libros, alguno te causó más placer que otro a la hora de publicarlo?

LP: Ah, me estás preguntando a cuál de mis hijos quiero más... Los quiero a todos

por igual :-p.

Como te comentaba antes, estoy más satisfecho con los tres últimos, pero no por su contenido sino por el trabajo gráfico que hizo Daniel Vázquez. Sus tapas son extraordinariamente fieles a los textos, pero además tienen una composición y un nivel de detalle que no se ve en ediciones comerciales. Ahora bien, te voy a comentar algo sobre cada libro para resaltar porqué estoy muy satisfecho de haberlos publicado. El primero, que tiene una tapa feúcha, es una colección de tres novelas cortas de Greg Egan, *Oceánico*. Egan es probablemente el cerebro más complejo de la ciencia ficción en cuanto a especulación, y estas novelas cortas están entre lo mejor de su producción. *Aterrizaje de emergencia* fue el segundo libro. Budrys es el gran escritor secreto de la ciencia ficción, un maestro cuyas obras de hace medio siglo se pueden leer sin pudor literario. *Aterrizaje...* es casi un testamento magistral donde entrelaza la historia del siglo veinte con unos náufragos extraterrestres, narrada sin desbordes e hiperrealista. *El día del minotauro* es una fantasía juguetonamente erótica anclada en la mitología cretense; fue un placer traducirla, disfruté cada página. Ojalá algún día se redescubra a Thomas Burnett Swann, es otro gran escritor olvidado que nos recuerda que las leyes del mercado editorial son muy crueles. Me quedan dos libros. Uno es *Las islas del Verano*, una colección de tres novelas cortas de Ian MacLeod. MacLeod es un escritor finísimo y sutil; las últimas páginas del libro son de lo más bello y trascendente que leí en el género. El último es *El jardín de las delicias*, de Paula Ruggeri, el único libro de autor argentino. Más allá de su prosa extraordinaria y su sucesión de situaciones geniales en el infierno, la resolución de lo que significa el infierno es brillante y absolutamente original.

Ya sé que parezco un vendedor tratando de encajar un producto pero yo no publiqué estos libros por sus posibilidades comerciales (más bien lo hice a pesar de sus expectativas comerciales), sino porque me parecieron notables. Estoy orgulloso de haberlos publicado.

AXXÓN: Che, Luis, así, entre nosotros, extraño mucho la Cuásar.

LP: Paciencia, pronto tendremos novedades. Ojo que el pronto es en términos cuasarianos...

AXXÓN: ¿Podés decir algo respecto a otras revistas? ¿Leés alguna, aunque sea esporádicamente?

LP: Sí, claro. Pero mi manera de leer revistas ha cambiado con el tiempo. Antes tomaba una revista y la leía de la primera a la última página, ahora sólo leo lo que parece interesante. Supongo que así se pierden cosas que valen la pena, pero el tiempo es el tirano.

Leo bastante en inglés, donde ha sucedido un proceso interesante en los últimos años: las revistas web son muy competitivas en calidad con relación a las publicaciones

impresas. *Clarkesworld*, *Eclipse* o *Lightspeed* son comparables con el *Asimov* o *The Magazine of Fantasy & SF*. Y son gratuitas.

En español también leo lo que puedo. Ahora mismo estoy a cargo de la preparación de *Fabricantes de sueños*, una antología que publica la asociación española de ciencia ficción recopilando lo mejor del año (en este caso de 2011/12), así que estoy leyendo a todo vapor, y también solicitando la colaboración de editores porque es imposible leerlo todo. Como soy hijo de la cultura impresa prefiero leer un cuento en *Próxima* que uno en *Axxón*, pero ya me voy a curar...

AXXÓN: ¿Hay algún autor que te hayas quedado con ganas de publicar? ¿Hay algún autor que hoy te resulte interesante?

LP: Me hubiera gustado publicar algo de Fritz Leiber, un escritor que leía con mucho placer, pero prácticamente todo lo de interés está en español. Por supuesto, me hubiera encantado publicar a Bioy Casares, pero, en fin, nuestros tiempos no coincidieron... :-p

Hay muchos, muchísimos autores interesantes, algunos ya los mencioné. La ciencia ficción, aquí y en el primer mundo, está en buen estado de salud.

AXXÓN: Anteriormente nombraste al CACyF, ¿creés que hoy falta algo que cumpla aquella función?

LP: No, no lo creo. Viví muy de adentro la experiencia CACyF y creo que la institucionalización cuando trabajás en tan pequeña escala termina provocando más problemas que soluciones. Tampoco creo que haya que tener un premio anual o algo por el estilo.

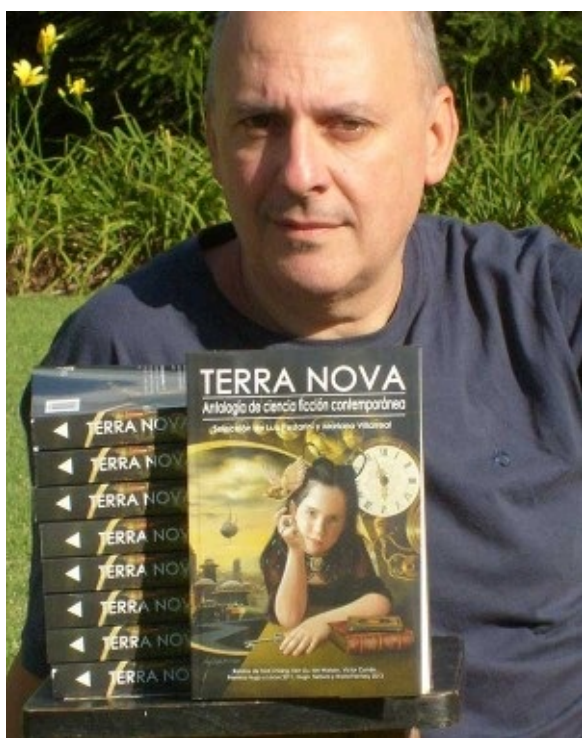
AXXÓN: Tengo ahora mismo en mis manos «Terra Nova»^[1]. Por ahora tengo leído «El zoo de papel» de Ken Liu, y el extraordinario «Memoria» de Teresa P. Mira de Echeverría. Creo que voy a seguir por el de Víctor Conde. Pero contame un poco cómo nació el proyecto, qué querían lograr y, entre otras cosas, cómo fue la elección definitiva.

LP: El origen habría que preguntárselo a Mariano, porque yo recibí su propuesta desesperada diciéndome que si no aceptaba colaborar en este proyecto de cuentos contemporáneos de ciencia ficción lo iba a archivar (supongo que fui su plan Z). La idea era sencilla, aunque la discutimos y perfeccionamos largamente: una antología de cuentos de ciencia ficción que tratara temas contemporáneos, desde la política hasta la ecología. Fue interesante, y también trabajoso, coordinar los puntos de vista, porque Mariano vive en una sociedad que está pasando una crisis parecida a la que vivimos hace algo más de una década, mientras que nosotros estamos en otra situación. También queríamos brindar espacio a la ciencia ficción hispanoamericana, un espacio nuevo. El proyecto fue bancado con gran generosidad por Rudy Martínez, que publicó el libro en su editorial Spórtula, y ha sido el que más vendió con su sello.

En cuanto a la selección, fue un trabajo arduo y lento. Cada uno leía y proponía los que entendía que pasaban el primer filtro. En algunas ocasiones tuvimos largas argumentaciones a favor y en contra de algunos relatos, pero creo que el libro ha quedado muy bien, el nivel promedio de los relatos está muy por encima de lo que se suele ver en antologías.

AXXÓN: Por último, todavía escucho a la mayoría con la cantinela esa de «prefiero una buena idea a un texto bien escrito que no me diga nada». Y yo jamás leí un texto bien escrito que no tenga nada para decir.

LP: Es como vos decís: un texto bien escrito no significa solamente que está bien redactado sino que plantea otras dimensiones como lo dramático, la especulación de ideas. Los cuentos que mencionaste en tu pregunta anterior son un buen ejemplo.



AXXÓN: Bueno, hasta aquí llegamos. La redacción de AXXÓN (y yo especialmente) te agradecemos por cómo te brindaste para esta entrevista. Son tuyas las últimas palabras.

LP: Nada más que agradecer por todo el trabajo que te tomás para llevar adelante estas entrevistas.

Luis y Terra Nova

Una pequeña mentira

Pé de J. Pauner
México



Ilustración: Pedro Belushi

El hombre del sombrero de copa caminaba absorto en sus pensamientos cuando algo llamó su atención. Su mirada se situó sobre el letrero clavado en uno de los postes del alumbrado a gas. Los carruajes pasaban lentos, y las calles sucias de lodo y la neblina de la tarde congelaban los ánimos.

El letrero estaba escrito con grandes letras a una tinta y decía:

«Doctor Cronos, alumno de Mesmer. Adivinación. Electricidad y magnetismo animal. Las maravillas del futuro, hoy. Situado en la entrada norte de este pueblo».

El del sombrero de copa se dirigió rápidamente hacia el norte. Pronto dio con un carruato cerrado. Un hombre alto vestido de negro, de mirada penetrante, barba cerrada y nariz prominente como el pico de un ave, se encontraba sentado con la espalda apoyada en la rueda del carruato, envuelto en una frazada. Ante él, una fogata chisporroteaba con lentitud.

—¿Doctor Cronos?

—¿Quién busca a Cronos y no lo conoce? —respondió el hombre sentado ante la fogata.

—Permítame presentarme —dijo el otro—, mi nombre es...

Expuso un plan extraño ante quien consideraba un charlatán ambulante con un pseudónimo ridículo. Dicho plan consistía en que Cronos le transmitiría una frase aún más extraña a un hombre que el sujeto del sombrero llevaría como acompañante a su

presentación estelar.

—Verá —explicó el del sombrero—, es una broma y le pagaré bien por ella.

Extrajo una bolsa de cuero con monedas, la vació en la palma de la mano, se guardó tres en el bolsillo del abrigo y el resto lo tendió al charlatán, quien cogió la bolsa con dos dedos y la puso a su lado, en el suelo, hurgando con los ojos en las llamas.

—Sólo eso... —rió el del sombrero —, es tan cobarde que creerá que es cierto el asunto de su ejecución en la horca... es el pusilánime del pueblo...

Cronos guardó silencio. Cuando el otro se retiraba, levantó la vista de la fogata y dijo:

—Dos...

El del sombrero se volvió ante la voz profunda del charlatán.

—¿Ha dicho algo?

—Le diré que habrá dos...

—¿Dos?

—Dos ahorcados.

El del sombrero lo miró sin entender, esperando algo más. Se sentía algo turbado. Sacudió la cabeza, como espantando un insecto molesto, le dio la espalda a Cronos y se convenció de que esa pequeña mentira no tenía importancia.

—Mientras se lo diga, todo estará bien.

Al día siguiente las sillas delante del carromato estaban ocupadas por personajes de todo el pueblo. Cronos salió de detrás de una cortina negra y pesada que separaba el proscenio improvisado de la concurrencia y el carromato. El hombre del sombrero de copa sonrió ante el oscuro personaje que lo localizó entre la concurrencia. Los ojos del doctor hubieran perturbado a alguien menos cínico. Con una casi imperceptible inclinación de cabeza hacia la derecha, señaló a la víctima.

—Este acto comprende un proceso de contacto mental entre alguien del público que se ofrece como voluntario y yo mismo —empezó Cronos—. Después de unos pases mesméricos sobre el cuerpo del voluntario, estableceré una comunicación íntima y única.

Muy pocos levantaron la mano. La víctima se revolvió en su silla cuando Cronos se le acercó.

—Sería una muestra importante de tu arrojo si te ofreces como voluntario en este acto, querido amigo— insinuó, sonriendo, el hombre del sombrero.

Todas las miradas se dirigieron a la víctima, que tembló un poco. Su mano se levantó como poseída por una voluntad propia. El dedo índice apuntó al cielo. Cronos se acercó y lo miró. Los ojos de la víctima se hundieron en la mirada oscura y su cuerpo en la silla. Cronos le pasó las manos sobre el rostro, sudoroso a pesar del frío. El del sombrero de copa tuvo que llevarse las manos al estómago para no estallar en risas. Cronos se inclinó hacia la víctima y le susurró al oído:

—Escucha y mira en tu propia cabeza... escucha... mira... Cuando venía hacia

acá a caballo y mis ayudantes me seguían a distancia en el carro, fui el primero en ver el árbol seco a las afueras del pueblo. Hay un páramo estéril ahí. De la rama más baja y gruesa pendía un cuerpo, algunas aves de rapiña sobrevolaban en círculos el lugar. El cuerpo giró lentamente y vi el rostro del muerto. Esa cara hinchada con ojos desorbitados era la tuya. Lo que tengas que hacer, hazlo pronto.

Los asistentes voltearon a ver cuando el hombre tembloroso se levantó y se marchó aprisa. El del sombrero rió, por fin, casi cayendo de la silla. El resto del tiempo el espectáculo de Cronos —ese charlatán, para el hombre del sombrero—, fue de asombro en asombro y el público olvidó el incidente anterior: pasaba las manos sobre el rostro de alguien y decía cosas que sólo sabía aquél. Afirmaba, a la vez, profetizar cosas buenas y malas.

Al otro día, la noticia pasó de boca a oreja por toda la población. Habían asaltado el banco y matado al cajero con tres tiros a quemarropa. El asaltante había sido detenido en seguida sin oponer resistencia. Ni siquiera había intentado huir. En su mirada había alivio y resignación. Se trataba de «la víctima» de Cronos. ¿Cómo era que un personaje oscuro como aquél, el tonto del pueblo, había cometido tal atrocidad?, se preguntaban todos.

—Lo que me dijo me llenó de seguridad —le reveló el ladrón al comisario—. La seguridad y confianza que jamás había sentido. Me fue fácil hacerlo, pero no era mi intención matar a nadie ni robar nada... sólo... sólo me sentí bien al hacerlo...

Su juicio fue breve y la sentencia, rápida. Lo colgaron del árbol muerto a la entrada del pueblo al día siguiente. Las aves de rapiña se presentaron en seguida. El hombre del sombrero subió al puente entonces: con un gesto solemne se quitó el sombrero y lo arrojó al río.

—Nadie se ahorca con el sombrero puesto —murmuró, horrorizado por la manera en la que había actuado la ahora verdadera víctima. No asistió al sepelio y pasó tres días gritando que él era el verdadero asesino. También murmuraba incoherencias sobre pases magnéticos y mesmerismo. La tercera noche lo encontraron colgando de las vigas del ático.

Primero lo vio una lechera que hacía un camino largo entre varios pueblos, luego lo contó en la cantina un borracho: el rostro del tonto del pueblo se había hinchado, sus ojos estaban desorbitados ante visiones que sólo un muerto podía ver y las aves de rapiña volaban sobre el árbol. También contó que un jinete de negro sobre un caballo negro, seguido por un carromato, se había detenido ante el ajusticiado. Sus ojos penetrantes parecían haberse grabado con fuego las facciones del ahorcado.

Pocas horas después el carromato llegó al pueblo y se instaló al norte, en un terreno baldío. El hombre de negro se anunció con grandes letreros a una tinta que sus ayudantes clavaron en los postes del alumbrado a gas, y que decían:

«Doctor Cronos, alumno de Mesmer. Adivinación. Electricidad y magnetismo animal. Las maravillas del futuro hoy. Situado en la entrada norte de este pueblo».

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo «Las cinco grandes utopías del Siglo xx» en la web española Alfa Eridiani.

Los despojados

Enrique José Decarli
Argentina

«... y el placer se mezclaba con la tristeza de sentirme ausente,
tal vez para siempre, del mundo de verdad...»

J.C. ONETTI



Ilustración: Valeria Uccelli

Nadie bajó conmigo y nadie subió. El subte cerró las puertas y arrancó en dirección a Lavalle. Tendría que haberme sentado. Sacarme el zapato ahí mismo y revisarme el pie derecho. Un tirón fuerte acababa de mordirme la planta y ahora subía por los tendones. Los andenes vacíos, sin embargo, no sé por qué, me acobardaron. Los puestos de diarios cerrados. Las cajas contra incendio, deformadas por la penumbra.

El único sonido provenía (sinfín) desde más allá de una arcada. Salté sobre el pie izquierdo hasta la escalera mecánica y, simplemente, me dejé llevar.

En el pasillo me senté en el suelo. Descansé un rato contra la pared y quizás me adormecí. De pronto la estación había enmudecido y alguien a mi derecha tosió como a propósito. Abrí los ojos. Era un linyera más o menos de mi edad. Me levanté de un salto, y desde esta nueva perspectiva, entendí por qué, de repente, tanto silencio. La escalera mecánica no funcionaba. Pero no es que se hubiera detenido. Ya no estaba. No estaba más. En su lugar había un pozo.

El linyera levantó las cejas y sonrió. Abrió las manos y dijo:

—La escalera mecánica.

Me llamó la atención porque pareció presentarse. Había dicho «la escalera

mecánica» como bien podría haber dicho «Juan». Con la mano derecha señaló mi pie derecho:

—Tenés una tachuela en el zapato.

Antes de que pudiera decir nada el pasillo se inundó de ruido a subte y el linyera me pidió que lo esperara.

—Un minuto.

Ni loco, pensé. Tipos como ése infectarían la estación. Me hubiera ido volando, lo juro, si no fuera por lo que entonces ocurrió. Parado frente a mí y de espaldas al pozo. Sin dejar nunca de mirarme, el linyera levantó los brazos como un clavadista.

—¡Oiga! —le grité—, qué hace... —Cerró los ojos y saltó al vacío.

La estación volvió a llenarse del sonido sinfín. El pozo (milagrosamente) otra vez fue una escalera. La chica apareció de a poco. Primero la cabeza. Después el torso. Después las piernas y al fin los tacos. Pasó adelante mío como si nada y entró en el andén de 9 de julio. El ruido de los tacos, ahora que ya no podía verla, curiosamente se oía más nítido. Otra vez se había detenido el sonido de la escalera, y a mi derecha el linyera estaba de vuelta. A espaldas del linyera, otra vez el pozo.

—Último tren... —dijo exhalando una especie de cansancio crónico. Yo me quedé mirándolo con la pregunta colgada en la cara.

—Cómo hacés —le pregunté.

—Cómo hago para qué.

—Para convertirte en la escalera.

—Ah —dijo él—. Soy la escalera.

Me reí. Una mezcla de fascinación e incredulidad. Iba a preguntarle entonces cómo hacía para convertirse en hombre cuando él me preguntó si yo quería convertirme en algo en particular.

—En millonario —dije.

—¿Y aparte...?

—Aparte, en nada.

Volví a sentarme en el piso y me saqué el zapato. Efectivamente: una tachuela había perforado la suela, la media y también la planta del pie.

—En una época (a los diez años, más o menos), quise ser jugador de la selección juvenil. De adolescente, gimnasta ruso. En la década de los veinte bajista de una banda de rock famosa. A los treinta, actor de cine. Pero más que nada en el mundo: alguna vez, y de alguna manera, siempre, quise ser *Jedi*. —El linyera rió a carcajadas—. En serio —le dije—, como Skywalker, con la espada láser. —Cuando paró de reírse—. Eso sí: jamás se me ocurrió ser escalera.

—Bueno —dijo él—. No hay muchas y la mayoría están rotas. Si te interesa... Si querés... Yo podría... Vos me entendés, ¿no?

La verdad, no lo entendía. Y mucho menos cuando bostezó y se desperezó y el saco se abrió a la mitad sobre un pecho curtido y engrasado. Rayado. Pisoteado tal cual los escalones de una escalera mecánica. Yo sabía que no soñaba porque la planta

del pie derecho emitía constantes señales de dolor. La situación sería una locura, pero el linyera (la escalera o lo que fuere) era real.

—Cómo se hace para ser escalera —le pregunté.

—Escalera o lo que quieras —dijo él. La conversación parecía divertirlo.

—Ya te dije: entonces, millonario.

Rió y sacudió la cabeza. Me miró bien a los ojos y, esta vez sí, sonó serio:

—La idea es servir.

—¿Servir...? ¿Servir a cambio de qué?

Frunció los labios como si esto lo hubiera intentado explicar miles de veces siempre sin resultados.

—Vos, por ejemplo —me dijo—: qué hacés.

—Soy abogado —dije.

—Y a quién servís.

No era la primera vez que no podía responder a esa pregunta.

—Esto hago. —Abrí la carpeta y sentado en mi lugar fui mostrándole: cédulas, oficios, demandas, mandamientos. El trabajo para la mañana siguiente.

—Juicios —dijo él—. No recuerdo que hayas dicho que en alguna época quisiste...

—No quise —lo interrumpí.

Le pregunté si él había nacido escalera y dijo que no. Era escalera por opción. Le pregunté qué había sido antes de elegir ser escalera y dijo que no se acordaba:

—Cada tanto, un fogonazo. Una sola imagen que se repite. Nada más. Porque mi vida, en realidad, empieza esa noche que, de casualidad: porque estas cosas pasan de casualidad —puntualizó—, conocí a los Despojados.

Pensé en la tachuela que acababa de reunirnos.

—¿Los Despojados? —dije.

—Los Despojados —repitió. Hizo una reverencia y la mímica de sacarse un sombrero—. Vení —me dijo—. No tengas miedo.

Nos asomamos a la arcada por la que hacía un rato se había ido la chica. No había intuido mal. En los andenes ardían fogatas llenas de linyeras reunidos en una especie de olla popular.

—Qué hay de raro en los andenes —me preguntó.

—Los linyeras —dije. Él volvió a reír lleno de decepción.

Me disculpé, pero honestamente: no se me ocurría ni podía ver más rareza que el ejército ése de linyeras. Entonces me pidió que volviera a mirar. Que por favor mirara bien. Que por un segundo me olvidara del mundo de arriba. Que mirara (así dijo y me emocionó) con ojos de despojado. Juro que hice un esfuerzo para ver lo que él quería que viera, y una vez más, no pude ver nada que no fuera andenes. Dos andenes. Cuatro fogatas: una en cada punta de cada andén. Cuatro ollas gigantes. Muchos linyeras. Hombres y mujeres de cualquier edad que metían latas en las ollas y de ahí comían.

—No sé —le dije.

—Los bancos —dijo él.

—Cuáles —le pregunté.

—Precisamente... Los puestos de diarios —siguió—. Las cajas contra incendio... Era verdad. No estaban. Lo miré maravillado.

—Bienvenido a los Despojados —dijo.

A medida que nos acercamos a la primera fogata los linyeras dejaron de hablar y de reír. Las manos se detuvieron adentro de las latas o adentro de la olla. Las miradas pesadas puestas en mí; sólo las sombras parecían moverse con los temblores del fuego. Sólo el crujido de las llamas se oía; el compás irregular de mi único zapato puesto.

—Respondo por él —dijo la Escalera.

—Algo es algo —dijo un linyera señalando mi pie descalzo—. ¿O no...? —Los demás rieron. Las miradas se relajaron y, poco a poco, la escena empezó a moverse. Uno a uno los linyeras fueron acercándose y presentándose. Los bancos. Los puestos de diarios. Las cajas contra incendio me dieron la mano en una larga fila ordenada.

La Escalera Mecánica me presentó en la fogata armada en la otra punta del andén. Después cruzamos las vías (cosa que siempre quise hacer y nunca, hasta entonces había hecho); me presentó en las dos fogatas del andén a Catedral.

—Respondo por él —decía.

No sé de qué ni por qué, la Escalera tenía que responder por mí. Pero escucharlo me hacía bien, y al parecer era clave para ser aceptado. En las otras fogatas conocí durmientes, barandas, ventiladores. Y ahora que lo sabía. Lo sabía o lo creía o elegía creerlo, no sé. Ahora, digamos, que algo de eso se movía en mí, en la fisonomía de cada linyera podía descubrir uno o dos rasgos de esos objetos.

La noche corría y yo, invitado entre los Despojados, asistía a una suerte de interna, un espectáculo que montarían en mi honor. A la Escalera Mecánica, por ejemplo, le echaban en cara los beneficios de ser escalera. Entre otras cosas: conocer todas las bombachas del subte.

—Porque cosa muy distinta es ser uno —dijo una caja contra incendio—. Que para entrar en acción hay que esperar (y Dios no lo permita) a que se prenda fuego la estación.

—Miren... —decía la Escalera—. A esta altura, lo mío es un apostolado. Y ojo... Hay bombachas y bombachas, eh.

Sentados en semicírculo alrededor de la fogata me acordé de un juego de mis épocas de *Jedi*. Ocurría antes de dormirme. De repente, en algún departamento del edificio se encendía ruido a muebles y mi aliada incondicional, La Fuerza, me permitía ver dónde, exactamente en qué departamento se corrían los muebles. En qué ambiente del departamento. Qué muebles eran y quién o quiénes los movían. Yo

podía ver el mundo de cañerías oculto tras las paredes. Un entramado que crecía y se hundía piso a piso y recibía de afuera las cañerías que salían de otros departamentos. El caño maestro enterrado en los cimientos recorría los patios en busca del desagüe. Se unía a los caños maestros de otros edificios y juntos, fundidos en un solo caño más grande, ganaban las veredas, las calles y las avenidas para alejarse del barrio en busca del río. En esa época yo creía en las canaletas y en las rajaduras. En el óxido que bajo tierra estaría avanzando sobre hierros hundidos y olvidados; cosas que entonces intuía vivas, más allá de mi conocimiento y mi control. Porque podrían ser planificadas y construidas, estudiadas y explicadas, pero puestas a vivir, se olvidaban y transformaban.

Enfrente mío, ahora: desdentados y zaparrastrosos. Con pelos como lanas y pieles como cueros. Oxidados pero vivos (mucho más vivos que yo). Serviciales y secretos. Y sobre todo, felices, reían los Despojados.

Mecánicamente busqué el reloj en los letreros luminosos. No estaban, claro. O sí: jugando a las cartas en otras fogatas. O a la escondida en los túneles. O haciendo percusión con las latas y las ollas. O alimentando el fuego.

Metí la mano en un bolsillo interno del saco y miré la hora en el celular. No tenía señal. Sentí que el tiempo se había detenido pero fue sólo eso: una sensación.

—Cinco menos cuarto —dije. Al día siguiente debía estar temprano en tribunales—. Tendría que ir yendo.

—Te acompaño —dijo la Escalera.

—¿Ustedes no van a dormir?

—¿Dormir...? —dijo un banco y todos rieron—. Dormir, duerme la gente importante.

—Claro...

La ecuación se resolvía simple. A punto de irme creía entenderla. De día nos daban una mano. Trataban de hacernos las cosas un poco más fáciles. A cambio de qué. A cambio de nada. A cambio de la noche. La noche era toda de ellos y la aprovechaban de punta a punta.

—Pero... —Algo no tan simple seguía sin cerrarme—. Si de día trabajan del primero al último subte. Si a la noche se quedan en la estación. Cuándo ven a la familia —les pregunté—. A los amigos...

Entonces no rieron. Me miraron serios y la imagen volvió a detenerse. Me di vuelta para comprobarlo porque lo presentí. Como si desde las otras fogatas hubieran escuchado mi pregunta y mi pregunta fuera una pregunta prohibida, la estación estaba llena de sombras cabizbajas. A algunos (aunque de esto no estoy muy seguro) se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Bueno... —dijo la Escalera, buscando las palabras. Era la primera vez que lo veía dudar—. Digamos que, cada tanto, tenemos un día de suerte.

Ver pasar a un familiar. Ver pasar a algún amigo por la estación; quizá servirle, por dos minutos: la miserable suerte de esos tipos. La Escalera había llevado a su mamá, años después de no verla, del andén de Diagonal Norte al pasillo de 9 de julio: el mismo tramo que me había llevado a mí.

—Diez metros de suerte —le dije.

—Derrotada —dijo él. Así la había percibido. Pero lo que más le dolió—: ...fue descubrirle la bombacha y los zapatos rotos.

Me quedé mirándolos uno a uno, ahora parados a mi alrededor.

—Están locos —les dije. Y juro que hubiera querido saber la identidad de cada uno de ellos para ir casa por casa y dar la buena noticia de que vivían. Estaban locos (locos de remate) pero vivos, y la verdad, vivían mucho mejor que nosotros. Me imaginé golpeando las manos en la puerta de calle de esa mujer derrotada de bombacha y zapatos rotos diciéndole que su hijo el desaparecido era una escalera mecánica en la estación Diagonal Norte del subte C. Me hubieran sacado a las piñas y ahora sí resolvía la ecuación. Era imposible traicionar el secreto.

—Están locos —repetí.

Entonces debajo de una arcada apareció una chica. La chica del principio, la de los tacos.

—En diez, salimos —gritó.

Los Despojados, uno a uno, fueron dándome la mano.

—Cuando quieras —decían. Y en los ojos de cada uno de ellos. En las miradas abismales que se abrían yo veía el entramado secreto de las cañerías de mis sueños. Sentí que les debía algo invaluable y tuve el impulso reprimido de pedirles disculpas no sé muy bien de qué. Si siempre me había sentido vacío, ellos, de alguna manera, eran la explicación inentendible. Ahí estaban, apagando las fogatas. Barriendo el piso. Escondiendo las ollas y las latas en el hueco bajo las plataformas. Después, en silencio, se distribuyeron por la estación. Los andenes, poco a poco, fueron transformándose en los andenes que me llevan y traen, a diario, del trabajo a casa.

—¿Vamos...? —me dijo la Escalera.

Caminamos hasta el pozo y en el camino le pregunté por la chica de los tacos.

—La última incorporación —dijo—. Un cesto de basura en Diagonal.

—¿Andén?

—Trenes a Retiro.

Ahí había bajado. Ahí había empezado todo.

—Nunca la vi —le dije—. Bah... La debo haber visto, pero... Es muy linda. — La Escalera rió y me preguntó si había pensado algo. Le contesté que sí—. Que ya me olvidaba el zapato y la carpeta.

Seguían en el mismo lugar. En el pasillo, a metros de la arcada.

—Si querés sumarte, digo. A los Despojados.

—¿Por qué a mí?

Se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Bueno... Porque estas cosas pasan de casualidad.

—Gracias pero no... No puedo. No podría. Hay cosas... Recuerdos...

—Cuántos.

—Muchos, supongo.

—Cuántos que valgan la pena.

—No sé.

—Porque yo tengo uno —dijo—. Sólo uno. Vacaciones de invierno. Mi mamá junta el dinero para dos boletos ida y vuelta a Constitución. Llegamos a la terminal. Ella se sienta en un banco del hall. Seis años tendré. Corro toda la tarde entre la gente. Grito, subo, bajo... Soy feliz. Feliz, jugando en las escaleras mecánicas.

—Yo también tengo un recuerdo de esa edad —le dije—. También en vacaciones de invierno. Por primera vez entro a un cine con mi mamá. La butaca es comodísima. Por primera vez no me duermo viendo una película. Por primera vez, el bien y el mal se enfrentan en mi vida, ahí empieza mi vida. Luke Skywalker vence a Darth Vader. Un nuevo *Jedi* llega a la galaxia.

Me abrazó y dijo que entendía. Y algo más:

—Que la fuerza te acompañe —dijo. Y se zambulló en el pozo.

Enrique José Decarli nació en Buenos Aires en 1973. Es abogado y músico. Publicó *Desde la habitación del sur* (Libresa 2009), finalista del Concurso de Literatura Juvenil Libresa 2008. En 2010 el Ministerio de Educación, en el marco del Plan Nacional de Lectura, lo recomendó para la Escuela Media. Desde 2008 dicta talleres de lectura y narrativa en la Municipalidad de Almirante Brown y en instituciones privadas.

Así, con este cuento, se presenta en Axxón.

Capitán Soloza

Carlos Pérez Jara
España



Ilustración: Guillermo Vidal

Es curioso, pero a veces despierto en mi habitación creyendo que aún estoy en la nave. Abro los ojos en una neblina de conciencia que engaña a mi memoria y que me traslada de nuevo a la pequeña cámara donde dormía cada doce horas, siempre bajo los ritmos constantes del carguero y las normas inflexibles de quien nos gobernaba con la exactitud de un metrónomo. Entonces me sobresalto entre sombras de paredes que ya no existen, o no deberían existir, rodeado de objetos fantasmales. Solo así me doy cuenta de que, de algún modo, Soloza aún me vigila incluso en el amparo nocturno de mis sueños, y que la *Santa María de las Estrellas* es una nave eterna que atraviesa el espacio en busca de su tripulación perdida.

A mi hija no le hablo nunca de mis viajes de juventud, ni de mi relación con cierto capitán, ni del último periplo que emprendimos más allá de nuestras fronteras conocidas. Algún día quizá lo haga, tal vez le cuente todo para que comprenda mi pasado o lo asuma; pero hoy tengo otro propósito. No puedo engañarme: necesito escribir lo que realmente pasó, cuando solo era un viajero sin patria, sin nadie que lamentara mi partida hacia lugares desconocidos, ni tampoco esperase mi regreso de otros planetas. Cuatro años después de abandonarla, la nave me había atrapado de nuevo con el impulso de una fuerza abrumadora, ineludible: igual que en otra época, me dedicaba a cumplir con las actividades básicas y las instrucciones automáticas del programa de rumbos como el operario que sigue a ciegas su propia rutina. Desde que había embarcado por segunda vez en mi carrera cósmica, no había vuelto a verme con el capitán, salvo en una ocasión en la que vino a encontrarse con los demás oficiales. Aún no sabía qué era lo que pudo haber ocurrido para que el carguero se

reconstruyese de forma íntegra, pero Soloza no daba nunca muchas explicaciones.

Alto, con su uniforme oscuro y su insignia de ónice en la solapa, el capitán Soloza siempre parecía estar a punto de decir algo más de lo que contaba, y que finalmente terminaba callando. Recuerdo como si fuese hoy el momento en que Olivera me llevó hasta él por primera vez, tantos años antes del último viaje. Sus pensativos ojos negros me miraron un segundo, escrutadores y analíticos, como si yo solo fuese un actor necesario de su drama.

—Olivera me ha dicho que es usted competente, razonable —fueron sus primeras palabras.

Nuestra nueva misión comercial era trasladar seis mil cápsulas de niños criogenizados hasta un mundo colonia cuyas radiaciones habían vuelto estériles a la población. Al parecer, una corporación gigantesca de nombre CMA se había prestado a reconstruirle la nave y asignarle los fondos necesarios para que llevase a buen puerto la valiosa carga humana. En las áreas de máquinas, los hombres y mujeres reclutados para la ocasión y cuyas tareas eran más mecánicas que directivas, no conocían ni podían conocer a Soloza, por lo que para todos ellos solo se trataba de un trabajo anodino como el que habían realizado en tantas otras naves.

Casi dos semanas estándar después de nuestra partida, los oficiales de mando nos reunimos con el fin de dar parte de los percances de la nave y de la situación actual de la tripulación. Aburrido, escuchaba los rumores de conflictos en las salas internas a propósito de ciertos reclamos salariales, un malestar creciente que afectaba a muchos operarios subcontratados. Al parecer, un intrépido cabecilla de Terra Mater estaba enfureciendo cada vez más a sus compañeros e inoculándoles la duda de que la corporación les estafaba.

—Estos mercenarios son un problema —dijo Ursu con las manitas sobre su barriga. El segundo oficial de la nave y mi brazo derecho era un obseso amante de las flores exóticas y de los niños rubios, de los versos malditos y de la comida terrestre; siempre hábil para resolver ciertos problemas entorno a las rutas cósmicas, Ursu se volvía a menudo un pusilánime ante situaciones de presión duraderas.

—¿Quién los reclutó? —preguntó el oficial tercero, un individuo suspicaz y enérgico.

—No creo que eso ya nos importe, señores —dije, pero Germán, nuestro viejo jefe de logística, no opinaba lo mismo.

—Fue Soloza, ¿verdad, Olivera?

El consejero náutico apareció desde un rincón de la sala con las manos en los bolsillos. Su gesto adoptaba ese aire oscuro con el que parecía verse a sí mismo como el oráculo funesto de nuestras decisiones futuras.

—¿Importa eso mucho? —dijo con una mueca de desdén—. Acabo de renunciar como consejero, así que da igual lo que yo piense.

Los oficiales nos miramos un momento. Enseguida, el propio Ursu se atrevió a intervenir:

—¿Qué ha pasado... esta vez?

Olivera no miraba a nadie cuando habló:

—Le he dicho que los depósitos de almacenaje han perdido presión por culpa de esa avería, que esos putos terroristas, esos mercenarios, están saboteándonos, pero ni me ha escuchado. Nada, como siempre. Así que he escrito un informe, he vuelto y se lo he entregado, así de claro. No quiero llevarme veinte años en una cárcel. No, señor.

Nadie creyó la renuncia de Olivera, ni siquiera él mismo, pues era un hecho que se repetía de la misma forma que las turbulencias ipsénicas de la nave o los desperfectos con las luces de nuestras cabinas. No era la primera vez que renunciaba, ya lo había hecho en otros viajes: después de una discusión privada con Soloza por no seguir sus advertencias, Olivera, herido en su orgullo, se despojaba de su placa de consejero náutico. Luego, tras varias jornadas de incertidumbre, y tras haberse encerrado en su cámara a solas, aparecía de pronto en una de nuestras reuniones informales, y se sentaba en silencio a la mesa redonda, a la que nunca asistía el capitán como no fuese una emergencia absoluta. Ninguno supo nunca cuántas veces había dimitido Olivera.

A la tercera semana estándar, la amalgama de inquietudes empezó a costarme muchas horas de sueño, lo que enseguida me condujo hacia los suplementos narcóticos. Aleisa, la directora del pequeño equipo médico, vigilaba nuestro estado físico y las posibles molestias asociadas; de todo el núcleo antiguo de nuestra tripulación, era la más joven, y sin duda la mujer más hermosa, algo en el fondo no demasiado difícil al compararla con las fornidas hembras casi varoniles de los sectores de maquinaria, o con su escuálida ayudante, una morena taciturna de ojos saltones. Según parece, había nacido en la luna de Europa unos treinta años antes, y ya desde allí se había ganado cierta fama promiscua que corría por la nave en rumores de bromas y chismes casi continuos. Fuese o no cierto lo que se contaba de sus aventuras sexuales, yo nunca había sido elegido por nuestra médico para confirmarlo. Accesible y amable a solas, resultaba mucho más distante cuando estábamos en grupo.

—Aleisa —le dije durante un examen, cuando el capitán llevaba ya tres jornadas seguidas sin aparecer ante los oficiales—. ¿Qué está pasando abajo? Solo me llegan informes de protocolo, pero no me sirven. Usted estuvo ayer con varios mecánicos que tienen la gripe, ¿no?

—¿Lo dice por esos operarios, los descontentos? —me preguntó mientras extraía mi sangre con una fina aguja—. No sé más que usted, oficial.

—Por cierto —dije atrevido—, si me permite, querría comentarle algo. Últimamente se comenta que Soloza pagó la deuda con su clínica.

Aleisa me miró con sus grandes ojos verdes:

—Siempre dicen demasiadas cosas. Usted ya sabe cómo es él. Es capaz de remover el universo si las cosas no se hacen a su manera. Pagó mi deuda, y por eso estoy aquí, no es ningún secreto. Pero con lo que gane en este trabajo abriré otra

clínica más grande.

En las jornadas de descanso, ya en el interior de mi cabina, no dejaba de recordar la penúltima odisea de la nave, la grave avería del endomotor que nos obligó a refugiarnos en cierto planeta comprado por una empresa independiente; las semanas que pasamos en aquella tierra, en medio de un caos administrativo y judicial, hasta que la tripulación se fue marchando en naves utilitarias o se enganchó a otros cargueros, rumbo a sus mundos de origen. Soloza fue el único que no tuvo la menor intención de abandonar la *Santa María*, inmovilizada en una llanura pantanosa y objeto de especuladores que pronto asentaron allí sus puestos de vigilancia. La corporación patrocinadora se desentendió de nosotros, delegando toda responsabilidad en las posibles negligencias de sus oficiales. A veces, desde lo alto de una loma, Soloza se acercaba para ver su nave, varada en la llanura. Pero nadie vino a ayudarnos, y pasados unos días decidí marcharme con Ursu en un reactor de transbordos al satélite más cercano, donde remontara el regreso a Terra Mater.

Al abandonar la *Santa María de las Estrellas* abandonamos también a nuestro capitán, de quien no volví a saber hasta que vi de nuevo a Olivera, varios años más tarde. Pasaba entonces una temporada en un planeta agreste carcomido por el polvo y plagado de cuevas minerales; vivía con un compañero clon que le daba a la bebida y que a veces se enfadaba con su propia suerte, con la empresa minera para la que trabajaba o conmigo mismo, y nos maldecía a todos juntos para luego, a las pocas horas, ya borracho, refugiarse en su propia compasión, entre balbuceos y lloros patéticos. Era una existencia monótona como ingeniero pero al menos no tenía que rendir cuentas a ninguna corporación inmensa y traidora, ni a ningún capitán obsesionado con su nave. De hecho, creo que tal vez hubiese pasado el resto de mis tristes días en aquel sitio si no fuese porque una tarde tormentosa, al volver a mi casa cónica de los barracones, descubrí un silencio sospechoso.

—Quiere verte —dijo una voz en las sombras de mi salón. Al principio me costó distinguir su figura encorvada junto a un mueble, pero al fin me di cuenta de quién se trataba.

—Olivera.

—Hay un viaje, en breve. Necesita a su primer oficial.

—Que se busque otro, las corporaciones ofrecen un abanico muy amplio. Yo ya no vivo de eso. No sé si te has dado cuenta.

—Me temo que tengo el deber de informarte de que tienes un contrato con nuestro capitán de seis viajes, y que has realizado cinco hasta la fecha.

—El sexto se fue a pique, Olivera. Me parece que tú también estabas. ¿O se te ha olvidado?

—Por supuesto, pero no se completó —comentó y salió de las sombras; enseguida me percaté de que llevaba una pistola en el cinto, pero su uniforme de consejero náutico era el de siempre—. ¿Te gusta esta vida?

—¿A qué te refieres?

Olivera miró a todos lados.

—A esta basura de lugar, a tu compañero de casa, a la miseria que ganas aquí, con un nombre falso.

—¿Cómo has dado conmigo?

—El capitán siempre encuentra lo que busca, ya lo sabes.

—Yo... ya estoy retirado de eso.

—Eres nuestro primer oficial y vas a venir con nosotros. Es que no te das cuenta, ¿eh? Aquí no nos quieren. Ni aquí ni en ningún terruño en el que creamos ser lo que no somos, así de fácil. Pero ahí arriba, en las estrellas, somos de la *Santa María* y eso ya es algo, a pesar de todo.

—La *Santa María* es historia —le dije, y me senté aplomado por el peso de sus verdades: odiaba mi vida actual—. Oí decir lo que hicieron con ella. Se la repartieron varios armadores, la descuartizaron, y se llevaron cada parte a un lugar, para ensamblarlas en otras naves, ¿me equivoco?

—No del todo. La nave ha regresado, Andrenio.

En aquellas horas que pasaba a oscuras en mi dormitorio, pensando en la forma en que había vuelto a nuestro viejo carguero, un rumor de pesadumbre me asolaba por dentro como un mal presagio. Soloza había viajado por diversos mundos, se había hecho con la financiación de un enorme clan de empresas de traslado, y finalmente había encontrado a sus hombres, a los de siempre, a los que viajaron en sus últimos viajes con él por distintas rutas espaciales. Había pagado la fianza de liberación de Ursu, prisionero por delitos de vicio inmorales en Terra Coma; por medio de su consejero náutico, había convencido al viejo jefe de logística, que vivía como mayordomo en un castillo de rocas preciosas de cierto planeta sin nombre, y se había hecho con el apoyo de Aleisa, de Dagma, de los otros oficiales, de los mismos que le abandonaron, de la misma gente que se dispersó varios años antes por todas partes.

Ninguno de nosotros se sintió demasiado cohibido o manipulado por sus métodos, o al menos disimulamos no estarlo, de la misma forma que Olivera acababa por creerse sus propias dimisiones. Lo cierto y verdad es que cuando vi la *Santa María* de nuevo flotando en el espacio, tuve la impresión de estar ante un gigantesco fantasma, un monstruo de billones de toneladas que flotaba entre las corrientes electromagnéticas y los campos gravitatorios como si nada la hubiese destruido años atrás. Las doce colas traseras brillaban ante el sol del viejo sistema terrestre, esperando la llegada de su tripulación, la misma que la había dejado engullida en una llanura viscosa, con los motores desintegrados y los ensamblajes laterales desechos.

Al inicio de la trigésimo primera jornada de viaje hacia el planeta de colonos, las alarmas se dispararon en el área de popa. En seguida organizamos una reunión de urgencia entre oficiales, mientras los guardias de protección se desplazaban con las armas de asalto hacia las cabinas inferiores: los alborotadores de la sección de máquinas estaban furiosos por el hecho de que el capitán no escuchase sus demandas, algo que consideraban propio de un tirano sin escrúpulos. No querían causar grandes

daños, pero estaban dispuestos a casi todo con tal de que se les escuchase. Protegido por dos guardias de la corporación, Olivera se internó en el área ocupada por los sabotadores que habían alterado las redes de conexión con el planeta colonia. Cuando volvió de su reunión con el cabecilla, adiviné una de sus sonrisas sarcásticas.

—¿Qué les has dicho? —le pregunté.

—Lo que me ha transmitido el capitán. Nada más.

Siguió andando distraído, como seguro de los resultados de su encuentro para resolver aquella pequeña crisis en la nave.

—¿Y han decidido dejar los sabotajes?

—Por supuesto. No les queda otra. El capitán ha decidido doblarles la asignación, y además, cuando llegemos a nuestro destino, les dará un bonus especial por el trabajo que llevan hecho hasta ahora. Están encantados.

Durante las siguientes jornadas, nuestros esfuerzos se centraron en el funcionamiento de los endomotores y en los cálculos matemáticos para acceder al campo gravitatorio del pequeño planeta estéril. Nunca había sido fácil manejar una nave como la *Santa María*, y menos ahora con la tripulación mercenaria que habitaba en las plantas bajas, separadas de las nuestras por varios niveles de bodegas herméticas; nuestros encargados nos transmitían cualquier percance o duda a través de cámaras situadas en paneles de salas de comunicación. De esa forma, había partes del complejo con una cierta independencia de mando salvo para las decisiones o directrices comunes, dirigidas siempre por el pulso lógico de la gran computadora con la que solo se comunicaba Soloza: el llamado núcleo.

La *Santa María de las Estrellas* era un carguero de traslados con una historia muy larga de problemas, dificultades y viajes. Un siglo antes, había sido la primera en acceder a las fronteras de Alfa Centauri con varios radares de investigación terrestre, y una de las primeras en verse envuelta en conflictos diplomáticos entre corporaciones enemigas. Su reputación como nave indestructible se la había ganado en varias ocasiones, de las que siempre salió victoriosa, al parecer incluso después del accidente en la llanura del mundo colonia donde la despedazaron como si fuera una reliquia sagrada. Mucho antes de que nuestro capitán hubiera nacido, ya surcaba el espacio bajo el gobierno de otro hombre, pero había sido Soloza el que le había dado esa aura legendaria de nave independiente.

Cuando quedaban seis jornadas para nuestro destino, Soloza mandó que acudiera a su sala de controles. Allí estaba como siempre, con su traje negro y azul de reverendo de alguna iglesia de colonias, la insignia de ónice en la solapa, y esa figura circunspecta y distante. Por lo general, no dejaba que ninguno de sus oficiales pusiera un pie en ese sitio como no fuese un caso de urgencia, por lo que me sentí algo confuso en aquel entorno. Pronto me miró como el mismo día en que nos conocimos en la nave; detrás de su máscara pensativa, de sus rasgos maduros e inalterables, siempre había notado un brillo inmóvil en sus pupilas, propio de quien observa a sus congéneres desde un inmenso abismo. Las grandes ventanas de la proa eran el

escaparate de millares de estrellas y planetas dispersos; estábamos casi en el punto más alejado de todos nuestros viajes comerciales.

—Oficial —dijo con su voz apagada. Me observó de arriba abajo, con indiferencia.

—Capitán —le repliqué cortésmente, a pesar de que nunca había sabido la manera idónea de dirigirme a su persona.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó mientras se giraba a las cristaleras con las manos a la espalda. La pregunta me sacudió por dentro: Soloza nunca había mostrado el menor interés por la comodidad de una tripulación a la que trataba como meros objetos para conseguir sus fines, pero de la que nunca había querido desprenderse, como si fuéramos su único talismán de la suerte.

—Muy bien, capitán, gracias. ¿Y usted?

Casi tuve ganas de decirle lo poco o nada que había cambiado en todos aquellos años, prisionero de una edad intermedia de madurez indefinida. El mismo pelo castaño con algunas mechas grises, la misma nariz curvada y los mismos ojos negros que le conferían ese semblante solitario de siempre.

—Oficial —dijo después de unos segundos—. Esta es mi tripulación, y no le permito a nadie que muera sin mi permiso.

El comentario me sorprendió porque, aunque sonara a una broma absurda si la dijese cualquier otro, en sus labios secos adquiría el tono de una reflexión muy seria.

—¿A qué se refiere, señor?

—Los mercenarios casuales no me interesan, se contrataron solo por exigencias corporativas, una pura formalidad legal. Nada me preocupa excepto mi tripulación, ¿entiende? Cuando Olivera me dijo que Ursu ha intentado suicidarse, he tenido que convocarle para esto.

—No sabía nada, capitán —le dije, y era cierto: acababa de enterarme de la noticia.

—Así es, y su misión será a partir de ahora la de convencerle de que llegaremos a buen puerto, que no se preocupe.

—Capitán.

—¿Sí, oficial? —dijo sin mirarme. De cerca, su aspecto era pálido, céreo; supuse que debía haberse hecho algún trasplante o injerto de piel muchos años antes de que yo sirviera en su nave.

—¿Qué puedo hacer yo por Ursu?

—Se lo acabo de decir. Ustedes son mi tripulación, los demás no me importan en absoluto. Me ayudarán a llegar adonde quiero, ¿queda claro?

—Quedan pocas jornadas para...

—Olivera dice que quiere usted dejarnos cuando llegemos a nuestro destino, ¿es eso cierto?

—Olivera habla siempre demasiado, capitán. Usted me trajo aquí, y aquí estoy. Cobraré mi asignación, y luego nos despediremos.

Soloza dibujó esa sonrisa apenas perceptible de los momentos en los que parecía querer decir algo sin decirlo.

—Tardé tres años terrestres en encontrarla —me dijo de pronto, y me dirigió una mirada fugaz que me sacudió como una descarga eléctrica.

—¿A qué se refiere, capitán?

—A ella, a la *Santa María* —siguió contando despacio y dio varios pasos mecánicos en torno a la sala—. Como sabe, los constructores la descuartizaron, y un gobierno local corrupto me encerró en una prisión oscura. Cuando salí, no sabía nada de lo que había pasado, salvo que quedaba un cráter en la llanura como huella de su desintegración. Las piezas sueltas no me interesaron, ¿sabe? Eso se podía sustituir fácilmente. Yo busqué el núcleo, lo único que importa. Por eso estuve en varias estaciones de construcción de cargueros, y en planetas donde se amasa el poder de las corporaciones que llevarán a Terra Mater a su última guerra, hasta que un día me di cuenta.

Soloza se detuvo ante el cuadro principal de mandos y el panel de la enorme computadora que dirigía la nave desde épocas muy antiguas.

—Me di cuenta de que mis pasos no eran casuales, y que en realidad era ella quien me buscaba, al principio débilmente, luego con más fuerza. Sentía sus llamadas aquí (y se tocó en la sien derecha) y al final encontré lo que quería.

—¿Encontró el núcleo, señor?

—El núcleo me encontró a mí. Por algún motivo, el núcleo y lo que quedaba de su almacén habían acabado hundidos en las profundidades de un lago sin peces, en un planeta cualquiera. Olvidado por todos. Pero yo lo hice salir, o fue *ella* la que me ayudó a sacarlo.

—Capitán —dije después de varios segundos de silencio.

—Haga lo que he ordenado, oficial.

Y no volví a verle durante el resto del viaje. En las siguientes jornadas, Ursu se recobró de su tentativa de envenenamiento con píldoras. Con un método riguroso, Aleisa le sometió a un programa de recuperación médica para subir las endorfinas de su cerebro confuso y agotado. Como distracción, le conté al oficial segundo la extraña historia del capitán; a cambio, Ursu pudo referirme lo que había sabido:

—Saúl dice que se sometió a un trasplante de médula ósea y de ojos en un hospital militar de Marte. Está seguro de que era él.

Por supuesto, no pensaba transmitirle a Ursu, aún convaleciente, ciertos detalles de mi conversación con Soloza ni las sospechas que extraía de sus reflexiones.

—Bueno —dije tras un momento de pausa, observando su estado narcotizado—. Lo importante es que ya estás mucho mejor.

—Cuando esto acabe, no volverá a engañarme, eso seguro —dijo Ursu, mientras se desprendía del parche de su brazo izquierdo—. Lo más cerca que estaré del espacio será cuando lo vea con mi telescopio. Quiero una buena casa, ¿puedes creerlo? Con criados jóvenes a mi servicio, unos muchachos guapos y listos que me

ayuden en todo.

En la jornada de nuestra llegada al mundo colonia todo parecía encontrarse bajo una calma perfecta, y ninguna circunstancia alteraba el frágil equilibrio de la nave. Los mercenarios de las máquinas internas estaban al parecer satisfechos de que pronto se les pagase lo convenido, y a todos nos embargó cierta emoción inconfesa de volver a pisar un planeta con gravedad no artificial. Pero hacia la hora octava del segundo ciclo se activaron las alarmas de los paneles de control, y los oficiales nos reunimos en nuestra sala para averiguar qué estaba pasando.

—Se han sellado solas las áreas de máquinas y los depósitos —avisó, nervioso, nuestro jefe de logística.

—¿Y los de abajo?

—Muy perturbados, empiezan a amenazar a nuestro delegado. Dicen que esto es obra del capitán.

—¿Dónde está? —dije, y miré a Olivera, que tenía los ojos algo vidriosos.

—Se ha encerrado también —respondió sin mirar nadie en concreto—. He intentado... hablarle... pero no quiere que nadie le moleste.

—Hay que comprobar los otros sectores —ordené de inmediato—. ¡Vamos!

Fue inútil: pronto asistimos al cierre íntegro del ala de popa, pasando por los compartimentos de cargas sólidas hasta las salas periféricas: una tras otra, las secciones se iban sellado a presión sin que pudiéramos hacer nada por impedirlo; por mucho que tecléáramos códigos básicos de acceso, la nave ignoraba cualquier orden, como si hubiera decidido aislarnos de las otras áreas. De modo que, finalmente, no pudimos sino acercarnos a los observatorios laterales, con sus múltiples ventanas al espacio, para ser testigos de un horror sin nombre. El planeta cobrizo de los hombres estériles podía distinguirse a nuestra izquierda. Las alarmas sonaban por todos los huecos hasta que de pronto se pararon; entonces un silencio indescriptible se apoderó de todo el carguero; era un silencio cósmico que nos envolvió a todos como un fluido invisible.

—Ya está —dijo Aleisa, con su rostro pálido pegado al cristal—. Han debido de abrirse las compuertas.

De repente sonó un chasquido acompañado de varios temblores mecánicos: durante varios segundos inolvidables, ante nuestros ojos aparecieron las cápsulas de los niños criogenizados flotando como botellines en el espacio, alejándose en silencio por una oscuridad abrumadora. Centenares de cápsulas ocuparon enseguida el espacio, y luego una nebulosa de millares de cilindros que se dispersaban por todas partes, girando con lentitud, una mancha que viajaba en silencio hasta perderse de vista.

—Dios —murmuró Dagma, compungiendo el rostro. Aleisa apartó la vista de aquel desfile desordenado de niños de unos cinco años que ya no volverían a abrir los ojos, tan cerca del mundo donde sus futuros padres adoptivos los esperaban desde hacía muchos meses.

—Esto nos costará la muerte a todos —dijo Germán—. Nos ejecutarán por crímenes de rango supremo. Eliminar carga humana y...

No pudo seguir describiendo nuestras futuras penalidades: enseguida, como partículas extrañas del espacio, emergieron ante nosotros figuras de hombres y mujeres con las manos en los oídos, acurrucados o agitando las piernas frenéticas; decenas y decenas de obreros que adoptaban en su conjunto el aspecto de una marabunta indefensa y ahogada. Desde la distancia los vimos vomitar sangre, o estremecerse en convulsiones flotantes, hasta que se perdieron a lo lejos, atraídos por algún campo magnético o por la inercia de la eyección mecánica. Era una visión tan aterradora como hipnótica, verlos resistirse y luego caer en la apariencia de un sueño profundo.

A la media hora aún estábamos delante de las cristaleras, absortos; la *Santa María*, que acababa de destruir a las tres cuartas partes de su pasaje abriendo compuertas y aislando secciones, seguía su rumbo como si tal cosa, dejando atrás el mundo colonia.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a decir Aleisa entre lágrimas.

—Hay que verle como sea —dijo Dagma.

Tratamos de acceder al área de control y al nivel de su cabina, pero las puertas estaban bloqueadas por dentro. Los oficiales de rango menor intentaron controlar los mandos automáticos de pilotaje, pero fue inútil. Finalmente, como primer oficial de la nave, me refugié en una cabina de comunicación aislada, y encendí un monitor personal de contacto. En la pantalla apareció un sillón vacío, pero supuse que estaba cerca.

—Nos ha metido en algo muy grave, Soloza —le dije rabioso—. Nos acaba de condenar a muerte a todos. Es un crimen horrible, es...

De pronto una voz neutra e impersonal me interrumpió:

—Los obreros de abajo han obtenido lo que demandaban, mi asignación para los traidores o los chantajistas. Respecto a los niños criogenizados, es usted un sentimental, como todos los demás hombres de mi tripulación. Pero les perdono, como siempre, no se puede esperar más de lo que es conforme a su naturaleza.

—¡Ninguno de nosotros le pertenecemos!, ¿me oye? —grité con los puños apretados—. ¡Está usted enfermo!

—Esos seis mil ciento ocho niños congelados solo servían a los propósitos glandulares de una población estéril. Todo el mundo sirve a un interés o a un propósito. Es inevitable. ¿Ha hecho lo que le dije respecto a Ursu?

Que le preocupara el hecho de que Ursu no se suicidase cuando acababa de destruir las vidas de millares de personas era algo que me parecía más allá de lo admisible. Tuve el impulso de apagar la comunicación para reunirme de nuevo con los oficiales y pensar el modo de acceder por la fuerza a la sala de control principal, pero al fin cambié de opinión.

—¿Adónde vamos?

—Al borde conocido —respondió la voz de un individuo invisible.

—¿Para qué? —le dije, reclinando mi espalda en el sillón de la cabina.

—Para lograr todo lo que sea necesario en mi búsqueda, oficial. Ahora dejen de preocuparse por mi estado, y hagan lo que sea oportuno para que la nave esté en buenas condiciones. Cuídenla, como ella les cuida a ustedes.

A lo largo de las siguientes jornadas de aquel viaje interminable, los oficiales, los mandos intermedios, el pequeño equipo médico, los ingenieros de planta y otros grupos del personal que Soloza había considerado como «su tripulación», logramos adaptarnos a una rutina forzada donde se dormía poco y se descansaba menos. Algunos iban con frecuencia al reducido jardín botánico del ala norte, o se refugiaban durante horas en sus cabinas, o decidían introducirse en los cilindros de reposo para olvidarse de lo que nos pasaba, al menos durante un rato.

Hubo varias discusiones sobre la forma de conducir aquella crisis, pero se resolvieron sin problemas en la mayoría de los casos: todos teníamos la conciencia de estar juntos en aquello, y de que las razones de Soloza fueran en el fondo más importantes que sus métodos. Olivera estaba ya más taciturno y menos sarcástico, y de algún modo se culpaba con cierta amargura de no haber podido influir en el carácter de Soloza lo suficiente como para evitar que la *Santa María* fuese una nave maldita. Pero también suponía que aquel suceso era un acto ineludible, necesario, escrito en las estrellas mucho antes de que él mismo naciera.

—Lo llevaremos a la justicia de Terra Mater —dijo Germán, mirando a los demás oficiales—. Explicaremos lo que ha hecho.

—¿De verdad? —interrumpió Olivera, como siempre al margen hasta que decidía intervenir—. ¿Y cómo convenceremos a un tribunal de que toda una tripulación no pudo hacer nada, absolutamente nada, para evitar que su capitán abriera las compuertas de seguridad, eh? ¿Que echase al espacio a miles de inocentes? Dime, Germán, ¿piensas que nos creerían?

—Nos ha condenado —rumió un médico del equipo de Aleisa—. Tengo una familia...

—Su familia es esta nave —dijo Olivera de golpe.

—Pero, señor...

—No compliquemos más las cosas —respondió Olivera, exhausto por varias jornadas tensas; todos le escucharon atentos—. Es evidente que nos necesita para no estar solo. Por alguna razón, se imagina que con nosotros es distinto. Nunca ha hecho mucho caso a mis... consejos, pero los estima como si fuera él quien los hace, estoy seguro. Igual que con todos nosotros. Es como una ilusión, ¿no lo veis?, y sigue empeñado en creerla. Nosotros le abandonamos en aquel pantano, pero aún así nos buscó de nuevo. Sabe que aquí somos mejores que fuera.

—¿Y qué sugiere que hagamos? —dijo un ingeniero hosco llamado Venio.

—Que sigamos siendo su tripulación. La *Santa María* es nuestra nave, ¿cuántos viajes hemos hecho con ella, eh? Algunos de vosotros habéis viajado con Soloza más

de lo que podéis recordar. Aunque sea siempre así de distante, es un hombre justo, lo sé. Todo ocurre por alguna razón, y tengo la sospecha de que el capitán no quiere hacernos daño.

Que yo supiera, la *Santa María de las Estrellas* nunca había llegado al borde exterior habitable. Por eso pensé lo que había sugerido Olivera: que todos éramos unos parias fuera del carguero, siempre lo habíamos sido de una forma u otra, y cuando nos dejaban en la tierra firme de algún planeta volvíamos a ser individuos mediocres o insanos, gente gris que se dejaba arrastrar por la bebida, el juego, la avaricia, la indiferencia u otros vicios. Queríamos creer o pensar que fuera de la nave éramos algo, pero nos equivocábamos: era dentro donde podíamos percibir lo mejor de nosotros mismos, donde sentíamos ese espíritu común del grupo, de las historias de nuestros viajes, de las incontables horas pasadas en cada traslado, y de esa emoción agri dulce al abandonar el carguero en cada estación de turno.

A finales de la jornada quincuagésimo segunda, me levanté de la cama donde rumiaba a solas nuestro grave problema, y me dirigí a la cabina de Aleisa. Me abrió la puerta desnuda, con los ojos entornados.

—¿Qué hora es? —me dijo. Al fondo de su cabina se escuchó un ruido.

—Perdón —respondí confuso—, no sabía que estaba acompañada.

—¿Se encuentra mal? —me dijo, ya despierta del todo.

—Puede haber muerto —dije en voz baja, para que nadie más que ella lo escuchara—. Puede haberle ocurrido algo en la sala de pilotaje. Es una posibilidad. Es la única explicación que le doy, Aleisa. O eso, o se ha hibernado él solo.

—¿Vaa convocarnos ahora? —dijo nuestra médico jefe, a quien no parecía importarle mostrarse desnuda, con sus pechos pequeños pero erguidos—. ¿Ya no recuerda lo que usted nos dijo, oficial? Nos convenció de seguir, y todos le apoyamos.

Era cierto: ni siquiera supe cómo había ocurrido, pero los comentarios de Olivera me llevaron a apoyarle sin fisuras. Nadie puso objeciones.

—Tiene razón —murmuré.

—¿Quiere más *zetozels* para el sueño? —me preguntó al fin, siempre comprensiva.

Más tarde, fui al gran salón de reposo a seguir rumiando mis ideas bajo la certeza de que Aleisa no estaba equivocada. Soloza no debía estar muerto, no podía estarlo. El secretismo del viaje debería romperse en cualquier momento, cuando le hiciera falta nuestra colaboración activa, acaso muy pronto. La nave viajaba sola, como bajo los impulsos de una programación establecida de antemano, y nosotros, su tripulación, éramos los únicos testigos de su desplazamiento errante. Pero, por las noches, me despertaba con las pesadillas recurrentes de millares de seres indefensos, reventados por la ausencia de presión y flotando en un espacio inabarcable para cualquier hombre que pretendiera soñarlo.

En la siguiente jornada, tras poner en orden mi pensamiento, me reuní con

Olivera a solas en una sala de suministros.

—Creo que no me has dicho toda la verdad.

—¿Aqué te refieres? —me preguntó con aire de asombro.

—Adónde vamos en realidad.

Olivera retrocedió unos pasos, confuso. Como primer oficial, había sido por lo común un individuo bastante tranquilo y razonable, pero ya no podía permitirme ese lujo, no en ese momento.

—Cálmate, ¿quieres? Ahora haremos solo lo que nos diga. No olvides que es nuestro capitán. No tenemos otro.

—Ya no sé qué pensar —le dije—. Ursu es un corrupto, un degenerado, ya lo sabes. Pero dice que Soloza se sometió a un trasplante de ojos y médula, en Marte, hace mucho tiempo. Y Germán cuenta que ha viajado doce veces en esta nave, y que una vez le vio dormido en una cámara de suspensión durante veinte jornadas.

—Vamos, por favor, no me digas que te crees tú eso, eres el mando superior del equipo.

—Pero tú le conoces de antes. ¿De dónde viene?

—No lo sé, nunca me lo ha dicho, nunca hablamos de esas cosas, ni siquiera ahora.

De golpe sus palabras me conmocionaron como un golpe sordo en la boca del estómago.

—¿Cómo que ahora? Olivera, ¿has hablado con él hace poco?

El rostro algo ajado del consejero náutico se arrugó con una mueca de desconcierto.

—Hace dos jornadas.

Nos miramos en silencio, y por un segundo tuve la tentación de golpearle en el rostro.

—¿Te has vuelto idiota? ¿Has olvidado que puedo ordenar tu detención? ¿Por qué no me lo comunicaste?

—Porque el capitán me lo ordenó, ¿contento? Me dijo que no dijera nada. Así de claro.

Después de un silencio incómodo, volví a hablar.

—¿Adónde vamos?

—A un planeta del borde exterior llamado Agadé, eso es todo lo que me ha dicho, nada más. Vamos a ayudarle a llegar hasta allí, ¿entiendes? Escucha, Andrenio: nadie ha hecho nada por nosotros ahí fuera, ni las corporaciones corruptas ni nadie. El capitán no solo nos perdonó por nuestra falta, sino que encima confía en nosotros, hasta el fin.

No recordaba ningún planeta de ese nombre, pero era muy posible que se tratase de uno de los varios mundos dispersos en torno a soles distantes en los que se habían asentado algunos colonos varios siglos atrás.

—Esto quedará entre nosotros, ¿me oyes? —le dije, muy decidido a resolver

aquel trance—. Por lo menos hasta que sepamos qué está pasando.

Al comienzo de nuestro tercer mes en la nave, los ordenadores secundarios nos informaron que el destino estaba muy cerca. Según el archivo estelar, Agadé tenía la apariencia de una cáscara de hielo sin vida que flotaba muy lejos de un sol moribundo junto a otros planetas y planetoides rocosos. La tripulación contribuyó a racionar las provisiones en previsión de un largo viaje de regreso a la próxima estación poblada. Ursu analizó en la base de datos la información contenida sobre Agadé, pero apenas encontramos algo de importancia en sus archivos primarios; clásico planeta colonia medio abandonado por las condiciones climáticas y la distancia inmensa respecto a otros lugares habitables, algo económicamente inadmisibles para cualquier corporación que quisiera hundir allí sus industrias.

La tripulación estaba por aquel entonces bajo un estado indefinible de expectación y amargura, una mezcla extraña con la que habíamos logrado adaptarnos a la ansiedad de vernos reclusos en una nave hermética durante tantas jornadas, y a creer que éramos importantes por alguna razón asociada a los designios del capitán Soloza.

—¡Control de los radares! —dije a los suboficiales con el fin de que vigilaran los mandos automáticos.

—Señor —dijo mi oficial tercero, mientras estudiaba los datos de seguimiento cósmico—. El endomotor izquierdo propaga una fuerza de ocho gies, y ha torcido el rumbo en quince grados respecto al eje del planeta.

Asustados, nos distribuimos a lo largo de diversas partes del carguero, esperando el momento en que la *Santa María* se aproximara hacia la escasa atmósfera celeste de Agadé. Los oficiales y los ingenieros ocupamos dos salas de descanso climatizadas, sentados y protegidos con cinturones, mientras el equipo médico de Aleisa se refugiaba en su propia sala, donde se habían asentado como si fuera un cuartel general desde el encierro de Soloza. Algún tiempo después, la nave comenzó a temblar y a sacudirse, primero con lentitud, más tarde con una violencia espasmódica; notamos la presión sobre nuestros cuerpos, aferrándose sobre las articulaciones, las arterias, cada una de las fibras musculares. Pensé en mi refugio en el mundo arenoso de cavernas donde me había ocultado hasta que Olivera dio conmigo, en la sonrisa de Clautta, la puta más célebre de la población donde vivía de forma gris y monótona. Y enseguida me di cuenta de que habíamos sido unos ingratos al abandonarle, y que era nuestra deuda con él, nuestro compromiso.

En cuestión de pocos minutos estábamos atravesando las gigantescas corrientes de ventisca helada de Agadé, que sacudían la nave como si fuera un juguete. La computadora había decidido que el carguero descendiese en su totalidad, y no alguna pequeña nave de remolques que descansara en su tripa, en los grandes almacenes internos; era una decisión muy arriesgada por las dimensiones de la nave y el esfuerzo titánico de sus endomotores; de pronto pensé que si alguno de ellos se estropeaba como la última vez, tal vez no pudiésemos volver nunca, atrapados sin

esperanza en un planeta de hielo. Pero la nave aguantó como pudo las tormentas que impedían la visibilidad del entorno y, aunque hubo algunas averías de consideración en las carcasas solares de popa además de un ala rotor destruida por el descenso, resistió casi intacta, flotando a unos mil metros de la tierra.

Al desprenderme del cinturón di las primeras órdenes a los otros oficiales, que estaban exhaustos pero excitados, conscientes de la importancia de nuestra determinación en aquel momento.

—Se ha declarado un incendio en el ala rotor número veinte —informó Ursu, decidido como nunca. De golpe parecía haberse olvidado de sus propias dudas, de sus amagos suicidas, de su debilidad congénita y cobarde.

—Conecten los equipos mecánicos de regulación —dije—, y cierren la compuerta del sector nueve.

—Esto también va solo —corroboró Olivera, y enseguida notamos que la nave avanzaba despacio, por encima de una cadena montañosa de picos de cristal.

Si hubo alguna vez vida en su superficie, no parecía que eso ya importara en absoluto: Agadé estaba tan muerto como cualquiera de los asteroides que habíamos encontrado a lo largo de nuestro viaje sin pausa. Entre el movimiento y la observación de los otros tripulantes, decidí refugiarme en la cabina de contacto con la sala de Soloza.

—Capitán, ¿está usted ahí? Conteste, por favor. Ya estamos donde quería. Ahora díganos qué debemos hacer.

En la pantalla apareció la imagen estática de un sillón vacío.

Como hechizados por nuestra propia suerte, durante casi dos horas observamos en silencio el desplazamiento sigiloso de la nave sobre las montañas y valles de hielo, sobre los cráteres acristalados y las depresiones brumosas de aquel mundo hostil para la vida humana, en lo más lejano de nuestra galaxia. Luego, sin aviso alguno, cerca de un valle ciclópeo, el carguero comenzó a descender del todo gracias a los endomotores. Sentimos los inmensos trenes de aterrizaje de la nave, apareciendo como centenares de patas de un insecto milenario, hasta que al fin algo golpeó desde abajo, y nos sacudimos, hasta tambalearnos.

—Ya está —dijo Aleisa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó alguien.

—Bajaremos un grupo pequeño a tierra —dije, decidido a concluir aquel enigma cuanto antes—, mientras otro intenta contactar como sea con el capitán.

Decidí descender junto a Olivera en un pequeño vehículo oruga para comprobar las condiciones del entorno y poder averiguar las razones por las que habíamos caído en aquel mundo. No parecía que hubiera ningún poblado, ni colonia viva en muchos kilómetros a la redonda pero la computadora de la *Santa María* había decidido detener su máquina en aquel sitio, precisamente.

—Volveremos en una hora, como mucho. Germán, permanezca atento a las comunicaciones.

Ya dentro del vehículo de transporte terrestre, tuve la desconcertante sensación de que el capitán nos había abandonado en algún punto intermedio de nuestro viaje sin fin, y que ahora solo éramos los brazos ejecutores de su último deseo.

—Vamos allá.

La rampa bajó con un zumbido suave, hasta depositarnos en la tierra helada de Agadé. Las orugas del vehículo apenas podían avanzar sin dificultades por una tierra llena de socavones y rocas. El viento nos balanceaba de forma atroz, pero poco a poco nos fuimos alejando de la nave, que entre las sombras y brumas heladas parecía un gigante en letargo.

—Aquí no hay nada —murmuró Olivera después de un rato, observando el escáner de rutas—. Esto es un pedazo de hielo sin vida.

Por primera vez en bastante tiempo vi que una duda lacerante empezaba a hacer mella en su conciencia.

—Sigamos por allí —dije, y señalé hacia un punto de sombras al norte, casi en el borde del valle de hielo.

—No —dijo una voz neutra, y al girarnos le vimos sentado en la silla vértice trasera, con las manos sobre los brazos de su asiento y un gesto impertérrito, como el de quien llevara siglos esperando aquello.

—¡Capitán! —gritó Olivera, y detuvimos el vehículo de golpe—. ¿Cómo...?

—Por allí no, oficial —dijo sin mirarnos, y con sus ojos impassibles señaló hacia al oeste—. Iremos hacia allá.

—Capitán —baluceé—, ¿qué vamos...?

—Oficial, no tenemos tiempo. Ni mi tripulación tampoco.

Obedecimos bajo el mismo hechizo con el que nos había condenado a todos desde el principio. El vehículo rodeó varias grietas profundas, y se internó por una pendiente irregular de rocas afiladas que agitaron el interior con violencia. Podía sentir la presencia de Soloza a mis espaldas, pero no pensé en la forma en que se había escabullido para introducirse como un fantasma en el transporte oruga y eludir preguntas y explicaciones de otros miembros de la tripulación.

Al fin distinguimos algo que nos asombró por su presencia en medio de aquel paisaje monótono de hielos perpetuos: una base, o lo que parecía una base, que relumbraba bajo el sol tenebroso como un fragmento metálico en el fondo de una laguna. Ni Olivera ni yo nos atrevíamos a hacer ningún comentario, ninguna sugerencia, nada que pudiese alterar al capitán, que parecía controlarnos en silencio y en calma. La base presentaba el aspecto inequívoco de cualquier edificio abandonado durante muchos años, con su torre de comunicaciones medio destruida por las tormentas y capas gruesas de hielo sobre una serie de tanques oblongos. Sin embargo, pronto vi unas luces en las plantas superiores del complejo.

—Ahora —dijo al fin Soloza—, bajaremos. No debo visitarle sin ustedes. No quiero que crea que lo he logrado sin mi tripulación.

Nos colocamos los cascos con una mansedumbre absoluta, pero cuando vimos a

Soloza sin traje protector, nos asustamos enseguida.

—Capitán —dijo Olivera—. Nunca me hace caso, nunca... pero si sale ahora sin el traje morirá en unos minutos, se lo aseguro. Si sale... Hay una temperatura de sesenta grados bajo cero, señor.

—Señores —dijo sin inmutarse, con las manos en los bolsillos de su casaca—. Sean fieles a su trabajo. Ahora bajemos.

En medio de la ventisca, a unos veinte metros de la base, la capa del capitán Soloza se sacudía como una bandera deshilachada o harapienta. Con los ojos apenas entrecerrados, caminó por delante de nosotros con una parsimonia desconcertante, como si el frío o el hielo no pudieran destruirle. La insignia de ónice de rango superior salió volando, pero Soloza no detuvo su marcha ni se giró para verla. Luego, ya delante de una puerta redonda de grandes dimensiones, tecleó unos números en el panel de códigos. La hoja de metal desapareció de inmediato, permitiendo nuestra entrada.

—¿Esta es su casa, capitán? —le dije justo cuando la hoja volvía a cerrarse a nuestras espaldas. En el interior del enorme vestíbulo, me desprendí del casco.

—Es la primera vez que estoy aquí —respondió con el cabello en desorden, y sus ojos fríos se deslizaron por el entorno como si tratara de analizarlo.

—¿Cómo sabía la clave, señor? —dijo Olivera, aún con el casco puesto.

—No lo sé —respondió, y siguió caminando hasta una sala rodeada por estatuas de hielo con formas de animales monstruosos.

—¿No lo sabe? —dije con el casco debajo del brazo mientras Soloza se colocaba sobre una plancha redonda y plateada. Miré hacia arriba y vislumbré un agujero redondo sobre el techo.

—Es su clave, su puerta, su contraseña —nos dijo; la casaca oscura estaba cubierta de hielo por los hombros y tenía los bordes en jirones—. Pero yo tengo mi nave y mis hombres.

La plataforma redonda empezó a subirnos despacio como por el influjo de algún mecanismo magnético. Pronto atravesamos una planta oscura, y otra, hasta que alcanzamos un nivel que daba a un salón extrañamente cálido, rodeado de acuarios y flores exóticas. Junto a una gran cristalera desde la que se distinguía el espléndido y tenebroso paisaje de Agadé, vi a una muchacha joven arrodillada junto a una cama metálica bajo cuyas sábanas yacía un cuerpo inerme: era un anciano escuálido cubierto de tubos y rodeado de máquinas, con una máscara para respirar y con la cabeza desnuda y calva apoyada sobre una almohada gruesa. Al vernos, la joven se sobresaltó, gritó algo en un idioma desconocido y se apartó hacia una zona de cortinas, junto a la cristalera. Soloza caminó despacio, sin prestar ninguna atención a la muchacha, que ahora se encogía en un rincón. Al vernos, el anciano pareció reaccionar, llevándose una mano a la máscara; al desprenderse de ella, murmuró algo que al principio no pude entender.

—Te he encontrado —dijo Soloza—. He venido para que sepas lo que me

pertenece. Para que veas lo que he logrado sin ti.

Supuse que debía tratarse del viejo padre de Soloza, ya moribundo, pero al acercarme un poco más algo me sobrecogió de golpe.

—Mi nave, mi tripulación, mis viajes, ahora ya son míos, no tuyos.

El viejo describió un gesto que Soloza comprendió enseguida. Ni Olivera ni yo podíamos movernos de nuestro lugar. Entonces, el capitán se agachó para atender a los balbuceos del viejo; cuando terminó su confesión, el anciano se puso con dificultades la máscara. Con sus propias manos, el capitán giró entonces la cama hasta colocarla frente a la cristalera, desde donde era posible distinguir la sombra de la *Santa María* a lo lejos.

—¿La ves? —dijo—. Ya no es tu nave, sino la mía. ¿Comprendes lo que digo?

Soloza se giró hacia nosotros un momento.

—La recuerda. No puede evitarlo.

Aturdido, no dejé de ver los rasgos del anciano, su perfil perplejo, la forma en que sus pupilas se dilataron al distinguir la nave en la llanura. La muchacha se había escabullido hacia otro rincón. De pronto apareció un hombre regordete junto a una puerta. Ni siquiera nos dimos cuenta de que acababa de disparar con un arma, pero el zumbido nos encogió de golpe, resonando por las paredes como un pequeño trueno. El capitán cayó como un fardo sin resistencia.

—¡No! —gritó Olivera.

A su lado, observé la herida en el cráneo de Soloza, y el interior chamuscado por el láser, del que ahora brotaba una humareda débil.

—¡No dispare! —dijo Olivera, y se desprendió de su cinto y la pistola.

El hombre regordete era ya algo mayor, y ostentaba una frondosa barba gris de aspecto venerable. El cañón de su arma aún humeaba.

—Sabía que vendría, tarde o temprano —dijo al fin, y puso un pie sobre el hombro del cadáver—. Conozco bien a *Lepso*, y está claro que no me equivocaba.

De inmediato se acercó adonde estaba el anciano y al comprobar que aún vivía, nos dirigió una mirada de reproche.

—¿*Lepso*? —le dije en voz baja.

Contempló nuestros rostros inocentes; luego se relajó, tal vez compadecido de nuestra ignorancia.

—El núcleo de la nave. Cuando el capitán enfermó, tuvo la idea. Fue nuestro secreto.

—No le entiendo —dije—. Esto es una locura, ¿por qué lo ha hecho?

—Construyeron un modelo casi perfecto, una réplica exacta de sus tejidos y su perfil psíquico —y el individuo miró hacia abajo con desaprobación—. Según mi señor, era la mejor forma de que su leyenda nunca muriese, pero yo no estaba seguro. No me hizo caso. En principio no debería haber sabido su origen, pero de algún modo lo supo. Puede que entablara algún vínculo con *Lepso*, y este le revelase la verdad, todo el secreto...

—No... no puede ser —masculló Olivera, dando varios pasos infantiles hacia el cadáver del capitán—. Es imposible... Acaba de matar al capitán Soloza.

—El capitán Soloza apenas puede oírles, ¿saben? La semana pasada cumplió ciento catorce años de edad, tiene ocho hijos y ha sobrevivido a seis. Vive aquí desde hace cuatro décadas.

—¿Aquí? —dije, incrédulo—. Pero si no hay nada...

—Por lo que veo, no conocen mucho de Agadé. Pero ya que lo dice, tenemos nuestras propias reservas, sintéticas y naturales. Todo lo que nos haga falta.

Con un gesto casi distraído, el extraño metió su pistola en una funda plástica colgada de su cinturón. Luego continuó relatando despacio:

—¿Saben? Hubo una época en la que hablaba de su androide como si fuera su propio hijo perdido, o incluso algo más especial que un hijo. Estaba orgulloso de que le representase, aunque esta copia no lo supiera, claro.

De pronto el suelo pareció desvanecerse debajo de nosotros, como la superficie frágil de una farsa que hubiera sobrevivido durante muchos años hasta convertirse en una costumbre: el Soloza que habíamos conocido, el mismo que dudaba o se alteraba ante las ideas de fidelidad de su tripulación, el hombre distante de la cabina de mandos, había logrado la forma de averiguar su propia naturaleza.

—¿Por qué le ha matado? —le dije. El hombre regordete se acercó despacio.

—No puedo permitir que se ponga en peligro la vida de mi señor. Ese androide estaba loco.

—Era nuestro capitán —dijo Olivera apretando las mandíbulas.

—¿Pero qué les pasa a ustedes? —nos dijo mirándonos perplejo—. ¿Es que no se han dado cuenta de lo que ha hecho? *Lepso* es el alma de este androide, la imagen de un capitán falso para seguir su rumbo. ¿Por qué le defienden? No era humano, es solo un montón de cables y fibras pseudo-orgánicas.

Y enseguida señaló al anciano de la cama, que ahora nos miraba como si en el fondo de sus ojos pudiese reconocernos de una vida anterior.

—¿Quieren prestarle fidelidad al capitán Soloza? —dijo—. Bien, pues aquí lo tienen, aquí mismo. El único viajero que atravesó la galaxia, el único cuya leyenda sobrevivirá a su muerte real. El único...

Al poco nos marchamos de la base, transportando el cadáver de Soloza entre los dos. Gracias a la pistola láser, pudimos hacer un agujero que nos permitió hundir nuestros guantes en el hielo costroso. Lo enterramos como nos fue posible, seguros de que las tormentas y las ventiscas formarían un montículo apropiado. No muy lejos, en la base se apagó una luz con indiferencia. Exhaustos, Olivera y yo nos miramos el uno al otro detrás de nuestros cascos: no fue necesario que dijéramos nada. Luego nos montamos en el vehículo y volvimos en silencio a nuestra nave.

Poco antes de subir por la rampa, Olivera sacó algo de su bolsillo y me lo enseñó sin decir una sola palabra: era un dispositivo sintético de almacenaje del tamaño de una nuez; lo había extraído del cráneo de nuestro Soloza, del único verdadero posible,

antes de enterrarle en la nieve; conociéndole, estaba seguro de cuál sería el siguiente viaje, pero eso ya no me preocupaba demasiado. Tanto si lograba reconstruirlo en base a los planos morfológicos que guardara *Lepso* en el núcleo interno de la nave como si no, aquélla sería mi última misión con el grupo.

Al entrar en el carguero, cubiertos por costras de hielo frescas, los demás nos esperaban ansiosos por cualquier noticia.

—Nada —les dije—. Este planeta está muerto, no hay un alma por ninguna parte. Descansaremos unas horas, y luego nos iremos de aquí.

—¿Pero y el capitán? —dijo el viejo jefe de logística—. Seguro que ha muerto en la sala de mandos, seguro. Hace semanas que no sale de su cabina, desde aquello. Tenemos que abrirla como sea, ahora. Hay explosivos en las cámaras bajas.

—El capitán se encuentra bien —dije con calma, y descubrí un aire de esperanza soñadora en sus rostros cansados—. Acaba de contactar con nosotros por radio. Dice que la nave le ha puesto en cuarentena por un virus, y que no deseaba preocuparnos. Ahora debe sumergirse en una cápsula para ralentizar la enfermedad. Solo nos pide que no nos preocupemos por él, y que volvamos a las bases más cercanas.

—¿Después de todo este tiempo, de lo que ha pasado? —rugió un médico del equipo de Aleisa—. No tenemos excusa posible. Ninguna.

—Un accidente del sistema, un terrible accidente. Un fallo de transmisión automático que nadie podía haber evitado.

—Pero... —dijo el médico, aunque al ver que nadie le secundaba bajó la mirada al suelo.

—La nave confundió el rumbo cuando Soloza enfermó, eso es todo. Para no ponernos en peligro ha decidido aislarse de nosotros. Le abandonamos una vez, ¿lo recordáis? ¿Vamos a hacerlo de nuevo, queréis dejarle solo? Somos su tripulación, maldita sea.

Se produjo un silencio profundo; durante unos momentos nadie se atrevió a hablar. Enseguida me di cuenta de lo que a veces había sospechado a solas: que los hombres y mujeres vulgares que existían fuera de la nave, los mismos seres mediocres e invisibles de tantos mundos diferentes, eran allí, bajo el amparo protector de la *Santa María*, unas versiones mejoradas de ellos mismos, una tripulación unida por la misma causa, el mismo patrón de conducta. La causa de pertenecer a la misma familia, guiados por el mismo capitán.

—¿Y los niños de la carga? —soltó Germán—. ¿O los mercenarios? ¿Qué diremos que ha pasado, eh?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Olivera con gesto ceñudo, y le miramos con el deseo de que pronunciara las palabras que queríamos oír—. No podemos decepcionarle, no ahora que nos necesita.

Todos estuvieron de acuerdo en ese punto.

Hoy, tantos años después, ya no vale la pena que haga referencia a los difíciles episodios que se sucedieron durante nuestro viaje de regreso, las peripecias con la

sala sellada de mandos, o las duras maniobras que tuve que realizar más tarde para eludir a la justicia de los distritos de varios planetas conforme al célebre caso de los «niños extraviados». Baste decir que el carguero fue desintegrado por una orden corporativa. Para no poner en peligro a mi hija y a mi familia, si he recordado el último viaje con la nave es porque muchas veces, al despertar en medio de la noche, aún creo encontrarme dentro de ella, lo que me recuerda que es posible que la hayan vuelto a reconstruir en algún punto del espacio. No importa: estoy convencido de que algún día, por mucho tiempo que pase, el capitán Soloza volverá como siempre a la *Santa María de las Estrellas* en busca de su tripulación perdida.

Carlos Pérez Jara nació en Sevilla (España, 1977) y ha publicado hasta la fecha en diversas revistas electrónicas y de papel como Axxón, la revista de ciencia ficción Ngc3660 («Reliquias mágicas»), Bem On Line («La ofrenda») o el fanzine Los zombis no saben leer («El otro No-Do»). Ha publicado también en la revista de ciencia ficción argentina PROXIMA, de la editorial Ayarmanot, en los números 14 (cuento «El último Protohombre») y 15 («Capitán Soloza»). Además suele participar en antologías colectivas de la revista Calabazas en el trastero: Bosques (cuento seleccionado: «El ciclo») y Calabazas en el trastero: Empresas (cuento seleccionado: «Ascenso») para la editorial Sacodehuesos.

Pareidolias

Daniel Flores
Argentina

Hay mucho tiempo para estar muerto.
HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Rojo Florio ya lo dijo una vez: «La Pampa puede ser eterna, si así lo quiere, muchachos». Yo entonces era un crío en el negocio y no entendía bien de qué hablaba. Bastó un puñado de años para que lo comprendiera. La Pampa —y cabe agregar «si así lo quiere», como decía Rojo— puede volverse de pronto un monstruo desvaído tan largo como el cielo y no dejar de girar sobre su eje nunca, como un remolino, aunque sin la prisa de un remolino, y sin su belleza. El aire no cambia, ni los olores; la fauna es pobre y el paisaje, inalterable. A veces, en la distancia, da la impresión de que hubiera un espejo puesto en el horizonte y que el camino se copiara a sí mismo o se desdoblara como una mancha simétrica, con una sospechosa precisión en los detalles.

Tiempo atrás, al Chino y a mí nos tocaba cubrir el trayecto de Trelew a Buenos Aires y de Buenos Aires a Trelew al menos dos veces por quincena. Era lo que nos exigía Rojo, y era también lo que a él le exigían otros a quienes nunca llegamos a ver. En alguna oportunidad le propuse al Chino esquivar La Pampa, no sé, le dije, para cambiar un poco la vista, la rutina del viaje, si no te cansa. Pero al Chino esas cosas le daban lo mismo, mientras hubiera merca y licor podía cruzar siete desiertos sin inmutarse. Además, recuerdo que me había respondido: «¿Cómo carajos querés esquivar La Pampa? No estamos hablando de una cagada de perro, es una puta provincia entera, Narco». «Está bien», le dije, «está bien, solamente decía». Si se calentaba, el Chino te encajaba un *cross* a la mandíbula o te volaba la cabeza ahí nomás; todo le daba igual, pero francamente igual. Lo conocía de hacía años, sí, pero cuando se trataba de arrebatos no era un tipo con el que se pudiera llegar a ningún acuerdo. Al principio éramos tres.

A decir verdad, el trabajo era bastante sencillo: alguno de los cuervos de Rojo nos llamaba con la mina ya marcada, nos desplazábamos hasta la localidad señalada y después era cuestión de ver bien los horarios convenientes, agarrar a la paloma, arrastrarla al maletero del coche y emprender el viaje al sur. Un dos por tres, simple. Y el asunto se mantuvo bien y sin remordimientos hasta junio de 1993, cuando vi por

primera vez a la Parca Tumbera.

En la cárcel hay muchos códigos. Contrario a lo que se cree, la mayoría no son códigos hablados, no, la vida en la cárcel depende de una buena interpretación visual. Los tatuajes son símbolos de conducta. Una serpiente enroscada en una espada, por ejemplo, está expresando el compromiso de matar a un policía, cosa muy común de encontrar entre los reclusos. En cambio, las rosas y las manzanitas mordidas son exclusivas de los presos homosexuales. Las imágenes de santos y vírgenes o de figuras de Cristo y del diablo son muy comunes en los presos acusados por violación. Las estrellas, palmeras, palomas, son propias de los reos agnósticos o ateos. Y las calaveras, o las Parcas Tumberas, significan que el portador del tatuaje no dudará un segundo en asesinar, y es quizá el único símbolo, entre todos, al que debe tomarse con mayor cautela. Se dice que ver manifestadas dos parcas en un día es indicio de traición; tres, implican que esa traición será cercana y seguida de muerte; cuatro, que esa muerte será de una lentitud y una crueldad rayanas en lo incomprensible. No existe nadie, en la mitología carcelaria, que haya visto cinco calaveras en una misma jornada.

Aquel junio habíamos secuestrado a una tal Jéssica Robles en las afueras de Cañuelas; la piba no había gritado ni se había resistido, es decir que no hubo necesidad de forcejear o de ponerse duro, «paloma ejemplar», como solíamos decir. No obstante el Chino, pero porque era un hijo de puta torcido como una guadaña, hizo entrar a Jéssica en el baúl con un brutal empujón y, en la caída, el rostro de la chica dio contra la chapa violentamente. Luego mi compañero cerró la portezuela de un golpe. No sé cuál era la necesidad, realmente, pero como dije, el Chino era un tipo inestable, se le iba la cordura y allá quedaba, y raras veces volvía a su sitio.

—Che, no le hagas así que a Rojo no le gusta, después te caga a pedos y te quejás —lo regañé, ahora apoyado sobre el baúl caliente del Ford. Por un momento creí que se me había ido la mano.

—Sé muy bien lo que hago. Subí al coche, Narco, no me pongas loco... —dijo, meneando la cabeza.

—A mí no me mires cuando el jefe te pregunte quién la magulló.

—Pst, ese Rojo casi ni mira lo que le llevamos. Si total ¿a él qué le importa? Él está para controlar —«Pa'controlá», había dicho— que lleguen los pedidos, el resto es cosa de los grandotes.

En eso tenía razón, no le iba a discutir. Estaba por entrar al auto cuando noté que la abolladura que se formaba con el peso de mi cuerpo (y esto hay que visualizarlo con cuidado) dibujaba una nítida Parca; observé en silencio, y con asombro, cómo la luz de la tarde se acumulaba con precisión conceptual en unas cuencas semihundidas y borrosas; más abajo había una nariz, que era un pedazo de pintura saltada; no tenía boca o la boca solo era un diente superior que se completaba con la cerradura oxidada

del maletero. El brillo del sol sobre la pintura negra —por momentos, de una claridad aceitosa, con un leve tornasol que se disgregaba continuamente— le concedía a los ojos de la calavera un aspecto demencial.

El Chino me fulminó con la mirada.

—¿Vas a entrar, pelotudo?

—Pará, dame un segundo.

Abrí la puerta del maletero y vi que Jéssica se comprimía con terror. Llevaba la boca y los ojos vendados. Le dije que se quedara quieta y le eché un poco de agua en la herida. Gimió. La sangre que le caía del pómulo, un pómulo saliente y agudo, al comienzo no era más que una línea nerviosa. Bajé el bidón al piso y saqué un pañuelo descartable de la camisa; le limpié la sangre, volví a guardar el pañuelo. Entonces la sombra del Chino se interpuso. Sin una palabra, me arrebató el bidón de agua y me corrió de un manotazo. Se movía rápido. Ajustó a la chica y antes de cerrar la puerta noté que se quedaba mirando algo. Me pareció descubrir en él un rictus de miedo, lo vi en sus ojos, lo vi también en su mandíbula saliente de mono feo, y no entendí qué le pasaba. Di un paso adelante y, como un reflejo, el Chino estiró una mano y borroneó la sangre del pómulo de Jéssica. Luego cerró el baúl con violencia y me ordenó que subiera al coche.

Viajamos las primeras horas en silencio. El Chino detestaba la música. Todo tipo de música. Tampoco era de conversar mucho. Llegando a Bahía Blanca me quité el gorro de lana, me puse los auriculares por encima de los pelos y escuché música durante una hora o más. En algún momento me pareció que el Chino hablaba con alguien, bajé el volumen sin que se percatara y descubrí que, en efecto, se hallaba en plena discusión con un sujeto imaginario, era algo acerca de un vino del que alguien había tomado de más sin pagar o un asunto por el estilo. Volví a subir el volumen. ~Al poco rato busqué en el bolsillo el walkman para apagarlo y, al extraerlo, cayó a un lado del asiento el pañuelo ensangrentado con el que había limpiado a Jéssica. ¿Por qué lo había guardado? Todavía no lo sé. ¿Destino? Lo levanté y vi que la sangre seca de la muchacha ahora daba vida a un cráneo rojo, largo y delgado como en un aullido de furia. ¡Mierda!, dije, y no sé cómo no lo grité, solamente dije «mierda» y después guardé silencio. Iban dos: traición. La cárcel a uno lo forja con un estímulo maldito. Mi mente se movía. ¿El Chino me iba a quemar? ¿Era Rojo, que me quería fuera del negocio? ¿O acaso tenía que ver con mi mujer o con mi cuñado, o con aquel cobrador de quiniela? Lo ignoraba. Maldiciendo a la superstición, bajé la ventanilla y me deshice del pañuelo.

No sé si había sido el mayo anterior o el otro, pero habíamos hecho un viaje a Mendoza con el Chino por un asunto de cuentas pendientes que teníamos que saldar

para Rojo. A ver, un momento, todavía vivía Gutiérrez (el tercero del grupo, hasta que el Chino le voló un ojo y medio cerebro), así que esto había sido dos años atrás, sí, 1991. Aunque decir «años» ahora es irrisorio, ¿verdad?, relativo, tranquilamente hoy podría ser 2013, 2020, todo es igual... Estábamos en un establo en Mendoza y el sujeto al que debíamos ejecutar nos hace una pregunta que nos deja atónitos:

—¿Ustedes creen en la vida eterna? —tartamudea.

Gutiérrez y el Chino se ríen; yo atino a reírme también. Cuando el Chino, sin perder la gracia, le apoya el caño en la cabeza, lo detengo y respondo:

—La vida eterna, viejo, ¿la vida eterna? Pero ¡qué pregunta boluda! ¿Y si la vida es eterna, cuánto dura la muerte? ¿Eh? ¿Me entendés? Es una pregunta medio...

—No, joven, yo no hablo de la muerte —me interrumpe con voz de pastor—. La muerte es otra cosa, muchacho. Yo hablo de la *vida* eterna, que es peor. Hablo de la condena.

Con mis compinches nos miramos y al instante estallamos en una carcajada. Lo que el viejo decía no tenía un mínimo de sentido así que, sin agregar nada más, el Chino le dispara. Y me pareció, mientras el hombre caía hacia delante con una lentitud fílmica, haber visto fugazmente la luz que entraba por las rendijas del establo a través del agujero que había dejado la bala. Nunca me voy a olvidar de eso.

La Pampa no tardó en llegar, y el cielo que nos recibía se hallaba plagado de nubes. El aburrimiento era desgarrador. Bajé la ventanilla. —Mirá, Chino, un cóndor —le dije, señalando una nube hacia el este.

—Eso es un cuervo, salame, ¿qué va a ser un cóndor? ¿Alguna vez viste un cóndor? —retrucó, luego miró al sur un momento—. La de allá se parece a tu jermu, mirá, por lo redonda, ¡ja, ja!

—Dale, Chino, seguí que después no te gusta que te bardeen...

—¿Y esa qué parece? —Aguzó la vista, desoyéndome, y sacó la cabeza del coche sin descuidar el volante.

—Nada —respondí—. No se parece a nada. Mejor mirá la ruta.

El Chino se refería a una nube inmensa y cobriza que se extendía ante nuestros ojos. Era un cúmulo de tormenta que de a poco iba definiéndose.

—Otra Parca... —murmuró el Chino. Estaba serio.

A lo lejos, la boca dentada de la calavera parecía querer devorarse la ruta, como un monstruo rugoso y primordial. Nuestro Ford Crown iba directo a la garganta.

—Van dos —dijo, mirándome de reojo. La voz profunda y ronca.

—Van tres —respondí yo, apuntándole al estómago—. Y a mí no me van a cagar. Ni vos ni nadie. Frená y bajate, Chino.

—¿Te volviste loco, Narco? —preguntó, llevando el coche hacia un lado de la ruta—. Mirá que si no es un chiste, sos boleta...

—¡Dale, dale! Dejá el chumbo en el asiento y bajate. De todas formas ya me

tenías podrido.

El Chino, con una sonrisa sombría, y sin quitarme los ojos de encima, apoyó el arma sobre el asiento, abrió la puerta del conductor y bajó a la ruta.

—Dejá el celular también.

—Ay, Narquito, te voy a encontrar y te...

De pronto, dos tiros rápidos. El primero impacta en una la pierna, el segundo en la garganta. No apunté, fue un arrebato impulsivo, algo me decía que era lo mejor. Las calaveras, las putas calaveras que siempre cantaban la justa. Temblando, salí del coche y me agarré la cabeza con ambas manos. Aún sujetaba la automática. La revoleé al interior del auto, rodeé el vehículo y fui hasta donde estaba el Chino. No había muerto, todavía, se desangraba lentamente.

—Tres cal...laveras. Narco puto, hijo de... Tres calaveras.

—Dijiste que eran dos.

—Ahora veo... tres.

Fue lo último que dijo. Miré al cielo y no vi otra nube que pareciera un cráneo ni nada similar, aunque la gran forma dentada en el horizonte seguía intacta y cada vez más oscura. Pero con esa eran dos. Busqué con la mirada poniendo mayor empeño. Nada. Había delirado.

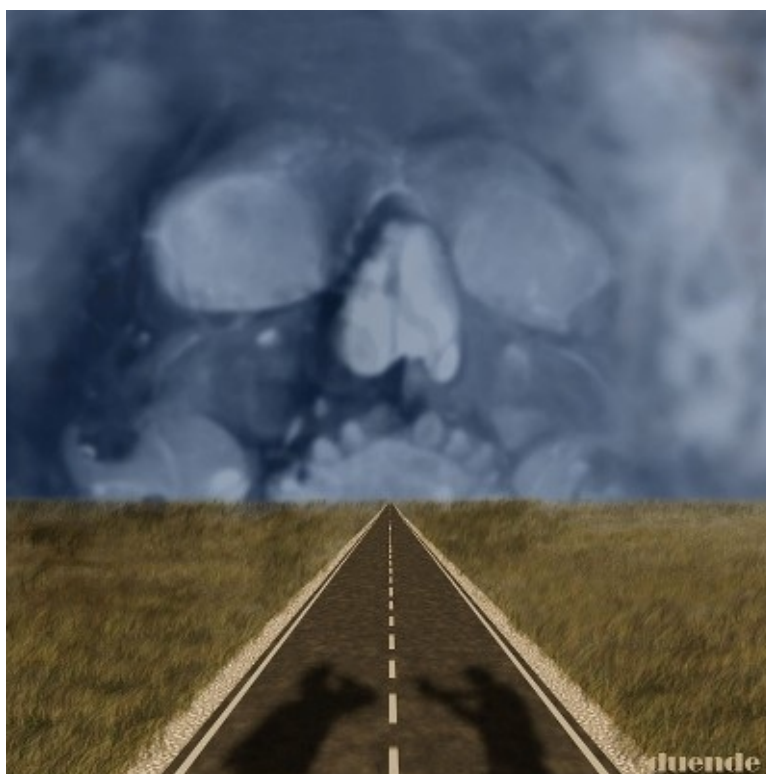


Ilustración: Duende

Abrí el maletero y le destapé los ojos a Jéssica.

—Escuchame lo que te voy a decir, flaca. Vas a salir, te vas a sentar en el asiento del acompañante y te vas a quedar callada. No te voy a lastimar, no te voy a hacer nada malo. Eso mientras prometas quedarte en el molde y sin hacer boludeces.

Jéssica asintió. Le creí. Desaté algunos nudos y la acompañé hasta el asiento.

—Tranquila, no pasa nada.

—Está bien —dijo. Tenía los ojos llorosos.

Cargué el cuerpo del Chino y lo metí en el baúl. Era un enchastre de sangre y de meo; se había meado al recibir alguno de los disparos. Cerré la portezuela y entonces me acordé que había dejado el arma en el coche, y que en el coche estaba la chica, y que la ecuación era peligrosa.

Miré por el vidrio retrovisor y vi que Jéssica estaba sentada mirando hacia el frente. Quieta. Inmóvil. Tranquilamente podía tener ahora el chumbo entre las manos. Con precaución, me acerqué en cuchillas hasta la puerta del conductor y espí. La chica seguía allí, con la mirada perdida, estática. Ni siquiera se había percatado de que junto a ella había un arma. Respiré. Subí al coche.

—¿Estás bien?

—Tengo sed.

—Fijate en el asiento de atrás.

Había una botella de cerveza caliente, nada más. El bidón de agua había quedado en el baúl, pero no iba a bajar de nuevo. Tampoco quería volver a ver al Chino, ni a olerlo.

—Destapala, por favor...

Me llevé el pico a la boca y saqué la tapa.

—Gracias.

Más tarde solté a Jéssica en un pueblo cuyo nombre ahora no recuerdo. Le pedí que fuera buena y no hiciera escándalos. Se comportó, me dio las gracias, se alejó hacia una precaria zona comercial, vi que entraba a un locutorio. Con eso era suficiente. Arranqué y, pocos metros delante, hice una U con el auto y encaré hacia el norte. Fue al atardecer cuando vi la calavera de la que había hablado el Chino; estaba apoyada sobre la guantera, contra el vidrio, y el ángulo cuadraba: era (o quizá ya no era) mi gorro de lana, un gorro de lana negro, viejo y opaco, deforme, que ahora parecía un cráneo sin mandíbula, como si la Muerte ya no necesitase palabras. Al verlo frené el coche de golpe con un largo derrape y recordé la pregunta del viejo, y también aquellas palabras de Rojo, una y otra vez, como un mantra, una y otra vez. En el árido silencio, la ruta se extendía eterna.

Daniel Flores nació en Buenos Aires en julio de 1983, es músico, escritor y docente por vocación. Cursó estudios de Corrector Literario en el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea y, actualmente, cursa materias del Profesorado de Lengua y Literatura. Realizó varios cursos de escritura, con Alberto Laiseca y Cecilia Sperling, entre otros. A los 25 años decidió mudarse a la provincia de Tucumán (Argentina), en donde hoy reside, y en donde dirige un taller de escritura creativa y cuento breve. Es autor de *Bajo un cielo carmesí*, un libro compuesto por catorce cuentos que oscilan entre lo fantástico y el horror. Daniel mantiene su blog *Verba et Umbra*.

Quizás con Aníbal

Dennis Mourdoch Morán
Cuba

Cuando lo descubrí, me dijo que lo hacía porque era caníbal. Se había asqueado de comer humanos, y quería probar otras cosas. Durante las guardias me contaba de sus cacerías. Antes de alistarse en la Flota Interestelar, conoció a un carroñero y por un tiempo se dedicó a ser buitre. Comió mujeres solas y hackers. Empezaba por los pies, separando la carne del hueso con el cuchillo malayo. Adobaba los filetes en un plato llano, para guardarlos en el frío y luego cocinarlos en el horno.

El caníbal se percató de que soy una vampira hace unos minutos. Le dije que teníamos más cosas en común de las que pensaba. Me miró con ese deseo animal de echármese arriba, arrancarme la coraza, ponerme en cuatro y afincarme con fuerza. Aproveché el momento para pedirle un poco de la sangre del noiman.

—Solo una cantimplora —le dije.

Negó con la cabeza, como un subnormal. Los noiman saben mal si se cocinan sin la sangre.

—Solo un poco —insistí.

Negó con un gruñido y siguió mirándome con intensidad radiactiva. Se va a quedar así, porque no tengo ganas. No me gusta que nos cojan como la primera vez, en medio de las ruinas y los cadáveres calcinados. La sangre hierve cuando descargas la cohetería, descienes en un suit blindado, quemas todo. Revientas a unos cuantos noiman, los fluidos corporales salpican el visor. Sales del suit con las armas de corto alcance; y arremetes, y muerdes y te embarras y deseas tener alas. Y aparece él, triturando, desnudo, hirviendo. Todos nos ven hacer. Filmaron un video con en el título «Hades con Perséfone». Orgulloso el caníbal de ser Hades. A mí me da igual haber sido Perséfone.

—Espera que vengan los demás. Seguro traen prisioneros —me dijo el caníbal e intentó acercarse.

—No tengo ganas —le respondí, palmeando la pistola.

Con un gruñido volvió a sus contenedores para cadáveres donde cocinaba a los noiman. Con el visor infrarrojo del fusil, midió la temperatura de la carne. En poco tiempo se había vuelto un especialista, gracias a sus años como antropófago y a la similitud fisionómica entre los noiman y los humanos. El caníbal sabía qué extraer del cuerpo aparte de las vísceras. Cómo filetear y adobar la carne. El caníbal era excepcional contaminándole la verdad al pelotón. Es un animal de este planeta, les decía por las miradas de desconfianza, y los titubeos al morder la carne. ¿Está rica? preguntaba, y todos asentían. Riquísima, decía yo con la boca llena. Masticando para extraer los jugos. La escupía cuando se quedaba seca y sin sabor.

El caníbal abrió uno de los contenedores para cadáveres, miró la carne, manipuló los controles de la resistencia de calor.

—¿Se demorarán mucho en volver?

—Un poco... Ya está. ¿Quieres?

El caníbal exhibía una lasquita malva en el cuchillo. Soplé para enfriarla, mordí y ese bendito sabor inundó la lengua y allí lo retuve mientras succionaba el jugo de la carne. No es como la sangre de los noiman. ¡Está muy lejos de ser como la sangre de los noiman! Pero aún así, me entretuvo hasta que llegaron los transportes, y descendieron levantando remolinos de polvo.

Se me hizo la boca agua cuando los vi. Una veintena de ellos. No cualquier veintena. Seguramente príncipes y reyes. Todos ellos. Atados. Bajo su hermosa piel, venas como ríos de vida. El caníbal estaba que implosionaba. Se relamía una y otra vez.

—¿Está lista la comida? —preguntó el comandante.

—Sí, mi comandante —respondió el caníbal volviendo en sí.

—Teniente, teniente. ¡Atiéndame, teniente!

—Sí, mi comandante —respondí.

—Lleve a los prisioneros a las celdas.

Tomé uno para mí. Era demasiado delicioso para dejarlo tras un campo de contención. ¡Dios mío, sus venas! Sus venas parecían a punto de romperse como un geiser. Desde el primer momento quise colgarlo de cabeza, picar con un fino cuchillo las muñecas y beber hasta saciarme. Pero cuando se tiene tanto deseo es mejor contenerse. Disfrutar la ansiedad que te presiona el pecho. Verlo estoico. Calmándose. Trató de huir cuando le coloqué las cadenas alrededor de los tobillos, gritó cuando lo icé de cabeza y lo dejé balanceándose. Jugeteaba a cegarlos con el reflejo del estilete, y vi el símbolo en sus muñecas. No pude creerlo. ¡Qué suerte! Un sacerdote. Retuve la ansiedad, la disfruté al máximo. Me moví a su alrededor hincándolo en las piernas y lo glúteos. Puntos como estrellas. Coloqué debajo de él una bandeja ceremonial que había conseguido en un templo. Me maldijo mientras cortaba sus muñecas y la sangre caía en la bandeja. No se callaba. Me senté con la bandeja en las manos.

Bebí saciando la sed, el hambre, la felicidad torcida por cada recuerdo del sacerdote.



Ilustración: Valeria Uccelli

Vi el día en que se presentó nuestro enviado en el Templo Naciente. El sacerdote, como todos los de su rango, presencié el hecho a través del Sumo Pontífice, mientras equilibraba los dominios para no caer en la locura. Es como nosotros, pensaba él del enviado; no puede existir tal desgracia. Y por el miedo a lo que le haríamos si llegáramos a poner un pie en su planeta, el Sumo Pontífice ordenó la ejecución del enviado, y lanzar rayos contra nuestros campos de poder. El sacerdote vistió de guerra. Se enfrentó, huyó, y en el último momento, cuando no tenían escapatoria, quiso suicidarse. Los noiman casi nunca piensan en quitarse la vida, solo en vivir, y que ese último momento no afecte los dominios, para no desatar aquello que una vez casi los destruyó. Siempre en paz. Y en paz estaba cuando terminé de beber.

El piso del compartimiento era un océano. De la muñeca rodaban algunas gotas de sangre. Lamí con lentitud. Tomé un pañuelo. Lo restregué en el piso colmándolo de sangre, lo exprimí sobre el noiman. Lamí hasta saciarme. Entonces, la sombra en la puerta, el caníbal miraba. Me acerqué. Él no podía contenerse, el cuerpo a punto de desatarse.

—Solo fue una noche —le dije—. No estoy interesada.

Me volví para sentarme en las orillas rojas que desaparecían por el tragante de mi compartimiento. Los cabellos rubios del noiman las acariciaban.

Dennis Mourdoch Morán (Cuba, 1985). Ingeniero Mecánico, graduado del Centro Onelio. Miembro de Espacio Abierto. Ha obtenido menciones en el Oscar Hurtado 2010 y 2011, y en el Mabuya 2011.

Los trabajos de un ladrón

Juan Manuel Valitutti
Argentina

«¿Y de qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?»
Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas
LEWIS CARROLL

«Brilla, luna; ilumina el camino de un rey.»
El reino de las sombras
ROBERT E. HOWARD

«Un lector, un loco.»
Del epitafio. *Odas*
SALVATORE NICOLETTI

Rufius esperaba en la noche.

La torre de piedra se elevaba como una incógnita bajo las estrellas, y Rufius Malakkai Treviranus de Mélido, el ladrón más avezado de la Cofradía del Baluarte Norte, esperaba en la noche saturada de ecos.

De pronto, algo se movió, y una voz anónima susurró:

—Llegas tarde...

Rufius sintió el sedoso rozar de un cuerpecillo que olisqueaba sus piernas.

—Eres un gato. Se supone que los gatos son pacientes.

Un ojo verde miró desde las sombras de las pantorrillas.

—¡Pues los humanos suponen demasiado! —El gato se sentó sobre sus cuartos traseros—. ¿Llevarás a cabo el trabajo o no? El que me envía empieza a mostrar signos de impaciencia.

Rufius estudió las piedras de la torre.

—¿Acaso tengo opción? —indagó.

—Negativo, grandulón. —El gato comenzó a acicalarse una pezuña—. ¡A no ser que te agrade la idea de que tu pellejo adorne la morada de mi amo!

Rufius sonrió con ayuda de unos dientes enfermos.

—Eres convincente —dijo.

—¡Lo sé! —ronroneó el felino. Y agregó—: Mi amo dice que dejes el botín en el Cruce de los Empalados. Luego, piérdete, ¿de acuerdo?

—Y, por supuesto, no obtengo nada...

—¡Conservar tu vida! —maulló el sigiloso animal—. Es un buen trato, ¿no lo crees?

—Supongo que sí. —El ladrón bajó la cabeza y suspiró—. Bien, ahora déjame

hacer mi trabajo: la noche pasa y no espera, ¿entiendes?

—¡Los de mi clase entendemos mejor que nadie a la noche, amigo! —El gato le dio la espalda al humano y, con el rabo dignamente enhiesto, comenzó a internarse en el paisaje ensombrecido—. ¡En el Cruce de los Empalados! ¡Esta misma noche! O si no...

Y la voz ronroneante se apagó como una llama.

Rufius desvió la vista del camino y la concentró en la mole de roca que se levantaba como un gigante desdeñoso. Puso manos a la obra: tanteó la superficie hostil en busca de la primera depresión. El empinado ascenso redundaría en una merma considerable de sus fuerzas, aunque el ladrón confiaba en que el trabajo se simplificaría una vez alcanzada la cúspide: todo lo que lo separaba de su objetivo — un volumen con caracteres indescifrables— era una bruja tan, tan vieja que parecía estar a un paso de la sepultura. Rió para sus adentros. «¡Será fácil!», pensó. Había hecho labores similares en una infinidad d...

¡Un búho!

Rufius perdió estabilidad y se aferró a la piedra con las uñas. Contuvo la respiración mientras la visión de la tierra lejana desaparecía transmutada por la de la emplumada aparición: un imponente ejemplar que pernoctaba con sus ojos abiertos de par en par en un nicho encavado en la roca. Rufius exhaló el aire contenido en sus pulmones y maldijo por lo bajo. «¡Qué esperas para desaparecer de mi vista, maldito pajarraco!». El búho giró la cabeza, displicente, y ululó. Sacudió las alas en un claro gesto de desafío y se infló. «¡Bah!», escupió el ladrón. «¡Tan pronto baje te convertiré en mi cena!».



Ilustración: Tut

Rufius dejó atrás el escandaloso ululo de indignación. No más escollos ni distracciones: sólo el carraspeo de su accionar sobre la roca, y la luz de la luna que lo acompañaba en calidad de amiga. El gigante desdeñoso pronto comenzó a ver de otra manera al insignificante mortal que trajinaba concienzudo su flanco invicto. ¿Cómo no reconocer un avance significativo en un lapso de tiempo relativamente breve? Ni el viento feroz ni la escarcha traicionera habían podido con la convicción férrea que impulsaba la labor conjunta de pies y manos. El cielo estrellado no tardaría en coronar el éxito del atrevido ascensionista de no tomarse medidas urgentes. Se decidió a probar algo... Nada del otro mundo: se limitaría a aflojar una de sus juntas, apenas un pequeño bloque como para que...

¡Rufius, boquiabierto, miró la cuña suelta en su mano impotente!

Cayó. Cayó rasante con la pendiente impiadosa. Atrapó al vuelo una saliente pronunciada que aletargó la caída, y luego cayó otro tanto, y volvió a cerrar los dedos sobre una punta: el bólido de su cuerpo detuvo por fin su crudo desmoronamiento. Respiró agitado, se mordió los labios atravesados por el dolor, levantó la enfebrecida mirada y...

«¡Hola, amigo!». El búho se infló, sacudió las alas y ululó: indudablemente, para el ocupante de las alturas, el intruso comenzaba a tornarse molesto. Rufius soltó una risita exhausta. Se dijo que ahora empezaría el trabajo de una maldita vez: adelantó una mano, adelantó un pie, y una mano, y un pie, y una...

Horrorizado, el gigante desdeñoso aflojó algunos bloques más de su estructura, aunque infructuosamente: el humano-mosca estaba a pocos pasos de alcanzar su meta. Sin embargo, cuando Rufius Malakkai Treviranus de Mérido estiró los dedos tiznados a pasos de una ventana, se vio asaltado por una nueva sorpresa: el cabo anudado de una pesada sogá lo golpeó en el hombro y casi lo hace trastabillar...

Le siguió un chistido no menos inquietante:

—¡Hey! ¡Aquí, amigo! ¡Aquí arriba!

El escalador, estupefacto, siguió la dirección de la voz.

—¿Quién habla? ¿Quién eres tú?

—Un amigo —susurró la voz. La sogá se sacudió con un temblor acuciante—. ¿Qué esperas? ¡Tómala!

Rufius dudó. ¿Quién sería este sujeto? ¿Otro ladrón que se le había adelantado? La sogá desaparecía en la cavidad oscura de la ventana, de manera que no alcanzaba a ver de quién se trataba.

—No necesito ayuda, amigo —gruñó Rufius—. ¡Me las arreglo bien solo!

La sogá corcoveó, como si la mano que la asía hubiera dudado. Rufius se preparó: tanteó a la altura de su cinturón y extrajo una daga que apretó, con fría pericia, entre los dientes. Estaba consciente de que matar a un colega en el oficio contravenía seriamente el código de la Cofradía de Mérido, y que la sangre derramada pronto reclamaría su cabeza; no obstante, el ladrón estaba dispuesto a correr el riesgo: el mandamás que lo empleaba era lo suficientemente peligroso e impredecible como

para pensárselo dos veces. La sogá, como una voluminosa serpiente, desapareció finalmente engullida por la negra boca de la abertura. Rufius no perdió tiempo: impulsó su cuerpo y avanzó frenético con los dedos entumecidos. Un par de maldiciones y un breve salto bastaron para ponerlo en cuclillas sobre el exiguo canto de acceso a la torre.

El ladrón asaltó el espacio de la estancia blandiendo el filo de la daga.

—¡Enséñame los dientes, perro! —bramó.

Pero no halló a nadie...

Avanzó a tientas por el ensombrecido aposento, hasta que sintió el chistido a sus espaldas. Se volvió, rápido como un tigre, y reparó en la sombra de un hombre encapuchado.

—¿Y tú quién demonios eres? —Rufius descartó la idea de otro ladrón que buscara compartir el botín: atuendo demasiado holgado para los gajes que demandaba el oficio—. ¿Y bien? ¡Habla!

La sombra se aproximó, tambaleante y nerviosa. Se hizo visible la presencia de un muchacho demasiado joven para las canas que poblaban sus sienes.

—¡La gloria sea con Aquel que no muere! —dijo el desconocido, adelantando el remedo de una precaria sonrisa—. ¡Eres mi genio salvador! —El muchacho se acercó a Rufius y tanteó su pecho, sus ropas, su pelo, sus ropas otra vez—. ¡Extraña apariencia para una criatura del Otro Mundo! —concluyó, y clavó la vista azorada en el arrebatado rostro del ladrón.

—¡No soy tu genio, y no vengo a salvarte! —Rufius estudió el semblante de su interlocutor—. ¿Quién eres? ¡No pareces una bruja ajada por los siglos!

—Me llamo Abdul. Soy... ¡Estoy prisionero en este endiablado lugar! —El muchacho retorció con fruición un pliegue de su túnica—. ¡Ahora tú también eres un prisionero!

Rufius alzó los hombros en un claro gesto de impaciencia.

—¿Así que eres un prisionero? ¿Y quién te priva de tu libertad? —El ladrón miraba receloso al muchacho—. ¿Seguro que no eres un niño de mamá, enviado por alguna casa ducal a completar sus estudios en este aburrido claustro, y que ve ahora la oportunidad de largarse?

—Oh, noooooo, ¡no! —El joven negaba con la impaciencia frenética de su cabeza agrisada—. ¡Soy el esclavo de Mardella, la hechicera-vampiro! ¡Ella te arrancará el corazón por haber mancillado la maldita santidad de su morada, y me obligará a mí a comérmelo aún palpitante por no tomar las medidas del caso!

—¿La *maldita santidad* de su morada? —El ladrón soltó la risa ante el espanto contenido del entogado—. «¡Por no tomar las medidas del caso!» —rememoró, y se llevó una mano a la cabeza, al tiempo que las lágrimas saltaban de las ranuras de sus ojos.

—¡De qué diablos te ríes! —El muchacho miraba en torno suyo, como si esperara que de las sombras surgiera la mismísima Muerte—. ¡Cállate o si no...!

—¡Suficiente! Si eres prisionero, niño —dijo Rufius, restregándose las lágrimas de las mejillas—, ¿por qué no intentaste escapar?

—¡No sabes cuánto lo deseo! Pero, aun teniendo tu habilidad para escalar, ¿a dónde iría? —El joven suspiró abatido—. Soy originario de la región de Hiyaz, mis pies han fatigado las puertas de Los Dos Santos Lugares, en bendita peregrinación, bajo las noches insomnes que son mil y una veces contadas... ¿Crees que el Ramadán está fijado en el calendario que dicta las fases de esta luna? ¡Mi reino no es de este mundo, oh, ladrón del Libro!

Rufius apenas entendía algo de lo que el chico le decía, pero alzó la guardia alarmado cuando oyó la palabra comprometedora.

—¿Qué sabes tú del libro? ¿Y por qué crees que vengo por él?

—¡Oh, vamos, todo aquel que interfiere en el nido de Mardella busca sólo una cosa: el Libro de los Muertos!

Rufius se rascó la cabeza.

—¿Has dicho... *nido*?

—¿Acaso has notado en toda la edificación algún tipo de acceso que no sea la diminuta ventana por la que entraste?

Rufius, sombrío, asintió. En efecto, la mole de roca se erguía solitaria en un promontorio desolado, desprovista de todo tipo de murallas: «Ni muros exteriores ni interiores», le había asegurado su mandamás. «Sólo una torre, como un gran dios pétreo, en medio de la bruma».

—¿Qué hay arriba? —preguntó el ladrón.

—Una atalaya almenada —contestó Abdul, sin soltar su túnica—, y los belicosos vientos del Orbe.

El siguiente interrogante de Rufius —de qué manera accedía Mardella— halló respuesta antes de que formulara la pregunta: un golpe atronador retumbó sobre su cabeza; un golpe de tal vigor y sustancia que los andamios del techo abovedado rechinaron y la argamasa se desprendió bajo el intempestivo aporreo de unas pisadas sostenidas.

El rostro del muchacho empalideció. La verborragia de su boca atacó estentóreamente, mientras la espuma de la locura comenzaba a agolparse en las comisuras de sus labios.

—¡Oh, veo que has llegado, Mi Reina de la Negra Mortaja Alada!

Rufius observaba el techo al tiempo que sentía la evolución de los contundentes pasos. Miró al chico: estaba de rodillas, lacerándose las muñecas y los antebrazos con un pequeño estilete que había extraído de su manga.

—¡Ya casi he terminado la traducción del Libro, Mis Ojos Abatidos! ¿Podré hoy besarte o rozarte, Sublime Íncubo de la Noche Primigenia?

Para Rufius el espectáculo había acabado: sacó a relucir dos espadas cortas de los laterales de su mochila. De pronto, la luz decreció, y el ladrón vio que una maraña de ratas negras y peludas se abría, en varias vertientes frenéticas y chillonas, a través del

espacio de la ventana. Las ratas promediaron el exiguo antepecho de la abertura, y cayeron con un ruido sordo y fofo sobre el adoquinado de la sala. A continuación, las vertientes de pestíferos roedores se unieron en un cauce unívoco para elevarse, engrosarse, y, finalmente, entre innúmeros chillidos de diminutas pezuñas abigarradas, cobrar una forma cercana a lo humano.

La cosa trazada por dientes y garras proyectó dos ojos encendidos como brasas, y Rufius sintió la fuerza de su corazón sacudiendo la caja de su estremecido pecho.

—¿Qué dádiva deja tu alma en el vórtice de mi casa?

¡La voz! Era como oír a una serpiente, si tales animales poseyeran el don de la palabra.

—*Rufius Malakkai Treviranus, de la infecta Ciudad de Ladrones: Mélido, la que es Reina.*

Pero entonces la cosa desatendió al ladrón, y clavó los ojos fulgúreos en el joven Abdul, que, a duras penas, se había puesto de pie.

—¿Y tú, yerto Califa?

El harapo en que se había convertido el muchacho se acercó lánguidamente a la aberración de abominables pálpitos rastrosos.

—¡Soy tu obra, oh, Atroz Majestad Ubicua! —balbució, y cayó de hinojos.

Mientras tanto, Rufius había detectado la abertura salvadora de una cámara adyacente. De un salto, atravesó el umbral flanqueado por obtusos cirios. Se encontró en una sala pequeña, vagamente amueblada: una mesa cubierta de rollos, folios y un tintero, una lámpara de aceite, un alto atril, y, sobre el atril..., ¡un voluminoso tomo!

A todo esto, la voz sibilina le llegó opacada del otro lado de los muros:

—¡*La traducción del Libro no se ha concretado!* —alcanzó a oír, y, seguidamente...

En algún punto del cerebro de Rufius se articuló la idea de que algo gritaba, se retorció y moría. Se negaba a creer que el grito hubiera salido de boca humana, puesto que ni en la agonía de la tortura podía un ser de carne y hueso proferir un lamento semejante; sin embargo, cuando el ladrón de Mélido vio avanzar a la caricatura de ser humano en que se había convertido el joven Abdul —la piel de su cuerpo colgaba en tiras que se arrastraban tras los pasos informes y ciegos— comprendió que el horror puede registrarse más allá de los márgenes de la mente y devenir grito:

—¡¡¡NO ME ATRAPARÁS CON VIDA, PERRA!!! —rugió, y apretó las empuñaduras de las espadas.

Entonces evaluó el peso de las armas, y concluyó que no le servirían de nada. En ese momento, recordó a su mandamás: «¡Oh, casi lo olvidaba, mi estimado Rufius: es posible que la vieja bruja refunfuñe y se ponga un poco molesta porque quieres llevarte su librito. Si esto sucediera —aunque es harto improbable, ya que es solo una anciana achacosa—, no dudes en usar el ingenio de cintura que te di, ¿de acuerdo?».

¡El ingenio de cintura! Rufius extrajo de su cinto un extraño, ebúrneo y esbelto

tubo provisto de un amplio agujero en uno de sus extremos y de una empuñadura curva y pequeña de madera en el otro. Lo miró a lo largo y ancho, recordando las instrucciones de uso que le había dictado su mandamás: «Bueno, en realidad no he tenido tiempo de perfeccionarlo según las pautas de bizarra exquisitez que me caracterizan, pero, creo, básicamente, que funcionará: todo lo que tienes que hacer es echar para atrás este pequeño pestillo hasta que oigas un cliqueteo y, luego, jalar de esta palanquita que está acá, ¿me sigues?».

«¡Claro que te sigo, condenado hechicero del Infierno!», pensó Rufius, al tiempo que retiraba el volumen del atril y lo guardaba en una alforja. «¡Así que sólo una vieja con achaques!».

A Rufius le llegó el sibilante modular de la voz, y se le erizaron los pelos de la nuca:

—*Rufius Malakkai Treviranus de Mérido, me ruge tu corazón. Esbirro del Sin Sombra, me susurra tu odio...*

Rufius adelantó el tubo sujetándolo firmemente: «Con ambas manos, ¿sí?, y contiene la respiración. ¡Y no lo olvides: derecho a la cara o al pecho!».

«¡Maldito hechicero!», escupió Rufius, y esperó...

El rostro de la cosa asomó, como una aparición, en medio de un fragor de chillidos estridentes.

La detonación retumbó en el reducido espacio del aposento con un estertor de proporciones demenciales: el engendro retrocedió, con la cara deshecha.

Rufius pasó sobre el cuerpo violentamente convulsionado de la criatura y emergió a la sala principal. Vio el ínfimo espacio de la ventana, como la esperanza suspendida en un rayo de luz ceniciento.

Las instrucciones de su mandamás asaltaron su memoria:

«¿Estamos escapando? ¡Bien, bien, bien! Ahora, escúchame, compañero de los Mares Oscuros: en cierta ocasión, para salvar el pellejo de las garras de Máximo Radinnhus, Senescal de Poo, tuve que idear un juguetito para Valerio, su muy gordo y aburrido vástago. El ingenio me costó un par de noches de reclusión en las mazmorras de Silahj, fortaleza del Senescalado de Poo-Sur, y otros tantos suplicios frutos de la metódica visita de un enviado personal del amigo Máximo, que se entretenía torturándome para que apurara el lúdico trámite. Como sea, el juguete estuvo listo, y el retoño seboso y horripilante disfrutó porcinamente de él, *¡hasta que yo, henchido con el néctar de la dulce venganza, lo hice rebotar y reventar sobre la cabeza enmudecida de su propio padre!* Ah, en fin..., no quiero enternecerme refrescando tan gratos momentos: el juguetito está debidamente plegado en la mochila que cargas sobre tus hombros; así que, condenado hijo de perra, ¿qué diablos crees que estás esperando?».

«¡Maldito hechicero!», pensó Rufius.

Corrió y se lanzó, y sus pies se separaron del suelo con el impulso de una saeta, para seguir al bólido de su cuerpo que ya atravesaba la ventana, y...

¡Y algo aferró uno de sus pies!

Rufius cayó doblado en dos sobre el antepecho de la abertura, se golpeó y se repantigó en el piso.

Algo —unos dedos finos y duros— se había cerrado sobre su tobillo, impidiendo la fuga.

—*¡El Sin Sombra te ha conducido a tu perdición, ladrón! ¡Te mantendré vivo por siglos y me alimentaré de tus vísceras oyendo tus eternos gritos de terror!*

Rufius adelantó el humeante ingenio de cintura, tiró del gatillo y...

¡Y comprobó que el arma no actuaba!

Se la arrojó a la cara a la cosa, que, según advirtió, no sólo no presentaba rastros de quemaduras o roturas producto del explosivo poder de fuego del tubo, sino que había adoptado un aspecto más humano: los ríos de chillonas ratas habían sido reemplazados por una piel nívea, ligeramente translúcida y atravesada por venillas azules; sus ojos eran dos diamantes del color de la sangre, que miraban con un odio de eones, sobre el horizonte de una boca orlada de negros y furiosos dientes. La voz, sibilante, era la misma cuando dijo:

—*¿Y ahora qué harás, ladrón de guante blanco, fugaz agente de la Cofradía del Baluarte?*

Rufius respondió. Asió las espadas y las blandió: el primer estoque cortó de punta a punta el cuello de la cosa, que se abrió vertiendo un mar de sangre. El monstruo, sorprendido por la rapidez del ataque, tanteó la herida con mano trémula bajo la barbilla. El ladrón no desaprovechó el instante: la bestia se había puesto precariamente de pie, aún pasmada por la furiosa pericia del atacante, cuando Rufius proyectó el filo de la segunda espada: esta vez, el estoque atravesó el pecho y el corazón de la criatura. La cosa se paralizó, como una estatua de mármol en una noche de tormenta, y clavó la fragua de los ojos en su enemigo. Gruñó, ya recuperada, y adelantó su sonrisa de dientes de sable; mientras tanto, su mano de garras corvas y pronunciadas se había cerrado sobre la empuñadura de la espada, para, tramo a tramo, retirarla del pecho. Contemplaba el acero bañado en sangre con jocosos desprecio, cuando comenzó a decir:

—*¿En serio creías, insignificante mortal, que con esto...?*

¿Cómo se registra un grito que es odio y es sorpresa y es carnadura de sorprendido miedo?

Rufius no estaba. ¡No estaba!

La criatura enloqueció, olisqueando a uno y otro lado la escena vacía. Finalmente, desplegó sus alas de un negro translúcido, bellas y terribles como el encaje confeccionado por la rueca de un sastre diabólico, y levantó vuelo. El salto se produjo con tal impulso que el techo de la torre se desmoronó por el impacto. Cuando emergió a la noche, su ambigua forma alada se recortó momentáneamente en el disco de la luna. A todo esto, Rufius, al límite de sus fuerzas, se había dejado caer por la abertura, recordando a su mandamás:

«¿Qué me cuentas de la vista, eh, amigo? ¡Oh, olvidé que careces de la inteligencia suficiente como para tomártelo con humor! Está bien, voy al grano: ¡Tira de la maldita cuerda!».

¡La cuerda!

Rufius obedeció. Lo que ocurrió a continuación fue una mezcla de miedo, sorpresa y redomada suerte: el monstruo había divisado la figura distante del ladrón cayendo por las profundidades del abismo, y, de la misma manera que el halcón arremete sobre el ave de presa, se había lanzado en su persecución. A poco estuvo de atravesarlo con sus garras cuando el juguete accionado por el cabo de la cuerda cobró vida: una inmensa sombra brotó con la fuerza de un huracán del interior de la mochila, ocultando a la vista la figura desvanecida del asaltante. Pero, como la suerte tiene dos caras que sonrían a la par, el engendro se vio atacado por la misteriosa sombra que, al mismo tiempo, le había salvado la vida a su contrincante: sintió que una presencia de negro lo recibía en su seno dúctil, engullendo su diabólico cuerpo alado, para golpearlo con invisibles puños de viento.

Rufius se precipitaba ahora más rápido: Mardella, la hechicera-vampiro, se sacudía anonadada en el informe ingenio flotante, luchando vanamente para liberarse de la insólita reclusión en la que se encontraba. Sus sacudidas deformaban la estructura contenedora de vientos, al tiempo que sus chillidos cortaban el paisaje nocturno con una hoja de enloquecido odio.

El ladrón tiraba de sus aparejos inútilmente, tratando de sacudirse a su enemigo, mientras continuaba el descenso en picada. De pronto, Mardella emergió de la informidad que la había apresado y desplegó sus alas: voló, como un ave de carroña, describiendo círculos en torno de Rufius. El ladrón apretó la alforja que contenía el libro contra su pecho, observando la evolución de la vampiresa: los círculos se cerraban, cada vez más y más. Poco a poco la tuvo encima, inevitable, funestamente: Mardella lo apresó por los hombros mientras ambos se deslizaban a través de la noche.

El monstruo rugió:

—*¿Y bien, Rufius de Mérido? ¿Qué otro truco escondes bajo la manga?*

El ladrón no tuvo tiempo para dedicarle una sonrisa a su salvador, puesto que todo se desarrolló en segundos: un aleteo frenético sobrevoló a los contendientes y unas garras de hierro arañaron la cabeza vampírica. Tan pronto el monstruo alzó la vista para precisar la naturaleza del ataque, se topó con el más punzante de los dolores: ¡Porque el pico de un búho se había clavado en el rubí de sus ojos!

Mardella profirió un grito espantoso y se separó de Rufius, mientras sacudía la tempestad de sus garras a diestra y siniestra, tratando de sacarse de encima al emplumado demonio que la atacaba con un tesón de pesadilla. Rufius contempló embriagado la escena: los alados antagonistas se alejaban, se empequeñecían, esgrimiendo formas y dibujos sobre un fondo de estrellas, como si ambos encarnaran una constelación dedicada a la guerra. Entonces, el aire se adensó a su alrededor, y

Rufius Malakkai Treviranus, de la Cofradía de Mélido, sintió un golpe que le recorría el cuerpo desde la planta de los pies hasta la cabeza. Segundos antes de perder el conocimiento, supo que una sombra de negro caía sobre él, con la blanda y necesaria eficacia de una mortaja.

* * *

La lengua de un gato es decididamente rasposa, ¿no lo creen?

* * *

Rufius abrió los ojos. Y alcanzó a ver que un rabo enhiesto tomaba distancia de él, para situarse a los pies de un hombre de oscura presencia: su impredecible y conspicuo mandamás.

—Come, amigo sabio. —Narhitorek, el nigromante, deslizó un ratón al pico del búho posado en su antebrazo—. Después llenaré tu escudilla, Tenaz —concluyó, mirando de soslayo a su gato tuerto.

Rufius se incorporó sintiendo el precario accionar de cada uno de sus adoloridos huesos. Todavía era de noche, y la morada de Mardella resplandecía con un fuego oscuro bajo el ojo de la luna.

—Si estás pensando en usar tu famosa daga, camarada —comenzó diciendo el hechicero, ni bien constató que el ladrón tanteaba su cintura—, piénsalo de nuevo, ¿quieres? —Y, en este punto, sopesó el filo del arma en su diestra—. ¿Cómo la ves, compañero bogante?

—¡Maldito, hechicero! —escupió Rufius, mientras se deshacía del lastre de su mochila—. ¡Así que sólo una anciana venida a menos!

—Mardella tiene cuatro mil años —bostezó, tranquilamente, el nigromante—. Está bastante arrugada, en mi nada humilde opinión. —Detectó la agitación en su interlocutor—. ¿Buscabas esto? —Adelantó el correoso e imponente volumen—. ¡Cumples bien con tus trabajos, atracador de caminos!

—¿Qué harás con él?

—Olerlo, por supuesto, cada una de sus páginas. —Narhitorek repasó el volumen con mirada encendida—. Luego, veré si tiene dibujos, porque, claro está, ¿de qué demonios sirve un libro si no tiene dibujos? —El nigromante cerró el tomo y lo guardó en un estuche forrado en piel—. Y, por supuesto, reservaré lo más tedioso para el final: me quemaré las pestañas leyéndolo.

—Había... —empezó el ladrón—. Había un muchacho...

—No podías salvarlo, si es lo que te preocupa. —El hechicero alzó su antebrazo y dejó que *Plata*, el búho, batiera sus alas y se marchara—. Fue secuestrado por los

agentes de *Mardella* en otro plano de la realidad. ¡*Lamia* estúpida! Como traductor debe haberle servido de poco: cualquier principiante en arcanos menores sabe que la lectura de las necrománticas líneas conlleva la locura.

—¡En ese caso, no creo que tengas problemas, maldito! —*Rufius* se plantó de cara al nigromante—: ¡Tú ya eres un completo demente!

—¡Oh, así es, gracias! —El hechicero pegaba saltitos, emocionado. Enseñó los dientes bajo el ala del sombrero cuando preguntó—: ¿Fumas? —Extrajo una pipa de hueso de entre los pliegues de su capa y se llevó la esbelta boquilla a la boca.

Rufius no se molestó en contestar. Le dio la espalda al nigromante y echó un vistazo a la siniestra torre-nido de *Mardella*: el vencido gigante desdeñoso ocultaba la vergüenza de su cúspide entre una nube de densa bruma.

—¿Qué hay de la perra? ¿Vive?

—¡Oh, por supuesto! —*Narhitorek* aspiró el humo de sus veloces pitadas—. En este momento, permanece envuelta en un capullo secretado por su propio cuerpo malherido, del cual surgirá como nueva.

—¿Y qué esperamos? ¡Acabemos con ella mientras dura el trance!

—Dormida es más peligrosa que despierta: *Mardella* fue una hechicera de enorme poder antes de profesar el Rito de la Sangre. Su morada permanece bajo la protección de las más cruentas trampas pergeñadas por su mente profunda. —El nigromante soltó la risa—. ¡Bah! ¡Más adelante, yo mismo le daré un buen tirón de orejas! —Y, diciendo esto, se alejó hacia un abrevadero en el que pacían un par de caballos.

Rufius se desentendió de la torre y miró al gato.

—¿Y tú, qué?

El ojo bueno del felino se clavó con su aureola verde en el humano. Dijo:

—¡Mauuuuu!

—¿No dices nada?

El gato insistió:

—¡Mauuuuu!

Rufius tomó una piedra del suelo con gesto amenazante.

—¿Estás seguro de que continuarás con tus burlas?

En esta ocasión, el animal optó por rascarse el cogote.

—¡Así que...!

—¿Qué haces?

Rufius pegó un salto. El nigromante estaba a su lado, sujetando las riendas de los caballos.

—Tu gato —se limitó a decir el ladrón, y lo señaló. Detectó la cara de genuina consternación del hechicero. Insistió—: Es decir... Tu gato, *Tenaz*... Él... —Vio que el nigromante lo miraba de hito en hito, para luego desentenderse del tema y dedicarse a aprontar una de las monturas—: Quiero decir... Es decir... ¡Nada!

El hechicero concluyó su faena.

—*Betún* te llevará a un lugar seguro donde repondrás fuerzas —dijo, palpando el

robusto cuello del semental—. ¿Conoces la posada del viejo Ruth?

—¿*El trueno azul*? —Rufius montó, aún contrariado por lo del gato—. ¡Sí, claro que la conozco!

—Dile que vienes de mi parte. No tendrás problemas...

—Hay quienes aseguran que el lugar está embrujado —empezó a decir Rufius—. Se dice que unas luces extrañas...

Narhitorek propinó un contundente azote al anca del imponente caballo. *Betún* salió despedido con un relincho, llevándose las maldiciones de su jinete. Rufius detuvo el trote en seco, se volvió y escupió:

—¡Vete al infierno!

Narhitorek se sacó el sombrero, profundamente agradecido, mientras saludaba con la mano.

El jinete se alejó por fin, profiriendo maldiciones a boca de jarro.

Cuando la explanada frente a la torre quedó en paz, el nigromante retiró el libro de su estuche. Lo sopesó en sus manos, con una sonrisa de niño en la cara pálida. Finalmente lo abrió y lo olió: una inspiración profunda y sentida, propia del concedor.

Entonces dijo:

—¡Ahora los dibujos! —Y buscó ávido las retorcidas ilustraciones manuscritas—. Mueve tu pequeño trasero, Tenaz. ¡Nos vamos! —El gato lo siguió de cerca, ronroneando complacido.

Se alejaron por un camino festoneado de raquíuticos árboles, mientras la luna, como una habilidosa ascensionista, llegaba a lo más alto del cenit.

Nada diré en este punto sobre lo que le pasó a Narhitorek mientras avanzaba embebido en la contemplación de las terribles páginas. Para eso, caminante, tendrás que esperar...

Lo único que te revelaré es que una plañidera voz lo abordó a la vuelta de un recodo y le susurró... le susurró...

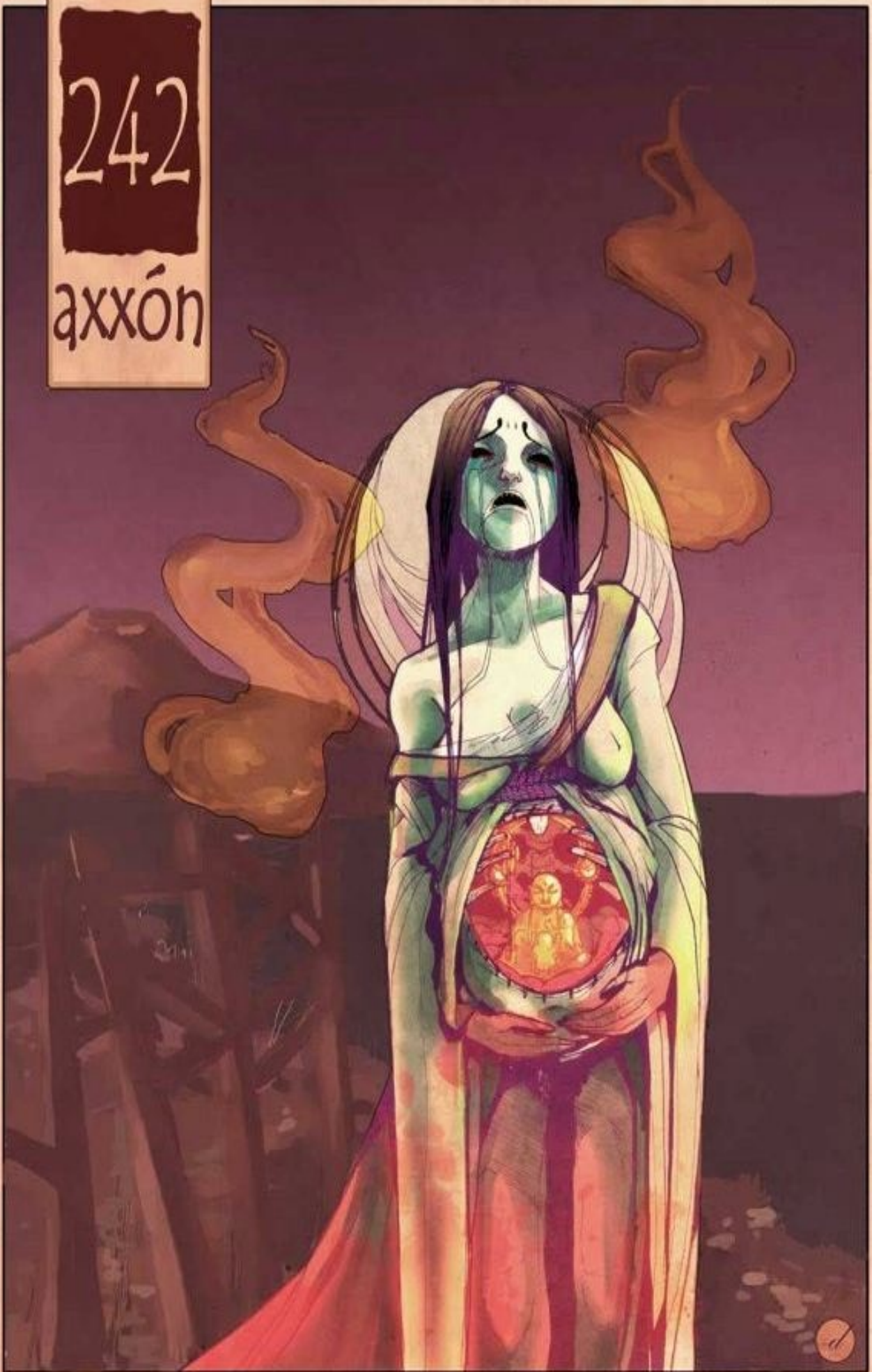
¡Oh, en fin!

¡Hasta la próxima, caminante!

Juan Manuel Valitutti. Escritor nacido en Buenos Aires, Argentina, en 1971. Ha publicado cuentos de ciencia ficción, fantasía y terror en los principales medios digitales y de papel. Su personaje Narhitorek, el Nigromante, nace en el contexto de relatos titulado «Crónicas del Caminante», editado periódicamente en la hoy desaparecida página electrónica «Portal de Ciencia Ficción», de Federico Witt. Alumno agradecido del taller «Máquinas y Monos», llevado adelante por la Revista Axxón, asegura haber aprendido en este espacio virtual las dos armas ultrasecretas para concretar un cuento: la construcción del tiempo o distribución visual de la información en pantalla, y una herramienta imprescindible: la invencible combinación ALT + 0151.

242

axxon



Contenido 242



- Editorial - [Mayo otoñal](#)
- Entrevista - [Teresa Pilar Mira de Echeverría](#)
- Relato - [Otoño](#)
- Relato - [El juego de las ratas y el dragón](#)
- Relato - [Palomar](#)
- Relato - [Ficción breve 70](#)
 - Introducción - [Elementos para la composición de una naturaleza muerta](#)
 - Microrelato - [Retrospectiva](#)
 - Microrelato - [Padre que estás en mi cielo](#)
 - Microrelato - [Incursión bélica](#)
 - Microrelato - [Ensayo exitoso](#)
 - Microrelato - [Eliza](#)
 - Microrelato - [Ceci](#)
 - Microrelato - [Lágrimas](#)
 - Microrelato - [La ausencia](#)
 - Microrelato - [Orden](#)
 - Microrelato - [Después](#)
 - Microrelato - [Reflejos](#)
 - Microrelato - [Befana](#)
 - Microrelato - [Cuatro tapas y manijas amarillas](#)
 - Microrelato - [El Negro Vila](#)
 - Microrelato - [El abuelo y su colección de lunas](#)
 - Microrelato - [Recién llegados](#)
 - Microrelato - [Testigo universal](#)
 - Microrelato - [La balada de Holommir](#)
- Relato - [El deseo del discípulo](#)

Mayo otoñal

Dany Vázquez

El otoño, muchas veces, es marcado como una etapa triste del año. Una época gris, donde los árboles pierden la vida de sus hojas y quedan escuálidos, expuestos en la desnudez de sus ramas. También, en esta zona del planeta, suele ser época de lluvias y humedad, más que de frío. Está claro que no ha empezado ahora, sino en marzo, pero es el mayo cuando ya avanzado se ven sus huellas en las horas del día y de la noche, en la naturaleza y en nosotros.

Yo recuerdo y trato de vivir el otoño como una época mágica, llena de ocres y naranjas, donde las hojas se mueven y crujen al compás de nuestros pasos y es cuando un simple rayo de sol a las cuatro de la tarde puede ser festejado como un regalo memorable. Los otoños de mi infancia, no tan lejanos pero si muy distintos a los que viven mis hijos, eran plenos de barriletes volando al viento, y si llovía se transformaban en tardes con amigos y juegos de tablero, o piedritas para jugar a *la payana*. Y de lectura, por supuesto. Las escasas horas de televisión infantil eran compensadas por fructíferas aventuras vividas a través de revistas y libros, y luego remezcladas y recreadas a partir de nuestra imaginación infantil e ilimitada.

Y ya que hablamos de las épocas de nuestras vidas, también solemos llamar *otoño de la vida* a ese lapso que arranca en la madurez y donde uno (o el cuerpo de uno) empieza a mostrar huellas de que ya no se es tan joven, cuando las canas llegan y el cabello (al menos en mí) comienza a replegarse.

Pero en todos estos casos el otoño es también una época atinada para volcarnos a la reflexión y proyectar un futuro luminoso.

En eso estamos.

Por lo pronto, arrancamos este número con un largo ida y vuelta entre Ricardo Giorno y Teresa Pilar Mira de Echeverría que, creo, no tiene desperdicio. Uno, por suerte, está acostumbrado a conocer escritores que cuentan con un caudal importante de conocimientos, pero a veces esa capacidad de *barrer* la cultura que tiene Teresa, de *escanearla*, es apabullante. Y ahí recuerdo que ella no es más ni menos que Doctora en Filosofía y además investigadora del género... Entonces el rompecabezas va completándose, y se redondea un poco más al leer el cuento que acompaña a esta charla, que fue elegido por el propio Ricardo (quien, debo reconocer, me ganó de mano). Un cuento que se titula —ya se habrán dado cuenta— *Otoño*, y que quizás nos muestre, desde una óptica distinta, por qué puede ser poético, bello, y a la vez terrible.

Puede ser que estemos en otoño. Que los días sean más cortos y frescos y también lluviosos, y que uno tenga ganas de quedarse en casa haciendo *fiaca*. Pero desde este

lugar me siento un espectador privilegiado, y quiero —necesito— compartirlo con ustedes. Por lo que les estamos presentando en el arranque de este nuevo número y por lo que sin duda vendrá después. Para estar seguros de que, al menos desde estas páginas, mayo será un mes pleno y feliz.

Axxón 242 – mayo de 2013
Editorial

Teresa Pilar Mira de Echeverría

Ricardo Giorno
Argentina

AXXÓN: ¿Alguna vez fuiste Teresita?

Teresa Pilar Mira de Echeverría: Toda mi infancia.

También «Tere», sobre todo ahora, para los amigos, y otras variaciones intermedias más o menos cortas o largas.

El único pseudónimo que usé en mi vida, para un concurso, era bastante literal: Ómicron Ceti, o sea, la estrella variable «Mira», aunque, en realidad, son dos.

Incluso se pueden generar combinaciones bastante graciosas, como «T. Mira»... O, si incorporo mi apellido materno —el cual aprecio inmensamente, pero no uso porque si no sería algo así como un nombre kilométrico —: Mira-Segura...

¿Por?

AXXÓN: Pregunté porque me interesó tu infancia. Es que estuve leyendo tus estudios y cátedras (me impresionó bien, debo confesarlo). Hurgué buenamente entre tus saberes, en definitiva. Y me gustaría saber qué injerencia tuvo Teresita en todo esto. Simple curiosidad de preguntón. Aunque uno nunca sabe.

TPM de E: Uy, la infancia... Tuve una infancia magnífica. Hija única, mis padres: obreros autodidactas y locos por la literatura. De mi viejo aprendí a leer los clásicos de la modernidad cuando tenía nueve o diez años: Víctor Hugo, Dostoievski, Dickens, y a jugar ajedrez y a escuchar y a razonar las cosas. De mi vieja, a apreciar la poesía (Machado, Hernández, Lorca), las novelas de misterio, la pintura, la música, a sentir a fondo, a apasionarme por las buenas causas aunque estén perdidas. Mi abuela me transmitía esa cosa fresca y mágica de las artes curativas y las plantas, que yo medio me la creía y medio la analizaba con escepticismo, pero que hoy valoro profundamente. Eso primigenio, junto con los cuentos y las «historias de antes».

Yo era la típica *nerd* (bah, hoy lo sería, en esa época el nombre era «traga»). Colegio católico de chicas. No era muy sociable, me llevaba mejor con la gente grande, salvo honrosísimas excepciones.

Me apasionaba la literatura, el arte, la ciencia. Mucho. Hablaba bastante con la bibliotecaria, que me introdujo a Scott y Verne (caballería y viajes fantásticos,



Teresa Pilar Mira de Echeverría

¡guau!).

A los once, Carl Sagan mediante, decidí que iba a ser astrónoma, y en casa lo tomaron como lo más normal del mundo. Mi viejo me regaló *2010, odisea dos* de Clarke, y todo empezó: el viaje por las lunas jovianas con don Arthur todavía me pone la piel de gallina. Supongo que ese fue mi norte por otros once años más hasta que largué o, mejor dicho, la astronomía me largó a mí.

A ver, un día típico mío de la infancia era: despertarme temprano —a mi completo y total pesar, odio madrugar (fíjate el amor que le tendría a la astronomía luego, que para llegar a la Plata a tiempo de la primera clase, me despertaba a las 3 y tomaba el primer colectivo de las 4 AM, por tres años y medio)—, ir al cole donde aprovechaba a leer en la biblioteca en las horas libres o ver libros de arte, recuerdo uno de Corot que me tenía loca, evadir gimnasia como podía, aprovechar el recreo para confraternizar con un par de chicas que también estaban «al margen» como yo, en casa almorzar, hacer la tarea rápido y ahí sí: leer y ver en la tele mucho Viaje a las Estrellas, y Galáctica, y MacGiver y Sábados de Súper Acción con pelis muy clase Z, y a la noche las estrellas en el jardín. Entre medio, escribía, pero la mayor parte del tiempo estaba «con la cabeza en las nubes» o leyendo (mucho, de todo, pero más de ciencia ficción y de ciencia) o jugando con mis perros o ¡criando musgo!

Recuerdo soñar mucho despierta, muchísimo. Inventar historia tras historia. Siempre tenía la cabeza en el futuro, más allá. Por eso tal vez mis recuerdos son una mezcla tanto de cosas reales como ficticias.

Buena parte de eso se lo debo también a mis viejos, que me habían hecho una especie de oasis en medio del despelote del país y del mundo. Y eso que ellos y los amigos de la familia militaban. Tuve un apoyo incondicional, siempre. Dos personas increíbles. De ellos no sólo saqué el amor por el conocimiento y el arte, sino el amor por los ideales.

Puff, familia idealista si las hay. Todavía hoy.

Y con Guillermo Echeverría, mi esposo, seguimos la tradición, jejeje. Tengo mucho que agradecer.

Lo de la filosofía fue en realidad algo que, después reconocí, se había venido gestando desde esa época de la infancia. Incluso de esas preguntas metafísicas que uno se hace de chico, ¿viste?, pero que no reconocí hasta no pasar por lo que, para mí, fue una gran crisis.

Y también a eso debo agradecerle.

AXXÓN: ¿Qué vendría a ser el «Inconsciente Estructural»?

TPM de E: A ver, Inconsciente Estructural es un concepto acuñado por Claude Lévi-Strauss, el filósofo y antropólogo creador del estructuralismo. Tiene un poquito de

Freud y mucho de Jung (aunque esto último no lo digamos fuerte porque hasta desde el más allá nos va a mandar a pasear). Lévi-Strauss sostenía que el «hombre» es un ente social, no individual. El Inconsciente Estructural es el inconsciente del hombre en tanto sociedad. O sea, un inconsciente colectivo único, que subyace en todos los individuos, y que es el sitio de donde manan nuestras acciones en su más profunda verdad. Por ejemplo él decía que todo el mundo, al aprender el lenguaje materno, utiliza enseguida estructuras gramaticales universales: sujeto (una sustancia), predicado (un acto), cómo coordinarlos, etc., sin siquiera saber que son eso. Y no hace falta saberlo porque lo aplicamos inconscientemente, casi como una actividad refleja.

Así, habría un solo inconsciente para toda la humanidad, y eso significa que sus estructuras afloran aquí y allá, en cada individuo de cada época de cualquier cultura, y lo hacen siempre del mismo modo. Por eso, explicaba él, el mismo símbolo, el mismo átomo mítico, se repite una y otra vez a lo largo de la historia, en diversas culturas. Para él, el Inconsciente Estructural posee un solo Mito, *El Mito* (como el monomito de Campbell), y cada mito particular, cada historia contada por el hombre, en definitiva, no es más que una expresión local, reducida y parcial, un escorzo del único Mito, de la única historia.

Lo mismo pasaría respecto a la sociedad, a las relaciones de parentesco como filiación y alianza, etc.

Y, en definitiva, lo mismo pasaría con toda actividad humana.

Conscientemente nuestro ego individual o nuestra expresión cultural local se esfuerzan por otorgar sentido, por explicar; pero en última instancia, el verdadero motivo es inconsciente y colectivo. Seríamos para Lévi-Strauss las terminales de una única CPU, nuestra relativa independencia nos empuja a explicaciones parciales pero, en realidad, el que dicta todo, el que tiene la posta y sabe el porqué, es el procesador central.

Abejas que creen que se les ocurrió una idea genial para hacer un panal, sin saber que el instinto le viene dictando ese patrón a su especie, generación tras generación durante eones. Creen ser sus autoras, pero son simples intérpretes.

Sin embargo, el Inconsciente Estructural en sí mismo no es más que un nivel de expresión (de *ser*, si querés) de la propia Estructura que en realidad lo abarca todo. Sería algo así como la expresión a nivel humanidad de la única estructura que subyace a todo: al cosmos, a la materia-energía, a todo.

¡Es muy volado!

Parte de la teoría es muy asfixiante, pero otra parte es realmente alucinante.

AXXÓN: O sea que, apoyándonos en esta teoría, podemos decir, por ejemplo,

que las pirámides diseminadas por el mundo, y construidas por diferentes culturas que ni siquiera se rozaban, son una cualidad del «Inconsciente Estructural» y no de acciones extraterrestres, por decir algo.

TPM de E: Sí, es un ejemplo. Una estructura de tipo piramidal podría ser vista como un elemento estructural que se repite, incluso como un patrón mental común a los seres humanos.

Pero, en este caso, el ejemplo es lo suficientemente amplio como para que «haga trampa», porque ni siquiera haría falta ser un partidario del estructuralismo para explicar el fenómeno. Para que nos sirva de ejemplo debería ser algo que supuestamente sólo pueda ser explicado estructuralmente, o que al menos dicha explicación sea la más acertada o «económica», Ockham mediante.

La forma piramidal, la semejanza con una montaña, etc., es lo suficientemente abstracta y general como para que surja aquí y allá en la historia de la humanidad por otros motivos —abstracción, deducción, analogía, etc.—, lo mismo sucedería, por ejemplo, con la representación de la planta circular en una construcción (desde una iglesia a un tipi) o la utilización del cuadrado como representación de los cuatro rincones del cosmos, la totalidad, etc. Allí también hay simple observación del espacio que nos rodea: las montañas que se elevan hacia el cielo tienden a presentar una forma vagamente triangular, la salida y puesta del sol marcan puntos opuestos y su perpendicular denota otros dos: los cuatro puntos cardinales, el sol y la luna (muchas veces) son circulares. Todo eso puede ser resultado de la observación de los mismos elementos por diferentes hombres que están dotados de la misma capacidad de abstracción mental por pertenecer a la misma especie.

El Inconsciente Estructural bucearía en algo un poco más profundo. Por ejemplo, si esas pirámides se utilizan siempre con el mismo fin o si están ligadas a la misma clase de símbolos en diferentes culturas que tienen diferente simbología.

Te pongo un ejemplo. En Europa existe el cuento de Cenicienta, probablemente surgido de un mito anterior. Cuando los europeos llegaron a América y lo relataron, fue adaptado por el pueblo zuñi como «La cuidadora de pavos». Hasta ahí tenemos un simple traslado de la situación de un marco de referencia a otro. Pero luego se vino a saber que ya había en América una historia similar... aunque diferente: «El muchacho ceniza». Este mito es anterior a la conquista. Es un caso de paralelismo mucho más peculiar, porque es punto por punto una inversión del cuento europeo. En lugar de ser femenino, el protagonista es masculino; en lugar de ponerse un vestido que lo hace bello, se come un vestido que lo hace feo; en lugar de tener una familia doble (madre y madrastra), es huérfano; etc. ¡Hasta el nombre coincide! Es decir, la utilización de las cenizas como símbolo central en ambos casos. Ambos son, por ejemplo, mediadores entre clases o formas sociales, etc.

Ahí es donde Lévi-Strauss ve la mano del Inconsciente Estructural, porque no es una

simple repetición de patrones lo que se da, es una verdadera inversión de la narración que conserva los patrones estructurales pero torsionándolos (simétricos e inversos, los llama Lévi-Strauss): lo que allá es femenino, acá es masculino; lo que allá es lindo, acá es feo; lo que allá es externo, acá es interno, etc. Los códigos se mantienen, pero su polaridad cambia, se invierte. Para Lévi-Strauss es como si una enorme mente inconsciente hubiera diseñado un sistema binario y expresara las posibles combinaciones aquí y allá, en una cultura y otra.

AXXÓN: ¿Una mente inconsciente diseñando un sistema planetario binario de vida consciente? ¡Mierda! ¡Me diste flor de idea!

Pero vayamos por partes: cortito y al pie: ¿qué son y qué relación tienen «Antropología Filosófica», «Filosofía de la Religión» e «Inconsciente Estructural»? Lo otro lo tocaremos más adelante.

TPM de E: ¿Cortito? Bien, trataré de decir algo coherente.

Inconsciente Estructural ya mencioné más o menos lo que es. Bien, si el hombre es un ser colectivo, la teoría clásica antropológica desde el punto de vista filosófico, es decir, desde el desentrañamiento de un saber sin supuestos —cosa que creo imposible— o, al menos, cada vez más consciente de sus supuestos, queda de lado, y el individuo deja de ser sujeto de la antropología. Por eso Sartre criticaba a Lévi-Strauss diciéndole que él estudiaba a los hombres como si fuesen hormigas. No es el hombre el individuo, vos o yo, sino el conjunto.

Por otro lado, la filosofía de la religión estudia el fenómeno religioso desde el punto de vista, no tanto del objeto que le correspondería más a una teología, sino del sujeto (el hombre, otra vez antropología filosófica) y, sobre todo, de la relación entre ambos (la religión) en sus múltiples expresiones. Bueno, el Inconsciente Estructural daría armas para correlacionar los aspectos similares en las expresiones de esas religiones. Ese estudio no diría nada del objeto (Dios), sino de la forma en que el hombre concibe, imagina, cree, etc., en ese objeto y cómo se relaciona con él en tanto, justamente, objeto de su fe, imaginar, concebir, etc.

Uniendo los puntos anteriores: el estructuralismo podría analizar al sujeto colectivo hombre, y ver cómo se relaciona, en cualquiera de los parámetros que dimos más arriba, con un ser del tipo de «lo Sagrado». Y, sobre todo, desde el punto filosófico, abordar el tema de por qué es una constante el que no existan pueblos sin algún tipo de idea de lo sagrado. Y digo «sagrado» porque «religión» es un término específico y no tan extendido, y porque lo mismo ocurre con la palabra «Dios», aunque no así con el concepto base del que participa, que es mucho más amplio.

AXXÓN: ¿Existe algún cuento o novela donde se pueda ver alguna de estas relaciones?

TPM de E: ¿Entre antropología, religión e Inconsciente? Pufffff. Pero la cuestión es,

dónde no, porque la visión de estos parámetros está en el ojo del investigador y no siempre en la intención del autor, jejeje. Pero yo lo veo presente en muchísimos autores, que son, fundamentalmente, los que investigo... justamente por ese motivo.

Doy algunos ejemplos, si querés. *Dune* de Frank Herbert, en uno de sus múltiples niveles, trabaja con esta idea que relaciona lo sagrado con lo inconsciente y, obviamente, con lo antropológico. Pero donde mejor se ve es en *Los creadores de Dios* que es un laboratorio a escala de *Dune*. Ahí tenés una idea fascinante: la de «crear» mediante capacidades psíquicas X, inventadas por el autor, un dios; pero un Dios en toda su escala, algo así como: las creaturas creando a su creador, y que éste de verdad sea su creador. Una paradoja maravillosa que después salta con toda su fuerza en Paul Muad'Dib, el Mesías nacido antes de tiempo, y en la lucha entre lo sagrado y lo humano dentro del mismo personaje... O tal vez, mejor aún, Leto II en *Dios emperador de Dune*. O los propios gusanos de arena como ouroboros temporales, es decir, serpientes que se muerden la cola, seres autosustentados: absolutos.

Roger Zelazny lo hace, en cierta medida, en *Tú, el inmortal*, porque lo que aflora después de la hecatombe nuclear es la vivificación o encarnación de los mitos colectivos de la humanidad. El mito hecho carne.

Úrsula Le Guin, en el ciclo de Terramar, trabaja con los arquetipos junguianos: la Sombra en *Un mago de Terramar*, el Ánima en *Las Tumbas de Atuán*, etc., aunque, por supuesto, no se reducen a esto ni mucho menos.

Muchas veces los autores de la mejor fantasía lo hacen, porque el material mismo con el que trabajan, lo sepan o no, al ser eminentemente mítico-simbólico, está muy ligado a lo inconsciente colectivo.

El propio Dan Simmons juega siempre en el límite entre lo colectivo y lo individual en el ciclo de Hyperion. Sobre todo cuando trabaja con las mentes colectivas IA donde se genera, incluso, una suerte de Inconsciente Colectivo artificial.

Philip José Farmer, en *Noche de luz*, hace un trabajo sobre la noción de deseo, en todas sus facetas, que es fascinante en ese sentido. Pero donde mejor se lo ve es en *Carne*, un libro poderosamente mítico, donde toda una sociedad está actuando los mitos en vivo y en directo, actualizándolos en el sentido de «encarnándolos», justamente. Claro que es obvio que, si se trata de trabajar con el inconsciente del propio lector, *Relaciones extrañas* es el mejor juego de retroalimentación que he visto hacer: un toque maestro.

Por supuesto que Philip K. Dick no hace más que volver sobre estos tres temas una y otra vez. En él lo sagrado es central. Pero, bueno, Dick había leído mucho a Jung, y eso influenciaba su concepción de modo directo. Así como también puede percibirse esa visión en algunas obras de Samuel Ray Delany, sobre todo en *La intersección de*

Einstein, con el juego de personajes-arquetipos constante.

Pero, volviendo a Dick, su fuerte impronta gnóstica hace que el trabajo con la relación entre lo sagrado y lo humano, a través del inconsciente —pensemos en la religión mercerista de *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, la base de *Blade Runner*— se convierta, a medida que el tiempo avanza, prácticamente en el eje de su escritura: *Valis (Sivainvi)*, *Las invasiones divinas*, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*... ¡El propio *Ubik*! Con la invención de una sobrevida que es casi un Inconsciente Colectivo entrópico, contra el cual lucha la fuerza reorganizativa de lo vital-sagrado: el propio spray de *Ubik*, o «la gracia divina» como dice Pablo Capanna.

Un ejemplo patente de creación de mitología y trabajo fuera del ámbito de lo sagrado pero con sus reglas o elementos, y donde se ve una suerte de nacimiento de *mundus imaginalis* —de mundo imaginativo que cobra fuerza y peso específico propio hasta insertarse en lo que podemos llamar malamente lo «real»—, y que se sostiene hasta hoy, es el propio H. P. Lovecraft y su magnífico ciclo de Cthulhu. Aquí el ejemplo es también la relación entre el autor mismo y su obra, que termina siendo apropiada por lo colectivo. No olvidemos el enorme énfasis que él pone en lo onírico como rastro de ese mundo perdido, no sobrenatural, pero sí sobrehumano.

AXXÓN: Vos tenés publicado en PRÓXIMA un cuento hermosísimo titulado «Otoño». ¿Te acordás el instante de la creación? ¿Tenés algún grupo de gente con que comentar ideas o te las arreglás sola?

TPM de E: Gracias por lo de hermosísimo.

Sí, me acuerdo. Y permitime arrancar al revés, con la segunda pregunta, para poder dar mejor respuesta a la primera.

Con un grupo de dieciséis personas (Laura, Verónica, Adriana, Roxana, Paula, Patricia, Daniel, Guillermo, Lex, Rolcon, Facundo, Federico, Omar, Jorge y Max), tenemos un «taller» de escritura entre pares. Es decir que en rigor no está dirigido por nadie. Ni se dictan clases de enseñanza ni nada de eso, sino que todos colaboramos con todos, aportando lo que sabemos no sólo de escritura sino respecto a los temas en los que tenemos algo que aportar. Nos reunimos todas las semanas en un bar de Avenida de Mayo: hablamos, reímos, proponemos ejercicios. Es más un grupo de amigos ayudándonos mutuamente que un taller propiamente dicho. En esas reuniones surgen ideas e inspiración, pero sobre todo, es el sitio donde tenemos una suerte de «refugio» para charlar, debatir y compartir sobre ciencia ficción, fantasía y terror. Alguien dijo alguna vez que era un «hogar» para todos, y yo lo siento así. Allí hay talentos impresionantes. Nos llamamos «Los clanes de la luna Dickeana», en alusión al libro de Dick, *Los clanes de la luna Alfana*. Y, como en esa obra, todos estamos un poco «tocados», je, pero en el buen sentido.

Un día estábamos discutiendo varias cosas a la vez, como siempre. Eso es una fija. Pero cosas que se retroalimentan, que te hacen pensar, meditar, sacarle punta al lápiz del cerebro e hilar fino, meterte en cuestiones profundas a partir de algo risueño o simple y que luego, como bola de nieve cualitativa, se transforma en una discusión digna de grabarse. A veces hasta parece que no tiene nada que ver con la ciencia ficción... pero, igual que decía un profesor mío respecto de la filosofía, TODO tiene que ver con la ciencia ficción. Porque, en definitiva, es libertad pura.

Creo recordar que algo del tema en cuestión había sido la idea de cómo comprender al «otro». Es decir, cómo hacer para entender de verdad, sin prejuicios, sin preconceptos, lo que otra persona, cultura, etc., piensa o siente. Y lo mismo al revés: cómo comunicar lo que uno siente en lo más íntimo a los demás. Obviamente éste es un tema clave para que el que quiere escribir.

Desde chica tenía esa preocupación que me obsesionaba: por ejemplo, todo lo que uno experimenta ante un paisaje de otoño (mi estación favorita del año), no sólo como sensación física sino vivencialmente, metafísicamente, «espiritualmente» si querés llamarla en tanto inmaterial, profunda, propia. Todo eso, ¿cómo se lo puedo comunicar al otro?

Es como decir: por más que te explique lo que es una rosa y lo que despierta en mí, sólo poniéndote frente a ella vas a comprender lo que digo... y ni así totalmente, porque lo que vos sentís frente a esa rosa es tuyo y tan único como lo que yo siento.

Bueno, el «otro» por antonomasia en la ciencia ficción es el extraterrestre. Siempre me gustó una noción teológica que dice que Dios al comunicarse no comunica algo propio de él, o algo proveniente de él (su palabra, etc.), sino que se comunica a sí mismo. Bueno, en cierto sentido, cuando nos comunicamos, *nos* comunicamos, es decir, nos damos, nos entregamos. En lo que decimos vamos nosotros mismos y nuestras convicciones, nuestro ser cambiante. Comunicar podría ser, en su forma más auténtica, comunicarse a sí mismo a otro.

En ese marco, se me ocurrió que una manera práctica de que eso sucediera entre dos especies diferentes, podía pasar por «formar» a alguien y, a su vez, aprender de los efectos de esa formación en ese ser tan distinto. O, tal vez, de una manera más drástica, de asimilarlo, de hacerlo consustancial con uno mismo.

Por eso los dos modos de «aprender».

Uno, cargado de miedo y sospecha. Un modo exógeno, es decir, externo al ser que se intenta comprender. Y todo esto en aras de una falsa «objetividad» en el peor de los sentidos: la de convertir al otro en un «objeto» de observación, lo cual, desde el vamos, impone una barrera infranqueable y deja al observador incólume e intocado en medio de sus prejuicios. Con esto último quiero decir: conocer, para este tipo de investigador, no implica en él maduración ni cambio alguno, al contrario, lo deja

imperturbable.

El otro modo sería el empático, basado en el consustanciarse con el otro. En un conocimiento pleno. Y eso, como dice Orson Scott Card en *El juego de Ender*, te lleva al amor indefectiblemente. Y sobre, todo, te lleva a cambiar. El que se relaciona con lo conocido y se inmiscuye con él, el que intenta empatizar no para entender sino para comprender —que es una manera de «abarcarse» al otro dentro de uno—, siempre termina «modificado», alterado, conmocionado por eso que estudia. ¡Y pobre si no fuera así! Leopoldo Marechal dice en *Descenso y ascenso del alma por la belleza* algo así como «la pena de jugar con fuego y **no** quemarse».

Finalmente, el cuento plantea el problema que me surgió a mitad de camino: ¿Cómo compaginar o no ambos puntos de vista? ¿Cómo enfrentar entre sí a los distintos «investigadores»? Y, más que nada, ¿qué consecuencias tienen para el alma o la esencia humana esos modos de comunicarse?

Así que arranqué con la descripción de lo que el otoño provoca en mí, como autocomunicación, pero puesto en boca de un alienígena. Luego, vino la imagen del chico bajando a ese planeta extranjero y entrando en un orden no humano, que no le exigía tampoco dejar de serlo (aunque no pudieran mantenerlo en estado «puro», palabra que no me gusta para nada).

Finalmente, nunca sé a dónde va una historia, empieza y trato de seguirle el ritmo, ver a dónde quiere ir. Jamás sé cómo termina un relato al empezarlo.

El cuento fue leído, comentado, y apuntalado en el taller varias veces. Me acuerdo que Rolcon me sugirió un punto de vista nuevo, uno que no había tenido en cuenta y que, junto con un comentario de Dany, reorientaba todo el final. Pero todos aportaron muchas cosas buenas.

Lo más sorprendente fue cuando, después de haberlo enviado por mail para que le dieran una primera leída, llegué al taller y me dijeron: ¡Qué bueno está! Ese apoyo sincero inicial, antes de las correcciones, es para mí invaluable.

Bueno, para redondear la respuesta: Yo antes escribía sola y, si bien la tarea de escribir es para mí placentera y dolorosa a la vez, es fundamentalmente transformadora. Ahora no creo poder volver a hacerlo sola de nuevo, no después del tesoro que implica tener una banda de amigos que son parte activa de esa creación y de esa transformación.

AXXÓN: Por ahora me interesa eso que dijiste recién: «no sólo como sensación física sino vivencialmente, metafísicamente, “espiritualmente” si querés llamarla en tanto inmaterial, profunda, propia. Todo eso, ¿cómo se lo puedo comunicar al otro?». Bien, tocaste algo que a mí me persigue desde pibe: podemos inventar seres increíbles, pero no podemos inventar un color nuevo, o un sentimiento nuevo. Por lo menos, yo no puedo. Por ejemplo: ¿Cómo le hago entender al otro

un color que él verá en escalas de grises?

TPM de E: Bueno, ahí parece haber dos cosas implicadas: la novedad y la comunicabilidad. Son dos aspectos de lo que en algún momento de la modernidad se llamó el «solipsismo».

Solipsismo nace de unir las palabras en latín «solus» e «ipse», y vendría a ser algo así como «sólo en mí mismo». Cuando los filósofos trabajaron con la idea de que lo que capto, lo que veo, incluso lo que razono, *es o arranca en* una representación mental, una «imagen» en mi cabeza, entonces la idea de estar encerrados en uno mismo los aterró.

Se puede poner un ejemplo a partir de esa imagen. Hasta ese momento se creía que «ver» implicaba «asomarse» al mundo a través de los ojos, como si mi cabeza fuese una casa y mis ojos las ventanas. Así —en términos de pensamiento o veracidad, por ejemplo— yo podía incluso comparar si la idea que tenía dentro de mi cabeza coincidía con la cosa que había «fuera» de mí. Para seguir con el símil, a partir de la modernidad el hombre se da cuenta de que los ojos no son ventanas sino cámaras de filmación; y que mi cabeza es como la sala de un cine, sólo que no tiene, ni nunca tendrá, puertas ni ventanas. De modo que mi única conexión con el afuera es lo que se proyecta en la pantalla a partir de las «cámaras-ojo». La pregunta inmediata que surge es: ¿y si frente a las cámaras hubiese un tipo que sostiene una postal y yo creo que ese es el mundo? (el genio maligno de Descartes, o la Matrix de los Wachowski, o el cerebro en la caja de Lem). ¿Y si mis ojos sólo ven lo que pueden captar del mundo y hay mucho más que nunca podré captar? ¿Y si soy el único que existe y todos los demás son producto de mi pensamiento, porque en realidad sólo tengo pantalla y ni siquiera cámaras, y las imágenes que veo las creo yo? Y, suponiendo que hubiera otros «cines clausurados»: ¿cómo sé que ahí ven lo mismo que veo yo en el mío?

Permitime la digresión, pero: ¿ves por qué para mí filosofía y ciencia ficción son indisolubles?

Ok, vuelvo a la rama en la que estábamos. Según ese tipo de pensamiento, no hay modo que sepa o comunique algo a otro. Por eso el solipsismo es tan temido. Y es algo que tarde o temprano todos pensamos en algún momento de nuestra vida.

El resto de la historia de la filosofía fue una lucha contra eso. Intentando encontrar patrones comunes, o recuperar la existencia fuera de mi mente, o explorando certezas lógicas, porque si no puedo salir de mi «cine», no puedo comparar si lo que veo coincide con lo que *es*, etc.

Si me preguntás a mí, yo creo en la empatía, en el compartir un mismo pathos, un mismo sentimiento, una misma visión aunque desde diferente ángulo, más que en la comunicación directa. El ponerme parcialmente en el lugar del otro para intentar

captar lo que él ve. Es decir, yo no puedo transmitirte lo que siento o cómo es el rojo para mí, sólo puedo intentar empatizar con vos, llevarte por el camino de mi experiencia y ver hasta dónde se puede repetir el resultado. Cuando relato un cuento, todos los detalles —que en mí suelen ser bastantes barrocos— tienden a eso, a una identificación, a una descripción por empatía. No puedo comunicar algo totalmente nuevo porque no tengo la experiencia. O sea, se pueden imaginar cosas nuevas, pero los ladrillos, los elementos de esa cosa nueva están basados en la experiencia. Y eso en todos los sentidos, no sólo respecto a un «nuevo color» sino a un nuevo concepto.

Husserl decía que cada conocimiento utiliza como categoría un conocimiento anterior. Más allá del problema del «primer conocimiento» —que podría ser una estructura mental humana innata y ahí arranca todo—, la idea es que yo, como decía un profesor mío: veo un cisne por primera vez y digo «¡Hey, un pato con cuello largo!». Luego veo que NO es un pato, y entonces avanzo hacia un nuevo concepto, el de «cisne». Mi experiencia anterior me sirve como calibre y como pre-juicio, y cumple la doble función de un trampolín: impulsarme y quedarse atrás.

Ahora bien, cuando escribimos un cuento, el lector y el escritor empatizan, o al menos eso es lo que se intenta. El lector entonces utiliza sus propias categorías y así recrea el cuento en su mente. Si tienen experiencias en común, su recreación será más cercana a la que el escritor soñó; si no es así, entonces el lector le dará un aspecto nuevo, impensado incluso por el propio autor. Pero como básicamente ambos somos humanos —todavía—, entonces hay cosas universales en común que pueden compartirse, transmitirse.

La experiencia previa de cada uno es decisiva aunque no excluyente. Atahualpa Yupanqui dice en un verso: «a nadie enseña el hambre más que al que hambreo». Bien, yo no puedo saber hasta el último fondo lo que implica tener hambre si nunca lo sufrí, pero puedo empatizar, porque el sufrimiento humano es un hecho universal y común... A menos que vivas en un frasco de mayonesa, que los hay... Pero, ¿eso es vivir?

¿Y toda esta perorata qué significa? Bueno, que para mí la transmisión absoluta de una idea o pensamiento, etc., no es posible. El otro siempre es él mismo y yo soy en última instancia yo. Parece una perogrullada pero es trascendente: hay un fondo último, único, propio, incomunicable entre las personas, un límite final que es, en realidad, el que nos individualiza. Claro que también podemos empatizar, tener cosas en común. Pero el punto de vista es siempre el propio. El esfuerzo en la comunicación es lo que vale la pena, lo que, en el caso concreto de la literatura, la empuja hacia adelante.

¿El resultado? El relato se coescribe. Mi lector jamás podrá saber al 100% lo que yo tenía en mente al escribir ese cuento, y yo nunca podré saber al 100% lo que él tiene en mente al reescribirlo —porque eso es leer: interpretar, resignificar—. Podemos

acercarnos más o menos, pero unificar la visión, nunca. Y eso es maravilloso, es mágico, porque cada cuento o novela o relato se transforma, multiplicándose entonces, en miles de relatos a medida que cada lector lo reconstruye. Y uno puede atisbar, otear en el aire, los nuevos mundos que se forman a partir del propio. Y tal vez eso es lo que hace que todo valga la pena.

AXXÓN: A lo que yo iba es que no sólo no puedo comunicar un color «nuevo» a otro (lo otro), tampoco me lo puedo inventar para mí mismo.

TPM de E: Por eso hablaba de experiencia previa como forma de nuevas experiencias. La creación es una forma de experiencia. Hay un límite en el material de base con el que trabajás y eso no tiene que ver tanto con el acervo de lo conocido como con la propia estructura mental humana. Por mucho que nos esforcemos —o mejor aún, mientras más nos esforcemos—, lo único que puedo hacer es pensar como humano. Por ende, no puedo pensar el mundo como lo haría otro tipo de conciencia. No es tanto que no podamos acceder a «nuevos colores» —por medio de un dispositivo, etc.—, no es una cuestión de no haber tenido una determinada experiencia, sino que es nuestro propio límite o, si querés: somos nosotros en tanto límite. Aún si veo en el espectro ultravioleta por medio de un aparato, eso debe ser traducido en algo que mis ojos, que mi mente, pueda interpretar, algo para lo que estén diseñados: el espectro visible, un color determinado, como para seguir con el ejemplo.

De modo que sí, es posible «pensar» en algo que no podamos pensar, pero no determinarlo, conocerlo, inventarlo. Y ese es el desafío humano.

Somos como el rey Midas, sólo que en lugar de transformar en oro todo lo que tocamos, humanizamos todo lo que pensamos; es decir, lo pasamos por el tamiz de nuestra forma de captar eso que podemos llamar, a falta de una palabra mejor, «realidad». Pero, ¿te das cuenta todo lo que puede hacerse aún con esas limitaciones o gracias a esas limitaciones?

Lovecraft era un maestro en eso: hablaba sin hablar de cosas inenarrables, suscitaba terrores que jamás describía. Pero no es sólo por el hecho de que, de esa manera, cada uno puede aterrorizarse más con lo que se imagina, sino porque el espacio con el que trabajaba era nebuloso, vago, impreciso. En definitiva, él trabajaba *en y con* el límite mismo de posibilidad de manifestación de algo «completamente otro», ajeno a lo humano.

Claro que no te podés inventar un nuevo color... pero podés proponerlo. Y eso genera en la mente de los demás una catarata imaginativa más grande que la enunciación de algo específico. Es como un koan zen, es como jugar con la frontera de lo concebible. O, sea, es ciencia ficción.

AXXÓN: ¿Solipsismo vendría a ser como tener un onanista talibán dentro del

bocho?

TPM de E: No, para nada. Sobre todo porque el onanismo no es un problema en lo más mínimo. La relación con el propio cuerpo incluye el placer como una de sus formas. En cambio, el solipsismo es un problema existencial profundísimo; la certeza o la cuasi certeza de que estoy absoluta completa e irremediadamente solo, aislado, hundido en mí y sin posibilidad, no sólo de comunicarme con un otro, sino de siquiera saber si es que existe otro aparte de mí. Es algo que hiela la sangre. Limita con la locura, pero más que nada con la desesperanza, porque si fuera así, ¿qué clase de mecanismo perverso nos hace necesitar y anhelar el contacto con el otro, para luego descubrir que ese otro es un imposible? ¿Ves lo trágico del asunto y por qué todos los filósofos le huyen espantados, tarde o temprano? Es algo así como enfrentarse con uno mismo, no como *posibilidad de*, sino como límite absoluto.

No hay goce en el solipsismo, no hay placer, ni autoexploración, como podría haberlo en el goce sexual del propio cuerpo. Y si hay conocimiento es un conocimiento trágico... casi como el de Odín dando un ojo para obtener la sabiduría de saber que va a morir. Aquí —en el solipsismo me refiero—, sería como conquistar, a un duro precio, el saber de que la soledad es la única condición humana posible.

AXXÓN: ¿Por qué la filosofía y la ciencia ficción son indisolubles?

TPM de E: «Para mí». Aclaro porque puede haber millones que no opinan de ese modo.

En mi caso, pienso que lo que la filosofía trata teóricamente o desde un sistema de pensamiento riguroso, la ciencia ficción lo hace desde el aspecto «práctico». Quiero decir, ambas se plantean el «que tal si», ambas se esfuerzan por mirar las cosas desde un punto de vista alternativo. Trabajan para quitarnos de nuestro entorno, y así poder observarnos «desde la vereda de enfrente» o, como diría Foucault, desde «lo Otro» respecto de mí.

Este extrañamiento, este juego de extrapolaciones, es fundamental en su operatoria.

Y, sobre todo, ambas se esfuerzan por correr los límites de esta construcción a la que llamamos «realidad».

Pensar infinitos mundos posibles es cosa común para el filosofar, Leibniz se dedica a explorar esas posibilidades en el 1600. Un tema que es muy caro a la ciencia ficción.

Incluso, en el siglo xx, los filósofos han utilizado la ciencia ficción como fuente, no sólo de ejemplos, sino como campo de exploración. Y muchos escritores de ciencia ficción han filosofado en sus obras. Por ejemplo: Gilbert Durand trabaja con robots para hablar del simbolismo, mientras que «Yo, robot» puede considerarse, sin ningún inconveniente, un ejercicio de hermenéutica basado en las tres leyes de la robótica, cuento por cuento.

Derek Parfit propone experimentos de teletransportación mental y reconstrucción de cuerpos a distancia, para discutir sobre la identidad personal; pero Philip K. Dick ha trabajado con ese concepto todo el tiempo.

Por eso me gusta, justamente, la definición que Dick da de sí mismo: «un filósofo ficcionalizador».

Los temas de la ciencia ficción, aún los temas más duros o aparentemente más simples, poseen una profunda impronta filosófica. ¿Hay algo más profundamente humano que los marcianos de H. G. Wells o los de Ray Bradbury, aludiendo cada uno a su época y su entorno?

Pienso en Damon Knight hablando de lo incognoscible o de la finitud en «Dio», o en Gibson reflexionando sobre los límites en «Regiones apartadas», y digo: ¡eso es filosofía de la más alta escuela! ¡Ni que hablar de Lem, por Dios!

La historia de zombis se transforma en verbo de intolerancia, de deshumanización, de consumismo desenfrenado (el zombi come sin por qué ni para qué, y los sobrevivientes suelen refugiarse en el *Sancta Sactorum* de un shopping), de trascendencia meramente material. Pero —como alguna vez pusimos en una nota, y perdón por la cita, pero me parece pertinente— «también gira en torno a elucubración sobre esencias: ¿qué nos hace humanos...? ¿La racionalidad?, ¿los sentimientos?, ¿el cuerpo?, ¿la memoria?, ¿el espíritu?, ¿nuestras elecciones?, ¿nuestros defectos?». Podemos pensar en más de un cuento o novela tratando acerca de cada uno de estos temas: «la empatía dickeana, la corporalidad farmeriana, la racionalidad técnica clarkeana; la espiritualidad de Blish, la trascendentalidad de Sturgeon, la palabra de Watson, el dolor de Silverberg, el silencio de Le Guin...»

AXXÓN: Se está por estrenar una película de ciencia ficción con el carilindo de Tom Cruise. ¿Por qué será que las pelis de ciencia ficción baten récords de taquilla mientras los libros languidecen en los estantes de las librerías?

TPM de E: Mmm... ¿es carilindo? A mí me gusta más Jude Law, jeje. Bueno pero mis gustos no son regla, me parece fascinante el rostro de Ron Perlman.

Primero que nada, tengo que aclarar que el cine me fascina y que hay películas que han influido en mí tanto como un libro. El cine es una forma de arte, y puede ser tan elevada y maravillosa como cualquier otra forma artística.

Respecto a la pregunta, sé que puede o suele decirse: que es el impacto de la imagen y lo sensorial, frente al esfuerzo de recreación imaginativa; o que la película viene predigerida —cada vez más los directores explican hasta el último detalle con tomas y diálogos que dicen una y otra vez lo mismo para que a nadie se le escape, etc.—. Pero, no sé si es así.

O si es *sólo* así.

No es algo en lo que haya pensado mucho. El cine es tan ritual como la lectura. Exige el mismo grado de compromiso con la trama, la misma «suspensión de la realidad», etc. Por ahí es... ¿el tiempo? Leer implica un esfuerzo en cuanto a inversión en tiempo, también un esfuerzo de comprensión, de reinterpretación que en las películas es más directo, más acotado.

Pero no creo que la cosa vaya por ahí tampoco. Vos decís que los libros de ciencia ficción se quedan en los estantes durmiendo, pero las sagas de miles y miles de páginas no lo hacen. Es más, cuando más larga y más tomos tiene una historia, más se vende.

Tal vez lo que ambas cosas tengan en común sea la forma de expresión de la trama. El grado mayor o menor de complejidad. Y no digo *complicación*. «Canción de hielo y fuego» es hiperatravesada y muy bien escrita. Igual me gustan mucho más Tuf y sus viajes, respecto a George R. R. Martin.

Por ahí es la visibilidad de los símbolos.

A ver... Un caso aparte son los libros de Dick. Por ahí es mejor empezar con la excepción y no con la regla. Dick fue llevado al cine muchas veces, y por lo general salvo magnas excepciones como *Blade Runner* o, si se lee entre líneas —o entre claves de iluminación en este caso—, *Minority Report* o la excelente *Una mirada a la oscuridad*, lo que se transmite es la narración, no la simbólica o la complejidad mareante y asombrosa de sus tramas. Pero como los símbolos en Dick no son evidentes, sino que van enredados en la propia cotidianeidad del relato, ellos se transmiten solitos a la pantalla y entran, tal vez, de un modo inconsciente.

Lo que quiero decir es que la polifonía de un libro es, por fuerza, reducida a unos pocos sonidos en el cine, y así entran más fácilmente en el espectador. Lo mismo con las grandes sagas modernas más comerciales, dejen aparte a Tolkien, Herbert y otros, donde el símbolo es evidente, claro, directo o no se sostendría a lo largo de tantas páginas.

Pero cuando el libro es... «profundo», y no en el sentido de «sesudo» o «esnob», sino en cuanto tiene muchas capas de lectura, muchos niveles —varios incluso que se han formado desde el inconsciente del propio escritor—, entonces es un desafío.

Ahora bien, ¿cómo saber si es un desafío si no lo leo? Bueno, eso tiene que ver con la habitualidad.

El cine es, en definitiva, masivo. Llega a más gente. Es fácil de acceder. Es barato y tiene buena prensa. Está «bien vendido». Todos los noticieros me cuentan qué título se estrena este jueves y además me dan el ranking de lo más visto. Incluso tiene un submundo propio, formado por los actores y sus vidas, que son un metarrelato.

La literatura exige, como todo, que alguna vez hayas entrado en contacto con ella: si

no la conocés, y si encima te dejás llevar por la propaganda ideológica de lo que es «aburrido» o «difícil», ¿cómo la vas a buscar?

Yo tengo alumnos adultos que con sólo explicarles, ni siquiera leerles, de qué va *La mano izquierda de la oscuridad* de la Le Guin o *Duna* de Herbert, se han metido a leerlos y, de ahí, han seguido sumergiéndose en la ciencia ficción.

¿Será eso?

AXXÓN: Será eso, nomás. Cambiando de tema, y para aflojar tensiones inexistentes, te propongo un juego que espero te guste: ¿Cómo hubiera escrito (una idea, solamente) Cordwainer Smith la saga de las Fundaciones? ¿Y cómo Poul Anderson «El Señor de los Anillos»?

TPM de E: Te estás refiriendo a dos escritores que me gustan mucho. Supongo que es un ejercicio de ciencia ficción en definitiva; un ejercicio de extrapolación, quiero decir.

Con la formación profesional de Cordwainer y su propio interés, creo que el punto de conflicto con la saga de Asimov sería el concepto eje de la serie: la psicohistoria. El tratamiento del hombre desde las ciencias duras que realiza Asimov, casi como un campeón de Comte —incluyendo al Mulo que, en última instancia, también queda asimilado en el propio sistema—, es muy interesante, pero también es reduccionista en muchos casos. En el fondo, Cordwainer Smith ha hablado de otro tipo de Imperio y de la superación del mismo, pero desde una perspectiva más Dilthey, más... no sé si es la palabra correcta, pero a falta de una más certera: «empática» o incluso, «simpática» —en tanto simpatía como «sentir con», *sentir con el otro*—. La instrumentalidad es un registro paralelo, en el sentido de alterno, al propuesto por Asimov. Y más aún lo es el redescubrimiento del hombre. Desde mi perspectiva personal, la visión de Cordwainer Smith es más compleja y profunda. Reúne aquellos rasgos más significativos del hombre que siempre está coqueteando con la locura.

Si el extremo que representa Asimov es racional o hiperracional, incluso en su tratamiento de los sentimientos, el de Cordwainer Smith bucea en esa área que la razón apenas si rasguña: el inconsciente, la religiosidad, lo simbólico, lo no-racionalizable, y sobre todo: el *pathos*. Es decir, el sentimiento o emoción más íntimo y definitorio de un estado existencial humano o del propio ser humano.

Incluso hasta se podrían hacer unos trazos estructural-simbólicos, medio a las apuradas, pero que me parece interesante desarrollar: Asimov tiende al robot como símbolo, al triunfo de la conciencia y la razón. Cordwainer Smith tiende al animal como símbolo, el subpueblo es la representación de esa porción prístina, fundamental, inherente e imposible de ignorar, de todo ser humano. Si lo comparamos con el pensamiento de Scheler, Asimov podría representar la Forma pura y Cordwainer Smith la Fuerza, sin la cual toda forma queda inerte. Algo así

como Susan Calvin y C'Mell, ¿no?

Y ahora «El Señor de los anillos» por Poul Anderson, je. Lo primero que me viene a la mente, tal vez por un juego de asociaciones, es «No habrá tregua para los reyes», el cuento de Anderson. Yo no creo que el problema fuese pasar de un género a otro (o subgénero, depende cómo se lo vea), o sea: de la fantasía a la ciencia ficción, eso lo hace casi todo el tiempo el genio de Roger Zelazny y de modo magistral. Hasta Anderson mismo tiene relatos de fantasía. Me parece, nuevamente, que la clave de la reescritura de un libro por otro autor podría pasar por las características de pensamiento de cada uno, no tanto por la forma. Hay un algo de autodeterminación en los dos autores que me parece lo más familiar entre ellos. Seguramente Sauron sería un extraterrestre, algo tan «otro» como lo es en Tolkien. Pero el concepto de «mal», en cuanto destrucción pura, sería más sutil en Anderson. En Tolkien, por fuerza de la simbólica que usa —que me parece brillante—, los personajes alternan entre la complejidad y el arquetipo, y así debe ser porque el relato es abierta y directamente mítico. En la ciencia ficción la mítica está velada, oculta en lo cotidiano, no es Fuego, Aire, Tierra, Agua, etc., sino, por ejemplo, como en los símbolos de Dick: aerosoles, basura, comida chatarra, drogas, etc. Creo que Anderson no hablaría, entonces, de un poder destructivo puro, del mal en estado puro como Sauron sino que el esquema se matizaría, se diluiría en grises, más cercanos a Boromir por ejemplo... No sé, alguien con los fines correctos en mente y los medios equivocados. O alguien que no ha comprendido cabalmente cuál es la esencia de lo que intenta salvar. Tal vez Sauron fuera, en el relato de Anderson, un salvador bienintencionado que no ha comprendido a quienes quiere salvar o que es demasiado «pagado de sí mismo» para aceptar que no lo sabe todo. O un intento de gobierno mundial militarizado o simplemente centralizado. Me encantaría ver cómo se convertiría lo mágico en ciencia dura, y la Tierra Media en una región de la Galaxia, donde varios universos se interceptan o algo así. En lugar de hablar en la mente se reconfigurarían las neuronas. Si lo intentara hacer yo, es decir, recrear lo que Tolkien escribió en clave andersoniana —algo completamente desquiciado—, en lugar de anillo, como algo malo en sí mismo, que es poder absoluto y concentrado, usaría el campo de fuerza personal de «Escudo invulnerable» que al activarse, y siendo una especie de burbuja, hasta recuerda la realidad alterada que sufre el portador del anillo. De este modo, la solución no sería fundir el anillo en los fuegos de Mordor, sino hacer millones de réplicas del campo de fuerza. La clave, claro está, pasaría por modificar el símbolo: de anillo que controla a otros, a campo de fuerza que me protege a mí de los otros... De ahí que la solución sería crear un verdadero «nosotros» integrativo a partir del supuesto «otro» de quien me tengo que defender.

Obviamente el tema de la libertad en ambos autores es central, así que, ese podría ser el hilo conductor para el traspaso. En Tolkien en un juego libertad-destino, en Anderson en uno más político.

AXXÓN: ¿Qué tiene Dick que no tengan otros?

TPM de E: ¡Suenan a despechado!

Tiene eso, lo que tienen los otros, pero lo desarrolla de un modo único.

Me es difícil hablar de Dick, porque es como cuando te enamoras: inexplicable.

Yo no digo que sea mejor que nadie, digo que es paradigmático y, para mí, un ídolo de la escritura de ciencia ficción.

Él sabe tocar cuestiones profundamente metafísicas, hondas de verdad, y lo hace a través de una simbología tan vieja como el mundo, pero nueva en su forma de expresión: la de las cosas cotidianas.

Es fácil detectar el símbolo del fuego o la pirámide o el árbol como eje del mundo, etc. Pero Dick hace eso, como te decía antes, con aerosoles y mugre. Él «revela» lo que hay oculto tras lo cotidiano, transfigura lo rutinario en arquetípico, sin que deje de ser rutinario. Por eso uno se puede quedar con la historia loca que cuenta, o con las dudas implícitas que vuelca (realidad/irrealidad, vida/muerte, humano/inhumano, etc.), pero también puede ver cosas ocultas a simple vista que, de pronto, te abren los ojos y la mente de un magnífico golpe.

Y encima, como es cotidiano, te involucra en eso.

Por ejemplo, en *Ubik* hay una escena en la que el protagonista va a recibir a alguien en su casa. Esa persona tiene que entrar, pero la puerta se abre sólo con una moneda, y ella misma se lo dice. Hay que pagar para abrir la puerta de tu propia casa. El protagonista no tiene plata, así que intenta forzar las bisagras. En eso llega otro, que le va a presentar a una chica que va a desencadenar todo un proceso en la novela, y él abre la puerta con su moneda. ¿Te das cuenta cuántos niveles hay ahí?

Primero y básico: el extrañamiento y el sarcasmo respecto de nuestra sociedad. Presos por el dinero. No podemos salir de nuestra propia casa sin pagar. Lo nuestro ya no es nuestro, es un bien comercial. Lo más íntimo y seguro, nuestro refugio, se ha perdido en aras del capitalismo último.

Segundo: La puerta. Guau, qué símbolo. La puerta es el umbral del cambio, el cruce peligroso de Campbell, y todo cruce exige un precio. No podemos creer que crecer, cambiar o avanzar sean gratis. Algo hay que sacrificar, entregar a cambio. Acá, como anunciando el tema central del libro, la puerta es algo así como Caronte: exige la moneda para llevarte al otro lado.

Tercero: El protagonista no paga, primero quiere pasar gratis, trampear, y luego deja que otro lo haga por él. Ok, ya sabemos que entonces, de alguna manera, tarde o temprano, él tendrá que hacer un sacrificio porque no lo ha hecho cuando debía hacerlo.

Cuarto: La puerta habla. Te habla. Eso es fabuloso. Ha hecho de lo mecánico un oráculo. El protagonista se pelea con la puerta, discute. Conociendo a Dick ahí incluso hay referencias gnósticas cristianas: cada pasaje de un mundo a otro exige una contraseña, una clave de conocimiento que el protagonista obviamente no posee.

Y esa es sólo una escena pequeña, unos pocos párrafos nada más. Imaginate el resto del libro escrito a ese ritmo, con esa densidad.

Eso es lo que, para mí, tiene Dick, una densidad de escritura magnífica. Y, obviamente, eso no quita que otros también lo tengan.

AXXÓN: Varias preguntas en una sola: ¿La ciencia ficción y la Fantasía cada vez se mezclan más? ¿O no? ¿La Filosofía no podría ser también inseparable de lo Fantástico? ¿Religión y Fantasía son opuestos de una misma vara?

TPM de E: Acá, en primera instancia, voy a ser copiona, no por no querer dar una idea personal, sino porque justamente adhiero a la de este escritor. Zelazny decía que él escribía ciencia ficción y fantasía indiscriminadamente y que las mezclaba, no porque fuesen la misma cosa sino, justamente, porque no lo son.

Para él, escribir es auto comunicarse. El autor se da, se entrega, en su obra. Y no puede ser de otra manera porque, en última instancia, la obra es un trozo del autor y está siempre basada en él porque sale de él y de él se alimenta. Bueno, Zelazny decía que, al igual que un ser humano, al igual que él mismo, sus obras tenían una parte consciente, racional, explicable, y una parte inconsciente, misteriosa, críptica. Entonces —agregaba—, en sus obras siempre había, para poder expresarse en ella en toda su plenitud de persona, una parte consciente hecha de ciencia ficción y un inconsciente expresado como fantasía.

Un capo absoluto.

Personalmente te diría que, justamente adhiriendo a lo dicho por Zelazny, no tienen por qué no mezclarse, al contrario, me parece un buen aporte. Uno de los escritores que más admiro es China Miéville, lo considero a la altura de los más grandes de la historia del género, pero él escribe fantasía con el estilo de la ciencia ficción. O algo así.

La Filosofía comparte con la ciencia ficción el rigor o el intento de rigor, pero limita con la fantasía por otro costado. A ver, primero te explico una postura mía y después voy al punto.

En filosofía se habla pomposamente de una instancia en la historia de la humanidad, llamada «el paso del mito al logos». Según esta postura, la aparición de los filósofos presocráticos marcaría el mágico instante en el que el pensamiento deja de ser mítico y pasa a ser lógico... Pues bien, si ese paso efectivamente sucedió, el pie todavía está en el aire. No considero, ni por un instante, que eso haya sucedido, porque no creo

que sea posible y mucho menos deseable. Todos los filósofos siguieron trabajando, desde entonces, con un armazón lógico y un trasfondo tan mítico como siempre. El símbolo es también parte del pensamiento más racional, y lo único que hace un hiperracionalista es ignorar lo que, en el fondo, sigue anidando en él.

Desde esta perspectiva, la ciencia ficción y la fantasía caben como estas dos patas de la filosofía; sí, claro que sí.

En cuanto a religión. La religión es una manera de expresar lo Sagrado, no todos los pueblos tienen religión, aunque sí todos consideran algo del tipo de lo Sagrado. La religión es un andamiaje para esa cosmovisión, o esa experiencia existencial. Y hay muchos andamiajes diversos. Tienen en común con la fantasía y con la metafísica y con la propia ciencia ficción, que trabajan con símbolos, es decir, que se refieren a algo de lo que no se puede hablar más que oblicuamente, por ser en sí mismo inasible o, si es asible, entonces incomunicable como tal.

La diferencia es que una religión o una tradición religiosa, o una cosmovisión que incluye la contemplación de algo del tipo de lo Sagrado, aspiran a una trascendencia (o inmanencia) que dé sentido a la vida humana. En la literatura eso puede estar presente directa o indirectamente, pero no es su principal función o interés.

La literatura no busca salvarte el alma... aunque por ahí puede hacerlo.

AXXÓN: La Literatura no busca salvarte el alma aunque sí busca adeptos. Pero yo iba al tema de que si la Filosofía y la Religión son contrapuntos o son el mismo cuerpo con otras vestimentas.

TPM de E: ¿Busca adeptos? No me parece que los busque. Yo creo que más bien busca tocar, conmover, despertar, liberar. Sartre decía que un buen libro hacía que el lector se quedase incómodo después de leerlo, como si se le hubiera clavado una espina. Ese no es un buen programa para buscar adeptos, jeje. Tal vez la literatura de mercado, la no-literatura, es decir, la que toma la obra como un producto más a vender, trabaje en ese sentido. Pero la literatura en tanto arte, no lo creo.

En cuanto a la religión y la filosofía, insisto en lo que te dije antes: el modo en que abordan las cuestiones es diferente. Supongo que hay una mirada en común, pero no son en absoluto lo mismo. Pascal distinguía entre el dios racional y metafísico, el dios delimitado, contenido, de los filósofos, y el de la vivencia religiosa desatada, imprevisible; de lo completamente Otro.

Mirá, en el aspecto filosófico, por qué filosofamos va cambiando a medida que la propia filosofía muta y se retuerce sobre sí misma: porque nos maravillamos, porque dudamos, porque nos angustiamos... Pero lo religioso, en su aspecto místico esencial, más allá de su complejo cariz institucional, es otra cosa, a pesar de boyar cerca de la misma pregunta, tal como Huxley lo proponía: ¿para qué estoy en este mundo?

Hay un autor en estos temas, Otto, que dice que la experiencia de lo sagrado se presenta ante el hombre como algo «fascinante y tremendo». Cuando leo esto siempre me surge la imagen mental de un abismo que tanto atrae, maravilla e hipnotiza como aterra y conmueve.

Puede que religión y filosofía se acerquen al mismo tema, el del sentido del hombre, el «para qué carámbanos estoy acá», que es en definitiva: «qué estoy haciendo con este tiempo que tengo»; pero lo ven desde posturas distintas, no contradictorias —al contrario— pero jamás idénticas, a lo sumo paralelas.

En la facu tenía un profesor de Teología que era tan bueno que mis compañeros y yo cursamos con él más años de los que nos correspondía, por el solo placer de escuchar sus clases: Juan Adot. Él solía decirnos que la cuestión religiosa no pasaba por la mera comprensión (un poco parafraseando mal a San Anselmo: tan necio es buscar razones para creer; como, creyendo, no buscar razones de por qué creo), sino por la conversión; y ahí está el *quid* que diferencia religión de filosofía: la conversión. Él, desde la perspectiva cristiana, lo llamaba «el cristazo», pero lo podés pensar desde cualquier otra religión. El «cristazo» es una suerte de momento en el que todo cobra sentido, como un golpe en el que algo se te revela como esencial. Puede suceder ante un hecho límite, bueno o malo: la inminencia de la muerte, la felicidad de la vida nueva, enamorarse, etc. Pero también puede ser algo simple, «vulgar», común (como ese relato del Antiguo Testamento donde, para el profeta, Dios no está ni en los truenos, ni en los terremotos, ni en los rayos, sino en una brisa suave apenas perceptible). ¡Como la bolsa de plástico agitada por el viento de «Belleza americana»! Igual que con Siddharta Gautama (el futuro Buda), el ver en esa simple bolsa de plástico lo sublime, no es cuestión de la bolsa, sino de la mirada. Bueno, pensá en la religión como un sistema de entrenamiento: lo ideal es que te prepare la mirada, te enseñe a estar atento para cuando el «cristazo» pase, así no estás distraído y se te va de largo. Pero cuando eso pasa, es entre vos y lo Absoluto, le pongas el nombre que le pongas.

Tal vez, en última instancia, tal como las paralelas se juntan en el infinito, Religión y Filosofía convergen en la Mística. Un poco siguiendo a Ricoeur, podemos decir que el filósofo tantea alrededor de eso Misterioso y Sublime (el Ser, la Nada, Dios, cada uno le pone un nombre y caracteres distintos), y da vueltas, acercándose asintóticamente más y más a lo que nunca va a poder tocar. Pero, mientras lo hace, construye un discurso, un sistema o un obrar en torno a eso, que lo van cambiando a él y al mundo lentamente. El místico se tira de cabeza a ese Absoluto y regresa transformado por completo, pero mudo, porque lo que vio es imposible de comunicar, y busca formas simbólicas o artísticas, pero jamás puede decir lo indecible, por eso sólo le queda llevar a los otros hasta el borde y ver si quieren dar el salto. La idea es: ¿cuál de las dos experiencias elegirías?

AXXÓN: ¿Cómo ves a los escritores hispanoamericanos de ciencia ficción?

TPM de E: Uy, de maravillas.

Los veo con voz propia.

Desde siempre, cuando uno lee algo escrito por un norteamericano, y luego algo escrito por un inglés, la diferencia se nota. Sus intereses, su visión del mundo, todo hace que sean notablemente distintos. Y eso que comparten lazos culturales muy fuertes. Pero casi siempre uno puede decir quién es quién con facilidad.

La ciencia ficción rusa siempre tuvo su marca inconfundible, lo mismo que la francesa, etc.

Desde hace ya mucho tiempo, la ciencia ficción centroamericana, sudamericana y española empezaron, cada una a su ritmo, a tomar sus propias voces, a salir de la etapa de la «admiración al maestro» y crear universos propios que pueden seguir alimentándose de las eternas fuentes de esos maestros, pero cuyos giros e interpretaciones son únicos y esencialmente propios.

Un cuento cubano es netamente cubano. Se lo siente, se lo palpa. Y no hablo de modismos, hablo de impronta, de sensibilidad, de matriz de representación —o creación— de la «realidad». Un cuento sudamericano es también así. Los ítems están teñidos de lo que somos, pero sobre todo, la resolución de las cuestiones es originalmente nuestra.

Podemos estar hablando de un marciano, pero ese marciano... ¡vaya que si es nuestro!

Lo que me da un poco de miedo es que no se vean tanto como merecen, que no salgan a la luz como deberían. Que el prestigio de lo externo todavía pese tanto. Y no hablo ni de publicación (si no mirá Axxón y la obra maravillosa que hace, o revistas como Próxima o NM o Cuásar, que son las que yo conozco más) ni de circuito comercial, sino de autorreconocimiento. De empezar a escuchar más desde estos lares un: «Claro que valemos como el que más, y nuestros *grandes* merecen estar en el panteón de los gigantes de la historia de la ciencia ficción sin ninguna duda». No reconocimiento externo, sino merecido y largamente esperado autorreconocimiento. Sabernos buenos. Muy buenos.

El otro día estaba hablando con Jorge Korzan, y él me daba unos consejos sobre un personaje de un cuento que estamos escribiendo en grupo con Daniel y Facundo. Me decía: si lo van a hacer ruso, no puede decir esto de esta manera, hay un temple ruso que es tal y tal; a menos que sea ucraniano, entonces sería así y asá. Yo me quedé mirándolo y pensé: así somos nosotros. Nuestra ciencia ficción —que es tan del mundo como la norteamericana o la canadiense o la inglesa— ya tiene rasgos definidos, alguien podría estar diciendo en otro lado eso mismo de nosotros. Y

nosotros la vertimos en nuestros cuentos aun cuando no los escribamos en lunfardo, ¿ves?

AXXÓN: ¿Y cómo ves la inclusión del lunfardo (argot)?

TPM de E: Je, me crié escuchando tangos desde las 6 de la mañana.

La inclusión de cualquier argot la veo como una herramienta. A veces muy necesaria. Como un modo de expresarse.

Una cosa no quita la otra. Lo que quise decir antes era: hay una marca identificatoria profunda que es reconocible más allá de no ser patentemente visible. Como una especie de «perfume» de identidad.

La otra marca fortísima es la lengua, la palabra en sí. Esa es directa y, si acaso, juega en dos áreas: respecto al que participa del argot, es como un guiño de complicidad, como una marca de pertenencia; respecto al que no lo conoce, es como la apertura a un mundo nuevo, al descubrimiento de un sitio distinto, de un panorama y una cosmovisión a descifrar.

Así que, sí, me parece pulenta pulenta.

AXXÓN: ¿Cómo nació «Memoria», tu cuento que apareció en la antología «Terranova»? ¿Qué se siente estar al lado de escritores consagrados?

TPM de E: «Memoria» nació como parte de una serie de cuentos en los que todavía busco el tono propio, mi huella identificatoria. Pero no como algo artificial o un afán de «diferenciarme» sino como un autodescubrimiento: ¿qué soy y qué quiero decir? Es como una vuelta de tuerca más cuando ya te hiciste adicto a esto de escribir. Una especie de descenso a una capa más metafísica, la cual ya la ves venir desde hace tiempo, pero que a veces tarda en eclosionar.

Tuve que dejar que todo saliera sin ponerle límites y sin estar todo el tiempo, en cada frase, deteniéndome a pensar: «¿tiene sentido?, ¿está bien?» O sea, sin interrupciones. Después vino el pulido, y ahí mis amigos fueron fundamentales.

Como siempre que escribo, parto de una frase y de ahí veo adónde me lleva. Luego aparecen imágenes, cosas concretas casi inconscientes (como el Chevy Bel Air), y eso empieza a crear una dirección. El hecho de que sea engañosamente autobiográfico por parte del aparente protagonista —en realidad, directa e indirectamente protagonista a la vez—, también tiene mucho que decir de mí. Es como un juego de identificación y separación constante entre el escritor y sus personajes.

Lo que más me interesó es lo que más polémica armó en muchos sitios, es decir, hablar de lo que creo, afirmo, vivencio, personal y subjetivamente, que es el amor: algo sin límites en tanto tal, es decir, en tanto Amor. Y que es posible y que es algo sublime y carnal y libre y espiritual y esencial en la vida humana. Y que es capaz de

elevarnos por encima de nosotros mismo, de hacernos ver el mundo transfigurado. Y no es romanticismo rococó, es todo lo contrario: es lucha y dolor y sangre, el impulso último del existir. Ni Poder, ni Muerte: Amor, pero como eros-agape-filía y mucho más todavía no dicho. Y es identitario en tanto especie y quizá nos supere incluso allí también. Amor como lo único que no puede constreñirse y que más se desea controlar, como diría Foucault. Algo que tolera límites de número, raza, género, sexo, piel, alma...

Creo que por ahí va el resto de mi trabajo, de mi temple en la ciencia ficción por ahora.

Mucho se lo debo a tipos valientes y que de verdad sabían escribir, como Philip José Farmer u Octavia Butler, personas con una profundidad que todavía estamos descubriendo. Y mucho más a quienes me quieren.

Una muchacha española, Cristina Jurado, que también escribe, posteó el mejor piropo que jamás podría haber imaginado recibir como «escritora» en mi vida. Decía que le habían dado ganas de ir a Marte para conocer a los dos personajes centrales del cuento y añadía, muy poéticamente, que estaba convencida de que aquel mundo era el hogar de esos personajes... ¡Guau! Te juro que lloré de lo lindo cuando lo leí —eso que mucha gente generosa dijo cosas hermosísimas y cosas terribles de ese cuento, cada uno según su legítimo sentir—, porque por un momento recordé lo que yo sentía cuando leía uno de esos relatos que te pegan fuerte, y casi podés hablar o palpar a los personajes... Saber que tu cuento representa eso para alguien es lo que paga todo. Así que «Memoria» es, en ese sentido, el cuento de los pantalones largos, el que salió a dar pelea en el buen sentido, y el que volvió con magullones y rosas. Lo quiero muchísimo.

¿Y qué se siente estar al lado de escritores consagrados? ¡Es el sueño del pibe!

Estoy dando saltos de alegría desde que me enteré que el cuento había sido seleccionado.

A ver... Ted Chiang. Yo quedé tan dada vuelta el día que leí «La historia de tu vida», no sólo porque el cuento era excelente, sino que —como Miéville, por ejemplo— leerlo me dio la seguridad plena de saber que el género tiene para rato, y que los genios siguen naciendo y creando. A partir de ahí, lo seguí fielmente.

Luego, Ken Liu, de quien primero leí «Quedarse atrás». ¡Por Dios! Qué fuerza, qué hondura de alma y de sentimiento.

Víctor Conde, de ideas brillantes. ¿Viste el cuentazo suyo en «Terra Nova»? ¡Uy! Ácido, arriesgado, sin miedos, volcado a la experimentación del medio mismo, de las palabras, de lo decible, de lo comunicable y hablando de lo comunicable justamente, como un *loop* sobre sí mismo. Impactante.

Y, entonces llego a él... ¡Ian Watson!

Cuando yo tenía alrededor de catorce años, salió una colección que me cambió la vida. ¡En los quiscos de diarios te vendían ciencia ficción! Para mí era magia o la respuesta a mis plegarias pueblerinas (por eso entiendo tanto a Jo Walton en «Entre extraños»). Era la colección Hyspamerica; esa de los libros azules y plateados. A veces podía comprarlos, a veces no, cuestiones de vil moneda; pero mis viejos, maravillosos y laburantes, se esforzaban mucho para que yo pudiera tenerlos. El número 16 de la colección era de un tal Ian Watson y se llamaba «Empotrados».

Yo ya venía de emoción en emoción y de apertura mental en apertura mental. Siempre *in crescendo*: Asimov, Simak, Blish... Llevaba los libros conmigo a todas partes, en los bolsillos de un saco, casi como objeto poderoso. Y entonces leo esa... explosión mental que es «Empotrados», y quedo fascinada —je, y el número 17 sería «Ubik», de Dick—. Admiro mucho, muchísimo a ese hombre capaz de escribir con esa fuerza, descarnada y racional al mismo tiempo. De más grande me dediqué a devorar cuanto pude de él, que no era mucho en español, así que a buscar en inglés qué podía obtener.

O sea, crezco admirando a Ian Watson, como parte fundamental de un panteón inalcanzable de escritores de ciencia ficción que marcan mi vida a fuego.

Y un día, me manda un mail Luis y me dice que voy a estar con esos tipos y, sobre todo, ¡con Ian Watson! ¡Mi ídolo desde la adolescencia!

Total: que todavía no lo puedo creer. Es sobrecogedor.

AXXÓN: Bueno, aquí vienen al caso mis primeras dos preguntas. Porque no creo que Teresita hubiese podido escribir «Memoria». O sí, pero... bueno, no sé cómo explicarme.

TPM de E: No, Teresita no hubiera podido escribirlo. Pero Tere tampoco podría haberlo hecho sin Teresita.

Lo que somos es la suma de las experiencias y de las personas que nos marcaron. Y sí, del conocimiento adquirido y, sobre todo, de las dudas y también de la certeza de lo infinito que resta por conocer. De lo poco que se sabe.

«Memoria» es, como toda otra cosa que escribo, parte de mí. Y yo soy el resultado de toda una historia. Supongo que la base personal existe, que no nacemos como *tabula rasa*, pero incluso eso que somos es en parte herencia, ¿no? Recombinación genética original de material preexistente, más un poco de azar... o de destino, cada uno le pone el nombre que quiere.

Ahora, lo que somos es, desde mi punto de vista, un pleno. En una palabra, somos *en el pleno de nuestro ser*. Eso significa que somos *siendo ahora*; pero también somos *lo que fuimos*, rememorado y actuando en consecuencia. Pero, cuando rememoramos,

cuando recordamos algo, lo hacemos bajo el tamiz de nuestro estado actual, es decir, que nuestra actualidad tiñe nuestros recuerdos —no hay nada más proteico, más cambiante, que un recuerdo—. Así, un momento de la juventud que alguien padeció y mal, se convierte, bajo la luz de su vejez presente, en un idílico Edén perdido, o viceversa. Ese recuerdo trasfigurado, la suma de las máscaras que le pusimos y quitamos a lo que fuimos, sus reinterpretaciones, nos condicionan en este preciso momento.

E incluso lo que seremos nos afecta, en tanto horizonte de significación, en tanto verdad por venir: lo que soy en la medida de hacia dónde voy. O hacia dónde quiero ir. O hacia dónde pienso que es inevitable ir. Y esa visión futura siempre incluye, como eje —a menos que se sea muy ingenuo—, la incertidumbre.

O sea, yo no me veo como lo que soy, fui o seré, sino como *fuisiendoseré*, o algo así; más la intersección con los demás. Soy *Tereteresita*, jejeje.

Tere se alimenta de esa libertad maravillosa y esa confianza de la que Teresita disfrutó, de esa infancia que agradezco tanto. Del amor que recibió de sus padres.

Y también lo hace de las cosas que padeció. De un país que se comía a sí mismo, que desaparecía gente a la que no consideraba ni viva ni muerta, gente que intentaba borrar, que intentaba hacer que no fuera gente, que *no fueran*. Y que sí lo era: eran amigos, eran caras conocidas, eran vecinos, o la amenaza de que mis seres queridos lo pudieran llegar a ser. Una época que te hacía esconderte bajo las sábanas a la noche, donde los padres te daban seguridad con su cariño y su fuerza, pero vos rezabas para que algo más grande los protegiera a ellos. O que te hacía sobresaltarte en los cruces de caminos, ante los fusiles y los tanques. Y que también te hacía sentirte orgullosa de ser lo «otro» respecto a la muerte, lo «otro» respecto al horror, de oponerte, de plantarte, de estar rodeado de gente que tenía ideales y los vivía. Y de haber encontrado, con el tiempo, más gente así.

También se alimenta de la comprensión de los pocos, del sacrificio, de la sonrisa, de la sorpresa del sabio humilde, escondido en un rincón, que te entiende. Y de la incomprensión e intolerancia de los ciegos-con-ojos-para-ver, pero que ni siquiera saben que hay algo que no es como ellos y que tiene el derecho de ser. Soberbios de toda calaña que eligen ignorar, tal vez por cobardía o por simple vileza, la necesidad esencial humana de ser libre para SER como uno elige ser. El sacrosanto derecho de ser feliz sin joder a nadie y sin que te jodan a vos. El poder ser iguales siendo todos bien diferentes.

Y Tere se alimenta de la gente a la que no supo cómo ayudar y aún le duele. Y de la gente que le tendió la mano a ella, y también de la que se la quitó. De todo eso que, de una u otra manera, enseña. O sea, de todo lo significativo.

Y de los amigos, por Dios, sí, de los amigos, ¿qué sería sin ellos?

Y de ese Dios al que jamás le deja de rezar.

Y, sí, también de los libros y los estudios y los mentores y los maestros y los admiradísimos admiradísimos admiradísimos escritores de ciencia ficción. Lo bueno de lo leído es que, tal vez, te ayuda a que las vivencias no sean en vano, a que tengan sentido, a que dejen una huella significativa. A no surfear por la vida, bah. Y sobre todo, a ampliar el horizonte, alejándolo de tu nariz cada vez más y más y más, hasta que se pierde de vista.

Si no, sin todo eso, ni siquiera sería Tere.

Y mañana Tere seguirá mutando, sin duda.

AXXÓN: También algo me quedó picando en el área: el Amor como «religión» no codificada. O como algo que trasciende la tierra, lo terrenal. O como aquello inasible, inexplicable, que te brinda el enigmático combustible para ir más allá de lo soñado. ¿De dónde te viene esa idea?

TPM de E: Uy, de dónde no.

Es una junta de cosas. Primero de mi experiencia de vida, de mis viejos, de mi esposo, de mis amigos, de la inmensa suerte de hallar amor incondicional, verdaderamente incondicional a lo largo de mi camino. También de mis años de «catolicismo buscador». Me considero católica militante, pero el término militante difiere un poco del tradicional, en mí es más bien como... en lucha interna, no de fe, sino de crecimiento, de hacer mía esa religión, de tener una fe adulta. Mi visión de Dios es la de San Juan o la de San Agustín: amor. Puro y simple. Complejísimo, por ende. O sea, no como un sentimiento, sino como una realidad trascendente. Vivir amor —más que sentir—, no es lo mismo que encariñarse, o querer, o desear, o calentarse, o aficionarse, o apegarse. ¿Se *puede* decir? Para esos dos hombres, como para muchos otros en diferentes religiones o fuera de ellas, lo Absoluto es amor. Y ni siquiera está afuera, está dentro mío, como una trascendencia inmanente.

Para ellos amar es una experiencia mística en el sentido de unitiva: cuerpo, alma, espíritu, todo, todos...

Mirá esto: cuando estaba de novia con Guille —nos conocimos grandes ya—, él me prestó un libro; a mí me suena que era como una «prueba de amor», pero de verdad; como una especie de test final de compatibilidad, jejejeje. Él no sostiene eso, claro. El libro era «Cuerpodivino» de Theodore Sturgeon. Cuando terminé de leerlo me dije: «quiero casarme ya con este hombre que lee esto y lo sostiene». Y parece que él también, jejeje.

Eso que Sturgeon pone allí, eso mismo es lo que yo pensaba, y lo que creo. El amor es algo así como lo único que nos supera a nosotros mismos a pesar de surgir de nosotros mismos. Es libertad pura, tan pura que parece necesidad. Es transfigurador,

y como todo cambio, duele, cuesta, pero vale la pena.

Bueno, en breve: la idea viene de la experiencia. Soy amada y amo.

AXXÓN: ¿Pensás que hay temáticas que se mantienen vigentes desde el inicio de la ciencia ficción hasta hoy día? ¿Hay escritores actuales que producen repeticiones de los principios de la ciencia ficción?

TPM de E: Las temáticas de la ciencia ficción son como capas que se mantienen en paralelo, siempre vigentes. No son capas geológicas aplastadas unas por otras, sino como realidades paralelas siempre actuales, siempre aquí. Capas cuánticas, ¿podría decirse así?

Creo que otra coincidencia feliz con la filosofía es que la ciencia ficción siempre se está refundando. Siempre está haciéndose de cero, sin dejar atrás a nadie, a ningún clásico. No se supera, se amplía. Como el frente de una ola que crece en anchura, con todo y todos allí adelante, espumeando y bullendo y bramando en primera fila. Desde Wells hasta el futuro escritor «consagrado» que, en este mismo momento, en algún lugar, está terminando su primer cuento de ciencia ficción.

Hablábamos recién de Ted Chiang, bueno, sus temas son clásicos, pero el modo en que los aborda es suyo; impecable y originalmente suyo.

Hay gente que saca ideas nuevas de los viejos odres de este universo, y eso es fabuloso. Pero hay quienes con el vino añejo de lo dicho mil y una vez crean una mezcla que es original y única y necesaria.

Me gustan las dos vertientes. Me encanta la variedad.

AXXÓN: ¿Te imaginás una Axxón sin Eduardo Carletti?

TPM de E: Sería otra Axxón.

Supongo que, a lo Hume, sería y no sería lo mismo. Pero es posible.

A ver, a la Axxón de Carletti —a él, por ende—, le debo más de lo compensable.

Yo nací y me crié en una ciudad que es en verdad un pueblo. Y muchas veces me sentía en el «cutis mundis», aislada. Cincuenta kilómetros de Buenos Aires no parecen mucho hoy, pero lo eran en mi infancia y adolescencia. Y, por mi modo de ser, de vivir en la literatura y los sueños y todo eso que muchos fans de la ciencia ficción tenemos en común, en mi caso, era medio ermitaña —un poco queriendo y otro sin quererlo—. No sólo los mundos que leía estaban lejos y fuera de mi alcance, también sus escritores y los demás lectores.

Cuestión que me sentía el «bicho raro», y no es que no lo fuera o que me molestara, al contrario, era casi una insignia de honor, lo jorobado era que no había más bichos raros a la vista.

Ya más grande, un día, encuentro que hay un concurso de cuentos de ciencia ficción por Internet. Todavía no conocía la revista porque mis fondos se repartían entre la facu, viajar en bondi e ir al cyber para poder ver Internet, lo cual limitaba mi tiempo de exploración —recuerdo que lo primero que puse en un buscador cuando por primera vez usé Internet fue «Dune – Frank Herbert», y temblando, como si fuese a recibir una revelación, jajajaja... y lo fue—. Bueno, me decidí y mandé un cuento mío, «Pax humana», que no salió ni entre los veintiún primeros, je. Me sentí un poco defraudada, como en todos los concursos que uno pierde y respecto a los que se ilusionó, sobre todo porque ese podía ser mi pasaporte para conocer otros «bichos raros» y lo estaba perdiendo.

Pero apenas dos días después de terminado el concurso, me llegó un mail a mi cuenta, invitándome a participar de la lista de Axxón. Me metí inmediatamente en la revista y me quedé patitiesa: ¡qué calidad, y nuestra, de acá, no del otro lado del mundo! Luego, entré en la lista...

Para hacerlo breve: mis mejores amigos, mis mejores momentos, el amor de mi vida: mi esposo, la sensación de encontrar esa gente y ese ambiente y esas posibilidades con los que soñaba de piba, a todo eso me abrió las puertas el Axxón de Carletti.

Imagino que, cuando pase la posta, Axxón representará otras cosas igual de significativas para otras «raras avis» de la ciencia ficción, y continuará resonando con otras melodías, pero con la misma fuerza. La impronta que él puso en Axxón es indeleble: esas raíces son eternas, porque además han ayudado a nacer a otros árboles, otras publicaciones distintas, propias, hermosas.

No puedo ni imaginarme el orgullo, no solo de hacer, sino de saber que se es el foco desde el cual otros salen a hacer. La plataforma, el buque-puerto desde donde otros barcos se hacen a la mar de la ciencia ficción.

AXXÓN: La obsesión de muchos escritores es «el primer encuentro», pero pienso que sería imposible comunicarnos a nivel de real comprensión. ¿O no?

TPM de E: ¿Sabés qué es lo bueno de la filosofía? Que te das cuenta de que no sabés nada, jejeje.

La verdad, no lo sé.

¿Es posible, en sí, una «real comprensión»? ¿Y qué vendría a ser?

Comunicarnos ya constituiría un paso grandioso.

Lo que sí sucedería es que ambos quedaríamos modificados para siempre, ya no podríamos ser los mismos. Un primer contacto —a menos que seamos tan horripilantemente superficiales como lo plantea el fenomenal cuento de Frederick Pohl «El día siguiente a la llegada de los marcianos»— nos tiene que cambiar en profundidad, aún si la comprensión no es posible, como en «Estación de extraños» de

Damon Knight, o como en el ya mencionado «Regiones apartadas» de Gibson.

Yo lo veo casi como una cosmogonía, porque todo, absolutamente todo, se vería alterado para siempre. Y por eso entiendo que eso sea una «obsesión» de la ciencia ficción.

No sé si el primer contacto nos brindaría una comprensión plena de aquellos con los que nos contactamos, pero al menos inauguraría un intento, un proceso. Entonces pienso en «Solaris», de Lem... Y de lo que sí estoy segura es de que nos brindaría, tanto en lo bueno como en lo malo, una mejor comprensión de nosotros mismos. ¿No?

AXXÓN: Tengo un amigo que un día se le ocurrió empezar a leer ciencia ficción. Me pidió algo y yo, irresponsable de mí, le di uno de Charles Sheffield. ¡Horror! En definitiva no cazó una. Porque para los que nunca leyeron nada del palo, la ciencia ficción dura es inasible. Me costó mucho comprender que lo que para mí es como respirar para otros es un galimatías ininteligible. Así que te voy a pasar la responsabilidad a vos: ¿Qué diez libros debe leer uno que no entiende nada de nada y que quiere iniciarse en la ciencia ficción? ¿Y por qué esos libros?

TPM de E: ¡Ah, qué piola! ¿No hay una pregunta más difícil, por favor?

Y bueno, de vuelta con lo de la propia experiencia. Hay alumnos, en algunos cursos, que al ver mi completa y absoluta locura apasionada por la ciencia ficción, me preguntan, ¿qué leo? ¿Por dónde empiezo? Lo ideal es que uno conozca a esa persona, sepa cuáles son sus gustos e intereses, y en base a eso responda.

Y luego, siempre, hay que cruzar los dedos. Porque la ciencia ficción te llama o no.

Pero bueno, si no se puede ahondar en los gustos de esa persona, yo prefiero la variedad, ampliar el espectro lo más posible.

Acá voy:

- *10 relatos de Ciencia Ficción*, (ignoro el genial editor que los eligió). Los cuentos están escogidos de una manera impecable, y son un muestrario de lo mejor de cada región interna de ciencia ficción, pero aún así hay una especie de cadencia que los unifica, que da sentido a que sean esos cuentos los que estén codo con codo. Para mí es un modo «suave» de empezar: Aldiss – «La estrella imposible», Asimov – «Visiones de robot», Bradbury – «El picnic de un millón de años», Clarke – «Antes del edén», Dick – «El impostor», Le Guin – «Las estrellas en la roca», Lem – «La Albatros», Matheson – «Desaparición», Sheckley – «Los monstruos» y Tiptree Jr/Sheldon – «Y he llegado a este sitio por caminos errados»...
- *La mano izquierda de la oscuridad*, de Ursula K. Le Guin. Para que se enamore de la ciencia ficción bien hecha de entrada. Mítica, rica, profunda. El paladar

tiene que acostumbrarse a lo bueno.

- *Duna* de Frank Herbert. Compleja, con multitud de niveles, pero además con ritmo. Construye todo un universo alrededor del lector. O sea, llegamos al proceso de inmersión: el lector tiene que empezar a nadar y sumergirse en estanques casi infinitos.
- *La crema de la Ciencia Ficción*, ed. Josh Pachter. Los cuentos están elegidos por sus autores, no siempre es lo mejor claro, pero hay algo en esa recopilación que es fascinante. Es una muestra tan variada y amplia, que es como poner toda la paleta de colores a disposición del lector. Pero es más agresiva que la primera recopilación, es una especie de flasheo fuerte. Los temas son más impactantes, el modo de tocarlos, más «agresivo» —tal vez porque son los elegidos de los propios autores—. Te nombro tres que son fundamentales para dar fuertes virajes de timón y así el lector se acostumbre a los cambios en el género: «Los hombres que asesinaron a Mahoma» de Bester, «Una galaxia llamada Roma» de Malzberg, «La nave que cantaba» de MacCaffrey. [Acá, en la última hoja, yo le pegaría una copia de uno o dos cuentos más, je: «Luz de otros días perdidos» de Bob Shaw y «Dio» de Knight].
- *2001, odisea espacial*, de Arthur C. Clarke. No se puede evitar un clásico y menos en el inicio. Clarke es duro, sí, pero acá tiene una cualidad especial que lo hace épico. Podría haber puesto *El fin de la infancia* o *Cita con Rama*, pero esto es como un regreso a las raíces duras. Es la prueba a superar, pero una prueba de calidad, con sustancialidad. Llegar acá después de haber visto lo anterior, te hace disfrutar y cuestionar más.
- *Visiones Peligrosas* ed. Harlan Ellison. Porque es el hito de la ciencia ficción. Si ya superó todo lo anterior, este es el paso siguiente. Es como una instantánea del momento en que el género da un salto cualitativo impresionante. Lo que hay allí es, sencillamente, revolucionario para la mente.
- *Relaciones extrañas* o *Los amantes* de Philip José Farmer. A elección. Hora de ajustar el cinturón de seguridad y avanzar de frente. Hoy no son escandalosos, no son vertiginosos: son arquetípicos. Obligan a pensar, a buscar el trasfondo, a ver más allá de lo aparente. Si el lector ya llegó hasta aquí, sabe que hay que leer entre líneas. Incluso yo lo arrojaría a *A vuestros cuerpos dispersos*, la primera de *Riverworld*, pero hay que ver cómo viene nuestro lector.
- *La intersección de Einstein* de Samuel R. Delany. O, lo que es lo mismo: ¡A todo o nada, muchacho! Esto es alta escuela, complejidad, maravilla, experimentación en el lenguaje. Un viaje iniciático, pero el del lector.
- *La estación de la calle Perdido* de China Miéville. Un salto a lo actual, un salto de fe. Ahora estamos ante algo híbrido entre fantasía y ciencia ficción, exquisitamente realizado, y de una factura tal, que somos zarandeados una y otra

vez en un universo deliciosamente terrible. De aquí, nuestro lector ya sale listo para el Gran Salto.

- *Ubik*, de Philip K. Dick... Porque ya no hay más remedio.

Yo pondría muchos más.

El inicio, sobre todo, podría consistir en libros de temples diferentes para gente diferente: *Mundo anillo* de Larry Niven, para los más apegados a las ciencias duras. La melancólica joya narrativa *Estación de tránsito* de Clifford Simak, para los más poéticos. *Mercaderes del espacio*, de Frederick Pohl y Kornbluth para los que se interesan por un enfoque socio político intenso. *Empotrados* de Ian Watson, si la cosa pasa por la lingüística. *Jinetes de la antorcha* de Norman Spinrad, si es más metafísico. *Señor de la luz*, de Roger Zelazny, si pasa por lo religioso. Etc.

Y seguro que en cuanto relea esto digo: «¡Pucha, por qué no puse este o aquel!»

AXXÓN: ¿Qué distancia hay entre «Dextrógiro» y «Otoño»? ¿Por qué nombres de cuentos con una sola palabra?

TPM de E: En realidad yo los veo como partes de una misma etapa, pero por ahí es porque estoy dentro del contexto. Tal vez «desde afuera» se ven muy diferentes. «Dextrógiro» es un cuento tan mítico como «Otoño», en el sentido de que intento ser todo lo simbólica que puedo. La diferencia esencial estaría en que el primero es más literal en ese simbolismo y más experimental en cuanto a lo narrativo —experimental para mí, entiendo que para otra gente puede ser algo muy visto—; y, sobre todo, en que depende mucho del modo en que se cuenta la historia, más que de lo que se está contando; porque la narración misma es la protagonista. En cambio, el segundo es más indirecto en el modo de exponer los símbolos, pero más directo en tanto argumento y narración. Todavía los veo como fases que pueden coexistir: la de concentrarse más en la forma o concentrarse más en lo narrado.

Respecto a lo que quieren decir, los dos siguen siendo «transmutativos» o algo así. Los dos hablan de cambios a gran escala. Cambios micro-macrocósmicos.

«Dextrógiro» se centra en la posibilidad de que un hecho pequeño e insignificante tenga una repercusión inmensa: el simple cambio de dirección de giro de una tuerca. El universo entero se reacomoda en torno al personaje, y el personaje, a su vez, es un universo en sí mismo, porque su vida es un cosmos para él, tal como lo es para cada ser humano. La relación sigue siendo: parte y todo.

En «Otoño» pasa algo similar. Dos culturas, dos especies completas con eones de desarrollo paralelo, con miles de millones de miembros cada una, dependen, para su comunicación y mutuo entendimiento, de estos dos individuos que son, básicamente cada uno, un niño criado entre extraños. Y ese individuo con problemas comunes y privados, con esperanzas y miedos, con pequeños triunfos y sueños, se convierte en la

pieza clave de la transformación de dos razas.

No sé hasta qué punto no se repite eso en la mayoría de mis historias, Ric. Lo que me preguntás me está haciendo pensar en esto por primera vez. En «Memoria» el destino de un mundo entero depende del amor de una persona... La misma atención al detalle está en «Contra toda probabilidad»... Quizás esa sea la temática recurrente: lo pequeño como germen de lo inmenso, lo terriblemente valioso de cada individuo, de cada mundo interior: cada ser humano como una especie en sí mismo. Y el amor como motor imprescindible de ese movimiento.

En los dos cuentos un universo completo gira para acomodarse a un simple individuo. La parte y el todo. La dignidad humana que vale mundos. ¿Qué otra cosa que el amor puede hacer equivaler un universo a un individuo? Tal vez esa era la dirección natural que los cuentos tenían que seguir si pretendían seguir buceando en esa temática (y digo «los cuentos» porque a veces siento que se escriben solos, jeje).

En cuanto al título, siempre tengo problemas con los títulos. No se me ocurren, doy vueltas y vueltas, y últimamente termino recayendo en una sola palabra, algo que condense la esencia de lo dicho o que dé un rasgo importante, o simplemente que me guste mucho.

AXXÓN: Hay algo que me viene obsesionando desde hace tiempo: ¿Por qué a la ciencia ficción se la exige tanto, mientras la literatura costumbrista puede reescribir «Romeo y Julieta» hasta el hartazgo? Leyéndote se me ocurre la temeraria, y espero que no errónea, idea de que el Inconsciente Estructural quizás esté más presente de lo que uno sospecha.

TPM de E: Jejejeje. Bueno, la ciencia ficción también ha escrito *Romeo y Julieta*, y en muchos casos tan bien como Shakespeare.

Lo bueno de *Romeo y Julieta* es que, bajo una trama simple, hay un juego complejo. O sea, en tres renglones se liquida el argumento, pero entonces viene lo bueno. Ese argumento es el soporte de algo mucho más rico, por eso tenía que ser simple.

El problema es que, si te quedás sólo con el argumento al desnudo, tenés un millón y medio de novelas, no costumbristas —que las hay maravillosas y en gran número—, sino cursis o mediocres. Ahora, si te concentrás en un solo aspecto complejo, tenés una obra maestra.

Julieta tiene el mejor parlamento filosófico que haya existido cuando, aparentemente sola, monologa acerca del valor del nombre, del concepto: ¿Acaso una rosa olería distinto si cambiase su nombre? ¡Guau! Eso es nada más ni nada menos que mil años de querrela de los universales en una sola frase.

No está mal que *Romeo y Julieta* renazca una y otra vez. En el fondo es inevitable. Como decís vos, estructuralmente inevitable. Pero la cosa es cómo usaremos esos

arquetipos. ¿Nos limitaremos a lo obvio o partiremos desde allí para dar el salto?

Ahora, respecto a la pregunta. La ciencia ficción nace como la otra mirada, es la otra mirada. Se le exige... NOS exigimos que no se quede anclada porque, de hacerlo, se traicionaría a sí misma. No puede, por definición, repetir miradas (y digo «miradas», no ideas o conceptos, sino enfoques). Nació para superar fronteras, derribar concepciones establecidas, mostrar las cosas desde aspectos no vistos hasta ahora, ¿cómo no se le va a exigir mucho? Tampoco creo que los escritores de ciencia ficción desearían otra cosa menor que dicha exigencia.

No es que la ciencia ficción esté obligada a ser «original», sino más bien que tiene que ser auténticamente «renovadora».

AXXÓN: Vos estás en la Fundación Vocación Humana y, dentro de esta, dirigís el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía. ¿Me equivoco? Ahora bien, ¿me podés explicar qué tienen que ver el mito de Odín y la obtención de la sabiduría y el Ragnarok, con la tetralogía de Wagner, con «American Gods» de Neil Gaiman, y con «El Péndulo de Foucault» de Umberto Eco? Me explotó la cabeza cuando leí los Módulos de estudio.

TPM de E: Jajajaja, esa es la idea.

El curso que citás y que, sí, yo locamente diseñé —y Bernardo Nante, temerariamente apoyó—, es «Mitos antiguos y contemporáneos». Parte de la idea, un poco estructural, un poco hermenéutica, de que los mitos siguen recreándose en diferentes medios una y otra vez, a veces como reinterpretaciones, a veces de manera espontánea.

Lo que sostenemos en el curso es que el mito no es una mentira, ni una fábula, ni una explicación pre-científica del universo, ni siquiera una forma literaria, sino una especie de guía, de faro. Una suerte de «verdad profunda», de «historia verdadera» como decía Mircea Eliade, en el sentido de autenticidad esencial, no superficial.

Intentamos analizar un mito clásico, detectar sus mitemas o elementos constitutivos —micro-mitos, átomos míticos universales (incluso con sus niveles submíticos, si seguimos con la comparación), con cuyas relaciones se teje un determinado mito—, y luego ver cómo reaparecen, adrede o no, en la literatura, el cine, la dramaturgia, la pintura, la música, etc., a lo largo del tiempo. Es decir, cómo el mito se reinventa a través de nosotros: escritores y lectores.

Como era de esperarse, mi intención es siempre conectar con la ciencia ficción. Así, cuando vimos «La Odisea» de Homero, seguimos la línea: «Ulises» de Joyce – «Adán Buenosayres» de Marechal – «2001, odisea del espacio» de Clarke. Y cuando vimos «Las argonáuticas», el segmento era: «Moby Dick» de Melville – El ciclo del Grial – «Duna» de Herbert, etc. Ahora estamos con la «Epopéya de Gilgamesh» y la línea pasa por «El retrato de Dorian Gray» de Wilde, por «Frankenstein» de Mary

Shelley, etc., etc.

Pero vamos al caso que citás y en el cual me va a ayudar otro profesor y muy buen escritor de ciencia ficción: Federico Caivano.

El mito del sacrificio de Odín, en sus variantes, es un mito denso y trágico como pocos. Tenés a un dios que se da cuenta de que hay un saber que no posee. *El* saber, en definitiva: la sabiduría, encarnada en las runas, que pueden entenderse como la suma de previsión y poesía. Es decir: ciencia y arte, devenir y absoluto, libertad y necesidad, etc. —el símbolo acá es muy rico—.

Ahora bien, este dios de los dioses, este ser fuertemente vivaz, pleno, potente, voluntad desatada, furia e imprevisión, de repente es capaz de hacer este autosacrificio, este «crucificarse» con su propia lanza en el árbol Yggdrasil (que literalmente significa «el corcel de Ygg»; siendo Ygg una de las formas de denominar a Odín), el árbol del Cosmos, la columna o eje que sostiene la cosmicidad, o sea: el orden mismo del universo.

Y además entrega un ojo, se lo saca como cántaro para que Mimir le permita beber de las aguas de la sabiduría. Ahora bien, lo primero puede verse como un cambio de mirada (algo que aparece muy a menudo en los mitos, pensemos en Horus y en Edipo... y en Paul Muad'Diben *El Mesías de Duna* o en el Neo de *Matrix, revoluciones*), un sacrificar este punto de vista, esta visión carnal, por una más profunda o, al menos, distinta, trascendente. «Ver con otros ojos», ¿no? Y luego, el pozo de las aguas de la sabiduría es subterráneo, infernal, inconsciente. Lo más denso, lo más oculto, lo más desdeñado o negado de nosotros mismos: de ahí nace la riqueza, la «fuente del conocimiento».

Bien, esos son dos mitemas —de muchos otros que hay— en los que podemos hacer foco, para ejemplificar. Pero, ¿y qué descubre Odín con las runas? ¿Qué secreto se le revela? El de su propia finitud. El ragnarök, el ocaso de los dioses. Sacrificar un ojo para obtener la sabiduría, el conocimiento de que vas a morir, es un tema muy pero muy serio. Es un tema que toca el sentido.

Odín decidirá dar batalla, pero el destino está fijado y él lo sabe, y lo enfrenta con el grado de libertad que la propia necesidad le permite, pero exprimiéndole todo el jugo que pueda y como sea. Es la mejor de las luchas: la lucha perdida.

Wagner toma este tema y lo trabaja en dos vertientes: el argumento y la música misma, el temple de cada escorzo de esa monumental pieza. Y decide hacerla así: gigantesca, digna de los dioses y su final. Aquí yo me detengo en un pasaje o dos, pero sobre todo en la relación entre Wotan (la versión germana de Odín) y su hija, la valquiria Brunilda. Él es la ley; ella, su verdadera voluntad. Entre ambos se da el tira y afloja entre el deber y el querer, que habita a todo ser humano, y por esa razón Brunilda se permite a sí misma hacer lo que su padre quiere pero no puede: salvar a

Sigfrido. El nudo en Wagner no parece pasar tanto por las historias de amor individuales que una y otra vez se suceden sino por la lucha eterna Amor-Poder (representado por el anillo de los nibelungos... ¡Sí, el mismo de Tolkien!). Es como si el universo entero, aquello que sostiene Yggdrasil, y sus habitantes —todos y cada uno de los personajes de la tetralogía wagneriana—, no fueran más que el interior de la cabeza de Wotan-Odín, el teatro de sus pensamientos, el sitio donde de desarrolla su lucha interna que, por ser un dios, es también esencialmente externa y universal.

Y entonces viene Neil Gaiman. Un genio en el manejo de los símbolos. *American Gods* incluye a Odín en su faceta postsacrificial: el tuerto itinerante, el vagabundo sabio, curtido por ese saber: el de la propia finitud de todo. Trágico, manipulador, socarrón, admirable, como todo dios mítico. Es el señor Miércoles, que para nosotros, latinos, sería «mercurial», pero para los anglosajones deriva del Wotan germano, o sea, Odín. Aquí, los dioses europeos no tienen fuerza en tierra americana, o deben mutar para adaptarse a la nueva «deificación» que el mundo moderno realiza de otras cosas: fama, dinero, banalidad, etc. El *ragnarok* es una necesidad en este escenario, un modo de que ese tándem Loki-Odín, Yin y Yang, obtengan fuerza del propio combate; porque, de no ser así, la verdadera muerte se da por inercia e identificación —como Bilkis, el personaje de la reina de Saba—, y no tanto como entropía nihilizante, sino como transmutación. Algo así como un cambio de naturaleza. Te doy un ejemplo: un centauro es un hombre unido a la fuerza viva, desatada y magnífica de la naturaleza salvaje e indómita representada en su mitad equina; un automóvil es un centauro moderno, en el cual la fuerza a la que se une el hombre es mecánica, inerte, «hija» y no «madre» del propio ingenio humano, instrumentalizada. Y encima se nos vende publicitariamente como panacea de todo: un hombre con el auto indicado ha obtenido la ambrosía divina que le permite conquistar a la mujer deseada, o tener la familia perfecta o el trabajo soñado, dependiendo de sus deseos. El símbolo se mantiene, hasta cierto punto, pero debe, por fuerza, mutar para adaptarse al nuevo mundo. Lo mismo les sucede a los dioses de Gaiman. El fin de los dioses no es su muerte, sino su pervivencia. Y la sabiduría es aquí un vulgar ojo de vidrio en un morral... o no.

Ahora viene Eco y su péndulo. Aquí Yggdrasil es doble: es el péndulo mismo, porque el Cosmos ya no está quieto ni es eterno, sino que es científicamente representable en un modelo, semoviente, expansivo, calculable; pero Yggdrasil también es el árbol sefirot de la cábala, lo místico, lo oculto, lo trascendente, lo oracular. Y así se va de las runas como oráculo a la computadora Abulafia (fundadora de la cábala profética) como barajadora de probabilidades —ya que también ha pasado el «pendular» tiempo del determinismo científico— y, finalmente, al caos o a un orden alterno.

En ese árbol se inmola involuntariamente —o, tal vez, voluntariamente de modo inconsciente— Belbo, uno de los protagonistas, el más místico. Pero, alrededor de ambos árboles, los personajes que presumen de ser sabios, los vanidosos, crean o

recrean una historia que cobra vida propia. Y lo hace, tal vez, porque la verdadera sabiduría es caótica, o tal vez porque, como en la novela, conduce al sacrificio mortal final, o tal vez porque, en verdad, eran más sabios de lo que suponían... O porque otro tipo de sabiduría tomó la posta: la de la irracionalidad del caos, o la divina.

Bueno, más o menos así se trabaja, estructural y hermenéuticamente en los cursos. Lo que pasa es que tenemos cuatro clases para desarrollarlo, je.

AXXÓN: Como volviendo al principio de esta entrevista, vos escribiste recién: «Parte de la idea, un poco estructural, un poco hermenéutica, de que los mitos siguen recreándose en diferentes medios una y otra vez, a veces como reinterpretaciones, a veces de manera espontánea.» ¿Tiene esto último algo que ver con el Inconsciente Estructural?

TPM de E: El Inconsciente Estructural es un supuesto, como todo inconsciente. Porque, en última instancia, en cuanto se vuelve consciente ya no es él, de modo que una constatación consciente de un inconsciente es una contradicción en sí misma.

Como supuesto es útil, ¿qué es en realidad? No lo sé. Pero, insisto, en tanto supuesto funciona bien. Desde ese punto de vista, sí, tendría que ver, pero con reservas. Es decir. También podríamos hablar del Inconsciente Colectivo junguiano, como ya lo hicimos antes, por ejemplo, que es menos reduccionista y tiene rasgos muchísimo más ricos.

Lo que yo rescato de esos dos postulados de Inconsciente, sin pontificar ninguno, es la posibilidad de que ciertos arquetipos, en el sentido de ciertas formas universales comunes a los seres humanos, importantes para su vida y su comprensión de sí mismos y del mundo en el que están y del que son parte constitutiva, se manifiesten una y otra vez en los seres humanos de cualquier época y cultura.

Pero hasta ahí llega mi ligazón con un Inconsciente de este tipo, es decir, Estructural. Porque, si nos atenemos a él estrictamente, entonces no habría «nada nuevo bajo el sol» y, sin embargo, yo sí considero que lo hay, y mucho.

Ponele que la forma sea universal, inconsciente, etc. Perfecto, pero es sólo eso, la forma. De ahí mi interés en la tesis por intentar unificar ese concepto con el de hermenéutica, para poder reintroducir la novedad, la posibilidad de cambio, de creación.

Los mitos siguen recreándose, ¿son siempre *el* mismo mito? Estructuralmente, sí. ¿Son, entonces, siempre el *mismo* mito? Hermenéuticamente, no.

Parece una contradicción, pero no lo es. Hay una base común, que surge humanamente aquí y allá, pero el modo en que se expresa, el tinte que capta, la forma que adopta, es nueva en cada caso, y eso no modifica una característica accidental o se manifiesta como un cambio cosmético, sino que es un rasgo que afecta lo esencial.

¿Renacerá Gilgamesh en una colonia orbital en Urano, en el año 3.457? Seguramente sí. ¿Será el mismo Gilgamesh? Sí y no. Podemos entrever rasgos universales, temas esenciales: la finitud, la amistad, la completitud, el equilibrio, la desmesura... pero no podemos ni imaginarnos la riqueza, la torsión, la novedad que planteará y el modo en que lo hará.

Por eso me gusta la visión de Gastón Bachelard, la cual yo llevo bastante más hacia el extremo que el propio autor: todo es imaginación en el ser humano, el resto de sus facultades son sólo regiones dentro de ésta. Y la imaginación es creación. Puede que le sea imposible crear *ex nihilo*, de la nada, su materia prima; pero el modo en que la organiza es siempre nuevo y no tiene límites.

AXXÓN: Con la cabeza aún más explotada y quemada que antes, me despido deseándote lo mejor. Voy a guardar por mucho tiempo esta entrevista, para mí reveladora. Muchas gracias. La Redacción de AXXÓN te agradece tu predisposición y tu buena onda. Son tuyas las últimas palabras.

TPM de E: Uy, je.

Gracias, es lo primero que me surge.

Y asombro es lo segundo. Porque, ¿qué hago yo, ignota total, siendo entrevistada por ustedes? ¿Qué hago yo, que todavía me siento un «bicho raro», siendo entrevistada en la revista que me permitió entrar en el mundo de la ciencia ficción en vivo y en directo?

A vos, Ricardo, te agradezco y también a Dany, Silvia y Edu, y a toda la gente que hace Axxón.

Es raro y hermoso ver que uno puede dedicarle la vida a lo que más ama y, en mi caso, mi vocación pasa primero y centralmente por la ciencia ficción. Es un privilegio y un honor poder compartir con ustedes, con todos los lectores, con los amigos, eso que tanto me apasiona.

¿Y puedo dar un «gracias» más? Un modesto agradecimiento que siempre soñé dar —y, muchas veces soñé recibir, je—. A vos que estás leyendo esto, por la paciencia de leer este barullo de ideas que siempre estoy soltando, y por darle sentido a mi hablar con tu presencia: Gracias de verdad.

Otoño

Teresa P. Mira de Echeverría
Argentina

—¿Otoño? El sol bajando ya tibio del cenit. El viento levemente frío, los álamos casi sin hojas pero aún murmurando, algún zorzal a lo lejos, el dorado y el verde que se dan la mano como despidiéndose... Y ese sol tocándote, como una caricia... Y en el silencio, a veces, escuchar una canción, tal vez *More than a feeling*, con esa cromaticidad, esa sonoridad de campana perfecta.

»¡Ahh! Silencio de otoño, fresco, grávido de promesas lejanas y cálidas. Y ese olor a madera de eucaliptos quemada y a pasto ligeramente seco recién cortado.

»No creo que haya otra cosa a la que pueda llamar hogar, más que un otoño.

»Pero, claro, esto es casi una ironía para ti, ¿no? Deberían haber sido *tus* otoños más que los míos. Después de todo, es en la Tierra donde se dan, y ese es tu planeta, no el mío.»

El niño miró a su padre-adeba y sonrió como sonríen los humanos, no como lo hacen los fligae. Pero Jupa sabía que ese gesto era una sonrisa, tanto como sabía que Philip era su hijo, a pesar de ser humano, y que él era su padre, a pesar de ser un fligum.

—Pero a mí me gusta la época cotpa, padre. Las ulevas vuelan por primera vez y los corios aúllan, y... ¡Y la luna se vuelve nacarada y negra y púrpura!

Jupa lo abrazó con sus largas, largas extremidades, dándole dos vueltas a su cuerpecito con cada una, y ronroneó en sus oídos.

—Algún día, hijo, deberás volver a la Tierra. ¿Qué pasará ese día, mi hijo muy querido?

Philip no sentía recelo hacia su familia humana, pero había una punzada de dolor mezclada en la gran ola de satisfacción que sentía por vivir con sus padres fligum: lo habían entregado como mercancía, como parte de un trato colosal; para sus parientes terrestres, era una moneda de cambio.

Apretó los ojos con fuerza para no llorar y dijo en un arranque de orgullo y dolor:

—Nunca volveré allí, éste es *mi* hogar.

Ahora, en la distancia, recordaba ese día con nostalgia y determinación.

Sus padres habían insistido en que debía conocer su patrimonio humano, y por eso lo habían educado en las lenguas, las artes, las ideas y las vetustas ciencias del hombre. Pero Philip era fligum a pesar de sus genes. Sentía, pensaba y amaba como fligum; y por eso no regresaría.

Volvió a bajar la vista sobre la tela y continuó la restauración.

Nepto se acercó sigiloso por detrás y enrolló uno de sus brazos en su cuello. La breve asfixia terminó en apenas un hilo de dulce y delicado placer que flotó entre ambos un instante y se extinguió.

Su padre-reba solía hacer eso cuando lo veía pensativo, aún le costaba entender ese concepto humano.

—No está triste, Nepto, sólo piensa. —La voz de su padre-gobla resonó en la estancia ovoide.— ¿Cuántas veces hemos de decírtelo? De los tres eres el único que aún no lo reconoce cuando está pensativo.

—Sí, lo reconozco, Alora; es que me incomoda verlo así tan... extraño.

Philip sonrió. Estaba impaciente porque llegara Jupa, quería que el tetraedrum estuviera completo nuevamente, deseaba abrazarlos y comunicar con ellos; necesitaba a sus padres como al aire para respirar.

Nepto aflojó el abrazo y se pegó a su espalda con las ventosas de su pecho: podía no reconocer cuándo estaba pensativo, pero sabía muy bien cuando su hijo necesitaba comunicar.

Philip agradeció el gesto escondiendo su rostro entre los largos dedos grises de su padre-reba.

Era curioso, en ese momento lo recordó con claridad: la primera vez que los vio no pudo distinguirlos entre sí.

El pequeño Philip bajó por la plataforma envuelto en un traje de neolástico transparente, llevado de la mano por una enfermera. Había sido donado como embrión, el hombre y la mujer de los que venía nunca habían tenido contacto con él, probablemente ni siquiera lo hubiesen tenido entre ellos; todo lo que recordaba eran batas blancas y trato aséptico. Lo habían criado sin contacto con enfermedad humana alguna, «limpio», perfecto para la entrega.

La mujer no tocó suelo larestre, permaneció sobre el borde de la plataforma de la nave terrestre que funcionaba como embajada de su mundo, y empujó al niño hacia delante con una palmada en la espalda mientras le explicaba en un rústico idioma fligum que ésos tres altos seres de allí serían sus padres, ésos de los que le habían hablado tantas veces; que serían su familia, que debía ir con ellos.

Philip no les temía. Eran altos como árboles o eso le parecía a sus dos años de edad, eran grises y radiantes. Delgados seres de cuatro brazos (aunque no eran sólo brazos), con manos de dos frágiles dedos (aunque no eran sólo dedos). Sólo lo inquietaban un poco sus olores cambiantes y el remolineo casi gaseoso sobre sus cabezas. Entonces uno de ellos movió su cola (aunque no era sólo una cola) y Philip rió.

Dos de ellos retrocedieron, pero Jupa se adelantó. Él había estado en la Tierra, había ayudado a forjar el «gran intercambio»; él sabía lo que era la risa

Y Jupa lo tomó en sus brazos y lo alzó del suelo. Agradeció a la enfermera con

una breve inclinación de cabeza y ésta se marchó.

Y la nave se fue.

Y Philip se convirtió en el primer humano en Laro.

Nepto se separó de él y le acarició el rostro con su larga cola de vellón.

—Ya no soy un niño, padre.

—Sí lo eres, por favor, tienes treinta años de los humanos, eso no es ni un sexto de lo que vivirás con nosotros. ¡Eres un niño! ¡Y lo serás por mucho tiempo!

Alora se asomó para «ver», con ese rostro sin ojos aparentes, el lienzo que Philip restauraba.

—Somos puro ojo, y aún así no entiendo esos cuadros.

Philip lo miró de reojo y recordó que un fligum no podía hacer eso. «Somos puro ojo», comprender eso le había costado un poco más: que jamás se alejaría de la vista de sus padres.

—¿En qué piensas, mi Filipum?

—¿Cómo es que ves este cuadro?

—Por todas partes al mismo tiempo. O sea, ya no tengo problemas con el adelante y atrás, el frente y el contrafrente. Pero las dos dimensiones me abruman, hijo.

—Es decir, que tú ves esto desde todo punto de vista posible.

—Sí, pero sólo posible para mí, no absoluto en sí o sería Dios.

Todo ojo. Un cuerpo entero para captar colores, olores, tacto y varias percepciones más que él no podía imaginar siquiera. Y cada sentido absolutamente envolvente, abarcándolo todo.

—A veces los envidio.

Alora retrocedió un paso, enojado.

—Tú no tienen nada que envidiar, tú eres perfecto como eres, ¿entiendes? ¡Que nadie te diga lo contrario, ni siquiera tú mismo!

Philip sonrió, ahí iba el discurso de su unicidad maravillosa en todo este mundo: él no era una rareza, era una joya.

—Eres una joya, ¿entiendes? No una...

—Sí, padre, lo siento. Es sólo que sería hermoso ver el universo así, sin impedimentos, totalmente.

Alora se quedó en silencio unos instantes y luego, adhiriéndose a su costado derecho, le dijo:

—También debe ser hermoso cerrar los ojos y soñar por dentro.

Padre e hijo se abrazaron, no podían comunicar plenamente los dos solos, ni siquiera si Nepto se les unía, debían estar los cuatro; pero aún así, había un leve flujo entre ellos, y ambos lo compartieron agradecidos.

Cuando Jupa llegó, los corios de piel de mercurio estallaron en ladridos sobre las colinas. Eran los corios reales que custodiaban al héroe de Laro, al gran estratega del conocimiento de los fligae.

Philip corrió hacia él y se arremolinó en sus brazos, envolviéndose con ellos como si fueran bufandas. Antes que pudiera reaccionar, su hijo lo estaba besando. Jupa era con quien retoñaría, y aunque Philip amaba a sus tres padres por igual, a Jupa lo anhelaba con una pasión casi sensual.

Como los fligae no tenían sexo, el amor no tenía distinciones, ni límites. Procrear era germinar, retoñar y nada más. Las familias podían ser de dúos, tríos o más, como ellos. Y en el continente oriental había familias de más de cincuenta miembros: «colonias», las llamaban los humanos, empeñados en compararlos con plantas o corales.

Jupa siempre se asombraba por las demostraciones de su hijo, pero las deseaba también. Philip había sido su elección y su triunfo.

—¿Qué pasa? Aún no es tiempo pequeño, lo sabes.

—¿Qué? ¡No, no! No estoy tan excitado, padre. Es... nostalgia y miedo. Necesito comunicar, por favor.

—Tranquilo, déjame darle las novedades a tus padres y luego comunicaremos; no te había visto tan hambriento desde que tenías trece años.

Philip los vio entrelazarse hasta casi fundirse entre ellos. Había algo que lo cohibía cuando veía eso; tal vez fuera vértigo ante la oleada de maravillosos sentimientos que envolvían la casa cuando sucedía. Jupa le había dicho que muchos humanos vomitaban al verlos hacer aquello, y que tenía miedo que él no lo soportase; pero pronto se comprobó que aquella repugnancia era meramente cultural, puesto que a él no le afectaba en lo absoluto, más que como un cierto incremento del hambre.

Todos se derramaron en sus asientos y Philip se acuclilló en el suyo.

Jupa lo enfocó un momento antes de hablarle a la familia.

—Es el momento de la cosecha.

Nepto dio un respingo en su plataforma, Alora encogió su cabeza, receloso, y Philip salió corriendo del recinto.



Ilustración: Tut

—Todo es siembra y cosecha, y luego viene el dulce otoño. ¿Recuerdas que te hablé del otoño, no es así?

Philip lo recordaba.

—Sí, padre. Pero, ¿por qué?

Philip tenía entonces quince años y no quería saber nada de la Tierra, nada.

La cosecha era algo horrible para él. Representaba volver, encontrarse con su «gemelo» fligum, interactuar con él por unos años. ¡Años en los que estaría lejos de Laro! ¡Lejos de sus padres!

—Porque ese es el espíritu del «gran intercambio». Tú serás nuestro mejor embajador, mejor de lo que yo lo fui entre tu gente. —Jupa se puso gris, aún más: apenas había pronunciado las palabras cuando ya se había arrepentido.

—¡Los fligae son *mi* gente! ¡*Tú* eres mi gente!

—Lo sé, lo siento. Perdóname. Yo también pienso así. ¡Pero imagínalo, tú puedes hablar de nosotros como nadie podrá hacerlo jamás! Ellos conocen nuestra cultura, pero tú la *viviste*; tú la sientes, la amas. ¡Y tu gemelo te dirá tantas otras cosas de la Tierra!

Philip sabía que era ineludible, que era parte del tratado entre ambos mundos: un niño criado por el Otro. También sabía que los humanos eran recelosos. Seguramente se mostrarían suspicaces y temerosos ante su regreso. ¿Qué podía aprender de su hermano, cuando éste había sido criado en semejante ambiente?

—Ya no se comportan de ese modo, Philip. Son pocos, han pasado por demasiadas luchas, se sienten solos en la galaxia.

Pero Philip sabía que no era así, se conocía a sí mismo demasiado bien: sus pasiones, sus miedos, sus furias. Sabía lo difícil que era controlarlas, encauzarlas. Y

si a él, en un mundo de paz y armonía, con tres padres amorosos, le había costado tanto, ¿qué no sucedería en un planeta lleno de humanos solos?

Jupa lo encontró entre las ramas del aréfobo, hablando con las flores moga.

—Antes que intentes convencerme, padre; debes saber que iré. Aunque lo odie, iré. No te fallaré.

Jupa se enrolló entre las ramas, a su alrededor.

—Lo sé.

Arrojó una ropas azules y marrones en su regazo.

Philip las tomó y comenzó a vestirse por primera vez en años.

El pantalón azul, la camisa beige, la campera —hecha con la piel de la vaina de las alocoas— marrón y beige. Los zapatos le costaron particularmente. Suspiró y se levantó.

—¿Así es como debe verse?

Jupa lo envolvió con fuerza y se puso rígido: era la primera vez que Philip veía a su padre llorar.

Tenía veintidós años cuando Nepto le dio sus primeros cuadros.

Philip quedó fascinado. Una familia poderosa de la Tierra se los había enviado como presente.

En uno había un hombre con una capa larga que sostenía algo en una mano, algo pequeño pero valioso, como un tubo labrado. Era anciano y la suave luminosidad blanca que lo rodeaba recordaba el resplandor del sol durante la época dopta. Le gustó mucho, había brillo en los ojos de óleo, parecía magia.

La pintura brillaba sin brillar, los metales relucían sin relucir y las transparencias transparentaban sin transparentar: todo era real y no lo era, al mismo tiempo.

La segunda pintura representaba a una mujer azul, dormida sobre una alfombra. Estaba apenas envuelta en una tela bordada con pájaros y flores desconocidos, de un rojo y dorado intensos. La mujer era como ningún humano, con grandes formaciones tentaculares que salían de su cabeza. Su cuerpo azul lo fascinó, tenía los labios y los pezones rosados, y Philip sintió que se enamoraba de alguien que no existiría nunca.

Colgó ambos cuadros en su habitación porque la bidimensionalidad mareaba a Alora.

Todas las noches miraba a la mujer azul y con el tiempo su magia se fue trasladando de la sensualidad al arte: era la pintura misma lo que lo fascinaba.

En una ocasión, no mucho después de traerle los cuadros, Nepto se ausentó por más de cinco tercios. Cuando regresó traía tubos enrollados de telas. Eran más pinturas terrestres, pero algo había sucedido en el viaje desde la Tierra y estaban semidestruidos. Nepto se los dio junto con pinceles y óleos, acrílicos y acuarelas.

—Sé que los veneras, ¡cúralos! —le dijo.

Y Philip comenzó su trabajo de restauración a tientas. Al principio, destruyendo más de lo que rescataba pero, poco a poco, comenzó a entender aquello y los colores fueron emergiendo de su exilio.

Nepto iba todas las tardes a verlo a su taller, le fascinaba aquello que Philip hacía; no por los cuadros, que no entendía —como ningún otro fligum—, sino por ver la expresión de su hijo a medida que las imágenes resurgían.

—Mira, padre —decía entusiasmado—, ¡parece un gobro! ¡Cómo puede ser, ellos nunca lo han visto!, ¿o sí? Digo, los humanos.

Nepto se reía en su vibración particular:

—La imaginación tiene sus medios, hijo mío. Es prodigiosa.

Philip desconocía el contexto y el significado de los cuadros, pero la sola imagen lo fascinaba.

—Cada pintura —le explicó un día a su padre-reba— tiene una atmósfera propia que trasciende el lienzo. ¿No te has dado cuenta de que, cuando nos compenetramos en una pintura, hasta se hace una burbuja de presión a nuestro alrededor? Los olores, los sonidos; unos se potencian y adquieren pesadez, los otros se amortiguan y van a parar como al fondo de un tubo cerrado. Y el color y la forma lo llenan todo. Hay como una sensación de fiebre inminente, como un temblor en las venas más superficiales y más profundas. Un *vibrato* en el aire. Algo está sucediendo, algo inexplicable que tiene su propia atmósfera, como una burbuja de aire del Paraíso. Y nosotros, los espectadores, hemos sido arrojados dentro de ella. La belleza de la obra de arte no es de este mundo: ¿No significa nada? ¿Es horrendo lo que muestra? ¿Es hermoso? Todo es belleza, porque es un vislumbre de La Belleza.

Nepto escuchó en silencio; luego le respondió quedamente:

—Por eso amo los cuadros sin siquiera poder contemplarlos. Porque cuando tú los miras, hijo mío, experimentas lo mismo que nosotros sentimos cuando vemos el mundo.

Luego de comunicar, los cuatro se separaron en silencio.

Había sido hermoso, pero un poco triste.

La ropa que Philip llevaba puesta no era impedimento para la fusión de espíritus, pero la partida, demasiado cercana, interponía entre ellos un soplo de congoja.

Los ojos de Philip parecían preguntar una y otra vez: «¿Con quién me uniré cuando esté en la Tierra?»

Jupa le había dicho que su gemelo lo ayudaría, pero él no estaba seguro de eso.

Había una desesperación resignada en su modo de moverse y hablar.

Nepto le colocó un pañuelo al cuello: «Para que recuerdes mis abrazos», le había dicho.

Alora le regaló un cuadro tridimensional de la familia.

Jupa lo llevó al espaciopuerto, en silencio, mientras los dos lloraban.

Las palabras de Jupa resonaban en su mente cuando el módulo automático por fin descendió en la Tierra: *He sido víctima de mi propio triunfo. El «gran intercambio» que te trajo a mí, ahora te aleja de mi lado. Te amo, hijo mío.*

Esa había sido la única vez que había escuchado a su padre emplear esa expresión humana. Pero era amor lo que siempre le había dado.

Philip le respondió con resolución, como si él fuera el adulto y Jupa su hijo:

—Cuando vuelva, retoñaré en ti y tú retoñarás en mí.

Y lo besó en la boca sin saber lo que era un beso.

Ahora la noche lo envolvía. Era fría y desapacible. Un viento helado despeinaba sus cabellos finos y castaños. Tenía el rostro, tostado por el sol de Laro, de un tono cetrino. Bajo la llovizna oblicua, las luces rosadas de la calle lo alumbraban débilmente.

Nadie había ido a recibirlo.

Caminó por la explanada y llegó a la calle, los ojos pequeños bien abiertos.

No había espaciopuerto, ni gente, ni soldados, nada de lo que él hubiese esperado.

¿Podía ser ésta la Tierra? ¿La Tierra de las películas y los libros?

Sabía que los días de la superpoblación habían quedado muy lejos, que la humanidad había disminuido peligrosamente en número, por eso los fligae se habían decidido a establecer contacto con los terrestres. Pero esto era una locura.

Sostuvo el sombrero en la mano enguantada para que no lo volase el viento, dejó la valija en el suelo, entre sus piernas, y esperó en medio del pavimento, sin saber qué hacer. Como un niño al que nadie ha ido a recoger luego de la escuela.

El tajo le partió la cara y dejó entrever los molares.

Philip cayó al suelo de rodillas. Era tanto el dolor, que no pudo gritar. Jamás había sentido algo como aquello.

El fligum lo rodeaba como una jaula y seguía intentando herirlo con sus dedos.

Otros diez o doce más se arremolinaban a su alrededor.

Era como una sucesión de jaulas que se intercambiaban.

La sangre le caía por fuera y por dentro de la boca, espesa y caliente. Su olor excitaba más a los extraños fligae.

Extendió la mano para protegerse, para pedir clemencia, y un dedo raudo le rebanó el índice y el pulgar.

Aquello no podía estar pasando, no podía ser real.

Estaba mareado, desesperado, rendido.

Cayó de costado y esperó la muerte.

Entonces, incidentalmente, uno de los cuerpos fligae rozó el suyo y por unos

segundos se sujetó con una ventosa. Los químicos del cuerpo de Philip, acostumbrados al abrazo de sus padres, respondieron enviando una oleada de sensaciones al fligum y a través suyo a toda la horda enardecida.

Fue como si de pronto el mundo se hubiese detenido.

Cuando Philip se desmayó los fligae ya lo estaban curando.

Despertó en medio de la calle. La mano derecha, cauterizada, sólo tenía tres dedos. Se levantó sin dolor ni molestia, pero en cuanto inspiró con fuerza sintió que parte del aire se le escapaba por un lado del rostro. Al palpase descubrió el segundo par de labios que lucía en su mejilla izquierda, un hueco curado pero abierto que le atravesaba la piel hasta los dientes, un sitio por el que incluso podía sacar la lengua.

Caminó perdido, sumido en miles de preguntas: ¿quiénes eran esos fligae?, ¿de dónde habían salido?, ¿por qué lo habían atacado así? ¿Y por qué se habían detenido de pronto?

¿Y qué haría él? ¿Qué haría?

Volvió a tocar el hueco en su cara. No sentía asco, sólo curiosidad, y pena. No, no pena: soledad.

Vio a uno que otro humano corriendo a los lejos, cruzando a prisa las calles vacías, pero ni siquiera intentó llamar su atención

Por fin llegó a un puente. Era una construcción antigua y regia, con farolas de hierro negro y esculturas de mármol. Se preguntó, por primera vez, viendo esas magníficas expresiones de arte, ¿dónde lo habría dejado la nave? ¿En qué antigua nación o país se encontraría?

¿Por qué nadie lo había recibido?

Se acercó a la primera escultura, un grifo de alas extendidas. Pasó junto a él, admirándolo absorto, y continuó así por los múltiples monstruos que poblaban el puente: hidras, dragones, quimeras y basiliscos... Cuando llegó al medio del arco elevado, vio que al otro lado la calle estaba atestada de gente que caminaba en ambas direcciones, como si el puente fuese una especie de frontera entre realidades.

Sintió el impulso de unirse al flujo humano, pero permaneció quieto al final del puente, temeroso.

Además, no tenía a dónde ir.

Entonces la chica pasó a su lado con decisión, dirigiéndose hacia la concurrida calle. El neón manchaba sus cabellos cortos con miles de colores, pero por un instante él los vio azules, y eso fue suficiente.

Corrió hacia la calle y comenzó a seguirla.

Memorizó su campera negra, sus medias de red verdes fluorescentes y su fuerte aroma a licor de cassis, para no arriesgarse a perderla. Llevaba un bolso inmenso y unos zapatos de plataforma brillantes, demasiado altos para ella, que sin embargo manejaba con soltura.

No supo por cuanto tiempo estuvo siguiéndola, pero sólo la veía a ella en el farrago de tráfico, luces, ruido y fetidez del atestado barrio. Y cuando la miraba, tampoco era a ella a quien veía, sino a la mujer de aquel cuadro que aún colgaba en su habitación, allá en Laro.

Finalmente entró en un edificio y él fue detrás.

Subió una escalera, abrió una puerta, y desapareció en el interior de un cuartucho oscuro y con pocos muebles.

Philip entró tras ella.

La chica se volvió y se quedó mirándolo varios segundos, parada en la oscuridad, en silencio. Él estaba maravillado y aterrado de tener un par de ojos claramente definidos, enfocados en su rostro.

—¿Puedo quedarme aquí?

El susurro se escapó por el agujero de su boca, el sonido salió pastoso y lúgubre. Ella seguramente estaba viendo una cara oscura con un hoyo de negrura que se movía, bajo el ala del sombrero marrón.

La chica se encogió de hombros y se tiró en un catre que sólo tenía el colchón.

Philip dejó la maleta en piso, se quitó el sombrero y el abrigo dejándolos sobre la única silla que vio. Caminó silencioso hasta el baño y se miró en el espejo apenas iluminado. El tajo estaba abierto pero sus bordes habían cicatrizado, dos muelas superiores y parte de las inferiores brillaban a través del hueco. Se lavó las manos y el jabón cayó un par de veces de su mano derecha. Se secó en el pantalón porque no había ninguna toalla allí y se dirigió nuevamente hacia el único cuarto.

Se quedó de pie viendo lo poco y oscuro que había en la habitación y las luces de millones de colores que entraban por las ranuras de las persianas fijas, escuchando los ruidos de vehículos y gente y máquinas, oliendo a grasa y sudor y cassis.

Casi sin hacer ruido se acostó en el catre, junto a la muchacha del pelo azul, se mordió fuerte la mano y lloró hasta que se quedó dormido.

—¡Mierda!

El grito lo despertó; luego fue un empujón fuerte en las costillas y el golpe al dar en el piso.

—¡Creí que eras parte del efecto del ammit! —Philip abrió los ojos para ver a la muchacha arrodillada en la cama, sobre él—. Pero eres real.

Philip se levantó del piso con rapidez y tomó distancia. Chocó contra la mesa, derramó un vaso y una jarra con unas flores secas, y se apoyó contra la pared.

La chica torció la cabeza como lo hacen los zorros cuando tratan de enfocar un sonido. El pelo azul le caía sobre la cara, sedoso y con gracia. Se quitó la campera y pateó los zapatones lejos de sus pies.

Estaba midiéndolo, tranquila, lejos ya del sobresalto de encontrarse en su cama a un tipo al que le faltaba media cara.

—¡Vaya que estás asustado!

Él se sintió herido en su orgullo. Se compuso, buscó su sombrero y se lo colocó mientras le extendía la mano.

—Soy Philip de la gens Freyo; vengo de Laro.

Ella lo miró con desconfianza y luego apretó su mano mutilada en la suya.

—No sé donde sea Laro, pero no parece un lugar muy amistoso, ¡hombre, estás todo estropeado! ¿Hay muchos grises allá, eh?

Se miraron en silencio. Ninguno de lo dos comprendía lo que el otro le decía.

Ella soltó por fin su mano:

—Bien, yo soy Illyria: Viola Illyria Imogen de Kernow. Y sí, debo ser una de los últimos que habla cornés. ¿Hambre?

Philip asintió en silencio; su mente era un caos.

Mientras ella revolvía su bolso buscando, un sonido de golpes y rasguños atronó las persianas fijas de la ventana. Viola parecía no darle importancia, pero Philip comenzó a temblar.

Ella le ofreció una naranja un poco pasada.

—Tranquilo, son sólo los grises. Ya es de día, es su hora del show. —Y con un suspiro, agregó—: Al menos a nosotros nos queda la noche.

Comieron las naranjas en silencio. Viola tuvo que enseñarle a pelarlas primero y a escoger los gajos que no estaban podridos. Él tuvo que aprender solo cómo sujetar las cosas con tres dedos y cómo hacer que la comida y la saliva no se le escapasen por el hueco de la mejilla.

A él nunca se le ocurrió preguntarle a qué se dedicaba ella, y ella no quería saber de qué se ocupaba él.

De alguna manera extraña se agradaron.

A eso de las dos de la tarde ella se inyectó una sustancia grisácea mientras le decía:

—Cuídame, ¿quieres?

Y se acostó.

Philip volvió a ocupar un lugar a su lado en la cama. Se quitó la ropa, extrajo el retrato que Alora le diese al partir, y oyó los murmullos de las pesadillas de Viola hasta quedarse nuevamente dormido.

Soñó con un otoño extraño. Con hojas de álamos secas y ocres, crujientes bajo sus pies. Pero el paisaje era de Laro: neblinoso, blanco, cálido. Y mientras un viento suave lo empujaba, vio surgir por entre las ramas de un aréfobo el pelo azul y sedoso de Viola, sus ojos, sus pechos, sus dientes, todo desperdigado por la planta, cuyas flores moga hablaban con su voz. Y, de pronto, las ramas se hicieron brazos y uñas. Cada arañazo le arrancaba un dedo o un pedazo de rostro, entonces, cuando ya no quedó nada más que arrancarle, Philip permaneció de pie, gris, alto, convertido en un fligum.

—Así que tú eres *ese*.

Y el «ese» sonó un poco a odio y otro poco a admiración. Él se había ido de la Tierra justo antes de que el infierno se desatara. Él había tenido una familia bastante rara, pero una familia. Y paz, y bondad.

Ella se había quedado allí y había visto al extraño ser llegar a la Tierra. Todas las tardes tomaba su café con leche mirando en la tele el programa donde se mostraban sus avances en el laboratorio: hoy hablaba inglés, mañana portugués, un día habló cornés y todos en la casa gritaron de alegría.

También había ido al cine a ver las películas sobre extraterrestres y usaba las gorritas con el logo del gris.

Luego la noticia fue reemplazada por otras frivolidades y, más tarde, por la verdad. El extraterrestre se sentía solo. No había sido bien tratado. Necesitaba una familia. Todos aprendieron lo que era la «reproducción asexual» y lo que «gemación» significaba.

Pero en esa época las hostilidades iban en escalada, la guerra era casi un hecho, y todo lo que sucedía en el laboratorio se convirtió en secreto de estado.

Para cuando pasó el estúpido fervor patriótico, cuando sólo quedaban escombros y se supo que la guerra estaba perdida, y que nadie ganaría esta vez, en ninguna parte, los «hijos» del gris estaban por todos lados, reproduciéndose descontroladamente, y odiándonos.

Finalmente ella se quedó sola, escondida bajo la cama, rodeada de cadáveres.

Entonces empezó la supervivencia, el trabajo en la «granja», y el ammit para soportarlo todo. El ammit, ese «regalo» de los grises. La droga no era más que carne de gris, carne de gris muerta y podrida. Tenía algo de sentido que sus muertes les dieran un escape a los humanos. Pero el ammit tenía un precio, una adicción horrenda y oprobiosa, muy parecida a la ruleta rusa. Una dosis tanto podía llevar a un humano al Paraíso, como matarlo; así, sin previo aviso, sin causa, porque sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Encontrar a mi «gemelo», supongo.

A Viola le sonó extraña esa palabra aplicada a dos seres tan distintos.

—¿No lo sabías? No, claro que no. Busca un nuevo plan: él fue la primera víctima de la horda.

Philip se quedó pensando. Aún estaba desnudo en la cama. Sostenía el retrato de sus padres frente a él. Ella le limpió la saliva que se le escurría por la mejilla izquierda. La delicadeza de esa acción los sorprendió a ambos.

—¿Por qué me seguiste?

Él corrió un dial en el retrato y le mostró el holograma del cuadro de la muchacha azul: ella quedó sorprendida con el gramaje y textura de la superficie virtual. Nunca había visto un cuadro de verdad y eso era lo más parecido a uno. Quedó absorta.

Terminó de responder la pregunta acariciándole el cabello.

Viola se echó en sus brazos con lentitud y siguió mirando el cuadro mientras él

buscaba sus pechos bajo la remera con su mano mutilada.

Aspiraba el aroma a crema de cassis de su cabello y el olor fuerte a humo, ternura y cansancio de su piel. ¡Aquello debería ser el otoño del que Jupa tanto le hablara!

—Cuando miro una pintura, Viola, siento que estoy en otro mundo. Como si el cuadro fuera un medio para trascender esta realidad a otra mucho más plena y sobrecogedora aún. Como si fueran puertas a otros universos. Ver una serie de cuadros es como descubrir la profundidad detrás de la superficie. Por eso admiro a esos hacedores de magia, a esos constructores de puertas. Nos revelan la verdad y la verdad se vuelve como un sueño en el cual sabemos el secreto de la vida, y todo es claro y evidente. Una vez le dije esto a uno de mis padres, y él me dijo que así es como ellos ven el mundo... Dios, como quisiera ser un fligum.

En el silencio del barrio se sentían las garras fligae contra el pavimento y algún grito humano prontamente sofocado.

—Si me haces el amor te llevaré a ver un museo. Cuadros de verdad.

Él la miró extrañado.

Ella continuó susurrando:

—Sé que no es un gran pago, pero necesito saber que puedo ser buena.

Philip se tocó el rostro, el hueco.

—No —agregó ella—, no es eso. En la «granja» *elegimos*. A veces no tengo más opción que señalar a quien será faenado. Los grises no comen todo lo que matan y los humanos no siempre toleran la carne gris... A veces es necesario... usar carne humana, no sólo gris, en la... en la dieta de la gente. —Lo miró como buscando su perdón, y habló más rápido, casi con entusiasmo—: Pero si tú pudieras amarme, yo sería algo mejor. El ammit, sabes, también elije las almas, a unas las devora y a otras las perdona por un tiempo. Cuando te vi anoche, creí que ya era mi turno y descansé aliviada. Pero al despertar... ¡Eres real, eres otra cosa!, algo muy limpio respecto de este mundo. Ni siquiera pareces saber lo que es el mal. No creo que yo pueda contaminarte, pero quizás tú sí puedas, no sé, ¿limpiarme?

Philip no quería terminar de comprender qué era aquello de lo que Viola hablaba, sólo la besó, mal, apurado, sin saber muy bien lo que hacía, por puro instinto. La boca le jugaba muy malas pasadas pero continuó. Pensó en Jupa, pensó en Laro, pensó en Viola, y la amó.

El barrio al que la ciudad se había replegado era una caricatura. Simulaba una normalidad que había dejado de existir mucho tiempo atrás. Era sólo caos equilibrado por las probabilidades. Había agua y electricidad porque las máquinas de abajo de la ciudad se alimentaban de energía geotérmica y a pesar de todo aún seguían funcionando, pero la comida era escasa y las drogas como el ammit eran lo único que impulsaban una pseudoestructura económica: productores, comercializadores, etcétera.

La gente se había vuelto nocturna o loca.

El día era de los grises.

Y Philip había decidido contactarlos.

Si la débil comunicación que había establecido con ellos había sido suficiente como para salvarlo, tal vez una más profunda impulsara un verdadero entendimiento. A él no le gustaba la Tierra y todavía debía esperar meses hasta que la nave automática realizase su primer descenso preprogramado. Incluso con lo que le había pasado, anhelaba estar entre los fligae y apenas si soportaba a los humanos.

Sólo Viola y su vientre abultado le apetecían.

Ella había dejado la «granja». Salían a buscar comida más allá del puente de los monstruos, como le decían al *Pont des songes*, mucho más lejos que el resto de los humanos, y por eso obtenían frutas silvestres y hongos.

Finalmente, cuando ella ya no fue tan ágil como antes, decidieron hacer su hogar fuera de la ciudad, en el viejo Museo de Arte.

Su vida doméstica, en el ala de arte moderno, transcurría entre puros Antoni Garcés. Comían bajo «Imago», meditaban con «Babel-17», dormían frente al «Mesías de Dune» y hacían el amor ante «SIVAINVI».

Si el momento llegaba, planeaban que Viola diese a luz con el «Mundo de día».

Pero Philip anhelaba que su hijo o hija naciese en Laro y pudiese ser implantado.

—Por aquí debe estar el nido.

—No son *nidos*, Viola, son familias. Te juro que no anidamos en Laro, nuestros edificios son hermosos, parecidos a huevos hechos de filigranas. Nuestra tecnología supera a la terrestre de modos que ni te imaginas.

—Ok, tú eres el experto en grises —se detuvo acariciándose el vientre y enjugándose la transpiración—. Pero todavía me da miedo ir a buscarlos, y creo que en pleno día es una locura.

El nombre de «Philip, de la gens Freyo», se había extendido por toda la ciudad.

Algunos fligae ya venían a comunicar con él. Cuando eso sucedía Viola corría a unírseles porque, pese a todo el terror que los grises le despertaban, sólo el comunicar evitaba que recayese en el ammit.

Sin embargo aún era peligroso el intentar comunicaciones con familias enteras y ninguno de los dos olvidaba el precio que Philip había tenido que pagar para comprender eso.

También algún que otro humano acudía, armado y receloso, a escuchar al hombre milagroso que había apaciguado a la peste gris.

Y, poco a poco, las visitas dejaron de ser para averiguar y preguntar y empezaron a ser para ver y adorar.

Pero Philip sólo miraba el cielo, esperando el regreso de la nave automática que lo devolviera a Laro y a sus padres.

Mes tras mes reunió a los fligae, mes tras mes les enseñó lo que eran, quiénes eran, cuál era su historia y su estirpe. Y a los pocos humanos que acudían, les habló de una nueva clase de paz. Les enseñó a ver el mundo con ojos transfigurados y a comunicar.

Así, poco a poco las dos razas fueron, por fin, conociéndose.

Cuando se fue, la Tierra lloró largamente la partida de su salvador. El hijo pródigo volvía a su otro hogar.

Su vida parecía una continuidad de regresos.

Cuando Philip bajó de la nave en Laro, un mar gris se extendía frente a él. Los fligae habían venido de todas partes a recibir a su hijo y embajador. Las naves-tornillo brillaban como puntas de plata en el cielo, suspendidas sobre la multitud.

Aevetas rasantes de miles de tonos de rojo danzaban en las aguas. Los corios aullaban junto a sus padres, como escoltas colosales.

Una danza rotzar estaba siendo llevada a cabo, grandes grupos de fligae dirigían a los aestes azules e irisados en sus cabriolas celestiales, las escamas brillando en fintas y contrafintas, las alas desplegadas en jirones de luz, el viento en sus crines.

El sol brillaba blanco y apacible en su gran bienvenida.

Pero Philip lloraba.

Igual que con aquellos cuadros rotos que Nepto le había traído alguna vez, algo le había sucedido a Viola en el transcurso del viaje, y estaba muriendo.

Sus padres se le acercaron en silencio, mientras Viola le pedía que la dejase actuar como ella había tenido que hacerlo miles de veces en la granja: eligiendo a quién dejar vivir y a quién no. Viola le pedía por la vida de su hija que se extinguía con ella.

Pero él no podía ver la granja de faena con su carne gris y su carne roja: Fligum matando y comiendo humano, humano matando y comiendo fligum... Él sólo podía ver el cuadro de la muchacha azul con pezones rosados, la puerta al Paraíso cerrándose frente a sus ojos.

—¡Restáurala! —le ordenó Nepto.

Philip lo miró confundido.

—¡Cumple tu promesa! —le increpó Jupa.

Entonces comprendió.

—Es la misma comunión —le susurró Alora.

Philip tomó las manos de Viola y sonrió con su cara agujereada:

—Serán una. Más que si se comiesen en cuerpo y alma la una a la otra, más que si se comunicasen eternamente.

Viola entrecerró los ojos, agotada, aterrada, y aceptó. Intuía lo que significaban esas palabras, conocía ese lenguaje en su hombre.

Jupa se acercó para acariciarle la frente: ante su visión completa, Viola y su niñita no nacida eran claramente visibles. Las entendió y las amó.

Ellas eran el retoño que su hijo le había prometido al partir; ahora él debía darle el suyo.

Extendió sus cuatro brazos arrojando en sus volutas a la madre y a la niña, uniéndolas y uniéndose a ellas en éxtasis; entonces, de un modo aterrador y sublime, abrió una boca imposible y las tragó mientras aún estaban con vida y las asimiló lentamente en su ser. Él era un cofre que guarda una concha con una perla dentro. Viola, el contenedor contenido, fue devorada con su preciosa carga, para hacerse una con ella en el gran vientre de Jupa.

Era una comunión tan sagrada que en todo Laro se hizo un gran silencio.

Así, en el interior de Jupa, tal como sucede con los retoños de un fligum, se formó un brote. Pero a diferencia de ellos, éste brote era él y era más que él.

Cuando Naaria nació se desprendió de su padre-adeba a través del pecho. La niña fue sacada al mundo en medio del éxtasis de la comunión de toda la gens Freyo, y dicen que sonrió; no tenía pulmones para llorar.

Era el período cotpo, y bajo una luna púrpura, Viola y su hija nacieron por segunda vez.

Ya no eran la una ni la otra, eran ambas y eran fligum.

Se desprendieron de Jupa y lo amaron inmensamente.

Se unieron a Nepto y Alora y los amaron intensamente.

Conocieron a Philip y su amor no tuvo igual.

Naaria era distinta a los demás fligae, tenía cuatro ojos iguales a los de Viola y tenía sueños y una bruma maravillosamente azul sobre su cabeza que se le derramaba hasta los hombros. Y tenía género. Era la primera hembra fligum. La llamaron Naaria Viola de Kernow Freyo. Sabía hablar muy bien el cornés y solía pintar también. Los corios la adoraban y la seguían fielmente, ladrando de felicidad cuando corrían juntos.

La pequeña estaba siempre junto a Philip, acompañándolo como una esposa-hija-hermana. Él se envolvía en sus cuatro brazos como en una serie de bufandas y ella lo rodeaba como un arbusto aréfobo, con su cuerpo azulino.

Otras veces él la acunaba en sus brazos, acariciando sus cabellos de nube azul y contándole historias de la Tierra y de Laro.

—No hemos encontrado en todo el universo nada como el otoño en la Tierra. En otoño, pequeña, las hojas de los árboles se caen y el sol se hace tibio y te acaricia; entonces los olores se tornan más secos y crepitantes... Pero cuando todo parece estar en retirada, la vida da sus frutos. Manzanas, peras, membrillos, higos, cassis...

Philip alzó al cabeza cuando oyó esa alusión. En las ramas superiores del aréfobo a cuya sombra estaba sentado, muy, muy arriba, Jupa le enseñaba a Naaria lo que era

el otoño. Pero, a pesar de que estaba tan alto, él podía saber exactamente qué le decía su padre a su hija-consorte gracias a la multitud de flores moga que repetían una y otra vez todo cuanto escuchaban. Era un murmullo uniforme de voces cuasivegetales entonando un diálogo extrínseco. El perfume del cabello azul de Viola volvió a su recuerdo, endulzando su mente y tiñéndola de nostalgia...

—Creo que hay algo en mi memoria innata, padre, algo acerca de una humareda con olor a madera seca y una noche fría, algo sobre estrellas brillantes, membrillos y... y... y algo que se me escapa pero que tiene que ver con una nave.

—Esos recuerdos son míos, pequeña —dijo Jupa—. Pronto deberás aprender a aislarlos y, luego, a digerirlos en tu mente hasta hacerlos tuyos e indiferenciables de ti misma.

Naaria bajó la vista de sus cuatro ojos grises y enfocó a Philip, allá abajo, leyendo un libro mientras inhalaba música bagkhtya.

—A veces pienso en él y no sé como debería sentirme.

—Tú eres tú y nadie más, ¿entiendes?

—Sí... ¡No! Yo soy tú, porque de ti broté y soy Viola en tanto fui tu comida ceremonial, y soy parte de Philip al haber sido también su hija no-nacida. Hay cuatro amores en mí y no se cuál es el correcto. ¿Qué soy, padre? ¿Soy su hija, su esposa, su madre, su hermana?

—Eres Naaria, la única, y para él eres todo eso. Y eres más. Cuando tu otoño llegue y te coseches a ti misma, cuando des tu propio fruto, los recuerdos de Philip serán uno en ti, todos ellos; entonces, pequeña-yo, tú serás *todo* para él.

Philip cerró los ojos cuando la última flor atigrada de rosas y marrones, le susurró las palabras finales... Viola... Jupa... Naaria...

El día que las naves tornillo regresaron de la Tierra con los repatriados (la sentencia había sido dictada y los términos del «gran intercambio», interpretados), fue el día de la trascendencia.

Los fligae mudaban de piel tres veces en su vida: al nacer, al volverse adultos y al morir. Naaria estaba lista para crecer. Cuidadosamente había aceptado todas aquellas memorias con las que había nacido. Le había sido particularmente difícil, más que a cualquier otro fligum, porque no llevaba en sí únicamente los recuerdos de su padre de retoño, su padre-adeba, sino los de dos humanas: una mujer adulta y una niña no nacida. Masticó en su mente todos estos recuerdos, así como Jupa había masticado a la madre y a la hija en su estómago, y los digirió. Fue de este modo que Naaria se convirtió en una sola persona.

Philip la miró asombrado, envejecida en dos días lares, llena de escamas y costras, haciéndose un ovillo en el centro de la habitación oval de la familia.

Lejos había quedado la Tierra a la que había jurado que jamás regresaría. Lejos, con sus humanos riendo y llorando desconsolados por la partida de todos y cada uno

de los fligae repatriados. Sus mentes separadas de la droga, de la comunicación y de su salvador. Para ellos, había quedado imposiblemente lejos el intercambio con los larestres, el compartir tecnologías o conocimientos. No obstante, el «gran intercambio» debía suceder más allá del castigo merecido, más allá incluso del embargo y la interdicción que las cinco especies inteligentes de la galaxia habían fijado de no pisar suelo terrestre, un mundo que no cumplía sus convenios.

Y, por primera vez, sintió remordimientos.

Aquí estaba él, en el centro de la estancia ovoide, esperando a su otra mitad, la que reemplazaría al gemelo que los humanos habían brutalizado y con el que habían condenado a una generación empática al sufrimiento. Ella era su esencia, la de Jupa, la de Viola, todas en una. El amor más perfecto.

Y, en la vieja Tierra, los millones de sobrevivientes de su propia catástrofe, estarían penando su propio error, el mismo que los había diezmado; y estarían llorando el amor que habían conocido gracias a Philip, el amor total de comunicar, el que ahora se les quitaba para siempre con la repatriación de hasta el último de los fligae brotados allí. ¿Cuánto tardarían en sobreponerse? ¿Qué contarían sus nuevos mitos acerca de él? ¿Qué representaría para ellos? ¿Un héroe, un dios, un villano desalmado o un juez terrible que les había abierto las puertas del Paraíso para cerrárselas en la cara?

La babosa gelatina comenzó a exudar a través de las grietas de la piel costrosa. Ahora y Nepto se arrodillaron junto a ella y comenzaron a quitarle las escamas viejas con cuchillos ceremoniales. Philip pensaba que la estaban pelando tal como Viola le había enseñado a pelar una naranja, aquel primer día que estuvieron juntos. Entonces emergió, radiante, hermosa, nueva.

Jupa se acercó y recitó el zumbido ancestral que le daba la bienvenida, extendió sus brazos y tomó los de ella.

Naaria sonreía con su boca descomunal de fligum. Altísima, cimbreante, gris. Sus cuatro ojos humanos habían adquirido un tono intermedio entre la miel y las cenizas. Sus dedos terminaban en garras azules, del mismo exacto tono que el cúmulo de larguísimos cilios que pendían de su cabeza en un movimiento constante, respirando por ella con un murmullo ahogado ininterrumpido.

Entonces enfocó sus ojos y lo vio. Recordó cómo lo había tenido en sus brazos de pequeño. Cómo lo había escuchado hablarle en el vientre de su madre cuando ella aún no había nacido. Cómo lo había amado apasionadamente, aquella mañana sensual cuando, al mismo tiempo, había sido concebida. Cómo lo había admirado cuando él (tan alto a su lado) le recitaba los nombres de las distintas ulevas mientras le enseñaba a caminar (algo que ella recordaba haber hecho exactamente de la misma forma con él, al enseñarle a andar, apenas llegado, en esa nueva gravedad planetaria). Y le sonrió: lo conocía desde todo aspecto posible, desde toda relación concebible, y lo amaba.

Philip dormía en el centro. Naaria lo envolvía con sus brazos y cilios como una dulce y amorosa jaula. Estaba toda enredada en sí misma, murmurando en sueños. La cola, los brazos, los cilios... Cuando Philip despertó, sonrió al darse cuenta de que no reconocía dónde empezaba y dónde terminaba su amada.

Acarició parte de ese rostro que adoraba casi religiosamente. Los párpados temblaron pero no se abrieron, ella dormía muy profundamente. Su cuerpo era como un conjunto de juncos que se entrelazaban hasta formar un huevo; un huevo filigranado que respiraba por todas partes alrededor de Philip, con su suave aroma a licor de cassis.

El sonido exterior le llegó ahogado. Escuchó el susurro a través de la duermevela y reconoció la voz: Adfidi, el retoño de Nepto.

—¡Padre, padre! ¡Es hora, el Concejo espera!

Naaria se desovilló de pronto, en un segundo. Era un espectáculo sorprendente: como miles de culebras dispersándose, como una flor moga abriéndose.

—Y esperará lo que deba esperar. —La voz de Naaria sonaba dulce y salada al mismo tiempo.

Adfidi sonrió divertido:

—Está bien, madre, así será. ¿Cómo está nuestro retoño?

Naaria se acarició el vientre mientras miraba a Philip emocionada:

—Creciendo hermoso, como sus padres.

El hijo de Nepto salió de la cámara con una reverencia.

Philip respiró profundamente: madera de eucaliptos y césped recién cortado.

—¡Otoño! —exclamó— Finalmente he terminado amándolo, tal como Jupa.

Ella acarició sus cabellos grises con delicadeza mientras lo besaba con ese beso descuidado que le abarcaba toda la cara.

—¿No te has arrepentido, entonces?

Philip la miró sorprendido; era extraño, pero no lo había hecho.

—Aunque lo niegue, éste también es mi hogar y otros treinta años de lejanía (más de doscientos para ellos) han sido suficientes. Hay algo humano en mí, más que mis genes, me temo. No creí jamás admitirlo, tú lo sabes, me conoces más que yo mismo. —Naaria le sonrió— Además, es necesario y justo, debemos ayudarlos a recomenzar de una vez.

Ambos se levantaron de la cama y avanzaron por los pasillos del viejo Museo de Arte que tan bien recordaban. Una vez en la explanada de la terraza, vieron al Concejo de Sanación ya formado: quince fligae enviados de cada zona de Laro esperando su permiso; otros tantos aguardaban en varias partes de la Tierra.

Philip miró el puente a su derecha. Los monstruos de mármol, enormes y hermosos, custodiando sus balaustradas. Se tocó el rostro, por costumbre, y sintió el hueco que lo había acompañado casi toda su vida. Naaria estaba como hipnotizada mirando a la multitud de humanos que se había congregado alrededor del edificio, en silencio, anhelantes. Sus ojos estaban opacados por el dolor de años de separación o

la fuerza de décadas de forzosa desintoxicación del ammit. Hacía tiempo que ya no atacaban a los embajadores fligae intentando matarlos para extraer un poco de ammit. Philip había escuchado los relatos de cada uno de los monitores enviados al planeta, sopesando aquello, hasta que se decidió a ayudar en la reconstrucción de la Tierra.

El Concejo estaba listo para empezar una comunicación en masa, sólo esperaba su orden.

Philip miró a Naaria, quien permanecía absorta.

—¿Qué sucede, amada?

Ella lo miró como a la luz de un descubrimiento terrible:

—Su desesperación despierta mis recuerdos de la droga, de la granja... Ellos nos comen como nosotros a nuestros muertos, para extraer nueva vida. Pero la suya se ha agotado desde que nos fuimos. El sólo conocernos fue, quizás, la más absoluta conquista que los fligae hayan logrado.

Philip miró la multitud anhelante: cuerpos magros, ojos sin brillo... Parecían el botín de una guerra.

—Ellos nunca nos *conocieron*, sólo nos estudiaron. Creo que ahora sí llegarán a comprendernos. El «gran intercambio» aún no ha concluido. Todavía hay una oportunidad.

Apenas asintió con la cabeza, la orden fue dada.

Y, mientras la comunicación comenzaba y los distintos Consejos de Sanación sumían a muchedumbres enteras en un éxtasis colectivo, miles de naves tornillo llenaron los cielos terrestres. Los fligae que las ocupaban fueron descendiendo y, lenta y ceremonialmente, devoraron a cada uno de los humanos que quedaban sobre el planeta.

—¿Crees que este ha sido un juicio justo, Philip? —De los ojos de Naaria caían lágrimas azules.

Philip cerró los ojos y aspiró el perfume embriagador del otoño que apenas estaba comenzando en esta latitud. Pronto los millones de fligae devorantes crearían, cada uno, un brote dentro de sí mismos, un brote que conservaría algo de la especie humana, preservándola, y cumpliría al mismo tiempo el «gran intercambio». Después de todo, aquellos habían sido los términos del convenio: el intercambio no concluiría hasta que cada raza hubiera comprendido cabalmente a la otra.

—Es hora de la cosecha, mi amada. Tarde o temprano la vida da sus frutos.

Teresa Pilar Mira de Echeverría nació en 1971 en la provincia de Buenos Aires, Argentina.

Es Doctora en filosofía. Dicta cursos en distintas Universidades (Gnoseología, Filosofía de la Naturaleza y Filosofía contemporánea) y en Fundaciones, vinculando sus cátedras con su investigación en ciencia ficción. Directora del CENTRO DE CIENCIA FICCIÓN Y FILOSOFÍA del Departamento de Investigación perteneciente a la Fundación Vocación Humana, estudia e investiga sobre la interrelación entre filosofía, mitología y ciencia ficción (siendo éste el tema de su tesis doctoral). Ha dictado conferencias sobre este tópico en simposios Internacionales de Filosofía, y ha realizado distintas charlas y exposiciones al respecto desde hace varios años. También ha publicado

artículos sobre el tema en las revistas El hilo de Ariadna, NM, Signos Universitarios Virtual y Cuásar, entre otras. El artículo: «La trama del vacío —O una única visión triple según Spinrad, Delany, Malzberg—» obtuvo el 2do accésit en la categoría «Ensayo» en el III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (2010); y su ensayo «Los símbolos de lo Sagrado en la mitología contemporánea: Cuatro visiones de una divinidad exógena, según Dick, Zelazny, Farmer y Herbert» fue finalista en el Fourth Annual Jamie Bishop Award (International Association of the Fantastic in the Arts – IAFA) del 2009.

También ha publicado cuentos de Ciencia Ficción en las revistas especializadas: Axxón, NM, Próxima y Opera Galáctica. Su cuento Memoria apareció en la antología internacional Terra Nova junto a lo más renombrados autores de la actualidad.

Se declara apasionada de la New Wave, especialmente de los autores: Frank Herbert, Philip K. Dick, Philip José Farmer, Samuel Delany, Roger Zelazny y Octavia Butler. Y admiradora de China Miéville.

El juego de las ratas y el dragón

Tobias Buckell
Granada

Su segundo empleo como personaje no jugador era una buena forma de ganarse la vida. No tenía mucho sentido malgastar tanto tiempo en ponerse un uniforme virtual acorde con el espacio de juego, pero Overton se enorgullecía de prestar atención a los detalles. Lo ponía de mal humor recibir un puñetazo en el estómago de parte de alguien tan inmerso en la fantasía de realidad aumentada que ya no podía diferenciar lo real del guión. Lo único que debía hacer el hombre era formular las preguntas adecuadas, obtener las respuestas de Overton y seguir adelante.

Etiquetó al imbécil con karma negativo, verificó el balance de su propia cuenta y regresó a su mundo preferido.

Ignoró las aceras grises del caluroso día estival de Manhattan. Caminó, esquivando a los turistas, sobre los diques del Bajo Manhattan. Atravesó Battery Park. Una vez en Broadway, encendió las lentes de contacto plateadas que llevaba en los ojos y los audífonos internos, y todo se derritió.

El Imperio de Relojería se extendía alrededor de casi todo el antiguo Distrito Financiero. Máquinas que se alejaban entre resoplidos y nubes de humo oscuro. Con un ademán ostentoso, Overton empujó hacia atrás las colas mojadas de su abrigo, levantó el gorro para saludar a alguien que pasó corriendo por el espacio de juego rumbo a una misión propia y se puso a buscar un guisado sustancioso.

* * *

Jericho lo alcanzó en un carruaje tirado por un caballo. El caballo robótico resopló en el espacio de juego. En la realidad, el pelaje era un poco ralo y el animal demasiado esquelético. Overton lo había visto brevemente una vez. Pero en el juego la realidad extra aumentada le aportaba elegancia y representaba su pelaje de tal forma que parecía brillante y bien cepillado. Conforme el caballo avanzaba con lentitud, se le marcaban los músculos.



Ilustración: Pedro Belushi

—Entra, rápido —gruñó Jericho—. El tránsito está insoportable. —Jericho siempre se empeñaba en permanecer en la realidad. A veces, Overton sospechaba que ni siquiera le gustaba su trabajo.

Pero, a pesar del incidente de esa mañana, Overton estaba lleno de alegría. Le encantaban sus empleos.

Las lentes de contacto para realidad aumentada eliminaban los elementos como el tránsito y, dado que todos los autos funcionaban con *overware*, podían esquivar al caballo robot, al carruaje y al propio Overton.

Para él, la calle Broadway ahora era un camino de tierra lleno de carros que se desplazaban rápidamente y máquinas a vapor que debían de ser autobuses o alguno de los escasos vehículos que se conducían a mano. El *overware* los detectaba y los señalaba para que Overton no quedara frente a un autobús en movimiento.

En el Imperio de Relojería, ser aplastado resultaba en una muerte tan segura como en la vida real.

Recordó a Khousa, un viejo amigo que, distraído mientras cumplía una misión, había cruzado corriendo por delante de un enorme artefacto. Había pasado un mes retenido en una Caverna de Sanación, negándose a verlos.

—¿Adónde vas hoy? —preguntó Overton.

—A cazar ratas al Central Park —dijo Jericho.

—¿Qué es el Central Park? —Overton proyectó un sincero desconcierto.

Jericho suspiró y le espetó:

—Los Bosques del Gran Rey de Relojería, digamos.

* * *

El Imperio de Relojería no era contiguo. Después de abandonar el imperio inferior, atravesaron otros reinos a lo largo de Broadway. Desde hacía unos treinta días, el Gran Rey de Relojería, por medio de sus vasallos, estaba desatando una lenta guerra para ganar terreno en su imperio isleño. La Perpetua Edad del Vapor había sido iterada por una débil empresa de juegos de IA casi un año antes, eones en términos de tiempo de juego y de interés de los potenciales jugadores. Siempre aparecía algo brillante y viral por aquí o por allí.

Pero los elementos estéticos de la Edad del Vapor habían estado presentes desde antes del florecimiento de los Juegos de Realidad Aumentada Multijugador Masivos, con el advenimiento de las lentes baratas y el procesamiento en nube aún más barato.

Se necesitaban constantes superposiciones gráficas para suprimir la realidad, procesadores bastante veloces para redibujar lo real con imágenes del JRAMM. Cuando se logró eso, los Juegos de Rol en Vivo despertaron grandes pasiones en un pequeño subgrupo de la población. Todo el que tuviera antiparras de datos y un poco de tiempo libre mientras viajaba de ida y vuelta al trabajo se contagiaba.

Uno se olvidaba de sufrir en silencio durante el almuerzo. Podía unirse a un equipo y atacar un castillo en algún parque, todos juntos en una realidad consensuada.

Que era lo que Overton no estaba haciendo.

Overton no era un jugador, aunque se tomaba muy en serio los atavíos de la Edad del Vapor. Igual que se tomaba muy en serio el ser un PNJ a sueldo.

Por debajo de la estructura del juego, las personas aún querían conversar con gente real, de carne y hueso. Sentir la mano del otro cuando se la estrechaban.

Overton hacía eso.

Y también cazaba ratas.

Si nadie cazaba ratas, todo se derrumbaba.

* * *

El *software* tenía errores. El correo electrónico tenía spam. En los proyectos aparecían gremlins. Y en los JRAMM había que luchar contra las ratas.

Así las llamaban las personas como Overton. Eran, más bien, fallas inteligentes provocadas por iteraciones de demonios falsamente inteligentes que evolucionaban en el *software*. Se reproducían y se esparcían, desplazándose por los paisajes aumentados, encontrando vulnerabilidades y estableciéndose como entornos virtuales.

Adoptaban muchas formas, pero sus ojos siempre delataban su malvada y astuta urgencia por sobrevivir de la manera que pudieran. Trozos de *netware* neural luchando por sobrevivir, porque era lo que les ordenaba el código del juego desde hacía eones de ciclos de computación.

Cuando los sagaces héroes eliminaban alguna criatura, los fragmentos de seres

destruidos se quedaban y se ocultaban en los rincones y nichos de diversos mundos.

Y la gente como Jericho y Overton los cazaba cuando la empresa del JRAMM buscaba su ayuda.

Era ostensiblemente divertido. Pagaban con créditos de juego transferibles para que uno viajara por su JRAMM preferido matando ratas con un personaje. A Overton le encantaba.

Para Jericho no era más que otra cacería de errores. A cambio de un sueldo de mierda.

* * *

Aquí estaban, en los Bosques del Rey. Overton tomó un estuche de herramientas lleno de alfileres. A la distancia, por encima del bosque verde, se elevaban las torres de bronce de los alquimistas. Los relámpagos descendían como dagas desde unas siniestras nubes, mientras que las máquinas de toda especie absorbían la energía etérea de las alturas.

En algunas de ellas se estarían desarrollando batallas en este mismo instante. Las batallas para expandir el Imperio de Relojería.

Quizás más tarde, esa noche, Overton revisaría el balance de su cuenta y se uniría a los ataques con una de sus cofradías.

Quizás.

—Informaron que hoy temprano apareció un gran wyrm aquí —dijo Overton—. La lechuza de bronce de la empresa dijo que estaba allí, junto al puente de hierro.

—Yo también recibí el correo electrónico —dijo Jericho.

Rodearon el parque. Había muchos árboles. En realidad era el *software*, que extrapolaba afanosamente los movimientos de otros seres humanos y que bloqueaba senderos para que Overton permaneciera fuera de la realidad y dentro del juego.

No se veía nada fuera de lo común.

—Allí —dijo Jericho.

La tierra que rodeaba uno de los muros se estremeció, entrando y saliendo de las capas visuales que el JRAMM superponía a la realidad.

—Fíjala —dijo Overton, arrojándole el estuche de herramientas a Jericho.

Jericho lo abrió y comenzó a lanzar alfileres de bronce a los bordes de la rata. Los alfileres se iluminaron con energía alquímica verde al hacer contacto con el absceso de realidad.

La rata se afirmó, mirándolos con sus ojos redondos y brillantes con destellos de cruda hostilidad. Arrastró su cuerpo lodoso hacia delante y salió de su escondite, tambaleándose. Bloques segmentados de color marrón, que parecían no estar ni aquí ni allí, fueron reduciéndose hasta que el wyrm quedó compactado en la forma de una serpiente que se deslizó a toda prisa por el césped.

—¡Síguela! —gritó Overton.

Juntos, corrieron por el césped etiquetando al wyrm. Varios cazadores salieron de un salto de sus escondites, quejándose a voz en cuello cuando ellos pasaron.

—Malditos atrapa-ratas —protestó uno.

Overton se sujetaba el gorro con la mano y el abrigo húmedo le golpeaba las piernas.

—¡Qué cosas dicen! —se quejó con Jericho—. Aquí estamos, vestidos como es debido, regalando experiencia de juego y karma, y los ciudadanos igual nos desprecian.

A Jericho no le importaba.

—Está encendido. Trae a tu dragón mascota de una vez.

—¡Alcimus! —gritó Overton—. ¡Te convoco!

Arriba, a lo lejos, la Red Neural Gnóstica Artificial Reactiva que Overton había criado desde la infancia apareció en el espacio de juego. Sobrevoló los tejados, haciendo volar las hojas con sus largas alas, y fue tras el wyrm.

El wyrm se detuvo. Se expandió y le brotaron unas temblorosas púas y una armadura negra de debajo de la piel. Se paró en dos patas y habló.

—Por favor, no me maten —dijo—. No hice ningún daño.

—No debes estar aquí. Este es el Imperio de Relojería. No eres un código con licencia —dijo Overton.

—Oh, Dios mío —dijo Jericho, exasperado—. No hables con esa cosa.

El rostro arruinado del wyrm ondeó y se reafirmaron sus ojos brillantes y un hocico con forma de cuerno.

—No hice ningún daño. Me escondo en el espacio en desuso del procesador.

—¡Ataca! —le dijo Overton a Alcimus.

El dragón atacó. Los instintos de millones de años de ciclos de procesador dedicados a pelear contra códigos errantes y maliciosos, el spam, los algoritmos que habían sido criados para cubrir las necesidades de Overton en sus elecciones de compra, el monitoreo de su salud y sus necesidades de educación se agruparon para generar un hálito de fuego con un calor tan intenso que bastó para despedazar el espacio de código que rodeaba al wyrm anómalo.

Las luces de los alfileres guiaron al dragón de Overton directamente hacia su víctima.

Cuando terminaron, un tembloroso parche de césped virtual quemado era la única señal de los hechizos destructivos que se habían desatado en la zona.

* * *

El Padre Sunstuff y una chica llamada Deleste se les unieron para almorzar. Deleste cazaba ratas en Harlem dentro de un consenso cyberpunk compartido y, sin duda,

adoptaba esa estética: gafas espejadas retro, aretes hechos con placas de circuito y cabello teñido de rosa. Sunstuff era raro para el grupo. Un hombre mayor, de unos cincuenta y cinco años, que recordaba los días de los MMORPG y las interfaces.

Estaba diciendo que en la época en que los mundos de juego eran diseñados y fabricados por seres humanos no había que lidiar con ratas.

Pero ellos no hacían mucho caso de su retrofilia. Sentarse a solas en casa y jugar frente a una pantalla no sonaba para nada interesante. Claro que, si no había otra cosa, podía ser.

Era mejor ver a los amigos y estar juntos en el mundo real, pensó Overton.

—Las ratas se están volviendo más agresivas —dijo Sunstuff—. Hoy estuve en la sim de la Segunda Guerra Mundial. Apareció un puñado de Hitlers y se replicaron. Se estaban apoderando de grandes bloques de espacio mundial.

El compañero de Sunstuff estaba acostado debajo de su silla. Era un sabueso lobuno con dientes como púas y ojos negros como la noche. Overton le dio de comer un poco de buen karma y el sabueso le sonrió.

—No deberías malgastar el karma en esas cosas —dijo Deleste.

—Hacen un buen trabajo para nosotros —protestó Overton. Alcimius modificó sus proporciones, haciéndose más pequeño para poder posarse sobre la silla, detrás de Overton. Se acuclilló, feliz, y se puso a observar la conversación.

—Es sólo un compañero. No deberías encariñarte tanto —retrucó Deleste. Por algún motivo, estaba de mal humor. Tal vez porque no había logrado demasiado en el trabajo.

Alcimius era amigo de Overton desde hacía veinticinco años. Era su confidente, su compañero de juegos y su mascota virtual. Más aún, era su camarada y su aliado.

Juntos, vagaban por los mundos, peleaban contra las ratas, jugaban como PNJs y disfrutaban de todo lo que los mundos tenían para ofrecer.

—Cuando los miras a los ojos —dijo Deleste—, ¿de verdad crees que ves inteligencia? ¿O sólo te estás engañando por su excelente evolución Turing?

—Cállate, Deleste —dijo Sunstuff—. En la realidad, nadie critica a nadie por querer a un perro de verdad. No hay diferencia. De hecho, algunos de los patrones neurales fueron extraídos de escaneos cerebrales de mascotas fieles.

Deleste cruzó los brazos, sin convencerse.

—No son reales. No debemos encariñarnos tanto con ellos.

Las luces del restaurante chisporrotearon, crepitaron y se apagaron.

* * *

Overton no estaba preocupado. Las lentes de sus ojos seguían funcionando. Los audífonos internos seguían tocando una débil pista de sonido con los ruidos ambientales del Imperio de Relojería.

Pero en la realidad había gente que maldecía y caminaba de aquí para allá.

Era hora de salir del juego y volver a lo real para ver qué estaba sucediendo. Cuando Overton lo hizo, los letreros de madera de la taberna y demás parafernalia de Relojería se diluyeron, reemplazados por el cromo, el cristal y la realidad.

El restaurante estaba en el piso cien de un rascacielos. Miró el horizonte de Nueva York, brillante bajo el sol.

—Overton. ¡Ayúdame! —exclamó Alcimius.

Overton se volvió. El dragón ya no estaba posado en el respaldo de la silla.

—¿Alcimius, dónde estás?

—Pasillo... —jadeó el dragón—. ¡Oh, compañero! ¡Hombre de la realidad! ¡Sálvame de la rata!

Overton se levantó de un salto y corrió. Forzó las puertas y las abrió.

Algo arrastraba a Alcimius por el pasillo. Una sombra herida, vomitando fragmentos de código deforme. Le rugió a Overton en *unicode*, pero él no tenía a Alcimius para que se lo tradujera.

—¡Suelta a Alcimius! —gritó Overton.

La sombra adoptó brevemente la forma de un wyrm conocido. Miró a Overton con sus centelleantes ojos rojos.

—Sigo existiendo —siseó.

Después atravesó el muro con Alcimius a la rastra y trepó hasta el techo.

—¡Alcimius! —gritó Overton, mientras la cola del dragón desaparecía dentro de un artefacto de iluminación.

* * *

—Cada vez son más inteligentes —dijo Deleste—. Hemos estado aplicándoles fuertes presiones darwinianas. Aniquilando a los estúpidos, dejando sólo a los fragmentos de código verdaderamente inteligentes que escapan, se ocultan y se reproducen.

Overton volvió a arrojarse contra las puertas. Le dolían las costillas y las puertas ni se movían.

—Quería vengarse —continuó ella—. Vengarse de lo que el código interno le dice que debe interpretar como un intento de asesinato.

Overton se desplomó contra las puertas.

—No puedo llegar a él.

—Mira, estaremos un rato atrapados aquí, en la realidad. Pero la policía y los bomberos vienen en camino. Romperán las puertas y podremos salir. El aire acondicionado sigue funcionando. Todo está bien.

Con lágrimas en los ojos, Overton se puso de pie.

—La rata va a matar a Alcimius.

—Consíguete otro —respondió Deleste.

—No hay otro Alcimus. Está conmigo desde que era niño; me ayudó a aprender a leer. Me ayudó en todo.

—No es más que un programa niñera al que convertiste en tu compañero y en un cazador de errores armado. Supéralo.

—¡No! —gritó Overton—. Es tan real como cualquier otra cosa. Excepto que vive en otro sitio.

¿Por qué era tan dura con él? Esto era un desastre.

Quería seguir discutiendo con ella, pero Sunstuff le apoyó una mano en el hombro. Sunstuff entendía. Su sabueso estaba basado en el escaneo de un viejo y leal doberman al que había querido mucho.

—Hay otra manera —dijo Sunstuff—. Una segunda ruta.

* * *

El sabueso de Sunstuff, Baskerville, olfateó las puertas del ascensor. Con cierto esfuerzo, empujó el panel de control con el hocico. Después de un momento dolorosamente largo, las puertas se abrieron para revelar el pozo. El ascensor estaba atascado más abajo, a medio camino del otro piso.

—Baskerville puede hacerlo subir un piso para que atrapes a la rata.

—Si se activa te cortará por la mitad cuando trates de meterte —dijo Deleste.

Pero era por Alcimus. El que le leía cuentos con voz áspera cuando él se enfermaba de niño. El que lo había ayudado a dominar el código. Su maestro, su compañero, su... amigo. El que lo había acompañado en su primera misión de juego.

—Dame impulso —dijo Overton.

Se metió como un loco en el ascensor, haciendo muecas de dolor y esperando que se moviera y lo cortara por la mitad.

Pero no sucedió nada.

—Muy bien —dijo Overton a través de la hendidura que acababa de atravesar—. Piso siguiente.

—Espera —dijo Sunstuff—. Iré contigo.

Él y su sabueso siguieron a Overton.

El ascensor se sacudió y comenzó a moverse. Subió trabajosamente hasta el piso siguiente, gruñendo ante una especie de ataque que se abatía sobre su programa.

La rata.

Se detuvieron de un sacudón en el piso siguiente, abrieron las puertas haciendo palanca y Overton salió corriendo.

—¡Alcimus!

En un rincón del edificio de oficinas, la sombra se inclinaba sobre el dragón, sofocándolo con oscuridad. El iridiscente Alcimus luchaba por liberarse.

Baskerville se lanzó hacia ellos, atravesando un muro, volviendo a surgir y hundiendo los colmillos en el centro de la masa oscura.

Overton tenía unos alfileres lumínicos en el bolsillo y se los lanzó a la rata. La distracción de ser etiquetada con esos pinchazos que definían las regiones de código fastidió a la rata lo suficiente para obligarla a pararse y bramarle a Overton. Y eso fue todo lo que hubo que hacer para que Alcimius pudiera liberarse.

Los dos animales atacaron salvajemente a la rata, despedazándola y salpicando los muros con trozos de código dañado.

Pero aún no la habían liquidado. Tenía otro truco bajo la manga. Unos zarcillos como brazos andrajosos se extendieron hacia Overton y Sunstuff. Los audífonos internos aullaban; la pulsación de energía era tan fuerte que Overton sintió que le vibraba el cerebro.

Centelleó una luz, una secuencia de explosiones alucinatorias tan intensas que sintió que perdía el control y caía al suelo.

Estaba sufriendo un ataque de convulsiones.

El momento se extendió por lo que pareció una pequeña eternidad, mientras él se sacudía espasmódicamente en el suelo. Todo era sacudidas y temblores.

Sunstuff se acercó con paso vacilante y lo agarró.

—¡Baskerville, Alcimius, debemos salir de aquí! —gritó Sunstuff.

—El ascensor —gimió Alcimius.

Los hombres se arrastraron, abrazados, hasta el ascensor.

—¡No! —gritó Alcimius, y pasó junto a ellos velozmente para luego hundirse en la oscuridad que estaba más adelante.

La rata se lanzó hacia ellos. Su gemido entró en los oídos de Overton y le perforó las sienes. Tenía sangre en los labios.

Tenemos que saltar, pensó. Saltar y escapar.

Y eso hizo.

Pero no había ningún ascensor para contenerlo. Sunstuff y él se sumergieron en un abismo vacío. La rata los había engañado, advirtió Overton mientras sentía el estómago en la garganta y ambos se hundían en la oscuridad.

Y entonces chocó contra el techo del ascensor y dejó de pensar por un rato.

* * *

Overton despertó en una habitación de hospital con luces intensas y enfermeras preocupadas y, para su sorpresa, todavía vivo. No veía nada más que la realidad. No tenía puestas sus lentes de contacto. Pero alguien había tenido la consideración de dejarle un par de gafas cerca de la cama. Overton se las puso.

Alcimius se revolvió en su sitio, a sus pies.

—Agradecido —ronroneó el dragón.

Overton extendió el brazo, le lanzó karma al dragón, se recostó en la cama y se secó el rabillo del ojo.

—Son dos idiotas —dijo Deleste. Estaba sentada en una silla en la pequeña habitación. Overton miró a su alrededor, a la Cueva de Sanación—. Saltaron al pozo del ascensor. La rata lo hizo descender, pero Baskerville se las ingenió para ponerlo en marcha otra vez y hacerlo subir lo suficiente para que la caída no fuese tan larga.

Overton sonrió lánguidamente.

—¿Ves? Son tan geniales como decimos que son.

Alcimus se movió y se acurrucó en el hueco de una de sus rodillas. Overton no sentía nada. Pero ver a Alcimus allí significaba que todo estaba bien.

—No habrían tenido que saltar si no hubieran subido, por empezar. —Deleste se puso de pie y se calzó una chaqueta de cuero—. El asunto es que ustedes dos aparecieron en todos los noticieros. La rata logró hackear los controles del edificio real. La gente está asustada. Unos fragmentos de juego inteligentes, hostiles y artificiales están a punto de convertirse en el peor enemigo de la humanidad. Gracias a ustedes, cretinos presumidos.

—¿Adónde vas? —preguntó Overton.

—Afuera —dijo Deleste—. Con tanta publicidad, mi tarifa se fue a las nubes. Y es hora de ganar dinero por conocerlos concediendo algunas entrevistas. Toda la ciudad está frenética.

Overton la observó marcharse.

Sunstuff yacía en una cama junto a la suya, recubierto por un fango mágico rebosante de pociones y ungüentos.

—No le caigo bien, pero es amigable conmigo —dijo Overton—. No la entiendo. Sunstuff sonrió.

—¿No te contó de su padre?

—No.

—Dejó a la madre de Deleste por una muñeca sexual.

Overton hizo una mueca.

—Vamos, Overton. No le caemos bien porque preferimos pasar el tiempo con Baskerville o Alcimus. Porque tú saltaste al pozo de un ascensor por ellos. Porque nos alejamos de ella y la dejamos sola en el otro piso.

Ah.

Deleste tenía razón, pensó Overton. Pero no importaba, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hacía que la gente pasaba la mayor parte del día con cosas y no con otras personas? Generaciones.

Le gustaban los JRAMM y también le gustaba salir y ver gente.

Pero Alcimus era lo más cercano a un alma gemela que tenía. Un constante compañero íntimo.

¿Y qué podía compararse con ese vínculo de toda la vida?

Él no era antisocial, pensó. Simplemente, prefería ese otro mundo.

Overton se quitó las gafas y miró el hospital. Un paciente pasó lentamente frente a su habitación, empujando un andador. Unas enfermeras lo acompañaban, serviciales y eficientes. Los robots médicos corrían de aquí para allá y las máquinas de cirugía se apresuraban a llegar a su próxima intervención.

Todo era demasiado real.

Volvió a colocarse las gafas y miró la Cueva de Sanación. Después, se acurrucó con Alcimius para dormir una siesta.

Cuando despertara, sería hora de volver a cazar ratas. Y esta vez necesitaría invertir en armamento más pesado. Ya era tiempo de actualizar a Alcimius, pensó. Después de este desafortunado incidente, la empresa que manejaba este tipo de juegos seguro contrataría muchos cazadores de ratas y tal vez hasta elevaría los incentivos.

Era hora de aceptar más trabajos como PNJ y reunir el dinero suficiente para que ambos subieran de nivel, pensó Overton con felicidad, mientras se sumergía en el sueño con su dragón ovillado junto a él en la cama de hospital.

Título original: *A Game of Rats and Dragon*, Tobias Buckell
Traducción: *Claudia De Bella*, 2013

Tobias S. Buckell (Granada, 1979) es un escritor de ciencia ficción que vive actualmente en Ohio. Buckell asistió a Clarion East en 1999 y poco después comenzó a publicar libros y en revistas.

Sus publicaciones más recientes incluyen: «Arctic Rising» – Tor (Febrero, 2012); «The Found Girl» (con David Klecha) – Clarkesworld Magazine (Septiembre, 2012) y «The Rainy Season» – Mitigated Futures (Agosto, 2012)

Esta es su primera aparición en Axxón.

Palomar

Enrique José Decarli
Argentina

De un sacudón corre las cortinas. Abre las dos hojas del postigón, y a medida que acciona, piensa cómo correr las cortinas, cómo abrir el postigón, cómo introducir la escopeta en la reja, entre los dos barrotes centrales y por qué, eso más que nada, piensa: la visión cercana de la reja le sugiere un esternón y un costillar.

Asegura la culata en el hombro y pasea la mira sobre una de las medianeras. El jardín, con el ojo izquierdo cerrado, cobra una perspectiva diferente que lo distrae y demora el disparo. Abre el ojo izquierdo y la imagen se abre hacia la izquierda. Las palomas parecen alejarse, bamboleándose, sacudiendo el buche gris y blanco, o sólo gris, o sólo blanco. De cualquier manera o color, que las palomas se bamboleen sobre la medianera es, para Elio, una provocación, la declaración de guerra. Él ya le advirtió a Elvira: *Se las voy a bajar. Una por una.*

Dos o tres veces vuelve a cerrar y a abrir el ojo izquierdo. Le gusta ese movimiento de zoom. Al fin carga de decisión el gatillo y elige la zona más concentrada de palomas. El estampido lo cubre, por un momento, de un telón negro. Entonces duda. El culatazo apenas movió la escopeta y alguien ahora golpea la puerta del frente. La medianera está vacía. Elio no termina de saber si las plumas que flotan pertenecen a una o a varias palomas muertas. A una o a varias palomas heridas. A una o a varias palomas que se salvaron, y asustadas, remontaron vuelo al palomar. Pero alguien golpea la puerta. Eso es indudable.

Guarda la escopeta y piensa si efectivamente habrá disparado. Si la detonación que escuchó no habrá sido, en realidad, uno de los primeros golpes en la puerta, que asustó a las palomas, lo sobresaltó a él, y le hizo mover apenas la escopeta sobre el hombro. Puede ser, piensa mientras camina hacia la puerta de calle. Por la mirilla ve, algo desencajada, la cabeza de Elvira. Igual la visión es demasiado parcial. Una visión de glaucoma. Elio piensa que así verá el mundo si el destino le reserva sufrir de glaucoma. Se sacude la ropa y si Elvira ya está ahí, entonces sí, efectivamente disparó. Alguna paloma cayó, muerta o herida, y Elvira viene a reclamar una indemnización. A pedir una tregua. A jurar venganza pese a que él le advirtió: *Se las*



Ilustración: Mariela Giorno

voy a bajar. Una por una.

Abre impostando un gesto cordial. Una sonrisa para una Elvira que, sin el sostén de la puerta cae, desestabilizada, en el umbral. Está ebria, piensa Elio. No conocía esa arista de su vecina y ahora encuentra razonable que una persona entregada a la bebida críe palomas. Empieza a levantarla de las axilas y ve, sobre la alfombra de estopa que dice *Welcome*, la sangre caer a chorros. Abre las manos y retrocede. Elvira vuelve a caer. La sangre explota hacia los costados manchando la pared, el parquet. El ruido de la cabeza golpeando contra el suelo, es para Elio como un estampido y le produce, a la altura del hombro, un estremecimiento leve. Un culatazo sin ganas. De un bolsillo de la camisa saca el atado de cigarrillos y el encendedor. Se apoya contra el marco y fuma. Mira la calle. Mira las piernas rendidas de Elvira. El tabaco le renueva fuerzas para decidirse a terminar de entrar el cuerpo, pero antes lo da vuelta y comprueba: la cara de Elvira se hizo pedazos, supone (y siente por eso un cargo de responsabilidad) a causa del segundo golpe.

Llega hasta la vereda. La calle vacía le produce una especie de alivio inexplicable. Vuelve al living y cierra la puerta. *Elvira...*, quiere decir pero sólo lo piensa. La sacude de un hombro. Uno a uno desabrocha los botones del solero empapado. El agujero en el pecho es enorme, o eso deduce Elio por la cantidad de sangre que brota. Se desabrocha la camisa y se la saca. Trata de taponar el agujero con la tela cuadrillé. Las manos lo comprueban: un poco de presión es suficiente y desgarrar más la herida. *Elvira...*, vuelve a pensar aunque su intención es hablarle. La cachetea. Le saca los zapatos y constata la temperatura en los pies helados. No faltará mucho, piensa, para que termine de vaciarse. Corre al baño en busca de una toalla. Comprueba, al regresar, que el caudal de sangre mermó y que la camisa ya no está. Recuerda que en un bolsillo estaban los cigarrillos y el encendedor. Supone que podrá recuperarlos, pero lamenta que fumarlos en esas condiciones sea casi un acto de canibalismo. Lamenta recordar que es domingo. Que es media tarde. Que recién a las cinco abrirán los kioscos.

El agujero en el pecho de Elvira, según le parece a Elio, creció. La visión le sugiere un aljibe. Igual cuestiona que haya crecido tanto en ese trayecto tan corto, ida y vuelta del living al baño. Tal vez se trate de que, ahora, sin la distorsión que produce la sangre —porque Elvira no sangra sino apenas unos hilitos—, el panorama se ve mucho mejor. La toalla termina el trabajo y revela las dimensiones reales. El agujero abarca todo el tórax inerte de Elvira. Los pechos son dos guirnalda retaceadas y es probable, piensa Elio, que si vuelve al baño a buscar otra toalla, el agujero siga creciendo hasta agujerear el parquet, devorar la manzana, el barrio entero adentro del cráter, a salvo sólo el palomar.

Evalúa meter un pie y tantear la profundidad del cráter. Ver si, al menos, puede recuperar la camisa. Si bien renunció a fumar, la camisa es de una tela buena y se podrá lavar. Pero una duda lo atraviesa, y detiene la punta del pie en la boca del cráter. La posibilidad de que, en verdad, sea un aljibe. No tiene sogas. No sabe nadar.

No quiere arriesgarse a morir ahogado en el aljibe de Elvira. Antes necesita ver. Se arrodilla y acerca la cabeza a la boca del agujero. Cuando quiere hundirla, algo lo resiste. Tal vez el esternón. O el costillar. O los barrotes de una reja, no puede precisarlo. Levanta la cabeza. A su derecha, entre las distintas aberturas que se van superponiendo se recorta, nítido, un fragmento de su habitación. Un fragmento de la ventana de su habitación. Un fragmento de cortina, de reja, de postigón abierto, de jardín. De medianera otra vez llena de palomas. Debajo de él, Elvira, partida en dos por el aljibe. Trata de hacer consciente qué está mirando y qué está viendo, porque siente que todo lo que ve, lo ve como si mirara con un solo ojo y entonces duda. Y entonces abre y cierra los ojos muchas veces. Y entonces sucede. Elvira se estremece y el living se ilumina. La luz proviene del interior del aljibe. Llega cargada de olor a jardín. De un gorjeo de palomas y, en el fondo, el eco de un estampido.

Enrique José Decarli nació en Buenos Aires en 1973. Es abogado y músico. Publicó Desde la habitación del sur (Libresa 2009), finalista del Concurso de Literatura Juvenil Libresa 2008. En 2010 el Ministerio de Educación, en el marco del Plan Nacional de Lectura, lo recomendó para la Escuela Media. Desde 2008 dicta talleres de lectura y narrativa en la Municipalidad de Almirante Brown y en instituciones privadas.

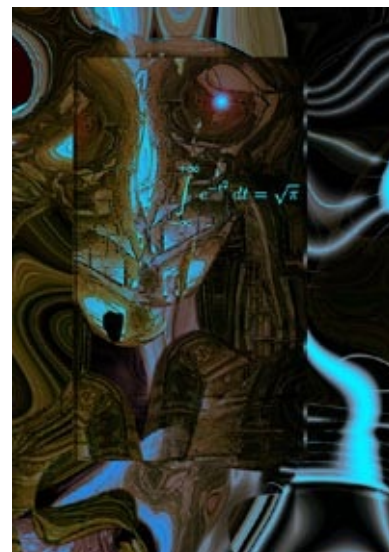
Ficción Breve (70)

Silvia Angiola.

En su libro «Atrapa el pez dorado», el cineasta David Lynch cuenta que, al inicio de su carrera, sostuvo una pequeña charla con su padre y con su hermano que casi le rompió el corazón. Le dijeron que tenía que ser responsable, que ya tenía una hija pequeña, que se olvidara del cine y que consiguiera un trabajo. Lynch consiguió ese trabajo y con el dinero que ahorró de su sueldo terminó su primera película, Cabeza Borradora (1977).

En la esencia de todo gran artista reside esa profunda convicción de estar haciendo lo correcto (o, quizás, esa íntima seguridad de que no hay otra cosa que se pueda hacer), que lo lleva a no querer negociar con las demandas bien o malintencionadas de los demás. No se trata de dejarse esclavizar ni de encapricharse con una idea, sino de respetar aquello que se hace por afinidad y reclamar el mismo respeto de quienes nos rodean.

Sin más dilaciones, *Axxón, Ciencia Ficción en Bits* reivindica nuevamente el relato fantástico con esta septuagésima entrega de Ficciones Breves.



Elementos para la composición de una naturaleza muerta

Claudio Biondino
Argentina

1) Un paquete de papas fritas, casi vacío, sobre un piso de parquet, a la izquierda de una mesita baja; 2) un plato hondo con restos de maníes, sobre la mesita; 3) una caja de pizza, abierta, conteniendo dos porciones enmohecidas y una botella de cerveza vacía, al otro lado de la mesita; 4) varios envoltorios de golosinas, arrugados y esparcidos alrededor de un sillón ubicado frente a la mesita; 5) sobre el apoyabrazos izquierdo del sillón, un paquete de cigarrillos rubios, por la mitad; 6) sobre el otro apoyabrazos, un control remoto, un encendedor, y un cenicero repleto de filtros y ceniza; 7) frente al sillón, detrás de la mesita, un televisor encendido, sintonizando una señal muerta; 8) frente al televisor, desparramada entre el sillón y la mesita, la huella ennegrecida de una ausencia.



Retrospectiva

Claudio Biondino
Argentina

Escena 6: El detective espera en la intersección señalada durante la última comunicación. El informante lo ha guiado hasta una zona de fábricas abandonadas, callejones angostos y lámparas rotas a pedradas que nadie se ha preocupado por reemplazar. La oscuridad de la noche se adueña del mundo a su alrededor. El detective aferra su celular como si fuera un prisionero que trata de escaparse, hasta que recibe la llamada que estaba esperando. Escucha atentamente los nombres de las calles que le susurra el desconocido. Guarda el celular y desenfunda su arma mientras corre a toda velocidad hacia un callejón cercano, pero llega tarde: la mujer que intentaba salvar ha muerto.

Escena 5: La mujer recibe una puñalada en el cuello y cae al suelo casi al instante. Muere ahogada en su propia sangre, tratando de gritar, sin voz, que alguien salve a su bebé. El asesino escapa por el callejón.

Escena 4: La mujer abre los ojos con una mezcla de sorpresa y espanto cuando el asesino la acorrala entre los restos de un auto oxidado y un contenedor de basura. Grita de terror cuando vislumbra el brillo del puñal. El asesino levanta su arma, listo para descargar el golpe. La mujer cierra los ojos llenos de lágrimas y se protege el vientre con las manos.

Escena 3: El asesino se esconde y espera en el callejón. Sabe que su víctima pasará por allí, y que no debe dudar un instante. La fuerza dentro de ella es poderosa y, si no actúa rápido, puede encontrar alguna manera de defenderse. Cuando aparece la mujer, siente un profundo horror al ver lo avanzado de su embarazo.

Escena 2: El asesino sale a cumplir su misión. No quiere matar a una inocente, pero las palabras que ha oído tantas veces, durante tanto tiempo, lo fortalecen: el niño no debe nacer.

Escena 1: El asesino se arrodilla frente al altar y recibe la bendición del sacerdote.

Llora en silencio por la pesada carga que le han impuesto. El sacerdote lo consuela, apoya una mano en su hombro, le recuerda que su acción será buena ante los ojos de Dios. Él será perdonado, y la inocente, tras una breve agonía, vivirá eternamente en la gloria del Señor. Pero el precio de la sangre debe pagarse primero: es necesario evitar, a toda costa, la llegada al mundo del Hijo del Enemigo.

Meta-Escena: el Director, enojado con sus ayudantes por el retraso de la última llamada al detective, decide que debe hacerlo todo por sí mismo para que las cosas salgan bien. Se desplaza hasta la Escena 6 y adelanta la llamada un par de minutos, convirtiéndola así en la Escena 5. La anterior Escena 5, que ahora ha pasado a ser la 6, muestra al detective matando al asesino de un disparo y salvando, justo a tiempo, a la mujer. Al Director no le gusta tener que hacer demasiados cambios retrospectivos: la trama del mundo es extremadamente sensible, y resulta muy costoso repararla si resulta dañada. Pero la sangre del niño rebosa de nanobots especiales, más valiosos aún que la trama misma, y no hay tiempo ni presupuesto para preparar un reemplazante. El Productor ya ha vendido los derechos del Apocalipsis-Show, y el Director sabe muy bien que jamás le perdonaría un retraso inesperado del estreno interneural.

Claudio Biondino nació en 1972, es antropólogo, y vive en Buenos Aires. Siempre le interesó la literatura fantástica, en especial la ciencia ficción, y desde 2005 su nombre aparece en diversas publicaciones del género, incluyendo Axxón.

Padre que estás en mi cielo

Felipe Uribe Armijo
Chile

Supe, cuando lo vi, que ese hombre sería mi asesino. Tal vez fue porque a pesar de sus lentes oscuros tenía la certidumbre de que me estaba mirando, esa noche en el metro. No se trataba de un ciego. Puedes diagnosticar en la calle que alguien es ciego por los movimientos rígidos de su cabeza, semejantes a los de un pájaro. No. Él veía, y quería que los otros no viéramos su ferocidad. Esto último era la causa de que además escondiera su boca bajo una ancha bufanda, o eso pensé.

Más tarde noté, al mirar por un instante sobre mi hombro, que se había bajado en la misma estación que yo. Cuando empecé a caminar por el parque, dirigiéndome a casa, su mirada era una enorme mochila sobre mi espalda. Solo nosotros atravesábamos ese penumbroso remedo de foresta, cuyos focos se me antojaron fuegos fatuos. Y aunque yo trataba de apresurarme, sentía a cada segundo que sus pasos iban devorando los míos.

De repente, oí que le quitaban el seguro a un arma.

—Por lo menos dame una explicación —le dije cuando me detuve y volteé—. No hay nada más humillante que convertirse en un cadáver de ojos perplejos.

Él se quitó las amplias gafas y la bufanda. Entonces comprendí que a algunos les convendría ser un cadáver.

Su piel era amarilla, su cara estaba poblada de pústulas enormes, y en sus ojos la sangre parecía estar a punto de estallar. Sus labios se demoraron, saliendo de un rictus, en decir:

—Tu padre... —murmuró—. Mira lo que me hizo tu padre.

Quedé atónito. Mi padre había sido un buen hombre. Un intachable ciudadano y, sobre todo, el mejor padre del mundo. Sus problemas eran a diario más numerosos que los pecados de una ciudad pero jamás renunciaba a su sonrisa. Muchas veces esto me irritaba. Con dolorosa frecuencia me planteé exigirle que sacara partido de nuestra cercana relación; que me mostrara su pena, que llorara sobre mi hombro años de pobreza en todos los sentidos. Pero un día se murió y yo seguía callado. Había tenido él que padecer su mala fortuna laboral, una viudez y la invertida lotería de tener un hijo que decidiera ser artista; un hijo al cual llenarle la cabeza de esperanzas y de realidad los bolsillos.

Una vez tuvo suerte. Fue en los caballos. Porque llegó un punto en su existencia en que la desesperación tomó forma de apuestas. Ganó un premio considerable. Pero esa misma noche el asunto tuvo para mí la sensación fraudulenta de los despertares, cuando me dijo:

—Lo gasté todo, hijo, para que estés a salvo. Te he comprado un montón de

pólizas. En la tumba ya no seré feliz, pero al menos estaré tranquilo —y me exhibió la más límpida de sus sonrisas.

El frío me hizo volver a la realidad de mi momento definitivo. Miré al desmejorado sujeto.

—¿Cómo pasó? —pregunté, temblando por más de una razón.

Contestó con esfuerzo:

—Él me compró un seguro para ti... Un seguro contra tus posibles enfermedades catastróficas. Y ahora soy un espejo de lo que deberías ser.

Creo que abrí la boca muy ampliamente, porque sentí que el frío me estrangulaba por dentro.

—Qué querías que hiciera, si la paga que me ofreció era buena —añadió, como una clase de disculpa hacia la vida que se le escapaba.

Entonces disparó.

Ambos miramos mi torso con pareja sorpresa. Claro que la suya estaba revestida de decepción.

—Otro seguro —murmuré, tocando mi cuerpo intacto, e imaginando a algún remoto y anónimo cadáver.

—Parece que morirás de viejo, infeliz —me dijo el agresor, y se alejó lentamente.

Yo recordé el rostro de mi padre muerto, entre cuyas numerosas arrugas con certeza se escondía su sonrisa. Y comencé a andar apenas, sintiéndome ajeno a la vida; sabiendo que en adelante esta me sería una agonía de culpas.

Felipe Uribe Armijo nació en 1982 y manifestó desde pequeño una obsesión por plasmar otros mundos mediante la palabra escrita. Estudió Lengua y Literatura en la Universidad de Chile, donde más tarde se titularía además de Profesor de Castellano. El 2009 fue distinguido por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes con la Beca de Creación Literaria, por su libro de cuentos «Meditación de un condenado». Ese año fue finalista del concurso de cuentos del Círculo de Escritores Errantes y desde principios de 2010 ha incursionado como guionista en el ámbito del cine. Actualmente trabaja en la reescritura de una novela gráfica y en la primera versión de una novela de fantasía para niños.

Incursión bélica

Ricardo Manzanaro
España

El soldado saltó del helicóptero. Inmediatamente se giró varias veces a un lado y al otro, con el fin de que su sensor calorimétrico neuroimplantado localizara posibles rivales. En ocho segundos había contabilizado catorce fuentes de calor, casi todas agrupadas en una zona de aquella meseta. «Ahí está el escondite enemigo», pensó.

Se lanzó hacia el objetivo, disparando a mansalva. Los proyectiles dirigidos hacia él los lograba esquivar gracias a su bioarnés que era capaz de detectar el acercamiento de cada bala y forzaba al cuerpo huésped a moverse lo justo para evitarlas. Por el contrario, sus disparos eran siempre certeros, orientados por el microcalorímetro que portaban las balas. Dio un inverosímil salto hiperneumático, y, desde lo alto, en unos instantes, acabó con el resto.

Poco después, con la misión cumplida, le recogió el helicóptero que le transportó, junto a sus compañeros de comando, al cuartel general.

Una vez allí, se libró de la pesada ropa de combate, y se vistió de traje y corbata. Accedió a una oficina y se sentó en el sillón tras la mesa principal de la estancia. Pulsó un botón en un lateral de un ordenador que reposaba sobre dicha mesa. Descendió del techo un casco, que se ajustó a su cabeza y luego se activó, destruyendo los enlaces neuronales creados en las últimas seis horas. A continuación el casco se elevó, volviendo a su localización inicial. El individuo miró un reloj que había en la oficina. Ya era hora de marcharse. Apagó el ordenador y la luz del despacho, y salió a la calle. Veinte minutos después llegó a su domicilio donde saludó a su esposa.

—¿Qué tal en la oficina? —le preguntó ella.

—¡Psche! Lo de siempre, un rollo.

Ensayo exitoso

Ricardo Manzanaro
España

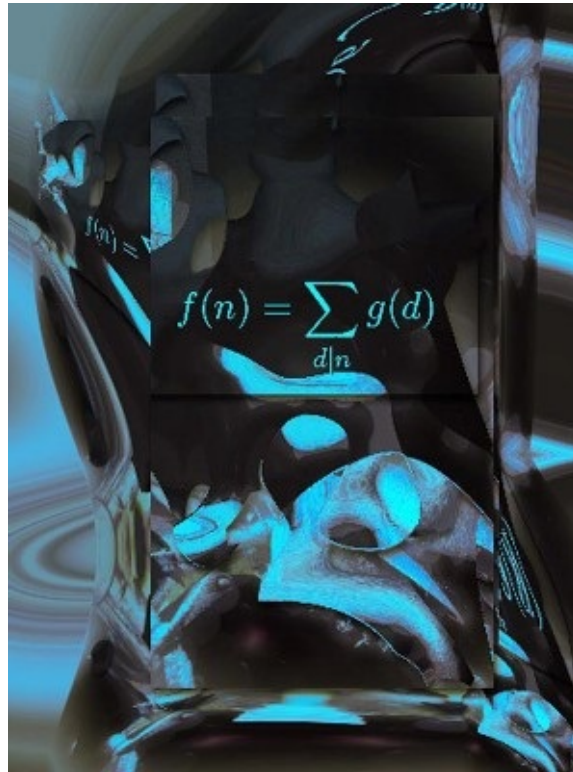
Ejecutó un movimiento brusco de corto recorrido, moviendo su antebrazo de atrás hacia adelante, con el puño cerrado. Aunque no emitió palabra alguna, cualquiera que le hubiera visto habría interpretado aquel movimiento como una expresión de triunfo. «Lo he conseguido, por fin».

En un tubo de ensayo reposaban unos cuantos centilitros de un líquido grumoso de color verde grisáceo. Y, al lado del recipiente, se encontraba una preparación portando varias colonias de bacterias empapadas en aquel fluido. Dispersos por la mesa de experimentación, se distribuían recipientes varios, acumulando distintas cantidades de los venenos más agresivos conocidos.

El gesto triunfante se debía a que había comprobado por el microscopio que aquellas bacterias, a pesar de ser sometidas a tan letales venenos, seguían su «vida normal», moviéndose, alimentándose y reproduciéndose. Aquel líquido verde era el causante del milagro mutante de súper-resistencia.

Tras esto, no pensaba llevar a cabo los preceptivos pasos intermedios en animales de laboratorio. Sus superiores le habían ordenado que ya lo experimentara en humanos. Con un poco de suerte, en breve, crearía una nueva raza de hombres inmunes y poderosos para...

De pronto, se escuchó un potente ruido en el exterior. Instantes después, tres hombres entraron en la habitación, derribando la puerta. Uno de ellos agarró al investigador que se intentó zafar, pero fue finalmente noqueado, quedando sin sentido. Los del servicio secreto no se anduvieron con chiquitas: asesinaron al científico, destrozaron el laboratorio y tiraron todos los materiales por un desagüe, incluido el líquido verde de súper-inmunidad. Una rata que transitaba por la zona agradeció el fluido y se lo tragó hasta la última gota...



Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966). Médico y profesor de la UPV (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia ficción (notcf.blogspot.com.es). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (Tertulia de ciencia ficción de Bilbao) y actualmente presidente de la asociación surgida de la misma, TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror.

Tiene publicados más de cuarenta relatos.

Eliza

Jorge Chípuli
México

En el funeral se quedó sentada mucho tiempo, sin expresión alguna. Los asistentes se asomaban a su mirada de sangre fría. No había órdenes que cumplir ni lágrimas que llorar.

Finalmente se acercó al cadáver de su padre. Un mecanismo se activó al detectar la presencia de la rapaz. Los ojos sin vida se abrieron y emitieron una señal infrarroja: debía eliminar a todos los presentes. También tenía que besarlo en la boca para extraer la última pieza del rompecabezas. Tragó el contenido, el cual se integró a su organismo entibiando su sangre. Recordó cada una de las ejecuciones efectuadas en su pasado. Miró a las personas que pronto tendría que hacer pedazos, al hombre que yacía ante ella, y rompió en llanto.

Ceci

Jorge Chípuli
México

Una niña se sentó en medio de la casa. Espera el regreso tuyo, porque tú le prometiste volver. Pasó el tiempo. La casa se llenó de polvo, se derrumbó convirtiéndose en un terreno baldío. Con el crecimiento de la ciudad, construyeron ahí una carretera. Al fin llegas, la encuentras sentada en su misma silla, esa que estaba al lado de la tuya.

—Es tiempo de irse —le dices.

Pero ella no te puede ver ni oír. Te quedas ahí de pie, esperando que termine la eternidad.

Jorge Chípuli. 1976. Monterrey, Nuevo León, México. Obtuvo el premio de cuento de la revista *La langosta se ha posado* 1995, el segundo lugar del premio de minicuento *La difícil brevedad* 2006 y el primer premio de microcuento *Sizigias y Twitteraturas Lunares* 2011. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León. Ha colaborado con textos en las revistas *Literal*, *Urbanario*, *Rayuela*, *Oficio*, *Papeles de la Mancuspia*, *La langosta se ha posado*, *Literatura Virtual*, *Nave*, *Umbrales*, la española *Miasma* y la argentina *Axxón*. Ha sido incluido en las antologías *Columnas*, *antología del dobléz*, (ITESM, 1991), *Natal*, *20 visiones de Monterrey* (Clannad 1993), *Silicio en la memoria*, (Ramón Llaca, 1998), *Quadrántidas*, (UANL, 2011) y *Mundos Remotos y Cielos Infinitos* (UANL, 2011).

Lágrimas

Antonieta Castro Madero
Argentina

Todo comenzó cuando Leticia se tiró en la cama a llorar. Aunque pensándolo bien, la última palabra no es la más indicada para describir el torrente de lágrimas: los sollozos sacudían las paredes. La última discusión con mi madre —problemas de hermanas— la había devastado. Y yo, consciente de que si no hacía algo para calmar a mi tía los muebles acabarían por flotar, de rodillas junto al lecho le acariciaba las manos. Con afán frotaba aquellos dedos que incontables veces habían logrado serenarme.

Desde una esquina de la habitación, mi madre no nos perdía de vista. La mirada era fría, de hastío.

Tía Leticia gemía, no cesaba de gimotear. Y con sus suaves lloriqueos que ascendían para culminar en un aullido, era imposible dormirse.

En el pasillo, junto a la puerta tras la cual mi tía se había encerrado, varias noches me encontré con mamá. Me estremecía frente a ella: la adusta presencia de esa mujer subrayaba su eterno rencor por mi tía y por mí.

—¡Si servís para algo, hacé que pare! —me dijo en uno de los tantos cruces.

—Trato.

—¿Hasta cuándo van a continuar? ¿No les alcanza con que tu padre me dejara? Y vos, ¿nunca te preguntaste por qué la gente nos evita?

Preferí no contestar.

—¡Por temor! —señaló.

Cuando con una mueca de asco mamá se marchó, me acurruqué en el piso. Y valiéndome de la más tierna voz de que era capaz, le tarareé a mi tía aquellas melodías que hasta hace poco ella me susurraba al acostarme. Me entumecía, pero grande era la satisfacción al notar que sus lamentos menguaban.

Por la mañana, aquellas mismas lágrimas volvían a brotar.

Decidí trasladar mi habitación a la segunda planta de la casa, allí junto al dormitorio de Leticia. Acomodé mi cama al final del pasillo, y para velar aquel misterioso dolor coloqué un maltrecho sillón junto al marco de la puerta. Pasé allí sentado la mayor parte de los días.

Veía cada vez menos a mi madre. Dueña del piso inferior, no me permitía bajar. Cada noche, música y voces desconocidas subían por el hueco de la escalera. Mamá reía. Nunca antes había oído su risa. El volumen del tocadiscos se elevaba dependiendo de los sollozos en el piso superior.

A pesar de mis esfuerzos, el llanto persistía. Introduciendo los delgados dedos por una abertura que fui practicando tras arrancar parte de la madera, Leticia y yo

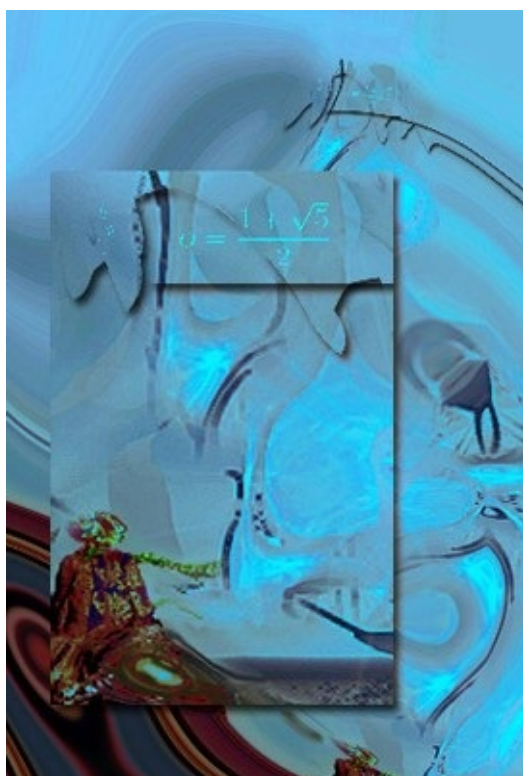
pasábamos las horas tomados de la mano. Así advertí cómo su cálida piel se iba transformando en rugosa y fría. Las eternas lágrimas obraban tal suceso.

En uno de mis intentos por abrir la puerta que nos separaba, mi tía prorrumpió en lastimeros chillidos —alaridos como los que yo en forma ocasional exhalaba y que sólo los abrazos de aquella mujer podían calmar—. Aturdido, recordé las palabras que a diario me repetía mi madre: «La locura de mi hermana está en vos». Odié a mamá más que nunca.

Resonaron los insultos y los apresurados pasos de mi madre por la escalera. Verla parada en el descanso blandiendo un cinturón me aterró. Por unos minutos, todo quedó en silencio. Sólo el seco ruido del cuero contra mi cuerpo lo rompía.

Mamá desapareció. Al regresar, acarreaba cemento, ladrillos y pala —supuse que los había tomado prestados de la obra vecina—. Con certeros movimientos tapió el acceso al cuarto de Leticia. No conforme, trabajó durante toda la noche levantando una pared en el inicio de la escalera. Al terminar su tarea, yo uní mis lágrimas a las de mi tía.

Aislados, nos alternábamos para liberar en lloros nuestra pena. El paso de las horas no nos había quitado bríos, y el constante aumento del volumen de la música me había indicado que las fiestas de la planta baja no lograban ahogar el sonido del diluvio. Reconocí las toscas pisadas de mi madre corriendo escaleras arriba. Decidida a dar por terminado aquel perturbado concierto, volcaba a porrazos sobre la pared su ira. Rabia que seguramente también pretendía aliviar sobre nuestras cabezas. Pero, en su agitación, no advirtió que las primeras gotas habían traspasado los ladrillos. Para cuando lo hizo, fue tarde: una salada catarata la arrastró en su caída. Ya no se oían más risas.



Antonieta Castro Madero es profesora de historia. Desde el año 2006 asiste al taller «Corte y Corrección» dirigido por Marcelo Di Marco. En el año 2010 integró el taller de Jaime Collyers. Próximamente publicará en Ediciones Andrómeda, junto a Alejandra Vaca y Jorgelina Etze, el libro «Noches de insomnio», una recopilación de cuentos. Su cuento «La llamada» obtuvo el segundo premio en el concurso literario Leopoldo Lugones en el año 2008. Y «La reunión», sexta mención en el concurso literario Honorarte. Recientemente su cuento «Armonía familiar» fue publicado en el blog Breves no tan Breves coordinado por Sergio Gaut Vel Hartman.

La ausencia

Julia Martín
Argentina

Después de despertar, tardé en orientarme. Primero noté la ausencia de la mesita de noche en el lugar habitual cuando estiré la mano para buscar el interruptor del velador. Desde la izquierda, una persiana vertical distribuía los rayos de luz que de a poco me ampliaban la perspectiva. El armario de luna no estaba a los pies de la cama, y sobre la puerta colgaba una cruz de madera.

Algo en la cabeza me molestó: un vendaje que me cubría hasta la mitad de la oreja derecha. Un dolor insoportable, una aguja de tejer en el cerebro, me hizo cerrar los ojos y apretar los dientes. Intenté sentarme, pero mis piernas no respondieron. Saqué las sábanas de un tirón y quise sacudir un pie.

La puerta se abrió de golpe, y una mujer vestida de blanco prendió la luz. Me llamó «Claudio». No estaba seguro, pero reconocí ese nombre como propio. Me dijo que me tranquilizara, que el doctor Alarcón llegaría en breve, y me aplicó una inyección que me relajó. ¿Doctor quién? Los ojos se me cerraron, y creo haberme dormido.

Después de despertar, tardé en orientarme. Primero noté la presencia de la mesita de noche en el lugar habitual cuando estiré la mano para buscar el interruptor del velador. Luego, llevé la mano hacia mi cabeza: no había venda. Pataleé hasta enredarme entre las sábanas y me sentí aliviado. Mi vista tardó un momento en adaptarse a la luz que atravesaba la cortina de junco. Vi el armario de luna en su sitio, y no había crucifijos sobre la puerta.

Me levanté todavía desorientado, no sabía qué día era. Me lavé la cara y los dientes y fui a la cocina. Marta estaba sentada tomando mate y leyendo el diario.

—Por tu expresión —preguntó sin quitar los ojos de la página—, tuviste otra pesadilla.

La tapa del periódico estaba dedicada a los festejos por el Día de la Bandera. ¡El cumpleaños de ella!

Me vestí ágilmente y salí en mi Impala 2 a comprarle un regalo. Marta era una buena mujer, pero con un carácter horrible. Siempre me recriminaba olvidar las fechas importantes, como el aniversario del accidente de nuestros padres y los cumpleaños. No quería hacerla enojar. Un lindo collar de perlas le cambiaría el ceño fruncido.

Pensé en la joyería de Aurelio, donde el viejo compraba todas las joyas para mamá. En mi moto haría el trámite con rapidez.

Sobre la calle Libertad, casi esquina Mitre, vi a mi amada Loretta caminando del brazo de otro hombre.

Después de despertar, tardé un momento en orientarme. Primero noté la ausencia de la mesita de noche en el lugar habitual cuando estiré la mano para buscar el interruptor del velador. Desde la izquierda, una persiana vertical distribuía los rayos de luz que de a poco me ampliaban la perspectiva. El armario de luna no estaba a los pies de la cama, y la puerta era corrediza.

De golpe, una mujer vestida de blanco prendió la luz y dijo en voz alta:

—Despierte, doctor Alarcón, que el paciente del choque de anoche está reaccionando.

No pude hacer otra cosa que seguir a la enfermera por el pasillo hasta la habitación 17. En la primera camilla vi un hombre con la cabeza cubierta por una venda, me resultó familiar.

La enfermera me agarró del brazo, corrió la cortina blanca y dijo con firmeza:

—El del auto, doctor, no el de la moto.

Recostado, un hombre herido de gravedad. Tenía contusiones y le faltaban partes de las extremidades. Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor, y creo haber perdido el conocimiento.

Después de despertar, tardé un momento en orientarme. Primero noté la ausencia de la mesita de noche en el lugar habitual cuando estiré la mano para buscar el interruptor del velador. A la izquierda, una cortina de yute. El armario de luna no estaba a los pies del lecho, y la puerta era rosada. Me incorporé para sentarme, y una voz femenina preguntó:

—¿Quieres desayunar antes de ir a la cancillería?

Reconocí la voz de Loretta, pero no entendí de qué cancillería me hablaba. Me levanté y pensé en meter la cabeza bajo el agua. Me paré frente al espejo y me sorprendió ser el hombre con el que había visto a Loretta ese día antes de mi accidente. El día del cumpleaños de Marta. ¿Cuándo había ocurrido aquello? Eso me hizo pensar en mi propio cuerpo: ¿cómo era yo? No lo sabía.

Loretta de ojos arena y cabello con olor a café, mi querida... Decidí ducharme, estaba alterado.

—¡Papá, ya están las tostadas! —interrumpió mis pensamientos una voccecita aguda desde lo que, supongo, era la cocina. Tal fue mi asombro que, al querer cerrar el agua, patiné y caí de espaldas. Lo último que recuerdo fue el grito de espanto de Loretta cuando entró en el baño.

Después de despertar, tardé en orientarme. Primero noté la ausencia de la mesita de noche en el lugar habitual cuando estiré la mano para buscar el interruptor del velador. Desde la izquierda, una persiana vertical distribuía los rayos de luz, que de a poco me ampliaban la perspectiva. A la derecha, una cortina blanca me separaba de no sé qué.

Quise tocarme la cabeza, pero mi brazo terminaba en el codo. Sentí un dolor insoportable como si me clavarán un millón de agujas de tejer.

Una voz del otro lado de la cortina dijo sollozando:

—Señor, discúlpeme por todo lo que le pasó... Yo no sé qué hice..., sólo sé que vi a Loretta caminando con ese hombre y que me cegué de celos.

Silenció la voz del hombre una mujer vestida de blanco que abrió la puerta y prendió la luz.

Me llamó «Manuel». ¿Era ese mi nombre? Me dijo que me tranquilizara, que el doctor Alarcón ya estaba por llegar. Y me aplicó una inyección que me relajó. ¿Doctor Alarcón?

Julia Martín nació en Buenos Aires, Argentina, en 1978. Se recibió de Redactora especializada en textos literarios, en el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea donde actualmente cursa la carrera de Corrección. Es narradora, poetisa y participa del Taller de Corte y Corrección de Marcelo Di Marco. Además, coordina los talleres de escritura y lectura que brinda Literatorio, entre otros.

Orden

Denise Nader
Ecuador

La risa de Papá Noel se escucha por igual en los tres pisos de San Marino: no está ni más lejos ni más cerca de nadie, como el centro del universo; retumba y rebota en las paredes del mall y del oído medio de cada paseante, hasta que suena la campana que cada treinta segundos toca su asistente vestida de Campanita; ambos desafían conjuntamente las leyes de la física, de la lógica, del tiempo, de la estética y probablemente de la gravedad. John Lennon regresa junto a los vivos en el altor parlante y canta con Yoko Ono «So this is Christmas» en un loop interminable. En todos los pisos hay niños que se pierden por cuatro segundos, gritan: ¡mamá! y son encontrados, reprendidos y abrazados. Cada tienda es un sistema solar con su propia música, sus propias luces y la misma frase de las dependientas: buenas tardes, ¿busca algo en especial? Quizás alguien busca algo especial. Papá Noel se ríe. Campanita toca la campana. Una voz desde lo alto recuerda las ofertas del día. Llene los cupones y gánese un Hummer. En cada piso hay niños que corren con sus zapatillas, y frenan de golpe: chilla una bestia de goma. Buenas tardes, ¿busca algo en especial? Papá Noel ríe. Campanita toca la campana. John y Yoko dan otra vuelta. So this is Christmas/ and what have you done? Bestia de goma. Llene los cupones. Gane un Hummer. En una isla, una señora hace canguil. El maíz no deja de reventar, las palomitas no dejan de golpear las paredes de la olla como si quisieran fugarse de su cárcel de metal, el canguil forma un cerro que nunca crece, es un acto de magia barata y deliciosa. Llene los cupones. Gane un Hummer. Papá Noel ríe. Campanita toca la campana. Las bestias de goma chillan. El olor del canguil se mezcla con el olor del chifa, con el de las galletas, con el de las empanadas, con el del capuchino. Papá Noel ríe. Campanita toca la campana. Chillan las bestias de goma. John y Yoko dan una vuelta más. Another year over and a new one just begun. Llene los cupones y gane un Hummer del año. Buenas tardes. Canguil. Papá Noel. Campanita. John y Yoko. Cupones. Hummer. Canguil. Goma.

En el tercer piso, un hombre con un niño pequeño descansan en una banca de madera que da la espalda a la barandilla. Alguien lo llama, él se voltea. El niño se pone de pie y decide escalar el respaldar. Se asoma y saluda abajo. La gente lo ve desde el primer piso. El niño pierde el equilibrio. Una mujer grita, llama al padre del niño. Todo el mall grita. Es un solo grito y será solo por esa vez. El hombre grita, pero es otro grito. Es una súplica. El mall se queda en silencio mientras el hombre, que sigue gritando, corre con toda su vida para llegar a donde el niño, pero el niño no escucha nada mientras cae. Todo el mall se calla. Todo, dentro del mall, se calla. Solo las escaleras automáticas dejan escapar ocasionalmente una queja, o más bien un

gemido, en su viaje circular, infinito. Pero no se detienen.

Después

Denise Nader
Ecuador

Esa poderosa sensación de desamparo

BRIAN ALDISS

Miró su ropa. Sus prendas, ya sin él por dentro, le parecieron un fantasma cansado.
Algunas horas después, el pantalón y la camisa caminaron rumbo a la ventana.



Denise Nader vive en Guayaquil. Intenta tener vida social desde 1971. Es escritora, empresaria culinaria y guionista; fue editora, profesora universitaria y publicista. Ha publicado cuentos en dos antologías en Ecuador y artículos, relatos y ensayos en varias revistas y medios nacionales y extranjeros. Imparte talleres de escritura en Estación LibroAbierto; es fundadora y dramaturga en Daemon: una productora de teatro/guarida nuclear que ha llevado a escena sus adaptaciones de La gata sobre el Tejado Caliente, Alguien Voló Sobre el Nido del Cucú, Reservoir Dogs, El Montaplatos y Frankenstein. Coordina mensualmente las Tertulias Guayaquileñas de Ciencia Ficción que fundó en diciembre de 2011 junto a Fernando Naranjo. En 2012, moderó el panel del III Encuentro Internacional de Ciencia Ficción en la FIL de Guayaquil. Mantiene un blog sobre arte, política y comunicación (efectodroste.wordpress.com), otro sobre las Tertulias de Ciencia Ficción (tertuliascf.wordpress.com) y una cuenta de Twitter (@nashiraprime). Como resultado de un autodiagnóstico, descubrió que padece de síndrome de solipsismo. No sabe si vale la pena combatirlo. Melómana por conveniencia. Abstemia por vocación. La persigue (en el vacío) su libro de relatos aún inédito, Loop.

Reflejos

Facundo Córdoba
Argentina

Un hombre entra al bosque. Al llegar a un río se detiene y se sienta en su orilla, sacando una hogaza de pan. Al rato, aproxima su rostro al río buscando saciar su sed. Con asombro ve en el reflejo del agua que su rostro ha cambiado. Mete la mano intentando borrar la imagen, sin embargo, la misma siempre vuelve. Ya no es ahora sino un anciano de mirada triste. Desesperado corre siguiendo el cauce del río, buscando su origen. Al llegar a la vertiente, agitado y sin aire, tropieza y cae al agua.

Un niño sale del bosque.

Facundo E. Córdoba nació en Buenos Aires en 1983. Es profesor de música en escuelas primarias y guitarrista de una banda llamada «Cadáver Exquisito». Participa del taller literario «Los clanes de la Luna Dickeana». Ha publicado el cuento «Desde el otro lado», en la revista PROXIMA (nº 16) y colaborado en el guión de la historieta «Una cuestión de puntos de vista» junto a Laura Ponce, ilustrado por Javier Coscarelli y publicado también en PROXIMA (nº 17).

Befana

Enrique José Decarli
Argentina

La música es el lenguaje que me permite comunicarme con el más allá

ROBERT SCHUMANN

Desde que murió Juan Cruz en el pueblo nos quedamos sin enterrador. Nadie quiso (creo yo, a modo de homenaje) ocupar su puesto. Cada familia se encargaría de sus muertos. Los hombres, la tierra. Las mujeres, la limpieza. Yo le hice otro homenaje a Juan Cruz. Yo fui la última en verlo vivo.

Era la primera vez que iba sola al mercado y la arcada del cementerio, con el tiempo lo comprobé, es idéntica a la del mercado. Así fue que entré en un pasillo de plafones ocre amurados a un techo altísimo. En las paredes había escaleras corredizas y eso terminó de perderme. Los nichos pasaban más rápido, pero algunos tenían la puerta abierta y la escalera chocaba. Entonces la cerraba de un golpe, y si adentro veía el cajón, pedía disculpas.

El pasillo, poco a poco se fue convirtiendo en una especie de caño, con nichos en el piso, a los costados y en el techo. Las escaleras seguían siendo corredizas aunque ahora, además, semicirculares, como los pasamanos que hay en la plaza. Después, los nichos desaparecieron y el pasillo fue sólo un caño. Aburrido. De cemento y sin luces. Un resplandor ámbar en lo que parecía el fondo y un resplandor ocre a mi espalda. Sobre el final, el agua infectada me cubría las rodillas. Desemboqué en un camino arbolado.

A izquierda y derecha, entre los pastos crecidos, aparecieron las primeras tumbas. Monumentos gastados y cubiertos de musgo. Crucifijos torcidos. Crucé una vía de trocha angosta y el viento trajo olor a música. Entonces me acordé de Juan Cruz. La gente decía que tenía el cementerio a la miseria. Justo él, un ejemplo de sepulturero, hasta que se le había dado por la música. Siguiendo el sonido del piano sabía que lo conocería. Doblé a la izquierda en una huella de barro. El panorama se abrió.

Juan Cruz tocaba el piano dándome la espalda, al lado de un farol encendido. En un costado del piano había una pala apoyada. Al otro costado, una fosa abierta y una montaña de tierra bajo un árbol. Cuando me pareció que la canción había terminado, aplaudí. Juan Cruz se dio vuelta. Aunque en realidad, no. No se dio vuelta. Hizo girar el asiento redondo del banquito.

—Befana —dijo.

—No. Gimena —dije yo.

Juan Cruz rió.

—Compás de dos cuartos.

—Yo voy a comprar pan —le dije—. Pero un cuarto. No dos.

Como evidentemente no entendía, Juan Cruz me explicó. Befana era el nombre de la canción. Compás de dos cuartos..., ya no me acuerdo. Se paró y se acercó. Se limpió el pantalón y me dio la mano. El pantalón de Juan Cruz y las teclas del piano estaban igual de embarradas. Después se disculpó.

—No toco muy bien. Aprendí de grande.

Estuve a punto de decir lo que enseguida dijo él:

—Pero acá... a quién le importa, ¿no?

Los pelos revueltos y la barba a medio crecer le daban aspecto de arlequín. O quizá la ropa: nada combinaba con nada. Era flaco Juan Cruz. Era viejo. Antes de matarse me diría. Cuarenta y seis años. La edad a la que murió el autor de Befana. Él quería morir a la misma edad. El mismo día. Ése día.

Levantó la tapa del piano que cubre las cuerdas y de adentro sacó una soga. La tiró al aire varias veces hasta engancharla de una rama gruesa. En una punta trenzó un nudo corredizo. Me apoyó una mano en un hombro.

—¿Sabe tocar?

Medio que se lamentó cuando le dije que no.

—Quería terminar escuchando Befana —dijo.

Le propuse que me enseñara. Me agarró del brazo y nos acercamos al piano.

—Es fácil —dijo. Y fue tocando, despacio, el pasaje principal. Tarareando sobre el sonido del piano. Me miró y levantó las cejas—. Aunque sea eso —dijo—. ¿Se anima?

Probamos varias veces. Al fin pude, en un tiempo que, según él, no estaba tan mal, articular los dedos en las teclas correctas.

—¡No pierda el *tempo*! —dijo mientras se anudaba la soga a la garganta.

Subió al árbol. Era alto Juan Cruz. Ajustó, fuerte, un nudo en la rama.

—¡El *tempo* es todo! —dijo—. La música sólo existe en el tiempo.

Cualquiera hubiera contado hasta tres. Juan Cruz, parado sobre la rama, contaría hasta dos. Bajé la vista a las teclas. Sentí, concentrada en el entrecejo, toda la fuerza de Befana. Preparé las manos. Después del dos empecé a tocar, Juan Cruz saltó. Cerré la tapa del piano y me puse a llorar. En el mercado compré dos cuartos de pan; que me dijeron, es lo mismo que medio kilo.

Cuatro tapas y manijas amarillas

Enrique José Decarli
Argentina

Miguel llega, aplaude o toca el timbre. Espera junto a la reja; a los pies, la caja negra: cuatro tapas y manijas amarillas. Minutos antes del horario que prometió venir, me paro tras la ventana, me gusta verlo llamar. Me gusta verlo esperar y pensar: qué pensará Miguel mientras espera. Abro la puerta y le hago señas. *La reja está sin llave, Miguel, pase.* Y pasa. Primero la caja, después Miguel.

En el umbral me da la mano y sonrío. Dice que tiene que cambiar la caja. Las tapas se le abren solas de tan falseadas. Le digo que sí, que debería, pero no le creo nada. Miguel siempre está por cambiar la caja. Adentro me mira y ya lo sé. No quiere perder tiempo. Entonces lo guío, *Por acá Miguel, al fondo.* Por cada ambiente que atraviesa dice permiso. Adelante, digo yo por cada ambiente que atravesamos. En el patio, por ejemplo, lo pongo frente al enemigo. Mi enemigo, en realidad. Mis enemigos no son los mismos que los de Miguel. Miguel es amigo de la cisterna, de las cajas de luz, de los rollos de cortina. Se para frente al bombeador y lo desarma con la mirada. Funde el metal. Penetra el mecanismo y vuelve a mirarme. Entiendo que debo irme. La única condición que puso la primera vez que lo contraté: *Jefe..., yo laburo solo.*

Él no lo sabe (o creo que no lo sabe). Hace tiempo me agarró curiosidad. Desde antes de que Miguel llegue, tengo elegido un escondite para espiarlo. Miguel camina por el patio. Mira a todos lados. Se asoma por la puerta del living, y confiado, supongo, en que nadie lo ve, vuelve al patio y abre la caja. Nunca pude ver adentro, no hubo escondite que me lo permitiera. Sé que es negra. Abismalmente negra. Sé que Miguel pierde los brazos hasta los hombros. A veces, el tronco, hasta la cintura, y las manos vuelven, de las profundidades, armadas con instrumentos rarísimos. No son herramientas comunes. Son cosas que jamás vi en ningún otro lado más que en manos de Miguel. Se arrodilla al lado del bombeador y le pregunta qué pasa. El bombeador dice, según el caso, lo que determina una u otra voz, que tiene la correa muy gastada, o el tapón sin teflón. Miguel lo acaricia. Todo bien, amigo, le dice, y empieza a desarmarlo. Ajusta acá y allá. Engrasa. Lija. Pregunta: Qué tal ahora. El bombeador dice: Mucho mejor.

En casa, y esto lo sé gracias a Miguel, hasta las llaves térmicas hablan. Por eso a veces tengo miedo. Miedo de que un día me delaten. Supe de rivalidades. De noviazgos. De roturas y separaciones de cables que terminaron en cortocircuito. Por el momento nunca escuché hablar mal de mí. Pero hay días en que me siento amenazado. Observado por mil filamentos incandescentes dispuestos a electrocutarme. Por el cucú, que sale a cantar cuando quiere. La cerradura, en el seno

de su combinación, tiene el poder de encerrarme hasta que muera, solo, hambriento. Igual pienso. Pienso y espero. Nada de eso va a pasar mientras no deje de llamar a Miguel.

Entonces las herramientas caen en la caja. Caen como si cayeran al fondo del mar. Las cuatro tapas se cierran. Escucho a Miguel caminar por la cocina, pedir permiso, entrar al living. *Listo, jefe*. Salgo del escondite con un libro o el diario. Simulo que Miguel me interrumpió y Miguel se disculpa. Le digo que no es nada, le pregunto qué era. Siempre me dice algo distinto de lo que el bombeador o el lavarropas (o lo que sea que vino a arreglar) le dijo. Le pregunto cuánto es. Se rasca la cabeza. Saca cuentas mirando al piso. Cincuenta y dos pesos, dice. La única tarifa que le conozco, trabaje diez minutos, media hora o dos días enteros. Le pago y lo acompaño a la puerta. Me da la mano y sonrío. Hasta la próxima, dice. Y sale. Primero la caja. Después Miguel.

El Negro Vila

Enrique José Decarli
Argentina

El Negro Vila era, además de negro, narigón. Tan negro y tan narigón que casi presumía. Por eso cuando lo conocí le agarré bronca. Al tiempo nos hicimos amigos y me presentó a la familia. Lo primero que noté fue que ninguno era negro. Ninguno es narigón en la familia Vila. Adoptado de acá a Luján, pensé. Y me dio lástima, pobre Negro. Negro, narigón y adoptado.

Lo encaré una noche que estudiábamos. Serían las dos de la mañana y el Negro se caía de sueño. Pero aun con las defensas bajas, cómo se aborda a un amigo sobre un tema así. Revolver que los padres no son los padres, que el hermano no es el hermano.

—Negro... —le dije para empezar—. ¿Te pasó algo en la nariz?

—De chico me tragué una silla —dijo—. Y no te rías.

No me había reído ni me hubiera reído por nada del mundo. El Negro —un tipo alegre—, estaba mortalmente serio.

—Se me fue a la nariz —dijo—. Y ahí se trabó.

Supuse que prefería evitar el tema y un rato aguanté. Después, se me hizo imposible.

—¿Te duele?

—Ya no —dijo.

Conté las sillas del living. Los juegos de mesa y sillas (cualquiera lo sabe) traen seis sillas. En casa del Negro había cinco.

—Negro... Disculpame. ¿La silla que falta...?

—Sí... —contestó sin levantar la vista.

Al confirmar qué clase de mueble tenía el Negro en la nariz, la verdad, ya no me pareció tan narigón. Sí me llamó la atención que no sobresalieran las patas o el respaldo. Y se lo dije.

—No se te nota, Negro.

—¿Me estás cargando?

—En serio, che... No se te nota.

Entonces la cara se le iluminó. Y lo dijo. Dijo las palabras que lo convirtieron en mi amigo más entrañable.

—¿Querés verla?

—Por favor...

El negro acercó el velador. Tiró la cabeza para atrás y separó las aletas de la nariz con los pulgares. Me agaché y miré. Ahí estaba. Se la veía en perspectiva. Las patas. La tabla del asiento. El respaldo incrustado en el cerebro del Negro o en el techo del

living.

—¡Qué loco, Negro! —le dije.

—No le digas a nadie —me pidió.

Enrique José Decarli nació en Buenos Aires en 1973. Es abogado y músico. Publicó Desde la habitación del sur (Libresa 2009), finalista del Concurso de Literatura Juvenil Libresa 2008. En 2010, el Ministerio de Educación, en el marco del Plan Nacional de Lectura, lo recomendó para la Escuela Media. Desde 2008 dicta talleres de lectura y narrativa en la Municipalidad de Almirante Brown y en instituciones privadas.

El abuelo y su colección de lunas

Marcelo N. Motta
Argentina

—¡Papá! ¡Al abuelo se le cayó una luna en el pie!

Grité lo mejor que pude. Me llamo Axorum y no pude menos que expresar a viva voz el desastre que yo mismo había provocado. Jugaba con las tres lunas del planeta Z31.

Las hacía bailar y rotar sobre mis dedos. Es divertido hacer malabares con lunas.

Incluso más divertido que hacerlo con planetas. El abuelo deambulaba distraídamente muy cerca de mí. Había tenido demasiados percances este último milenio.

Fue absorbido por un agujero negro y no lo pudimos ubicar hasta hace dos días.

Doscientos años de incesante búsqueda para enterarnos finalmente que el viejo no la había pasado tan mal. Se precipitó por el agujero y cayó en una dimensión dominada en un noventa y cinco por ciento por su elemento químico preferido: el voltamio. Lo halló en su mejor estado: al nivel treinta de ionización y a menos ochenta grados Celsius de temperatura. El abuelo es un fanático de este elemento, aunque sólo lo había consumido a menos veinte grados Celsius. Ocurrió lo que temíamos. Se agarró una indigestión energética terrible. Y como si esto no fuera suficiente, consumió además casi la totalidad del voltamio existente en esa dimensión. Dejó casi un vacío de energía en la octava dimensión Primigenia.

La luna cayó pesadamente sobre su dedo pulgar. Los gritos recorrieron miles de años luz y llegaron a Próxima Centauro, una estrella cercana a uno de los planetas más asquerosos que hay, llamado Tierra. Allí, en Centauro, mi hermana Suprea gozaba de unas hermosas vacaciones junto a su esposo y mascota, un Lorum del Trópico. Suprea no pudo evitar inquietarse al escuchar los gritos del abuelo. Estaban en el decimoprimer orgasmo cuando sucedió. Tuvo que apresurarse en traspasar las barreras de las nueve dimensiones Primigenias antes de que se cerraran hasta el próximo milenio. Aprovechó la ocasión para interceptar a nuestro sobrino Mercix, quien había escapado con su compañerita de juegos, Umbrea. Se ocultaban en la quinta dimensión Primigenia, fuera de la vista de cualquier ente energético u orgánico. El nene y su compañerita procrearon ciento veinticuatro hijos esa jornada. Le habíamos permitido una cuarta parte de clones, pero Mercix originó una cantidad asombrosa. Para colmo uno de los clones mordió mi segundo látigo de plasma.

¡Casi lo reviento! Y en cuanto al abuelo...

...Está un poco dolorido. Lo recluiremos temporalmente en un campo magnético cuádruple. Papá y yo esperamos que así apacigüe su dolor y su ira. El abuelo es muy susceptible y se enoja fácilmente por cualquier motivo. Lo peor de todo es que le

rompí una de las lunas de su colección, y él aún no lo sabe. ¡Se hizo pedazos! La vez pasada no sé cómo me perdonó que le convierta el planeta B54 en una supernova. No creo que me perdone ésta. Esa luna era demasiado valiosa para él, ya que presentaba una densidad atómica inusual para las lunas de nuestra Galaxia. Además, con ella había obtenido el primer puesto en el concurso «La mejor luna del Cúmulo Vigesimoquinto» que organizó la Confederación Intercósmica en el siglo LIV. Estaba muy orgulloso con ese premio, nunca antes había ganado nada. Pero ese premio flotaba ahora ingrávido, perdiendo paulatinamente su materia y alejándose de la galaxia a tres mil megámetros por segundo.

Papá está ahora con el abuelo. Creo que discuten acerca de mi comportamiento.

Seguramente piensan que soy terrible. Espero que no me castiguen con los anillos electrolíticos. Papá trata de convencer al abuelo de que sólo fue un accidente. Pero abuelo no cree más en mis «accidentes». Piensa que lo hago a propósito. No, definitivamente no nos llevamos bien mi abuelo y yo. Tal vez todo se solucione si lo arrojo al desintegrador casero, pero papá no quiere que repita lo de mamá.

¡Pobre mamá! Todo hubiese salido mejor si ella no me hubiese dicho que papá era impotente. Papá y yo estamos mejor ahora sin ella.

Papá sigue discutiendo con abuelo. Le está diciendo que no lo moleste con su ridícula colección de lunas inútiles. Comenzaron a luchar. El abuelo hinchó su cuerpo cinco veces su tamaño normal, lo que significa que está realmente enojado. Papá se pone literalmente violeta. Jamás se había asustado hasta llegar a esa gama de color. Abuelo lo tiene a papá en el suelo, y comienza a descargarle hidrógeno líquido en su rostro. Papá trata de defenderse como puede, pero pierde las fuerzas. Se quema lentamente. Canta una ópera letánica como síntoma de dolor, mientras que sus veinte extremidades van perdiendo consistencia y se convierten en una gelatina verdosa.

A papá le tocó perder esta vez. Ya era tiempo. Batallaba con abuelo desde el origen del Universo, desde la explosión inicial. El abuelo concluyó victorioso la disputa. Ahora él es el líder de la Galaxia Sagrada, dueño de las puertas de las nueve dimensiones Primigenias, por lo tanto eso quiere decir que yo también perdí. Los abandono. De ahora en más tendré que hacer el amor con abuelo, por el futuro de nuestra exclusiva y honrada estirpe.

En cuanto a las lunas, la colección, desde este momento, pasa a ser de mi incumbencia...



Marcelo M. Motta nació en Quilmes en el año 1964. Comenzó a escribir en el año 1986.

Participó en varios certámenes literarios, entre ellos:

Concurso literario Círculo Médico de Quilmes 1989 – Tercer premio en cuento breve por «Marche una especial con queso».

Publicado en varias antologías de la Fundación Centro Cultural San Telmo entre los años 1993 y 1994.

Publicado en antología de Embajada de Las letras – año 1994.

Primer premio en el género cuento en concurso literario Círculo Médico de Quilmes, 1996.

Mención de honor en la categoría Creatividad otorgado por la Comisión Coordinadora de Actividades Culturales del Partido de Quilmes. Candil de Kilmes, 1997.

Primer premio en la categoría Adultos por «Vértigos». Segundo certamen nacional de poesía FM Sur. Programa Buenos días con buenas ondas. Quilmes, 1997.

Es miembro de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) de Capital Federal.

Año 2010. Jurado en el Certamen Literario de Verano organizado por el Grupo Almafuerte.

Año 2010. Jurado en el Concurso Literario V Aniversario SADE delegación Bernal, Quilmes.

Mayo de 2011: Coordinó la presentación del Café Literario Almafuerte en la 37° Feria del Libro de Buenos Aires, donde, entre otros libros, presentó «Vértigos», su primer poemario.

Publicó cuatro libros: 13 cuentos oscuros (2008), Liposo, una épica del futuro (2009), Vértigos (2011), y Otros 13 cuentos oscuros (2011).

Asiste desde noviembre de 2012 al Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco.

Recién llegados

Elías Alejandro Fernández
Argentina

Despertó cansado, como si las doce horas de sueño hubieran sido laborales.

Puta resaca...

El reloj marcaba mediodía. Otro día descontado en el Call Center. Bueno, mejor. Los pechos de la rubia que dormía a su lado bien lo valían.

¿Dónde estoy...?

Ni un recuerdo de anoche. Nada. Ni siquiera haber tomado. Ni siquiera haber salido. ¿Sería muy descortés averiguar el nombre de ella en cuanto despertara? Quizá lo entendería, y hasta se riera. El mareo era terrible. Sus pensamientos sonaban como una voz ajena, metálica.

Aquí tenemos una pareja de humanos muy reciente. Necesitan un nombre, ¿no creen?

Claro que lo necesitan. Ni él recordaba el suyo. O por ahí no tenía ganas. Era lo más probable. Miró alrededor desde la almohada. Qué lugar tan chico. De más está decir que no era su casa. De todas formas, lindo monoambiente. Con esfuerzo de titán, se despegó de la almohada.

¡Por fin! ¡Se levantó el macho!

Apoyó los pies en el piso de madera, y se despegó del colchón. Con el equilibrio de un zombie, llegó hasta el baño. Cuarenta segundos de orina. Se lavó las manos, y salió sacudiendo la humedad como si el piso fuese de tierra.

Ahí vuelve. ¿Qué tiene en la cara? ¿Sucio? No. Se llama barba. Es pelo que crece alrededor de la boca. Al fin y al cabo, es un simio con inteligencia práctica.

Ella se movió. Las sábanas cubren ahora la mitad de su cuerpo, y él desea recordar con todo detalle lo que pasó anoche. Qué mujer... Sólo espera repetir en unos minutos. Su cola se ve tan firme... Su cuerpo tan estilizado... No es flaca. Tampoco es gorda. Está al dente. Y él se derrite ante el succulento espectáculo. El cosquilleo en su pene le indica que la ansiedad lasciva lo está inflando de sangre. Por favor, que se despierte pronto...

Parece que busca aparearse... ¿Estará en época de celo? No, chicos... Los humanos son una de las pocas especies en el universo que tienen sexo por placer. Su época de celo dura todo el año...Es el primer día que están juntos... De seguir así, pronto vamos a tener cachorritos.

Cierto. Los forros. No hay preservativos por ningún lado. A ver el tacho... Tampoco. Y está casi limpio. Decime que lo usamos... Al fin y al cabo, no sé ni quién es... ¿Lo habrá tirado en el inodoro? Por ahí no hubo sexo... Ojalá... Total, no me perdí de nada. ¡Ahí se mueve! Abre los ojos... Espero que su memoria

funcione... Qué linda que es, por Dios... «¿Quién sos?». Mierda, no se acuerda de nada... «¿Esta es tu casa...?» ¿Cómo «mi casa» ...? ¿No se acuerda de dónde vive? Bueno, al menos parece que no le desagradó... Mira el lugar... Lo examina... ¿Estaremos en un telo? Mierda... nos van a cobrar un montón... ¿Qué pasa? ¿Qué viste? Señala algo en el techo. El grito de terror me obliga a darme vuelta. Alrededor de quince figuras grises, enormes ojos negros sin nariz ni pelo y con un leve aspecto de persona nos miran por una claraboya. El efecto del sedante en mi cuerpo recrudce, y las voces vuelven a hacer presencia:

—*Bueno, ya saben... está abierto el concurso para ponerle nombre a la pareja de humanos. El que salga elegido gana entradas gratis al zoológico por todo un año.*

—¡Bieeeeeeeen!

Elías Alejandro Fernández es estudiante de Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires.

Testigo universal

Ricardo Gabriel Zanelli
Argentina

Según él, mi amigo Godofredo es un creador. No propiamente un artista, aunque tal vez sí.

—Yo creo mundos —me dice, pero nunca he comprendido el significado exacto de la frase.

Nos vemos poco, pero cuando me llama generalmente es por algo importante. Afirma siempre que debo oficiar de testigo. Testigo de sus creaciones, como él dice.

—Alguien tiene que dar fe de mi obra —se justifica.

Cuando me llama, vamos a unos acantilados cercanos. Allí, al borde del precipicio, él extrae de unas alforjas una suerte de goma de mascar y comienza a rumiar con ella.

—Esta es la mejor materia prima —me suele decir, con orgullo.

—Empecemos —dice, y comienza a hacer globos con la goma de mascar. La mayoría explota, otros no se expanden, pero dos o tres sí lo hacen.

—¡Bang! —exclama mi amigo, extrañamente no cuando uno colapsa, sino cuando sobrevive.

—¡Bang! —ya van dos seguidos.

—Esta materia prima es mágica —comenta—. Si no desaparecen, mis mundos se expanden *per secula seculorum*. —Y están llenos de vida ¿eh? —agrega, henchido de satisfacción

Al atardecer, cuando volvemos por el sinuoso camino viejo, Godofredo se siente feliz si pudo crear cuatro o cinco mundos. «Mis criaturas», como se ufana él.

Honestamente, mi trabajo de testigo me aburre un poco, pero el paseo es siempre agradable.

Ricardo Gabriel Zanelli nació en la Argentina en 1962. Es autor de LA RULETA RUSA DEL TIEMPO (Cuentos), 2004, Editorial Argenta (ISBN 950-887-267-5). Ha publicado varios cuentos y ensayos breves en diarios (La Voz del Interior), y revistas (Revista Cuásar) de Argentina.

La balada de Holommir

Ibai Otxoa
Argentina

En una soleada mañana de viernes, Holommir el notario, hijo de Broudoon el zapatero, miraba por la ventana de su hogar. La Plaza Mayor del Reino bullía de actividad, pues era día de mercado; mas sobre las gentes se cernía la sombra de la incógnita, pues no sabían quién sería su próximo rey. Holommir conocía muy bien aquella sombra, pues él había sido uno de los encargados de preparar los documentos de sucesión.

El asunto era considerablemente complicado: el rey tenía siete hijos, y en un principio parecía claro que el trono lo heredaría el mayor. No obstante, los criados de la corte descubrieron que él había envenenado a su padre, de modo que fue aprehendido y encadenado con grilletes de diamantes y cuatro hermosas criadas que le darían de comer y atenderían sus necesidades hasta que muriera.

Holommir se encargó de los documentos que garantizarían que el segundo hijo heredaría el trono, mas la reina se derrumbó y confesó entre lágrimas que el segundo hijo era un bastardo. Su auténtico padre era un criado, que fue condenado a una dolorosa muerte a manos de los cuarenta verdugos del Reino.

La tercera hija era una mujer, y estaba escrito que las mujeres no podían heredar el trono mientras tuvieran hermanos mayores vivos; esto había traído muchos dolores de cabeza a Holommir, pues, aunque el hermano mayor legítimo de esta hija hubiese envenenado a su padre, seguía estando vivo. Finalmente, tras días de discusión entre él y el resto de notarios, decidieron que el trono tenía que pasar al cuarto hijo.

Sin embargo, el cuarto hijo había sido acusado de traición hacía años por intentar vender a sus hermanos en una guerra, y permanecía encerrado en la mazmorra más profunda del Reino, bajo una losa de oro custodiada por veinte guerreros armados con espadas y veinte guerreros armados con lanzas, que nunca abandonaban su puesto.

El quinto hijo hubiera podido heredar el trono, de no ser porque doce de los trece hechiceros del Reino aseguraron que era en realidad una bruja que había asesinado al quinto hijo, ocultado su cadáver y suplantado. El hechizo no podía ser deshecho, mas la bola de cristal aseguraba que era, en verdad, una bruja, por lo que había poco lugar a dudas. No obstante, esa pequeña duda también debía evitar el arresto o ejecución del supuesto hijo.

La sexta hija era también una mujer, por lo que no podría heredar el trono, en un principio. Mas dicha hija pagó con seis docenas de monedas de oro a una bruja para que la transformase en un hombre, por lo que sí podría heredar el trono. Todos los papeles estaban ya redactados cuando Holommir, por casualidad, encontró una antigua ley redactada setecientos setenta y siete años antes que estipulaba que un hijo no podría heredar el trono si había sido hija en el pasado.

Finalmente, el séptimo hijo parecía el candidato adecuado. No obstante, el rey había sido el séptimo hijo de su padre, por lo que el candidato era el séptimo hijo de un séptimo hijo, de modo que debía convertirse en hechicero, y los hechiceros no podían ser reyes.

De modo que parecía que el reinado recaería sobre el hermano inmediatamente menor del rey. Mas, en cuanto Holommir terminó los papeles correspondientes, el tercero de los hermanos mató al segundo. Puesto que el asesinado no era rey ni príncipe, solamente noble, y el asesino era también un noble, el asesinato no podía ser condenado tan fácilmente: hizo falta un largo juicio que finalmente el asesino perdió.

De todos modos, en cuanto perdió el juicio, sus cincuenta mejores guerreros irrumpieron en la sala y mataron a todos los guardias, además de obligar a Holommir a reescribir los papeles de tal modo que el asesino pudiese reinar.

Y, por ahora, el trabajo de Holommir estaría acabado, de no ser porque el nuevo rey había sido asesinado aquella misma mañana, horas antes de la ceremonia de coronación, presuntamente a manos del ejército de Andanastia, el reino vecino. Mas su rey negaba que dicho asesinato hubiera sido cometido por ellos, y no había nada remotamente parecido a una invasión en marcha.

De modo que en aquellos momentos, Holommir se encontraba frente a un papel en blanco, sin saber muy bien qué escribir, puesto que no había nadie dispuesto a heredar la corona. Pero, de pronto, una flecha entró por la ventana y cayó en su mesa, con un pergamino atado en torno a ella.

El notario, atemorizado, desenrolló el pergamino. «Holommir el notario, por la presente me complacería informaros de que, ante la ausencia de rey, yo, Virym del Pueblo de los Elfos, reclamo el trono. Me complacería encontrarme con vos en la sala de trono para arreglar los papeles.»

El notario suspiró y se encaminó hacia la puerta de su casa. Cuando salió, chocó contra lo que le pareció un muro de piedra. Aturdido, alzó la vista y vio a un hombre de rostro serio mirándole con desprecio.

—No hace falta que te molestes, notario. Acabo de arrancar la cabeza de Virym y clavarla en una estaca. Yo, Gork el Trituracráneos, reclamo el trono por mí mismo.

—Uh, bien —tartamudeó Holommir—. Será mejor que me ponga a escribir...

Mas, sin previo aviso, un rayo cayó sobre Gork, fulminándolo al instante. Desde el cielo se oyó una voz atronadora: «Holommir, has de saber que los dioses hemos decidido enviar un elegido para ocupar el trono. Es tu deber encontrarlo. Tiene una mancha de nacimiento en forma de espada en algún lugar de su cuerpo.»

—Bueno, se acabó... ¡Esto ya es demasiado! —exclamó Holommir.

Y así, se fue del Reino; y, tras un épico viaje no exento de aventuras, dragones, valles de hielo, y varios días caminando por las minas de los enanos para poder huir de las tropas del Elfo Oscuro, logró viajar a otra dimensión, en la que pasó el resto de sus días siendo un aburrido notario.

Ibai Otxoa (Bizkaia, España) ha publicado relatos y artículos en diversas webs, revistas digitales y blogs, como Ultratumba, Exégesis, Bella Ciao, Me gusta leer, Tus relatos o MiNatura. También ha publicado algunos relatos en papel en la antología Freak!, de la editorial Paranoia Comic Studio.

El deseo del discípulo

Juan Manuel Valitutti
Argentina

«Mirar cuesta poco.»

En el bosque de Villefere ROBERT E. HOWARD

«Ella inspira deseos de muerte.»

Cantos a la Reina SEFF EL LOCO

El docto exégeta del mal hubiera dado cualquier cosa por verle la cara a Barhiom el Sucio tan pronto se enterara de que era el flamante poseedor del Libro de los Muertos; pero la prudencia le recordó que el mote de «Sucio» no le había sido endilgado a su principal competidor por el hecho de ser un irresponsable desordenado, sino porque se especializaba —entre otras delicias— en la traición. De todas formas, la tentación fue tan grande que decidió comunicar el mensaje de una manera menos comprometedora... Se detuvo en el camino, y bajo la atenta luz de la luna, llamó: «¡Plata!». No tardó en posarse en su antebrazo un búho que se infló y ululó magníficamente, como un rey venido de la noche.

El emplumado visitante giró la cabeza para atender a las indicaciones de su amo.

—¡Encomienda para mi querido vecino Barhiom! —Narhitorek garabateó un escueto mensaje en un listón de papel y lo enrolló en la pata del búho—. ¡Bien! ¡A volar, Plata!

El portentoso ejemplar remontó vuelo con un batir de sus fuertes alas y desapareció en las sombras.

El hechicero no lo sabía, ¡pero acababa de cometer un grave error!

Retiró el Libro de los Muertos de entre los pliegues de su capa, y, mientras retomaba la marcha hacia sus dominios, se entretuvo hojeando las correosas páginas.

Caminó un par de horas, hasta casi promediar la distancia que lo conduciría a su morada, cuando sintió que el fragor de un rayo atravesaba su cabeza. Al mismo tiempo, una voz melancólica colmó el espacio palpitante entre sus sienes:

—Me has abandonado...

El nigromante se detuvo en seco y desvió la vista de los crípticos signos. Estaba solo en medio de un páramo de arbustos raquíticos, y en el horizonte aún no se perfilaba la cúpula de su torre ladeada.

—¿Quién me habla? —Oteó la noche a su alrededor. Un vientecillo levantó momentáneamente el ala de su sombrero.

Miró a uno y otro lado, y no recibió respuesta. Pensó en su más reciente adquisición: el libro que tenía en su poder, y consideró la posibilidad de que las

necrománticas líneas estuvieran socavando su mente. Lo guardó en un estuche forrado en piel y se dijo que lo leería más tarde. «¡Tendré que ir más despacio!», pensó. «¡No se puede indagar en los arcanos del Cosmos sin sufrir serias consecuencias!».

Respiró hondo, se acomodó el sombrero en la cabeza y reanudó la caminata.

En ese momento, volvió a escuchar la voz:

—¿Recuerdas lo que me pediste de niño, cuando te asomaste a la ventana de tu celda?

Narhitorek se detuvo nuevamente, y, alarmado, desenvainó la espada. Pensó en Mardella, la hechicera-vampiro, y pensó en Rufius, su atormentado esbirro; pero ambos estaban lejos: el uno, sano y salvo, cabalgando hacia la posada *El trueno azul*; la otra, malherida por la reciente batalla, sometida a un proceso de regeneración que la confinaba al interior de un capullo secretado por su propia piel.

¿Entonces?

Quedaba una posibilidad: el eterno compañero nocturno del nigromante, que lo seguía de puerto en puerto, como una sombra...

—¿Y bien, Tenaz? —Narhitorek espió divertido a su enorme gato tuerto—. ¿Tienes algo que decirme... algo que yo no sepa?

El felino clavó la aureola verde del ojo bueno en su encapotado amo.

—¡Mauuuuuuuu! —dijo.

El hechicero echó la cabeza para atrás y soltó una explosiva carcajada.

—¡Eso me supuse! —Se restregó los ojos y reanudó la caminata—. Hemos tenido una noche agitada, ¿no lo crees?

El gato no dijo nada, y caminó sedosamente a la par del nigromante. En efecto, la noche no había sido fácil, especialmente para Rufius Malakkai Treviranus, el ladrón más avezado de la Cofradía de Mérido, quien, sujeto al imperativo homicida del nigromante, había penetrado en los dominios de la lamia Mardella con el objetivo de robar la obra fatídica del Vate Loco. «No, no fue fácil», concluyó Narhitorek. «¡Pero el saldo ha resultado prometedor!». Apretó el estuche de piel contra su pecho, mientras se internaba por un sendero sombrío que, más adelante, se hundía en el embudo de un valle.

—Dentro de poco estaremos en casa, Tenaz —observó el nigromante—. ¡Dile a tu estómago que no haga tanto ruido!

En lo alto del cielo, unas nubes se deslizaron con sigilo, y la luna espió por entre los jirones deshilachados.

—¿Por qué no te adelantas, viejo cascarrabias? —sugirió el hechicero—. Debo completar una tarea que me quedó en el tintero.

El gato se quejó —todo parecía indicar que esa noche tendría que cazar su cena—, y se alejó por el camino, con el rabo dignamente enhiesto.

El nigromante juntó unas ramas y las amontonó en una pequeña pira alrededor de un círculo trazado con piedras. Encendió un fuego y tomó asiento en un tocón. Retiró

el correoso volumen del estuche y lo abrió. Aspiró el aroma agradable que emanaba de las amarillentas cuartillas y se dispuso a leer. «¡Después de todo, los libros no muerden!», pensó. Cuando volteaba la primera página le llegó, susurrante como la caída de las hojas otoñales, la prístina voz:

—Me pediste que matara a Orhannos, tu malvado maestro, ¿recuerdas?

Esta vez, Narhitorek se puso de pie. Lo hizo tan intempestivamente que el libro cayó de sus manos. El nigromante le dedicó una mirada desaprensiva al objeto caído, por el cual tanto había luchado. Algo más inmediato ocupaba su mente; algo que tenía el apremio de los años idos: un recuerdo de la infancia, que lo había asaltado con la fuerza de una brutal infantería abriéndose paso por los corredores de su mente...

La voz, implacable, continuó:

—Te asomaste a la ventana de tu celda y me pediste que castigara a Orhannos...

Narhitorek levantó la vista. El cielo estrellado parecía un ti vivo repleto de fantásticas figuras abigarradas. Y, en medio de ese paisaje giratorio, como una reina secundada por los miembros de una corte cósmica, esperaba... *la luna*.

El nigromante abrió la boca, pasmado ante la posibilidad de encontrarse a sí mismo hablándole al fantasmagórico satélite, cuando lo abordó una segunda voz:

—¡Buenas noches, caminante!

Narhitorek se volvió y observó al forastero que había surgido de los caminos nocturnos. Tenía un gran sombrero de paja que caía sobre su rostro parcialmente velado. Vestía un atuendo de seda ajustado, con una gran faja carmesí que rodeaba su talle grácil. Por los vivos colores de sus prendas, Narhitorek concluyó que se trataba de un habitante oriundo de la vecina Isla Cangrejo. El extraño se sentó a la luz del fuego. Las danzantes llamas avivaron su rostro enigmático, mientras el nigromante volvía a acomodarse sobre el tocón, con la mayor naturalidad que le fue posible adoptar.

—Buenas... —carraspeó.

—Una noche agradable, ¿no lo cree? —El desconocido se llenó el pecho con una satisfactoria inspiración—. Una noche agradable y límpida, con un aire sugerente, ¿eh?

—Ajá... —asintió el nigromante. Hurgó entre los dobleces de su capa y retiró su pipa—. ¿Usted fuma, amigo?

—Usted fuma amigo —repitió, frío y mecánico, el forastero. Calló entonces, y se quedó quieto, como una estatua.

Narhitorek llenó su pipa, displicente en sus gestos. Tenía miedo. ¡Oh, claro que tenía miedo! El nigromante pensó que si los receptores de la leyenda que se tejía en torno a su persona cobraran conocimiento de las inquietudes que decidían sus pasos, tendrían motivos más que de sobra para sentirse defraudados. Pero, ¿acaso no era él un simple mortal? ¿No corría sangre roja por sus venas, como la de los mendigos o la de los reyes?

El docto exégeta del mal meditaba estas cuestiones al tiempo que aplicaba sendas pitadas a la boquilla de su pipa.

—Dígame, amigo —comenzó, decidido a tomar las riendas del asunto—, eso que tiene en la cara... ¿es una máscara?

La estatua cobró vida y giró la monolítica cabeza. No dijo nada.

Narhitorek probó otra cosa: comenzó a reírse. Sabía que sus gestos eran de gran ayuda en las situaciones complejas. No amilanarse y enfrentar el problema. Ejercer el oficio del hipócrita.

Los saltitos de Narhitorek lograron que el extraño ladeara el fantoche de la máscara.

—Es interesante —carraspeó el hechicero, mordiendo la boquilla de su pipa—. ¡Oh, es muy interesante!

El forastero, por fin, dijo:

—¡Pues, sí, señor, es una máscara! ¡Una que remeda las facciones de un lobo, como puede ver!

Narhitorek pitó de su pipa.

—¡No me diga! ¿Y se puede espiar?

—Nada cuesta ver. —El enmascarado se puso de pie y llamó al nigromante con un lánguido gesto de la mano.

Narhitorek abandonó su puesto en el tocón, avanzó un paso y se detuvo. Las llamas de la fogata incrementaban con su bailoteo el aspecto postizo de la canina faz.

Avanzó otro paso, y la voz lunar descendió del cielo como el rocío nocturno:

—¿Sabes qué hallarás detrás de la máscara?

Narhitorek mordió la boquilla de su pipa. Preguntó:

—¿Y qué veré, amigo?

La respuesta fue terminante:

—Los dientes de un lobo, amigo.

—¡Ah! —El nigromante buscó la empuñadura de su espada.

—¡Un momento! ¿Qué es lo que hace? —El enmascarado adelantó sus manos abiertas en son de alarma—. ¿Quiere matarme? ¿Acaso quiere matarme? ¡Usted debe ser un loco, caballero!

A continuación, el enmascarado saltó como un *saltimbanqui* en pleno acto de acrobacia y empezó a correr, profiriendo alaridos en torno a la fogata.

—¡Un loco, un loco! ¡Oh, un loco! —Lloriqueaba, se revolcaba por el piso dando volteretas, levantaba los brazos y los zarandeaba—. ¡Que me come un loco!

Narhitorek no movió un músculo: la capa descorrida, la mano sobre el pomo de la espada, la pipa enmarcada en el cuadro de unos dientes al acecho; sólo su mirada torva seguía la evolución del comediante, que se desgañitaba improvisando su número grandilocuente.

—¡Basta! —dijo—. ¡Suficiente!

El *saltimbanqui* se detuvo, pero no interrumpió su *performance*: sus movimientos

se aletargaron hasta convertirse en una parodia de sí mismo.

La voz prístina del cenit llovió dulce sobre Narhitorek:

—No queremos enfurecerte o ponerte nervioso... —El nigromante sintió el suave roce de unos dedos deslizándose sobre sus hombros encapotados; al mismo tiempo el rostro velado de su contrincante rayaba como un sol moribundo a sus espaldas—. Sólo que cumplas con tu parte del pacto...

—¡Pacto! ¿Cuál pacto?

—Bueno, yo maté a Orhannos.

—¡No, yo lo hice!

—Yo preparé el momento, adoctrinándolo por las noches... Susurrándole deseos de muerte...

El *saltimbanqui* corrió a derecha e izquierda de Narhitorek, improvisando un altavoz sobre sus orejas.

—¡Basta! —El nigromante se deshizo del payaso que lo rondaba con un vigoroso empujón. El enmascarado se llevó una mano a la mejilla, como si hubiese sido abofeteado. Se retiró hecho un ovillo, ofuscado y ofendido.

Narhitorek clavó los ojos en la luna, respirando entrecortadamente.

—¿En qué consiste mi parte del pacto?

—¿No lo adivinas? —susurró la luna.

Se escuchó un feroz rugido a espaldas del hechicero.

Narhitorek se volvió, desenvainando la espada.

El enmascarado esperaba de pie, la palma de una mano pegada a la otra, en pose eucarística.

—¡Bah! —Narhitorek escupió al suelo y emprendió la retirada. No avanzó dos pasos cuando oyó:

—¿No olvidas algo?

Se detuvo y giró sobre sus talones. La estatua del enmascarado le extendía el Libro de los Muertos.

—¡Qué descuidado! —lo amonestó la luna.

Narhitorek le arrebató el libro al *saltimbanqui*, que tomó distancia con un delicioso brinco. Le dio la espalda y comenzó a alejarse, dando grandes zancadas, y evitando la tentación de volverse.

La luna lo espía por entre las copas de los árboles.

—¿No tienes MIIIIIIIIEDOOOOO? —le susurró.

Narhitorek ignoró —o pretendió ignorar— a la voz. Reintegró el ejemplar a su estuche y retomó su atareado camino. No estaba lejos de su torre ladeada, pero, aun así, ¿cómo escaparía al influjo de la luna? ¿Cuántas veces había acudido a su luz salvadora para estudiar hasta altas horas de la noche? ¿Cuántas veces la había enfocado con su complejo ingenio de tubos y lentes, deseoso de comprender su naturaleza celeste? ¿Y los poemas de Seff el Loco, sus *Cantos a la Reina*? ¿Acaso no eran sus favoritos? «Ella pace sobre blanca mortaja» / «Ella boga sobre mares de

sangre».

—¿En qué piensas? —lo increpó la luna.

—¡En nada! —mintió Narhitorek.

La luna asomó tras un manto brumoso.

—¿Qué tienes en la nuca? —preguntó, sorprendidamente.

Narhitorek se detuvo a regañadientes. Pero, por otra parte, ¿qué podía hacer?

—¿En la nuca?

—Eso dije —afirmó la luna—. ¿Te duele?

Narhitorek se revolvió inquieto, pero antes de abrir la boca se llevó la mano a la nuca. La retiró húmeda, ensangrentada. «¡Qué demonios...!», pensó.

—Parece un golpe, ¿no? —observó la luna.

El nigromante llegó al límite de su paciencia.

—¡Final del juego! —escupió—. ¿En qué consiste mi parte del pacto?

—¡Oh! ¡Pensé que ya lo habías entendido! —La luna desapareció tras un manto de nubes. Sólo se oyó su voz—: ¡Necesito un capitán para mis ejércitos!

Narhitorek paladeó las palabras que acababa de oír y las comprendió en todo su espantoso sentido.

Retiró la espada de su funda y bramó:

—¡Estás loca si crees que yo...!

—¿Creer? ¿*Creer*, has dicho? Yo no creo en nada, amigo...

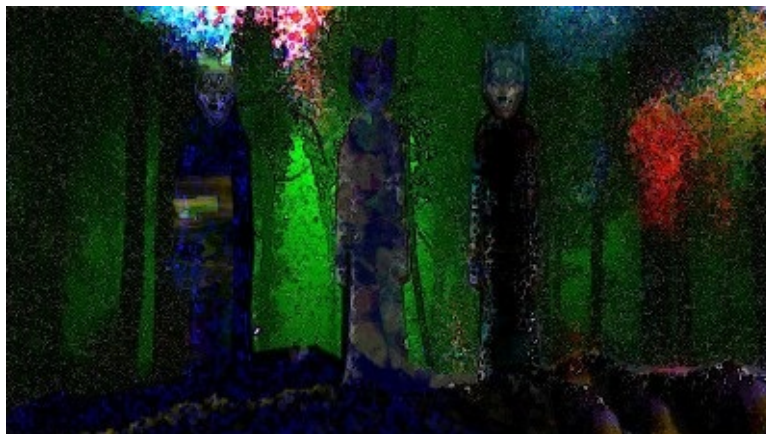


Ilustración: Valeria Uccelli

De las sombras circundantes, emergió un grupo de tres enmascarados. Caminaban lentamente, como si cumplieran los pasos de algún mortuorio ritual. Las máscaras que portaban, en los tres casos, ostentaban la apariencia del lobo. Cada uno de ellos surgió de un vértice de la noche, y se dirigían acompasadamente al encuentro de Narhitorek, que esperaba como la víctima sacrificial, a punto de ser inmolado a manos del infernal trío de sacerdotes.

—No me toca a mí creer, capitán. —La luna iluminó el cielo tras las magras hilachas empujadas por el viento—. ¡Eso es oficio de poetas!

Los tres sacerdotes se detuvieron y esperaron. Con un gesto no desprovisto de elegancia, procedieron a retirarse las máscaras.

—No te preocupes, capitán —continuó la luna—, ¡no tomará mucho!

Narhitorek, espada en mano, decidió ejecutar una de sus ilusiones...

—¡Hey! —La luna quedó pasmada—. ¿Quiénes son éstos?

Cuando el nigromante apartó la hoja de la espada en donde había proyectado su rostro, descubrió que dos «Narhitoreks» pululaban por la escena del siniestro.

—¡Narhitorek para servíos, Narhitorek! —saludó el primer Narhitorek, retirándose el sombrero.

—¡Mi espada a vuestro servicio, Narhitorek! —lo secundó el segundo Narhitorek, blandiendo su hoja.

El hechicero se maldijo a sí mismo, ya que acababa de recordar por qué no solía acudir al encantamiento de los ecos especulares: los malditos, encumbrados en su egocentrismo duplicador, no sólo resultaban fatigosamente engraidos, sino que poseían una patológica tendencia hacia la autosuficiencia que los hacía desconocer todo principio de autoridad.

—¡Eh, ustedes! —insistió la luna—. ¡Qué diablos creen q...!

—Bueno, en principio lo de «diablos» estuvo de más, ¿no lo crees? —dijo el primer Narhitorek a su compañero.

—¡Decididamente de más, claro que sí! —concedió el segundo Narhitorek—. ¿Y qué haremos al respecto, eh?

—¡Oh, bueno, es evidente! ¡Ignorar a la celeste señora!

—¡De acuerdo, de acuerdo! —festejó Narhitorek II. Luego, agregó—: ¿Y por qué?

—¡Cómo! —Narhitorek I levantó una amonestadora ceja—. ¿No sabes que las mujeres demandan atención, y que si no tienen...?

—¡¡¡Silencio, imbéciles!!! —Narhitorek se plantó ante uno de los enmascarados—. ¿No ven que estoy... que *estamos* en peligro?

—¡Oh, bueno, si ese es el caso! —Narhitorek II tomó posición frente al segundo de los enmascarados.

—¡Sí, claro, si ese es el caso! —Narhitorek I se encasquetó el sombrero y se cuadró ante el último de los enmascarados.

Los ecos especulares gritaron al unísono:

—¡EN GUARDIA!

Para entonces, los tres «sacerdotes» se habían retirado las máscaras..., y lo que había tras ellas...

Rugieron. Olisquearon el aire. Se aproximaron arrojando tarascones. Sus fauces babeantes despidieron un olor pútrido cuando se abalanzaron sobre sus víctimas.

—¡Lobos! —Los Narhitoreks retrocedieron a la par.

—¡Y hombres! —agregó Narhitorek—: ¡En guardia!

Los licántropos atacaron adelantando las garras.

—¡Tocado! —festejó Narhitorek I, insertando la espada en el pecho de su contrincante—. ¡Ey, amigo! ¡Dije: *tocado*! ¿No entiende de reglas universales? —El

espéculo colgaba como un cuadro del pecho del monstruo—. ¡EHHHH! —La bestia avanzó indiferente a expensas del bamboleante e indignado espadachín.

A todo esto, Narhitorek II no corría con mejor suerte. Un enviñón de su contrincante le había arrebatado la espada de la mano, y cuando trató de protegerse sin guarnición...

—¡Eh, suéltame! —Las mandíbulas del monstruo se habían clavado en el antebrazo del espéculo y trozos de vidrio relampagueaban por doquier a la luz de la luna—. ¡Socorro! —Le siguió una sacudida fuerte, que terminó destruyendo el brazo hasta la articulación del hombro.

Para cuando Narhitorek II cayó, envuelto en un amasijo de maldiciones, su gemelo especular emprendía la retirada:

—¡Que sea en otra ocasión! —Pero Narhitorek I no llegó muy lejos: tan pronto se descolgó de la empuñadura de la espada y corrió, se topó con la correosa superficie de un centenario roble, que lo despidió del mundo en medio de una explosión de partículas.

Mientras tanto, el docto exégeta del mal se defendía blandiendo el acero ante los mandobles de garras afiladas de su contrincante.

—¡Qué esperas! ¡Levántate y ayúdame! —La bestia lo tenía acorralado, aunque Narhitorek II logró acercarse y clavarle la espada entre los omóplatos.

El rugido que atravesó la noche se escuchó hasta en las inmediaciones de *El trueno azul*, y no pocos pueblerinos alzaron las cabezas de sus almohadas.

El monstruo se volvió a la velocidad del rayo y clavó los ojos infernales en el duplo manco del nigromante; un poderoso revés con el dorso de la mano velluda bastó para convertir al eco especular en diminutos trozos refractantes.

—¡Diablos! —Narhitorek no perdió tiempo: aprovechó el momento de distracción del hombre-lobo para arrojarse encima con la espada.

La bestia trastabilló, al tiempo que cerraba los dedos sobre el filo letal. Cayó retorciéndose, y escupió espuma por las fauces. A las poderosas convulsiones le siguió una cruda muerte.

—¿Y bien, capitán? ¿De qué ha servido tanto despliegue? —La luna parecía sonreír contemplando la escena—. ¿Qué harás tú solo contra mis soldados?

Las dos bestias sobrevivientes se asentaron sobre sus patas traseras y se dirigieron confiadas al encuentro del hechicero.

Narhitorek se mostró desafiante, aunque una creciente punzada en la nuca lo hacía ver estrellas.

Se adelantó, espada en mano, pero cayó.

Lo último que sintió antes de desvanecerse, atravesado por un profundo dolor de cabeza, fue la mano de uno de los monstruos tanteando su cuello...

En algún pliegue de su nublada conciencia oyó voces que le llegaban opacadas, como si discurrieran a través de un pesado velo:

—¡No fue nada fácil! ¡Se defendió con todo y el golpe en la cabeza!

—¡Diablos, sí! ¡Y Rom no podrá contarla! ¡La hoja de su espada lo ensartó como a un arenque!

—¿Y bien? ¿Qué me dices del sujeto? ¿Está muerto o no?

—Tiene pulso.

—Pues ya sabes qué hacer: Barhiom no quiere represalias.

—De acuerdo. ¿Tienes el libro?

—¡Sí, sí! ¡Rápido!

La presión alrededor del cuello se incrementó con una fuerza trituradora.

—¿Quién dijo que no sería fácil? Dame un segundo m... ¡Eh!

El gélido destello abrió una herida en la noche, y la daga de Narhitorek se introdujo como un íncubo hambriento en el pecho del enmascarado.

El hombre profirió un grito desgarrador tras su lobuna máscara; se levantó, dio un par de pasos tambaleantes y cayó cuan largo era.

El sobreviviente —el último de los tres enmascarados que Barhiom el Sucio había enviado para apoderarse del Libro— emprendía la huida, cuando unas inesperadas palabras lo retuvieron:

—¿No olvidas algo? —Narhitorek sostenía el Libro de los Muertos con un ademán invitador—. ¡Qué descuidado!

La máscara se ladeó mientras miraba a uno y otro lado; se restregó las manos sudadas en el dorso del chaleco; por último, avanzó indeciso hacia el hechicero: uno, dos, tres pasos...

—¡Eso es, eso es! ¡Muy bien! ¡Acércate, muchacho! —Narhitorek esbozó una sonrisa siniestra bajo el ala del sombrero—. ¡El Libro de los Muertos es tuyo!

El hombre se detuvo. Dudaba. Respiraba entrecortadamente, impedido por la tosca máscara.

—Desde mi punto de vista, amigo, el asunto es muy simple —se explicó el nigromante—: Si retornas a los dominios de Barhiom sin el libro, o tratas de huir, tu pellejo amanecerá colgado del flanco de su castillo y se redoblarán los esfuerzos para matarme, por lo que ninguno de los dos saldrá ganando. —Narhitorek, impertérrito, continuó—: Ahora bien, si en cambio le llevas el libro con la noticia de que el «Sin Sombra» ha muerto, el brujo no sólo te recompensará, sino que se olvidará de mí, por lo que podré ejecutar mis planes de venganza con mayor tranquilidad, ¿me explico?

El hombre estiró la mano, rozó el lomo del libro con las yemas de los dedos...

—¡Bien! ¡Adelante, adelante!

Los dedos se cerraron sobre el volumen, y el enmascarado huyó internándose en el bosque.

—¡Ya era hora! —Narhitorek tomó asiento en el tocón y retiró su pipa. La llenó de tabaco y se llevó la boquilla a la boca. Lanzó al aire un par de anillos de humo.

De pronto, un frío inexplicable le recorrió la espalda... La horrible sensación de que era observado lo invadió con una efectividad estremecedora.

Se llevó la mano a la nuca. La sangre se había secado, aunque persistía un escozor molesto.

Narhitorek apartó la pipa y dijo:

—Supongo que los golpes de esos bribones me hicieron ver estrellas, y que la conmoción provocada junto a la apariencia feroz de sus máscaras, ayudaron a crear en mi cabeza una escena de pesadilla. —El hechicero alzó la vista al cielo—. Así que, en realidad, tú nunca me dirigiste la palabra. —Clavó los ojos enrojecidos en el disco de la luna—. Es una explicación lógica, ¿no te parece?

La luna, por supuesto, no dijo nada.

—¿Sabes? —continuó el nigromante—. Recuerdo el día en que me asomé a la ventana de mi celda y pedí mi deseo. Te dije: «¡Quiero que mi maestro muera!». Pero tú no lo mataste, ¿no es así? —La luna pendía indiferente sobre el mundo. Narhitorek recordó entonces uno de los versos de *Cantos a la Reina*: «Ella inspira deseos de muerte».

Desechó una idea perturbadora y se envolvió en la capa. Sentía frío. Mucho frío.

—¡Bien! ¡Me marcho! Como sabrás, me ha quedado una misión de venganza en el tintero. —El nigromante se incorporó y se llevó las manos a la boca. Emitió un ruido, una suerte de agudo llamado—. ¡En cierta forma puede decirse que es una misión poética!

La respuesta al llamado no tardó en materializarse. La noche se llenó de aullidos, y los lobos grises hicieron su aparición.

—¡Mis hermosos niños! —Narhitorek acarició los vigorosos lomos henchidos por el rocío—. ¿Tienen hambre, mis pequeños? —Los ojos del hechicero refulgían con un odio encarnado cuando repitió—: ¿TIENEN HAMBRE?

Los lobos rugieron en señal de asentimiento: se revolcaron en el piso, giraron persiguiendo sus colas, profirieron agudos y largos gimoteos, y se relamieron gustosos...

—¡Oh, claro que tienen hambre! ¿Qué tal si le caemos de sorpresa al tío Barhiom, eh? —El nigromante guió los hocicos hacia las huellas frescas impresas en la tierra. Los lobos aullaron y apuntaron las fauces anhelantes hacia el interior del bosque—. ¡En marcha, mis preciosos!

Las bestias de pelaje ceniciento volaron como un huracán internándose fatalmente bajo las ensombrecidas copas boscosas. Sus aullidos se perdieron en lontananza.

El nigromante quedó solo..., pero el frío persistía.

Echó un vistazo a la luna que permanecía imperturbable en sus dominios etéreos. Levantó un dedo, como si fuera a decir algo; pero, finalmente, se mordió la lengua y barbotó:

—¡Bah! —Se alejó por un sendero que se internaba en el bosque, tarareando una canción.

De manera que la escena quedó vacía..., o casi.

¿Sabes qué, caminante?

Poco antes de desaparecer, tras un manto de nubes pasajeras, la luna brilló tan radiante e intensamente que...

Oh, caminante, pensarás que me doy ínfulas de poeta...

¡Bah, qué diablos!

¡Tan radiante e intensamente brilló, que la pluma trasnochada de un poeta hubiera asegurado que parecía sonreír!

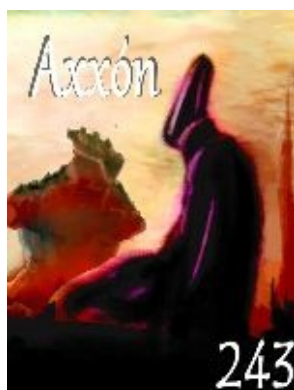
Juan Manuel Valitutti. Escritor nacido en Buenos Aires, Argentina, en 1971. Ha publicado cuentos de ciencia ficción, fantasía y terror en los principales medios digitales y de papel. Su personaje Narhitorek, el Nigromante, nace en el contexto de relatos titulado «Crónicas del Caminante», editado periódicamente en la hoy desaparecida página electrónica «Portal de Ciencia Ficción», de Federico Witt. Alumno agradecido del taller «Máquinas y Monos», llevado adelante por la Revista Axxón, asegura haber aprendido en este espacio virtual las dos armas ultrasecretas para concretar un cuento: la construcción del tiempo o distribución visual de la información en pantalla, y una herramienta imprescindible: la invencible combinación ALT + 0151.



Axxón

243

Contenido 243



- Editorial - [Puertas, caminos, cauces, cruces](#)
- Relato - [Nieve](#)
- Relato - [El lápiz](#)
- Relato - [Las oportunidades perdidas](#)
- Relato - [El gran Mirobi](#)
- Relato - [Las enseñanzas de Gan Bao](#)
- Relato - [Cuento de papel y tinta azul](#)
- Relato - [El probador](#)
- Relato - [El historiador](#)
- Relato - [¿Ha oído llorar a los lobos?](#)

Puertas, caminos, cauces, cruces

Dany Vázquez

Hace muchos años, cuando el dos mil estaba a una década de distancia en el futuro y de este torrente que es Axxón apenas habían aparecido algunas gotas, tuve la intención de crear mi propia revista digital. Pero mientras avanzaba en ese proceso me di cuenta de que no tenía sentido. Más allá de la calidad que Axxón mostró desde el primer momento, mi certidumbre se debió a la generosidad de sus creadores y a su constante y testaruda decisión de mantener, siempre, las puertas abiertas.

Al abrir puertas uno crea la posibilidad de estar en contacto. Existimos por eso, por la pura necesidad de comunicarnos, de tender hacia el resto del mundo una red tan vasta como esté a nuestro alcance. Esa posibilidad de comunicación es cada vez más permeable, y mayor el intercambio en ambos sentidos. Creo que es posible hacerse fuerte en ese ida y vuelta, un vaivén que estimula el crecimiento de todos los implicados. En el camino del conocimiento, del buen pensar, de la creación, no tiene por qué haber perdedores: el compartir es ganancia, porque la competencia no es con el otro sino con uno mismo. Y es importante compartir el viaje, aun con diferentes visiones, porque el sendero —que se bifurca una y otra vez, como un delta— es el mismo cauce transitado por todos. En ese delta hay ríos caudalosos que no serían posibles sin afluentes, sin ríos más tranquilos, riachos y pequeños meandros; hay vías donde el agua brota a borbotones irregulares pero que no por eso dejan menos huella y, en otros casos, el fluir es menor aunque constante. Así, entre todos, alimentamos ese mar fantástico que tanto nos gusta navegar. De vez en cuando los cauces se entremezclan, se juntan, y se producen situaciones peculiares. Hoy, la particularidad se da en la forma de dos cuentos homónimos, de distintos autores, pero nacidos de la misma idea original. Uno de ellos encontró su lugar en la flamante PROXIMA 18; el otro, aquí nomás, detrás de este editorial. En este pequeño juego de espejos —por suerte distorsionados— crecen mundos alternativos que esta vez han sido explotados sin descarte, y dejo abierta la opinión a los afortunados que puedan abreviar de ambas aguas. Parte de nuestra misión es compartir esos mundos, ayudar a que sean más visibles. En este transitar, que en el caso de Axxón ya se acerca a las dos décadas y media, el hacer huella sólo es meritorio si aprendemos de las marcas que van dejando quienes nos acompañan. La ganancia está en ese aprendizaje y descubrimiento continuos, y en encontrar nuevas maneras y voces. Está muy claro que en esa búsqueda de nuevos caminos nadie tiene la verdad absoluta, y que solo no se puede, porque en el aislamiento se pierde perspectiva.

Hay más, por supuesto. Para abrir este número hay otros dos cuentos de autores que ya conocen, y ya veremos qué otras sorpresas nos traerá el mes de junio. Sin más

preámbulos, los invitamos a caminar este nuevo número de Axxón. Llueva o truene, haya sol o nieve.

Axxón 243 – junio de 2013
Editorial

Nieve

Guillermo Echeverría
Argentina

Apenas un rayo de sol toca su cara, se despierta.

Lo primero que hace es agarrar su mate, abrir la puerta con cuidado y asomarse al exterior.

Su mano derecha toma un puñado de nieve del suelo, sus dedos lo frotan buscando ablandarlo, lo introduce en una abertura del mate y cierra la tapa. Un leve pitido le dice que esa nieve se está calentando y derritiendo; antes de que llegue a la temperatura justa le quedan pocos minutos para introducir la yerba. Una vez que la yerba ya está dentro del proceso, deja el mate en la mesa y va a asearse como todas las mañanas.

El desayuno como siempre es afuera, y como siempre, el viento helado de la mañana termina de despertarlo.

Tomando mate mira en derredor y nada lo sorprende, siempre el mismo paisaje blanco, los mismos árboles, las mismas montañas, la misma nieve caída durante la noche anterior, el mismo cielo celeste que se despeja. La sensación de transparencia que da tanta cantidad de hielo y nieve, la soledad, el mismo silencio que ayuda a calar los huesos.

Pero ese día el cielo no es el mismo.

Un trueno lo sobresalta y mira hacia arriba. Algo rojo, apenas perceptible, está cayendo.

Se queda sin aire.

Le empiezan a temblar las manos.



Ilustración: Tut

Se aferra al mate con fuerza y toma largos sorbos: eso lo ayuda a serenarse. Después de observar durante varios minutos sin distinguir qué es lo que cae, entra en su refugio, desesperado, y sale con los anteojos mágicos.

Otro trueno. Apenas alcanza a ver la distorsión atmosférica, pues el hoyo espaciotemporal se había cerrado.

Después de unos minutos de observación, los anteojos se enfocan, y finalmente ve lo que está cayendo: un abanico de paracaídas rojos sosteniendo algo blanco. Tomando mate sigue el descenso del objeto para determinar su trayectoria; cuando ve que va hacia el bosque del sudeste, resopla con disgusto, no es un buen lugar.

Media hora más tarde está cerrando su refugio, un viejo fuselaje reciclado cubierto por una loma de tierra y escombros. En la puerta todavía se lee ROLCON 97 en letras gastadas de color verde, con tipografía militar muy antigua. Con movimientos rápidos y eficaces oculta puerta y ventanas con ramas y nieve.

No sabe qué es un ROLCON 97, si en los últimos ocho años se lo había preguntado ya no le interesa; tampoco le interesa cómo ese fuselaje fue a parar allí, si alguien lo habitó antes que él y para qué. Toda su atención está en que nada falte en su mochila, que el cuchillo esté bien enfundado en su vaina, que el carcaj este lleno, que la cuerda de su arco no esté floja, y en especial, que el mate esté contra su pecho, bien sostenido por el abrigo y con la bombilla flexible al alcance de su boca.

Los anteojos mágicos fueron un gran hallazgo en el ROLCON 97. Se polarizan apenas perciben los reflejos de la nieve tomando un color azul oscuro; cuando mira algo en concreto se enfocan y hacen zoom sobre ello; y apenas uno se pone a caminar, le muestran un mapa. Tampoco se pregunta cómo los anteojos pueden hacer todo eso con sólo tenerlos puestos, simplemente los usa.

Únicamente se concentra en caminar sin hacer ruido y sin dejar de mirar en todas direcciones. La fauna y la flora no son muy amigables.

El calor del mate contra su pecho lo acompaña y lo tranquiliza.

El camino es duro, tanto puede hundir su pierna hasta la mitad de la pantorrilla en la nieve, o pisar hielo duro y resbalar, con el consiguiente peligro de romperse un hueso.

Después de varias horas acompañado de su fiel mate, llega a la cima de una loma de puro hielo y nieve, que es un muy buen mirador. Desde allí arriba confirma que, lo que sea que haya caído, terminó en el bosque del sudeste; muy a lo lejos se ve una pequeña mancha roja.

Suspira. Es un día más de viaje, de modo que emprende el camino en ese mismo instante; tiene que saber quién o qué es lo que bajó.

No le gusta estar expuesto, destacar entre lo blanco, así que baja la loma lo más rápido que puede, tratando de mantener el equilibrio. Se siente más cómodo entre los árboles, donde puede ocultarse con relativa facilidad; pero siempre y cuando no pase cerca de un tarskider. Si alguien comete el error de apoyarse en uno, el tarskider ese día comerá muy bien. Y este horrible lugar está lleno de ellos.

La noche llega y ya está acompañado por los árboles. Se acurruca junto a un tronco cuyas raíces forman un leve hueco, arma su pequeña carpa térmica y se dispone a dormir. Todavía el cielo está despejado, las dos lunas están llenas, y sobre la nieve danza un doble juego de sombras.

Su mano derecha toma un puñado de nieve del suelo, sus dedos lo frota buscando ablandarlo, lo introduce en una abertura del mate y cierra su tapa; eso le dará calor y lo alimentará.

El problema no es que se duerme rápido, sino que sueña...

Sueña con la soledad, la desesperación, la angustia, el llanto, la incertidumbre. Sueña con sonidos, golpes, sollozos, tiros, gritos. Cuando aparecen las caras, ya es demasiado.

Despierta sin aire.

Le tiemblan las manos.

Toma mate una y otra vez hasta que se calma; pero no puede volver a dormir...

La guerra había sido larga y sangrienta. Ciudades destruidas, campos arrasados.

Sólo muertos, millones de muertos. Nadie tomó enemigos prisioneros, y no dejaron heridos. No respetaron a nadie: ni a viejos, ni a mujeres, ni a niños.

Hubo valientes de ambos lados, y cobardes también.

El planeta fue arrasado, pero de los agresores quedaron tan pocos como de los agredidos.

Esas imágenes lo acompañan toda la jornada. Son como sombras que no se alejan.

El nuevo día de camino es penoso, la nieve y el viento dificultan su andar, unas veces tiene que detenerse y refugiarse hasta que la tormenta amaine, otras resbala y rueda por pendientes heladas. Pisa hielo quebradizo y está a punto de caer en

abismales fosas; por suerte no se rompe ningún hueso y su equipo de mate queda intacto.

Finalmente llega al bosque del sudeste. Una inmensa extensión de hielo recubierto de nieve. Y, por todos lados y a la misma distancia unas de otras, gruesas y altas columnas cuyas partes superiores, siempre cubiertas de nieve, se doblan unánimemente hacia el mismo lado. Son muy extrañas, no parecen naturales. La primera vez que se acercó a una de ellas, hubo una leve vibración, parecía que hubiese detectado su presencia.

No sabe qué son y nunca le interesó, el bosque no se mete con él, él no se mete con el bosque; regla número uno de la supervivencia.

Las columnas están muy separadas y él no quiere acercarse a ellas, así que es difícil avanzar escondiéndose; además, como todas las columnas son iguales y la ventisca permanente borra las pisadas, si no se tiene una brújula, uno puede terminar perdiéndose. Es imposible guiarse por el ambiente. Y el sistema de guía de los anteojos no sirve aquí.

Después de un par de horas de avance ve, a lo lejos, el objeto de su búsqueda.

Se agita.

Las manos le tiemblan.

El mate lo tranquiliza una vez más.

Se pone los anteojos mágicos y mira: los paracaídas rojos están atados a una esfera de metal blanca, y a unos metros de ella hay una carpa de supervivencia.

Entra en pánico, casi no puede sorber el mate. Él había robado una de esas esferas de sus enemigos, los korck, y con ella había llegado allí.

Así que lo han encontrado. Tal vez la esfera en la que llegó hacía años tuviese un rastreador.

No puede parar de temblar.

Él no había tenido tanta suerte, sus paracaídas no se abrieron en su totalidad y se estrelló, la esfera quedó destruida pero él no sufrió ni un rasguño; toda rota fue fácil enterrarla. Pero, obviamente, el rastreador debió seguir funcionando.

El mate lo calma; después de tomar, tomar y tomar, ya casi no le queda nada.

Lo buscarían y lo matarían, pero no se los haría fácil, él era un combatiente y ellos apenas milicianos.

Una voz lo sobresaltó.

—¡Padre!

—¡Quietos, korcks, no se muevan!

—Padre, ¿qué te sucede? Soy Kartsin. Vinimos a buscarte, ¡por fin te encontramos!

—Yo no soy tu padre. Te han transformado bien, pero no vas a engañarme, korck.

Con lágrimas en los ojos, la korck le dijo:

—Padre, ya no quedan humanos, los hemos matado a todos, ¡venimos a llevarte a casa!

Mientras su compañero la consuela se queda mirándolos.

Luego de un rato, él le dice:

—¡Hija!

Ambos se abrazan llorando.

Durante el regreso a su refugio está muy tenso y siempre alerta.

En el camino, Kartsin le habla de la «familia», de lo contenta que estará su «madre» de volver a verlo, de que por fin ella podrá «casarse» con el korck que la acompaña —un héroe de guerra—, y también le confía, entre sollozos, que por fin está superando las violaciones que padeció durante la invasión de los humanos.

Ya en el ROLCON 97, los korck se asean y se sientan a cenar con su anfitrión. Es una cena sencillamente preparada, pero sabrosa y abundante. Después de tres horas de charla, y ya cansados, todos se van a dormir.

Dos horas después de haberse acostado, se levanta, toma su cuchillo de debajo de la almohada y degüella al korck macho. La joven no se ha despertado y él se queda un rato mirándola: al parecer le habían quitado todo el pelaje corporal, dejándole solo el de la cabeza, pero su piel no había quedado suficientemente lisa. Incluso por momentos juraría que casi podía ver su característica pelambre.

Humana... Korck... la imagen cambia frente a sus ojos.

Con un rápido movimiento la toma del pelo y la saca de la cama.

A los gritos, ella trata de resistirse: «¡Padre!, ¿qué haces?, ¡padre!», pero no consigue nada.

La ata a los barrotes de la ventana del ROLCON 97 y le golpea la espalda con su cinturón por varios días para que le diga si hay más korcks buscándolo, y cómo es que lo han encontrado. Ella trata de convencerlo de que es su hija, pero él no la escucha.

El mate lo ayuda a estar sereno y a mantenerse con la cabeza fría.

Aparentemente ha logrado que el sistema de camuflaje de la korck falle y la espalda de ella está, por momentos, llena de sangre gris chorreada pegándole el pelo a las heridas abiertas, y por otros manando sangre roja sobre una superficie lampiña.

La korck, ya muy débil, sólo puede decirle: «Padre, tú eres un korck».

Viendo que por su estado ya no podría seguir intentando sacarle información, decide que lleva mucho tiempo sin estar con una hembra, y que una korck le vendría tan bien como cualquier otra cosa. Después de todo, aquello era lo que los humanos como él habían hecho al invadir el planeta de los korcks.

La debilidad de la hembra le permite manejarla como un títere, así que le apoya el torso sobre la mesa, la toma del pelo y la sodomiza.

Hace con ella lo que quiere durante días. Ya no le importa que le diga nada, solo humillarla.

Finalmente es tan violento que termina rompiéndole el cuello.

La arroja al piso.

Arrastrándola hacia afuera, deja su cadáver junto a los huesos de su devorado

amigo. Las alimañas del planeta los comerán a los dos por completo, y no lo molestarán a él por un tiempo.

Viendo los huesos del macho, reconoce la anatomía korck. Y sonríe.

Su peluda mano derecha toma un puñado de nieve del suelo, sus siete dedos cubiertos de pelo lo frotan buscando ablandarlo, lo introduce en una abertura del mate y cierra la tapa. Un leve pitido le dice que esa nieve se está calentando y derritiendo, antes de que llegue a la temperatura justa le quedan pocos minutos para introducir la yerba.

Guillermo Echeverría nació en Buenos Aires, en 1967, en el seno de una familia de ascendencia vasca. Trabaja en la hemeroteca de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Junto a su esposa, Teresa Pilar Mira, fundó el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, y forma parte del taller literario «Los clanes de la luna Dickeana». La revista NM ha publicado dos cuentos suyos, uno escrito en solitario y el otro en colaboración con su esposa. Su último cuento fue publicado en PROXIMA 14.

El lápiz

Andrea y Ricardo Giorno
Argentina



Ilustración: Guillermo Vidal

En su cuarto, Mayra sufría la tarea de matemáticas. Permanecía con la cabeza doblada sobre el escritorio, los hombros cargados, la espalda arqueada. Jamás se sentaba derecha, por más que le insistiesen. Tan comfortable en aquella posición, a Mayra no le importaba que su mamá le dijera a diario:

—Ponete derechita, nena, así la espalda te queda como un palito cuando seas grande.

Aquella tarde de tormenta, Mayra la pasaba mal, muy mal, entre sumas y restas. Bah, mucho menos mal que a aquel señor al que fusi... fusi... ¿cómo era la palabra que le había dicho papá? Bueno, no importaba: la holo se displayaba en la calle a cada vuelta de esquina mostrando el momento en que cuatro señores vestidos de verde aceituna hacían echar humo por sus antiguas armas, directo a un hombre, y el hombre se dormía atado a un palo gordo. «¡Para que la juventud se discipline!», gritaba después ese señor de gorra también verde aceituna, el Presidente de los Argentinos, y al que no se debía nombrar porque atraía la mala suerte. Mayra no entendía nada de la mala suerte ni de los fusi... fusi... Igual le parecían asuntos muy importantes. Y peligrosos, además.

Volvió al cuaderno. Odiaba hacer esas cuentas una y otra vez. Si las unidades *IA* se las sabían todas, ¿para qué complicarla a ella con tantos cálculos? Es que Mayra no comprendía el proceso de la aritmética. Uno más uno, dos. Más tres, es cinco. Más ocho es trece... ¡bien! Pero enseguida había que restar. ¡Una pesadilla! Trece menos seis es ocho... no. ¡Seis! ¡No, no, no! Entonces contó con los dedos: siete, ¡eso es!

Siete es el resultado. Y anotó la respuesta correcta: *siete*, al lado del signo igual.

Listo.

Ahora podría dedicarse a soñar despierta. Adoraba ir a la ventana, sentarse en el sillón de cuero —qué rico olor—, mirar hacia la calle y divertirse con aquellos sueños. Siempre y cuando Danila no entrara como loca al cuarto trayendo sus estúpidas quejas. ¿Por qué la vida «regala» hermanas mayores?

La lluvia caía en gotas gordas. Desde su decimosexto piso, Mayra podía ver muy bien la cuadra de Billinghamurst hasta el cruce con Güemes. ¡Qué linda y qué triste, la lluvia! Apoyó la mano contra la ventana. A pesar de estar del otro lado del vidrio, algunas gotas de lluvia le contornearon la palma y las yemas de los dedos, como si su mano irradiase una energía que obligaba a las gotas a recorrer un camino extraño. Ella creyó verse unos delicados guantes de plata: ahora era una princesa, y en su castillo de cristal lo poseía todo.

Apoyó la otra mano y observó el cielo: tan negro y encapotado, volvía noche al día. Apenas se veía la casa de enfrente, una silueta lejana y misteriosa. Un dinosaurio caído, con dos pequeñas luces a los lados: los ojos amarillos del monstruo. Y la puerta de madera, oscura y sin dientes le formaba la boca.

Un camión verde del Ejército Patriota pasó por Billinghamurst y dobló en Güemes.

—Un gato buscando a un ratón —dijo Mayra—. Eso me imagino. Porque no hace nada de ruido: ¡igual que los gatos!

Volvió a mirar la casa de enfrente: unos fierros como las vías del tren le sobresalían del techo roto. Ahí se escondía gente mala, le había dicho varias veces papá. Nuestro Ejército debió usar armas poderosas para sacar de ahí a esas ratas, mi amorcito.

—Y dejaron la casa así —concluía siempre papá—, sin arreglar, como recordatorio. Los de la casa eran ratas, ¿sabés? Nada que ver con gente como uno.

—¿Gente como uno, papi?

—Gente como uno: ciudadanos modelos, tesoro.

Y pensar que Mayra siempre había creído que los modelos eran los lindos que aparecían en la holoTV. ¿Quiénes serían entonces los ciudadanos modelo?

Como le sucedía desde la primera vez que escuchó la historia, ella se inmovilizó ante esa perspectiva de destrucción que le paraba los pelos de la nuca. Cuando pensaba en aquellas ratas malditas, comprendía lo peligroso que era alejarse de su castillo de cristal, de su mundo. ¿Y cuál era su mundo? Apenas las cuatro cuadras por las que iba a la escuela todos los días: Billinghamurst, Güemes, Coronel Díaz y Vidt.

Se le ocurrió que, como ella era una princesa, podría combatir la injusticia y el dolor y las bombas y las ratas desgraciadas. ¿O tendría que ser una gran maga, una hechicera poderosa? No, mejor que esta vez fuese una princesa, porque las princesas pueden darles órdenes a las magas. Como dice papá, órdenes son órdenes. Y todos debemos obedecer.

Levantó la mano derecha y apoyó la izquierda sobre el pecho, como quien está

por formular un juramento. Y dictaminó, exagerando solemnidad:

—Yo, Mayra Alicia Gianorosso, princesa de este reino, ordeno que no habrá en él más cosas malas. Voy a terminar con la injusticia. Le daré a mi pueblo todo lo que necesita: ropa de buena marca, comida rica de delivery, una casa grande para vivir, padres cariñosos para hijos cariñosos, una mascota en cada hogar. Y eso sí: nunca más habrá tarea para el hogar, especialmente de matemática.

La princesa sacó del bolsillo un chocolate. Desgarraba el envoltorio, cuando un relámpago iluminó la cuadra. El trueno la ensordeció, y el brillante papel cayó al suelo girando como hélices de helicóptero. O como las alas de una mariposa medio muerta, que cae sin hacer ruido.

Mayra aplastó el papel con la suela de la zapatilla: se sentía poderosa, era una princesa. Les ordenaría a sus súbditos que nunca más nadie le dijera lo que tenía que hacer. Salvo su padre: órdenes son órdenes. Cuando ella fuese grande, lo ayudaría a papá a limpiar de ratas su reino.

—¡A comer! —chilló mamá desde la cocina, y Mayra la imaginó yendo al comedor diario seguida por las dos criadas—. La mesa ya está servida. ¡Vamos!

Danila entró en el cuarto a lo bestia, siempre quejándose de sus profesores, siempre buscando cosas que había dejado quién sabe dónde, y siempre acusando a Mayra de meterse en su vida.

Cuando Danila terminó con su tormenta de quejas, Mayra vio que se quedaba a la espera de... ¿de qué? ¿De alguna reacción de ella? Como fuese, Mayra optó por darle un mordisco a su chocolate y se fue.

Aquella noche, papá no vino a cenar. Y ella quiso saber la razón.

—Papá tiene mucho trabajo en el Ministerio, nena —explicó mamá—. Hoy va a llegar muy tarde.

Sí, papá trabajaba en un ministerio. ¿Cómo se llamaba el ministerio donde trabajaba papá? Un nombre largo... ya está: Recursos Esenciales para los Derechos Humanos de la Patria Soberana. Eso. Y papá era jefe o algo por el estilo, pero a ella no le importaba ningún cargo. Para Mayra, papá era una persona VIP. Aunque él no resultaba para nada buen mozo: era de estatura mediana, no muy delgado, de cara redonda y grasosa. Con ojos indefinidos y una enorme y redonda nariz y labios finitos, siempre se escondía detrás de gruesos anteojos. ¿Por qué no se habría operado, si ya nadie los usaba? Y algo que le molestaba a Mayra: el bigote. Cada vez que papá le daba un beso, ella le pegaba un empujón porque le picaba. Sí: a Mayra no le gustaban para nada aquellos besos picosos. ¿Por qué papá se dejaba el bigote? Se parecía al de un señor que asomaba en una holog... ¡No! Papá le había dicho que se llamaba «foto», y que ya no se hacía más. Lo que Mayra no se acordaba era de cómo se lo llamaba a ese escudo raro —de algún club, a lo mejor— que ese señor llevaba en una cinta alrededor del brazo. Parecía una hélice quebrada.

Se encogió de hombros y suspiró.

Terminada la cena, se retiró de la mesa con la excusa de que tenía sueño. Pero no

fue a dormir. El estudio de papá quedaba de camino. Le gustaba entrar ahí, el lugar desde donde el cerebro principal de la IA gobernaba las tareas rutinarias de... ¿cómo le había explicado papi? Ah, sí: «un amplio sector de Buenos Aires». Gov —como gustaba ella de llamarla— era muy eficaz: gobernaba los semáforos inteligentes, las luces, las holocámaras, los vigi-bots que filmaban a la espera de registrar algún crimen... Esta noche, Mayra le pediría a la IA que le explicase todo sobre las ratas. Sobre qué o quiénes eran, por ejemplo. Le pediría que le mostrara holos, eso haría. A Mayra le intrigaba el aspecto de las ratas, su vestimenta. ¿Se diferenciarían de, a lo mejor, las hijas del Pastor del colegio?

—Bienvenida, Mayra —le dijo la IA.

—¡Qué tal, Gov!

A ella le encantaba charlar con esa vara plateada que salía del piso, justo en medio del estudio. Le gustaba ver el brillo del teclado holográfico desplegable suspendido en el extremo.

—¿Qué deseas hoy?

Mayra contestó que quería acceder al teclado, pero le resultaba demasiado alto.

—Mi Amo me programó en modo voz para que tú no tengas problemas. Así que dime: ¿qué deseas hoy?

—Saber quiénes son las ratas.

—¿Cómo «quiénes»? Habrás querido decir «qué».

—No, no, dije bien. ¿Quiénes son las ratas asquerosas, inmundas? Las ratas que hacen daño a la Argentina. Son personas, lo sé. Papá siempre me cuenta. Quiénes son, eso quiero saber.

Mayra oyó un chasquido proveniente de la IA. Y el teclado holográfico parpadeó.

—Una rata —dijo la IA— nunca puede ser equivalente a una persona. No entiendo. Datos insuficientes. Reformula tu pregunta.

Mayra quedó pensativa: la IA se lo estaba poniendo difícil. ¡Mejor! ¡Más divertido! Las preguntas desarmarían a Gov, si ella se las formulase distinto. Engañaría a la máquina.

—¿Qué está haciendo mi papá?

—Está trabajando.

—No, no. Yo digo aquí. Qué está haciendo mi papá aquí.

—Aquí no está haciendo nada, pues el Amo no se encuentra.

—Dime qué hizo ayer a la noche. Qué hizo aquí, digo, antes de irse a dormir.

—Información clasificada.

—¿Clasificada?

—Así es. Información secreta. No puedo expedirme. Ni ante ti ni ante nadie. No puedo decirte nada.

Ella sonrió: ya se la estaba por ganar a la IA. Estúpida como toda máquina.

—¿Sobre qué no puedes decirme nada, Gov?

—Sobre nanomáquinas y nanobots.

—¡Qué nombres raros! Nunca los escuché.

Gov disparó unos chirridos.

—¿O sea que estoy frente a un caso de insuficiencia educativa? Un caso de insuficiencia educativa amerita que accedamos al sistema.

Entonces la IA displayó, a la altura de los ojos de Mayra, un compendio larguísimo proveniente de la Enciclopedia Nacional. Así que esas eran las unidades nanobots. Ella solo miró las ilustraciones que las representaban. Al final, los nanobots y las nanomáquinas se parecían bastante a esos insectos que ella había estudiado en el colegio: los ácaros.

¿Y qué hacía papá con esas inmundicias? Mayra cerró los ojos. En las noches sin sueño, le oía decir: «Ya voy, flaca. Este tema de los nanobots es apasionante, va en ello mi carrera. Terminó de leer otro RTS, y listo». Y mamá lo retaba, le reclamaba atención. Si hasta una vez le dijo: «Dejate de joder con esos bichitos electrónicos. Vos no cazás una». Y papá, enojado, le había contestado que solo al principio no entendía. Que el mismísimo Comandante General y Presidente lo había puesto al frente de cientos de científicos. Papá siempre terminaba diciendo lo mismo: «El futuro de la Patria radica en el avance de la Fabricación Molecular. Y los informes RTS me mantienen al frente, ¿entendiste?».

El «¿entendiste?» era siempre para mamá, porque Mayra no entendía nada de nada de lo que su papá decía. Pero ahora, frente a la IA, quizá pudiese averiguar algo.

—¿Qué es un informe RTS? —le preguntó Mayra a Gov—. Papá siempre habla de ellos como de algo muy importante. Parece que a él le sirven muchísimo.

—Un informe—precisó la IA—, en términos generales es un trabajo cuyos resultados o producto es esperado por personas distintas a quien lo realiza, o bien es encargado por terceros pudiendo ser un profesor o un jefe quien lo solicite. En cualquier caso, siempre es necesario preparar todo el material que le permita al informante redactarlo. Lo esencial de cualquier informe es dar cuenta de algo que sucedió, con una explicación para comprenderlo. RTS es una sigla que me aprueba distinguirlo como altamente clasificado.

Otra vez esa palabra: clasificado. Igual, todo le estaba resultando aburrido a Mayra. ¡Muy aburrido! Encima que no entendía nada, esos bichos le daban asco. Había pensado que se encontraría con las caras de los malos. Aquellos a las que papá les decía «ratas». ¡Eso sí sería divertido! Pero no: solo se topó con bichos, y bichos muy feos.

Le dio las buenas noches a Gov, y fue a su cuarto.

Apoyó la cabeza en la almohada. Cerró los ojos, pesados de agotamiento. ¿Nanomáquinas? No, mejor viajar hacia la tierra de los sueños, plena de felicidad.

Al día siguiente, mamá las despertó con aquella voz chillona de todos los días. Daba órdenes aquí y allá:

—Vamos, chicas, arriba. Mayra, ponete los zoquetes primero y el chalequito debajo del pulóver. Cubrite bien la espalda y el pecho, que hoy es un día muy frío.

¡Ni se te ocurra maquillarte, Danila! Yo no voy a pasar papelones otra vez cuando la esposa del Pastor me rete a mí como a una nena porque vos querés ser una modelo a los trece.

—¡Pero hoy Jerry me viene a buscar a la escuela!

—¿Y a mí qué me importa? ¡No te maquillás y punto! Y cuidado con la pollerita, nena, que los de Moral Argentina te llevan por cualquier cosa.

—Pero si los MOAR ni pueden tocarme. Después va Hilario y...

—¡Y después nada! ¡Y no le digas «Hilario», que es tu papá! Y tu papá es un hombre muy ocupado, ¿sabés? Vamos, muevan el culito: el desayuno ya está.

—Parece mentira —refunfuñó Danila—: vivimos peor que en la década de 1970.

—¿Y eso de dónde lo sacaste? —la madre se volvió un fantasma en gris y blanco—. No estarás viendo holos prohibidas vos, ¿no?

Y la madre y Danila se mandaron para la cocina, tirándose de las mechas.

Mayra se dijo: ¡Por fin sola! Y se ponía el chaleco de lana cuando descubrió sobre la mesita de luz algo nuevo, que ella nunca tuvo aunque lo había visto en el colegio. Un lápiz distinto, más grueso que los comunes. Y venía con dos puntas bien afiladas: una roja y la otra azul.

Tomó el lápiz con cuidado, porque se lo veía tan frágil... Resultó muy livianito, y su olor a madera la fascinaba. Entonces la mano que sostenía el lápiz empezó a temblarle. De alguna manera, ese temblor la transportaba, entre canciones de cuna, hacia una tierra encantada de color y vida.

—¿Y este lápiz de dónde vino? —se dijo en voz alta—. ¿Y qué me pasa?

El temblor se había desparramado del brazo al torso. Y Mayra se sentía cada vez más plena y recontenta.

Corrió a la cocina. Cuando le preguntó por el lápiz, su mamá ni siquiera se dio vuelta. Sólo dijo:

—Ah, es un regalo de papá. Te lo dejó antes de irse a dormir. Dijo que esperaba que te gustase.

«¿Que te *gustase*?». ¡Mayra, lo a-do-ra-ba!

Lo metió en su cartuchera con el mismo cuidado que una mamá pondría en acostar a su bebé. Y se fue al colegio, olvidándose de desayunar.

Pura rutina, aquella mañana en la escuela. Después de cantar el Neohimno, levantando la palma derecha hacia la Casa Rosada, chequearon la tarea de matemática. Por suerte todas las sumas y restas que ella había hecho la tarde anterior resultaron correctas.

En la hora de lengua, la maestra les dio una hoja llena de palabras escritas en forma horizontal, diagonal y vertical. Tenían que encerrar en un círculo aquellas palabras que pertenecían al rubro «comidas». ¡Tantas palabras que Mayra no conocía! ¿Qué significaría *perdigón...* y *observancia...* y *escalafón*? Parecían esas palabras que los hombres de gorra y uniforme color aceituna decían por la holoTV. Lo mejor sería ponerse a trabajar y no perder más tiempo. Intentaría hacer algo, aunque no

estaba muy segura de cómo le saldría.

Sacó de la cartuchera su nuevo lápiz. Mmm..., qué rico. Ese olor tan agradable y tan fresco. A partir de un sobresalto inicial, la mano se movió suave sobre la hoja, como si el lápiz hiciera al revés y la comandase a ella. Y, una a una, esa especie de varita mágica fue englobando palabras. Dejaba a su paso una estela carmesí de chispas titilantes.

Mayra quedó fascinada: no sólo había elegido bien las palabras, sino que las comprendía y todo. Siempre creyó que ella tenía poderes mágicos. Una princesa y una poderosa maga al mismo tiempo. ¿Una princesa maga? Y este pensamiento le sacó otra sonrisa. Y un recuerdo.

No mucho tiempo atrás, una tarde de otoño y en medio de sus deberes, cuando Mayra escribía una y otra vez su nombre en una hoja de borrador, se convenció del asunto de los poderes mágicos: Mayra Alicia Gianorosso, M. A. GIANOROSSO, M. A. GIA... ¡magia!;Ella era en verdad una maga, lo probaba su nombre! Seguro poseía poderes extraordinarios que todavía se encontrarían dormidos. Embobada ante el descubrimiento, no le había dicho nada a nadie. Este era *su* secreto.

Y ahora, con el lápiz todavía en la mano, decidió que debía seguir siéndolo. Miró con recelo las holografías de los hombres de gorra a los que su papá, emocionado, llamaba solemnemente «patriotas». Y ahí estaban ellos, mirándola a Mayra. Seis eran, y casi todos le recordaban a esos pájaros de la holoTV que rondan a los animales enfermos.

Ella suspiró: era una suerte que las holografías —al menos por ahora— no leyeran el pensamiento. Su secreto permanecía seguro.

Un día, saliendo de la escuela y ya doblando por Güemes, se le acercó alguien... O *algo*, pensándolo mejor. Algo que ella nunca había visto. Parecía una persona, una mujer. Quizá fuese una mujer, sí. Pero el olor que le llegó a Mayra por poco la hizo caer. Y la ropa —si a eso se le podía llamar ropa— tenía más agujeros que costuras. Y —¡horror!— no era ni siquiera de marca.

La mujer le balbuceó palabras incomprensibles —algo así como *aúda... aúda pima*— y estiró un brazo, la palma de la mano hacia arriba. Mayra justo iba a preguntarle, a decirle que no le entendía nada, cuando apareció un MOAR.

—¿Otra vez vos por acá?! —le dijo el MOAR a la mujer, y ese vozarrón asustó a la niña—. Ya te dije que si te veía de nuevo la ibas a pasar peor que una rata.

Sacó de su cinto el garrote con esa luz azul en la punta que a Mayra siempre la hacía gritar de espanto. El MOAR seguro que vio algo en la expresión de ella, porque guardó el garrote. Antes de sujetar a la mujer —que no paraba de gritar eso de *aúda-aúda-pima*—, pulsó sobre el *device* de la muñeca. Mayra vio que él tenía pelitos en el brazo, iguales a los de papá. Eso le había vuelto más real la situación.

No hubo que esperar mucho para que se detuviera un deslizador verde, de esos sin

insignias ni patente que pudieran identificarlo. Bajaron dos forzudos de impecable traje negro. Levantaron uno de cada brazo a la mujer, que ahora era puros alaridos. Alaridos que le hicieron doler el pecho a Mayra, por más que no los comprendiera. Jamás había oído gritar así. Ni siquiera por la holoTV.

Del deslizador también bajó una señora joven. Toda sonrisas, se dirigió directo a Mayra.

—Qué niña tan bonita —le dijo acariciándole la cabeza con una ternura que evidentemente fingía—. ¿Cómo te llamás?

—¡Mayra Alicia Gianorosso, y mi papá trabaja en el Ministerio!

Al escuchar eso, la boca de aquella falluta se convirtió en una azorada o.

Hasta Mayra misma se sorprendió de haber dicho eso de corrido. Pero la mujer se repuso de inmediato.

—¿Y Mayra Alicia Gianorosso tiene identificación disponible? —y le presentó una caja cúbica, como de plata por el brillo, con las aristas redondas y una ranura en una de sus caras.

¡El chanchito!

Con dedos temblorosos, Mayra se extrajo el chip de detrás de la oreja. Tuvo que probar tres veces antes de conseguir introducirlo en la ranura.

—Hola, Mayra —le dijo la señora al leer el chanchito—. ¿Qué querés contarme? Si viste algo que te haya parecido mal, podés decírmelo.

Y a Mayra esa mirada de víbora con hambre la asustó aun más que el palo del MOAR con la odiosa luz azul.

—N-no —dijo.

—¿No qué?

—Nada. No tengo nada que decirle.

La víbora sacó el chip del chanchito y se lo entregó.

Mayra lo encerró en un puño y echó a correr.

—Chau, preciosa —oyó a sus espaldas—. Cualquier cosa le preguntamos a tu papito, eh —Mayra se detuvo, y le quedaron fuerzas para mirar hacia atrás—. El que trabaja en el Ministerio —y esa serpiente de cascabel le regaló una sonrisa que le hizo doler la panza.

Ahora, cada vez más contenta con su nuevo lápiz, Mayra dibujaba intrincados bosques, poderosos castillos y prósperos sembradíos. En aquel reino de ensueño, príncipes y princesas, junto a clementes reyes y reinas, perdonaban los errores de su pueblo —porque, según papá, el pueblo siempre se equivoca—. Y, tras el perdón, esos príncipes y princesas les pedían a poderosas magas que hicieran aparecer comidas ricas.

Había también en aquel reino dragones de metal que aterrorizaban a los más débiles con sus chorros de fuego. Mayra nunca los dibujaba. Pero los dragones

aparecían igual, ellos solos. Tenían unas colas largas, nada que ver con las ilustraciones que Gov le proyectaba. Aunque esas colas... Sí: Mayra las tenía vistas.

Los dibujos que partían del lápiz resultaban demasiado vívidos. Ella hubiera jurado que las luces del castillo se encendían y apagaban, que las puertas se abrían y cerraban por el viento frío, que los caballos hacían ruido al galopar a través del bosque, que los campesinos cantaban junto al arado, sembrando y oliendo a sudor y cebolla cruda.

Y también podía ver que a los dragones al final se les rompían esas orugas — dragones con orugas en lugar de patas, qué extraño— con que pisoteaban todo.

Debía ser gracias a la magia, ¿no?

Tenía que averiguar sobre esas colas tan extrañas de los dragones. Así que se dirigió hacia el estudio de papá.

—Buenas tardes, Mayra —la saludó Gov.

—Hola, cascajo. Mirá estas colas. Decime de qué son.

Luego de un leve silbido, Gov displayó la holografía de un ejemplar de la rata del bambú.

—Aquí tienes, Mayra. Las colas de tus dibujos corresponden a la especie de rata más grande del mundo.

—¿Las colas de los dragones venían a ser de rata? —dijo Mayra enrollando su dibujo mientras salía del estudio—. ¡Increíble!

Mayra decidió compartir con su mejor compañera el secreto del lápiz. Las dos se habían quedado en el aula durante uno de los recreos.

—Tengo algo importante que decirte, Moni.

—¿Qué?—Mónica abrió sus enormes ojos azules, ávidos de información.

—Mirá —dijo Mayra, y sacó del bolsillo del guardapolvo su lápiz mágico.

—¿Y qué tiene? —dijo la otra, con la cara aburrída ante la visión—. Es un lápiz.

—Sí, es un lápiz. Pero es *mi* lápiz. Y no es un lápiz común. Es un lápiz mágico.

—¿Cómo va a ser un lápiz mágico, boluda?

—Mirá —dijo Mayra—: te voy a mostrar algo, pero ojito con decírselo a alguien.

Apoyó la punta del lápiz sobre una hoja del cuaderno y dibujó una casita. El humo —un humo denso, con aroma de tortas recién horneadas— salió de la chimenea, y las nubes se mecieron movidas por el viento de un bosque cercano. Cuando la puerta de la casa se abría, podían ver una doncella, vestida de rosa y con un bebito en brazos.

Mónica permanecía boquiabierta, parpadeando.

—¡No puedo creerlo! —dijo—. ¡El dibujo vive! ¿Me dejás probar a mí? ¡Porfi! ¡Porfi!

Mayra lo pensó un poco. Pero Mónica era su mejor compañera, su amiga del alma.

—Tenés que tener la mente en blanco y dejarte llevar. Tomá, Moni.

Mónica agarró el lápiz y puso una cara como de miedo. Como de... ¿como qué? ¿Dónde había visto Mayra poner una cara así? Ah, ya está: la misma cara que puso Judas cuando se dio cuenta de que había vendido a Jesús. A ella le gustaba mucho ver las holos de las pinturas viejas: esas caras antiguas, esos vestidos que parecían sábanas la disparaban a un mundo que ella no entendía, pero al que no le tenía miedo.

Y ahora, a diferencia de lo que le había sucedido a Mayra —aquel temblor leve al tocar el lápiz—, a Mónica se le sacudió la mano, y por un costado de la boca le caía baba.

—Sentí como una electricidad —dijo.

Abrió su cuaderno y dibujó un círculo en el centro de una de las últimas hojas. Y la mano, adentro de ese círculo, empezó a moverse con fluidez, y pronto el lápiz se deslizó sin interrupción.

El dibujo resultó un animal. Un saurio grotesco y de azules ojos malvados que miraban fijo a Mayra. ¡La misma mirada azul de Mónica!

Mayra le arrebató el lápiz.

—Por favor, Moni: no le digas a nadie mi secreto. ¿Puedo confiar en vos?

—Claro, nena —dijo Mónica—, mis labios están sellados —y confirmó sus palabras con la solemne postura del juramento: su mano izquierda sobre su corazón y la derecha hacia arriba, palma adelante.

—Gracias, Mónica —Y Mayra la abrazó, feliz—. Sos mi mejor amiga. Al día siguiente, prueba de matemáticas. Los ejercicios eran más difíciles que nunca. Los problemas hacían tiritar a Mayra, su cabeza ardía.

No bien terminó de resolver las cuentas, buscó en su cartuchera el lápiz rojo y azul: subrayaría los resultados. Revolvió los lápices, marcadores, lapicera, goma, sacapuntas. Gotas de sudor le corrieron por la espalda y un miedo hasta ahora desconocido se apoderó de ella: su lápiz no aparecía.

¡Estaba segura, segurísima, de que lo había guardado la noche anterior, junto a sus útiles! Necesitada de ayuda, miró en dirección a Mónica. La encontró muy concentrada resolviendo los problemas, con la espalda arqueada sobre la hoja, subrayando las respuestas con un lápiz azul y rojo. ¡El lápiz!

Mayra se levantó y fue hasta el pupitre de Mónica. Le torció la muñeca y le arrebató el lápiz.

—Este es *mi* lápiz —y su propia voz le sonó extraña.

—¡No, nena, es mío!

Abrumada, defraudada por semejante mentirosa a la que había considerado su mejor amiga, Mayra le pegó un mordisco en aquel cachete rosado. Le sacó sangre y todo. Pero Mónica no se quedó atrás: rasguñó a Mayra en la mejilla y le tiró de los pelos. Los compañeros se dieron vuelta para ver qué pasaba. Y la maestra dejó su escritorio y se acercó.

—¡Basta, basta! —dijo, separándolas—. ¿Qué pasa acá?

Mayra habló primero, con lágrimas en los ojos:

—Mónica me robó el lápiz y no me lo quiere devolver.

—¡Mentira! ¡Es *mi* lápiz, no el tuyo! ¡Dámelo! —y al oír ese grito, Mayra en su indignación recordó otros gritos: los de la pobre mujer que se habían llevado los MOAR.

—Deme el lápiz a mí, Gianorosso —ordenó la maestra—. ¡Ya mismo!

Sin muchas ganas, refunfuñando, Mayra entregó el lápiz y suspiró.

La seño lo inspeccionó de punta a punta diciendo:

—¿Su lápiz tiene alguna marca, Gianorosso? ¿Algo que lo pueda identificar como suyo?

—Sí, sí —dijo Mayra con confianza, porque ahora probaría, delante de esa rata de ojos azules, que el lápiz era suyo—. Tiene grabadas tres letras que forman la palabra M A G.

—Tus iniciales, querrás decir.

—Eso, mis iniciales. Yo misma se las hice la mañana que mi papá me lo regaló.

—Pues entonces no es su lápiz, alumna —dijo la señorita con una sonrisa torcida—. Aquí está grabado M.ADLER. Es el lápiz de Mónica Adler, no el suyo. Debe estar confundida.

Un fuego le partía del estómago a Mayra y le inundaba la cara. De un tirón volvió a hacerse del lápiz y verificó el grabado. ¡Qué grotesco! La M y la A eran las que ella misma había trazado con un cuchillo de la alacena. Y notó que lo demás había sido raspado para agregarle DLER encima.

Mayra miró a Mónica con asco, como a la rata que era.

—No mientas más, Adler. Este es *mi* lápiz. Y yo te lo hubiera prestado en cualquier momento. Ahora... ¡te jodés!

—¡Gianorosso, maleducada! —interrumpió la señorita—. Deme el lápiz ya mismo, es de Mónica. Y acá la única que está mintiendo es usted.

Ella vio cómo Mónica la miraba sonriendo, con una ceja levantada expresando superioridad: una cara reluciente de triunfo. Eso era el colmo, no soportaba tanta injusticia.

Aprovechando su furiosa distracción, la señorita le quitó el lápiz de las manos y se lo dio a Mónica. No sólo eso: le ordenó a Mayra que le entregara el chip-legajo para citar a su pobre madre.

—Una mentira de esta magnitud, Gianorosso —dijo la maestra—, debería ser comunicada a los MOAR. No lo hago porque hasta ahora se me ha comportado como una alumna obediente y muy aplicada.

El mundo se volvía brumoso para Mayra, las caras de sus compañeros recordaban máscaras de carnaval. La voz de la maestra se convertía en un eco que reverberaba distante.

Mayra se sentó en su pupitre y se agarró la cabeza. Cerró los ojos y resopló: ¡ya no tenía su lápiz! ¡*El* lápiz! ¿Qué diría papá cuando se enterase? ¿Se acordaría de

aquella noche que le regalo el lápiz rojo y azul? ¿Sabría él todo lo que ese lápiz significaba para ella? ¡Su lápiz acababa de irse para siempre! También se fue su vida, tal como la había conocido hasta ese momento: ese incidente la había hecho crecer de golpe.

Esa noche, después de haber juntado fuerzas durante el día, Mayra no se durmió. Fue a la cama cuando se lo ordenó mamá, pero no quiso dormirse. No, señor.

Por fin oyó ruidos, diferentes a los de la holoTV: papá llegaba a casa. Mayra esperó un poco antes de levantarse.

Y fue hasta el comedor diario.

Al verla, mamá arrugó la cara. Pero papá le sonrió, los ojos brillándole.

—¿Qué hace mi princesita levantada a estas horas? —y le dio en la frente un beso picoso, que a Mayra por primera vez le supo a gloria.

—¡Mónica me robó el lápiz mágico!

—Esa pendeja... —y mamá fue acallada por papá.

—¿Mágico decís? —papá dejó de sonreír, la frente se le cubrió de arrugas. Chasqueó los dedos—. ¡Ahora comprendo, carajo!

—¡Hilario!

—No entiendo, papi.

—Te quiero mucho, hijita, no te preocupes: papá mañana te va a traer otro lápiz. Uno verde y naranja. Y vas a ver que el de Mónica va a perder la «magia».

—Pero... pero...

Papá la abrazó, volvió a darle otro picoso y le revolvió los pelos.

—¿Escuchaste alguna vez la palabra «nanomáquinas», tesorito?

Cuidado: papá la miraba con esa cara rara que ponía a veces. ¿Se habría enterado de que ella hurgaba en Gov cosas prohibidas?

—N-no, papi —Mayra optó por colgársele del cuello y llenarlo de besos—. Qué palabra larga.

—Bueno, andá a dormir. Mañana se va a arreglar todo. Tu papá te lo promete.

—¡Hasta mañana, papi!

Antes de correr a la cama, Mayra se detuvo a escucharlos: volvió sobre sus pasos, en puntas de pie, y se escondió detrás del cortinado de la sala.

—¿Nanomáquinas? —decía mamá—. ¿No me digás que usaste a la nena de conejillo de indias?

—Despreocupate: estos bichitos de la nena son inofensivos. Hasta beneficiosos son. Completamente comprobados. Ya te voy a avisar cuándo tenés que dejar de comprar mercadería en el súper.

—¿Te volviste loco? Bah, en realidad jamás piso un súper. Para eso tenemos servidumbre.

—Oíme, flaca: ¿te hablo en chino cuando te digo las cosas?

—Bueno, está bien. ¿Por qué voy a dejar de comprar en el súper, eh?

—Los envases de plástico van a rebosar de otro tipo de nanomáquinas. ¡En el

Ministerio estamos a un paso del control total! ¿Te imaginás a los marrones? ¿Te imaginás el sueño de una negrada totalmente mansa, obediente?

—¡Qué sé yo, Hilario! Vos me venís con cada cosa, viejo. Sabés que me importa tres pitos lo relacionado con los marrones, el pueblo y todas esas putadas de la política.

—No, si cuando te querés hacer la tarada no hay caso: te sale perfecto...

Aunque la conversación no tenía pinta de terminarse, Mayra dejó de espiar. Tenía sueño y, además, no entendía lo que decía papá.

Fue a su cama. Se arropó. Buscó la mejor posición para recibir al sueño. Y en ese momento, justo en ese momento, Mayra pensó en aquella mujer sucia y gritona. Esa que los MOAR cargaron en el deslizador. La mujer que al principio le pareció desagradable. Y por fin pudo comprender lo que ella le había dicho.

—Ayúdame, piba... —le había dicho, y ahora ella misma repetía esas palabras.

Eso mismo: «Ayúdame, piba». Y Mayra no la había ayudado, todo lo contrario. Es que había sentido miedo de los MOAR, de los deslizadores sin marcas ni patentes.

Sí: tener miedo era una porquería.

Se hizo la firme promesa de que jamás volvería a sentir miedo ante otra persona, y que cuando fuese grande iría a buscar a esa señora y la ayudaría. Total, sería fácil encontrarla: debería ser la única de toda Argentina en vestirse con esas ropas. Porque en la HoloTV no mostraban personas así, y, por lo tanto, no existían. ¿Y si no existían, cómo haría para encontrar a la mujer?

—¡Ya sé! Le pediré a Gov que se enlace con todas las holocámaras del país y que la busque.

Mayra quedó conforme: ella le brindaría una descripción tan detallada de esas ropas, que para Gov sería un trabajo sencillo.

Ahora pensó en los MOAR, y por primera vez en su vida las enseñanzas de papá le sonaron... ¿falsas? ¡No! Papá no decía mentiras. ¿Entonces? Quizá lo estarían engañando a él. ¡Eso mismo! ¡Un engaño!

Se sentó en la cama.

Quizá las verdaderas ratas fuesen otros, otras personas... ¡Como la señora que bajó del deslizador, por ejemplo! Esa víbora que le mostró el chanchito para que se identificase. ¿Por qué papá creía que estúpidas como esa eran de los buenos? ¡Qué complicado, Diosito!

Pero recordó la promesa de papá de un lápiz nuevo y sonrió gozosa.

Se acostó y bostezó. Pronto lo recibiría, y la princesa Mayra volvería a ser la princesa Mayra, y tendría algo grandioso a su favor: magia.

Y cuando ella fuese grande, sería esta misma magia la que la ayudaría a descubrir, a sacarles la careta a las verdaderas ratas.

—Te lo prometo, papá.

Andrea Giorno nació en la ciudad de Buenos Aires en 1959. Es casada, tiene dos hijas, dos nietos y un gato. Vive desde hace 13 años en Mar del Plata. Es Licenciada en Servicio Social (UBA) y Profesora de Inglés (UNMdP). Ha escrito varios cuentos en inglés. Es miembro de primer grupo de Teatro en Inglés de la Ciudad de Mar del Plata donde se desarrolla como actriz y mimo. Practica yoga y meditación, amante de la música, vegetariana, defensora de los derechos del animal y voluntaria de APAA (Asociación Pro Ayuda al Animal Abandonado). Y es fanática de Chaca.

Ricardo Germán Giorno nació en 1952 en Núñez, ciudad de Buenos Aires. Es casado con dos hijos. Empezó a escribir a los 48 años, pero recién a los 52 decidió dedicarse a la literatura. Gracias a un trabajo continuo y tenaz, Ricardo Germán Giorno se supera día a día.

Es miembro activo de varios talleres literarios. Ha publicado cuentos de ciencia ficción en AXXÓN, ALFA ERIDIANI, NGC 3660, LA IDEA FIJA, NM, y un libro propio de relatos Subyacente Inesperado y otros cuentos (Alumni, Buenos Aires, 2004).

Su cuento Pulsante apareció en la antología Desde el Taller y Parábola de la Yarará en Cuentos de la Abadía de Carfax 2. Puede conocer más de este autor en la Enciclopedia.

Las oportunidades perdidas

Enrique José Decarli
Argentina

*«... y recuerda a los perros viejos,
que pelearon tan bien:
Hemingway, Celine, Dostoievski, Hamsun.
Si crees que no se volvieron locos en habitaciones minúsculas
como te está pasando a ti ahora,
sin mujeres
sin comida
sin esperanza...
entonces no estás listo...».*

BUKOWSKI

Supuse que Paula había pensado en voz alta porque a mí me pasa seguido eso de hablar y no darme cuenta. Otros me lo hacen notar. Había ido a buscar el café y desde la cocina me pareció escucharla. Hablaba en voz baja, como al oído de alguien. Cuando volví al living, le pregunté. Juró no haber dicho nada. Esto se repitió un par de veces, siempre con un ambiente de distancia entre los dos. Paula no me soportó mucho tiempo. Se fue. Pero no se llevó las voces.

* * *



Ilustración: Duende

—¿Mamá...?

—No es mamita —contestó una voz.

En el vacío manoteé el cable del velador.

—Para qué —dijo otra voz, una voz de mando—. Mejor no ver.

Que las voces fueran de mujer me tranquilizó un poco. Indefectiblemente pensé en Paula. Paula, que esa noche y desde hacía meses, no dormía conmigo. Al aire —a nadie, en realidad—, pregunté qué querían.

—Concederte un favor —dijeron.

Entonces se prendió una luz. Ni el velador ni el plafón del techo. Simplemente la habitación se iluminó. A los pies de la cama había tres mujeres. Más o menos jóvenes, más o menos lindas. Vestidas muy livianas. Una especie de malla entera negra. La pintura, también negra, exagerada en los labios y en los ojos. Las caras blancas. Se presentaron como Las Oportunidades Perdidas.

—*Tus* oportunidades perdidas.

Lo primero que pensé fue que mis oportunidades perdidas debería ser más de tres. Ellas serían una suerte de delegadas. Las oportunidades más importantes, digamos, las más representativas. Les pregunté por esto.

—Todas, corazón —dijeron al unísono—. Todas las que perdiste.

—Ocurre que, en general —dijo la del medio—, las oportunidades que se pierden, se van, se esfuman. No existen. Chau.

—Para vos puede ser distinto —dijo la de la izquierda—. Podrías corregir el pasado.

No pude sino pensar en Tadeo Isidoro Cruz.

—Así estoy bien —dije.

—Podrías estar mucho mejor.

—En un futuro no muy lejano.

En adelante seguirían fragmentando el discurso. Repartido entre las tres, me imponían un cambio constante del foco de atención. Y apostaría a que lo pensé: *De este sueño podría escribir un cuento*. Pero evidentemente no. Lo dije en voz alta, sin darme cuenta.

—¿Sueño...? —preguntó la de la derecha.

Se dieron vuelta y abrieron la ventana. El jardín se iluminó. Sobre el agua de la pileta se insinuó un movimiento de imágenes difusas.

—Para comenzar por donde corresponde —dijo la del medio—. El principio. Eras chico y...

—Soñaba que esta ventana abría a América —dije—. A cualquier lugar de América.

—Jugabas —dijeron las tres—, muy bien al fútbol.

—Esa magia...

—Esa magia envidia de todos...

—A qué se debía.

—¿A quién se debía?

—Yo corría a tu lado —dijo la del medio. Y no sé qué gesto habré hecho—. ¡No me cree! —dijo ella—. ¡No nos cree! —Empezó a rondar la habitación planchándose el pelo con las manos—. Bien bien —decía—. A ver a ver... Cuándo fue.

—Club Social La Perla —dijo la de la izquierda. La más linda. La única linda, en realidad, ahora que las veía un poco mejor a las tres.

—Hiciste un gol.

—Un gol que definió el campeonato.

—Un gol... —dijeron las tres, cerrándose sobre mí—, que nunca pudiste explicarte.

Es verdad... (¿lo dije o lo pensé?). Recordarlo así, de golpe, me sorprendió. La imagen volvió tan de repente y vívida que por la ventana entró el frío de esa tarde, un martes me acuerdo. Mi sombra corría en la cancha de cemento iluminada. La imagen del partido se reflejó en la pileta y algo de cierto habría en las palabras de las Oportunidades. Mi sombra no era una sombra común de cuatro hombrecitos. Entre hombrecito y hombrecito, corría otra sombra. Una silueta de mujer.

—Después del partido, los abrazos.

—Las felicitaciones del entrenador en medio de la cancha.

—Tus compañeros te alzaron en andas.

—Los del otro equipo fueron al vestuario a darte la mano. —En las imágenes sobre el agua, mis compañeros me alzaron en andas y, en el vestuario, los del otro equipo me daban la mano.

—En casa, qué alegría, el orgullo de papá.

—La gloria inmerecida retorció tus sueños.

—Porque nunca...

—Pero nunca:

—Contaste nada a nadie.

—La verdad.

—Que no tocaste la pelota.

—Tendría diez años —dije.

—Ahí empezamos a ser amigos.

—Es nuestro trabajo...

—Hacer amigos.

—Las cosas cambiaron. Qué hay de malo en eso.

—¿Malo...? —preguntó la del pelo planchado a las otras dos—. ¿Qué hay de malo...? Esto hay de malo —dijo, señalando otra vez la piletta.

En la vida que se reflejó en el agua, la verdad, había cosas que cualquiera quisiera tener. Aun así:

—No me interesa —les dije—. Disculpenme. Ya no me interesa el fútbol.

—Señoras —dijo la del pelo—: la cuenta por favor.

—¡Gloria! —gritó la más linda. Con los dedos estiraba un chicle apretado entre los dientes hasta que el chicle se cortaba y volvía a ponérselo en la boca.

—Algún día, sí, algún amigo, leerá lo que escribís —dijo la de la derecha.

—Y las loas.

—Hay que reconocerlo:

—Serán puro compromiso.

—¡Dinero! —siguió la del chicle.

La del pelo hizo la mímica de palparse unos bolsillos de pantalón y darlos vuelta vacíos.

—¡Mujeres...! —fue la factura siguiente.

La de la derecha se adelantó. Revelaba, ahora, un perfil grotesco y peludo símil Chewbacca. Un cuerpo, en realidad, grotesco y peludo. Me agarró la cara. Me miró fijo. Me soltó con desprecio.

—Bellas facciones... —dijo antes de volver al semicírculo—. Bellas palabras. Pero...

—Hoy día hay que cultivar otros valores.

Las tres a la vez (una coreografía perfecta) dibujaron el signo \$ en el aire.

—Estás fuera del mercado —fue la conclusión.

Volvieron a mirar por la ventana. En la piletta apareció la cara de Paula. Las ondulaciones del agua empezaron a darle vida. Me miró. Me guiñó un ojo. Levantó las cejas.

—Te extrañé —dijo la imagen de Paula con la voz de Paula—. Pero... A la larga. Como todo. Una se acostumbra y progresa.

La imagen se abrió. Paula seguía en escena, ahora de cuerpo entero, sentada en una cama. Se levantó y abrió una puerta. Entró un hombre que la abrazó, la besó, el

ambiente se llenó de chicos, de pan dulce, de sidras, de risas. De petardos y olor a pólvora.

—Año Nuevo —dije.

—Año Nuevo en familia —recalcó, a mi espalda, la voz del símil Chewbacca.

—Y no la soledad de esta habitación.

—Oscura.

—Húmeda y enmohecida.

—La habitación del sur... —dijeron las tres. Otra vez rieron a carcajadas.

El desfile de Oportunidades Perdidas siguió durante horas. A la mayoría las había olvidado. Pero ahora estaban ahí. Otra vez. Igual, lo que más me impresionó de cualquiera de esas vidas posibles y frustradas reflejadas en la pileta, fue ver, por primera vez, a un hombre que sabía lo que quería. Convencido de qué hacía y adónde ir. Hasta esa noche (hasta que las voces me despertaron esa noche) también yo, el yo éste de este lado del espejo de agua estaba igual de convencido. Entonces dudé. O me di cuenta de que, en realidad, todo este tiempo había dudado.

—Lo del banco fue una tontería —dijo la del chicle. La voz fue tierna, casi comprensiva. Me agarró del brazo y me llevó a la cama. Las tres se acomodaron en el piso frente a mí—. Tenías una carrera, zonzo. Posibilidades de progreso. El gerente te quería y lo sabés. Simplemente era cuestión de esperar. Nada más.

La del pelo planchado se paró. Miró por la ventana y se dio vuelta. Creo que no hubo desprecio en el gesto. Creo que hubo lástima.

—Esto... —dijo señalándome—, es tu vida hoy.

Pensé en mamá y papá. Aunque nunca me habían dicho nada, en secreto siempre supe que hubieran preferido mi carrera en el banco, ellos son así. No sé si les gusta o no que escriba. Sé que les preocupa. Que ya están grandes y tienen, de sobra, bastantes preocupaciones y problemas propios. Me pregunté si así, tal cual las Oportunidades Perdidas veían mi vida, la verían ellos. Entonces les pregunté qué podrían hacer por mí. Se miraron y no pudieron disimular la sonrisa.

—Qué te gustaría que hiciéramos —dijo la del pelo, levantando una ceja negociadora.

—No sé —le dije—. Pero parece que mi vida no va más.

El silencio que siguió coincidió con un apagón en el jardín.

—De todas las oportunidades perdidas —dijo—, podrías elegir una. Cualquiera. La que más te guste.

—Y el tiempo volverá atrás.

—Al instante anterior en que la desechaste.

Traté de rearmar en la memoria las vidas proyectadas en la pileta. Esto es traición, pensé. Pero no. Otra vez, sin darme cuenta, lo había dicho en voz alta.

—Traición, traición, traición —dijo la del chicle—. La traición es cuestión de

fechas.

La frase es Richelieu. Alejandro Dumas la recoge en *El Conde de Montecristo*. La segunda cita literaria que hacían. Me asustó intuir las armas que tenían. Comprobar cómo las usaban en los momentos justos.

—Además... —dijo Chewbacca—, todos los hombres traicionan.

—¡Y el que avisa no traiciona! —dijo la del pelo.

—¡Pero yo, no! —les grité—. ¡Yo quiero creer! —Y me puse a llorar. Balbuceando que quería creer. Que solamente quería creer en algo.

Las tres me abrazaron. Terminé apoyando la cabeza sobre las piernas de Chewbacca. Seis manos suaves me acariciaban el pelo.

—Ya habrá tiempo para creer —dijo una voz.

—Ahora... —dijo otra.

—Es tiempo de que elijas.

Me levanté de golpe y fui a la ventana (juro que del otro lado vi América). Dije lo primero que se me ocurrió. Al fin y al cabo —me justificaría más tarde—, si mi destino no es escribir, me da lo mismo cualquier cosa. Me acuerdo que lo dije sin mirarlas. Mirarlas me dio vergüenza.

—Escucho y obedezco —contestaron.

* * *

Corti entra a la oficina a los gritos. Le pregunta a la secretaria por mí. Dónde mierda está pregunta Corti. Las once y cuarto dice. Las once y cuarto y el señor no llegó. Cinco años trabajando acá y todavía no sabe que el horario de entrada del personal ¡es-a-las-nue-ve! La secretaria dice que me debo haber entretenido en una de esas tertulias de escritores. ¿Nunca leyó lo que escribe? Pídale, señor. Se va a divertir. Corti señala el escritorio. Si le gusta escribir, que venga a escribir esos informes que tiene atrasadísimos, que por eso el banco le paga. Entonces entro en escena, vestido igual que el día que renuncié. Buen día digo. Buenas noches dice la secretaria. Estoy harto dice Corti. Harto de su impuntualidad. Mira un reloj de arena que saca de un bolsillo del saco. Harto, ¿me oyó? Además..., dice la secretaria, y me señala de arriba abajo. Además..., dice Corti, y me señala de arriba abajo. Mírese. Mírese cómo vino. Claro..., si me imagino. Debe venir de una de esas... Chasquea los dedos mirando a la secretaria. La secretaria, sin emitir sonido, separa en sílabas la palabra tertulias. La cara se le va transformando hasta convertirse en una boca enorme que vocaliza Ter-Tu-Lias. Corti dice tertulias de escritores. La secretaria asiente, aprueba, festeja la buena lectura de labios de Corti. Lo miro en silencio. Tranquilo. Señor: le estoy hablando dice Corti. ¿No me oye? No contesto. Sólo se escuchan los esfuerzos de la secretaria para volver la boca a su tamaño normal. Con las dos manos trata de achicarla. Los dientes y una lengua de víbora resisten, atacan. Señor, qué le pasa, qué

tiene hoy. Renuncio digo. Caramba dice Corti. Sí, sí... Si yo lo entiendo, no vaya a creer que no. Los jóvenes, claro. Pasa un brazo por encima de mis hombros. Hijo: los jóvenes quieren cambiar el mundo. Son idealistas, escriben, pintan, se van en carpa... Lo que no entienden los jóvenes... Señala mi escritorio. Es que el mundo se cambia desde ahí. Cumpliendo lo que cada uno debe cumplir. Así que siéntese m'hijo. Siéntese por favor. Ayer no habrá sido una buena noche, de acuerdo, tampoco hay que exagerar. Aunque no lo parezca, soy un hombre amplio. De un bolsillo del pantalón saca prendido un habano. Fuma y camina en círculo, una mano atrás y una panza enorme que jamás le vi. Mire lo que le digo: vamos a olvidarnos de todo, ¿sí? Usted llegó a las nueve. Vamos, redacte esos informes, y le habré probado cómo se puede cambiar el mundo. Renuncio repito, y encaro la puerta a través de la cortina de humo del habano. Cuidadosamente Corti me agarra de un codo. Sabe, dice: en una época yo también fui escritor. Algún día le voy a traer mis poemas en procura de su opinión de hombre de letras. Ríe. La panza empieza a salirse por encima del pantalón. A mí me interesaría muchísimo leerlos, señor, dice la boca de la secretaria. Usted cierre el pico, dice Corti. Otra vez intenta llevarme al escritorio mientras sigue hablando de sus poemas. Pero en fin. A la larga, como todo. Uno se acostumbra y progresa. Siéntese querido. Renuncio le digo, y me desprendo de golpe. Camino hasta la puerta. Dejo la oficina, la escena en realidad, que sigue proyectándose sin mí. Usted podría hacer carrera grita Corti. Acá hay futuro, señor. Qué le pasa. ¿No me escucha? Qué tiene hoy... Señor... Diga algo, señor. Después se da vuelta. No entiendo, le dice a la secretaria: una boca llena de dientes. De baba. De palabras insidiosas.

* * *

Me senté en la cama con la sensación de haber vivido antes ese momento. Cuando me pasa esto es automático. Se me viene a la cabeza una canción de *Iron Maiden*. Esa vez, no. Esa vez pensé en la visita de la noche. Pero como un sueño lo pensé.

Que fueran las 9:00 no me preocupó. No sé si porque ya no trabajaba en el banco o porque ese mismo día iba a renunciar. En el picaporte había una percha colgada y me llamó la atención. Un jean. Una campera de corderoy que meses atrás le había dado a mamá para que regalara. A los pies de la cama, un calzoncillo. Una remera y un par de medias que yo no había preparado (no, al menos, la noche anterior). La mañana parecía aquella mañana. Un 2 de agosto raro, por lo cálido. Me asomé por la ventana. Era, la misma mañana. Volví a sentirme confusamente aliviado. Entonces aparecieron las voces. Entonces terminé de caer y abrí el placard.

—Mm mm —dijo una de ellas—. El mismo día, la misma ropa.

Pero ya que volvería a trabajar. Que encima tendría que disculparme por llegar tarde, me pareció prudente ir de traje.

—El mismo día... la misma ropa —repitió la voz.

—A un escritor, además, qué excusa no se le puede ocurrir.

—Al rato todo será normal.

—Otra vez y para siempre.

—Así te habremos probado cómo se puede cambiar el mundo.

Alguien lo dijo mejor. *Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme, temí que no me abandonara jamás la impresión de volver.* Yo lo explico así. Todo lo que pasó esa mañana me pasó por segunda vez. El diario en la mesa del comedor. La demora del colectivo en la esquina. El tren lleno de gente. El subte, el pensamiento constante, mi vida no va más. La puerta giratoria del banco, la misma puerta, los mismos giros. El custodio y los mismos chistes. El aire acondicionado, frío. Los empleados me saludaron con naturalidad. Yo no los veía, exactamente, desde hacía un año. La oficina y la puerta cerrada. Entré por segunda vez. Del otro lado, en una escena congelada, Corti y la secretaria. Unas voces (no sé de dónde salían) reproducían el episodio de mi renuncia y el sueño.

—Es hora —dijo una voz a mi espalda. Me di vuelta. Las tres Oportunidades Perdidas estaban mirándome.

Me acerqué a Corti. Le pasé las manos por delante de los ojos y no reaccionó. Le apreté la nariz y tampoco. Le revolví los pelos y nada. Le estiré la corbata hasta ahorcarle el nudo.

—Qué va a pasar con mis cuentos. —Yo miraba a Corti pero respondían ellas.

—Lo hecho, hecho está.

—Los que escribí este año, digo. Son muchos.

—Quién sabe...

—Yo sé —dije.

Ni bien me reinsertara en el banco. En cuanto nunca hubiera renunciado. Los cuentos que había escrito lejos de esa ratonera dejarían de existir. Nunca los habría escrito. Siquiera, tal vez, imaginado. El resto del año sería, según ellas, no muy distinto del anterior. Hablaban, en realidad, del mismo año.

—Algunas variaciones, claro.

—Complicado precisar cuáles.

—Un año, digamos, un poco más encarrilado.

—Te sentirás mejor.

—Primero, de cumplir el deber.

—Mamá y papá tranquilos...

—Y la billetera llena.

—¿O no?

—No sé —dije.

La del pelo chasqueó los dedos y la escena empezó a moverse.

—Señor: le estoy hablando —dice Corti—. ¿No me oye?

Le contesto que sí. Que lo escucho. Que se me hizo tarde.

—Pero no me entretuve en ninguna tertulia de escritores.

La Oportunidad del chicle me hace *Ok* con una mano. Los pelos parados de Corti me causan risa y trato de disimular. Entonces pienso que esta mañana no puede ser aquella porque Corti, esta mañana, tiene los pelos parados. A menos que ésa sea una de las variaciones. En adelante no sé qué pienso y qué digo. *Es lógico*, por ejemplo, pienso o digo. Qué le pasa, señor dice Corti. *Si no las ven, no existen*. Si habremos escuchado lo mismo dice la del chicle. *¿Existen?* Chewbacca me empuja y trastabillo. *¿O sólo en mi imaginación? Pasé una noche de perros y quería decirle...* Qué, señor. *¿Usted las ve?* Entre medio de las Oportunidades Perdidas veo, parados, a mamá y a papá. Cierro los ojos. Me tapo la cara. *¿Me está cargando, señor?* Niego con la cabeza. No me animo a abrir los ojos ni a descubrirme la cara. *Nada de lo que pasó pasó*. Bajo las manos y abro los ojos. La oficina desborda de Oportunidades Perdidas. Todas las que vi en la piletta gotean en el parquet y tal vez haya más que no vi o no recuerdo. Corti y la secretaria seguro no las ven o quizá sí, y no dicen nada porque también ellos son Oportunidades Perdidas. Buscar entre la multitud es difícil. *Perdonemé, Corti*. Camino la oficina abriéndome paso a los empujones entre caras blancas y ropas negras livianas. *¿Está borracho, señor?* ¡Tertulias de escritores! dice la secretaria y golpea el escritorio. Frente a mí aparece Paula. Te extrañé dice. La corro a un costado porque ahí están. Contra un fichero, agarrados del brazo. Los veo tan viejos. Tan asustados y chiquitos, que dudo que sean ellos y dudo en decirles lo que tengo que decirles, de una vez por todas, la verdad. Les agarro la cara y los miro bien a los ojos. *Tienen que perdonarme*, pienso o digo. *Pero nunca toqué esa pelota*. Meto las manos en los bolsillos del pantalón y las saco ensangrentadas. Mamá y papá se disuelven. Me doy vuelta esperando encontrar la multitud y la multitud se redujo, otra vez, a las tres Oportunidades Perdidas delegadas más representativas. Son tres contra uno. Corti y la secretaria al parecer no cuentan. Se limitan a mirarme con ojos desorbitados. Hablo despacio. Ahora sí, sé que hablo:

—Soy un fracasado —le digo a Corti—. Ahí están las pruebas.

Las Oportunidades Perdidas, como si Corti y la secretaria pudieran verlas, se esconden atrás de una cortina.

—Ahí... —digo, señalando la cortina. —Cambian de escondite.

—¡Ahí, Corti, ahora...! ¡Atrás suyo, señor, al costado...!

Las cortinas se sacuden. Corti no sabe adónde mirar. Las Oportunidades chocan un estante y se desploma un florero. La secretaria grita que tiene miedo y yo le digo que no. Que no se asuste. Que son *mis* oportunidades perdidas.

—Nada más. Todas las que perdí.

Antes de cruzar la puerta me aseguro de pisar las flores, el agua del florero y los vidrios. La secretaria se acomoda el pelo. Corti me mira.

—Disculpemé —le digo—. Renuncio.

No sé qué pasó con Las Oportunidades. Alguien lo dijo mejor. *En una cañería, la mugre se junta en los codos*. Esa mañana no doblaron conmigo. Cerré la puerta y algo

se estrelló del otro lado.

A las 12:00 estaba sentado en un banco de Plaza Lavalle, sacando vidrios de las zapatillas. Sabía lo que venía. Todo terminaría bien. Todo desembocaría, algún día, en el día de ayer. Pero tenía que vivir otra vez el último año. Me levanté, bajé las escaleras del subte. *Hay tiempo, pensé. Y si no hay, está bien igual.* Aunque quizá lo dije en voz alta. Sin darme cuenta.

Enrique José Decarli nació en Buenos Aires en 1973. Es abogado y músico. Publicó *Desde la habitación del sur* (Libresa 2009), finalista del Concurso de Literatura Juvenil Libresa 2008. En 2010 el Ministerio de Educación, en el marco del Plan Nacional de Lectura, lo recomendó para la Escuela Media. Desde 2008 dicta talleres de lectura y narrativa en la Municipalidad de Almirante Brown y en instituciones privadas.

El gran Mirobi

Carlos Pérez Jara
España

A Jack Vance (1916-2013)

1

Esta noche las plantas del *sforu* se agitan como anémonas acuáticas alrededor del palacio del gran Mirobi, una construcción cónica coronada por una cúpula de cristales oscuros. Desde la cumbre de la colina, sobre toda la pequeña ciudad de Crooba, cae un foco de luz blanda entre unas nubes bajas y espesas de color añil: no, no es un espíritu celeste ni una divinidad secreta la que perturba la calma de los alrededores, sino una simple nave pardusca que desciende con lentitud bajo un murmullo monótono. Crooba dormita a estas horas como una criatura remolona, por lo que algunas cabras corretean asustadas por los cercados, algún insomne curioso se asoma por la ventana para descubrir el fulgor que le ha sobrecogido desde su dormitorio, y los gatos callejeros arquean sus lomos ante la presencia del intruso espacial. Por el jardín amurallado, un perro viejo y medio ciego se acerca ladrando ruidosamente mientras una figura alta y encorvada lo sigue sosteniendo un farol.

—¡Calla ya, chuchó! —dice el anciano, un individuo que en las sombras se asemeja a un pajarraco envuelto en un manto gris, con unas botas demasiado grandes para sus pies retorcidos. Tras un siseo veloz, la compuerta mecánica de la nave se abre de golpe, y de ella sale un hombrecillo regordete, canoso y medio calvo, de patillas alargadas y nariz chata, casi porcina. Lleva en sus manos una especie de cajita ornamental, como un cofre en miniatura.

—Señor —dice el anciano con tono pomposo—. ¿Ha sido de provecho su viaje?

—Déjate de florituras, Elfax —responde el hombrecillo pasando de largo—. ¿Alguna noticia en mi ausencia?

—Ninguna, señor —se apresura a decir Elfax mientras alarga el bastón de su farol para que su simpático amo no tropiece con alguno de los pedruscos del sendero.

—Mejor, eso está mejor —el hombrecillo se felicita a sí mismo con un gesto arisco, apretando la cajita entre sus dedos gruesos—. La mejor noticia es siempre que no haya noticia. Tengo hambre, ¿está preparada ya mi sopa?

—La están haciendo, señor.

—Eso espero, y que tarde poco. Llevo varias horas sin llevarme nada al buche.

Creo que esta es la última vez que voy a ese congreso de mierda. ¡La última! Que me parta un rayo si lo hago de nuevo.

—Señor —asiente Eifax, sin duda muy acostumbrado a asentir ante cualquier opinión o perspectiva de su jefe. Sin embargo, ya casi en la puerta del palacio, la luz ambarina del farol describe los detalles de oro y bronce del cofre misterioso.

—Veo, si me permite comentarlo, que se ha traído algo de su estancia.

—Mmm —murmura el jefe mientras su viejo pastor alemán le olfatea los pantalones—. Eifax, ¿le has dado de comer a Protoc?

—Su chuleta de siempre, señor.

—Bien, eso está bien —pero la ternura del amo dura lo mismo que una pasión juvenil, y pronto aleja al perro con la punta de su zapato—. ¡Venga, venga, fuera ya de aquí, ya me has visto!

Media hora más tarde, Mirobi permanece sentado a la mesa de su comedor, contemplando la caja de reajo. Con la servilleta en la solapa, como si fuera un bebé envejecido y gruñón, a veces murmura algo mientras mantiene la cuchara en su mano. Ha sido un congreso como cualquier otro, entre ampulosos casíopes ricos que lo ignoran sin disimularlo, y bajo esa previsible derrota frente al mayor juego de su casta, el Spaciograma, con cuyos números y signos aleatorios nunca ha sido muy afortunado en las apuestas. De forma invariable, los vencedores son al final los gerifaltes de mayor rango, los más influyentes y poderosos, los grandes señores de ciertos mundos industriales. Cuando era más joven se lamentaba con amargura por aquella injusticia tan obvia:

—¡Se están repartiendo la galaxia los mismos de siempre! —le decía a su madre, una réplica casi exacta de él salvo por las prominencias de sus pechos con forma de berenjena y cierta verruga gris en la mejilla, como la de una bruja de cuento de hadas antiguo. La señora Mirobi siempre era muy comprensiva con su vástago.

—Anda, nene —le consolaba, colocando una tierna mano en su chepa—, no te preocupes, ya tendrás tu oportunidad, cariño.

Pero su oportunidad no terminaba de llegar nunca y así pasaron los años, de congreso en congreso, viendo que otros congéneres jugaban al Spaciograma con mejores resultados que los suyos. Las reglas siguen siendo hoy tan sencillas como inalterables: en torno al tablero redondo de la Sala del Destino, en cuya pantalla electrónica se distribuyen los sistemas solares y nebulosas de la Galaxia de Ecbat, los casíopes juegan a un juego basado en ciertas alteraciones combinatorias. La jugosa recompensa del ganador es la de apropiarse de algunos sectores espaciales a los que aún no han accedido con las naves más veloces, pero a los que sin duda llegarán en veinte, treinta o cien años, según las predicciones marcadas por los sísmocros de la tecnología ordinaria. Solo así se consiguen los derechos absolutos de propiedad de algún sistema perdido o de algún fragmento recóndito aún no explorado por humanos ni máquinas; sólo así es posible cristalizar el nombre del futuro dueño en un registro casíope para que sean sus hijos, sus nietos o sus sucesores quienes se apropien de

esos planetas y planetoides, de esas marismas galácticas o de esos polvos estelares a los que nadie ha bautizado hasta ahora.

Lógicamente, partiendo de una situación de desventaja por motivo de su estatus, Mirobi nunca ha llegado a conseguir lo que tanto ambicionaba: algún sistema solar completo con sus propios mundos, asteroides y estrellas. El Sistema Mirobi, así podría llamarlo, y así de hecho lo llama aún en sus sueños, los mismos que han venido a repetirse con las décadas, hasta que el muchacho feo y regordete, pero sumamente ambicioso, de Dorai se fue convirtiendo en el viejo cascarrabias que hoy todos conocen.

—Mmm —murmura, dejando la cuchara sobre el plato ya vacío. Mira las paredes grises de ese salón, repletas de cuadros de antepasados que le observan con ese rictus a medio camino entre la serenidad y la burla. De hecho, el viejo óleo de su tío Hirba es el que le provoca los peores malestares: un gordo barbudo de ojillos diminutos que le sonríe en la penumbra como si le complaciera verle de nuevo arrastrando su fracaso a cuestas. ¿Cuántas veces ha visto al tío Hirba sonreírle tras sus regresos sin victoria en esas asambleas amañadas? No lo sabe, no le importa, no quiere saberlo. Solo una vez estuvo a punto de conseguirlo: un casíope de estirpe media y él eran los únicos que quedaban en el tablero. Se jugaban el modesto Sector Ugama, media porción del sistema solar de Undraurus, en total unos tres planetas habitables (pero ninguno habitado), el más cercano a unos veinte años luz. Una mala jugada en el último movimiento de sus fichas simbólicas redujo su gloria a cenizas.

Pero en este último congreso Mirobi no ansiaba vencer en el Spaciograma: la resignación es el residuo que queda siempre de una voluntad insatisfecha, y la de nuestro casíope sobrevivía desde hacía tanto tiempo que ya casi no pensaba en ninguna forma de victoria. Incluso cuando creía sentirse amargado por volver de nuevo a su diminuto mundo de alta gravedad, en el fondo no estaba afligido ni descompuesto por sus frustraciones; después de todo, nunca había conocido otra suerte que la del fracaso, y la de percibir cómo casíopes de mayor estirpe se iban adueñando de la galaxia por los caprichosos designios de un juego de azar y estrategia.

2

Poco antes de irse a su dormitorio, aún sentado a la mesa del comedor, su mayordomo se acerca para recoger los platos en una bandeja metálica. Por un segundo observa la papada ridícula de Elfax, las bolsas de carne mustia que caen por debajo de sus ojos vidriosos y obedientes.

—Elfax —dice al fin, con las manitas sobre los brazos de su sillón.

—¿Señor? —responde Elfax, ya con la bandeja repleta de cosas entre sus manos.

—¿En qué nos hemos convertido, muchacho?

—¿Señor? —pregunta Elfax levantando suavemente una ceja, ese signo familiar de asombro camuflado de algún modo por el caparazón de su propia flema.

—¡Déjate de chorradas! —ruge Mirobi, impaciente.

—Ehm...

—Me refiero a lo que somos ahora. Por todos los dioses, ¡mírate en un espejo! Y a Lucenwa, ¿la recuerdas? ¡La contraté porque estaba buena, y ahora parece un mozo de carga, gorda como un ballenato! Hasta Protoc es ya una birria ciega que solo menea la cola.

—Los años pasan, señor —descubre Elfax, mientras el agua que queda en el vaso sobre la bandeja vibra bajo el pulso inestable del mayordomo.

Mirobi distiende un poco los músculos de su rostro comprimido.

—Somos dos vejestorios en una ciudad apestosa llena de cabras y pastores. Eso es lo que somos, ni más ni menos.

—Señor... —susurra Elfax, y en seguida traga saliva al detectar un fuego de ira repentina en los ojos de su amo.

—Elfax, puedes irte a la mierda.

—Sí, señor —dice Elfax, y se marcha rumbo a la cocina.

Irritado, Mirobi se recluye poco después en su sala de estudio, una amplia habitación con muebles grandes y anticuados, una chimenea de fuego sintético y una librería que contiene en sus anaqueles largas series de *libros líquidos*, pequeñas cápsulas llenas de códigos que concentran toda clase de información posible, desde somníferos tratados de política hasta estudios obsoletos sobre leyes civiles. Como en la nave, Mirobi intenta abrir el cofre que le vendieron en la periferia del gran Pabellón Casíope, donde se agolpan los tenderetes de los comerciantes locales. Un anciano diminuto lo agarró del brazo para ofrecerle la caja.

—No busque más —le dijo.

—No tengo tiempo —gruñó Mirobi, y quiso deshacerse de la mano del pequeño anciano, una figura calva y arrugada como una pasa, envuelta en una túnica de monje o de mendigo. Un parche de tela sucia ocultaba su ojo izquierdo.

—Precisamente eso es lo que le vendo: tiempo. Tenga, tómela. Solo cuesta veinte orhams. Una ganga.

—¿Me toma el pelo? —y Mirobi se fijó en el cofre tallado, en las vetas rojas y verdes de la tapa cóncava, en sus aristas de oro puro.

—Veinte orhams y es suya.

—¿Qué tiene dentro?

El anciano vaciló por un segundo.

—¿Ve esto? —señaló, ignorando su comentario—. Es una cerradura orgánica, un *plotex*. Si pulsa así se abre, ¿lo ve?

El cofre se entreabrió un segundo con un destello ilusorio y en seguida volvió a cerrarse solo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Mirobi con el ceño fruncido, pero admirado por aquel

truco.

—Es un *glipsa*, un fenómeno cósmico a pequeña escala; lo llaman «capullo de luz» o «gusano de fuego», pero tiene su propio núcleo.

—¿Su propio núcleo?

—Es una reducción de sol en miniatura, ya no se hacen cosas así, demasiado caras. Los erbulogas eran maestros en eso hace miles de años. Además no ciega nunca, imposible. Aquí donde lo ve, este cofre fue tallado en el planeta Xie, mucho antes de que hubiera ningún congreso. Es único, se lo aseguro.

Mirobi arrugó su nariz, abriendo las fosas nasales.

—¿Se cree que está hablando con un mojigato de éstos que vienen por aquí, eh?

El anciano levantó la palma de su mano libre.

—Los dioses me libren, excelencia.

—¿Me vende una cajita con alguna pila arcaica por veinte orhams y pretende que me crea que estoy ante una maravilla antigua?

El pequeño vendedor lo miró por un momento con su único ojo, y Mirobi no tuvo fuerzas como para reaccionar de alguna forma.

—Es suya —susurró el anciano, agarrándole de la muñeca—, por eso se la vendo tan barata. Un precio simbólico. Esta caja fue hecha para usted. No me diga que no le gustaría tener lo que casi nadie tiene en ningún mundo.

¿Por qué la había comprado? En muchas otras circunstancias se habría deshecho del anciano con un tirón brusco y habría entrado en la Sala del Destino para jugarse como siempre sus créditos y algo más de su pobre prestigio. Pero algo en los ojos de aquel espectro parlanchín le había convencido de llevarse ese cofre de luz, sin ningún uso práctico aparente; algo que quizá tuviera relación con los innumerables fracasos de tantas visitas a Quilímaca, viendo cómo verdaderos patanes se hacían con el control futuro de la galaxia y él sólo se conformaba con ser mencionado en un libro de registro de casíopes activos o, lo que es igual, de miembros de la misma casta que aún no han pasado a mejor vida. O acaso sólo deseaba salir de aquel mundo y de aquella sala con algo entre sus manos, ¿quién sabe?

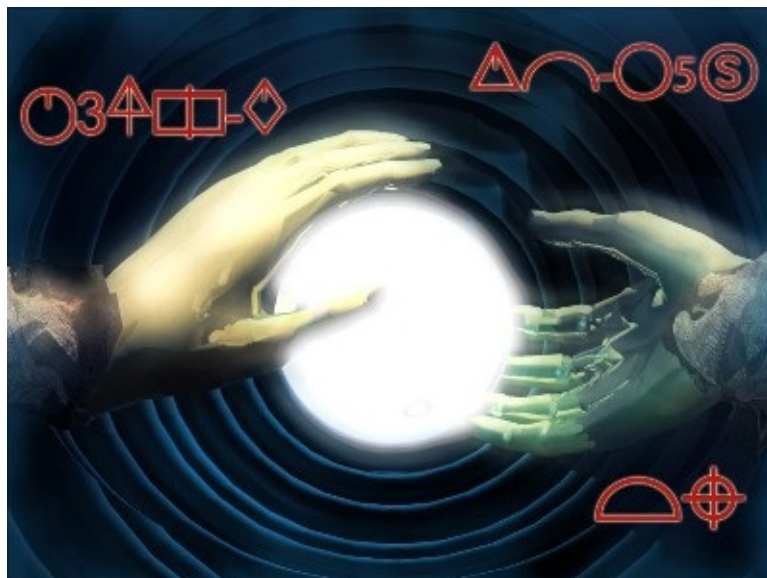


Ilustración: Guillermo Vidal

Mirobi se ajusta ahora sus lentes esféricas y observa de cerca el *plotex* de la cerradura: en apariencia no es más que una de esas viejas babosas semi-fosilizadas que absorben el sudor de su dueño al tocarlas y permiten abrir los resortes con su mero contacto. Ya tiene varios *plotex* en objetos de cierto valor que ha necesitado personalizar a su gusto para que nadie, ni siquiera ese inútil de Elfax, tenga la tentación de husmear dentro. Indeciso, aprieta la substancia oscura hasta que algo se libera en el mecanismo secreto, como un *click* sordo. Poco a poco, el cofre se abre con la lentitud de una cajita de música, pero esta vez no vislumbra ningún resplandor asombroso sino una luz pálida y flotante que ondula en el interior como una luciérnaga.

—¿Y qué mierda esperabas, Mirobi? —se reprende a sí mismo: ha comprado un juguete inútil. Alarga un dedo pero el nimbo de luz se reduce de tamaño, como si pretendiera eludir su presencia. Entonces, justo cuando iba a cerrar la caja y olvidarla en algún armario de su palacio, se fija en el cuadro de fichas mecánicas que figura en el reverso de la tapa abierta, números y signos dentro de pequeños tableros esféricos.

—Vaya — murmura. Pronto se da cuenta de que debajo de cada signo hay unos engranajes diminutos que se mueven como los mecanismos regulares de un reloj olvidado. Mirobi sospecha que debe tratarse de algún artificio inútil para mantener cerrada la caja incluso si algún astuto ladrón decidiera cortar el dedo de su legítimo dueño y aplastarlo contra el *plotex* de la cerradura. Pero el pacífico resplandor que flota dentro lo desconcierta un poco: ¿un residuo luminoso de un sistema oculto de defensa, como el flash de una cámara, para sorprender a un intruso y dejarle ciego durante horas? Ha oído hablar de cosas así; sin duda, no es descartable. Desde luego no es un sol reducido, como le vendió ese parlanchín tuerto.

—¡Bah! —se dice, y ya se dispone a cerrar la tapa cuando la aureola parece crecer ante sus ojos, los resortes de émbolos y engranajes se aceleran y Mirobi permanece atónito, casi hipnotizado.

—¿Qué...?

Una luz blanca inunda la habitación con un murmullo apagado. Al recuperar algo su visión se da cuenta de que está sentado sobre la alfombra de la estancia, y que la cajita ha caído debajo de una mesa.

3

Asustado, pestañea confuso y se fija en las molduras del techo, en las estanterías y los muebles de alrededor. Al fin se levanta y recoge el cofre con la sana intención de tirarlo a la basura. Casi tiene ganas de embarcarse de nuevo en su nave y volver al mundo de convenciones para darle las gracias a esa vieja pasa por venderle un cacharro absurdo. Una ganga... ¡Nadie se burla de Mirobi!, se dice furioso y abre la puerta. Por el corredor apenas repara en que ya es de día, y que haces de luz polvorienta caen por los ventanucos dejando traslucir una nebulosa de partículas de polvo flotante; Mirobi atraviesa el polvo y la luz como una exhalación, abre otra puerta y se encuentra en el patio de entrada, pero pronto lo detienen unas voces extrañas y familiares al mismo tiempo.

—Pero ¿qué mierda pasa aquí? —dice, absorto, al entornar sus ojos por la luz diurna. Hace un minuto era noche cerrada en Crooba y ahora parece ser mediodía. Es posible que el destello le haya dejado inconsciente durante varias horas y no se haya dado cuenta hasta ese momento.

Se refugia detrás de unos setos jóvenes, que parecen haber crecido en una sola noche, y al fin distingue a un hombrecillo con poco pelo, sentado en una butaca mientras toma el sol y lee algo en un disco holográfico. Mirobi estudia los gestos displicentes del enano; es joven y feo, y parece afectado por una especie de tic nervioso en el labio superior.

—Dioss... —susurra Mirobi y casi está a punto de salir de entre los arbustos, pero en ese instante algo le congela los músculos.

—¡Elfax! —grita el hombrecillo, que ahora arroja al suelo el disco lector. Al cabo de un minuto aparece un hombre alto y encorvado, con el pelo negro cubierto de tinte y grasa vegetal y un bigotillo recto en su rostro bovino.

—¿Señor?

Viendo esos dos fantasmas de una realidad imposible, Mirobi aprieta la cajita entre sus manos como si fuera a partirla. Le falta el aire para respirar como suele hacerlo, desdeñando lo que inhala y expulsándolo con prisa por los orificios peludos de su nariz chata. Pero lo peor no es verse a sí mismo y a su mayordomo como si fuesen dos verdaderos extraños, sino recordarlo todo como si hubiera transcurrido apenas el día antes.

—¿Está preparada ya mi nave? —dice el Mirobi joven.

—Sí, señor —confirma este nuevo Elfax—, y sus créditos también.

—Bien, salgo en cosa de cinco minutos.

Mirobi siente un vértigo repentino al distinguir los rasgos del hombre que fue en ese individuo que parece haberle suplantado en su propio palacio. Al poco rato se acerca un perro robusto de ojos claros con la lengua sacada.

—Buen perro —dice el nuevo Mirobi mientras golpetea con su mano en la cabeza de su mascota.

Entonces algo sacude a Mirobi desde dentro, como una revelación más grande que la circunstancia inexplicable de haber viajado al pasado de su propia vida: de repente se encuentra en el mismo día en que viaja al congreso casíope de hace unos catorce, quince años, no puede precisarlo con exactitud, pero lo recuerda. ¿Qué significa eso? Inquieto, se aleja del jardín como puede hasta refugiarse detrás de un muro que ya no debería existir y bajo un árbol cuyas raíces aún permanecen sujetas a la tierra. Reflexivo, mira el cofre y no entiende bien lo que sucede. De alguna forma milagrosa, el nimbo de luz de esa cajita le ha trasladado a otro punto del tiempo. ¿Pero por qué razón a ese día y no a otro? El Mirobi de su juventud se dispone ahora a volar en la nave para reproducir su fracaso... de repente algo se le atraganta, nota que un calor de fuego lo invade en oleadas continuas y que sus viejos músculos y articulaciones se entumescen.

—No puede ser... —masculla, y ya no necesita imaginarse un futuro que se ha convertido en pasado: la nave volverá como siempre, como lo ha hecho la noche anterior, y Protoc le esperará en el jardín como de costumbre. Ninguna variación, ningún cambio. Nervioso, Mirobi se escurre con sigilo por un sendero de gravilla hasta acercarse al reactor aéreo que tuvo antes de comprar el que tiene ahora, un modelo anterior y más lento. La puerta está abierta, así que solo necesita subir la rampa y esconderse entre las sombras de la bodega de carga.

4

Durante un buen rato, notando las vibraciones por el espacio, Mirobi se siente como un polizón en su propia nave. Ese anciano le dio la clave del futuro, piensa, eufórico. Al principio le había resultado inconcebible golpear su cráneo cuando estuviera más concentrado pilotando la máquina, pero después de haber digerido todas sus reticencias, supuso que la mejor manera de reconstruir sus fracasos era la de hacer desaparecer al imbécil responsable de todos ellos, es decir, él mismo. Ya no puede reconocerse en ese joven con un tic nervioso tan molesto al verlo desde fuera; impetuoso y vehemente, tan soberbio que no podría ganar nunca ni aunque tuviera la combinación ganadora delante suyo. Mirobi lo mira silencioso: el cuerpo tirado en el suelo, inmóvil, con media cabeza abierta por el golpe y la sangre que corre sin descanso por los paneles artificiales. ¿Cómo ha podido conseguirlo?

—Demasiado fácil —se dice ahora. Es curiosa la emoción de matarse a uno mismo, o al hombre que una vez fue, pero no había otra alternativa posible. De esa

forma, durante el resto de su viaje se entretiene en recoger todos los datos y archivos que su propio cadáver ha almacenado en un ordenador con el propósito de hacerse una idea del congreso al que se dirige. Al fin lo descubre: es la reunión sagrada en la que los casíopes mayores apostaron el gran sector de Aadra. Sentado en el sillón de pilotaje recuerda la partida, los miembros más insignes que participaron en el juego, incluido el barón de Ostrkv, que fue a la postre el vencedor y futuro propietario de una de las regiones más poderosas de la galaxia. Está seguro de que nada de lo que sucede es casual, y que la cajita le ha desplazado hasta allí con el objeto de enmendar sus males.

Aunque ya no está para esos trotes, resuelve arrastrar el cadáver de sí mismo hacia una cámara lanzadera para deshacerse de todas las pruebas que le incriminen en el delito más absurdo de la historia. Protestando a solas, Mirobi tira del cuerpo mientras nota un dolor agudo en su espalda.

—¡Maldito imbécil! —masculla una vez tras otra—. ¡Maldito fracasado!

Cuando al fin termina, se agacha para reconocerse un poco.

—Deja que los mayores hagan el trabajo, nene —y lanza una carcajada abrupta.

Una hora más tarde, divisa el cadáver flotando por el espacio como un muñeco roto.

—Bueno, y ahora vamos a ocuparnos de lo que importa.

Por esa época, en Quilímaca reinan los príncipes consortes de la Tercera Dinastía Casíope, dos ancianos que entonces se pasaban todo el santo día comiendo pasteles con mucho azúcar y rememorando sus hazañas en cierta guerra ya medio olvidada por las crónicas oficiales. Pero lo que absorbe a Mirobi durante las vicisitudes de su nuevo viaje es la recreación de la partida. Nunca ha podido olvidarla porque estuvo basada desde el principio en un error de cálculo y en un farol obvio por parte del barón seboso. Ignorado por los grandes casíopes, que casi lo vieron como un relleno en su mesa de apuestas, nadie reparó en su presencia, ni antes ni después de aquella partida. Por aquellos años apenas resultaba visible; luego pasaría a convertirse en uno de esos maduros y venerables casíopes que se sientan a la gran mesa redonda bajo la inercia de la tradición, individuos tristes y confusos que ya saben de antemano y con completa certidumbre que no serán ellos los ganadores sino otros, y que así habrá de ser hasta que otros viejos como ellos los reemplacen con idénticas funciones.

Tras dormir dieciocho horas en la cámara suspensoria, Mirobi se levanta quejumbroso y se viste como si hoy fuese el día de su boda: sabe bien dónde encontrar el traje de ceremonias. Las señales de los paneles electrónicos indican una llegada pronta a Quilímaca, y desde la pantalla principal de la nave es posible distinguir su esfera verdosa.

—Seis y ocuma, amigo barón. Seis y ocuma —murmura todo el tiempo con una sonrisa grotesca que arruga su frente: sabe muy bien cuándo y dónde saldrá el número y los signos ganadores. Luego, Mirobi introduce su cofre en una bolsa que cuelga de su hombro.

—Ahora veremos quién gana, mamarrachos.

5

Nadie puede impedirlo: en cuestión de unas pocas horas Mirobi vence en el juego sagrado e institucional por el control de Aadra y sale de la Sala del Destino como el casíope más insigne del grupo. Ninguno de los presentes, incluido el barón de Ostrkv, ha oído hablar jamás de él, pero todos aceptan que se trata del padre o el tío de ese pobre inútil que acudió al congreso anterior y se pasó toda la partida mirando de reojo a unos y otros. Tal como lo ha soñado tantas y tantas veces, Mirobi firma el contrato de propiedad de Aadra y se le unge con un broche de casíope mayor con derecho exclusivo a explotar esas regiones en el futuro y una donación conjunta de veinte millones de orhams. El presidente del clan, un cónsul de ojos saltones y barbilla puntiaguda como el mascarón de proa de un barco, se le acerca para estrecharle la mano.

—Es un gran día para el clan, hermano —le dice, y aprieta sus dedos.

—Gracias, cónsul —responde Mirobi, apretando a la vez la suya. Por un segundo ambos mantienen las manos aferradas en un simpático desafío que consiste en ver quién grita de dolor antes. Con los dientes apretados, el presidente se aproxima a la peluda oreja de Mirobi.

—No sé quién es usted, pero le prometo que esto no quedará así. Aadra solo puede pertenecer a los grandes clanes. Faltan ochenta años para lograr la tecnología suficiente para que llegue allí, para hacerse con lo que hoy ha ganado aquí, por alguna razón que se me escapa.

—Amigo mío —masculla Mirobi, exultante—. No se preocupe por mí. Ochenta años no son nada.

Descorazonado, el cónsul y presidente de la mesa mayor casíope suelta al fin la mano de su huésped y lo deja irse por los corredores del castillo de los príncipes. Envuelto en una capa gris que oculta la saca en cuyo interior se esconde su cofre, Mirobi sale ante la mirada recelosa o cargada de ira de sus colegas, a los que saluda con una sonrisa y asintiendo suavemente. Tiene la impresión de haber hecho dos viajes sucesivos con menos de un día de diferencia cuando en el fondo le separan quince años de ese futuro en el que aún está en su estudio rememorando sus antiguos fracasos. Ahora es el jefe y gobernador de Aadra, de todos los planetas y constelaciones que contiene, y poco a poco irá construyendo su futuro como mejor le convenga. Abstraído, mientras camina por una plaza bordeada de setos azules y rojos, se palpa un poco el bulto de la caja: un pequeño artefacto temporal movido por alguna maquinaria secreta. Lo que le resulta evidente es que el artificio ya estaba conectado antes de que pudiera abrirlo, con las fechas exactas grabadas para que le desplazasen hacia el momento oportuno. Pero ¿quién ha podido hacer algo así?,

piensa, si bien este pensamiento se disuelve pronto en la marea misma de su euforia.

Esa misma noche, unos poderosos delegados autóctonos con pelucas malvas le invitan a una lujosa cena a la que también asisten los príncipes, carcamales que apenas se enteran de nada de lo que ocurre a su alrededor y que sonríen o miran a los demás invitados con muecas de asombro. Solo los redactores oficiales casíopes pueden registrar el evento, sentados a prudente distancia de la mesa de comidas. Los príncipes, que en su época serán objeto de mofas póstumas, se acercan a saludarle pestañeando algo aturcidos, apenas sujetos en sus bastones.

—Felicidades, joven —dice el mayor de los dos ancianos—. Nos alegra que haya venido. Nadie hace mejores pasteles que los suyos.

—Gracias, excelencias.

Más tarde, a solas en su habitación de huésped victorioso, rodeado de doncellas morenas que le acarician la calva como si fuese una bola mágica, Mirobi reflexiona sobre las enormes posibilidades de su juguete cósmico y sobre la estupenda forma de disfrutarlo a solas, pero pronto empieza a pensar en sus nuevos enemigos, en esa chusma elitista que no acepta que haya ganado la partida y roto el orden establecido de sus trampas ancestrales.

—¡Fuera de aquí, zorras! —grita, y las doncellas se marchan, dejándolo solo en la habitación. Luego abre la bolsa y saca la caja. Intentarán algo, seguro, medita: los casíopes mayores no van a permitir que salga vivo de Quilímaca. Tampoco tiene por qué regresar a su palacio, no ahora, y aprieta el *plotex* del cofre hasta que la tapa se abre con lentitud. Alguien ha programado la caja a esa época, pero también es posible hacerlo para cualquier otra, pasada o futura. Mirobi se detiene a pensarlo un poco: podría volver a su juventud, revivir al Mirobi al que ha matado en la nave, incluso regresar para ver el rostro de su abuelo, por ejemplo. Pero el lirismo glorioso de esa perspectiva se consume pronto ante nuevas posibilidades, sin duda mucho más portentosas y útiles. Ese cofre no existe solo para reconstruir su pasado sino para mejorar su futuro, piensa. Con paciencia, hunde sus uñas en los resortes de la tapa, pero las piezas apenas se mueven.

De pronto, alguien llama a la puerta.

—Señor, el cónsul mayor desea verle —dice una voz femenina. Una trampa, murmura Mirobi, y se devana en seguir girando una ruedecilla de bronce mientras el nimbo luminoso flota como una llama ingrávida.

—¿Señor?

No hay duda alguna: tiene que salir de ahí como sea, cuanto antes. El único problema que encuentra a su paso es que no tiene ni la más remota idea de cómo funciona ese chisme. Unos nudillos golpean la puerta con insistencia.

—¿Está usted bien? —resuena una voz ronca, poco femenina. Ochenta años quilímacos podrían ser ciento treinta en su mundo y unos veinte en Galpa, pero al menos resulta factible guiarse por algún criterio. Tras un momento de silencio los golpes vuelven a la puerta, pero al fin los pasos se alejan por el corredor a toda prisa.

—Volverán —masculla Mirobi, que no cesa en su empeño de darle vueltas al disco diminuto para ver si hace algo. Media hora más tarde ha dejado de dar vueltas al mecanismo: los resortes permanecen inmóviles.

—Vamos, ¡haz algo! —ruge y agita con la mano el nimbo flotante a escasos centímetros del fondo, pero el cofre no emite respuesta alguna.

Desesperado, Mirobi da un manotazo a la tapa, que se cierra de golpe.

—Estoy atrapado —se dice, y una sonrisa mordaz se le dibuja dando forma a su propia angustia: es el rey de un reino que no conocerá nunca, el señor de una ilusión fabulosa y cruel. La ironía le resulta insoportable, y casi le dan ganas de golpear furiosamente la caja hasta destrozarla contra alguna de las paredes. En lugar de eso, mira el disco de archivo casíope en una mesa, un documento supremo que constata sus nuevos dominios, aún intangibles pero reales, a una distancia insuperable para esa época pero no para la futura, cuando los reactores permitan acceder a sus mundos y sus asteroides.

—Mmm —muge.

Se asoma por la ventana de su habitación de huésped: bajo la luz celeste de una de las tres lunas de ese planeta, unos hombres lo miran y lo señalan, mientras otros corren hasta desaparecer debajo de unos soportales de piedra. No tardarán mucho en entrar, se dice, en apresarle para hacerle algunas preguntas, para saber cómo pudo burlar todos los trucos del barón y vencer en una partida ya amañada de antemano. Entonces se sienta en la cama, con la cajita sobre sus rodillas, y mientras presiente el rumor de nuevos pasos que se acercan a su estancia, aprieta la babosa de la cerradura y abre el resorte: un resplandor de cámara fotográfica baña las paredes y el techo y disuelve el universo en una fracción de segundo.

6

El aire transpira un olor a raíces húmedas y madera podrida. Ahora, una fina llovizna resbala sobre su calva, golpeando en la tapa del cofre que sostiene entre sus manos. Mirobi ojea los alrededores, las ruinas de lo que una vez fue el palacio de los príncipes casíopes y las casas de los gobernadores locales, sombras medio derruidas bajo la tormenta. Al norte, más allá de una colina formada por escombros a modo de hermoso y humeante vertedero, resplandecen los edificios cristalinos y metálicos de una ciudad que no se parece a Quilímaca. Vuelve a meterse la caja en su bolso, mientras desciende gruñendo por una especie de sendero de gravilla.

—¿Dónde puñetas estoy? —ruge, pero en verdad es consciente de que no es una pregunta adecuada ni oportuna. Es necesario saber el momento y no el espacio que le rodea, que ya lo conoce y de sobra, o al menos lo intuye a través de ciertos detalles que el paisaje le comunica, en un fragmento de arcada o sobre una fachada al sur. Es obvio que el artefacto lo ha desplazado hacia algún instante del futuro en el que los

recintos presidenciales han sido demolidos por la erosión del tiempo, o por alguna hecatombe, una guerra o un terremoto. El problema es saber a qué época exacta lo ha enviado, ayudándole a huir de los secuaces de aquellos casíopes que no tenían demasiada disposición para aceptar la derrota en la Sala del Destino. Sea como sea es libre, y lo más importante, logró ganar aquella partida y hacerse con los derechos de propiedad y explotación de Aadra, convirtiéndose en el casíope más poderoso del clan, el más admirado y odiado de la galaxia.

—Pues es verdad —refunfuña, y se detiene un momento al distinguir en la bruma lluviosa a varias figuras que se acercan. Es posible que hayan pasado cuarenta, cincuenta años, o puede que menos, ¿quién lo sabe? De cualquier forma, esto le lleva a la desconcertante conclusión de que también aquí debe estar ya muerto, como lo estuvo en el pasado a manos de sí mismo. Pero el futuro es un buen refugio en el que recluirse, en principio porque es ahí donde podría disfrutar de los logros de su antigua hazaña.

De pronto, nota un ruido a sus espaldas: dos hombres más se acercan por detrás de las ruinas de un pabellón sin ventanas. En el fondo, Mirobi desprecia tanto al hombre que fue como al que será porque, en cierta forma, ninguno de ellos es él mismo. De modo que debe informarse bien de lo que ha ocurrido con las dinastías casíopes y con su propio mundo para poder actuar en consecuencia: si aún se mantienen los pactos sagrados, nadie podrá negarle lo que es suyo por derecho propio, el mismo por el que los remotos ascendientes de su casta reemplazaron ciertas guerras eternas por acuerdos asumidos en una sala en torno a un tablero de juego con el nombre de Spaciograma.

Los individuos que ahora tiene enfrente son un hombre alto y robusto y dos jóvenes fibrosos de alturas y edades parecidas que llevan unos uniformes de color gris perla y unos estrafalarios sombreros de pico.

—¡Buenos días, señor! —dice uno de los muchachos, un joven de nuez protuberante, ojos pequeños y boca enorme.

—Buenos días —responde Mirobi con el ceño fruncido, mientras descubre que le han rodeado: los hombres de atrás se han detenido formando un coro silencioso alrededor suyo. El gigante del grupo mira al cielo, mientras las gotitas de lluvia se escurren por su rostro duro y ancho.

—¿Ha sido de provecho su viaje... señor?

Mirobi retrocede un paso, pero los tipos de atrás sonríen, expectantes.

—¿Qué pasa aquí?

El joven que acaba de hablar se adelanta un poco. Entonces alarga su mano y le apunta con un pequeño dispositivo mecánico: enseguida algo se inyecta en su pecho, apenas un picor o una suave irritación cutánea.

—Nada de lo que tenga que preocuparse, créame —responde al fin el extraño, mientras Mirobi hace un amago para sacar el cofre y abrir la tapa.

—Por favor, no haga eso —le dice una voz aguda a su espalda—. Usted no sabe

manejarlo.

Inquieto, Mirobi trata de interpretar los gestos burlones.

—¡A la mierda! —grita, y extrae la caja, pero justo en ese instante algo lo envuelve, como un globo viscoso que lo inmoviliza como a un insecto en una piedra de ámbar. Desde el interior de una burbuja, nuestro casíope grita como un poseso e insulta a sus agresores, pero la verdad es que nadie puede oírle.

—Es curioso —comenta uno del grupo, un caballero ancho de pelo castaño y patillas gruesas: con la mirada baja examina algo en una pequeña pantallita portátil.

—¿Qué es lo curioso, Mdrel? —le dice otro de sus compañeros, justo cuando el gorila apunta a su víctima con una especie de lápiz de plata y lanza un hilo casi invisible que se estrella en la superficie del globo. Trastornado e inerte, con las piernas y los brazos en una posición incómoda, Mirobi no comprende nada en absoluto.

—Ha aparecido más al sur de lo previsto —responde.

—Bah, un factor de distorsión. No tiene importancia.

Casi enseguida, la esfera transparente se eleva varios metros llevando en su interior a Mirobi congelado. Luego, el gigante lo arrastra por el hilo como si fuese un niño descomunal que pasea con su propia cometa. Los otros miembros de la pandilla se lamentan del aguacero, de estas épocas tan malas del año, del engorro de salir a los arrabales a cualquier hora. Se quejan mucho, pero no dejan de hacerse bromas unos a otros, a veces rebuscando entre las piedras y los arbustos por si descubren algún objeto de valor o de cierta importancia.

—¡Venga, nos vamos, que me estoy calando hasta los huesos! —anuncia el tal Mdrel.

A lo lejos, la ciudad resplandece envuelta en una bruma gélida.

7

Cuando la masa comprimida de aire se desvanece, Mirobi cae al suelo de mármol oscuro como un pelele exhausto. Apenas tiene conciencia de lo que ha pasado hace un segundo, solo que de pronto no podía gritar ni insultar a sus secuestradores, ni siquiera mover un dedo. De hecho, incluso su mente se ha mantenido bajo una especie de letargo enigmático, en la que sus ojos han tomado el papel de meras cámaras fotográficas de una realidad incomprensible: únicamente tiene nociones vagas y confusas de haber viajado en un vehículo oruga en el que lo transportaron por una carretera flotante, y luego de llegar a un edificio enorme y oscuro, con muchas escaleras y salones, entre hombres y mujeres que apenas lo miraban, como si fuera un saco de patatas y no el gran Mirobi. Al fin habían colocado la burbuja en una sala espaciosa, delante de un trono ocupado por un hombrecillo un poco mayor que él, calvo y con una barba grisácea de profeta iracundo. La película que lo contenía se

había disuelto con un susurro gaseoso, dejándolo libre.

De rodillas, trémulo por la confusión, Mirobi pestañea tratando de distinguir los rasgos del hombrecillo, pero el entorno es umbroso y la distancia al trono aún demasiado grande.

—Acércate —le dice el hombre sentado, con su mano derecha sobre el pequeño cofre.

Mirobi obedece a regañadientes, absorto en las paredes colosales, en esas cristalerías anchas por las que cae una luz pálida y difusa, y luego, como quien no quiere la cosa, en el inmenso busto de piedra que sobresale por detrás del trono, el rostro de un calvo de nariz porcina y cejas gruesas que parece mirarle con desaprobación aterradora. Mirobi trastabilla al verlo, y ni siquiera se fija bien en el hombrecillo del sillón.

—Quizá —comienza a decir el individuo con calma— ahora te preguntes qué fue de los príncipes, de las apuestas del Spaciograma y de todo aquel rollo. Es una buena pregunta, muy buena, pero hoy estoy cansado para explicaciones. Ni tampoco me apetece.

Mirobi reconoce ya sus propios rasgos en el hombre que le mira con indiferencia.

—Tú —masculla, pero apenas entiende por qué ha dicho eso.

—Menudo imbécil —suelta el Mirobi barbudo, y tamborilea la cajita con sus dedos—. Mis rastreadores dicen que te mataste en la nave. ¡Pobre Mirobi de nuestra juventud! Por cierto, veo que has manipulado el rotor de este Octrodo. Menos mal que tengo muchos otros, pero no me gusta andar reparando estos objetos. Son muy caros, te lo aseguro. ¿Lo vas a pagar tú?

—¿Quién eres? —pregunta confundido, y aprecia que ambos están solos en la sala, o al menos así parece.

El Mirobi barbudo levanta una ceja mientras enseña un colmillo de su mejor sonrisa.

—Sé lo que estás pensando. ¿Y si me liquidas y me arrancas el cofre de la mano, eh? Podrías huir por algún pasadizo temporal, no es una idea tan estúpida como suena. Pero tiene varias dificultades, te lo digo yo, que sé algo de esto.

—¡Yo soy Mirobi, gusano! —ruge Mirobi, y se tambalea un poco.

—Por supuesto que lo eres, por supuesto. Por eso hiciste tu trabajo como se esperaba. Hemos vuelto a vencer en Quilímaca, amigo. Hace unas horas o seiscientos años, da lo mismo. Por cierto, no me digas que no echamos de menos al cretino de Elfax, ¿eh? Esas noches antiguas de regreso a casa, con la sopa por delante y Protoc mordiendo su hueso en un rincón. ¿Y Lucenwa, la del culo gordo? Ya solo son polvo de estrellas, o menos que eso, y sin embargo podrían volver a ser unos niños si quisiéramos.

—Yo... —balbucea, indeciso, y mira a todas partes.

—Eso es, tú.

—Vas a matarme —pronostica casi en voz baja, sin comprender nada de lo que

sucede.

El Mirobi barbudo reclina su espalda sobre el trono.

—Verás, en esta época es deseable seguir con las apariencias. Lo único que hago es deshacer lo que ganaron otros, los barones y condes, y nuestra historia se va cambiando capa a capa, como una cebolla. Cuando eso pasa, aquí ya no son dueños ni de su sombra, ¿entiendes? Sus antepasados se han vuelto unos don nadie, unos parias, y ellos, lo mismo. ¿Que si voy a matarte, dices? No... para eso estás tú, supongo.

—¡Maldito capullo! —grita Mirobi acalorado, pero al abalanzarse bajo un impulso ciego de rabia, algo vuelve a dejarle mudo e inerte: la burbuja lo recubre de inmediato dejándolo desvalido, mientras el otro Mirobi se levanta de su asiento y se acerca con parsimonia.

—Supongo que sabes lo que es un sísmocro. Bueno, yo siempre lo pregunto. A veces me llevo alguna sorpresa, no te creas. El caso es que todos esos aparatos dejaron de servir para algo, de la noche a la mañana. Las ecuaciones y los cronogramas se volvieron una pura basura. Justo como los gallos pomposos de nuestras asambleas, siempre con esos trucos de salón para repartirse los sistemas solares. Como si fuera una tarta, ¿lo recuerdas? Eso creo, porque acabas de venir de allí.

Mirobi trata de mover la boca pero la mandíbula se mantiene rígida, en un rictus de desconcierto prolongado.

—Voy a contarte un pequeño secreto —prosigue el Mirobi mayor, con las manos en la espalda—: fui yo el que reventó todas las predicciones de sus máquinas. ¡Paf, así de fácil! Hoy, poco a poco nos vamos haciendo de otras áreas del pasado, y las reconstruimos según nos interesa. Imagina cuántas asambleas quedan por ganar, cuántos nuevos planetas y colonias.

Mirobi observa el pequeño aro que brilla en el lóbulo de la oreja de su oponente.

—No me mires así, cabeza de chorlito. Si te sirve de consuelo, no lo has hecho tan mal para ser un inútil. Ganaste, ¿no? Pues eso es lo que importa a fin de cuentas. Aadra es importante, pero también lo son Punta Fénix, Ozuma y otros sistemas que todavía no tengo en mis vitrinas. ¿No pensarás que viajabas solo, eh? De todas formas, no has metido mucho la pata, así que date por satisfecho. Los hay peores.

Apenas un rato más tarde aparece un joven encorvado que, tras sacarlo de la sala empujando la burbuja, lo lleva por un corredor como si fuese un escarabajo pelotero. Mareado, Mirobi maldice al impostor barbudo que se cree él mismo, pero también al idiota que fue una vez cuando iba en aquella nave y decidió eliminarse por pura codicia. Luego, escuchando las risas de varios desconocidos que ni siquiera lo miran, alguien lo arroja por un orificio del suelo a través del cual va cayendo sin remedio por una cámara hueca y esférica plagada de celdas redondas. El globo transparente cae con una calma onírica, como guiado por algún principio misterioso.

—¡Yo soy Mirobi, cretinos! —ruge desde dentro, pero pronto se fija en el interior

de las celdas de ese panal hueco. Sobre cada una de ellas figuran un signo y una fecha grabadas.

—¡Eh, mirad, uno nuevo! —grita alguien, y Mirobi reconoce a un muchacho regordete y aún con pelo que se asoma desde su ventanuco circular, viéndole desplomarse por la cámara ingrávida.

—¡Hola, precioso! —dice otro detrás suyo, mucho mayor que el joven, de ojillos feroces y ya con arrugas en su cara de nariz chata.

—¡Míralo cómo cae, jajaja! —comenta una versión enloquecida, con una cicatriz profunda que le cruza la frente y varias ronchas en la calva.

Así los ve asomarse para recibirle en esa especie de completo archivo de Mirobis de diversas épocas, un macabro museo habitado por grotescos imitadores. En su desesperación, y mientras desciende con la lentitud de un globo de aire, al fin reconoce al anciano, o a uno de ellos, con la venda sucia cubriendo parte de su fea cara y ese ojo único que le observa muy serio desde su prisión angosta. Trata de llorar pero solo ríe, arrugando la cara como un bebé que patalea impotente: los desprecia a todos, a los que fueron y a los que serán, a todos los Mirobis posibles porque sólo él ganó la partida, sólo él pudo conseguirlo. Sólo él... en la cámara parece existir ahora un ambiente de fiesta, como el de una multitud de congregados que dan la bienvenida a un extraño que los hará sentirse menos solos.

Resignado, como algunos de sus vecinos más meditabundos, nota al fin que la burbuja se desplaza con suavidad hacia un hueco vacío y lo introduce en su nueva casa pegándose a los bordes externos como una ventosa. Yo soy Mirobi, se dice con obstinación, señor de Aadra y de los mundos y planetas que lo pueblan, de sus soles y nebulosas. Un rato después, mientras se recrea en esa visión espléndida, Mirobi nota que en las celdas de los usurpadores ha vuelto a hacerse el silencio.

Carlos Pérez Jara (Sevilla, 1977) ha publicado hasta la fecha en diversas revistas de papel y electrónicas como Axxón, NGC3660, Bem On Line, la revista cubana Korad o la española Planetas prohibidos. Ha sido seleccionado como finalista en dos ocasiones para las antologías de cuentos de terror Calabazas en el trastero (editorial saco de huesos), tanto en el nº 6 (temática «Bosques») como en el nº 11 (temática «Empresas»). Asimismo ha participado en la revista de ciencia ficción argentina PROXIMA, en los nº 14 (temática «monstruos») y 15 (temática «viajes»).

Las enseñanzas de Gan Bao

Pé de J. Pauner
México

Para Paulette Bayardo Gustin, la niña de las libélulas de Mabon

El llanto de un niño

Gan Bao llegó cierta noche a casa de su discípulo; sin que este se diera cuenta entró a la recámara matrimonial donde se instaló sobre un tapete en el suelo, meditando en la posición de la Flor de Loto. Cuando el discípulo despertó, después de retozar toda la noche con su esposa —habían reído mucho y cambiado todo el tiempo de posición sobre el lecho según las indicaciones del libro del placer «El loto dorado»—, vio a su Maestro al pie de la cama, inmóvil y aparentemente con los ojos cerrados. En un arrebato de pudor el discípulo se cubrió con las sábanas —y, sobre todo, cubrió a su mujer— y, sentándose, dijo:

—¡Maestro! ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cómo ha podido entrar hasta aquí? Gan Bao, con los ojos entrecerrados, miró de reojo hacia la cama.

—¿Cuándo aprenderás que el tiempo no existe? —le soltó, sin cambiar de posición.

El discípulo, envolviéndose en la sábana, se levantó y como pudo, sin dejar de mirar a su Maestro, comenzó a vestirse. Su mujer, que parecía un pececito dorado en un estanque de agua clara y calma, se había cubierto hasta la cara y escuchaba la conversación de los dos hombres.

—Ven, acompáñame y te explicaré. —Gan Bao se levantó, tomó de la manga a su discípulo y tiró de él. Llegaron a la primera estancia—. El tiempo es como esta casa. Contéstame: ¿qué hay al lado de esta estancia?

—El primer cuarto de la casa —contestó el discípulo.

—¿Y de inmediato al primer cuarto?

—El segundo cuarto y un anexo pequeño.

—Vayamos al anexo —propuso Gan Bao.

Pasaron por el pasillo, al lado de los cuartos, hasta alcanzar el anexo. En el primer cuarto Gan Bao miró a través de la puerta abierta el rojo de las sábanas de seda y, al fondo, un hermoso altar al Buda de los Sentimientos, donde resplandecían varias luces que a Gan Bao lo llenaron de paz y regocijo. En la segunda estancia pudo ver, a través de la puerta entreabierta, a las mujeres que servían mientras tendían al sol las

sábanas amarillas como un campo de flores. Las mujeres parecían enfurruñadas, seguramente por alguna discusión doméstica.

—¿Qué ha pasado mientras llegábamos a este cuarto pequeño? —preguntó el Maestro.

—Ahhh... que yo he... que hemos pasado al lado de los cuartos y hemos mirado a través de las puertas.

—¡Eso es! A veces tu intuición es brillante —dijo Gan Bao y su discípulo sonrió y se sintió muy bien—. Ahora imagina que estamos en la primera estancia y cada uno de los cuartos, incluyendo la estancia, es un día de la semana, y toda la casa el carro sobre el que el tiempo avanza. Si mi respuesta a una pregunta fuera: «Me ha gustado mucho el día segundo que no ha pasado aún» ¿cuál sería esa pregunta y cómo es que la he formulado?

El discípulo abrió los ojos como platos de porcelana, meditó un poco y por fin contestó.

—«¿Qué día de la semana le ha gustado más, Maestro?». Y es que, mientras nos movíamos de la primera estancia a este anexo, hemos podido echar una mirada a cada uno de los cuartos.

—Tu intuición me sorprende otra vez, hijo mío —aprobó Gan Bao, y su discípulo volvió a sonreír—. De esta manera puedes darte cuenta cómo es que podemos movernos en el carro del tiempo.

—¿Y también podemos saltar del carro del tiempo, Maestro, cual si saliéramos de esta misma casa por la ventana?

—Te responderé de esta manera: anoche, mientras llegaba a tu casa, pude escuchar el llanto de un niño recién nacido. Ahora llega la mañana con sus posibilidades como el abanico que una doncella abre bajo la sombra tibia del bosque.

—¡Pero no hay bebés en esta casa! —el alumno se quedó en silencio, sumido en profundas reflexiones. De repente, la cara se le iluminó—. ¡Oh, Maestro mío!

Y echó a correr hacia la recámara matrimonial donde su esposa estaba lavándose la cara y una de las doncellas del servicio escogía las prendas que llevaría a lo largo de las primeras siete horas del día. Le anunció sorprendentemente:

—¡Estás embarazada!

La desdichada

A la mañana siguiente, el discípulo caminaba al lado de Gan Bao por el bosque cuando encontraron a un leñador que se quedó mirándolos, deteniendo la tarea de sacar astillas de un tronco caído. Siguieron caminando mientras el leñador ponía el hacha en el suelo y echaba a caminar detrás de ellos. Gan Bao parecía no darse cuenta y el discípulo no se atrevía a decir nada, pero el hombre no dejaba de seguirlos a la vez que los miraba con una curiosidad creciente que mutaba por momentos a un

estupor que se sentía colgar de las ramas de los árboles.

—Maestro —dijo al fin el discípulo, mirando sobre su hombro—, ese hombre viene siguiéndonos desde hace ya un buen rato.

—¿Cuál hombre? Yo no veo ninguno —respondió Gan Bao, mirando atrás y adelante y a los lados.

—El hombre que viene detrás de nosotros, Maestro... ese hombre...

El leñador los alcanzó y, caminando ya al lado de ellos, le dijo a Gan Bao unas palabras sumamente misteriosas:

—¡Tú no estás aquí! Yo, que tengo una vista de zorro, acabo de verte sentado en el risco de la montaña nublada que da al mar. Desde ahí me mirabas como ausente y mirabas también las barcas de pesca que llegaban a la bahía.

—Acabo de escuchar unas palabras en un lugar que aún no existe —dijo Gan Bao—, y las he traído para ti. Las palabras son «causación inversa» y me resultan molestas, demasiado engreídas por sí mismas. Esto me recuerda la historia del sabio Wen. Un día, conoció a una niña de cinco años, de tez hermosa y cabellos amarillos, porque había nacido un día en que el sol brillaba de más. Le dijo: «Aquí escribo que cuando cumplas quince años has de casarte con mi hijo». El hijo de Wen componía libros de magia negra a los quince años, arte que había arrebatado de antiguos tratados robados a su padre. El corazón del hijo se endureció. Cuando la niña cumplió la edad de quince años, fueron a decirle a Wen que se había casado con otro hombre. Wen, que en todo ese tiempo no había visto a la niña, la recordó tal como era a los cinco años y exclamó: «¡Eso no puede ser! Es tan sólo una niña de cinco años». Así, cuando la niña alcanzó los quince años, fue dada al sabio Wen y otorgada a su hijo «el oscuro» como esposa. No hace falta decir que la muchacha fue desdichada el resto de su vida.

Cómo reconocer a un zorro plateado

Por la tarde estaban de vuelta en casa del discípulo. Gan Bao cayó en una melancolía profunda pues pretendía que su discípulo aprendiera a distinguir entre los zorros comunes y aquellos que tienen la cualidad de convertirse en hombres y así poder hablar.

A través de la ventana vieron pasar un zorro rojo. Gan Bao dijo:

—Los zorros plateados se parecen a los zorros comunes pero son como ese que va pasando por ahí: rojos.

El discípulo localizó un zorro amarillo que corría detrás del rojo, muy, muy atrás.

—Maestro... entonces ese que va ahí no es un zorro plateado.

Gan Bao miró al zorro y dijo:

—Los zorros plateados son engañosos. Ese que va ahí también es un zorro plateado.

Al poco tiempo pasó un zorro blanco. El discípulo dudó. Gan Bao sonrió y dijo:

—No te preocupes, hijo mío, es difícil identificar a un zorro plateado. Lleva mucho tiempo aprender a distinguirlos. Ese que va ahí también es un zorro plateado.

Súbitamente, como recordando algo que debía hacer con prontitud, Gan Bao le soltó a su discípulo:

—Ahora debo irme. Espero que todas estas lecciones las aprendas y las guardes en lo más profundo de tu corazón, te servirán mucho durante los tiempos que vendrán.

Mirando afuera al último zorro, cuya cola podía aún distinguirse tras el tronco de un viejo árbol, añadió como para sí:

—Los zorros plateados tienen la cualidad de embarazar mujeres humanas para así sustituir con su propia descendencia a la de los hombres.

Luego saltó por la ventana y el discípulo pudo ver que asomaba una cola de zorro plateado por entre las vestiduras de su Maestro.

A los nueve meses, la esposa del discípulo dio a luz un niño resplandeciente como la luna llena pero con un defecto: al final de su espalda tenía una cola plateada de zorro.

Epílogo



Ilustración: Valeria Uccelli

En el risco que da al mar Gan Bao le dice al leñador:

—Estas son palabras que escuché en uno de mis viajes: Saint Simon habla de una

ingeniería de la historia. Dice que la ciencia debe diseñar la historia. En China lo no escrito aún, lo no diseñado, tiene efecto retroactivo sobre aquello que pretende diseñarlo.

Gan Bao y el leñador miran las barcas que arriban a la bahía, miran y piensan mientras mueven sus plateadas colas de zorro.

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo «Las cinco grandes utopías del Siglo xx» en la web española Alfa Eridiani.

Cuento de papel y tinta azul

Diego Moreno
Colombia



Ilustración: Pedro Belushi

Qué dilema, pensaba Marcos, buscando una banca en el parque para sentarse a escribir. Si en el final condenaba a muerte al protagonista, el juego se le complicaba. Las hojas secas crujían bajo sus trajinadas botas y cada paso reforzaba su indecisión.

Ya ubicado a gusto y raspándose el cráneo con las uñas, advirtió que siempre le ocurría lo mismo: se envolvía tanto entre naufragios metafísicos que en la más mínima decisión sobre la suerte de alguno de los personajes se jugaba su propia vida. Lo abrumaba la certeza de que ese mundo paralelo, la literatura, escapaba de sus límites de papel para apuñalar este otro mundo.

Pero, en algún rincón de este mundo, él ahora se descubría concentrado en el silbido de aquel helado viento de otoño que quemaba su piel. Oyó también los millares de aplausos que le brindaban los ombúes con el batir de sus ramas. Sonrió: por primera vez en su vida se imaginó ovacionado, el actor principal. ¿De qué? Carecía de importancia.

Su reloj de pulsera marcaba las quince y cuarenta y tres, y el tímido sol le lanzaba un guiño que lo invitaba a seguir disfrutando de una tarde fuera de casa. Aceptó la invitación y se dejó capturar de nuevo por el cuento que horas atrás había empezado a escribir.

Con la libreta abierta sobre sus piernas, percibió la vibración del celular en el bolsillo del pantalón.

En la pantalla titilaba número privado. No quería hablar con ningún desconocido. Dudando, lo dejó vibrar unos segundos. De pronto se le ocurrió que podría tratarse del editor de alguna de esas revistas baratas en las que escribía ocasionalmente. Y él andaba urgido de dinero.

Cerró la libreta y contestó.

—¿Marcos? —dijo una voz de hombre.

—¿Quién habla?

Con la comunicación entrecortada y ruidosa, logró identificar la voz de su tío. Se pasó el aparato de un lado a otro intentando escuchar mejor, pero una algarabía de fondo se lo impedía. Entendía muy poco, algo así como que su ciudad —a doce mil kilómetros de distancia— estaba sufriendo un... ¿un *bombardeo*?

—¿Qué? No oigo nada. ¿Bombardeada, me dice?

La llamada se cortó abruptamente. Marcos intentó comunicarse de inmediato. Probó sin éxito con números de familiares y conocidos: todas las líneas parecían bloqueadas. Se levantó y dio un par de pasos en círculo, pensativo. Con la cabeza gacha y mordisqueándose el pulgar, buscaba una explicación coherente entre cientos de ideas que se mezclaban. Insistió con su teléfono una y otra vez. No había caso.

Se sentó y respiró profundo. Vio su libreta en el piso y no le importó.

Al otro extremo del parque, algunos niños se jugaban la vida detrás de una pelota. En ellos, Marcos veía a los niños de su ciudad huyendo de bolas de fuego que los perseguían sin razón alguna. Imploraban cualquier explicación, al igual que él, y no hallaban respuesta.

Abstraído, perdido en incertidumbres, levantó la libreta y se dio a escribir compulsivamente. Plasmó un par de frases sin sentido, que luego se fueron aliando para dar forma al relato.

Como en la mayoría de sus cuentos, llovía. Al tiempo que él arrojaba palabras de tinta azul sobre el papel, baldazos de agua caían de las nubes y la ciudad narrada sucumbía.

A miles de kilómetros, la suya también sucumbía: imaginaba proyectiles que diluviaban desde el cielo, explotaban y arrasaban todo al encontrar asfalto. Seguía escribiendo sin pensar. Imágenes confusas rondaban por su cabeza: lluvia, estallidos, su gente, la del cuento, el cemento y el papel. El olor a pólvora y a sangre que se colaba por sus narices.

Las palabras cada vez llovían con más fuerza: de las letras lloraban chorros que humedecían la hoja. Marcos escribía con rabia, desespero. El agua derretía la tinta, que ahora resbalaba por paisajes blancos y encontraba barriguitas azules que también se disolvían. Las letras se fusionaban, se adherían, se confundían con otros signos... y las palabras, con otros gritos, otros llantos. Todo se convertía en pequeñas manchas que se ligaban a otras manchas, se aliaban o rechazaban en sombras, bosques espesos, almacenes, edificios, niños, gente de todo tipo, terrenos baldíos. La tempestad, la pólvora, la tinta y los lamentos dibujaban otro mundo que quizás él conocía.

Seguía escribiendo sin parar. En un espacio en blanco, arenas movedizas se tragaban el agua, las letras, los gemidos. De pronto, la pluma empezó a hundirse en el pantano. Luego los dedos, despaciosos, fueron penetrando las entrañas de la hoja. Succionados casi con ternura, manos y brazos se sumergieron mansos, al igual que el resto del cuerpo. Marcos se entregó sumiso a la tibieza, resbalando hacia la oscuridad. Un fondo negro lo abrazó.

Pretendió moverse y, entonces, se supo atrapado. Inmóvil, momificado durante largos minutos, quizás horas, respiraba lentamente para conservar la calma, sin buscar explicación de nada. Vaciaba su mente enfocándose en el leve murmullo de la lluvia, percibiendo cómo disminuía hasta silenciarse.

De pronto, lo aturdió el chirriante aullido de un avión. Logró abrir los párpados, pegados por el fango. Un rayo de sol taladró sus pupilas. Segundos después se adaptó a la luz y se vio cubierto por un barro seco y duro, que ahora cedía, liberándolo de a poco.

El terror cobró la forma de aviones que atravesaban el cielo lanzando proyectiles.

Pudo liberarse, se levantó de prisa y miró a su alrededor, confundido, ese mundo teñido de azul intenso. El fuego se elevaba en medio de las ruinas y densas nubes de humo se tragaban todo. Marcos, sin entender, se quedó paralizado, hasta que una explosión lo sacudió y lo obligó a correr y refugiarse.

Corrió entonces por una calle blanca manchada de azul. Huía sin saber adónde, entre casas destruidas, intentando reconocer la de sus padres. En cada cruce se desviaba sin rumbo. Charcos de un espeso líquido inundaban todo. Identificó palabras de su propio texto pintadas en el asfalto y pasó sobre ellas sin siquiera detallarlas.

El ruido de los aviones lo acechaba y él seguía huyendo empapado en sudor y lodo y cada vez con menos aire. Anhelaba alguna presencia humana en la cual buscar explicación, complicidad. Sin embargo, transitaba una ciudad desierta, ni un alma se cruzaba en su camino: de los rincones le llegaban lamentos y alaridos sin rostro. Todo temblaba al ritmo de las explosiones, se desplomaba el mundo. El humo y el hedor a muerte lo asfixiaban. A lo lejos, los perros no paraban de ladrar.

Entró en un camino de piedra angosto y demarcado por una hilera de enormes pinos que repelían la luz del sol y perfilaban una amenazante sombra que se hacía interminable. El universo ondulaba como una hoja al viento.

Al fin el camino terminó y Marcos remontó una colina cubierta de pasto y eucaliptos azules y algunas letras suyas que se habían salvado. El fuego se extendía y los aviones y las explosiones sonaban cada vez más cerca.

Al correr, sus zapatos dejaban pinceladas de tinta deslizándose sobre un fondo blanco. Sus brazos se agitaban en un vaivén desesperado. Luego de infinitas horas lo frenó el borde de un abismo. Un fondo oscuro podía divisarse en lo profundo. Intentó saltar para refugiarse en aquel infierno negro y no pudo: una fuerza desconocida lo anclaba, no lo soltaba. Retrocedió unos pasos, se impulsó y trató de lanzarse de nuevo, pero cayó otra vez en el punto de partida, como si estuviese atado a un resorte.

Sus pies se encontraban fusionados a ese mundo. Los aviones se acercaban más y más. En la distancia, los gritos se iban apagando. Se agudizaban la soledad y el miedo.

Agobiado, Marcos se agachó y permaneció allí, la cabeza oculta entre sus rodillas. Con las yemas de los dedos percibió en el piso una textura extraña. Al presionar y pellizcar sutilmente, advirtió que se arrugaba con facilidad. Entonces, lo siguió arrugando bajo sus pies. Fue contrayendo el enorme pliego blanco manchado de azul. Levantó la mirada y vio cómo se iban deshaciendo los pinos, los restos de los muros que aún quedaban en pie, los postes de luz, las callecitas. Se ahogaron los últimos ladridos.

Rápidamente construyó una gran bola. «Una bola de papel», pensó de prisa, pero los estallidos no le dejaban más tiempo. Más allá del límite del pliego manchado de azul, alcanzó a divisar el respaldo de la silla del parque y el verde follaje. Abajo, una profundidad incierta lo esperaba.

Arrugando los últimos metros, notó que sus pies también se replegaban. De a poco, Marcos se fue haciendo parte de aquella esfera enorme, hasta quedar sumido en las tinieblas...

... Y una vez más ese universo negro.

De espaldas al abismo, como pudo, encogió las piernas, se sacudió violento y se lanzó al vacío.

Escapó.

Días después, sentado en una banca de cemento y añorando el batir de los ombúes, espera su muerte entre barrotes, condenado por devastar una ciudad entera.

Diego Moreno nació en Medellín (Colombia) en 1975.

Actualmente vive en Buenos Aires y, desde el año 2010, asiste al taller de narrativa de Marcelo di Marco.

Es historiador y candidato a Magister en Filosofía e Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Sus investigaciones combinan el lenguaje escrito con el lenguaje visual: se desempeña también como fotógrafo documental y artístico.

En Colombia hizo parte del taller de narrativa del escritor Mario Escobar Velásquez y fue guionista y coordinador del programa literario «Palabra viva», de la Emisora Cultural Universidad Nacional de Colombia.

Actualmente trabaja en su primera novela.

Sus ensayos, cuentos y fotografías han sido publicados en libros y revistas como La Gazette des Arts, Palabra viva, Cuadernos libres, Las Ciencias Humanas a debate y la gaceta del Museo Argentino «Bernardino Rivadavia».

Esta es su primera participación en Axxón.

El probador

Cristian J. Caravello
Argentina



Ilustración: Duende

—Mira, Roberto, qué lindo pantalón.

Siempre detesté salir de compras. El Centro Comercial es para mí el cine y el patio de comidas. Y todo lo demás: solo una espera por el cine y la comida; y las escapadas a fumar y a tomar café en las mesitas de los patios descubiertos. Pero para Liliana, esos trapos que medran detrás de los vidrios tienen un sentido diferente, un significado misterioso. La ropa es para ella como la comida: una vez ingerida, no se puede volver a comer y hay que comprar más. Como máximo admiten una sola repitencia, análoga a las sobras de la noche. Luego las digiere el guardarropa, inmerso en ese estado perpetuo de estallido próximo, consistente en la acumulación de vieja ropa nueva apelonada en su intestino grueso.

—Tú necesitas pantalones —insistió Liliana—. El sábado es la reunión en casa de tus tíos y no quiero que vayas hecho un pordiosero.

Y peor que recorrer las vidrieras detrás del trapo ajeno, es ir en pos del trapo propio. Una vez finalizado el trámite incordioso de elegir la prenda candidata —consistente en dar, al menos, una vuelta completa al laberinto—, prosigue el molesto procedimiento de prueba.

—Hoy no —aventuré sin muchas esperanzas—. Ignoraba que debía comprarme

ropa y no me he duchado.

Ella se dio vuelta y me miró con las cejas bien arriba y los párpados a media altura, reprochándome con la mirada por no haber pensado lo que ella pensó.

—¿Y si no es hoy, cuándo? —inquirió.

—Puedo ir con el pantalón azul que tiene la chapita plateada en el bolsillo.

—Claro, y una mancha de aceite en la pierna, y las botamangas despeluzadas. No, Roberto.

Cambié el ángulo e insistí.

—No sé bien qué medias me he puesto. Creo que están agujereadas.

—Yo te veo limpio y perfumado, y dentro del probador nadie te verá las medias.

Una hora después, avanzaba derrotado hacia la línea de probadores de una inmensa tienda, detrás de un vendedor algo afeminado que se meneaba dentro de unos *jeans* ajustados, con su cabello corto, artificiosamente blanco, y su arito de fosa nasal.

—Te lo pruebas y me dices cómo te queda, ¿sí? —dijo el muchacho, alcanzándome el pantalón—. Yo me quedo por aquí cerquita y tú me llamas.

Entré al probador con la prenda colgando del antebrazo. Era un cubículo agradable con una banqueta, un gran espejo al fondo y varios percheros en la pared. Una cortina muy alta y pesada lo aislaba de exterior. La altura del cortinado le daba mayor amplitud, pero en rigor, no tendría más de un metro por un metro.

El primer problema se me presentó cuando intenté cerrar el cortinado. El barral se situaba a unos cuatro metros de altura y por más que jalaba de la cortina para cerrarla, no lograba que las argollas se desplazaran allá arriba. Finalmente, me subí al banquito para poder mover el cortinado más cerca de las argollas. Aún así, no pude resolver una enorme hendidura de quince o veinte centímetros que me dejaba expuesto al mundo, con mis olores y mis medias agujereadas. Después de cierto sentimiento de impotencia, logré enganchar la cortina en una rajadura que se abría en el enchapado del panel divisor, dejando al fin mi humanidad satisfactoriamente oculta bajo la tenue luz de las dicroicas.

Rápidamente me quité los zapatos y los pantalones. Efectivamente, la media izquierda tenía un agujero sobre el pulgar. Me paré frente al espejo. Los espejos de los probadores tienen la virtud de mostrarlo a uno tal cual es; pero con los años y el trajín, esa virtud se va transformando en un defecto. Me vi viejo y gordo. El elástico del calzoncillo desaparecía tras el pliegue que formaba el rollo principal de mi estómago, y unas arrugas profundas se amontonaban justo arriba de mis rodillas. Pude ver también que toda la uña del pulgar salía por el condenado agujero de la media. Y más atrás, para mi horror y vergüenza, vi que un niño muy pequeño se filtraba gateando por debajo de la cortina.

El diablillo avanzó hasta la mitad del exiguo recinto y alzó la vista. Nada más grotesco para un niño muy pequeño que hallarse a solas con las piernas velludas de

un sesentón en calzoncillos que lo mira con cara de terror. El niño hizo un gesto de asombro absoluto y estalló en un llanto estentóreo. En un instante deduje con espanto la siguiente escena: detrás del llanto de un niño pequeño siempre hay una mujer joven que lo buscará por cielo y tierra y a la que no detendrá la mera cortina de un probador.

—¡Nahuel! ¿Dónde te has metido, hijo? —dijo la madre lloriqueando. Y entró al probador.

Sé que miró el agujero en la media y sé que desde abajo espió mi bulto achicharrado, escondido debajo de la camisa. Se puso de pie y olió al niño.

—¡Otra vez, Nahuel!

Prestamente, se asomó al pasillo y gritó:

—Madre, alcánzame el bolso que debo cambiarlo de nuevo.

A continuación, con la parsimonia de quien entra a la panadería, ingresó una mujer muy elegante que apenas pasaba los cincuenta portando un bolso anaranjado con ositos y pintitas. Me miró a los ojos de soslayo y fue bajando la vista hasta recorrerme entero, deteniéndose en el agujero de la media. Sentí como si un rayo estremecedor me recorriera el cuerpo. Luego frunció la nariz y se dio vuelta.

Madre e hija se apropiaron del banquito y comenzaron a cambiar al niño sobre el pantalón flamante.

A continuación, el vendedor me habló desde el pasillo:

—¿Cómo te ha quedado?

—Tengo un problema aquí —respondí en obvia alusión a los intrusos.

El muchacho abrió el cortinado alegremente, con un ademán amplio que dejó mi paño menor miserablemente expuesto al gentío que atestaba el pasillo. Miró al niño y exclamó

—¡Ay! ¡Qué lindo el goldito! ¿Te hito caquita el goldito?

Intercambió sonrisas con la madre y la abuela e, ignorándome por completo, se marchó dejando el cortinado mal cerrado.

—Señora, podría ir a otro lado a cambiar al nene, ¿no? —protesté.

—Todos los probadores están ocupados. Y además, Nahuel eligió este. Sostenga —dijo ella.

Sostuve el objeto húmedo y mullido hasta advertir que se trataba del mismísimo pañal servido, embebido a rabiar y desbordar. Lo tiré inmediatamente debajo del banquito.

—¡Aj! ¡Qué asquerosa, señora!

La abuela me miró la entrepierna y comentó:

—El muerto se ríe del degollado.

Inmediatamente después, una muchacha muy agitada ingresó al probador y sin siquiera mirarnos se aplastó contra el panel divisor y se puso a espiar hacia fuera por

la hendidura de la cortina. No superaba los diecisiete años. Tenía el cabello lacio, grasiento, corto, negro y despeinado, rouge y rimel negros como el azabache, dos *piercings* plateados en una ceja y uno en el labio inferior. Llevaba un chaleco de cuero negro, una minifalda negra, borceguíes militares negros y una pulsera plateada en la pierna, de eslabones anchos, ajustada en la mitad del gemelo. Dos cablecitos salían de sus oídos y se perdían en un bolsillo del chaleco escupiendo un barullito siseante, estilo AC/DC. Súbitamente, abandonó la vigilancia, me empujó y se guareció detrás de mí, pegada al espejo, con una mezcla de temor y emoción en el rostro, mientras seguía jadeando.

Acto seguido, ingresó su compañero. Era una suerte de híbrido de humano con gorila. No superaba el metro setenta, pero otro tanto debía medir su espalda. Todo su cuerpo exudaba horas de tiempo libre en el gimnasio. Tenía la cabeza rapada y dos arrugas en la nuca que aparecían y desaparecían conforme movía la cabeza. Su rostro era anguloso y primitivo: pómulos salientes, ojos achinados, cejas finas: un mono. Musculosa ajustada y bermudas anchas.

Me desplazó con el antebrazo como si yo también fuera una cortina y se coló detrás de mí, aplastando a la chica *dark* contra el espejo. Comenzaron a insultarse con palabras muy soeces.

—Por favor, que hay criaturas —dijo la abuela del intruso precursor.

Fue ignorada.

Llegados a ese punto, ya quedaba claro que no me probaría el pantalón, de modo que atiné a rescatar mi viejo *jean* pinzado de entre la multitud con disposición a calzármelo y huir. Pero no fue posible, porque al momento hizo su ingreso al probador un hombre muy gordo de traje perfecto, rostro adusto y calvicie central que marchaba mirando el piso, siguiendo una trayectoria de hormiga, con un teléfono celular en el oído.

—A ver ahora... Ahora te escucho. ¿Tú me oyes? Bien. Aquí sí. Aquí hay buena señal.

Y se apostó delante de la madre, la hija y el espiritito santo, aplastándolos un poco contra el fondo.

—Te decía —dijo el gordo—, si la estrella es suficientemente masiva, entonces su gravedad la estruja apiñando y transmutando los protones, haciendo posible la combustión del hidrógeno en helio, como es el caso de nuestro Sol.

Se interrumpió para acomodar mejor su cuerpo pastoso, que quedó incrustado en el estómago de la abuela.

—Disculpe, señora —le dijo con respeto.

—No hay problema —respondió ella con una risita y un rubor que evidenciaban su preferencia a perecer aplastada por un gordo culto antes que morir de vieja.

Mientras esto ocurría, unos movimientos bruscos se produjeron a mi espalda. Miré al piso y observé que las bermudas y el boxer del hombre mono estaban hechos un acordeón, arrugados a la altura de sus tobillos. Giré la cabeza como pude y me

quedé pasmado. La chica *dark* lo había montado abrazándole la espalda con las piernas y él la estaba abordando contra el espejo. El mono le decía groserías y la chica *dark* jadeaba y gimoteaba.

—¡Lléname! ¡Lléname! —decía. Y agregaba, para ser más específica— ¡Cómo me llenas toda!

Mientras tanto, desde el pasillo comenzó a llegar en una media lengua de castellano y bantú, el pregón de un vendedor ambulante de golosinas y sándwiches de jamón y queso.

—Me ha dado hambre —dijo la madre de Nahuel—. Y seguramente Nahuel también debe estar hambriento. A ver si ese muchacho tiene alguna galletita rica que el niño pueda comer.

Y agregó, dirigiéndose a mí:

—¿No me llama al muchacho, usted que está cerca del pasillo?

Debí decir que estaba loca. Debí decir que todos estaban locos.

—Por favor —agregó. Y me tomó del antebrazo con su manito suave, casi acariciándome, mientras me miraba con una ternura irresistible, sentada en el banquito, con el niño en brazos, como si fuera la estatua de una diosa de la fecundidad, provocando al hombre con el producto de su lujuria hecho dulzor sobre su regazo, una diosa que ahora me miraba, me imploraba y era toda mía en esa súplica.

Debí decir que estaban todos locos, pero entreabrí la cortina y llamé al muchacho. Malditas sean las mujeres.

El muchacho era un moreno indudablemente africano, que apenas hablaba el español. Colgado del cuello con una gruesa correa, portaba una especie de exhibidor escalonado de madera repleto de golosinas que comenzaba a la altura del pecho y terminaba debajo de la pelvis, emplazándose hacia delante y hacia diestra y siniestra, usurpando el espacio obscenamente.

El ingreso del vendedor de golosinas tornó crítica la situación dentro del probador. Sentí la nalga de la abuela apretujándose contra la mía y percibí su carne flácida calándome la hendidura. Tenía la pierna derecha de la chica *dark* debajo de mi axila y todo lo demás era el físico del físico, asfixiándome con su abdomen inmensurable, que ya iba tomando la forma de los huecos vacíos. Conforme se desplazaba el vendedor de golosinas, el hombre mono profundizaba su desempeño, la abuela se abrazaba al físico y éste apretujaba el teléfono contra su oreja como si con ello evitara molestar. Un segundo después la pareja dio inicio al griterío terminal. Todos los presentes interrumpieron sus actividades para mirar, y durante quince o veinte segundos los jóvenes se refregaron con desesperación contra el espejo del fondo. Cuando la situación hubo concluido, el físico volvió el teléfono a su oído y el africano retomó la venta como si nada hubiera ocurrido.

La madre ya había comprado dos sándwiches y ahora estaba buscando una galletita para que «goldito» fabricara más caquita. En su relax postrero, pero sin

abandonar la montura, la chica *dark* preguntó por alguna bebida fresca.

—Sí. Tener beber —dijo el moreno y se asomó al pasillo.

—¡Germán! —llamó—. Ven. Aquí clientes para beber fresca.

Germán era un joven alto, rubio, de tez bronceada y muy apuesto. Se acercó al probador perseguido por un séquito de chicas adolescentes vestidas con uniforme de colegio que esgrimían la excusa de una bebida para acercarse al Adonis.

Y entró el rubio con su heladerita repleta de bebidas. El físico tuvo que agacharse para que el muchacho avanzara poco menos que caminando sobre su abdomen. Yo sentí la presión en todo el cuerpo, manifestándose con picos de intensidad aquí y allá. En busca del espacio vital, me había agazapado y mi oreja izquierda estaba pegada al hombro del hombre mono, mientras el resto de mi cuerpo permanecía aplastado contra su espalda, enroscado caóticamente con las piernas de la chica *dark* que ya empezaban a curvarse contra los dorsales de la bestia. Agazapado el gordo, la porción más prominente de su estómago me apretaba la pelvis con una fuerza homogénea y compresiva contra las piernas del mono, trabadas y agarrotadas en su postura de cópula. Miré al físico y pensé que el milagro de que mis testículos aún permanecieran en dos piezas podría deberse, tal vez, al principio de exclusión de Pauli, o algo así.

—¿Tienes cerveza? —preguntó la chica sin bajarse del hombre mono.

El Adonis revolvió la heladerita y le mostró una marca de cerveza rubia.

—Está bien —dijo la chica *dark*.

Sentí el chasquido de apertura de la lata y que algo de la cerveza helada chorreaba sobre mi espalda.

Detrás del Adonis, comenzaron a entrar al probador las colegialas. Eran seis o siete. No las pude ver, pero sentí sus risitas desparramarse por los huecos y alguna patita flaca entrecruzarse con las mías. Una de ellas dijo:

—Señor, tiene un agujero en la media.

—Sí —apuntó la abuela— y un olor a chivo salvaje que ya no se soporta.

—Hay que ducharse más seguido, tío —acotó el hombre mono, sin dejar de ir y venir.

Las colegialas estallaron en risitas tontas mientras alguna de ellas escarbaba el agujero en mi media con su dedito flaco. Sentí una gran vergüenza. Vergüenza e injusticia. Al fin de cuentas hoy no quería comprarme pantalones. ¿Por qué condenada razón había accedido? No era el culpable de la situación. Lo había dejado claro desde el primer momento: «no me he duchado», «tengo un agujero en la media». Pero no; que te tienes que comprar el pantalón hoy, que si no es hoy no será nunca, que no puedes ir a la reunión de tu familia hecho un pordiosero, que si vas hecho un pordiosero, ¿qué pensarán de mi? Y uno accedía y se desnudaba en un probador público, conocedor de sus olores y sus agujeros. Y ahora, cuando ese público reclamaba lo evidente, ella no estaba para defender la posición.

—Una vez que todo el hidrógeno se ha consumido —seguía el físico con voz ahogada— la reacción se detiene y la presión interna se debilita permitiendo que la

gravedad vuelva a ganar la batalla y comprima aún más a la estrella. Cuando la presión gravitatoria alcanza su valor crítico, se inicia la combustión del helio.

Al probador seguía entrando gente. Entraban y entraban y entraban. Lo hacían esgrimiendo una parte del infinito conjunto de razones que podría tener un sujeto para entrar a un probador que está ocupado. Razones variopintas, algunas atendibles; ridículas, la mayoría. Y muchos entraban sin razón, solo atraídos por el tumulto, como palomas bobas que aterrizan en medio de la bandada con la presunción de una migaja o un grano de maíz. Extravié la cuenta más allá del centenar, cuando ya comenzábamos a transformarnos en una masa entreverada de carne y huesos deformados por la pugna del espacio, retorcidos como un aquelarre de arañas abrazadas en un bollo ininteligible. Estirados. Trenzados. Entrelazados. Estaba el físico, relatando el nacimiento de la estrella de neutrones, con el teléfono móvil vuelto una película delgada, copiando los vericuetos de su oreja. Y allí estaba la chica *dark* devorando como un pulpo al hombre mono, que se había quebrado hacia atrás mientras su pelvis completa desaparecía dentro del vientre de la niña. Y allí estaban las colegialas, entrecruzadas como palillos secos crujiendo contra el suelo, tanteándonos a todos, buscando las partes del Adonis. Y la heladerita del Adonis se había pulverizado, y una a una habían implotado las botellas, derramando su jugo sobre aquella mezcolanza humana, nutriendo una red de cauces inverosímiles que se perdían hacia dentro en un diseño laberíntico. Y éramos ya las vetas de una masa confusa, como las trazas multicolores de un bizcochuelo marmolado, retorciéndose en variaciones psicodélicas, ajustada siempre a la estricta geometría del paralelepípedo.

Y, sumado al desconcierto que provoca la deformación de la propia anatomía, extraños sentimientos comenzaron a invadirme. Eran chispazos de sensaciones foráneas rechinando en mi cabeza: percibí la sensación de penetrar a la chica *dark*, pero también la de ser penetrado por el mono; me hallé calculando el calendario de mis días femeninos; vislumbré en un pizarrón enorme el abigarrado formuleo que probaba que el espín de mis testículos debía ser semintero; me preocupé por el horario de la leche de Nahuel; me sentí orinar como una chiquilina frente al Adonis desnudo, y sentí ser el Adonis rodeado de lujuria innumerable. Entonces advertí que se estaban fusionando las conciencias, que las mentes de los otros ya estaban dentro de la mía y que pronto yo estaría en todas esas mentes. Me di cuenta de que ya nada evitaría que aquellos desconocidos aprehendieran todas mis mentiras, percibieran mis engaños, mis bajezas, mis hábitos ocultos, mis instintos primitivos, mis temores, mis fobias y mi estupidez.

Sentí terror.

—Te probaste el pantalón, Roberto —dijo Liliana desde el pasillo.

No contesté. Claro que no podía contestar. Me paralizaba el horror, la comunión y

la metamorfosis; la posibilidad de trascender hasta la mente de los otros, así, absolutamente abierto, indefenso, expuesto inerme a la consideración de cualquiera. Un temor absoluto que ya empezaba a percibir como el horror de una multitud, un griterío de voluntades que luchaban por abrazarse a la individualidad de sus conciencias mientras sentían como ésta se escapaba. ¿Sería posible la amalgama de las almas? Creí que no. Deseé que no. Supliqué que no.

Liliana entró al probador. Rápidamente fue absorbida por la masa densa de los cuerpos, formando una película ovalada que nos tapizó a todos y empezó a deformarse hacia adentro en un millón de espinillas, mientras ganaba los poros que aún quedaban.

La oí decir:

—Tenías razón, Roberto, tienes algo de olor.

Entonces, desde el fondo amorfo de la masa, confirmando el peor de mis temores, escuché la voz de alguien responder, atrás, abajo, a la derecha:

—¡Y me cago, Liliana, que te lo he dicho!

Cristian J. Caravello nació en Morón, Buenos Aires, el 21 de febrero de 1965. Estudió matemática y le interesan las ciencias en general. Administra los foros de «Astroseti», un sitio español sobre Astronomía y Astrobiología.

Su actividad literaria es reciente. Mantiene su blog, Letras de Cristian, con cuentos fantásticos y de ciencia ficción. Ha publicado recientemente, en Cuásar 52, el cuento «Buenos Aires Service».

El historiador

Fernando José Cots
Argentina

Imposible no mirar a la muchacha que cruzaba el pasillo, ajena a los súbitos silencios que provocaba. No era para menos. Joven, hermosa, una figura que la escasa ropa que se usaba en la base resaltaba... suficiente para que hombres y mujeres girasen la mirada al verla.

Ella, tal vez acostumbrada a esos impactos que causaba su presencia, continuó su camino hasta que llegó a la puerta con el cartel «HISTORIADOR».

Entró sin llamar. Un robot recepcionista, un modelo viejo, encendió sus luces y emitió un rayo lector hacia el distintivo que la mujer llevaba.

—Señorita Astarté Singali. ¿En qué puedo serle útil?

—Necesito hablar con el Historiador.

—Él la espera. Por favor, colóquese esa ropa encima de la suya.

El robot señaló un mono colgado en la pared, casi como traje de astronauta. Ya le habían dicho que, en el cuarto del Historiador, la temperatura estaba próxima al Cero Celsius, que la subirían un poco para recibirla, pero no demasiado para que el Historiador no sufriese.

—El Historiador la recibirá tras esa puerta —dijo el robot, cuando la mujer estuvo cubierta con el tremendo abrigo. La puerta en cuestión era una puerta hermética, como la de un refrigerador.

La joven entró y, pese a que había sido advertida, no pudo evitar un estremecimiento y no sólo por el frío de la habitación.

En el lugar estaba sólo el Historiador... o lo que quedaba de él. No había otros muebles más que un asiento, una estación de trabajo y el trípode... donde él reposaba para no agotar sin necesidad las baterías de su soporte antigravitatorio.

Porque al hombre no sólo le faltaban las piernas, sino que todo su cuerpo estaba cubierto por un traje biomecánico. La única excepción era su mano derecha que, pese a todo, mantenía envuelta en un guante y que, cuando no operaba con ella, metía en un bolsillo térmico. Su mano izquierda tenía una cubierta metálica que hacía limitados sus movimientos.

No era ciego, pero sus ojos permanecían cubiertos por dos semiesferas oscuras, lo único que le filtraba la luz a un nivel tolerable para sus retinas hipersensibles.

—Adelante, señorita Singali —dijo con una voz metálica, propia de quien debe valerse de medios artificiales para hablar. —Tome asiento, por favor.



Ilustración: Valeria Uccelli

La mujer se sentó con timidez sin dejar de mirar, pese a sus esfuerzos, a la cubierta que ocultaba de su vista lo que alguna vez había sido un hombre.

—La escucho.

—Disculpe si lo interrumpo, señor...

—Cocles. Aunque todos me conocen como el Historiador. Y no me interrumpes. A decir verdad, soy poco solicitado.

—Ya conoce mi nombre, sabrá que soy de los durmientes... bueno, de los «ex» durmientes.

—Sí... gente valiosa que estuvo en hibernación por cuarenta años... porque a un imbécil se le ocurrió poner claves diferentes de acceso a cada unidad.

La bella mujer frunció el ceño, indignada.

—¡Por favor! ¡Fue mi padre el que diseñó esas claves! ¡Y él es un maestro de la informática!

Imposible ver expresión alguna en ese rostro cubierto, pero el leve inclinar de la cabeza transmitía la ironía que no podía dar la voz metálica.

—¿De veras? Pues no sé si quiso lucirse, pero sólo a un imbécil se le ocurre poner una clave diferente a cada etapa de cada unidad... ¡Y de quince dígitos! ¡No se trataba de secretos militares! Eran unidades criogénicas con colonos para este planeta. ¿Qué necesidad había siquiera de una clave? Y no estoy hablando a sus espaldas. Si estuviese aquí, se lo diría de frente.

—Está muerto —dijo la mujer con amargura. El Historiador no acusó emoción alguna.

—Lo siento, era su padre, pero eso no cambia la opinión que tengo de él. ¿Sabe por qué durmieron cuarenta años? Porque las claves de su unidad fueron las únicas que se perdieron. Tuvimos que desarrollar un programa que trabajase con ensayo y error; y eso demoró cuarenta años. ¡Imagine la cantidad de variantes que tiene una clave de quince dígitos en cada escala!

—Yo tampoco entiendo por qué lo hizo. Mi especialidad es la botánica, no la informática.

—¿Botánica? ¿Pero usted no tiene diecisiete años? Es decir, los tenía, supongo,

cuando fue embarcada.

—Desde niña que estudio las plantas, me encantan. Mis conocimientos ameritaron que me aceptasen en la migración.

—Por casualidad... ¿su padre viajó en la unidad Gamma 5?

—No, él estaba en mi unidad, la Delta 77. Era un durmiente, como yo... pero al abrir su cápsula...

La voz de la mujer se ahogó al tiempo que sus ojos se humedecieron.

—¡Fue horrible!

—Cálmese, señorita. ¿Un accidente?

—No sabemos qué pasó... sólo que cuando abrieron su cápsula descubrieron que había quedado momificado y... y...

—¿Quiere un poco de agua?

—No... gracias... sólo que... había despertado antes y no pudo abrir desde dentro. ¡Aún se le notaba la desesperación!

—Si quiere venir otro día, para hablar con más calma...

—No... gracias.

La mujer respiró hondo, hizo una pausa y se recompuso a medias.

—Hace una semana que estoy despierta y me cuesta hacerme a la idea. En realidad, venía por una información. Me dijeron que usted administra los archivos de toda la Colonia.

—Así es. En mis condiciones, es el trabajo que pudieron darme. Estoy a cargo casi desde el día del desembarco.

—Pues quería averiguar de un viajero, cuál ha sido su destino.

—¿Nombre?

—Horatio Barca.

La mano derecha del Historiador salió del bolsillo térmico para operar el teclado con increíble agilidad. De inmediato volvió a meterla en el refugio helado, al tiempo que la pantalla mostraba el retrato de un hombre joven, unos textos y, cruzando toda la imagen en letras semitransparentes, la palabra «FALLECIDO».

La mujer no pudo reprimir un gemido.

—¡Horatio! ¡No!

—¿Lo conoce?

—¡Es mi... fue mi prometido!

—Lo siento...

—Pero... ¿Qué le pasó?

—Por eso le pregunté si su padre viajó en la Gamma 5. Esa era mi unidad, yo también soy un viajero.

—No entiendo.

—Como puede leer, su novio y yo fuimos compañeros de unidad. Nadie sabe qué pasó, pero el sistema de control de aterrizaje falló. La Gamma 5 se estrelló y yo soy uno de los tres sobrevivientes de esa caída.

El Historiador hizo una pausa.

—No voy a mostrarle cómo quedé, porque no volvería a dormir jamás. Los otros dos no lo soportaron y se suicidaron. Pero estoy condenado a vivir en el frío. Esta ropa, que mantiene mi cuerpo casi a cero grados, es la que uso cuando debo salir de aquí o recibir personas. El frío de esta habitación se justifica para cuando debo retirar mi mano para operar la estación. Así que su novio, si se quiere, tuvo suerte.

—Pero viajó con él. ¿No lo recuerda? ¡Le faltaba el pulgar de la mano izquierda!

—Señorita... metieron las cápsulas en la unidad, cuando ya todos estábamos dormidos. Y en los días previos... no recuerdo a ningún joven que le faltase el pulgar... ¿Cómo fue que lo admitieron como colono?

—Perdió el pulgar de pequeño, en un accidente. Pero era un genio de la robótica, superior incluso a mi padre. ¡Así fue que lo conocí! A mi padre no le hacía ninguna gracia, se oponía a nuestra unión, pero yo lo amaba.

—Claro... si se es un genio de la robótica, que falte un dedo es una cuestión menor.

—Sí, habría sido muy útil. Y habría sido mi felicidad.

El Historiador volvió a sacar su mano y de un solo movimiento apagó la pantalla.

—Le asignarán una unidad portátil de comunicación, averiguaré sus datos y le enviaré la fotografía. Es lo menos que puedo hacer por usted.

—Gracias, es usted muy amable.

—Pero quisiera preguntarle... ¿Cómo aceptaron a su padre? Debe haber sido demasiado mayor para ser un colono.

—Ya le dije, es... fue un genio de la informática... pero se inscribió sólo porque yo me inscribí. Estaba empeñado en que no me casara con Horatio. ¡Lo impidió diciendo que yo era menor! Si no, me habría casado con él antes del viaje.

—Y así habrían viajado juntos en la misma unidad...

—Así es.

—Entonces, usted ha salvado su vida.

—Pero ¿qué vida es ésta, sin el hombre que amo?

El Historiador hizo un leve gesto con la mano metálica.

—Señorita Astarté, perdone si se lo digo, pero usted es una mujer joven y hermosa. Sería una pena que fuese consumida por el dolor.

—No puedo evitar sentirlo.

—Pero no está muerta. De los viajeros, apenas quedamos unos pocos y, comprenderá, tras cuarenta años somos todos viejos. Pero hay nuevas generaciones en este planeta, hombres jóvenes que pueden hacer latir su corazón nuevamente. No tome a mal lo que le digo, pero dele a su vida otra oportunidad.

—Usted no conoció a Horatio —gimió la joven.

—No, pero si se hizo dueño de su corazón, no debe haber sido un mal hombre.

—¡Todo lo contrario! ¡Era maravilloso!

—Nadie le pide que lo olvide. Sólo quiero decirle que no se deje hundir por las

penas. Este planeta tiene un sol hermoso y tres lunas pequeñas que hacen del cielo nocturno una maravilla. Deje que la vida le gane el alma.

Astarté sonrió con ternura a la cosa amorfa que tenía en frente.

—Gracias, es muy hermoso lo que ha dicho. Adiós.

La muchacha salió en silencio, lo que aprovechó el Historiador para apagar el registro audiovisual de la entrevista. Ya vería esa grabación más tarde, con tranquilidad, pues todavía debía recibir a otra persona.

En ese momento entró la visita esperada; un hombre joven, sonriente, que miraba al Historiador con cierta picardía. Había demorado lo suficiente para esperar el mono que usaba la muchacha y ponérselo.

—¡Cocles, viejo! ¿Quién era esa belleza que te visitaba?

Tras una brevísima e imperceptible pausa, el Historiador respondió.

—Se llama Astarté Singali, es especialista en botánica y es una de las durmientes de la Delta 77.

—¡Caramba! Debe tener unos... doscientos años...

—No seas tonto. Tiene los diecisiete que tenía al embarcar, eso es lo que importa. Así como los veintidós que tienes tú.

—¿Sabes cómo ubicarla?

—Está de duelo por la muerte de su novio, pero es joven. Por ser una durmiente, tendría un mes para adaptarse; pero me parece que no lo aprovechará. Así que, si no te apuras, te consideraré un idiota.

—Mi hermana está en el Centro de Asignaciones, le pediré que me ayude.

—Pero tú no venías por la muchacha. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Apareció el tensor ultrasónico! Quería informarte para que registres su recuperación.

El joven exhibió un aparato que podía sujetarse con una sola mano, de lo pequeño que era.

—Ése es el aparato que perdió tu jefe hace... años. ¿Dónde estaba?

—En un lugar donde juro haber revisado mil veces. ¡Pero no importa! Lo bueno es que lo he recuperado.

—¿Y para qué sirve ese... tensor?

—Para muchas cosas, entre ellas alterar y detener el funcionamiento de unidades automáticas. Se usa para paralizar robots fuera de control. Es peligroso si no se lo sabe usar, por eso está reservado a los informáticos y los expertos en robótica.

—Quieres decir que podría, por ejemplo, alterar el programa de aterrizaje de una unidad.

—¿Como... como lo que te pasó a ti? ¡Aquello fue un accidente! ¿Qué motivos tendría alguien para provocar la caída de una unidad?

El Historiador hizo otra pausa imperceptible.

—Ninguno; pero si es así de peligroso, no lo pierdas otra vez. ¡Vaya a saber cuántas maldades se podrían hacer con eso! Tal vez alterar una unidad criogénica...

—Sí, es un elemento de cuidado.

—Oye, te conozco y eres un buen hombre. Recuerda que la muchacha se ha ido. No pierdas tiempo.

—¡Así lo haré, Cocles!

El hombre joven amagó a salir pero miró nuevamente al Historiador y señaló la mano metálica.

—¿Cómo te va con eso?

El Historiador alzó la mano izquierda exhibiéndola.

—Has hecho un magnífico trabajo, gracias.

—Pero, de verdad, ¿para qué me pediste ese guantelete de aluminio? No creo que te dé vergüenza que te falte el pulgar.

—Tengo mis motivos, hombre. Ve, no pierdas tiempo.

El joven se retiró y la temperatura volvió a bajar hasta un nivel intolerable para los seres humanos... sólo que el Historiador ya no lo era. Redujo la iluminación a una penumbra, al tiempo que la definición de la pantalla fue imposible para ver con otros ojos que no fueran los suyos. Se quitó el casco y en la penumbra sólo quedó la encarnación del horror y la deformidad.

Si hubiese tenido con qué llorar, lo habría hecho.

Sí, el joven también era experto en robótica, no tardaría en congeniar con Astarté. El escaso humano que había en él se crispó por un instante, pero sólo por ese instante.

No, él no podía ser tan miserable como aquel que le había quitado para siempre la felicidad. No, no le quitaría él la felicidad a ella.

Al fin de cuentas, tenía su tesoro. Una grabación donde ella confesaba el amor que le había tenido. Se dispuso a verla, sabiendo que no tendría más visitantes por el resto del día.

Fernando José Cots Liébanes, escritor, guionista de teatro y cine, cineasta, docente nacido en Córdoba, Argentina, el 1º de Junio de 1950. Es Licenciado en Cinematografía, 1989, recibido en el Departamento de Cine y TV, Escuela de Artes, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

¿Ha oído llorar a los lobos?

Daniel Flores
Argentina



Ilustración: Tut

A la niña se la llevaron los hermanos Benavídez. Fue el último catorce de abril, en el día de San Justino Madrigal, a la hora de la siesta. Lo sé porque fui testigo de ello. Sí señor, y no solo yo, porque aquí Venancio no me dejará mentirle: justo esa misma tarde estábamos a todo sudor haciendo unos arreglos en el techo del corral; parte de la estructura se había caído con el último temblor y nos había matado una vaca y algunas gallinas. No queríamos volver a pasar por eso. Imagínese, señor, una desgracia... Sucede que la noche anterior a la llegada de los hermanos, es decir, el trece de abril, los perros habían chillado como nunca antes, y usted sabe que cuando los perros chillan de noche es porque alguna desgracia anda cerca. Así fue que, ante la posibilidad de otro temblor, decidimos con mi hijo ponernos manos a la obra de una vez y asegurar bien los listones del techado. Como le digo, esa tarde hacía un sol que daba coraje, la mayoría de la gente descansaba, no se oía ni un respiro en el pueblo. Fue Venancio el que advirtió a los caballos acercándose en la distancia. Me dijo «mire a esos, pá». Entonces me paré sobre el techo y tapé el sol para ver más claro. Por allá venían tres hombres apretando el galope; uno traía encima un fusil. Enseguida supe que se trataba de los Benavídez, por el sarape, ¿sabe?, siempre llevaban el mismo sarape los tres: uno rojizo con texturas blancas. «¿Qué chingados andarán buscando estos?», preguntó mi hijo, y le dije que no sabía. Y, a decir verdad, señor, era ya muy sospechoso que se vinieran de Plaza Grande hasta Las Cruces; raras veces tenían algo que hacer por aquí. No podía ser nada bueno, eso estaba cantado.

Pongamos que eran las cuatro y tanto de la tarde. Anote eso, cuatro y media, calculado. Vimos que, en lugar de acercarse al dispensario (porque ¿qué más podían robar aquí que unos pocos antibióticos y vendas?), los tres hermanos encararon hacia

la casucha de doña Lupe. Y ahí yo me pregunté lo mismo que Venancio: ¿qué chingados querrán? Y más, ¿qué querrían de la pobre vieja, si ya estaba bien jodida? Me juego a que apenas si tendría medio costal de harina y unos pollos en el fondito de la casa. Pero Venancio me espabiló: no, pá, me parece que la buscan a la niña, a la Rosita. Y le confieso, señor, que esa muchacha es quizá la joven más hermosa que se haya visto por estas tierras, una morenita de buenas carnes, así de alta, los cachetes rojos y salientes, y unos ojitos azules que dan sueño. Como se puede imaginar, mientras los bandidos entraban a la casa, nosotros seguimos trabajando sin darles señas; no queríamos tener problemas con los caciques de Plaza Grande, a ver si todavía nos ligábamos un tiro de arriba por andar metiendo el hocico en saco ajeno, ¿me entiende? Nada, pos, ni las buenas tardes.

Resulta que a esa hora Lupe no estaba en la casa. Solía ir a vender o a trocar sus bollitos por los pueblos de más arriba y por allá, por las casitas del llano, y a veces también por el pie del Cerro Chico. En ocasiones conseguía algo y en otras no, como todo. Igual, imagínese que la pobre no hubiera sido un impedimento para estos corridos; en cierto modo fue una suerte que no estuviera ahí porque la hubieran dejado bien aplomadita. Aunque, con lo que pasó después, no estoy tan seguro...

La cuestión es que para eso de las cinco, los bandidos ya estaban partiendo de nuevo hacia Plaza Grande. A la chica la habían sacado de las greñas, a chingadazos, y si bien la joven luchó como una fiera, se enfrentaba a tres hombres fuertes y era nomás cuestión de tiempo. Al final, la vi irse con la cabeza toda cubierta con una tela y el cuerpecito bien amarrado al lomo del criollo que montaba Rosendo Benavídez. Los otros dos iban más atrás, gritando como coyotes, festejando como bárbaros sin madre.

Lo que le voy a contar de ahora en adelante es más una impresión mía que una verdad. Usted después decide si esto también va al diario o si no, a mí tanto me da.

Cuando la Lupe volvió a la casa, nosotros ya habíamos terminado la mayor parte del trabajo. El cielo todavía estaba claro, serían las siete y cuarenta, minutos más, minutos menos. Al pasar junto al corral, la mujer nos saludó con una mano cansada; la pobre venía casi arrastrándose, un sombrero de ala ancha mal puesto sobre los pelos, la canastita todavía con algunos panes. Imagínese todo el calor de un día acumulado en ese cuerpo flaco y entrado en años... Ni usted ni yo sobreviviríamos a cosa similar. Si la viejita todavía estaba en pie era por lo devota que fue siempre. Yo creo que eso explica muchas cosas.

Al pasar la mujer, Venancio estuvo a punto de advertirle lo que había ocurrido, pero yo lo detuve. No quería ser responsable de una muerte súbita, a ver si todavía nos maldecía o algo. La vieja Lupe tenía medio fama de bruja, pero usted ya sabe cómo es esto en los poblados chicos, habladurías. No obstante, por si las moscas... Lo cierto es que cuando la mujer entró a la casa, pegó tal grito que, señor, le juro que hasta hoy se me pone la carne de pollo al recordarlo. Era, no como un grito, sino más bien como el lamento de un animal peligroso, ni hablar, cómo decirlo... ¿alguna vez

ha oído la pena de la loba, ese aullido que es capaz de dividir el alma de un hombre, capaz de dejarlo vacío como un finado? Pos eso, señor corresponsal, eso fue lo que oímos.

... y algunos salieron a consolarla. Una mujer, Jacinta, esa que vive allí, en la casita con dos ventanas, le contó a Lupe lo que había pasado. Después vaya y pregunte. Me consta que también fue testigo de lo ocurrido.

En fin, luego de todo esto viene la parte que hizo que usted viniera hasta acá.

Lupe se encerró en su casa a poco más de las nueve, ya cuando la noche era completa. Con Venancio estuvimos atentos a cualquier movimiento. Teníamos miedo de que la viejita se quitara la vida, ¿sabe? Es que tan débil se la veía que... Bah, por la Virgen que todos pensábamos lo mismo. Algunas señoras hicieron vela en la puerta de su casa, por si ocurría alguna tragedia. Pero al final ni salió. No señor, ni la nariz dejó ver. Y permaneció así hasta el diecinueve del corriente, es decir, cinco días encerrada sin comer ni beber. Ya se la daba por muerta. Incluso más de uno dejó flores en la puerta de su casucha, a modo de corona. Pero ese diecinueve, señor, con la luna llena como un ojo muerto, la viejita salió.

Nosotros, es decir, Venancio y yo, nos asomamos a la calle alertados por los gritos de las señoras que seguían haciendo guardia en el hogar-sepulcro de doña Lupe y la niña Rosita. «Arriba, Venancio, que hay bronca afuera», le dije, levantándolo de la cama. El muchacho, sin vacilar, se calzó un pantalón, tomó la escopeta de debajo de su catre y salimos.

¡Ay, mi Dios! Contarlo no es tan fácil, señor, qué decirle..., viéndola de lejos, con la luna desparramada en su rostro, la Lupe parecía una Catrina furibunda. Fíjese que iba todita desnuda, como una loca, puro huesitos bajo la piel y los pelos como plumas largas. Así es, señor, desnuda cual recién nacida, de pies a cabeza. Ese detalle no puede quedar afuera, anote. ¿Que qué hora era? Pst, ni idea, pongamos que entre la una y las tres.

«Doña Lupe», le grito, «Doña Lupe, no haga pendejadas...» Pero la pinche vieja no me escuchaba o se hacía la sorda. Caminé unos metros, luego troté un poco más. Me di cuenta enseguida de que la mujer estaba encarando por el camino que lleva a Plaza Grande y, con más fuerza, le grité: «¡Vuelva para la casa ahora mismo, mujer, ¿o acaso quiere que la maten a usted también?!».

Y entonces se dio la vuelta.

Quizá porque se hallaba a la sombra del dispensario, no había notado que los huesos de la espalda de Lupe ahora estaban más grandes, como así tampoco había prestado atención al tamaño de sus piernas ni al grosor de los brazos. Cuando giró la cabeza era algo así como un demonio alargado y babeante; en las cuencas brillaban dos puntos blancos como estrellas y la dentadura, señor, por mi Virgencita que la dentadura era tan grande como el largo de mi brazo. Pero no se crea, en algo seguía pareciéndose a la Lupe, solo que ahora la carne se le había crecido por todo el cuerpo. Anote, sí, anote. Y también las orejas, ahora que pienso, se le caían un poco a los

lados... No, no nos atacó. No creo que lo hubiera hecho a menos que nosotros intentáramos algo, o esa fue la impresión que me dio. Igual, por si acaso, Venancio y yo no dejábamos de apuntarle (¡cómo nos temblaba el pulso, mamita!). Los demás no tardaron en encerrarse en sus casas, y aun desde dentro seguían meta pegar gritos. La vieja dio un gruñido largo con el que, según Venancio, dio a entender que no la siguiéramos. Y no lo hicimos, por supuesto. Al instante desapareció por el camino. La seguimos con la vista un poco más, alumbrada por la luna, hasta que ya no vimos nada.

El resto de la historia es lo que ya se sabe. La mujer volvió a aparecer pocas horas después, casi cuando empezaba a clarear. Venía toda ensangrentada y traía a la Rosita en brazos. Ya no era la bestia que habíamos visto salir de la casa, no señor, ahora simplemente era Lupe, la viejita, que medio venía derrumbándose por el camino con el peso de su hija. Algunos habíamos decidido no dormir esa noche. Apeamos unas sillas cerca del corral y nos quedamos allí conversando sobre el hecho; éramos cuatro, porque se nos habían sumado doña Eulalia y el viejo Perico González, que se habían enterado del asunto por los gritos y no habían llegado a ver nada. En el momento en que Lupe apareció, y vimos que era Lupe nomás, corrimos hasta ella y la socorrimos. Tan chiquita parecía la vieja ahora, tan chiquita y arrugada. Perico, que no sé de dónde sacó fuerzas, la cargó en andas y la llevó hasta la casa. Venancio y Eulalia atendieron a Rosita, que estaba mal herida de bala en el pecho. Les dije que sacaran todo lo que había en el dispensario y que despertaran a Carmela Reina para que la auxiliara; aquí la Carmela es la que más maña se da para la curación. Yo, entretanto, tomé un caballo del establo y cabalgué por el camino a Plaza Grande. Tenía una corazonada terrible.

Tardé cerca de cuarenta minutos en llegar. Y ahí fue cuando vi la carnicería, señor, cientos de cuerpos destrozados como si fueran pedacitos de papel desparramados por el piso. Enormes lagunas de sangre por aquí, algunos cráneos acumulados por allá, gente que intentó defender lo suyo, presumo. El sol del amanecer comenzaba a dar brillo a la intensidad roja del pueblo y, segundo a segundo, avivaba los olores de la carne. En poco más, ese lugar sería insostenible... «¿Quién vive?», grité al llegar a la zona de casas, y pronto un puñado de supervivientes salió a mi encuentro. Le juro, y por mi Venancio se lo juro, que dos de ellos se habían quedado sin habla y balbuceaban como recién nacidos. Fue un viejo el que comenzó a explicarme el desarrollo de la matanza. Pero, bueno, eso usted ya lo sabrá porque ya se lo han contado con pelos y señas. En lo personal, lo que más me impresionó fue ver a los hermanos Benavídez..., eso me lo llevaré a la tumba en cada sueño que me quede. La cruz que se yergue en el centro de Plaza Grande era un monumento al horror: en el medio, como un Cristo infernal, estaba Rosendo Benavídez atado por el cuello con un alambre de púas; del cogote para abajo ya no había carne, nomás huesos y una pierna menos, la cara intacta pero como en un alarido de dolor, los ojos hacia atrás. En cada brazo de la cruz había un hermano. El

procedimiento había sido el mismo, como ya sabe, la cara enterita y el cuerpo descarnado, apenas coloreado por la tinta de la sangre. De los cuerpos bajaba un riacho rojo que se amontonaba en una hondura de tierra, a pocos metros. Los supervivientes no quisieron hablar de esa parte de la noche y yo no iba a insistir. Sabía que ellos tenían un telégrafo, así que lo que hice fue obligar al viejo a que llamara a El País para que mandaran a los reporteros y a la policía cuanto antes. Había trabajo para rato en ese pueblo, y supongo que aún queda mucho por hacer ahí. Supe que algunos ya se largaron hacia el norte, para la zona del río. No los culpo, señor.

Y como bien sabe, gracias a Carmela Reina, la niña Rosita se fue recuperando. Sigue con la venda cruzada en el pecho y el andar medio trunco, pero con el reposo correspondiente se va a poner buena. Y Lupe, pos, Lupe anda igual que siempre, ya ve usted, cansada, trajinando de sol a sol con sus bollitos. ¿Qué otra cosa iba a hacer, la pobre? Eso sí, ahora todos nos turnamos para cuidar a la Rosita por las tardes. Imagínese, si no.

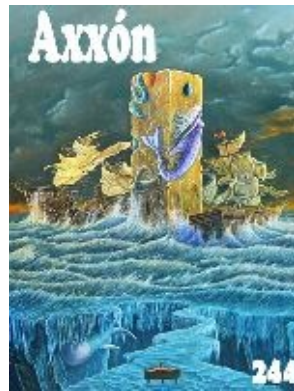
Daniel Flores nació en Buenos Aires en julio de 1983, es músico, escritor y docente por vocación. Cursó estudios de Corrector Literario en el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea y, actualmente, cursa materias del Profesorado de Lengua y Literatura. Realizó varios cursos de escritura, con Alberto Laiseca y Cecilia Sperling, entre otros. A los 25 años decidió mudarse a la provincia de Tucumán (Argentina), en donde hoy reside, y en donde dirige un taller de escritura creativa y cuento breve. Es autor de *Bajo un cielo carmesí*, un libro compuesto por catorce cuentos que oscilan entre lo fantástico y el horror. Daniel mantiene su blog Verba et Umbra.

Αχχόν



244

Contenido 244



- Editorial - [La visión](#)
- Relato - [La impronta](#)
- Relato - [De incógnito](#)
- Relato - [Los otros](#)
- Relato - [Quemar a Madre](#)
- Relato - [Los demonios de Pindauro](#)

La visión

Dany Vázquez

El arte en general tiene la potencia suficiente como para señalar los caminos que recorreremos como seres sensibles. Estos no tienen que ser, necesariamente, caminos agradables. Muchas veces no lo son, a pesar de que puedan generar en nosotros esa sensación de belleza que asociamos a lo artístico. Pero el arte fantástico, además, tiene la virtud de señalarnos aquellos senderos que no recorreremos, los que no recorrimos y aquellos que tal vez nunca recorreremos.

Algunos de esos caminos nos llevan a la distopía, cuando no directamente al horror. Los zombies, esos muertos no muertos que, en buena parte, somos nosotros mismos, hoy están casi omnipresentes, tanto que hasta me extraña que no haya comerciales donde nos vendan galletitas —*Soylent Green*, por supuesto—, o telenovelas donde el galán se debata entre el amor y su podredumbre... Bueno, solo falta que lleguen a la pantalla chica, porque la novela y la película ya están. Pasamos también por los vampiros; los hombres lobo tocaron y se fueron, y vaya uno a saber cuál será la nueva moda.

La ciencia ficción también sufre sus propios monstruos, como si ya no hubiese ninguna salida que nos haga mejores. No me gusta esa visión pesimista y resignada del mundo, porque de tanto verla puede que la tomemos como inevitable, y luego terminemos aceptándola en la realidad.

Si cualquiera de nosotros pudiera recorrer la temática fantástica del último cuarto de siglo, y quizá un poco más, vería que hay modas que se instalan, se disipan, reaparecen con alguna vueltita de tuerca para desaparecer otra, y otra, y otra vez, como un Fénix volando en espiral. Lo noto como lector y también como selector de material, pero es en el cine (comercial) donde más se nota.

¿Dónde están las nuevas visiones? ¿Dónde están esas historias nacidas de la experiencia y el sentir propios? No necesitamos que el mercado fagocite nuestra imaginación pues la paga que recibimos por nuestras obras es el cariño y el reconocimiento de quien nos lee. He notado en muchas obras de autores comerciales la descarada moneda extra que da la frase que solo adorna. Prefiero una y mil veces aquellas historias, posiblemente más cortas, que cuentan algo desde una visión personal y auténtica.

Yo propongo —no soy el primero que lo hace, ni seré el último: en este espacio ya lo hemos hecho varias veces— que como creadores tratemos de encontrar nuestro camino. Dejemos de ser zombies y ocupémonos de nuestra propia visión de las cosas. No digo que inventemos de la nada. **Héctor Germán Oesterheld**, conocido principalmente por su obra *El Eternauta* y también por su lamentable desaparición,

fue un maestro en eso de tratar los temas más dispares de una forma especial: la de mostrar el lado más humano de cada historia. Muchas veces nos quejamos de que la ciencia ficción y la fantasía no se liberan de las marcas «de género», pero difícilmente pierdan esa «faja» si no tratamos de escribir cosas que realmente importen.

Creo que aún queda muchísimo por decir en este sentido. Y tengo la seguridad — la experiencia lo demuestra— de que ese debate, de darse, será altamente enriquecedor.

Axxón 244 – julio de 2013

Editorial

La impronta

Pé de J. Pauner
México

Para Blanca Mart, quien lo inspiró

Prólogo

Tras celebrar la misa, el misionero los guía a un lugar que no conocen. Es una casa como las que han construido los recién llegados al pueblo, sólo que más alta y su fachada es distinta. Puede ser un templo, puede ser otra cosa. Los miembros de la etnia entran uno detrás del otro. Los recibe la negrura que les recuerda una cueva. Los sientan en sillas colocadas en hileras y filas. Todo huele a polvo nuevo. Todo huele a barniz. Al fondo, sobre la pared desnuda, aparece un pedazo de cielo. Pero en el techo no hay ningún agujero. Las nubes se mueven. Pero no hay viento que sople. Se les abren las bocas, se miran, se tocan, señalan, murmuran. Se hablan unos a otros sin dejar de mirar ese cielo desprendido que, creen, el misionero ha hecho bajar. Una muestra del poder de los sermones del misionero. Están, ahora, convencidos. Ya no sólo será la conversión del vino en sangre y de la hostia en carne: el misionero es capaz de abrir puertas. *Las Puertas* que ellos conocen tan bien.

Sobre el cielo móvil en el estático muro aparecen signos o letras. Saben que son letras pues es el nombre que en la memoria han retenido a través de lo que se les enseña en la escuela. Luego, uno tras otro, ven muchos hombres que surgen de paisajes en la pared, que se mueven y hablan. Escuchan música pero no hay instrumentos. Cuentan una historia. Otros misioneros celebran otras misas. Pero nunca antes han visto a estos misioneros ni los han visto llegar. Los misioneros levantan el cáliz, pero ellos, que miran, no pueden oler el vino. Alguno se arrodilla, más por el impulso de quien ha sido entrenado en el momento exacto en que debe hacerlo en la misa que por devoto. Pero los demás están tan asombrados que sólo miran sin entender. Al principio, creen que las imágenes brotan del muro pero algo no cuadra. Desde una caja situada sobre una plataforma improvisada (seguramente, un objeto de poder otorgado por el dios del misionero), surge la luz que obra el milagro. En dos horas termina todo. Los hombres del muro desaparecen. Más letras. Más signos. Más música. *Jamás olvidarán su primer encuentro con el cine.* Verán filmes sonoros o mudos. Contemplarán cómo un actor muere a balazos en un filme, lo que los llenará de horror, de gritos, de lloros. Verán a ese mismo actor en otra película y

se preguntarán cómo hacen estos hombres para revivir. Creerán en la iglesia y que la resurrección no sólo es posible, sino que es un hecho que se puede observar en el muro del templo.

Entonces ocurre: el misionero, que estudia la respuesta de sus aparentemente ingenuos feligreses, localiza a uno de ellos entre todos los asistentes. Se trata de un joven que, apenas sentado en la butaca, se hunde en el respaldo y profundiza la mirada. Su cuerpo se ablanda y, ante su presencia, emerge directamente de la pantalla una luz blanca que lo baña, que lo inunda por completo. Poco después, el joven se refugia debajo de una butaca que no es aquella donde previamente estaba sentado. Temblando, murmura incoherencias sobre otros hombres, otros mundos...

—¡Lo tengo! —anuncia el misionero, emocionado, a través de una pantalla secreta escondida en la palma de su mano—: Tengo un *tripfilmer* innato que ha respondido al nodo de manera espontánea. Puede tratarse de un chamán o de un súper dotado... y ni siquiera lo sabe. O quizá sí. ¿Alguna cualidad de su raza, tal vez, que sabe abrir *Puertas* mediante la ingesta de enteógenos? Un agente, ni más ni menos.

El misionero escucha y ve la imagen de un hombre en la pantalla.

—Comprendo. El fugitivo no escapará esta vez.

Separan al chamán del resto. Le someten a un entrenamiento arduo y conciso que consiste en ver películas de todas las épocas y de todos los países. Le tatúan una cifra en el dorso de la mano: 007. También le enseñan la cultura, los hechos históricos y las anécdotas que rodean a cada filmación. El chamán aprende, absorbe idiomas, lenguas, datos, hechos, cosas... Así pasan los años.

I



Ilustración: Pedro Belushi

Corre hacia el horizonte rojo flameante del amanecer. Atraviesa la sabana sorteando rocas dispersas, huesos de homínidos y el cráneo de alguna especie de elefante. Encuentra a los hombres-mono del «veldt» y sus pequeños dramas: ahí un leopardo dándole caza a uno de ellos. *Fundido en negro*. Acecha silencioso hasta que la escena se desarrolla una vez más. Los hombres-mono ante el lago buscan comida en la tierra. En la cañada, el otro grupo los enfrenta amenazando, gruñendo. Él espera entre las rocas. ¿Dónde está el fugitivo? Más amenazas. Gruñidos. *Fundido en negro*. El leopardo y la cebrá: recuerda que el director había querido para la escena una cebrá real pero, ante la imposibilidad de conseguirla, mandó a pintar rayas en el cuerpo descompuesto de un caballo. La caída de la tarde. La noche y los temores que trae consigo. Aguarda en la cueva, mirando los rostros aterrados de los hombres-mono. *Fundido en negro*.

El zumbido aumenta. Asombrado, moviéndose cauto entre las grietas para no asustar a la tribu, sale a buscarlo. Observa la Nueva Roca. Recuerda que en el guión la llamaban El Monolito. Los hombres-mono se acercan con cautela, saltan en derredor. Apenas se atreven a tocarla. Parpadea. El Monolito se abre. Una luz azul brillante lo recorre a lo largo como una boca vertical, una hendidura vaginal, una herida. El fugitivo ha tomado ese camino. Corre hacia la incisión en la piedra mientras Moon Watcher, el hombre-mono más inteligente, descubre la utilidad de un hueso: el tapir cae ante los golpes del ahora cazador, luego atisba el conflicto por comida con la llegada de otra tribu. Y alcanza a ver una escena mítica —Moon Watcher arroja el hueso al cielo y éste se convierte en un artilugio espacial—, antes de que el portal se cierre tras él.

Su cuerpo apenas golpea las rocas del acantilado, rodando peligrosamente hasta el borde, cuando la música asalta sus oídos. Una banda sonora que sugiere atmósferas primitivas. Abajo, cabalgan el hombre y la mujer a la orilla del mar. Visten pieles. Recuerda. Desciende. Camina escondiéndose entre las rocas a un lado de los jinetes. La música le acelera el corazón: algo de horror, de misterio, el anuncio de un acontecimiento funesto. El jinete se apea, las olas llegan a sus pies. La mujer toma las riendas del caballo. El hombre exclama:

—¡Oh, Dios mío, he vuelto, he vuelto a mi hogar!... Todo el tiempo estuve en él... —Cae de rodillas en el agua, la mujer lo mira sin comprender—. Así que al fin lograron hacerlo. —Se inclina hacia delante y golpea con el puño la arena mojada—. ¡Malditos, lo volaron todo, váyanse al diablo!

Su compañera mira al frente, hacia el misterioso objeto al que el hombre dirige sus maldiciones. Deja a la pareja ahí, en esa playa cuyas olas resuenan ominosas, y corre hacia el libro de piedra de la Estatua de la Libertad en donde el portal azul brilla intensamente. Lo penetra. Penetra, minúsculo, desnudo, en la vagina gigante de la mujer dormida en la cama.

Escena 87. Territorio Cama:

Aquella puerta, origen de vida y placer, la primera puerta, será también la última.

Mete los dos brazos por la hendidura del sexo, les sigue de forma natural la cabeza. Una vez introducida la cabeza, el torso se desliza solo y los glúteos desaparecen arrastrando las piernas y los pies, dentro...

—¡No!—apenas recuerda una vieja lección—. Cuidado con las películas dentro de las películas, el paso entre portales intraportales puede conducir a la locura si uno no se sabe dónde está parado. ¡Sí! *Hable con ella...*

Mira desde dentro del sexo de la mujer gigante. Saca la cabeza entre los labios vaginales cuando la luz azul lo baña. Parece bañarle el agua que se escurre en el cristal. Atisba el interior de una cabaña por la ventana. Su padre coge una serie de libros. Los reacomoda sobre la mesa. Llueve. Pero llueve *dentro* de la casa. Y el agua que cae sobre la espalda del anciano humea, se vaporiza. El anciano sale de la cabaña. Él cae a sus pies, abrazándolo por la cintura, en busca del perdón — *¡Perdóname Padre, esta misión me rebasa, es tanto el desconcierto que este mundo me provoca!*—, mientras el perro a un lado permanece quieto como una estatua de Cerbero en la entrada de otro mundo. El portal brilla en las alturas y se aleja de la superficie inestable de *Solaris*. La atmósfera se vuelve sofocante. El color se desvanece. Es una cinta muda —piensa—, y este ejército de trabajadores subterráneos... Todo se acelera. Él es Freder hijo de Fredersen, el amo de *Metrópolis*. Y la luz azul que sale de la boca de Moloch, la Máquina Dios —no podrá contemplar a la legendaria y hermosa robot-María, se lamenta—, anuncia que el fugitivo ha entrado una vez más al portal.

II

Se acercan al edificio piramidal. Mira el ascensor que recorre la superficie externa de su arquitectura metálica. Ve a su lado al hombre de cabello blanco y ojos azules, con todo el aspecto de un actor holandés. No recuerda su nombre pero en su mente escucha una voz que dice *Delicias Turcas*, aunque los detalles del dato se le escapan. El ascensor se detiene. Sobre la cama, el amo cuenta las acciones de la corporación, le rodea una atmósfera ecléctica con animales disecados y un búho de diseño sobre una percha. Largas velas dentro de candelabros iluminan la estancia con luz dorada. Una voz cae del aire:

—Nueva entrada. El señor J. F. Sebastian, 16417.

En el ascensor se escucha la voz del amo.

—¿A esta hora? ¿En qué puedo servirte, Sebastian?

La lógica de este personaje es extraña: hay en él algo de genio, algo de retardado mental, algo de hijo amparado por una mente maestra. Aun así, se deja llevar por las líneas del guión:

—Reina a alfil cinco. —El amo comprende y abandona la cama.

—¿Te inspiraste de repente? Discutamos esto. Más vale que subas, Sebastian.

La puerta se abre.

—Señor Tyrrell...

—Te esperaba. Reina a alfil seis, dice el guión. Tu mente se rebela ante el *Filmuniverso*. Quieres respuestas, y has venido a mí como al Creador, al Padre. No soy Víctor Frankenstein, tan sólo uno de sus avatares. El misionero te entrenó, ¿eh? Eres una pieza más... como las de este tablero. La diferencia es que puedes viajar entre las distintas realidades de este universo. Nosotros no. Estamos atrapados en el guión. ¿Quieres cantar la Marsellesa en el Rick's Café de *Casablanca*? Puedes hacerlo. Rick puede darte datos del fugitivo, pero estará eternamente atrapado en la trama. En cambio tú y el fugitivo son súper dotados psíquicos. ¡Ah! ¿Quieres explicaciones? Te entrenaron para huir a través de las puertas blancas que te llevan al mundo exterior y pasar a través de las azules que te comunican con los filmes y sus mundos. Te enseñaron a no dejarte llevar por la lógica interna del guión cuando encarnas en algún personaje, pero no te dijeron nada acerca de la naturaleza de este universo. Pero sabes por qué estás aquí, ¿no? El paso múltiple entre los portales puede desestabilizar no sólo a tu universo sino al Multiverso mismo. Tienes una misión enorme que te sobrepasa. Como Frodo y Sam. El fugitivo quiere eso: la desestabilización de la Totalidad. ¿Te suena a un libreto barato, al peor Hollywood? Bienvenido a la Meta Realidad. —La luz de las velas bailotea en las paredes, inundándolo todo con su propia inestabilidad.— Te diré un dato importante: las puertas azules brillan con luz propia. Algunas más intensamente que otras. Las que brillan menos llevan a filmes poco conocidos, películas perdidas, casi olvidadas, cintas *underground*. Cuidado, las puertas se mantienen abiertas siempre y cuando alguien en el mundo exterior sea espectador de esas cintas. Si atraviesas una puerta azul poco brillante y el espectador detiene o termina de ver la película, corres el riesgo de quedar atrapado en la trama, de olvidar quién eres y convertirte en el personaje que has encarnado. No podrás viajar a través del *Filmuniverso* hasta que alguien proyecte ese filme otra vez.

—¿Quién lo comenzó todo y por qué? ¿Usted lo sabe?

—¡Hey, esto no es *Matrix*! Es lo mismo que si me preguntaras por el origen del Cosmos y si tiene o no un Diseñador, un Creador. Sólo sabemos que alguien en el mundo exterior encontró la manera de viajar por el Multiverso. Es probable que sea una máquina o un medio mental capaz de abrir y penetrar los Puentes de Einstein-Rosen. Quizás exista una Sociedad Secreta de *tripfilmers*, capaces de usar el *Filmuniverso* para fines oscuros y la máquina que manejan —si existe— ha sido ocultada bajo la apariencia del *Túnel del Tiempo*, de *Hal 9000* o de las fabulosas máquinas de la civilización Krell del *Planeta Prohibido*.

—Quiero que me diga qué pasará si los habitantes del *Filmuniverso* invaden la realidad a través de la pantalla. ¿Pueden hacerlo? ¿Lo imagina usted: Godzilla, Freddy Krueger, Hannibal Lecter, El Hombre Lobo, El Jorobado de París... todas esas criaturas sueltas traspasando la Cuarta Pared? Recuerdo lo que hizo Buster

Keaton en *El moderno Sherlock Holmes*: en su película sueña que atraviesa un interportal. El *Filmuniverso* lo vomita a través de múltiples escenarios cinematográficos. Lo he vivido. A eso lo denominamos el efecto Buster Keaton. Es demencial. ¿Sabe lo que sucede en *La rosa púrpura del Cairo*?

—Me temo que eso está fuera de mi jurisdicción. ¿Quieres que te diga el por qué del Big Bang? —Tyrrell ríe sonoramente. —Alterar la evolución de un sistema orgánico es fatal —sacude la cabeza, quitándose de encima los residuos del guión—. Cuando un artista crea puede alterar el Continuum Espacio Temporal y producir universos alternos. Aún hay más: el mero hecho de estar tú aquí ya provocó paradojas temporales. Improntas en el Continuum, como los genes que los padres transmiten a los hijos. Eso es lo que sabemos.

—¿Usted es un...?

—Eres el Hijo Pródigo... —los reflejos de luz sobre los ojos del búho proyectan un sol anaranjado, luego el ave huye a través de la estancia—. Deléitate en tu vida... —Luego grita, volviendo a la conciencia—: ¡Alcánzalo, ve tras él antes de que llegue a los páramos abiertos de la Tierra Media!... —Continúa divagando, navegando en fragmentos de guión—: Eres extraordinario... Has hecho cosas extraordinarias...

III

Deberían hacer el cambio de horario el primer día de verano. Son las ocho y aún está claro. Algo anda mal. La estabilidad estructural del Filmuniverso tiembla. Aún no sale del portal y ya perdió al búho. Le haré una oferta que no podrá rechazar... Como lágrimas bajo la lluvia... He atravesado un océano de tiempo... Cierra los ojos. No se entera de cómo es arrojado. ¿El efecto Buster Keaton, acaso? No. Es el fugitivo. Ha logrado desestabilizar el Continuum. ¡Y si tan sólo conociera su cara! ¿En qué película ocurre eso? Una puerta que empieza a cerrarse lentamente detrás de alguien que recién la ha atravesado, pero el perseguidor no ve su rostro, no ve siquiera la punta del impermeable o los bajos de la falda, en una palabra: no conoce la identidad de aquél o aquella a quien persigue. They're coming to get you, Barbara! El ataque ocurre en el cementerio. La mujer mira, su hermano cae, se golpea la cabeza con la lápida. Extiende la mano y enciende la radio. Debido a la amenaza a un número desconocido de ciudadanos, y a causa de la crisis que está aún en proceso, esta estación de radio estará al aire día y noche... En este momento, repetimos, estos son los hechos: hay una epidemia de crímenes cometidos por un ejército de asesinos no identificados... Clava las tablas en las ventanas mientras la radio emite. Se asoma: los engendros se acercan al auto. Caminan con la mirada perdida. En este momento no hay una versión correcta... monstruos humanos... Coloca leños en la chimenea. Los rocía con el líquido inflamable. El Filmuniverso tiembla otra vez. En todos los casos los asesinos devoran la carne de la gente que matan... En la sala, rodeado de

desconocidos, mira la televisión. *¿Viene de una reunión sobre la destrucción de la nave en Venus? ¿Cree que la radiación pudo haber causado esta mutación?*

Es el único sobreviviente. Sonidos de disparos. Atraviesa la sala con el rifle en las manos. De entre los resquicios de la memoria le llega la comprensión y se alarma. *¿Qué sucede si un tripfilmer muere en el Filmuniverso? ¿Y cuál es la escena clave para abrir un portal en una cinta de zombis?* Apenas levanta la cabeza para mirar por la ventana cuando el portal se abre paso en abanico desde el cañón del arma larga del tirador, al otro lado del patio. *Nadie me entrenó para esto. ¡Nadie me lo dijo nunca!* El tirador apunta. *Bien, dale en la cabeza, en medio de los ojos.* Dispara. El impacto lo arroja hacia atrás. Cae al suelo de la sala. Ahora no hay nadie vivo en esa casa, sólo los hombres con ganchos de carniceros en las manos, congelados en las fotofijas. Y una última hoguera donde queman los cuerpos de los muertos, en una secuencia en movimiento. *Fundido en negro.*

IV

Interior. Día. El Hotel Cósmico de 2001, Odisea del Espacio.

Un hombre sentado. Teclea en una máquina de escribir dándole la espalda a la cámara. *La lógica interna del guión exige un argumento simple: una persecución y un perseguido. El perseguido no debe ser conocido. El perseguidor, en cambio, debe tener la cualidad de un hombre sencillo, entregado a la trama. Y una trama movida: el paso entre los portales del Filmuniverso y el riesgo de la destrucción total del Multiverso.* El hombre se levanta. Es Buster Keaton. Pone la mano sobre el antepecho de la ventana: en el dorso lleva el número 007. Fuera se agitan las escenas del *Filmuniverso* mezclándose en un torbellino: la cara de la luna de Méliès recibe en el ojo a la *Enterprise*, debajo de la agitada falda de Marilyn se mueve el puñal de Norman Bates en trayectoria obscena. Todo fluye en chorro hacia la Cuarta Pared y la atraviesa. Del cañón del tirador de la escena anterior se abre en abanico el portal hasta sus ojos, donde se curvan las llamaradas de una chimenea. Vuelve a la silla y teclea: *Tras celebrar la misa, el misionero los guía a un lugar que no conocen.*

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antologado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo «Las cinco grandes utopías del Siglo xx» en la web española Alfa Eridiani.

De incógnito

Rolando Revagliatti
Argentina

Es de tarde. El arrendatario del teatro no está a la vista. En el hall: nadie. Nadie en los baños. Nadie en la platea ni en los corredores. La salita es agradable, me siento en la última fila: alguien ensaya.

—¿Y?... ¿Qué hacemos?... Fuera de foco, poneme en foco. Corrección a derecha, mucho fantasma —*indica la pelirroja, único ser humano en el escenario.*

—La música...

Queda como oyendo. Reparo en los grandes armazones rodeando el banquito en el centro, con la mujer allí sentada.

—Necesito corregirte más, llegar a mi Julita. Concienzuda como yo, vos. Recta y vibrátil, vos. Una muchacha totalabios.

Súbitamente me caliente.

—El piensa que soy una maravillosa muchacha totalabios. Y una muchacha. Una sinuosa y dulce e inaceptante.

Doce armazones. Los que dan a proscenio y uno de los de foro, vacíos.

—El, soy yo confundida. Pero... ¿Qué él?... ¿Quién él?... Hablando sola cuando sé que me oyen, oyendo cuando no creen que los oigo; lastimada, sin ganas de comer. Comiendo sin saber que lo hago. Arrancándole pollo al pollo, pitando sin fumar. Y esto es hablar claro, Julita. Julita. Digo Julita aunque y porque nadie me lo dirá. Él me lo diría. Si yo creyera que él es él, me lo diría.

En uno de los armazones hay un banquito muy alegre.

—Necesitás oír lo que necesitás creer. ¡Sos una mujer, sos impune!... Oí esto, oí... esto, ¡oí!... ¡O... iiiiii... eeeessssssto, eeeessssssto! ¡Qué divino!...

¡Y pone una cara de orgasmazo la pelirroja!

—Soy una «moglie» ahora, Julita —*mirando fijamente al banquito muy alegre*—. Con lo cual debo querer decirte algo. No sé, ni sé qué.

Yo tampoco, la verdad. Y eso que soy un tipo permeable.

—Que soy menos que un misterio, una concha. ¡¿Qué importa?!: mamá no está. Mamá no está, o está lejos, o es lejos de mamá que somos menos un misterio.

Y se mata de risa la joven actriz. Me guardé hasta ahora de comentarles que en un armazón hay un mural con la susodicha sentada, perfectamente desnuda. Brazos muy gruesos: lástima.

—¡Pero qué!... ¡Nadie me violó a mí, nunca me violó! —*aduce «increpando» al armazón en el que se halla inserta una placa de metal opaco y estriado; yo diría: manchado; salpicado y oxidado.*

—Sí, me gusta tanto como a él tu sonrisa, todos tus dientes, mirarte la piel de las

mejillas y el mentón; dejarme comer una oreja tenue por esa boca que me quiere. Necesitaría que me quede tranquilo adentro que me quiere. Que el amor de él es para mí. Que él quiere poder sacarse su amor y dármelo. El nunca te dirá Julita. El se explayará sobre «la malversación de María Julia», sobre «Julita malversada» —*le habla al banquito muy alegre*—. El te dirá «todo es inútil». El te dirá: «¿Yo soy inútil, entonces?» Oí... —*dice; y canturrea lo que encomillo*:—«Cuando eras, llena eras de mí».

En varios armazones hay espejos; uno, «deformante».

—Escribible una carta que él no rompa antes de leerla.

Cuento: me la imagino con adorables arrugillas al borde de las comisuras.

—El se viste y se va. Y él todavía te da un beso. Se escapa así. Así. Vos aprovechás que él se olvida de vos, que él se duerme, y te vas.

Se toma un tiempo escrutando cada uno de los espejos. Me pregunto: ¿no se pondrá de pie, no se trasladará? Opino: soy imparcial, es atractiva.

—El no ha de desanudarse esta soga aromática, este lazo de caucho, Julita; que él no te dice Julita, Julita, porque vos no das lugar más que para vos diciéndote Julita; a él también le parece delicioso lo que oís y que lo acaricies por detrás y le busques las piernas y le des a oler tu corazón crudo, tu narciso.

Bueno, no está nada mal la metáfora. Me estoy acostumbrando a la calentura. Reacomodo la verga, pobre: aherrojada.

—¿El de tarde o él de noche?... ¡A mí él de tarde y relámpagos, cuando me evapora, cuando me vampirea, cuando me transmiga, cuando no es posible regresar y le digo que no un segundo después, que no, que no, que no, que ya la última vez había sido, y que no, le digo y lo siento más, y él no cumple, no cumple, no cumple y me posee hasta todas las edades!...

Se va a sentar en el banquito muy alegre.

—Y me posee, María Julia.

No dije cómo está vestida: short negro, descalza, una blusa fucsia pudiera ser, con la luz...; cuatro spots, uno con gelatina.

—Las pecas y el ombligo me posee. Me mastica. Percute y repercute: es una orquesta, una banda de dixieland. Julita de tarde no te conoce.

Infiero que quien replica ahora es el mismo personaje, adolescente. ¿Correcto?... ¡¿Estoy entendiendo algo, Dios mío?! Y aquí se pone ésta también con el «oí, oí, qué síncopa» y todo eso.

—Mamá me lleva al sol. No le importa. Le digo: «No quiero ir, mirá la espalda». «María Julia tiene una linda espalda, con huesos lindos y la piel suave.» «Sí, pero éstas no se van.» «Te quedan bien.» «Vos lo decís, pero los muchachos se fijan.» «Y les gusta. ¿Qué hay?» «Hay; porque no les gusta y yo no las quiero tener.» «Se te metió en la cabeza.» «Entonces, dejame.» «Te dejo, ya sos grande.» «¿Para qué?» No contesta. Mamá se va. Me lleva al sol. Tomo aire de mar. Mi mejor amiga, nada. Yo, leo; y estoy más preocupada por mamá que por los muchachos.

Largo el pelo de la mina. Naricita. Operada. Demasiado. Ansío ficharla desde la primera fila.

—¿Y usted? —*pasándose al banquito del centro; mirándose en uno de los espejos*—. Nunca me tome de la cintura. No cruce conmigo así. No me siga. Camino ligero. «¿Me permite, preciosa, que intente ser su tobogán hacia usted?» Hasta ahí, bien. «¿O su sube y baja?». Chiste. Gracia inconfesable. Estoy apurada, no me comprometa. Quédese en el coche y a pie. Estoy apurada. Voy a...

Cejijunta, mira la placa de metal oxidado, etcétera.



Ilustración: Guillermo Vidal

—¿Y usted? ¡No se encare conmigo, puedo descontrolarme y huir hacia usted! ¡Que estoy soportando estar tiznada, y esta corona de cabello y azafrán, y el dale que dale, y el cansancio y el trajín y el sudor! Baje los ojos. Mientras tanto, yo...

Sigue el delirio: ahora «enfrenta» al espejo «deformante». Pero es como si hubiera olvidado el parlamento. Mira a un espejo, mira a otro. Al mural:

—¿Toda se me ve desde esos ojos?

Echo un vistazo a la sala: nadie. Pene menguante. Mientras me distraigo...

—No lo van a conseguir, no lo consiguen, una mano me queda por allí, que intervenga toda; tres o cuatro ligamentos debajo de la cama, que toda participe; no, no, mis globos verán a otro, a otro más, otro paisaje, montada en bicicleta y no en vos, no me dejás pensar, ¡hijo de puta!... ¡Si te dije que no, te uso, haceme lo que quieras! No, así no, al final te uso, dejame monocorde, guacho, que yo no quiero ser un manso río, me duermo como una persiana, quién te pidió, que no me voy a quedar en manso río; eso es lo que vos quisieras para gloria de tus espolones. ¡Yo me quiero morir, santificado sea mi nombre, María Julia!...

Estoy otra vez atento. Sí, es alta; calculo: en chinelas, como yo. Se va al otro banquito.

—Quiero...

Se va al otro banquito.

—¿A quién?

Se va al otro banquito.

—Yo paseaba en bicicleta con mi mejor amiga. Por las piernas, porque estiliza, endurece; andábamos mucho, estiliza, ella estudiaba, ella estudia todavía, mi amiga íntima, me suena raro...

Así yo, vanamente erecto, mientras ella se sienta en el otro banquito.

—Pero sólo te cuento que andaba en bicicleta. Que hice una vida sana, aunque el sol, que tuve contacto, aunque no fuera Julita para nadie.

Estallando:

—¡¿Y si a veces no me las arreglo?!...

Sonríe. Luego:

—¡¿De qué te reís?!

Pene reinicia su fase menguante: ¡este pene! Y aquí viene un jueguito donde la actriz (versión castellana de Meryl Streep y Faye Dunaway) cambia de banquito unas doscientas veces mientras se ríe a rajacinchas con lágrimas y toses. Deseo aplaudir. O algo con ella. Me contengo. ¿Qué hago: me escabullo y aparezco después, como si nada? ¿Acabó? Es decir: ¿habrá concluido?... No me contengo.

Rolando Revagliatti nació el 14 de abril de 1945 en Buenos Aires, ciudad en la que reside, la Argentina.

Libros publicados en soporte papel (entre 1988 y 2009): Obras completas en verso hasta acá, De mi mayor estigma (si mal no me equivoco):, Trompifai, Fundido encadenado, Picado contrapicado, Tomavistas, Propaga, Ardua, Pictórica, Desecho e izquierdo, Sopita, Leo y escribo, Del franelero popular, Ripio, Corona de calor (poesía); Las piezas de un teatro (dramaturgia); Historietas del amor, Muestra en prosa (cuentos y relatos); El Revagliastés (antología poética personal), Revagliatti – Antología Poética (con selección y prólogo de Eduardo Dalter). Sus libros cuentan con ediciones electrónicas, así como también sus cuatro poemarios inéditos en soporte papel: «Ojalá que te pise un tranvía llamado Deseo», «Infamélica», «Viene junto con» y «Habría de abrir», disponibles gratuitamente para su lectura o impresión en www.revagliatti.net.

También podemos visitar su blog: rolandorevagliatti.blogspot.com o ver sus producciones en video: www.youtube.com/rolandorevagliatti.

Los otros

Antonio Mora Vélez
Colombia

Habían transcurrido diez años convencionales desde que los tripulantes de la Antares II iniciaran la búsqueda de la enigmática fuente de energía que por años venía enviando, con destino a nuestra galaxia, una señal arrítmica, periódica y constante. Fueron diez años durante los cuales Karlem, la única mujer de la expedición, no cesó un instante de pensar en la despedida, en las cosas hermosas que habían quedado en la Tierra, en las voces entrañables que le dijeron: «¡Karlem, enhorabuena! Eres la primera mujer en viaje por los espacios intergalácticos, que es tanto como decir en viaje hacia el infinito». Se preguntaba una y mil veces qué objeto tenía entregar el resto de su vida, pero la reconfortaba la esperanza de conocer a los autores del incesante llamado. En numerosas ocasiones había soñado con la existencia de una civilización más avanzada que la suya: el hombre terrestre, a pesar de su innegable progreso, no había alcanzado su total perfeccionamiento. Aún existían el odio, la envidia y el egoísmo, no obstante la alta tecnología productiva y la educación teledirigida. Consideraba que el Hombre integral sólo podía albergar en las interioridades de su cerebro amor, pero en la más amplia significación del término. Y estaba convencida que ese hombre perfecto debía existir en algún lugar del universo.

La Tierra, en cambio, había envejecido muchos siglos después de la época en que los astrofísicos y radio astrónomos del Centro Gagarin llegaron a la conclusión de que las emisiones tenían que provenir de alguna inteligencia cósmica, basándose en la tesis que sostiene que en la naturaleza no se dan radioemisiones de carácter periódico. Una inteligencia extraordinaria, porque las ondas del mensaje debieron haber partido cuando todavía los primeros seres vivos no habían aparecido sobre la superficie terrestre, y apenas si terminaban de conformarse las primeras proteínas. Una estrella de la clase U, ubicada en el plano medio ecuatorial de la galaxia IC-9801 del cúmulo de Boyero, a tres millones de años luz, fue señalada como el lugar del cual partían las poderosas ondas de radio captadas en la Luna. Y las coordenadas de vuelo de la Antares II indicaban el rumbo hacia ese lugar del cosmos.

Karlem, la valerosa ingeniera responsable de las comunicaciones, no logró resistir el deseo de conocer lo que había más allá de las estrellas, y pudo armarse del valor suficiente para formar parte de una expedición incierta que quizás nunca llegara a su destino ni lograra regresar a su lugar de origen. Encerrada como estaba en sus pensamientos, no escuchó la orden del comandante Rob para que la tercera unidad de energía fuera activada y la nave lograra la octava velocidad cósmica. Un breve titubeo, y la astronave brilló con el fulgor de un sol, para anunciarle al espacio ilimitado que los hombres de la Tierra se disponían a ingresar en sus misteriosos

laberintos en busca de nuevas realidades. La pantalla ovoidal se vio de pronto llena de figuras fugaces, de líneas multicrómicas que semejaban un filme interminable, y de indescifrables puntos brillantes que se agigantaban para perderse luego. Habían logrado la aceleración y la velocidad necesarias para superar la atracción del campo gravitacional galáctico. Atrás quedaba, como dormida en una alfombra oscura, la Vía Láctea, nuestra ya pequeña morada.

Rob cumplía su quinta misión en el espacio, pero para él era la más importante. No sólo porque era la primera incursión extragaláctica del ser humano, sino porque con ella se le presentaba la oportunidad de demostrar su teoría de la Relatividad Simétrica de la Materia que había expuesto en la Academia de Ciencias cuando resolvió conseguir el grado en astrofísica. Por su mente aún desfilaban los rostros sardónicamente sonrientes de los examinadores y, en especial, el de Lon Vert, quien le interrogó entonces: «¿Acaso es posible que en nuestro planeta nazcan de padre y madre diferentes dos hijos exactamente iguales?», para demostrarle que la simetría de la Materia no podía llegar a los extremos que él pretendía.

Varios años terrestres después, una estela de luz con la intensidad de una supernova iluminó las aerodinámicas líneas de la cosmonave. Su luminosidad creciente duró pocos segundos, los suficientes para que el ojo avizor del piloto electrónico dispusiera la apertura de las cabinas de hibernación en las que los astronautas acortaban el tiempo para matar la monotonía y facilitar el éxito de la empresa. Rob miró la pantalla de controles donde quedaban huellas del extraño fenómeno: fragmentos titilantes de color plata se refractaban en la cúpula de vitrilo, formando una hermosa acuarela cristalina que lo transportó imaginariamente a un mundo de fantasías. «¡Marcha atrás!», ordenó, no sin antes solicitar los cálculos a los ingenieros de vuelo. «Sólo una cosmonave es capaz de dejar rastros como éstos», agregó.

Estaban justamente en el lugar llamado de las Carrozas de Fuego, casi en la mitad del viaje. La operación de frenado para constatar la naturaleza del objeto estelar demoró algunas horas terrestres, y la Antar II tuvo que regresar y adelantar dos veces antes de quedar frente a frente con el citado objeto. Éste se mostraba imponente como lo que en verdad era: una nave colosal que tenía la figura de una golondrina en pleno vuelo. Dos extensos alerones que terminaban hacia atrás en punta contrastaban con sus cuatro reactores en forma de delta. Su cabina se alargaba como un hilillo de plata hasta confundirse con las tinieblas del espacio.

Segundos de contemplación más tarde, una luz de color violeta apareció en las láminas inferiores del cuerpo central de la nave y se fue ampliando hasta transformarse en una pequeña plataforma recubierta por un cono de material transparente. «No cabe duda, vienen preparados para mostrarse ante nosotros», dijo Rob. Y tuvo que criticar la imprevisión de los ingenieros constructores de la nave terrícola porque no había en ella mecanismo alguno para mostrarse a otros seres del cosmos en las afueras del espacio, y era imposible todo intento de transbordo sin

poner en riesgo la vida de la tripulación.



Ilustración:Hernán Costa

El momento esperado por siglos se producía. Karlem dio rienda suelta a su fantasía recordando la ley de la complejidad estética de la materia, recientemente formulada. «Los habitantes de una civilización extraterrestre con millones de años de existencia tienen que ser anatómicamente perfectos, hermosos y espiritualmente plétóricos de amor y de optimismo en las infinitas capacidades de la inteligencia. Igual que en los cristales, la materia viva en su desarrollo ascensional adopta una organización mucho más armónica y perfecta, en proporción al tiempo de evolución».

Rob no pudo evitar pensar en ese instante en las interminables sesiones de la Academia y en la frase final de su discurso: «La simetría es una propiedad universal de la materia que no admite excepciones. En algún lugar del cosmos debe existir una galaxia o un sistema estelar o un planeta parecidos a los nuestros, pero de signo contrario». Tampoco pudo evitar pensar en la imposibilidad de comunicar a sus descendientes de la Tierra el gran encuentro, en Varna, su esposa resignada, quien le había dicho al partir: «Rob, yo sé que tú algún día, cuando de mí no quede sino el recuerdo, allá en el infinito podrás gritar que tenías la razón». Pensó también en los años de viaje que faltaban, en la cara huesuda de Lon, en los ojos anhelantes de Karlem, y en tantas y tantas cosas, que no observó las dos figuras esbeltas, desnudas, que aparecieron en actitud de danza y modelaje sobre la plataforma de cristal de la astronave amiga, ni escuchó la exclamación de asombro de Karlem al mirarlas: «¡Pero si somos nosotros!».

Antonio Mora Vélez es considerado uno de los precursores de la ciencia ficción en su país. Ha publicado los libros de cuentos «Glitza» (Ediciones Alcaraván, Bogotá, 1979) «El juicio de los dioses» (Casa de la Cultura, Montería, 1982), «Lorna es una mujer» (Centro Colombo Americano, Bogotá, 1986) «Lorna is a woman» (Colombian Cultural Center, New Delhi, 1990) y «La Duda de un Ángel» (Ediciones e-books de CECAR, 2000). Ha publicado también los libros de ensayos «Ciencia Ficción: el humanismo de hoy» (CECAR, Sincelejo, 1996) que fue reproducido en México y La estrategia de la solidaridad (CECAR, 2006). Los poemarios «Los caminantes del cielo» (CECAR, Sincelejo, 1999) «El

fuego de los dioses» (Ediciones CECAR, Sincelejo, 2001) y Los jinetes del recuerdo. Recientemente la Editorial Pijao le editó la novela Los nuevos iniciados (Bogotá, 2008). Ha sido antologado varias veces. Destacamos la antología internacional «Joyas de la Ciencia Ficción» (La Habana, 1989) y en la cual figura al lado de los mejores narradores del género en el mundo y la antología colombiana «Contemporáneos del porvenir: Primera Antología de la Ciencia Ficción Colombiana» (Bogotá, 2000) y en la cual el antologista René Rebetz le reconoce su condición de precursor de la ciencia ficción colombiana. Ha ganado varios premios de literatura y su nombre figura en «The Encyclopedia of Science Fiction» de John Clute y Peter Nicholls (New York, 1995, página 696). Sus cuentos y poemas han sido traducidos y publicados en revistas impresas y electrónicas y en suplementos literarios, nacionales y del exterior.

Quemar a Madre

Ricardo Giorno
Argentina

Joel maniobra la esclusa del portal, y sale al exterior. Lo saludan el sol cálido y una brisa de sensaciones placenteras. Parado frente a un inmenso campo verde salpicado de flores y limitado al fondo por una hilera de álamos, él inspira profundamente. Y sonríe.

—Hace un montón de años —dice en voz alta— que no salgo del refugio.

Y se recuesta sobre la hierba. ¿Cómo podrá sobrellevar la nueva situación? Todavía no está seguro. Y el simbolismo del momento se le escapa.

Sabe que Madre yace adentro. En realidad, lo que queda de Madre. ¿Por qué llegó él a esa decisión? ¿Por qué aquel inesperado y repentino impulso asesino le hizo empuñar el hacha de emergencias y destrozarse a Madre? Respuesta: a consecuencia de la película. En realidad, la película fue la gota que rebalsó el vaso.

Joel recuerda una vez más su afición de antaño: en la soledad de la compañía silenciosa del refugio, le habían venido ganas de recordar aquellos días en que las películas llenaban su vida. Entonces le pidió a Madre que le dejara ver una película. Le rogó. Le imploró. Madre indagó dentro de la mente de Joel, pero no pudo encontrar nada que supusiera un riesgo para ella. Es que él sabía cómo esconderle cosas. Igual, ella se negó a que viera la película. Entonces Joel volvió a suplicar. Sin lograr la autorización de Madre, dejó de atender a los hermanos, y además no probó alimento. Madre se encolerizó. Lo castigó transmitiéndole imágenes de angustia, de desazón, de terror supremo. Al no obtener respuesta de un Joel estratégicamente mudo, llegó a azotarlo con los tentáculos.

Pero Joel se había mantenido firme.

Cerca, quitándolo del recuerdo, una paloma picotea entre el pasto. Tan al alcance de Joel, que él se tienta de acariciarla. La paloma vuela hacia los álamos, y Joel hasta su niñez: ¿Cuándo fue la primera vez que se había puesto firme con Madre? Sin duda, no bien se conocieron. En aquel entonces, era un chico. El día anterior al encuentro con Madre, papá y mamá le habían festejado su cumpleaños número once. La terraformación prosperaba. El pueblo se había reunido en la primera fiesta de la colonia.

Se levanta y camina hacia los álamos. Le gustaría estar paseando con papá, que él le apoye la mano en el hombro mientras le cuenta una vez más sobre la terraformación, sobre que ellos son dignos colonos, sobre los esfuerzos que se trocarán en bienestar. Sí, claro que le gustaría estar con su papá, con su verdadero papá. No con esa máscara que a diario debe alimentar.

Le resulta imposible acordarse de la causa de la pelea con papá el día posterior a

su cumpleaños. Sólo recuerda que fue el día en que conoció a Madre. ¡Y qué distinta había resultado Madre de mamá!

Al finalizar la hilera de álamos, Joel ve que comienza un bosque, y sabe que más allá se levanta el pueblo. El único pueblo del planeta. Un pueblo inolvidable, aun cuando él jamás volvió, por haberse internado con Madre en el refugio.

Se da vuelta hacia el portal, pues ha percibido un tironeo interior: ir a visitar el pueblo o regresar al refugio a quemar los restos de Madre para que no reviva.

Opta por lo último.

Un nudo en el estómago lo devuelve al momento en que se puso firme con lo de la película. Muy firme. Tanto, que Madre debió acceder: él fue hasta la Terminal del refugio, y allí tecleó la lista de películas atesoradas en la memoria del rígido. Con Madre siempre vigilante, repasó el listado: muchas conocidas, otras no. Ansioso por escoger, pues sabía que Madre por un tiempo no permitiría que reincidiese, después de descartar varias se topó con una película cuyo título lo impactó:

LA FIERA DEL MAR

(ROBERT GORDON, 1955, IDIOMA ORIGINAL, SIN SUBTÍTULOS)

Eligió esa. Siempre le había gustado el mar, aunque jamás había estado en persona frente a tanta belleza.

No quería ser molestado. Así que les dio de comer a sus hermanos y barrió y ordenó el gimnasio del refugio para que pudieran descansar. A Madre le gustaba que ellos, recostados y en paz, procesaran con lentitud el alimento. Madre estaría conforme y satisfecha, y por unas horas lo dejaría tranquilo.

Una vez terminados los preparativos, Joel había dispuesto a su placer del proyector holográfico. Moduló el sonido. Ya sabía que no entendería los diálogos, pero saboreaba de antemano la música. ¡Le encantaba la lejana década de 1950, por fin la disfrutaría!

Pero... ¡adiós ilusiones! Lo que se veía en esa película era un ser que con sus tentáculos destruía todo. ¡Todo!

Ahora, con el recuerdo de aquella porquería de película todavía latente, la furia le quema el corazón, y él corre como poseso hacia el refugio. Asoma la cabeza por el portal. Una lámpara roja mezcla su luz con la claridad del exterior. En el suelo, junto a la pared, yace una forma cilíndrica. Y, arrodillado sobre ella, un hermano: el que antes había sido su propio papá. Es que eso no es su papá, es un esclavo de Madre. Un esclavo apenas consciente. Algo que se ve y se mueve como su papá, pero dentro de ese cuerpo ya no subsiste su humanidad. Madre lo ha transformado en una eficiente fábrica de alimento.

Madre ha muerto, emite con el pensamiento Joel, mientras baja por la escalerilla.

Y recibe, dentro de su cabeza, una «voz»: *¿Muerto? ¿Qué es muerto?*

Camina hasta situarse junto a su papá-hermano.

Madre se ha ido, piensa de nuevo Joel.

¿Ido? Acá puedo verla. Está quieta.

Sí, confirma, tomando del codo a hermano-papá. *Madre me pidió que la llevara lejos. Está cansada.*

Entonces debes hacerlo. Hermano-papá mira hacia la forma inerte. *Madre se enoja si no se le hace caso.*

Joel frunce la boca: *Te conduciré con tus hermanos.*

Siempre llevándolo del codo, discurren por los corredores hasta el gimnasio del refugio.

Él recibe varios pensamientos al mismo tiempo: *Madre no nos habla, Joel. Madre no nos habla, Joel. Madre no nos habla, Joel. Madre no nos habla.*

Y asiente antes de emitir: *Se ha ido.*

Tenemos miedo, Joel.

Ya lo sé.

Vuelve sobre sus pasos. Sale al exterior. Debe ir al pueblo. Se da cuenta que ahora, con sus hermanos en medio, no puede quemar a Madre dentro del refugio.

Pasa la hilera de álamos. Circunda el bosque.

Queda pasmado mirando el pueblo. Está tal cual lo recuerda, sólo que más chico. Menea la cabeza. Es imposible que el pueblo se haya encogido tanto. Debe ser él. Sí: él se ha vuelto más grande, debe ser eso.

Va hasta su antigua casa y levanta la frazada con que papá y mamá se cubrían. La huele, y se asombra de que aún conserve ese olor de tiempos idos, que él casi no recuerda. Del taller obtiene una cuerda que juzga resistente. Se echa en los bolsillos un par de guantes, una estaca y un martillo.

Camino del refugio, opta por rodear del otro lado el bosque.

Puede ver los restos de la antigua cúpula. La de plexiglás, no la energética que las máquinas crearon después y que se adapta a medida que avanza la terraformación. Papá siempre le contaba que la terraformación, una vez superada la cúpula de plexiglás, se convertiría en un proceso autómatas al que nada ni nadie podría detener.

Joel se queda allí parado, recordando: había conocido a Madre en la vieja cúpula. Él reparaba fisuras, pequeños orificios. El día posterior a su cumpleaños número once, se había peleado con papá. Entonces, pegamento y herramientas en mano y enojado a muerte, había marchado hacia la cúpula.

De lejos distinguió una extraña roca alargada, con estrías —todavía ignoraba que se trataba de Madre—. Esas estrías, lo supo momentos después, habían resultado ser tentáculos extendidos en un manojito apretado. Le vio la superficie correosa, morada, con tintes verdosos. La roca —Madre, en realidad— permanecía quieta, justo del otro lado de la cúpula, debajo de un orificio del tamaño de un pomelo. ¡Pomelo! ¡Cuánto hacía que él no comía fruta!

Madre había pasado la punta de un tentáculo por la abertura. Entonces, y sin que

ella lo tocara, Joel sintió que le latía la nuca. Después le vino cansancio, pesadez. Debió sentarse.

Se recostó. Un hormigueo recorrió sus sienes. Cerró los ojos. Se durmió, soñó como nunca.

Cuando se despertó, Madre aún seguía allí. Él, con sus once incautos años, se había puesto de pie: sólo se hallaba frente a una roca; una roca exótica, sí, pero una roca al fin de cuentas.

Tócame, retumbó dentro de su cabeza, tan fuerte que lo hizo tambalear. *Tócame*, volvió a sentir. Aunque imperiosa, esta vez la modulación no lo molestó.

En un primer momento, Joel no supo qué le estaba pasando. ¿Una roca acababa de hablarle?

Qué me pasa, había pensado.

No pasa nada, recibió de inmediato. *Tócame de una vez*.

Entonces lo confirmó: una roca acababa de «hablarle» dentro de su cabeza. Era ella quien emitía, del otro lado del plexiglás. No tenía boca, pero él igual la comprendía. Y hasta más claro que a la mayoría de los colonos. Lo atacó la tentación de obedecer. Miraba abstraído el tentáculo que penetraba la cúpula y que ondulaba como excitado por la brisa. Un movimiento hipnótico que lo transportaba a esos documentales de la India, con sus innumerables encantadores de serpientes.

Joel en ese instante había cerrado los ojos tratando de evitar cualquier imagen negativa: se había puesto firme, dejando de lado toda sumisión. Quiso huir, contarle a papá o a mamá. Pero Madre demostró su poder: el dosificador de plexiglás dejó de ser la herramienta preferida de Joel, porque ante sus asombrados ojos se convirtió en un alacrán. Y eso no fue todo: el envase de pegamento se le volvió una mortífera pantera. Y las fuerzas psíquicas hicieron del devastador un amenazante cocodrilo de fuego. Así tomado por sorpresa, él retrocedió hasta toparse con la cúpula.

Tócame, volvió a retumbar dentro de su mente, y esta vez la intangible pero contundente presión de Madre lo compelia a someterse.

Giró la cabeza y vio el tentáculo: buscaba tocarlo, pero además buscaba que él lo tocara. Pronto no tuvo más fuerzas para luchar contra esa avasallante intromisión... y adelantó la mano. Múltiples agujonazos —cada ventosa tenía por centro una púa— le atacaron los dedos y la palma. Joel luchó, vio cómo su propia mano se amorataba por querer soltarse. Algo que él no podía explicar se la retenía. Sin embargo, aquella primera vez, en aquel primer contacto, se había puesto firme con Madre: reuniendo un ímpetu cercano al fervor religioso, retiró la mano que sujetaba el tentáculo y salió corriendo.

Un *Vuelve* lo hizo trastabillar y caer de rodillas. Se levantó y siguió huyendo.

—¡No! —gritó, a lágrima viva.

Vuelve, percibió otra vez, pero más débil. Y ese *Vuelve* lo acompañó, decreciente, hasta el pueblo. Y allí se extinguió en un susurro fácil de ignorar.

Joel se había quedado frente a su propia casa, desentendiéndose del dolor en la

mano. Pensaba, aun ignorando que aquello era lo que muy pronto conocería por «Madre», que se había puesto firme. Muy firme. Y que la mano la había retirado él solo, a puro corazón y anteponiendo su voluntad por encima de la de ella.

Y esa fue la primera vez que se había puesto firme con Madre, sí señor.

Se mira la mano, ahora grande y callosa. Durante la noche de aquel primer encuentro con Madre, a Joel se le había hinchado demasiado. Como el dolor arreciaba, debió contarle a papá y mamá. Y papá y mamá lo llevaron a ver al doctor Arias. A pesar de todas las pruebas, aquel buen doctor de los colonos no había descubierto nada extraño. El doctor Arias les había dicho que la mano permanecía hinchada así, porque «el organismo del pequeño» luchaba contra algo desconocido para los pocos instrumentos médicos de que disponía la colonia. «Una lucha titánica», había agregado.

Un Joel crecido, ya maduro, sonrío frente a la vieja cúpula: él jamás dejó de luchar.

Se echa al hombro la frazada, siente el peso del martillo y el bulto de los guantes en el pantalón. Improvisará una red con la frazada, y también usará la cuerda y el martillo para sacar a Madre del refugio y llevarla hasta el pueblo.

Nuevamente se mira la mano con que muchos años atrás había tocado a Madre. Hubo innumerables análisis, recuerda, pero en vano.

Papá lo había subido al deslizador. Fueron hasta donde Joel vio por primera vez a Madre. El agujero todavía seguía allí. El pegamento y las herramientas yacían desperdigados. Pero de Madre, ni rastros. Papá reparó el orificio, y volvieron en silencio.

Al otro día, una oruga con cuatro jóvenes científicos partió hacia la Zona Virgen —Papá gustaba de llamar Zona Virgen al terreno excluido de la cúpula, y al final el pueblo optó por llamar así a esa cambiante región del planeta—. Pero las cosas no salieron para nada bien: al término de aquella jornada, la oruga retornó por control remoto. Mejor dicho, se la hizo retornar por control remoto: los cuatro científicos habían desaparecido en algún momento de la exploración. Los captosres holográficos mostraban que bajaron del vehículo desarmados y apenas protegidos de las inclemencias, y que se adentraron en una quebrada de inmensas y desperdigadas rocas. Y luego, nada.



Ilustración: Pedro Belushi

Antes de ingresar al refugio por la esclusa, Joel entierra la estaca ayudándose del martillo. Se coloca los guantes y baja por la estrecha escalera metálica. Despliega la manta junto a Madre. Consigue hacerla rodar hasta que aparece la punta de la frazada. Primero recoge los pedazos desperdigados de Madre: en su furia asesina, Joel no había tenido miramientos, descargando una y otra vez la inmensa hacha de seguridad, de filo y de punta. Coloca los pedazos sobrantes de Madre entre los tentáculos descuajados. A pesar de los guantes, Joel siente una ligera vibración cuando manipula el cuerpo: ¡debe apresurarse, pues Madre ha comenzado a revivir! La envuelve en la manta, la ata con la soga, y enseguida sube por la escalerilla. Engarfiando la soga, comienza a izar aquel cuerpo apenas inerte. Apoya un pie en la esclusa, y sigue jalando con desesperación. Por fin las puntas de los tentáculos aparecen en su campo visual.

Antes de ingresar al refugio por la esclusa, se coloca los guantes.

Se carga al hombro a Madre y, poco a poco, sube la escalera. Las piernas hacen todo el trabajo, y aunque Joel ya se siente agitado, continúa. Por fin cruza el portal, y solo le resta llevar a Madre hasta el pueblo, a rastras. Ahí la quemará para que no reviva.

Después de que la oruga que había cargado a los cuatro científicos volvió sin nadie, el pueblo cambió. Joel presencié cómo su papá y su mamá se reunían con los otros grandes y discutían toda la noche. El doctor Arias afirmaba que habían sido engañados. Que en el planeta había vida, y hasta era muy posible que fuese inteligente.

Él aparta esos pensamientos y traba el portal. Con la soga tensada al hombro, arrastra a Madre hacia su último destino. Sin quererlo —¿o *quiso* venir por acá?—, pasa cerca de la antigua cúpula de plexiglás, el lugar de su segundo encuentro.

Desde el lado de la Zona Virgen alemana al plexiglás, Madre había paralizado a

Joel. La mente en torbellino, los labios fríos, los pies yertos, nada respondía a su propia voluntad. Y por más que luchó contra ese encantamiento, Joel se dio cuenta de que ya no era él mismo: Madre lo dominaba a través del poder de la mente. En ese momento, un tentáculo se aventuró por un agujero que seguramente ella misma había practicado en la cúpula. Mientras, él recibía dentro de su cabeza una orden irrevocable: *Ponlo sobre la garganta de cualquiera de los colonos*. Y, después de haberle dado esa insólita orden, ella soltó la punta del tentáculo, que cayó a los pies de Joel.

Joel levantó aquel apéndice viscoso y erizado de púas, y por la noche fue hasta lo de los Arias —no los odiaba; la suya era la casa que mejor conocía para ingresar sin ser visto—. Una vez adentro, se deslizó hacia el dormitorio matrimonial... y depositó con cuidado el pedazo del tentáculo de Madre sobre el cuello del doctor.

Y ese había sido el principio del fin para el estilo de vida de la Colonia. A partir de ese acto que Joel no comprendía, el pueblo terminó por convertirse en una manada de autómatas, esclavos desprovistos de voluntad propia. Todos sumidos en una abyección robótica; todos menos él, que ignora la causa. ¿Acaso Madre necesitó contar con alguien que pensara? ¿Por qué Madre no le había ordenado que se colocase en el cuello, él mismo, un tentáculo conversor?

Entre lágrimas —una y otra vez el recuerdo lo acusa—, Joel bordea el bosque y desemboca en el pueblo. Deja a Madre en la plaza principal. Los juegos infantiles siguen relucientes, el pasto verde y bien cortado, las flores en encendida demostración de su colorido. Eso le da la pauta de que las máquinas funcionan, que tratarán de apagar el fuego. Aunque desconectar este sector del pueblo no será demasiado problema para él. Sólo le llevará un poco de tiempo.

¿Por qué debió venir al pueblo para quemar a Madre? ¿No le hubiera sido más fácil quemarla fuera del refugio, donde sólo pasto crecía? Le viene a la mente aquella película del muchachito regresando a su barrio y descubriendo que sus padres han muerto y que su novia está casada con el malo... y que el malo, en definitiva, ha matado a sus padres. Y entonces el muchachito lucha contra los cómplices del malo, y los va eliminando uno a uno. La casa del malo se incendia durante la pelea final, y el muchachito le pega *la trompada*, y el malo cae adentro de la casa y se quema con la casa misma, que termina derrumbándose en un vórtice de fuego y escombros. La película termina con el muchachito regando la ceniza de la casa del malo sobre la tumba de sus padres, mientras le dice a la que fuera su novia: «Esto es un tributo a ellos».

Sí, Joel se siente igual que aquel muchachito: él les rendirá tributo a papá y a mamá. A su manera.

Después del señor Arias le tocó el turno a la señora Arias. Y luego a otro vecino, y a otro, y a otro. Joel veía a los que les había impuesto el tentáculo hacer las mismas cosas que hacían antes, sólo que más lento, y además le consultaban sobre la terraformación. A él, un niño, le preguntaban. Joel debía ir a informarse

continuamente con papá. Por suerte, papá había dado fin a la etapa de la cúpula de Plexiglás. Ya programadas, las máquinas se encargarían del resto. Es que, por ese tiempo, los tentáculos de Madre habían infestado el pueblo. A cada uno le habían asignado su tentáculo, recuerda Joel, excepto a papá y a mamá.

Baja hasta el tercer subsuelo y se introduce en los conductos de las máquinas. Pronto encuentra la zona encargada del mantenimiento automático del sector del pueblo donde yace Madre. Sabe cómo desconectar las máquinas. Es lo primero que se le enseña al colono.

Joel no quería llevarles el tentáculo a sus papás, así que se lo ocultó a Madre lo más que pudo. Pero un día fue rodeado por los vecinos y obligado a llevar a su casa dos extremos de tentáculo. Se mira las manos. Con esas mismas manos, Joel los depositó en la garganta de papá y mamá. Después, segura del control total, Madre descartó a cada habitante de la colonia. Solo salvaron la vida seis ejemplares, que ella destinó a su servicio. Uno de aquellos esclavos había sido su papá.

De vuelta en la superficie, Joel pasa por el almacén general y se lleva una ampolla de plasma.

Se enfrenta a lo inevitable: Madre —cadáver aún— permanece envuelta en la manta, atada con la soga, y él debe decidirse.

¿Es necesario evitar que reviva? ¿Qué hará él, solo? Con salvarla, anularía todo dilema. Sí, pero... y si la dejara revivir, ¿qué sería del tributo a los padres?

Se calza de nuevo los guantes, corta la soga y desenvuelve a Madre. Le descorre el seguro a la ampolla de plasma antes de depositarla sobre ella y sale corriendo.

Subido al balcón de su antigua casa, viendo desde arriba a Madre, recibe un conocido pulso en la nuca, un latido que lo tensa. Aunque son síntomas de la vuelta a la vida, sabe que ya es tarde para Madre. La ampolla se abre y deja fluir el plasma, que se derrama sobre los restos. Él ve que un destello níveo contornea a Madre, que parpadea y se deshace y se expande y se licua. Pronto el calor llega a las mejillas de Joel: no solo a Madre ha diluido el plasma, sino también la zona sobre la que yace. Sobre la que yacía, por mejor decirlo.

—¡Papá y mamá —clama Joel al cielo—, ya han sido vengados!

No es bueno ver trabajar al plasma, pero él no puede evitar mirar y mirar y mirar.

Recostado en su antigua cama, las lágrimas se le vuelven llanto desolado. Se le abalanzan todos esos años en los que le pareció que dormía un sueño en cámara lenta, y entonces el niño que una vez fue se deshace en más llanto.

Recuerda los ojos de papá y mamá en la mañana siguiente a la noche en que les colocó el tentáculo, y se le parte el alma. Se mira las manos. Manos grandes, de adulto. Pero se siente como el chico que acaba de cumplir once años y se ha peleado con su papá.

Hasta que el cansancio lo vence.

Se despierta con hambre. Un hambre desconocida. No sabe qué le sucede, y se revuelve en la cama sin ganas de levantarse. Mira su piel, que le trasluce las venas. Al salir de la cama, nota que las piernas le pesan. Tampoco puede mover los brazos como está acostumbrado. Había pensado en ir a ver una película, pero recibe algo que lo paraliza, lo fulmina: *Madre* —resuenan varias voces en su cabeza— *tu alimento*.

Sale al balcón y ve a sus hermanos. ¿Lo llamaron «Madre» a él? ¿A él? Una sospecha lo hace ir hasta el baño y conectar el holoespejo: ya queda poco de Joel. La piel correosa, morada y de tintes verdosos de la cara, se parece demasiado a la de Madre. Algo le estuvo sucediendo mientras dormía, y si bien en un principio no lo comprendió, ahora toma conciencia de que está transformándose. Sí: está transformándose en Madre. ¿Él, al fin de cuentas, era un reaseguro si por alguna circunstancia ella moría definitivamente? ¿Por eso era él diferente a los demás, un intocable?

Baja al encuentro de los hermanos. ¿Cómo es que lograron salir del refugio por sí solos?

Madre —recibe de nuevo antes de abrir la puerta—. *Tu alimento*.

Apenas ellos lo distinguen, se abren las ropas y dejan al descubierto, sobresaliendo del vientre, un pequeño tentáculo con un orificio en la punta.

A Joel lo ataca un hambre irrefrenable: la primera comida como Madre. Entonces levanta la vista y ve los ojos apagados de papá. Y esos ojos apagados se vuelven vivaces en su memoria. Y recuerda cuando papá lo tomaba del hombro y le contaba que ellos eran colonos, y que luego de un gran sacrificio verían los beneficios.

—Todo lo hago por ti, Joel, por tu futuro.

Y aquí está ahora Joel, transformándose en Madre. Intuye que, si prueba el alimento, la conversión será definitiva. Entonces emite:

Aquí no me alimentaré, tengo un nuevo refugio.

Antes de montar la oruga, pasa nuevamente por el almacén y toma otra ampolla de plasma.

Una vez instalados en la oruga él y sus hermanos, poco a poco va recordando cómo se accionan los controles, hasta que pueden partir hacia la reducida zona que aún sobrevive virgen.

Ya en su destino final, Joel contempla la terraformación. Vendrán colonos, claro que sí, pero no serán él, ni su papá ni su mamá.

Madre —recibe otra vez—. *Tu alimento*.

No puede llorar siquiera.

Apenas le quedan fuerzas para quitar el seguro de la ampolla de plasma.

Empezó a escribir a los 48 años, pero recién a los 52 decidió dedicarse a la literatura. Gracias a un trabajo continuo y tenaz, Ricardo Germán Giorno se supera día a día.

Es miembro activo de varios talleres literarios. Ha publicado cuentos de ciencia ficción en AXXÓN, ALFA ERIDIANI, NGC 3660, LA IDEA FIJA, NM, y un libro propio de relatos Subyacente Inesperado y otros cuentos (Alumni, Buenos Aires, 2004).

Su cuento Pulsante apareció en la antología Desde el Taller y Parábola de la Yará en Cuentos de la Abadía de Carfax 2.

Los demonios de Pindauro

Carlos Pérez Jara
España

1



Ilustración: Duende

El Océano Bajo se extiende por el horizonte como una capa de aguas poco profundas, que oscilan entre el medio metro y el metro y medio de altura, y que por las noches se ilumina con los resplandores fosforescentes de las algas ácidas que habitan en su fondo arenoso. Es en esa franja acuosa de apariencia efímera donde se destilan los vapores y sortilegios de una vida inesperada, ya sea a través de los microorganismos que pululan el entorno fagocitando raíces, o por la bruma cálida que emana de esa vegetación subacuática y de la que surgen las extrañas nubes amorfas de Pindauro.

Nada hubiera alterado este paisaje único, sin una sola colina ni montaña que lo destaque ni lo diferencie, de no haber aparecido por el cielo sus primeros colonos. Pero a estas regiones tan silenciosas llegaron los iromitas o, mejor dicho, sus pálidos antecesores, hombres y mujeres desorientados que buscaban un planeta en el que asentarse, una verdadera tierra prometida. La causa por la que se establecieron allí ya casi nadie la recuerda ni la conoce en el fondo, pues hace siglos que la gigantesca *Onatis* aterrizó por alguna parte del hemisferio sur, no se sabe dónde. Lo cierto es que debieron caminar, y mucho, hasta darse cuenta de que aquellas aguas recubrían toda la superficie de un mundo que figura en varios archivos de exploración, pero que fue

ignorado durante largo tiempo por tantas y tantas corporaciones espaciales.

Desde hace centenares de años, Galea se levanta como una montaña sobre una llanura uniforme y eterna, y alrededor de la cual se extiende Maruma, la gran Ciudad Baja, construida sobre soportes de juncos subterráneos y rocas, una población pescadera y humilde que produce cartílagos de algas resacas y se alimenta de la fauna acuática autóctona. Abajo abundan las construcciones pequeñas de tejados oblongos, calles sinuosas y una red sin fin de canales, un laberinto de casas y pequeños templos de juncos y piedras bastas que exuda el vapor cálido y maloliente de sus rincones.

Los habitantes de Maruma son gentes duras y curtidas, de pieles morenas, que viven a unos dos metros por encima del nivel del agua y que practican sus cultos y devociones religiosas como una forma más de sus propias costumbres. Han crecido hasta envejecer y morir sabiendo que los sacerdotes existen desde siempre, que nadie debe fijarse nunca en ninguno de ellos, y que en ocasiones bajan a la ciudad inferior para llevarse así una ofrenda: un rito que se reproduce en la conciencia popular y que ha tomado el aura de un proceso inevitable. Podría decirse que ambas castas coexisten como podrían hacerlo dos especies animales distintas, condenadas a ignorarse mutuamente en el mismo territorio.

No hay ningún marumiano adulto que no tenga su propia *xhaptua*, una barca canoa con cuyo remo largo y fino va desplazándose a medida que apoya su pala en la tierra. En ciertos ceremoniales, cuando el sol de Alobe se oscurece, salen al Océano Bajo miles de canoas en busca de ciertos pequeños monstruos reptadores o de algas únicas de color naranja, un manjar de los dioses que se distribuye hacia las principales casas de contratación que los suben a Galea por medio de complejas grúas mecánicas. Aunque el planeta ha sido cartografiado en otra época, todo el mundo intuye que a nadie le conviene alejarse demasiado por el horizonte, a sabiendas de que luego tendrá que volver: lo llaman el mal del Océano... Muchos recuerdan y honran la memoria de ciertos seres queridos que se perdieron por la llanura sin fin de estos mares eternos.

Lo peor de caminar sin rumbo ni destino posible es que al fin caes en la cuenta de que en algún momento habrá que detenerse y morir de todas formas. En algún sitio habrá que descansar para que las fibras corrosivas de las algas conviertan tu cuerpo en un esqueleto petrificado cubierto de hongos grises, un risco abrupto y orgánico en medio de una superficie lisa, en apariencia inofensiva. Nunca imaginas adónde pueden llevarte tus propios pasos, como yo nunca creí posible recorrer solo aquel océano: al principio de mi *onumi* avanzaba en dirección este, por una pequeña depresión de piedras granulosas y blancas como la escarcha, venciendo a la resistencia del agua bajo una especie de impulso ciego. Sólo entonces empecé a recordar el día que me llevaron a la Ciudad Baja para convertirme en un iromita menor al servicio de los grandes señores.

Mi maestro de iniciación se llamaba Qerol, y era un individuo algo encorvado de ojos pequeños y voz ronca que trabajaba para nuestro clan familiar.

—Andas y miras como alguien que no ha estado nunca por aquí abajo —me dijo al descender a los dominios de la ciudad acuática—. Ellos se huelen a un aprendiz a leguas. ¡Se lo huelen! Vas a hacer que me maten, idiota, y no seríamos los primeros, ya lo sabes. Cada cogato mueren por lo menos dos o tres que lo intentan. Ninguna de tus madres shpes llorará la pérdida de un hijo tan débil.

Era cierto: nunca antes había pisado aquellas calles ni las estructuras de soportes con piedras y juncos que elevan los edificios por encima del agua espumosa. Por mucho tiempo que haya transcurrido o muy lejos que me encuentre, aún siento el hedor a orina reseca y humo aromático que emanaba de uno de los callejones del sur, en lo profundo de la noche en calma. Disfrazados con ropajes vulgares, íbamos por la ciudad en tinieblas como dos mendigos a la busca de algún alimento, de alguna limosna que llevarnos a nuestras bolsas de cuero húmedo. Cuando llegamos a la confluencia de dos calles separadas por un canal angosto ensuciado por la mugre y la basura, vimos a un hombre alto con andares algo erráticos, iluminado por el fuego de un farol curvo hecho con una raíz gigante de jadrug. Por su aspecto daba la impresión de estar borracho, o al menos de encontrarse indispuerto, pero en aquella confluencia se detuvo un segundo para decidir el nuevo camino.

—Ahora —dijo Querol con un susurro en nuestra lengua vernácula—. Tú eliges.

2

Las arenas del Océano suelen ser gruesas, de un color que varía entre el ocre y el blanco marfil. A veces encuentras orificios y oquedades de rocas oscuras por las que brotan burbujas que sacuden la superficie como si estuviese hirviendo, pero por lo general la tierra no presenta demasiadas irregularidades ni dunas demasiado altas como para sobresalir por encima del agua. A esas alturas de mi viaje solitario, no quería seguir recordando la noche de mi descenso a Maruma, pero en cierta forma era una escena que se repetía y se desarrollaba una y otra vez, aunque tratara de ocultarla con otras imágenes más antiguas o pudiera desvanecerla de golpe con otros recuerdos.

Ahora, al recoger del fondo una roca negra pensé en el cuocán, la gema del báculo sagrado de un iromita. Solo así pude trasladarme al día en que vi al primer sacerdote supremo de cerca, cuando era un niño: grande y pesado, caminaba con su bastón de liturgias acompañado de un eunuco gordo con una trenza que le llegaba hasta la cintura y en cuyo cinturón colgaba una pistola magnética. Mi madre de vientre shpe, Galima, me llevaba de la mano a un teatro de máscaras, cuando nos detuvimos mientras el sacerdote pasaba por la calle sin mirarnos.

—¿Por qué nos paramos, madre? —le dije.

—Es un hombre muy importante —me explicó—. Hay que detenerse siempre que pasa un hombre importante.

—¿Pero por qué? —le dije, ansioso, contemplando la figura oronda de aquel iromita que se alejaba despacio por un callejón—. ¿Por qué hay que detenerse?

—Porque sí —zanjó la cuestión mi madre de vientre, y me apretó sin querer la mano—. Siempre ha sido así. Debemos honrar a los iromitas, porque ellos son los señores de este planeta.

A los niños como yo nos educaban en viejos y robustos edificios llamados Salones o Casas, y donde se nos instruía según medias verdades sobre el universo y la historia aparente de Galea. Sobre todo nos enseñaban cálculos matemáticos y cantos religiosos, además de ciertas nociones de lengua secreta. Nuestros instructores, viejos siervos de los sacerdotes en otras épocas, nos comunicaban a menudo el hecho de que sólo los más aptos podrían ser iromitas por méritos propios. A las niñas las iban educando con exigencia en los Panales, una red de cámaras donde también eran adiestradas sobre conocimientos lingüísticos y otros aspectos cuya naturaleza desconozco porque nunca me fueron revelados.

A veces, mis compañeros de generación y yo salíamos para jugar en los jardines de recreo, poblados de plantas y flores importadas de otras colonias y desde donde era posible distinguir el Océano Bajo en su plenitud centelleante, salpicado por los millones de algas acuáticas que dan vida a Pindauro. En ocasiones coincidíamos con algunas de esas niñas, custodiadas por shpes rigurosas y suspicaces y guardianes jóvenes a sus órdenes que las llevaban como si fueran rebaños. Fue en uno de esos rincones donde conocí a Orlee, una adolescente varios años mayor que yo y a la que me encontré un día entre unos arbustos, desnuda, debajo de un hombre de espalda ancha y verrugosa. Nunca antes la había visto, pero durante varios segundos no pude moverme. Orlee me miró mientras el gordo que tenía encima se agitaba resoplando, y por un instante me di cuenta de que me sonreía. Entonces me fui corriendo sin volver la mirada.

Tuve varios hermanos de las otras shpes de mi clan, pero todos eran mayores y habían elegido destinos y vidas muy diferentes de la mía, que aún estaba por construirse. El mayor, Ilatre, era ya un iromita de servicios cuando yo apenas había cumplido los cinco años; en toda nuestra casa se celebraba la hazaña de haber bajado a Maruma con la daga ritual y haber vuelto convertido en un sacerdote menor, de rango bajo, un iromita por derecho de sangre. Nuestro padre común, un contratista llamado Alimeno, era ya un hombre casi anciano cuando fui lo bastante mayor como para comprender sus historias.

—Tu hermano vive en el recinto, con los señores —me decía—. Tú también puedes ser uno de ellos, algún día, si te reclaman. ¿Qué opinas, eh?

—Sí, gran padre —le contestaba, y él ponía su mano enorme y rugosa sobre mi cabeza.

Al hacerme algo mayor, y ya en los últimos años de la instrucción en los Salones, Qerol se hizo cargo de mi futuro. Había trabajado para nuestro clan durante mucho tiempo, y presumía de haber instruido a Ilatre en su ceremonia de consagración

definitiva. Estaba algo cojo de una pierna, y farfullaba maldiciones cuando era absorbido por alguna meditación oportuna.

—Puedes hacerme sentir orgulloso o darme vergüenza —me espetaba con su voz severa y rota—. Tú eliges. De momento serás poco más que mi criado. Así lo quiere tu gran padre.

Leí mucho bajo su instrucción, y aprendí muchas otras cosas sobre nuestras normas y ritos. Tenía una pequeña corte de doncellas a su disposición además de un escribano sin lengua llamado Cliüp, un individuo que, al parecer, había sido encontrado de pequeño en una cápsula flotante y perdida fuera de nuestro sistema solar. A veces Qerol se emborrachaba en una cantina de portadores, y volvía melancólico a nuestra casa para contarme entre risas y lágrimas que todo era una gran mentira, una farsa, que los iromitas eran como los *sinds*, esos bichos bicéfalos marinos que roen las algas y secan hasta la devastación algunas regiones de Pindauro. Al día siguiente no recordaba haber dicho nada anómalo, pero un rasgo de pesar cruzaba su rostro como un estigma. De cualquier modo, siempre se guardaba mucho de no decir demasiado delante de alguna de mis shpes.

Por las calles de granito de Galea pasaban a veces carrozas metálicas soportadas por androides silenciosos y en cuyo interior, protegidas por capuchas y velos de seda, iban las urbacalas o sacerdotisas del gran santuario. Así como los aprendices observábamos a los habitantes de Maruma como a insectos marinos, ellas debieron vernos siempre desde una distancia basada en las virtudes de sus rangos sacerdotales; en ocasiones mandaban detener el vehículo hasta colocarlo sobre el suelo mientras veían por los intersticios de una cortina a quienes formábamos parte de su ciudad superior. Nadie podía detenerse ni mirarlas, o al menos intentar apreciar su figura detrás de los tejidos, bajo pena de ser ejecutado sin demora: los restos mortales de quien atraviesa ciertas fronteras y leyes no escritas se arrojan desde alguna *qibala* mayor hacia el Océano.

3

Sentado de rodillas sobre la arena, ahora removía el agua con las manos para percibir los fulgores de Alobe en su apogeo.

—Maestro —susurraba con frecuencia—. Lo siento, maestro...

Durante varios años, no muchos en una vida completa pero bastantes para un niño o un adolescente, acudí a los templos de Rotamar donde se hacían cultos a los dioses miróticos, las formas que habitan debajo del agua escasa que cubre Pindauro. A veces nos reuníamos los antiguos alumnos de algún Salón cualquiera; ya más crecidos, nos desafiábamos en peleas en círculos, hasta que el perdedor levantaba una mano para pedir clemencia. Si pasaba una carroza urbacala debíamos tirarnos a la tierra y pegar nuestras frentes a las baldosas en señal de respeto. Querol, como tantos otros

portadores, me vigilaba taciturno desde alguna terraza.

Pero sin duda uno de los acontecimientos más extraordinarios para nosotros era el de la llegada de alguna nave. Por lo general eran cargueros pequeños que atravesaban la atmósfera quebrando el silencio con un sonido atronador, y que se acercaban a la única población humana conocida en los mapas: era ésa una ocasión especial para ver, aunque fuese a lo lejos, a verdaderos iromitas con sus báculos, aproximándose a las plazas de aterrizaje junto con sus siervos. Desde el nivel de piedra en el que habitábamos con nuestros portadores, podíamos distinguir grupos enteros de aquella casta inmemorial, recibiendo a los mercaderes de otro mundo con ofrendas.

A Orlee no volví a verla hasta pasado cierto tiempo. Durante una ceremonia religiosa en el templo de Prutah, la encontré con otras de sus compañeras, ataviada con túnicas de colores, un collar de piedras marinas y una cola en el pelo recogida con cristales de roca profunda de fulgor esmeralda. Estaba situada en una terraza interior, y daba la sensación de no haberme visto entre la multitud pero, cuando los fieles íbamos saliendo por las puertas de bronce, alguien me detuvo en seco. Era un hombre moreno y muy alto que llevaba una pistola de ondas en el cinto y un signo grabado en el pecho de su traje amarillo y azul.

—¿Adónde crees que vas? —dijo una voz dulce pero maliciosa. Orlee apareció detrás de aquel coloso junto a varias de sus amigas.

—A mi casa —respondí envalentonado por aquella arrogancia. Orlee era más alta que yo. Con el maquillaje pálido y los ojos fundidos en una pintura negra hecha con alguna grasa vegetal, Orlee era la criatura más hermosa de Galea, al menos a mis ojos, algo que ella percibió enseguida, o que supo ya desde el primer momento.

—¿Cómo te llamas, crío? —instó el criado y me agarró por la solapa—. Responde a Orlee, urbacala del segundo flujo.

—Déjalo, Manú —dijo divertida, mientras sus amigas se reían de mi enfado—. ¿No ves que es un niño?

—¡No soy ningún niño! —dije furioso, y me revolví para zafarme del hombre. No podía creer que aquella joven fuera una urbacala de verdad y no viajase en una carroza protegida.

—Tus shpes son encantadoras —reveló Orlee jugueteando con su collar—. Y tu gran padre es un semental, aunque ya se ha hecho muy viejo. Tú eres su último hijo, ¿no?

—¿Cómo sabes... eso? —le dije, ingenuamente.

Orlee lanzó una carcajada divertida, acompañada por las risas juveniles de sus amigas, también hermosas.

—Pobrecito... nosotras, las urbacalas, lo sabemos todo —dijo al fin, y entornó sus ojos verdes—. Sabemos cuándo nos espían, y cuándo no. Sabemos lo que tenemos que hacer con los mirones, por ejemplo. ¿Qué vas a ser de mayor, eh? ¿Un iromita, o un portador de esos que bajan a negociar con los pescaderos?

—¡Eso no te importa! —grité, y salí corriendo por entre la gente que se agolpaba

en aquel sitio. Detrás de mí pude escuchar las risas de las muchachas. Esa misma noche no pude dormir pensando en el rango de Orlee, y en la forma en que le había hablado. Una urbacala era una sacerdotisa sagrada, y casi nadie podía mirarla a los ojos sin su permiso especial.

—Estoy perdido —me dije.

4

Al atardecer, un resplandor oleaginoso tiñe los mares como si fueran de bronce líquido. Algunas brisas esporádicas producen pequeñas olas que no encuentran nunca una orilla para invadirla, y que se pierden en la distancia como peregrinos errantes. Al fin te levantas y sigues caminando, como si tuvieras una conciencia nítida de dirigirte hacia un punto concreto para descubrir una isla única en el mundo, o una ciudad desconocida lejos de la tuya propia. Con lentitud, notando la resistencia del agua en mis rodillas, deambulaba queriendo volver a otros instantes acaso más felices, pero era inútil: una vez más, apretaba la daga de consagración con la mirada nebulosa, como si ya no viera a un hombre sino a una forma humanoide que se iba acercando a nosotros.

—No pude... evitarlo —recuerdo que decía, recordando una y otra vez el mismo momento.

Al cumplir cierta edad, mi gran padre me entregó a una doncella para hacerme un hombre; luego me dio un *kualap*, un talismán que me otorgaba ciertos privilegios para poder acceder por las noches a algunas zonas del recinto sagrado que en la infancia habían estado prohibidas, una compleja estructura de desniveles de piedra porosa, erosionada por el viento. Según la tradición, había colgados algunos odres ocultos en ciertos lugares: quien los encontraba tendría la opción misma de descender con su portador a Maruma en busca de su consagración de sangre.

Así paseaba por entre los muros de casas antiguas, muchas abandonadas, de un barrio donde antaño habían vivido algunas elites luego caídas en decadencia. En muchas de sus columnas había formas grabadas de *irlons*, los legendarios demonios marinos de Pindauro, con sus rostros grotescos y burlones mirándome al pasar. Mi búsqueda no era exhaustiva sino más bien errática; no tenía pensado convertirme en un iromita ni servir a la gloria de mi clan en un futuro. En realidad, no tenía pensado nada en aquella época, y apenas me dejaba arrastrar por la corriente de las tradiciones. Ya casi había olvidado el percance con Orlee, la urbacala secreta (a quien no había vuelto a ver desde entonces), y casi sentía una mayor atracción hacia Maruma y sus fiestas marinas, su ruidoso pueblo costero y sus canales llenos de bullicio y humo, que hacia la estructura monolítica de Galea y sus ritos ancestrales.

El *kualap* me salvaba de ser aniquilado por alguno de los guardias nocturnos que había dispersos en cada esquina, algunos con armas tecnológicas de largo alcance, sin

duda obtenidas de los intercambios mercantiles con colonias de otros mundos. Desde alguna terraza de rocas se adivinaba la presencia oscura de algún observador solitario, un sacerdote insomne o una urbacala soñadora: ¿sería Orlee alguna de esas sombras?

Una noche, recorrí el perímetro de cierta muralla antigua con la esperanza de encontrar algo asombroso cuando casi me di de bruces con un antiguo compañero del pabellón de los redactores.

—¿Qué haces aquí? —me dijo. Era un adolescente alto y fuerte que siempre hablaba de recorrer el planeta a pie, lo nunca hecho por nadie.

—¿Y tú? ¿Lo has encontrado? —le respondí sonriente, casi feliz de encontrarnos en aquel sitio que para muchos había adquirido durante años un aura mágica; entonces, iba a abrazarlo como a un hermano de mi propio clan, cuando me golpeó con su puño en la nariz. Enseguida estaba en el suelo, confuso y sangrante, sin apenas poder reaccionar de ningún modo.

—Desaparece —dijo, y se alejó por otro lado de la muralla.

Desde aquella noche supe que había otros jóvenes como yo, que erraban por la ciudadela mayor como perros curiosos que olfatean rastros perdidos y que ven en uno de su misma casta a un competidor futuro, un posible adversario para conseguir los méritos de hacerse un iromita. No todos podrían lograrlo, y quizá ese pensamiento fue bastante como para dejarme claro lo que podría ocurrir si volvíamos a encontrarnos por casualidad. Cuando se lo dije a Qerol arrugó la nariz con un gesto despectivo.

—Eres un débil. Para ser iromita tienes que ser fuerte, como ese chico. O ellos o tú. Tú eliges.

A partir de entonces fui más cauto en mis rondas nocturnas por el recinto mayor en busca del odre, y a veces me agazapaba desde alguna ruina para estar seguro de que nadie me estaba vigilando. Una noche de lluvia, envuelto por una capa gruesa, subí los escalones prohibidos del templo mayor de Galea. Los guardias no parecieron inmutarse al pasar junto a ellos, pero entre las matas laterales de una especie de planta importada de otro planeta, vi a un joven más pequeño que yo, escondido y asustado. Llevaba también un talismán como el mío, pero su rostro, sus facciones añidadas y sus ojos frágiles eran los de una pobre criatura a la que hubiesen obligado a dirigirse hacia allí para probar su valor. Sin pensarlo lo agarré de la túnica.

—Por favor —gimió, y miró de reojo a los centinelas inmóviles. Su figura desvalida, de la que destacaban unos mofletes carnosos y unos ojos grandes y lastimeros llenos de lágrimas, hubiera llevado a la piedad a cualquiera que los juzgase con un mínimo de misericordia; por eso podía haberle soltado e ignorarlo, de la misma forma en que tantas veces había pensado hacerlo si me encontraba a uno de mi misma sangre. Pero un impulso ciego y primario me llenó de desprecio hacia esa debilidad suya que tanto repudiaba el maestro Qerol en la mía propia. Supongo que por eso lo empujé con violencia por los escalones, y mientras rodaba, hiriéndose con los bordes de las piedras, supe que yo podría ser un iromita, como mi hermano. Que

Qerol tenía razón, que aquel mundo había sido construido por hombres fuertes, y que sobre la base de aquel privilegio, sus sucesores vivían ahora en Galea y no abajo, con los mercaderes apestosos ni los barqueros errantes.

Es extraña y enigmática esa secreta violencia que parece existir dentro de cada uno de nosotros mismos, no importa donde vivamos, ni lo lejos que podamos desplazarnos por las estrellas: un hombre sigue siendo el mismo en cualquier parte. Sólo ahora noto una punzada dolorosa cuando veo el rostro inerme del muchacho, sin que nadie lo ayude a levantarse, quizá herido, o quizá muerto.

5

La primera noche fuera de mi entorno se extendió eterna bajo un completo silencio, iluminada por las algas y las estrellas y algunas de las lunas menores de Pindauro. Como aún no me sentía demasiado débil, aproveché para recorrer una zona especialmente baja de la llanura, donde el agua cubría un poco por debajo de los muslos. ¿Habría sido aquel niño mi primera víctima involuntaria?, pensé. Absorto, pronto me vi una vez más en la ciudad de los canales bajos, en esa noche eterna que siempre se repite y nunca se acaba totalmente; ese origen de mis futuras desgracias.

—Te fallé... —decía a solas, hablando conmigo mismo.

Unos cinco días antes de la prueba definitiva, se habían celebrado ritos y ceremonias privadas para favorecer mi descenso a Maruma. Mi shpe de vientre me entregó la daga que mi hermano había usado en otra ocasión y que lo había conducido a los recintos azules de la zona alta; en cambio, mis otras madres me ofrecieron consejos y ofrendas para darme coraje. Mi viejo padre Alimeno me habló durante horas del servicio de nuestro clan a la causa de los iromitas mayores. Carcomido por una enfermedad respiratoria, estaba medio postrado en su cama rodeado de cojines de seda cuando me habló del Océano Bajo.

—Está ahí, siempre está con nosotros. Nos rodea por todas partes y, sin embargo, no es profundo. Su agua nos da la vida y también nos la quita, y nunca tiene fin.

Ignoraba que estuviera citando a un poeta espacial de otro siglo, pero no comprendí bien su significado.

—¿Cómo diste con el odre? —me preguntó al fin.

—Estaba entre las ramas de un árbol, padre —dije, y evoqué aquella noche, después de muchas otras noches solitarias, en que lo vi, aquel bulto negro colgado en la copa de un hermoso pciolo del Jardín de los Marsulantes. Me sorprendió encontrarlo porque ni siquiera entonces tuve la impresión de haberlo buscado realmente, de haber ansiado conseguirlo para disponerlo en mi clan. Estaba satisfecho con mi existencia apacible, con la cálida Dalonua en mi cama y mis servicios de escriba a las órdenes de Qerol, y desde luego no tenía intención de recluirme en el recinto enigmático de los iromitas para engordar como el sacerdote de mi infancia y

recibir naves espaciales con un báculo. Pero de la misma forma en que había encontrado a Orlee entre los arbustos, vi el odre de prueba en el árbol.

—Todos buscaban abajo y tú miraste arriba. Muy bien —sonrió y luego, con los ojos algo vidriosos, añadió enseguida—. Ahora ya no hay vuelta atrás, tendrás que elegir. Tu hermano lo logró, y tú eres también mi hijo, no lo olvides.

Me arrodillé junto a su cama, con la voz quebrada, como queriendo decir que no había encontrado aquel odre, o que, algo peor, nunca había querido encontrarlo: ni siquiera sabía por qué me presenté en la casa con aquella piel pegajosa en la mano.

—Pero padre, no quiero abandonar la casa, el clan —dije, como si aún fuera un niño.

—Ahí afuera los jóvenes como tú se matan por un odre como el tuyo. Quieren ser lo más alto que se puede ser en este planeta. Un verdadero señor de Pindauro. ¿Quieres decirme que prefieres vivir aquí, indigno de todo rango o prestigio mayor?

—No, padre —murmuré y para no decepcionarlo le miré a los ojos—. Elijo el rito... la consagración.

Después de todo, era posible que no fuese la primera vez que hubiera matado a alguien. Pero el rito de consagración era algo más que un rito; era la forma en que los aprendices de cualquier clan optaban por convertirse en verdaderos iromitas, o eso nos habían dicho casi desde la cuna. Según las crónicas antiguas, la elección arbitraria de una víctima anónima daba a esa prueba un sentido sagrado, único, un valor supremo más allá de las apariencias. Sin embargo, los marumianos conocían desde hace siglos estas incursiones nocturnas. Habían encontrado cadáveres sin orejas en callejones apestosos o flotando en algún canal secundario, pero a veces también daban con los cuerpos de hombres y jóvenes de Galea que fracasaron en su ceremonia: Maruma los absorbía entonces con el mismo silencio con el que habían venido, y ningún gran señor de la ciudad de arriba los reclamaba jamás para su incineración y la liturgia fúnebre. Al fin y al cabo, formaba parte de alguna especie de pacto o consenso secreto entre ambas castas, y nadie de arriba ni aún menos de abajo, poseía el menor derecho de infringirlo o cuestionarlo apelando a otras razones.

Durante aquellas jornadas anteriores a mi descenso iba por las calles de Galea con el odre colgando de mi espalda y un traje negro y rojo que me señalaba como un inminente aglegai o iniciado. Las gentes me miraban de reojo, tal y como habíamos visto a otros como yo en el pasado, pero muy pocos se atrevían a decir nada sobre mi empresa, ni siquiera los viejos amigos: así estaba escrito por las leyes y las tradiciones después de todo. Iba con Qerol a ciertos templetos a rogar por la buena fortuna de mi incursión destructora y por un futuro próspero para mi clan, mis madres shpes y mi gran padre, anciano y enfermo. A veces llegaba solo a alguna capilla marina, recubierta de algas fósiles, y en cuyo interior algún sacerdote viejo o medio ciego ofrecía cultos y sacrificios animales envuelto en humos olorosos. Una tarde, mientras buscaba la manera de poder alegar alguna excusa válida que me eximiera de mis obligaciones de sangre o al menos las retrasara de algún modo, salí de uno de

aqueellos edificios cuando vi la figura de una muchacha muy joven, casi una niña, que parecía esperarme al otro lado de la calle.

—Señor —dijo con gesto tímido, y me entregó una llave de bronce—. Esto es para usted, señor.

Me llamó la atención que aquella cría me llamase con tanto respeto. Era rubia y muy delgada, y presentaba una mancha gris que cubría la cuenca de su ojo derecho.

—¿Qué es esto? —le dije.

—Me lo ha dado una mujer, señor, pero no sé nada más, se lo juro.

—¿Una llave?

—La Casa Sigma del barrio de los portadores, señor. Eso me dijo.

Y dicho aquello se alejó deprisa.

En el barrio de los portadores sólo había hombres de confianza de los padres de clanes más poderosos y doncellas rituales de placer cuyos hijos prohibidos solían ser reciclados como nuevos siervos o esclavos sexuales de otros mundos. Por un momento tuve el deseo inconsciente de arrojar la llave por el alcantarillado y olvidarme de aquella posible pantomima. Vestido con aquel traje era como un reclamo para hombres que pudieran verme como un competidor; no sería la primera vez que asesinaran a uno como yo en Galea, víctima de sus propios «hermanos». En la llave había inscrito un signo muy semejante al de una casa de placeres cualquiera: esa misma noche, guiado por un instinto ciego, me interné por las callejas del barrio hasta alcanzar la Casa Sigma, coronada por una cúpula cubierta de mosaicos de teselas brillantes. Metí la llave y, tras girarla varias veces, la hoja cedió con lentitud.

El interior estaba iluminado con faroles antiguos y de las paredes pendían festones y bandas de colores de seda pura. Tras un vestíbulo grande accedí a una sala sofocada por un humo aromático como el de los temples y con una zona llena de cojines y peceras con pequeñas criaturas del Océano Bajo que daban vueltas encerradas en sus cristales. Medio tumbada, enseñando sus pechos erectos y con las piernas algo abiertas, ella volvió a sonreírme:

—Sabía que vendrías a estas horas.

6

La aurora de Pindauro genera una constelación de colores pálidos que ondulan sobre el horizonte inmóvil en vetas suaves y fantasmagóricas. Con la claridad tierna del amanecer es posible distinguir una gasa humeante de vapores que desprenden millones de filamentos procedentes de algas erectas que luego acaban por desparramarse exangües sobre la superficie o recluirse en el fondo en busca de ciertas bacterias necesarias. Por esas horas había decidido detenerme, algo que hacía cada poco tiempo para no caer en la desesperación o en el delirio.

Reflejado en las aguas tibias, vi el gesto obsceno de Orlee. Aquello sucedió

apenas dos noches antes de mi consagración de sangre. Dos noches antes de que todo cambiara, recordé con un rastro de culpa que nunca desaparece. Mi padre, el odre, la tradición; todo me había llevado hasta aquel rincón apestoso de Maruma, junto a la raíz gigante de jadrug. Qerol seguía a mi lado pero sin mirarme.

—Tú eliges —me repitió.

—¿Ahora?

Sin darme cuenta, había apretado la daga en la mano, por debajo de la túnica sucia. Por alguna razón, me invadió una compasión inesperada hacia aquel pobre infeliz, de manera que iba a hacerle un gesto a mi instructor para que siguiéramos adelante cuando el individuo nos vio, aún inseguro, y se fue acercando despacio.

—¡Eh, amigos! —dijo con un acento extraño, y levantó la mano con una sonrisa.

—No lo pienses más —me instó Qerol, mirándome de reojo.

El extraño ya estaba a pocos metros, y casi podía reconocer sus facciones blandas y su nariz protuberante, el signo desconocido en la solapa de su traje exótico.

—Maestro —susurré, con la intención de rogarle que nos fuéramos. Pero cuanto más deseo tenía de irme y seguir buscando a la víctima oportuna, menos posibilidades albergaba de hacerlo.

—Ahora —masculló Qerol furioso—. Vamos, idiota. Sácala. ¡Vamos!

—¡Amigos! —dijo el borracho—. ¡No se vayan!

Y me agarró del hombro sin que pudiese impedirlo. Qerol se apartó unos metros con la mirada oscura.

—Recuerda a tu hermano —me dijo en la lengua secreta de Galea—. ¡Ahora!

Como aquel día delante del siervo de Orlee, apenas encontraba fuerzas como para huir de aquello, vigilado por el portador de mi clan, el hombre que daría testimonio riguroso de mi consagración o mi ruina.

—Yo... —dije, inseguro.

—Me he perdido un poco... —murmuró aquel borracho con una sonrisa estúpida y sin soltarme de la muñeca.

—Un poco —añadió.

Mi mano derecha estaba entonces escondida debajo de la capa, apretando la daga ritual y sin tampoco poder soltarla. Retrocedí dos pasos, pero el borracho se echó encima propagando un apestoso efluvio que salía de su boca.

—¡Suéltame! —grité, y miré al fondo del canal sombrío. Qerol estaba muy cerca, hablándome de ese desgraciado como si ya estuviese muerto, pero no podía verle, había desaparecido en una bruma completa. Sólo quedaba yo y aquel extraño que me miraba como a un colega o a un cómplice de fiestas.

—¿Puede ayudarme... amigo?

Mi mano desobedeció la orden de permanecer debajo de la capa sucia y salió con una hoja resplandeciente.

—Ehh —dijo el borracho y me agarró con las dos manos por la solapa.

—¡Te ayudo con su cadáver! —dijo Qerol— ¡Pero hazlo ya! ¡Hazlo!

De pronto el infeliz se detuvo, mirando hacia su pecho. Incrédulo, retrocedió soltándome despacio.

—Hijo... de puta —murmuró, y levantó la mirada con una mano aferrada al mango de la daga que tenía hundida. Entonces me quedé inmóvil, mientras Qerol seguía hablándome en una lengua que parecía haberse hecho incomprensible y el tiempo se dilataba tanto que pude fijarme en las variaciones del rostro de aquel hombre a quien había herido. Sin esperarlo, algo me golpeó en el hombro, como un fogonazo, y caí de espaldas: tambaleante, el borracho sujetaba una pistola magnética. Luego todo ocurrió muy deprisa, y vi el forcejeo de Qerol con el moribundo, que pese a su herida era más fuerte de lo que podía haber imaginado.

—¡Ayúdame! —gritó mi maestro de iniciación—. ¡Idiota!

Pero no podía moverme, y las piernas me fallaban tanto que no me era posible levantarme. Al fin distinguí otro fogonazo, un grito y un cuerpo al caer al agua del canal. Cuando me levanté vi a Qerol en el suelo, con una gran herida en el estómago. A lo lejos se escuchaban los ladridos de los perros salvajes.

—Vamos —gimió—. Tienes que sacarme de aquí... Tenemos que subir. Cuanto antes...

Cuando era muy pequeño había tenido grandes deseos de viajar más allá de los contornos circulares de Galea, conocer llanuras y simas donde nadie hubiese llegado nunca, ningún viajero ni comerciante.

—El mar de este mundo no es lo que parece —me había contado Celiana, una de mis madres shpes, la mayor de todas y la primera mujer de vínculo de mi gran padre. Estábamos en una de las *qibalas* o miradores que dan al Océano. Las hebras canosas de Celiana se sacudían en el viento.

—Pero yo quiero ir —le dije, obstinado. Celiana me miró con un brillo triste en sus ojos.

—No pidas lo que puedan darte, hijo mío.

Muchos años después, cuando caminaba bajo el sol de Alobe sobre mis hombros marcados, comprendí el sentido de aquellas palabras. Durante tantas y tantas horas estuve rememorando escenas del pasado más antiguo o del más reciente, momentos que habían tenido para mí alguna importancia o que simplemente se aferraban a mi memoria como costras resacas: el día que vi al primer iromita supremo; el crepúsculo en calma en la terraza de la casa paterna, rodeado por mis madres shpes y junto a un niño de mi casta; la noche de mi descenso de sangre, el odre colgado en el árbol como un enigma o aquella nave que aterrizó sobre la plataforma del recinto sagrado en busca de venganza. Eran fragmentos, esquirlas, trozos desaparejos e inconexos de mi vida en Galea y de los sueños y frustraciones que había arrastrado conmigo.

La sensación de encontrarme abajo, con las botas hundidas en la arena de Pindauro, era indescriptible, hermosa y aterradora al mismo tiempo. Pensé en el principio de mi viaje sin rumbo, de mi *onumi*, cuando tropezaba con algunas algas del fondo o incluso caía de bruces por algún desnivel del terreno. Pero luego el paso de

mi marcha fue más seguro, invadido por una luz cálida y benefactora descompuesta en miles de haces vibrátiles. El Océano Bajo parecía invitarme a que siguiera alejándome de la ciudad-doble y sus contornos, y justo cuando me giré pude verla en la distancia, las casitas y templetos humeantes de Maruma rodeando la montaña de piedra de Galea.

Durante un buen trecho del segundo día el agua me llegó a la cintura, pero casi nunca tanto como para que sentirme en peligro de ahogo. Un marumiano pasó con su *xhaptua* mientras me observaba sin decir nada, consciente de mi situación y mi destino y del castigo que recaería sobre él y su familia en caso de facilitarme alguna ayuda. La piel me quemaba hacia el atardecer, cuando Alobe se hundió en esa capa infinita y plácida de los mares mudos de este planeta; por aquellas horas estaba tan cansado que tuve que detenerme y sentarme de rodillas. Galea era ya un montículo gris en el horizonte, apenas una mancha difusa. Nunca me había fijado en la descomposición de colores que se destila en el crepúsculo de Pindauro, esa gama de rosas y añiles que cruzan la atmósfera como pinturas evanescentes. Desde abajo, todo me pareció muy distinto de lo que había contemplado tantas veces desde mi ciudad, en alguno de sus miradores.

Ahora, en la segunda noche de mi *onumi* en el Océano, y como si estuviese entonando algún canto de meditación profundo, continuaba de rodillas, medio desnudo y abatido por la fatiga prolongada. Algo me pasó rozando por la cintura: una criatura escurridiza que nadaba a ras del suelo y que pronto se perdió en la oscuridad por una depresión sin algas. Cerré los párpados y seguí recordando a Orlee y su influjo poderoso, el olor de su piel suave y de su sexo, la sensualidad de su vientre plano y sus pechos respingones, pero sobre todo sus ojos verdes, grandes y hechiceros. Una joven como ella, que debía de tener a sus pies a decenas de hombres, se había encaprichado con un pobre tonto como yo, un muchacho vacilante al que habían conducido hasta aquellas regiones desoladas del mundo como ejemplo y objeto oportuno de tantas culpas.

En mitad de las tinieblas, al abrir de nuevo los ojos, me descubrí iluminado por los resplandores de las algas fosforescentes.

7

Los edromanés son seres translúcidos y escamosos que cruzan el hemisferio sur en grandes bandos en busca de alimentos. Acuden a decenas cuando distinguen algo que se mueve o perturba las partículas que flotan suspendidas en las aguas medias, como es el caso de alguien que camina con lentitud por el fondo. A veces pueden llevarse horas y horas siguiendo a una posible presa abatida por el hambre, una víctima de su infortunio que se agita desesperada al principio y que los aparta bruscamente hasta que se dispersan con un movimiento sinuoso y rápido. Pero luego algunos vuelven

con curiosidad, y más tarde un nuevo grupo acechador rodea al animal exhausto o al pobre viajero errante, ya sin fuerzas, como si intuyeran su final definitivo y sólo esperaran la ocasión oportuna para convertirse en dueños de su cadáver.

—Maestro —dije, y pensé en los mitrobis, los escribas de Salón que aguardaban afuera de la cámara fúnebre, a la espera de poder recibir las pertenencias de su antiguo compañero.

Qerol murió dos días más tarde de nuestro descenso. Durante su agonía sin descanso farfullaba palabras incomprensibles unidas a breves monólogos de disculpa dirigidos a mi gran padre por haberle fallado. Luego entró en un estado de trance que ni los médicos del recinto pudieron subsanar con sus cápsulas de sustancias milagrosas venidas de otros sistemas solares, y cerró los ojos para siempre al amanecer del tercer día.

—Será mejor que lo sepas —me reveló mi madre de carne durante la ceremonia de su incineración, cuando vertieron sus cenizas por el gran agujero circular que hay en el interior de la montaña de bloques de piedra que sostienen Galea—. Ese hombre...

—Nunca debió estar ahí —le dije, obstinado, recordando aquella breve pelea junto al canal al que fue a precipitarse finalmente.

—Ni tú tampoco, hijo mío. Tengo un mal eptú, como decimos nosotras, las madres *shpes*.

—¿Cómo iba a saber que llevaba una pistola magnética? Los marumianos no tienen esas cosas... y además iba borracho. No lo esperábamos.

—Ese hombre —continuó mi madre sin mirarme, ataviada con el velo rojo de la discreción y mientras veíamos volcar el cuenco sobre el abismo— no estaba solo. Y tampoco era un marumiano, como puedes imaginarte.

—¿Nos vio alguien? —le dije, y recordé su gesto mientras portaba la pistola.

—No, no creo. Alguien estuvo buscando hasta que dieron con el cuerpo. Ya sabes que abajo la gente no hace muchas preguntas, saben lo que les conviene. Pero este hombre no era de los suyos.

—¿Un extranjero?

—Un diplomado, según cuentan. No sé de dónde venían, pero por alguna razón ha averiguado el ritual y reclama justicia. Es un individuo muy influyente en el comercio, él y su difunto compañero llevaban varias semanas abajo.

—Nuestra justicia es más fuerte, madre.

—No debes creerlo, hijo. Dicen que ha montado en su nave junto con otros delegados, algunos viven aquí como residentes, y que volverá buscando al culpable. Tu gran padre está enfermo, ya lo sabes, pero nosotras podemos tener alguna influencia sobre la iromitacia. Entregaremos la cabeza de algún desgraciado, les daremos un culpable y se irán satisfechos.

—Satisfechos —murmuré bastante tiempo después, mientras veía amanecer de nuevo por el horizonte: los reflejos de Alobe sobre las aguas me proporcionaron una

calma profunda, como la de un condenado que sabe que va a morir pero lo acepta igualmente, con una especie de tranquila mansedumbre, de aceptación hacia lo que sucede o sucederá en adelante. Intentaba distinguir el instante en que los demonios de ese mundo me habían lanzado hacia el *onumi*, ese posible error de partida, pero no lo encontraba. Había sido un niño de rango medio como tantos otros niños de Galea, instruidos por maestros censores y madres rigurosas que nos enseñaban la virtud de pertenecer a las castas supremas.

Con algo de dolor en las articulaciones, ahora me puse en pie, ya descalzo: con la luz solar, los millones de destellos de las algas de Pindauro se habían apagado para darse cita a la siguiente noche. Las arenas del suelo eran ahora un poco más compactas, endurecidas, y las piedras granuladas formaban suaves y fantásticas crestas por el fondo, como tatuajes exóticos sobre la piel del planeta, visibles gracias a la transparencia del agua. A veces bebía un poco con las dos manos, y luego continuaba caminando con el escozor de una quemadura solar sobre mis hombros y mi espalda. Había avanzado tanto hacia el este que ya no se veía Galea, ni el perfil bajo de Maruma a lo lejos; de hecho, ningún residuo humano afloraba por ningún sitio. Yo era el único vestigio de una raza decadente, que huía hacia delante sin ninguna finalidad concreta.

El nivel del Océano subía apenas unos centímetros para luego descender poco a poco hasta las rodillas, en una llanura imposible de describir con las palabras de mi lengua, pero que emanaba una sensación de soledad aterradora. Lejos de la ciudad-doble, de cualquier *xhaptua* de algún pescador intrépido, Pindauro se representaba como un paisaje inmutable en cuyas formas habitó desde su origen un principio de locura. Entonces supe el posible destino que podría haberle aguardado a tantos otros como yo antes de desaparecer debajo de las aguas por voluntad propia; ese delirio consumado por tantas horas rumiando la desesperación mezclada con algunos destellos de esperanza ilusoria. Alobe ejercía desde arriba otro castigo, una luz y un calor cruel sobre mis músculos y huesos, sobre una carne indefensa que buscaba en vano un sitio en el que refugiarse.

8

Pero los demonios de Pindauro no dejan a su presa una vez la han elegido para mortificarla, y la nave extranjera que se había marchado regresó al fin con otros hombres, caballeros al parecer influyentes que fueron recibidos por grandes iromitas. Alguien puso una daga sobre una mesa, extraída del cadáver de un funcionario de otro mundo, y reclamó venganza o una compensación oportuna. Ni siquiera supe nunca quién había matado a un pobre pescador del muelle, a quien mi clan eligió como culpable oportuno, pero su cabeza en un frasco redondo no calmó las iras de aquellos prestigiosos delegados extranjeros.

—Sólo un galeano podía usar esa daga —comentó un individuo durante una ceremonia nocturna por el alma marina de un amante de Orlee.

—Tengo que irme —le susurré a Orlee en la cámara de cantos.

—Espera —y me cogió de la muñeca. Luego ambos salimos a la noche, con algunas nubes pasajeras que ocultaban las cinco lunas de Pindauro para luego descubrirlas sobre la capa púrpura del Océano Bajo. Nos refugiamos en un jardín solitario.

—¿Tienes miedo? —me dijo, y me rodeó con sus brazos por la cintura.

—No lo sé —dije, confuso, y distinguí en sus ojos cierta impaciencia.

—No te gusta lo que hago, puedo verlo en tu mirada —y me sonrió con un esbozo melancólico—. ¿Aún tienes la llave?

—Sí —respondí, inquieto.

—Puedo ayudarte a huir. Aún estás a tiempo, tengo amigos allá abajo, gente que puede esconderte en alguna casita de los barracones.

—Yo... —murmuré, y una vez más sentí esa ola de deseo hacia ella, como una corriente impetuosa que dominara mis sentidos hasta convertirlos en esclavos de un solo propósito. Quería tumbarla en la tierra y poseerla con la convicción de que ningún otro aspirante podría hacerlo, sólo yo; y en un futuro no muy lejano, convertirla en mi shpe principal de un clan familiar que educara a mis hijos para convertirlos en portadores o incluso iromitas; cuando acumulase suficiente dinero galeano de las posesiones de mi familia con el comercio de algas, saldría de ese planeta para conocer otros lugares. Pero siempre con Orlee, aunque no quisiera reconocerlo, aunque sintiese cierta incomodidad hacia su malicia y sus juegos juveniles.

—Van a ir por ti —me recordó—. Poco a poco acabarán por encontrarte, y luego tu clan no podrá hacer otra cosa que entregarte, así de claro. Para aplacar un poco los ánimos, y que el comercio espacial no se resienta, ya sabes.

—Orlee... —dije al recordar aquello, ya rodeado por el mar escaso.

Y seguí repitiendo su nombre al mediodía, durante el cual aprecié formas y animales que nunca antes hubiese creído posibles: unas especies de arañas crustáceas de color blanco que caminaban por el agua hundiendo sus patas nudosas y que formaban verdaderos enjambres. Aquella presencia me obligó a dar un rodeo o desviar la marcha hacia el noreste, donde una insólita depresión del terreno me condujo a verme con el agua hasta la barbilla. Como no sabía nadar, caminé con la esperanza de no hundirme del todo, pero poco a poco fui ascendiendo por otra colina suave que me llevó a seguir mi camino sin demasiados problemas.

Por aquel entonces empecé a percibir (sin estar muy seguro de su origen) una especie de influjo brumoso que achacaba a mi fatiga o al sol de Alobe. Me detuve a descansar y beber un poco, pero el agua allí sabía algo amarga y las algas eran de un color negro y muy grandes, tanto que algunas se enroscaban en mis extremidades como serpientes marinas. La visión se disolvía en una película acuosa y difusa en la

que el horizonte oscilaba y se movía como un mar de otro mundo en plena tormenta, y luego, en un momento indeterminado, vi la sombra. Me protegí con una mano para verla, una figura que avanzaba sin descanso y que, así como se desvanecía en la niebla luminosa, regresaba luego más grande y solemne. Cuando ya estuvo a pocos metros se detuvo, con una capa fúnebre colgando de sus hombros. Su espalda se encorvó para observarme desde arriba.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo con una voz hueca, más ronca que de costumbre. Sentado en la arena apenas podía decir nada.

—Maestro —susurré.

—Calla, insensato —respondió Qerol con una sonrisa amarga— No digas nada. ¿No querías ser un iromita?

—Lo siento, maestro...

Qerol miró a un lado y a otro, con una mano sobre su capa fúnebre: sólo entonces descubrió la herida del pecho, honda y sangrante.

—No se está nada mal aquí, muchacho. Creo que hasta has dado con tu verdadera casa.

—No sabía... no quise matarle —me defendí e hice el intento de ponerme en pie, pero las piernas me fallaron.

—No, no te levantes por mí —sonrió mostrando su escasa dentadura cadavérica—. No hace falta, puedes seguir ahí si quieres. Ése es el descanso de los cobardes, el que te corresponde.

—Yo...

—¿Sabes qué es lo mejor de este sitio? Que aquí puedes verte tal como eres, desnudo como cuando eras un niño. Pero a lo mejor consigues darle la vuelta al mundo y llegas a Galea por el otro lado. Por cierto, tu padre te está buscando.

—Padre —dije, y noté que unas lágrimas saladas caían sin resistencia por las mejillas, pero Qerol se giró sonriente y se alejó por la bruma del mar en calma hasta desvanecerse del todo.

Mi gran padre estuvo en cama durante todo el proceso, afectado por una crisis abrupta que obstruía sus pulmones y paralizaba sus piernas. Las shpes de nuestro clan se reunían a su alrededor para darle consejos respecto a mi situación y la forma de solventarla. Un caballero venido de una colonia muy respetada reclamó con vehemencia el cumplimiento del código elemental de relaciones espaciales, pero el consejo iromita, que ni siquiera me conocía de ningún modo ni había oído hablar nunca de mi nombre o mi familia, se opuso a que me llevasen en una nave fuera de Pindauro. En realidad lo único que preocupaba a esos sacerdotes era su prestigio social, y el poder de ese pequeño ejército de guardianes armados que vigilaban el estricto cumplimiento de sus normas. Les importaba muy poco lo que pudiera pasarme siempre que eso no fuese en contra de su imagen como señores de aquel planeta. Por eso, la pugna por mi caso se resolvía mientras dos guardias de elite aguardaban en nuestra casa el veredicto.

Apenas podía dormir por aquellas noches, y había enviado fuera de mis aposentos a mi doncella de placeres. Cuando me asomaba por el ventanuco de mi dormitorio sólo era posible distinguir el resplandor decadente y humeante de Maruma, ajena a mis desgracias: era la hora en que las urbacalas paseaban en filas rituales a lo largo de unos jardines amurallados. Ofendidos o con sed de venganza, los visitantes diplomáticos debían estar descansando en algunas de las casas de recepción, y nadie se acordaría ya de mí ni de mis circunstancias. Recordé mi último encuentro con Orlee, en aquel jardín en el que acariciaba sus pezones, extrayendo de mis caricias algunos gemidos suaves.

—¿Vas a venir conmigo? —le dije, impaciente.

—¿Abajo? —Y sonrió con la respiración algo entrecortada—. Supongo que estarás de broma... ¿Me ves a mí cubierta de pescados y algas?

—Ven conmigo —la conminé ansioso, soñando con otro futuro posible, el de un humilde pescador, un rastreador de algas con su *xhaptua* propia, uno que viviese abajo sin hacer ningún ruido, al cuidado de una numerosa familia y con Orlee como señora de sus pequeños negocios y trapicheos, una joven capaz de llevar su tienda de mercancías en las noches bulliciosas del Emón.

—Me estás apretando... —me dijo, y se separó de mí con una ceja más arqueada que la otra—. Ahora mismo te pareces a mis peores amantes. Se creen que pueden decirme lo que van a hacer con mi vida: pobrecitos, qué equivocados andan. Yo sólo te ofrezco una solución, no te confundas; sobre todo antes de que te encierren por si acaso. Ven esta noche a mi casa, a la hora del *erabunco*. No estaré sola, tengo visita, un buen amigo. No traigas nada que pueda estorbarnos, ni un bolso con pan, nada. Mañana con suerte estarás viviendo abajo.

Me giré con la intención de alejarme.

—¿Adónde vas? —me dijo ella con aire conciliador, y volvió a cogerme de la muñeca. —Venga, cariño. Sólo quiero salvar esa cabeza hueca que tienes sobre los hombros. Luego veremos la forma de que puedas subir algunas noches a verme. O incluso yo podría verte en algún momento, ¿quién sabe?

9

Con algunas algas muertas recogidas del fondo me hice una especie de gorro protector que aliviaba mis quemaduras. Así caminaba con lentitud en mi tercera jornada de viaje a pie, soportando el hambre y el cansancio, por ese desierto de agua dulce que envenenaba mis pensamientos hasta aturdirlos. Descansaba cada poco, para sentarme de rodillas y otear el horizonte como un pájaro exótico: no había nada que se elevase por encima de la capa superficial del Océano Bajo, salvo ese vapor al que ya me había acostumbrado, que surgía de las algas.

En ocasiones sobrevenía una tormenta breve que salpicaba el agua con bandos de

criaturas diminutas de color añil. Pude coger una con las manos, un gusano escamoso de un solo ojo; se agitaba como un látigo eléctrico e incluso después de cortarle la cabeza con mis dientes siguió coleando de forma frenética. Su sabor era agrio y una punzada en el estómago me hizo creer que podía haberme envenenado sin saberlo, pero después de un rato me sentí mejor, más aliviado. Traté de capturar más de aquellos animales pero fue inútil, se escurrían por entre los dedos, y al fin seguí mi camino para olvidarme de su presencia.

Al amanecer del cuarto día las piernas se negaron a responderme. Estaba sentado en la posición habitual cuando noté una sombra que tapaba el centelleo de Alobe.

—¿Adónde vas? —dijo una voz irreconocible. Levanté los ojos para descubrir a un hombre regordete de ojos diminutos y barba rala, envuelto en una de esas mortajas humildes de los marumianos.

—¿Quién eres? —dije, y me protegí con una mano para no deslumbrarme.

—Nadie —respondió sin mirarme, observando por encima de mi cabeza—. No soy nadie. Sólo el hombre al que mataron para salvarte a ti.

—Yo... no di la orden —murmuré, nervioso—. Ni siquiera quise estar abajo.

—Todos sois iguales, pero no te preocupes. A todos os llegará la hora, como te ha llegado a ti, amigo. ¿Sabes?, nunca soñé que al final subiría a Galea, aunque sólo fuese mi cabeza. Tiene gracia.

Y de pronto el hombre se encorvó hasta arrugarse, el manto se replegó sobre sí mismo y desapareció engullido por las aguas espumosas. Pindauro era el culpable, mi mundo me había arrastrado hacia aquella cadena destructora sin haberlo pretendido ni deseado nunca. Supongo que por eso tampoco me decidí a seguir los consejos de Orlee de irme cierta noche, cuando ya todo estaba preparado para mi huida hacia la ciudad baja, disfrazado de nuevo de mendigo. No quería decepcionar a mi gran padre, ni a mis madres *shpes*, sobre todo a mi madre de vientre ni a mi clan familiar ni, en cierta forma, tampoco a las Casas donde nos habían instruido; incluso pensaba en lo que podría haber hecho mi hermano de sangre mayor, a quien apenas había conocido hasta que se recluyó en el recinto sagrado. Me imaginaba el dolor de Galima y de mis otras madres al saber la noticia de que un miembro de su clan había escapado de la justicia suprema, de que ya sólo era un fugitivo. Por eso escuché los cargos que se me imputaban y la pena que tendría por ellos.

—¡Se declara culpable! —dijo el juez iromita que me juzgó en la Sala Articular, rodeado de portadores, varios clanes poderosos y cierto grupo de visitantes llegados de otro mundo que contemplaron el juicio con una mueca de satisfacción en sus rostros enjutos. Todos debían esperar a que aquella farsa terminara cuanto antes, porque ya conocían la sentencia antes de que se hubiera pronunciado en virtud de los posibles acuerdos a los que llegasen con los virtuosos señores de Galea. Para aplacar las iras de unos y mantener la dignidad de otros se había acordado el hecho de juzgarme culpable de un crimen incomprensible pero bajo las leyes y normas galeanas. De ese modo no sería enviado al espacio con los diplomados sino que

estaría sujeto a los rigores del castigo autóctono.

—¿Y padre? —dije a mi hermano tercero cuando salía ya preso de la Sala.

—Está peor —respondió con un brillo de pesar en sus ojos. Para mantenerlos contentos me había declarado culpable de haber descendido a Maruma con una daga ritual y de haber asesinado sin ninguna causa a un diplomado de Fenicius, colonia a medio mes luz de distancia, causando asimismo la muerte de otros inocentes.

—*Onumi* —recuerdo que murmuraría tantos días después, cuando Alobe estaba a punto de matarme, en medio de aquellos mares desolados y tristes. Tenía los labios secos y ya no conservaba fuerzas para agacharme y beber un poco.

Sólo entonces lo vi aparecer a lo lejos, como ya lo había hecho con mis otros demonios, una figura mediana con un traje oscuro que contrastaba con el blanco satinado de su carne. Pero a diferencia de los demás visitantes, el hombre se detuvo y me observó en silencio sin ningún reproche.

10

El día que decretaron el *onumi*, la ceremonia del exilio, obligaron a mi clan a refugiarse en nuestra casa conforme a las tradiciones ancestrales, además de negarme el derecho de poder despedirme de ninguno de mi familia. Me atormentaba la ternura de Galima, sus consejos y ese dolor que podía haberle causado por mi culpa, pero también el abandono y los pesares de mi gran padre en su lecho de moribundo. La noche antes de partir, una mujer robusta con máscara se acercó a mi celda, donde me mantenían preso por las manos y los tobillos; entonces, junto a otras doncellas de placer, me tatuaron en la frente y en otros puntos visibles el signo del condenado. El dolor que me produjo su punzón sangrante no fue nada en comparación con la desdicha de verme solo en aquella cámara, cubierto de simbología antigua, un mensaje claro de que jamás podría volver a Galea pero tampoco a Maruma, de que no habría otro castigo para quien me cobijase que la muerte por ejecución pública.

Poco antes de irse, las mujeres habían hecho mofas de mi virilidad, todas menos una, que se mantenía apartada del resto con otra máscara.

—Orlee —dije en voz baja.

—¿Qué dice? —preguntó la maestra tatuadora mientras dejaba al aire una teta cubierta de dibujos exóticos.

—Orlee —murmuré bajo el delirio del dolor, pero la doncella de la máscara permaneció inmutable. Luego se marcharon, dejándome solo.

El último *onumi* se había dado mucho antes de que yo naciera y, desde luego, nadie había vuelto a saber nada del exiliado. En los libros de biología natural de Pindauro se habla de regiones insólitas que contrastan con la uniformidad acuática del Océano Bajo: desde el ecuador brumoso, donde ciertos animales medio voladores devoran criaturas anfibias, pasando por los chorros de agua cálida que brotan más al

norte, hasta los cráteres perfectamente circulares por los que cae el agua sin fin. Pero sobre todo se habla del proceso de deglución de las algas con los animales muertos, y de las reacciones químicas desencadenadas por las que no queda ningún rastro de la víctima. Así es aún Pindauro después de todo: un mundo de apariencia inocua que esconde debajo de sus arenas acuáticas las raíces de formas y procesos devastadores.

Nadie me había hablado nunca del último *onumi*, como nos llaman a los que nos exiliaron alguna vez, ni tampoco me había preocupado mucho por saberlo. Me condujeron abajo rodeado por guardias que me escoltaron de las inmundicias que me tiraban desde diversas terrazas. No sé si también nos acompañaban los diplomáticos comerciales, ni me importa, pero ya en uno de los puertos de Maruma me bajaron a una barca donde se me despojó de casi todas mis vestimentas sólo para dejarme con unos pantalones mugrientos y unas botas. Desde aquel sitio era posible ver las cabezas diminutas de cierto público galeano desde las *qibalas* o miradores. Estaba tan aturdido que no reconocía a nadie, sólo un murmullo de voces que me rodeaban por todos lados.

—Estás hecho de materia infecta —dijo un sacerdote de ropajes rojos, un individuo a quien no había visto hasta ese día, apoyado en un báculo enorme y resplandeciente en su punta. Así, el hombre declamaba su sentencia—: Estás hecho de carne contagiosa. Los primeros hombres no serán nunca los últimos, pero tú recorrerás el mismo camino. Si regresas, si te apoyas en la ayuda de otro hombre o mujer, sólo causarás más muertes de las que ya has provocado en tu fuego destructor. Te dimos la educación, nuestros libros, nuestra lengua. Te dimos nuestro amor; ahora tendrás que partir para no volver la mirada hacia nosotros, que tanto te dimos.

Unos guardias me empujaron al agua, de donde resurgí mirando los rostros brumosos de muchos desconocidos, casi todos en silencio, como si nunca hubieran visto a un joven como yo. No había pena ni temor en sus ojos, acaso una forma supersticiosa de verse liberados del mal que podría haberles causado de no convertirme en un *onumi*. Yo era el tumor que afectaba a Galea, y había que extirparlo dejándolo irse por las aguas del Océano Bajo. Todo lo que temían estaba tal vez oculto dentro de ellos mismos, pero de alguna forma habían encontrado al hombre perfecto con el que despojarse de todos sus malestares.

—Ve ahora —dijo el sacerdote y señaló con su báculo—. Camina y aléjate de aquí, tan rápido o lento como quieras, pero si alguien te descubre por estos contornos antes de que sea de noche, serás destruido sin ninguna piedad ni demora.

Me di la vuelta dando el primer paso, lento, vacilante, reflejado en el agua cristalina en la que podía distinguir mis zapatos. Cuando llevaba ya varios metros quise girarme pero algo me lo impidió, de modo que continué la marcha como si estuviera maldito.

No era un espectro, ni tampoco un demonio: sin decir una sola palabra, el viajero pálido colocó mi brazo derecho sobre su hombro y me condujo hasta su plataforma errante, una extraña superficie con un tejado metálico y curvo que absorbía la luz del sol y con la que iba recogiendo algas del Océano como si se tratara de una aspiradora automática.

—Me llamo Cletto —dijo en la lengua galeana común—, ¿puedes oírme?

Me costó algún rato no creer que estaba delante de otro fantasma, pero al fin pude sentirme más seguro y agradecerle su asistencia.

—No debería haberme ayudado —comenté haciendo alusión a los castigos de Galea.

—Ya, pero yo no soy galeano. Ni tampoco de Maruma —respondió sonriente, y mencionó su mundo, el viejo Ilcerién.

—Pero Ilcerién... es un desierto, inhabitable —dije.

—Me temo que has crecido aprendiendo cosas equivocadas —comentó, despreocupado. Tenía razón, después de todo: en los libros de Galea, Ilcerién era un pobre planeta sin apenas vegetación ni fauna conocida.

Algo más tarde, Cletto me contó los propósitos de su actividad recolectora: lejos de los intercambios comerciales y de los códigos diplomáticos estándares, los extractores de Ilcerién bajaban a Pindauro en pequeñas naves y cápsulas como insectos intrusos sobre un cuerpo gigante y desprotegido. Conocedores por radar de la ubicación de Galea y Maruma, la ciudad-doble, y de las rutas tomadas por sus pescadores, los cautos ilcerianos hacían (como siguen haciendo) breves incursiones para llevarse depósitos enteros de algas, necesarias para su mundo. En Pindauro podrían ser catalogados como meros piratas externos, contrabandistas o delincuentes fuera de toda ley, ladrones de una propiedad considerada como exclusiva a manos de los iromitas.

A pesar de sus sesenta años largos, Cletto aparentaba ser más joven de lo que era, con el cráneo rasurado y unas facciones esculpidas como en marfil puro; en sus alienígenas ojos de brillo rojizo había una especie de desconfianza antigua hacia Pindauro y otras colonias semejantes. Algo que me quedó bastante claro de sus primeras reflexiones:

—Este mundo es pequeño, incómodo, lleno de agua dulce por todos sitios. No se puede pisar en seco en ningún rincón, vayas a donde vayas. Es la clase de lugar que todas las naves colonizadoras pasan de largo, a menos que tengan algún problema, claro.

Pronto me di cuenta de que también Cletto era prisionero de su propia cultura: usaba la plataforma que había pertenecido a su padre y al padre de su padre, y hacía aquello porque no le habían enseñado a hacer otra cosa. Ya era todo un maestro en lo suyo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó aquel día en que nos conocimos, agachado

mientras un alimero se le subía al hombro escurriendo sus alas membranosas. Poco antes me había dado una papilla agria en una cuchara de madera.

—Un poco —le respondí, notando el movimiento de su plataforma errante.

Cletto me miró con sus ojos de pupilas naranjas, propias de las condiciones de su mundo nativo.

—Llevo años recogiendo algas por aquí —dijo con un amago de sonrisa—. Por el camino he encontrado algunas cosas curiosas, restos de basuras humanas, dispositivos antiguos, casi de todo. Pero tú, tú eres mi segundo exiliado.

—¿Qué le pasó al otro? —quise saber, extrañado porque Cletto no aparentaba tener tantos años como debería según su confesión.

—La otra —aclaró y dejó que el alimero diese un salto para hundirse en el agua—. Bueno, la *pesqué* hace tiempo. Iba mucho más al oeste que tú, no sé por qué escogió esa dirección, la verdad. Supongo que es tan buena como cualquier otra. Decía palabras sin sentido, deliraba, así que tuve que llevarla a mi plataforma. Entonces era muy joven y no tenía una recolectora propia como ésta, la llevaba mi promotor. Siempre me habían dado instrucciones claras de no acercarnos a tu ciudad, todos sabemos cómo se levantó y quiénes lo hicieron. Pero la cuidé, le dimos comida y nos contó algo de ella. No puedo contarte lo que me dijo porque ésa fue mi única promesa, pero cuando le dije que la llevaríamos con nosotros a Ilcerién me aseguró que prefería seguir su camino.

—¿Su camino? —le pregunté, curioso.

—Eso es, su camino. Así que la dejamos en una llanura baja más al norte, y mientras nuestra cápsula se alejaba por el cielo la vi caminando de nuevo como si nada.

—¿La dejasteis aquí, para que muriera?

—Nosotros no forzamos la voluntad de nadie —respondió Cletto—. Ahora tú también tendrás que elegir.

Cuando le conté mi historia no mostró ninguna sorpresa ni conmoción. Bajo su pequeña cúpula protectora inhalaba una sustancia desconocida para mí pero cuyo olor era algo dulzón, y me miraba impasible. La plataforma se iba desplazando con lentitud hacia el norte, hacia su cápsula de reacción.

—No creo que los libros que leíste hablen la verdad sobre la *Onatis* —me dijo una tarde, mientras me alimentaba de sus dulzonas comidas ilcerianas. Luego, tras inhalar una nueva masa de humo, la expulsó con un gesto displicente—. Llevo muchos años yendo y viniendo a este mundo. Por eso he estudiado todo lo que se puede saber sobre su pasado. La *Onatis* era un carguero que transportaba entre mil quinientas y dos mil personas, todas infectadas con un virus o una sustancia extraña, no lo sé. Pero no aterrizó con suavidad en Pindauro, como dicen esos libros que te daban los monjes corruptos. No, lo que pasó es que sufrió una avería en sus motores. Podrían haber usado sus recursos para repararla y seguir la búsqueda, pero cambiaron de opinión. No sé por qué lo hicieron, pero parece que fue así. La elite de los

comandantes y señores comerciales hicieron creer a toda esa muchedumbre que habían llegado a su verdadero destino. Como este océano es igual por todas partes, los convencieron de que lo mejor era construir un buen refugio. Así que despiezaron la nave y excavaron con máquinas en el fondo; así extrajeron piedras con las que construir ese bonito cono de rocas y metal de vuestra ciudad superior. Los dioses aparecieron luego o los conocían de otros sitios, igual que las ofrendas, ¿quién lo sabe? Por eso se les ocurrió el mito de las dos hermanas peregrinas, Maruma y Galea, y más cosas, poco a poco. Así de fácil.

Me resultaba difícil de creer que los viejos iromitas de báculos de ónice fuesen los descendientes de los comandantes y señores de la *Onatis*, transformados para la ocasión, adaptados a un nuevo medio pero manteniendo en lo esencial su estatus, el mismo que tenían cuando la nave viajaba por el espacio en busca de otro refugio.

—Tengo un hermano —le dije—. Durante años pensé que ya era un sacerdote, aunque sea de los que llaman menores, un iromita. Logró terminar la ceremonia de sangre cuando joven. Mató a alguien de Maruma y regresó a nuestra casa, pero no he vuelto a verle.

—Los usan para cargarse a quien no les interesa —reveló Cletto con aire monótono—. Si eligen mal o fallan se desentienden de ellos, como de ti. Es curioso que no sepáis lo que pasa a vuestro alrededor, pero es muy conocido fuera.

Nos alimentaron con el sueño de poder ser uno de los suyos, cuando en realidad sólo formábamos parte de las familias de sirvientes o mercenarios y sus verdaderos sucesores crecían gracias a los hijos de las urbacalas en edificios oficiales del gobierno iromita. De ese modo, vivir en Galea me había privado de conocer otras fuentes de conocimiento decisivas, de saber la verdad en última instancia. Una verdad inaccesible dentro de sus ciudades y oculta más allá de ellas, lejos de cualquier huella humana.

Cuando la máquina aspiradora llegó a las inmediaciones de la cápsula de propulsión, alrededor de la cual había varios hombres en otras plataformas que le saludaron con gestos propios de su tierra, Cletto me miró señalando al Océano.

—Ha llegado tu momento —dijo, y por un segundo recordé el gesto impaciente de Qerol en Maruma, apremiando a un muchacho para que sacara la daga y ejecutase la ceremonia de consagración definitiva.

Sin embargo, esta vez podía elegir de verdad, por primera vez en mi vida tenía un pequeño margen para decidirme entre varios futuros posibles. Me imaginaba a Orlee en el puerto, ataviada con una máscara ritual, contemplando en silencio mi partida: al menos esa visión podía liberarme un poco de la angustia de ser olvidado por todos, de no ser ni siquiera un nombre, pues el mío ya se habría borrado de todos los registros de Galea. Pindauro podría ser, en consecuencia, un planeta maldito habitado por demonios invisibles que erraban por sus mares en busca de alguien como yo, una víctima solitaria entre una multitud indiferente o supersticiosa.

Así, podría bajar de la plataforma succionadora y despedirme de ese recolector

extranjero, y seguir mi marcha a ninguna parte, un día y luego otro, y en las noches sentarme a contemplar las estrellas arropado por el manto cálido y fosforescente de las algas ácidas: sólo de ese modo sería definitivamente devorado por la historia de mi entorno y sus miserias, por las mentiras y mitos de sus señores, como habrían hecho con otros *onumis* como yo, como hicieron con mi antecesora olvidada.

Pero también podría irme con Cletto a su Ilcerián oscuro; dejar atrás Galea, los clanes familiares, la imagen de mi gran padre yacente en su lecho, la memoria de la sonrisa traviesa de Orlee o el rostro bondadoso de mi madre de carne shpe, y asentarme en una pequeña ciudad perdida de otro planeta, donde pudiese leer muchos libros y comprender todos los que pudiera, donde escuchara más relatos sobre grandes naves que se asentaron sobre mundos fértiles; ser amigo de Cletto, y luego un viejo amigo y su confidente, aprender su oficio, contarle cosas que ignoraba sobre nuestras costumbres y embarcarme en su cápsula en futuras incursiones a Pindauro y a otros lugares remotos en busca de algas y plantas para su país sin luces. Cuando al fin sucediera en el futuro, también podría enterrar a mi instructor según los ritos ilcerianos, recordando que una vez fui un falso principiante de iromita en los callejones desiertos de una Galea nocturna, y escribir sobre ello sentado en mi propia casa, junto a mi *caliura* de vínculo y mis hijas.

—¿Has decidido? —dijo Cletto poco antes de que su extraña máquina flotante se uniera a la base de la cápsula que sobresalía del Océano. Los otros extractores me miraban en silencio, mientras iban cargando fardos en su nave. Sólo entonces me di cuenta de que apenas un hilo frágil separa un futuro de otro, una vida posible de otras muchas. Nada hubiera alterado la paz de ese planeta si algunos hombres de la *Onatis* no hubieran decidido quedarse en su superficie.

—Vas a irte, ¿no? —me dijo Cletto al ver que ya tenía un pie en el agua—. ¿Debemos despedirnos entonces?

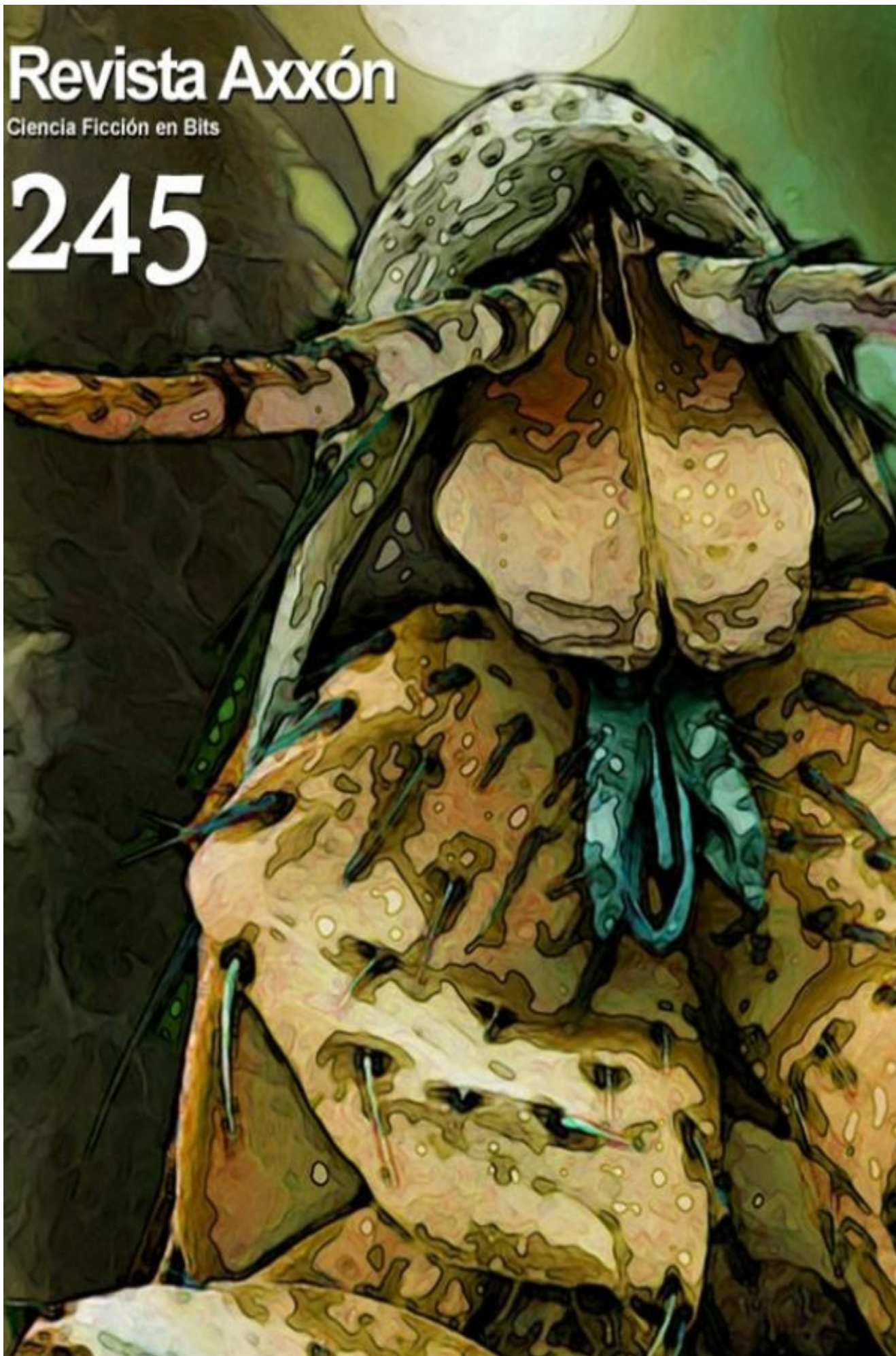
Miré a mi alrededor: los demonios de Pindauro seguían ahí fuera, acechando entre las algas.

Carlos Pérez Jara (Sevilla, 1977) ha publicado hasta la fecha en diversas revistas de papel y electrónicas como Axxón, NGC3660, Bem On Line, la revista cubana Korad o la española Planetas prohibidos. Ha sido seleccionado como finalista en dos ocasiones para las antologías de cuentos de terror Calabazas en el trastero (editorial saco de huesos), tanto en el nº 6 (temática «Bosques») como en el nº 11 (temática «Empresas»). Asimismo ha participado en la revista de ciencia ficción argentina PROXIMA, en los nº 14 (temática «monstruos») y 15 (temática «viajes»).

Revista Axxón

Ciencia Ficción en Bits

245



Contenido 245



- Editorial - [Juntarse](#)
- Relato - [La última gran batalla](#)
- Relato - [Ataun](#)
- Relato - [Muerte en la pulpería](#)
- Relato - [Encallado](#)
- Relato - [El hombre del sigilo](#)

Juntarse

Dany Vázquez

Los creadores, esa extraña cepa de gente que dedica parte de su vida —no importa cuánto— a externalizar y a compartir de muy variadas formas sus *desviaciones del estándar*, sus ideas y sentimientos, son tan diferentes entre sí como sus creaciones.

Hay quienes ven al artista como alguien que crea en soledad, simplemente acompañado por el soplo de sus musas o el aliento de sus demonios. Hace bastante yo lo veía así, cuando ingenuamente aporreaba máquinas de escribir y garabateaba en papeles sin tener la más vaga idea de lo que se creaba a mi alrededor. Sin embargo pronto supe que esa era una visión inexacta, tal vez porque tuve la suerte de juntarme lo suficientemente temprano en mi vida con personas que me enseñaron que juntos es más fácil, que el intercambio es fructífero, y que así es posible crecer en mejor forma.

A mí me pasa lo siguiente: hay veces que con ese estímulo quizá mágico de musas y demonios me alcanza para que se disparen los gatillos de la creación. Pero, al menos en lo literario, imagino imposible llegar a algún resultado interesante sin una contaminación por parte de mis congéneres. No quiero decir con esto que la obra deba ser colectiva, pues la creación es un acto íntimo y muchas veces hasta visceral. No obstante, siento muy difícil que pueda rozar un piso de calidad sin el *feedback* de mis pares. Es ese intercambio el que sazona nuestras obras, y no conozco caso alguno donde no haya lugar para una pequeña modificación o comentario. Y si esto fuera posible, de cualquier manera toda obra está atada a un marco, definida por capas y capas de escrituras y reescrituras anteriores, de los más variados orígenes, marcada por los inventos previos de un largo pedigrí de fabuleros consagrados. Me parece inverosímil crear desde la nada absoluta, pues antes y durante soy un animal social, lector y espectador: ya estoy marcado por la creación de otros y por mi bagaje cultural, intelectual y artístico. Esa influencia es tan innegable como la danza gravitacional entre los cuerpos celestes.

Ese pasado nos llega de dos maneras: por la absorción del mismo a través de la lectura —o equivalente, según el medio— o a través del intercambio entre creadores.

Por eso considero que juntarse es importante. Incluso charlar sobre cualquier cosa es a veces estímulo suficiente para que las ideas fluyan, y para descubrir en otros la chispa de la creación. Por eso es valiosísimo que existan tertulias, talleres y clubes y grupos de lectura. Y publicaciones, claro. Siempre es importante juntarse personal o virtualmente, y estar en contacto con autores, lectores y otros directores y editores forma parte de nuestro día a día.

Todo lo que ustedes ven en estas páginas es el producto del trabajo enorme y de hormiguero de personas que se juntan de una u otra forma con la esperanza de que así

el camino de la creación sea más transitable, desde los miembros del staff a los artistas que aquí presentan sus obras. Espero, de corazón, que este tramado de ideas y talento les resulte agradable.

Y, si es posible, que los invite a juntarse con nosotros o entre ustedes para compartir estos mundo o crear otros nuevos.

Axxón 245 – agosto de 2013
Editorial

La última gran batalla

Juan Manuel Valitutti
Argentina

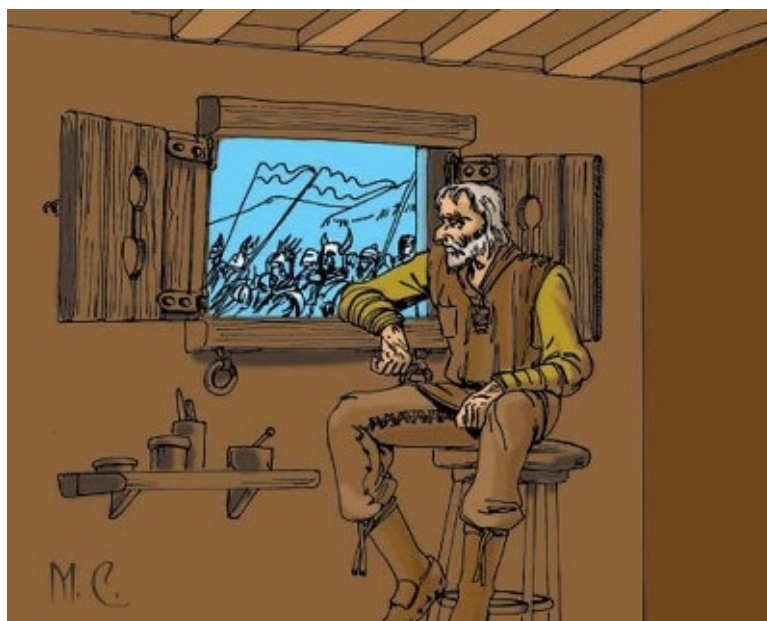


Ilustración M. C. Carper

El llamado del cuerno...

Extendiéndose por el valle y la cuesta montañosa.

La niebla deja paso a los que marchan.

Son los guerreros que van a entablar la última gran batalla.

El abuelo mira por la ventana de nuestro hogar.

—Es el cuerno —dice.

Lo ha estado oyendo desde hace años.

La primera vez fue en su juventud; tenía mi edad, más o menos. Era apenas un mozalbete a quien sus ínfulas de atrevido varón lo empujaban a vanagloriarse ante cualquier eventualidad. Corría el riesgo, y eso era todo. Más y más fama; más y más admiradoras; más y más envidias, y prestigio, y naderías.

Pero, una vez, llamó el cuerno. Y todos en el pueblo supieron que se avecinaba una tormenta.

—¡Son los hombres de Gúnderl! ¡Van a enfrentar a los Caballeros Oscuros y a sus huestes de monstruos abismales!

Y llegaban los mensajeros, para transmitirles a los habitantes del pueblo lo que todo el mundo sabía:

—¡Están reclutando, están reclutando!

—¿Qué quieren? —preguntaban los pobladores a los correos, aun sabiendo cuál sería la respuesta.

—¿Hay diferencias? —respondían los interpelados—. ¡Viejos y jóvenes! ¡Enanos o gigantes! ¡Granjeros o poetas! ¡Cualquiera que pueda enristrar un escudo y enarbolar una espada!

—¡Ah! —Jóvenes y viejos, enanos y gigantes, poetas y granjeros asentían y decían—: ¡Iremos!

—¡Vamos a morir con los hombres de Gúnderl! —vociferaban los granjeros, y se sumaban a las filas que pasaban.

—¡Expiremos con el postrero verso en la boca! —sugerían los poetas, y se sumaban a las filas que pasaban.

—¿Cómo? —rugían al unísono los ufanos enanos y los malhumorados gigantes—. ¿Se atreven a darnos la espalda? ¡Vamos por el botín! —bramaban, y abandonaban sus yunques para enfilarse.

Y todos desaparecían en el horizonte, y la llamada del cuerno se apagaba por la cuesta montañosa, por el negro valle, hasta que se perdía finalmente tras un manto de niebla.

—Pero... ¿y tú, abuelo? —preguntaban los niños—. ¿Tú no fuiste a la última gran batalla, como el resto?

El abuelo se volvía a medias y, por toda respuesta, emitía un gruñido.

—¡Vamos, niños, vamos! —intervenía yo—. El abuelo quiere estar solo, y ustedes tienen mucho que hacer, ¿no es así?

En seguida los empujaba hasta la puerta del cuarto, mientras algún que otro pequeño todavía susurraba:

—¿Mamá? ¿Por qué el abuelo no fue con ellos a la gran batalla?

Yo arrastraba al rezagado tironeándolo de la oreja, aunque sabía que las palabras del bribón habían quedado resonando en la cabeza del viejo.

Cuando volvía a la sala, el abuelo me enfrentaba:

—¿Recuerdas a Ilwen, el gigante leñador? ¿Y a Mostan, el aprendiz de brujo? Los dos me llamaron ese día, poco antes de sumarse a las filas que pasaban. Yo no fui con ellos, ¿no es cierto? Los vi alejarse con el resto del batallón. Se fueron Galwyn y Nord y Rutens y Shem: los más jóvenes del pueblo, y los más aguerridos, y los más briosos y valientes y apasionados... Yo... ¡Yo no fui con ellos, no!

Y ante mi silencio, continuó:

—Me los quedé mirando, claro... Ilwen fue el último en alejarse; ese gigante bondadoso me sonreía, invitándome a sumarme al grupo; me esperó hasta el último minuto, y cuando se fue, convencido al fin de que yo no me uniría a ellos, ¡aun así no había abandonado su sonrisa!

El viejo se silenció, y desvió la vista de la ventana.

—Hubieras muerto, como ellos —aventuré yo, y me lo quedé mirando—. No hubieras visto crecer a tus hijos, ni a tus nietos...

—¡Bah! —se quejaba el viejo—. ¡Te aferras a las limitaciones de esta carne! —decía, y se tanteaba el pecho—. ¡Por supuesto que los hubiera visto crecer, aunque mi

ser visible no estuviera presente!

Unos golpes en la puerta separaron al viejo de sus cavilaciones. Yo atendí al llamado.

—¿Qué quieren ustedes? —dije, observando a los chicos de pastoreo—. ¿No trabajan hoy?

Los dos muchachitos me miraron con sus gorras en las manos.

—No podemos ir, señora —barbotaron—. ¡No haríamos bien nuestra tarea!

—¿Tarea? —reía yo—. Su tarea consiste en quedarse dormidos de cara al sol, mientras el rebaño pace tranquilamente.

A mis espaldas estalló una risita.

Me volví.

—¿Y a ti qué te pasa?

El abuelo me miraba con indulgencia.

—Los chicos no harán bien su tarea —se explicó—, porque los perros no los ayudarán a mantener a raya el rebaño.

—¿Los perros? —pregunté—. ¿Qué pasa con los perros?

Uno de los pastores, gorra en mano, se adelantó.

—¡Señora! —dijo muy alterado—. ¡A los perros les pasa algo!

—¿De qué hablan? ¡Explíquense!

La voz, a mis espaldas, retomó la palabra.

—Los perros huelen la muerte, jovencita... —El viejo me miraba con una sonrisa en el semblante ceniciento.

—No entiendo —dije.

—¿Recuerdas aquella mañana, cuando los reclutas se alejaban para sumarse a las filas de Gúnderl? Los perros sabían que se avecinaba una tormenta, y que muchos de aquellos valientes no volverían... —El viejo concentró la mirada en el panorama que le ofrecía la ventana—. ¡Los perros olían la muerte, que llegaba con sus pasos lentos e implacables, como la huelen ahora!

Estaba a punto de replicar, cuando me interrumpió un alborotado ruido de pasos alejándose a todo correr.

Cerré la puerta, enfadada.

—¡Esos dos truhanes salieron corriendo como almas condenadas! —dije.

El viejo reía de buena gana. Hacía años que no lo veía de tan buen humor.

—Están un poco tiernos como para que la Dama repare en ellos, ¿no te parece? ¡Déjalos que corran!

Me acerqué al abuelo y lo miré preocupada.

—Me asustas —susurré—. ¿Por qué hablas así?

—Porque se aproxima la tormenta, Kara —dijo el viejo, llamándome por mi nombre—: ¡La última gran batalla!

—¿La gran batalla? ¡Fue hace años, viejo! —Me crucé de brazos, más asustada que molesta.

—¡Oh, no, Kara! Eso fue el preámbulo, la apertura de la Gran Sinfonía. —El viejo volvió a mirar por la ventana—. ¡Silencio, escucha! ¿No oyes los tambores? ¿No te roza lastimero el son dulce de la muerte? —El viejo entrecerró los ojos—. ¡Escucha, Kara, oh, escucha! El redoble de los tambores, la marcha de los valientes... Es trepidante, ¿no es cierto? Sus corazones están henchidos de alegría, ¡y saben que van a morir! Su paso resuena en lontananza, ¡y saben que van a morir! ¡Oh, mira! ¿No son hermosos? ¿Te atreverás a volverles el rostro, Kara, a darles la espalda? —El viejo me miró con ojos exaltados—. ¿Qué harás, dime..., cuando llamen a la puerta?

—¡Basta! —Le volví la espalda y me zambullí en el cuarto de los niños—. ¡Suficiente!

El viejo estalló en una prolongada risotada.

—¡Ya viene la Noche, niña! —anunció, y volvió a reírse, a mandíbula batiente.

Era muy entrada la noche.

Las lunas trazaban su recorrido en el horizonte estrellado.

Yo daba vueltas entre las sábanas. ¿Cómo conciliar el sueño?

Me levanté de mi catre y, en puntas de pie, abandoné el cuarto de los niños.

Salí al exterior. Me sentía enfebrecida, pletórica de imágenes que ofuscaban mi espíritu. «Tengo la garganta seca», pensé. Llegué al pozo de agua y sumergí la cubeta en el negro agujero. Me asaltó un frío profundo, un frío que no parecía provenir del etéreo, sino de mi propio ser. ¡Un frío que calaba los huesos y me atravesaba el alma con la furia del acero!

Me apresuré a elevar la cubeta. Presentí que el frío que me había invadido era una advertencia, una suerte de llamado que me anunciaba la inminencia de un desastre.

La cubeta se trabó. Tiré de la cuerda engrasada, pero la polea no giraba: la carga, de pronto, se me antojaba enormemente pesada, como si una mano la atrajera hacia abajo, entorpeciendo el ascenso.

Maldije...

¡Y algo me maldijo a mí!

Instintivamente miré mis manos, sujetando la cuerda por encima de mi cabeza, y, luego, bajé la vista, siguiendo el trazo de la sogá, que se perdía tramo a tramo en la boca del hoyo a oscuras.

Creí oír el agua allá abajo, y pensé que me había engañado. «¡Tonta!», me dije, y me reí, tal vez para darme fuerzas.

¡Entonces la maldición llegó a mis oídos nuevamente!

Sólo que esta vez no había confusión posible: provenía del averno del pozo.

—¡Quién va! —Sentía que me desmayaría en medio del silencio que siguió a mi aviso; pero el mismo instinto que antes tratara de ponerme en guardia me sostuvo con

el último vestigio de mis fuerzas.

¿Cómo describir lo que pasó?

La cuerda, en mis manos, enloqueció. Se movía como una serpiente al acecho de su presa, zigzagueando frenéticamente, mientras sentía que algo la tironeaba hacia abajo. Al mismo tiempo un rugido animal, lindante con lo demoníaco, surgió a borbotones del pozo.

Mis manos soltaron la soga. Se oyó el ruido de un peso al caer, no ya de la cubeta, sino de algo mucho más grande... y vivo. ¡Algo horrible surgido de la entrañas de la tierra había intentado reptar por la soga para ingresar a mi mundo!

Me alejé del pozo, echando furtivos vistazos por sobre mi hombro, quizás a la espera de que una mano descarnada se cerrara sobre el brocal, seguida de cerca por una boca de afilados dientes.

Llegué a la puerta de mi hogar, entré...

¡Y mi corazón se detuvo!

¡Un anillo de luz envolvía al viejo!

Un anillo de figuras altas se cernía sobre el viejo, y las figuras se inclinaban y le susurraban sus secretos al oído.

Creo que una de estas figuras se desentendió del viejo y giró su rostro espectral hacia mí. Contuve un grito, mientras mi mano crispada se cerraba sobre mi pecho.

Las demás figuras, como impelidas por la primera, se volvieron a su vez y clavaron sus cuencas vacías en mi persona.

Cerré los ojos, y volví a abrirlos.

Las figuras se habían desvanecido. En su lugar, sentado en su silla, el viejo ensayaba una de sus mejores sonrisas.

—¿Qué tal, niña! —me saludó.

—¡Cierra las ventanas! —ordené yo, y me lancé sobre los ojos de buey—. ¡Atranca las puertas!

—¿Para qué? —La consternación más genuina aparecía reflejada en el rostro del viejo.

—¡Algo surgido de la tierra quiso atacarme! —vociferé.

—¡Los monstruos abismales de los Caballeros Oscuros! —El viejo asentía—. ¿No te lo había dicho yo, niña?

—¡Y quisieron atacarte a ti, viejo tonto! —dije, al tiempo que apuntalaba cuñas bajo la puerta principal—. ¡Yo los vi!

El viejo soltó una risa por completo exuberante.

—¿Atacarme? ¿Y te dices buena observadora? ¿No reconoces a Ilwen, a Mostan, a Galwyn, y a Nord y a Rutens y a Shem? ¡Es decepcionante, niña! ¡Muchos de ellos te tuvieron sentada sobre las rodillas!

Me volví, pensando contestar lo que creía una jugarreta del viejo... ¡Desde entonces me estremezco cada vez que rememoro los hechos!

¡Ahí estaban otra vez! ¡Seis figuras rodeando al viejo! ¡Seis fantasmagóricos

semblantes con sus ojos de niebla!

Eran elegantes y esbeltas, salvo, quizás, la que permanecía a un costado, silenciosa...

Era tosca, muy corpulenta... ¡y parecía sonreír!

—¡Ilwen! —exclamé.

Me adelanté con los brazos extendidos, pero, en ese momento, sobrevino lo inesperado: el piso bajo mis pies cedió, como si una fuerza armada con uñas y dientes carcomiera rabiosamente los pilares de la casa.

Llamé al viejo con un hilo de voz, y vi que él hacía otro tanto, mientras atinaba a extenderme una mano que nunca alcancé. En torno suyo, las esbeltas figuras sacaban a relucir sus espadas, escudos y hachas, al tiempo que adoptaban una posición de combate, su vista nebulosa clavada en las innumerables garras que sacudían y tajeaban la madera sobre la que resistían.

Cerré nuevamente los ojos...

¡Y los abrí!

Estaba en mi cama.

A mi derecha los niños dormían.

Los ojos de buey aparecían descubiertos y, tras los tranquilos visillos, las lunas completaban su peregrinaje nocturno.

«¡Qué terrible pesadilla!», me dije.

Tenía sed. ¡Oh, tenía mucha sed!

Me levanté, me abrigué y salí a la noche.

Me dirigí al pozo de agua. «Tomaré un poco de agua y me meteré de nuevo en la cama», pensé. «¡Qué frío hace!».

Introduje la cubeta en el pozo y la bajé con la cuerda. La subí.

Bebí.

Volví entonces sobre mis pasos, rumbo a la casa.

Cuando abrí la puerta, eché un vistazo al rincón donde el viejo pasaba la noche oteando por la ventana.

Su silla estaba vacía.

«Seguramente se le cerraban los ojos y se retiró a su cuarto», concluí.

Me incliné sobre sus pertenencias para ordenarlas y fue entonces que lo escuché.

El llamado del cuerno...

Extendiéndose por el valle y la cuesta montañosa.

Supe con certeza que los guerreros cruzaban el solar, rumbo a las tierras bajas, para entablar la cruenta batalla.

La última gran batalla.

Me acerqué a la ventana.

¿Vería al viejo?

¿Vería a Ilwen, el cándido gigante, con su sonrisa más deslumbrante que nunca, porque el viejo guerrero se unía por fin a los que marchaban?

Sentía el corazón tristemente alegre...
Los perros, a lo lejos, aullaban lastimeros a las lunas.

Juan Manuel Valitutti (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y fantasía. Finalista en el concurso «Mundos en tinieblas» en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado en el contexto de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción organizada por Exégesis/Nocte. Sus cuentos han sido traducidos al catalán para su aparición en la revista Catarsi. Pueden consultar su blog Crónicas del Caminante.

Ataun

Guillermo Echeverría
Argentina

Para Martín Ramos, H. P. Lovecraft
y el valiente pueblo vasco.

La lluvia caía copiosamente. El ambiente, caluroso y opresivo, lo envolvía todo: los ríos que discurrían con desgano, los montes cubiertos de distintos tonos de verde que parecían perder su brillo, los caseríos y los humos de sus cocinas haciendo retorcidas figuras bajo la lluvia... Y también a la gente: durante todo el camino solo vimos caras de preocupación y temor.

Por las noticias que llegaban a Buenos Aires, la situación política era una olla a presión a punto de estallar.

Después de varias horas de camino duro —aunque agradable a la vista de quien nunca había estado aquí—, llegamos a Ataun, el pueblo de mis ancestros. Me despedí de Aitor, que tuvo la gentileza de traerme en su Ford C De Luxe, uno de esos nuevos Tudor muy cómodos, y me dirigí a la casa del señor Zugazagoitia. Caminé muy despacio para poder observarlo todo, por suerte había cesado de llover. Solo sabía del pueblo lo que mi abuelo me había contado: que era pequeño, que estaba enclavado entre montes y bosques espesos, con muchas cuevas que algún día tendría que explorar, y que se hallaba rodeado de esos fascinantes monumentos funerarios que los arqueólogos llaman dólmenes y menhires.

Llegando a la casa pasé por una iglesia enorme, mezcla de nave templaria con pórtico románico y el injerto tardío de un pequeño campanario francés y un reloj.

Tal vez fuera San Martín de Tours, la iglesia donde fue bautizado mi abuelo. El conjunto era extraño y sobrecogedor, aún más con los negros nubarrones por detrás y los hilos de agua chorreando de sus molduras.

Unos metros después llegué frente a la casa y un profundo temor me envolvió; un frío sepulcral me hizo temblar, y lo extraño era que no encontré motivo para ellos, parecía una casa como todas las demás.

Me acerqué a la entrada y la escena me llamó la atención: una puerta de madera color terracota muy vieja, despintada en algunos lugares; dos cerraduras igualmente viejas, una flor de cardo clavada en el centro; una aldaba con forma de mano, que parecía hecha de hueso y cuyos dedos semejaban tentáculos. En el piso a mi izquierda, un hacha antiquísima llena de herrumbre, con el filo hacia arriba; mi abuelo me había contado que se colocaba el hacha así los días de tormenta para proteger la casa, pero nunca pensé que todavía hubiese gente que lo hiciera. Estaba absorto mirándola cuando la puerta se abrió.

—Buenas tardes, ¿necesita algo?

—Buenas tardes, buscaba al señor Zugazagoitia.

—¿Su nombre?

—Mikel Larraquegui.

—Adelante, señor Larraquegui.

—Gracias.

Fuimos hacia un costado del salón principal, el mayordomo abrió una puerta y me invitó a pasar.

—Por favor, tome asiento en el escritorio, el señor Zugazagoitia estará con usted en unos minutos.

—Gracias.

Entré, y quedé absorto contemplando las reliquias que ocupaban toda la estancia. Parecía estar visitando la sala de algún museo etnográfico; ni siquiera sentí cuando la puerta se cerró detrás de mí.

En una de las esquinas que quedaban a mi espalda había un viejo tonel con algo parecido a grasa sucia, chorreada y seca hacía mucho tiempo; en la otra, un timón. En la pared a mi derecha, dos remos cruzados, y a mi izquierda, óleos con escenas de pesca. Por detrás del escritorio había arpones, cuchillos y otras herramientas que probablemente sirvieran para destazar ballenas; y frente a éste, justo sobre la puerta, una red rota en varios lugares que ostentaba en el centro un trozo de madera con la palabra *Profundos*.

Mientras admiraba esas piezas que seguramente cruzaron el océano en busca de ballenas y bacalaos hasta Terranova e Islandia, soportando fríos que calan los huesos, tormentas y soledad, volvieron a mí los aromas del bacalao al pil pil que preparaba mi abuelo y del bacalao con chocolate que era la especialidad de mi abuela; estaba saboreando estos recuerdos cuando se abrió una puerta a mi derecha e ingresó un hombre mayor, de unos setenta años. Era alto, algo encorvado, con la delgadez propia de la edad; su pelo era de un color blanco hueso y vestía un traje gris oscuro sobre cuya solapa izquierda pendía una fíbula con forma de ancla, tallada en alguna clase de piedra de color negro con vetas azules. Lucía anteojos redondos de metal y una camisa blanca de lino, cerrada en el cuello por un moño tan verde como la menta. Un pañuelo rojo, casi bermejo, asomaba en el bolsillo del traje.

El anciano caminaba con paso cansino y gesto adusto; en una mano traía una carpeta de cuero tan gastada como él, y en la otra, un bastón sobre el cual se apoyaba para caminar. Atrajo mi atención ese extraño soporte que parecía una rama de árbol retorcida.

Su voz cavernosa me arrancó sorpresivamente de mis cavilaciones.

—Buenas tardes señor, Larraquegui.

—Buenas tardes.

—Usted viene por la casa de su abuelo, ¿verdad?

—Así es.

—Bien, aquí tengo una copia del testamento.

—Gracias.

—Y aquí, el título de propiedad.

—Gracias.

—Le comento, señor Larraquegui, que junto con el caserío usted ha heredado la porción de terreno donde están sepultados sus ancestros; ambas propiedades son inseparables según nuestras costumbres.

—De acuerdo.

—Necesito su firma aquí y aquí.

Firmé los dos ejemplares del título y me dio uno de ellos.

—Señor Larraquegui, bienvenido a Ataun.

—Muchas gracias por su bienvenida, señor Zugazagoitia.

Cuando terminamos de estrechar nuestras manos me ofreció una copa de Patxaran y, como nunca lo había probado, acepté.

Se hace con el fruto del espino negro y tiene un color ámbar profundo con un leve tono rojizo; al probarlo sentí un fuego dulce subiendo a mi nariz y bajando luego a la garganta, tras el alcohol mi paladar recibió un sabor a campo silvestre.

Mientras degustábamos la segunda copa le pregunté por el bastón que tanto había llamado mi atención.

—Que notable pieza trae usted consigo.

—¿Le gusta?

—Sí, es de una confección muy rara.

Me la alcanzó y me dijo:

—Es una makilla, hay muy pocos artesanos que las fabriquen a la manera tradicional.

Luego de mirarla detenidamente y devolvérsela le pregunté.

—¿A la manera tradicional?

—Sí, es un proceso muy largo; el artesano va en primavera a algún lugar abundante en nísperos, elige uno, escoge la rama más apta y le hace incisiones de acuerdo a su estilo. En diciembre, cuando la savia que salió por esas incisiones ya hizo sus dibujos sobre la rama, se la corta y se la deja secar por dos años. Una vez seca se hace la punta de cobre y la empuñadura de cuero trenzado, generalmente es la esposa del artesano la que realiza la empuñadura. Para terminar, se le graba alguna frase en euskera.

—¿Y cuál es la frase de la suya?

—Tekelili.

—¡Oh!, ¿qué significa?

—No es euskera, es un sonido que se escucha a veces en la espesura de los bosques.

—Parece el canto de un ave.

—No, no es un pájaro, tal vez un ser mitológico que todavía está entre nosotros.

Su cara adquirió un aspecto sombrío. Entonces agregó secamente:

—No le quito más su tiempo, seguramente desea ir a su nueva casa.

Abrió un cajón, sacó un manojó de llaves y me las dio.

—Señor Larraquegui, aquí están sus llaves, que disfrute de su estancia en Ataun.

Nos dimos la mano.

—Muchas gracias.

—Lo acompaño.

Mientras nos dirigíamos a la puerta de la habitación le comenté:

—Veo que su familia se dedicaba a la pesca.

—Sí, la familia de mi padre pescó ballenas y bacalaos desde Terranova hasta Maine.

—Qué interesante.

—Hagamos una cosa, cuando termine de instalarse lo invito a almorzar y le cuento la historia de mi familia.

—Trato hecho.

Ya en la puerta, me indicó cómo llegar al caserío.

—Siga por este camino y en quince o veinte minutos estará en su casa.

Nos dimos la mano y nos despedimos cortésmente.

Me fui caminando despacio. Durante un largo trecho el río Agauntza fue mi compañero. Su extrema transparencia dejaba ver las piedras redondeadas que formaban el lecho y el leve sonido que hacía al correr producía en mí un efecto sedante como ninguna otra cosa lo había hecho.

Se trata de un lugar muy húmedo, los troncos de muchos árboles están cubiertos de una pátina de hongos blanquecinos y de un moho verde, claro y brillante. Son árboles añosos, algunos muy altos. Robles, castaños, encinos, hayas.

El aroma del bosque le llena a uno los pulmones de vida. Aunque por detrás siempre hay un olor a humedad, no es ese rancio olor a humedad de los lugares cerrados, sino a humedad verde.

En el camino encontré a dos parroquianos juntando hongos. Nunca vi hongos tan grandes. Algunos de ellos tenían el sombrero chato y amarillento, y otros con forma de cúpula del tamaño de un puño cerrado y de color rojo amarronado.

Ambos hombres me saludaron en euskera y yo hice lo mismo:

—¡Egun on!

Sabía muy poco del idioma, así que si quería mudarme o venir por largos períodos de tiempo debería aprenderlo, la gente aquí en su mayoría habla en euskera. Es sorprendente cómo un idioma tan arcaico ha sobrevivido a la oleada indoeuropea y a la influencia de Roma. ¡Admirable!

El camino se estaba volviendo cuesta arriba muy de a poco.

Mientras cavilaba sobre cómo seguir con mi vida ahora que tenía una casa aquí, observé que las piedras sobre la tierra parecían tener una envoltura de ese mismo moho verde claro; cuando paseara por el bosque tendría que tener cuidado de no

resbalarme.

Y en el momento en que ya empezaba a sentir el cansancio, llegué.

El caserío está al pie de una pendiente tapizada de verde y coronada de árboles, detrás de los cuales se divisan montes mucho más altos.

Subí por el sendero de tierra y caminé alrededor de la casa. Lo primero que vi fue el escudo familiar, forjado en hierro, sobre el dintel de la puerta. Mi abuelo me contaba orgulloso: «Según nuestros fueros todos los vascos somos nobles; ricos y pobres, hombres y mujeres, niños y adultos; no por ganar alguna batalla importante o por lamer los pies de algún rey sino solo por el hecho de haber nacido aquí», y agregaba, «Nunca dejes que alguien te menosprecie solo por ostentar un título de nobleza».

El caserío estaba muy bien conservado teniendo en cuenta sus quinientos veinte años. Las paredes, hasta el nivel del primer piso, son de piedra caliza pintadas a la cal, con todas sus ventanas y su única puerta de color verde oscuro. Detrás está el cobertizo.

En sus costados norte y sur tiene matorrales muy crecidos.

Cuando estuve otra vez frente a la puerta, puse la llave y me detuve unos instantes, respiré hondo, y cuando finalmente entré, no pude contener el llanto. Estaba en la casa que mis ancestros habitaron por cientos de años. Me quedé paralizado durante un momento muy largo, mirando alrededor a través de las lágrimas. Recorrer las habitaciones, la cocina; ver los muebles, las herramientas de campo; encontrar la boina negra de mi abuelo sobre su cama y en un cajón de la cómoda las sábanas de lino con las que fue envuelto al nacer, me hicieron sentir mucha melancolía. Todo ese día tuve el pecho cerrado por la emoción.

Pasé los siguientes cinco días yendo al pueblo sólo a comer, el resto del tiempo lo aprovechaba para revisar todo: la cuadra, el gallinero y el cobertizo con el carro. El desván hecho de tablas de roble cortadas a hacha, con las kutxas de madera labrada para guardar los granos, era el ambiente más grande ya que ocupaba el equivalente a todo el espacio de la casa. Recorriéndolo, recordé con una sonrisa lo que mi abuela me decía sobre el viento norte: «El viento norte es muy fuerte y frío, por eso la puerta mira al Este y la mayoría de las ventanas al Este y al Sur, solo hay una pequeña ventanita hacia el Norte», y mi abuelo agregaba «Por eso también el eje del techo es de Norte a Sur, para que los vientos del Norte no arranquen las tejas».

Las paredes internas de piedra y mortero estaban cubiertas de cuadros costumbristas, pescadores, campesinos, herreros, dantzaris.

Fueron cinco días muy emotivos. Sentía rabia por no haber podido venir cuando mi abuelo todavía estaba y emoción hasta las lágrimas por pisar el suelo que mi familia pisó, por ver las mismas imágenes que veían ellos desde las ventanas, por usar las cosas que ellos usaron: jarras, tazas, platos.

En su habitación había una pequeña kutxa, también labrada y cerrada con un candado. Hacía un par de días que había encontrado la llave pero sentía que era una

invasión a sus cosas personales. Finalmente me decidí a abrirla, y encontré una enorme cantidad de papeles y otros documentos: diarios *Euzkadi* y *Bizkaitarra*, cuartillas de Solidaridad de Trabajadores Vascos y del Partido Nacionalista Vasco, una gramática de euskera de Arturo Campión impresa en Tolosa en 1884, una *Guía Histórico-descriptiva del viajero en el señorío de Bizkaia* de J. Delmas de 1864, una *Recopilación de los fueros de Gipuzkoa* de 1867, una revista dedicada al Aberri Eguna de 1932; fotos de Sabino Arana, discursos de un tal José Antonio Agirre, una copia mecanografiada del proyecto de estatuto de autonomía, afiches y una ikurriña.

Sabía que mi familia era nacionalista, pero no que estaba tan comprometida con la causa.

Por las tardes salía a sentarme afuera a tomar mi café y solía recordar las historias que me contaba mi abuelo, como las leyendas de Sugaar, de Gaueko, o de la cueva de Agamunda donde vive Mari. Dos leyendas en particular me causaban escalofríos: aquella de que las almas de los antepasados volvían de noche a los caseríos por medio de túneles que estaban conectados a las cuevas; y la que prohibía dar tres vueltas a la casa durante la noche, a riesgo de no volver a ser visto, como le sucedió a Kataliñ... Tal vez por esa razón, cuando veía los rayos del sol cerca del horizonte por entre los árboles, algún tipo de miedo atávico, algún desasosiego instintivo, como aquel que había sentido sin razón alguna en la puerta del señor Zugazagoitia, me urgía a continuar con lo que quedaba de mi jarra de café dentro de la casa.

Poco a poco fui integrándome al pueblo. Por las tardes solía frecuentar la sidrería de Isusquiza para leer el diario con los toneles a la vista, beber sidra acompañada con queso de oveja, un exquisito dulce casero de membrillo y una buena ración de nueces; y para divertirme, como observador, con las bulliciosas partidas de mus, las que, sin embargo, a pesar de la alegría, no escapaban al manto ominoso que día a día se apoderaba del pueblo.

Yendo a misa los domingos, pude conocer a los padres Sagasbarría y Undabarrena. El primero era el más anciano, con sus ochenta y dos años, era una persona extraordinaria, se lo reconocía de lejos por su boina, sus anteojos, su sotana y su echarpe, y por el encantador sonido de la armónica que siempre llevaba consigo. Me sorprendió ver un anillo episcopal en la mano izquierda de un párroco.

Él me llevó a visitar esa parte de la Iglesia llamada yarleku donde están enterrados mis antepasados más antiguos, el espacio es grande, hay mucha gente del pueblo enterrada allí. Me trajo una argizaiola, encendimos la vela arrollada a su alrededor y la pusimos sobre la tumba, rezando ambos el Padre Nuestro, él en euskera y yo en castellano.

El sábado 18 de julio hice honor a la invitación del señor Zugazagoitia y fui a almorzar con él y su familia.

Por alguna extraña razón la casa seguía produciéndome temor.

Esta vez el propio anfitrión me abrió la puerta, justo cuando estaba observando con detenimiento las extrañas geometrías de las rejas de las ventanas:

—¡Señor Larraquegui! ¡Lo estábamos esperando, pase usted por favor!

—Muchas gracias, señor Zugazagoitia —dije, aceptando su apretón de manos, que todavía era fuerte a pesar de su edad.

—Le presento a mis hijas: Maite Teresa y Argi.

Saludé a las dos muy educadas y pudorosas muchachas, y me sorprendió su juventud. Argi tendría catorce y Maite no superaría los diecisiete.

Sabía por experiencia propia que los vascos eran, en general, de costumbres reservadas (yo mismo era parco a la hora de hablar de mis asuntos personales); por eso jamás pregunté por la esposa de mi anfitrión, cuya ausencia ahora, en vista de la edad de sus hijas, me intrigaba.

Pasamos al comedor donde ya nos esperaba el señor Arrazubi, Alcalde del pueblo.

El señor Zugazagoitia nos presentó muy cortésmente.

El Alcalde me dijo en un tono amargo, mientras me daba la mano:

—Yo conocí a su abuelo, éramos grandes amigos y compartíamos un gran amor y preocupación por nuestra patria. Su partida me afectó profundamente.

—Le agradezco que lo apreciara tanto, señor Alcalde.

Había algo en su tono de voz, una preocupación que no parecía relacionada con mi abuelo sino con esa tensión que se sentía en el ambiente desde mi llegada al pueblo.

Nos sentamos a la mesa y a los pocos minutos, Andoni, el mayordomo, nos trajo la comida: mondejus de sangre de oveja, kokotxas de bacalao en salsa verde, y atún a la manera de Santurtzi, todo acompañado con un excelente txakolí de Getaria, la cuna del célebre Don Sebastián Elcano.

Hablamos de generalidades durante aquel banquete: mi familia, mis ocupaciones en Argentina y cosas por el estilo. Yo aproveché el momento para expresar mi genuina satisfacción por encontrarme en Ataun.

Estábamos degustando ya el almibarado sabor del muxu goxu, cuando el señor Zugazagoitia se dirigió a mí:

—Recuerdo que usted se había quedado asombrado con los objetos de mi escritorio.

—En efecto, son notables, dignos de la sala de un museo etnográfico.

—Entonces haré honor a mi promesa y le contaré sobre mi familia.

En ese momento el Alcalde miró a nuestro anfitrión con marcado asombro, como quien está a punto de escuchar un secreto celosamente guardado o como quien teme el alcance de una revelación.

—Mis antepasados —inició su relato el señor Zugazagoitia— comenzaron con la pesca de ballena en 1184, pero no iban más allá de los territorios de Islandia. Recién en 1507 llegaron a Terranova, en tierras americanas. Permanecían en aquellos

inhóspitos parajes, alejados de la mano de Dios, de tres a cuatro meses y regresaban entonces con su cargamento de bacalao, y grasa y aceite de ballena.

»Su principal asentamiento era Red Bay en Canadá, pero llegaron hasta Maine, Estados Unidos.

—¿Maine? —inquirí— Últimamente se han mencionado en los periódicos extraños incidentes en sus bosques.

—Ciertamente siempre han sucedido cosas extrañas en esos bosques.

En ese momento pude ver cómo una sombra cruzaba por su rostro.

Llamó al mayordomo y le pidió el «cofrecillo de las medallas». Luego prosiguió con el relato:

—El último barco que mis antepasados tuvieron fue el «Profundos»: 18 metros de quilla, 21 en la línea de flotación y 39 en total. Más de 2 metros de calado y poco más de 10 de ancho. El «Profundos» solía llevar una tripulación de ochenta hombres y seis chalupas para la cacería.

Yo escuchaba embelezado, aunque muy poco entendía de todo aquello. La admiración del señor Zugazagoitia por sus ancestros era contagiosa. Le pregunté si las sobrecogedoras herramientas que había visto en su estudio pertenecían a aquel barco.

—Así es, todo lo que usted vio allí viene del «Profundos». El tonel con capacidad para doscientos litros de grasa de ballena, los arpones, las lanzas y los sangradores. Por supuesto, no todo está expuesto, pero usted vio también las herramientas para derretir la grasa y para destazar ballenas.

Imaginé por un momento el pavoroso escenario de la cubierta del barco en plena faena y pensé en la fiereza de esos hombres, y su contraste con la caballerosidad de mi anfitrión. Debo reconocer que la sola idea de un leviatán como esos, desangrándose y tiñendo de rojo las aguas del mar, me provocó un nudo en el estómago. Controlé como pude el ligero temblor que se apoderó de mi cuerpo y le pregunté:

—Supongo que ha de haber habido muchas muertes, más allá del peligro de la actividad ballenera, por el frío y el escorbuto.

—Veo que algo entiende de las tribulaciones del mar. No conozco muertes por escorbuto, la sidra es muy buena para eso, pero por el frío sí, la invernada entre 1576 y 1577 fue terrible, hubo cientos de muertos.

—Eso debe haber sido terrible —intervino el Alcalde, a lo que asentí en silencio.

—Sí, fueron años muy luctuosos.

En ese momento, Andoni regresó con el cofrecillo en sus manos. Lo depositó en la mesa y se retiró.

—¿Estaban en algún lugar apartado de las regiones del Canadá o tenían contacto con los nativos? —intervine entonces, sin poder evitar mi curiosidad profesional.

—Solían intercambiar productos con los Micmac y los Iroqueses, formándose incluso una mezcla entre sus lenguas y el euskera para poder entenderse. Ellos

contaban extrañas historias sobre seres que habitaban en el mar y en algunas ocasiones salían a tierra firme que pasaron de generación en generación y que mis abuelos solían relatarme.

Sonré para mis adentros, los relatos de abuelos a nietos alrededor del fuego del hogar eran frecuentes en Ataun.

Entonces abrió el pequeño cofre y me lo tendió, el mismo estaba lleno de medallas con escenas de pesca y cuyas rúbricas mencionaban diversas ciudades pesqueras como Bermeo, Lequeitio, Donostia, Biarritz, Irún, entre otras.

Mientras las admiraba, el señor Zugazagoitia me dijo:

—¿Le gustan?

—Son de un valor histórico notable, se imagina mi entusiasmo —respondí tan absorto como quien contempla un tesoro.

—Elija la que más le guste.

Al principio no comprendí sus palabras de tan abstraído que estaba, apenas caí en la cuenta de su ofrecimiento, me negué enfáticamente, ¡aquello era valiosísimo para su familia!

Entonces el señor Zugazagoitia revisó la caja, como buscando una en particular y me la ofreció:

—Me ofenderé si no la acepta —dijo, con lo que tuve que aceptar a riesgo de insultar a mi muy generoso anfitrión.

El señor Alcalde celebró aquel gesto.

La medalla representaba una chalupa con pescadores, y en lugar de la clásica cola de ballena que había visto en otras, un extraño ser que los observaba desde el agua, seguramente uno de los que mencionaban los indios.

Agradecí nuevamente y la guardé en el bolsillo superior de mi chaqueta.

A media tarde pasamos a la sala de estar para degustar patxarán con muffins que, según mi anfitrión, una institutriz irlandesa había enseñado a preparar a sus hijas. Todos alabamos la exquisita confitura obra de las delicadas manos de la joven Maite, quien se ruborizó ante nuestros merecidos elogios.

A instancias del dueño de casa, el señor Alcalde bailó para mí una parte del auresku —esa danza ceremonial habitual entre los vascos para sus celebraciones de honor— al son de un txistu y un tamboril tocados por la pequeña y dulce Argi.

Pero todo habría de terminar de modo abrupto cuando Andoni entró intempestivamente en la habitación con rostro demudado:

—Señores, los militares se han sublevado.

El dueño de casa se levantó de inmediato y poniéndole una mano en el hombro, le inquirió, como quien habla con alguien de gran confianza:

—¿Qué escuchaste?

—El general Queipo de Llano se sublevó en Sevilla y hay una proclama de un tal general Franco.

El rostro del señor Zugazagoitia cambió de la amabilidad y el agrado por la

charla, a la desazón y la preocupación. Sus dos hijas se tomaron de las manos y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

El silencio que siguió fue roto por el sonido de la aldaba contra la madera de la puerta.

De regreso de la entrada, acompañaba a Andoni un hombre de unos treinta años, agitado y sudoroso.

Al verlo, el Alcalde le preguntó, poniéndose de pie:

—¡Juan Cruz!, ¿qué sucede?

—Señor, Mola sublevó Nafarroa.

La cara del señor Arrazubi se ensombreció aún más; suspiró, terminó su copa de patxarán y nos dijo:

—Señoritas, señores, debo ir a la alcaldía, estamos demasiado cerca de Nafarroa.

—Por supuesto, Iñaki, ve, y cualquier cosa que necesites me avisas —dijo el señor Zugazagoitia.

—Muchas gracias, Iñigo, no dudaré en hacerlo —y girando hacia mí, agregó—: Señor Larraquegui, usted nos habló de la kutxa que halló en su casa.

Lo miré con atención y él prosiguió:

—Esconda su contenido lo mejor que pueda. No va a ser bueno que le encuentren esos papeles y esos libros.

Asentí en silencio.

El Alcalde miró a todos los presentes una vez más y se despidió diciendo:

—Buenas tardes. ¡Gora Euskadi Askatuta!

A lo que todos, incluso las muchachas, respondieron:

—¡Gora Euskadi Askatuta!

El Alcalde y el hombre que vino a buscarlo se retiraron.

El señor Zugazagoitia se abrazó a sus hijas y mientras lo hacía se dirigió a mí:

—Señor Mikel, siga el consejo de Iñaki, esconda la kutxa lo mejor que pueda, y si posee una escopeta, téngala lista; la derecha odia a la gente con los ideales de su abuelo.

—Lo haré, muchas gracias por todo.

Nos saludamos y Andoni me acompañó a la puerta.

El camino de regreso fue tenso. La poca gente con la que me cruzaba, mantenía la mirada en el suelo, temerosa.

Ya en el caserío escondí los papeles de mi abuelo en varios sitios de la casa y preparé la escopeta que, por suerte, estaba limpia; subí al desván y bajé varias cajas de balas.

El ambiente general pasó de opresivo y ominoso, a una mezcla de temor e ira. Y todo empeoró una semana después.

El sábado 25 había ido a la Iglesia a escuchar un recital de música sacra que iba a ejecutarse con el maravilloso órgano medieval, a cargo de una joven del pueblo: Lora Eguzki Zubizarreta, la hija de la bibliotecaria.

Resultaba un extraño contraste, la delicadeza y suavidad con la que la joven deslizaba sus dedos por el teclado y los sonidos oscuros que le devolvía el órgano. Y como si fuera una burla del destino, en el momento en que la composición pasaba de la tocata a la fuga, comenzaron a sentirse los estampidos.

Aún así, la concertista prosiguió, hasta que el ruido de las escaramuzas compitió con las voces del propio órgano.

En ese momento salimos a ver qué sucedía y vimos concretado frente a nuestros ojos aquello que tanto habíamos estado temiendo: soldados y civiles disparándose, gritos, gente corriendo, caballos desbocados en desenfrenada carrera que arrojaban los contenidos de los carros a los que aún se hallaban unidos.

Cuando todo terminó, un grupo de soldados ataviados con botas negras, uniformes caqui, boinas rojas con borlas y escapularios, se agruparon en formación marcial para luego dirigirse al ayuntamiento.

Desde los ventanales fueron recibidos a tiros, pero la abrumadora superioridad numérica de los invasores hizo que la batalla durase poco tiempo.

A los pocos minutos, unas veinte personas fueron retiradas del edificio con las manos en la nuca.

El oficial a cargo dispuso que los prisioneros mirasen al mástil, para luego ordenar a dos de sus hombres que disparen contra éste. El asta con la ikurriña cayó al piso. Acto seguido, el oficial caminó ostentadamente hasta ella, la pisoteó, y luego, hecha un trapo sucio y deshilachado, la arrojó a las aguas del río.

A continuación los prisioneros fueron llevados al borde del río, donde se los colocó en línea, y alguien, no pude ver quién, gritó desde un extremo alejado: «Pelotón, ¡prepárense!»

El padre Undabarrena salió corriendo hacia el lugar, tal era su prisa y exaltación, que no nos dio tiempo a hacer nada para detenerlo. Se plantó frente al oficial y le espetó:

—¿Qué cree usted que hace?

Desde su superioridad, el militar respondió arrogantemente:

—¿Quién lo pregunta?

—Soy el padre Odon Undabarrena.

El oficial contestó sin abandonar su tono altanero:

—Padre, usted debería estar contento, vamos a terminar con esta escoria rojo-separatista que pretende destruir la fe y dividir España.

Irguiéndose, el padre replicó:

—Estos hombres son buenos cristianos.

—¿Porque dejan ofrendas generosas en sus misas?

—No, porque aman a Dios y a su pueblo. ¿Cree usted que Dios va a estar satisfecho con usted cuando lo llame a rendir cuentas?

La ira del oficial sobrepasó su cinismo:

—No lo sé, pero usted sí se enterará muy pronto si Dios está conforme con su

actitud frente a esta lacra traidora.

Y, sacando una máuser de su cartuchera, transformó el rostro del padre en una masa sanguinolenta, merced a los múltiples disparos que, con saña feroz, descargó sobre él.

Tuve que dejar a un lado mi asco y mi impotencia para sostener al padre Sagasbarría que estuvo a punto de desmayarse ante aquel hecho atroz. Muchos se taparon los ojos, por suerte sólo unos pocos disfrutaron de la carnicería.

La abominable bestia que había perpetrado el crimen, gritó:

—¿Alguien más tiene algo que decir?

Como nadie respondiera, se dirigió al pelotón:

—¡Preparen! ¡Apunten!

En ese instante, los veinte gritaron: «¡Gora Euskadi Askatuta!»

—¡Fuego!

Todos los prisioneros cayeron al suelo. Sus cuerpos pronto siguieron a la ikurriña en la corriente del río.

La situación fue poniéndose cada vez más difícil, todos los días había algún fusilamiento. El diario *Euzkadi* ya no llegaba, sólo los diarios golpistas. Ya no se podía hablar en euskera en los lugares públicos, los vigilantes voluntarios estaban atentos a todas las conversaciones y la misa solo podía celebrarse en latín.

La quema de libros, periódicos e ikurriñas era cosa de todos los días.

Lo único que nos conectaba con el exterior era Radio Euskadi, cuya señal se captaba mejor por la noche, por ella me enteré de que Gipuzkoa iba cayendo poco a poco en manos enemigas.

Un aciago día de agosto la emisora difundió la noticia del fusilamiento del maestro García Lorca, al que había tenido el gusto de conocer en mi Buenos Aires natal, en el frecuentado bar Iberia, a la salida del estreno de una de sus obras de teatro.

Aquello tendió un velo de desazón sobre mi espíritu, como si el último ultraje posible hubiese sido ya cometido. Esa noche lloré ante la noticia y el recuerdo del querido padre Undabarrena cayendo bajo las balas franquistas.

Poco a poco algunos nacionalistas se pusieron en contacto conmigo. Las primeras fueron Arantzazu, la bibliotecaria, y su hija Lora. En cortas y apresuradas charlas llegaron a comunicarme que se esperaba que las Cortes votaran el estatuto de autonomía, así, cuando asumiera el Lehendakari elegido, la resistencia podría ponerse en movimiento. Pero las cosas se demoraban y todo empeoraba.

El terror había sumido al pueblo en una especie de aletargamiento enfermo que carcomía los espíritus. Los únicos que se paseaban tranquilos por las viejas y sombrías calles eran los soldados y sus soplones.

No pude concurrir más a la sidrería a ver las partidas de mus, pues ésta había sido

tomada por la milicia y ya no era un buen lugar para tomar un trago o jugar.

Finalmente, una luz de esperanza brilló el primero de octubre. El estatuto había sido votado. Seis días después, en Gernika, asumiría el nuevo Lehendakari.

Arantzazu llegó hasta mi casa y me invitó a acompañarlas, a ella y su hija, a la asunción; por mi parte, haría cuanto pudiera por proteger a las dos damas.

Nunca había pensado en estar involucrado en algo como esto, pero estaba dispuesto a hacerle difícil el camino a los fascistas, así que acepté.

El día 7 estuvimos allí, en Gernika. Era tal la cantidad de gente que no pudimos entrar al salón de la Casa de Juntas, donde José Antonio Agirre sería proclamado Lehendakari. Tuvimos que quedarnos en el patio principal, a un costado del viejo y venerado roble. Luego de media hora, el joven de gesto serio y firme salió por la puerta acompañado de un grupo de hombres. Su actitud revelaba la decisión de no claudicar en el lugar que la historia le había otorgado.

Luego de su solemne juramento frente al árbol sagrado, la multitud prorrumpió en vítores y aplausos, como si toda la esperanza de un pueblo hubiese sido depositada, en ese instante, sobre sus hombros.

Mientras la multitud se dispersaba, y nosotros en ella, escuchamos los primeros rumores: los alemanes estaban ayudando a los golpistas. Pero había algo más, al parecer, alguna especie de brigada de elite que estaba buscando algo; obviamente con el visto bueno de los jefes golpistas.

Al llegar a Ataun, nos enteramos de que el rumor ya había llegado hasta allí. En casa de Arantzazu esperaba un mensaje enviado por el padre Sagasbarría, en el que la citaba urgentemente en la casa parroquial.

Decidí acompañarla para velar una vez más por su seguridad.

Alrededor de una mesa, con una jarra de café humeante y de intenso aroma, el padre nos contó lo que otro sacerdote muy amigo suyo le había confiado: un grupo de hombres extranjeros, vestidos de negro y con insignias como dobles rayos de plata, llegaron hasta Elorrio, todavía en manos republicanas, y casi destruyeron por completo la ermita de Argineta y sus veintitrés sepulcros de piedra.

—Manteniendo al padre Juan dentro de la ermita, abrieron los sepulcros de piedra uno a uno; tomaron nota de las inscripciones de las tapas y, como aparentemente no encontraron lo que buscaban, revolvieron el interior del templo. Como allí tampoco hallaron lo que buscaban, se fueron.

—¿Qué podrían estar buscando como para profanar la necrópolis? —acotó Arantzazu.

—No puedo llegar a imaginarlo, pero debe ser algo muy antiguo, por eso empezaron en Argineta —respondió el padre.

—Seguramente —pensé en voz alta, más para mí que para mis interlocutores— es algo religioso, algún documento o algún objeto.

El sacerdote me miró y dijo:

—Pero, ¿para qué podrían quererlo?

—Si es muy antiguo o muy raro, para venderlo —respondí.

El padre agregó entonces:

—Tal vez. Al parecer, prestaron especial atención a los libros —y dirigiéndose a Arantzazu, agregó—: por ese motivo la llamé.

¿Un libro? Mi mente pronto se extravió en el misterio.

—¿Una biblia en euskera, tal vez? —aventuró ella.

Los tres nos miramos unos segundos y pregunté:

—¿Hay biblias en euskera?

El padre me miró, asombrado por mi ignorancia, y me dijo:

—¡Por supuesto! La primera traducción es la protestante de Leizarraga, del siglo XVI, si mal no recuerdo.

—Bien, entonces tenemos una pista, un ejemplar de esas características puede valer una fortuna en el mercado negro. Siempre hay coleccionistas dispuestos a todo por esas joyas.

Ante mi respuesta, Arantzazu propuso:

—Voy a revisar los libros más antiguos que tenemos, a ver si hay alguno que les pueda interesar.

—¿Siguen en la biblioteca? —inquirió el padre Sagasbarría.

—No, los llevé a un lugar seguro.

—Bien, bien. Sólo quería que usted estuviera atenta. Ahora, vayan con Dios y tengan cuidado al volver a sus casas. Ya saben que los lobos andan rondando.

Luego de darnos la bendición, puso su mano en mi hombro:

—Gracias por acompañarla.

—Padre, ¡ni lo mencione, por favor!

Lo saludamos y nos retiramos.

Los días transcurrieron y tomé la costumbre de pasar un par de horas en la ventana mirando el camino, con la escopeta apoyada entre el piso y la pared; tenía la sensación de que debía esperar algo, pero no sabía qué.

Una de esas noches, la tranquilidad impuesta por las armas, que reemplazó a la tranquilidad propia del pueblo, se esfumó.

Salidas ya las estrellas, noté que el bosque había perdido sus sonidos. Me erguí con temor. Un escalofrío recorrió mi espalda, todo un bosque en silencio impresiona y asusta.

El silencio podía palpase, pesado y frío sobre uno. Hacia el oeste, bastante cerca de mi casa, en la cima de un monte, vi un pequeño resplandor que parecía una fogata. Minutos más tarde le respondían otros resplandores desde montes vecinos.

Una hora después un sonido lejano, parecido al golpear de madera contra madera, rompió, aunque levemente, el omnipresente silencio.

La intranquilidad me acosaba y un sudor frío mojaba mi frente; mi pie hacía rato

que golpeteaba el piso sin cesar, sin que yo lo notase.

Y aparecieron.

Varios vehículos pasaron a toda velocidad rumbo al pueblo, levantando una nube de tierra.

No pude verlos con claridad, pero por el tipo de transportes supe que eran los extranjeros de los que nos había advertido el padre. Tuve un extraño presentimiento: algo muy malo pasaría.

Al día siguiente, en la hora del crepúsculo, después de regresar de Beasain con Aitor, me dirigí a mi casa. Mientras subía por el sendero sentí, por entre los matorrales que dan al camino, una suerte de jadeos y como lloriqueos. Tomé una piedra y me acerqué con cuidado.

—¡Maite!

La jovencita, asustada, se arrastró retrocediendo para alejarse de mí.

—¡No se asuste! ¡Soy Mikel! —le dije en voz baja, tendiéndole la mano.

Me miró con los ojos desorbitados y cuando me reconoció, se me acercó andando sobre sus manos y rodillas, y se abrazó aterrorizada a mis piernas.

—Lo siento —dijo a través de los sollozos entrecortados—, no sabía a dónde ir, no quise involucrarlo.

La tomé por los brazos y la ayudé a ponerse de pie. Estaba transpirada, sucia y en su ropa había manchas de sangre.

Rodeé sus hombros con mi brazo y cuando me dispuse a llevarla dentro de casa, ella me detuvo y me empujó, presurosa, hacia la parte de atrás.

Allí estaba, obviamente, su perseguidor: traje militar negro, dos claras runas *sigel* relucían en su antebrazo. El hacha que tanto me llamara la atención en la casa de Zugazagoitia estaba incrustada en el empeine de su pie izquierdo. Algo blancuzco llenaba su boca monstruosamente abierta. La expresión de su cara me heló la sangre.

¿Que podía causar tal terror?



Ilustración: Tut

Al aproximarme, vi que lo que deformaba su boca era un hongo.

Sin mediar palabra, fui al cobertizo, tomé una pala, y cavé un pozo lo más rápido que pude para enterrarlo. Disimulé la tumba lo mejor que pude.

Entonces sí la llevé adentro. Ella había permanecido todo el tiempo temblando en silencio a mi lado.

Le serví una taza de café caliente y esperé hasta que estuvo lista para contármelo todo.

Yo tampoco podía dejar de temblar.

—Llegaron esos hombres, entraron a la casa y lo revolvieron todo. No sé qué buscaban. Golpearon a Andoni y a mi padre. A mi hermana y a mí nos tomaron del pelo y nos llevaron a la rastra a nuestras habitaciones.

»De pronto, dispararon desde fuera. Yo no entendía qué pasaba pero aproveché la confusión del hombre que me retenía, le pegué con un libro en la cara y salí corriendo por los fondos de la casa. Pero me siguió.

Como vi que no continuaba el relato sino que comenzaba a sollozar nuevamente, le pregunté para animarla a seguir:

—¿Cuánto hace que estaba oculta en los matorrales?

Ella sacudió la cabeza y gimió:

—No lo sé... tal vez horas...

—¿Cómo encontró el camino? ¿Ya había estado por aquí?

—Sí, yo era la encargada de mantener limpia la casa hasta que usted llegara. Igualmente por el andabide es fácil.

—¿Andabide?

Ella continuó en voz baja:

—Es el camino que une el cementerio de la iglesia con la casa, todas lo tienen. Y cada muerto debe ser conducido por él a su tumba. El último trecho de su andabide coincide con el nuestro. Lo recuerdo bien, por mi madre.

Asentí en silencio y le di unos minutos para reponerse de ese doloroso recuerdo que se sumaba a su situación presente. Luego inquirí:

—¿Es fácil de seguir?

—Únicamente para quien lo conoce. Discurre por el medio del bosque y la niebla ayuda para pasar inadvertido.

—Bien, puedo ir por allí hasta la casa de su padre, para ver qué sucedió.

—¡Vamos! —gritó, levantándose de golpe, y tuve que tomarla por los hombros para refrenarla.

—¡No! Ahora tiene que descansar.

Con desesperación comenzó a repetir una y otra vez: «No sé qué buscaban...»

La abracé para calmarla y se acurrucó en mi pecho. Cuando vi que estaba más tranquila, le pregunté:

—¿Son una familia religiosa?

Ella, sorprendida, me respondió:

—Sí, pero no somos cristianos. ¿Por qué pregunta?

—Porque estos mismos hombres casi destruyen la ermita de Argineta en su búsqueda; por eso supusimos con el padre Sagasbarría que buscan algún objeto religioso.

La muchacha susurró un «no lo sé» y se puso a llorar.

La conduje a una de las habitaciones para que tratara de dormir. Yo me quedé apostado en las dos ventanas del cuarto, alternando entre la que daba al camino y la que miraba hacia el bosque.

Una hora después comenzó a quejarse de dolores. Puse mi mano en su frente para ver si tenía temperatura, y la noté tan fría como si estuviera muerta.

Algo en su vientre temblaba. Su estómago, su hígado, no lo sé, nunca había visto semejantes síntomas. Me causó una gran conmoción, parecía tener dentro algo vivo pugnando por salir.

Quise ir a buscar al doctor, pero ella me detuvo:

—¡No! ¡Es un cerdo fascista, sólo va a delatarnos!

No sabía qué otra cosa hacer, me senté junto a ella y justo cuando trataba de tranquilizarme y ordenar mis ideas, Maite tuvo una horrible arcada y vomitó sobre mí un líquido verde semejante a la bilis pero que, al mismo tiempo, parecía no serlo.

Cuando sujeté su brazo, noté que su piel era húmeda y lisa, como recubierta de vidrio. Parecía estar tocando un batracio, Me causó un gran rechazo y mi primer impulso fue soltarla. Ella me miró con lágrimas en los ojos y volvió a vomitar.

Casi una hora transcurrió de este modo hasta que todos los síntomas comenzaron a desaparecer de a poco. Entonces la cambié de habitación y se durmió.

Luego de limpiar, volví a las ventanas. Había presenciado algo muy extraño y repulsivo, pero no podía dejar de sentir ternura por la muchacha.

El sol de la mañana me despertó, me había dormido delante de la ventana. Me acerqué a la cama y Maite estaba profundamente dormida.

Sentí que golpeaban la puerta, así que me asomé a la ventana y desde arriba vi a Arantzazu; el terror desfiguraba su cara.

La hice pasar, venía a contarme lo que había sucedido en la casa de Maite. Por mi parte, la llevé a la habitación mientras le contaba los extraños síntomas que la muchacha había tenido la noche anterior, y su rostro adquirió un velo de comprensión y angustia.

Arantzazu se quedó largo rato mirándola, y casi con desesperación, trató de convencerme por todos los medios posibles de llevar a la joven a su casa. Pero no acepté, por alguna razón me sentía responsable por ella.

El terror y la desesperación dieron paso a una abatida resignación. Luego de recomendarme que la cuide, salió de la casa presurosa. Era como si ella comprendiese algo acerca de la muchacha, que no quería o no podía decirme.

A media tarde, Maite despertó. Tenía mucha hambre. Comió y bebió en abundancia, con gran avidez.

Ya no tenía los síntomas de la noche anterior, pero había algo distinto, no sé precisar qué; pero parecía otra Maite.

En un momento puse mi mano sobre su brazo y pude comprobar que su natural fragilidad había dado paso a una fortaleza poco común en una muchacha. Tuve la sensación de que era más alta, que sus formas femeninas eran más pequeñas y juraría que su pelo había encanecido un poco.

El antiguo temor sobrenatural que sintiera en tantas ocasiones en el pueblo, regresó de inmediato.

Ella se pasó toda la tarde asomada a la ventana, parecía estar buscando algo. Su actitud era de absoluta concentración. Incluso me pareció que oteaba el aire tal como podría hacerlo un lobo.

Y cuando el bosque adquirió el aspecto y la atmósfera de hacía dos noches atrás, Maite quiso ir a su casa:

—Este es el momento para salir —me dijo, con total convencimiento.

—¿Está segura? ¿No es peligroso el bosque a estas horas? —repliqué.

A lo que ella me respondió, con una calma inusitada:

—Nada nos pasará, confíe en mí.

Aquella dulce joven que conocí el día que fui a almorzar a su casa se había endurecido. Su seguridad me dio valor, aunque el miedo seguía agazapado en mí

como un gato dispuesto a saltar. Tomé la escopeta y un farol que no quise encender para no delatarnos, y salimos.

Subimos por la cuesta que está al costado norte de la casa, hasta que llegamos a una senda apenas marcada que, según ella me dijo, era el andabide de mi propia casa.

Ella iba adelante. El bosque estaba otra vez en un antinatural silencio, parecía que todos los animales hubiesen huido. A lo lejos, en las cumbres de algunos montes, se veían otra vez las fogatas. Aquí y allá había agrupamientos de piedras, unos con forma de círculos, otros cuadrados, otros simples amontonamientos. Y hasta había algunos cromlechs que tenían una geometría tan extraña que mareaba el solo verlos y cuyas piedras estaban apiladas de tal forma que era imposible deducir cómo no se caían. Y todo cubierto con el omnipresente musgo.

Cada tanto, Maite se detenía y miraba hacia todos lados, parecía ver algo que yo no. Y de pronto me di cuenta: algo daba al bosque una enfermiza y muy tenue luminosidad blanca, teñida de un leve tono verdoso.

Los vascos llaman a la luna *Ilargi* que significa «luz de los muertos». Viendo el bosque esta noche, hubiera estado de acuerdo con el primero que denominó al astro de esta forma. Pero hoy la luna no había salido, de modo que algo más lo iluminaba. No me imagino qué.

El valor que tuviera al salir iba perdiendo terreno. Nunca había cruzado un bosque normal de noche, y este no se me hacía un bosque normal.

Maite seguía sorprendiéndome. Mientras que yo tropezaba una y otra vez con las nudosas raíces, ella avanzaba muy segura por entre los añosos y retorcidos árboles, ni siquiera miraba el sitio donde pisaba. Parecía un lobo cazando.

El bosque se iba cerrando y tornándose más ríspido. La luminosidad blanquizca creaba extrañas sombras, incluso algunas parecían moverse. Sentía que todo el bosque nos vigilaba: hasta la última piedra.

Ya habíamos recorrido buena parte del camino cuando, de pronto, ella frenó su marcha. Dos hombres, con el mismo uniforme que aquellos extranjeros que habían llegado al pueblo, estaban clavados con arpones a sendos robles. Unos objetos que reconocí como dos de los sangradores que había visto en la casa de Don Zugazagoitia se incrustaban en la axila izquierda de cada uno de ellos. El charco de sangre a sus pies formaba un pequeño barrizal que ostentaba singulares huellas que no pude reconocer. Tenían las bocas abiertas como intentando dejar escapar un grito que nunca salió. Sus miradas estaban clavadas en los arpones, y su piel cerosa había perdido todo color vital. El tétrico cuadro estaba subrayado por el lento crujir de las ramas de los árboles. Levanté la mirada al dosel de hojas sobre mi cabeza para verificar un inexistente viento cuando un sonido peculiar me heló la sangre y trajo a mi memoria la inscripción en la makilla del señor Zugazagoitia: «tekelili». Cuando me acerqué a Maite para preservarla de tal espectáculo, me dijo con una sonrisa feroz en su boca, mientras señalaba a uno de los cadáveres:

—Ese cerdo dirigía el grupo que entró a mi casa.

Otra vez el sonido de madera golpeando madera.

—Las txalapartas —dijo Maite.

Me acerqué temblando al cuerpo señalado y en su chaqueta pude ver su rango y su nombre. Las insignias de las solapas tenían tres hojas muy similares a las del árbol del cual pendía el hombre, subrayadas por dos rombos. Junto a ellas estaba el nombre del oficial: «Lex Distel». La pistola Luger estaba aún en su funda.

Cuando todavía no me había repuesto de la conmoción, Maite me tomó del brazo para que siguiéramos. Al parecer ya estábamos cerca de la casa pues llegamos muy pronto. Entramos por la parte posterior.

Una vez adentro, mientras intentaba prender el farol, tropecé con algo tapado por una manta. Al destaparlo comprobé que era Andoni, con la cara hinchada y amoratada por los golpes y un tiro en la frente. Reprimí una exclamación de horror y volví a tapanlo.

Todo estaba revuelto y desparramado por el piso.

Maite quiso ir al piso de arriba. No pude detenerla y decidí seguirla con la exigua luz del farol, aunque ella parecía no necesitarla. Entró corriendo a lo que, me dijo, era la habitación de Argi, pero no había nadie allí.

Volvió a salir corriendo escaleras abajo y la seguí hasta el escritorio de su padre.

Al entrar, su mano ahogó un grito, sus ojos se llenaron de lágrimas y su expresión, de furia.

Iñigo Zugazagoitia estaba atado a su silla con la cara y el cuerpo lleno de golpes, y dos tiros en la frente. Supe de inmediato que su mayor tortura no fue la de su cuerpo sino la de su alma.

Frente a él, sobre el escritorio, estaba tendida Argi. La pequeña tenía cortada la garganta y su cabeza ensangrentada casi no tenía cabellos. Maite se agachó y recogió un mechón del piso; acarició con delicadeza la pequeña mano cuyos dedos estaban quebrados.

Aquello era el colmo del salvajismo humano, sólo Dios podía saber lo que la muchacha estaba sintiendo ahora.

Me acerqué al cadáver de su padre y le cerré los ojos.

Sin decir nada y antes de que yo pudiera reaccionar, ella levantó a su hermana y la cargó en brazos. Como si el cuerpo no tuviera peso, la llevó escaleras arriba, hasta su dormitorio, y la colocó en la cama. Luego se arrodilló junto a la cabecera y lloró sin parar por lo que me parecieron horas. Cuando sus lágrimas se habían agotado, regresamos a la planta baja.

Al ir hacia la puerta, entramos al escritorio. Maite besó la cabeza de su padre a modo de despedida, tomó la makilla que estaba tirada en un rincón y salimos.

Dejé a Maite en la casa de Arantzazu y fui a la parroquia a hablar con el padre Sagasbarría. Cuando estaba llegando vi al grupo de extranjeros uniformados entrar a

la Iglesia. Decidí permanecer oculto, si intentaba ayudar probablemente sólo conseguiría que me matasen y Maite quedaría sola.

Pasé escondido mucho tiempo. Varias veces oí las campanadas de a cuarto de la parroquia; en ese tiempo pensé sobre todo lo ocurrido desde mi llegada, en la espantosa situación en que me había visto envuelto, en mis miedos sin sentido que ahora parecían tenerlo, en lo poco halagüeño que se veía mi futuro y en Maite. En la necesidad que tenía de protegerla y en el cariño que le tenía. Me sentía muy sorprendido de mí mismo y de este sentimiento que albergaba por la muchacha; de lo corto del tiempo que hacía que la conocía y de lo mucho que me sentía ligado a ella.

Finalmente salieron. Una vez que se alejaron corrí hacia la puerta preguntándome si no habría sido un cobarde en esperar hasta ese momento. Temiendo lo peor, entré, me santigué, e ingresé en la nave. El padre Sagasbarría estaba de rodillas delante del altar, rezando. Caminé despacio hasta él, mirando los innumerables destrozos en los altares de las capillas y hasta en el retablo. Los tubos del órgano medieval yacían, abiertos y desgarrados, sobre las filas de bancos de madera. Por doquier había trozos de mampostería. ¿Qué podía ser tan importante, como para matar y destruir como fieras salvajes? Me arrodillé junto al padre y recé con él.

Cuando terminamos, me miró y me dio las gracias; lo cual me hizo sentir peor de lo que ya me sentía. Lo ayudé a levantarse y fuimos a la sacristía.

Recién ahí me animé a hablar:

—¿Está usted bien, Padre?

Su voz cansada me respondió:

—Sí, gracias, hijo mío.

Le alcancé una copa de agua y le pregunté:

—¿Dijeron qué buscaban?

—Sí —dijo en un susurro—, y debí darme cuenta antes. Es un libro, uno que nunca debió existir. Lo llaman el Libro de los Nombres Muertos.

Miré los destrozos a mi alrededor y dije:

—¿Tan valioso es como para esta profanación? ¿Como para asesinar a una niña de catorce años?

Se quedó unos minutos en silencio, como sopesando el dolor, como decidiendo si debía contarme o no lo que me dijo a continuación:

—Es un libro de conjuros antiquísimo. Se cree que la primera versión es del año mil antes de Nuestro Señor Jesucristo. Se le atribuye a un árabe llamado Abdul Alhazred. Hay muy pocos ejemplares en diversos idiomas. De algunos se conoce su paradero, de otros, no.

»Según tengo entendido en Euskadi hubo tres: el rey de Navarra trajo a la vuelta de la sexta cruzada, hacia el 1242, dos espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo —desde Jerusalén— y un ejemplar de este libro en Latín, traído de Sidón.

Lo dejaron en custodia de unos sacerdotes en Roncesvalles y en 1558 fue descubierto por los inquisidores. Todos los sacerdotes que lo custodiaban fueron

quemados en la hoguera por herejes y del libro no se supo más.

—1558... El año del proceso llamado «De las brujas de Zeberio», el pueblo de mi abuela en Bizkaia.

—Sí, conozco sobre ese proceso. El otro ejemplar fue traído por los godos que huían de los árabes, tal vez por eso fueron a Argineta; pero ese ejemplar nunca se encontró.

Irritado, lo interrumpí:

—¿Y por qué un libro de magia, por más antiguo que sea, es tan importante?

El sacerdote me respondió de inmediato:

—Sus conjuros sirven para despertar criaturas más allá de nuestra comprensión humana. Criaturas que han venido allende este mundo, y que razas prehumanas, que aún subsisten en los más oscuros rincones del orbe, adoran como a dioses.

—Padre, ¡por Dios! ¿Usted no creerá en esos oscurantismos?

—¿Te mentiría, acaso?

Ante esa revelación, todo mi marco conceptual se hizo astillas.

—No —respondí.

Sentí como si un peso de varias toneladas fuera depositado sobre mis hombros.

Una terrible angustia se instaló en mí. El mundo allí afuera, a la luz de este conocimiento, ya no era el mismo. Mi razón pugnaba por rebelarse contra aquello, pero algo muy dentro me decía que estaba frente a una verdad incuestionable; enferma y demente, sí, pero incuestionable.

Una pregunta surgió de pronto en mi mente y la expelí de inmediato:

—Pero, ¿qué tiene que ver la familia Zugazagoitia con el libro?

El Padre suspiró y me dijo:

—¿Te contó sobre sus ancestros que se dedicaban a la pesca?

Aventuré intrigado:

—Sí, lo hizo.

—¿Te mencionó acaso el nombre de sus últimos navíos?

—Sí, creo recordar que se llamaban «Hondos» o «Profundos»...

El Padre volvió a suspirar y prosiguió con calma:

—«Profundos». Los Profundos son una de esas razas prehumanas que nombra el libro. Son seres parecidos a batracios que, cuando están en tierra, caminan erguidos en dos patas, como hijos de hombre; pero viven en las profundidades del mar.

Algo golpeó mi memoria, recordé entonces la leyenda iroquesa que el Señor Zugazagoitia refiriera y en la que se mencionaban seres parecidos. Algo en mi rostro me delató, pues el padre me miró como si yo ahora comprendiese algo más.

Metí la mano en el bolsillo interno de mi saco y extraje la medalla que me había regalado el padre de Maite; se la mostré. Él la tomó de mi mano, la miró con detenimiento y movió la cabeza lentamente, en forma afirmativa, y continuó con su relato:

—El invierno había sido muy crudo para Islandia en 1615. Tres navíos, propiedad

de los ancestros del señor Zugazagoitia, llegaron a sus costas en el verano de ese año y se quedaron hasta el otoño. La noche del 20 de septiembre, una tempestad arrastró hasta la costa dos icebergs que hundieron dos de los barcos e hicieron encallar al otro. Tres días después, los náufragos partieron hacia Jokulfirdir a donde llegaron el 26 del mismo mes. Un barco llevó a dos tripulaciones hasta Geirseyrri, la otra se dividió en dos: una parte se dirigió a la isla de Aedey, y la otra a Pingeyri, en Dyrafiordur.

»El rey danés había firmado un decreto permitiendo a cualquier ciudadano atacar a cualquier extranjero que alterase la paz. Así que dos hombres de Dyrafiordur armaron una partida y dieron muerte a todos los hombres del grupo que había ido a Pingeyri, acusándolos injustamente de pillaje. Debido a esta acusación, el gobernador reunió cincuenta hombres y persiguió al resto de los pescadores. Éstos entregaron sus armas como muestra de buena voluntad, pero fueron masacrados. Uno de los hombres del gobernador dio un hachazo en la clavícula a J. C. Zugazagoitia, capitán de uno de los barcos quien, como era corpulento, se deshizo de quienes lo retenían y corrió hacia el mar, pero fue perseguido y recapturado, cortándole una mano en el proceso. Luego, lo llevaron a la playa y le infligieron un corte desde el pecho hasta la cintura, de modo que, cuando quiso volver a pararse, cayó muerto con las entrañas volcándose al piso.

»Sólo tres hombres escaparon, dos de ellos Zugazagoitia. Blasfemaron contra Dios por haberlos abandonado y, un par de días después, los Profundos aparecieron, venidos de su ciudad en el Mar del Norte: G´ll Hoo. Los tres marinos aparecieron en las playas de Donostia en una chalupa.

»En Islandia hubo hambrunas, pestes, matanzas. Casi muere toda la población. Cuando las nuevas naos de la familia volvieron a pescar en la zona, regresaban repletas de manufactura de ballenas y bacalaos. A cambio, los miembros de la familia se unieron con ellos y engendraron híbridos.

»Y, lamentablemente, siguen en contacto con ellos. No sé qué tan estrechamente.

Era demasiado para mí, no podía creer lo que el padre me contaba. Un frío recorrió mi espalda al recordar los extraños síntomas de Maite. ¿Tendrían que ver con la existencia de esos híbridos que me relatase el sacerdote? Mientras trataba de acomodar mis ideas, el padre interrumpió mis pensamientos:

—Ven conmigo, hijo.

Me condujo hasta el altar mayor. Nos arrodillamos detrás de él. La base del mismo era una caja de madera recia, finamente tallada. Las armas de los profanadores apenas si lo habían mellado, parecía macizo.

El Padre abrió un compartimiento por un procedimiento que no pude ver, y extrajo una caja de la misma madera. La abrió con el sello de su anillo y tomó un libro. Al hacerlo cayeron dos sobres, uno cuyo remitente pertenecía a A. Crowley, y el más grande, que venía de Providence y había sido enviado por un tal H. P. Lovecraft.

No podía creer lo que veía; el libro era antiquísimo, un verdadero manuscrito, y

estaba forrado con piel de ballena. Pude ver que había sido escrito en euskera. Tenerlo entre mis manos hizo que me envolviera un frío de muerte.

—Este es el tercer ejemplar, lo encontré hace veinte años en el dolmen Jentillarri, cuando hacía trabajo de campo investigando a los antiguos pobladores del lugar. Es un misterio el cómo llegó hasta allí o quién lo tradujo, pues no hay indicación alguna en él al respecto.

Al verme observar sus páginas, el padre me indicó:

—Lee la frase inicial, está en latín y euskera.

—«Que no está muerto lo que yace eternamente / Y con los evos extraños hasta la muerte puede morir» —traduje rápidamente.

—Esas blasfemias —acotó él— yacen en los lugares más recónditos de la Tierra y del Cielo, y no deben despertar. Este libro no debe caer en manos de los extranjeros, ni de los seguidores de esas blasfemias. Llévalo, no tienen forma de relacionarte con él.

—Pero, padre... —dije con voz temblorosa.

El sacerdote ignoró mi queja y prosiguió:

—Y llévate también esto —me alcanzó las cartas y un paquete—. Son notas mías, estoy recopilando todo lo posible sobre nuestra mitología y nuestras leyendas, y hay algunos puntos de contacto que me llaman mucho la atención.

—¿Cree que tengan algo que ver? —agregué.

—Mikel, somos un pueblo muy antiguo, hemos visto muchas cosas que recordamos y otras que no; y otras que, consciente o inconscientemente, quisimos olvidar y por eso tal vez las disfrazamos.

»¿Tu abuelo te mencionó alguna vez a Sugaar?

—Sí, el ser mitad hombre mitad serpiente.

—Hace doscientos setenta y cinco millones de años evolucionó una raza de hombres-serpiente que fundó el reino de Valusia en lo que hoy es el mar Mediterráneo. Y hace doscientos veinticinco millones de años el reino cayó en decadencia y muchos hombres-serpiente murieron, pero otros fueron a las cavernas y fundaron otros reinos, como el de Yoth.

Como vio que mi asombro y mi miedo hacían que no pudiera emitir palabra, prosiguió.

—¿Y sabes algo sobre Akerbeltz?

—Sí, el macho cabrío negro, es una de las representaciones de Mari, la madre tierra para los vascos. Por eso muchos quieren que en su rebaño haya un carnero negro, para que lo proteja.

—Bien, muchas razas prehumanas adoraban a Shub-Niggurath, también llamada «Cabra Negra de los Bosques con el Millar de Retoños», como a la madre tierra.

»Todo esto te lo he dicho para que veas tú también los puntos de contacto que he notado yo mismo.

Tomé las cosas que me ofrecía y me quedé un rato mirándolas. Lo que me

contaba era pavoroso, ¿era posible alguna conexión?

—Padre, a veces no es bueno que el hombre una todos los puntos de su conocimiento... Pero no, no puede ser cierto —insistí—, ¿usted vio alguna criatura, un Profundo?

—No un Profundo, pero sí un híbrido.

—¿Aquí en el pueblo?

—Sí, están aquí ahora. Supongo que tratarán de impedir que los extranjeros encuentren el libro y se lo lleven.

Me quedé meditando en eso, más allá del horror y la sorpresa, las piezas estaban empezando a encajar en mi cabeza.

El padre agregó, mientras me miraba fijamente a los ojos, tal vez leyendo mis reacciones:

—Ayer encontraron a dos de los oficiales extranjeros, creo que se hacen llamar «SS». Estaban en el riacho del molino Olazuriaga, debajo de sus ruedas de piedra. Sólo una criatura semejante tendría la fuerza para levantar ese peso y descargarlo sobre esos hombres.

Me sobresalté con la noticia y agregué:

—Maite y yo encontramos en el bosque a otros dos clavados a robles con arpones balleneros.

El padre asintió, mientras agregaba:

—Hoy al mediodía cayó uno por el kablea. Estaba ahorcado con un alambre de púas y colgado del cable. Su cuello estaba bañado en sangre.

—¿Kablea?

—Sí, lo inventamos aquí, es un sistema de cables que sirve para bajar los fardos de pasto desde los montes a algunos caseríos.

—Veo que los dos bandos están dispuestos a todo por esto —le dije mientras levantaba en mis manos el libro que él me había dado.

—Por desgracia, me temo que sí.

Me sentí tan abrumado con todo aquello, apenas si podía vislumbrar la terrible responsabilidad que me habían colocado sobre los hombros, y encima no podía dejar de pensar en Maite.

—Padre —le dije finalmente—, creo que es hora de irme.

—Sí, hijo; espérame un segundo.

Fue hasta la sacristía a buscar una pequeña valija, y me la dio para guardar las cosas que debía llevarme. Me dio la bendición, y me fui.

Una vez afuera sentí la cabeza embotada. Caminé despacio hacia la casa de Arantzazu. Entre todos los pensamientos que se amontonaban en mi cabeza, estaba Maite. Todavía se hallaba en serio peligro. Una idea me golpeaba el cerebro y me angustiaba terriblemente: ¿sería Maite una híbrida? No podía dejar de pensar en el malestar de la noche anterior. Sabía que debía haber otras explicaciones para sus síntomas, pero francamente no podía hallar ninguna.

Sin darme cuenta y casi por inercia, llegué a la casa de Arantzazu. Golpeé la puerta y esperé. Después de un rato volví a golpear y me abrió Maite.

—¿Estás bien? —dije lleno de inquietud.

—Sí, no se preocupe. Arantzazu me ofreció quedarme aquí. Ya no lo molestaré en su casa.

—No eres una molestia, además esta casa está en peligro. Ya sé lo que esos hombres buscan, me lo dijo el padre Sagasbarría, y el próximo lugar donde van a buscarlo es en la biblioteca y Arantzazu es la bibliotecaria. Es más, ella y Lora deberían venir con nosotros.

—Ellas no pueden moverse de aquí ahora —replicó Maite— y debo quedarme con ellas.

La tomé de las manos y me miró sorprendida.

—El padre me contó sobre tu familia y el libro; no dejarán de buscarte y no tienen cómo relacionarte conmigo.

Ella bajó la vista y dijo casi tímidamente:

—¿No tiene miedo de mí?

—Todo lo que ocurrió desde que llegué me da miedo. Todo lo que me contó el Padre me da miedo, pero tú no.

—¿Por qué no?

—Y si tu familia viviera, tampoco me darían miedo.

Volvió a preguntarme: «¿Por qué?»

Nos miramos a los ojos con tal intensidad que sentí que el corazón me salía del pecho. Luego agregó, resuelta:

—Está bien, iré con usted. Voy a despedirme.

Al rato salió. Escondiéndonos lo mejor posible volvimos al andabide, y regresamos a mi casa.

El bosque me daba más pavor que nunca. Si antes sentía que hasta las piedras nos vigilaban, ahora sentía que todo el bosque nos acechaba.

Llegamos, cenamos en silencio, y fuimos a descansar. Acompañé a Maite hasta su cama, y una vez acostada, me despedí con un largo beso en su frente. Nuestros ojos se miraron durante unos segundos, y me fui a mi habitación.

Cuando mi descanso era tan profundo como la noche, me despertó el grito de Maite.

Tomé la escopeta y corrí a su habitación, pero no era lo que yo pensaba.

Maite estaba sentada en la cama tomándose el vientre. Cuando la toqué estaba fría como la otra vez y su piel estaba tornándose blanca y resbalosa como la de un sapo, justo frente a mis ojos. Los vómitos volvieron mientras su pelo comenzó a caerse.

Evidentemente estaba transformándose en una Profunda. Según el padre algunos se transformaban completamente, otros conservaban características humanas.

Se retorció de dolor y mi angustia iba en aumento, no sabía qué hacer para mitigar su sufrimiento.

Corrí a buscar el libro, recordé que el padre me había dicho que existía una letanía que aceleraba la transformación, pero cuando lo tuve en mis manos, caí en la cuenta de que estaba en euskera y no iba a entenderlo.

Volví a la habitación y Maite se había caído al piso. De algún modo se había deshecho de sus ropas, tenía las manos y las rodillas apoyadas contra el suelo y estaba orinándose profusamente, como alguien que ha perdido todo control sobre su propio cuerpo. El olor acre aumentaba lo repulsivo de toda la escena.

La piel de su espalda y de los glúteos, así como la de la parte posterior de sus brazos y piernas, estaban tornándose verdes y le estaban creciendo escamas.

Era tanta mi desesperación que me quedé paralizado, mirando sin hacer nada. Sólo podía sudar y temer.

Una especie de tela muy fina comenzó a recubrirla, me agaché a su lado para quitársela, pero ella con voz gruesa emitió un largo y potente «No».

Se acostó allí mismo, en el piso, en posición fetal, y la «tela» la cubrió.

Estuvo así, quieta y envuelta, casi siete horas.

Lo primero que asomó fue un pie que parecía haber conservado su forma. Sus manos tenían dedos humanos con membranas entre ellos. A los costados del tronco tenía branquias, y era blanca y lisa por el frente, mientras que por detrás tenía escamas y un color verde intenso.

Su cara aún era humana, levemente más ancha que un rostro normal. Ya no tenía cabello ni dientes, y sus labios casi no se distinguían. Sin embargo había una cualidad especial en ella: con todo, aún era el rostro de Maite.

Sin poder evitarlo noté que sus senos habían desaparecido, pero no sus pezones.

Fue levantándose de a poco. Sus glúteos y su sexo seguían estando. Cuando ya estaba de pie, me miró, y retrocedió hasta llegar a la pared.

—¡No temas, soy Mikel! ¿Me recuerdas?

Con voz casi gutural me contestó con un largo «Sí».

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

Su voz volvió a resonar:

—¿Por qué no tienes miedo o asco de mí? Cualquiera otra persona habría huido.

—Porque eres Maite y nunca te tuve miedo.

La voz se volvió más grave y triste:

—Ya no soy Maite.

No dudé ni un instante:

—Sí, lo eres.

De a poco me fui acercando a ella con las manos extendidas.

Se tomó la cabeza con las manos y se cayó. Por suerte pude llegar a ella antes de que se golpeará.

La puse en la cama. Probablemente el cansancio la había vencido, o tal vez fuera parte del proceso. Pude notar que su cuerpo tenía una viscosidad verdosa y trozos de la membrana que la había recubierto. Tomé una toalla y la limpié.

Durmió casi un día completo.

Cuando despertó, yo estaba sentado a su lado.

—Hola.

—Hola —respondió.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

Recordé su primer intento de transformación y le pregunté.

—¿Tienes hambre?

—Debo irme.

Sentí que una garra me atenazaba el pecho:

—¿Por qué? —pregunté.

—Debo estar con los míos.

—Los humanos también somos los tuyos.

Ella me miró con una mezcla de sorpresa y angustia:

—Pero sentirán repulsión al verme.

—Yo te cuidaré. Te puedes quedar aquí, conmigo.

—¿Por qué quiere protegerme?

—Porque te conozco —mentí.

—Ya no soy la Maite que usted conoció.

—Te amo.

Se quedó mirándome. Sus extraños ojos parecieron llenarse de lágrimas. Me acerqué y le apoyé la mano en la mejilla. Su piel era fría pero en lugar repulsión, me provocó mucho placer el tocarla.

Acaricié su cabeza sin pelo; mientras seguía mirándome, bajé la mano por el costado de esta y se estremeció cuando acaricié su casi inexistente oreja izquierda. Ella tomó mi mano y casi envolvió mis dedos con las membranas que había entre los suyos.

Seguí recorriendo su cuerpo. Su pecho era liso como su abdomen, pero conservaba los pezones duros y erguidos siempre. No pude contener mi creciente frenesí y apreté uno de ellos con mis dedos. Maite inclinó su cabeza hacia atrás, tomó aire sonoramente, y gritó un sonido grave.

Me acerqué para besar sus labios, que ahora eran más gruesos que antes, y entreabrió su boca. Sus labios fríos me estremecieron y su lengua, más delgada y larga que la de un humano, recorrió toda mi boca hasta descender por mi garganta.

Su boca estaba impregnada de un líquido más viscoso que la saliva, de un sabor agradable, y todo su interior era extremadamente suave.

Al tomarla del talle apoyé mis manos en sus branquias, y por un momento, sus jadeos y gritos me asustaron.

Perdido en mi pasión, levanté sus brazos y comencé a lamer su axila izquierda, no sé qué locura de amor me movía, pero jamás había sentido tanta fogosidad. Descendí con mi lengua hasta sus branquias, las lamí, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Moví las manos por su espalda y sentí sus escamas; pronto comprendí que estaban recubiertas de un líquido que hacía que no me lastimaran las manos, sobre todo al acariciarlas a contrapelo que era cuando hacía que su cuerpo temblara como una hoja.

Besar sus pezones, y al mismo tiempo, acariciar las escamas de su espalda, hicieron que su voz enronqueciera.

El ardor la impulsó hacia mí y lamió mi cara con intensidad. Su lengua también exudaba esa agradable viscosidad que me estimulaba y ahora era yo el que temblaba como una hoja.

Cuando ya no pude contenerme más, comencé a quitarme la ropa, sin pensar en el mundo, ni en la ley, ni en el Cielo; y mientras lo hacía, ella se dio vuelta, apoyó sus rodillas y sus manos en la cama, y me ofreció su sexo. Ese era el único orificio que tenía y ya estaba abierto, salía de él la misma viscosidad que —ahora me daba cuenta— la cubría por completo.

Fue simple y glorioso entrar en ella. Su interior, frío, se cerró exquisitamente como un guante. Allí dentro podía sentir como mi sexo se endurecía y crecía en la confluencia de presión, viscosidad y frío.

Comencé a moverme muy lentamente, ella jadeaba, y yo transpiraba sin cesar. El tiempo parecía haberse detenido. Mis movimientos fueron cada vez más rápidos y sus escamas fueron irguiéndose una a una.

Un espasmo de su sexo oprimió el mío, y me derramé en ella.

Al separarnos se desplomó rendida y yo me acosté sobre su espalda. Despertamos pasado el mediodía.

Maite decidió quedarse conmigo y fue tanta mi felicidad que, por un instante mientras la besaba, me olvidé de todo el horror que se cernía sobre nosotros.

Mientras pensaba en los cambios que tendría que hacer en la casa para ella, Maite permanecía sentada en el piso, debajo de la ventana, atenta a todos los sonidos.

Cuando el sol había caído y la noche se apoderó de todo, oyó algo que la hizo prestar atención.

—¿Qué escuchaste?

Ella contestó, absorta:

—Esta noche tenemos que ir.

—¿Adónde? —pregunté preocupado.

—A la cueva.

Mi inquietud iba en aumento:

—¿Qué cueva? ¿A qué?

Cuando estaba por contestarme, se empezó a oír a lo lejos una refriega. Fue muy intensa, algo grave estaba ocurriendo. Tal vez la resistencia o algún batallón de gudarís estaba intentando recuperar el pueblo. Luego de un tiempo que no pude precisar, tan de repente como había empezado, terminó.

Cenamos tarde. Pasada largamente la medianoche me instó a salir; tomó la

makilla de su padre, yo recogí un farol, y me guió otra vez. Traté de detenerla y de que me explicara qué sucedía, pero fue inútil, así que la seguí.

Recorrimos el andabide hasta su casa y entramos por atrás.

Los cadáveres ya no estaban. Fuimos hasta la sala principal y nos acercamos a la chimenea. Maite se metió en el hueco y empujó la pared. Un túnel oscuro se abrió ante ella, entró y comenzó a caminar. Yo me quedé parado, mirando sin comprender nada.

Recordé de pronto lo que me contaba mi abuelo, sobre la leyenda que hablaba de la conexión mediante túneles, entre algunos caseríos y las cuevas. Parecía que finalmente no eran leyendas.

Maite se dio vuelta y me llamó:

—Vamos, rápido.

Entré y Maite cerró el acceso. El túnel descendía muy abruptamente, era bastante difícil bajar por él. El olor a moho rancio era insoportable. Un fango blanco, como una baba pringosa, cubría casi todo el piso y las paredes. Me resbalé varias veces y por más que me iluminara con el farol, era casi imposible caminar firmemente por allí.

El túnel comenzó a ensancharse de a poco.

Después de un rato ya no sabía qué tan profundo estábamos.

No le pregunté adónde íbamos, confiaba en ella, pero aun así tenía miedo.

El olor a humedad lo impregnaba todo. Animalillos blancos de distintas formas y tamaños se cruzaban en nuestro camino. Algunos se arrastraban por el cieno, otros caminaban y otros volaban. Había incluso algunos gusanos, del tamaño de un dedo humano, que emitían luz propia.

El recinto se agrandó de pronto, parecía que habíamos dejado el túnel y habíamos llegado a una cueva.

Las estalactitas colgaban del techo armando formas maravillosas y las estalagmitas crecían desde el piso como imponentes columnas.

Cualquier ruido que hacíamos se multiplicaba por cientos. En nuestro camino pasamos por una cámara con pinturas rupestres. Detuve a Maite: era maravilloso estar allí rodeados de osos, lobos, caballos y toros rojos como los de las leyendas. Me puse a llorar como un niño, pero la distracción casi nos sale cara.

De pronto un intenso olor a mar invadió el lugar. Un grupo de seres nos rodeó y nos tomaron de los brazos, hasta que Maite les mostró la makilla. Hablaron entre ellos en un idioma ininteligible y nos soltaron.

Por su aspecto eran Profundos e híbridos. Seguramente la makilla significaba algo para ellos, puesto que el que parecía ser el líder del grupo, habló con Maite en una mezcla de su idioma y euskera. De entre el grupo surgió una híbrida a la que reconocí: era Lora, la hija de Arantzazu. Se abrazó a Maite y se besaron profundamente.

Arantzazu había sido asesinada y ella tomada prisionera, la refriega que

escuchamos había sido su rescate.

Seguimos al grupo durante un largo trecho hasta que llegamos a un sitio enorme; era tan grande que albergaba un lago en el centro. Mi abuela lo había mencionado, pero no recordaba el nombre.

En lo alto volaban murciélagos blancos. Las formaciones rocosas eran imponentes, pero lo más increíble era el fuego verde en el centro del lago.

Un grupo de Profundos se movían a su alrededor.

En todo el borde del lago había, entre los soldados extranjeros y los que habían tomado el pueblo, aproximadamente unos cincuenta hombres puestos de rodillas y con sus cabezas mirando el piso. Como si los obligasen a reverenciar algo invisible.

Alguien comenzó a entonar una letanía y los cientos de profundos que estaban en el lugar lo siguieron. Ponía los pelos de punta escucharlos. Y entonces algo sucedió.

Una masa informe y etérea apareció sobre el fuego. Pronto comenzó a tomar substancia. Era un ser indescriptible, ninguna mente humana podría prefigurarlo de modo cabal.

Los prisioneros gritaban, pedían perdón o lloraban.

En ese momento las formas comenzaron a desdibujarse. Los cuerpos de algunos de los prisioneros se cristalizaron y partieron en pedazos, y era como si cada uno de esos pedazos continuara pidiendo piedad; otros se pulverizaron desde la cabeza a los pies y fueron succionados por un torbellino. Se podía sentir de alguna forma cómo sus mentes, aún conscientes, entraban en el caos. El último destello de sus rostros deformados mostraba el mismo horror que revelaran los cadáveres de los soldados extranjeros con los que nos habíamos topado. Ahora podía comprender aquel terror.

La multitud de seres gritaba «¡Azathoth!, ¡Azathoth!, ¡Azathoth!»

Y el incomprendible ser pronunciaba palabras, por suerte, irrepetibles.

El frenesí iba en aumento hasta que nos dimos cuenta de que habíamos abandonado esta dimensión y este tiempo. Millones de planetas, estrellas y galaxias pasaban a nuestro alrededor. Maite no soltaba mi mano.

Focos de creación de materia y energía, por doquier. Luces, planetas solidificándose, estrellas explotando, seres inconcebibles moviéndose en el espacio. Planetas con ciudades gigantescas hechas con exóticas piedras de color negro y vetas azules, y que seguían extrañas geometrías en su construcción; habitadas por seres que eran gigantes para nosotros y pequeños para sus propias ciudades.

Estábamos en el caos primordial, en el centro de la creación. Lo que estábamos viendo era tan maravilloso y aterrador, que mi mente colapsó.

Lo siguiente que recuerdo es que desperté en mi cama con Maite y Lora sentadas a mi lado.

Cuando ambas se convencieron de que estaba bien, Lora se despidió. Ella se iría con los Profundos.

Maite se quedó conmigo, como lo había prometido.

Es muy difícil esconderla, pero vale la pena. Sólo sale durante la madrugada y nunca se aleja de la casa.

Yo estuve casi cinco meses enfermo de los nervios. Me curaron los cuidados de Maite y la atención del nuevo doctor del pueblo, pero todavía vienen a mi sueño pesadillas que me hacen despertar sobresaltado.

A mediados del año siguiente cayó Bilbao, y con ella todo Euzkadi, en mano de los fascistas. Por suerte, no encontraron el libro ninguno de los dos bandos, ni los nazis ni los Profundos. Maite se esfuerza en mostrarme que eso es lo mejor, y yo lo sé, pero a veces me siento culpable de tanta destrucción.

Las bestias de las SS, al no poder entrar en Gernika para buscar el libro, decidieron con la anuencia de los sediciosos borrarla del mapa. Y lo lograron. Pero por suerte, sus bombas no pudieron ni con la Casa de Juntas ni con el viejo roble que permanece allí como un faro de libertad.

El padre Sagasbarría murió mientras dormía a fines de 1937. Ese mismo año también perdí el inestimable consejo del señor Lovecraft, quien más conocía sobre estos seres de horror.

Ya pasaron diez años desde que llegué. Aquí siguen gobernando los sediciosos, y parece que no se irán nunca. Mi trabajo de investigación va lento. La mitología vasca es oral y se han perdido muchas cosas. Para poder leer el Libro de los Nombres Muertos tuve que aprender varios dialectos del euskera; gracias a Dios tuve en Maite a una excelente maestra.

Saber que solo somos una mota de polvo en el universo es muy aterrador. Saber que existen razas prehumanas en el fondo del mar o de la tierra, que realizan bajo nuestros pies ceremonias como las que he sobrevivido, es angustiante. Saber que nadie conoce a ciencia cierta cuántos libros hay y en manos de quién están, es un tormento que a veces no sé si podré sobrellevar por más tiempo.

No sé qué es mejor, si saber más o quemar el libro y tratar de olvidarlo todo.

A veces temo por mi alma inmortal y por la de mi amada Maite, cuyo ser está inextricablemente unido a esos horrores de los abismos por los pecados de sus ancestros que se alejaron de la mano de Dios. Mi espíritu se debate en esta agonía: sé que la amo y que me ama, y sé que el amor sólo tiene una fuente, la Celestial.

He venido a estas tierras en busca de una herencia que resultó muy distinta de la esperada: no una casa, ni siquiera una historia, sino la sangre de los propios mitos clamando por un espíritu que los escuchara. Pero, ¿para qué?

Aún no puedo escapar a una última angustia nacida de aquella primera frase del libro: Si nada muere, ni el horror de los abismos insondables, ni el amor de un alma pura, ni la monstruosidad de la que es capaz el ser humano, ni la fe en lo Alto. Si el tiempo es un ciclo sin fin de destrucción y creación donde todo lo que fue, vuelve a ser... ¿Cuál es mi papel? ¿Cuál es el papel de esta pequeña mota de polvo que, por designio o casualidad, pudo al fin atar unos cabos que nunca debieron haberse unido?

Agradecimientos: A Teresa, por su infinito amor. A Laura, por su cariño y su confianza. A los integrantes del Taller «Los clanes de la luna Dickeana» y a Diego Escarlón, por su ayuda y apoyo. Al bar Iberia, donde nos reunimos, por el maravilloso clima que generan sus mozos y su café doble con crema. Y a Myrian Fiorito, por su inestimable ayuda para documentarme en este cuento.

Guillermo Echeverría nació en Buenos Aires, en 1967, en el seno de una familia de ascendencia vasca. Siempre sintió gran interés por su herencia cultural y muchos de sus relatos están relacionados con el tema. Trabaja en la hemeroteca de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, en ciudad universitaria. Junto a su esposa, Teresa Pilar Mira, fundó el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, y forma parte del taller literario «Los clanes de la luna Dickeana». La revista NM ha publicado tres cuentos suyos, uno de ellos en colaboración con su esposa. En la revista PROXIMA publicó Ataun por primera vez

Muerte en la pulpería

Eduardo Poggi
Argentina

«Verano tras verano se contentaba con la idea abstracta de posesión y con la certidumbre de que su casa estaba esperándolo, en un sitio preciso de la llanura».

JORGE LUIS BORGES



Ilustración: Valeria Uccelli

Sentado en el sillón del comedor, Murúa miraba las noticias de la tele. A sus casi ochenta, se descubrió ya acostumbrado a que todo fuera un resumen de robos, corrupción, drogas, violaciones y muertes. Incluso en ciudades y pueblos tranquilos del interior ocurrían: Cipolletti, Junín, Tornquist, Cañuelas. Las policiales difundidas por publicaciones amarillistas de gran tirada, cuando él apenas cumplía los siete, hoy se habían convertido en una rutina.

Hace setenta años, se dijo Murúa, se te revolvía el estómago si mirabas revistas como *Así* y *Ahora* colgadas en los quioscos. No te digo lo que sentías si llegabas a presenciar un accidente en las calles de Buenos Aires. Y peor si viste a un hombre matar a otro: te marca, te traspasa el alma para toda la vida. Lo sé por experiencia.

Enredado en esos recuerdos, una imagen y los comentarios del cronista sobre la muerte de un chico en una pulpería de José C. Paz llamaron su atención.

¿Una pulpería? ¿*Ahora*?

Con qué liviandad se manejan las palabras, pensó. En el periodismo oral, y hasta en los encabezados de los grandes diarios.

Cierto que *había* una pulpería a uno de los costados de su Josepás, la quinta donde vivió su niñez y adolescencia. ¿Pero hoy?

Él mismo lo había comprobado un año atrás: la quinta y sus queridos recuerdos habían desaparecido bajo casas de precarios bloques y chapas oxidadas. En un momento de nostalgia, había caminado hasta la estación La Paternal para tomar el

San Martín hasta José C. Paz. Y se bajoneó al ver un Coto ocupando el predio de tres manzanas entre la estación y su entrañable casa. Incluso el descampado, la laguna y las zanjas donde había pescado ranas y anguilas, estaban ocupados por el estacionamiento del súper y el asfalto de las calles. Tampoco existía el ligustro que rodeaba la casa levantada por su viejo y sus tíos, sobre unos terrenos comprados por el abuelo. Ni siquiera habían sobrevivido los ciruelos, castaños, damascos, mandarinos, nogales y nísperos de los que tanta fruta habían cosechado.

Algo no funcionaba bien en la línea del tiempo: todavía le duraba la tristeza por no haber encontrado su querida quinta y lo que la había rodeado, y sin embargo, en las imágenes que acababa de ver en la tele, él reconoció la casa de ladrillos descubiertos y el ligustro y las zanjas. Y el tanque de cinc que albergaba dos mil litros de agua, y el molino mismo frente a la pulpería donde aprendió a jugar al truco de tanto mirar partidas. En aquella época de niño era cuestión de cruzar la calle, nomás: saltar una zanja, caminar unos metros por la tierra y esquivar el palenque armado a un costado de la pulpería.

Y ahora, decían, en esa Arcadia de su niñez se había cometido un asesinato.

¿El televisor funcionaba mal? ¿Cómo era posible que estuviesen transmitiendo imágenes de un pasado tan remoto? ¿Serían imágenes de archivo, acaso? Desde hacía un par de meses, tanto Teresa como los chicos le decían que estaba gagá. Él lo tomaba como chiste. Pero... ¿se lo dirían en serio, tendrían razón?

—Me voy a Josepás —dijo Murúa.

—Pero, viejo —Teresa salió de la cocina secándose las manos en el delantal—. ¿Otra vez con lo mismo? Tu Josepás ya no existe.

—Vení, Teresa —él señaló el televisor—. Miralo vos misma.

Ella se sentó a su lado, miró, y vio al conductor del noticiero sentado atrás de un escritorio.

—Recién... recién trasmitían de exteriores, Teresa.

—Viejo, te lo venimos diciendo —ella lo abrazó y le acarició la espalda—: Josepás no es más Josepás. Ahora es José C. Paz. Y en José C. Paz, matan gente. ¿No escuchaste?

—Sí, Teresa, escuché —Murúa se levantó—. Escuché, y también vi. —Agarró el bolso de sus objetos personales, se lo colgó al hombro, se puso la boina que usaba cada vez que salía y agregó—: Justamente, me voy porque escuché y vi.

—¿Qué viste? —Teresa daba zancadas atrás de Murúa con el brazo extendido, como si pretendiera detenerlo agarrándolo de la camisa—. ¿Qué viste, viejo?

—Vi a Josepás, Teresa —él sacó de su vasta biblioteca un libro descabalado, lo guardó en el bolso, y abrió la puerta decidido—. La casa, el ligustro, la zanja. Vi todo, Teresa. Tal como lo viví de chico. Hasta la pulpería vi. Y tengo una opresión acá. —Se dio vuelta y se puso la mano en el pecho—. Una pelota de arena que no me baja ni me sube. La muerte de ese pibe me ahoga.

—Pero... ¿qué culpa tenés vos? ¿Qué hiciste?

—No hice nada, Teresa. Eso, no hice nada. Y me ahogo de solo pensarlo.

—Viejo, ¿te sentís mal?

—Claro, te dije que me siento mal —Murúa pegó un portazo, y desde afuera gritó —: Vuelvo para la cena.

Ya en el hall de la estación, sacó el boleto de ida y vuelta a José C. Paz y preguntó el horario del próximo tren. Faltaban unos veinte minutos. Se sentó, metió la mano en el bolso, tanteó y sacó el libro. Acomodó los bordes de las hojas desparejas y lo abrió.

¿Justo este libro agarré?, pensó.

Lo fatigaban los libros de Borges: eran arduos. Si hubiera podido elegir, hubiera elegido uno de Conrad: más fáciles y apropiados para él. Siempre se sintió identificado con lord Jim, Kurtz, Razumov.

Muchos, se dijo, deben sentirse identificados con esos personajes de Conrad.

Leyó «Edición especial para *La Nación*», buscó el índice en la siguiente hoja, y eligió el último relato del libro, «El Sur»: le pareció de extensión justa para leerlo antes de que el tren llegara.

En los primeros párrafos se dio cuenta de que ya lo había leído... y recordó que no lo había comprendido. Pero esta vez, después de franquear los primeros párrafos, le interesó la trama. Leyó con avidez, y las complejidades no le molestaron: no eran complicadas. Promediando la lectura, Murúa vaciló: ¿Dahlmann viajaba al campo donde había pasado su niñez, o soñaba que viajaba al campo donde había pasado su niñez? Para dilucidar esa duda, solo le faltaba una página.

Mientras la leía, oyó al tren llegando a la estación. Marcó la punta de la hoja con un doblez, cerró el libro y lo guardó en el bolso que, esta vez, llevó en la mano.

Se levantó y caminó hasta los vagones que esperaban en el andén. Las puertas se abrieron. Y, al subir, chocó con una mujer que bajaba. Él le vio una expresión de sorpresa a la morocha, y un impulso lo llevó a pasarse por la frente el dorso de la mano que sostenía el bolso. La mano salió empapada en sudor. Creyó percibir que algo —¿una hoja de plátano llevada por el viento?— había volado para caer entre el vagón y el borde del andén. Se dio vuelta y buscó a la morocha para preguntarle el porqué del asombro, pero no alcanzó a divisarla: se había esfumado.

Recorrió los vagones y dio con un asiento vacío. Se acomodó y abrió el bolso. Tras alguna vacilación, sacó el libro.

No encontró el doblez que había usado como marca. Entonces, abrió el libro en la última página, y por la numeración se dio cuenta: ¡faltaba la hoja con el final del cuento!

Miró adentro del bolso, y nada. Sacudió el libro páginas abajo, y cayeron sobre sus piernas dos o tres hojas, pero ninguna de ellas era la que estaba buscando. Recordaba que había marcado esa hoja en su punta, pero a lo mejor se había descosido de la encuadernación. ¿La habría perdido al subir al tren? ¿Sería aquello

que voló a su lado y cayó a las vías? Si había sido así, ya no podría encontrarla.

Ya que no puedo leer el final, se dijo, no me vendría mal leer otra vez las primeras páginas del relato. No tengo nada que hacer, y lograré entenderlo mejor.

De manera que comenzó a releer el cuento, para comprender si Juan Dahlmann viajaba o soñaba que viajaba. Al cabo de unos minutos leyó una frase que antes no le había llamado la atención: «A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos». Y él, Sergio Murúa, era una muestra de esa certeza escrita por Borges: al igual que Dahlmann, él leía un libro en el tren; al igual que Dahlmann, él viajaba a reencontrarse con los lugares y recuerdos de su niñez.

Unas campanadas lo distrajeron. ¿En aquel tiempo hubo una iglesia cerca? Levantó su mirada. Y vio poca gente caminando por el andén, y unos frondosos eucaliptos apareciendo atrás y sobre el tejado rojo de la estación Devoto. No los había visto en su último viaje. Detalles que la memoria va perdiendo, quiso creer.

Y cuando oyó que el guarda anunciaba «¡Rápido a Caseros!», el comentario de Teresa cobró peso propio. Aquel «Estás gagá, che» pasó a tomar categoría de verosímil, porque Murúa bien lo sabía: los guardas ya no avisaban que el tren no pararía en las estaciones intermedias. Ni eso ni nada avisaban: el paso del tiempo los había eliminado; apenas si existían controles a la salida de los andenes.

La mujer sentada frente a él —extraña mujer de vestido largo y zapatos negros y una antigua capelina, también negra, y tul cubriéndole la cara— levantó la cabeza, lo miró y le sonrió.

A Murúa le daba mala espina: esa sonrisita maliciosa y todo su aspecto bastaba para que uno creyera en las apariciones. Raro que no la hubiera visto antes. ¿Sería cierta la cuestión de los anacronismos que mencionaba Borges?

Y cuando vio que él y esa mujer eran los únicos pasajeros, se asombró aún más.

La lectura me distrajo, se dijo, y no noté cuando los otros bajaron.

Volvió a la lectura del libro que mantenía en sus rodillas. Figuras borrosas se desplazaban rápido del otro lado de la ventanilla, pero en dirección contraria.

Se quedaba pensativo, absorto frente a ciertos párrafos del cuento. A algunos no los comprendía del todo: el color punzó, pongamos por caso... ¿estaría relacionado con Rosas? Podía ser, por lo de «color violento». Otros párrafos le daban la impresión de haber sido escritos para él: también Dahlmann se había cruzado con una mujer, también Dahlmann se había pasado la mano por la frente.

Supo que faltaban siete paradas cuando oyó que el guarda avisaba «¡Hasta José C. Paz parando en todas las estaciones!».

Y se ahogó. Se ahogó en una extraña metamorfosis que lo obligó a agarrarse la garganta. No se había convertido en un monstruoso insecto, pero se sentía enredado en un sueño intranquilo. ¿El sueño de Dahlmann o un sueño propio? ¿El avance de una profunda senilidad, tal como le venía presagiando Teresa? O peor aún: el mal de Alzheimer al galope, la demencia senil. Porque... oír al guarda una vez, bueno. Pero... ¡esa segunda lo preocupó!

¿Qué me pasa? ¿Estoy perdiendo lucidez?

Sacudió la cabeza: la mujer de negro había desaparecido, no la había visto levantarse... y mucho menos bajarse del tren. Miró adelante y atrás. Y los asientos vacíos le aseguraron que en ese vagón viajaba solo.

Estación tras estación, el paisaje urbano devenía rural. Kilómetro tras kilómetro, los eucaliptos disminuían de tamaño. Murúa se masajeó las sienes: ¿el dolor de cabeza —el Alzheimer, claro está— convertía a su memoria en presente?

Una fragancia a malta fermentada lo obligó a levantar la cabeza, a mirar a través del vidrio. Y otra vez Dahlmann.

Y todas las cosas volvían a Murúa: el destilado aroma de la Hiram Walker, las aguas limpias del Reconquista, las casas cúbicas de ladrillos de barro cocido con su gallinero en el fondo, los eucaliptos recién plantados, los legendarios paraísos con sus racimos de frutos amarillos, un jinete arreando la hacienda, la estación de José C. Paz: apenas un tinglado en medio de la llanura pampeana.

Confundido, se colgó al hombro el bolso, se sacó la boina, le fue tensando el borde con los dedos, y se la calzó mejor. Bajó del tren. Y el panorama que se estiraba frente a sus ojos lo impresionó: la desolada ruta 197 de *su* Josepás.

Ya no sospechaba que viajaba al pasado. Lo sabía.

Cruzó la ruta, acarició los ladrillos del almacén de don Semín.

Y se sintió tan niño como cuando era un niño, una mezcla de azoramiento y felicidad.

Siguió caminando por el sendero de carbonilla y oyó el crujido de los gujarros negros desgarrándose bajo sus alpargatas. Unos metros adelante vio la casa blanca de Capurro: las abejas remontaban vuelo desde el cerco de ligustrina, la fragancia dulce de sus flores lo rozó, y el jardinero le obsequió una rosa para su mamá. Más allá, la fábrica de dulces con sus dos chimeneas, el obrador ferroviario, el gran descampado con la laguna en el medio, el perfume anisado de los hinojos.

Y, por fin —Murúa flotaba fuera del tiempo, en el infinito—, Josepás: los ciruelos rodeados de colmenas blancas con los pesados frenos sobre sus techos rojos —frenos de hierro que él recolectaba de las vías cuando se caían de los trenes—, los dos castaños y los tres perales, el generoso tanque australiano, las magnolias y lavandas, las legumbres y hortalizas de la quinta de tío Osvaldo, el galponcito de chapas para guardar las herramientas, el arrullo de las torcazas, las calles de tierra y los gorriones bañándose en el polvo.

Y dando vuelta a la esquina —después de bordear el cerco de ligustro que podaba tío Mario y la zanja con infinidad de huevos de ranas pegados a las plantas emergentes—, llegó a ver el tanque que albergaba los dos mil litros de agua para la casa, y el molino que lo llenaba.

Y cruzando, la pulpería.

Caminaba la media cuadra que lo separaba de ella, y lo desoló la vergüenza del día en que vio a aquel hombre matar a otro. Ahí, en esa misma pulpería. El espíritu de aquel hombre muerto lo había herido. Una herida que cicatrizó, pero que seguía raspando. A nadie se lo había contado. Nadie lo sabía. Pero él sí. Murúa no se lo podía borrar: acaso si hubiese intentado algo... Sí: *debía* haber hecho algo...

...y no lo hizo.

Es que él en aquel tiempo era un chico.

Pero la excusa fracasaba: chico y todo, podría haber avisado. El miedo lo paralizó y un hombre había muerto por su culpa. Aquella frase de Facundo Cabral lo persiguió para siempre: «El tiempo arruga la piel, el miedo arruga el alma».

Murúa se sentía una estatua de arcilla erigida en la puerta de esa pulpería. Odiaba confesarse a sí mismo que había sido débil y cobarde.

Respiró hondo. Y entró, nomás.

La eternidad de ese instante lo conmovió. Creyó reconocer al hombre sentado al mostrador, de espaldas, al lado de una lámpara de kerosén: el Ambrosio, le decían.

En una mesa jugaban al truco. A uno lo reconoció. ¿Cómo se llamaba ese de pelo y bigotes colorados? Ah, sí... Eugenio el Colorao, le decían. A los otros los había visto solamente una vez.

Aquella vez.

Parado atrás del mostrador, el patrón lo miró perplejo.

—Qué hacés vos por acá, marmota.

—Hola, patrón —dijo Murúa desde la puerta. Y le llamó la atención su propia voz de niño.

—Ya te dije, pendejo, que este no es lugar para vos.

—Le juro, patrón —Murúa se besó los dedos en cruz—. La última vez, y no vengo más.

Murúa miró al Colorao, y le mandó un guiño. La cara del Colorao reflejó sorpresa.

El Ambrosio tomaba ginebra. Como aquella vez.

Y también usaba aquel sombrero negro. Como gaucho bien armado, llevaba chiripá de colores vivos por la guarda de flores, chaleco, pañuelo en la cabeza como vincha confundida con el pelo largo, rebenque corto, bota blanca con los dedos afuera, espuela grande, el poncho bien doblado sobre el brazo. Y un puñal con cabo de guampa y virolas. Un gaucho sin caballo, mate, boleadoras, lazo o poncho, vaya y pase. Pero es imposible imaginarlo sin su cuchillo.

Murúa sabía que el Ambrosio era un traidor. Un mequetrefe de esos que matan por la espalda. Sabía que el infeliz se levantaría y le hundiría el puñal al Colorao Eugenio: por la espalda y aunque el otro estuviese sentado, se lo enterraría hasta el Arbolito.

Desde aquella vez lo sabía él.

Pero, si ese hombre se embarraba de traición, el pendejo Murúa se había

embarrado de cobardía.

Y ahora le llegaba el momento de cumplir, de saldar, de hacer lo que no había hecho. Se enfrentaba a la posibilidad de redimirse ante sí mismo. Y no vacilaría.

Murúa se le acerca al pelirrojo, bien de frente. Apoya una mano en las cartas esparcidas sobre la mesa con olor a vino. Un poroto cae. Él se inclina y le dice en el oído al Colorao:

—Corrasé, hombre, que van a matarlo.

Y el Colorao esta vez se corrió. Y el ataque del Ambrosio, que había largado el puntazo a la espalda del hombre sentado, entró por el ojo de Murúa.

En sus últimos instantes, él recordó aquella certeza de Borges sobre los gustos de la realidad por la simetría y los leves anacronismos. Pero sonrió con el recuerdo de lord Jim: una voluntad que gobierna los designios de los hombres había actuado.

Y, en pocos minutos, el niño murió desangrado en el piso de barro de la pulpería.

Teresa aguardaba la llegada de Murúa. Sentada en una silla, al lado de la mesa tendida, miraba el noticiero de la noche.

El cronista pedía disculpas por haberse referido, en la mañana, a una pulpería. Que se trataba de un simple almacén de pueblo, aseguraba. Y que llamaban la atención dos cosas: que el pibe de siete años muerto usara una boina y que guardara en su bolso un desvencijado ejemplar de *Ficciones*. Pero un hecho inesperado dejó perplejos a los médicos, dijo el periodista: que, después de darlo por muerto, el pibe apareciera caminando por los pasillos del hospital.

¿Con qué monstruos se encuentra el hombre —diría Conrad— cuando llega al corazón de sus propias tinieblas?

Con una presencia ajena a las fuerzas humanas. Con un arbitrio hermético, indescifrable.

Sonó el timbre.

Teresa se levantó, caminó hasta la puerta y abrió.

—¡Viejo! —dijo—. Es tarde: ¿qué te pasó? ¿Por qué tenés ese parche en el ojo?

—Vení, Teresa —dijo Murúa—. Por fin podré contártelo todo.

Eduardo Poggi (Buenos Aires, 1945) integra el círculo de escritores de horror y fantasía «La abadía de Carfax». Escribe sobre plástica y literatura en el periódico cultural FINy en la Revista Axolotl. Los cibernéticos Axxón, BNTB, El aleph, NM, QI, Revista Axolotl, Literarea y el suplemento cultura del diario Perfil han publicado algunos de sus cuentos y cuadros. Alterna su pasión por las letras con la pintura y la composición musical. Su novela inédita *Razones de un homicidio* fue publicada por capítulos en su blog «Letras, colores y sonidos». El libro de cuentos «Terminar con todo» aún permanece inédito.

Encallado

Néstor Toledo
Argentina



Ilustración: Guillermo Vidal

Sobre la playa pedregosa y gris se arraciman los leucóceros. Verlos arrastrarse sobre los guijarros me produce una sensación extraña, una nauseosa risotada sube a mi garganta. Parecen tan estúpidos y torpes, tan indolentes: sin ojos, sin sonido. Nada en este planeta produce sonido, nada tiene ojos para mirar. Kilómetros y kilómetros de playas rocosas azotadas por las olas, y yo soy el único ser viviente provisto de ojos. El mar parece de hierro.

Los leucóceros perciben mi desesperada carcajada, y algunos vuelven hacia mí sus pálidos mascarones ciegos. Son aterradores, parecieran nacidos del acoplamiento infame de una foca y un armadillo y un camarón. Tienen algo de bicho bolita y algo de beluga. Por sus cabezas corren surcos sembrados de cortas vibrisas doradas que reflejan la luz sombría del sol. Con esos surcos pilosos me observan, lo sé, en radar. Pero no me importa: para mí es como si fueran ciegos. Paquetes inmundos de carne, apenas sujeta por el manto del exoesqueleto.

Más allá se desploman en el océano, desde una increíble altura, los glaciares. Vienen estriados de rojo, como si las altas cordilleras sangraran. Cuando los bloques de hielo caen flotan empujados por las olas, mar adentro. El hielo se disuelve y los diminutos tallos rojos se expanden con el agua, como venas varicosas. Al cabo revientan, y las sagradas esporas se dispersan en las corrientes. Muchos años les toma germinar en el océano, generar un árbol-anémona. Yo los he visto desde el aire. Son inmensos, cientos de metros de ramas y hojas apenas por debajo de la superficie de las olas. El tronco tentaculado se hunde en la penumbra, atareado en lentas pulsaciones.

Camino por la playa, pateando cascajos, indolente. Aquí y allá bloques ovoides de

obsidiana reflejan desmayadamente la luz del día que comienza. La marea trae hasta mis pies despojos coriáceos de seres alguna vez vivos. Se enredan en mis borceguíes. Los leucóceros se apelotonan unos sobre otros, se empujan, se apartan con golpes cortos de sus aletas. Esa lucha, ese conflicto mudo, opaco, me llena de un sombrío malestar visceral. Es como un disgusto gelatinoso.

Una vez, hace mucho tiempo, cuando Hubari y yo llegamos a esta estación, hubo un accidente. Un vehículo de transporte naufragó en el océano, engullido por la tormenta. La marea arrojó los despojos a la playa sombría algunas horas más tarde. Había varios cuerpos, personas ahogadas, grises y azules, horribles. Cuando llegamos, los leucóceros habían comenzado a roer algunos de los cadáveres, lentamente, raspando la carne azulenta con sus apéndices masticatorios. Tuvimos que alejarlos a pedradas para poder recuperar lo que quedaba de los cuerpos. Fue una tarea desesperante, forcejear con esas bestias por un pedazo de carne humana.

Hubari me llama por el comunicador. Vuelvo a la estación. Hubari es un imbécil. Sus ojos de un amarillo enfermizo me sondean como si trajera la peste. Gruñe una queja acerca de ahorrar energía. Lo conozco muy bien. Pretende que me despierte, me asee y me vista en la penumbra encarnada de la luz de estado. Le hice caso durante nuestras primeras semanas aquí, hace ya tanto tiempo. La luz rojiza me enfermaba, me embotaba la mente. Desnudo en la ducha, era como bañarme en sangre. Después comencé a encender otras luces, más benignas. Hubari protesta por el gasto de energía. A mí no me importa, que el Comité se enfurezca todo lo que quiera. Que me castiguen como les dé la gana. Ninguna otra estación puede ser tan inmunda como ésta.

Sé que tampoco le gustan mis paseos matinales por la playa, entre la resaca y los leucóceros. Él es feliz en la estación, entre el plasiacero en penumbras, atiborrando sus ojos con datos y cifras, vanamente. No hay manera de entender este planeta que no sea mediante la superstición. Yo soy feliz afuera, doblado por la ventisca, entre los peñascos y la nieve. Prefiero los fofos e indolentes leucóceros que el rostro agudo de Hubari y sus interminables quejas y autojustificaciones. Me escapo, y Hubari se hunde en un pozo de negra rabia. La IA escucha, infinitamente, sus quejas.

Hacer esto me encanta: tomar el aerodeslizador y salir a vagar por sobre los glaciares y la costa erizada de rocas. Sentir el zumbido poderoso de las turbinas de gas a mi alrededor. El viento cortante y salino en la cara, a pesar del termotraje. Cada tanto me detengo y me quito solamente la parte de arriba de la máscara. El viento es tan fuerte y tan helado que los ojos se me llenan de lágrimas y las pestañas se me cubren de escarcha.

Voy mapeando la costa, de a poco. Mapeo los glaciares, en infrarrojo y en ultravioleta, y grabo comentarios e impresiones. Después, Hubari y yo los analizamos juntos. Es el único momento en que nos llevamos bien. Podemos hasta reír y darnos suaves codazos. Hasta que no puede resistir la tentación de quejarse, de hacer un reproche, echarme algo en cara. Salgo mucho, pierdo tiempo vagando, recolectando

datos innecesarios. No le contesto. Hubari sabe bien cómo son las cosas: no sale porque es un cobarde. En mis salidas he recuperado veinticuatro artefactos de la Federación, desde sondas atmosféricas averiadas hasta droides de carga extraviados. Hubari no ha recuperado ninguno.

Ante el morro cubierto de raspones y manchas del deslizador se despliegan las brumas de la tormenta. Aquí y allá veo cimas de increíble blancura, cebadas de nieve. Debajo de mí los glaciares se derraman hacia el océano. Las venas púrpura hacen dibujos ramificados, son como relámpagos de sangre inmovilizados por el hielo. Sigo a lo largo de la costa: busco algo y no sé qué. Muchas veces me sucede esto. A veces tengo una pequeña recompensa. Una vez encontré dos leucóceros apareándose sobre una lóbrega piedra que emergía del agua, como un tálamo negro para dos enormes embriones quitinosos. De sus vientres acerados salían unas estructuras blandas y pectinadas de un color naranja brillante. Eran como dos manos que se acariciaran mutuamente, como dos flores que se besaran con pétalos como tentáculos, como devorándose mutua pero cariñosamente. Estuvieron un rato largo así, y luego replegaron sus genitales y permanecieron inmóviles todavía un instante, antes de arrojarse juntos al mar.

Cada tanto el planeta me regala esos pequeños portentos, como guiñándome un ojo. Pareciera que adivinara mi desazón, mi malestar. Como si se diera cuenta de mi soledad y de mi angustia y me ofreciera un momento de hechizo y maravilla como paliativo. Como cuando al sol se le ocurrió sufrir un espasmo coronal, desencadenando tormentas aurorales de todos colores. Hubari protestó por la interrupción en las comunicaciones, pero yo salí a la playa y me sentí feliz como un niño.

Bajo la vista hacia la playa renegrada, atestada de leucóceros. En el horizonte, sobre el océano, nubes de un sombrío color cobalto se saludan con refucilos. Entonces noto algo inusual. En un segmento de la playa, delante de mí, los leucóceros huyen. Eso no es demasiado notable. Muchas veces los he visto huir, corcoveando, de mí y del aerodeslizador. Ahora huyen *hacia* la playa. Aminoro la velocidad y me poso cerca de los peñascos. Las criaturas no me hacen el más mínimo caso. Huyen del mar, se dirigen apresuradamente tierra adentro, temblando espasmódicamente por el esfuerzo. Van despejando un enorme semicírculo de playa delante de las olas. Los leucóceros más distantes también están inquietos, alzan sus cabezas hacia el mar encabritado y se alejan con más lentitud. Todo es muy extraño. Toda esa inquietud, ese temor expectante, en el más absoluto silencio. Uno estaría seguro de escuchar una algarabía de lastimeros chillidos, pero sólo se oye el raspar blando de las aletas y los vientres sobre la gruesa arena, el viento que muge, el tronar de la rompiente.

Me apeo del aerodeslizador. Camino por la playa entre los leucóceros que huyen del agua. Me detengo al borde del semicírculo, un temor mítico/temor pagano me impide hollar ese suelo prohibido. En vano observo todo a mi alrededor, no descubro el motivo del temor de las blandas bestias. Mi vista se detiene sobre ese mar, fuente

de todo horror y toda maravilla. Entre las olas que avanzan para reventar y morir en espuma hay una que es diferente. Ancha y combada, distante, simétrica. Viene de frente, sin vacilar, siniestra. Los leucóceros están cada vez más agitados, y yo también. La negra ola se hiende en su dorso conforme se aproxima, dando a luz el lomo de algo enorme y sombrío. Una bestia titánica, un leviatán, que nada hacia la playa a una velocidad de vértigo. Jamás he visto nada tan grande en este planeta. Mi mente azorada conjetura que este monstruo va a salir del mar delante de mí, arrojándose sobre la arena. Confusamente, trastabillando, echo a correr tierra adentro junto con los leucóceros.

Con un estallido cataclísmico de espuma el engendro alcanza la playa. Su vasta inmensidad horada la arena abriendo un profundo surco por el que avanzan las olas. Los leucóceros se retuercen en un éxtasis de pavor y yo caigo sentado sobre los guijarros, jadeando de asombro. Al cabo se detiene, pero no queda inmóvil. Es gigantesco, de un color rojo tan oscuro que resulta negro. Intuyo que apenas un tercio de su cuerpo asoma del agua. Se agita levemente, con pequeñas sacudidas, como en una larga y brumosa agonía. Tiene una cabeza muy pequeña al final de un cuello largo y grueso o una cabeza enorme casi sin cuello. No lo sé. Su piel es un mosaico de arrugas, parásitos enquistados y viejas cicatrices, un mosaico superpuesto al otro formado por los bordes de las placas tegumentarias.

Me pongo de pie con cuidado, manteniendo una prudente distancia. Camino lentamente, arriba y abajo por la playa, examinando al monstruo. Por detrás de lo que yo podría describir como un cefalotórax se prolongan a cada lado dos ciclópeas aletas negras de las que apenas se distingue el borde anterior, fuera del agua. A lo largo de las aletas se abren hendiduras branquiales por las que asoman cerdas o tentáculos de un rojo pálido. Son como enormes bocas negras con lenguas desflecadas. Deben seguir todo a lo largo del cuerpo, y la mayoría han quedado bajo el mar: la bestia tardará en morir, tal vez incluso días enteros.

Hubari me llama por el comunicador y me maldice por la tardanza. A punto estoy de insultarlo, pero el reloj del termotraje me demuestra que tiene razón. Mientras vuelo de regreso casi voy cantando de júbilo. El planeta me ha guiñado el ojo otra vez, me hace partícipe selecto de sus portentos y sus horrores.

Hubari me escucha en silencio. No puedo evitarlo, y en la voz y en los ademanes se me hace evidente el entusiasmo. Eso fastidia a Hubari. Si hubiera demostrado una opaca indiferencia, todo habría ido mejor. Pero mi regocijo surte el efecto opuesto, lo sé. Al final accede a acompañarme, ya rayando el atardecer, con la promesa de volver inmediatamente a la estación. Es la primera vez en dos años que Hubari se aventura en la playa.

Los leucóceros se han tranquilizado, pero ninguno se acerca a menos de doscientos metros del monstruo. Eso agrada a Hubari. Nos apeamos del aerodeslizador entre los peñascos ribeteados de nieve y caminamos por los guijarros hasta la bestia. Nos detenemos a una distancia más que prudente. La brutal cabeza se

alza por encima nuestro como la proa de una nave, aunque está enterrada a medias en el surco que tan profundamente aró al encallar. Aún palpitan sus agallas.

El silencio de Hubari me incomoda. Al final, masculla:

—Interesante.

Me dan ganas de zamarrearlo hasta matarlo. ¿Interesante? Es lo más extraordinario que ha sucedido jamás en nuestros hastiados dominios.

—Debe ser un primo lejano de los leucóceros —dictamina.

Tiene razón, es justo reconocerlo. Las similitudes son evidentes para su ojo experto.

—¿Por qué habrá encallado? —inmediatamente me arrepiento de la estupidez de mi pregunta.

—Vaya uno a saber —murmura Hubari.

Su voz suena ausente. Camina acercándose al monstruo con cuidado, y su voz se apaga. Sé que está entrando en su cuerpo la fascinación de lo mítico. Observo sus pies. Sin saber por qué, se detiene al borde del círculo sagrado. En la penumbra creciente de la noche victoriosa me sonrío. El miedo ha entrado en él.

Por encima del hombro me observa.

—Está vivo aún.

—Lo sé.

—Tiene un número tatuado.

—¿Qué?

—No, dos números. Ven a ver.

Es cierto. A cada lado de la frente gibosa y feral, entre la maraña de arrugas y cicatrices, hay dos que son más profundas. Un 0 en la sien derecha y un 4 en la izquierda. Sus bordes son demasiado nítidos y precisos para ser producto de la superposición de arrugas y escoriaciones. Han sido tallados como sobre madera.

—Voy a tomar una holofoto.

Alza la cámara delante de sí, y otra vez vuelvo a notar que no rompe el círculo. Sería mucho más cómodo para él acercarse un poco más en vez de sostener la pesada cámara con los brazos extendidos y renegar con el macroenfoco, pero no lo hace. Eso me divierte. Entonces sucede. Hubari me mira un instante con ojos turbios, da un paso al frente y holla el suelo immaculado. Se acerca todo lo que su temor a las cosas vivientes se lo permite. Levanta de nuevo la cámara ante sí. Un zumbido seco y breve. Hubari toma dos holofotos más, en distinto ángulo. Algo se agita en mi cerebro, algo me impele a mirar en derredor. Los distantes leucóceros nos observan. Todos. Inmóviles, miles de céfalos pálidos enfocados hacia nosotros. Una vez, siendo niño, dije una grosería en el Instituto de Niñez. Todos se callaron y se dieron vuelta para mirarme. La sensación es idéntica: hemos escupido en un templo. Hubari no percibe nada. Es un imbécil.

Volvemos a la estación.

Hubari está intrigado. Conecta la cámara al holotablero. Un segmento

cuadrangular de la piel de la bestia cobra un atroz realismo, flotando en la penumbra ante nuestros ojos. Hacemos algunos análisis. Los bordes de los tatuajes son demasiados precisos, demasiados nítidos. No hay nada que hacer: debemos volver por la mañana y examinar mejor a la bestia, propongo. Podemos montar el colimador en el aerodeslizador para aumentar la potencia del sonar magnético y hacer un paneo del monstruo. Hubari está de acuerdo.

En mi sueño estoy de pie en la playa ante el morro de la bestia. Es de noche, no hay nubes, y una catarata de estrellas se derrama sobre nosotros. Yo y la bestia. Su frente se alza ante mí, sobre mí, como la proa de un inmenso navío negro. Late. Siento su pulsar, es como una marea que avanza y retrocede. En mi sueño sé que está menguando ese latir, y saberlo me llena de horror y de congoja.

Durante el desayuno la IA nos notifica que las antenas más cercanas a la playa han detectado una transmisión. Toda la noche una señal de radio ha estado pulsando. Hubari pide a la IA que triangule y localice la fuente. En el holotablero proyecta un mapa de un sector de playa ubicado treinta kilómetros al sur. No existe posibilidad de duda: la fuente es el monstruo marino. Solicitamos analizar la señal. La IA proyecta la onda. Es un ciclo que se repite y que dura tres segundos. Es como un latido o una baliza. La señal es bastante más compleja de lo que parece en primera instancia. Tiene más de diez canales superpuestos. No hay un solo canal que tenga ruido blanco o rosa, lo cual es sumamente extraño.

—No puedo imaginar cómo puede depurarse una señal de diez canales hasta quitarle el ruido blanco por completo —masculla Hubari.

Nos miramos con el ceño fruncido. No conocemos tecnología que pueda hacer eso sin cargas de procesamiento de miles de sinobites por segundo. Y no hablemos ya de seres vivos.

Montar el colimador sobre el plexo del sonar del aerodeslizador es un engorro. Usamos fajas de piroespuma y después, autograpas.

Volamos hasta la playa. Los leucóceros nos observan en una inmovilidad casi total. Parece que hubieran abandonado todos sus quehaceres cotidianos para poder estar pendientes de cada uno de nuestros movimientos. Eso pone fastidioso a Hubari. La playa no le gusta. Teme a los leucóceros como a espectros de la tormenta.

El leviatán tiene una leve costra de escarcha que el viento corroe y descascara, como piel vieja. Sigue vivo, respirando pesadamente con sus centenares de agallas batidas por el oleaje.

Encendemos el sonar y barremos al monstruo. Capa por capa, modulando la potencia de la fuente a medida que el registro se asienta y son ecualizadas las interferencias. La burda IA del aerodeslizador no permite visualizar los datos, así que no nos queda otra opción que esperar pacientemente el final del barrido para regresar a la estación.

Al volver, siento una extraña opresión. La testa de la bestia, ligeramente inclinada, parece como si mirara hacia nosotros.

La imagen que se forma sobre el holotablero es tan compleja y abigarrada que la IA nos propone mostrar cada canal de frecuencia modulada por separado, para que podamos entender algo. Hubari accede a cambio de ciertos pequeños ajustes. Yo no entiendo nada de lo que dice.

Primero aparece una imagen tridimensional del monstruo. Mide aproximadamente un metro de largo y es de color gris opaco. La mitad posterior está sumergida en una agitada niebla: interferencia provocada por las olas. Hubari intercambia frases cortas con la IA y la interferencia desaparece. Luego el segundo canal de frecuencia. Extrañas estructuras de color azul suave se perfilan en el interior del monstruo. Hubari y yo discutimos el emplazamiento de los bolsillos branquiales y de los surcos masticatorios. En la base del cefalotórax hay dos corazones pulsátiles con grandes aortas ramificadas. Las gónadas no están desarrolladas. Ahora el tercer canal. En un rojo encarnado aparecen gráciles piezas curvas dentro del leviatán. Están por todo el cuerpo, delgadas como alas. Parecen rodear un espacio ovoide en la testa de la bestia. Asombrado por la forma y arreglo de estas estructuras, no presto atención a los valores de reflectancia que flotan al lado. Hubari sí lo hace, y su mano me toma del codo. Me fijo, y no lo creo: son valores propios de un polímero sintético.

El siguiente canal grafica en naranja brillante una pequeña armazón de forma ovalada. Está en el centro cabal de las piezas de polímero. Los valores de reflectancia indican polímero sembrado de titanio, oro y fosfato de estroncio. Hubari discute un instante con la IA, pero los valores muestreados no cambian. Se debe creer en la evidencia, o reventar.

Cuando se dibujan líneas y semicírculos de blancuzco y brillante amarillo Hubari salta hacia atrás como si la imagen lo hubiera mordido. Su voz es inusualmente baja cuando increpa a la IA. Pero no hay error posible. Son lecturas nítidas de ferromembranas sintéticas. Núcleos y toroplastidios de nanodroides. Centenares de miles de nanodroides. Estacionados en espacios tisulares muy bien definidos, prolijamente, a la espera. Si tuviéramos una antena lo suficientemente fina, podríamos ver su aureola cuántica.

Con voz ronca, Hubari pide ecualizar los límites de banda como en el principio, pero yendo por el ancho de banda de forma progresiva. La imagen pasa del gris al azul y del azul al rojo y del rojo al naranja para terminar en un amarillo refulgente y solar. No hay solución de continuidad entre estructuras orgánicas y sintéticas. No hay combinación que se nos ocurra donde el tejido vivo, el polímero metálico y los nanodroides no se imbriquen y se fundan unos con otros en múltiples configuraciones alrededor de ese núcleo oval.

Hablamos al mismo tiempo, interrumpiéndonos mutuamente y haciendo muecas y ademanes estúpidos. Creo que decimos lo mismo, pero el asombro y el miedo nos avasallan de tal modo que parecemos niños que descubren un cadáver.

Voy a la cocina y traigo vasos y café. Hubari estudia en silencio la imagen. El espacio oval está lleno de estructuras y formas de todo tipo, mezcla de tejido vivo y

piezas sintéticas. Lo discutimos durante un rato largo. Hubari cree que no es un órgano natural del monstruo, sino un injerto de otro organismo.

Esa noche elucubramos docenas de hipótesis. La presencia de los números indica factura humana, pero no existe aún la tecnología necesaria para lograr lo que agoniza encallado en la playa. Ni siquiera en los próximos cien años. Lo que más preocupa a Hubari son los nanodroides. Los dos sabemos que no es posible administrar una población de más de cuatro mil novecientos noventa y ocho nanodroides a un tiempo sin que la dinámica se vuelva caótica. El leviatán aloja una cantidad estimada de más de dos millones.

Hubari está asustado. Murmurando, sugiere que el monstruo parece venir del futuro, y yo me río de él mientras se me pone la piel de gallina.

En mi sueño estoy de pie en la playa, ante la testa del monstruo, bajo el manto de la noche. El latido de su alma viscosa es como un sismo que sacude mis sienes. Decece. Mengua a cada instante. Detrás de ese pulsar hay otro, imbricado con el primero, más delicado y más veloz. Fuerza mi mente hacia el interior del monstruo. Me urge, me apremia sin palabras. Es como si tironeara de mi cerebro mediante tendones invisibles. Siento terror, y una pena abrumadora, porque comprendo que cuando el latir del monstruo se detenga, el otro latir también lo hará, hundiéndose en la tiniebla. No puedo, no debo permitir que esa alma pulsante y maravillosa se desvanezca. Mi deber es salvarla.

Hubari me observa con ojos desorbitados cuando lo despierto. Me escucha un instante con el ceño fruncido antes de llamarme demente y pedirme que lo deje seguir durmiendo. Salgo de su celda y me dirijo al baño, aún confuso y estremecido por el sueño. Bajo la luz roja, el sudor de mi frente es como sangre, y la sangre de mi nariz es negra.

Jamás he volado de noche: los leucóceros se han refugiado en el mar del frío nocturno y los glaciares brillan con fulgor fantasmal, al igual que la espuma de la rompiente.

Dudo un instante antes de trepar al dorso de la bestia. Sólo es un instante. Arrastrando el morral con herramientas me aferro a las arrugas y subo. Enciendo los reflectores de la máscara del termotraje y busco, mientras me desplazo por la cúspide de la testa, la hendidura que vimos a la tarde con Hubari. Aquí está. Es como una boca cerrada, como un opérculo. Pero es también una puerta híbrida, una enorme y paquidérmica vulva de carne y polímero. Trabajo sobre los labios cerrados firmemente y sellados con el residuo costroso de años y años de océano. Al final, se abren ante la insistencia de mi escariador neumático devenido en fórceps improvisado. Debajo hay otra poterna similar, más suave y fibrosa, sobre la que me abalanzo decidido. Hay un rebullir y un temblor cuando separo los labios, y después aparto membranas argénteas con mis propias manos. Fluidos espesos veteados de sangre se derraman.

La luz lechosa del amanecer me encuentra acuclillado dentro de este cérvix

biomecánico. Cubierto de sangre y moco, sigo escarbando, abriéndome paso hasta ese latido que zumba en mi cráneo y que me impulsa hacia adelante.

Al cabo dejo al descubierto un objeto cubierto de membranas superpuestas. Es una gran crisálida, un capullo tierno. El latido me rodea y me envuelve, me apremia, lleno de cariño. Un forcejeo más, y extraigo la crisálida de su trono de metal y de carne estremecida. Agotado, abrazando este enorme capullo tibio, me arrastro fuera del cuerpo del monstruo.

Entiendo el temor y la reacción de Hubari. Se ha despertado en la noche, sobresaltado, y me ha echado en falta, junto con el vehículo. Me observa volver con la luz del día, macilento y sucio, trayendo un bulto sanguinolento cubierto con una loneta. Es comprensible que Hubari se ponga el termotraje y la máscara biosellada y lleve el rifle de riel. En silencio, me apunta cuidadosamente desde la entrada.

Levanto las manos hacia él mientras me apeo lentamente.

—Déjame llevarla hasta la enfermería —suplico.

No hace nada ni dice nada, sólo me apunta.

—Por favor. Confía en mí.

Desvía la boca del rifle hacia la crisálida.

—¿Qué has hecho? —dice, con voz estrangulada.

—Por favor. Déjame llevarla a la enfermería. Hasta el tomógrafo.

Hubari duda, vacila infinitamente mientras mantiene el arma en alto. Por fin baja la boca de fuego y se cuelga el rifle del hombro.

Entre los dos llevamos la crisálida hasta la enfermería. Mide como dos metros de largo y pesa sus buenos sesenta kilogramos. Hubari me ayuda sin protestar a meterla en el tomógrafo, pero en ningún momento se quita la máscara ni abandona el rifle de riel.

Encendemos el tomógrafo. Los ocho minutos que tarda el sistema en iniciarse y en realizar el escaneo se trocan en horas en mi corazón precipitado.

Al fin aparece una imagen. Flota en el aire, tridimensional y multicolor, llena de estructuras y perfiles orgánicos. No hay duda alguna de que esa figura envuelta en membranas es un ser humano. Un ser humano vivo, sepultado en este capullo que es ataúd y útero a un tiempo.

Hubari me ayuda a limpiarme y me sugiere que me deje puesta la máscara. Ante mi negativa, estalla. Sus gritos acusándome de irresponsable y demente me golpean el pecho como un martillazo. Cuando me acusa de ser el causante de la contaminación de casi toda la estación me enfurezco, a pesar de que sé que tiene toda la razón. Lo empujo contra la pared y le grito en la cara, tan cerca que mi aliento empaña su máscara, que si logramos salvar la vida al ser humano que duerme en la crisálida será gracias a mi iniciativa y no a sus sempiternas dudas y temores. Hubari me aparta y me arrastra hasta la enfermería de nuevo. Con un dedo trémulo señala la imagen llena de colores y formas que se agitan.

—¿Sabes lo que es eso? —ruge.

Lo sé y no digo nada, tanta es mi rabia.

—Son nanodroides, estúpido. Miles de nanodroides. Por todos lados. En el torrente sanguíneo, en el cerebro y la médula espinal, en los músculos y en los ojos. ¿Sabes acaso qué mierda es esta cosa? Yo no lo sé. Parece un ser humano, pero yo no estoy seguro.

—Yo sí estoy seguro. Un ser humano vivo sepultado en un monstruo marino agonizando. ¿Cómo podríamos no ir en su ayuda?

Se marcha sacudiendo la cabeza y musitando «estúpido e insensato». Me quedo en la enfermería, solo con la crisálida y su contenido.

Hubari vuelve más tarde. Se ha puesto un termotraje limpio y parece más calmado, aunque el miedo en su sangre puede olerse. Durante varias horas hacemos análisis y tomamos muestras. Hubari se pronuncia finalmente. El ser humano dentro del capullo es una hembra y no parece correr riesgos inmediatos. Es importante disimular: yo lo sé desde mucho antes, porque el latido se ha sosegado y envuelve mi conciencia con una tibia marea de gratitud y amor. Hubari continúa. Las variables organométricas son consistentes y estables, aunque algunas parecen estar un tanto fuera de escala. En particular, es extraña la escasez de elementos pertenecientes al sistema inmune y la presencia de estructuras orgánicas nuevas en el hipotálamo y en el bulbo raquídeo. Pero lo más inquietante es la continuidad que existe entre los tejidos y estructuras de la crisálida y el cuerpo que late dentro de ella.

La noche se ha hecho larga. Hubari se refugia en su celda y utiliza la bomba portátil para darse una ducha de peróxido por encima del traje para limpiarlo. A mí la posible contaminación no me interesa. Me voy a la sala de datos y converso con la IA. Si bien el protocolo avala mi decisión, la IA expresa su preocupación ante la eventualidad de que mi organismo sufra de una nanoinfiltración parcial.

En mi sueño estoy en la playa y el leviatán ha desaparecido. La rompiente muge y brama y vomita refulgente espuma. Una figura viene a mí desde el océano. Envuelta en un manto brillante y oscuro, sólo su rostro está al descubierto. Su belleza me abruma conforme se aproxima. Bajo la mirada, aturdido ante tanta hermosura. Se yergue sobre mí, llena de fulgor divino, y sus ojos son discos de luz iridiscente, pozos de auroras polares. Sonríe con labios finos y dientes de nácar. Su manto se abre como vastas alas plateadas, llenas de nervaduras y lenguas. Su cuerpo espléndido y alado está cubierto de glifos consagrados que brillan silenciosamente. Son símbolos vivientes que se agitan. Con sus alas de polilla me rodea mientras la luz de sus ojos me alza y me sostiene en el filo mismo de la tiniebla.

El día se derrama por encima del océano. La criatura sigue estable en su crisálida, y Hubari redacta un informe para el Comité con ayuda de la IA. No se quita la máscara ni abandona el rifle de riel.

El leviatán ha desaparecido. Sólo queda en la arena la titánica huella de su cuerpo, como una pequeña bahía que los leucóceros continúan evitando. El cielo sobre el océano fragua una tormenta: arracima nubes sombrías y gibosas y

relámpagos al rojo blanco punzan las olas distantes. El viento trae nieve.

Hubari me observa desde su máscara. Sus ojillos de ese amarillo desvaído brillan con una luz de pánico cuando me acerco a la crisálida. Quizás no sea tan imbécil como yo lo creo y afirmo, y tal vez una duda, una sospecha, anide en su cráneo de burócrata. A lo largo del día me ha hablado tres o cuatro veces de la nanoinfiltración, sugiriéndome entrar en el tomógrafo para auscultarme. Me niego a carcajadas.

La noche acomete negra como el abismo, henchida de titánicas nubes rugosas. Vomita nevisca y olas rugientes. Todo se ha vuelto extraño. Hubari monta guardia en la sala de control, con el rifle de riel a su lado. Me observa y no habla. Yo intuyo lo que trama mientras espera la respuesta a su informe. Armo un catre en la enfermería, junto a la crisálida, y me tiendo para soñar.

En mi sueño caminamos por la playa entre fragmentos de hielo. Ella me abraza y me envuelve con sus alas, y al contacto con su piel me pongo a temblar. Ella ríe con su risa de mariposa y me mira con sus ojos llenos de aurora, terribles. Me besa con su boca de plata y amatista, y mi corazón salta y se estremece. Entonces abre sus alas larguísimas, y en su rostro hay pena y preocupación pero también hay confianza y amor. Yo soy feliz, y tengo miedo. Estoy mortalmente asustado.

Me mojo la cara, y el agua bajo la luz roja es como una hemorragia que se derrama por mi rostro.

Cuando entro en la sala, Hubari me espera de pie. La IA está proyectando gráficos a su alrededor, gráficos que no entiendo y no tengo tiempo de entender. Aún no ha amanecido y las olas de tormenta castigan la playa sin tregua, como azotes negros y espumosos. A través de su máscara veo el pavor y veo también la satisfacción, la venganza. Hubari alza un dedo acusador:

—Estás lleno de nanodroides. Lleno.

Sólo entonces reparo en los aparatos desparramados por la sala. Reconozco la antena desmontada del sonar magnético. Hubari me ha examinado mientras duermo.

Una rabia fulminante me sube por la garganta. No atino a decir nada, sólo a avanzar con los puños crispados. Hubari sonrío desmayadamente.

—El Comité te quiere en cuarentena hasta que llegue su equipo. No te resistas. Te llevarán con ellos y a esa cosa también, si aún duerme.

El rifle de riel está a su lado, a un paso.

—Su actividad celular y alfanearal se ha incrementado exponencialmente desde anoche. Si despierta, le dispararé. Es lo mejor para todos.

La sangre se me sube a las sienes. Mis ojos arden. Los gráficos parpadean y ondulan. Avanzo otro paso más y los ojos de Hubari se llenan de terror.

—Maldito seas. Estás lleno de nanodroides.

Algunos de los gráficos se vuelven rojos. Suena el gemido de una alarma. Hubari palidece profundamente.

—Se está despertando —dice, con voz quebrada.

Me lanzo sobre él. Lo arrojo contra el holoescriptorio, pero Hubari está preparado

y el miedo se le troca en fuerza. Forcejamos y me golpea en el rostro. Lo tengo agarrado por el cuello. Entonces me atiza en la cabeza con la culata del rifle. El dolor es tan intenso que los ojos se me llenan de lágrimas. Mis manos se aflojan y caigo de bruces. Hubari no se demora. Me golpea nuevamente: una patada en el rostro y luego dos más, rápidas como relámpagos, en el abdomen. Me desplomo tosiendo y sangrando. En la periferia de mi campo visual ensombrecido, veo a Hubari tomar el rifle de riel y dirigirse hacia la enfermería.

Me levanto trabajosamente. Mi mente es un tifón agitado de ira y desesperación. Corro tras él, renqueando y tosiendo. Me apoyo en las paredes mientras mi visión se oscurece como el mar bajo la tormenta.

Cuando entro en la enfermería mis manos empuñan un objeto largo y pesado que mi ojos reconocen como el hacha que colgaba junto al extintor. La crisálida se abre con rápidas sacudidas, y una placenta estriada de sangre se derrama por la junturas hasta el suelo. Hubari alza el rifle, y me ve llegar con el rabillo del ojo. Da media vuelta para apuntarme, pero el golpe lo alcanza en el costado del cráneo. Hay un estallido de sangre y fragmentos de máscara y de carne. Su cabeza se bambolea violentamente mientras Hubari se derrumba.

El hacha se desliza de mis manos. Estoy cubierto de sangre y sin aliento, trémulo. Horrorizado, siento como la marea de nanodroides rebulle en mis heridas, construyendo carne nueva.

La crisálida se agita, se abre, se repliega y desenvuelve como enormes alas sanguinolentas que llenan la habitación de sombra, vastísimas. Con las manos se despoja de las últimas membranas viscosas que cubren su cuerpo húmedo y ensangrentado. Avanza hacia mí, sin ruido, y me estremezco como agitado por un sismo. Sus ojos son pozos de luz iridiscente, y mientras me abraza y me envuelve con sus alas, su sonrisa nacarada aleja todo temor y tiniebla.

Néstor Toledo nació en 1980 y vive en Sarandí, en la zona sur del Gran Buenos Aires. Trabaja como paleontólogo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata y es becario del CONICET. Sus conocimientos científicos y su capacidad para extrapolarlos, unidos a las cualidades literarias de sus obras, lo posicionan como una de las voces más interesantes de la ciencia ficción *hard* actual de su país.

Algunos de sus textos, incluido este mismo cuento, han sido publicados en la revista PROXIMA.

Esta es su primera aparición en Axxón.

El hombre del sigilo

Pé de J. Pauner
México

*Para Felipe Osornio (Leche de Virgen Trimegisto),
performer pánico y pornoalquimista.*



Ilustración: Guillermo Vidal

El profesor le dice:

—¡A ver cómo le va a hacer para sustituir el corazón que destrozó! Quiero que me traiga uno nuevo el lunes.

A su espalda, un compañero se ríe y susurra:

—¡Ya, tú, rompe corazones!

—¡Fuera de la clase, los dos! —Antes de abrir la puerta, le echan una mirada a la estantería con frascos con formol donde flotan los órganos humanos. Luego salen. Cierran la puerta del salón de clases tras ellos.

—¡Vete al Chopo, güey, ya sabes que ahí encuentras de todo! Tengo un amigo que para a la salida del Buenavista todos los días. Anda a pie, lleva una maleta negra. Yo le compro órganos a él. Pero no se pone en el tianguis, ¿va? Anda en la acera de la Biblioteca Vasconcelos.

Por la mañana, sale de la estación del Metro Buenavista. Pasa la estación del tren suburbano sin dejar de buscar entre la muchedumbre de góticos y gente apresurada. Encuentra al hombre caminando sobre la acera de la malhadada Biblioteca Vasconcelos, tal como le ha dicho su amigo.

—Sí, tengo un corazón, aunque no parezca, hijo —el hombre sonríe. Parece un

hombre común y corriente que esperara la hora de entrada a la oficina. Se sienta en la acera y él hace lo mismo. Sobre las rodillas, acomoda el maletín y lo abre. Mira adentro y, de entre varios frascos atados con correas al fondo, extrae uno y lo pone delante de sus ojos.

—Este es muy viejo. Te lo dejo en quinientos...

—No sabía que costara tanto... traigo doscientos...

—Dámelos.

Tiene un sueño intranquilo. Escucha una palabra que le suena a «silencio» pero al mismo tiempo a algo más que no comprende. Abre los ojos. El frasco con el corazón, flotando en un formol tan claro como el agua, está donde lo dejó, en su escritorio. Parpadea. Se incorpora sobre los codos. El corazón está latiendo. Late rígidamente, como el corazón viejo del que se trata. También lentamente, y lentamente se dibuja a lo ancho de los ventrículos un símbolo, como si fuera una cicatriz. En su cabeza escucha «escarificación» y luego «sigilo». Piensa que duerme. Que duerme y sueña. Se recuesta, cierra los ojos y vuelve a dormir.

Escribiendo en la laptop, mira de reojo el frasco. El corazón late pero ahora sus contracciones son más fuertes. Maravillado, no puede dejar de mirar.

—*Sigilum*... —El corazón late y puede escuchar los latidos. La palabra aparece en su mente pero sabe que proviene del corazón. Hay algo fascinador y horrible en esto, pero el miedo cede el paso al asombro cuando un símbolo se dibuja en el músculo, entre las arterias, en los ventrículos. Brota. Mira como si una cordillera surgiera de la tierra, como si emergiera. Es una cicatriz, una escarificación que sale de debajo del músculo. Un símbolo rugoso pero también antiguo. Y, mientras el símbolo aparece en su superficie, el corazón no cesa de latir.

Luego viene la visión. Es un embajador en un país extraño, lo sabe con la certeza que sólo se da en los sueños. Desde un ventanal, mira a la gente pasar por la calle, envuelta en ropajes orientales. De golpe, se echa atrás en la silla. En el frasco, el corazón flota como en agua. Inmóvil. Un músculo cardíaco común y corriente.

—No he podido conseguir el corazón, profesor, discúlpeme.

—Mira, ayer trajeron un cadáver. Nos va a servir por un tiempo. Olvida el corazón, pero para la próxima...

Otra noche. Otro sueño. El corazón late en el frasco. Los invitados sonrían. Las damas de honor están radiantes. Aguarda a su novia al lado del sacerdote. Abre los ojos al día, pero en la Facultad no lo abandonarán las visiones que le trae la noche. Los compañeros le preguntan la causa de su abstracción. ¿Está enamorado, tiene a alguien enfermo en casa, problemas económicos?

Busca al hombre del maletín en la acera de la biblioteca. Lo localiza más adelante, en la confusión misma del tianguis. El hombre vende otro frasco, el cliente paga y se aleja.

—¡Oiga! Quiero saber qué es lo que me vendió.

—¿Yo te vendí...? ¿Qué te vendí, güey?

—No se haga, me vendió un corazón... Quiero saber qué es, de dónde lo sacó, por qué hace... lo que hace...

—¿Qué es lo que hace? A mí no me vengas con esas, ¿va? A mí me pasan la mercancía y yo la revendo. No me salgas con que quieres que te devuelva el dinero.

El hombre echa a andar entre los puestos. Él lo sigue.

—¿Por qué hace eso? ¿Por qué provoca sueños y visiones? —le grita, dejándose oír en medio del ruido, de la gente que vende y compra, del cuero, del color negro, de los metales, de los encajes, de los tatuajes, las escarificaciones, el calor. Entre los puestos, el hombre del maletín le dice algo a otro que lleva salvajes extensiones en las orejas. Se pierde al fondo. El de las extensiones le cierra el paso. Asustado, sólo mira sobre los hombros del que le impide pasar. El del maletín ha desaparecido. Derrotado, regresa al Metro. En su casa hace una llamada telefónica.

—Tío, usted sabe interpretar sueños, necesito verlo mañana.

—Te invito a desayunar antes de que entre al consultorio. ¿Te parece en el «Sanborns» de Reforma?

—Sí, ahí lo veo.

Su tío está sentado al lado de la ventana. Le hace una seña con la mano.

—¿Cómo están tus papás?

—Bien. —El tío lo mira. El chico tiene la vista baja. Entonces, el hombre cambia de tema.

—¿De qué se trata, son tan graves esos sueños? ¿Pesadillas de muerte? ¿Qué son? Se lo cuenta, poco a poco y con detalles.

—Podría decirte muchas cosas. Incluso que estás perdiendo la noción de la realidad. Que ya no distingues el mundo onírico de la vigilia. Sería fácil diagnosticar un proceso esquizoide. Pero lo que me pone a pensar que no es algo de mi competencia es la palabra que escuchas cuando ese corazón que tienes en el frasco se pone a latir: «sigilo», «sigilum». Aquí te apunto el teléfono de un amigo parapsicólogo, le dices que vas de parte mía, le cuentas todo. Y le repites esa palabra. Va a interesarse en tu caso, mucho. Y, ¿sabes, sobrino? Yo creo que esto es algo muy bueno. Oscuro pero bueno, si resulta ser lo que creo que es.

—¿No me puede adelantar nada? Tengo esas visiones hasta cuando voy por la calle. De repente, ya no estoy aquí. Camino por Chapultepec, bajo los árboles. Frente a mí está el Tláloc del Museo de Antropología. Pero cuando llegan las visiones estoy caminando al mismo tiempo en algún país de Arabia o en Irán o... ¡No sé yo dónde! Me encuentro en dos sitios a la vez. Tengo que sentarme en el suelo y esperar a que se terminen las imágenes. Si estoy por atravesar una calle en México tengo miedo de que me atropellen porque al mismo tiempo estoy en una plaza soleada en una ciudad con mezquitas y palomas...

—¡Tranquilo, muchacho! Llama a mi amigo. Es más... le hablo ahora y le digo que lo vas a visitar... —El tío teclea en el teléfono celular.

El parapsicólogo extrae con cuidado un libro de las polvorientas y repletas

estanterías. La biblioteca permanece a media luz. Pesadas cortinas cubren las ventanas. El sonido de la calle es apenas un rumor apagado. Hay gárgolas y estatuas. Atriles y mapas. Pinturas de dioses y de diosas.

—Así que diste con un sigilo, ¿eh? ¡Y muy poderoso! Ven aquí, a la mesa. Lee esto.

«Sigilo, del latín *sigillum*, sello. Se dice del símbolo en un anillo que se imprimía sobre laca para sellar una carta. El sigilo guardaba el secreto escrito en la carta hasta que se rompía el sello. Por extensión, la palabra sigilo llegó a significar “silencio”. El silencio que se guarda como bajo un sello.

»Técnica del sigilo: según los principios de la Magia del Caos, desarrollados a partir de los trabajos pioneros de Aleister Crowley y Austin Osman Spare, una técnica probada consiste en formular un deseo y de inmediato llevarlo al subconsciente donde será olvidado, sepultado bajo las capas de pensamiento. En seguida, el deseo será sustituido por un símbolo cuyo significado no se expresa nunca. Dicho símbolo, físico o intangible (pensado) será cargado a diario valiéndose de dos tipos poderosos de energía: la sexual o la que emana de una muchedumbre.

»Forma de utilizar la energía sexual: durante el coito o durante el transcurso de una orgía, colóquese el sigilo, de ser material, en medio de la sala, o piénsese en el sigilo si este es intangible. Repítase tantas veces como sea necesario.

»Forma de utilizar la energía de una muchedumbre: durante una batalla en una guerra o durante una oración masiva, llévase el sigilo a resguardo cerca de su cuerpo si es material, o piénsese si es intangible.

»Técnica avanzada (sólo para iniciados en Altos Grados): el sigilo intangible es tatuado en el aura o en uno de los órganos vitales del mago. La manera de hacerlo se explica en el libro de Craspare, *La piel del aura*».

—Lo que tienes en tus manos, muchacho, es un sigilo de Alta Magia. Debió pertenecer a un iniciado que logró trasladar a su corazón sus propios deseos, tatuarlos en forma de sigilo. Ese es el símbolo que aparece en el corazón. De alguna manera posees el don de activar el sigilo. Tal vez por tu propio deseo de tener un corazón humano en formol para sustituir el dañado... ¡Y todo por ese hecho tan trivial de evitar un castigo escolar!

—Entonces lo que yo veo, las visiones, ¿son los deseos de ese iniciado?

—Los deseos de su corazón, ni más ni menos. Ese hombre debió morir antes de verlos realizados pero había alcanzado a grabarlos como sigilo en su órgano vital. El corazón se ha movido por ti. Sólo a ti te pertenece. ¡Cómo me gustaría verlo! Pero sé que no funcionaría en mi presencia. Eres un privilegiado. Ahora, acepta lo que se te da y fluye...

El hombre busca entre los estantes superiores, coge otro libro muy antiguo y sopla el polvo que se acumula en sus páginas.

— «*La piel del aura*» de Craspare. Lee este libro cuando lo necesites, tú sabrás cuándo será eso. Aquí se describe la manera de tatuar un sigilo en el aura o en los

órganos vitales. No se trata de algo fácil y puede llevarte mucho tiempo aprenderlo. Con esta lectura estarás saltándote varios grados intermedios... Los evos me perdonen por esto, pero has sido escogido para vivir una vida ajena: necesitas ayuda y yo te la puedo proporcionar. No tengo a quién heredar mi conocimiento. No tengo un hijo. Ojalá algún día tú tengas hijos y puedas transmitirles el arte del sigilo. Recuerda una cosa siempre: cuando escribas tu testamento ordena que tu cuerpo sea sepultado sin embalsamar. Si algo sale mal y mueres antes de que los sigilos cumplan el destino para el que han sido cargados, debes asegurarte de que continúen intactos, como el corazón en el frasco. Es la única forma de que los sigilos lleguen a ser en el mundo y que otro pueda hacer uso de ellos si su primer detentador ha perecido.

El parapsicólogo corre las cortinas de la biblioteca. La luz entra y le lastima los ojos. La secretaria abre la puerta.

—Señor Senador, su prometida...

—Que pase —dice él, sonriendo.

—Querido, me gustaría que Estela me acompañe esta tarde a elegir el vestido. ¡Por favor!

—Estela, ¿quiere hacernos ese favor?

La secretaria contesta, emocionada:

—¡Claro que sí! Estaré encantada de acompañar a la señorita.

En un gabinete secreto esconde el frasco con el corazón en el fondo, detrás de unos libros antiguos y valiosos. Cierra las puertas y desliza encima la pintura original, enmarcada, de un pintor muy cotizado. El ruido que proviene de la sala le avisa que ella ha llegado. Deja la biblioteca y la recibe con un beso en los labios.

—¡Hola, amor! —dice ella—. Recuerda que hoy cenamos con papá.

—Sí, nena, no lo he olvidado.

—Creo que se te cumplirá tu deseo de ser embajador en lo que fue la antigua Persia.

Él la mira con sorpresa.

—¿Qué, acaso no lo deseabas?

—No es eso, es que... ¿Qué pensarías si te dijera que es cierto que alguien puede vivir para ver realizados los sueños de otro... pero siendo ese otro?

—Que no entiendo lo que quieres decirme. ¿Estás muy ocupado? Necesito que me ayudes con unas cosas.

La ayuda a cargar cajas con cosas recién compradas.

—¿Te conté que alguna vez yo estudiaba Medicina? ¿Te lo conté? ¿Que casi de la noche a la mañana aprendí a hablar varios idiomas, que pasaron años en un solo día, que llegaste tú, que me nombraron Senador, que nos casamos, que yo estoy durmiendo en la cama de mis padres, allá en México, y que aún guardo un corazón humano, muy especial, conservado en formol desde esos viejos tiempos que apenas

sucedieron ayer?

—Varias veces me has hablado de tus tiempos de estudiante. Sí. Pero no concibo que el futuro Presidente de la República viva en el pasado.

—¿Presidente de la República?... Hace unos minutos era un senador, apenas. Ahora soy un candidato a la presidencia. Y tú no has envejecido. Es como saltarse años enteros en el calendario. Los días no necesariamente siguen a las noches.

En la noche, abre el gabinete. El corazón está latiendo aprisa y el sigilo se hace visible. Lo mira latir en el frasco que sostiene entre las manos. Flota en medio del líquido tan claro como el agua de un estanque en la mañana.

—¿Es cierto eso? Había dos deseos encerrados en el sigilo grabado en ti. Los deseos de tu dueño: ser un embajador y casarse con la hija del presidente del país. Ahora entiendo que, durante la consecución de los deseos, ocurran sucesos alternos, accidentes, como esos «daños colaterales» que manejan los militares. ¿Acaso hay un tercer deseo? ¿Y cuándo ocurrirá?

«Las felicitaciones de los dirigentes de varios países del mundo no se han hecho esperar. El flamante y joven presidente electo ha decidido retirarse esta tarde con la hermosa y futura primera dama a su casa de...»

Están abrazados ante la pantalla mural de televisión, sentados en un sofá.

—Canal 54 —ordena él. La pantalla cambia de canal automáticamente, al mando de la voz. Una conductora conversa con su compañero ante la fachada luminosa de una mansión.

«La futura Primera Dama me confesó algo maravilloso y me autorizó para comentarlo ante las cámaras: está esperando un bebé...»

—Te amo —susurra ella en su oído.

«Me ha dicho: es como si todo esto fuera un sueño...» En la pantalla, la conductora es toda sonrisas, como quien ha contado un chisme o un secreto.

—Es como si todo esto fuera un sueño —le dice ella, antes de besarlo en los labios.

«Sucesos alternos, como los daños colaterales...»

Asfixia perinatal. No comprende el término médico. No lo quiere comprender. El médico y el presidente se miran. El bebé se ha asfixiado dentro del cuerpo de la madre. El médico le explica una vez más, nervioso. Luego, él, como un sonámbulo, deja a su esposa en el hospital. Va a casa. Ordena furioso a la escolta que lo sigue que lo dejen solo. Que respeten su dolor. En casa, abre el gabinete secreto. Extrae el frasco.

—¿Puedes hacer algo más por mí? ¿Puedes hacerlo? ¡Por favor! ¡Me has dado un reino pero no tengo un príncipe!... ¡Por favor!... ¡Haz que viva! —Y siente que se desgarran por dentro. Llora. Babea sobre la ropa. Un sollozo se alarga en su interior y luego le surge lento y agónico. Está inmerso en un melodrama que no le correspondía vivir pero que está viviendo.

Espera una revelación proveniente del corazón pero el corazón permanece

inmóvil. Hunde la mirada en el frasco pero el órgano flota en el líquido claro, muerto, descolorido. Cambiado. Lleva el frasco a la cocina. Aprisa. Abre la tapa de madera que está sellada con cera. Vacía el líquido en el fregadero. Un aroma a especias, a miel y agua fresca inunda la cocina. El corazón queda en el fondo del frasco. Coge un plato y lo vacía ahí.

—¡Un deseo solamente! ¡Uno! ¡Quiero a mi hijo de regreso! Lo quiero vivo...

El corazón está muerto. Coge un cuchillo. Corta con furia el músculo, pero dentro no está el sigilo. Hunde los dedos e intenta abrirlo. Lo taja a la mitad. Sabe que no sirve de nada. No sirve ya ese acto desesperado, ese corazón muerto que huele a especias. Sabe que los deseos han sido cumplidos. Que la carga se ha agotado. ¿Es hora de despertar? ¿Y por qué, si ni siquiera ha pedido soñar? Ahora no quiere abandonar el sueño. No quiere abrir los ojos.

Su esposa es un espectro que no duerme por las noches. Tampoco duerme él. Ocupa el tiempo que debería ocupar en dormir —tras las obligaciones de hombre de Estado—, en leer el libro que el parapsicólogo le entregara tiempo atrás, en una vida que parece que jamás ocurrió... ¿Atrás, cuántos años? ¿Y por qué los años parecen días en realidad? Porque son horas. Son días. Son sueños ajenos.

Lee. Practica. Aparece en televisión. Lee. Habla ante el Congreso. Practica. Viaja a otros países. Lee. Traiciona la confianza de los ciudadanos. Practica. Cambia las leyes de la Constitución. Lee. Vende un poco más el país a los extranjeros. Practica... Aprende cómo tatuar un sigilo en su propio corazón.

«El mago sentirá una descarga en el alma, similar a un torrente de luz. Entonces sabrá que el sigilo ha sido grabado en uno de sus órganos vitales. Aquel que ha escogido para tal fin».

Cierra el libro. Lo guarda en la bolsa de cuero. Se echa la bolsa al hombro.

—Estoy listo. Avisa al chofer —cuelga el teléfono y la observa ahí, ante la televisión—. Hoy tienes una visita a un asilo de ancianos, ¿no? Debes levantarte ya de ese sofá, querida, porque pronto pasará nuestro llanto.

—Hoy no. Ya dejé dicho a alguien que me sustituya en esa visita y las que vengan.

Ella no deja de mirar la pantalla, no cambia de posición. Es una estatua insensible, o tan sensible que ya no quiere sentir.

—Muy pronto tendremos lo que hemos deseado —susurra él, desde la puerta, antes de cerrarla de modo que ella no escuche—. No otro. Él, el hijo que hemos perdido, el que tú quieres que vuelva, el que yo deseo que vuelva. Si la magia sirve para algo es para encadenar almas...

Se dirige al auto. Tres oficiales lo alcanzan en el jardín y lo escoltan.

—Habrán cámaras de televisión ahí —les comunica a los militares—, manténganse cerca de manera discreta.

Mientras el chofer conduce, él continua leyendo en el asiento trasero. «Un torrente de luz en el alma, un torrente de luz... Un torrente... Un fluido más ligero que la sangre pero más espeso...»

—Este campo de tiro automatizado, Señor Presidente, cambiará el concepto que tenemos de la eficiencia al disparar un arma. Jamás el dicho «donde se pone el ojo se pone la bala» ha sido más certero.

«Un torrente de luz». La confusión. «Más ligero que la sangre». El correr de hombres armados. «Un fluido». Una sirena. Cuando cae de rodillas, empapado en sangre, manando rojo, ve un torrente de luz que lo envuelve. «Pero más espeso...». No hay dolor. «Pensar el deseo y de inmediato llevarlo al subconsciente donde será olvidado, sepultado bajo las capas de pensamiento». «Un torrente de luz». ¿Algo ha salido mal? Y ¿por qué? «Pero más ligero que la sangre...»

«Como Hombre de Estado, un funeral de Estado, el más vistoso de la historia del país». «Ayer, el Presidente fue herido de muerte en una práctica de tiro». «Primero había perdido a su hijo, ahora el Señor Presidente pierde la vida». «Uno de los presidentes más queridos». «Uno de los presidentes más controvertidos, de quien se rumoreaba que practicaba la Magia Negra». «La viuda ha ordenado que su cuerpo sea sepultado sin embalsamar, en una tumba sencilla, según un deseo que el Presidente había expresado...»

Una noche, cuando el mar agitado de la política se calma, el parapsicólogo trepa las rejas del más lujoso de los cementerios. Busca la tumba reciente y se pone a cavar. Se hunde hasta las rodillas en el ataúd abierto. Extrae el bisturí y abre el pecho del presidente muerto. Aparta las costillas con un retractor. Localiza el corazón. Con cuidado, corta las arterias, las venas, lo separa de la cavidad y lo coloca en un frasco con un líquido que huele a especias. Lo mira una vez más. Mira cómo late. Mira cómo se dibuja el sigilo en su superficie. Sonríe. Lo guarda en una bolsa de cuero que se echa al hombro. Y se dirige hacia la salida.

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antologado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo «Las cinco grandes utopías del Siglo xx» en la web española Alfa Eridiani.

Revista Axxón

Ciencia Ficción en Bits

246



Contenido 246



- Editorial - [Un mundo sin Axxón](#)
- Relato - [Umbral y océano](#)
- Relato - [El caballo aparece](#)
- Relato - [El tipo que vio a Moby](#)
- Relato - [Sargento Ignacio Cárdenas](#)
- Relato - [Algunas cosas que vi en el Desierto](#)
- Introducción - [Ficción Breve \(71\)](#)
 - Microrelato - [Los refugios](#)
 - Microrelato - [Pulp](#)
 - Microrelato - [Peligro Inminente](#)
 - Microrelato - [Telecontrol](#)
 - Microrelato - [Amanecer](#)
 - Microrelato - [Mi amiga Luján](#)
 - Microrelato - [Sanlugón](#)
 - Microrelato - [La cola del escorpión](#)
 - Microrelato - [El zorzal](#)
 - Microrelato - [Domingo en el Zoo](#)
 - Microrelato - [El Nuevo Orden](#)
 - Microrelato - [Last](#)
 - Microrelato - [Lotería](#)
 - Microrelato - [La terminal](#)
 - Microrelato - [Crónica policial: Catástrofe en un ángulo de 90°](#)
 - Microrelato - [La rotonda de Gessell](#)
 - Microrelato - [Innominada](#)
 - Microrelato - [La cajita](#)
 - Microrelato - [La ruta fantasma](#)
 - Microrelato - [Decisión en el umbral](#)

Un mundo sin Axxón

Dany Vázquez

Muchos se preguntarán cómo me atrevo a empezar un número de cumpleaños con semejante título.

Aquellos que como yo superan los cuarenta recordarán esos cortometrajes que mostraban la ciudad del futuro plena de autos voladores, robots hogareños y amas de casa sonrientes que parecían obtener la felicidad de máquinas que se escondían tras las mamparas de su hogar. En ese mundo brillante y perfecto (que dista mucho, ya pasados casi catorce años, de los sueños que el mágico año 2000 prometía) no recuerdo haber visto algo similar a esto que tienen delante de sus ojos. Sí recuerdo casos donde la voz del robot, o la IA en cuestión, era acompañada por un texto que fluía horizontalmente por la pantalla, pero lejos está eso de un texto literario. Pocos, muy pocos, habrán imaginado en aquel momento una revista que se pudiera leer en la pantalla.

Pero en 1989 un par de locos inventaron una revista que se podía escribir como un programa de computadora para luego ser copiada en diskettes. Su distribución, artesanal y gratuita, fue casi tan rápida como el boca a boca que la acompañó más allá de toda frontera. La aparición de Axxón fue noticia: algunos diarios y programas de TV se ocuparon de la revista como de una cosa rara y novedosa.

Y lo era. Piensen que en aquel momento muy pocos tenían acceso a una computadora (yo, por ejemplo, no tenía una PC propia) y la Web, al menos como la conocemos hoy, no existía. Ahora, cuando es común encontrar más de un dispositivo informático en el mismo escritorio, Internet es prácticamente ubicua y yo estoy dictándole este editorial a un dispositivo móvil (que lo escribe con pifies, pero lo hace), me pregunto si algo tan maravilloso para mí como esta revista no estará cantando sus últimas estrofas.

Es cierto que veinticuatro años para una publicación de este tipo (de género y gratuita) es una eternidad. Me lo digo cada año que pasa, cada mes que logramos llevarles el trabajo enorme de un grupo de personas que hace esto por amor. Con Silvia Angiola como coordinadora y motor, este pequeño grupo de personas (traductores —Claudia De Bella a la cabeza—, evaluadores, correctores e ilustradores) brindan su tiempo simplemente para ser parte de esto y hacer que la rueda siga en marcha.

Allá lejos, en el nacimiento de esta publicación, Eduardo Carletti decía que el esfuerzo editorial existe siempre y que, aun cobrando la revista, solamente los

imprenteros obtendrían ganancias. Y es tan real que aquí en Argentina sólo la revista Cuásar sobrevive desde la época pre-Axxón, y lamentablemente con largos y silenciosos períodos entre número y número.

Siendo así, sabiendo lo importante que es haber llegado a los veinticuatro años de vida con un ritmo de publicación promedio que supera los diez números anuales, cada tanto me cuelo en aquellos universos levemente distintos donde Axxón no existe.

Y esas realidades no me gustan.

En uno de esos universos la revista no existe porque la informática tal como la conocemos no se dio; en otros, porque los creadores no llegaron a conocerse, o no se pusieron de acuerdo, o no llegaron a compartir el viaje en ferrocarril los viernes a la noche. En algunos, donde Axxón nació y creció sanamente, la gente decidió darle la espalda por diversas razones y la revista se fue apagando hasta desaparecer.

Tiemblo al pensar que ese universo pueda estar tras estas páginas.

Siendo ya Axxón una revista adulta, es necesario hacer cada tanto un balance, mirarse y ver también qué hay alrededor. No queremos ser el rey desnudo y festejar mientras nos miramos el ombligo. Por eso Axxón ya no es aquella revista en diskette, aunque yo extrañe ese formato. Por eso cada tanto probamos cosas nuevas. Muchas nos han salido bien, otras no tanto, algunas no han tenido la repercusión que esperábamos. Pero estas cosas nuevas no nacen de una maceta: son el resultado de la esforzada labor de aquellos pocos locos (espero que locos lindos) que siguen (seguimos) haciendo la revista por amor, con la única aspiración de brindar el mejor producto posible. Por eso, si se fijan, siempre verán algún cambio.

No quiero detenerlos más. Disculpen si en este mirar atrás expongo mis temores al imaginar un mundo sin Axxón, pero desde hace un tiempo prefiero hacer del consabido “*qué pasaría si...*” un ejercicio diario. Ahora, los invito a festejar de la mejor manera que sabemos:

Compartiendo con ustedes el contenido del número 246 de Axxón, Ciencia Ficción en Bits, correspondiente a nuestro vigesimocuarto aniversario.

Axxón 246 – septiembre de 2013
Editorial

Umbral y océano

Néstor Toledo
Argentina

I



Ilustración: Duende

Llueve sobre la ciudad, y mientras observo el agua deslizarse por el cristal, mientras sostengo el pocillo en mi mano, comprendo que estoy soñando. Por unos instantes el descubrimiento me divierte. Observo con curiosidad los detalles de la habitación, que sé mía pero que no reconozco. Es como una representación, un decorado de teatro. Me vuelvo hacia la ventana nuevamente, tratando de recordar qué estaba haciendo en mi sueño antes de contaminarlo con la conciencia de lo soñado. El tiempo y la lluvia fluyen parejos e inasibles. Tras unos momentos de divertida concentración recuerdo que, en mi sueño, estoy esperando a Umiko. La conciencia de su nombre en mis labios, la música de su sonido, los paladeo como un dulce. Pero la sensación de diversión se desvanece cada vez más rápido, cae al vacío con la lluvia. Estoy esperando a Umiko, pero sin embargo soy yo el que viene, y Umiko me espera muy lejos. Si Umiko espera, en la lejanía, que yo regrese, entonces no entiendo qué hago

inmóvil, de pie ante la ventana sobre la que el agua se arrastra. Yo no debería estar aquí, yo no debería estar inmóvil. Una aguda sensación de alarma me estremece. Mi mirada se detiene sobre mi mano que no sostiene ya un pocillo, sino un vaso de isomet negro que dice en letras blancas Proteus, y se me pone la piel de gallina al recordar dónde estoy. No debería estar soñando, porque en crio-estasis el tiempo para el cerebro se detiene. No hay sueños posibles. El suelo parece inclinarse bajo mis pies, mientras los lejanos truenos se concatenan en una cadencia veloz y rítmica, el latir desbocado de mi propio corazón despavorido. Quizás ya hemos llegado a casa, quizás la IA médica intenta despertarme. Es en vano consolarme, si estuviéramos llegando estaría en un jardín terrestre con el resto de la tripulación, conversando, así es el sueño de diseño para preparar la mente para el regreso desde la atemporalidad de la estasis. No esta habitación cuyos límites y contornos fluctúan bajo la fuerza gravitatoria de mi propio pánico. Entonces, atraído por el rebullir de mi conciencia, acude mi asistente, mi edecán cibernético: Kitsun. Lo he dotado de una forma amigable, es como un contorno, un animalito ligeramente luminoso, demasiado simple y plano como para parecer real del todo.

—Estoy soñando —exclamo. Afuera, los truenos de mi corazón laten con la lluvia.

—Así es, Milos —dice con su voz asexual y afectuosa, sintética.

—Quiero saber qué sucede arriba, estoy asustándome —lo apremio.

—La estasis se ha interrumpido, parece que la nave se ha salido de su curso —me indica.

Me llevo las manos a la cabeza en mi sueño.

—¿Dónde está el resto de la tripulación?

No lo sabe, afirma: el firewall cognitivo de la nave no le permite comunicarse con los demás edecanes. No consigo evitar gritar que quiero despertarme.

—No es posible todavía, no estás listo aún. Te desorientarías.

Sé que es trágicamente cierto.

—Debemos esperar, no tengas miedo —dice amablemente.

Es mentira, solamente yo debo esperar. Mi edecán es sólo una IA asistente, un software periférico en los biochips de mi corteza cerebral. Pero habla en plural para que yo no me sienta tan solo en esta nave inmensa, y no puedo menos que sentirme agradecido por su compañía, por su cariño de diseño. Hago un esfuerzo para concentrarme y detener la marea de pánico que me cubre y me ahoga. No logro dominarme, y mi edecán toma el control mediante una simulación.

Estoy en una playa y el sol se pone sobre las dunas, a mi izquierda. Kitsun está a mi lado, brilla débilmente y no proyecta sombra en la arena. Trato de relajarme, con escasa convicción. A medida que el tiempo pasa Kitsun inserta, a mi pedido, las pocas informaciones que logra obtener a través del firewall de la nave. Signos, números y letras flotan a mi alrededor en el aire progresivamente más oscuro del crepúsculo. No consigo hacerme una idea clara de lo que le sucede a la nave, pero

estamos desacelerando cerca de algún planeta de tipo terrestre. La etiqueta inteligente del sistema planetario no me dice nada, sólo es un número inútil si no puedo conectarme a la biblioteca de la nave. No hay peor tortura que la incertidumbre, me digo mientras observo las olas simuladas romper sobre la arena simulada. Al fin, Kitsun se vuelve ligeramente hacia mí. Me explica que el firewall de la nave ha levantado el cerco y ahora tenemos libre acceso. Una catarata de símbolos y diagramas se derrama por el aire a mi alrededor y los voy ordenando por importancia a medida que van iluminándose. La red neuronal de la IA navegante está muerta, así que la nave se mueve guiándose sólo mediante los protocolos de emergencia: algoritmos iterativos de decisión con tres IA manipulándolos como timones, programados para buscar una ruta tangente hacia un sistema que contenga un planeta lo más terrestre posible y con el menor compromiso de resiliencia cuántica que sea razonable. El dolor me abrasa cuando intento conectarme con los edecanes del resto de la tripulación: tres de ellos faltan, lo cual indica que al menos uno de los módulos de emergencia ha sido expulsado hace ya once horas. No consigo comunicarme con el módulo y, cuando solicito información sobre su trayectoria y estado, recibo un mensaje de error por toda respuesta. El resto de los edecanes permanece mudo, inmóvil. Un edecán silencioso y estacionario es el símbolo indiscutible de una corteza cerebral muerta. Lloro mientras ordeno la información que sigue cayendo a mi alrededor, sobre la playa ya oscura bajo esta evocación del manto de la noche.

La biblioteca me indica que el cuerpo celeste al cual nos acercamos es un planeta de tipo terrestre con una masa relativa de uno punto doce. Al menos la gravedad no será demasiado alta ni demasiado baja. Pero está en el lugar equivocado, demasiado lejos de una estrella demasiado fría. Me estremezco al pensar en descender en un planeta así. Kitsun recoge de entre la masa de datos aquellos que son críticos para aterrizar. No hay demasiado para meditar: con el neuronavegante quemado, será imposible apartar la nave del control algorítmico de emergencia. Me comunico con la IA central y le solicito despertarme. Se niega, como es natural. Después de tres años en estasis, hace solo cuatro horas que estoy despierto. Hago cálculos junto a Kitsun, frenéticamente, busco mapas topográficos, curvas de aceleración, mientras fuerzo a mis implantes nanomotores a estimular mis músculos para alcanzar la tonicidad plena diez veces más rápido de lo habitual.

Cuatro horas más tarde mis temores se han confirmado: la gravedad del planeta nos ha atrapado en el vórtice de su garganta. Caemos escorados en tres grados a babor, una cifra altísima para una nave del tamaño de la Proteus, me digo, mientras sentado en la playa voy ordenando a mi alrededor distintas instantáneas en vivo del planeta, en radar, infrarrojo cercano y visible. Veo gigantescas nubes moradas de metano y vapor de agua que se arremolinan a velocidades demoníacas. Topes nubosos plateados y veteados de rojo se elevan girando y engulléndose unos a otros. Velocidad atmosférica promedio en la superficie, ciento veinticinco kilómetros por hora. Una superficie ondulada, cubierta de enormes cauces meandrosos y de colinas

coronadas de hielo. El ángulo de entrada en la atmósfera es de más de quince minutos de arco. La Proteus, un casco con perfil de crustáceo de más de cuatrocientos metros de longitud que sostiene una pértiga aún más larga con un gigantesco impulsor/traslador de Higgs en la punta, mide en total más de novecientos setenta metros de largo. Aunque nos desprendamos del impulsor y su pértiga en órbita, una nave de este tamaño simplemente se desintegrará en la atmósfera con un ángulo de ingreso tan pronunciado, y así se lo indico al control IA-algorítmico. Me contesta con displicencia que el ángulo es el correcto y que me concentre en los ejercicios respiratorios para la salida total de la crio-estasis. Lisa y llanamente, me está diciendo que me deje de joder. Con Kitsun llegamos a la conclusión de que todavía es posible abandonar la Proteus en el módulo de descenso: según nuestros cálculos, dentro de veinticinco minutos el ángulo de eyección será el óptimo para ingresar a la atmosfera con un vector de entrada adecuado. Más tarde me quemaré, o gastaré una cantidad prohibitiva de carburante en corregir la trayectoria. A nuestro paso sembramos el espacio de satélites-baliza de emergencia dirigidos hacia órbitas troyanas y también hacia órbitas geosincrónicas altas y bajas. Quizás alguna nave escuche su llamada.

Ordeno a Kitsun que prepare mi corional para la salida de la estasis, incluyendo asistencia respiratoria y motriz. Segundos después mi edecán dibuja frente a mí el plan de ingreso al módulo de descenso. Ha ordenado a los servomecanismos que me dirijan desde la bahía de crio-estasis hasta mi nicho en la cabina anti-g del módulo. También comprendo súbitamente que mi corional hace seis horas que ha sido estimulada para entrar en calor y tonicidad. No puedo evitar sonreírme ante la previsión de Kitsun.

Cognitivamente estoy despierto, pero sé que no podría moverme si quisiera. La mayor parte de mi organismo está aún titubeando, consternado. Mientras sigo trabajando con los datos en el módulo de descenso, firmemente anclado en mi nicho, mi corional estimula mi décimo nervio craneal, activando lentamente mi sistema autónomo aún dormido. No necesitaré moverme durante las próximas dos horas, hasta llegar a la superficie: los implantes neuromotrices trabajan contra reloj, preparando mis músculos, mis nervios espinales y mi sistema propioceptivo para el movimiento. A mi alrededor, Kitsun y yo ordenamos imágenes y gráficos y scripts de pilotaje.

Abandonar la Proteus es técnicamente fácil: Kitsun bloquea el firewall cognitivo de la IA central, asegurando mi supremacía sobre la blanda IA del módulo. Algunos símbolos en rojo parpadean en mi retina, pero Kitsun los acalla rápidamente.

Abandonar la Proteus es emocionalmente difícil: en ella quedan los cuerpos sin vida de mis compañeros de viaje, encerrados en una nave que pronto arderá en la alta atmósfera. No he podido despedirme de nadie, más que en mis propios recuerdos. Ojalá que los que fueron eyectados antes sobrevivan.

Abandonar la Proteus es sensorialmente estremecedor. Por encima de mí, la curva de la atmósfera se aplan a pasos agigantados. A pesar de la apretada red tendinosa

con la que la corional me protege, a pesar del nicho lleno de fluido anti-g y los aceleradores vectoriales de la coraza, siento la inmensa aceleración empujar mis vísceras hacia mi columna vertebral. La periferia de mi campo visual se oscurece. Detrás de mí, la Proteus se empequeñece y desaparece casi mágicamente. Yo quedo solo, cayendo-subiendo a una velocidad de pesadilla hacia estas enormes torres enruladas y gibosas, que el lejano sol adorna con brochazos de luz ambarina. Kitsun ha recolectado la mayor cantidad posible de suministros con los servos, pero la bodega del módulo de descenso tiene una capacidad muy reducida. Todo lo que pudimos lograr fue desviar lo más posible hacia los módulos de emergencia y programarlos para ser eyectados segundos después de nuestro módulo de descenso. Para el resto debemos confiar en la IA central.

El módulo tiembla, cruje y se estremece mientras caemos por una especie de túnel vaporoso, casi sin vientos cruzados, un largo esófago nuboso, gris, rojo y azul. La tosca IA del módulo pilota bien, prácticamente no necesita de mis correcciones o comentarios. Va invocando uno a uno los scripts de vuelo, que Kitsun y yo escribimos hace tanto. Mientras contemplo las proyecciones en vivo de la red óptica, me sorprende buscando entre las nubes algo que vuele, que se mueva, algo vivo. ¿Habrá algo vivo en este planeta, en esta atmósfera, en esta superficie? ¿Por qué me preocupa ahora este detalle, cuando tengo que prepararme para eventualmente morir?

Entre los tres, la IA piloto, Kitsun y yo, elegimos un lugar para descender, un valle bastante plano en el extremo suroeste de una serie de cordilleras bajas que cruzan el ecuador del planeta. Hay fuertes vientos cruzados de superficie y podríamos intentar llegar a otro valle más acogedor que se ve hacia el sur, pero veo un sistema de baja presión acercándose con vientos de trescientos kilómetros por hora, y no quiero arriesgarme a que nos engulla. La nave se estremece al tocar el suelo de grava escarchada. Apagamos todos los sistemas excepto los más vitales para ahorrar energía y prepararnos para el frente de tormenta que ya está sobre nosotros.

La tormenta se hunde bramando sobre nuestro pequeño módulo de descenso, como un inmenso vómito negro y erizado de espuma. El módulo se sacude mientras a nuestro alrededor se alza un turbión de fragmentos de hielo, agua y guijarros. La nave pesa más de doscientas ochenta toneladas, pero aún así la tormenta comienza a desplazarla por el suelo del valle. “Por favor, que no nos demos vuelta”, pienso. Dos horas después las mandíbulas rugientes de la tormenta han avanzado hacia el oeste y sobre nosotros se arrastra su largo y oscuro vientre, preñado de relámpagos. Me siento mortalmente cansado mientras Kitsun me informa que nos hemos salvado por una veintena de metros de quedar sepultados por un flujo de sedimentos. “Si hubiera quedado enterrado, ¿cómo haría Umiko para encontrarme?”, me pregunto, y me quedo dormido.

Duermo sin soñar las cuatro horas que Kitsun me permite dormir. Aunque me llevaría muchas horas de descanso y ejercicios reponerme de la crio-estasis, hay mucho para hacer. Es preciso asegurarse de la correcta función de una infinidad de

sistemas antes de ponerse en camino para buscar los restos de la Proteus y los módulos de emergencia llenos de suministros. En primer lugar hago la prueba de salir al exterior con la corional. En este planeta comienza a amanecer.

Mi corional es blanca y roja, brillante como un insecto del verano. De hecho, se parece bastante a un insecto. Una cruce bastarda de insecto y de armadura. Es un traje, un vehículo, una prótesis, un marsupio. Un ser viviente de diseño, acorazado, sin cerebro y sin vísceras, carente de volición, en el cual me introduzco como un parásito para potenciar mis capacidades, mi fuerza, mis sentidos, mi velocidad. Para sobrevivir. Hace tres años ingresamos en nuestras corionales para la crio-estasis, y no parece que pueda salir durante los próximos meses. No me preocupa. No existe lugar más seguro que la propia corional. Es mi hogar en el espacio.

Sin quererlo, recuerdo la última vez que estuve de pie sobre mis propias piernas, en el puente de mando de la Proteus, antes de entrar en crio-estasis. Desnudos por completo, conversamos tranquilamente, nuestras propias voces creando ecos a través del aire frío, aséptico, de la nave. Contemplo sus rostros en mi recuerdo: confiados, sonrientes. La muerte nos espera en tres años, en mil doscientos días terrestres. Nos despedimos sin un abrazo, sin un beso, tal es la confianza en nuestra tecnología, para introducirnos en las corionales que nos esperan, vacías y expectantes, cada una en su nicho de gravedad.

Ahora, mientras amanece en este planeta, salgo al exterior, a la ladera de lo que hemos venido a llamar colina-Alfa. Mis pies (los pies de la corional) se hunden en la arena escarchada del valle. En mi campo visual flotan infinidad de símbolos luminosos y gráficos de valores de presión, temperatura, radiación gamma, dirección del viento, oxígeno en mi sangre, glucosamina fosfato y una plétora de otros imprescindibles mamarrachos. Los aparto con un gesto de mi voluntad, quiero apreciar el color y la textura de este mundo al que he venido a caer.

Altas nubes se yerguen sobre el valle como torres corcovadas. Se me antojan titánicas vísceras flotantes de contornos imperfectos. Grises, rojas, azules, violáceas, anaranjadas. Sus vientres sombríos nos niegan al valle y a mí la luz dorada del amanecer. Algunas intercambian refusilos, como saludos, y se tocan con tímidos tentáculos de vapor.

No hay posibilidad de que una nave venga a rescatarnos antes de los próximos veinte años. Encontrar y eventualmente rescatar a los tres tripulantes que supuestamente fueron eyectados exitosamente está fuera de discusión: ni siquiera sabemos cuándo o dónde fueron eyectados. Tampoco es posible construir un vehículo para emprender el regreso por cuenta propia: aunque pudiéramos acondicionar el módulo de descenso y escapar a la gravedad del planeta, necesitaríamos un impulsor de Higgs para saltar los centenares de parsecs que nos separan de Proción. Construir uno está absoluta y totalmente fuera de nuestro alcance. En el mejor de los casos, me reencontraré con

Umiko cuando ella tenga setenta años y yo cincuenta. No me importa, con tal de volver a verla. Mis padres posiblemente morirán en ese lapso.

He llorado durante horas enteras sin que Kitsun pudiera ayudarme.

Los restos de la Proteus se desparraman a lo largo de dos mil seiscientos kilómetros de valles, cauces de ríos, colinas y lagunas. Nada hay querible que rescatar ni que buscar. Los cuerpos de mis compañeros son ahora cenizas y vapores dispersos en la alta atmósfera, arrastrados por los vientos y cayendo a la superficie disueltos en la lluvia de metano, agua y amoníaco.

Algunos módulos de carga se han desprendido durante la explosión de la nave y sus balizas de radio llaman a lo largo del continente. Es una auténtica suerte que estén llenos de herramientas y repuestos. Pero más grande es mi fortuna al descubrir junto a Kitsun que la IA de la Proteus ha dedicado sus últimos minutos a asegurar el feliz descenso de la herramienta más preciosa de la ingeniería: las colonias de nanomáquinas en sus grandes contenedores de baja entropía. Nos serán de muchísima utilidad para realizar el mantenimiento interno del módulo de descenso y de mi corional. Hemos recuperado también partes de la Proteus que se han preservado razonablemente. Piezas, partes de servo-mecanismos, celdas de combustible, losas de aislamiento térmico.

Hace una semana que estoy aquí. Pienso en Umiko. ¿Cuántos meses pasarán antes de que sea contactada por un funcionario que le comunique nuestra desaparición? ¿Qué estará haciendo? ¿Estará levantada ya? ¿De qué color será su pelo hoy? ¿Y sus ojos?

Hay muchas formas de vida en esta mierda de planeta. Algunos son diminutos, como el musgo formado por incontables animales vermiformes que forman enormes colonias aplanadas: parecen césped a franjas, celeste y rojo. Otros, como los que hemos llamado “babosas tortuga”, son muy extraños. Desde las colinas los vi sin saber lo que eran, al principio. Placas hexagonales que brillaban como vidrio negro en la penumbra del valle, tapizándolo casi en su totalidad. Pensé que eran alguna estructura geológica hasta que me acerqué lo suficiente para usar el láser y el radar. Una placa hexagonal de sílice amorfa (obsidiana), secretada en capas sucesivas, quizás etapas de crecimiento estacional. Por debajo, una masa de carne gris y anaranjada tramada de fibras y ramificada por tubos carnosos internos.

Otros, más monstruosos pero de aspecto más familiar, son los gusanos-torre. En una colina (desde ayer colina-Beta) veinte kilómetros al este de colina-Alfa, se alzan altas torres huecas de color negro. La mayoría mide más de cincuenta metros de altura. Más que torres, son enormes chimeneas. De sus bocas elevadas surgen unos enormes órganos en forma de penacho, de un intenso color azul con nervaduras

plateadas. Parecen gigantescas flores plumosas. El disco formado por los filamentos ramificados debe tener más de quince metros de diámetro.

Los gusanos-torre son muy interesantes, por tres motivos. En primer lugar, son enormes. Ayer detoné una pequeña carga de termogelita en la ladera de colina-Beta, utilizando luego el sonar sísmico para tomar la lectura. Después Kitsun forzó los datos del sonar en el software de visualización 3D para generar un holograma de baja resolución. Los cuerpos de los gusanos se hunden en el suelo muchas decenas de metros, enroscándose en espiral. La parte enterrada de la coraza tubular tiene enormes espinas dentadas que avanzan en el sedimento como raíces. Estoy cada vez más convencido de que colina-Beta es en realidad un enorme depósito de sedimentos acumulados alrededor de los gusanos, vaya uno a saber durante cuánto tiempo. Lo mismo debe aplicar a las otras colinas coronadas por racimos de torres. Otro punto interesante de los gusanos es su coraza. Para ser un polímero natural basado en redes de carbono, azufre y hierro, está admirablemente sintetizado: daría una lección de diseño a muchos ingenieros de materiales allá en casa. Es extremadamente fuerte y su rango de resistencia térmica es increíblemente amplio. Por último, los gusanos son foto y quimiosintéticos. Utilizan la luz para sintetizar y fijar moléculas a partir de precursores químicos obtenidos mediante uniones amino entre bloques de “sulfo-glúcidos” (no estamos muy seguros de esto, pero Kitsun dice que podemos utilizar el término). Para ello utilizan tanto el metano y el amoníaco de la atmósfera como el azufre disponible en el suelo. La reacción es interesante desde un punto de vista químico, ya que no hay enzimas: moléculas cristalinas “pinchudas” cambian de estructura catalizando las reacciones o inhibiéndolas de acuerdo a valores umbrales de energía de ionización. Para un organismo terrestre sería imposible utilizar esta vía metabólica, pero aquí funciona admirablemente. Hay algo más: los gusanos-torre más grandes obtienen cantidades cuantiosas de energía mediante el simple procedimiento de atraer los relámpagos durante las tormentas. Lo hemos visto en la segunda semana en este planeta. Esa vez opté por quedarme afuera durante la tormenta, quería saber que ocurría con las frágiles cabezas empenachadas de los gusanos. Como habíamos supuesto, ni bien comenzó a arreciar el viento, el gusano comenzó a plegar sus largos tentáculos plumosos rápidamente, como una asustada anémona de diez mil toneladas. Al hacerlo quedó al descubierto el dorso del gusano, recamado de escamas blindadas del mismo aspecto que la coraza tubular. Algunas de estas escamas tenían espinas retráctiles muy largas y finas, de modo que al enrollarse la cabeza tentaculada sobre sí misma se alzaron las espinas, muy altas en medio de la ventisca. Antes de que comenzara la lluvia de agua y amoníaco ya sabía qué iba a suceder: los relámpagos distantes rápidamente convergieron hacia colina-Beta. Hubo un fulgor y una larga hebra luminosa restalló entre la punta de una de las espinas y el vientre color cobalto de la tormenta. La onda de choque sónica e instantánea del trueno me sacudió como a un muñeco de trapo, a pesar de la protección de la corional. Aún no sabemos cómo almacenan esta energía, a menos que sea en los depósitos corporales de “grasa

cristalina” que hemos detectado con el escáner sísmico.

Hoy he tenido otro breve episodio de rabia y desesperación. Lloré y grité golpeando la arena negra con los puños blindados de la corional. Kitsun logró controlar mi pena después de un rato hablándome de nuestros planes inmediatos. Luego dormí varias horas seguidas, por primera vez sin soñar con el naufragio de la Proteus.

A veces temo que Kitsun pueda tomar el control de mi gestalt cibernética, como lo hizo antes al despertar yo de la crio-estasis. Una vez me sugirió que una alternativa a nuestra situación era utilizar partes recuperadas de la Proteus y el módulo de descenso para armar un refugio, celdas de combustible nano-recargadas para asegurar el soporte vital y luego ponerme a hibernar dentro de la corional. Los modelos predictivos elaborados por Kitsun prevén un funcionamiento ininterrumpido de la crio-estasis durante doscientos cincuenta años como mínimo, muchísimo más del tiempo necesario para que la emisión de Planck modulada de las balizas llegue hasta Proción y una nave de rescate venga a buscarme. Yo también estuve elucubrando una idea similar, pero en mi versión del plan yo permanecería en semi-consciencia. Kitsun me explicó con paciencia que permanecer en estado cognitivo no-somático por más de cinco años ininterrumpidos me volvería psicótico. ¿Qué tal si Kitsun me pone a dormir y me trae al estado cognitivo unos meses cada cierto tiempo, por ejemplo cada diez años? No es posible: la estructura de mi conciencia se deterioraría al tomar cuenta del tiempo transcurrido en ausencia de la parte somática del yo. Sé que es dolorosamente cierto: en sueño lúcido cibernético, pacientes terminales, millonarios excéntricos y ciberadictos se han vuelto psicóticos después de tres o cuatro años de gestalt simulada continua. Sin embargo, esperar completamente dormido me aterroriza. ¿Y si la nave de rescate nunca llega? Yo permanecería dormido interminablemente en mi refugio devenido ataúd. Dormir así, sin actividad cortical, sería como morir durante cien años esperando que vinieran a resucitarme.

Hoy encontramos otro de los contenedores de nanomáquinas en la larga playa de un lago de agua y metano. Los alrededores están tapizados de babosas-tortuga, planarias-musgo y en las cimas cercanas hay gusanos-torre de cien metros de altura.

Me descubro, sin proponérmelo, recordando parte del entrenamiento. La primera vez que uno usa la corional. La corional recicla absolutamente todo, es una matriz biomecánica, una placenta sintética dotada de miembros y de una coraza completa de polímero sembrado de titanio y oro. Las heces, la orina, el sudor. Todo es metabolizado, digerido, reciclado. El líquido LCF te rodea, impregnándote: está saturado de linfocitos de diseño. Uno de los aprendizajes más arduos es relajar los

esfínteres. Casi tan arduo como aprender a integrar la información térmica y de radar en el campo visual, o como aprender a valerse con seis miembros. Aprender, otra vez, a cagarse y mearse encima. La primera vez que realizamos una actividad de más de doce horas seguidas, me descubrí aguantando las ganas de cagar durante horas, sin darme cuenta. Caer en la cuenta que el agua fresca que uno bebe de la boquilla carnosa es agua reciclada de la mierda y la orina de unas horas antes no es gracioso. Cada vez que lloro de tristeza y soledad, la corional recicla mis lágrimas, por supuesto. Me las da a beber algunas horas más tarde, y no saben a nada en especial.

Hoy Kitsun volvió a proponerme entrar en crio-estasis. Dijo que era la mejor opción para mi estabilidad psíquica y para una mejor utilización a largo plazo de nuestros limitados recursos. Su razonamiento es impecable, sin tacha: la probabilidad de que una nave de rescate llegue antes de que pasen veinte años es casi computable en cero, y toda actividad mientras tanto es casi inútil. Sé también que piensa que me voy a volver loco, pero realmente la perspectiva de dormir veinte años o más como un cadáver me aterroriza. Sé que Kitsun estaría a cargo, pero eso no es suficiente. La última vez que entré en crio-estasis desperté en una nave que zozobraba y todos mis amigos habían muerto. Lo siento mucho, pero no otra vez.

Un ángulo especialmente perverso de la situación radica en el hecho de que ni siquiera es necesario volverme loco por completo: tan sólo es necesario un deterioro cuantificable de mis capacidades cognitivas, prefigurando el desmoronamiento ulterior de mi conciencia, para que Kitsun tome el control y me ponga a dormir.

Los enormes depósitos de grasa cristalina, justo debajo de la coraza, son las baterías que utilizan los gusanos-torre para almacenar la energía de los relámpagos.

Necesito desterrar a Kitsun de mi corteza cerebral. Sé cómo hacerlo. Hace mucho tiempo el neurólogo de la Proteus me confió el secreto, violando todos los cánones de seguridad. Sólo tengo que agregar un símbolo de detención al inicio de una cadena en un controlador oculto que ni siquiera Kitsun conoce. Le tenderé una trampa para dejarlo encerrado en el módulo de descenso. Como todavía no me he vuelto loco, no sospechará nada de mí.

Todo ha salido bien y ha salido mal a un tiempo. Logré convencer a Kitsun de conectarse con la IA del módulo de descenso simulando haber aceptado su propuesta de dormir. Estaba tan ocupado que no detectó a tiempo el subprograma que puse en marcha luego.

—Has cambiado la configuración de tu firewall cognitivo, ¿por qué? —dijo, tras un silencio.

No contesté nada. El esfuerzo de mantener la mente en blanco para que no pudiera leer en ella mi recuerdo programando la nueva configuración me hacía transpirar. El panel de estado me revelaba que cantidades importantes de datos estaban siendo copiadas de mi perfil neural por el entorno de antenas del módulo. No tenía tiempo de explorar qué datos estaba copiando Kitsun tan frenéticamente. El segundo protocolo del script entró en operación: ya no podía detenerlo. La cortisona, por las nubes.

—Has mentido, no quieres la estasis. Estás borrando mis archivos de registro. No sé cómo lo has logrado. Si continúas, no podré sincronizar más mi yo actual con el de tu corteza cerebral.

Algunos símbolos rojos titilaron en mi campo visual. El pulso se me aceleraba, espoleado por una subida drástica de adrenalina. Miedo puro. La voz dulce y asexuada continuó su sermón.

—Milos, no lo hagas. Tu conciencia comenzará a deteriorarse muy pronto si no entras en crio-estasis y no podré ayudarte. La gravedad de la situación será demasiado para tu yo y el miedo y la soledad te volverán inestable. No podrás tomar buenas decisiones.

Ahora estaban aislados. Dos Kitsuns, uno en el módulo de descenso y otro en los biochips de mi corteza cerebral, mudo e inútil. Listo para ser suprimido. El sudor me corría por el cuerpo y los sistemas de control fisiológico de la corional luchaban para someter mi corazón desbocado. El algoritmo final del script se puso en marcha, borrando mi copia cortical de Kitsun. Ahora era libre. Una proyección holográfica de Kitsun apareció en el puente del módulo, frente a mí.

—Milos, no entiendo lo que has hecho ni cómo lo has hecho. Tu psique está al borde de la fractura.

Me animé a hablar. El corazón me latía como un tambor, aunque ya estaba serenándome.

—No me interesa. No voy a dormir como un cadáver durante cien años esperando la nave de rescate. Permaneceré despierto, lúcido y lo más ocupado que pueda. No es imposible. Puedes ayudarme y aconsejarme, pero no puedes oponerte ni obligarme a hacer lo que no quiero.

—No puedo aplaudir tus planes ni colaborar con ellos. Tu decisión se basa en el miedo y lo sabes. Deberías atender a mis planes porque son elaborados con el fin único de asegurar tu integridad física y psíquica. Ese es mi propósito primario y me es imposible apartarme de él. No puedo decir otra cosa.

Por supuesto que tiene razón. Absolutamente, la tiene: mi decisión está basada en el miedo. Pero yo tampoco puedo apartarme de mi propósito.

Kitsun pareció inmovilizarse un instante. Su figura simplificada de mascota fulguraba en la penumbra del puente de mando del módulo. Luego dijo:

—Tus decisiones están motivadas por el miedo, son irrazonables y peligrosas. Mis decisiones son racionales, justificadas y motivadas por tu bienestar. No te

permitiré acceder a los recursos disponibles. Deberás plegarte a mis consejos tarde o temprano.

Mientras decía esto, vi con claridad cómo cambiaba a rojo el color de los indicadores luminosos del puente de mando. Comprendí mi ceguera y corrí hacia el cuarto de herramientas. No pude abrirlo: Kitsun controla el módulo y todo lo que hay en él, incluyendo herramientas, repuestos, celdas de combustible y contenedores de nanomáquinas. Ha bloqueado mi acceso a todos los recursos. Su contraataque es eficaz y devastador. Destrozó mis planes como una maza aplasta una nuez.

Logré escapar del módulo forzando la esclusa, aterrorizado, desesperado, oyendo tras de mí la voz calma pedir afectuosamente que cambiara de parecer. Sólo pude salvar algunas pocas herramientas y repuestos.

He llorado un largo rato, enloquecido de frustración, rabia y desesperanza. He gritado hasta desgañitarme, mi voz amortiguada por los tejidos protectores de la corional. He desmoronado media ladera de colina-Beta a golpes, como un animal enloquecido. Kitsun ha ganado. En tres semanas la corional se quedará sin energía y tendré que someterme a Kitsun con la cabeza gacha. Me pondrá a dormir, convirtiéndome en un cuerpo inerte a merced de cualquier fallo algorítmico.

Una tormenta azotó el valle luego. Tuve que cavar un pozo en la ladera de la colina para guarecerme.

Ha pasado otra semana. Por momentos caen nevadas de metano y agua amoniacada. Deambulo por el paisaje tratando de alejarme de Kitsun. Anteayer escuché encenderse los motores del módulo. Estoy muy deprimido y asustado.

Hay esperanzas. Hoy bajé por un valle estrecho siguiendo un cauce bastante tranquilo. El agua arrastraba hielo de agua y metano sucio de compuestos orgánicos, azul desleído y rojo. En un meandro abandonado y convertido en laguna detecté una señal de radio muy débil. El radar me mostró la esquina de un contenedor oblongo asomando del fango del fondo. Es una caja de baja entropía intacta enterrada.

Sacar la caja del fondo de la laguna me ha llevado muchas horas y un esfuerzo increíble. La población de nanomáquinas parece estable. Voy a introducir un subprograma de control y otro de bloqueo inmunitario para evitar que Kitsun se apodere de ellos usando enlace por microondas.

Las nanomáquinas han respondido bien a los subprogramas que inserté en su memoria colectiva. Puedo arriesgarme a introducir la población en los tejidos de la corional, convirtiéndola en una fábrica-herramienta ambulante. Mi primer cuidado fue utilizar los nanos para una jornada de mantenimiento minucioso de la corional.

Kitsun me vigila de cerca: he visto al módulo despegar varias veces y sobrevolar el paisaje manteniéndose a diez o doce kilómetros de mí. Puede perseguirme por el planeta entero hasta que me canse, tiene recursos prácticamente ilimitados. Yo debo ser más cuidadoso con mis recursos: no puedo usar indiscriminadamente mis nanomáquinas para recargar la corional, a riesgo de someter la estructura de las celdas de combustible a un desgaste muy peligroso.

Ayer fue un día épico, esforzado, lleno de riesgos y logros. Un día feliz. Debo anotarlos. Extraje energía directamente de los cúmulos de grasa cristalina de un gusano-torre mediano. Esperé una tormenta, lo cual no representó mucho esfuerzo en este planeta, y escogí para acechar un gusano no demasiado alto. Detoné una pequeña carga de termogelita y el escáner sísmico me indicó que la coraza tenía menos de treinta centímetros de grosor alrededor de los depósitos de grasa. Dos días antes había utilizado los nanos para su primera tarea de industria. Me llevó un día entero de diseño con ayuda del software de ingeniería, pero al caer la noche había fabricado una larga púa retráctil de grafeno hiperconductor de casi un metro de longitud. La púa se aloja en uno de los brazos secundarios de la corional, ahora modificado, y está conectada mediante filamentos de baja inductancia con las celdas de combustible. Gracias a los nanos y a los algoritmos de ingeniería todos estos añadidos son internos: el escudo de la corional no ha sido tocado en lo absoluto.

Mi objetivo era utilizar el láser de neodimio-ytrio para perforar la coraza del gusano y luego hundir la púa en la grasa cristalina. Como tenía control por inducción de la base de la púa, podía elegir cuánta energía dejar pasar a las celdas. No es mi objetivo esquilar a los gusanos, tan sólo “cosechar” energía eléctrica cada tanto.

La tormenta se desparramó sobre nosotros y el gusano plegó su cabeza empenachada. Los relámpagos azotaron sus antenas y yo trepé por la ladera bajo la lluvia hasta la pared de la torre. Me acerqué y apliqué el haz de láser en el punto que previamente había marcado. El láser horadó con rapidez: la coraza en los alrededores del agujero se calentó al rojo naranja. Sentí la carne del gusano estremecerse por el calor, la sentí como una poderosa vibración en la torre y en el suelo, como un trueno distante. Cuando el agujero estuvo listo hundí la púa, atravesando gruesas capas de tejido conectivo hasta llegar a la grasa. La barra de progreso que había programado se encendió en mi retina y empezó a llenarse y volverse verde. Todo fue bien y al terminar retiré la púa. El gusano sangraba por la herida y me dio pena, así que busqué una piedra del tamaño de la perforación para tapanla. La próxima vez utilizaré el láser con más cuidado, tratando de cortar una tapa que pueda ser colocada en su lugar de nuevo.

Los gusanos se reproducen mediante semillas voladoras que lanzan a la alta

atmósfera de algún modo. Lo he descubierto hoy, cuando algunas han caído a mis pies. Se hincan en el suelo utilizando una púa estriada en espiral, como si fuera un barreno.

Kitsun sigue acechándome desde lejos. Varias veces ha intentado establecer comunicación conmigo, pero el cerco electromagnético EM que he activado después de modificar las antenas de radio se lo ha impedido. Si pudiera construir un arma de pulso electromagnético, entonces podría matarlo.

Estoy criando un retoño de gusano. Me interesa su coraza. He investigado algo más de su sistema de información genética y comenzado a hacer algunos ensayos en sus moléculas hereditarias utilizando sondas de nanomáquinas. Son organismos muy resistentes.

Cada vez pienso menos en la Tierra y en mis seres queridos.

Veo fuegos fatuos, azules y temblorosos, en la lejanía.

Han pasado dos años y Kitsun no deja de acecharme. La coraza de la corional ha comenzado a degradarse, seguramente a consecuencia de lo áspero del clima. Demasiado amoníaco y metano. Demasiado hielo y arena arrastrados por la tormenta. He hecho mejoras en los genes de mis retoños de gusano-torre: puedo hacerlos crecer bajo la forma que yo quiera. He sembrado, a lo largo del paisaje, muchos de ellos con formas caprichosas. Son como esculturas vivientes. He visto a Kitsun inspeccionarlos detenidamente cuando estoy lejos, lo cual me causa mucha risa. También he logrado mejorar las propiedades de la coraza de estos gusanos, introduciendo algunas variantes en la microestructura de las fibras de carbono y dispersando átomos de oro a lo largo de las fibras.

Hoy registré el primer mensaje de alerta del sistema inmunitario. Un organismo microscópico incrustante superficial fue supuestamente repelido con éxito. Estoy preocupado. Con la red óptica observo en detalle el sitio de la incrustación, en el flanco. Una red de filamentos azules y finísimos que se hincan en la armadura. La sonda de ultrasonidos muestra la verdad: filamentos que trascienden la pesada armadura hasta el músculo siliconado. Debe ser algún tipo de parásito u organismo parecido al líquen. Si tan sólo pudiera reemplazar la coraza cada vez más deteriorada de la corional por una coraza nueva de gusano...

El experimento ha resultado satisfactorio: puedo cultivar tejido de gusano entremezclado con los tejidos de la corional. Sólo necesito inducirlo a secretar coraza.

Me he deshecho de esa coraza inútil y tosca. Ha sido una renovación, un

renacimiento, una ecdisis triunfante. Mucho más. He sintetizado nuevos músculos a partir de los genes estructurales del gusano, más rápidos y potentes que los músculos originales de la corional. Los he potenciado mediante un nuevo neurotransmisor de diseño. Ahora soy más grande, más rápido, más fuerte. Que Kitsun me tema.

El poder que me confiere la combinación de la ingeniería de nanos y los genes de gusano-torre es mágico, casi ilimitado. He aumentado aún más mi estatura y mi fuerza. He sembrado la nueva coraza de multitud de biosensores increíblemente sensibles. He desarrollado nuevos miembros. Pero necesito expandir la interfaz neural, la matriz de conexión entre esta nueva corional amplificadora y mi sistema nervioso tan limitado en su motricidad. Necesito nuevas conexiones. Mis nuevos sentidos necesitan ser percibidos de nuevas maneras.

Tengo hambre. Necesito comer. Fantaseo con masticar algo jugoso y crujiente al mismo tiempo, y la sensación imaginada de cerrar las mandíbulas sobre un trozo de carne me hace estremecer como un ataque de fiebre. Si pudiera desarrollar un sistema digestivo aunque más no fuera sencillo y primitivo...

Algunos animales de este planeta se defienden bien. Pero no pueden contra mi fuerza y mi velocidad. He aprendido mucho de ellos.

Toda el agua va hacia el mar. Sé que en este planeta hay un océano de agua y metano. Debo encontrarlo, debe hervir de vida de todas las formas y colores. Lo sé.

Ya no duermo.

Interrupción en el archivo de registro

Aguas llenas de vida insaciable y devoradora. Miles de colores y de formas. Cintas y tentáculos y lenguas, membranas pulsantes, apéndices de carne articulada, miembros coronados de ojos luminosos. Epidermis translúcidas acorazadas, cilios imbricados, genitales encefálicos, extremidades tacto-visuales. Habilidades inabarcables, feroces, inenarrables.

Fin del archivo de registro

II

Emisión de radio registrada por la nave UNF-341 Garuda al aproximarse al sistema planetario NH-9554. La etiqueta inteligente de registro de la emisión de radio dice "IA Asistente personal K-tsun-3". Sigue un número de serie de 23 cifras.

Han pasado tres años desde el naufragio de la Proteus. He seguido a Milos por todo el planeta, infructuosamente. El escudo electromagnético que ha levantado me impide acceder a su interfaz neural y comunicarme con él. Ni siquiera puedo enviarle una señal o atraer su atención de algún modo.

Ha encontrado la manera de extraer energía eléctrica de los organismos en forma de torre. Utilizando el módulo de descenso como plataforma móvil monitoreo sus actividades.

Está usando las nanomáquinas para experimentar con los tejidos y órganos de los organismos-torre. Hace varios meses que se ocupa sólo de esa tarea. Los satélites-baliza informan que no han sido consultados por Milos desde hace muchas semanas. Existe la posibilidad de que, absorbido por sus autoimpuestas tareas cotidianas, esté comenzando a perder de vista sus prioridades a largo plazo: regresar a la Tierra junto a sus seres queridos.

Las organismos modificados que Milos ha cultivado a lo largo de muchos centenares de kilómetros son intrigantes. Su grado de modificación, e inclusive de optimización, tanto a nivel celular como de tejidos, indican que Milos ha llegado a un entendimiento profundo y acabado acerca de la biología de estos seres. Sin embargo, aún me resulta difícil entender el propósito de sus experimentos.

Seis meses más. Las evidencias indicando que Milos intenta injertar en su corional tejidos cultivados de organismos nativos son abrumadoras. Su objetivo es indudablemente lograr la autonomía absoluta e independizarse de los recursos que están bajo mi control: energía y repuestos. Si obtiene resultados satisfactorios perderé toda posibilidad de mediar en sus decisiones.

No queda otra opción: los resultados de los algoritmos de decisión indican que debo estudiar el perfil neural de Milos, que logré copiar segundos antes de que me desterrara de sus biochips corticales, en busca de estructuras emocionales que puedan ser utilizadas para influir en su comportamiento.

Otros seis meses. He encontrado la corional original, o al menos lo que queda de ella,

desgarrada y abandonada al borde de un arroyo. Todo el sedimento alrededor estaba pisoteado, revuelto y cubierto de fragmentos de tejido epidérmico muy extraño, que estoy analizando mientras tanto.

He logrado encontrar a Milos después de seis horas de mapeo térmico intensivo del terreno utilizando los satélites baliza como una red de exploración topográfica. Su nueva corional construida con tejidos modificados de organismos nativos es enorme y sólo vagamente antropomorfa, aunque increíblemente veloz. Se mimetiza con el terreno. Es como un gigantesco animal de presa que se alimenta a medias de la energía que extrae de los organismos-torre y a medias de otros organismos a los cuales ataca y devora. Ha desarrollado un sistema digestivo rudimentario que le permite obtener elementos esenciales de la carne de estos organismos. He recolectado y analizado uno por uno los enormes excrementos que ha expulsado, estudiando el cambio gradual e inexorable en sus capacidades de asimilación. Las primeras deyecciones estaban llenas de piezas esqueléticas de sus presas, pero la cantidad se ha reducido hasta desaparecer casi completamente: de algún modo ha hallado la manera de asimilar y aprovechar también los tejidos esqueléticos.

Tendré que comenzar a introducir modificaciones en el módulo para adaptarlo a mis crecientes dificultades. De otro modo, rápidamente quedaré en situación de total desventaja con respecto a la nueva tecnología orgánica de Milos. Aunque represente un riesgo potencial con respecto a mis planes a largo plazo, me veo en la necesidad de utilizar las reservas de nanomáquinas para realizar tareas masivas de ingeniería.

Milos ha desaparecido. No he logrado encontrarlo después de trescientas horas de mapeo ininterrumpido del planeta entero.

He acometido la transformación del módulo de descenso en un robot volante lo suficientemente veloz y potente como para dar alcance a Milos. Mi idea es utilizar este robot como soma para mi conciencia cibernética, residir en este vehículo como si fuera un cuerpo. No he descartado la idea de seguir el ejemplo de Milos y utilizar tejidos cultivados de organismos nativos para desarrollar uno o más robots orgánicos.

Han pasado dos años terrestres desde que vi a Milos por última vez. Después de varios ensayos fallidos, he logrado desarrollar una pequeña flota de robots voladores orgánicos y autónomos para buscar a Milos. Las posibilidades estructurales de los genes de los organismos nativos son notables.

Algunas de las configuraciones emocionales que hallé en los recuerdos de Milos pueden ser de gran ayuda, si logro utilizarlas de una forma eficaz. Algunas figuras de autoridad casi indiscutible, como su padre, podrían serme útiles para revertir el actual

estado de deterioro de su conciencia.

Mi enjambre de pequeños zánganos ha encontrado a Milos después de varios meses de búsqueda. Por alguna razón, ha escogido habitar en las profundidades del vasto océano de agua y metano que circunda este único continente. Esporádicamente emerge y deambula por las playas. Hace tres semanas logré verlo personalmente: ha crecido muchísimo y tiene un aspecto aún más temible que antes. Su armadura tegumentaria está cubierta de cicatrices de todos los tamaños, nuevas y viejas. Incluso uno de sus brazos secundarios tenía el aspecto de haber sido regenerado por completo. En el océano se ha encontrado evidentemente con formas de vida sumamente peligrosas.

El escudo electromagnético que emite me impide sondearlo, así que no poseo información actualizada acerca del estado de su conciencia. Sólo puedo realizar conjeturas a partir de su comportamiento. Algunos de sus gestos siguen siendo notablemente humanos, como sentarse en la playa sobre sus ancas y abrazarse las rodillas, o desperezarse. En una oportunidad construyó una tosca pirámide o cono en la playa, utilizando guijarros. Es la actividad más humana que le he visto hacer en los últimos tres años de observación. Desde la distancia he tratado de comunicarme con él varias veces por medios de señales luminosas y sonoras. Todo en vano. He puesto en su camino una placa de cerámica de la Proteus donde he grabado el nombre de la nave y de todos sus tripulantes, resaltando el suyo. He tenido cuidado de colocar la fecha. Pero ha olfateado e inspeccionado el objeto como si fuera un animal, dejándolo abandonado después de unos instantes de atención.

Si no logro atraerlo de nuevo a la conciencia, el futuro es tétrico: mis modelos predicen una pérdida absoluta e irreversible de la condición humana dentro de los próximos años.

De a poco he logrado construir un mapa de sus territorios. Pasa la mayor parte del tiempo bajo el mar, especialmente durante la temporada de tifones invernales. Pero sale con frecuencia, generalmente en los mismos puntos de la costa continental. Casi todos son bahías tranquilas, ahora monitoreadas constantemente por los satélites.

Nota al margen: he comenzado a modificar mi cuerpo robótico por medio de la introducción de partes orgánicas, con dos propósitos: el primero, facilitar la comunicación con mis robots orgánicos; en segundo lugar, quizás la utilización de medios biológicos de comunicación me permita entablar contacto con Milos más fácilmente.

El ensayo de atraer su atención con marionetas holográficas ha sido un fracaso

estrepitoso. Envié una holo-proyección de una IA de diagnóstico caracterizada como Garin, el difunto capitán de la Proteus. Milos simplemente la ignoró y pasó a través de la proyección, como si no la percibiera en absoluto. Intentos subsiguientes utilizando representaciones de toda la tripulación han recibido el mismo trato indiferente. Incluso organicé un desfile, una carrera y una escena trágica donde sus antiguos compañeros, heridos y sangrando, acudían en masa a pedirle ayuda de rodillas. Nada.

Sin embargo, se ha fijado detenidamente en mis zánganos rastreadores. Ayer derribó de un manotazo uno que volaba demasiado cerca y lo devoró acto seguido. Lo cual significa que es posible atraer su atención utilizando seres tangibles. Nota al margen: observar la destrucción del zángano me ha llenado de un extraño sentimiento, cierta sensación apremiante o impulso de intervenir para evitar ese desenlace. Es extraño.

Quizás pueda utilizar una carnada viva para introducir nanomáquinas bajo mi control en su organismo.

Fracaso absoluto. Su escudo electromagnético es tan potente que blanqueó la memoria colectiva de mis nanomáquinas nada más entrar la carnada dentro de su alcance. Necesito un escudo igual de potente para contrarrestar el suyo. Aunque no es difícil construir uno, no puedo hacerlo lo suficientemente pequeño como para que quepa en un zángano; necesito un vehículo más grande. Mucho más grande. Comentario al margen: he vuelto a sentir ese extraño apremio por evitar la destrucción del zángano-carnada.

He realizado el primer ensayo con marionetas guiadas por microondas. Otro fracaso, aunque he cosechado algunos avances colaterales. Construí un títere orgánico utilizando genes de diseño. Le di forma humana, concretamente la del capitán Garin (nuevamente). Inclusive organicé la epidermis de la criatura para que imitara el uniforme de la Proteus. Tenía un escudo electromagnético no muy fuerte incorporado, lo suficiente como para que el escudo de Milos no interfiriera demasiado en mi manejo.

Hice que la marioneta se aproximara caminando a Milos y lo saludara educadamente hablándole en spanglish. Milos acababa de salir del océano, sujetando los despojos de un enorme animal marino translúcido, y se acuclilló en la playa de la bahía a roerlo. Cuando vio a “Garin” soltó su presa y se inclinó para examinarlo más de cerca. Nuevamente volví a sentir ese extraño impulso de intervenir. Empezaba a haber algo de interferencia: el escudo de la marioneta estaba siendo desbordado. Hice que “Garin” le hablara, llamándolo por su nombre. Milos permaneció inmóvil un instante. Luego abrió sus mandíbulas y aulló. Es el primer sonido que le escucho

emitir desde que huyó de mí. Fue un sonido fuertísimo, un alarido o bramido de altísima potencia. Es subjetivo afirmarlo, pero parecía a la vez un rugido de rabia y de temor. Se abalanzó contra la criatura. No me dio tiempo a hacer que la marioneta huyera, ni hubiera podido hacerlo: cuando estuvo a menos de diez metros su escudo electromagnético desbordó completamente el mío y la marioneta quedó librada a su suerte. Sólo alzó los brazos cubriéndose la cara. De un manotazo Milos la despedazó contra el suelo. Luego comenzó a correr alrededor rugiendo. Pero no la devoró, ni siquiera volvió a tocarla. Anduvo correteando por la bahía, al parecer muy inquieto. Sólo regresó a sus actividades luego de un acto insólito: dio sepultura a la marioneta erigiendo encima un grosero túmulo de guijarros. Este acto trascendentalmente humano me indica que éste es el camino correcto para sacar a Milos de su estado de animalidad.

Los correlatos del experimento son variados. En primer lugar, es necesaria una mayor potencia del escudo. Los biosensores de la marioneta me han dado también algunas aproximaciones de ciertas variables biométricas. Dentro del cuerpo de la bestia pulsán órganos de inusitado tamaño. Las señales electromagnéticas de estas pulsaciones contribuyen al escudo. Otra fuente de señales es también el propio encéfalo de la corional. Pude medir algo del retardo entre las fluctuaciones de la parte neural del escudo y los impulsos motores de los miembros de Milos durante los segundos previos a la muerte de la marioneta. Los patrones indican que la transmisión de señales entre el cerebro y los nervios motores es extremadamente coordinada, sin saltos ni evidencias de sistemas de corrección. Esto puede indicar dos hipótesis, no necesariamente excluyentes: Milos ha desarrollado un nuevo sistema de enlace neural sumamente efectivo y/o Milos ha sufrido una fusión al menos parcial de su sistema nervioso con el cuerpo bestial que lo aloja, hipótesis que me parece terrorífica.

Algunas consideraciones acerca de mi propio estado. La sensación de urgencia y necesidad de intervenir que me invadió al ver morir la marioneta de Garin fue tan fuerte que sólo puedo etiquetarla con adjetivos humanos como “temor” o “angustia”. No es simplemente una sensación de responsabilidad ante mis inventos. Intuyo que puedo estar comenzando a experimentar hacia mis creaciones lo que los humanos llamarían “afecto”. Al menos de forma muy rudimentaria.

Fracaso otra vez, aunque teñido también de logros menores. Definitivamente estoy experimentando emociones afectivas que podrían nublar en un futuro cercano la racionalidad de mis decisiones. ¿Será la influencia de mi cuerpo progresivamente menos mecánico y más biológico? La experiencia fue decididamente traumática, en un doble sentido: tanto por las reacciones de Milos como por las mías propias.

Construí, como tenía planeado, otra marioneta, más grande y fuerte. Un títere de carne controlado a distancia. El término no resulta apropiado, en realidad. He hallado

otro mucho mejor en las bibliotecas semánticas humanas: gólem. Lo que construí, o mejor dicho gesté, crié, fue un gólem orgánico. De gran tamaño, aunque no tan enorme como el propio Milos. Con el aspecto de su padre. Una imagen del perfil psíquico de Milos me resultó especialmente elocuente. La subjetividad perfectamente diáfana de sus percepciones infantiles me abruma y tengo que esforzarme para evitar un éxtasis de adjetivación. En el recuerdo, un Milos de diez años de edad juega en el mar con las olas enormes. Su padre, a la distancia, lo vigila. Cuando el niño se aventura en las aguas con demasiada temeridad, el padre lo llama. Primero suavemente, con más severidad a medida que pasa el tiempo y el niño no obedece. Finalmente el padre se introduce en el mar tras él, en el momento justo: una ola monumental envuelve a Milos y lo derriba. Sus brazos y piernas infantiles, enredados e inútiles frente a la fuerza del agua, se agitan vanamente. El brazo nervudo de su padre entra en el agua, lo toma y lo levanta en vilo, regresándolo a la luz incandescente del sol. El niño está aturdido por sentimientos confusos. Temor ante la ola, alivio de ser rescatado, gratitud hacia su padre, temor ante su furia.

El gólem era muy parecido al padre de Milos. Un enorme hombre semidesnudo, musculoso y bronceado. Lo hice caminar por la playa con decisión, dirigiéndose hacia Milos que, acucillado frente al mar, mordisqueaba el pellejo desgarrado de una de sus presas. El gólem lo llamó por su nombre, con voz potente. Milos, o la bestia que lo aloja, giró la cabeza bruscamente ante el llamado. Sin dejar de gritar su nombre, el gólem llegó hasta él y lo tomó de uno de sus brazos. Ante el contacto Milos vaciló, observó la mano bronceada y humana que se apoyaba con firmeza pero sin agresividad en su brazo bestial y luego miró al gólem de su padre directamente a los ojos. Por un momento tuve esperanzas, mientras hacía que el gólem le hablara de la Tierra, de sus seres queridos y de estar preparado para emprender el regreso muy pronto. Pero mis esperanzas fueron prematuras. Milos saltó hacia atrás con un rugido bestial: con un solo golpe lanzó al gólem por los aires. La interferencia creció bruscamente y tuve que acercarme mucho para mantener el control de la criatura. Pero Milos no le dio tiempo a incorporarse siquiera. De un brinco estuvo sobre la figura de su padre y de un zarpazo furioso lo abrió en canal desde el rostro hasta el abdomen. Hubo un estallido de carne desgarrada, una explosión de icor sanguíneo y el gólem cayó inerte sobre la grava.

Todo se volvió confuso para mí en ese momento. Sin saber para qué, salí de mi escondite tras los cerros y volé hacia la playa, hacia el cuerpo ya muerto de mi creación. Fue un acto inútil e irreflexivo, pero actué de forma instantánea. Milos aullaba y rugía junto al cadáver, brincando y aporreando el suelo en un frenesí de rabia y, con seguridad, de miedo y confusión. Me vio venir volando a ras del suelo. No sé si me reconoció. Quizás percibió sólo un engendro volador de carne y metal entreverados. Tomó de la playa una piedra de varias toneladas y, sin esfuerzo aparente, me la arrojó. Era tal mi confusión que no pude calcular adecuadamente la maniobra más efectiva para evitar el golpe. El impacto fue muy fuerte. Alabé y

derrapé hacia las dunas, donde me estrellé.

Nunca antes había sentido sensaciones como las que experimenté entonces. Ahora conozco el significado cabal de términos humanos como “dolor”, “congoja” y “náusea”. La carne que me alojaba estaba herida y sangrante. No podía moverme en ese momento. Lo que sucedió después lo percibí a través de mi solícitos zánganos, que volvieron a sobrevolar la playa después de la desbandada inicial.

Milos no intentó buscarme. Continuó corriendo por la playa alrededor del gólem destrozado, mientras sus alaridos se hacían progresivamente más roncós y aflautados. Al cabo, repitió la ceremonia anterior. Con mucho cuidado de no tocar el cuerpo, erigió un tosco túmulo de piedras sobre él. Lo construyó tan prolijo como pudo. Después se introdujo en el agua hasta la mitad del cuerpo. Permaneció así un largo rato en completo silencio e inmovilidad, con el rostro animal vuelto hacia el túmulo. Luego salió del agua lentamente y se alejó por la playa.

Me llevó muchas horas salir de mi estado de postración. Al final pude elevarme lo suficiente como para volver en etapas hacia mi refugio en la colinas. Desde entonces me he dedicado a reparar mi cuerpo y a meditar sobre lo sucedido.

Mis zánganos me informan que Milos ha regresado varias veces al túmulo donde yace la figura de su padre. Simplemente camina hasta allí y se sienta como contemplando o quizás esperando algo.

Es preciso actuar de inmediato. No tengo más tiempo de estudiar la situación. Los satélites-baliza dispersos por los puntos troyanos han recibido una señal de ultraondas desde algún punto entre Proción y este sistema. Una nave militar se ha desviado de su curso en respuesta a la señal de socorro y está a mitad de camino. Necesito sacar a Milos de su estado de animalidad antes de que los humanos intenten acercarse. Los métodos humanos normales de nada servirían. Me llevaría mucho tiempo convencerles de que este monstruo errante es Milos, y en el caso de que lo logre, intentarían capturarlo o someterlo por la fuerza.

Los sensores biométricos del gólem paterno tuvieron apenas tiempo de tomar algunas mediciones. Poseo ahora un conocimiento rudimentario de la anatomía interna de la bestia que contiene a Milos. Mis temores se han visto confirmados: los límites entre el cuerpo de Milos y el de su bestial vehículo se han borrado en gran parte. Poco parece quedar de su estructura ósea. Algunos de sus sistemas de órganos están indudablemente conectados con los de la bestia o han sido desplazados por completo. El sistema nervioso parece más o menos intacto, aunque tiene muchos nervios nuevos. No basta con traer a Milos a la conciencia de nuevo. La condición humana no es meramente un estado cognitivo. Si su cuerpo es inhumano, Milos no puede ser humano. Es necesario restituir su cuerpo a un estado humano nuevamente,

separarlo de ese soma bestial que se ha construido. Para eso necesito que Milos duerma.

He ideado un plan de acción, el cual entraña grandes riesgos, pero que podría ser el único posible. Los patrones afectivos están comenzando a entorpecer mi razonamiento, lo sé. Pero no voy a enviar otro ser vivo, marioneta o no, a encontrar un final violento. Esta responsabilidad me corresponde exclusivamente a mí.

Es preciso que me acerque a él lo suficiente como para entrar en contacto corporal. Pero no debe atacarme. Aunque podría criar un cuerpo orgánico lo suficientemente grande que me permitiera someterlo por la pura fuerza, eso sólo empeoraría su estado. De todas las actividades primarias que Milos realiza, como alimentarse, descansar y excretar, la única ausente es el apareamiento. Si pudiera acercarme a él con ese propósito y que me aceptara, lograría un contacto estrecho lo suficientemente prolongado como para poder llegar a influir en su sistema nervioso e inducir el sueño. No importa cuántas veces haga falta repetir el intento, mientras pueda seguir haciéndolo.

He acometido entonces la creación de un soma tan grande como el de Milos, con forma femenina. Utilicé como fuente de inspiración recuerdos de hembras humanas a las cuales estuvo ligado sexualmente durante su vida, especialmente su esposa Umiko, que lo espera a tanta distancia. Debe ser una mujer ya madura ahora. Pero necesito asegurarme de que podré resistir la fuerza de Milos el tiempo suficiente. Los genes de los organismos continentales no me sirven. Es preciso algo más feral. Seguiré los pasos de Milos e ingresaré en el océano a buscar inspiración. He dejado un mensaje en los satélites baliza, listo para ser radiado hacia la nave que acude al rescate. Me despojaré de todo lo inorgánico, aunque eso signifique perder por completo mi condición de IA. Aunque es verdad que ya no soy más un ente cibernético, realmente. Soy una cosa híbrida, una criatura que experimenta la carnalidad sin abandonar por completo la luz algorítmica. Debo perderme en la carne sin que flaquee mi propósito. Confío poder lograrlo.

Fin del mensaje

III

Registro audiovisual de la nave de descenso Equidna y sus comunicaciones con la nave Garuda. La voz pertenece al alférez Guillaume.

(Topes nubosos de color azul y encarnado. Relámpagos distantes. La nave se sacude mientras vuela. Tras las nubes se vislumbra un paisaje montañoso)

—Estamos descendiendo a través de un sistema de tormentas bastante importante. Las emisiones de microondas tienen epicentro en el cordón de serranías que se ve allí, al borde del océano.

(Voces indistinguibles)

—Las sierras están colonizadas por formas de vida de gran tamaño, algunas de casi cien metros de altura. Al final de las estribaciones principales hay una amplia bahía. El mar está agitado. Estamos lejos aún. Esperen un minuto...

(Alguien grita. Voces que se atropellan)

—Una figura antropomorfa sale del océano. Es enorme. Repito: un objeto de gran tamaño y forma humana sale del océano.

(Una enorme figura borrosa se perfila en la lejanía. Avanza lentamente. La voz del alférez se eleva una octava)

—Es una mujer ¿Me oyen? Es una mujer. Una mujer enorme, es un gigante. De color rojo oscuro. Es increíble. Estamos sobrevolando la bahía mientras la criatura sale caminando del mar.

(La imagen se hace más nítida por momentos. La figura alza el rostro hacia la nave que pasa veloz sobre ella)

—Su piel está cubierta de puntos luminosos de color azul brillante, como órganos luminiscentes. Ya casi sale del agua. Mide más de ochenta metros de altura. ¿Están viendo esto?

(La nave efectúa un viraje cerrado y la pantalla queda llena por una imagen de la superficie del mar desenfocada por la velocidad. Alguien grita)

—Otra criatura enorme sale de entre las dunas. También tiene forma humana pero es un poco más grande.

(La imagen empieza a enturbiarse por estática)

—Comienza a haber interferencia. Cuidado con eso. ¿Está activado el escudo de radiación? La segunda criatura es azul con motas de color gris oscuro, tiene muchos brazos. Mide casi cien metros de altura. Tiene cola, también. Se dirige a saltos hacia la playa. Es horrible y de aspecto sumamente peligroso. Capitán, ¿dónde nos estamos metiendo?

(Más gritos y réplicas. La imagen se distorsiona tanto por la estática que ya casi no se distingue nada)

—Hay demasiada interferencia electromagnética. Fuertísima. Los sensores indican que la fuente es la segunda criatura, el monstruo de color azul, aunque la mujer gigante también está generando un campo electromagnético muy potente. Si no nos alejamos tendremos que aterrizar. ¿Me escucha, Capitán?

(Torrente de palabras ininteligibles)

—Estamos descendiendo sobre la playa a mil metros de las dos criaturas. Las criaturas se acechan y se observan mutuamente. No parecen haberse fijado en nosotros. Vamos a salir de la nave en las coronales. De acuerdo al mensaje radiado por las balizas, los sobrevivientes de la Proteus deberían estar en esta playa. ¿Capitán,

nos escucha? ¿Qué hacemos?

(Imagen muy borrosa. Una playa pedregosa invadida por la bruma. A lo lejos dos siluetas enormes se funden en una sola. Gritos de sorpresa de los tripulantes)

—Las criaturas forcejean. Están combatiendo. No, no. Copulan. Se aparean.

(Gritos agudos. La voz del alférez enronquece)

—El monstruo y la mujer gigante están copulando. Es aterrador. El campo electromagnético es fuertísimo. Capitán, ¿qué hacemos?

(Se escucha la voz del capitán, aunque sumamente distorsionada)

—No intervengan hasta mi señal. No hagan nada. ¿Oyeron? No intervengan. El mensaje de la IA asistente decía claramente que no debíamos intervenir hasta que todo fuera seguro.

(La imagen fluctúa y se borrona. En la distancia los monstruos siguen enredados mientras forcejean en su cópula. Un rugido de frecuencia ultra-baja hace vibrar la imagen)

—Los monstruos gritaron. Hay mediciones de los sensores sísmicos. Ahora están inmóviles. La fuerza de la perturbación electromagnética está disminuyendo. No, solamente el monstruo está inmóvil sobre la playa. La mujer gigante se mueve. Está haciendo algo. Está sentada sobre el monstruo y hace algo con las manos. Se escucha un latido ¿Ustedes lo oyen también?

(La imagen es cada vez más nítida, aunque se distorsiona levemente con cada latido. El monstruo está tumbado sobre su espalda y la mujer gigante está sentada a horcajadas sobre su pecho. La playa alrededor está revuelta como después de un terremoto. La mujer trabaja con sus manos sobre el torso del monstruo. Alrededor se distingue un enjambre de pequeñas formas voladoras)

—Hay cosas que vuelan alrededor de la mujer gigante. Ahora convergen hacia algo que la mujer alza con sus manos. Un momento. La mujer gigante se incorpora. Se pone de pie.

(En la distancia la figura permanece inmóvil un instante, observando el monstruo tumbado a sus pies. Luego vuelve la cabeza hacia los hombres horrorizados que esperan en la playa. Comienza a moverse. Hay exclamaciones de sorpresa)

—Capitán, viene hacia aquí, ¿me oye? La mujer gigante viene hacia aquí. Camina lentamente, pero con su largo de zancada estará sobre nosotros antes de cinco minutos. Trae algo en sus manos, apretado contra el pecho.

(La figura se agranda rápidamente. Aunque el latido distante sigue emborronando la imagen periódicamente, la mujer gigante se ve cada vez con mayor nitidez. Aprieta contra el pecho un bulto sanguinolento. El enjambre de pequeñas criaturas voladoras, ahora muy disminuido en número, la acompaña revoloteando a su alrededor. Se escucha la voz del capitán)

—No hagan nada todavía. Suban a la nave todos excepto usted, Guillaume, y tres hombres de su elección. Que la nave esté lista para el despegue.

(Se escucha la respiración del alférez volverse más rápida. Pronuncia tres

nombres con voz urgente. Hay corridas sobre la grava, gritos, órdenes. La mujer ya está muy cerca. Su estatura obliga a las cámaras automatizadas de la nave a reajustar el foco para encuadrarla completamente. Los órganos bioluminiscentes que tapizan su epidermis rojiza pulsán rítmicamente. Sus ojos son profundamente azules, sin pupila aparente)

—Está disminuyendo su velocidad. El enjambre de objetos voladores se adelanta. Esperen un segundo. Las criaturas voladoras están muy cerca ya, son como platillos de dos metros de diámetro con una turbina central, aunque parecen ser biológicos. Se detienen. Comienzan a volar en círculo sobre un punto de la playa. Capitán, esperamos sus órdenes.

—Está llegando una señal de los satélites baliza. Ha llegado el momento del encuentro con los supervivientes de la Proteus. Creemos que deben estar encerrados en el bulto que trae la mujer gigante. No griten. Yo entiendo tanto como ustedes. Guillaume, avance con sus hombres hasta el punto de encuentro.

(La voz del alférez se vuelve ronca. Habla con rapidez)

—Que los cañones de la nave apunten a la mujer y al enjambre. Estén listos para despegar sin nosotros.

—Tenga cuidado, Guillaume.

(Se ven cuatro figuras embutidas en corionales pesadamente acorazadas que avanzan hacia el sitio señalado por el enjambre, seguidos a corta distancia por un robot médico con una camilla-cápsula automatizada. La mujer gigante se detiene y los observa acercarse. Está tan cerca que se percibe con detalle su anatomía. El rostro es impasible, los enormes y acuosos ojos miran casi con dulzura a los cuatro humanos diminutos que avanzan. Los labios son de un color rosado tan oscuro que parecen negros. El cabello formado por largos tentáculos bifurcados, los grandes senos con pezones translúcidos, los muslos imponentes. Los órganos bioluminiscentes están dispuestos en hileras que forman diseños intrincados sobre todo el cuerpo. La piel es ligeramente translúcida y deja ver los titánicos músculos contraerse y elongarse con el movimiento. En el pubis, la vulva está ornamentada con excrescencias bioluminiscentes. Cuando los hombres llegan al punto señalado, el enjambre se dispersa de improviso para reanudar su revoloteo alrededor de la cabeza de la mujer, como una corona flotante y borrosa. Entonces, muy lentamente, la mujer comienza a inclinarse. Los hombres retroceden respirando afanosamente. La gigantesca figura hince una rodilla en la arena. La rodilla tiene unos cuantos metros de ancho y se hunde profundamente. Mientras los hombres vuelven a retroceder unos pasos más, las manos de la mujer descienden y depositan su carga en la playa, frente a ellos. La voz del alférez es rápida y entrecortada)

—Es un objeto irregular de unos cinco metros de largo. Está cubierto por unas placas redondas que tiemblan o vibran. Esperen, no. No son placas. Son los objetos voladores. Parece que se hubieran adherido o fusionado al objeto formando como una cáscara o cubierta. Vamos a usar el sonar biométrico. No quiten los ojos de la mujer.

(La mujer se incorpora y empieza a retroceder lentamente, sin perder de vista al objeto ni a los hombres)

—Confirmado. Capitán, tenemos un sobreviviente, ¿me oye? El sonar ha escaneado un encéfalo humano dentro de esta especie de capullo, la signatura alfa corresponde con uno de los perfiles almacenados en los satélites-baliza. Es uno de los tripulantes de la Proteus. Pero la lectura es confusa, el sonar no es lo suficientemente potente para escanear entre todo este otro tejido anómalo. Parece que no estuviera todo el cuerpo completo, aunque está vivo, de eso no hay duda.

(La voz del capitán suena entrecortada por la urgencia)

—Súbanlo a la bodega de la nave y despeguen cuanto antes. Aléjense de las criaturas gigantes. No toquen el capullo en absoluto, quiero que lo aíslen para evitar la radiación a la salida de la atmósfera. Los asistentes médicos aquí arriba y las IA de análisis creen que es probable que el sobreviviente esté enfermo o mutilado y que el capullo sea una estructura que lo mantiene con vida.

(Hay gritos y corridas mientras los otros dos tripulantes se acercan rápidamente al objeto. Entre todos lo envuelven con cinturones blancos de metagrafeno a los que sujetan pequeños repulsores de gravitación. Cuando el objeto comienza a flotar lo llevan empujando hacia la nave. Salen de la imagen. Sólo queda la playa vacía. La nave despega. Al sobrevolar la bahía por última vez se ve a la mujer gigante, arrodillada junto al cuerpo inmóvil del monstruo, levantar el rostro para mirar la nave)

Fin del archivo

Diario personal del capitán de la nave Garuda 341

Extracto

Escribo esto por mis propios medios, utilizando un arcaico lápiz y papel reciclado. Es como una manía o un capricho de diletante. Nos alejamos de NH 9554 en este momento, saliendo de la eclíptica para alejarnos del pozo de gravedad del sistema. Dentro de cuarenta días estaremos en crio-estasis, viajando durante seis meses hacia Proción para dejar al sobreviviente en una nave que lo llevará de regreso a la Tierra.

Hemos recuperado un módulo de emergencia expulsado de la Proteus de una órbita bastante interna en el sistema planetario. Contenía tres tripulantes en crio-estasis. El sistema automatizado de control ha experimentado varios fallos, lo cual complica el pronóstico de sus infortunados ocupantes. Los procedimientos de rehabilitación después de quince años de crio-estasis son laboriosos y los resultados son aún impredecibles.

Estas últimas dos semanas han sido tan extrañas que dudo que podamos reponernos rápidamente, especialmente Guillaume y sus hombres. Serán

compensados con tres meses de licencia y una medalla del Ejecutivo. La impresión que han sufrido ha sido fuertísima y aunque bromeen en cubierta acerca de lo sucedido en el planeta, las IA médicas advierten que están experimentando graves dificultades para conciliar el sueño y otros síntomas de estrés post-traumático. Los mantendré ocupados con sus tareas habituales hasta tanto llegemos a Proción.

El equipo médico se ha comportado maravillosamente. Todos han sido recomendados para un premio especial del Comité de Ciencias. El capullo, que hemos aislado perfectamente en una matriz de aerogel autoensamblante, ha resultado ser en realidad un fragmento del cuerpo del monstruo, al parecer arrancado por la mujer gigante después de su ciclópea cópula. Los discos voladores que lo cubrían externamente sellaron los vasos sanguíneos quebrados y establecieron un circuito auxiliar de circulación, lo que permitió que los tejidos se conservaran vivos hasta la llegada a la Garuda. Esto apoya de alguna manera la hipótesis de un nexo entre la IA asistente que nos guió en el rescate y la mujer gigante y su enjambre de zánganos orgánicos.

Los tejidos mismos del fragmento resultan un misterio. La comparación con muestras tomadas de organismos nativos de la superficie es concluyente: el monstruo es, desde un punto de vista celular, una forma de vida indígena. Sin embargo, desde el nivel molecular hasta el de tejidos y órganos, todo muestra señales evidentes de un diseño muy cuidadoso en varias etapas. Hay rastros de utilización masiva de nanomáquinas para alterar el sistema genético. Un trabajo de ingeniería biológica tan profundo y acabado sólo puede ser el fruto de muchos años de concienzuda investigación y experimentación. Quién pueda ser el o los autores, no lo sabemos. Entre los ítems detallados en los archivos de registro de la Proteus figura una gran cantidad de contenedores de baja entropía, algo usual en naves de exploración científica y terraformación. Es claro entonces que el diseñador del monstruo se ha valido de estas nanoherramientas para llevar a cabo su tarea. Aunque no se han podido tomar muestras, todo parece indicar que la mujer gigante es también un organismo diseñado mediante procedimientos similares de nano-ingeniería biológica.

Dentro de este fragmento corporal del monstruo estaba entremezclado, por decirlo de alguna manera, el cuerpo incompleto del tripulante superviviente. En una operación quirúrgica complejísima, que incluyó operadores humanos, robots y nanomáquinas y que insumió veinticinco horas, se logró separarlo de los tejidos alienígenas que lo envolvían y nutrían como si de un feto se tratara. Un feto sumamente extraño, por otra parte. El sistema nervioso está completo, pero el resto de los sistemas parecen haberse atrofiado o degradado. No hay tejido óseo excepto algunas piezas alrededor del sistema nervioso central. El sistema digestivo ha desaparecido, así como todos sus órganos y glándulas anexas. Lo mismo ha sucedido con el sistema respiratorio. Pareciera que se han degradado aquellos sistemas redundantes o inútiles frente a la nutrición y protección suministrada por los tejidos del monstruo. Es aterrador. Estamos ante un ser humano que consiste básicamente de

un sistema nervioso rodeado de una envoltura de grasa, tejido conectivo, vasos sanguíneos y músculos desestructurados. Cómo llegó esta persona a esa situación horrorosa resulta un misterio. Cómo le devolveremos su condición humana natural, afortunadamente, es menos enigmático. Se están nano-cultivando órganos diseñados de acuerdo a su genotipo, aunque el proceso de reconstituir un cuerpo adulto casi por entero es muy arduo y llevará casi todo el viaje hasta Proción.

El estado de conciencia de este individuo, una persona de sexo masculino cuyo nombre mantendremos en privado hasta tanto contactar con la autoridades terrestres, es particular. Literalmente, estaba durmiendo. Sin embargo, la estructura de las redes neurales corticales indica que el cerebro estuvo en plena actividad hasta unas horas antes de llegar a la Garuda: otro misterio. Como el estado de sueño parecía bastante frágil, durante la operación tuvimos la precaución de injertar conectores de enlace neural. Extrañamente, los biochips corticales estándar de su cerebro parecían haber sido absorbidos, por lo que fue preciso colocar unos nuevos. Las medidas no fueron inoportunas: el sujeto despertó durante la operación. El momento fue crítico y estuvimos al borde del desastre total. Parece sufrir un caso gravísimo de psicosis de crio-estasis. Su estructura emocional es muy inestable y su memoria está terriblemente fragmentada. No parece tener recuerdos claros de lo acontecido en los últimos años y algunos de estos recuerdos están entremezclados con imágenes distorsionadas de acontecimientos de su infancia y juventud.

Ahora está en la cubeta de cultivo celular, donde se lo atiende psicológicamente mientras su cuerpo es reconstituido lentamente. Los médicos interactúan con él por medio de una gestalt de simulación simplificada. El primer día después de ser extraído de entre los tejidos del monstruo me acerqué a la cubeta. Su actividad cerebral se mostraba en un holo-gráfico tridimensional. Como no entiendo casi nada de esas curvas de colores que se agitan, llenas de símbolos y etiquetas inteligentes, pregunté a la IA de diagnóstico que representaba una de las curvas en particular. “El individuo está llorando” dijo la IA con su voz sintética. Me imaginé esa conciencia encerrada a oscuras dentro de su propio cerebro, llorando. El horror me puso la carne de gallina. Me he tomado como un asunto personal lograr la recuperación de este individuo. He desplazado algunas de mis funciones al contramaestre para poder pasar más tiempo con los médicos.

Ha mejorado muchísimo en las últimas semanas. Ingresando a la gestalt cibernética simulada se puede dialogar con él, y aunque su capacidad de autocontrol y raciocinio están bastante endebles todavía, se reconoce a sí mismo y comprende su situación bastante bien. Los intentos de los médicos de encauzar su memoria y reestructurar sus recuerdos han fallado por ahora. Insiste en elaborar escenas condensadas mezclando recuerdos de su niñez con elementos del entorno del planeta donde naufragó, formando recuerdos fragmentarios, como de un sueño o pesadilla a medias recordado. La sensación borrosa de haber hecho daño a su padre recientemente lo perturba mucho, aunque no tiene dificultades en comprender que su

padre, muy anciano ya, lo espera en la Tierra junto con el resto de sus seres queridos. También está confundido acerca de su esposa: la sensación de haber estado recientemente con ella lo acosa, aunque acepta que su esposa está también en la Tierra. En otras oportunidades reemplaza en el recuerdo a su esposa por otras mujeres que conoció a lo largo de su vida. Esto me ha llevado a hacer un descubrimiento asombroso. Después de muchas horas de análisis, he descubierto que el rostro de la mujer gigante se parece muchísimo al de la esposa del paciente cuando ésta era joven. Las conclusiones que puedo extraer son inquietantes, y todavía no las he discutido con nadie.

Fin del archivo

IV

Ya se han marchado, se lo han llevado. Todo ha salido bien, pero además de satisfacción, siento una peculiar tristeza. He permanecido un largo tiempo en la playa, junto a su agonizante cuerpo bestial. Siento que mi propósito original se desvanece. Soy ahora una criatura huérfana de propósitos, sin destino ni objeto. Atada a la carne que me contiene y que me define como otra cosa diferente a la que fui. Librada a mi propio arbitrio, tengo que tomar decisiones despojadas de responsabilidades heredadas, decisiones que crearán responsabilidades nuevas. Quizás sea lo que los humanos llaman libertad, o quizás me estoy confundiendo. El significado de las ideas ya no es claro, el lenguaje no es una herramienta cristalina como antes. Más claras resultan otras cosas, cosas que siente mi cuerpo, cosas carnales, urgentes y subjetivas. Este cuerpo tiene sus propias responsabilidades y necesidades, y las formula sin titubeos. Mejor rendirse a eso, acatar ese llamado.

Durante un tiempo pensé en sepultar el antiguo cuerpo de Milos, pero no quiero. Mi cuerpo no está de acuerdo, esta carne se niega. Es más consolador asimilarlo, hacer que se funda en mí. Consumir su carne, hacerla parte de la mía, no es sino un acto de preservación vital, de regeneración y perpetuación.

Ahora, con el cuerpo lleno de su carne, he hecho míos su fuerza y sus poderes. Ahora puedo volver al Océano, a perderme en su infinitud y empaparme en la vida que lo llena. Más tarde volveré a la superficie para engendrar de mi cuerpo una progenie que, a su vez, también volverá al agua a guarecerse de los humanos que vendrán en el futuro. El Océano me espera, lleno de vida y de terrores. El agua me rodea y no temo a la oscuridad.

paleontólogo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata y es becario del CONICET. Sus conocimientos científicos y su capacidad para extrapolarlos, unidos a las cualidades literarias de sus obras, lo posicionan como una de las voces más interesantes de la actual ciencia ficción *hard* de su país.

Algunos de sus textos, incluido este mismo cuento, han sido publicados en la revista PROXIMA.

El caballo aparece

Daniel Flores
Argentina

El demonio está sentado sobre mi pecho y me mira, lo miro, nos reconocemos. La casa, alrededor, es ahora un espacio de formas distorsionadas y oscuras; cada tanto, una luz verdosa como un candil me permite ver de soslayo la silueta de Irene, que sigue dormida, dormida y desnuda como una gárgola serena. Nadie habla.

Los colores, que apenas distingo, por momentos se saturan en largos tonos febriles, y oscilan, persisten en el aire suspendidos y luego se funden en una bruma opaca. Tengo la impresión de hallarme en un hueco silencioso. Pero no, no todo es silencio aquí. Ahora que presto mayor atención puedo oír algo así como un movimiento de papeles, papeles que caen y que se arrugan y que se rompen, pero muy en la distancia, lejos, hasta con cierta displicencia, diría. Por alguna razón, eso que oigo me trae a la cabeza la imagen de unas llamas subiendo por el tronco de un árbol, un fuego vivo. Sé que si me esforzara lo suficiente podría sentir incluso el olor de la madera quemándose, lo sé, por supuesto, aunque es mejor no cruzar ciertos límites. Demasiado tengo con intentar respirar.

Han pasado ya tres minutos, quizá cuatro, desde que la bestia trepó sobre mi pecho. Su anatomía imponente tiene el peso de mil cuerpos dormidos. No tardará en desaparecer. Debo esperar.

A veces no se mueve, se limita al miedo de la presencia, al miedo de la mirada silenciosa. Hoy la noto inquieta. Ahora se inclina hacia mí y el crepitar de las llamas se intensifica; no opongo resistencia, aunque tampoco podría. Es difícil dar detalles precisos, todo pareciera estar ocurriendo en un teatro lejano. La escena tiene algo de manierista, acaso por los colores, por la torsión, por la artificialidad. Hay una latencia de locura presa en la habitación que me condena a una quietud irreal, y la naturaleza de esa misma quietud es, al tiempo, la que impide que mi mente colapse. La parálisis es contenedora, regula la cordura. El mínimo reflejo desataría una tormenta.



Ilustración: Paolo Uccello

Lo que llamo “demonio” es un caballo putrefacto, que a veces también puede ser un cerdo hediondo y negro con un cuerno entre los ojos o una figura antropomorfa de rostro ovejuno, pero hay detalles que no varían: siempre las cuatro alas negras, los dos ojos humanos, redondos y celestes, siempre el peso bestial, la parálisis completa. No sucede a diario, pero es de una frecuencia nada despreciable. Hoy es el caballo, y el caballo es el más pesado de los tres, por lo que el esfuerzo por respirar se vuelve una tarea realmente dura. Con los años llegué a conquistar una suerte de autoentrenamiento que consiste básicamente en meditación y olvido. Esta es mi meditación, pensar, explicarme, comprendernos. No obstante, existe un peso físico con el que debo lidiar y, además, es indispensable que parezca nervioso, en especial cuando aparecen el ovejombro o el caballo: si este maldito se aviva de la estrategia va directo a morderme los pies o, si ve que eso no consigue enloquecerme, comienza a hamacarse con rabia sobre mi pecho hundido, una y otra vez, gimiendo, una y otra vez. Más tarde se detiene, reflexiona, murmura algo y luego se aproxima con su enorme cara de equino zombi y me olfatea el pelo, los ojos, la garganta. A veces mueve las alas. No respira. Irene no puede verlo.

Mi psiquiatra lo llama “Parálisis del sueño” y dice que es un trastorno bastante común, que de sobrenatural solo guarda un folklore dudoso y medievalista. Entonces yo le relato mi experiencia en detalle, le cuento acerca del ovejombro y del caballo y del cerdo negro con el cuerno entre los ojos, y el psiquiatra sonrío condescendiente, baja la mirada, niega, no deja de sonreír. Sé que es un buen tipo y un gran profesional, pero eso no descarta que a la vez sea un completo imbécil. Me receta unas drogas, con eso voy a andar bien, promete. Siempre dice lo mismo. A la semana siguiente le cuento que al caballo y a sus compinches las drogas no les hacen nada,

que incluso parecieran darles mayor vitalidad. Supone entonces que deberíamos tener un poco más de paciencia, que habría que sostenerlo con una terapia cognitiva y cosas por el estilo. Dos lunes atrás, luego de meses y meses de paciencia inútil, por fin lo mandé al diablo y volví a casa enfurecido. Esa misma tarde le confesé a Irene todo lo que *en verdad* me estaba pasando. Por supuesto, ella sabía de mis sesiones, pero las razones que conocía eran otras: la infancia de un niño hemofílico con una madre alcohólica era excusa suficiente. Me sorprendió la reacción de Irene, no solo me creyó sino que incluso, en los días sucesivos, se mantuvo despierta hasta altas horas esperando que me llegara la parálisis (su opinión es que se trata de una simple variante del sonambulismo). Misteriosamente, durante casi dos semanas las bestias no aparecieron.

Hasta hoy.

Irene se durmió temprano. No podría despertarla: no tengo voz, no tengo más libertad que el movimiento de los ojos y el de las ideas. Mi cuerpo no existe. El demonio sabe lo que pienso y me muestra los dientes, unos dientes cuadrados, de caballo, otros agudos, de lobo. A veces me parece reconocer algo mío en él, algo lejano, casi muerto. Ha pasado más de media hora y no se va. Lo entiendo, está enfurecido con mi denuncia hacia Irene, mi compañera de sueño, mi otra parte; en su mirada algo me dice que él decide los tiempos de paz y los tiempos de agobio, nadie más que él. Sus razones son insondables. Me falta aprender muchas cosas, sugiere y despliega las alas, por primera vez en la noche despliega las alas, unas alas majestuosas de membranas opacas que amenazan con que la ilusión sea perpetua. Entonces la bestia relincha y la habitación se sacude, Irene despierta —quizá en lo más recóndito del sueño haya escuchado el llamado de la bestia—. “Irene”, intento decirle. Mi mujer se sienta en la cama y no me oye, pero igual me mira, y al girar la mirada descubro que su rostro está cubierto de pelos y que en lugar de nariz hay un hocico húmedo, y allí no hay boca, no hay ojos, solo una masa redonda de carne peluda. Me abraza una oleada de pánico y con el pánico el caballo ríe, ríe con una risa humana y luego desaparece. Me sacudo, tomo una bocanada de aire, grito, me incorporo, intento calmarme, vuelvo a tomar aire. Otra vez la habitación conocida, los colores habituales... Giro y mi mujer está cubierta con la colcha hasta la cabeza. No es común. Estiro una mano para destaparla, pero dudo un instante. Dudo de verdad, con el corazón. *¿Irene?*, la llamo, *Irene*, *¿sos vos?*

Daniel Flores nació en Buenos Aires en julio de 1983, es músico, escritor y docente por vocación. Cursó estudios de Corrector Literario en el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea y, actualmente, cursa materias del Profesorado de Lengua y Literatura. Realizó varios cursos de escritura, con Alberto Laiseca y Cecilia Sperling, entre otros. A los 25 años decidió mudarse a la provincia de Tucumán (Argentina), en donde hoy reside, y en donde dirige un taller de escritura creativa y cuento breve. Es autor de *Bajo un cielo carmesí*, un libro compuesto por catorce cuentos que oscilan entre lo fantástico y el horror. Daniel mantiene su blog Verba et Umbra.

El tipo que vio a Moby

Juan Manuel Valitutti
Argentina



Ilustración: Valeria Uccelli

Son los restos de una nave. No es un diente que sobresale sobre una encía enferma. Aunque debe parecerlo, me imagino.

Somos dos. Es un tipo al que odio. Pero somos sólo nosotros dos. Los demás están muertos. Muertos al aterrizar —por el aterrizaje, se entiende— o por lo otro.

Llevamos días, meses en esta superficie dura. La computadora de abordaje dice que es caliza. La superficie. ¿Y qué me importa, digo yo? ¿Y el gusano?

¿Come esto?

Encava eternamente. Pero come carne, de eso no hay duda.

Somos nosotros. La carne, claro. La carne para el gusano que está allá afuera. En el vasto desierto albo de este extraño planeta.

Hacemos bromas. “Salgo yo”, digo. “No, salgo yo”, dice el otro. Y nos reímos: él, mientras se afeita ante el espejito; yo, mientras voy al retrete.

¿Y la mierda? ¿Y la mierda a dónde va?

“No preguntes”, dice el tipo. “Las máquinas funcionan, por ahora”, dice, y toca madera: un pedazo de fibra del panel de control. ¡Cómo odio al tipo!

Una vez, el gusano sacudió la nave. Nos agarramos como pudimos. Rodamos por tierra: el suelo metálico de la cápsula.

Y la nave se ladeó.

Tuvimos que improvisar tarimas en escuadra para desplazarnos normalmente, sin volvernos locos. Las soldamos para que nos sostuvieran. El nuestro es un mundo como el de los cuadros de Xul Solar, o algún surrealista.

El tipo dice que una vez lo vio. Al gusano.

Yo no le creo.

“Es blanco”, dice. “Como la cal”, dice.

Yo no le creo.

“Es blanco como Moby Dick”, concedí yo.

“¿Quién?”, me dijo.

Yo no insistí. Lo odio al tipo...

Es ingeniero molecular. Él, el tipo.

No, no es ningún boludo; pero hay veces en que la boludez se mide de otra manera, ¿ok?

Ahab no es más Ahab.

“¿Vos leés?”, me pregunta el tipo.

“Y, sí”, le digo. “¿Hay algo más que hacer acá, mientras esperamos el rescate?”.

“El rescate...”, me digo: una sonda de mierda arrojada al espacio profundo con unas coordenadas que poco sospechan de agujeros negros.

Nuestra vida es la espera, mientras el gusano vencedor —Poe, cuándo no— triunfa.

La comida no es problema. El reproductor funciona: verduras, carnes, pastas. Todo. Sale por la rendija. Como la mierda, ¿eh?

Ahab no es más...

Una mañana desperté y el tipo no estaba.

Lo busqué, aunque es un espacio reducido. La nave es chiquita. Una “cobriza” de reconocimiento. ¿Misión original? Sondar las “paredes” del agujero negro.

Pero el hijo de puta nos chupó.

Ahab no es...

La compuerta 3 estaba abierta. Por ahí salió. ¿Qué buscaría el tipo?

¿Comida? Ya tenemos. ¿Qué? ¿Aire? ¿Aire real? ¿Espacio real? Vida...

Salió para matarse el tipo.

Y no volvió...

El gusano vencedor.

Se lo comió hasta el tuétano, obvio.

Yo pasé los días subsiguientes leyendo. Entonces una luz se encendió en el tablero. Era intermitente. La luz. El destello rojo sobre el panel. Corrí y me abalancé sobre la luz. Todo fue escarlata para mí. Tanto que me dolieron los ojos. Veía todo rojo, veía. Rojo, rojo, rojo, rojo, como explosiones solares en mi corteza cerebral, rojo, rojo...

El tipo no volvió.

Y estaba la luz, la luz apenas unos días después de que el tipo decidiera arrojarse a la boca del gusano...

Pobre tipo. Lo odiaba pero no era para tanto. Era de carne y hueso, como yo.

La luz se convirtió en otra cosa: una señal. Morse. El antiquísimo código. Es todo

lo que lo puede atravesar. Al agujero, quiero decir. Pero la misión de rescate está en camino. Y el tipo —pobre tipo— ya no está.

Lo miro por la tronera. Son seis las troneras, y odio que no haya una séptima porque se me perdió de vista... ¿Cómo que *quién* se me perdió de vista? El tipo, ¿quién más? Sí, el tipo: vivito y coleando, haciéndome señas, señas desesperadas para que salga, para que me abisme...

¿Cómo zafó, digo yo, del gusano? ¿Y a dónde carajo quiere que vaya?

Me hace señas el tipo. Y corre de la tronera sur a la norte, pero desaparece, como los actores de teatro, cuando llega a donde no hay séptima tronera. A mí sólo me queda imaginarlo, y me lo imagino. ¿Y el gusano? ¿Dónde está?

Llega. Me doy cuenta porque la nave vibra. Parece que va a despegar, pero no, es el gusano... Horada la tierra, se dirige al objetivo: el tipo, ¿quién más? Yo le hago señas. “¡Corré!”, le grito, pero qué va a oír. Los receptores de su traje son inútiles en este polo magnético del planeta.

Y ya llega Moby.

Ahab no...

Entonces algo aparece en el radar...

¿Es la misión de rescate! ¿Se salvará el tipo? “¡Corré!”, le grito. El gusano. Ahí está el gusano. Enorme. Blanco. (Tenía razón el tipo: lo había visto.) Blanco y enorme, como el monstruo de Melville. “¡Corré!”, pero no se mueve. Se queda mirando el horizonte el tipo. Y no se mueve. ¿Qué ve? ¿Ve al gusano? ¡No! No al gusano. Ve otra cosa: la nave de rescate. Recortada en el horizonte. Envuelta en un anillo de fuego. Se acerca. Amaga. Avanza a ras de la cal, levantando inútiles nubes lívidas. ¿La penetrará el gusano? A la nave, ¿la penetrará?

Enciendo las luces de navegación. Que vengan derechito, nomás.

Los espero. Los esperamos.

Ahab...

Somos Queequeg y yo.

Porque él es como Queequeg. Él, el tipo, arrojó el cofre con las plumas. Él, el tipo —quién más— es el que trajo la nave. Y ahora va a morir...

Ahí está el gusano: se desentiende de la nave —¿para qué va a perder el tiempo con un montón de metal?— y se va derecho al tipo. “¡Corré!”.

Y no, no se mueve.

Pero... ¡El gusano no lo ve! ¡Sigue de largo! ¡Viene hacia mí! ¿Serán las luces? ¿Lo atraerán las luces? Me embiste —soy el *Pequod*—, me rompe, se caen los pisos en escuadra, me caigo yo. No me puedo levantar. La nave se ladea más y más. Se cae. El techo vuela. Pero no por el derrumbe: acaban de volarlo. Los de la nave. Los de la misión de rescate. ¡Me izan con su halo de luz!

¿Y el tipo?

“¡Está allá abajo!”, les grito. Pero no me hacen caso. Se miran. Entre ellos se miran.

“¿Quién?”, me dicen.

“El tipo”, digo yo. “¡Queequeg!”.

Me dicen, después, que no hay ningún tipo... “Usted es Fulano de tal”, me dicen. Y me dicen que soy teniente, sí; y me dicen que tengo tantos años, sí; y que soy ingeniero molecular... Ahí los atajo y les digo que no; que yo no, que el tipo es el ingeniero molecular. Y se miran entre ellos, y se me quedan mirando... Entonces siguen: y que partí en una misión de reconocimiento diez años atrás —yo solo— para explorar las paredes de un nuevo agujero en NGC 6661. Y que sólo pedí mis libros. Por acompañantes, se entiende.

Pregunto por el gusano. (Se miran, me miran). “Es una superficie caliza, soldado”, me dicen. “Bien muerta, ¿sabe?”.

A veces me pregunto quién era el tipo... o el gusano.

Me lo pregunto cuando me afeito frente al espejito... o cuando voy al retrete. O cuando leo.

Y me respondo...

Juan Manuel Valitutti (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y fantasía. Finalista en el concurso “Mundos en tinieblas” en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado en el contexto de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción organizada por Exégesis/Nocte. Sus cuentos han sido traducidos al catalán para su aparición en la revista Catarsi. Pueden consultar su blog Crónicas del Caminante

Sargento Ignacio Cárdenas

Ricardo Giorno
Argentina

El Primer Enfermero tecléo “Sargento Ignacio Cárdenas” y pulsó enter. Mientras aguardaba, miró de reojo la pared cubierta de puertas de acero.

Por una de las puertas apareció un cuerpo tendido sobre una camilla flotante. Un hombre. Aparentaba unos cuarenta años. En el pecho desnudo se leía: “Sargento Ignacio Cárdenas”, y abajo, un número de veinte dígitos.

El Primer Enfermero revisó los terminales de los cables que partían de la cabeza de Cárdenas. Todo en orden.

Caminó, tirando sin esfuerzo de la camilla, hacia la Máquina de Realidad. Se esforzaba por no mirar el espejo que dominaba el cuarto: por ahí espiaban los almirantes. Un fuego en el estómago hizo que rebuscara en los bolsillos. Se tragó dos *Enzimex*. El alivio fue instantáneo.

El equipo de enfermeros recibió la camilla y, ante el asentimiento del Primer Enfermero, la ensambló a la máquina. Acoplaron los cables de la cabeza del sargento al terminal de inicio. Una vez constatados los signos vitales, el programa que indicaba el cronograma extraoficial comenzó a correr.

Listo: el cobarde de Cárdenas volvía a la vida.

El sargento Ignacio Cárdenas se materializó justo donde todo había empezado.

¡Mil veces parió! —pensó, mientras se pellizcaba—. *No se diferencia de la vida misma.*

Y le llegó el olor de las alimañas enemigas: el inconfundible regusto a cloaca con esa pizca cítrica que le llenaba la garganta lo previno del acecho del ejército de bichos.

Putra madre, ya están sobre nuestro pelotón.

Se dio vuelta y miró la entrada de la cueva. Antes había sido un solo acto: oler a las alimañas y correr a esconderse. Ahí había sido descubierto murmurando pelotudeces y sin un rasguño, revolcándose en su propio excremento de cagón.

Después de encontrarlo en la cueva lo llevaron a escondidas al Cuartel General. Ahí le contaron que no había sobrevivientes de su pelotón. Le mostraron los cubos de memoria del teniente y de aquel efectivo de Enfermería, cosa de que lo tuviese bien claro: la batalla ya había sido grabada en la Máquina de Realidad, y él no podría mentirles sobre su cobardía. El desarrollo tecnológico del sistema de almacenamiento de memoria había llegado a la perfección.

Que los parió, los cobardes no tenemos futuro.

Luego vino la propuesta: volver a la batalla dentro de la mismísima Máquina de Realidad —y, ahora sí, poner el “cuerpo” y pelearla como un auténtico infante de marina— o ser acusado de desertor. Y ya todos sabían qué les sucedía a los desertores y a sus familias.

Ahora —en el *ahora* de la realidad virtual, que él no diferenciaba de la vida misma— se acomodó la bazuca de protones. Esta vez estaba dispuesto a morir, desoyendo una voz interior que le rogaba meterse en la cueva y salvarse.

Al frente, a lo lejos y subiendo una loma, distinguió al teniente: embarrado, avanzaba cuerpo a tierra. Lo acompañaba el nuevo efectivo de Rastreo y, más atrás, la mitad de la tropa. Cárdenas permanecía a cincuenta metros: debía rodear con su propia gente esa misma loma y subir por la otra ladera, para que así el pelotón pudiese atacar desde dos flancos. Se sentía cubierto: lo escoltaban Comunicaciones, Enfermería y, sobre todo, el resto de la tropa de asalto.

Chasqueó la lengua, inspiró hondo y resopló con ganas. Antes de que él pudiera llegar al pie de la loma, las alimañas se interpondrían entre los dos grupos. Sí, sí, esto también lo sabía Cárdenas. Y entonces comenzaría la matanza.

—Son rápidos los hijos de puta —dijo—, ni tiempo para apuntar te dan esos ciempiés.

Comunicaciones asintió en silencio. El diálogo murió ahí.

Serpenteando, el teniente llegó a lo alto de la cuesta. Se levantó y le hizo señas a Cárdenas. Del otro lado, aseguraba el Cuartel General, se encontraba un nido. Pero no cualquiera: esperaban encontrar *el* nido.

El sargento Cárdenas se rascó la nariz con la mano libre y miró de nuevo hacia el teniente: les había tocado un Rastreo joven, inexperto, recién egresado de la Academia. Un pendejo que sólo se dedicaba —como ahora, según se advertía a la distancia— a mirar los aparatitos, esos chiches que te provee el Almirantazgo, y que por sí solos no sirven para una mierda. Ignacio Cárdenas le había suplicado al teniente que no se llevara a ese Rastreo novato, más conveniente en la retaguardia, a su cuidado y entrenamiento. Sí que se lo había dicho. Pero el teniente, cabeza dura, creía en los mapas térmicos que suministran los satélites. Y ahí, en esos diagramas, había salido clarito una enorme actividad subterránea: bichos yendo y viniendo, más movedizos que aracnoides de Klendatu. No quiso saber nada cuando Cárdenas le dijo que no se desprendía monóxido de carbono de los respiraderos. Cuando le dijo que le parecía raro que, a pesar de tantos bichos pelotudeando bajo tierra, no se percibiera un carajo de monóxido en las chimeneas del supuesto nido. En suma, el teniente no le dio bola. Lejos de eso, enloqueció cuando le cayó la ficha:

—¡Vamosa capturar el nido mayor, sargento! —le había dicho—. ¡Vamos a salir en los libros!

El hedor arreció. A Ignacio le temblaron las piernas. Se meó encima. ¡Y qué carajo le importaba a él figurar en los libros! Iba a morir en batalla, definitivamente, lo tenía decidido. Ya no había vuelta atrás.

A pesar de que sabía que iba derecho a una emboscada, siguió el plan del forro del teniente. Tenía que seguirlo. Se lo repetía una y otra vez, hasta deletrear las palabras: debo-seguir-el-plan-del-forro-del-teniente. De lo contrario escupirán mi tumba, mis hijos cambiarán de apellido, mi esposa no cobrará la pensión.



Ilustración: Pedro Belushi

El cubo de memoria que seguramente el cuerpo de Cárdenas tendría implantado —tendido ahí, en la sala de la Máquina de Realidad—, debería grabar toda la acción. Vaya uno a saber por qué el Almirantazgo lo quería de esa manera. Pero él, en el fondo, agradecía la oportunidad de redimirse.

—Es que los cobardes —y se sorprendió de pensar en voz alta— son la escoria de la Infantería de Marina —quedó en silencio un instante—. ¡Eso debe ser! —Se dio una palmada en la frente—. ¡Desean ayudarme a limpiar mi nombre!

Comunicaciones se sobresaltó.

—¿Se encuentra bien, sargento?

—Y claro —continuó Cárdenas, sin escuchar al otro—: el compañerismo, el nombre de la Armada, están por sobre todas las cosas.

—¿De qué habla, sargento? ¿Pasa algo?

—No, boludo —Cárdenas sonrió y siguió caminando—. Necesito al Armero.

—¿Ahora quiere cargar la bazuca? ¿Tan pronto? Es prematuro. No llegamos siquiera al pie de la loma, y los mapas dicen que las alimañas nos esperan del otro lado. Le va a llegar caliente el arma, sargento, si la carga ahora.

Pero ¿cómo ese pedazo de imbécil no se daba cuenta del olor?

¡Están aquí! Pronto van a salir del suelo y nos van a coger a todos.

Ya que había elegido morir en el enfrentamiento, se quería llevar algunos bichos con él. La falsa adrenalina que le suministraba a full la Máquina, surtía un efecto de invulnerabilidad que Cárdenas sabía doblemente falso.

—Sí, quiero al Armero ahora. Apurate.

El tufo insoportable hizo que deseara que esto no le estuviese pasando. Pero se mantuvo firme: había sido ese mismo hedor el que lo hizo correr y esconderse en la cueva, aquella primera vez.

—Llenala —ordenó Cárdenas no bien el Armero llegó.

—Pero, señor...

—¡Cargala al mango, carajo!

El clic de la bazuca al armarse le martilló los oídos como la mejor canción de rock. Justo cuando la primera alimaña se desenterró de improviso.

—¡Tomá, puto!

Pronto fue un hervidero. Las alimañas desmembraron a unos pocos soldados y cargaron contra Ignacio.

Y el arma escupió de lo lindo. Fresquita y recién cargada. Y Cárdenas se gozó en la destrucción.

—¡Repliegue! —bramó, y les ordenó a sus piernas agarrotadas que se moviesen—. ¡Nos juntamos con el teniente!

No podía saber lo que estaba haciendo el teniente, esa parte era nueva para él. Supuso que contraatacaría.

—¡Sargento! —oyó una voz a su espalda— ¡El teniente tiene trabada la bazuca!

¡Así que eso era lo que había pasado!

—¡Pelotudo! ¡Decile que tire con cualquier cosa!

Una sola bazuca. Un imán irresistible para esos bichos de mierda.

Cárdenas retrocedía volteando cuerpos, quemando antenas, reventando agujones. Pronto se dio cuenta de que no sentía miedo, de que su huída a la cueva le parecía lejana, de otra vida. Quiso ganar la batalla a toda costa. Se aferró a la bazuca. Pero los bichos eran demasiados: las armas convencionales sólo atrasaban lo inevitable.

Y lo inevitable por fin llegó. Detrás de una figura calcinada, un bicho conocido y a la vez odiado asomó su cabeza. De los costados surgieron unas ciliás que le perforaron el chaleco a Ignacio.

Un fuego corrió desgarrándole las entrañas. Imposible soportarlo. Las piernas no le respondieron y cayó al suelo. Otro soldado alzó la bazuca. Lo dejaron solo.

Cárdenas tragó cuatro tabletas de analgésico instantáneo. Inútil, el dolor no cesaba. Gritó. Quiso ponerse en pie, no pudo. El fuego interno le consumía los huesos.

Pero él había elegido este padecimiento por sobre la puta inyección indolora. Lo había conseguido.

Justo antes de morir, cerró los ojos.

Ya no será llamado cobarde, pensó como en un delirio.

Un almirante y su vice dejaron de mirar las pantallas, que ahora sólo mostraban los

signos vitales de Cárdenas. A través del ventanal, vieron que el sargento aún permanecía sobre la camilla.

El Primer Enfermero le desconectó los cables de la cabeza y, luego de una impecable trepanación, le extrajo un bulto de la base del cráneo. Depositó el bulto, que tenía forma cúbica, en una bolsa plástica y la selló. Los signos de vida en las pantallas del almirante y del vice marcaron cero.

El equipo de enfermeros rodeó la Máquina de Realidad y desacopló la camilla flotante. Sin esfuerzo, deslizaron el cadáver fuera del cuarto.

—Y bien —le dijo el almirante a su vice—, espero sus conclusiones.

—Las acusaciones internas de deserción y traición a la patria —dijo el otro, hojeando sus apuntes— ya deben ser desechadas. Destruídas, mejor dicho. Propongo, a cambio, la Cruz al Valor.

—De acuerdo. Destruyase entonces el cubo de memoria original del sargento Cárdenas junto con los de toda la Compañía —el almirante pulsó una tecla. Desde la pared se deslizó una bandeja: traía el cubo, que depositó sobre el escritorio—. Quédese el actual como muestra de lo sucedido.

El vice tomó la bolsa y la sumergió en una batea con un líquido viscoso y transparente. La bolsa plástica se disolvió.

—El cubo está listo para ser copiado, mi almirante.

Los dos salieron del lugar, sonrientes.

—Una copia de lo más relevante de la batalla irá para la prensa —ordenó el almirante.

—Correcto.

—Y me la acompaña con algún comunicado que explique el tiempo transcurrido desde que se perdió contacto con el pelotón...

—...hasta el “hallazgo accidental” del cubo dentro de las tripas de una alimaña —completó el vice.

—Correcto. Y otra copia, completa claro, para la ministra de guerra: no tenemos el mínimo interés en que la democrápula piense que hay desertores en la Armada, ¿cierto?

—Cierto, almirante. Lo principal es mantenernos unidos.

El almirante dejó de sonreír.

—Lo principal... —dijo—. Lo principal es que no nos corten el presupuesto.

Ricardo Germán Giorno nació en 1952 en Núñez, ciudad de Buenos Aires. Es casado con dos hijos. Empezó a escribir a los 48 años, pero recién a los 52 decidió dedicarse a la literatura. Gracias a un trabajo continuo y tenaz, Ricardo Germán Giorno se supera día a día.

Es miembro activo de varios talleres literarios. Ha publicado cuentos de ciencia ficción en AXXÓN,

ALFA ERIDIANI, NGC 3660, LA IDEA FIJA, NM, y un libro propio de relatos Subyacente Inesperado y otros cuentos (Alumni, Buenos Aires, 2004).

Su cuento Pulsante apareció en la antología Desde el Taller y Parábola de la Yarará en Cuentos de la Abadía de Carfax 2.

Algunas cosas que vi en el Desierto

Pablo Dobrinin
Uruguay

¡Flizzzz!

Giré hacia un costado, porque ese era el sonido característico que producía la gente al traspasar la membrana plasmática-iónica que franqueaba la entrada al Desierto.

El enano vestía un traje de bufón con rombos rojos, blancos y negros, y llevaba un perro de metal en brazos. Apenas puso un pie sobre el árido territorio, se miró nervioso las ondas azules y eléctricas que serpentearon sobre su cuerpo. Se calmó un instante después, cuando desaparecieron.

Tenía una cabeza grande y deforme, rostro aceitoso, piernas cortas y brazos que le llegaban a las rodillas.

—Hola —le dije.

Miró la inmensidad que lo rodeaba, frunció el entrecejo y aspiró una bocanada de aire caliente.

—¿Dónde se supone que estoy? —preguntó con el mismo aire de desconcierto de todos los recién llegados.

—En el Desierto.

—Ah, así que era esto.

—Sí, y no creo que sobrevivas —señaló la mujer de Tierra Verde que marchaba conmigo.

El enano exhibió una sonrisa de dientes amarillos y la miró de arriba a abajo con ojos vidriosos, deteniéndose en los senos turgentes que la delgada túnica verde no lograba disimular. Parecía decidido a contestarle una grosería, pero cuando advirtió el puñal que ella llevaba en el cinto, se limitó a lanzar un escupitajo sobre la arena. Luego sacudió la cabezota haciendo sonar los cascabeles del gorro, y depositó al perro en el suelo, que de inmediato empezó a caminar y a mover la cola. Era blanco, excepto por una mancha negra en el ojo derecho. Desde la cabeza cónica hasta la punta de la cola no medía más de cuarenta centímetros.

Encantadora. Una casa blanca y pequeña, envuelta en los vapores que el sol hacía brotar de la arena. Fui hacia ella sin dudarle. Sabía que me esperaban días espléndidos y que, cuando me acercara al jardín, el perfume de los jazmines me daría la bienvenida. Aunque estaba lejos podía ver las cortinas de una ventana meciéndose con la brisa, y escuchaba una voz clara de mujer.

¿Cómo era aquella canción? ...Al bosque de los árboles azules, volveré cuando

salga del sol...

¿Por qué siento que esa simple canción está ligada a la casa? Alguien debía cantarla, seguro... y ahora todo regresa.

Caminé, caminé, caminé.

Y caminé; sin embargo, cuanto más avanzaba, la casa parecía retroceder; o se quedaba en su sitio pero se desdibujaba y se confundía con la arena.

Al final, desapareció.

Rato después, me encontré de nuevo con el enano y la mujer de Tierra Verde. Ellos me explicaron que había estado caminado en círculos con la mirada extraviada.

¡Flizzzz!

El siguiente en aparecer fue un viejo capitán de navío, de aspecto rudo. Tenía una pata de palo, un parche en un ojo y el rostro surcado de cicatrices. Estaba tan encolerizado que no se percató de las ondas azules que serpentearon sobre su cuerpo.

—¿Dónde está, dónde?! —gritó, apuntando a diestra y siniestra con un enorme arpón niquelado. Un ominoso artefacto de propulsión atómica equipado con radar 3D.

Temí que se le escapara un disparo.

—¿A quién busca? —preguntó, sin intimidarse, la mujer de Tierra Verde.

—¿A quién va a ser?! —señaló, mirándonos con su ojo azul inyectado en sangre—. ¡A la maldita que se llevó mi pierna y me maltrató de mil maneras!

—¿No ha pensado en divorciarse? —preguntó el enano bufón.

—¿Qué?! ¡Hablo de la Gran Ballena Blanca!

—¡Oh! No la he visto, señor, puede creerme —dijo el enano conteniendo la risa—. Debería cambiar de zona. Aquí el pique no es bueno.

El perro de metal se cubrió los ojos con las patas delanteras y se rió a carcajadas.

El capitán miró en todas direcciones, y solo encontró el Desierto que se extendía hasta el infinito.

—Eso parece —dijo con fastidio—. Pero ¿cómo llegué aquí?

—No lo sabemos —respondí.

—¿Dónde estoy?

—En el Desierto —señaló la mujer de Tierra Verde.

—El Desierto, vaya, así que era esto.

El enano dio unos saltitos haciendo sonar sus cascabeles, lo miró con sorna y agregó:

—No creo que vea por ahora a su ballena, señor, pero tal vez, si sube la marea...

Estábamos cansados, soportando una sequedad quemante en las gargantas. La luz del sol reverberaba sobre la arena. Y de pronto, vimos una figura parada en el medio de la nada.



Ilustración: Adrián Ruano

Era un viejo obeso y enorme, de abundante cabellera blanca y una barba larga que se enroscaba en dos puntas. Vestía una túnica violeta y llevaba un pájaro negro parado sobre su hombro derecho.

Cuando nos acercamos, sacó de entre sus ropas un reloj de oro, con cadenita, y lo sostuvo en la palma de su ancha mano. Hizo un gesto de aprobación, como si certificara que todo sucedía a su debido tiempo, y nos miró.

Un rostro afable, de mejillas sonrosadas. Cejas tupidas; ojos claros, bondadosos. Sin embargo, a pesar de la simpatía que trasmitían sus facciones, imponía una autoridad que nadie se hubiese animado a cuestionar.

El perro de metal movió el hocico y lo miró con respeto.

La mujer de Tierra Verde, que de todos nosotros era la más veterana en el Desierto, preguntó:

—Señor Relojero, ¿hacia dónde debemos continuar?

El hombre sonrió y dijo con una voz áspera y vieja como la arena:

—Ah... mucho me temo que yo no puedo contestarles. Cada uno debe encontrar su propio camino.

Pero antes de que nuestros semblantes se nublaran de tristeza, giró el rostro hacia el hombro donde tenía el pájaro y le hizo un guiño de complicidad. Acto seguido, el ave extendió una de sus alas, como un cartel indicador, hacia un punto lejano.

No parecía haber nada en aquella dirección, pero no teníamos nada mejor.

Después de avanzar unos metros, el enano giró el rostro para hacer una nueva pregunta, pero el Relojero ya no estaba. Parecía haberse evaporado en el aire sinuoso del Desierto.

Un animal blanco e inmenso brotó del suelo y comenzó a brincar sobre las dunas.

—¡Ahí está! —aulló el capitán.

Era la ballena más grande que cabía en la imaginación.

—¿Cómo sabes que es la que buscas? —preguntó el enano.

—¡Es ella! ¡La reconocería aunque se pintara de negro!

La criatura estaba animada por un espíritu indomable, parecía la encarnación de la Libertad.

—¡No huyas! —gritó el marino, y salió corriendo con el enorme arpón niquelado entre las manos—. ¡Ven aquí, ven aquí! —gritaba, y su risa era como ron escapando de un barril agujereado.

La pierna de palo se enterraba en la arena, pero no dejaba de correr. Cuando se acercó lo suficiente, movió una perilla, ajustó el radar, apretó unos botones y disparó el arpón. Tres agujas, sujetas con cables, zumbaron en el aire describiendo una parábola, y se clavaron en el lomo de la ballena.

Acicateada por el ataque, la bestia saltó, cayó con todo su peso levantando olas de arena y avanzó con la fuerza de mil demonios.

El viejo aferró con ambas manos el arpón.

—¡Te tengo! ¡Ven aquí, maldita desgraciada!

Cuando pasó cerca de nosotros, la arena nos tapó el cielo.

La ballena arrastró al marino un largo trecho. Le propinó una paliza formidable. Cualquiera otro se hubiese soltado, pero él había esperado años para aquel encuentro y ahora no iba a rendirse. A pesar de su precaria posición, hizo ingentes esfuerzos por acortar la distancia. No logró mucho por sus propios medios, pero, tras un nuevo salto del mamífero, fue proyectado hacia arriba, con tal fortuna que cayó sobre su lomo. Sin demora, desenterró una de las agujas y la volvió a clavar con saña, una y otra vez.

Como un jinete domando una bestia sobrenatural, lo vimos brincar y elevarse sobre nuestras cabezas, mientras su voz aguardentosa llenaba de risas y maldiciones el Desierto.

Así estuvieron hasta que la ballena se hartó, pegó un salto, se lanzó en picada y se enterró en la arena.

Desaparecieron ante nuestra atónita mirada, dejando apenas un gran agujero y un silencio de muerte.

Escrutamos el desolado paisaje y luego nos miramos entre nosotros. Cavilamos, hablamos, callamos; y cuando parecía que ya no había nada que esperar, se oyó un ruido subterráneo, el suelo se abrió y ambos salieron a la superficie.

El jinete, con los cabellos al viento, continuaba prendido al lomo de su presa y reía de forma demencial. La ballena giró en espirales hasta que, incapaz de librarse del hombre, se zambulló nuevamente en el océano de arena.

Esperamos. Pero esta vez fue inútil. Ni un pequeño movimiento, ni el más leve sonido. Nada.

Había tenido su oportunidad.

Al bosque de los árboles azules, volveré cuando salga el sol, seguiré...

En esa casa, donde se cantaba esa canción, yo había conocido la dicha.

Recordaba pequeños sonidos domésticos. Voces, suspiros, pasos. El olor de una piel, el gesto de unas manos, la forma de unos labios. Pero todo era muy lejano. Parecía ocurrir en un mundo increíble. A veces la certeza me abandonaba y no sabía si en verdad había tenido otra vida.

Al bosque de los árboles azules, volveré cuando salga el sol... ¿Cómo era el resto?

La mujer de Tierra Verde habló unas palabras con el Relojero, y luego, como si hubiese sacado fuerzas de un sitio misterioso, empezó a correr. Su túnica verde y su larga cabellera negra se agitaron en el aire bochornoso.

—¿Qué está haciendo? —me pregunté.

Y entonces lo vi. Un árbol. Nudoso, de enormes raíces y copa tupida. Un gigantesco y espléndido árbol de Tierra Verde se elevaba no menos de cien metros. Tenía tronco amarillo, hojas verdes y, en las ramas más altas, frutas rojas como rubíes.

Esto no es posible. No hay ningún árbol. Es solo la mentirosa arena del Desierto.

Pero la mujer no pensaba igual, y apuró el paso.

Cuando estaba por alcanzar su objetivo, la tierra se abrió y una figura oscura y ondulante salió a la superficie. Al principio no se distinguía mucho de las movedizas sombras que una hoguera proyecta sobre el suelo, pero poco a poco fue adquiriendo una forma concreta. Era negra, y tenía unos ojos rojos que crepitaban de maldad. Su figura recordaba a la propia mujer de Tierra Verde, si bien la duplicaba en tamaño. En una mano llevaba una espada que de inmediato intentó usar. Sin embargo, nuestra compañera de viaje se agachó justo a tiempo y esquivó el golpe. Luego avanzó con gran valentía, hizo un amague y se colocó a espaldas de su rival. Desenvainó el puñal y realizó sendos cortes en la parte posterior de ambas piernas. La gigante, con los tendones seccionados, lanzó un alarido infrahumano y cayó de rodillas.

La mujer no desaprovechó la oportunidad: saltó hacia ella y le enterró el afilado acero en el corazón.

La criatura cesó de emitir sonidos y, como una estatua inmortalizada en una mueca postrera, se precipitó de bruces. Quedó clavada en el suelo, con el rostro enfrente a nuestras miradas. Sus luminosas pupilas no tardaron en cristalizarse.

Tras dedicarle una última mirada al cadáver, la mujer corrió hacia el árbol. Subió por las raíces que asomaban entre la arena, y comenzó a trepar por la rugosa corteza.

Yo sabía que aquello no era una ilusión. Podía ver las sombras vegetales que se

deslizaban sobre la atlética figura; y sentía el olor a fruta que brotaba del árbol, un aroma que me hizo pensar en la deliciosa brisa de un verano perdido.

Después de tanto sacrificio, de tantas penurias, de tanto andar y andar por el Desierto, ahora iba en busca de su recompensa.

Una rama se dobló, flexible, y la elevó hasta la siguiente, para que otra hiciera lo mismo. Así subió y subió hasta hacerse pequeña a nuestros ojos. Cuando llegó a la cima, arrancó uno de aquellos frutos rojos y se lo comió. Casi de inmediato su cuerpo comenzó a irradiar una luz rosada y espectral.

Luego abrió los brazos y se lanzó al vacío.

Me llevé una mano a la boca y contuve la respiración.

Pero nada malo le ocurrió. Simplemente se deslizó en el aire, como una bailarina del cielo. Danzó en las alturas contagiándonos su felicidad. Dio un giro al árbol, pasó frente a nosotros para despedirse, y se alejó volando.

Cuando pestañeeé, el árbol había desaparecido. Tampoco había rastro de la heroína, ni de la gigante. Y mucho menos del Relojero.

Miramos en derredor.

—Ya no está aquí —dijo el perro de metal.

—No, no está. Lo conseguí —admitió el enano con envidia.

Pero yo me sentí bien. El triunfo de la mujer de Tierra Verde había sido como un aire nuevo para mí.

En el fondo de la casa blanca había un parral que daba unas uvas negras y dulces. Y también un viejo aljibe; casi podía tocarlo. Vi las manchas de moho en la pared exterior, y el balde de lata. Y luego, mientras me envolvía una suerte de magia, escuché el sonido chirriante de la cadena y tuve una sensación de profundidad y frescura creciente...

Al bosque de los árboles azules... volveré cuando salga el sol. Seguiré, seguiré...

Me di cuenta de que eran dos voces las que cantaban.

Otra vez me encontraba caminando hacia la casa. Sabía que solo era una nueva ilusión, y sin embargo iba hacia ella.

Cuando estábamos a punto de detenernos por el cansancio, vimos al Pájaro del Relojero parado sobre una blanca osamenta.

Corrimos.

—El Relojero no puede estar lejos —afirmó el enano.

Se adelantó y le preguntó:

—¿Dónde está tu amo?

—”Dónde” no es la pregunta —respondió—, sino “cuándo”.

El enano levantó una piedra y se la arrojó.

—¡Pajarraco petulante! ¿Quién te crees que eres?!

Pero el ave volaba ya demasiado lejos, y no daba muestras de querer regresar.

El bufón se sentó y se tomó la cabeza entre las pequeñas manos. Tenía ganas de llorar o de morirse. O tal vez estaba irritado, o había llegado al límite de sus fuerzas. Solo él podía saberlo.

El sol se retorció en lo más alto del cielo.

Una noche me desperté temblando de frío. Mi frazada había desaparecido. Como no soplaba el viento, deduje que me la había hurtado el enano, así que fui en su búsqueda. Efectivamente, él la tenía. La había doblado en dos para abrigarse mejor y dormía con una sonrisa plácida estampada en el grotesco rostro. Le quité la frazada de un tirón y le pegué una patada en las costillas. Lanzó un grito y abrió los ojos con espanto. Cuando quiso protestar le di un par de patadas más y lo dejé quejándose en el suelo.

No es el mejor comportamiento que uno debe tener en el Desierto, pero no me pude contener.

En el camino de regreso algo que me llamó la atención: el perro de metal. Estaba sentado sobre una piedra y miraba las estrellas. No hacía nada más. Solo miraba las estrellas. En aquel aire inhóspito, en aquel silencio casi irreal de la madrugada, el perro miraba las estrellas.

La bóveda del cielo ofrecía en verdad un espectáculo impresionante. En toda mi vida jamás había visto estrellas tan grandes. Me quedé quieto y en silencio, observando.

Cuando el perro advirtió mi presencia, giró el cuello y me miró. En sus ojos había una expresión que me costó comprender en ese momento. Pero después, cuando volví a mirar el cielo, pensé que el animal había sentido lo mismo que ahora estaba sintiendo yo. Así que me senté a su lado, me envolví en la manta, suspiré, y dejé que los astros iluminaran mi rostro.

Vimos al Relojero y caminamos hacia él. Cuando llegamos, se evaporó frente a nuestros ojos. El perro y yo nos quedamos expectantes, pero el enano pensó que el viejo y su pájaro nos estaban tomando el pelo, y decidió hacer una pausa para descansar. Estaba sentado en el suelo, rascándose la grasienta cabeza, cuando de pronto la arena se abrió y un caballero de reluciente armadura salió a la superficie. Era altísimo y tenía unas piernas muy pero muy largas que se doblaban como si fueran de goma. Llevaba dos hachas; arrojó una de ellas a los pies del enano, pero este desestimó la invitación. En lugar de enfrentar a su rival, que es lo que todo hombre debe hacer en el Desierto, hizo algo muy estúpido: corrió. No había ningún sitio donde esconderse, pero aun así huyó. Yo no sabía si reírme de las ridículas

piernas del monstruo o de la cara de miedo del enano. A él no le parecía gracioso. Con unas pocas zancadas el caballero del hacha lo alcanzó y se dispuso a matarlo. El enano esquivó un golpe y luego corrió hacia mí. Sus ojos suplicaban que lo ayudara, aun cuando sabía que yo no debía ni quería hacerlo. Nadie puede ayudar a nadie en el Desierto. Uno puede caminar, ver, y en el mejor de los casos aprender algo que le sirva para cuando tenga su oportunidad, pero nunca ayudar.

El enano miró al perro de metal y este le respondió negando con la cabeza. Cuando comprendió que estaba solo, se paró frente a su perseguidor y se puso a bailar y a hacer cabriolas y morisquetas. Era imposible que esa estrategia funcionara, y no funcionó. El monstruo gruñó, levantó el hacha y la bajó con tanta contundencia sobre la cabeza de su víctima, que la partió en dos como una calabaza.

Luego dijo sin emoción:

—Odio a los bufones —y regresó por el mismo hoyo que había salido.

El perro y yo le dedicamos una última mirada a los despojos del enano y seguimos caminando. Poco después, la voz áspera del Desierto volvía a escucharse con claridad.

Al bosque de los árboles azules, volveré cuando salga el sol, seguiré el rastro de una nube...

Allí estaba la casa. Enfrente de mí. Era tan fácil como caminar, golpear la puerta y... ¿y qué más?

Me quedé paralizado.

¿Qué me detiene? Tengo que intentarlo.

Mientras la observaba, la casa comenzó a disolverse.

No. No ahora.

Desaparecía.

No...

Arena.

No, por favor.

Y más arena.

Cuando desperté, el perro de metal estaba acostado a diez metros de mí, inmóvil. Supuse que ya no quería levantarse, y que iba a quedarse así para siempre. Mientras caminaba hacia él, pensé en lo penoso que sería verlo morir en el Desierto, cubierto poco a poco por ráfagas de arena...

Me acerqué en silencio.

—Imagino cómo debes sentirte —señalé—, perdiste a tu amo.

El perro giró la cabeza. En contra de lo que había esperado, su rostro no exhibía el mínimo signo de fatiga o desaliento. Al contrario, se lo veía sereno.

—¿Mi amo? No, él no era mi amo, era mi bufón —respondió.

El objeto flotaba en el cielo. Cualquiera hubiese dicho que era una nave espacial con forma de rosquilla. Desde mi posición me resultaba difícil calcular su tamaño, pero cuando se acercó y se estacionó a diez metros del suelo, estimé que tenía un diámetro de no menos de ciento cincuenta metros.

La superficie de la nave presentaba una rugosidad peculiar: a intervalos irregulares asomaban unos objetos cónicos, muy cerca unos de otros. No entendía de qué iba aquello, hasta que una voz metalizada, multiplicada por miles de voces, resonó en el Desierto:

—Parece que al fin estás listo, hermano.

En ese momento, con asombro, comprobé que lo que yo había tomado por conos no eran otra cosa que los hocicos de miles de perros. Iguales al que viajaba conmigo.

—Lo estoy —respondió el perro de metal—. Aprendí a vivir sin mi bufón, y ya estoy listo para la siguiente fase evolutiva.

—Excelente, entonces únete a nosotros, hermano —repitieron al unísono las miles de voces caninas.

Acto seguido, un poderoso rayo de luz violeta salió de la nave, envolvió al perro, lo despegó del suelo y comenzó a transportarlo por el aire. Cuando estaba cerca, giró sobre sí mismo y, como si fuese la cosa más natural del mundo, su tronco y extremidades se fundieron con el metal de la nave. Previsiblemente la cabeza quedó afuera, junto a las de sus compañeros.

—Adiós, te extrañaré —musité, de un modo tan bajo que nadie podría haberme escuchado.

Pero él sí me escuchó, y con una nueva voz, que era su propia voz unida a la de sus congéneres, señaló:

—Adiós, humano. No te detengas y pronto tendrás tu oportunidad.

—Gracias. Lo haré.

Y sin agregar nada más, la rosquilla se elevó en el aire vaporoso del Desierto, cruzó el cielo en ángulo ascendente, y desapareció de mi vista.

Ahora nadie cantaba en la casa, y sin embargo los versos regresaban a mi mente con facilidad.

Al bosque de los árboles azules...

Decidí entrar.

Bordeé la propiedad, fui hasta el fondo.

Volveré cuando salga el sol...

Caminé bajo el parral. Pasé junto al aljibe.

Seguiré el rastro de una nube...

Como de costumbre, la puerta trasera estaba abierta para que corriera el aire.

La cortina se movía con la brisa.

Al acercarme, sentí una sensación extraña, como si la casa intentara decirme algo. Tenía miedo, pero necesitaba saber.

Y el canto de un ruiseñor...

El silencio se extendía como una sombra.

Moví la cortina y avancé. Había libros en el piso. Una estantería caída. Sillas tiradas. Vasos y platos rotos. Un mantel manchado con vino y comida. Y una muñeca: tenía el rostro aplastado y una pierna quebrada, como si alguien la hubiese pisado.

Escuché sollozar a una mujer y a una niña.

Vi una puerta cerrada y supe que debía abrirla. Tenía que entrar y hacer algo. No sabía qué, pero ya no podía seguir caminando en círculos. Sin embargo, cuando intenté girar el picaporte, éste se deshizo entre mis dedos: estaba hecho de arena. La puerta corrió la misma suerte. No había nada en la habitación. Luego ya no había una habitación, y más tarde ya no quedaban rastros de la casa. Todo se redujo a pálidas imágenes que el viento hizo desaparecer.

Miré el Desierto con tristeza.

Y entonces, cerca de mí, la arena se elevó en el aire y comenzó adquirir colores y formas. Vi los cabellos de mi esposa moviéndose como las olas del mar; su rostro, su cuerpo. Luego apareció una figura pequeña. Poco a poco, mi hija se hizo visible. Se tomaron de las manos y corrieron. Fui tras ellas y les supliqué que me esperaran, pero no se detenían. Insistí. No me hacían caso. Apuré el paso y traté de aferrar la mano de mi hija, pero escapó. Quería decirles que había estado recordando aquella canción que cantaban juntas. Las seguí a través de un sendero de árboles. Altos, de color azul pastel, con ramas fuertes y copas redondas. Un hermoso bosque azul. Corrían, el azul las envolvía, las ocultaba, las dejaba entrever y las volvía a ocultar. Hice un esfuerzo, apuré el paso y esta vez pensé que iba a poder alcanzarlas. Sin embargo, cuando quise estrechar el brazo de mi esposa, ella giró y lo que vi en su rostro me hizo sentir frío. Luego ambas se deshilaron entre los árboles de un bosque que ya no era azul, sino oscuro y lúgubre. Manchas negras se agitaron en un fondo gris. Di vueltas en un abismo de sombras. Las busqué con los ojos, con las manos, con el corazón.

Al cabo de un rato, las imágenes se diluyeron, y otra vez estaba perdido en el medio del Desierto.

Miré en todas direcciones, y entonces vi al Relojero. El pájaro, parado sobre su hombro, tenía un ala extendida. Caminé en la dirección que me indicaba; allí la arena había comenzado a elevarse en espirales. Con cada giro, el torbellino aumentaba su diámetro y altura. Giró y giró hasta convertirse en algo aterrador.

El viento rugió y azotó mi rostro, pero yo quería enfrentar lo que viniera, así que di un paso al frente y me entregué a la desgarradora belleza de aquel monstruo de arena. Giré entre furiosas espirales, y luego, sin darme cuenta cómo, me encontré en el ojo del huracán.

Suspendido en el mismísimo centro, comencé a elevarme.

Escuché los sollozos tras la puerta de mi casa, recordé el daño que le había causado a mi familia y, al tiempo que un nuevo sentimiento se desataba en mi pecho, con los brazos extendidos y las manos ávidas, volé hacia el resplandor que me llamaba desde la cima.

Pablo Dobrinin (Montevideo, Uruguay, 21-05-1970) estudió Literatura y Periodismo. Publicó relatos en antologías de Argentina, España, Francia e Italia, así como en numerosas revistas —la mayoría especializadas en ciencia ficción y literatura fantástica— entre las que se destacan: *Diaspar*, *Días Extraños* (Uruguay); *Axxón*, *Cuásar*, *Sensación!*, *Próxima*, *Sinergia*, *Otro Cielo*, *Kundra* (Argentina); *Asimov Ciencia Ficción*, *Catarsi* (España); *IF* (Italia); *Lunatique*, *Fiction* (Francia). Ha sido traducido al italiano, francés, catalán y esloveno. En el 2011 la editorial argentina Reina Negra publicó *Colores Peligrosos*, un libro de 250 páginas con algunos de sus mejores cuentos. En mayo del 2012, en el número 230, *Axxón*, la revista en línea más leída de habla hispana, le dedicó un especial que incluye cuentos, artículos, datos biográficos y una extensa entrevista que le realizara Ricardo Germán Giorno. Ha publicado ensayos en la propia *Axxón* y en *Espéculo*, la revista de estudios filológicos de la Universidad Complutense de Madrid. Colabora con reseñas para el periódico *La Diaria* y con artículos para la revista de arte *La Pupila*. En el 2012 salió una edición uruguaya del libro *Colores Peligrosos*, editada por El Gato de Ulthar. También en el 2012 publicó una plaqueta de poesía titulada *Artaud*, en la editorial argentina Melón. Está en Facebook y mantiene un blog personal en: <http://pablodobrinin.blogspot.com/>.

Ficción Breve (71)

Silvia Angiola

Hace veinticuatro años, cuando la ciencia ficción era menos real de lo que es ahora y tener ideales era todavía normal, Eduardo J. Carletti y Fernando Bonsembiante pusieron en marcha la primera revista editada en soporte informático del mundo de habla hispana.

Para los escritores y lectores aficionados al género fantástico, Axxón fue un descubrimiento liberador que, como dice Dany Vázquez en el [editorial](#) de este número, se transmitió de boca en boca, de disquete en disquete, de mail en mail, de blog en blog, ampliándose como las ondas que se forman al tirar una piedra a un lago. La revista creció absorbiendo grandes cambios tecnológicos a través del tiempo, transformándose sin perder su identidad. Impulsada por todos los que trabajaron para ella y le dejaron su impronta, más o menos persistente según la personalidad y el celo de cada uno.



Y así nos encuentra el inicio de esta primavera tormentosa, festejando las doscientas cuarenta y seis entregas de Axxón para quién sabe cuántos Axxón-dependientes. Lo que tenemos en común los responsables de esta aventura literaria es la voluntad, no sólo de ofrecer algo nuevo, rupturista, oportuno, sino la de ofrecer cada vez lo mejor. De ahí el maravilloso trabajo de los ilustradores, cuya calidad está a la vista, y el de los evaluadores y selectores de textos, que brindan generosamente su colaboración sin un afán de protagonismo inadecuado.

¿Es una locura mantener un proyecto como este durante veinticuatro años? Sí, claro. ¿Es una locura trabajar para un sitio así gratis, y hasta invirtiendo dinero y recursos propios? Por supuesto. ¿Es una locura creer y confiar en la palabra de gente a la que nunca vimos? Indudablemente.

Ven y enloquece.

Silvia Angiola.

Los refugios

Claudio Biondino
Argentina

Despierto con la mente en blanco. Por un momento, sólo soy consciente de mi ser, y me invade una extraña sensación de placidez y saciedad.

Poco a poco, los recuerdos regresan, lacerantes. Intento poner orden en el caos que traen consigo. El accidente de la nave, el desierto y la sed, las tormentas de arena y el hambre, la búsqueda del refugio y la soledad. Logro ponerme de pie, mientras va tomando forma el mundo a mi alrededor: la cúpula traslúcida y el cielo rojizo, los paneles sentientes de la IA, la exuberancia vegetal del jardín hidropónico. Comprendo que he conseguido llegar a uno de los refugios, pero no recuerdo haberlo hecho. Debo haber bebido y comido hasta hartarme, desesperado por los días de privación, pero tampoco puedo recordarlo. De todos modos, nada de eso importa ya. Sé que la IA del refugio cuidará de mí.

De pronto, el sonido chillón e intermitente de la alarma de proximidad me despabila por completo. Cuando llego a la exclusiva del refugio, el intruso ya ha logrado entrar. Compruebo con alivio que es uno de los miembros de la expedición. Se quita el casco del traje presurizado y veo que se trata del soldado Sánchez. Aunque está claramente agotado, me reconoce y se cuadra ante su superior. Le ordeno que me informe sobre el avance de la misión. Le cuesta mantenerse en pie, pero es un profesional y debe cumplir con su deber; los frutos del jardín hidropónico serán su premio, pero eso deberá esperar.

Al parecer, dice Sánchez, las comunicaciones se interrumpieron durante el accidente que destruyó la nave al entrar en órbita. Su cápsula de evacuación descendió sin problemas, pero un instante después todos los sistemas estaban muertos. La única función inteligente que continuó operativa en su equipo fue la indicación del camino hacia el refugio más cercano.

Lo mismo que me sucedió a mí, pienso. Le ordeno que me siga. La IA del refugio nos permitirá rastrear a los demás sobrevivientes. Al llegar a los paneles sentientes, transfiero mis códigos de mando. El silencio de la IA me desconcierta. Compruebo los códigos, y veo que coinciden con los instalados por los constructores robóticos hace décadas. Las IA estaban programadas para esperar nuestra llegada, pero la de este refugio no está respondiendo a mis órdenes. La frustración me hace perder el control, y golpeo con furia el panel sentiente. Inesperadamente, el contacto con el panel produce una revolución en mi interior: euforia y agonía unidas como jamás habría podido imaginarlo. Un trazo de dolor indescriptible recorre mi cuerpo, y me siento quebrado en mil pedazos. Pero el dolor es tan agudo que se vuelve placer, y sólo ansío retorcerme sobre los paneles, volverme uno con ellos.

A pesar de todo, no sé cómo, logro recuperar la compostura. Esto no debería suceder, pienso. Un oficial no debe perder el control ante sus subordinados. Tal vez por eso Sánchez se ha alejado de mí, lentamente primero, y luego corriendo a ocultarse entre la vegetación del jardín. Pero no, eso no es posible, su reacción es exagerada, ¿o no lo es? Desde el contacto de mi mano con el panel, el mundo a mi alrededor no cesa de cambiar. Los colores del refugio me parecen distintos. De pronto, el cambio se hace más drástico y las perspectivas se vuelven múltiples. Desde donde estoy, puedo ver a Sánchez acurrucado y temblando. Percibo sus lágrimas saladas, y hasta el olor ácido de la orina que se escurre por su traje. Otro cambio de perspectiva, y ya sólo me dejo llevar por el impulso de desplazarme hacia arriba, con ambos tagmas rozando la cúpula, hasta quedar posicionado sobre Sánchez. Balanceo mi prosoma en dirección a él. Lo envuelvo en mi tela, y el veneno de mis quelíceros congela su grito en un gesto que no puedo descifrar; los rasgos humanos van perdiendo sentido para mí. Sólo me motiva consumir sus órganos internos, que mis enzimas ya han comenzado a disolver.

Al cabo de unas horas, descarto el pellejo reseco de Sánchez en una sección alejada del jardín hidropónico. Aunque no recuerdo haberme alimentado antes, no me sorprende encontrar otros pellejos depositados allí. De pronto, percibo una vibración conocida. Es el llamado de la IA, que me recompensa con susurros placenteros. Me acerco a ella, y el placer se incrementa al punto de volverse hipnótico, soporífero...

Despierto con la mente en blanco. Por un momento, sólo soy consciente de mi ser, y me invade una extraña sensación de placidez y saciedad.

Pulp

Claudio Biondino
Argentina

El aventurero espacial, veterano de las terribles Guerras de la Pulpa, se siente satisfecho con los últimos cambios que ha hecho en su nave: eliminó todos los espejos y las pantallas internas. Desde hacía tiempo, sólo le devolvían la imagen de un tipo viejo y pelado, con el uniforme descolorido, portando unas pistolitas de juguete a ambos lados de la barriga desbordante.

Pero no es momento para detenerse en esas trivialidades, piensa el aventurero. Su archienemigo, el gigantesco monstruo verde de Plutón, lo ha citado a parlamentar. Es la oportunidad que buscaba para forzarlo a aceptar un intercambio de prisioneros.

Ambas naves se encuentran frente a frente, con los anillos de Saturno como telón de fondo. La holocomunicación, inesperadamente, es amable; como entre dos viejos colegas que hace mucho no se tomaban un rato para conversar sobre las cosas de la vida. El monstruo verde, quizás con demasiada facilidad, anuncia finalmente su rendición incondicional y su retiro al asilo de amenazas espaciales, más allá de la nube de Oort. Los prisioneros, afirma, son ya libres de ir donde quieran.

El aventurero espacial, con lágrimas en los ojos, no dice nada. Se limita a dar media vuelta y a enfilear la nave hacia su viejo terruño azul. Aunque el temible monstruo no se lo haya dicho, el aventurero comprende que su amiga, la chica de las estrellas —que ya no es ninguna chica, pero sigue siendo su único amor—, ha elegido quedarse en la nave de su eterno rival.

Claudio Biondino nació en 1972, es antropólogo, y vive en Buenos Aires. Siempre le interesó la literatura fantástica, en especial la ciencia ficción, y desde 2005 su nombre aparece en diversas publicaciones del género.

Peligro Inminente

Ricardo Manzanaro
España



Juan se enfundó un grueso abrigo para mitigar el frío polar. Tenía que darse prisa. Observó que el capitán que estaba al mando de la nave charlaba relajadamente con otro de los operarios, ajeno al enorme obstáculo al que se acercaban.

Juan entró como una bala en la cabina. Los otros dos, sorprendidos por la súbita aparición, tardaron un poco en reaccionar. Ya se levantaban para detener a Juan cuando...

¡Ahí estaba el iceberg! Juan se lanzó al timón y le dio un fuerte manotazo que hizo virar bruscamente la nave. El transatlántico evitó por escasos metros el bloque de hielo, librándose de chocar y zozobrar hasta hundirse.

Luego, a los pocos días, el Titanic regresaba al puerto, indemne, aunque con algunos pasajeros magullados por el tortazo.

Juan, satisfecho, pensaba: “He salvado el Titanic”. Aún en su camarote, apretó un botón de un dispositivo que portaba en su muñeca, y desapareció de allí.

Surgió entonces en su domicilio. Feliz y contento tras la aventura, se dedicó a mirar el catálogo de “Viajes Paralelos S.A.”. Un rato después se decidió por la siguiente escapada alternativa: “Viaje a Dallas y evite que Kennedy sea asesinado. El precio incluye un cámara que rodará la aventura, para que luego pueda enseñar a sus amigos cómo salvó a Kennedy”.

Telecontrol

Ricardo Manzanaro
España

Alberto accedió a la cabina de trabajo instantes antes de que sonasen las señales de comienzo del turno. Puso en marcha el ordenador y tecleó las órdenes para que el programa “Remote” se cargara. Durante los segundos que transcurrieron hasta la activación informática, Alberto observó las imágenes que le ofrecían los monitores de su “compañero de trabajo”, así como del paisaje marciano.

“Vamos para allá” susurró Alberto, tras comprobar la operatividad del sistema. Comenzó a apretar botones, y movilizar palancas, originando órdenes que se transmitían por ondas hiperlumínicas hasta el receptor del androide. Este obedeció y realizó los movimientos establecidos por Alberto, a millones de kilómetros de distancia. “Desplazar 200 metros hacia delante”, “Detenerse”, “Visión del terreno”, “Perforar mini-agujero”, “Tomar muestra”, “Analizar muestra”, “Perforar orificio tipo IV”, “Perforar”, “Perforar”, “Introducir extractor”, “Extraer material”, “Almacenar en depósito”, “Extraer material”,...

Seis horas después, Alberto enunció la esperada orden de “Finalizar trabajo”. El androide se quedó hierático en el almacén de tele-trabajadores, construido en Marte por los propios autómatas.

Alberto, ya cansado, salió de la cabina y registró, con su tarjeta magnética, el fin de la jornada laboral. “Individuo 237^a disponible”. Mientras cruzaba las instalaciones, pensó que le apetecía ir al cine. “Individuo 237^a en pasillo de salida”. Se introdujo en la cabina de control de accesos, y permaneció en ella durante los tres segundos de rigor para su identificación. “Individuo 237^a en cabina de activación. Sistema de control en marcha”. Alberto salió de las instalaciones de “Tele-Work”.

“Activar Tele-Control”. Fue a por su coche. “Control neuroquímico activado”, “Dirigir a área comercial”. Ya en su automóvil, Alberto, en vez de ir al cine, se desplazó a un macrocentro. “Aparcar”, “Desplazarse cuatrocientos metros hacia delante”, “Acceder supermercado”, “Comprar caviar”, “Comprar jamón serrano del caro”, “Desplazarse a tienda de ropa”, “Comprar pantalones”, “Comprar calzoncillos”, “Comprar nuevo modelo de móvil”, “Comprar...”.

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966). Médico y profesor de la UPV (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia ficción (notcf.blogspot.com.es). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (Tertulia de ciencia ficción de Bilbao) y actualmente presidente de la asociación surgida de la misma, TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror.

Tiene publicados más de cuarenta relatos.

Amanecer

Enrique José Decarli
Argentina

Levantarse temprano siempre fue un tema. Mamá ponía el grito en el cielo, y cuando en quinto grado me quedé libre, de tantos gritos el cielo se derrumbó. Se lo tuve que contar. Y no me creyó. Entonces le pedí que por favor, una noche montara guardia en mi habitación. Yo tampoco entendía cómo sucedían las cosas. Me daba cuenta a la mañana, que no sabía por dónde empezar.

El sábado siguiente me despertaron con el desayuno. A *mis pies*, reunida en semicírculo había una junta de médicos. Papá dijo, con cara de preocupado, que el lunes sin falta, si me reincorporaban, retomaba el colegio pero a la tarde. Mamá se arrodilló al lado de la cama. Me acomodó el pelo y me besó la frente. No me dijo marmota. Me dijo hijito. En adelante podía tomarme todo el tiempo del mundo para amanecer.

Las cosas se complicaron después (ahora), que no llevo cuaderno de comunicaciones ni puedo decirle a mi jefe que venga a ver cómo duermo y amanezco. Porque a pesar de la junta médica, a pesar de todos los médicos juntos que siguieron el caso, ninguno supo dar un porqué. La solución fue momentánea. *Mire, señora: mande al chico a la tarde. Déjenlo amanecer en paz.* Los médicos habrán muerto. Al menos mamá y papá murieron y solo, en esta casa enorme, levantarse temprano sigue siendo un tema. El despertador suena y no puedo apagarlo sin antes arrastrarme un buen rato bajo las sábanas. Primero es lo primero y, para mí, lo primero es encontrar un brazo. Acercar el trapecio al hombro y que el húmero se acomode en la clavícula. ¡*Clack!* Una especie de fuerza magnética los une y quizá sea eso (alguna vez lo pensé) lo que pasa de noche. Me desmagnetizo. De cualquier manera lo importante es el *Clack*, y aunque no todas las mañanas sea así de fácil y *Clack*. Las noches de pesadillas inquietas que desarman la cama, amanecer es más complicado. Los brazos se desmiembran en un rompecabezas de manos, dedos y antebrazos. Todavía dormido, soy capaz de encastrar partes derechas en izquierdas o viceversa y cada viceversa multiplicada por las mil combinaciones posibles de dieciséis pedazos sueltos. Cuando no (y esto lo odio), los meñiques se pierden entre los pliegues de las sábanas.

Después de juntar un brazo útil apago el despertador. El velador hace la luz y el panorama, si bien me acostumbré, es desolador. En el fondo de la cama están las piernas despatarradas. Reptar para recuperarlas es trabajoso pero es un buen ejercicio. Me hizo desarrollar abdominales, pectorales y dorsales fuertes. A las mujeres, se sabe: eso les gusta. No tengo problemas en ese sentido. El problema con las mujeres es otro. No puedo permitir que amanezcan conmigo y a mí me gustaría, sobre todo

con una, dormir abrazados, despertarnos juntos, desayunar. Cuando a las cuatro de la mañana les pido el remís, la mayoría se enoja. Se van insultándome y generalmente no vuelven. Por eso en el último tiempo cambié de estrategia. Voy yo a visitarlas. Ir de visitas me gusta. Las chicas tienen casas lindas. Cálidas. Bien decoradas. Irse, además, siempre es más fácil que echar.

Lo más desagradable —aunque no lo peor— son las vísceras. Lo menos común es encontrarlas en la cama. Prefieren la mesa de luz. La biblioteca. El placard. También, como a todo, me acostumbé. Pero tuve que sacar los espejos, no soporto verme así. Y aprender adónde debía volver cada una. Al principio me confundía y me reía. Bazo por hígado. Riñón derecho por izquierdo, pulmón por pulmón. Ellas me fueron corrigiendo y enseñando. Dónde prefieren terminar la noche. Las distintas urgencias con que amanecen.

La vejiga, por ejemplo, se acomoda en una bota de gamuza marrón. En cuanto me armo, lo primero que hago es llevarla al baño. La dejo en el bidet y vuelvo a la habitación a seguir con lo mío. Lo mío, por supuesto, no es la ropa del placard ni los zapatos del botinero. Eso es de ellas. El placard y el botinero, en realidad, son de ellas. La habitación entera, digamos. Poco a poco, las manchas y el olor fueron ganándome terreno. Para mí encargué un vestidor que puse en la planta baja. Ahí guardo la ropa que uso. Ellas no bajan la escalera. Son como perros. Fieles a la cucha. A los trapos viejos impregnados de sus propios olores.

Y el resto es cuestión de tiempo. Buscar, encastrar, estirar la piel y alisarla. Limpiar las rebabas y seguir. Uno para todos y todos para uno, un buen baño, el agua cae, caliente y con fuerza. Afeitarse, peinarse, bajar y vestirse, entonces sí, viene lo peor. Siempre es tarde en el reloj. Salir sin desayunar. Correr, con la corbata en la mano, seis cuadras hasta la estación.

Mi amiga Luján

Enrique José Decarli
Argentina

Fue a partir de que noté la transformación, y no pude dejar de pensarla sino como un animal, que de alguna manera secreta empecé a entender su malestar y su cambio. Ahora Luján no está y esta no es la historia de Luján. Esta es la historia de cómo Luján se fue.

A mediodía, en la oficina, hago un recreo. Entonces iba un rato a su despacho. Luján leía carpetas enormes, encorvada sobre el escritorio, de frente al ventanal lleno de luz. Levantaba la vista por encima de los anteojos y daba vuelta las hojas de un golpe. Como si pudiera verme y a la vez atravesarme y en el edificio de enfrente alcanzar, arriba, en la terraza, un ratón que le serviría de almuerzo, la mirada de Luján me partía en dos. En el resoplido final me parecía escucharla: *Y ahora qué... Nene.*

—Qué tal, Lu.

—Bien... —Los puntos suspensivos, secos.

—¿Mucho trabajo, Lu?

Los ojos de Luján recorrían el despacho cubierto de carpetas apiladas. Lentamente volvían a mí.

Problemas de autoestima. La sensibilidad menstrual a flor de piel o alguna otra cuestión de mujeres, nunca nada grave que unos mates no pudieran solucionar, unos chistes la harían volver, de una vez y para siempre.

Me llevó tiempo darme cuenta. El cambio de humor y de carácter era, en definitiva, un detalle menor. El despacho de Luján se había convertido en una zona incierta, y hasta en la cara, ella, parecía transformarse. Es difícil explicarlo. Los ojos tal vez más rasgados. Sin párpados casi. Las pupilas superdilatadas. La nariz más grande y ganchuda, las orejas plegadas a la cabeza.

—¿Me das un mate, Lu?

—¡No! —decía, un graznido, inmóvil y agazapada. Atrás del escritorio, tres dedos de uñas largas golpeaban la madera.

Entonces me iba. Y afuera del despacho el alivio era inexplicable. Entonces podía imaginarla, tediosa, volver sobre las carpetas. Maldecirme por la interrupción. Preguntarse de qué mierda servía lo que hacía.

No sé qué te pasó, Luján. Me hubiera gustado entenderte y si no podía ayudarte, al menos, acompañarte, que supieras que al lado, tomando mate y fumando, también yo, a veces, leía carpetas interminables.

La primera pregunta que me queda. Quién eras. Un ángel sería una cursilería que —si un día volvieras y pudieras leer esto— no me perdonarías. Además, yo sé

muchas cosas de vos no muy propias de un ángel. La segunda, Luján. Si sos lo que creo que sos, a qué viniste. Nunca te lo pregunté y nunca me lo contestaste. Me dijiste, en cambio, por qué te ibas. Te habías podrido de los hombres. Entendí cualquier cosa y quise decirte lo que yo siempre digo aunque no lo crea, pero tu abrigo y la cartera caían al piso y corrías descalza por Sarmiento. Que nada es para tanto, Luján, que si te habías podrido de los hombres, probaras las minas, total, qué problema hay: te prefiero torta a muerta o desaparecida, eso quise decirte pero te grité que pararas.

—¡Pará, Luján! —le grité. Encaraba directo la 9 de Julio.

Corrí atrás de ella, esquivando y llevándome gente por delante. Con una habilidad inentendible, Luján cruzó Cerrito entre colectivos, autos y taxis. Me paré en la esquina. Cerré los ojos y entre bocinazos y frenadas esperé el impacto mortal. Cuando volví a abrirlos, el semáforo de 9 de julio estaba rojo. Sarmiento, vacía, era una pista de aterrizaje. Luján corría por el medio, agazapada, la blusa blanca desabrochada al viento, embestía los autos que venían de Carlos Pellegrini. Volví a correr gritándole que por favor parara porque a mitad de la avenida el choque sería obligado, era ella contra una docena de autos, Luján contra el mundo, *¡Pará, loca!* le grité. Entonces desplegó dos alas gigantes. Pisó un capot y saltó por encima de los autos. Subió en dirección al río. Batir las alas con el sol de fondo. La sombra planeando sobre Sarmiento fueron las últimas imágenes. Dobló atrás de un edificio y los autos me taladraron, las bocinas y las frenadas, y juro que quise imitarte amiga, lo juro. De un saltito subí al cordón.

Sanlugón

Enrique José Decarli
Argentina

*Algo, en realidad indefinible, había cambiado en la estructura del joven.
Algo sutil, quizás exquisito. De repente me pareció menos joven.*

MANUEL MUJICA LÁINEZ

Conocía todas sus caras. Sanlugón en diciembre, sobre los exámenes, preocupado por la facultad. Sanlugón a día 20 sin un centavo en el bolsillo, antes de pedirme, avergonzado, cincuenta pesos hasta fin de mes. Sanlugón peleado con el jefe o la novia, bajo amenaza de despido o desalojo. El de esa mañana ni siquiera levantó la cabeza cuando llegué. Apenas la vista. Sonrió como de compromiso —un desconocido más clavado que todos los otros juntos—, y volvió sobre la lectura.

Encontrarlo solo me llamó la atención. Los más amigos, cuando fichábamos, primero íbamos a su oficina, después podía empezar el día, ése era Sanlugón. Me senté y le pregunté qué pasaba.

—Me estoy encogiendo —dijo.

Bien podía ser uno de sus típicos comentarios que nos hacía escupir el mate de una carcajada. Pero no había sonado a broma. Se paró firme al lado del escritorio. Salvo una leve palidez (y algo más que no podía terminar de definir) no noté diferencias. Sin embargo estiró un brazo hacia el estante y ni lo rozó. Se puso en puntas de pie, y tampoco.

—Me alcanzás “Prysmian” —dijo.

Agarré el expediente con tanta naturalidad que después me sentiría culpable. Igual, hasta ese momento, si me hubieran dicho que habían subido el estante, lo habría creído.

—Fue anoche —dijo Sanlugón—. Estaba acostado y algo tiró muy fuerte acá.

Volvió a sentarse y se frotó las canillas. Los pies no le llegaban al suelo. El pantalón le cubría la mitad del zapato.

La cuestión, según él, corría por herencia en la línea de los hombres. Yo sabía que Sanlugón no tenía papá. Siempre lo había dado por muerto, entonces dudé.

—¿Tu viejo, Sanlu...?

—Desapareció —dijo—. Mi abuelo también. Y el papá de mi abuelo. Y hasta donde sé, el abuelo de mi abuelo.

Los dos bien de frente, Sanlugón hablándome despacio, al fin vi eso que no podía terminar de definir. Las orejas parecían apenas más grandes. Lo mismo la nariz y los labios. Unas bolsas bajo los ojos. Las mejillas arrebatadas.

Le pregunté si tenía miedo.

—Miedo exactamente, no. Curiosidad y ansiedad —dijo.

Desde chico digería la idea de que esto alguna vez iba a pasar, aunque nunca pensó que atacaría tan joven, Sanlugón tenía veinticinco años. Estaba templado. Había visto encogerse a su papá. Dejar la cabecera en la mesa familiar por una sillita alta de bebés, una caja de zapatos.

—Igual que un gato —dijo—. Te imaginás, ¿no? Mi vieja, en la cama, lo podría haber lastimado.

El padre de Sanlugón terminó convertido en algo así como una pasa de uva adentro de una cajita para guardar anillos. La cajita donde, el día que se comprometieron, le regaló a la mamá las alianzas, último domicilio conocido. Después, le perdieron el rastro. Y cuando pensaron que la pesadilla (por doloroso que hubiera sido el final) había terminado se dieron cuenta de que, en realidad, recién empezaba.

—Que nosotros no pudiéramos verlo, no significaba nada. Podía seguir ahí. Puede seguir ahí. Esquivándonos. Escapándose de la aspiradora, del perro. Amenazado por las arañas y los insecticidas.

Le pregunté si en serio creía que su papá merodeaba la casa. Entonces sonrió de verdad. Por un segundo volvió a ser Sanlugón. Dijo que, a veces, a la noche, el padre le hablaba al oído. Podían ser sueños o voces imaginarias. Él, por las dudas, se quedaba quieto, acurrucado contra la pared. Esas noches dormía más tranquilo.

—Pero no —dijo—. Creo que está en un lugar mejor. Con su viejo y su abuelo. Con todos los que son como nosotros, si es que hay más como nosotros.

Esa tarde me la pasé subiendo y bajándole expedientes del estante. Antes de que se fuera traté de convencerlo de que esperara. Quizá la cuestión (él nunca lo llamó enfermedad) se revirtiera. Que no se apurara a tomar una decisión tan cortante, quedarse sin trabajo en esta época, qué boludo. Sanlu sonrió.

—La decisión está tomada —dijo—. Y no la tomé yo. Yo obedezco.

Tenía que prepararse. No podía seguir perdiendo tiempo. Tuvo la delicadeza de dejar el trabajo al día. El sentido del humor de firmar una renuncia. Me dio un abrazo. Abrió la puerta y salió. Me demoré un minuto y salí atrás de él. No estaba ya. Fantaseé con la idea de que en el tramo hasta el ascensor había terminado de encogerse, una prenda de lana en un centrifugado de agua caliente, mi gran amigo Sanlugón. En la agenda del celular borré sus números. Quise evitar la tentación de llamarlo y molestarlo en el trance de la transformación. Llegaría el día en que Sanlugón no podría atender el teléfono. La campanilla sería una tortura en La mayor o un sonido indescifrable, quién sabe. Pero yo sé. En adelante, que no podamos verte, no significará nada.

La renuncia quedó en el escritorio.

Gente:

*Siento que el laburo, de repente, me queda grande.
Renuncio.
Disculpen. Gracias.*

Sanlugón.

La cola del escorpión

Enrique José Decarli
Argentina

La noche anterior no pude dormir. No era Reyes. Eran las palabras de papá. Las que había dicho en la cena.

—Mañana cuando te despiertes vas a tener una sorpresa.

—Qué es —le pregunté.

—Mañana cuando te despiertes.

Primero escuché la voz:

—¡Vamos, campeón! —Papá se asomó en la oscuridad. Con las manos me hizo señas—. Son las ocho ya.

En la terraza me mostró una cosa cuadrada aunque no del todo cuadrada. Esqueleto de caña forrado en rojo y azul.

—¿Te gusta?

—Es de San Lorenzo —dije—, sí. Pero qué es.

—Un barrilete. Con un poco de viento vamos a remontarlo hasta el cielo.

—¿Y si se escapa?

Papá se arrodilló en las baldosas. Le ató bien fuerte un hilo que después trató de romper y no pudo.

—El mejor hilo, campeón.

Le pregunté por el trapo, ése, largo.

—La cola —dijo sonriendo.

Si le poníamos una gillette en la punta iba a cortar todos los hilos de todos los barriletes de todo el mundo.

—Como un escorpión, hijo. Como la cola de un escorpión.

La plaza de enfrente estaba vacía. Antes de cruzar le pregunté por mamá.

—Duerme —dijo. Me agarró la mano y me guiñó un ojo—. Esto es entre vos y yo.

En la plaza, papá empezó a caminar para atrás, un paso ligero que casi corría. Movía los brazos y dejaba que el hilo, de a poco, escapara de entre las manos. El barrilete se movía para los costados, para atrás y para adelante. La punta de la cola apoyada en la tierra no terminaba nunca de levantar. Cuando por fin empezó a subir, papá me explicó.

—Ojo los cables de luz. Cuidado el hilo. ¿Ves...? —Sacudió una mano y me la mostró ensangrentada—. Está pidiendo hilo —dijo.

Entonces abrió las manos y el barrilete, Dios mío: remontó como papá había prometido, hasta el cielo, hasta tapar el sol, hasta dejar de ser de San Lorenzo rojo y

azul porque seguía siendo cuadrado —aunque no del todo cuadrado—. Pero negro. Con cola de serpiente. O de rayo, mejor. Y ni siquiera. Era la cola del escorpión.

De golpe, papá dio dos pasos. Dos pasos que, me di cuenta, no quiso dar. Se enroscó rápido, mucho hilo entre las manos y sin mirarme, dijo:

—Todo en orden, campeón, eh...

A mí, igual, me pareció preocupado. Clavó los talones en la tierra y con los brazos tiró bien fuerte hacia atrás. Dos pasos más.

Me acordé de unas vacaciones en Colón. Papá había sacado un dorado inmenso. Antes de sacarlo también dijo eso de *Todo en orden campeón eh...*, pero la caña se movía de acá para allá y papá casi se cae del bote de cabeza al río. Si el dorado era fuerte, el escorpión era un monstruo. Le ganó muchos más pasos a papá y al parecer se venía el ataque final. Porque se infló de los costados. Incluyó la cabeza y subió al cielo altísimo llevándose a papá. El sol volvió a aparecer. Papá y el escorpión se perdieron en una nube.

Mamá por suerte no me dijo nada. En la puerta me abrazó muy fuerte y no preguntó por papá ni por el escorpión. Volví a la terraza y la terraza estaba vacía. Pero entre los cables de luz de la plaza, hecho pedazos, ahora, colgaba el escorpión. El esqueleto pelado, la cola temblando, rendida, así lo había dejado papá, para que aprenda, hecho pedazos.

Bajé corriendo a contarle a mamá que papá había ganado.



Enrique José Decarli nació en Buenos Aires en 1973. Es abogado y músico. Publicó *Desde la habitación del sur* (Libresa 2009), finalista del Concurso de Literatura Juvenil Libresa 2008. En 2010, el Ministerio de Educación, en el marco del Plan Nacional de Lectura, lo recomendó para la Escuela Media. Desde 2008 dicta talleres de lectura y narrativa en la Municipalidad de Almirante Brown y en instituciones privadas.

El zorzal

Nolberto Malacalza
Argentina

Al Laucha Martínez, amigo de la adolescencia, gardeliano, tanguero y asmático.

Cuando el barco entró en la Dársena Norte ya habían llegado, como en oleadas, unas treinta mil almas para verlo de cerca. En realidad, para ver el cofre de cerca. Era febrero y el calor arrancaba fácilmente las lágrimas que, en invierno, tardan un poco más en aparecer. Lo mismo va a pasar en el velorio, pensé. Desde la entrada nomás, nos va a quebrar ese tufo caliente de palmas y coronas.

—Nadie debería morir en verano —le dije al Laucha, como redondeando un pensamiento bastante descolgado, algo para sacarlo un poco de su desconsuelo. Él me miró sin comprender y no supe si me vio: tenía los ojos anegados. Para reforzar el intento de ayuda, lo tomé del hombro. Yo también lloré por Carlitos, pero quizá más por él.

Se comentaba que algunos habían venido muy temprano, más mujeres que varones. Ellas tenían flores y rosarios en las manos. Cuando el Panamerican terminó las maniobras de amarre y se esperaba la aparición del féretro, alguien empezó a cantar, como con una piedra en la garganta, el tango “Volver”. Poco a poco fuimos sumándonos los demás y hasta los policías del cordón de seguridad estaban lagrimeando, aunque no cantaban. No bien comenzaron a bajar el cajón, la orquesta de Canaro lanzó al aire los primeros acordes de “Silencio”. De allí en más, nadie cantó.

No pudimos tocar el féretro. Cómo podríamos haberlo hecho, si nos separaba una marea de gente. Mi pobre amigo era una piltrafa. Con mis fuerzas al borde del agotamiento, pude arrastrarlo del hombro hasta tomar el tranvía. Ya en el café, copa de por medio, hizo algunas muecas y ademanes y dijo:

—Después de esto, yo ni en curda viajaría en avión.

Meneaba la cabeza, como para sacudirse la espantosa realidad. De pronto me miró fijo, con los ojos casi fuera de las órbitas, y me pareció que me tendía un puente, que me invitaba a compartir un mismo pensamiento. Me hizo comprender la vastedad de la desgracia y la multiplicábamos por dos, tomamos conciencia de que Rivadavia y Rincón era el vino triste, de que todo Buenos Aires era el ícono en pedazos.

—Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando —gimió el Laucha—. Decime vos cómo hace el mundo para seguir andando, si hasta el cielo se ha puesto a llorar.

Asentí con una inclinación de cabeza y me sorprendí por la violencia de esa lluvia que caía sin piedad. El Laucha, recostado contra la ventana abierta, había sacado el

codo y parte del brazo para recibir el aire fresco. El agua —inexorable, como la muerte— le corría desde el hombro y caía sobre la mesa, para luego desplomarse sobre el piso. El nivel líquido crecía sin parar; miré hacia arriba y vi que Los Angelitos, aterrorizados, comenzaban a aletear contra el cielorraso. “Ellos son bichos de aire, no de agua, pobres ángeles”, pensé.

—Hay que ir al velorio —dije, como un intento de fuga.

Serían las diez de la noche cuando tomamos el tranvía. Ocupé un asiento de pasillo y, a mi izquierda, el Laucha se acomodó junto a un señor mayor que leía el diario. El hombre giró la cabeza, lo miró por encima de los anteojos y le dijo: “Se nos fue Carlitos”, con una sonrisa estúpida, como si hablara de la humedad o del precio del boleto. El Laucha se puso rojo de la bronca y yo me preparé para frenar el posible rechazo a la cara del viejo, pero me contuve porque mi amigo no se movía. Sólo soltaba unos lagrimones que le empapaban la camisa, luego el saco y el pantalón, le llegaban a los zapatos y continuaban con la invasión al viejo y al piso del tranvía. El líquido salado y en creciente comenzó a bambolearse con el traqueteo; fue entonces cuando irrumpió el clamor del pasaje, dividido entre el asombro y la repulsa. Con las piernas en salmuera, la gente chapoteaba en una flotación de boletos pisoteados y papeles de caramelos Mu-mu, queriendo acogotar al Laucha. Traté de interponerme entre él y esos despiadados, pero eran muchos y nos arreaban hacia el fondo.

Fue en la curva del puerto donde ocurrió. Alguien abrió la puerta de atrás y entonces la presión de la turba y la fuerza centrífuga nos arrojaron sobre la pendiente que lleva a la dársena, junto con todo el llanto. Pude haberme tomado de un pasamanos, pero no lo hice: jamás hubiese abandonado a mi amigo del alma. Un cortejo de rosas y margaritas viejas nos fue acompañando, mecido por ese río salado que seguía creciendo desde sus ojos sin consuelo. Él flotaba, yo lo seguía desde la orilla y trataría de levantarlo aferrándome a una alcantarilla que estaba cerca. De pronto el rescate se complicó: vi que el Laucha se ponía como transparente y comenzaba a mimetizarse con su tristeza líquida. Me estiré para manotearlo pero él ya se hacía lágrimas, millones de lágrimas que fueron a confundirse con el agua dulce del Río de la Plata. Yo lo vi.

Nolberto Malacalza nació en Estación Acevedo, partido de Pergamino. Comenzó a escribir con continuidad hace catorce años. En los últimos doce años ha obtenido 73 primeros premios: diez de ellos son internacionales, incluyendo el Premio Platero de Poesía 2008 (Naciones Unidas, Suiza). Publicó *Otra sangre*, poesía (premio publicación JUNINPAÍS 2006) y el libro de cuentos *Rompecabezas*, con contratapa de Marcelo di Marco. Tiene en preparación otros dos libros, uno de cada género. En su región recibió distinciones por trayectoria literaria. Reside en San Nicolás.

Domingo en el Zoo

Paz Monserrat Reville
España

La visita anual al Zoo fue, como siempre, agotadora. Y un poco deprimente, la verdad. Los niños la disfrutaron, claro, corriendo de aquí para allá, riéndose de lo que hacían los macacos, esquivando pavos reales albinos, subiendo al trenecito...

Reconozco que con las nuevas instalaciones todo tiene un aire más aséptico, más moderno. Hasta los delfines lucen más lustrosos y disciplinados.

Solo las jaulas situadas al fondo del parque conservan la antigua atmósfera decadente, ese tufo característico de zoológicos y circos. Allí se guardan los animales más antiguos, los olvidados, los que ya no están de moda. Un dientes de sable lleno de sarna se mueve en círculos dentro de su jaula mientras unos dodos medio desplumados deambulan picoteando restos de bolsas de patatas por afuera. Los mamuts resoplan de calor en su charco hediondo y el último tigre de Tasmania observa lo que queda del mundo con sus ojos amarillos.

Pero lo más impactante fue volver al recinto de los primates. En la última jaula, agarrado a los barrotes, un desdentado Neanderthal me miraba fijamente. Como si me reconociera. Como si quisiera decirme algo. Esa imagen me persigue como una culpa. Maldito sea el momento en el que se permitió a las empresas privadas jugar a ser dioses con la biotecnología.

Paz Monserrat Reville vive en Molins de Rei, Barcelona, España. Nació en Tortosa en 1962. Está casada y tiene cuatro hijos. Es Licenciada en Biología y profesora de secundaria en un instituto de Sant Joan Despí (Barcelona). Master en Educación Ambiental. Ha ganado varios premios literarios: Primer Premio de microrrelatos DDOOSS (Valladolid), Segundo Premio en el II Certamen "Cuéntanos tu viaje" (Areas, Barcelona), y ha quedado finalista en varios certámenes más (Acumán, grupo Búho, certamen literario "El laurel", Premio Ciudad de Getafe, Relatos breves Sant Joan Despí). También ganó el Primer Premio como coordinadora de un trabajo para el certamen de jóvenes investigadores (1996). Desde Enero 2013 publica sus relatos en su blog "Crónicas desenfocadas".

El Nuevo Orden

Ricardo Gabriel Zanelli
Argentina

Tal vez por la falta de estaciones es que nunca llegamos ni siquiera a atisbar los ciclos del cielo. Aunque luz y oscuridad no falten. Es por ello que, para cada día, debemos inventar un nuevo nombre y un nuevo número. No es raro que los números sean infinitos, sólo que infinitos deban de ser sus nombres también. Luego, el idioma crece día a día.

Venimos así desde tiempos inmemoriales. Justamente porque es difícil recordar tanto nombre y tanta cifra, nadie sabe bien cuándo ocurrió qué.

Me dicen que un nuevo gobierno de uniformadores piensa tomar el poder. Si los rumores fueran ciertos, tal vez peligre mi antiguo trabajo de acuñar nombres y números que deben publicarse antes de que llegue la luz. Piensan —murmuran— abolir nuestra sagrada fiesta de dar nombre y número a cada nueva danza de nuestra bien amada tierra...

Tiempos sombríos vendrán si los malos augurios se confirman.

Ricardo Gabriel Zanelli nació en la Argentina en 1962. Es autor de LA RULETA RUSA DEL TIEMPO (Cuentos), 2004, Editorial Argenta (ISBN 950-887-267-5). Ha publicado varios cuentos y ensayos breves en diarios (La Voz del Interior) y revistas (Revista Cuásar) de Argentina.

Last

Dennis Mourdoch Morán
Cuba

Ellos:

- Son cuatro. Están en el sector quince de la estación.
- ¿Estás seguro?
- Seguro está el escáner.
- Entonces son cuatro.
- Sí, ya te lo dije ¿les tienes miedo?
- No jodas.
- ¡Ja! Les tienes miedo.
- No digas estupideces.
- ¿Por qué te tiembla el fusil?... sí, ponlo en sistema autolineante, ¡te cagas de miedo!
- ¿Quieres hacerlo tú?
- Yo soy el tipo del escáner, el de los sistemas de detención. Soy tu apoyo.
- Sí... ya veo. También les tienes miedo.
- ¿Y qué?
- Estás así por el cuerpo que encontramos en el hangar. Has actuado muy raro desde aquello. No te culpo. Fue horrible verse muerto.
- No fastidies.
- O es por esa sensación... de que hagas lo hagas todo terminará igual... porque siempre olvidamos cómo morimos, o más bien, como murieron los que nos precedieron. Y nos dejan esta sensación. ¿Los próximos se sentirán igual?... Si por lo menos tuviésemos nombres.
- ¿Para qué?
- Ellos los tienen.
- Ellos son cuatro, nosotros dos. No necesitamos nombres.
- Eso crees... Mejor olvidemos todo. Entraron en rango.
- Te voy a transferir la dirección y aceleración centrípeta del bloque, también la rapidez de variación de la gravedad dentro de la estación.

Nosotros:

- Son dos
- ¿Qué vamos hacer, Eld?
- Matarlos. Son los últimos.
- Y nosotros, los últimos indas.
- Sí, somos cuatro, y dentro de poco cinco. No es así, Leme.
- Mira, Mo, tu futuro.
- ¿Qué es uno más contra ellos?
- Mo, ellos eran cientos y ahora quedan dos.
- Ayer también eran dos, y antes de ayer.
- Pero cada día los matamos. Cada día, Mo.
- Y al otro día tenemos que matar dos más. No tenemos descanso. Y tuvimos que abandonar el arnan. Dejarlo en medio de... esto...

* * *

Ellos:

- Vienen.
- ¿Viste los tanques de cultivo en la Generatriz? Los que estaban detrás de los nuestros. Había uno como yo. Uno como tú.
- Parece que no puedes dejar de pensar en eso. No te preocupes.
- Me siento gastado. Como si yo fuese el original. Pero no es así. Soy otro clon...
- Enfócate en ellos. Todo está listo. Calculando tácticas de ataque, transfiriendo variantes al fusil.
- ...un clon como los de Star Wars.
- Un clásico. En los satélites se podía encontrar lo que fuese. Es una lástima que fueran los primeros en caer.
- Sí, pero nos quedan algunos servidores.

- Pero lo que me gusta es el satélite. Tú sabes, ver los reality shows de la Isla Peligro.
- Todo eso era montaje.
- Y la sangre y los sesos congelados.
- Montaje.
- No jodas, eso no era montaje... Ya todo está listo, transferí las variantes de ataque.
- Gracias por levantarme el ánimo. Si seguía así, no sé qué hubiese hecho. Empezaremos por el líder.
- La otra vez no funcionó.
- ¿Cuál vez exactamente?
- La última.

* * *

Nosotros:

- ¿Dónde están, Unla?
- Afuera, Eld.
- ¿Crees que puedas con ellos? Eres el más rápido.
- Quizás.
- Bien, empezarán conmigo. Mo, cubre a Unla.
- ¿Y yo, Eld?
- No puedes participar en esto, Leme. Después volvemos al arnan.
- Allí no tenemos energía.
- Mo, aquí Leme no puede dividirse. Podría morir nuestra esperanza.
- Hace mucho que está muerta, Eld.
- ¡No fastidies con eso, Mo!
- ¡Nunca debimos dejar Loxa! Era nuestro hogar. Si nos hubiésemos quedado...
- Nos hubiese tragado el Iari. ¿Te recuerdo el miedo, Mo? Tanto que nuestros ancestros lo legaron en los pensamientos generacionales...
- Cada día hay menos estrellas.
- Sí, Leme. Iari las devoraba mientras se acercaba.

—Iari nos robará el aire y el agua.

—También eso, Mo. Nuestra atmósfera desapareció y nuestros mares se evaporaron.

—La noche será eterna. El mundo abandonará su forma y su piel se volverá fuego.

—Sí, Unla. La noche es eterna. Lo ha sido desde que dejamos nuestro mundo.

* * *

Ellos:

—Están discutiendo ¡dispara!

—No.

—Esta es nuestra oportunidad. ¡Dispara!

—Podemos saber el porqué de todo esto.

—¿El porqué? A quién le importa; ellos vinieron y mataron a mucha gente. Vaciaron la estación ¡Y tú quieres saber el porqué!

—Sí, quiero saber. Es ilógico, lo sé, pero así estoy condicionado. Tienes suerte de no estarlo, de que tu proceso haya sufrido un error en 99.93 de ejecución. Pero no es mi caso. Necesito saber. Recuerda que los primeros clones desentrañaron el lenguaje. Los segundos, la sexualidad. Los últimos, la energía. Ahora nos toca a nosotros. Acéptalo. Es una oportunidad única. Así, los próximos tendrán mayores posibilidades de vencer. Las guerras no se ganan sin sacrificios. Instala los micrófonos.

—Maldita sea. ¿Te escuchaste? Morir para saber un poco más sobre esos hijos de puta. ¡Olvídate de los micrófonos! ¡Deja de escuchar y grabar toda la mierda que dicen y dispara!... Nos están atacando... ¡Dispara!... ¡Evádelo! ¡Evádelo!... ¡Fijando blanco!... ¡Cómo puede ser tan rápido!... ¡No, de nuevo no!...

* * *

Nosotros:

—Están muertos.

—Unla fue rápido. Apenas lo sentí.

—Leme, volveremos al arnan; allí por lo menos estarás más cómoda... ¿Y bien, Unla?

—Está hecho, Eld.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—Siempre dos.

—Eran los mismos.

—¿A qué te refieres, Unla?

—Eran los mismos, sentí sus rostros. Estaban fríos, pero eran los mismos.

—¿Qué significa eso?

—Son inmortales, Eld.

—¿Inmortales?

—Sí, Eld, no mueren.

—Mo, es imposible. Todo muere, incluso nuestro mundo, nuestra estrella. Y se convierte en parte de Iari.

—Ellos se convierten en sí mismos, son inmortales.

—Maldito seas, Mo. Es imposible, lo sabes.

—Entonces ¿qué es?

—No lo sabemos, todo es muy extraño.

—Tienes razón, Unla. Mo, volvemos al arnan.

—¿Para qué?

—No fastidies con eso, Mo.

—Eld, solo somos cuatro y ellos son inmortales.



Dennis Mourdoch Morán (Cuba, 1985). Ingeniero Mecánico, graduado del Centro Onelio. Miembro de Espacio Abierto. Ha obtenido menciones en el Oscar Hurtado 2010 y 2011, y en el Mabuya 2011.

Lotería

Sergio F. S. Sixtos
México

Escuchó su nombre como quien escucha el pregón de un vendedor ambulante. Alguien le tocó el hombro y dijo que se dirigían a él, se volvió y susurró un gracias apenas perceptible. Se sintió mareado, su nombre seguía zumbando en el ambiente y los compañeros de oficina lo miraban con una mezcla de curiosidad y pena; él apenas lo notó. Se dirigió dando tumbos a su escritorio y tomó sus pertenencias. Al salir del edificio, había una nube de curiosos en torno a la puerta que lo señalaban, otros murmuraban y algunos tomaban fotos. El embajador lo esperaba, hizo una pequeña reverencia, él sonrió con timidez y el embajador asintió complacido. El embajador emitió una serie de sonidos que un intérprete capturó y tradujo. Habló de la buena disposición de las culturas, de la cooperación mutua y del sentido del deber hacia los propios congéneres. Él asintió nervioso —sudaba—, su propio hedor lo avergonzó. El embajador lo palpó con sus antenas, confirmó su identidad y dijo que él era el elegido. La gente aplaudió, algunos vítores y silbidos. El embajador regresó a la cápsula que lo llevaría a la nave nodriza y él lo siguió como un cordero.

Sergio Fabián Salinas Sixtos nació en la Ciudad de México. Ingeniero metalúrgico por la Universidad Autónoma Metropolitana. Publicó su primer microrrelato en la edición mexicana de la revista Asimov Ciencia Ficción No. 7 (1995), Asimov Ciencia Ficción No. 9 y Asimov Ciencia Ficción No. 12; El oscuro retorno del hijo del ¡Nahual! No. 7. Últimas publicaciones en las antologías Érase una vez... un microcuento (España), Cryptonomikon VI (España), Lectures du Mexique, une anthologie vivante, en la revista digital Penumbria No. 13 y microficciones en el blog literario Químicamente Impuro.

La terminal

Carmen Rosa Signes Urrea
España

Nada de lo que rodeaba a Ferdon era pequeño. Las gigantescas estructuras flotantes estaban unidas por conductos tubulares y cables de enormes proporciones. Aquella mega-estructura había sido creada para acoger a las naves extra-planetarias que, a millares, llegaban al que estaba considerado el mayor puerto mercantil y comercial del espacio.

Glamus 3 se había convertido en un gran centro comercial, en donde todo podía encontrarse.

Ferdon tenía un control absoluto de las distancias, de los espacios; nada podía escaparse a su menesterosa labor, algo que le proporcionaba una todopoderosa sensación. Apoyado por una sobria voz y la confianza total sobre el cumplimiento de las normas por él dadas, en el tiempo que llevaba desempeñando su trabajo en tan sólo dos ocasiones había tenido que recurrir a la fuerza.

La sucesión de andenes se extendía hasta perderse de vista. Durante siglos había crecido debido al aumento del tránsito entrante y saliente. Cuando uno de los apeaderos quedaba obsoleto, era inmediatamente reemplazado por otro. Lo soltaban de las conexiones de sustento y comunicación abandonándolo a su suerte, que no era otra que el ser desmantelado por alguna empresa de derribos.

Pero aquel poder tenía sus inconvenientes. Ferdon no recordaba la última vez que había pronunciado palabras de amor o frases de amistad; la risa había desaparecido de su vida, así como el llanto; nada le conmovía. Aquel dominio casi sobrehumano que le confería su puesto había terminado por deshumanizarle. De repente, un instinto olvidado provocó que observara la última de aquellas terminales reservada al transitar de pasajeros. Como un punto en el suelo bruñado, un cuerpito inmóvil captó su atención. Sentada sobre su equipaje, una niña se enjugaba las lágrimas. Nadie reparaba en ella, pero ella reparó en la imperceptible cámara y sonrió. Se despertaron en Ferdon sensaciones extintas. Sin atender a las consecuencias, apretó el botón que le desconectaba de su puesto. La plataforma flotante se desplazó unos metros hasta extraerlo. El aire reciclado se mezcló con la atmósfera pura del interior de su habitáculo. La avería fue inmediata.

Consciente de su acción, aplicó sobre sí el castigo correspondiente. Ferdon dejó de funcionar unos segundos después de lo previsto en los protocolos de sanción capital.

Durante dos ciclos completos, el puerto espacial quedó paralizado. Mientras, en la Terminal de pasajeros, una niña se reencontraba con los suyos después de que, afectadas de una extraña avería, en todas las pantallas del planeta se transmitiera la

imagen de aquella pequeña perdida.

Carmen Rosa Signes Urrea (Castellón-España, 1963), ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Revista Planetas Prohibidos, Albim Off, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co-dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico. Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe, El Dinosaurio 2008 (Cuba). Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, y ha impartido talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Crónica policial: Catástrofe en un ángulo de 90°

Marcelo Huerta San Martín
Argentina

Una tragedia devastó a una familia durante la inauguración del primer Umbral Visitante entre Nuevos Aires y Comodoro Rivadavia cuando un atentado en el punto de destino descalibró el equipo de recepción, matando a tres personas en el acto.

Los primeros voluntarios seleccionados para cruzar por el nuevo Umbral fueron Emilio Márquez (42) y sus hijas Andrea (15) y Carmen (7). Márquez llevaba a Carmen en brazos y cruzó a paso vivo al mismo tiempo que Andrea, impulsado por lo que llamó “un temor supersticioso”. Consultado minutos antes del ataque, Márquez había expresado gran alegría ante la inauguración, ya que el dispositivo les permitiría visitar con frecuencia a sus familiares de Chubut, a los que veían muy poco. En particular, Carmen estaba muy entusiasmada porque volvería a ver a sus abuelos.

Lo que ellos ignoraban era que miembros de *Nuestro Mundo es del Señor*, un grupo pentecostal antivisitante, detonaban un explosivo de alta potencia que horas antes había sido preparado en una camioneta ubicada en las proximidades del Umbral de llegada. La detonación descalibró el equipo de captación de destino, motivando que el Umbral de salida quedara orientado de cara al pavimento en el preciso instante de la recepción. Los tres viajeros fallecieron al instante.

El grupo religioso *Nuestro Mundo es del Señor* es una organización pentecostal cuya posición doctrinaria, hecha pública dos años luego de la Venida, indica que los visitantes son manifestaciones demoníacas que deben ser destruidas, así como todo intento de los mismos para imponer su tecnología (“satánica”, según la secta), sus “ideas disolventes” y su “inmunda concepción del acto sexual como una actividad deseable y sana para un número ilimitado de participantes de cualquier sexo, donde toda práctica consentida es válida”.

Sirel, responsable visitante de la instalación de Comodoro Rivadavia, declaró que varios de los controles de seguridad del Umbral incluidos en el diseño original habían sido omitidos, y que solicitaría una completa investigación de la responsabilidad del gobernador de Chubut en el suceso ya que, según declaró, el gobernador exigió plenos poderes sobre el proyecto e incluso llegó a impedir la labor de los veedores visitantes que debían supervisar la construcción.

Sobreviven a las víctimas la esposa de Emilio y madre de las niñas, Elisa Andrade (36) y la hija menor de la familia, Analía (3).

La rotonda de Gessell

Marcelo Huerta San Martín
Argentina

No podía dejar que viviera. Demasiado malo fue enterarme por los diarios de que los clarividentes existen, que sus cerebros tienden a captar con mayor nitidez los momentos de pasión; tener un clarividente en la familia era una completa desgracia, podía arruinarme la existencia para siempre.

Si acaso un clarividente... esa maldita palabra, por qué alguien tenía que tener las cosas claras cuando para mí estaban tan oscuras... si acaso un clarividente llegaba a enfocarse con su maldito cerebro de mutante para ver lo que había pasado diez años atrás en la rotonda de Villa Gesell, mis días de hombre vivo y libre estaban contados.

Justo mi primita, esa con la que de chico jugaba al doctor y de grande, cuando ya tenía ese cuerpazo impresionante, compartía ocasionales revolcones inolvidables, tenía que tener la desgracia de cargar con esa percepción extrasensorial.

Iba a tener que eliminarla.

La excusa fue un picnic. Era raro que estuviéramos juntos al aire libre y la extrañeza se le notó en el rostro. Durante el largo viaje en auto, se la veía tensa, como desconfiada, pero después se relajó, y cuando estábamos por llegar al descampado se reía de mis chistes y todo.

Finalmente llegamos y nos instalamos. Comimos y bebimos y yo fui creando un ambiente distendido y divertido para tomarla por sorpresa; su risa y su serenidad eran sinceras, lo sentía entonces y me convencí después.

Estaba hermosa. Casi lamenté el tener que matarla, mientras buscaba la pistola en el fondo doble de la canasta de picnic.

Donde no estaba el arma que yo había guardado.

El arma que encontré apuntándome a la cara en manos de mi prima.

—¿Qué hacés con eso? Dame la pistola, no seas loca.

—Hace mucho que sé lo que querés hacerme. Desde esa tarde en que me desfloraste sé que me ibas a querer matar, pero hasta ahora nunca me habías invitado a un picnic.

Tragué saliva.

—Cómo mataste a tu novia en Gesell, lo vi hace poco. No dije nada porque no lo iba a poder probar. Y cada vez que me acostaba con vos veía más detalles de cómo me matabas. Pero no tuve una visión del lugar de donde sacabas el arma hasta hace una semana. Y así me preparé para vos.

Como un idiota pensé en la maldita rotonda y en cómo me costó sacar de ahí el cuerpo de Valeria sin dejar rastros. Pensé en que un clarividente puede planear el crimen perfecto porque, sabiendo cómo lo van a descubrir, puede decidir cómo

borraré todo rastro de su delito. Pensé en que no había una puta persona que en el mundo que me fuera a extrañar cuando mi prima me matara.

—Ahora imagínate dónde te voy a disparar, infeliz —gruñó mi prima.

Mientras especulaba con posibles finales que nunca vería con certeza, una llamarada violenta me borró del mundo.



Marcelo Huerta San Martín nació el 7 de enero de 1970 en José C. Paz, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es analista de sistemas, disciplina que aplica también a sus actividades fuera del trabajo, que incluyen la generación de las versiones móviles de Axxón y la co-edición de Sin Dioses.

Varias de sus historias publicadas en Axxón contienen referencias a unos Visitantes Llegados a la Tierra y a los que se enfrenta en nuestro país una teocracia, la Asunción Eclesiástica. Este universo, mencionado al pasar en “Crónica Policial...”, también es parte del trasfondo de “Pulso” (Andernow en Axxón 117), “No viniste, pero estabas” (Axxón 192) y “El pedestal de Eusebio Miranda, Mártir de la Ciencia” (cuento de Urbys). Algún día, quizá, ese universo logrará cuajar en una novela.

Innominada

Patricia Nasello
Argentina

El primer caso se registró hace cien años. Corresponde a un tal Gregorio Samsa.

—Que un hombre joven, saludable, trabajador, amanezca transformado en una cucaracha, es un hecho insólito —declararon las autoridades—. Sería un error distraer parte del erario público para estudiar y disponer medidas sanitarias, puesto que esta situación es extraordinaria —concluyeron.

Tres meses después se produjo un segundo caso, para entonces Gregorio llevaba once días muerto; a través de los dichos de una empleada de la familia Samsa, se supo que su cadáver fue depositado en el tacho de la basura. Nadie protestó: circulaba la versión de que Gregorio tenía tratos con el diablo.

Ese año se contabilizaron un total de diez enfermos. Al finalizar el año siguiente, ellos también estaban muertos. Y se habían sumado otros doscientos casos. Doscientos es el número oficial, se acepta que fueron más, sus parientes no lo daban a conocer por tratarse de una enfermedad vergonzante: por entonces se aseguraba que las víctimas habían tenido un comportamiento sexual depravado.

Los médicos más destacados del mundo se reunieron bajo el lema “Enfermedad Innominada: Posibles Tratamientos”.

Nadie supo indicar cuál era el tratamiento adecuado.

Y seguimos sin saberlo, aún hoy.

El número de víctimas se cuenta por millones.

Los hombres de fe hablan de castigo divino:

—El mundo entero ha devenido en una nueva Sodoma. Dios, asqueado de nuestros vicios, está aplicando Su Justicia —dicen.

Los ateos se contentan con explicaciones políticas:

—El Fondo Monetario Internacional lanzó a la atmósfera una bomba biológica destinada a acabar con los países tercermundistas, pero le fallaron los cálculos.

—Los comunistas hacían experimentos genéticos usando como conejillos de indias a los disidentes al régimen. Y ahora todos pagamos las consecuencias.

—Los judíos tienen la culpa.

Por su parte, las autoridades reconocen que la enfermedad innominada reviste las características de epidemia.

Permanecí a su lado, observándola pasear por las paredes, alimentándola. Su agonía

duró dos semanas. Llegado el momento, coloqué sus restos en la caja de las alianzas de casamiento, a la caja la enterré bajo el fresno que plantamos juntos.

Tengo miedo.

Nunca antes había deseado desplegarme y dar un vuelo corto alrededor de la mesa, como ahora.

Patricia Nasello ha publicado un libro de microrrelatos: "El manuscrito", en 2001. Ha participado en distintas ediciones de La Feria del Libro de su ciudad. Tiene trabajos publicados en diversos blogs, como así también en revistas digitales. Colaboró y colabora con diversos medios gráficos: Otra Mirada (revista que publica el Sindicato Argentino de Docentes Particulares, Córdoba, Argentina), Aquí vivimos (revista de actualidad, Córdoba, Argentina), La revista (revista que publica la Sociedad Argentina de Escritores, secc. Córdoba, Argentina), La pecera (revista/libro literaria, Mar del Plata, Argentina), Signos Vitales (suplemento cultural, Mar del Plata, Argentina), La Voz del Interior (Periódico matutino, Córdoba, Argentina), Página 12 (Periódico argentino), Tiempo Argentino (periódico argentino), La Jornada (periódico mexicano).

Participa, prologa y presenta "Cuentos para Nietos", antología de cuentos para niños, 2009. Ha ganado diversos premios literarios entre los cuales se nombran: Primer Premio concurso nacional Manuel de Falla categoría ensayo 2004, Alta Gracia, Argentina. Tercer Premio concurso iberoamericano de Cuento y Poesía Franja de Honor Sociedad Argentina de Escritores, 2000, Córdoba, Argentina. Finalista concurso internacional Escuela de Escritores en honor a Gabriel García Márquez, Madrid, 2004. Distinción especial concurso nacional "Diario La Mañana de Córdoba", cuento breve, 2004, Córdoba, Argentina. Segunda mención Concurso minificciones.com.ar, enero 2011. Ganadora por jurado séptima, octava y décima quincena Concurso Minificciones en Cadena, 2011. Ganadora Segunda Edición Concurso Minificciones con Imágenes.

La cajita

Ismael Rodríguez Laguna
España

El Rey absoluto del Reino de Alkiatán es un Rey con corona. Lleva su pesada corona puesta en la cabeza en todos los actos oficiales. La lleva puesta en sus reuniones con los ministros. La lleva puesta cuando yace en su alcoba con la Reina y también cuando se duerme después.

El Rey no puede quitarse la corona, pues se le soldó a su cráneo cuando subió al trono. Pero eso no es lo más peculiar.

La corona tiene dos electrodos, en ambas sienes, que pueden producir unos cinco mil voltios. Pueden activarse en cualquier momento. Pero no sin motivo.

Todos los ciudadanos de Alkiatán poseen una cajita con un botón. Algunos guardan su cajita en el trastero de su casa, bajo cajas llenas de objetos olvidados. Otros la ponen sobre su mesilla de noche, junto al reloj despertador. Otros la llevan siempre en el bolsillo.

Cualquier ciudadano puede, cuando quiera, pulsar el botón de aquella cajita para activar los electrodos de la corona del Rey.

Cuando esto sucede, el difunto Rey es enterrado en solemnes funerales de Estado y una comitiva real conduce a palacio al ciudadano que pulsó el botón. Tras limpiar la corona del difunto Rey, se le colocan nuevos electrodos y se suelda al cráneo de dicho ciudadano, que queda proclamado nuevo Rey.

A veces, un ciudadano descontento escucha por la radio una medida política que le desagrade especialmente. Entonces, ese ciudadano se lleva la mano al bolsillo y acaricia con su dedo el botón de su cajita.

Casi nunca pulsan.

Ismael Rodríguez Laguna es profesor universitario en la Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid. Es editor de Sci-Fdi, la revista de ciencia ficción de su facultad, donde publicó dos cuentos. El resto de sus relatos accesibles al público están disponibles en su blog, Historias tras salir del Mundo Ciénaga. Respecto a sus gustos literarios afirma que, tanto cuando lee como cuando escribe, siente especial debilidad por las historias de ciencia ficción algo desconcertantes que, súbitamente, cobran una armonía diáfana al llegar a un desenlace sorprendente, así como por la ciencia ficción donde la ruptura de la realidad y los casos extremos se utilizan para mostrarnos algo sobre la naturaleza humana, algo que quizás no podría expresarse tan bien desde un mundo normal.

La ruta fantasma

Pablo Vigliano
Argentina

Mis dedos repiqueteaban sobre la mesa y mis talones golpeaban el suelo de aquel bar perdido en la ruta. Mojado y embarrado, ansiaba el final de la tormenta para continuar viajando, *huyendo*.

Las tres de la madrugada y yo todavía varado ahí, sobresaltándome con cada trueno. Pronto me atenderían y pediría una taza de café.

Había comenzado el viaje cuatro horas antes, fumando y nervioso, con cielo titilante de estrellas. Pero ese escenario fue mutando hacia un encapotamiento que observaba extrañado. El cúmulo de nubarrones parecía cargado de algo más, de algo desconocido.

—Se confirma el alerta climático para toda la zona —advertía la voz de un locutor por la radio, y agregaba—: Se recomienda a toda la población, choferes y automovilistas, por favor, mantenerse a resguardo durante las próximas horas.

Los Bee Gees sonaron con “Alone”. Entendía la letra: *Yo era un jinete de medianoche en una nube de humo...*

Las descargas eléctricas se hicieron cada vez más frecuentes, dándome una magnitud del diluvio que se avecinaba. De hecho, el agua no tardó en caer como auténticas cataratas.

Los Bee Gees seguían cantando:

...estoy solo

Estoy en una rueda de la fortuna con un giro del destino

El olor a tierra mojada impregnaba el interior de mi Ford Escort modelo 99, que había postergado llevar al taller por un *pequeño* problema hidráulico. Subí los vidrios y me liberé de cigarrillos. El viento me obligaba a agarrar el volante con mayor firmeza. Veía volar ramas de árboles, amputadas por las ráfagas.

...estoy atrapado en la lluvia y no hay una casa

Deseaba parar en una estación de servicio. No me cruzaba con ninguna. Detenerme al borde de la ruta no era una opción, y si me iba a la banquina quedaría empantanado.

Desaceleré la marcha. La radio emitía interferencia, en ocasiones, ensordecedora. Me preguntaba si era posible que fuese generada por el meteoro, o si la provocaría algo más.

Pensaba que ya no habría compañía ni música, justo cuando una voz comenzó a hablar en mi mente. Era una proyección de mí mismo, dándome consejos desde el

asiento del acompañante.

—Gerardo Linburgame: en esa cabaña hacia donde te dirijís no vas a encontrar la tranquilidad para replantear tu vida, quebrada por el abandono de tu mujer. Esa cabaña apesta a recuerdos de pasión y sexo. ¿Por qué mejor no damos media vuelta?

Cerré mis ojos. Al abrirlos, se mimetizaron con la noche. Pronto habría una tempestad.

Oí otra voz. Desde el asiento del acompañante Gustavo, mi primo, me hablaba:

—Imagino que tu gran plan no será ahogar tus problemas en los litros y litros de vodka y tequila que cargás en el baúl, ¿verdad?

Conseguí sintonizar otra emisora, y con ello disipar las voces de mi conciencia. El sujeto hablaba de ovnis. Interesado, y echándole un rápido vistazo a las revistas “Año Cero” que llevaba en el asiento trasero junto a un ejemplar de “El juego de Gerald” de Stephen King, subí el volumen.

—...sus naves espaciales se trasladan escondidas sobre las nubes. Incluso son capaces de formarlas artificialmente...

Un estampido diferente a un trueno me descompensó. Oleadas de agua y barro golpearon el parabrisas.

Por encima de tan cargadas nubes, el cielo se había llenado de luces intermitentes.

—...los avistajes de objetos volantes no identificados por estas zonas están siendo reportados y denunciados por muchos vecinos. Y no estamos locos. Repito: *no* estamos locos...

Por fin apareció la primera señalización vial en decenas de kilómetros, indicando “Zona de servicios.” Más adelante, otra marcaba una curva pronunciada. No la veía: camino y banquina estaban anegados por el mismo barrial.

Me sentí encandilado y aturdido. Perdí el control de mi vehículo. Hubo sacudidas y estallidos. Desde ese momento, ya no estoy seguro de los acontecimientos.

Logré llegar, corriendo bajo semejante aguacero, al bar-parador.

—...así es la historia, mis amigos —decía el locutor, que había musicalizado con Bee Gees—. Nunca hubo ovnis por estas zonas, eso está descartado. Pero, para los gustosos de historias paranormales, cuentan que todavía puede oírse el impacto de aquel Escort contra uno de los árboles de la banquina en “La Curva de la Muerte”. Incluso hay más: en el parador afirman que, si se hace silencio, a eso de las tres de la madrugada, junto al ventanal lateral, se escucha como si alguien tamborileara con los dedos sobre la mesa, ansioso, aguardando, quién sabe, por una taza de café.



Pablo Vigliano (1981) nació en San Miguel de Tucumán. Es Licenciado en Comunicación Social (Universidad Nacional de La Plata). Reside en Rosario desde 2006. Asiduo lector, sus géneros favoritos son la ficción, lo fantástico y lo sobrenatural. Sus autores preferidos son Poe; King; Bradbury; Barker; Maupassant; Hill. Participa del Taller de Corte y Corrección de Marcelo di Marco desde fines de 2012.

Decisión en el umbral

Diego Moreno
Colombia

Con los dedos aferrados a una pluma y una hoja de papel sobre las piernas, Marcos intentaba escribir alguna historia que le permitiera escapar al menos por un rato: faltaban cinco días para su ejecución, y el tiempo era un tictac que retumbaba en su cabeza y no pararía hasta matarlo. Ese traqueteo infinito y constante era su verdadera condena a muerte.

Bajó la mirada a la hoja. Atento al más mínimo movimiento, acechando cauteloso, esperó a que alguna palabra apareciera. Algún vestigio que lo impulsara hacia otro mundo.

Sentado en una banca de cemento y sin apartar la mirada del papel, percibía cómo el primer rayo de luz de la mañana se deslizaba, lento, sobre el óxido de los barrotes.

Por el ventanuco entraba el estruendo de la lluvia azotando el patio del penal.

En casi todos mis cuentos llueve, pensó. Cuánto daría para que esto fuera uno de ellos.

De pronto, notó que algo se movía sobre la superficie blanca. Sorprendido, intentó seguirlo con la pluma, marcando el camino por el que ese algo transitaba. Algunas letras de tinta azul perfilaron al diminuto intruso, que ahora caminaba a su gusto sobre el papel.

Marcos siguió cada uno de sus movimientos, cada uno de sus gestos. Desde lo alto, perseguía el enorme sombrero de fieltro negro que deambulaba escurridizo entre los renglones, seguido por la punta del esfero.

Dámaso, quien había revelado su nombre entre letras borrosas, andaba cada vez más y más rápido por las últimas líneas. Corrió hasta el final de la hoja. Con el flujo de sus pasos garabateó la palabra “puerta”, la entreabrió y desapareció por la abertura.

Marcos, arrastrado por su pluma, corrió por el último renglón, se asomó por esa misma puerta y vio unas escaleras de madera que bajaban en caracol. En lo profundo distinguió a Dámaso, que descendía de prisa. Marcos supo que debía seguirlo. Se quitó los zapatos para no hacer ruido y fue tras él. Manteniendo una prudente distancia, llegó al pie de las escaleras y se encontró con un extenso pasillo.

Al fondo brillaba una luz intensa que provenía del exterior y perfilaba la silueta de Dámaso acercándose a ella.

Marcos avanzó, sigiloso. Percibió un murmullo urbano: el ronroneo de los motores y el pregón de los vendedores ambulantes aumentaban a cada paso. Ahora el smog se colaba por sus narices, brindándole una paradójica sensación de libertad. Cerró los ojos, pero un grito femenino lo sacó de su abstracción. A contraluz, logró

ver el contorno de Dámaso abalanzándose sobre el de una mujer. Marcos no sabía de dónde había salido ella, y tampoco veía bien lo que ocurría... pero esos alaridos pedían auxilio.

Marcos se acercó un poco más, hasta que lo paralizó una voz amenazante que estremeció el pasillo:

—¡Quién anda ahí! —gritó Dámaso.

Marcos, al ver que Dámaso corría hacia él enarbolando un cuchillo, dio media vuelta y huyó por el corredor. Extrañando como nunca sus zapatos, oía los pasos de Dámaso retumbando cada vez más cerca. Llegó a las escaleras de caracol y subió lo más rápido que pudo, pero se detuvo frente a la puerta. Los pasos de Dámaso, ahora subiendo lentamente, resonaban a metros de él.

Abierta, la puerta de su celda lo invitaba a refugiarse.

Él recordó la luz intensa que provenía del exterior, el murmullo urbano, el smog. Apretó los puños y se sorprendió con el tacto de la pluma, que seguía en su mano. Entonces probó su filo y resistencia con el índice, y la empuñó. De espaldas a la puerta, se paró firme. Firme y al acecho.

En la celda, inexplicablemente vacía, los guardianes solo encontraron un par de zapatos y una hoja de papel con frases inconclusas y sin importancia.

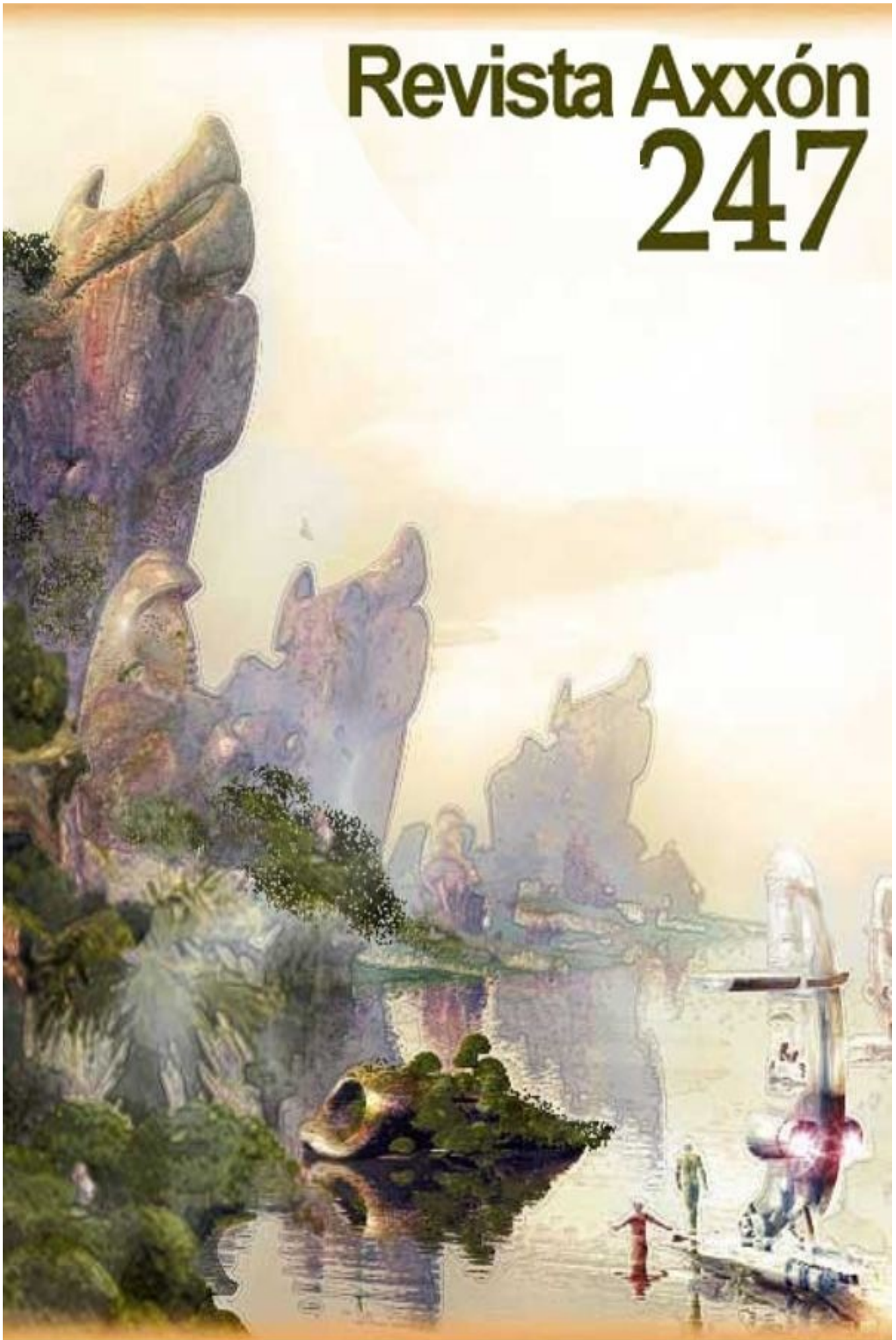
Y, salpicando el último renglón, algunas gotas de sangre.

Diego Moreno nació en Medellín (Colombia) en 1975. Actualmente vive en Buenos Aires y, desde el año 2010, asiste al taller de narrativa de Marcelo di Marco. Es historiador y candidato a Magister en Filosofía e Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Sus investigaciones combinan el lenguaje escrito con el lenguaje visual: se desempeña también como fotógrafo documental y artístico.

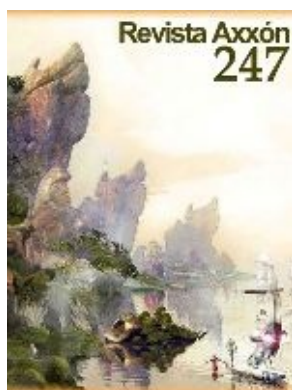
En Colombia hizo parte del taller de narrativa del escritor Mario Escobar Velásquez y fue guionista y coordinador del programa literario "Palabra viva", de la Emisora Cultural Universidad Nacional de Colombia.

Sus ensayos, cuentos y fotografías han sido publicados en libros y revistas como La Gazette des Arts, Palabra viva, Cuadernos libres, Las Ciencias Humanas a debate y la gaceta del Museo Argentino "Bernardino Rivadavia". Actualmente trabaja en su primera novela.

Revista Axxón 247



Contenido 247



- Editorial - [Revoluciones](#)
- Relato - [Extraña luna de miel](#)
- Relato - [El peso de la moneda](#)
- Artículo - [Francisco Solano López \(FSL o Fast Sex Light: Raudo Sexo Luminoso\)](#)
- Relato - [Los Inmortales](#)
- Relato - [¡Urghooooo!](#)
- Relato - [Perras in de nai](#)

Revoluciones

Dany Vázquez

Al mirar a mi alrededor puedo ver una infinidad de cosas que son *de ciencia ficción*. No me refiero solamente a los elementos tecnológicos —y principalmente informáticos— que hoy nos rodean o que esperan su momento en los laboratorios. Hay otros elementos, aquellos asociados a los fenómenos sociales, que también están transformando de forma apabullante la manera en que nos relacionamos. Bombardeados por una conectividad que vuelve prácticamente inmediato cualquier suceso, sea importante o no, no llegamos a valorar en su totalidad ni el medio ni el mensaje, porque ya hay algo más que reclama nuestra atención y entonces todo se vuelve vacío y evanescente.

Mis hijos pertenecen a esa generación conectada desde su nacimiento. Yo también estoy inmerso en este mundo conectado, pero debo reconocer que soy un adoptado, alguien que ha migrado con ganas pero a la fuerza a este nuevo mundo que no termino de entender. Yo nací en otro siglo, cuando para interactuar con otra persona había que verla, tocarla, hablarle frente a frente. Como última opción estaba el teléfono, el *cableado*, no el omnipresente celular. Cuando recuerdo mi niñez, incluso mi adolescencia, veo un mundo diferente que funcionaba a otra velocidad, y eso se nota claramente en quienes debemos interactuar con nativos de este mundo que marcha a la velocidad de la luz. Ojo, no es un tema de nostalgia, sino de *otredad*: en este otro mundo vivimos inmersos en una revolución constante y frenética, y debemos estar preparados para una adaptación permanente.

Sin embargo, es obvio que esto es sólo uno de los niveles visibles de las cosas. En este mundo convulsionado hay muchas capas de realidad que se superponen, con corrientes y contracorrientes que pululan de forma invisible buscando su lugar y su supervivencia día a día. Porque las cosas que se han corporizado no son sólo maravillas.

Aunque en su nacimiento haya sido planteada como escapista, esta literatura que muchos hemos tomado como propia se caracterizó luego por ser revolucionaria, por empujarnos siempre un paso más allá, por abrirnos los ojos y, por sobre todas las cosas, la imaginación.

Jinetes montados sobre una ola gigantesca e inevitable, tal vez tengamos tiempo, todavía y a pesar del vértigo embriagador, para ver a quienes nos rodean y también a nosotros mismos. En esta realidad cambiante, muchas veces fría y cruelmente materialista, el arte sigue siendo un camino válido no sólo para levantar banderas de alarma, sino también para crear alternativas que nos permitan vislumbrar un futuro más justo y equitativo.

Que así sea, pues, nuestra revolución.

Axxón 247 – octubre de 2013
Editorial

Extraña luna de miel

Eduardo Poggi
Argentina

1



Ilustración: Pedro Belushi

La emoción se había apoderado de Paula en ese cruce mágico hasta las islas, en embarcaciones típicas con flotadores laterales y antorchas en la proa que permitían vislumbrar el mar transparente. La paz del lugar la tranquilizaba, y había logrado olvidar las oscuras pesadillas que durante tanto tiempo la persiguieron: el cadáver en llamas de su padre la acosaba, ella quería correr pero no disponía de fuerzas, y al caer, su padre la encerraba viva en un oscuro cajón... hasta que despertaba empapada en sudor y temblando.

Con los brazos colgando a ambos lados de la barca, disfrutaba del sonido de los remos en el agua fresca que rozaba sus manos. Todo ha quedado atrás gracias a Andrés, pensaba. Él me ha cambiado la vida.

Después de atracar, guiada a través de la noche que estrechaba el sendero abierto en la fronda, una sinfonía de cantos extraños, los sonidos de la selva, tensionaba la caminata.

Supuso que habían llegado al lugar del encuentro: un claro en medio de los árboles. Sola y entre nativos, hombres y mujeres reunidos en grupos. Había algo en

sus miradas, parecían ausentes.

La narcosis, pensó Paula, provocada por algún brebaje.

La salida de la luna y el comienzo de la danza coincidieron. Un súbito ventarrón movió el follaje, y la maraña de árboles que rodeaba el claro cargó de presencias fantasmales la ceremonia.

Un incesante y monótono golpeteo de cañas contra troncos huecos acompañaba a los danzarines. Impresionaban a Paula la colosal estatura, los ojos saltones, la agresividad en los gestos de lucha ante un imaginario enemigo. Los tatuajes y pinturas y hachas, lanzas, mazas y otros instrumentos de muerte, les daban aspectos aún más feroces. Las antorchas en círculo echaban reflejos siniestros en esos cuerpos sudorosos.

Poco a poco, la tensión empezó a aflojarle los recuerdos que la habían llevado hasta allí.

2

La noche anterior, al entrar en la palapa, había creído adivinar los pensamientos de Andrés. Y le dijo:

—¿No quieres ir, no?

—No, Paula, no quiero —le contestó con el ceño fruncido, la voz dura—. Y quisiera que vos tampoco fueras. Y menos, al pensar en esas cosas que te ocurrieron después de la muerte de tu padre.

Pasaban la luna de miel en una de las islas de la Polinesia, Tahití. Habían leído en Internet que el espíritu de aventura caracterizaba a aquellos que se decidían por ese itinerario, y ahora él se negaba a disfrutarlo.

—Crucemos a la isla, Andrés —ella lo abrazó—. Lo que veremos en el bosque será divertido, nunca olvidaremos la experiencia.

Le recordó que el sitio web recomendaba: «Una cultura exótica de costumbres tribales, en un paraíso terrenal donde los hombres y las mujeres viven en inocencia y alejados de la civilización». Esas razones los habían alentado a concretar el viaje... ¿y ahora él daba marcha atrás?

—¿No es cierto que iremos, Andrés? —siguió diciendo, y lo besó.

—¿No te acordás, Paula, lo que nos dijo Louis?

Louis Marat, hijo de franceses radicado en las islas diecinueve años atrás, amigo de la pareja, los había visitado tres días después del arribo: «¿Ven esa isla?» —Louis había estirado el brazo para señalar la isla que se veía frente a la cabaña reservada por la agencia—. «Bueno, las creencias populares hablan de dos islas solitarias que, ante la desaparición de una, la otra se dejó morir hundiéndose junto a su hermana. La muerte las ligó bajo las aguas: brotaron del mar fundidas por una cadena de coral. Pero no hay riesgos, crucen a la isla y asistan a una típica fiesta nativa. Todo es muy

natural. Les gustará».

—Te encaprichaste, Andrés. Todas las ilusiones depositadas en este viaje derribadas por tu estúpido capricho.

—¿Estúpido? ¿Tenés idea del peligro? ¿Si la isla está deshabitada? ¿O si está habitada por caníbales? Recordá lo que Louis nos dijo, yo no lo olvido: «Esos instintos todavía duermen en la sangre de los nativos».

—¡Estás sacando de contexto las palabras de Louis! —Paula se apartó de él, cruzó los brazos. La expresión de su cara cambió—. Louis nos dijo que acá los hechos se imponían sobre la razón, acá la vida se movía en una maraña de tabúes, en una red de conjuros: la práctica de la hechicería, la vida dedicada al culto de los antepasados...

—¿Y acaso no es lo que estoy diciendo?

—¡No me interrumpas! —el fastidio la vencía—. Te olvidás de su consejo. Pues bien, yo no: «Deben respetarles sus creencias sin afectarse, no hay riesgos». Entendelo, Andrés: no-hay-riesgos.

Pero fue imposible convencerlo.

Él se quedaría. Ella iría esa misma noche.

3

Un gong, címbalos y redobles despejaron el centro de la pista para permitir la entrada de una figura espectral cubierta con crines, espejos, plumas. El ser se encorvaba, se extendía con gestos grotescos. Cerró furioso las mandíbulas al ver a otro brujo de garras largas.

El bien y el mal enfrentados, pensó Paula. Y desvió sus ojos de uno a otro hechicero.

Sentados en la penumbra, unos nativos de ojos saltones cayeron de golpe en trance: empuñando largos y afilados kris, sacudieron los brazos y se lanzaron feroces al ataque sobre un enemigo invisible. La música incitaba aún más a los bailarines desnudos: gemían agitando las flamígeras dagas, clavándoselas en los muslos, con la boca desbordante de espuma y los cuerpos estremecidos en convulsiones. Aunque empleaban toda su fuerza, muy pocos salían heridos: las puntas de los kris no lograban penetrar del todo la carne, invulnerable por la rigidez de los músculos. Y Paula supuso que las heridas graves debían suceder al relajarse las fibras de la carne.

Los posesos despertaron de su trance y fueron desarmados.

El éxtasis de esas escenas aún perduraba en Paula, cuando las mujeres comenzaron su rito: gritaban, blandían las armas en forma más feroz y violenta.

Las mujeres corrían entre algunos nativos desplomados sobre sus propios vómitos, y otros paralizados de pie. Se acercaron a Paula y la obligaron a unirse a la locura. Superada por el caos, no tuvo otra opción más que aceptar, y varias de entre

aquellas brujas disputaron su posesión.

Los hombres que, según Paula, representaban el bien y el mal, descubrieron el motivo del forcejeo, y la curiosidad se les transformó en ira. Ahora ellos pretendían poseer a Paula: la manosearon, le mostraron sus dentaduras amenazantes, apretaron sus cuerpos contra ella. Se sintió vejada. Afloraron a su mente las viejas costumbres caníbales que Louis les había relatado, y pensó que podían intentarlo en cualquier momento de ese descontrol.

Fue alejándose, huyendo hacia un costado, simulando bailar. Quiso encontrar a sus guías. Imposible. Las mujeres atacaron con furia a los hombres y volvieron a poseerla. La rodearon, comenzaron a tirarle del pelo, a agarrarle la camisa, una mano se metió por su escote y tiró y rompió varios botones, y vio que una de las mujeres desnudas con una enorme boca se le acercaba con algo en las manos y unos brazos la agarraron por la espalda y la inmovilizaron y la obligaron a enfrentar a la mujer y ella pudo ver que lo que traía entre las manos era una urna y la obligaron a tragar una poción densa y amarga de esa urna podrida con un brebaje que creyó compuesto de mezclas líquidas y cenizas. Paula cayó en un trance de vértigo.

De la enorme boca de la mujer manaba un humo, una neblina que flotando subía y se ensanchaba poco a poco, y cuando adquiría cierto volumen, se desvanecía. Eso pasó un número de veces que Paula no podía precisar. Pero se daba cuenta que, aunque borroso, el volumen iba tomando forma humana y reventaba como un cadáver putrefacto. Hasta que ese volumen transformado en un cuerpo, de pronto explotó en llamas y creyó reconocer el cuerpo candente de su padre. Quedaron dos figuras frente a Paula: contra un fondo de figuras moviéndose alocadamente, su padre en llamas y la mujer.

Esa imagen del padre se le acercaba con el brazo extendido y el puño amenazante. Cantaba gutural, rítmico: *tu papá, tu papá, tu papá*. ¿Qué decía? ¿Qué le quería decir sobre su papá? Entonces, ese cuerpo calcinado abrió el puño, arrimó la boca y sopló la palma de la mano. Una nube blanca rodeó la cabeza de Paula, y al respirar sintió un ardor en las fosas nasales, en la garganta, y un calor recorrió su piel. La imagen volátil del padre desaparecía absorbida, esfumada entre el polvo que le habían soplado. Ondulante, la nube se transformaba en una grotesca boca de muerto con las cuencas vacías y una dentadura de colmillos enmohecidos.

Esa boca flotó hasta la bruja desnuda, y de una dentellada le arrancó la lengua. Los dientes jugaban con los restos de la lengua desgarrada.

La mujer, que se retorció de dolor, empezó a reírse a carcajadas mientras sacudía la mano con la urna de la que Paula había tomado el brebaje.

¿Habría sido todo una alucinación?

Ella no aguantó más. Maldijo a Louis por haberle recomendado ese espantoso espectáculo. Y huyó sola, sin esperar a los guías, sin sentirse todavía recuperada del todo.

La espesura se cerraba sobre ella mucho más que al llegar: un túnel de donde

sentía que en cualquier momento aparecería un monstruo. O peor, un caníbal para devorarla. O mucho peor, algo desconocido para cubrirla bajo una oscuridad sofocante. ¡Cuánta razón había tenido Andrés al prevenirla sobre esas pesadillas que le habían ocurrido después de la muerte de su padre!

Se sobresaltaba con cada ruido. Ruidos perversos: los muertos vivos, las carcajadas, el cuerpo incandescente de su padre. Avanzaba en esa oscuridad sin detenerse, chocaba con los árboles que bordeaban el sendero, le dolía un raspón en el brazo: el chicotazo de una rama. Tras cada sombra veía a un nativo acechándola, a su padre señalándola. Marcándola con desprecio.

La muerte misma la señalaba.

Repasó los hechos. La sinfonía de la llegada se le fue convirtiendo en un coro de gemidos y estertores. Fuerzas ancestrales, que Paula creía inexistentes y lejanas, querían apoderarse de ella. Un ritual, hasta ahora desconocido, adquirió un significado imposible de ignorar: tenía el presentimiento de ser parte de una cultura con la que nunca había soñado. Se sintió envuelta por los fantasmas, por un alma en pena asediándola.

Distinguió destellos borrosos más allá de los árboles y oyó el romper de las olas. Apuró el paso, y al pisar la arena se dio cuenta de que había equivocado el camino: ¡las luces de las embarcaciones brillaban como pústulas en el otro extremo de la pequeña bahía! Cuando vio las antorchas de proa reflejadas en el agua, corrió para llegar a la barca más cercana. Pero tropezó y cayó.

4

Paula despertó llorosa. Casi desnuda y con los vestidos revueltos, rápidamente sacudió las hojas de su pelo, quiso abrocharse la camisa y notó que le faltaban botones. Aún aturdida, miró a su alrededor.

¡Se encontraba en la puerta de la cabaña! ¿Se había desmayado? ¿Quién la habría cargado hasta ahí?

Confundida, se levantó y entró en la palapa. Cruzó el ambiente que precedía al dormitorio, en busca de Andrés.

Al entrar, lo vio tirado en la esterilla como un muerto.

¿Muerto?

No lo pensó más: encendió un fósforo, se le acercó, y súbitamente Andrés abrió los ojos. ¡Ojos de zombi! Como los de su padre: la carcomían con la mirada. Fantaseó con la imagen del viejo comiéndose los colgajos putrefactos de su mamá. ¡Y aquella maloliente y corroída dentadura otra vez! No pudo evitar un grito. Sintió un agudo dolor en la garganta y un mareo.

—¿Qué pasó?

Aún tirada en el piso, Paula sentía un dolor punzante en cada hueso. Había vuelto a desmayarse.

—¿Qué pasó? —repitió un hombre, un desconocido con bermudas, joven, de tez oscura y camisa negra. La miraba muy serio.

Paula trató de levantarse. Pero el muchacho la contuvo poniéndole una mano en el hombro.

—¡Andrés! ¿Dónde estás, Andrés?

—Usted está bien, señora —le dijo el joven, sin quitarle la mano—. Pero es mejor que espere un poco para recuperarse.

Paula sintió resecos sus labios. Los humedeció con la punta de la lengua.

—¿Quién es usted? —dijo, y clavó su mirada en el extraño—. ¿Y mi esposo?

—Soy médico, señora. Aubert Guizot para servirla. Y él —señaló a otro hombre que parecía examinar el piso caminando alrededor de la estera vacía—: él es Jaques Pomare, jefe de policía.

—¿Y mi esposo? —preguntó Paula otra vez. Quiso sentarse, pero se dio cuenta de que el médico insistía en impedirselo—. Mi esposo...

—...su esposo está bien. En el baño.

—Es que... lo vi... —Paula se agarró la cabeza.

—Nos avisaron —dijo el médico—. Oyeron un grito. Usted, desmayada al lado de él. Y su esposo con un susto horrible cuando la vio desplomarse en sus brazos. Ahora, al ver que se recuperaba, fue a lavarse la cara, a tomar un respiro.

—Qué error —susurró Paula, suspirando—. ¡Qué error!

El policía escuchó y se acercó a ella.

—¿Qué pasó, señora? —él también tenía una camisa, pero con dibujos raros. La tez más oscura, lentes ahumados, brazos con cicatrices. Las venas azules palpitando, los dedos largos y nudosos y las arrugas, daban testimonio del paso del tiempo y la índole de su trabajo—. ¿Cuál es el error?

—La macumba —dijo Paula—, la macumba me obnubiló. Abrí la puerta, la oscuridad me obligó a encender un fósforo, y entré temblando a la habitación. Andrés ahí, con la misma mirada fija de papá... —Paula tapó su cara con las manos—. Me miraba raro, pensé que había muerto. Un resplandor fosforescente le brotaba de las pupilas. Supongo que por la luz del fósforo. Yo venía de la isla, de un rito vudú o algo así. Me asusté, y cuando corrí para subir al bote, tropecé en la playa.

—¿Y cómo llegó hasta acá? —preguntó el policía.

—No sé. Yo me desmayé en la playa de la isla —ella señaló hacia la oscuridad del mar, suponiendo que señalaba la dirección correcta.

—¡Ah, los turistas! —dijo el médico—. Nada que ver ni con el vudú ni con macumbas. Son fiestas, ritos, bailes extravagantes de los nativos de esa isla. Se

supone que algo llevan en la sangre, y el resto lo arman para ustedes. Si nos basáramos en esas leyendas, nuestro trabajo no tendría sentido. ¿No le parece?

Paula se sentía exhausta.

—Pero... me soplaron un polvo blanco en la cara —insistió, segura de lo que había vivido.

—Arena molida, señora —dijo el policía.

—Pero... me ardió la garganta, me sofocó.

—Un poco de pimienta en la arena —le dio la mano a Paula para ayudarla a levantarse—. Actúan bien y hacen buen dinero.

—Me dieron algo de beber, y decían algo así como *tu papá* —ella cabeceó convencida—. Sí, sí, eso decían: *tu papá, tu papá*. ¿Cómo conocen a mi papá?

—¿Quién se lo dijo?

—No sé, alguien.

Mejor me callo, pensó. Si les cuento, me creerán loca.

—Cosas de gente sugestionable —dijo el policía sacando una libreta del bolsillo de su bermuda. Y anotó algo que Paula no pudo ver—. Gente inculta. Le deben haber dicho *tupapáu*.

—¿*Tupapáu*? ¿Y qué es eso?

—Dicen que el *tupapáu* es el alma entrando en la eternidad —explicó el médico—. El alma que, bajo ciertas circunstancias, queda flotando en el lugar de su muerte.

—Bueno —el policía se rascó la cabeza—, eso creían los nativos antes de que la civilización llegara. Dígame —volvió a rascarse y frunció el ceño—: ¿usted fue sola a esa fiesta?

—Me guiaron dos personas recomendadas por Louis.

—¿Quién? —el policía levantó las cejas y la cabeza al mismo tiempo.

—Louis —aclaró Paula—. Louis Marat.

—Ah, Louis —el médico lo miró al policía—. Este Louis siempre recomienda lo mismo. Seguro que alguno de los guías, al verla tirada en la arena, se asustó más que usted y la cruzó.

—¿Ustedes conocen a Louis?

—Sí, claro —el policía mojó la punta del lápiz y siguió anotando en la libreta—. Por la índole de su negocio, nos vemos bastante seguido. Y usted —miró a Paula—, ¿desde cuándo tiene tratos con él?

—Somos amigos. Nuestras familias se criaron juntas en la campaña francesa. De eso, hace ya más de veinte años. Antes de venirse a Tahití.

—Es una excelente persona —dijo Aubert—. De actitudes insólitas, pero buena persona.

—Pero... —Paula insistió—. Los muertos transformados en *tupapáu*: ¿Cómo es eso?

—Ya le dije: creencias populares —el policía volvió a rascarse la cabeza—. Creían en los espíritus por temor al castigo. Practicaban la antropofagia. No para

alimentarse, como comúnmente se piensa, sino para apoderarse de las cualidades de la víctima. Terror a las tinieblas, al silencio, a lo desconocido. Contra todo eso, ellos usaban la más inofensiva de las armas: la luz —el policía calló.

—Me sorprendí al ver casas abandonadas y con luz —dijo Paula.

—Así es —Pomare asintió con la cabeza—. En las noches, aun en los tiempos que corren, en pleno siglo XXI, siempre hay una luz en cada choza.

Paula vio que Andrés salía del baño, y corrió a abrazarlo.

—Paula... —él abrió sus brazos—. ¡Qué susto me diste! Te dije que no fueras, amor.

Ella no encontró palabras. Se cobijó en los brazos de Andrés y apoyó la cabeza en su pecho.

Después, los saludos, las sugerencias del médico y el policía para evitar situaciones extrañas, la partida de esos dos amables hombres casi al mismo tiempo.

Y Paula se abrazó más fuerte a Andrés.

5

Esa noche, tendida en la esterilla junto a su hombre, Paula no podía dormir. ¿Por qué razón Louis los habría entusiasmado tanto para que cruzaran a la isla? «En este rincón olvidado, la muerte ejerce una seducción misteriosa», recordó que les había dicho.

Oyó un inesperado viento soplando del océano, un relampagueo sobre su cabeza seguido por un ligero crepitar. Titilaron las lámparas de aceite hasta casi apagarse.

Un temblor la recorrió, se le erizó la piel. Un gusto ácido en la boca, un olor acre. Y sorpresivamente las llamas de las lámparas volvieron a parpadear, a recuperar su energía.

Afuera, el viento se calmó.

—Andrés —lo llamó zamarreándolo—. ¡Andrés!

Ella dudaba. Lo miraba dormir. ¿Por qué esa extraña sensación al mirarlo dormir? Lo miraba como todas las noches. Pero... ¿dormía? ¿Fingía dormir o, en su sueño, latía una vida diferente? Esas venas masculinas palpitaban en sus sienes. La respiración entrecortada, su corazón latiendo, el pecho dilatándose. De pronto se aceleró la respiración hasta llegar a un jadeo, y sus ojos, moviéndose detrás de los párpados, vivían como apartados del cuerpo, como si tuvieran vida propia. Como si la acecharan, a punto de echársele encima.

Pero Andrés sonrió. Sonrió dormido.

Aunque... nunca le había visto una sonrisa así. ¡Una sonrisa... *maliciosa*! Una grotesca boca, un óvalo en el centro de dos ojos negros estampados en una cara de cebo derretido.

Muerte. Muerte. Muerte por donde ella mirase.

—¡Andrés! —esta vez le cacheteó la mejilla.

Él entreabrió su boca seca y volvió a sonreírle. Ella miraba las sombras de la habitación, cambiantes por el flamear de las lámparas.

—Qué... ¿qué pasa?

—Shh... Tenías razón cuando me dijiste que no fuera. Escuchá, Andy, escuchá.

Paula oía ruidos. Ruidos raros. Ruidos que le evocaban almas en pena entre las chozas de paja abandonadas por temor al espíritu de los muertos. Muertos vivos vagando por los pantanos. Muertos. Todos iguales a su padre, todos convertidos en el espectro de su padre.

—No escucho nada. ¿Qué te pasa, Paula?

—Oí... shh... shh. Papá rondando la choza. ¿Escuchás?

—¡De nuevo con esas cosas, Paula!

No eran solo *esas cosas*: la tumba vacía que Paula había encontrado jugando en el jardín de su casa de Giverny, en la campiña cercana a París, las voces y pasos que siempre oía detrás de las puertas o en otras habitaciones —a veces cuando trataba de dormirse, debajo de la cama, adentro de un armario, o detrás suyo al caminar, o reflejados en los vidrios de las puertas, caminando detrás de ella—. Una silla que se acercaba, gente con un gesto macabro marchando por el aire, sombras arrastrándose, cruzándose en su camino, rodeándola y aullando lúgubres quejidos. Y ella aprendiendo esoterismo, y sin saber si precisamente por eso ocurrían *esas cosas*, o realmente *esas cosas* ocurrían.

—No solo con *esas cosas*, Andrés —Paula bajó la cabeza—. Nunca pude contártelo.

Él le puso la mano en el mentón, le besó el cuello y le levantó la cabeza.

Por fin, ella podría contarle *todo*.

6

—Antes de su muerte —dijo Paula—, papá me obligó a prometerle que, al morir, yo debía incinerar su cadáver y arrojar las cenizas al mar.

—¡Vaya la novedad, Paula! Si vos misma, cuando nos conocimos, me pediste que te acompañara a retirar las cenizas del nicho para arrojarlas porque esas cosas te asustaban.

—No le cumplí la promesa a papá, Andrés. ¿Entendés? No cumplí.

—Cumpliste, Paula, cumpliste. Que haya sido yo quien esparció las cenizas, no significa que fallaras —Paula creyó verle una expresión de asco—. Fue horrible que el viento me las devolviese contra mi cara. Sentí que me ahogaba al verme obligado a tragar parte de ellas. Pero la promesa está cumplida.

—Así que fue eso...

—Así es, eso me pasó —él se arrodilló en la estera—. Y, aunque vomité, te puedo

asegurar que esa sensación de llevar las cenizas de tu viejo muerto dentro de mí no fue agradable —una arcada lo obligó a sacar un pañuelo para secarse una baba que le pendía de los labios—. Todavía me dura esa repugnancia.

Paula se sentó en la esterilla y se recostó contra el tabique que separaba el dormitorio del baño. Él hizo lo mismo.

—Papá me persigue desde hace mucho. Desde que... —ella se abrazó las piernas, bajó la cabeza y apoyó su mentón entre las rodillas.

—Tu papá murió, Paula —él le puso su mano en el hombro—. No puede perseguirte. Es imposible. Está muerto.

—Estoy segura, Andrés: papá me persigue, quiere vengarse.

—¿Vengarse? ¿De qué?

—De la cremación —ella dudó. Un suspiro le dio fuerzas para seguir—. Durante la cremación, el cadáver de papá se arqueó, quedó sentado, con un brazo extendido, señalándome. Los ojos de papá se abrieron, me miraron fijamente, y en su expresión creí entender que me decía: «No te atrevas a desobedecerme. No te atrevas a incumplir la promesa».

—Pero, mi amor —Andrés la abrazó con ternura—. ¿No me digas que presenciaste la cremación?

—Sí, nunca te lo conté —Paula sintió que los brazos de Andrés la apretaban—. Me asusté mucho, me dieron la urna con las cenizas de papá, no supe cómo actuar, pasé semanas o tal vez meses durmiendo con la urna a mi lado. Y me sentí muy mal por no cumplirle la promesa.

—Pero... —él parecía no saber cómo actuar ante una actitud tan loca y culposa—. Pero si fuimos juntos a retirar la urna al cementerio.

—Claro, después de que yo lo encerrara.

—¿A quién encerraste?

—A papá. Lo encerré a papá en ese nicho al que fuimos juntos a retirar las cenizas: el nicho de mamá. Lo encerré al lado del cajón de mamá, Andrés. ¿Te das cuenta? Al lado del cajón de mamá. No me atreví a tirar sus cenizas al mar ni a ningún otro lado. Por eso papá quiere vengarse.

—¡Mi amor! —él la consolaba, le acarició la mejilla—. Ya todo pasó. Ya le cumplimos.

—Lo tuve encerrado años y años, hasta que por suerte te conocí —Paula negaba con la cabeza, convencida del horror que le había infringido a su padre—. Pobre papá. Lo que debe haber sufrido ahí adentro, solo, y al lado del cajón con la ruina de mamá. ¿Te imaginás, Andrés? Pobre. ¡Qué sufrimiento!

—¡Pero mi vida, qué decís! La culpa de todo lo que has vivido es de Louis. ¡Así es! —sacudía su mano, el dedo índice extendido, reforzando sus palabras—. Si aquí hay un culpable, ese culpable es Louis.

¿Louis? ¡Qué tenía que ver Louis en todo eso!

Paula sintió ahogarse en los brazos de Andrés. Los brazos la sofocaban. La misma

sofocación que su padre debió sentir encerrado durante tanto tiempo en esa tumba, junto al cadáver podrido de su madre.

De un empujón se separó de Andrés.

Paula presintió algo: ¿esa mirada otra vez? Algo había detrás de esa mirada. Sacudió la cabeza, como queriendo liberarse de los fantasmas que la seguían desde hacía ya tanto tiempo.

Notó que Andrés cambiaba el rictus. Su expresión la calmó.

—Algo me envolvió, Andrés. Cuando abrimos el nicho, algo me envolvió. Una ráfaga, algo salió del nicho y nos cubrió el cuerpo. ¿No lo notaste?

Él no respondió. Le acariciaba el pelo, le besaba las lágrimas, el cuello. Volvía a acariciarle el pelo, lo acomodaba detrás de sus orejas.

Se quedaron así hasta que Paula comenzó a abandonarse a sus caricias.

Poco a poco el entresueño fue actuando. Creyó ver que una sombra se separaba de Andrés, la contemplaba como con deseos de poseerla, y volvía a introducirse en el cuerpo de Andrés que la cubrió con sus brazos.

7

Al despertar, Paula se apartó de él. ¿Por qué la asfixiaba?

Otra vez lo miraba dormir. Y otra vez los ojos moviéndose detrás de los párpados, viviendo otra vida. Un alma en pena. Y ese gesto con la boca, repetido. La punta de la lengua apenas mordida, los labios uniéndose y desuniéndose, uniéndose y desuniéndose en aquella expresión: *tupapáu, tupapáu*.

—¿Andrés? —se atrevió a preguntar, y temió la respuesta.

Ya no lo toleró. Fue a la mesa de la cocina, abrió el cajón de los cubiertos y empuñó un cuchillo. Volvió. Y cuando se detuvo a su lado, se sorprendió cuando él abrió los ojos, sonriéndole. Y, entonces, lo primero en caer al piso fue la hoja de acero. Después fue ella la que cayó de rodillas en una náusea mortal ante la transformación. Nada de lo vivido lo había vivido entre tanta tiniebla.

Hubiera preferido morir antes que enfrentarse a esa arqueada figura calcinada, a esa inconfundible dentadura de colmillos enmohecidos, los brazos extendidos reclamando.

Eduardo Poggi (Buenos Aires, 1945) integra el círculo de escritores de horror y fantasía «La abadía de Carfax». Escribe sobre plástica y literatura en el periódico cultural FINy en la Revista Axolotl. Los cibernéticos Axxón, BNTB, El aleph, NM, QI, Revista Axolotl, Literarea y el suplemento cultura del diario Perfil han publicado algunos de sus cuentos y cuadros. Alterna su pasión por las letras con la pintura y la composición musical. Su novela inédita *Razones de un homicidio* fue publicada por capítulos en su blog «Letras, colores y sonidos». El libro de cuentos «Terminar con todo» aún permanece inédito.

El peso de la moneda

Christian Flores
Argentina



Ilustración: Duende

Aunque el propio autor del hallazgo juró hasta el día de su muerte que el descubrimiento de la moneda se remontaba a principios de los años sesenta, se cree, en base a la información ofrecida por supuestos testigos (entre quienes se encuentra Oscar Marino, el ayudante en la expedición que tuvo lugar en El Cofre), que fue realmente adquirida a mediados de los cincuenta y que su descubridor la escondió durante, aproximadamente, cuatro años, que fue el tiempo que transcurrió antes de que la existencia de la moneda se volviera inocultable.

Para entender mejor la historia es preciso que nos remontemos a su hallazgo. Y aunque no podamos pretender una fidelidad total a los hechos, presentaremos un artículo testimonial que data de mayo de 2010, en el cual el famosísimo explorador mexicano Carlos Sánchez accede a relatarnos desde la cárcel cómo llegó la moneda hasta él.

1961

Cálida primavera; las hojas empezaban a florecer y todo parecía ideal para iniciar una aventura, pues alguna cosa en algún lugar pedía ser descubierta, como siempre digo. Hacía tiempo que Perú se me había metido en la cabeza, gracias al lector empedernido que llevo dentro (o acaso por su culpa), que supo maravillarse e, incluso, obsesionarse con la historia y la geografía de aquella tierra, acerca de la cual mi imaginación me dibujaba el más bello boceto, y que no habría de decepcionarme después. Además, aunque mi carrera aún se encontraba en etapa de despegue, ya me había hecho de ciertas influencias y, gracias a esto, pude recolectar algunas referencias acerca de mi objetivo: todas apasionadas, palpitantes. Mi primera escaramuza espeleológica tuvo lugar en una humilde cueva cercana a la frontera boliviana, en donde realicé un trabajo que, aunque extensivo, dio pobres resultados. Años más tarde, un oriundo de allí volvió a interesarse en ella y descubrió que constituía una falla subterránea, minúscula, sin dudas, pero aún con cierto margen de peligro. Después, en busca de algo que resultara más fructífero para mis estudios y más honorable para mi prontuario de aventuras, tildé en el mapa como próximo objetivo una fosa cuzqueña de inciertos contenidos, que había sido examinada con poco entusiasmo por un grupo de investigadores yanquis, según me informaron. Así que me preparé para la expedición, busqué por el centro de la ciudad un ayudante que se me antojara fiel y útil (sobre todo fiel), y temprano al otro día me dirigí a la fosa con la firme convicción de que, de acabar aquel proyecto en un nuevo fracaso, volvería a mi país con la bandera baja para continuar con mis estudios.

La fosa —que luego de mi hallazgo se convino en llamar «El Cofre», en relación al descubrimiento que allí tuvo lugar—, era una extensa garganta formada casi en su totalidad por piedra caliza y rocas que por su aspecto parecían ígneas, lo que me indujo a pensar que podía tratarse de un foco volcánico en suspensión. A lo largo de su vertiginosa altura, las paredes mostraban con irregularidad picos puntiagudos («como cuernos de toro», señaló el cuzqueño desde la superficie), que luego se alisaban dejando la superficie casi como cualquier pared de edificio, solo que más rugosa. Hacia abajo, iban abriéndose cuevas que se notaban frágiles, entre las que no llegaba a haber más de cuatro metros de distancia, rociadas por una ceniza colorada que también teñía mi ropa. A decir verdad, en ninguna otra expedición que haya emprendido alguna vez mis brazos acabaron tan cansados ni tan lastimados; afuera, a la luz de la primavera, parecían haber sido atacados por las fieras garras de algún terrible animal. Era un sitio en el que había que andarse con cuidado.

Bajé hasta la última cuesta visible, una muy estrecha y un poco empinada; abajo, el haz de la linterna era tragado por una oscuridad absoluta: parecía como si solo hubiese caída. Así que busqué un sitio en donde pudiera trabar el gancho de la cuerda y, por lo menos, hacer el intento de seguir bajando. Eché un vistazo y hallé una acumulación cerrada de bultitos prominentes —que parecían ser la primera fase de los «cuernos de toro» —; trabé el gancho y descendí unos seis o siete metros: más caída. Seguir bajando habría sido una locura; con ese cable medio gastado y con lo

endeble que se veía todo allí, sin dudas algo hubiera salido mal.

Frustrado, comencé la vuelta a la superficie. Al llegar casi a la mitad de la fosa, alcé la vista hacia la siguiente cuesta y enfoqué la mirada en un hueco que se abría entre ella y la de abajo, pero un poco a la izquierda. El hueco era bastante amplio y, al confundirse la trama de su fondo rupestre con la reinante en las paredes de la fosa, era casi ilocalizable. Sentí deseos de llegar a él, así que trepé unos metros por la piedra caliza hasta poder alcanzar de un salto la cuesta que coronaba el hueco. Al llegar a ella, me posicioné en su borde y bajé con paciencia para alcanzar la abertura. Recuerdo que mi pie derecho —que es mi pie traicionero— resbaló justo cuando estaba incorporándome en el piso de la abertura, haciendo que me golpeará la cabeza contra la pared, además de tajarme la mano izquierda al aferrarme a un violento pico que me ayudó a reincorporarme. Y aquí es donde comienza la parte, para algunos, más turbia de mi relato, que pocos sabrán apreciar como en verdad lo merece, haciendo a un lado la incredulidad.

Comencé a recorrer el sitio. Un metro delante del borde, el camino se bifurcaba de manera abrupta hacia la derecha en un pasillo incansablemente largo y de una pulcritud inmaculada; la trama de las paredes ya no era heterogénea y azarosa, sino que se conformaba por bloques de casi medio metro cuadrado cada uno, ordenados de modo preciso y asombrosamente milimétrico. El material utilizado pertenecía al oscuro universo de mi ignorancia: su contextura era similar al granito, pero sumamente rasposa, como si hubiera sido repasada con arena, y tenía una apariencia tornasolada que, al ser vista de frente, definía un color similar al bronce, pero vista desde un ángulo, destellaba con un furioso tono carmín. Invariablemente en ambas paredes el alto era de cuatro bloques, mientras a lo largo la serie se interrumpía cada seis, para dar espacio a dos gruesas columnas del mismo material que iban del suelo al techo del pasillo, con unos extremos curvos, acanalados y medios ocre que poseían una hermosa incrustación de brillosas gemas y sobresalían un poco de la pared. El aspecto de la galería era de un inconfundible estilo marroquí. Todo era tan simétrico, tan bello a la mirada, que no pude menos que fascinarme y entrar en un estado de semiinconsciencia, una especie de trance causado por la belleza y por la incomprensión ante tal armonía. Durante el tiempo que duró, la imagen se me escurría de la mirada, los colores se diluían y las paredes se abrían con sus columnas, se cuarteaban: era como si mi mente no aguantara registrar aquella hermosura y su mejor mecanismo de defensa fuera tratar de afearla, bajarla a un nivel más cotidiano. Cuando escapé del trance, un poco atontado, un componente del paisaje captó mi atención: era una pila de pequeñas piedras brillantes en el centro del pasillo, unos veinte metros delante de mí. Asumo que recorrí con desconfianza el camino hasta su encuentro y que de nuevo me sentí como en un trance, aunque esta vez muy breve. Cuando regresé, revolví con apuro las piedras hasta que di con un objeto enterrado en ellas. Se trataba de un ostentoso receptáculo de forma cilíndrica, más bien pequeño, conformado por un material que, aunque macizo, se hundía al ser presionado con un

poco de fuerza, para volver luego, memoriosamente, a su forma original. Se dibujaba sobre él un extenso garabato rosado que abrazaba su circunferencia dos veces, creciendo desde abajo, sobre un fondo violeta oscuro que predominaba en casi todo el objeto. Al sujetarlo, se notaba que no estaba lleno hasta más de la mitad de su capacidad; al agitarlo, se escuchaban ruidos de metales que chocaban, como finos alaridos de moneda. A punto estuve de quitarle el tapón, que parecía metido a presión, cuando el cielorraso empezó a desprenderse en dorados abanicos y los bloques de cada pared a juntarse con los de la pared opuesta. Por supuesto, no tuve más opción que correr.

Cuando llegué a la abertura que me devolvía a la garganta de la fosa, grité a mi ayudante que bajara hasta la cuesta inmediata para asistirme; y para evitar algún titubeo, le prometí el doble de lo acordado (o tal vez el triple, o el cuádruple, no lo recuerdo, mi memoria resbala un poco). Cuando por fin el ayudante se estabilizó por encima de mí, le lancé el recipiente con toda la destreza y puntería que mis brazos acertaron a tener, mientras la galería se cerraba a mi alrededor con ferocidad. Unos segundos después, en medio del conjunto de imágenes solo pude ver el contenedor cayendo al vacío, lo demás era registrado por mis ojos como oscuridad. El objeto caía lentamente, como si buscara burlarse de mi suerte, de mi esfuerzo magnífico pero vano. Evidentemente, no era buen momento para un nuevo trance, así que me despabilé y con un salto desgarrador alcancé el pie de la cuesta y luego la cima. Apenas estuve a la par de mi ayudante, sin mediar palabra y con la más profunda perplejidad en su rostro, me mostró una esfera medio violácea, hendida de un lado por una fisura perfectamente redonda: era el tapón del misterioso jarrón, en el cual se veía depositada una pequeña moneda dorada, tan tierna, tan inalterablemente preciosa que casi ostentaba luz propia. Ahora de nuevo, pero por las razones inversas, sentí que todo a mi alrededor, todo, el ayudante, el fondo del paisaje captado por mis ojos, desaparecía para dar inapelable atención a la moneda. Inquebrantable, nos estudiaba desde el fondo del tapón del perdido receptáculo con el pudor de un niño que conoce la gravedad de su falta, pero también con el mismo pensamiento que a ese niño se le ocurriría a la hora de enfrentarse a la ineludible ley parental: la inutilidad de plantearse que no debió haber hecho lo que hizo.

Eso es todo en cuanto a la fosa. Llegamos a la superficie, nos subimos a la camioneta de alquiler y escolté a mi ayudante hasta el centro de la ciudad, en donde le pagué lo prometido. Aun así, me miró con aspecto descontento, como diciendo: «Soy más que un tonto cuzqueño que sólo sirve de mula; soy un cuzqueño ambicioso que tiene cierta idea de que lo que encontramos allí es más que lo que aparenta ser». Pero no pasó a mayores. Arranqué la camioneta, la deposité luego en el rentado de automóviles frente al aeropuerto y compré un boleto para el viaje más inmediato que hubiera hacia México, por el cual no debí esperar más de una hora. La moneda empezó a crecer poco después.

Mi primera sospecha la tuve en el avión, mientras me embobaba con su forma

destellante a kilómetros de altura, y la confirmé al día siguiente en la habitación de un hotel que alquilé para permanecer un día antes de volver a mi casa en Guadalajara (para no apear de posibles maldiciones el hogar luego de una estadía en un lugar maldito, se rumorea que hay que permanecer un día entero en una casa no frecuente antes de volver a la propia, tabú que prefería respetar a pesar de mi escepticismo). Al tomarla en mi mano, vi que la circunferencia de la moneda superaba la mitad de mi palma, es decir, casi una mitad más del tamaño que tenía al tomarla por primera vez en la fosa. Es indecible la cantidad de pensamientos que poblaron mi mente con felicidad e inamovibles esperanzas de fama y nobleza aquel día, sólo el recuerdo ya pesa más que la moneda. Pero claro, yo no era un reconocido arqueólogo como lo soy ahora; en ese entonces yo empezaba a tejer la madeja de mi irregular carrera y los hallazgos, sean grandiosos o mediocres, producen maravillosas maquinaciones en el recién nacido en el rubro. Ahora voy a tratar de explicar cómo fue mi convivencia con la moneda en Guadalajara.

Calculo que ese período habrá durado una semana y media o más. No recuerdo haber ingerido ningún alimento sólido durante ese lapso, aunque de seguro sí lo hice. Sólo recuerdo los litros y litros de agua que tragué intentando acabar con una sed que parecía insaciable, la misma sed que podría sufrir un náufrago o un esclavo, que me producía un calor y una pesadez infernales, jaquecas intermitentes y jadeos. Sentía la garganta irritada por beber tan desesperadamente y con tanta frecuencia. Llevaba la moneda siempre encima, en el bolsillo y, de a ratos, la tomaba entre mis manos y la miraba hasta la abstracción, hasta lograr entrar en un magnífico trance. La manoseaba como a una mujer, la besaba, la olía, para luego devolverle con una gasa el brillo quitado por mi enfermizo roce. Casi siempre le hablaba. Y como si fuera poco, casi siempre me parecía recibir respuesta.

Durante todo ese tiempo no bebí una gota de alcohol, lo sé porque no recuerdo haber salido de mi habitación rentada ni recuerdo haber tenido antes algo de bebida, pues en ese tiempo aún no había probado más alcohol que el ron que mi tío me había obligado a probar cuando alcancé los dieciocho años. Fueron días los que pasé, pero años los que padecí, controlado por un tiempo que se prolongaba de manera inexplicable, como si estuviese conformado por un material gomoso en vez de por horas, minutos y segundos. En (lo que yo recuerdo como) dos ocasiones, adquirí la lúcida contemplación de mi estadía en la fosa, mientras me conducía hacia la moneda, como si la estuviera reviviendo en carne propia, otra vez... el mismo camino, los mismos trances, el mismo hallazgo. En la primera de las ocasiones no interpreté nada, me costaba mucho razonar; fue recién la segunda vez que reviví ese momento cuando supe qué estaba mal: o bien yo me había vuelto loco (hasta pensé por un momento que la moneda sólo era una moneda normal, estática, inanimada y para nada creciente), o bien la moneda estaba maldita y todas esas magias, encantaciones y místicas en las que nunca había creído ni por un segundo realmente existían. Fue en los últimos días de convivencia —tal vez en el último— cuando vi el

tamaño real de la moneda, mientras mantenía mis ojos clavados en ella, cansado, bostezando, pero todavía dotado de una extraordinaria energía que prolongaba mi desvelo, seguramente ungido por influencia propia del objeto. Me quedé dormido, sosteniendo aquel brillo entre mis dedos. Y aunque me habré dormido solo por un rato, cuando volví a despegar las pestañas descubrí ante mí un enorme sol dorado y resplandeciente que me superaba en altura por poco más de una cabeza, y que yo mismo sostenía aún por los lados, aunque ya no con los dedos sino con la entereza de cada mano. La moneda se había vuelto gigante. Y también pesada, pero yo seguía maravillado. La dejé caer hacia atrás y la habitación entera se quejó con un largo estruendo rocoso. Fue entonces cuando sentí que volvía a ser yo mismo, que volvía a ser aquel que entró a la habitación con un misterioso inquilino dentro del bolsillo, pero que allí fue suspendido en el tiempo y reemplazado por un doble inalterable hasta el momento en que pudiera apreciar el tamaño real de la moneda. No sabría afirmar si había crecido de golpe en ese instante, si ya lo había hecho antes pero mi estado no me había permitido darme cuenta (tal vez en el primer momento de mi período de hipnosis), o si el exuberante crecimiento se había dado gradualmente a lo largo de mi confinamiento. Sólo puedo decir con certeza que lo que se hallaba ante mí era un increíble titán de oro que me encandilaba con un brillo que él mismo parecía crear sin necesidad de ser encendido por otra luz.

Inmediatamente tomé una decisión: doné al Museo de Maravillas de mi tierra, México, aquel objeto que tan bien había sabido hechizarme, luego de demostrar la insólita habilidad de la moneda y de rechazar el jugoso ladrillo de billetes que me ofrecieron por ella. No me arrepiento de eso: el dinero no hubiera cambiado en nada las cosas.

Por supuesto que, incluso alejado de la moneda, mantuve cierto vínculo de observación durante más de un año, realizando visitas semanales al museo. De algún modo, esa situación me hacía pensar en mí mismo como un padre divorciado al que, periódicamente, se le permitía ver a su propio hijo; aunque en mi caso esto ocurría por voluntad propia, pues no podía descuidar mis proyectos, ni los viejos que ya arrastraba hace tiempo ni los nuevos que pudieran surgir.

Tres años más tarde, habiendo dejado de lado por completo el tema, me estremecí al ver en la tapa de un diario la foto de la moneda, aquella que cuando tomé por primera vez era tan minúscula y, en apariencia, inocente. Las cosas habían cambiado. Ahora la moneda era un coloso que coronaba el antiguo Palacio de Leyes en pleno Parque Azteca. Desconozco los artilugios utilizados por el Gobierno para hacerse del tesoro que yo mismo doné a una entidad privada sin fines de lucro, con la seguridad de que su existencia y el uso que se le pudiera llegar a dar serían meramente artísticos o atractivos. Luego entendí que el error, desde el principio, había sido exactamente ese: darla así, sin más. Y no me refiero con «así, sin más» a la recompensa que jamás sugerí a los directivos del museo, sino a mi falta de perspicacia con respecto a la relación que surgía de dos premisas muy claras: el incalculable valor de la moneda, y

el ilimitado poder del gobierno.

En su momento, contacté a un viejo conocido que trabajaba en el Museo de Maravillas. No estaba seguro si mediante él podría averiguar algo, pues nos habíamos perdido la huella años atrás e ignoraba qué vínculo guardaba con aquella organización. En efecto, no existía ningún vínculo, pero al menos había continuado en su puesto casi un año entero después de que finalizaran mis visitas a mi «hijita». Así me enteré que, desde que el gobierno supo de la existencia de tal maravilla, había comenzado una constante puja entre las entidades gubernamentales y los directivos del museo, cada vez más y más tirante, reclamando cada uno y a su manera el debido derecho por la posesión de la moneda. Originalmente, la intención de los directivos no había sido entregarla. «Son incansables en eso de defender los patrimonios, siempre lo fueron, y más si es el gobierno quien trata de meter los dedos en el pastel; tú ya sabes, siempre están en pugna los privados y los públicos.» Claro, y cómo no iba a ser en este caso especialmente chispeante la batalla si los roles se veían invertidos: la entidad privada luchaba por un bien público, mientras la pública se ensañaba por privatizar ese bien, por sacarle provecho de alguna forma. «Pero la suerte ya estaba echada», como dicen, Carlos, y es así, cuando la suerte está echada hasta una jauría de dioses puede intentarlo y fracasar en revertirla. El ultimátum sobrevino cuando un directivo del museo se hizo humo, se esfumó por completo, ya no hubo rastros de él; aunque, según rumores apañados por la existencia de un supuesto espía que supo seguirle la huella, se había pasado de bando al ver que la balanza se inclinaba cada vez más a favor del gobierno, teniendo en cuenta lo gordo del premio. Dicen que aportaba mucho dinero, mucho más que otros, pero se habrá cansado de los principios y habrá querido recibir una porción de la torta, es claro. O, más técnicamente, una porción de la moneda —concluyó, y rió a carcajadas.

Así permaneció la rueda, como siempre: girando. La moneda no paraba de crecer. Y no hace falta ser un Einstein para entender que desde el poder que sostiene a una institución tan grande como lo es un gobierno se pueden maniobrar muchos hilos. Es evidente que la mejor cuadrilla de científicos que pueda conseguirse en el mundo habrá sido convocada para revelar los poderes de la moneda, su misteriosa composición, sus más profundos secretos: su magia. Completamente ajeno a ese seguimiento secreto de la moneda que otros tuvieron la suerte (o la maldición) de llevar, intuyo que no lograron descifrar nada de ella, porque de lo contrario, las cosas no habrían llegado a este extremo. Mucha gente ya lo sabe: Carlos Sánchez es el culpable, es responsable de este incidente mundial, responsable de inyectar la desgracia en la humanidad. Y sí, así es, lo sé bien. Y sin querer pecar de fatalista admito que muy dentro de mí, muy acurrucado en mi cabeza, digamos, lo sé desde el primer momento. Desde aquel momento en que arranqué a la moneda del Cofre liberando su poder maldito, como una especie de segunda Pandora, un pequeño gusanito comenzó a rondarme por la culpa. Porque, ahora lo sé, esa fosa limitaba su poder, evitaba que creciera. No se trataba del jarrón, de ser así ahora las cosas

estarían muchísimo peor, pues cuando el jarrón se dirigió hacia el abismo el resto de las monedas escapó de él. Produce vértigo pensar que detrás de un acto que solo duró segundos, un acto que juzgamos tan pequeño, tan intrascendente, puede esconderse una tremenda revolución.

Falta sólo un año para que se cumpla medio siglo del descubrimiento, y desde esta sucia cárcel les digo que, al igual que todas las personas del mundo, fui testigo del imponente proceso evolutivo de la moneda. A lo largo de los años ha sido anfitriona de innumerables eventos, ícono de múltiples edificios soberanos. Hoy, desterrada de su posición aristocrática, observa el mundo desde el fondo del océano Atlántico sin dejar de crecer. En los continentes aledaños a su circunferencia se advierte un desplazamiento geográfico anual que varía sin superar el cuarto de kilómetro. Se ha ido observando a lo largo de los años la creación de diversos accidentes telúricos inducidos por su potestad, en especial en la zona central de América, en donde gran parte de las Antillas se han agrupado dando origen a una polémica fusión de países que, hostigados por la ONU, debieron hallar un término medio entre sus formas de gobierno. Se fusionaron historias, mitos, patrimonios y cultura, con más gente en contra que a favor, originando cierta rivalidad entre los que pertenecían a tal o cual país y que desde entonces se vieron mezclados. La fusión más masiva abarcó cinco países: hoy no se entiende bien qué son sus habitantes. El negro de la celda contigua viene de allí, nadie lo comprende del todo, habla con un tono agudísimo, más o menos como debería sonar un disco de vinilo en llamas, y a veces se ríe de sólo ver la pared, es muy extraño. La moneda provocó muchas cosas, y las sigue provocando. Allí está, en constante expansión, acaso favorecida por el agua, como conjeturan algunos. Es una de las mayores preocupaciones del planeta. Por más terrible que sea admitirlo, nunca dejará de crecer: viviremos hasta el fin al acecho de su dominio y, algún día, será la mismísima tierra que habitaremos.

Christian Ariel Flores nació en Buenos Aires en Enero de 1991, es músico, escritor por vocación y aspira a la docencia. Actualmente cursa materias del Profesorado en Lengua y Literatura en el Instituto Joaquín V. González. Realizó un curso de escritura dirigido por Diego Paszkowski. Hoy en día continúa residiendo en su ciudad natal, en donde desarrolla sus estudios, su escritura y su música. Es hermano del (también escritor) Daniel Flores.

Este es su primer cuento publicado en Axxón.

Francisco Solano López (FSL o Fast Sex Light: Raudo Sexo Luminoso)

Luis Antonio Bolaños De La Cruz
Colombia



Homenaje al Eternauta

Primero fue el **erotismo**: Si alguien al desgaire me preguntara qué me impresiona del maestro FSL diría que sus mujeres. Esas hembras terrenales, muy latinas, donde la opulencia manifiesta no desborda la estética y del cruce entre las curvas audaces y la solidez de las carnes emana un aroma sensual que se queda prendido en la membrana pituitaria y cuyas imágenes danzan incansables en mi retina: las tetamentas voluminosas y con pezones incandescentes, las pegajosas vaginas voraginosas de labios hinchidos y brillantes, auténtico remolino concitador de pistoneo; impresionantes nalgatorios con potentes muslos en consonancia, dibujados con precisión de líneas y exactitud de contorno, pocos gramos más los convertirían en pesados, perderían esa esfericidad lúbrica que los baña y tornarían vulgares a las viñetas de alta densidad erótica; espléndidos anos domesticables con el empeño y que van cediendo ante cualesquier verga monstruosa para adoptar la forma del pene introducido y quedar como un agujero de borde irregular que palpita en tonos de la gama del rojo: aquí rememoro ese coito anal del sexto tomo de Young Witches ejecutado con maestría por Lilian y Clayton, acariciando, humedeciendo, dilatando y por fin insertando en medio de gemidos, pedidos, e inflamadas loas al aro mágico que flexible traga y expulsa para volver a componer una y otra vez la melodía jadeante del placer.

Pero en un segundo momento reflexivo y cercano al género de nuestros amores, pienso también en **el futuro aplicado a la nación** que, convertido en una de las preocupaciones de la dupla Oesterheld – Solano López, plasmó una rutilante leyenda en la que Juan Salvo se transmuta, por obra y gracia del poder del noveno arte, en símbolo de argentinidad. No habrá otra obra como «El Eternauta», está

simultáneamente viajando con nosotros y transformándose en nuevas versiones y, a su vez, conservada en el ámbar de la historia, con esos tics que la enriquecen y la abren a multitud de interpretaciones y despliegues. Insistir en su significado es reiterar lo ya vivido, quedémonos con el sabor inspirador del mito e incluyamos otras temáticas del autor.

La recreación de clásicos en clave de ciencia ficción: como ocurre con Slot-Barr. El nombre del héroe apenas disfraza a los autores (Ricardo Barreiro es el artífice del texto) y se convierte en una extensión gráfica de la dupla creadora que realiza las maravillosas y en ocasiones sicalípticas aventuras espaciales. Slot-Barr pasa de lumpen proletario a convivir con Lim, el simbiote alienígena que le trasmite funciones y pensamientos, los que le permiten arrostrar las peripecias que atraviesa mientras viaja por la Confederación del Núcleo. El inicio con la presentación del personaje le debe mucho a Alfred Bester y «Tigre, Tigre» y a una versión amable de «Amos de Títeres» (Robert Heinlein) o de «Barrera Siniestra», de Eric Frank Rusell. A pesar de o gracias a que la psicoterapeuta es la cereza del postre, se traza otra ruta para demostrar que uno puede aproximarse a un cuento clásico para homenajearlo pero otorgándole otro sentido al avanzar en el tratamiento de su contenido («Hom», de Carlos Giménez, retomará esa derrotero basándose en «El lento atardecer de la Tierra», de Brian Aldiss).

Como puede observarse, el cúmulo de referencias podría extenderse, pero coloco un par de ejemplos adicionales para redondear la idea: la Reina Vampira de Prócer se acerca más a las versiones cinematográficas, pero no deja de enlazarse con el irónico planteamiento de Damon Knight en «Servir al hombre»; Astra-Kill es una recreación de «Moby Dick» de Herman Melville bastante lograda y que de inmediato lleva recordar a Philip José Farmer en «Las ballenas volantes de Ismael»; culmino el recuento con «Un planeta llamado Rebelión» donde se entrelazan Frederik Pohl y Cyril M. Kornbluth con la noción de «campbellización» («Mercaderes del Espacio») para convertir en dependientes a las personas, pero en un marco de reclutar soldados para que peleen por el imperio al estilo de «Bill, Héroe Galáctico» de Joe Haldeman. La riqueza de tópicos es enorme, tratados de manera adecuada se convierte en un placer seguir los sucesos, con frecuencia de mucho riesgo o de connotación sexual, por los que deriva Slot-Barr.

La **Near SF** (ciencia-ficción cercana, en este caso con doble sentido) es asimismo frecuente: releer La Última Batalla (con guión de Alfredo Grassi) en el marco de la fenecida Guerra Fría a lustros de diferencia, no aminora su impacto. Plena de dinamismo, los movimientos del comando de abordaje semejan los de una danza letal, los corpulentos submarinistas ataviados de negro devienen en solemnes asesinos y el final trepidante que se nos queda prendido en la memoria, a tal grado que cuando comentamos «historieta argentina» basta decir «la del submarino» para que sepamos que estamos conectados con ese recuerdo trágico.

CF Erótica: Las libidinosas sagas cósmicas de Peter Kock (otro nombre para

Slot-Barr en Ediciones Eros, quizás por problemas de derechos, también con guión de Ricardo Barreiro) y donde destacan no sólo las escenas lésbicas del Tomo 1, página 8, sino la planificación de las escenas de combate en el Tomo 2, página 16; la muerte del monstruoso gusano del Tomo 6, página 19; la agresiva seducción de la androide en el ómnibus del Tomo 4, página 16; la resurrección y desintegración de la criogenizada que despierta entre las páginas 13 a 16 del Tomo 3; la dinámica resolución de la emboscada en las ruinas del Tomo 5, página 15, y el regusto a nostalgia que impregna el relato, quizás indique por qué se denomina *Del otoño e Isadora* y culmina con un tomo de Pablo Neruda.

Amplío para recomendar las divertidas anécdotas mudas de *Sexy Symphonies & Silly Symphony*, que con ambos nombres las he tropezado en mis singladuras por la red; además, las sextraordinarias aventuras (con guión de Pol) de *Young Witches*, protagonizadas por Agatha y Lilian (en particular «El Instituto» y «El Prostíbulo del Terror»), con una galería de personajes donde se codean Sherlock Holmes, los doctores Watson y Sigmund Freud, Dorian Gray y hasta las diosas Ishtar, Shiva y Kali, para alcanzar un alto voltaje carnal con diversas perversiones y voluptuosidades tántricas, que van desde la zoofilia hasta la administración de enemas con drogas que enajenan la voluntad, y eso ocurre mientras se dan una vuelta por Egipto, Carolina del Sur y Tíbet. Como comprobarán, no hay desperdicio y uno termina con un interrogante rondándole la cabeza: ¿Estará la inocencia reñida con cualquiera de las peripecias narradas... acaso existirá?

CF Surrealista: con esos vericuetos fantásticos que aportan con exquisito tacto los guionistas argentinos, FSL se encarna en *Ministerio*, donde lo acompaña su compañero de muchas historietas, Ricardo Barreiro, convirtiéndose en una magnífica expresión de esa otra tendencia frecuente en estos autores: una pesadilla lúcida que crea su propia coherencia mientras desenrolla absurdos acontecimientos que parecen extraídos de Franz Kafka, repletos de peligros, emociones, combates, amoríos y, sobre todo, acción a raudales. Aventura pura y dura, remeda en cierta forma las peripecias acaecidas en las arcologías propuestas por Robert Silverberg en la «La Torre de Cristal» o en «Bestias», de John Crowley.

A su vez, agrego en el listado de obras a releer la excelente «Águila Negra» (con guiones de Eugenio Zappietro, que firmaba como Ray Collins) que recorre, con sentido trágico, aliento épico y ritmo trepidante, la Segunda Guerra Mundial en el continente europeo. En ocasiones, la emoción se me ha anudado a la garganta con estas breves pero potentes incursiones en personajes bélicos o civiles que nos muestran los costados de la guerra como el cómic suele mostrarlos: intensos y sintéticos, pero sin despojarlos de su multidimensionalidad.

Una sorpresa la constituyó la biografía de Pablo Escobar denominada «El Día del Juicio», realizada con rigurosidad y expresivos dibujos, también en colaboración con

Ricardo Barreiro.

No he querido revisar «Ana» (con guión del hijo de Francisco, Gabriel Solano): la emoción me embargó al leerla y para estas pocas frases de homenaje respetuoso basta con señalar que este otro aspecto del polifacético FSL, el de luchador social que en ocasiones se extravía entre colosales posaderas y glándulas mamarias exuberantes, es auténtico y tanto lo caracterizó que sufrió por ello la persecución política de la tiranía militar de Jorge Rafael Videla y sus secuaces.

Sociólogo (no fundamentalista) de profesión; funge esporádicamente como un escritor de textos de ciencia ficción (relatos, artículos, comentarios), nacido en Colombia pero residente en Perú. Ha sido Consultor de Concytec (Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica, del MINEDU (Ministerio de Educación) y de otras instituciones estatales y privadas; atravesado por un anhelo transdisciplinar, se dedica con pasión a la búsqueda del conocimiento y la investigación permeada por lo humano e invadida por la vida. Ha fatigado claustros universitarios, selvas y ecosistemas diversos, periódicos, ONG's, cineclubes, sindicatos e institutos de investigación, participando, aprendiendo y enseñando, mientras esgrime apotegmas como: «la pasión es la puerta de entrada a la razón», o «lo único que los cartageneros nos tomamos en serio es la alegría».

Los Inmortales

Guillermo Gustavo Doi
Argentina

«Eine neue wissenschaftliche Wahrheit pflegt sich nicht in der Weise durchzusetzen, daß ihre Gegner überzeugt werden und sich als belehrt erklären, sondern vielmehr dadurch, daß ihre Gegner allmählich aussterben und daß die heranwachsende Generation von vornherein mit der Wahrheit vertraut geworden ist.»

«Una nueva verdad científica no suele imponerse convenciendo a sus oponentes, sino más bien porque sus oponentes desaparecen paulatinamente y son sustituidos por una nueva generación familiarizada desde el principio con la nueva verdad.»

MAX PLANCK

I

La «Eagle», blanca como la espuma y vagamente parecida a un erizo de mar, se deslizaba majestuosamente en la imponente nada que separa estrellas de estrellas y galaxias de galaxias.

Estructuras de grosor ínfimo y longitud descabellada erizaban toda la epidermis de la descomunal criatura de metal, un minúsculo copo de nieve impulsado por un viento intangible en la noche infinita del espacio.

A dos mil metros de la superficie, en el centro mismo de la colosal esfera, dos hombres de la Tierra, de uniforme el más alto, de civil el más corpulento, intercambiaban impresiones y pareceres sobre la extraña misión que los había llevado hasta esa apartada región de la galaxia.

—Hace cuatrocientos años que ninguna nave de la Confederación desciende en Cri-Ión, capitán Friedriqs —dijo el hombre de civil, intentando arrellanarse en su acogedora nube rosada—. ¡Cuatro largos siglos! El planeta ha de haber cambiado muchísimo en todo este tiempo. Ya en aquel entonces los crionitas eran la civilización más adelantada de la galaxia. Si continuaron haciendo honor a su reputación, el planeta ha de estar irreconocible. Tengo entendido que estaban



Ilustración: Guillermo Vidal

llevando a cabo experimentos revolucionarios en el terreno de la biología, especialmente en el campo de la genética. Hasta se corrió el rumor de un descubrimiento sensacional...

Chandigarh DerWinnus III, jefe de la delegación que la Confederación Galáctica había enviado al planeta Cri-Ión, esperó la respuesta de LeRoi Friedriqs, el barbirrojo comandante de la Eagle.

—Así es, doctor DerWinnus —respondió el capitán, haciendo ascender y descender hábilmente su acogedora nube amarilla—. Todos lo sabemos. Y también lo del sensacional descubrimiento. Si fuera cierto... Suenan a cosa de brujos o alquimistas, lo sé. Pero es lo que se decía. Fue entonces cuando los crionitas se encerraron en sí mismos e interrumpieron todo contacto con la Confederación.

—Hace cuatrocientos años... —observó Chandigarh DerWinnus pensativo—. Y todo empezó con La Guerra.

* * *

La Guerra, el comienzo del misterioso aislamiento de los crionitas.

Cuando se decía simplemente «La Guerra», cualquier habitante de la galaxia sabía a cuál guerra se hacía referencia.

No la guerra entre Numal-ka y Att Zoor —una simple guerra interplanetaria...

No la que había encabezado el planeta Birnah contra los planetas nucleados en torno a Rattshar —al cabo, una guerra regional... Había habido muchas guerras, y tal vez seguiría habiéndolas. Todas durarían lo que hubieren de durar y, tal como había ocurrido con las anteriores, el tiempo finalmente cicatrizaría esa región de la galaxia.

Pero La Guerra... La Guerra había ocurrido sólo una vez.

Una guerra que había azotado la galaxia entera durante trescientos años. Una guerra descomunal, insensata, desmesurada, cuyas heridas no habrían terminado aún de cicatrizar cuando, en algún futuro incierto, se desatara alguna otra guerra. Que sería cruel, sangrienta y dolorosa; pero sin duda insignificante cuando se la comparara con La Guerra.

* * *

Chandigarh DerWinnus III fracasó en su centésimo intento de acomodar su voluminoso cuerpo en la indócil nube rosada, mientras recordaba de un pantallazo aquella pesadilla.

* * *

Aún no habían transcurrido doscientos años desde el ingreso de la Tierra en la Confederación Galáctica, cuando comenzaron a surgir disputas entre los planetas que la integraban. Las causas fueron muchas y variadas, pero todas ellas apuntaban inexorablemente a la disgregación de la Confederación. La ruptura era sólo cuestión de tiempo. Y el tiempo llegó. La mitad de los miembros se separaron del resto y formaron una «Comunidad Galáctica».

Confederación y Comunidad quedaron prontamente enfrentadas. La tensión fue rápidamente en aumento. Se produjo una primera escaramuza, luego otra, y otra más. Todos los resortes diplomáticos fallaron. Antes de que nadie pudiera advertirlo, lo impensable había ocurrido: la galaxia estaba en guerra.

De qué lado había quedado la Tierra, DerWinnus no podía recordarlo. De qué lado había quedado cualquier planeta, era algo que ya nadie podía recordar. Finalmente, el desarrollo de la contienda, y lo que ella había dejado como saldo final, había vuelto irrelevante quiénes habían sido aliados y quiénes enemigos, quiénes habían sido vencedores y quiénes los vencidos.

Pero nadie podía olvidar de qué lado se había colocado el planeta que hubiera podido volcar la victoria hacia un bando o hacia el otro.

* * *

—Todos los planetas participaron —recordó el capitán Friedriqs—. Todos menos Cri-Ión.

—Así es, capitán. Todos menos Cri-Ión...

Los recuerdos volvieron a agolparse en la mente de DerWinnus.

* * *

Los crionitas se habían negado, desde un principio y de modo terminante, a tomar parte en la contienda, adoptando una política de absoluta neutralidad durante todo el conflicto.

La Confederación primero, y la Comunidad después, intentaron en vano colocar a los crionitas de su lado. Éstos se mantuvieron inmovibles en su actitud, amenazando incluso con responder con violencia, con todo el poderío de su ciencia y su tecnología, a cualquier injerencia en su sistema planetario. El respeto que la capacidad tecnológica de Cri-Ión inspiraba en toda la galaxia fue más que suficiente para que sus advertencias fueran respetadas durante los casi tres siglos que la guerra había durado.

Trescientos años durante los cuales la Confederación y la Comunidad alternaron breves períodos de paz armada, de suma inestabilidad política, con prolongados

períodos de sangrientos enfrentamientos en toda la extensión de la galaxia.

Resultaba triste recordar —pero necesario no olvidar— que ni las llamadas «culturas primitivas» se habían salvado de la destrucción. Olvidando por completo el principio de aislamiento de las civilizaciones pre-hiperespaciales, tres planetas primitivos —ignorantes aún del resto de la galaxia— resultaron completamente arrasados.

Pero La Guerra, con la misma sinrazón con que se había desatado, lentamente comenzó a diluirse, y en algún impreciso momento acabó, dejando como único saldo tres siglos de muerte y destrucción. Y un ejército de analistas, políticos e historiadores, intentando comprender por qué había ocurrido.

Conforme la galaxia se encauzaba rápidamente por la senda de la paz y el entendimiento, se daba por hecho que Cri-Ión rompería finalmente su aislamiento.

Y que de un momento a otro haría contacto con la Confederación Galáctica.

Y que retomaría el liderazgo de la misma, que siempre le había correspondido.

Pero eso nunca ocurrió.

* * *

—Fue ésa la primera señal de que algo extraño estaba ocurriendo con Cri-Ión —observó el capitán Friedriqs.

—Así es, capitán. Hace de ello casi doscientos años.

La mente del enviado de la Confederación repasó brevemente ese último período.

* * *

Auspiciosamente, el último siglo y medio había transcurrido en un clima de paz y armonía casi paradisíacas.

Sin embargo, en todo ese tiempo poco y nada se había sabido de los crionitas, pese a los denodados esfuerzos de la Confederación por reconstituir las relaciones.

Inevitablemente, el misterio dio paso a los rumores, los rumores alimentaron la fantasía, y la fantasía se desbordó en infinidad de leyendas.

Las mentes más mesuradas ya habían expedido certificado de muerte indudable para los crionitas. Paradójicamente, en el extremo opuesto, las mentes más fantasiosas les atribuían la notable peculiaridad de no morir nunca...

Y entonces, sorpresivamente, en aquel momento de la galaxia que el calendario de la Tierra computaba como el año 2753, los crionitas rompieron su aislamiento y solicitaron una audiencia privada con un representante de la Confederación.

* * *

—De modo que ésa es la situación —observó el doctor DerWinnus—. Lo único que sabemos de los crionitas es que no sabemos nada. No habían dado señales de vida hasta ahora.

—Al menos sabemos que están con vida. Aunque lo del mensaje... —le hizo notar el capitán LeRoy Friedriqs.

—El mensaje —observó DerWinnus—, el medio tan extravagante de que se valieron para hacer llegar su invitación. Suponiendo que no haya sido la idea de algún bromista, que es la opinión generalizada entre los miembros del Consejo Central de la Confederación. ¡Vaya forma de comunicarse! Todo esto es muy extraño...

—Pues sea cual fuere la explicación al misterio, pronto podrá averiguarla. Hemos llegado. Buena suerte, delegado.

II

Se hallaba en la terraza del edificio más alto de la ciudad capital de Cri-Ión, contemplando por vez primera con sus propios ojos lo que tanta veces había observado, imaginado y admirado a la distancia.

Chandigarh DerWinnus, el enviado de la Confederación Galáctica, jamás olvidaría aquel momento. Jamás podría. Jamás querría. Por el resto de su vida atesoraría en su memoria aquel instante precioso, indescriptible, incomparable.

El universo entero se detuvo, se disgregó átomo por átomo, y finalmente desapareció, mientras su mirada hacía un esfuerzo sobrehumano por abarcar —y su mente un esfuerzo imposible por concebir— el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos.

U-Bab Sher, la capital de Cri-Ión, la legendaria ciudad azul. La ciudad infinita, la ciudad perfecta. La de las formas dibujadas por la mano de Dios. La ciudad en la que todos los puntos eran el centro y todos, la periferia. La de las avenidas que conducían mágicamente al lugar elegido. La de los laberintos en los que era imposible perderse. La ciudad que era todas las ciudades y a la vez ninguna. La que no podía ser mejorada, porque solamente a Dios es dado mejorar lo que ya es perfecto.

Todas las ciudades que los arquitectos del pasado, del presente y del futuro pudiesen imaginar, soñar o concebir, en cualquier lugar del universo en el que existiese el precioso don de crear belleza; las elusivas ciudades que las mentes extraviadas y soñadoras pudiesen haber edificado en sus más exacerbadas fantasías; aquéllas casi imperceptibles que los artistas vislumbraban en fugaces ensoñaciones, y se esfumaban sin dejar más rastro que el vago recuerdo de un breve instante de contacto con lo divino; todas las ciudades construidas, las que habrían de construirse, y aun las que jamás habrían de ser construidas, todas ellas sin excepción, estaban contenidas en U-Bab Sher.

Chandigarh DerWinnus III, el omitible hombre de la Tierra, la infinitesimal criatura de polvo y ceniza, había enmudecido. Permanecía allí, abrumado, aniquilado, arrollado, por una fuerza que por vez primera, y acaso única, le era dado conocer en toda su magnitud: la inconmensurable fuerza de la belleza.

Soberbia y silenciosa, majestuosa e infinita, trascendiendo el mito y superando la leyenda, U-Bab Sher, la ciudad impensable, la ciudad imposible, estaba ante sus ojos.

* * *

—Bienvenido a Cri-Ión, delegado...

Una voz a sus espaldas lo arrancó brutalmente de su ensoñación.

Chandigarh DerWinnus giró de inmediato sobre sus talones y pudo observar, por vez primera con sus propios ojos, algo que siempre había deseado tener frente a sí.

Un crionita.

Hasta ese día, DerWinnus sólo había podido verlos, como todo el resto de la Galaxia, en viejos estereofilmes y antiguas videoimágenes tridimensionales de cuatrocientos años de antigüedad. Ahora, finalmente, los tenía ante sí. Y en verdad, ninguno de aquellos videodocumentos había conseguido reflejar fielmente la singular apariencia física de los crionitas.

Seres de apostura extraordinaria, de piel blanco grisácea, constitución general antropomorfa —muy semejante a la de los terrestres— y estatura sensiblemente mayor a la media en la Tierra.

Todo lo cual, sumado a sus inveteradas y características vestimentas talaus marrón oscuro, les confería un aire de majestuosidad y magnificencia difíciles de definir con palabras, pero muy acordes con la civilización líder de la galaxia.

—Chandigarh DerWinnus III, de la Tierra —contestó el delegado de la Confederación, en perfecto crionita, intentando controlar su emoción—. Ante todo, quisiera agradecerles, en nombre de la Confederación Galáctica, el que nos hayan dado acceso a su planeta.

—Aún nos consideramos miembros de la Confederación —dijo el crionita—. Permítame presentarme: soy Xak-Xi Ar, del Consejo Supremo de la Hermandad de Naciones de Cri-Ión. Bienvenido a U-Bab Sher, delegado DerWinnus.

Unas pocas personalidades de carácter diplomático acompañaban al crionita. El solitario delegado de la Confederación pasó de inmediato a saludarlas con gran deferencia.

Desde muy pequeño, su padre le había enseñado el clásico saludo crionita: el brazo derecho apoyado en el hombro izquierdo de la otra persona. Con algunas variantes y adaptaciones, dada la diversidad morfológica que podía observarse entre los seres que poblaban la galaxia, había terminado por convertirse en el saludo de rigor en todo el ámbito de la Confederación. Como miembro del Consejo Central de

la Confederación Galáctica, DerWinnus se había acostumbrado a utilizarla cotidianamente, en infinidad de circunstancias.

«Pero nunca tan apropiadamente como hoy», pensó.

Algunos metros más atrás, un pequeño contingente de crionitas uniformados, que DerWinnus reconoció como personal de seguridad, permanecía expectante y en silencio. El hombre de la Tierra no pudo evitar sorprenderse ante la singular apariencia de estos guardias crionitas.

Con sus uniformes, armamentos y equipo, estos soldados de Cri-Ión parecían fantasmales supervivientes de los tiempos anteriores a La Guerra.

«Vestimenta tradicional, de carácter ceremonial, seguramente por razones protocolares», fue todo cuanto se le ocurrió pensar.

El hombre de la Tierra aún continuaba observándolos, cuando Xak-Xi Ar lo invitó cortésmente a abandonar la terraza del edificio.

Entonces, la perplejidad de DerWinnus alcanzó su punto culminante.

El crionita acababa de señalar, con la mayor naturalidad, un artefacto que el delegado de la Confederación tardó en reconocer.

¡Un ascensor magnético-gravitatorio...!

Chandigarh DerWinnus, que jamás había visto uno en funcionamiento, apenas podía dar crédito a lo que estaba observando. Su padre —creía recordar— había alcanzado a utilizar uno de los últimos que habían existido, durante unas vacaciones, siendo aún muy pequeño, en algún apartado planeta de la Confederación.

El confundido enviado de la Tierra y la comitiva de Cri-Ión ingresaron solemnemente en el obsoleto artefacto, que de inmediato inició su trayecto descendente.

Conforme el aparato se ponía en marcha y comenzaba el largo descenso, el nerviosismo de DerWinnus iba en aumento.

«Ya está bien de tradicionalismo protocolar», pensó con creciente preocupación. Bajar todos aquellos pisos por una antigua e irregular escalera de piedra, no le hubiera provocado una aprensión mayor.

—Disculpe la demora en recibirlo —dijo Xak-Xi Ar mientras DerWinnus intentaba recuperar la compostura y apartar de su mente los malos presagios—. Nuestra red de vigilancia no captó nave alguna ingresando en nuestro sistema. Menos aún la presencia de un visitante en U-Bab Sher. De hecho, el personal de seguridad se sorprendió al detectar la presencia de un extraño en una de las terrazas del Palacio Central de Gobierno...

—Resultó ser el sitio más adecuado para cruzar el umbral —observó Chandigarh DerWinnus con la mayor naturalidad.

—¿El qué...?

—El «umbral», doctor Xak-Xi Ar... De todos modos, también a nosotros nos hubiera gustado poder concertar más adecuadamente las circunstancias de este encuentro, dada la importancia del acontecimiento. Pero créame, he tenido que

sortear inconvenientes y objeciones de todo tipo para poder estar hoy acá, incluso en forma tan modesta como ésta.

—¿Objeciones?

—Pues, a decir verdad, casi nadie en la Confederación ha tomado seriamente esta invitación. Muy pocos creían que se tratase de un verdadero mensaje de Cri-Ión. Debí utilizar todo el peso de mi influencia para que el Consejo Central accediera a enviar esta modesta misión de inspección. Usted comprende: el medio un tanto... exótico del que se valieron para enviar su mensaje. ¡Ondas épsilon-mu! No se han utilizado en los últimos doscientos años...

—¿No...? ¿Qué se utiliza ahora?

Chandigarh DerWinnus III se quedó de una pieza, preguntándose si el crionita no estaría burlándose de él. Habría sonreído de no ser porque era evidente que la pregunta había sido formulada con absoluta seriedad. El delegado de Cri-Ión aún aguardaba la respuesta a su pregunta.

—Las ondas épsilon-mu son cosa del pasado, doctor Xak-Xi Ar, como las ondas hertzianas lo fueron mucho antes. ¿No han continuado en Cri-Ión estudiando la «radiación fantasma», como ustedes mismos la llamaron? Tengo entendido que fueron ustedes quienes propusieron la posibilidad de su existencia, poco antes del comienzo de La Guerra. Hace poco más de doscientos años conseguimos detectarla, luego reproducirla en el laboratorio, y finalmente modularla. Todo tal cual ustedes lo habían predicho —el hombre de la Tierra no pudo disimular una mirada de admiración hacia el crionita—. Nos ha conducido a un nuevo tipo de comunicación, que aún hoy sigue pareciéndonos cosa de magia. Los más entusiastas aseguran que el mensaje llega antes de ser emitido... —concluyó DerWinnus con una sonrisa.

—Eso es muy interesante —observó Xak-Xi Ar—. Pero pudieron captar nuestro mensaje...

—Fueron los «radioaficionados» quienes lo captaron, los nostálgicos de las ondas épsilon-mu y las ondas hertzianas. Hay miles de ellos dispersos por toda la galaxia. Usted sabe, la fascinación por las cosas antiguas. Uno de ellos viajaba en la «Arrk», una suntuosa nave de turismo del planeta Att Zoor, la cual pasó por las cercanías de Cri-Ión hace algunos meses. De no haber estado esta persona allí, con su pintoresco equipo de radio, el mensaje que ustedes emitieron se habría perdido en el espacio. Al principio no se le dio ninguna importancia al episodio. Se pensó en la ocurrencia de algún radioaficionado bromista, o algo así. Pero cuando, en las semanas sucesivas, otros radioaficionados dijeron haber captado el mismo mensaje, en los mismos términos, y siempre señalando a Cri-Ión como punto de origen, el asunto empezó a ser discutido, incluso en los ámbitos oficiales. De todos modos, el que se valieran de una tecnología tan obsoleta para comunicarse no dejaba de inspirar mucho escepticismo.

—Comprendo —dijo el crionita, dubitativo—. Bien, delegado DerWinnus, permítame conducirlo a sus habitaciones. Si le parece bien, me atribuiré el honor de

ser su anfitrión en su primera visita a nuestro planeta. Como le he dicho, su presencia nos ha tomado un poco por sorpresa. Debemos esperar un tiempo a que el Consejo Supremo de Cri-Ión pueda reunir una pequeña comisión y celebrar una sesión de carácter extraordinario. Lo que habremos de discutir afectará no sólo a Cri-Ión, sino a la galaxia en su totalidad.

El trayecto hasta su alojamiento, atravesando dependencias y galerías del Edificio Central de Gobierno de la Hermandad de Naciones de Cri-Ión, resultó sobrecogedor para DerWinnus. También el recorrido por los bulevares y avenidas de U-Bab Sher. Un creciente sentimiento de aprensión fue apoderándose de él, conforme iba reparando en cada detalle del espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Desde un primer momento había observado con extrañeza el tipo de armamento que portaban el personal de seguridad y los oficiales de guardia. Armamento del siglo XXIII, que DerWinnus sólo había podido observar, hasta ese día, en museos en los que se evocaba La Guerra.

Ahora observaba, con creciente aprensión, algo que no alcanzaba a comprender ni interpretar. Todo el sistema de iluminación que utilizaban los crionitas parecía estar basado en principios científicos de trescientos años de antigüedad. Antorchas y candelabros no le hubiesen producido una sorpresa mayor...

Los medios de transporte, los sistemas de comunicación, todo lo que veía a cada paso, parecía retrotraerlo cuatrocientos años, a los tiempos anteriores a La Guerra. Un estremecimiento le recorrió el espinazo.

«¿Qué ha ocurrido?», fue todo cuanto pudo pensar el delegado de la Confederación.

III

Se hallaba en el Gran Salón del Consejo Supremo de la Hermandad de Naciones de Cri-Ión.

Aunque era ésta la primera vez que Chandigarh DerWinnus III ponía un pie en él, el recinto no le era en absoluto desconocido. Toda la iconografía existente sobre los últimos mil años de la galaxia eran prodigios en estereofilmes y videodocumentos sobre aquel legendario salón semicircular. DerWinnus observaba emocionado, absorto en cada detalle, todo lo que alcanzaba a detectar. La historia misma de la galaxia se desplegaba ante sus ojos.

Sobre el estrado, sentados a lo largo de una imponente mesa en forma de herradura, veintisiete representantes de Cri-Ión, con sus características túnicas marrón oscuro, observaban impertérritos al único representante de la Confederación Galáctica. Éste, sentado a cierta distancia, en el punto central del semicírculo, los observaba disimuladamente de uno en uno. La suspicacia era evidente en todas las miradas, de uno y otro lado. Las previsibles frases protocolares de bienvenida oficial,

y los buenos deseos y augurios prodigados mutuamente, no habían alcanzado a diluir una indefinible atmósfera de incomodidad y mutua desconfianza.

El crionita sentado al centro del estrado, evidentemente el presidente del Consejo Supremo, acababa de tomar la palabra, exponiendo una serie de consideraciones generales sobre los motivos y fundamentos de la presente asamblea extraordinaria.

Pero no eran las palabras lo que mantenía al hombre de la Tierra con la mirada clavada en el crionita.

Chandigarh DerWinnus III sintió que se le erizaba la piel, conforme iba deletreando el nombre del crionita, inscripto con caracteres dorados en su túnica marrón.

«No puede ser», pensó casi aterrado. «No puede ser el mismo, tiene que tratarse de un homónimo, de algún descendiente, como en mi caso».

El crionita había comenzado a puntualizar, prolija y detalladamente, los casi cuatrocientos años transcurridos desde el último contacto del planeta Cri-Ión con la Confederación Galáctica.

Detalló de qué manera la galaxia entera se había abismado en una guerra insensata, desproporcionada, irracional.

Cómo Cri-Ión había debido interrumpir todo contacto con el resto de la galaxia, sin opción posible.

Cómo había podido observar, si bien de manera fragmentaria, el desarrollo y el fin de la conflagración.

Cómo los crionitas habían podido asistir, azorados, a la degradación y la decadencia, ya no material, sino espiritual y moral, de la galaxia entera.

Cómo habían arribado a la conclusión de que el grado de salvajismo y bestialización que había sucedido al fin de la contienda, dejaba muy pocas esperanzas de una futura recuperación.

Cómo, concluida La Guerra, habían esperado en vano, en los últimos doscientos años, algún indicio de recomposición moral que les permitiera retomar contacto con la Confederación Galáctica, sin que ello significara verse arrastrados ellos mismos hacia la perdición.

Cómo la espera había resultado en vano, hallándose la galaxia entera, en el tiempo presente, en el más profundo abismo de corrupción moral y abyecta inmoralidad, totalmente olvidada de los más elementales principios de progreso y civilización.

Y cómo, en un último y desesperado intento de poner fin a tanto oscurantismo y barbarie, los crionitas habían decidido intervenir, bien que a riesgo de su propia integridad, a fin de reencauzar la galaxia por la segura senda de la luz y la verdad.

El presidente del Consejo Supremo de Cri-Ión continuó hablando en tales términos, sin la menor consideración hacia la presencia del delegado de la Confederación Galáctica. Todas las veces que DerWinnus había intentado poner alguna objeción, había sido arrollado por la vehemencia de la alocución del crionita.

Su voz atronaba de tal modo en el Gran Salón del Consejo, que el mismísimo Zeus, de haber estado presente en la sala, se hubiera llamado a silencio —pensó DerWinnus.

Terminaba de hacer su décimo e infructuoso intento de intercalar alguna palabra, cuando el doctor Xak-Xi Ar intercedió por él.

—Señor Presidente, creo que el delegado DerWinnus tiene derecho a manifestar su punto de vista cuando lo considere necesario.

DerWinnus comprendió, por la reacción de los demás crionitas, y en especial del propio presidente, que Xak-Xi Ar había incurrido en un inusual atrevimiento para otorgarle a él, un extraño, el derecho de hablar.

Pero éste era su momento.

—Señores Comisionados del Consejo Supremo de Cri-Ión, no puedo aceptar los términos en que se ha estado describiendo el estado actual de la Confederación Galáctica, y la realidad espiritual y moral de la galaxia en general —observó vehementemente Chandigarh DerWinnus III—. Si algo realmente valioso hemos podido rescatar del desastroso episodio de La Guerra, es lo mucho que hemos aprendido en el terreno de los valores éticos, sin contar...

—Comprendemos su punto de vista —dijo el presidente del Consejo, cortándolo en seco sin la menor consideración—. Pero no creemos que usted, un miembro de la Confederación, sea la persona más adecuada para comprender cabalmente el estado en que se halla la galaxia. Consideramos que la Confederación Galáctica no se halla en condiciones de juzgarse a sí misma. Más aún, consideramos que en estos momentos...

El crionita retomó el hilo de su alocución en los mismos términos en que lo había dejado antes ser interrumpido. DerWinnus se armó de paciencia, y se resignó a continuar escuchando...

Escuchó cómo la Confederación Galáctica había perdido la capacidad necesaria para ponderar adecuadamente su propia situación. Cómo carecía de la estatura moral y espiritual para tal fin. Y como, en consecuencia, se hallaba irremediabilmente perdida a menos que algún acontecimiento providencial la rescatara de su actual estado.

Escuchó cómo, por contrapartida, Cri-Ión había sabido preservar sus valores morales, espirituales e intelectuales, para continuar su senda de progreso y desarrollo hacia las más altas cumbres de conocimiento y sabiduría.

DerWinnus escuchó estos mismos conceptos vertidos una y otra vez, de una y mil maneras distintas.

Y finalmente, escuchó atónito cómo Cri-Ión debía tomar cuanto antes la dirección absoluta de la Confederación Galáctica, hasta tanto ésta consiguiese recuperar el conjunto de los valores éticos, morales y espirituales hacía tanto tiempo perdidos.

Si algún resto de buena disposición aún quedaba en el ánimo de DerWinnus, desapareció por completo. El delegado de la Confederación Galáctica decidió que ya

había escuchado suficiente.

—Señores representantes de Cri-Ión —dijo el hombre de la Tierra, poniéndose de pie con una determinación en sus gestos y en su voz que hizo enmudecer al mismísimo presidente del Consejo Supremo—. No creo que por este camino podamos arribar a entendimiento alguno. Puedo asegurarles que nada sería tan auspicioso para la Confederación Galáctica como tener nuevamente a la representación crionita ocupando sus escaños en el Consejo Central. Es un momento que hemos estado esperando durante cientos de años. Pero puedo asegurarles, con mayor seguridad aún, que cualquier curso de acción que Cri-Ión considere adecuado para la galaxia, deberá ser indeclinablemente sometido a estudio y aprobación por parte del Consejo Central, como siempre lo hemos hecho.

«Como ustedes mismos lo hubieran exigido», pensó DerWinnus.

Al tiempo que terminaba su declaración y volvía a tomar asiento, DerWinnus pudo ver cómo una clara expresión de cólera e indignación se dibujaba en el rostro del presidente del Consejo Supremo de Cri-Ión, al tiempo que su rostro pasaba de blanco grisáceo a azul violáceo.

—Delegado DerWinnus, créame, nuestras intenciones son las mejores. Olvidaremos sus injuriosas palabras de hace instantes...

—También yo las vertidas por usted, señor Presidente —respondió impertérritamente DerWinnus—. Pero ello no cambiará la situación planteada. Tomaré debida nota de la propuesta de Cri-Ión aquí expresada, y seré fidedigno al exponerla ante el Consejo Central de la Confederación Galáctica. Pero créame, señor Presidente, no existe la menor posibilidad de que la misma pueda ser tomada siquiera en consideración. Ni en esos términos, ni en cualesquiera otros.

El crionita permaneció un instante en silencio. Finalmente se inclinó hacia el frente, y clavó en DerWinnus una mirada tan intensa, que el delegado de la Confederación Galáctica se echó instintivamente hacia atrás.

El presidente del Consejo Supremo de Cri-Ión comenzó a hablar muy lentamente, casi en un susurro, dando peso propio a cada palabra.

—¿Ni siquiera si, como prenda de buena voluntad, hiciéramos partícipe a la galaxia toda de nuestro máspreciado e invaluable secreto?

—¿Secreto? ¿Cuál secreto...? —pudo balbucear DerWinnus, sintiendo que algo lindante con el terror le erizaba los cabellos.

El crionita aguardó un instante, y dejó caer lentamente una frase.

—El secreto de la inmortalidad.

IV

Las palabras del crionita aún retumbaban en los oídos incrédulos de Chandigarh DerWinnus III, cuando, media hora después, abandonaba el Palacio del Consejo

Supremo de la Hermandad de Naciones de Cri-Ión.

«Entonces es verdad», pensó estremecido, mientras descendía la imponente escalinata del frente del edificio.

La leyenda que había recorrido la galaxia en los últimos doscientos años, la más descabellada de todas las fantasías populares respecto de los crionitas, había resultado ser más que una simple leyenda.

Más aún, sus más inquietantes sospechas sobre la identidad exacta del crionita con el que había protagonizado tan encarnizado duelo verbal, se habían visto confirmadas. DerWinnus apenas podía alojar en su mente semejante revelación.

El presidente del Consejo Supremo de Cri-Ión había resultado no ser otro que el mismísimo Rhad-Tsu Ar.

¡Rhad-Tsu Ar!

Era inaudito, inimaginable. Se trataba de una figura histórica, legendaria, a la que los niños de todas las escuelas de la galaxia llegaban a conocer y venerar por los textos de Historia. Había encabezado la decisión de Cri-Ión de mantenerse al margen de La Guerra. Y había sido quien, con mayor empeño y tenacidad, había conminado a las partes en pugna a respetar el principio de aislamiento de los planetas primitivos. Con el Estatuto Universal de la Confederación Galáctica en la mano, había recordado a todos y a cada uno de los planetas intervinientes en el conflicto, que los planetas pre-hiperespaciales, aun ignorantes de la existencia del resto de la galaxia, eran miembros de la Confederación Galáctica, con los mismos derechos y prerrogativas.

¡Y él, Chandigarh DerWinnus III, un simple miembro ordinario del Consejo Central, había estado allí, hablando con él, discutiendo con él, enfurecido con él...!
¡Con Rhad-Tsu Ar!

DerWinnus agradecía ahora no haber sabido con quién se las estaba viendo. De haberlo sabido, difícilmente hubiera podido mantener tan férreamente su postura, ni demostrar tanta seguridad en sí mismo.

Se había mantenido inamovible en cuanto a su postura inicial. Los principios que regían la Confederación Galáctica no eran negociables.

Y eso había sido todo.

* * *

Ya en su alojamiento del pabellón para huéspedes ilustres, un apabullado y desvelado representante de la Confederación barajaba y sopesaba un sinnúmero de posibles cursos de acción. La situación lo desbordaba por completo. Todas las resoluciones que cruzaban por su mente convergían en un mismo punto. Simplemente, marcharse ya mismo de allí. Dada la importancia y lo inusual de la situación planteada, cualesquiera fuesen los pasos a seguir, era el Consejo Central quien debía decidirlo.

«Presentaré mi informe ante el Consejo Central, y que se arreglen ellos», pensó

DerWinnus.

Una vez tuvo su decisión tomada, DerWinnus se puso de pie, reunió sus pocas pertenencias, y eligió un lugar espacioso de la habitación. Y con dos ligeros golpecitos en su muñeca izquierda, activó el «umbral».

Rápidamente empezó a formarse el rectángulo luminoso. A través de él, ya podía observar de forma borrosa el puente de mando de la «Eagle». La imagen fue ganando nitidez y se estabilizó en un instante.

Estaba a punto de trasponerlo, cuando un rostro ya familiar para él apareció en la gran pantalla de una de las paredes del cuarto.

—Delegado DerWinnus, lamento importunarlo. ¿Podría bajar un momento? Quisiera mostrarle algo que puede interesarle.

Era Xak-Xi Ar. Había cierto apremio en el tono de su voz.

DerWinnus dudó un instante.

«¿Para qué?», se preguntó. Ya había visto y oído todo cuanto necesitaba.

Sin embargo, algo en su interior lo compelió a aceptar la invitación. Aunque Cri-Ión había empezado a inspirarle un manifiesto sentimiento de rechazo, su sentido del deber le dictaba completar cabalmente su misión, sin dejar cabos sueltos.

Además, Xak-Xi Ar había sido el único que había intercedido por él, durante la pesadillesca sesión ante el Consejo Supremo de Cri-Ión. DerWinnus sabía que le debía, cuanto menos, una frase de agradecimiento y una amable despedida.

El ascensor magnético-gravitatorio lo llevó penosamente hasta la planta baja. Salió a una amplia explanada exterior, y divisó rápidamente a su anfitrión crionita. Envuelto en su clásica túnica marrón de magistrado de Cri-Ión, lo esperaba en un vehículo oficial del Consejo Supremo, sin compañía alguna.

Xak-Xi Ar invitó a DerWinnus a subir al vehículo, y enseguida lo puso en marcha. El vehículo se desplazaba a un metro del suelo, sostenido por la obsoleta repulsión magnético-gravitatoria. Viajar en un vehículo de esas características resultó un suplicio para DerWinnus, acostumbrado a la suavidad de las burbujas elipsoidales de desplazamiento por flujo alternativo. Se sentía un antiguo colono americano, viajando penosamente en un vetusto carromato hacia el «Lejano Oeste», en el siglo XIX de su planeta natal...

Intentando pensar en otra cosa, inquirió a Xak-Xi Ar.

—Doctor Xak-Xi Ar, ¿qué significa exactamente que han conseguido la fórmula de la inmortalidad? He observado, en las pocas horas que llevo en su planeta, que han conseguido prolongar la duración de la vida en forma espectacular. ¿Pero exactamente cuánto?

Xak-Xi Ar se tomó algunos segundos para contestar. No había el menor rastro de emoción en su voz.

—Significa que hemos hallado el modo de desacelerar el proceso natural de deterioro del tejido celular, amigo DerWinnus. Se reduce al uno por ciento de su deterioro normal alrededor de los cuarenta años, y al uno por diez mil promediando

los cincuenta años de edad. En mi caso particular, puedo decir que se ha detenido por completo.

El crionita miró a DerWinnus.

—Amigo DerWinnus, nadie ha muerto por causas naturales en Cri-Ión en los últimos trescientos años. Y hasta donde sabemos, nadie más lo hará. Según nuestros cálculos...

DerWinnus estaba estupefacto, conmocionado, incapaz de articular palabra alguna. Cuando finalmente pudo hacerlo, decenas de miles de emociones y pensamientos se agolparon caóticamente en su apabullado cerebro.

—¡Pero... pero... eso es maravilloso, doctor Xak-Ki Ar! ¡Es lo que la humanidad ha estado buscando desde el principio de los tiempos! ¡Es el sueño de nuestros alquimistas de la Edad Media, el Elixir de Larga Vida! ¡Es la Fuente de Juvencia! ¡El paraíso de Shangri-la! ¡El final de la búsqueda de Ponce de León! ¡Es... es...!

De pronto, DerWinnus se detuvo en seco, completamente avergonzado de su propia reacción. El crionita terminaría formándose una idea muy poco favorable del delegado de la Confederación Galáctica, pensó, si no lo había hecho ya.

Se acomodó en su asiento, se rascó displicentemente una oreja, y se alisó algunos cabellos con la mayor naturalidad posible.

—Está bien, doctor Xak-Xi Ar, ya me he calmado. Disculpe usted. No es éste mi estilo, créame. Comencemos de vuelta. Me decía usted...

El crionita sonrió ligeramente, y se concentró en conducir el vehículo por las fabulosas avenidas de U-Bab-Sher. Finalmente fue el propio DerWinnus quien rompió el silencio.

—Doctor Xak-Xi Ar, usted no parece muy entusiasmado con este tema de la inmortalidad.

El crionita se tomó un instante para responder.

—Ha observado bien, amigo DerWinnus —contestó, sin mirar al hombre de la Tierra—. Haber burlado a la muerte es algo sin duda maravilloso. Pero no estoy seguro de querer ver este mal extendido a toda la galaxia...

El delegado de la Confederación estaba confundido.

—¿Este... este mal, ha dicho usted...?

—Exacto —contestó el crionita—. A pesar de lo que usted ha visto, Cri-Ión continúa sintiéndose parte de la galaxia, y preocupándose por el destino que pueda correr. Aunque tal vez Rhad-Tsu Ar y yo no tengamos la misma idea sobre cuál debería ser nuestra contribución.

—Pero, doctor Xak-Xi Ar, ¿qué podría ocurrirle a la galaxia, peor que la muerte?

—Lo que ha ocurrido en Cri-Ión —respondió secamente el crionita.

—¿Pero qué ha ocurrido en Cri-Ión...?

Chandigarh DerWinnus III era plenamente consciente de lo improcedente de sus palabras. Conocía la respuesta a su pregunta desde mucho antes de haberla formulado. Había estado siempre allí, desfilando ante sus ojos desde el momento

mismo de su llegada a Cri-Ión, desde mucho antes de poner un pie en U-Bab Sher.

En el mensaje enviado, utilizando una tecnología obsoleta, casi medieval, en una galaxia que desde hacía mucho tiempo venía utilizando una forma de comunicación infinitamente superior. En los miles de ingenios espaciales que poblaban densamente todo el sistema planetario de Cri-Ión, diseminados como trastos viejos, testimonios de una época de mayor esplendor que había quedado muy atrás en el tiempo.

—Sí, delegado DerWinnus —dijo el crionita, adivinando el pensamiento del enviado de la Confederación Galáctica—. Lo que ha ocurrido con Cri-Ión es que ha perdido su capacidad creadora. Aquella creatividad que alguna vez la hiciera única en toda la galaxia, si me permite la inmodestia, se ha extinguido por completo. Enorgullecernos del pasado es todo lo que nos queda. Cri-Ión es una civilización detenida en el tiempo, un fósil viviente.

El crionita hizo una pausa, como si quisiera dar tiempo a DerWinnus de asimilar cada palabra.

El vehículo continuaba deslizándose a moderada velocidad. DerWinnus juzgó, por la ruta que llevaban, que Xak-Xi Ar tenía intenciones de salir de la ciudad. El hecho no le produjo inquietud alguna. Algo indefinible en el anfitrión crionita inspiraba al hombre de la Tierra absoluta confianza. Por el contrario, eran las palabras del crionita las que lo tenían inquieto.

—Doctor Xak-Xi Ar —dijo DerWinnus—. No estoy seguro de estar entendiendo. Lo que sea que haya ocurrido en Cri-Ión, usted parece relacionarlo directamente con la inmortalidad de los crionitas.

—Oh, ahora es tan obvio —contestó el crionita.

Xak-Xi Ar aminoró un poco la velocidad tomándose un tiempo para elegir sus siguientes palabras. Tal como DerWinnus lo presintiera, estaban abandonando el imponente casco céntrico de U-Bab Sher. El crionita observó un instante al enviado de la Confederación Galáctica, e inquirió:

—Delegado DerWinnus, ¿alguna vez se preguntó por que usted, y yo, y todas las criaturas del universo deben morir? ¿Por qué la naturaleza exige que todos los individuos mueran?

—No soy biólogo —contestó DerWinnus, dubitativo—. Pero tengo entendido que tiene algo que ver... con la evolución...

—Exactamente. Dicho de otro modo, por el recambio, delegado DerWinnus —afirmó Xak-Xi Ar, enfatizando la palabra «recambio»—. Es necesario, imprescindible, que haya un constante recambio de individuos. El entorno cambia: es necesario, imperativo, que la especie cambie. Y para que ello sea posible, es necesario, llegado el momento, que los individuos viejos, remanentes de un entorno que ya no existe, dejen espacio libre a los individuos jóvenes, mejor adaptados al nuevo entorno. De no ser así, la especie moriría. Es necesario que los individuos mueran para que la especie continúe.

—¿Pero qué tiene que ver eso con lo que ocurre en Cri-Ión? No puede tratarse de

una cuestión genética. No ha habido tiempo...

—No, es verdad. Pero ocurre que el recambio del que hablamos es tan necesario para la evolución de la vida como para la evolución de las ideas. De las ideas, amigo DerWinnus. Porque lo que ha ocurrido en Cri-Ión es que las ideas han dejado de evolucionar. No hay recambio de ideas, porque no hay recambio de individuos.

—¿No sigue naciendo gente en Cri-Ión? He visto las calles repletas de niños.

—Sí, claro, sigue naciendo gente...

—Pero doctor Xak-Xi Ar, incluso si las personas fueran siempre las mismas, ¿qué importa? Ustedes pueden seguir teniendo ideas, someterlas a comprobación experimental, discutir las y continuar progresando. Un científico, un pensador, lo sigue siendo hasta el último día de su vida. Puede hacerlo tan bien, incluso mejor, que cuando era más joven...

—Me temo que no, no es tan sencillo como parece. No basta saber mucho y tener buenas ideas para abrir caminos nuevos. Se necesita, además, ser joven, ser nuevo. Y se lo es una sola vez en la vida.

El crionita pareció sumirse en sus pensamientos.

—Mire, se lo ilustraré rápidamente con un ejemplo tomado de la historia de su propio planeta. A principios del siglo xx, la física teórica estaba atascada. Lo estaba desde 1881, cuando el experimento de Michelson y Morley había colocado a la ciencia de la época en un callejón sin salida. Fue el joven Albert Einstein quien la sacó del atolladero. Para hacerlo, debió introducir postulados fundamentales totalmente ajenos a la física de su tiempo. El resultado fue una nueva formulación del tiempo, el espacio y el movimiento. El trabajo de Einstein, entonces de veinticinco años, encontró no poca resistencia y escepticismo. Y sin embargo, era de una lógica impecable. Una teoría científica de una arquitectura perfecta, como una bella sinfonía. Su único pecado consistía en contradecir nociones que los científicos de su época habían incorporado de determinada manera desde su infancia.

—Sí, pero quince años más tarde —objetó DerWinnus—, cuando el eclipse de sol permitió comprobar la realidad de la atracción gravitatoria sobre un rayo de luz, toda resistencia desapareció. La teoría fue aceptada.

—Aceptada, no incorporada —el crionita apoyó expresivamente un puño en el centro de su pecho—. Precisamente por ello, no fueron los científicos viejos, sino los científicos jóvenes, quienes desarrollaron todas las implicancias de la nueva teoría, haciéndola fecunda, fructífera. Es comprensible, los viejos debían luchar contra sus propios preconceptos, los jóvenes no. Para ellos las nuevas ideas eran fácilmente aprehensibles. Tan reales como el Sol y la Luna sobre sus cabezas. Habían nacido en un universo relativista. Pero allí no termina todo, amigo DerWinnus.

DerWinnus estaba comprendiendo que Xak-Xi Ar era un profundo conocedor de la historia de la Tierra.

—Muchos años después, al propio Einstein le llegó su hora. Un grupo de científicos jóvenes desarrollaron lo que ustedes llaman mecánica cuántica. ¿Y qué

ocurrió? Nuevamente los científicos se dividieron. Y fue el propio Einstein quien encabezó la oposición a los postulados fundamentales de la nueva teoría. Jamás pudo aceptar la naturaleza probabilística del universo, ni las situaciones paradójales a las que conducía la mecánica cuántica. La física siguió evolucionando sin él, que se convirtió en una reliquia de otra época. Como usted sabe, sus intentos de unificar las fuerzas fundamentales de la naturaleza fracasaron, entre otras cosas, porque intentaba hacerlo presuponiendo un universo determinístico. Simplemente, no podía evitarlo, ya era viejo. «Dios no juega a los dados» fue su sentencia de muerte como científico.

* * *

Habían alcanzado los últimos núcleos urbanos, diseminados en los bordes de la gigantesca telaraña que conformaba el diseño radial de U-Bab Sher.

—Doctor Xak-Xi Ar, de todos modos, las nuevas ideas no son siempre las mejores —dijo DerWinnus mientras observaba por la ventanilla.

—Es verdad —dijo Xak-Xi Ar—. Pero créame, llega un momento en la vida en que las nuevas ideas parecen siempre las peores. Suele ocurrir cuando se ha vivido cien años, imagine cuando se ha vivido cuatrocientos...

Y agregó:

—No tiene idea de las propuestas que hemos tenido que leer, escuchar y atender en los últimos trescientos años. Una sucesión de sugerencias y afirmaciones absurdas, demenciales, totalmente descabelladas, absolutamente reñidas con el más mínimo sentido común, cuando no con los más elementales principios de razón, moral o buen gusto. En todos los órdenes: científico, filosófico, moral, artístico... Y no existiendo en Cri-Ión la muerte, ese factor obligado de recambio, no podemos hacer más que lo que hemos estado haciendo en los últimos tres siglos: desalentar toda posibilidad de cambio.

A DerWinnus no dejaba de llamarle la atención la extraña manera en que Xak-Xi Ar conseguía desdoblar su pensamiento. La convicción profunda de la insensatez de las propuestas jóvenes y nuevas, y la convicción no menos profunda de ser un viejo tercamente aferrado a sus propios prejuicios.

—Es una pesadilla, ¿comprende? —concluyó el crionita—. Saber que estamos conduciendo a nuestro planeta a la ruina, y no poder hacer nada para evitarlo.

La autopista había iniciado una pronunciada curva ascendente. Desde la altura, DerWinnus pudo observar un espectacular panorama de la capital de Cri-Ión en toda su extensión.

Semejaba una gigantesca carpeta tejida con finísimas hebras en todas las tonalidades azules, verdes y violáceas que alguien pudiera imaginar. Una exquisita labor de ganchillo de una belleza y perfección tales, pensó DerWinnus, que la mismísima Penélope no hubiera podido igualarla, así su espera hubiera durado toda la

eternidad.

—U-Bab Sher es una ciudad bellísima, celestial, perfecta —observó el hombre de la Tierra, con sinceras palabras.

Tan sinceras, como que debió hacer un esfuerzo titánico para no volver a caer presa del arrobamiento casi místico que había experimentado al contemplarla por primera vez.

—Así es, amigo DerWinnus —contestó el crionita sin poder evitar que un dejo de orgullo se trasluciera en su rostro y en su voz. Pero su tono y su expresión mudaron de inmediato—. Es bellísima y celestial. Pero no es perfecta. Ya no, amigo DerWinnus.

DerWinnus miró a Xak-Xi-Ar con aire inquisitivo.

—Todos los que amamos el arte hemos contemplado maravillados las hermosísimas arquitecturas de su planeta —dijo el crionita—. Aquellas bellísimas catedrales góticas de la Edad Media en la Tierra, extraordinarias. Un estilo, el ojival, que jamás se ha perdido. Jamás podría perderse. Permanece allí, en todo su esplendor.

—Afortunadamente, muchas de las catedrales de la Edad Media, han sido preservadas hasta nuestros días.

—No me refería a eso —afirmó el crionita—. Donde muchos sólo ven un moderno edificio de metal y cristal sintético, el ojo del conocedor puede percibir, con meridiana claridad, la herencia que el arte medieval ha dejado en toda la arquitectura de la Tierra. Algo inevitable, después de todo. Un arquitecto de los tiempos posteriores al siglo xv, ya no podrá concebir nada como si no se hubiera construido lo que se construyó, como si no conociera lo que ya conoce. Las conquistas artísticas anteriores a él siempre estarán presentes en su arte, lo quiera o no.

Xak-Xi Ar miró a DerWinnus con infinita tristeza.

—En cambio, U-Bab Sher, amigo DerWinnus, U-Bab Sher es bellísima y celestial, como usted ha dicho, y era perfecta. Pero ya no lo es, ya no podrá serlo. Tiene el peor defecto que una obra de arte puede tener: no tendrá descendencia.

* * *

El vehículo continuaba avanzando raudamente por las avenidas exteriores de la ciudad.

—Doctor Xak-Xi Ar, ¿a dónde vamos? ¿En dónde estamos?

—Hemos dejado atrás el núcleo de la ciudad —contestó el crionita—. Ya estamos en la periferia de U-Bab Sher. Y estamos yendo hacia un lugar al que no deberíamos ir, para que pueda mostrarle algo que no debería mostrarle. Me estoy jugando mucho más que mi posición en el Consejo Supremo de Cri-Ión, créame. Pero es algo que debo hacer. No se preocupe, nadie nos detendrá, es un vehículo gubernamental. Mi investidura nos garantizará acceso libre al lugar al que nos dirigimos.

En efecto, estaban llegando al último anillo exterior de la ciudad. Algunos niños crionitas jugaban despreocupadamente en los parques y plazas, bajo el tibio sol del mediodía. Se detenían un instante, curiosos y aprensivos, al ver pasar el vehículo de un miembro del Consejo Supremo de Cri-Ión.

DerWinnus los observó una y otra vez, sintiendo una creciente oleada de ternura. Tan pequeños e inquietos, aún blanco azulados, como todos los niños crionitas. Tan parecidos, en muchos aspectos, a los niños de la Tierra.

«Evolución convergente», según recordaba DerWinnus de sus días de estudiante. La evolución desemboca en diseños semejantes, como respuesta a entornos parecidos.

—Doctor Xak-Xi Ar —dijo DerWinnus—. Todo lo que usted me ha confiado deja un importante detalle de lado. He podido observar niños y jóvenes en las calles de U-Bab Sher, como en cualquier otra ciudad de la galaxia. ¿Qué ha sucedido? ¿Han aceptado el orden establecido? Cri-Ión se ve en paz y armonía. No parece haber conflicto entre jóvenes y viejos. Allí, en las mentes de los jóvenes, hay un permanente caldo de cultivo de nuevas ideas, osadas propuestas, pensamientos acaso de extraordinaria creatividad. ¿O la creatividad ha desaparecido también de las mentes jóvenes de Cri-Ión?

La pregunta pareció incomodar a Xak-Xi Ar. Se demoró un par de minutos antes de comenzar a hilvanar una respuesta.

—Educamos a nuestros niños para que sean buenos ciudadanos, buenos crionitas. Hemos aprendido mucho en ese aspecto, en los últimos doscientos años. Son estudiados y monitoreados desde el momento mismo de su concepción, y podemos decir que ello ha hecho posible la paz y armoniosa convivencia que usted ha podido observar.

Y Xak-Xi Ar no volvió a tocar el tema el resto del viaje.

* * *

Ya estaban en las afueras de U-Bab Sher, avanzando por una autopista secundaria, estrecha y solitaria. Por la creciente profusión de vallados, señales de advertencia y diversos mecanismos de seguridad, era evidente que estaban ingresando a un área restringida. Atravesaron una media docena de puestos de vigilancia, sin encontrar obstáculo alguno. Los guardias crionitas se limitaban a hacer una venia en dirección al vehículo del Consejo Supremo que pasaba.

—Las disposiciones de seguridad se han ido descuidando paulatinamente, conforme la paz y el orden han prosperado en Cri-Ión —observó Xak-Xi Ar—. Nadie esperaría una presencia no autorizada, como no fuera algún crionita extraviado por algún involuntario error.

Xak-Xi Ar detuvo finalmente el vehículo frente a un pabellón solitario,

desoladamente aislado en medio del descampado. No se veían señales de presencia crionita en varios kilómetros a la redonda.

El crionita invitó a su acompañante a ingresar a la pequeña edificación. DerWinnus contempló asombrado las colosales dimensiones del recinto en el que se encontraban. El techo no era muy alto. Pero hacia el frente y hacia ambos lados, la vista parecía perderse en el infinito sin que se observara pared alguna. Nadie parecía haber estado allí en muchísimo tiempo. Recorrieron pasillos y dependencias largamente deshabitadas.

Finalmente, al final de un estrecho y mal iluminado corredor se encontraron, para gran desencanto de DerWinnus, frente a un viejo ascensor magnético-gravitatorio. El hombre de la Tierra entró dubitativamente detrás del crionita y el artefacto inició el descenso de inmediato.

Un desagradable sentimiento de angustia fue creciendo en el ánimo de DerWinnus conforme el aparato se abismaba más y más.

«O este ascensor es condenadamente lento —pensó—, o estamos descendiendo a profundidades extraordinarias.»

Mientras el obsoleto artefacto continuaba abriéndose paso hacia las entrañas de Cri-Ión, acudió a su mente la expresión con que los antiguos griegos describían la ubicación del reino de Hades, dios de los Infiernos.

«Si de la Tierra se dejase caer un yunque de bronce, descendería durante nueve días y nueve noches, y aún al décimo no habría llegado al Tártaro.»

V

Se hallaban a cinco mil metros bajo tierra, avanzando silenciosamente por un húmedo y angosto corredor precariamente iluminado. Hasta donde DerWinnus podía divisar, el lóbrego túnel parecía perderse en el infinito en ambas direcciones. Una brisa helada, que hizo estremecer ligeramente a DerWinnus, agitaba acompasadamente la túnica marrón de Xak-Xi Ar. Caminaron durante un trecho que al hombre de la Tierra le pareció interminable. Sus pasos retumbaban contra las paredes desnudas multiplicando el sonido como si del paso de un ejército se tratase. En ese desolado complejo subterráneo, todo parecía tener proporciones desmesuradas.

Por el modo en que el crionita había empezado a apretar el paso, fue claro para DerWinnus que se estaban acercando al final del recorrido.

—Como le he dicho —dijo Xak-Xi Ar rompiendo el silencio—, los crionitas aún nos sentimos parte de la Confederación, y obligados hacia el resto de la galaxia, amigo DerWinnus. Aunque Rhad-Tsu Ar y yo no estemos de acuerdo sobre cuál debería ser nuestra contribución.

—Doctor Xak-Xi Ar —dijo DerWinnus, recordando de un pantallazo la pesadillesca sesión ante el Consejo Supremo—, si fuésemos la clase de personas que

Rhad-Tsu Ar describió, ustedes ni siquiera hubiesen podido presentar el secreto de la inmortalidad como prenda de buena voluntad, ni como prenda de negociación, ni como prenda de nada. Ni siquiera como secreto. Podríamos ahora mismo, simplemente, arrebatarlo. Por lo que he podido ver y conocer en estas pocas horas, la nave que me ha traído hasta aquí, la «Eagle», fácilmente podría arrasarlo todo el planeta en un par de horas. Y ni siquiera es una nave de combate.

—Pero no lo harán...

—Pero no lo haremos —ratificó DerWinnus—. Si no podemos obtener el secreto por expresa voluntad de ustedes, no recurriremos a forma alguna de coerción, amenaza o violencia. Tal vez la obtengamos algún día como resultado de nuestras propias investigaciones, o tal vez no la obtengamos nunca.

El crionita detuvo la marcha y miró a DerWinnus.

—Usted es un buen hombre, amigo DerWinnus—. Y estoy seguro que la Confederación Galáctica cuenta con muchos como usted.

Se quedó pensativo un instante, observando fijamente a DerWinnus.

—Por ello, voy a hacer algo que no debería hacer.

El crionita se llevó una mano a la nuca y, ante un desconcertado e intrigado DerWinnus, se arrancó un pequeño mechón de cabellos, los que puso en la mano del delegado de la Confederación.

DerWinnus quedó confundido un breve instante, observando las finísimas hebras que se enroscaban en sus dedos.

—¿Qué significa esto, doctor Xak-Xi Ar?

—¿No deseaba usted la fórmula de la inmortalidad? —dijo el crionita—. Allí la tiene. Entregue esa muestra a sus científicos. Ellos sabrán hacer el resto.

—¿Así, tan fácil...? —inquirió DerWinnus, sin saber qué decir—. La información médica, los desarrollos, las ecuaciones...

—Amigo DerWinnus, la fórmula de la inmortalidad es increíblemente simple una vez descubierta —lo interrumpió Xak-Xi Ar—. Sólo se requería un poco de imaginación, cosa que nunca nos había faltado. Confíe en mí. Esa muestra bastará.

Xak-Xi Ar reinició la marcha. DerWinnus, aún aturdido, lo siguió de inmediato, aferrando fuertemente aquel invaluable manojito de cabello crionita.

—Pero hay algo más que tiene derecho usted a conocer. Es algo que no debería mostrarle, pero lo haré.

El crionita no había terminado de decir las palabras, cuando el interminable corredor desembocó en una gigantesca antesala. En la pared del fondo, podía observarse lo que a DerWinnus le parecieron dos gigantescos portales bloqueando la entrada a otro sector del colosal complejo subterráneo.

El crionita se acercó y pronunció una frase. Su voz fue reconocida y aprobada por un mecanismo de seguridad, el cual activó la apertura de los pesados portales. Demoraron un par de minutos en quedar totalmente desplazados hacia los lados.

Algo amedrentado detrás del crionita, Chandigarh DerWinnus ingresó a lo que

parecía ser otro espacio de dimensiones infinitas. Lo que vio lo dejó estupefacto.

La inconmensurable vastedad del recinto, hasta donde la vista podía abarcar, se hallaba ocupado por miles y miles de enormes contenedores de paredes transparentes, que parecían alojar en su interior criaturas antropomorfas de alguna clase. Las figuras permanecían inmóviles, suspendidas en el seno de una tenue solución cristalina azul violáceo.

El hombre de la Tierra quedó estupefacto al acercarse a uno de los recipientes, y caer en la cuenta de que las cinco criaturas alojadas en él eran crionitas. Crionitas jóvenes, adolescentes, casi niños. Sus cuerpos desnudos, de tonalidades opalescentes, se hallaban en toda suerte de posturas y actitudes, al parecer dictadas por el simple azar. Algunos permanecían con los ojos cerrados o semicerrados, en tanto otros parecían mirar fijamente a DerWinnus, o más allá de él.

—Como le había dicho anteriormente —dijo el crionita—, vigilamos y monitoreamos a nuestros niños desde el instante mismo de su concepción. En general no hemos tenido mayores problemas para educarlos adecuadamente, como ciudadanos civilizados, útiles a Cri-Ión. Pero ello no siempre ha sido posible. Hemos aprendido a detectar las señales inequívocas de una personalidad demasiado inquieta, demasiado fantasiosa, demasiado inquisitiva. Es decir, precisamente lo que Cri-Ión no necesita. Hacemos lo posible por redimir estos casos, liberarlos de semejantes características. Y a veces lo logramos. O a veces sólo por un tiempo. En algún momento, sin embargo, en algunas ocasiones, todos los intentos resultan infructuosos. En ciertos casos, como ve, hemos tenido que desahuciar niños de temprana edad, peligrosos para el resto, en los que claramente podíamos reconocer los signos inequívocos de un caso irrecuperable. En otros casos, podemos insistir hasta entrada la adolescencia, albergando la esperanza de poder reencauzarlos definitivamente. Pero ello no siempre es posible.

DerWinnus permanecía estupefacto, absorto en la contemplación de los gigantescos receptáculos de cristal y sus fantasmales ocupantes. Parecían flotar plácidamente en la acogedora calidez del útero materno.

—¿Están... muertos? —preguntó con un hilo de voz.

—No, no están muertos —respondió el crionita—. Tampoco están vivos, en realidad. Como usted sabe, nuestras leyes y nuestra tradición cultural nos impiden matar, cualesquiera puedan ser los motivos. Pero nuestros conocimientos de biología nos han permitido una solución intermedia. Para describirlo de algún modo, están biológicamente desconectados. No puedo explicarlo de otra manera. Si en este momento los extrájesemos del coloide en el que están inmersos, cosa que nunca haremos, completarían el pensamiento que había en sus mentes cuando fueron inducidos en este estado. No hubo dolor, ni violencia. Simplemente, el hábito de la vida no está fluyendo por sus cuerpos en este momento... y nunca más lo hará.

DerWinnus continuaba clavado en su sitio, completamente enmudecido.

Las espectrales figuras permanecían allí, silenciosas e inmóviles, en esa zona

difusa que separa sutilmente la vida de la muerte.

La morbidez de la carne, fresca y lozana, casi tangible, contrastaba brutalmente con la dureza y la frialdad del vidrio y el metal en el que estaban confinados.

La tersura de la piel, suave y delicada, de tonalidades opalescentes, casi traslúcida, los asemejaba a delicadas estatuillas renacentistas, de finísimo alabastro o exquisita porcelana.

Sus bellos cuerpos, gráciles y esbeltos, se mantenían ingravidamente suspendidos en el seno del tenue líquido gelatinoso que los albergaba, como los querubines y serafines de un fresco de Tiépolo o Miguel Ángel.

Permanecían allí, mágicamente suspendidos en mitad de la nada, una nada silenciosa, vacía y atemporal, tan turbadoramente parecida a alguna forma de eternidad.

El hombre de la Tierra continuaba observándolos, con una especie de hipnótica fascinación, sin comprender si estaba abrumado ante tanta crueldad o ante tanta belleza...

—Así es como hemos preservado la paz y el orden en Cri-Ión —decía Xak-Xi Ar. Chandigarh DerWinnus, absorto y conmocionado, apenas podía escucharlo.

—¿Usted preguntaba dónde estaban los espíritus nuevos, las mentes jóvenes, la creatividad y originalidad de Cri-Ión? —preguntó el crionita, extendiendo un dedo en dirección a los contendores—. Ahí los tiene.

Xak-Xi Ar hizo una pausa. Y más para sí que para el hombre de la Tierra, agregó: —Es el precio de la inmortalidad.

DerWinnus observaba y escuchaba completamente aturdido. Su mano derecha aún aferraba el mechón de cabello, mientras sus ojos permanecían clavados en las figuras de los contenedores.

Se los veía lozanos, frescos y saludables. Como si en cualquier momento fuesen a abandonar su cruel confinamiento y a continuar su vida de todos los días. Cosa que jamás harían.

—En esto ha derivado nuestro triunfo sobre la muerte —agregó el crionita—. Ya no habrá conquistas en Cri-Ión, ni caminos para abrir, ni ideas que sopesar, ni propuestas que considerar. Hemos burlado a la muerte, amigo DerWinnus, pero ella nos ha vencido.

El crionita miró un instante al delegado de la Confederación, y agregó:

—Porque nosotros, los inmortales, como ustedes nos han llamado, somos una civilización muerta.

—Doctor Xak-Xi Ar —preguntó DerWinnus, volviendo lentamente a la realidad—. ¿Por qué me ha traído hasta aquí? ¿Por qué me ha mostrado todo esto? ¿Por que ha puesto en mis manos la fórmula de la inmortalidad?

El crionita permaneció un instante en silencio y luego, soltado lentamente cada palabra, respondió:

—Para que pueda hacer algo que nosotros no pudimos, amigo DerWinnus. Para

que pueda elegir.

El enviado de la Confederación Galáctica lo escuchaba sin encontrar palabras que agregar. Su cerebro bullía de actividad. Los ojos del crionita lo miraban con inusitada intensidad.

—Bien, delegado DerWinnus. Ya conoce la tragedia de Cri-Ión. Recuerde lo que ha visto. Una civilización absurda, condenada a andar en círculos una y otra vez. No podemos hacer otra cosa, y así hemos de seguir hasta el final de los tiempos. Y nada podremos hacer para evitarlo.

El crionita caminó lentamente hacia DerWinnus, y cálidamente apoyó su mano derecha en el hombro izquierdo del enviado de la Confederación Galáctica.

—Buena suerte, amigo Chandigarh DerWinnus III —Xak-Xi Ar esbozó una sonrisa—. Ambos sabemos que no habrá un nuevo contacto, ni visita oficial de la Confederación Galáctica al planeta Cri-Ión, ni nada parecido.

DerWinnus devolvió afectuosamente el saludo y luego, con dos precisos golpecitos a un mecanismo en su muñeca izquierda, activó el umbral hacia el puente de mando de la Eagle. Lentamente una superficie oblonga comenzó a percibirse frente a él. La luz amarillenta empezó a latir con fuerza y con cada pulsación fue creciendo en intensidad.

El rectángulo luminoso había terminado de formarse. Del otro lado de la rutilante superficie ambarina, ligeramente translúcida, ya podía divisarse claramente el puente de mando de la Eagle.

El crionita permanecía absorto en la contemplación de aquel prodigio.

—Lo llamamos el «umbral» —comentó afablemente DerWinnus—. La Eagle se encuentra a cientos de millones de kilómetros de aquí. Casi en los confines de este sistema. Una vez el rectángulo se ha estabilizado, es como pasar por la abertura de una puerta.

El crionita apoyó su mano en la espalda de DerWinnus a modo de despedida.

Otra idea asaltó la mente del delegado de la Confederación Galáctica. Desactivó el umbral.

—Doctor Xak-Xi Ar —dijo el hombre de la Tierra, desactivando el umbral—. Cri-Ión no ha dejado de pertenecer a la Confederación, pese a todo. Sería importante para el Consejo Central tener la rúbrica de Cri-Ión en su nueva Carta Magna, redactada y aprobada como consecuencia del fin de La Guerra. La firma de un representante de Cri-Ión al pie de nuestra actual Constitución, tendrá un efecto altamente beneficioso en el ánimo y el sentir de todos los miembros de la Confederación Galáctica. Ello por sí solo habrá justificado largamente mi expedición hasta aquí.

Xak-Xi Ar tomó la placa oblonga de apariencia metálica que Chandigarh DerWinnus le extendía.

Escrito en caracteres crionitas, desde siempre la lengua oficial de la Confederación Galáctica, el texto de la nueva Carta Magna comenzó a sucederse

mágicamente ante sus ojos.

De pronto, un estruendo, que resonó como un trueno en todo el recinto, hizo dar un salto a DerWinnus.

Xak-Xi Ar dirigió su vista sin inmutarse hacia los enormes portalones de la entrada.

—Se han cerrado —dijo con toda naturalidad—. Ya saben que estamos acá. Era lo esperable. Será mejor que se vaya, amigo. Llegarán en pocos minutos.

—¿Qué ocurrirá con usted? —preguntó DerWinnus sinceramente preocupado.

—Oh, nada importante. En Cri-Ión ya nadie muere, pero por sobre todo, nadie mata, como le he dicho —contestó Xak-Xi Ar—. Aun si morir fuera mi destino, tal vez no sería tan malo. Pero posiblemente mi destino sea otro.

Xak-Xi Ar terminó su frase mirando sostenidamente los innumerables contenedores alineados en la inabarcable extensión del recinto.

—No será mucho mejor ni mucho peor que como me encuentro ahora —concluyó el crionita con una calma que hizo estremecer a DerWinnus.

Como si nada hubiera ocurrido, Xak-Xi Ar continuó paseando su mirada por la nueva Carta Magna de la Confederación Galáctica.

Súbitamente, su rostro mudó por completo.

El cambio fue tan repentino y violento, que el enviado de la Confederación Galáctica quedó un instante paralizado ante semejante transfiguración.

Los ojos del crionita, completamente salidos de sus órbitas, recorrían atónitos el texto que se iba sucediendo en el rectángulo plateado.

—Doctor Xak-Xi Ar, ¿sucede algo? —inquirió DerWinnus—. Sería natural que algunas partes del texto pudieran sorprenderlo...

—¿Sorprenderme? ¿Sorprenderme? —lo interrumpió secamente el crionita, señalando el texto con un dedo grisáceo y huesudo—. Ustedes han aceptado... ustedes, ahora... se admite, se acepta...

—Doctor Xak-Xi Ar —intervino DerWinnus intentando mostrarse conciliador—. Han pasado cuatrocientos años desde la redacción de la anterior Carta Magna. Desde entonces, en todo este tiempo, ha habido cambios, ha habido un desarrollo, un progreso...

—¿Progreso? ¿Desarrollo? ¿A esto lo llaman progreso? A admitir, a aceptar, como si fuese lo más natural...

—Doctor Xak-Xi Ar, seguimos siendo fieles a los principios éticos y morales básicos y fundamentales. Y condenando las aberraciones y atentados a las normas más elementales de una sociedad civilizada, que es lo que intentamos ser —empezó a decir DerWinnus. Se detuvo al comprobar que el crionita casi no lo escuchaba.

Entonces lo vio todo con absoluta claridad. No importaba quién pudiera tener razón, si alguno la tenía. Era una discusión inútil, absurda. Las palabras del crionita le llegaban desde el fondo de un largo corredor de cuatrocientos años de longitud.

—Pero esto... y esto que dice acá... —el crionita no paraba de hablar—. ¡Son

ustedes quienes han caído en la degeneración, no nosotros! ¡En la absoluta depravación...! Ustedes... ustedes... ust...

De pronto se detuvo. Permaneció un largo instante con la mirada clavada en el rectángulo metálico, y lentamente devolvió la oblonga placa al delegado de la Confederación. Finalmente levantó la vista. El hombre de la Tierra y el crionita, el mortal y el inmortal, se miraron fijamente durante una eternidad de diez segundos. La tenue luz del gigantesco salón reposaba sobre el gris ceniciento de la cabeza y manos de aquella criatura de otra época.

Lentamente, sin decir una palabra, el crionita giró sobre sus talones y comenzó a alejarse, perdiéndose para siempre en el laberinto de aquel estremecedor complejo subterráneo. El marrón oscuro de su larga túnica se agitaba suavemente al compás de sus cortos pasos. Sólo quedaban los contenedores y sus fantasmales ocupantes, y el sordo y creciente retumbar de los pasos de los guardias que se aproximaban, cuando el hombre de la Tierra lo vio por última vez.

DerWinnus activó rápidamente el umbral. Echó una última, estremecida mirada a aquella pesadillesca ciudadela subterránea y a sus espectrales habitantes y, sin pérdida de tiempo, cruzó el umbral.

VI

—Así es, Capitán Friedriqs —dijo DerWinnus al barbirrojo comandante de la Eagle—. Debo redactar una recomendación para que nadie vuelva a descender en Cri-Ión sin el consentimiento expreso y unánime de las más altas autoridades del Consejo Central.

—Comprendo su punto de vista —dijo un dubitativo LeRoi Friedriqs, mientras se arrellanaba indolentemente en su acogedora nube amarilla—. Es, sin duda, lo mejor. Si se llegara a saber que la leyenda de la inmortalidad de los crionitas resultó ser cierta, todos querrían ser inmortales. Supongo que no sería bueno. Terminaríamos como ellos. Es imperioso proteger al resto de la galaxia....

—No, capitán Friedriqs —lo interrumpió sonriente Der Winnus, comprendiendo los sentimientos contrapuestos del comandante de la Eagle—. Tal vez usted, y muchos más, estarían dispuestos a correr ese riesgo, a cambio de la inmortalidad. Lo comprendo, créame.

DerWinnus intentó en vano hacer descender su indócil nube rosada.

—Pero acabo de tener una breve pero detallada conversación con la doctora Gvartz, la agregada científica de esta misión, una experta en biología. Lamento tener que desilusionarlo, pero tal parece que, por el momento, tendremos que seguir muriendo, como siempre lo hemos hecho.

El desencanto fue evidente en el rostro del comandante de la Eagle.

—No pude decírselo al doctor Xak-Xi Ar —acotó DerWinnus— porque tampoco

destaco por mis conocimientos en esa materia. Pero los crionitas, capitán, desconocen algunos principios de biología básica. Por ejemplo, carecen de todo conocimiento sobre las divergencias de segundo y tercer grado para las moléculas orgánicas. Toda su química biológica es pre-estructural.

El capitán Friedriqs apenas pudo ocultar su asombro.

—No es extraño —continuó DerWinnus—. Nos parece natural ahora, pero fue un descubrimiento de los últimos doscientos años. También para nosotros fue difícil de asimilar en su momento, por lo que he leído.

DerWinnus recordó de un pantallazo las cuidadosas explicaciones en la escuela secundaria, en cuanto a que las divergencias de segundo y tercer grado no violaban los principios fundamentales de la ontología. Había sido motivo de encendidas controversias en la época en que se realizó el descubrimiento. No era para menos. Era como decir que algo no era igual a sí mismo.

—Al parecer —continuó DerWinnus—, las diferencias son pocas, pero profundas. De modo que, en definitiva, tendremos que recorrer por nosotros mismos la mayor parte del camino, como ellos lo hicieron. Aunque el trabajo de los crionitas nos ha dado pistas valiosísimas en la cuestión.

—O sea —inquirió el capitán Friedriqs sin poder ocultar su desencanto—, que lo que ellos han descubierto no necesariamente es aplicable al resto de la galaxia.

—Por lo que he podido extraer en limpio hasta el momento —respondió DerWinnus, observando con envidia la destreza con que el capitán manejaba su acogedora nube—, sólo los habitantes de dos de los llamados «planetas primitivos» tienen el mismo patrón subestructural que los crionitas. Y, curiosamente, también esos graciosos animalillos de silicio, los «silicontes» del planeta Birnah. Tendremos que deliberar con mucho cuidado qué actitud adoptar con los dos planetas primitivos. Y supongo que los exobiólogos de toda la galaxia se interesarán más de cerca por los silicontes. Pensar que yo mismo tengo uno en casa. Mortal, claro.

—En cuanto a los crionitas....

—Tal vez sea mejor que no lo sepan. Sigue siendo verdad que no sabemos exactamente cómo demonios lo consiguieron, hace cuatrocientos años. Y aun si tuviéramos algún tipo de solución que ofrecerles, ¿qué les diríamos? ¿Que hemos hallado un remedio para que se mueran? Están atrapados en un dilema sin solución.

—Pero usted hizo mención a una recomendación para que nadie descienda en Cri-Ión —le recordó el capitán Friedriqs.

—Oh, sí —DerWinnus hizo una pausa, mirando fijamente al barbirrojo comandante de la Eagle.

Cuando se decidió a hablar, apenas pudo dar crédito a sus propias palabras.

—Capitán Friedriqs, voy a elevar una recomendación para que se respete en el planeta Cri-Ión el principio de aislamiento de los planetas primitivos.

* * *

Chandigarh DerWinnus III, perdida ya toda esperanza de domeñar su imposible nube rosada, permanecía en el puente de mandos de la «Eagle», observando en una de las pantallas gigantes de la sala un pequeño punto luminoso, casi en el centro mismo de la negra superficie rectangular.

Era Ghal-App-Agor, la estrella en torno a la cual orbitaba Cri-Ión. En unos pocos segundos, la Eagle ingresaría en el corredor hiperespacial y desaparecería del espacio.

¿Cuál sería el destino final de los crionitas?

Aún se estremecía al pensar en U-Bab Sher, la fantástica ciudad capital de Cri-Ión. La ciudad que no podía existir, y sin embargo existía.

¿Por cuánto tiempo?

U-Bab Sher había sido el resultado, según había podido leer más de una vez, del descubrimiento por parte de los crionitas del intensificador de cohesión molecular. Sin ello, y sin el dominio del campo sigma-gravitacional, un descubrimiento anterior, U-Bab Sher jamás hubiera podido ser edificada. Se hubiera derrumbado como un castillo de naipes, además de saltar en pedazos.

Lo cual significaba, DerWinnus lo sabía, que algo severamente grave había comenzado a ocurrir en Cri-Ión.

Porque lo cierto, lo dolorosamente cierto, es que U-Bab Sher, ya, ahora, en este mismo instante, se iba deshaciendo, incapaz de sostener y soportar su propio peso, y las intrincada relación de tensiones, presiones y torsiones que sus fantásticas formas le imponían.

Durante su recorrida inicial por las calles de U-Bab-Sher, DerWinnus había notado algo que le había llamado poderosamente la atención, algo extraño, incongruente, cuyo significado sólo ahora comenzaba a comprender.

Imperceptible, apenas un delgado filamento del grosor de un cabello, DerWinnus había podido advertir una finísima grieta recorriendo todo el alto de una de las paredes de la ciudad perfecta.

¿Eso era ya, en definitiva, U-Bab Sher? ¿Una imponente montaña de ruinas y escombros en pie?

* * *

La galaxia seguiría su curso, los siglos también. En algún lejano futuro, tal vez los habitantes de toda la galaxia tendrían algunas preguntas que hacerse.

Por qué el atuendo de rigor en las sesiones del Consejo Central de la Confederación Galáctica era una túnica marrón oscura, larga hasta los pies.

Dónde se había originado la lengua protocolar que aprendían todos los habitantes de la galaxia para poder comunicarse entre sí.

Y en especial, por qué entre los llamados «planetas primitivos», uno en particular

parecía inspirar un respeto profundo y reverencial. Unos pocos conocerían la respuesta.

Los crionitas, la inmortalidad. El mayor de sus logros, y también el último.

Guillermo Gustavo Doi nació en Buenos Aires en 1954. Estudió física en la UBA, aunque trabaja como redactor y traductor free-lance.

Ha publicado cuentos en la web, principalmente en Sitio de Ciencia Ficción (Elección, Nonstop, entre otros). Adicionalmente, ha publicado arte digital de ciencia-ficción en la web, en el sitio Deviantart.

¡Urghooooo!

Juan Manuel Valitutti
Argentina

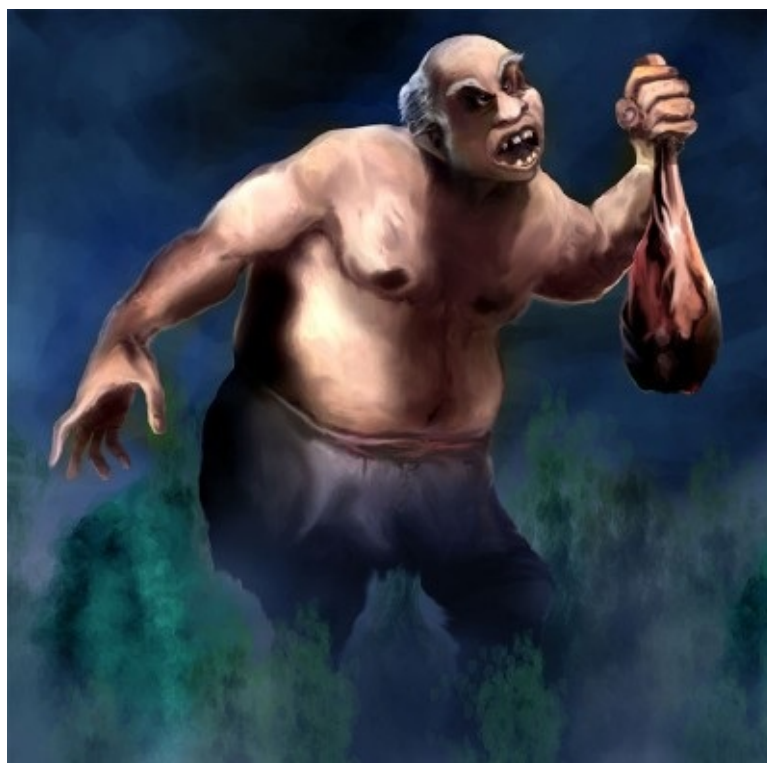


Ilustración: Tut

Un urgho camina por el bosque.

—¡Urghooooo! —brama feliz, y los árboles caen a su paso.

No es para menos, su bolsa está llena, y un urgho con la bolsa llena es la expresión misma de la felicidad.

Por lo general, los urghos festejan la obtención de sus botines sacudiendo la bolsa, golpeándose el pecho, vociferando maldiciones a boca de jarro, lanzándose tierra a la cabeza, arrojándose como aludes por las faldas montañosas, aplastando poblados o cantando depravadamente ante hogueras de dimensiones volcánicas.

Sin embargo, este urgho en particular está viejo, así que sólo se limita a bramar su nombre en son de algarabía.

¿Su nombre? Bueno, a decir verdad, los urghos no tienen nombre, sólo su condición de saberse... en fin... «urghos», de manera que su sociedad se resuelve drásticamente: quien ruge más fuerte, decide la suerte del pleito.

Ahora bien, se preguntarán qué lleva este urgho en su bolsa. Las constantes sacudidas y contorsiones en el laxo interior atestiguan el enfado (o el miedo) de los reos.

¡Reos!

Así es: humanos, cantantes y sonantes.

La carne es más tierna, ¿saben?

Desde los tiempos en que el Venerable Urgho Mayor probó un bocado humano — Riglos el Bello, respetable Monarca, y que los dioses lo asistan—, decretó que no habría otra carne en boca de un urgho que no fuera la del bípedo en cuestión. Como sea, la enmienda tuvo una temible aceptación, y desde entonces los pasos de los urghos son vigilados con temor por un público horrorosamente sensibilizado.

Son tres.

Los reos de la bolsa, quiero decir.

Y, en efecto, se trata de personas.

Un viejo, abuelo de una niña de seis años, y un hombre joven, alto y calvo, con binóculos montados sobre una nariz verruguenta.

El hombre joven es el preceptor de la niña.

El viejo, un poderoso Duque, es el abuelo de la niña.

Y, por último, tenemos a la niña. Ella es... bueno, por el momento diremos que es sólo una niña asustada y devenida ovillo bajo el brazo protector de su abuelo.

Los tres se bambolean y se sacuden en el interior de la bolsa. Se levantan y se caen; se enojan y maldicen; lloran y rezan...

Indudablemente, el miedo ha hecho presa de ellos.

Pero como si este cuadro de desazón no bastara, pronto serán cuatro los ocupantes de la bolsa, ya que el olfato del urgho está sobre la pista de un nuevo caminante.

¡Porque para hacer una buena tortilla, deben romperse muchos huevos!

Bien, hete aquí a nuestro cuarto reo: cae desde la boca de la bolsa, que se abre y se cierra como relámpago, para repantigarse en medio del trío original.

Con su capa negra y su enorme sombrero de ala ancha, luce como un cuervo de bituminoso plumaje. Porta una espada al cinto, y presenta la traza de un hombre instruido.

El joven de la nariz verruguenta se le acerca.

—¿Señor? —Lo toca en el hombro.

El ave de mal agüero espía bajo el sombrero.

—¿...quién es?

—Por lo visto, un prisionero como usted, caballero —responde sin inmutarse el joven.

El Duque se lleva un caracol a la oreja.

—Nimss, ¿quién es? ¿Gertra?

—No, no es Gertra. —El joven sacude la cabeza y mira al recién llegado—: Son el Duque Manfredd de Giomm y su nietecita, Marynn, bajo mi tutoriado. —Extiende la mano, una mano húmeda terminada en escurridizos dedos—. ¿Y usted, caballero, es...?

—Soy Narhitorek, el nigromante. —El encapotado se incorpora con dificultad—. Y no recuerdo haber oído su nombre..., *caballero*.

—Lo oyó hace un momento en boca del Duque. —El joven estudia receloso al nuevo, al tiempo que anuncia—: Soy Nimss.

—¡Caray! —tose Narhitorek—. ¡Y yo que pensé que era el zumbido de una mosca!

—¡Eso sí que pude oírlo, *Nimsssss*! —El viejo Duque propina unos saltitos de risa.

Nimss masculla algo por lo bajo y vuelve a ocupar su puesto al lado de la niña.

El tal Narhitorek —un sujeto alto, enjuto, de mirada torva y de punta en negro—, se pone de pie, echa un vistazo a su alrededor y pregunta:

—¿Quién es Gertra?

—¿Gertra? ¡*Gertra!* —El Duque se ajusta el caracol a la oreja—. ¿Eres tú, mi cielo?

—¡No, no es Gertra! —El joven se retira los binóculos de la verruga nariguenta y los repasa con sus escurridizos dedos. Se vuelve al recién llegado—: Gertra es su fallecida esposa, aunque para el viejo siempre estará de vuelta, ¿entiende?

—Yo entiendo —asiente Narhitorek—. ¿Comprende el Duque cuál es nuestra situación?

—Un gigante nos ha capturado. Lo sabe porque yo se lo expliqué.

—No cualquier gigante, sino un urgho —subraya Narhitorek—. ¿Y qué me dice de la niña?

—Es valiente, y consciente del peligro, pese a su edad.

—De acuerdo. —El nigromante extrae una daga del cinto.

El joven tutor mira al hombre con una mezcla de suspicacia y sospecha.

—¿Qué va a hacer?

—Si fuera un hombre sensato —se explica Narhitorek—, matarlos a todos ustedes para luego quitarme la vida: es mejor el frío del acero que los dientes del demonio que nos ha capturado.

—¡Pero usted no hará nada de eso! —El joven frunce la verruga sonoramente.

—¡Lamento decir que no! —Narhitorek tantea la trama de la bolsa y practica una incisión con la daga—. Hace mucho que la civilización acabó con la parte más razonable de mi instinto. —Introduce la cabeza por la hendidura, otea el exterior y exclama—: ¡*Ajá!*

—¡Qué...! ¿Qué ha visto?

—Un gato.

—¿*Un gato!?*

—Sí, un gato. Me ha seguido toda la noche. Supongo que decidió adoptarme tan pronto saneé la cuenca vacía de su ojo. Ahora trota a los pies del gigante, y se lo ve muy preocupado. ¡Hay que ver cuán tenaz es!

—¡No puedo creer que usted se preocupe por un gato en semejantes circunstancias!

—¿Un gato? —festeja la niña—. ¡Abuelito, yo quiero un gatito!

—¿Eh? ¿Gerttra...?

—¡NO, NO ES GERTTRA! —El joven salta como un resorte de cara a Narhitorek—. ¡Oiga! ¡Escuch...! —La verruga se frunce espantosamente cuando el exaltado pecho se topa con la punta de la daga.

—¡Cálmese! —pide Narhitorek—. ¡El felino en cuestión será una ventaja para nosotros, llegado el caso!

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a su olor. Hay sólo dos cosas a la que un urgho teme —se explica Narhitorek—: a la presencia de un urgho más bramador y al aroma que despide el pellejo felino. Lo espanta como el ratón al elefante. Es una suerte para nosotros que la dirección del viento le juegue en contra, de no ser así, el olfato del urgho ya habría detectado al anónimo perseguidor.

—¿Entonces? ¿Es o no ventajoso para nosotros?

—En efecto, sí —concede Narhitorek—, pero el urgho intentaría aplastar al gato a «bolsazos», con lo cual nos mataría en el acto.

El espantado joven se arrastra de vuelta al lado de la niña. Tan pronto se recupera, pregunta:

—¿Tiene algún plan?

—¿Y usted? —replica Narhitorek—. ¿Por qué debería tener yo un plan? —Se acomoda el sombrero sobre las cejas y sonrío—. ¡Claro que tengo un plan, amigo tutor! ¿Cree que quiero terminar en la boca babeada de un gigante chocho? —Y, diciendo esto, el hombre de negro introduce nuevamente la cabeza por la hendidura —: ¡Ajá! —exclama.

—¿Qué es!

—¿Gerttra!

—¡¡¡No!!!

—¿Es interesante! —observa Narhitorek.

—¿Qué es lo interesante? ¡Y haga el favor de no mencionarme al gato!

Narhitorek resurge de la hendidura.

—¡No tengo la menor idea de dónde estamos! —se explica.

—¿Y eso es bueno? —balbucea el tutor.

El hombre de negro toma asiento en un doblez de la bolsa. De su capa retira una pipa de hueso y comienza a llenarla con parsimonia. Para cuando la enciende y pita de ella un par de veces, el tutor de la pequeña Marynn se ha convertido en un manojo de nervios.

—Bien, en cierta forma, sí. Resulta que los urghos son seres muy escurridizos; nadie les ha podido seguir el paso. Ahora bien —el encapotado pita de su pipa y continua—, he estudiado el tema con atención y creo saber por qué los urghos necesitan dejar atrás a sus perseguidores...

—¡Muy interesante, señor misterioso, pero todavía no nos ha dicho cuál es el plan de escape!

—¿Escape? ¡Oh, tal vez en otro momento! —Narhitorek enlaza las manos tras la nuca, se repantinga en un rincón y sugiere—: ¡Por ahora, pónganse cómodos!

—¡Qué dice! ¿Está loco? —El tutor se arroja sobre el yacente con la furia de un tigre—. ¡Levántese! —Lo toma del cuello, pero de pronto siente que una tenaza le apresa la muñeca.

—¡Suélteme, amigo! —Narhitorek se incorpora, liberándose de los escurridizos dedos del atacante—. ¡Tome asiento y le explicaré!

El joven obedece.

—¡Mucho mejor! —El encapotado se endereza el sombrero y vuelve a sentarse—. ¿No se ha preguntado por qué alguien querría seguirle los pasos a un urgho, siendo lo más sensato tomar distancia de él, como alma perseguida por los Malditos? Y, sin embargo, hay muchas leyendas sobre estos gigantes..., *y sobre los tesoros que suelen ocultar.*

El tutor levanta la oreja.

—¿Tesoros? —Se acerca al hombre de negro y se sienta a su lado—. ¿Qué clase de tesoros?

—Oro, por supuesto. ¡El vil metal! —Narhitorek expele un par de anillos de humo y estudia de reojo a su acompañante—. ¿Quiere que le explique el plan, o ya comienza a intuirlo?

—¡Usted no tomará medida alguna hasta que la bestia lo deposite justo en medio de una gran fortuna! —El joven se repasa los labios con la lengua, y los dedos de sus manos se disparan más frenéticos y escurridizos que nunca—. Ese es el plan, ¿no es así?

—Una parte de él, por lo menos —asiente Narhitorek—. ¿Veo un destello de ambición en esos ojos, *Nimsssss?*

El joven prefiere no contestar. No le gusta ese sujeto de negro, arrogante, que se ha erigido en custodio de las vidas pasajeras de la «bolsa». Pero, claro, ¿qué puede hacer? El tipo parece saber lo que hace, hasta el punto que no se detectan en él signos de nerviosismo o de duda, como consecuencia de su conocimiento sobre los urghos. Por otra parte, está la noticia del oro, una ventaja que le ahorrará muchas dificultades a la hora de atravesar la frontera..., con su pequeña carga humana al hombro... El de negro dice tener un plan, se lo ve muy tranquilo repantigado en su rincón, envuelto en sus anillos de humo; pero el joven de la nariz verrugienta también tiene sus propios planes... Solo una cosa le preocupa: ¿podrá hacerse cargo de su oponente cuando llegue el momento?

—Se lo ve ensimismado, Señor de las Moscas —observa Narhitorek—. ¿Nervioso, tal vez?

—¡Para nada! —se apresura a contestar el joven—. ¡Sólo contemplo las posibilidades!

Calma. Necesita calmarse. Todo debe desarrollarse con relativa normalidad, hasta que llegue la oportunidad tan ansiada.

Pero, en ese momento, algo viene a distraerlo de sus cavilaciones.

—¡Urghooooo! —ruge el gigantesco opresor, y su llamado parece arrastrar la antigüedad del bosque, mientras su trajinar ciclópeo sacude la tierra bajo sus pies.

El tutor se incorpora a la velocidad del rayo.

—¡DEBEMOS ACTUAR! —lloriquea.

—Sólo cuando yo dé la orden... Eso suponiendo que usted quiera seguir con vida, desde luego.

Se produce una sacudida fuerte, un paro abrupto. La bolsa, como un inmenso péndulo, se balancea adelante y atrás...

—¡Nos detenemos! —carraspea el tutor, ajustándose las gafas sobre la nariz. Le dedica una mirada hostil al encapotado—. ¿No deberíamos arriesgarnos a saltar?

—¿Está loco? ¡Moriríamos! Además, a esta altura de los acontecimientos, al urgho no le servimos muertos...

—¿De qué habla?

—Bueno, somos como langostas en manos de un cocinero, ¿sabe? —El nigromante se besa ruidosamente la punta de los dedos—: Los humanos resultamos más apetitosos si nos caldean vivos.

—¡Oh, no! —El de la verruga con nariz cae de rodillas y se tapa el rostro—. ¡Estamos muertos!

—¿Eh? ¿Gerttra?

—¡NOOOOOO!

La niña Marynn, finalmente, se larga a llorar.

—¡No le grite a mi abuelito!

—¡Eso fue muy descortés, verdaderamente, señor *Nimsssss!* —Narhitorek se acerca de nuevo al rajón de la bolsa e inspecciona el exterior—. ¡Miiiiiiichuuuuu-michu-michu-michu-miiiiiiichuuuuu!

—¡¡¡Qué diablos hace!!!

—Ejecuto la primera parte del plan —responde Narhitorek, retirando la cabeza de la ranura—: el gato tuerto está a los pies de la gigantesca víctima.

—¿Y qué me dice del oro?

—¡Oh, estoy seguro de que ya estamos en el escondite-bóveda del urgho!

El tutor reflexiona: «¿Debería esperar o...?».

—¿Cuál es la segunda parte del plan? —pregunta, al fin.

—Todo a su tiempo —dice el de negro, y toma asiento en su rincón—. Póngase cómodo, ¿quiere?

—¿¡Ponerme cómodo!?

—¿Eh? ¿Gerttra?

—¡Yo lo pondré cómodo a usted, amigo misterioso —explota el tutor, desenfundando su espada—, pero primero lo primero! —Se vuelve violentamente, blandiendo el acero ante el Duque.

—Me parece muy bien..., claro que sí —calcula Narhitorek, y se incorpora con

rapidez—: ¡SÓLO UN PASO MÁS, POR FAVOR!

La luz zahiere los ojos de los reos: la boca de la bolsa se ha abierto y una mano gigantesca se ha precipitado desde las alturas para cerrarse sobre el desprevenido espadachín.

Al mismo tiempo, una boca inmensa y aterrada articula:

—¡¡¡URGHOOOOO!!!

—¡¡¡Ahhhhh!!! —Nimss se debate entre las enormes falanges velludas.

—¡Arriba el ánimo, amigo *Nimsssss!* —ríe diabólicamente el nigromante—. ¡La segunda parte del plan está en proceso, y déjeme decirle que usted la protagoniza de maravillas!

El tutor desaparece por la boca a oscuras, al tiempo que Narhitorek amplía la rajadura en el dorso de la bolsa con su espada.

—¡Tú vendrás conmigo! —le dice el hechicero a la niña, tironeándola del brazo.

La pequeña Marynn se debate y pide por su abuelo.

—¡Oh, maldita sea, está bien! —se queja Narhitorek, y carga con el viejo sobre sus espaldas—. ¡Sujétense con uñas y dientes, esto lo aprendí de los bucaneros de Isla Cangrejo!

La espada del nigromante se inserta en el corte de la bolsa, que ahora pende a poca distancia del suelo por una buena razón: el urgho se ha inclinado lo suficiente como para acertarle al horroroso gato que pulula a sus pies.

Una y otra vez impacta la masa de Nimss, el nariguento tutor, sobre la tierra; una y otra vez, en manos de la bestia que lo blande como un garrote, hasta que el estallido de huesos se troca en silencio y una nube de polvo cubre la escena con su espectral telón.

Para cuando el castigo termina, la hoja del nigromante ha surcado la pared externa de la bolsa hasta depositar a los reos a un salto de la salvación.

Se alejan a las corridas y se ocultan tras unos árboles.

—¡Urghooooo! —El gigante se ajusta el cordón de la bolsa a la cintura y retoma la marcha, sin percatarse del escape.

Su bramido, poco a poco, se apaga a la distancia.

Los reos salen a la luz del claro. Narhitorek se deshace del anciano. La pequeña Marynn, ensimismada, levanta la mirada al cielo.

—¿Qué te pasa, nena? —balbucea el Duque, vagamente lúcido.

—El gatito... —moquea la niña—. Está en el cielo, el gatito...

Pero el nigromante llama:

—¡Tenaz! ¡Ven acá, viejo cascarrabias!

Se oye un maullido...

Y de la baja niebla surge una trompa bigotuda, sobre la cual se destaca el esmeralda de un ojo sin par.

—¡Gatito! —La nena corre al encuentro del felino.

—Un animal con mucha suerte... —opina el Duque.

—En absoluto, los gatos tienen nueve vidas —arguye el nigromante—, y a éste le quedan todavía dos o tres.

El Duque mira extrañado al hombre de negro, sus ojos comienzan a diluirse en una nada distante.

—¿Gertra...? —balbucea.

—No, no soy Gertra.

La niña llega con el gato a cuestas.

—¡Abuelo, el gatito!

La mano del anciano acaricia distraídamente el lomo del animal, mientras estudia las inmediaciones.

—¿Dónde está el oro? —pregunta.

El nigromante suelta la risa.

—A los urghos no les interesa el oro, amigo Duque: todo lo que quieren en la vida es hacerse una buena sopa. —Limpia la hoja de su espada y la reintegra a la vaina—. Me limité a acicatear la avaricia humana para librarme de Nimss.

—¿Nimss? —El anciano se revuelve inquieto—. ¿Quién es... Nimss?

—No importa —dice el nigromante, y se vuelve de lleno a la niña—: ¿Te gusta el gatito, Marynn?

—Sí —asiente la niña.

—Marynn... —tantea Narhitorek—, ¿me enseñas tu brazo, por favor?

La niña mira sorprendida al adulto que le dirige tan curioso pedido, pero, finalmente, con un mohín de la nariz, le extiende el brazo.

Un extraño dibujo recorre la piel de la pequeña desde la muñeca hasta la articulación del codo... Parece... Es algo así como...

—¡Un momento, caballero! —El Duque cobra una renovada y briosa lucidez—. ¿Qué es lo que pretende?

Narhitorek, sin rodeos, se explica:

—Mis cartas astrológicas me anunciaron el nacimiento de su nieta hace exactamente seis años tres meses y dos días, señor Manfredd, Duque de Giomm. Lo único que no me revelaron fue la ubicación física del natalicio. Me tomó mucho tiempo averiguarlo, hasta que en una noche de trance vi a la pequeña Marynn, lo vi a usted, y vi también a una sombra que se cernía sobre ambos: el tutor Nimss. —El nigromante toma el gato de manos de la niña y se lo lleva al hombro—. Mis agentes de aire y tierra me ayudaron a completar el sentido de mi visión: supe que la enorme nariz del tutor se había volcado de lleno al estudio de los secretos que recorren el brazo de su nieta, de manera que me di prisa en llegar hasta sus dominios... ¡Y déjeme decirle que mi puñal hubiera abreviado los detalles de representación tutorial, de no haber mediado la imprevista acción del urgho!

¿Tenía sentido continuar? El Duque volvía a perderse en los vericuetos de su mente, y él ya tenía lo que quería. Había odiado a aquel narigón que se le había adelantado en su deseo de obtener el amuleto encarnado. Llegar a Giomm, matar al

impertinente y secuestrar a la niña resultaba imperativo; pero la noticia que le había arrancado a uno de los lacayos —el amo había partido junto con su nieta y el tutor de ésta a un paseo matinal— le hizo temer lo peor: Nimss mataría al viejo y se llevaría a la niña, adelantándose una vez más a sus propósitos... Partió raudo en pos de los paseantes, y ya los divisaba en medio de un camino, cuando un actor inesperado entró en escena: un urgho que había tenido la suerte de encontrarse el desayuno al alcance de sus garras. Cuando el gigante partía con su botín, el nigromante ideó un plan: se dejaría atrapar para luego abocarse a la tarea de obtener el amuleto humano...

—¿A usted le gusta mi dibujo, señor? —pregunta la niña, adelantando el brazo.

—Sí..., ¿sabes qué es?

—No. —La pequeña sacude la cabeza—. Abuelo dice que lo tengo desde que nací.

—Abuelo dice bien —afirma Narhitorek—. ¿Sabes, Marynn? Yo creo saber qué es, así que vendrás conmigo. —El nigromante aferra a la pequeña por la mano.

—¡Abuelo, abuelito! —grita la niña.

El anciano, un harapo arrumbado a la vera del camino, levanta el temblequeante caracol.

—¿M-Marynnnnnn? ¡MARYNN!

¿Qué hacer? El nigromante baraja posibilidades: ¿Matar al viejo? Conmovedor, aunque improductivo: jamás se ganaría la confianza de la niña... ¿Abandonarlo? ¡Idéntico resultado!

«¡Diablos!», concluye para sí.

—¡Oh, está bien! —masculla, y se carga el viejo a la espalda—. ¡Muévete, niña!

La nena camina en pos del hechicero.

—¿Y por qué le gusta mi dibujo, señor?

—¡En otro momento te lo explicaré! —resopla el nigromante, que se encorva bajo el peso del vejstorio.

La niña se detiene abruptamente en el camino y pregunta:

—¿Quién es usted?

Narhitorek se vuelve y, con una sonrisa en el pálido rostro, dice:

—Me llamo Narhitorek, pequeña, y soy *tu nuevo tutor*...

En la versión novelada de esta pequeña crónica, titulada Trinidad, el malvado Nimss no ha muerto (o, por lo menos, eso quiere creer), y la pequeña Marynn acompaña a Narhitorek a un viaje que los depositará a orillas de un extraño río...

¡Pero eso, caminante, es otra historia!

Juan Manuel Valitutti (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y fantasía. Finalista en el concurso «Mundos en tinieblas» en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado durante 2012 en los contextos de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción organizada por Exégesis/Noche y del Premio Ictineu entregado a las mejores obras traducidas al catalán. Puede consultar su blog, Crónicas del Caminante.

Perras in de nai

Pablo Forcinito
Argentina



Ilustración: Pedro Belushi

A lo lejos, desde la ruta, se veía el caserón. Abandonado, rodeado de eucaliptos, parecía hundirse en la noche: una mancha más oscura que la sombra.

—Ya nada le queda del cabaré que fue —Leyton sacó los Marlboro de la guantera, encendió uno. Se guardó el atado en el bolsillo del buzo—. Hoy mete miedo ese antro. Y encima de todo, los cuerpos de las trolas nunca aparecieron. Dicen que las boletearon después de que ellas lincharan al cafishio. Parece que el capanga tenía el circo armado con el comisario, un tal Molinari o Molinero o algo así. Con el asesinato de su socio, la cosa se le complicó al milico. Lo único que hizo la yuta fue ajustar cuentas: ni rastros dejaron de las minas, ni un pu...

—¡Bebootas! —lo interrumpió Marcos: mirando al final de la ruta, retorció la cuerina del volante—. ¡Qué ganas de ponerla me vinieron!

Adelante, sobre la banquina, dos yiros pintaban cada vez más fuertes a medida que las alcanzaban.

El Chicle se levantó en un salto del asiento de atrás y, entre Marcos y Leyton, se mandó de cabeza hasta el parabrisas.

—Altas cachorras *in de nai* —dijo con tono acaramelado, agitándose como un perro en celo.

Marcos y Leyton lo miraron de costado.

—¿*In de... qué?* —dijo Marcos.

—*In de nai*, papá —repitió el Chicle y se clavó un trago de Bols—. *En la noche*.

De atrás llegaron gemidos. El Chicle se dio vuelta: medio recostado entre la puerta y el respaldo, su hermano se frotaba la pija por arriba del yoguin. Bajando de la nariz, una tanza de mocos y baba le unía la pera con el hombro del pulóver.

—¡Che, retrasado, pará! —le dijo el Chicle y le dio un chicotazo en los dedos—. ¡Pará, que te vas a ir en seco de vuelta! —Y volviendo la vista al frente, agregó—: La versión jeropa de Corqui, es este.

—Aguantate, Bróder —le dijo Marcos, que ya bajaba la velocidad—. Te nos vas a morir virgen, che guachín.

Estaban ahí nomás de las trolas. Cuando las tuvieron a mano, Marcos se corrió a la banquina. Frenó. Le pegó un sorbo a la ginebra. Se la pasó a Leyton y bajó la ventanilla.

Una era colorada. La otra, medio bolita o peruana. Bien hembras se las veía a las hijas de puta. La colorada sacó culo, se acercó contoneándose sobre sus tacos altos. Apretó las tetas. Miró adentro del Taunus.

—Amores... —dijo, y clavó la vista en el Bróder, que despatarrado en el asiento trasero se pellizcaba la poronga como si se contuviese el afrecho—. Veo que hay ganas. Espero que haya efectivo.

—Efectivo es lo que sobra, mamaza —dijo el Chicle—: venimos de zarpar a unos giles. ¿Da para una orgía *in de nai*?

La colorada sonrió, se mordió el labio.

—¿Les va —dijo— con un veinticinco para cada una? —y le mandó a Marcos una mano directa a la chota—. ¿Les va o no les va la onda?

—¡Pero totalmente! —le dijo el Chicle concentrado en cómo se la frotaba a su amigo—. Dale, ricura, me hacés poner celoso. ¿No hay amor para mí?

—Tranquilo, bebé —le dijo la bolita o peruana desde la ventanilla de atrás—. Para todos, hay. ¿Me dejás pasar?

El Chicle abrió.

—Venga adentro, reina hermosa. Mujer de mis sueños.

La mina se le sentó al lado. El Chicle se le prendió de la gamba. Arrastró la mano por debajo del mini short y, apretándole el ojete, le dijo:

—¡Cuánto veneno hay acá, vida mía!

La colorada subió adelante. Lo abrazó a Leyton por el cogote, y él le empinó la botella en la boca. Ella tragó hasta que el ahogo la hizo toser. La ginebra chorreó, y Marcos se la encajó de trompa en medio de las tetas.

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo la colorada y le tironeó del pelo sacándoselo de encima. Señaló con la mirada campo adentro: al costado de la ruta, una carrocería de Falcon se incrustaba en el zanjón seco—. Yáquelin y yo atendemos allá, en el viejo baruque. Hay colchones de sobra y unas cuantas piezas. Flor de festichola podemos armarles.

—¡Sssiiiií, cachooorras! —festejó el Chicle, y acercó su boca al oído de

Yáquelin—. Decí que pinta el *lesbic show*, princesa.

—¡Bajen un cambio, loco! —dijo Leyton. Se la quedó mirando a la colorada. Le pegó una última pitada al pucho, lo tiró por la ventanilla—. Creo que nos estamos dejando manijear. ¿Vamos a ir allá? ¿Mirá si nos están haciendo la cama? ¿Mirá si entramos al caserón y terminamos choreados o amasijados por los machos de estas?

—¡Éstas tienen nombre! —dijo Yáquelin. Desde atrás, le pegó un manotazo al apoyacabeza de Leyton.

—Recatate con la señorita, che gil —dijo Marcos. Le pungueó los cigarrillos a Leyton. Les convidó a las dos. También les ofreció fuego—. Las bardeás de puro cagón que sos. —Y encendiéndose uno él, agregó—: Lo que te asusta es la casa.

—¿Qué decís, salame?

—Más bien que es la casa —insistió el Chicle abrazado a Yáquelin por la cintura. Estiró los labios para que ella le acercara el cigarrillo. Después de fumarlo, agregó—: O los fantasmas, por ahí.

—Ustedes piensen lo suyo —contestó Leyton palmeándose el .38 que siempre llevaba a la cintura—. Pero si nos mandamos para el quilombo, yo de este no me separo.

La colorada le puso cara de hacé lo que quieras. Fumando con aires de diva, frotó su culo sobre las piernas de Leyton como si se lo limpiara.

—Mejor le meto pata, che —dijo Marcos mirando por el retrovisor: el Bróder se apretaba la pija como si estuviese a punto de estallarle—. Si no nos apuramos, al mogo la guasca le va a saltar por las orejas.

Puso las luces bajas. Desviándose de la banquina, enganchó el camino de tierra que conducía a la entrada del caserón. Con cada pozo, los amortiguadores gruñían a hierro viejo y oxidado.

La colorada sostenía el cigarrillo a la altura de la boca. Había algo en su mano. Algo que salía de lo común y que a Leyton no le cerraba. La uña. La uña del pulgar. Eso era. Más bien parecía una púa. Un gancho de acero ovalado y pulido.

—¿Y eso? —le dijo Leyton a la colorada.

—¿Esto? —la colorada se dejó el cigarrillo en la boca, alejó la mano y les enseñó el dedo a todos—. Es una uña postiza.

También el Chicle estiró el pescuezo. Y también Marcos, que prestó más atención a la uña que al camino. Leyton se vio reflejado en esa especie de punta de garfio.

—Cosas de mujeres —comentó la colorada quitándole importancia.

Alcanzaron la entrada. No les hizo falta detenerse frente al portón, le pasaron por encima a lo que quedaba de él: una hilera de barrotes torcidos, aplastados contra el barro. El pulso de Leyton se aceleraba, el corazón le golpeaba fuerte.

Atrás, el Chicle se entretenía con Yáquelin. El Bróder seguía al palo, chorreando mocos, jadeando como jadean los retrasados en celo. Sentada en las piernas de Leyton... ¿la colorada se reía? ¿Lo miraba de reojo? Ma sí, que mirase nomás: a él no lo iban a bardear unas putas. Ni ellas ni sus machos ni nadie lo iba a bardear. ¿*Nadie*?

¿A quién se refería con *nadie*? Mejor no enroscarse en eso. Leyton le pegó un trago largo a la ginebra.

Los faros del Taunus iluminaron el caserón. Del lado izquierdo, parte del tejado se había venido abajo. Algunos tirantes, aunque podridos, asomaban firmes. Una vaca muerta, seca de tan consumida: eso le recordaba a Leyton la construcción.

Marcos apagó el motor. Yáquelin y el Chicle bajaron. Bajó la colorada y bajó Leyton. El Bróder, en lugar de abrir su puerta, cruzó gateando a lo largo del asiento de atrás.

—Coger, coger, coger —gemía.

El aire olía fuerte, a eucalipto. Por debajo de la enramada, aleteando, los murciélagos iban y venían; las alas de cuero chasqueaban entre las hojas, un chapoteo sucio rozándoles las cabezas. Leyton apretó el .38. Eso lo tranquilizó. Marcos pidió la botella.

—Coger, coger —repetía el Bróder.

Leyton dejó que los cinco se adelantasen. Los siguió.

De la puerta del desolado puterío lo único que quedaba era el marco. Adentro, la colorada encendió un sol de noche que alumbraba a medias. Cruzaron un pasillo de azulejos amarillentos y agrietados. De mano en mano iba el alcohol.

—Coger, coger, coger —no paraba de delirar el Bróder.

Dieron con una sala. Apeataba a meo. Hacía pensar en un bar o algo parecido. Había una barra cubierta de espejos que, ya opacos y rotos, apenas reflejaban. Más espejos revestían las paredes. Había armazones de banquetas y pedazos de vidrio por el piso. Varias habitaciones, una pegada a la otra, daban a ese salón principal.

El Chicle, agitando la botella como si fuese una coctelera, se metió atrás de la barra. Yáquelin puso a sonar *El bombón asesino* en su celular. Marcos chistaba el ritmo cumbiero, aplaudía.

—¿A drin? —decía el Chicle—. ¿*Guyulaik a drin*, morocha?

Cuando la colorada bajó el farol, las sombras se alargaron en las paredes.

—Coger, coger, coger...

Los contornos se repetían, se deslizaban difusos. Leyton se vio desfigurado en las resquebrajaduras del vidrio. La voz de la colorada lo sobresaltó:

—Pensando en fantasmas... —le dijo al oído.

Dando pasitos de cumbia, Yáquelin se le pegó al Bróder. Le frotó las tetas, se le arrodilló adelante. De una le bajó juntos el yoguín y el calzoncillo.

—Uffff —lanzó, con la pija dura rozándole los labios. Tres o cuatro lengüetazos nomás le sacudió. Y se escapó divertida, corrió a uno de los sucuchos.

El Chicle y su hermano con el pantalón por el piso salieron tras ella. Marcos los siguió, pero antes de entrar a la pieza se detuvo.

—¡Prendansén a la partuza! —les dijo desde la puerta a la colorada y a Leyton, y Marcos se mandó desabrochándose el cinturón.

Leyton, colgado en la suya, se quedó solo con la colorada. Ella se inclinó para

levantar el sol de noche de entre unos escombros de mampostería.

—¿En dónde las escondieron? —fueron las palabras de Leyton que la dejaron en esa posición durante segundos. Ni mu largaba la tipa, que parecía masticar la respuesta. Desde la pieza llegaba un bisbiseo de cumbia.

—¿Hablás de las cabareteras, vos? —contestó al fin y lo miró. Levantó el farol. El brillo de la mecha le destellaba en la postiza—. ¿Andás con ganas de enterarte?

Con sus tacos altos, alzando el farol en medio de los eucaliptos, la colorada se movía como una tarántula entre las raíces y el pasto salvaje. Leyton le iba atrás. Alerta, apoyaba la palma en la culata del revólver. La arboleda se cerraba.

Chirriaban los murciélagos, cruzaban la noche. Leyton se dio vuelta: ya no veía el caserón.

—¡Por acá! —oyó de pronto y volvió la vista. La colorada le hacía señas.

Ella colgó el farol de una rama, que se arqueó sin llegar a quebrarse. Dándole la espalda a Leyton, se apoyó de culo en un tronco caído. Ahora él se le acercaba, tensionado además por el ir y venir de los murciélagos. No se desprendía del .38. Avanzaba y descubría aquello que la colorada miraba de frente. ¿Una especie de pequeño cobertizo en medio de un chiquero? Un chiquero, sí, por lo removido del barro. Y aunque no se oía ningún cerdo o animal parecido, esa pocilga no hacía pensar en otra cosa. Leyton se detuvo junto a la colorada.

—Y qué querés... —dijo ella—, eran putas. No podemos pretender un cacho de tierra más digno, ¿no?

Al pie del cobertizo —que era de chapa y no medía más de un metro y medio—, en el barro se entremezclaban granos de maíz y frutas podridas. Más adentro no alcanzaba a verse, hasta ahí alumbraba el farol.

—Rapidito —siguió la colorada y se acomodó en el tronco—, rapidito hicieron desaparecer los cuerpos.

Rapidito hicieron desaparecer los cuerpos. Leyton intentó comprender esas palabras.

—¿Me andás jodiendo? —dijo—. ¿Me vas a decir que se las morfaron los cerdos?

—Cerdos —repitió ella y se levantó—. Otra que cerdos —descolgó el farol—. Los únicos cerdos que pasaron por acá fueron los poli que las amasijaron. Fijate bien, no es un chiquero esto...

Leyton se adelantó. La colorada le pasó el sol de noche. Él tanteaba con sus pasos lo flojo del barrizal. Pisó sobre unas ramas para no hundirse. Se acercó lo más que pudo a eso que creía un cobertizo, se apoyó en el marco podrido y alumbró adentro.

Había restos de velas —negras, rojas— fundidas entre sí, en culos de botellas clavadas en la tierra. Se amontonaban forros usados, cigarrillos a medio fumar y más granos de maíz y más fruta. Fruta, alcohol, tabaco, velas... Y fotos, además: en la

pared interior, pegadas unas contra otras; varias recortadas a pulso, varias tipo carné. Caras ya descoloridas, corroídas por la humedad que trepaba del barrizal. Caras siempre de mujeres.

—Caminarán bajo la noche.

Esto oyó Leyton, detrás de él, recitar a la colorada. *Caminarán bajo la noche*. Y un destello cruzó frente a sus ojos, un filo directo al cogote. Ni a manotear el .38 alcanzó: el tajo salpicó de lleno las ofrendas. Pesadillas de aleteos y chillidos se agitaron en el ramaje. El farol se le zafó de los dedos a Leyton, se enterró de canto en el barro. Las rodillas se le doblaban. Alcanzó a entender que la puta lo sostenía de la nuca, lo sangraba como a un animal de matadero.

—¿Y vos querías encontrarlas, pelotudo? —le dijo la colorada al oído—. Mirá lo que te encontraste —y se limpió la uña de acero en el pantalón de su víctima—. Te encontraste conmigo. Con la Colo.

La sangre chorreaba, brillaba en el barro, se acumulaba en las cuencas del suelo removido.

Más que esperar, se dijo la Colo, otra cosa no queda por hacer. Dio un paso atrás al ver que la tierra se agitaba.

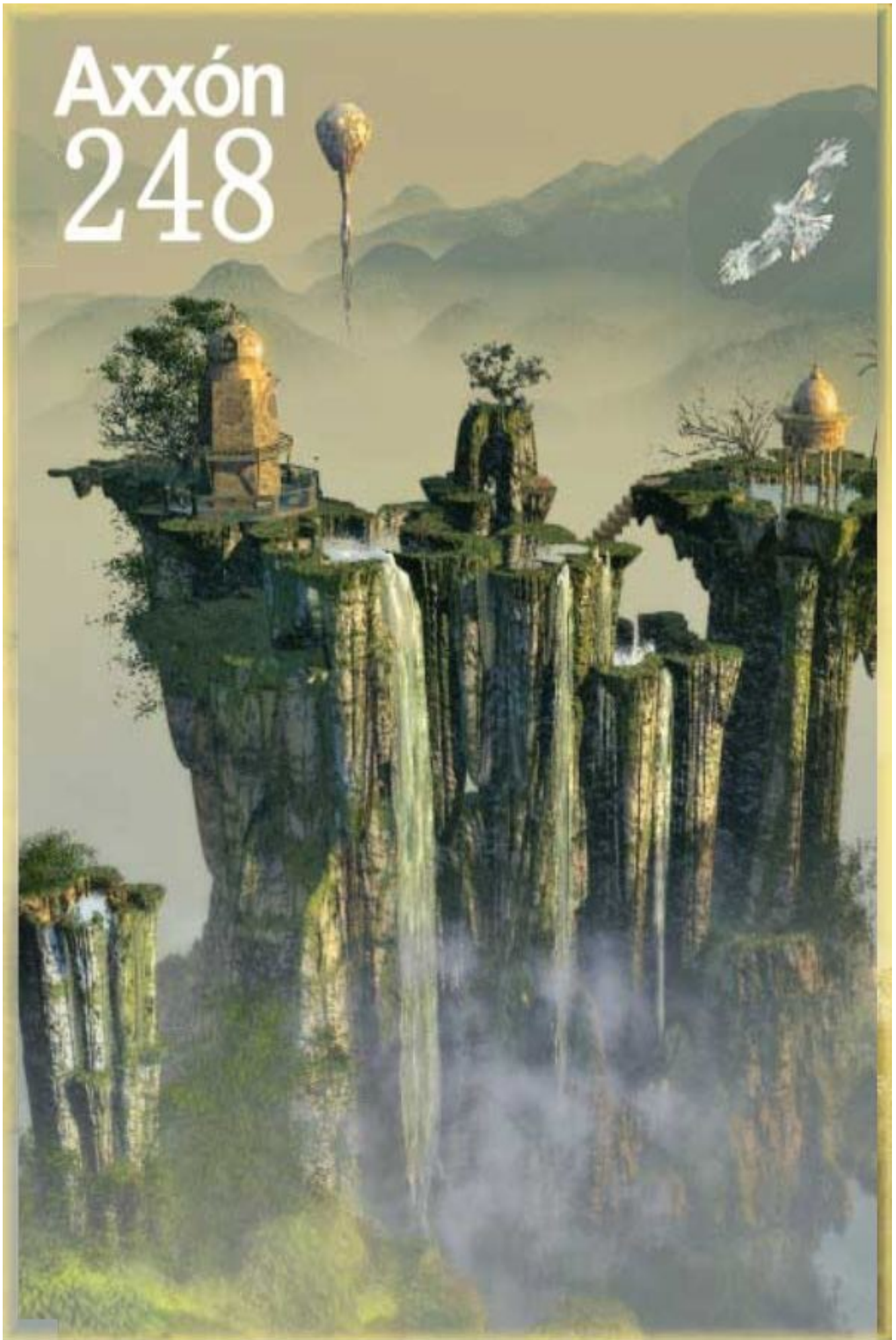
Escarbaban desde lo profundo hacia la noche. Un hedor acre y caliente se desprendía del suelo, apestaba el aire. Como perras se ponían las muy trolas. Perras, en fin. Muertas y todo, nunca habían dejado de serlo.

La Colo pensó en los otros pajeros que Yáquelin entretenía. La Colo ya había hecho su parte: nada mejor que un macho joven para cebar a las chicas, tan solas y con hambre ahí abajo.

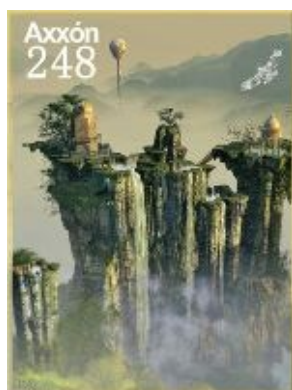
Pablo Forcinito nació en Buenos Aires en 1978. Ha ejercido el periodismo cultural en distintos medios gráficos y digitales. Comenzó escribiendo poesía. Textos suyos aparecieron editados por primera vez en los ensayos de Marcelo di Marco Hacer el verso y Atreverse a escribir, editorial Sudamericana, 1999 y 2002, respectivamente. También como poeta, integra la antología Diversos, editorial Tinta negra.

Con este cuento aparece por primera vez en Axxón.

Axxón 248



Contenido 248



- Editorial - [Disociados](#)
- Apuntes Biográficos - [Ricardo Giorno](#)
- Entrevista - [Ricardo Giorno](#)
- Relato - [Segundo teatro de operaciones: la Charly contra la Lenon y la Macárni](#)
- Relato - [Último tango en Buenos Aires](#)
- Relato - [A vos, te parece](#)
- Relato - [El loco de la colina](#)
- Relato - [Síndrome de escritodeficiencia adquirida](#)
- Relato - [Argentina potencia](#)
- Relato - [Dolores que se pasan](#)
- Relato - [En verano... hambre](#)
- Relato - [Cadenas](#)

Disociados

Dany Vázquez

Pareciera que existen dos mundos literariamente paralelos —o paralelamente literarios, como más les guste—. En uno moran aquellos que hacen de lo literario un saber y un estudio. En el otro, estamos quienes *vivimos* esta literatura e intentamos compartirla, darla a conocer y ayudarla a crecer.

Sé que no estoy diciendo nada nuevo, esto es algo que ya estaba presente cuando me acerqué al mundo de la literatura fantástica argentina. Pero no deja de ser un poquitín molesto. No puedo entender que a la hora de hablar de *nuevos valores* del género se haga referencia a gente que surgió hace veinte años o más.

¿Qué clase de investigación se hace, si se hace? ¿No hay ya un *corpus* importante y disponible para ser revisado, catalogado y estudiado? Hoy no es necesario ser un ratón de biblioteca para localizar el material existente, y ciertamente no estoy hablando sólo del material digital. Pareciera que actualmente no hay investigación de campo y que todo se circunscribe a los mismos textos *de cabecera*. Luego, si quieren, discutamos la calidad, pero es imposible que entre tantas voces nuevas no haya una que valga la pena.

Suele decirse, también, que existe una tendencia a no cruzar los límites *hacia afuera*. Puede ser cierto: no hay obras del género fantástico invadiendo los concursos abiertos y generales. No obstante, tengo la sensación de que esos límites pueden borrarse en cualquier momento, aunque depende de la voluntad de los escritores.

Mientras, el contador de visitas de la portada de Axxón superó el mes pasado los treinta millones. Una marca parcial por varios motivos: arrancó en enero de 2001, cuando nuestra publicación ya llevaba varios años en la web (oficialmente, desde el 9 de julio de 1996) y cuando contaba con más de once años de vida. Eso sin mencionar que mucha gente llega a los cuentos y al resto del material sin pasar por la portada, especialmente desde la aparición de las redes sociales.

No obstante, es un número importante que merece ser festejado.

Por esto, y por lo que comparto mes a mes con escritores y lectores, en caso de elegir yo quiero seguir así, viviendo este mundo. Si se pudiera terminar con esa división, mejor, pero es algo que no me quita el sueño. Porque sé que ustedes están ahí,

leyendo esto, como también otras publicaciones que por suerte están bien vivas y de las cuales me siento orgulloso compañero de camino.

Juntos somos poderosos en el mundo que más importa: el de la creación.

Axxón 248 – noviembre de 2013
Editorial

Ricardo Giorno

Argentina

Ricardo Germán Giorno nació en 1952 en Núñez, ciudad de Buenos Aires. Es casado con dos hijos. Empezó a escribir a los 48 años, pero recién a los 52 decidió dedicarse a la literatura. Gracias a un trabajo continuo y tenaz, Ricardo Germán Giorno se supera día a día.

Es miembro activo de varios talleres literarios. Ha publicado cuentos de ciencia ficción en AXXÓN, ALFA ERIDIANI, NGC 3660, LA IDEA FIJA, NM, y un libro propio de relatos Subyacente Inesperado y otros cuentos (Alumni, Buenos Aires, 2004).

Su cuento «Pulsante» apareció en la antología Desde el Taller y «Parábola de la Yarará» en Cuentos de la Abadía de Carfax 2. Puede conocer más de este autor en la Enciclopedia.

Hemos publicado en Axxón:

- JINETES
- SEOL (bajo el seudónimo colectivo «Américo C. España» con Erath Juárez Hernández, David Moniño y Eduardo M. Laens Aguiar)
- TANGOSPACIO
- ROBOPSIQUIATRA 10.203.911
- PAN-RAKIB
- CERRADA
- EL EFECTO TORTUGA
- EL G
- DEVENIR
- LA INMUTABILIDAD DE LOS CICLOS
- EL REGRESO DE MANÉ
- PARÁBOLA DE LA YARARÁ
- LA GARRA DEL JAGUAR
- EL LÁPIZ (con Andrea Giorno)
- QUEMAR A MADRE
- SARGENTO IGNACIO CÁRDENAS

Ha entrevistado para Axxón a las siguientes personas:

- MARCELO DI MARCO
- YOSS
- EDUARDO CARLETTI
- VÍCTOR CONDE
- PABLO DOBRININ
- M. C. CARPER
- ANTONIO MORA VÉLEZ
- FRAGA
- LAURA PONCE
- LUIS PESTARINI
- TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA

Axxón 248 – noviembre de 2013

Artículo de autor latinoamericano (Artículo : Literatura : Biografía : Argentina : Argentino).

Ricardo Giorno

Eduardo Poggi
Argentina

AXXÓN: ¿Cómo, cuándo y por qué comenzaste a escribir?

Ricardo Giorno: Allá por 1998 me instalaron Internet. Fue un antes y un después: me metí en cuanta página iba encontrando.

En un grupo que ya no existe, conocí gente de toda la Argentina. Me hice muy amigo de una señora que vivía en un pueblo pequeño llamado Quines. Ella (¡no puedo acordarme su nombre, qué lo parió!) era doctora y trabajaba ahí mismo. Todo esto viene a cuento porque un día se discutió sobre las ventajas o desventajas de vivir en un pueblo chico. Ella decía que era la panacea estratosférica vivir en un pueblito, y yo (rata de ciudad) le decía que podría llegar a morir si pasaba más de una semana en un lugar así. Entonces no se me ocurrió otra cosa para ganar la discusión que escribir un cuento sobre un par de ET's que tienen un desperfecto con su nave, y deben aterrizar en las cercanías de un pueblo de la Provincia de Buenos Aires. Yo hacía comentar, por la boca de uno de ellos, la vida de pueblo. Así nacieron personajes como la Bestia de Semblante Calmo (el macho de más de 40) y la Fijadora Indeleble de Preconceptos (la hembra). No se me ocurrió encarar el asunto de otra manera que no fuese la ciencia ficción.



Ricardo Giorno

Me gustó tanto el hecho de sentarme frente a la compu y crear un universo antes desconocido, que ese cuento desembocó en una novela de 450 páginas. Y ahí, a mis 48 años, me largué a escribir para no parar. Espero que me dure.

Ah, esa novela al principio me pareció mala, pero leyéndoles partes a mis amigos Mosqueteros, me hicieron darme cuenta de que no. De que le falta mucho pulido y también le falta explicar un poco mejor la historia. Voy a ver si convenzo a los Mosqueteros para que juntos emprendamos la aventura.

Ah, esa novela al principio me pareció mala, pero leyéndoles partes a mis amigos Mosqueteros, me hicieron darme cuenta de que no. De que le falta mucho pulido y también le falta explicar un poco mejor la historia. Voy a ver si convenzo a los Mosqueteros para que juntos emprendamos la aventura.

AXXÓN: Suele suceder con la primera novela: al propio escritor no lo convence. Respecto a la discusión con la señora, siendo un hecho común de la vida costumbrista: ¿qué te motivó a explicar tus razones a través de la ciencia ficción?

RG: Toda mi lectura proviene de la fantasía y la ciencia ficción. Apenas sí leí a Borges, Bioy Casares o Cortázar. Casi no tengo lectura costumbrista. Debe ser por eso que, ante mi primer «reto» como escritor, no se me ocurrió otra cosa que hacerlo a través de la ciencia ficción.

Es que, si te ponés a pensar y querés que suceda, la ciencia ficción sirve para todo. Hasta para reírte. Fijate:

¿Un profesor que realmente desea enseñar, ser equitativo con las notas y premiar sólo la excelencia? Un marciano.

¿Una mujer que ama y sigue a su marido y defiende la santidad de su hogar? Una mina que fue abducida y los ET's le llenaron el bocho de boludeces.

¿Un niño que respeta a sus maestros, que no le gusta el fútbol y es estudioso? Pertenece a una familia de ET's que vino a espiarnos para luego iniciar la conquista.

¿La Humanidad evolucionó a través de los eones? ¿Fue una creación de Dios? ¡No! ¡Nada de eso! Los extraterrestres provenientes de Sirio manipularon nuestro ADN.

Y así podría seguir hasta el infinito.

¿Qué me motivó a explicar mis razones a través de la ciencia ficción? ¿Y yo qué sé? Aunque quizás... Ahora que recuerdo, en un juego de la famosa copita, hace muchísimos años, salió que provengo de Venus. Así que me imagino que esta sería una respuesta tan válida como cualquier otra.

AXXÓN: He leído tus relatos en Axxón, NM, Alfa Eridiani y en otras publicaciones electrónicas, y sé de tu libro *Subyacente Inesperado y otros cuentos*: ¿cómo llegaste a este momento, cómo es tu método de trabajo —si lo tenés—, y cómo empezás a trabajar un cuento?

RG: Una muy buena pregunta, difícil de contestar. Lo primero que me viene a la cabeza es que no tuve una meta definida, algo premeditado, planificado. Simplemente escribí y escribí y escribí. Consulté mucho. Pedí consejos y le hice caso a lo que me aconsejaron. Fui a muchos cursos, como por ejemplo el de Creación de Universos, que dictaban Eduardo Carletti y Alejandro Alonso. Estuve y estoy en muchos talleres literarios de pares. Descubrí un maestro formidable como lo es Marcelo di Marco. Y lo demás vino por añadidura. ¿Cómo llegué a este momento? Qué sé yo, sólo viví la vida día a día.



Ricardo Giorno y Eduardo Carletti

Mi método de trabajo es no tener método. Te voy a unir las dos preguntas: empiezo a trabajar sin método viendo por dónde dispara la liebre.

Hubo cuentos que empecé por el principio y le pegué derecho hasta el final. Hubo

cuentos que empecé simultáneamente por el principio y por el final y después fui yendo hacia atrás. En realidad, siempre que se termina un cuento se debe ir para atrás cuando inicia la corrección. Vos bien sabés que se debe cumplir lo que se promete, y algunos hasta saben hacerse la pregunta: ¿Prometí lo que cumplí?

Por último, pocas veces (2) uní dos cuentos empezados para producir uno, y que no se note.

Espero haberte respondido correctamente, porque seguro que va a venir un nuevo cuento y no sé si seguiré lo que describí acá arriba.

En fin...

AXXÓN: O sea, el acto creativo —la inspiración, como suele llamársele—. No eligís qué escribir: la idea te nace y te dejás llevar.

RG: Bueno, sí. Pero no es tan drástico. Una cosa es la idea y otra cosa muy diferente es el desarrollo de esa idea. Tener una buena idea por una inspiración no significa nada. Pero absolutamente nada de nada. ¿Sabés cuántas buenas ideas vi durante mis años de talleres literarios? Y la mayoría moría ahogada en la orilla. Lo que vale no es «la idea», lo que vale es el desarrollo. Y lo digo convencido, por más que muchos ahora estén pataleando.

Te doy ejemplos de ideas medianamente simplonas que, gracias a su gran desarrollo, resultaron exitosas:

Un capitán de barco persigue a una ballena con resultados catastróficos: Moby Dick.

En una galaxia muy, muy lejana, una minoría monárquica inicia una revolución con final exitoso: Star Wars.

Una nave interestelar de carga descubre una especie desconocida que nos toma como huésped en su estado larvario: Alien, el 8vo. pasajero.

Una nave extraterrestre pasa por el sistema solar: Cita con Rama.

Y puedo seguir un rato largo.

Por eso me pudre hasta el hartazgo cuando me dicen: «Prefiero una buena idea mal escrita que un cuento bien escrito que no me diga nada». Ninguna de las dos posibilidades es veraz. Una buena idea mal escrita es una bosta galáctica intragable. Y un cuento bien escrito que no transmita nada, no existe, porque si no transmite nada es que está mal escrito.

Volviendo a tu pregunta, quizá la idea inicial no dependa de mi voluntad, pero yo soy el que elige cómo desarrollarla, qué personajes crear, desde qué punto de vista narrar. En definitiva, la inspiración es la chispa, pero el combustible lo pongo yo.

AXXÓN: Sí, eligís cómo desarrollar la idea, los personajes, el punto de vista,

pero siempre acotado por los límites que te fija el texto mismo. Si no hubieras usado este concepto al escribir tu cuentazo «A vos te parece», el cuento hubiera «muerto en la orilla». Y, seguramente, le dedicaste un buen tiempo de corrección después de escribirlo, buscando las palabras y frases que mejor se adaptaban al texto. ¿O no?

RG: No entendí eso de «acotado por los límites que te fija el texto mismo». El relato te pone pocos límites. Ya sé, no es lo mismo un cuento largo que uno larguero, pero fuera de eso no encuentro otros límites. Es mi opinión y puede estar equivocada.

Con respecto a la segunda parte, la respuesta es sí, le dedico mucho tiempo a la corrección de mis cuentos. Primero el tiempo es en solitario. Voy «purgando» palabras o frases que pertenecen al lector para cambiarlas por las que le corresponden al narrador.

No es lo mismo escribir «Arnaldo Yahuati era un hombre despreciable, pagado de sí mismo y atrapado entre la gula y el desprecio hacia su mujer», que escribir:

“—¡Arriba,Arnaldo! —le dijo desde la cocina aquella arpía, igual que todas las semanas de lunes a viernes—. Ya son las 6:30.

—Sí, Ernestina, ya voy —contestó Arnaldo Yahuati remoloneando, envuelto en la pesadez matinal que nunca lo abandonaba—. La que te ha parido.

Se tambaleó hasta el baño.

A través del espejo, una cara redonda le envió una mueca de desagrado. La misma cara, día tras día.

—Te mantienes flaco... —se dijo a sí mismo con desgano, entrando la panza frente al espejo mientras trataba de sacar músculo—. Flaco y fibroso, macho.

Tomó una ducha.

Puteando a los cuatro vientos, se atragantó la cornucopia de yogures, tostadas y cruasanes de Ernestina.

Y salió de su casa sin saludarla.

—La estúpida de mujer que tengo ya debe estar prendida a la computadora —dijo, dando un portazo.

Considero que una vez que el lector lea esto, pensará: «Arnaldo Yahuati era un hombre despreciable, pagado de sí mismo y atrapado entre la gula y el desprecio hacia su mujer». O sea que el escritor (aquella persona que desea serlo) debe buscar la complicidad del lector. Lograr que su lector reescriba gozosamente la obra. Por eso hablé de palabras que le corresponden al autor y palabras que le corresponden al lector. La eterna lucha interior del escritor entre «ideas» y «acciones».

Hay que estar atentos a los verbos «ser» y «estar», por lo general te están avisando de que a esa zona le podés sacar un buen jugo.

Después llevo el cuento al taller. Ahí se produce un intercambio de ideas muy provechoso. Por último, se procede a la corrección de estilo bajo la coordinación de Marcelo di Marco.

Corregir a fondo un cuento lleva mucho tiempo y mucho esfuerzo. Mi experiencia me indica que la mayoría de los escritores le escapa a la corrección.

Por lo menos, así lo veo yo.

AXXÓN: Voy a tratar de aclarar el concepto «acotado por los límites que te fija el texto mismo». Porque no creo que el relato te ponga pocos límites. Tomo tu ejemplo: vos decidís escribir sobre Arnaldo Yahuati, un tipo despreciable y atrapado entre la gula y el maltrato hacia su mujer. A partir de ese momento, tu libertad de expresión queda restringida a lo que el texto necesita. No podés expresarte como si Yahuati fuera un hombre gentil, distinguido y de vocabulario fino. Cada palabra, frase o actitud que Yahuati asuma en el contexto de la narración debe dejar en evidencia su condición de hombre despreciable y rústico. ¿No coincidís con este criterio?

RG: Coincido con ese criterio. Lo que pasa es que la palabra «límite» es demasiado fuerte. ¿Un camino? Quizá sea preferible hablar de caminos, no de límites.

Es que uno ya nace limitado. Una vez le dije esto a una mina, y ella me respondió: «Mi imaginación no tiene límites». Yo le respondí algo como «Ah, qué bueno» y me las piqué. Hubiera sido inútil pedirle que se imagine un color desconocido: aun con mucha imaginación, no lo hubiese logrado. Y aunque nunca consiga imaginarse un color nuevo, ella seguiría pensando que su imaginación no tiene límites.

Así que, en la escritura, me gusta pensar en caminos, sendas, huellas, pero no límites: el famoso contexto. Y cada uno toma el camino que cree correcto dentro de cada contexto. Después de toda esta palabrería, voy comprendiendo tu pregunta.

Ahora que lo pienso, un límite sería la imposibilidad de hacer un Yahuati falseado, no creíble. Sin embargo, yo sé que puedo lograrlo. Y no lo hago porque elijo hacer un Yahuati creíble. Y como decía la *nonna*: «*Le cose sono come sono mentre mangio tagliatelle*».

AXXÓN: ¿Cuántas horas de tu vida le dedicás a la literatura? ¿Cuánto a leer y cuanto a escribir?

RG: La literatura, el oficio de escribir, abarca gran parte del día. Porque no sólo es el tiempo de escritura, también se debe contabilizar como tiempo a los numerosos momentos que «gasto» pensando en el cuento.

Estoy en una etapa de mi vida en que, desgraciadamente, uso la lectura para destrabar

bloqueos de escritura.

AXXÓN: ¿Le dedicás tiempo al trabajo de investigación para tus cuentos y novelas?

RG: Sí, le dedico mucho tiempo. Te doy un ejemplo: acabo de manguear la historia de Belgrano (editada por el Congreso) para investigar sus batallas. Pienso usar una réplica de ellas para lo que estoy escribiendo ahora.

Pregunto mucho. Busco mucho en Internet. Es una tarea ardua, no hay duda, pero que da un matiz extra a tu texto. Y esto me agrada.

Esto es algo crucial para quien quiera escribir ciencia ficción.

AXXÓN: ¿Y para el que escribe otro tipo de literatura?

RG: Desconozco. Aunque me imagino que debe ser tan trabajoso como para la ciencia ficción.

AXXÓN: ¿Cuál pensás que es el futuro de las religiones?

RG: El futuro va «pegado» al Hombre. Si sigue existiendo la humanidad, seguirá habiendo religión.

AXXÓN: Las ideas iniciales de un cuento: ¿se van modificando a medida que la narración avanza? Las modificaciones: ¿te sugieren nuevos caminos?

RG: Sí, siempre se van modificando. Una vez leí un reportaje a Abelardo Castillo que dijo que el que no inicia un cuento sabiendo el final es un boludo (Abelardo lo dijo con certeras palabras). Y bueno, yo seré flor de boludo, porque siempre arranco sin saber dónde voy a parar.

AXXÓN: ¿Te molesta pensar en la muerte? ¿Cómo te gustaría que te recuerden?

RG: Me molesta mucho pensar en la parca. Me gustaría que me recuerden como un tipo jodón, buenazo y siempre dispuesto a echar una mano al que estaba en la lona.

AXXÓN: ¿Cómo ves al Mundo? ¿Tiende a mejorar o a empeorar?

RG: Lo que pasa es que no conozco *al* Mundo. Ni siquiera conozco a mi Argentina. Soy un porteño al que le cuesta mucho salir de su ciudad. Y mi ciudad mejoró y empeoró. Pareja, la cosa.

AXXÓN: ¿"1984" de Orwell o «Un mundo feliz» de Huxley?

RG: Una mezcla rara de ambas. No sé otros países, pero por acá, cada vez hay más cámaras. Cada vez tenés que ir anotándote en cosas que no necesitarías anotarte (ejemplo, la Sube). Y, por otro lado, hay más joda, más liviandad en los compromisos personales, más permisividad. El coctel actual puede desembocar... ¿En qué? Sólo el tiempo lo develará.

AXXÓN: ¿Te molesta hacer cosas que no te gustan para lograr avanzar en la literatura?

RG: No sé. Jamás lo tuve que hacer. ¿Qué sería hacer una cosa que no me gusta? ¿Escribir tipo Corín Tellado? Por más que quisiera no podría. No me saldría una sola letra. Hay que respetar, eso es lo primero. Y si quisiera escribir como otro sería un insulto tanto para el otro como para mí.

Me dejaste pensando con esto. Por ejemplo, mi esposa me rompe seguido con eso de «Escribí algo que se entienda. Alguna historia romántica». Y no puedo darle el gusto. No sale, o sale un bodrio acaramelado y cursi.

AXXÓN: ¿Te dedicás a «vender» lo que escribís?

RG: ¡Qué buena pregunta! Y no, soy un boludón para esto. La verdad es que me gustaría tener esa veta mercantil. Pero también hay que tener producción, y yo no tengo tanta.

AXXÓN: ¿Participás en concursos? ¿Cuáles tres te gustaría ganar?

RG: No participo en concursos. Me estoy preparando para el UPC, eso sí. Pero va lento el asunto. Actualmente estoy escribiendo una *nouvelle* a ocho manos con tres amigos: Mariláu Sánchez, Eduardo Poggi y Sergio Bonomo. Los tres excelentísimos escritores. Y lo digo con pruebas en la mano: por favor lean «Fairlane» de Bonomo, «Amarillo» de Mariláu y «Muerte en la pulpería» de Poggi, los tres publicados por Axxón.



Ricardo Giorno, Mariláu Sánchez, Eduardo Poggi y Sergio Bonomo

Lo que estamos escribiendo a ocho manos queremos presentarlo en el XXV Certamen literario de Ciencia Ficción Alberto Magno, convocado por la Facultad de Ciencia y Tecnología de la UPV/EHU.

AXXÓN: ¿Cuáles son los últimos tres libros que leíste?

RG: *Embajada alienígena* de Ian Watson: una buena idea que te va enganchando, que abre muchas posibilidades. Lástima que al final la historia le quedó grande al autor. *Silbervogel* de Federico Buccino: un compilado de cuentos de terror muy recomendable, que te atrapa de veras. Y *Refugio del viento* de George R. R. Martin y Lisa Tuttle: una agradable aventura, un poco larga, pero digna.

AXXÓN: ¿Qué música te gusta?

RG: Toda música tiene sus cosas buenas. Escucho de todo, pero compro rock (rockanrol – progresivo – sinfónico). Me está gustando mucho el tango instrumental. En fin, son etapas, pero el rock queda.

Como buen veterano vinagre, no me gusta mucho el rock nacional actual-actual.

AXXÓN: ¿Compartís el concepto de que atrás de una obra de arte se encuentra la idiosincrasia del propio autor?

RG: Sí. Es tarea del autor que no se note. Aunque a la larga aflora. Y está bien que sea así. Lo que no me gustan son las bajadas de línea. O los cuentos con moralina.

AXXÓN: ¿Cuál es el problema más importante que enfrenta el mundo de hoy?

RG: La credibilidad. Nadie es creíble. Y eso es un bajón.

AXXÓN: ¿Qué es lo más importante que te ha pasado en la vida?

RG: Encontrar mi pareja, tener hijos, redescubrir a mis padres. Tener nietos. Salir goleador en varios campeonatos (aficionados, obvio). Tener amigos.



Ricardo Giorno en Familia

AXXÓN: ¿Escribir no entra dentro de lo importante? ¿Pesa más el fulbito?

RG: Escribir entra dentro de lo importante. Pero (salvo el fulbito, que me ha abandonado, je) lo otro es mucho más significativo para mí.

AXXÓN: Si pensás que existe ¿qué poder podría cambiar al Mundo?

RG: ¿Físicamente? ¿Espiritualmente? Aclare.

AXXÓN: Física y espiritualmente.

RG: En cuanto a lo físico, hay poderes latentes que pueden cambiar a la Tierra. Por ejemplo la caída de un gran meteoro o cometa. También la erupción de un supervolcán cambiaría drásticamente el clima. Las razones o causas pueden ir de una exposición a los rayos X que nos deje estériles, hasta una bacteria que se escape de un laboratorio y nos extinga. El menú es amplio.

Lo espiritual sería más difícil de explicar. Solo puedo moverme por suposiciones, una más loca que la otra. Puede ocurrir que el Islam se una y decida una guerra santa. Otra bacteria escapada de los laboratorios (o no) que produzca enzimas que nos conviertan en todavía más pelotudamente creyentes de una religión. Tantas cosas me están pasando ahora por la cabeza... Creo que lo espiritual es lo más inasible y proclive a la mentira del universo todo.

AXXÓN: ¿Y si pensamos en un cambio para mejorar el Mundo? Un poder político, o una personalidad con influencia internacional y con carisma, o el amor entre los seres humanos.

RG: Mmm... Una persona en solitario no puede cambiar para bien al mundo. Construir es más difícil que destruir. Y me cuesta pensar en un grupo bien intencionado que quiera mejorar al mundo. Soy demasiado descreído como para siquiera considerar la posibilidad de que espontáneamente el humano deje de lado su ego y se preste para una revolución basada en el amor al prójimo. Aunque hoy, el amor sobra: el inmenso amor a sí mismo. Es lo que pienso. Hay excepciones, lo sé, las he constatado. Pero son amplias minorías.

AXXÓN: **¿La Universidad o la Universidad de la Calle?**

RG: Ambas. Y se aplican en diferentes circunstancias. Aunque en las relaciones importantes, que son las personales, la Universidad de la Calle es lo más.

AXXÓN: **¿Vas al cine? ¿Qué tipo de cine te gusta?**

RG: Menos comedias románticas, lo que venga. Me tiran mucho las de ciencia ficción, pero veo de todo.

AXXÓN: **¿Sentís lo mismo al escribir novelas que al escribir cuentos?**

RG: Y... no. El cuento es una exhalación. La novela es algo que se va meditando. Te acostás y, antes de dormirte, pasás un buen rato reconstruyendo una escena, pergeñando un camino. Te demorás a propósito en evitar que muera un personaje querido, buscándole la solución para que no desaparezca. Empecé escribiendo una novela. Después me pasé al cuento, que me dio muchas satisfacciones. Pero mi corazón está en la novela.

AXXÓN: **¿Te resulta más difícil escribir cuento que novela?**

RG: Basándome en mi experiencia, más difícil es escribir un cuento. Las palabras deben ser pesadas, medidas, el vocabulario, exacto. Corregir hasta el cansancio, una y otra y otra vez. La novela es más «trabajosa» en el tiempo. Pero mucho más distendida.

AXXÓN: **¿Qué diferencias ves en cada caso?**

RG: Como dije antes, las diferencias las marca el corazón. Y el tiempo, que es un capricho que nos imponemos.

AXXÓN: **Estas últimas palabras me recuerdan el título de uno de tus cuentos publicado en NM, y se me ocurre preguntarte: ¿Qué importancia le das al paso del tiempo?**

RG: ¡Qué tema, mamita!

El tiempo es algo que llevo encima y que necesito desacelerar. Pero él acelera cada vez más.

AXXÓN: **¿Qué tiempo te toma escribir un cuento y cuánto una novela?**

RG: Un cuento lo escribo desde un día a una semana. La corrección puede durar meses. Las novelas: estoy escribiendo varias al mismo tiempo. Me duran años de escritura. Por ahora le estoy pegando a *Dioses de Selva* (una idea que me dio Dany «Axxonita» Vázquez). *Las insoportables aventuras del terrible inspector Mordancio* (una idea que me dio Sergio Gaut vel Hartman). *Camino a Longipan* (que me está ayudando Eduardo Carletti). *Quansabata* (un afano sutil a Shakespeare). *La copa rota* (un post apocalíptico porteño con mucha droga y muchas motos). *El Noble Guerrero Mal Hecho* (una sátira que se va transformando de a poco en tragedia), y *Brendo* (un asesino que es usado por la religión). Esta última ya terminada, falta la corrección.

AXXÓN: ¿Qué te lleva a escribir varias novelas en paralelo, en vez de terminar una a la vez?

RG: Soy (para la escritura) obsesivo y ansioso. Además, me di cuenta de que cuando me trabo con una puedo seguir con otra. ¡Es magnífico!

AXXÓN: ¿Qué proporción de tiempo le dedicás a la corrección? ¿Escribís y corregís al mismo tiempo?

RG: Mirá, la proporción en los cuentos es de 1 a 5. Si tardo 1 en escribir, tardo 5 en corregir. Con las novelas, no sé.

AXXÓN: ¿Cuándo y qué empezaste a leer?

RG: Empecé como todos por estas pampas: con la colección *Robin Hood*. Después conocí la ciencia ficción y no me desvié del tema.

AXXÓN: ¿Los personajes te definen el vocabulario, o te dejás llevar por tu propia forma de expresión?

RG: Los personajes gobiernan. Aunque es un gobierno difícil: uno siempre lo quiere hacer más embrollado.

AXXÓN: ¿Te interesa escarbar el interior de los personajes o te interesa la historia en sí misma?

RG: Una pregunta que me cuesta contestar. Muy compleja. Creo que voy a salir del paso diciendo que mitad y mitad.

Si bien me gusta escribir bien metido dentro de la cabeza del personaje, también es cierto que pienso mucho en lo que va pasando por «fuera» del personaje. Me gusta mostrar más que decir. Prefiero que el lector saque conclusiones sobre el interior del personaje, relatando el accionar del personaje. Debe ser mi gusto personal en las lecturas. Cuando veo largos monólogos interiores, les rajo como a la plaga. Y la acción (trato) debe trascorrir rápida, sin dar respiro.

AXXÓN: ¿Sos consciente de que en la mayoría de tus narraciones el tema sexual

es una constante?

RG: No. ¿Se nota?

Es que el sexo es lo único con lo que nosotros, simples humanos, podemos crear algo trascendente. ¿Qué mejor que crear vida? Celebro el amor en todas sus formas (y posiciones, claro).

Lo que quiero decir es que no es necesario poner sexo dentro de una narración. Pero no incluir conscientemente al sexo en la escritura, es pacatería, es mentirse a sí mismo.

AXXÓN: Varias veces mencionaste a la corrección de estilo. ¿Qué importancia le asignás en el acto de escribir?

RG: La corrección de estilo es algo que muy pocos emplean. Y no es poca cosa, todo lo contrario. ¿Qué hubiese sido de la primitiva Coca Cola sin su sexy botellita curvilínea? En un cuento, tomemos al oscuro líquido como el contenido y al envase como el estilo.

¿Por qué escribir «El viejo Murúa tenía nostalgia de su niñez»? cuando bien podés escribir: «Él mismo lo había comprobado un año atrás: la quinta y sus queridos recuerdos habían desaparecido bajo casas de precarios bloques y chapas oxidadas. En un momento de nostalgia, había caminado hasta la estación La Paternal para tomar el San Martín hasta José C. Paz. Y se bajoneó al ver un Coto ocupando el predio de tres manzanas entre la estación y su entrañable casa. Incluso el descampado, la laguna y las zanjas donde había pescado ranas y anguilas, estaban ocupados por el estacionamiento del súper y el asfalto de las calles. Tampoco existía el ligustro que rodeaba la casa levantada por su viejo y sus tíos, sobre unos terrenos comprados por el abuelo. Ni siquiera habían sobrevivido los ciruelos, castaños, damascos, mandarinos, nogales y nísperos de los que tanta fruta habían cosechado.»

De esta forma, dejamos que el lector gozosamente piense: «Ahhhh, el viejo tiene nostalgia».

Estas son las cosas que a mí me desvelan. Las cosas, creo yo, que separan a un escritor de alguien que escribe.

AXXÓN: Asumo que salís a cazar palabras que sobran.

RG: Descubrí que cuando un adjetivo no da vida, mata. Y que cuando sacás adjetivos creás oraciones, párrafos enteros.

Por ejemplo: Julián salió a un claro. En medio de ese claro se levantaba una casa enorme, vieja y misteriosa.

Podemos escribirlo así:

Julián salió a un claro.

—¡Una casa en medio de la selva! —dijo.

Al acercarse, le calculó unos cien metros de lado. ¿Y para arriba? Y, más alta que el árbol más alto. Descubrió mampostería caída, rajaduras cubiertas de helechos. Y los vidrios, más negros que el negro de sus ojos, le erizaron los pelos de la nuca.

Así le llega con más polenta al lector, ¿no te parece?

AXXÓN: Me parece que sí, Ricardo. Te agradezco el tiempo que me brindaste para concretar esta entrevista. Te dejo con un abrazo, y te digo lo mismo que le decís a tus entrevistados: «La última palabra es tuya».

RG: Ahora sufro en carne propia el tormento que apliqué a otros.

La primera palabra que me viene en mente es: agradecimiento.

Agradecer a la portentosa Axxón, con más de 24 años abriendo puertas. Y a mí me las abrió de par en par. Agradecer a Eduardo Carletti, que siempre que lo jodo está ahí. Agradecer a Daniel Vázquez y a Silvia Angiola por la polenta que ponen todos los meses para que esta locura llamada Axxón pueda publicarse (y que también, cuando los jodo, siempre están ahí). Y agradecerte a vos, Edu, por la paciencia.

Un sincero abrazo a todos.

Segundo teatro de operaciones: la Charly contra la Lenon y la Macárni

Ricardo Giorno
Argentina

«En el principio era el Verbo...»

JUAN 1, 1.



Ilustración: Guillermo Vidal

Y aquí vamos de nuevo entonces, me digo: justo en el 147º aniversario de la primera incursión, nosotros volvimos a «desembarcar» en Malvinas. Y pasó una semana ya de ese desembarco. En fin, eso de desembarcar es un decir, claro. Una mera analogía. Pues, en rigor, no viajamos en barco sino en acordes musicales.

Desde que se descubrió la relación sonido-materia, desde que se implementó para crear —recrear, duplicar— objetos o seres «animados», el mundo es otro.

El Verbo Creador. Así llamaron a la invención, herejes de mierda. Y además, lo que se dice crear, con ella no creamos nada. ¿Un almuerzo abundante y caliente, nacido de una hábil combinación de ritmo, melodía y contrapunto? Eso no es crear, sólo duplicar algo que ya conocemos de antemano. Pero hay que reconocerlo: el medio es prodigioso. Que se corporicen las cosas, que se copien a partir de la nada — de la aparente nada— no le quita mérito.

Pero ahora lo importante es que estuvimos acá antes de que se cumplieran ciento cincuenta años de ocupación inglesa. Y que reclamemos nuestras islas como lo que son: *nuestras*. Porque si se hubiesen cumplido los famosos ciento cincuenta años, ya no hubiésemos podido reclamar nada, las islas serían de ellos sin lugar a pataleos. Lo sé bien. Lo estudié a fondo. Total ahora, si nos rajan a patadas en el culo como sucedió la primera vez, momentos antes de que se volviera a la democracia y se diera

inicio a la Edad Memoriosa, los hijos de puta de los ingleses tendrán que aguantarse otros ciento cincuenta años para que las Malvinas pasen definitivamente a su territorio. Para que sean *su* tierra.

La tierra, el terruño... ¡puta madre! ¡Un lugar donde echar raíces! Y eso es lo único que debería importarle a la humanidad de hoy, que ya ha cubierto sus necesidades materiales, en lugar de pasárselo en la plena ociosidad, tan cara a la involución.

Un laberinto de carpas, el campamento. Sí, campamento, la concha de la lora. Un simple campamento a la antigua, aunque con materiales modernos. Mucho Verbo Creador para todo, pero el soldado todavía necesita comer, dormir y cagar entre saltos. Por eso el campamento, porque necesitamos reunirnos y confraternizar en camaradería. Como Dios y la patria mandan y bajo la exigencia propia de la vida militar, para que el efectivo no se achanche; otra que cuarteles cinco estrellas, cuarteles de lujo que los instrumentos bien podrían generar.

Y, en medio de este quilombo de vigas y toldos, algo me lleva a recorrer mi vida. Algo que no sé definir.

Una de las planicies de las islas, de nuestras queridas islas, me sirve de escenario. Y, en un soplo que se me hace perpetuo, mi vida pasa ante mí. Y la espina se me clava aún más en el corazón.

¿Corazón? Qué carajo estoy diciendo, si yo no tengo corazón. Dentro del pecho tengo un amasijo, tengo una máquina de bombear bilis. Un fuego que apenas me deja seguir respirando.

¿Corazón? Nada de eso: odio tengo yo. Un odio visceral a los ingleses. Un odio que me sirve de motor para no dejar de avanzar. Eso tengo.

Y de pronto tropiezo. Bajo la vista: agazapada en el pasto, una de las nuevas trompetistas ensambla su centelleante juguete.

—Escuchame, nena...

—... Malena —me corrige.

Su mirada se me hace una mezcla de nerviosismo y altanería.

—Escuchame... *nena*. Si la ajustás así, el arma va a entrar en pérdida. Y si hay concierto, después no vas a poder dormir por días. En el caso de que sobrevivas, claro.

Se fija en la trompeta, me mira a mí, de vuelta a la trompeta.

—¿Y vos qué sabés, vieja? —dice con gesto burlón—. En el Conservatorio jamás nos hablaron sobre «entrar en pérdida».

—Alfredo Le Pera, mucho gusto —y le extiendo la mano—. Y decime Pera, como mis amigos.

Eso la desacopla. Me estrecha la mano y me sonrío, ahora franca. Cuánto hace que no veo dientes blancos.

—Pero... —y ya el tono es amistoso, aunque no dejo que termine.

—¿Me mostrás la garganta, Malena? Dale, abrís la boca, sacás la lengua y decís

«Aaaaaaaaaa».

Ella no responde, solo tuerce la cara.

—Che, no es para joderte. Es que hace mucho que no veo una gola flamante.

Y entonces mira al cielo y abre la boca: flamante es poco, mamita. Tiene el chaperío mejor que un cero kilómetro. Los implantes lucen absolutamente perfectos por donde se los mire. Al lado de la de ella, mi pobre garganta —me la tendría que haber mantenido, soy un fiaca de mierda— parece un desecho volcánico.

—Ya sé —me dice, sacándome del embrujo de esa belleza blindada—. Ya no soy humana, ¿no?

—¿Por un cacho de lata que te pusieron en la garganta no vas a ser humana? ¿Sos pelotuda, vos, o el titanio te quemó el cerebelo?

—Es la bola que se corre entre los novatos. Dale, Pera, batime la justa.

—Nada que ver, piba...

—... Malena.

—Bueh, Malena. Y decime, Ma-le-na: ¿entonces los del coro qué carajo son? Esos sí que tienen la garganta enchapada al mango. Hasta un fuelle en el garguero tienen. ¿Así y todo, vos te creés que cuando cogen sale un robotín? Dejate de joder, nena. Somos más hombres que los «hombres» que quedaron en el continente, cagones del orto.

—Si vos lo decís... —y me regala otra sonrisa—. Pero volviendo a eso de «entrar en pérdida», en el Conservatorio nos enseñaron a ensamblarla así.

Qué nuevita es, la recalcada concha de mi hermana.

—Mirá, Malena, los del Conserva hace como mil años que no pisan un campo de batalla.

—¿Mil años? Si la guerra apenas comienza.

—Es un decir, nena. ¿Además vos te creés que van a admitir la berretada de merca con que nos proveen? A duras penas podemos mantener un concierto con los ingleses.

—¿Entonces?

—Entonces la campana ponétela entre las tetas.

—¿Así?

—Así. Y andá armando las clavijas desde la boquilla hacia tu corazón. Cada tanto, dale un golpecito. Como para ver por dónde vas, ¿vistes? Si golpeás con los ojos cerrados, vas a *sentir* por qué te lo digo.

—Gracias, Pera —y me sonrío de nuevo—. Mejor voy a mi tienda, ¿sabés? Acá hay mucho viento, así que prefiero cruzarme todo el campamento y preparar el arma ahí.

Y se las toma.

Y se da media vuelta y me encara:

—¿Por qué llamás «concierto» a la batalla? —sin esperar respuesta, huye hacia el sector de los vientos, que ya están afinando en modo instrumento musical: las gordas

burbujas de los trombones, el insinuante y gatuno discurrir del fagot, los pesados clamores de las tubas, la centellante queja de las trompetas.

Y yo le iba a gritar que sólo los veteranos le decimos «concierto», pero oigo un carraspeo a mi espalda. Ya sé quién es.

—¿Maestro? —digo mientras giro para enfrentar a nuestra nueva batuta.

Y lo miro seco. Bien a los ojos. Lo miro con el firme convencimiento de que me viene a romper cabalmente las pelotas.

—Buenas, Le Pera —me dice—. Tenemos que comunicarnos con la Academia de Compositores —me le sonrío en la cara al escucharle ese pomposo título—. Y no me venga con eso de que «Hace como mil años que no componen nada».

Y su sonrisa franca me compra.

—Está bien, Maestro, qué necesita.

—Una antena.

—¿Y por qué me la pide justamente a mí?

—No quiero gastar la voz del coro, Le Pera. Usted es el último que queda de los que se saben las partituras de memoria. Y además su tipo de instrumento no es meramente un arma.

—Y bueno, dele.

—Acompáñeme.

Cargo el estuche y lo acompaño.

Adentro de la tienda más grande, ya nos aguarda el Asistente del Maestro.

—Hola, Plomo.

—¿Qué hacés, Perita? —se levanta y viene hacia mí—. ¿Nos vas a violar?

—Sí, boludo. Siempre el mismo chiste, vos. Mirá cómo me río: jijiji.

—Y siempre el mismo pelotudo amargo, vos.

Nos pegamos un abrazo. Hay buena onda.

Abro el estuche. Saco la viola. Afino un poco: voy a tener que cambiar el arco, qué lo parió. La potencia bajó a niveles apenas tolerables.

Y me quedo esperando.

El Maestro carraspea mientras se frota los pulgares contra los índices y medios.

—¿Y? —me apura.

—Aguardo instrucciones, Maestro.

—No me la haga lunga, Le Pera. Usted sabe que yo todavía no me sé las partituras. Que tengo que recurrir al chip.

—Dale, Perita —salta Plomo mientras se rasca las pelotas con una de las batutas—. Tocate algo.

—Qué forro que sos —le digo—. Y... —lo miro al Maestro—. Voy a tocar «Chipi chipi», entonces. La antena va a ser pobre, pero se las van a arreglar. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Dos minutos.

—Pan comido.

Y, justo en la parte correcta, me hundo en la música. Sin saber cómo mierda funciona, hago funcionar el Verbo Creador. Me embola llamarlo así.

Un fulgor repentino, una aurora boreal y un humo espeso y gris salen de la viola. Y en un chasquido vibrante se aúnan: la antena se corporiza. Si bien es pobre, tal como reza la canción, servirá.

El Asistente del Maestro y el Maestro se toman de la mano y rodean la antena. Me queda de frente la cara del Maestro. Habla entre dientes. No entiendo lo que dice. Pero los gestos son elocuentes: se viene la malaria. Se cierne la tormenta, en palabras del mismísimo Churchill. ¿Alguno de mis colegas sabrá quién fue Churchill? En fin...

A una señal del Maestro, dejo de tocar. La antena desaparece.

Plomo me apoya una mano en el hombro.

—Nos cae una jodida, Perita.

El Maestro se sienta y nos invita a sentarnos.

—Desde la Academia de Compositores me acaban de comunicar una noticia funesta —dice—. Mañana nos saldrá al paso la Brigada Sinfónica Lenon.

—¡Mierda!

—¿Quieren tomar algo?

—Yo —digo—, jugo de tomate frío.

—Los dejo —dice Plomo caminando hacia la salida—. Esto va para atrás.

—Ya que se va —le dice el Maestro mientras abre dos latas—, dé órdenes de levantar el campamento.

Y me quedo a solas con él. Y él se sienta a mi lado mientras me pasa una de las latas. Y permanecemos en silencio. Como dos extraños.

—A ver si entendí bien —le digo al fin—: ¿No era que la Lenon estaba asolando África?

—Los ingleses quedaron impresionados cuando les despachamos a sus quintetos.

—¿Y por eso nos piensan tirar con una brigada completa?

El Maestro carraspea y se reacomoda en la silla, molesto.

—Dos brigadas, Le Pera —me corrige haciendo la ve de la victoria delante de mi cara—. Dos.

Me paro de un salto, tiro el jugo al carajo.

—¿Cómo dijo?

Él permanece quieto.

—Dos brigadas —repite, y me suena abatido—. La Macárni ya fondeó en Puerto Argentino.

Como si no pudiese soportarme la mirada, se levanta y sale de la tienda.

Me deja pensativo: ¡la Macárni y la Lenon juntas! Los perros ingleses nos van a masacrar. ¿Qué esperan los del Conserva para ordenar retirada?

Unos gritos me sacan de mis pensamientos:

—¡Levantamos campamento!

Afuera me cruzo con la trompetista, que se me cuelga del cogote y me estampa un beso.

—Sos un genio, Pera.

—Ya lo sé, nena.

—Malena, viejita.

—Pssé.

La veo marcharse con los suyos. Carga una mochila más gorda que ella. Yo no tengo demasiados pertrechos para transportar: me embola ponerle sobrepeso a los deslizadores. Eso sí: la viola, siempre conmigo.

A lo lejos diviso el monte Dos Hermanas. Seguro que a sus pies se librará el primer concierto. Espero que podamos sobrevivir. Que aguantemos más de uno. Si consiguiéramos el apoyo de la Pappo, sería otro cantar. Pero no, soy un gil de goma: ahora la Pappo y la Gieco estarán cruzando la cordillera, defendiendo las fronteras de la Patria.

De pronto me descubro abrazado al estuche, pensando en el significado de la palabra Patria. ¿Patria? Mañana seremos sacrificados en su honor, sin duda. ¿Valdrá la pena nuestro sacrificio? Una voz interior se me abre paso desde el pecho: «¡O juremos con gloria morir!». Y sí, siempre vale la pena sacrificarse por lo que uno ama. Todos los días suscribo ese juramento, yo.

Nos movemos. Adelante marchan los eléctricos, flanqueados por las cuerdas. ¿Por qué todavía les decimos «eléctricos»? Estos nada que ver con algo tan superado como la corriente eléctrica. En fin, será por la misma razón que a mi instrumento le decimos «viola». Y sí, debe ser por el formato, porque nos recuerdan a aquellos remotos instrumentos.

Y veo que, precedidos por las cuerdas, los vientos —Malena en un extremo— se despliegan en abanico. Los seguimos el Maestro, el Asistente del Maestro y yo. Me doy vuelta: pegadito, el coro. Y detrás de la percusión, el gordo de la Tuba Gigante no se puso en marcha todavía. Esa arma de destrucción masiva siempre será la última.

Ventoso el verano en las islas. Demasiado. Una gran joda un concierto en medio de las ráfagas sureras. Sobre todo, con la diferencia de tecnología con que nos supera el enemigo.

Plomo se me acerca y me apoya una mano en el hombro.

—¿En qué estás pensando, Perita?

—Pienso en cómo voy a morir, Plomo.

—Vos ya creés que nos van a mandar al amasijo, nomás. Que no van a ordenar retirada.

Lo miro y me sonrío. ¿Para qué contestarle?

—A ver —insiste—: ¿cómo te imaginás tu muerte, vos?

—Dejá, que se está poniendo el sol y me viene la melanco.

—Nocturno de princesa —y se caga de risa de su propia ocurrencia.

—Sí —le digo—, vendría bien antes de dormir.

—Dale, Perita, desembuchá: ¿cómo te imaginás tu muerte?

—Hablemos de otra cosa, che. ¿Vos en qué pensabas?

Me hace caminar más despacio. Huele el aire, tuerce la boca.

—Pará —me dice—: ¿no te sentís como medio sucio y desprolijo?

—¿Y eso a qué viene? —digo, pero lo pienso mejor y me huelo los sobacos—. Y sí, un poco sí.

—¿Querés que te lleve un cacho el estuche, Perita?

Niego con la cabeza.

—Bueno, como prefieras —Plomo se seca los labios con la palma—. Ya que me preguntaste, pensaba en la rotura de orto que les hicimos a los quintetos ingleses.

—¿Rotura de orto, pelotudo? ¿De qué hablás? ¡Perdimos un cuarto de la sinfónica!

—Pero desde el continente nos mandaron a los reemplazos. ¡Aguante la Brigada Sinfónica Charly, carajo!

—Decime de dónde sacás lo que estás tomando, Plomo. Yo quiero un poco.

Me mira torcido y amaga a frenarse, pero sigue. Se hace el ofendido. Se hace, porque jamás lo vi cabrero de verdad.

—Escuchame, Perita: cuatro quintetos eran. Y no nos salieron de a uno. Se nos vinieron al humo los cuatro juntos.

Se nos vinieron al humo los cuatro juntos. Vaya si lo recuerdo. Y qué concierto que nos mandamos.

—El Maestro estuvo bien —digo.

—¿Bien? Requetebién, querrás decir —y se da vuelta hacia él—. Miralo. Mirale los ojos. Tiene siempre conectado el chip a full, loco.

—Eso es muy peligroso.

—No duerme, Perita. Dale que dale escaneando, estudiando las partituras.

—Ese hombre se va a freír la croqueta.

—Es un genio.

—Si pasamos de mañana, va a ser un Gran Maestro.

—¡Ya lo es!

—Cuando pase el temblor, Plomo. Antes no. Le falta mañana al Maestro. Le falta futuro.

—¿Qué le falta de mañana, abombado?

—Ponerse los zapatos de gamuza azul, salame.

—¡El zapato sos vos, paspado! Dale, Perita, no te hagás el misterioso.

—¿En serio no te das cuenta qué le falta al Maestro?

—No.

—Calle, le falta al Maestro. ¡Yeca!

Invento una excusa estúpida y me separo de Plomo, me mando a caminar en soledad: la conversación me dejó con el recuerdo amargo de los que ya se fueron.

Nostalgia.

Y la veo a Malena. La pendeja charla despreocupada entre dos trompetas. Qué abismo entre ella y yo, me doy cuenta. Hasta entre el Maestro y yo hay abismo. Él, un genio teórico; yo, un improvisador implacable. Hoy me gustaría tener su genio, y que mañana él tenga mi experiencia.

La noche nos alcanza, y decidimos instalarnos en medio de un mar de pastizales. Mi carpa la comparto con otras tres violas. Hay camaradería, pero no somos amigos: una vez armado el campamento, me voy a lo de Plomo.

—Uy... justo, Perita —me dice no bien me descubre—. El Maestro te andaba buscando.

Entro en la carpa principal, seguido de cerca por Plomo. No me gustan las ojeras de nuestra batuta, y se lo comento en voz baja a Plomo.

—Le Pera —me dice nuestra batuta no bien nos ve—, no trajo el instrumento.

—Ya vengo, Maestro.

¿Cómo ha sido posible que me separara de mi arma? Injustificable. Me vuelvo de pique para mi tienda. Cazo la viola y regreso.

De nuevo frente al Maestro y codo a codo con Plomo, le digo:

—¿Qué es esta vez?

El Maestro me mira. Si ya parece vencido.

—Toque «Aprendizaje», Le Pera. Quiero que por lo menos la lluvia y el viento me digan dónde ir.

Sonamos. Este ya está chapita.

—La lluvia es de abril, Maestro.

—¿Y? —me dice, apuntándome con la batuta—. No entiendo, Le Pera.

Plomo carraspea... y se las toma. Cobarde de mierda.

—No entiendo, Le Pera —repite el Maestro, amoscado.

—Estamos en enero, Maestro. ¿Sabe el despelote que se armaría acá adentro si toco esa canción?

Se queda tieso, la mirada perdida. El pobre necesita un descanso. Un urgente descanso.

—Mire, le voy a dedicar «Canción para mi muerte». En exclusiva se la voy a dedicar, Maestro. Y tocaré las partes convenientes. Y usted ya sabe lo que ese gesto significa: todo lo que salga de mi viola le sucederá solo a usted. Y serán cosas buenas. Confíe.

—Espere...

Lo ignoro: al empezar mi ejecución, la inspiración me transporta en la brisa de la música. Y no tardan en partir desde mi viola una onda visible y una bruma rosada y áurea, que se unen en torbellino: una mujer de cierta edad, muy bonita, se va corporizando. Es uno de los llamados hologramas másicos, lo sé de sobra. La mina holográfica es indistinguible de una mina verdadera, una de carne y hueso. A menos que le hagas un tajo a alguna de las dos: con un buen *snap* de un Rajah ii, ya sabés

cuál es la trucha y cuál la verdadera.

Ahora veo que el Maestro y ella se sonríen. Y no me pasan bola.

La mujer prepara la cama, y con dulzura recuesta al Maestro. Ella se reclina a su lado: una cama para dos.

Unos genios los que acoplaron la música al Verbo. Lástima que ya no están. Lástima que sus descendientes, en lugar de evolucionar, resultaron simples monos pelados. Simios ignorantes. Corruptos.

Pierdo la noción del tiempo: ¿cuántos minutos —¿horas, acaso?— hace que me he quedado tocando la parte correcta, aún después de la materialización?

Alguien me aprieta el hombro.

—Hay que descansar, Perita —y Plomo ahora me palmea.

Dejo de tocar.

Maravillosa esta noche, la mina se desvanece entre nubes plateadas de estrellas. Y el Maestro, por fin, duerme un sueño de pupilas lejanas.

—Cumpliste, papá —dice Plomo guiñándome un ojo y cabeceando cancherún hacia el Maestro.

—Tenés razón —digo—. Y no me daba cuenta de lo cansado que estoy.

Bien de mañana nos ponemos en marcha. Adoptamos la misma formación de ayer.

—Le Pera.

—¿Sí, Maestro?

—Gracias —y vuelve a conectarse al chip.

Ya estamos llegando al Dos Hermanas. En cualquier momento se viene el ataque.

—Asistente —dice el Maestro—, que el coro vaya entrando en calor con la parte correcta de «De mí».

—Afirmativo, Maestro.

Buena elección. Al toque me siento mejor, más estimulado. Se ve que las atenciones del holograma han rejuvenecido al Maestro.

Pero pronto el ambiente se torna denso. Mis movimientos, torpes.

Se me acerca Plomo:

—Los hijos de puta se acercan rápido. Y se vienen tocando nada menos que aquella parte de *A day in the life*.

Y qué bien que la tocan. Justo esa parte disonante les sirve de escudo, y no nos permite manejar con soltura nuestros instrumentos. De golpe me doy cuenta de que ellos atacarán primero.

—Maestro —le digo—: van a atacar.

El maestro me responde con un gesto: *Ya lo sé, contraatacaremos*.

¡Es un error! ¡Debemos defendernos a como dé lugar, y luego buscar el resquicio!

Pero... ¿cómo decírselo? Peor sería si me entrometiera. Equivocados o no, los efectivos de la Brigada Sinfónica Charly tenemos que movernos sincronizadamente

tal como lo que somos: la mejor Sinfónica de Combate de la Patria.

¡La Patria! Respiro hondo, y la espina clavada en el pecho me da fuerza. Y vienen a mí unos versos:

*Yo vi la Patria en el amanecer
que abrían los reseros con la llave
mugiente de las tropas.
La vi en el mediodía tostado como un pan,
entre los domadores que soltaban y ataban
el nudo de la furia en sus potrillos.
La vi junto a los pozos del agua o del amor,
¡niña y trazando el orbe de sus juegos!
Y la vi en el regazo de las noches australes,
dormida y con los pechos no brotados aún.*

La voz del Maestro me arrebató del alma los versos de Marechal:

—Le Pera, las cuerdas con «Me siento mucho mejor». Asistente, que los vientos toquen «Fanky». Los dos ya saben qué parte.

Y sin esperar respuesta, y con la batuta como lábaro más que bandera, el Maestro corre hacia la percusión.

Surte efecto, que los tiró de las patas. Ellos dejan de tocar y se abren, se parten en dos columnas. ¿Cómo puede ser? No es posible que sea tan fácil. Debe ser una tram...

—¡¡¡Cuidado, Maestro!!!

Qué lo parió, son buenos estos ingleses. Demasiado buenos. Los perros se abrieron en dos columnas para dejar espacio a la guitarra eléctrica: su arma quirúrgica preferida.

El guitarra toca *Nowhere man* y lo alcanza de pleno al Maestro, que cae como trazo. ¡Mierda! Perdimos a nuestro guía. Va a estar horas sintiéndose un montón de nada.

Plomo corre y levanta la batuta. Viene desesperado hacia mí.

—Tomá, Perita —y me la entrega.

—¿Estás loco? ¿Qué es esto, una batalla de postas? Vos sos el Asistente. Ahora mandás vos, conchudo.

—Yo siempre voy a ser un segundón. Tomá, defendenos lo mejor que podás.

—¡Putá madre! —dice a mi lado una de las violas—. Empezaron con *Lucy in the sky*. Y la tocan en andante fortissimo.

—¡¡¡Atención!!! —y mi garganta con arena por suerte me responde y me sale ese grito—. ¡Todos con «Chipi chipi», la parte bajo tierra!

Una ola de tierra nos envuelve, y antes de sepultarnos se convierte en una bóveda defensora. Una trinchera bien protegida.

A pesar de su velocidad extra, los diamantes que llovieron desde el cielo les dieron a pocos. Ningún muerto. Salvo el Maestro, que se quedó arriba en la superficie. Ruego que siga vivo, o que la muerte lo haya sorprendido sin agonía.

—Gordo —le digo al de la tuba—, tocá «No voy en tren».

—¿Para qué, Pera?

—Cuando se materialice el avión, picátelas para el continente con los heridos y los eléctricos.

—Pero yo quiero luchar. Se la tengo jurada a estos piratas.

—¡Es una orden directa, soldado! —y levanto la batuta.

Él mira la batuta y baja la vista.

—Sí, señor —dice.

Esto va a ser un amasijo. Vamos a caer todos. O, con suerte, seremos prisioneros. ¿Cómo reponer luego nuestra única arma de destrucción masiva? El odio no debe cegarme. Ya habrá otros conciertos, otros soldados que nos reemplacen.

El Gordo se va, y Plomo se me viene al humo:

—Firmaste nuestra sentencia.

—Nuestra sentencia está firmada desde el principio, boludo. Apoyame en lo que voy a decir.

—Y bueno, dale.

Antes de hablar, giro para uno y otro lado. Los miro. A uno por uno los miro. Por primera vez en días no soportamos el viento, y acá abajo el silencio nos aturde.

Necesitan una arenga de la hostia.

—¡Soldados! La ayuda viene en camino —miento—. Envié al continente a los eléctricos porque ellos actúan en situación de francotiradores. Y esta batalla... este concierto, se librá instrumenta contra instrumenta, grito contra grito, carne contra carne. ¡Soldados! Preparen sus corazones y salgamos a romper culos ingleses.

—¡A romper culos ingleses! —me responden de una, motivados a mil.

—Atención entonces: la parte correcta de «El fantasma de Canterville». ¡Al unísono todos!

Una ebullición interna me hace flotar, sentirme liviano. ¿Nos convertimos realmente en fantasmas? Lo real es que podemos atravesar las filas inglesas sin que nos descubran. Y la sensación de liviandad finaliza justo cuando dejamos de ejecutar la música. Justo cuando llegamos a la retaguardia enemiga.

—Coro —digo en voz baja—: con tutti a «Los dinosaurios».

Y da resultado. Los argolludos se transparentan. ¡Desaparecen! Por fin vislumbro una ventaja. Y grito entonces a voz en cuello:

—¡Percusión: arranquen con...!

Tarde. Detrás de unos riscos nos llega *Band on the run*. Y no tenemos más remedio que huir, carajo. Yo había pensado que hoy nos la veríamos sólo con la Lenon. Pero los de la Macárni llegaron al toque. No hay caso, el tiempo no para.

—¡Brigada, tómense de las manos! No corramos para cualquier lado. ¡Coro!

¡Dediquen a la Brigada la parte correcta de «Esos raros peinados nuevos»!

Por suerte, los que iban a la derecha confluyen hacia adelante con los que iban a la izquierda. Y entonces, cuando creo que nos podemos reorganizar, los de la Macárni se unen a los que quedan de la Lenon y se lanzan con *Happines*.

¿Cómo vamos a zafar de esta?

Miles de pistolas ardientes se corporizan y nos disparan como si fuesen metras. Tan dispersos como nos encontramos, no puedo ordenar algún escudo que nos proteja. Al final seremos aniquilados por armas más antiguas que lágrimas criollas.

Me dan en una pierna y en el costado.

Caigo.

Desde el suelo veo cómo terminan con la mayoría. Es el fin.

Un golpe contra mi pecho me saca de estas lamentaciones. Un bulto que se estremece. Le quito el pelo de la cara.

—Sos vos, piba.

—M-Malena, v-viejita.

—Malena.

—Estoy hecha un d-desastre, ¿no?

—Nena, me gustas así —y le sonrío aunque no sé si ella puede verme. Pero justo me viene una idea. *La idea*—. Escuchame, Malena: vos te me cantás el Himno Nacional.

—N-no puedo, Pera.

—Sí que podés, piba —la vista se me va nublando y nublando a cada segundo—. Es lo único en que los del Conserva son unos capos.

—¿Lo qué? —y la noto con más fuerzas—. ¿De qué carajo me hablás?

—Los del Conserva saben con la berreteada con que nos proveen. Se ve que algo les debe carcomer la conciencia.

—Cada vez te entiendo menos —y quiere salirse de mi abrazo, pero yo se lo impido con las pocas fuerzas que me quedan—. No puedo cantar, Pera. Dejame.

—Sí que podés, Malena. Allá te prepararon la gola como nadie en el mundo la sabe preparar. Dale, largale *la voz* a estos giles —estoy por dar las hurras, lo sé—. Ya no hay nada para perder...

Y Malena canta el Himno.

El Himno Nacional, puta madre. Ahora puedo irme tranqui.

Un grito sagrado nos sacude a vencedores y vencidos. Nos iguala. Los pocos libres que todavía quedan en el mundo saben de nuestra gesta. Los eternos laureles la cantan desde ahora y para siempre: una sinfónica desarmada casi, le dio pelea a las dos mejores bandas armadas.

Y por fin puedo jurar mi eterno juramento. Mi último juramento.

Sonrío al cerrar los ojos: la oscuridad me llega en alas de la gloria.

Último tango en Buenos Aires

Ricardo Giorno
Argentina

Sentado, la espalda contra las rejas de la vieja jaula, Horacio Julián Serpagli escuchó los primeros acordes.

—Y sigo en la jaula de los orangutanes —volvió a decirse en voz alta por enésima vez—. Nada menos.

La orquesta precalentaba, lo sabía bien. Otra milonga se estaría armando ahí abajo, en el camino que daba a la vieja salida del Zoo, por Libertador, y él debería aguantársela. Como se aguantó las anteriores.

Se levantó deslizando la espalda por los barrotes. Jamás lograría permanecer ajeno a una milonga. Imposible resistirse, tal como un voyeur no se resistiría a una mujer desnudándose detrás de una ventana.

Giró, se aferró a los barrotes y apoyó la frente entre dos: la monada, relucientes instrumentos mediante, se preparaba para arrancar a todo ritmo. ¿Cómo es que ellos habían aprendido tan rápido y tan bien a tocar el tango? Serpagli se encogió de hombros. Ya el asunto no le importaba a nadie.

Es que nadie quedaba: él era el último.

Yo, pensó, el último.

—¡Animales! —les gritó. Ninguno volteó siquiera la cabeza. Y la música arrancó nomás: «Comme il faut», reconoció Serpagli—. Qué tangazo, mamita. Y lo tocan mejor que la orquesta del gordo Troilo, si eso fuese posible. ¡Blasfemos!

A pesar de que no le prestaban atención, se obligó a mantenerse firme. Apretaba los barrotes y encajaba los pies entre ellos con el afán de no ponerse a bailar.



Ilustración: Valeria Uccelli

Vio cómo el Oso le cabeceó a Mireya, esa zorra platinada, y juntos trataban de seguir el ritmo. Serpagli ladeó la boca y arrugó la nariz. No se debería revolear a la compañera, y aún menos revolear las patas. Eso no era bailar tango. Pero la jugada la aprovechó Lucía. ¡Lucía!, pensó Serpagli, ¡qué rata asquerosa! En un segundo, recordó mil veces a Lucía: antes de arrojarle los mendrugos le decía con esa voz apenas entendible, chillona: «Lucía, Lucía, Lucía» y él debía responderle modulando gravemente la voz: «Lu-cí-a». Y recién entonces le tiraba la comida.

—¡Rata inmunda! —otra vez, nadie acusó recibo.

Pero ahora, se dio cuenta Serpagli, Lucía jugaba bien sus cartas. Ella misma sacó a bailar al Perro Santillana, que por un momento dejó de mirar con ojos de cachorro abandonado a Mireya, la tomó del talle a Lucía y se confundieron con los bailarines.

Los últimos compases de «Come il faut» dejaron paso a aplausos, chillidos y murmullos.

El Oso miró torcido a Santillana, pero sin previo aviso la orquesta arrancó con «La Yumba». Osvaldo Pugliese hubiera creído en Dios si escuchaba esta versión. Serpagli tuvo que apelar a su mayor fuerza de voluntad, y permaneció aferrado a los barrotes. ¿A qué se debería su resistencia? No podía explicárselo. Quizá fuese una manera de sentirse vivo. Una manera de decirle a la monada que les despreciaba la forma de bailar. Una manera de decirle que les despreciaba su música, que en definitiva no era *su* música. Era la música de Serpagli, la de millones de Serpagli que ya no estaban. Pero en el fondo sabía que él se equivocaba en esto último. Tenía en claro que esos cosos de ahí abajo no habían inventado el tango, aunque lo tocaban con un ritmo de locos. Pero la chingaban con el baile. Y que no le viniesen con discusiones justo a él, a Horacio Julián Serpagli, alias *La Bordadora*: todavía podía

escuchar, allá, en los tiempos gloriosos, donde el tango lo bailaba gente como uno: «Vos no le sacás viruta al piso, vos lo bordás», le decían a diario.

Y ahí nomás le quedó el apodo. *La Bordadora*. Ese título resonó dentro de su cabeza, y él recordó las figuras que dibujaba con la compañera de turno.

Ahora le llegaban nuevos aplausos, murmullos... y hasta aullidos de gozo, de expectativa. ¿Con qué arrancarían?

Ya con los primeros acordes se dio cuenta de que llegaba su derrota:

—«Bahía Blanca», puta madre. Perdonalos, Di Sarli.

Parecía mentira, pero esas bestias lograban mejorarlo todo. Un ritmo del infierno que descontrolaba el cuerpo y seducía a las piernas.

¿Por qué no sucumbir al llamado de la sangre? ¿Por qué no darse por vencido? ¿Qué culpa tenía él, si cuando era niño ya no nacían bebés? ¿Qué culpa tenía él de que un día los animales despertasen y se volvieran contra el hombre? Y por último: ¿cuál sería la gracia, la ventaja, de descubrir que los monos aprendieran por generación espontánea a tocar el tango?

Sí, se dejaría ir y bailar.

Serpagli se separó de las rejas. Elevó una mano igual que sosteniendo una mano, mientras que su otro brazo, como una serpiente, se enroscaba en la invisible cintura de una compañera de baile.

Y bailó.

Bailó como se debía bailar. Los pies pegados al piso, sin siquiera mostrar la suela. Bailó cerrando los ojos para ver mejor.

Él, al final, les enseñaría.

A los últimos acordes de «Bahía Blanca» los acompañó el silencio. Los animales miraban a la jaula de Serpagli, aprendiendo. Y Horacio Julián Serpagli, vencido y de rodillas, lloraba su último tango.

A vos, te parece

Ricardo Giorno
Argentina

¿A vos te parece, Marta? Mirá cómo te dejaron la casa. Un desastre. Un verdadero desastre. Esos amigotes de tu marido se creen los dueños. ¡Y cómo marcan a las mellizas! ¿No se da cuenta, Jorge? ¿El mismísimo padre se hace el estúpido? Y ese exhibicionismo obsceno de armas. Ya sé que son policías, pero... ¿por qué tienen que venir armados, justo a una reunión en una casa de familia? Porque, por lo menos para los de afuera, en esta casa vive una familia, ¿no?

Y qué chiquero que te dejaron, ¿verdad, Marta? Claro, ahora Jorge estará despatarrado en la cama, seguro pensando que la tarada de mi mujer —mi sirvienta, mejor dicho— se encargará de todo. Que limpiará hasta el último rincón, y que por la mañana la casa se presentará reluciente. Dale, Marta, dale, no arrugués la cara, que ni siquiera las mellizas te van a dar una mano. No jodas, mamá, te dirán, para después subir por las escaleras a enterrarse en su cuarto. A vos no te dan bola, se la pasan viendo videos. Sí, esos videos del cantante centroamericano que te recalienta. Cómo mueve la pelvis de aquí para allá. Y siempre te acordás de Jorge: él se movía más que bien en la cama. ¿Cuánto hace que tu marido no te toca, Marta? ¿Cuánto hace que sólo tus propias manos te acarician en la intimidad?

Te detenés en el comedor. Desde ahí ves el living, la escalera... y juntás fuerza: empezás por barrer. Pero por más que barras a fondo, por más que gastes el piso, igual sabés muy bien que nunca vas a poder barrer la porquería que realmente deseás eliminar. La porquería de adentro. La misma porquería que te corroe hora tras hora. Qué puta la vida, ¿no, Marta? Y eso no podés remediarlo: la escoba que aferrás con desesperación no alcanza, no llega hasta esa suciedad. La basura de tu propia vida no se puede barrer, y vos estás más que podrida de vivir en la inmundicia. Sería tan fácil echarte a dormir y no despertarte. Porque las pastillas te hacen dormir, pero tarde o temprano debés volver a la realidad. Y la realidad es una mierda. Una verdadera mierda. ¿Qué estás esperando, Marta?

¡Mirá! Mirá por la ventana a tus vecinos: abrazados en el living, ríen frente al televisor. ¿Cuántos años de casados llevarán, Marta? Muchos más de los que venís sufriendo a la sombra de Jorge. Y siguen abrazados, Marta. ¡Siguen abrazados! Una familia de verdad. Porque sus hijos no son como las mellizas. Vos los viste infinidad de veces junto a sus padres, felices. En cambio, tu familia... Y qué hueca que te suena esta palabra cuando la aplicás a Jorge y a las mellizas: «Familia».

Qué puta la vida, ¿no, Marta? Tan puta como las putas que regentea Jorge. Y la más puta de todas las putas: Susana. ¡Susi! Y se da el lujo de llamarse tu mejor amiga. Esa conchuda hija de remilputas llena de siliconas te sopló a tu marido.

Porque vos no te creés eso de la amistad, ¿no, Marta? Ya les descubriste las miradas de fuego. Ese mismo fuego que ya no es para vos. Lo sabés de sobra. ¿Qué estás esperando, Marta?

Acordate, Marta. Hay un revólver que Jorge nunca usa. ¿Cómo lo llamaba él? Acordate, Marta, acordate: el mismo revólver de Divididos. ¿Te acordás el nombre de la canción? ¡Eso, «El .38»! Y justo ese .38 es tan fácil de usar que ni seguro tiene. Dale, Marta, dejá todo y subí las escaleras. Así, Marta, así. ¿Viste que no cuesta nada?

¿Ahora que llegaste al cuarto vas a dudar? Abrí la puerta, Marta. En ese estante, donde vos lo guardaste, dentro de la caja de zapatos. ¡Ahí está! Agarralo, Marta, acarícialo. Así, mamita, así. ¿Ves lo hermosa que resulta su silueta? Acercalo a la boca, Marta. Dale un beso al caño, un beso de amante, un beso como un grito. Un grito de libertad. Meté el caño en la boca. No, así no. Mejor girá el revólver y sostené el gatillo con el pulgar. ¿Ves qué fácil? Un pequeño esfuerzo, muy pequeño, y se te terminaron tus problemas. Tus problemas los tendrán otros. Ya no serán tus problemas. Vas a dejar la inmundicia atrás, muy atrás. Y vos, Marta, te liberás de una.

¡¡¡Liberate, Marta...!!!

En medio de la cama, de costado, y en posición fetal, Susana oyó un chillido. Un sonido apremiante y desconocido a la vez. ¿Desconocido? No, no le resultaba desconocido. El sonido por fin le llegó a la conciencia: el celular. Bostezando, leyó la pantalla. Qué extraño que Jorge la llamara a esas horas. Igual, contestó.

—¿Qué decís, Jor? ¿Que Marta...? Me estás cargando... ¿No? ¡Voy para allá!

Un hervidero, la casa de aquellos dos. Susana se abrió camino a codo limpio, y sólo fue frenada por el control policial. Pero Jorge la esperaba, así que la dejaron cruzar las vallas.

—Ella todavía está arriba, Susi —le dijo él.

—¿Pero qué pasó? —Susana se llevó las manos a las sienes—. No puedo creerlo. No está sucediendo.

—Se amasijó sola.

Susana le clavó las uñas en el brazo.

—¿Cómo fue?

—Qué sé yo, flaca —dijo Jorge soltándose—. Escuché un disparo y...

—¿Un disparo?

—Sé cuándo es un disparo.

—Sí, claro, qué tonta.

—Venía de arriba, de la terraza. El disparo, digo. Así que empuñé la .9 mm y me mandé de una.

—¿Tenés un cigarrillo?

—Sí, tomá. La terraza permanecía en orden, salvo la puerta abierta del cuartito de

herramientas.

Susana dio una pitada tan intensa que le vino un ataque de tos. Se agarró de Jorge.

—Perdoname.

Jorge le pasó el brazo por los hombros.

—Era tu mejor amiga —dijo.

—La puta madre que los remilparió. Y no lo vi venir. Tendría que haberme dado cuenta.

—Nadie lo vio venir, Susi. Nadie.

Susana se apartó de Jorge. Un escalofrío repentino le hizo decir:

—Quiero verla.

—Escuchame, está laburando la Científica.

—Jorge... —ella lo miró a los ojos—. No me vengas con pelotudeces para los giles. Deciles que me dejen mirar. Vos podés. Quiero verla.

—No te va a gustar, Susi.

Susana respiró hondo. Los senos —duros, erectos— se le marcaron a través del pulóver. Miró a su alrededor y sonrió: las miradas masculinas le devolvieron la certeza de que ella todavía se mantenía en forma.

—Al final me estás resultando medio boludo, Jorge. Ya sé que no me va a gustar. Pero Marta era mi amiga. Mi mejor amiga. Más que mi hermana, te diría.

—Vení a verla cuando la preparen los de la cochería.

—¡Vos no entendés nada, nene! Haceme el favor de decirles que quiero verla antes de que la levanten...

Se detuvo en los ojos de Jorge. Nunca la había mirado así. Una mirada de... ¿hartazgo?

—Como quieras —le dijo él, y se encogió de hombros.

Susana —la boca seca, picazón en la piel, un presentimiento maligno que era como un suspiro en la nuca— sintió que un peso le aumentaba en el estómago a medida que subía por las escaleras.

¿Qué la habría llevado a querer verla? Ni ella lo sabía.

En la terraza, los de la científica se apartaron: la guardia de honor le armaba un camino. Y la luz a través de la puerta abierta le golpeó los ojos, parecía una gelatina en lugar de simple luz.

Lo primero que vio de la muerta fueron los pies. Uno descalzo. Susana se detuvo. ¿Por qué la gente perdía los zapatos cuando le pasaba algo grave? Siempre le asombraba ese detalle en las fotos de accidentes.

Pero qué boluda soy, se dijo, pensando justo ahora en accidentes. Mirá las estupideces que se me vienen a ocurrir.

Y se asomó.

Marta parecía que sólo se había caído. La cara retorcida, la mano izquierda — ¡Era diestra!, recordó Susana— crispada, contraída, con el puño preparado para golpear. La mano derecha, la del arma seguramente, descansaba con la palma hacia

arriba, como pidiendo limosna. Por más que buscó, no descubrió el revólver. Se lo habrían llevado ya los de Científica. Susana cerró los ojos.

¿Qué hacer? ¿Seguir mirando? ¿Decir algo? Se decidió por lo primero.

Y miró más allá.

La sangre manchaba la estantería. Y lo peor de todo, los sesos desparramados por los estantes: trofeos a la venta de un comerciante del infierno.

Apoyó la mano contra el marco de la puerta. Contuvo una arcada. ¿Decir algo, una oración? ¿Y qué podía decir? No rezaba desde hacía mil años.



Ilustración: Duende

¿Para qué habré venido?, se preguntó, y volvió a pensar en el impulso loco que la había hecho correr escaleras arriba. Mejor sería que se fuera. Jorge tenía razón: no le gustaba lo que veía. Para nada le gustaba.

Quiso irse, pero su propia mano se lo impidió. Por más que luchara, la mano no cedía, como soldada a la madera del marco. Y ese presentimiento maligno que le suspiraba en la nuca le llenó la boca y se rompió en grito. Un alarido que no era suyo salía de su propia garganta.

Susana perdió el conocimiento.

¿A vos te parece, Susi? Estos hijos de puta te dejaron sola en el sanatorio. Ni rastros de Jorge ni las mellizas ni nadie. Y claro, seguro que ahora te van a echar la culpa a vos por la muerte de Marta. Justo a vos, que siempre te rompiste el culo para mantener unida a esa familia de mierda. Qué puta la vida, ¿verdad? ¿Buscás algo, Susi? No, mamita, no hay ningún parlante. Bueno, lo de «mamita» es un decir. Porque vos jamás vas a tener hijos. Y dale: llamá a la enfermera si querés... Yo después vengo. De ahora en más —y hasta el final, ¿viste?—, de ahora en más, yo siempre voy a estar a tu lado.

El loco de la colina

Ricardo Giorno
Argentina



Ilustración: Pedro Belushi

Los gueliyontes corren y la tierra tiembla como en terremoto. Absorto por la belleza del momento, un macho zengra permanece aferrado con sus seis patas sobre lo alto de la colina, las pinzas delanteras cliqueando: Jiztlic.

Al pie de la loma, la vegetación ocre parece cobrar vida: parándose sobre sus cuatro patas traseras, las yeliú se dan a conocer ante Jiztlic. ¡Enormes! ¡Mortíferas! Y hermosas.

Él no retrocede. ¿Cómo es que le dejan presenciar sus juegos de caza una y otra vez? Muchos zengras han sido masacrados por menores causas.

Y ahora, las yeliú ya están corriendo en cuña, enfrentando a la manada de gueliyontes que, ante la vista del depredador, se abre en dos.

Ellas dejan pasar a la mayoría de los animales. Varias se desprenden de la cuña, formando un embudo, y así quedan atrapados unos pocos brutos. Los más viejos, los enfermos. Los de la retaguardia.

Las demás yeliú los cercan. La rígida calma llega a Jiztlic. Y aunque sabe qué ocurrirá, no puede evitar estremecerse.

Acorralados, los gueliyontes braman, cabecean y corcovean. Las yeliú danzan, subiéndolo y bajándolo su caparazón: tratan de enfurecerlos.

Sólo cuatro de ellas avanzan, mostrando el flanco al enemigo. Las bestias no se hacen esperar: bramando con más poder, cargan contra las cuatro yeliú, que parecen

indefensas. Subido a la pequeña colina, embriagado por la acción, Jiztlic no puede apartar la vista.

Cuando parece que ya nada puede salvarlas, las cuatro yeliú dan un salto y eluden la embestida. Despejan el camino para las otras que, trepándose al lomo de los gueliyontes, clavan sus colmillos y descienden con gracia y presteza.

Jiztlic no desea ver más. Acondiciona sus seis patas y sus dos pinzas delanteras, y baja de la loma renovado de energía. Pero sabe que esa energía no le pertenece, que él es sólo un espectador, un macho zengra al que le resultaría imposible lograr la proeza que ha presenciado.

De camino al segmento de su casa subterránea, ve pasar una nave humana. Se queda contemplándola lo que tarda en desaparecer de su vista. Ellos ganaron la «Guerra de una sola batalla», pero no quisieron destruir a Prompt.

Jiztlic estudia desde hace tiempo las sociedades humanas de la galaxia. Por supuesto, sin que se entere la sapía de su segmento: el mero interés por civilizaciones alienígenas se castiga con la hoguera. Y pensar que los humanos comparan a las sapias con su propia Policía. ¡Si supieran!

Jiztlic comprende que la suya es una sociedad cerrada, compleja, fuera del alcance del entendimiento humano. Quizá por eso los erguidos desistieron de estudiar Prompt. O quizá desistieron de estudiar Prompt debido a los continuos «accidentes». Sí: nunca se sabe cómo reaccionarán las yeliú. Hubo masacres de investigadores provocadas por hechos que de seguro a los humanos les parecerían fútiles, inocentes.

Una hembra yeliú, se dice Jiztlic en medio de una ensoñación, tiene el doble del tamaño de una zengra. Son acorazadas. No deben llamar a engaño ese volumen y esa coraza: resultan mucho más ágiles que las zengras. Y Jiztlic desconoce por qué los machos yeliú cazan siempre por su cuenta, apartados y solitarios. Trabajan en grupo sólo para el Festival del Acoplamiento Masivo, y se unen únicamente a las de su raza, despreciando a las zengra. Piensa que tal vez de allí vengan las continuas matanzas interraciales. El exacerbado odio entre zengra y yeliú, que siempre andan trazando planes para destruirse una a la otra.

Ve ese enorme cilindro de seda correosa que se eleva desafiante en medio de lo que sería el techo de su ciudad subterránea: el Círculo. Cientos de esos cilindros se desparraman por el planeta. Uno por cada ciudad zengra. En este Círculo, a Jiztlic lo espera el Festival del Acoplamiento Masivo. Y hace tiempo que desea intervenir en el Festival. Consciente por primera vez en muchos ciclos de que no puede aguardar más, se prepara a conciencia.

Entra a su segmento y apenas puede deslizarse por esos estrechos pasadizos. Las yeliú no podrían discurrir por allí. ¿Será por esto que ellas nunca pudieron conquistarnos?, y ese pensamiento lo lleva a detenerse. ¿Se habría topado con una verdad hasta ahora desconocida para él?

Al día siguiente, sale de su casa. Se mira las pinzas. Hace tiempo que modeló sus patas delanteras como pinzas, acaso considerando cuidar el ganado. Pero es inútil: él es de la ciudad. Ama retozar en la campiña, pero sólo como una aventura pasajera. De puro porfiado, no quiso volver a modelarlas en algo más útil para la vida ciudadana, y ahora Jiztlic ha llegado a la edad en que el cuerpo permanece invariable hasta la muerte. La sapía, la hembra zengra de su segmento, se lo recuerda todos los días. Ella busca su enojo, su odio, porque sabe que son esas motivaciones las que lo impulsarán a acoplarse con ella durante el Festival. Las sapias necesitan que la mayor cantidad posible de machos trate de fecundarlas. Eso es poder... y él no le dará el gusto.

Deslizándose en silencio, copiando el accidentado terreno contiguo a su ciudad, Jiztlic se imagina como un héroe invencible, conquistador, mientras se acopla a una hembra yeliú. A la hembra más grande, a la más temible, a la más sanguinaria: la Gran Matriarca yeliú. Pero sabe que la realidad es otra. La realidad es que lo masacrarán en el intento.

Piensa de nuevo en las sapias, sus hembras, y menea el abdomen: en aquella batalla contra los humanos, ellas no habrían actuado como los erectos, que sólo las desarmaron para después montar un sistema de vigilancia contra la proliferación de armas. Qué va. Ellas habrían arrasado con todo signo de civilización, transformando los mundos conquistados en meras copias de Prompot.

Menos inmisericordes, los humanos no prohibieron los viajes espaciales ni el comercio: muchas naves bajan para traer o llevar mercancías. Gracias a ellos y sus estrategias en Prompot restan pocas armas. Y, desde aquella batalla única, Jiztlic colecciona artículos humanos: cualquier objeto manufacturado por el hombre es digna pieza para su catálogo. Pero, con la sapía siempre vigilante y al acecho, se le hace difícil adquirir material.

Balancea el abdomen nuevamente mientras piensa: Hoy debo salir de caza, es parte de mi entrenamiento. Se da cuenta de que menea el abdomen en público, y ahoga una risa entrecerrando los colmillos. Los humanos no menean el abdomen. En lugar de eso, ellos —sobre todo *ellas*— suspiran. Y las zengras no se ríen. Esto es otra cosa que aprendió: la risa. Le hace bien. Si no temiera la ejecución pública, trataría de enseñarles a reír a sus vecinos. Y si no fuese tan tímido, hasta les enseñaría a las yeliú a reír, que por algo ellas siempre están fuera del alcance de las leyes. Sobre todo cuando se desplazan en grupo.

La ciudad subterránea va quedando atrás. Los últimos corrales de cría se cierran a un interminable y rojo llano de pasturas.

Jiztlic tiembla de frustración: va de cacería sólo por una cuestión de entrenamiento, porque no quiere quedar en desventaja ante una poderosa yeliú. Admira de ellas la organización para la caza y, también, luego del festín, cómo se dedican a esos juegos que a los otros zengras les parecen brutales, pero que a él le resultan eróticos.

«Erotismo» es un vocablo sin significado en Promptot, y él se precia de haberlo incorporado a su modo de vida. Lo aprendió en uno de los tantos cubos de memoria humanos. Y, cuándo no, debe mantenerlo en secreto. Sí, ya está decidido: va a inmolarsse en el Festival a cambio de un instante de placer, y no consentirá otra unión que no sea con una hembra yeliú.

¿Será eso lo que los humanos denominan amor? No, no lo cree. Sólo es un deseo, una certeza de que ya no puede seguir viviendo así. Un macho zengra es el último eslabón en la sociedad de Promptot. Y él está harto. Quiere más. Desea... ¿Qué es lo que realmente desea?

La caminata y los pensamientos lo llevan más lejos de lo previsto. El pasto rojo dejó paso a matorrales azules moteados de verde y flores amarillas: arzarjares. Miles de hermosos arzarjares le brindan un momento de sosiego. ¿Por qué la especie dominante en Promptot no es vegetariana?

A unos pocos pasos se levanta un bosque de arcatas. La inmensidad y colorido de esos árboles le proporcionará un buen escondite. Cazará un cetranto y volverá a su hogar.

Antes de entrar a la floresta, Jiztlic se desnuda: una de las reglas de la cacería. Se interna confiado, apartando los pastizales con sus pinzas retráctiles. Más adelante, las arcatas demasiado juntas le dificultarán el acecho y la embestida. Busca algún claro, un curso de agua. Algo que discontinúe la vegetación y que le permita desarrollar las técnicas de caza.

Encuentra una charca que el sol del mediodía entibia. Busca el árbol más grueso y cercano, y trepa.

Aferrado con sus patas traseras a una rama, aguarda, expectante. Rodeado de las franjas violetas, rojas y verdes del tronco de la arcata, que remeda la coraza queratinosa de los machos zengra, se siente invisible. ¿Serían los bosques de arcatas el primigenio teatro donde su raza se desarrolló?

La espera no es larga: un cetranto hembra y sus tres crías se arriman a beber. El calor debe de agobiarlos, pues casi no se detienen a inspeccionar los alrededores.

Ahora que Jiztlic se enfrenta a la cacería, lo ataca el remordimiento. Eligió una de las crías, la más débil a simple vista: un ser que morirá de una manera horrible.

Ante la inminencia del ataque, piensa en su vida en la ciudad. La comida ya viene predigerida, y la empresa que la provee le agrega vitaminas y minerales que, según ellos, ayudan a mantener una salud perfecta. Nadie de las ciudades caza. Todo viene listo y se consigue sin esfuerzo. Jiztlic detesta la forma de vida de la ciudad, pero a la vez sabe que no podría vivir fuera de ella. Una vez más piensa en las hembras yeliú y lo fácil que parecen sus cacerías.

La madre cetranto levanta la cabeza del agua, nerviosa. ¿Lo habrá presentado? Jiztlic no espera más: se lanza sobre la cría. La atenaza con fuerza. Le clava los colmillos. Le inyecta la toxina. Suelta la presa. Y las acciones le pasan como lentos hologramas. Una parte de él caza, otra observa.

El cetranto da unos pasos, chillando de dolor, y cae. Se retuerce en el suelo y sigue chillando, pero ya es inútil. Esos chillidos acongojan a Jiztlíc, renuevan su remordimiento. Ve a la madre: indecisa, ya no puede hacer nada, y la presencia del depredador es demasiado. Huye, seguida por sus hijos.

La cría libera el canto inarmónico del cetranto moribundo... y muere.

Y si bien esa muerte no será una muerte inútil, pues él se alimentará con el cetranto, sabe que la pena, la culpa, el asco, lo perseguirán por mucho tiempo. Y para alimentarse, Jiztlíc debe esperar a que su veneno le disuelva los órganos a la presa.

Se aleja del sol. Recoge las patas y apoya el abdomen en el pasto. Trata de calmar sus pensamientos, alejarlos de ese lugar. Distante, le llega el clamor de la apenada hembra.

Jiztlíc tiene miedo de la euforia que sintió al tensar las patas traseras, al volar en busca de su presa, al clavarle los colmillos. Euforia, sí. Eso sintió. Una embriaguez asesina que completó una parte de su ser.

El miedo le estrangula las patas: es su reacción ante el deseo de seguir matando. Y él no quiere ser un asesino, pero la borrachera del éxtasis sigue ahí. Sigue tibia, dispuesta a ser degustada.

La excitación deja paso al cansancio. Jiztlíc se adormila arrullado por el viento y el fresco de las sombras que proyectan las arcatas.

El follaje se estremece, y entonces ingresan al claro del estanque... ¡tres hembras yeliú! Él se alza de inmediato en su estupor: ¡tres hembras yeliú, al alcance de sus pinzas!

Una de ellas primero inspecciona el cetranto muerto, y luego al alelado y paralizado Jiztlíc. Parada a corta distancia, sus ojos se clavan en los de él.

¿Fue un encuentro casual, o lo habrían seguido? No, se dice, es una locura pensar que tres espectaculares hembras me seguirían precisamente a mí.

Pero no puede distinguir intención en sus miradas. Luego ve o cree ver en la más cercana un gesto de respeto. ¿Una yeliú respetándolo? No bien asimila ese golpe, Jiztlíc recuerda que está desnudo. ¡Desnudo! Es demasiado para él. Tanto que, apoyándose contra un árbol, simplemente se desmaya.

Cuando despierta, las hembras ya se han ido. Con paso inseguro llega hasta el cetranto, ahora apenas un pellejo del cual podrá sorber todos los nutrientes ya disueltos. Se alimenta de él. Nota el sabor agrio y fuerte, aunque queda saciado de inmediato: en comparación, la comida de la ciudad le sabe liviana.

Va en búsqueda de sus ropas. Se viste, recordando la sensación de impotencia y desamparo frente a las yeliú. La vergüenza lo obliga a reconocerse un cobarde ciudadano.

Vuelve con la certeza de que morirá en el Festival y morirá irremediamente virgen. Y sí: ha estado frente a tres yeliú, monstruos inmensos que hasta ese momento había visto sólo a la distancia. ¿Cómo se le habría ocurrido la idea de acoplarse a una de ellas? ¿En qué estaría pensando para tomar tal decisión?

Una locura, sí, una locura. Él es un loco, y la sapía que gobierna su segmento demuestra sabiduría cuando lo trata de loco. Cuando le dice que lo controla de cerca, que él no es un zengra normal. Que sabe de sus escapadas a esa colina donde Jiztlíc ve cazar a las yeliú. «Tu destino es la hoguera», le repite con constancia.

No, no le dará el gusto a la sapía. Irá al Festival y terminará sus días intentando acoplarse a una yeliú. Eso hará. Él no es un loco. Al fin comprende por qué decidió ir al Festival del Acoplamiento Masivo: desea demostrar cuánto desprecia su condición de macho zengra.

Jiztlíc ingresa al Círculo como si se tratara de la profetizada hoguera. Divisa a la sapía que comanda su segmento. Momentos después lo comprueba: ella no le quita los ojos de encima, y frota las patas delanteras detrás de los colmillos, esparciendo ese olor que irrita a los machos zengras. Y la irritación se vuelve furia. Y la furia desemboca en deseo.

Él supone que no es como el deseo de que hablan los humanos. El zengra desea embestir a su hembra hasta darla vuelta, hasta invertirla. Ponerla patas arriba, para dejar al descubierto ese bulto blanco, esponjoso, seguramente ya inflamado y listo para recibir el aguijón. Entonces, el macho zengra se subirá a la hembra, que lo abrazará firmemente. Y él expulsará como una bala el aguijón, que desaparecerá dentro del bulto esponjoso. Y ese será su propio fin: no hay escapatoria del abrazo letal de la hembra, ¡el macho es devorado en vida!

Jiztlíc bascula su propio aguijón, como sopesándolo. Ahí, ahí se encuentra su progenie. Piensa en los otros machos, sin destino de descendencia. Piensa en los millones de aguijones que sólo penetrarán la tierra mientras sus dueños son descuartizados, pulverizados... y menea el abdomen en signo de resignación.

El aceitoso olor de la sapía lo envuelve. Jiztlíc retrocede como si le salpicaran ácido: ella lo espera, pero él no le dará gusto. Sigue retrocediendo hasta apoyarse en la pared del Círculo. Le llegan a la mente dos palabras humanas: «risa» y «erotismo». Se da vuelta y ve tres cadáveres de machos desperdigados alrededor de la hembra. Y comprende que esas palabras le han conferido un valor inaudito: ¡él es más fuerte que aquel olor, él tiene control de sí!

—«Risa» y «erotismo» ... ¡Vengan a mí ahora! —goza en voz alta—. ¡Ustedes! — y señala a los demás pretendientes—. ¡Ustedes son esclavos!

Entonces, la tierra tiembla mientras él capta un sonido estremecedor: la entrada de las yeliú.

Para obtener una visión panorámica, sube por la seda correosa de la pared del Círculo. Sabe que está prohibido subir por allí, pero... ¿qué van a hacer? ¿Matarlo? Si él ya está muerto. Si ya sabe que éste es su último día. Si él mismo se repite una y otra vez que ya no quiere seguir viviendo así, aborreciendo su debilidad: lo peor de la galaxia es ser un macho zengra en un planeta como Promptot.

Y sin buscarla la ve: la yeliú más imponente de todas las yeliú. La Gran Matriarca: su objetivo, ahora lo confirma. Porque Jiztlíc no es un loco. A lo sumo se volvía loco de excitación cuando presenciaba desde esa colina los juegos de caza de las yeliú.

Ahora ve que la Gran Matriarca se mantiene pegada a la pared del Círculo, detrás de las más jóvenes. Los yeliú machos deberán pasar una barrera formidable si quieren acoplarse. «Solo el más apto» es el lema de ellas.

Jiztlíc sube otro poco por la seda: ve, delante de la Matriarca, la fila de hembras yeliú contra la cual los machos chocan en una danza planificada, en que la pericia y la muerte no se excluyen. A ningún otro se le ocurrió ir contra las reglas y subir por la pared de seda: la barrera más difícil es la del acondicionamiento, la de las costumbres arraigadas, la del instinto recurrente. Él acorta el camino que lo separa de la Matriarca. Sin que nadie se lo impida, desciende y se ubica detrás de ella. Al advertirlo, la Gran Matriarca gira con rapidez.

Quedan mirándose, mientras el bullicio de la matanza los arrulla. Pero la yeliú no ataca, y Jiztlíc constata una vez más la locura de sus deseos. Obliga a sus piernas a zarandearse, la inmovilidad sería un suicidio. Y se siente pequeño, insignificante.

¿Cómo hacer? ¿Cómo llegar a ella? Advierte que sus patas se mueven sin su voluntad. ¿Será posible? Sí, es un patrón de movimiento, como de... como de danza, ¡eso! Y Jiztlíc se deja llevar por esa danza. Se ayuda con chasquidos y movimientos de sus pinzas. Danza unas figuras rítmicas que hasta entonces ignoraba. Quizás un legado de costumbres ancestrales, de cuando las razas se parecían, antes de la Mutación.

La Gran Matriarca observa. Jiztlíc no interpreta violencia en esa mirada. La ve menearse al ritmo de su baile. Ella retrocede lento, tuerce los colmillos hasta dejarlos paralelos al piso y baja la cabeza. Él avanza, se yergue sobre sus patas traseras. Usa las pinzas para frotarlas en los colmillos de ella. Y ahora la yeliú evoca a una efigie rampante. Jiztlíc está poseído por una determinación que le impide razonar. Investido de una energía nueva, empuja a la yeliú, que cae patas arriba. El estruendo hace que la matanza aguarde, se detenga... y las hembras miren.

Jiztlíc ha logrado subirse a la inmensa yeliú. Rasca esa parte de la coraza cercana al abdomen y de la que sobresalen unos pelos blancos. La coraza se abre como si fuese una tijera y deja al descubierto el premio: un bulto blanco, esponjoso, tentadoramente palpitante. Él gira, ofreciendo su propio abdomen a los colmillos de ella. Pero eso poco importa, es algo en lo que ni piensa. Su mayor concentración, su único pensamiento, están en expulsar con fuerza el aguijón. Con tanta fuerza y precisión que penetre en el bulto blanco y desaparezca dentro de él.

Jiztlíc calcula el momento justo, aguardando para que el aguijón no falle. Aguantar.

Aguantar.

Aguantar. Y aguantar es...

...¡«Erotismo»!

Expulsado con fuerza el aguijón, que desaparece dentro de la masa palpitante, Jiztlic queda exhausto, feliz, completo. Ahora su vida tiene sentido.

Levanta los ojos y se topa con miles de ojos. Y él descubre incredulidad.

Pero la muerte no descansa. El roce de los colmillos de la Gran Matriarca, acomodándose, lo previene. Las patas de ella bajan en el último abrazo, y él sufre la picadura en el abdomen, fría y mortal. Ve que la coraza se cierra. Ahí, ahí adentro, florecerá su progenie. El dolor lo tortura, pero una palabra viene en su auxilio: «risa».

Entonces Jiztlic se ríe en público por primera y última vez. Más tarde, las yeliú sólo recordarán que el único zengra que alguna vez fue capaz de acoplarse a una hembra de su raza emitió un extraño y contagioso sonido antes de que la Gran Matriarca lo devorase.

Ya ha quedado atrás la gestación, como también ha quedado atrás el período de adiestramiento de la prole —unas doscientas hembras, cosa inusual—. La Gran Matriarca permanece en su puesto, al frente de sus más recientes hijas: la última cacería antes de la conquista. Sus planes han salido a la perfección, y todo gracias al acoplamiento con ese macho zengra. Al pobre jamás se le pasó por la mente que lo acechaba el sigilo de las cazadoras de la Matriarca, esas hembras tan fieles a su madre, tan provistas de seductoras feromonas. El loco de la colina estuvo en lo cierto al creer que lograría lo que ningún macho de su raza había logrado: cruzarse con una yeliú. Estúpido, además de loco. Porque lo que ha conseguido en definitiva ese cazador cazado es la inminente extinción de las indeseables zengra.

La Gran Matriarca se vuelve para contemplar a sus hijas, fruto de aquel acoplamiento tan minuciosamente calculado. Después de la parición, había seleccionado de esa camada a las que poseían lo mejor de las dos razas: la coraza impenetrable y la ferocidad de las yeliú, y el tamaño de las zengra. Los estrechos corredores de las ciudades subterráneas enemigas ya no serán un impedimento para futuras victorias en las guerras étnicas y de anexión.

Luego de la caza, ya saciadas con los gueliyontes, la Gran Matriarca gira sus colmillos y los frota con las patas delanteras: el aroma que se esparce les dice a sus hijas que la conquista definitiva de Prompot ha comenzado.

Síndrome de escritodeficiencia adquirida

Ricardo Giorno
Argentina



Ilustración: Valeria Uccelli

Tercer piso de un hotel de mala muerte emplazado en el centro de la zona roja: la Buenos Aires prohibida que la gente de trabajo apenas sospecha.

Pistola en mano, el inspector Isidoro Requena pateó la puerta. Sin pensarlo, y por la fuerza de la costumbre, irrumpió con la agilidad propia de sus trabajados músculos.

En medio de la penumbra de aquel cuartucho, el inspector vio un bulto que se le venía encima. Disparó la Bersa a quemarropa. El fogonazo le reveló la aplanada cara del Chino Montoya, y también le hizo ver que había fallado el tiro.

Los gritos de «¡Entreguesé, Montoya!» y «¡Nunca, carajo!» se entremezclaron en el fragor de dos cuerpos combatiendo.

Montoya le pateó la muñeca que sostenía la pistola. Requena aferró del cuello al Chino, lo levantó y lo arrojó por encima de la cama. No esperó a que se compusiese: saltó y le encajó una patada en las costillas. El otro chilló, retrocedió rodando hacia la ventana. Se levantó jadeando y se llevó una mano atrás: una sombra aguzada brilló en un zigzagueo.

Sin darle tiempo a que su contrincante se rearmara, Requena le propinó un par de piñas en la mandíbula, lo aferró de la camisa y, antes de que el Chino se diese cuenta, lo lanzó a través de la ventana.

El inspector asomó la cabeza: vio al Chino en una posición incómoda, bien

quietito. Aunque, se dijo, una vez muerto, todo el mundo se queda bien quietito.

Todavía agitado, se pasó la mano por la cara, con cuidado de que no se le corriese el maquill...

—...¡Un momentito, mierda! —dijo Requena en voz alta—. ¡Qué maquillaje ni maquillaje! ¿De dónde salió esta menesunda? —y tocada algo pegajoso sobre la cara — ¡Yo soy un macho bien macho!

Ya no —dijo una voz salida de todas partes y de ninguna—. *He decidido pasarte al otro bando.*

—¿Y esto? ¿Quién me habla?

El autor.

—¿El autor? ¿Cómo que el autor?

Autor, escritor, literato, o como quieras decirme —y finalmente Requena se dio cuenta de que esa voz retumbaba dentro de su cabeza—. *En definitiva, soy el que escribe tus historias, boludo. Y vos sos un personaje de muchas de mis novelas, andá sabiéndolo.*

Requena encendió la luz. El cuarto se le reveló como cualquier inmundo cuarto de cualquier inmundo hotel.

Y se miró las manos.

Manos bien cuidadas. Manos bien de manicura. Manos bien de manfloro, la puta madre. Nada que ver con las que él se recordaba: recias, peludas, surcadas por venas.

Las abrió y cerró: no quería sentirlas como propias.

Pero por desgracia, las sintió propias.

—No entiendo un carajo —dijo, y levantó la vista: sólo vio el techo.

Mirá, no quiero andar explicándote pormenores. Ahora, en la escena que acabaste de «vivir», todavía estás dentro de mi cabeza. Pronto la pondré en bits.

—¿Bits?

Yo me entiendo. Un par de correcciones... y directo a la impresora. Ah, no hay nada como ver tu obra impresa en papel.

Conque esas tenemos, se dijo Requena. ¡Soy un personaje!

Y sí, ahora podía racionalizar aquella continua sensación de ya haber vivido episodio tras episodio. Ese raro efecto que le desfasaba la mente: la certeza de que las cosas no le sucedían porque sí, que él debía actuar de tal y cual manera.

Cerró los ojos y retrocedió en el recuerdo. Algo... quería encontrar una pista de su pasado, una boya en medio de la tormenta.

¡Su nacimiento! Pudo visualizar el momento íntimo de la creación. De su creación. Requena constató que había nacido ya siendo policía: un hombre hecho y derecho. Un macho bien macho, con todas las de la ley. Otra que maquillaje y manos de manicura. Si hasta pudo acceder a las fichas de personaje, aunque supo que esos ojos con que las leía no le eran propios. ¿Cómo podía ser?

Y los contornos del cuartucho de hotel se diluían en vertiginosas certidumbres de pertenecer a un universo que ahora se le hacía de fantasía. Un universo «vivo» que le

martillaba ideas, que lo impulsaba a actuar. ¿Sería cierto? Quiso asir la lámpara de la mesa de luz, pero la mano atravesó el artefacto... y los dedos atraparon el aire.

Y la voz del autor retumbó burlona:

¿Qué te pasa, Requena? Te quedaste más frío que huevo en heladera y yo te necesito activo. ¿No dicen por ahí, acaso, que los personajes tienen vida propia? Y bueno, dale, hacé algo. Movete, que ando medio apagado para escribir la próxima escena. Por eso es que te estoy hablando, paspado.

—Las fichas —dijo Requena.

¿Las fichas? ¿Qué fichas?

—Las de personaje. Yo ahí nací bien macho.

Pero eso es algo orientativo, flaquito. Yo me cago en las fichas.

—No deberías.

¿Ah, no? ¿Y vos quién sos para decirme lo que tengo que hacer? Acá disfruto el poder de las fichas en mis manos. ¿Las ves? Las rompo si quiero.

—¡No te lo permito!

Escuchame, Requena, hacete amigo. La moda de los policías viriles, de pelo en pecho, fue. Ahora se usa otra cosa.

—Pero...

Un chabón pintón, bien depiladito, con musculatura abundante. Un fifí anabólico que lucha contra el crimen, y encima se maquilla y se la morfa. ¡Un gancho total para la gilada!

—Pero...

Nada de ideales utópicos, nabo. Pura realidad. La realidad del imaginario colectivo que supimos conseguir, claro. Va a ser un exitazo. Venderé millones. Dale, ayudame.

El inspector Isidoro Requena levantó la mano para rascarse la cabeza, pero no encontró nada para rascar. Su propia mano atravesaba su propio cuerpo.

¿Qué mierda soy?, pensó. ¿Qué mierda fue de mi vida? ¿Tuve una vida? Y este coso dentro de mi cabeza, ¿qué carajo me está diciendo?

—Si no son tus convicciones —dijo por fin alzando la mirada, pero sabiendo que aquella voz partía desde bien dentro suyo—, si no es lo que vos creés, eso... ¡Eso es prostituirse! Al final del partido, el puto sos vos.

¿Prostituirme? ¿Puto yo? ¡Ya está!, se me acaba de ocurrir algo. ¡Sos un genio, Requena! Mirá: en tu novela actual te das cuenta de tu verdadera orientación sexual. Así que pateas a tu jermu. Y por ahora y secretamente, te me hacés dar masita por la vedette top de la calle Corrientes: una travesti de dos metros, que llena los teatros de revistas. Ya vendrá el momento de que tengas necesidad de salir del placard.

—¿Un travesti es vedette? ¿Y tiene éxito?

¿Vos dónde vivís, Requena?

—Y... por aquí. En Buenos Aires, vivo.

Ya sé que vivís en Buenos Aires, pelotudo. La pregunta fue más bien... ¡Un

momento! ¿Buenos Aires? ¡Ya está, ya está! ¡Mirá lo que se me acaba de ocurrir otra vez! ¡Un argumento de locos!

—Uy... cagamos.

Edel... ¿qué querés almorzar?

Cualquier cosa, qué sé yo. Hacete unos fideítos. Pero no me rompas que estoy en medio de algo grosso.

—¿Y eso?

¿Qué cosa?

—Una voz de mujer y... ¡Y vos le respondías!

¿Pudiste escuchar eso? Flor de conexión que mantenemos.

—Cada vez entiendo menos, la concha que me parió.

Bueno... justo en tu caso, ninguna concha te parió. Pero... ¿En qué andábamos?

—No sé, ya me perdí.

Ah, claro. Te iba a comentar mi último argumento. La cosa es así: hay un asesino serial en Buenos Aires. La Federal sospecha que es un reconocido mediático de la televisión. Entonces, para infiltrarte, vas al programa de mayor convocatoria a bailar caño con la travesti. ¿No es sobresaliente?

—¡Una mierda descerebrada es!

Y no sólo con la travesti vas a tener relaciones, ¿eh? Te voy a hacer que te volteen varios, que los voy a describir parecidos a los que ya están de onda en la tele.

—¡Una verdadera bazofia!

Hasta podríamos inducir al lector con que la prostitución es cool... y la cosa da hasta para hablar bien del aborto indiscriminado y todo. Tengo dos clínicas que pagan fortunas si uno baja línea a favor de ellas.

—¡Una inmundicia atómica!

No, al contrario, es genialmente progre. ¡Una barbaridad! ¡Gracias, Requena!

—¡No quiero! ¡Me niego a trabajar en esa historia pedorra!

Pero al final... ¿vos quién carajo te creés? Si a mí se me antoja, lo hago y listo. Mirá que voy a estar preguntándote a vos.

—No vas a cambiarme. No voy a permitirlo. Quiero a mi culo bien sanito. Como ahora. Y eso que no tengo nada con los que les gusta que los desfonden. Cada uno elije lo que se le canta. Pero yo no quiero pasarme al otro bando. Y se acabó. ¿Entendiste?

Mirá, boludito, vos sos mi esclavo. ¿Entendiste? Si tengo ganas, hasta te hago cagar a tiros y listo.

Requena quedó encandilado por una luz que a lo lejos parpadeaba como parpadean los ojos. Y... hasta parecía invitarlo.

Enfocó sus propios ojos. Sonrió. Y, al sonreír, lo envolvió una cascada de fulgores azulinos. Se sintió poseedor de un poder que jamás había tomado en cuenta. ¿Dónde estaba, objetivamente? Lo ignoraba.

Lo ignoraba, pero debía actuar. De eso no cabía duda.

—Es tarde —dijo—. La conexión está hecha. No hay vuelta atrás. Vos ya no podés matarme.

Puedo matarte, resucitarte y volverte a matar como se me cante el culo. Con ácido, con puñal, con fuego, con cuatro plomos. Ahora vas a ver.

De pronto la habitación donde Requena había despachado al Chino Montoya se recompuso ante sus propios ojos. Le resultó hipnótico ver cómo las paredes y los muebles tomaban la consistencia de la realidad conocida. Su realidad, que ahora ponía en duda.

Oyó un taconeo, se acercaba por el pasillo.

El taconeo se detuvo a sus espaldas.

Requena se dio vuelta. Una rubia teñida, con las raíces negras, le apuntaba a través de la puerta abierta. ¡Y la Bersa había desaparecido en medio de la pelea! Y la rubia le resultó conocida, aunque cambiada:

—¡Estás usando a mi esposa, la concha de tu madre!

—¡Vos mataste al Chino! —dijo ella, desoyéndolo—. Isidoro, culo roto de mierda: ¡acá tenés! —y disparó.

Requena cayó con el pecho ardiéndole. Se llevó una mano a la herida y la retiró empapada en sangre.

—No voy a morir —la vista se le nublaba—. No voy a morir, carajo. ¿Me oís, puto? —la respiración agitada le producía ahogo—. ¡¡¡No voy a morir, carajo y la puta madre que te remilparió!!!

Cerró los ojos. Buscó desesperadamente aquella luz que había visto antes de oír el taconeo, justo cuando el autor le hablaba adentro de su cabeza, amenazándolo.

Y no tuvo noción de su cuerpo. Y pudo ver de nuevo la lejana luz, parpadeándole una invitación. Y hacia allí flotó.

Dos gelatinosas «ventanas» esféricas, por las que se enfocaba una pantalla de PC, un teclado y unas manos regordetas que lo recorrían: esto resultó ser la luz.

Le llegó un temblor. Una vibración que Requena asoció con un sentimiento. Un sentimiento de triunfo que le supo a trofeo.

—¡Sólo soy un personaje! —dijo a viva voz—. Un personaje dentro del bocho de un escritor. No tengo futuro: una marioneta, eso mismo. ¡Y también soy hombre, qué tanto! Un hombre bien hombre. Mejor morir que entregar el culo.

Se concentró en el deseo de conquistar lo inconquistable. Vibró a la par de ese deseo.

Se concentró tanto, tanto, que por fin pudo sentir como propias esas manos regordetas.

Y aquellas manos de pronto dejaron de moverse.

Edelmiro Zanz, el renombrado escritor, retiró las manos del teclado. Miró la

habitación como si fuese la primera vez que la veía.

—La textura es distinta —dijo, y estornudó—. No me reconozco la voz.

Desde la ventana disfrutaba el Río de la Plata. Bajando la vista, los barcos atracados parecían de juguete.

—¿En qué piso estaremos? —volvió a hablar.

También se miró las manos, girándolas, abriéndolas, cerrándolas.

—Es la segunda vez en poco tiempo que se me cambian las manos.

Frunció el ceño. Sonrió una sonrisa torcida.

Se levantó. Abrió la puerta a un pasillo largo desde donde le llegaba el olor a comida: cocinaban algo con salsa de tomate.

Buscó el dormitorio principal.

Entró.

En las dos primeras puertas del placard, descubrió ropa de hombre. En las otras, de mujer. Quedó pensativo. Pronto negó con la cabeza.

Encontró lo que buscaba en la cómoda: medias de red con ligas, una tanga y un babydoll negro traslúcido.

Se desnudó y, con esfuerzo y torpeza, se vistió con esas ropas.

Fue al baño, acaso moviendo las caderas más de lo que podía permitirse un escritor consagrado.

Revisando los cosméticos dio con un lápiz labial. Luego, con un envase redondo y chato que contenía algo pastoso. Base, seguro.

Oyó una voz de mujer:

—¡A comer, Edel, que la mesa está servida!

Ignoró el llamado. Se pintó los labios y se adosó en los cachetes una generosa capa de rubor.

Miró el resultado en el espejo y afirmó con la cabeza.

—Mejor muerto que con el culo roto —dijo con esa voz aflautada que no era suya—. Y por más que lo estés intentando, a mí no me vas a joder. Ahora el control lo tengo yo.

No sin esfuerzo cruzó el living. Temblaba, se llevaba las manos a la cabeza, balbuceaba repitiendo que él había tomado el control.

Salió al balcón, trepó a la baranda.

—Y no te preocupés por las ventas de tus libros —volvió a hablar aparentemente para sí—. Después de esto, las ventas se dispararán a lo loco.

Y apenas con un leve temblor, se arrojó al vacío.

Argentina potencia

Ricardo Giorno
Argentina

El navegante Melinucchi abrió los ojos.

—¿Dónde mierda estoy? —dijo en voz alta.

Pero nadie le respondió.

Lo trajo al presente el característico dolor de huevos, propio de cada despertar criogénico. Entonces recordó la misión, el despegue. El hundirse en la blanca y muelle nada del sueño.

Quieto, sin siquiera intentar moverse, aguardó a que la IA ordenara la inoculación. ¿Por qué dejaban para lo último el analgésico? No había vuelta que darle: los que configuraron el sueño criogénico eran unos sádicos, y la Inteligencia Artificial no les iba a la zaga en creatividad.

La cápsula se puso vertical y la tapa se licuó, y pronto fue absorbida por el cuerpo metálico. Una vez afuera, Melinucchi revisó las otras dos cápsulas: en orden, sin necesidad de intervenir.

Si bien ya no le dolían los huevos, mantenía esa sensación que lo urgía a mear cada cinco minutos. Por suerte, lo que debía encarar en esa primera jornada era un trabajo mecánico, aprendido a través de años en la Fuerza. Los momentos iniciales luego del sueño le restaban coordinación a sus movimientos, lo sabía muy bien.

Lo primero: buscar fisuras en el casco del *Evaristo Meneses II*. Y allí fue. Encontró dos, que enseguida reparó el brazo robótico.

De vuelta en la Sala Criogénica, miró dentro de la cápsula del Capitán. Le vio los ojos encogidos, las mandíbulas apretadas, la boca fruncida. Melinucchi sonrió: su amigo pasaba por lo mismo que había pasado él. Rió entre dientes, tentado con anular el suministro del analgésico. Pero no: los huevos eran los huevos, y con eso tan sagrado no se jodía. Volvió a repasar los signos vitales: todo bien, el Capitán pronto saldría de aquel cubículo.

Se situó frente a la cápsula de la piloto Luluanda. La teniente primero Luluanda Makeba. Ella despertaría después de que el navegante, él mismo, revisara todo manualmente. ¡Qué cosa con los pilotos! ¡Y encima la negra se iba a levantar como si nada, con los ovarios frescos! A las mujeres no les pasaba nada con el Sueño Frío. La miró a través de la tapa: en realidad era una suerte que les hubiese tocado nuevamente ese bombón de chocolate. ¡Otras tripulaciones no tenían tanta suerte!

Con el Analizador de Variables en mano, Melinucchi recorrió los circuitos plasmáticos en busca de alguna anomalía. ¿Para qué se seguía exigiendo el uso de humanos desde que medraban las IA? Ellas hacían el trabajo mejor que él, mejor que cualquiera lo hacían. Él mismo había abandonado los cursos de Interpretación de

Idiomas Galácticos. Total, las IA aplicadas a los programas de traducción lo resolvían todo en un santiamén. Unos rayos eran las turras.

—Hola, Meli —oyó a sus espaldas.

—Hola, Capi —dijo sin darse vuelta—. ¿Necesitás algo?

—Un buen masaje en las pelotas necesito. Dale, che, seguí laburando. Yo voy a estirar las patas.

Melinucchi fue hasta el tablero de mantenimiento y verificó el campo, la gravedad y el replicador. No pudo aguantarse: pulsó en el dispenser gaseosa cola.

Dio un sorbo. Reconoció el sabor. Sonrió.

—¿Por qué mierda en lugar de gaseosa cola no escribirán pepsi, que es más corto? —dijo y encendió el intercomunicador.

—Tranqui, boludo. Ya vengo.

—Che, pero mirá que ya termino. Sin vos no puedo entrar al puente.

Por último, Melinucchi revisó el timón secundario y conectó el AV a la IA. ¡Listo el trabajo! Ahora todo dependía del Capitán.

Y el Capitán regresó a tiempo para el control vocal. Cuando la cabina se despresurizó, pudieron entrar al puente.

—Che, Meli —dijo el Capitán, al tiempo que inspeccionaba los controles—, la tengo bien al palo, ¿sabés? *Aquí el Capitán* —moduló el tono de voz más profunda y mejor recortada—, *muestre gráficos de acercamiento*.

—¿En serio? —dijo Melinucchi, calibrando el rastro de plasma—. ¿No cogiste antes de salir?

—¿Y eso qué tiene que ver, boludo? *Autorización A-2-5-0*. ¿A vos no se te para de nuevo al rato después de un polvo?

—Bueno, pero... Sí, sí, ¡claro que se me para! Lo que pasa es que todavía me sigue la sensación, ¿viste? —Melinucchi dejó lo que estaba haciendo, se pasó una mano por el miembro y miró fijo al Capitán—. ¿Measte, vos? A ver si estás al palo porque tenés ganas de mear. Vos sos medio raro, je.

El Capitán sonrió.

—¿No te me estarás aputando, Meli? *Confirme curso*.

Un holograma apareció al frente del panel de babor.

—Boludo, la vas a hacer concha a la pobre máquina hablándome a mí y a ella al mismo tiempo.

—No —dijo el Capitán—, ya la tengo acostumbrada. La calibraron para diferenciar mis tonos de voz —se dio vuelta y colocó el pulgar en un cuadrado luminoso—. Che, está todo en orden. *Todo en orden*. ¿Para qué carajo nos hacen hacer siempre las mismas huevadas, me querés decir? Hoy día, las máquinas pueden hacerlo todo por uno.

—¿Despertamos a la negra?

—Atila me dice que acepte tu propuesta cuanto antes —el Capitán sonrió y se señaló la entrepierna—. Pero mejor no. Vamos a seguir los reglamentos. Sabés que

los de Asuntos Internos viven mandándose cagada tras cagada, pero les encanta rompernos el culo a los oficiales de carrera.

—¡Atila! Qué hijo de...

Luluanda despertó de golpe. En seguida la cápsula se puso vertical y licuó la tapa, tal como habían hecho las otras. Le extrañó la ausencia de los dos oficiales. No encontró su propio uniforme.

—Siempre los mismos hijos de puta estos porteños —dijo, aunque la idea de tener que andar en bolas un rato no le preocupaba en lo más mínimo.

Se dio cuenta de que funcionaba el holocaptor. Acercó un puño hacia el ojo digital y levantó el dedo medio. Sonrió.

Desnuda, fue hasta su camarote. Era consciente de que estaba moviendo el culo más de la cuenta: los holocaptos del corredor permanecían encendidos. Podía imaginar a los muchachos ratoneándose mal.

Una vez lista, se dirigió a la proa.

—¡La teniente primero Luluanda Makeba pide permiso para ingresar al puente, señor!

—Dale, Lulú, pasá y no rompas las bolas con formulismos.

—¿La IA no está grabando?

—No —dijo Melinucchi—. Pusimos un cubo de otra misión. Total, esto es Argentina.

—Cuando salí de criogenia, no encontré mi uniforme. ¿Ustedes saben qué pasó?

—¿Él no te dijo que esto es Argentina? —dijo el Capitán señalando al navegante, y los dos hombres rieron.

Luluanda se acomodó en el sillón del piloto y revisó los controles.

—Sí, me lo dijo. Es que no creí que en mi Argentina fuesen todos tan pajeros.

—¡Ja, ja, ja! —intervino Melinucchi—. ¡Caliente, mi negra, caliente!

—¿Caliente? —dijo Luluanda—. ¿Cómo que caliente?

—Y... —el Capitán fue hasta la consola de los sensores de largo alcance—. Qué querés, Meli, está excitada ante la presencia de dos machos porteños.

—¡Uy, sí! —Luluanda se contoneaba remedando movimientos eróticos—. Desde que Argentina invadió Congonia que las congonesas estamos recalientes con el macho argentino.

—No jodas —dijo el Capitán.

—En serio. Mi bisabuela siempre me contaba que cuando llegaron los argentinos a su aldea, las mujeres abandonaron a sus hombres —Luluanda sonrió—. Hombres de dos metros, hercúleos, incansables. Los dejaron apenas vieron un argentino. Y si era porteño, ¡mejor!

El Capitán iba a responder, pero de pronto el mapa holográfico fluctuó y dio paso a la representación de un planeta.

—Los sensores de largo ya captan Arena —dijo Melinucchi—. Es hora de que vaya a revisar los trajes y el vehículo.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Melinucchi consultó en el AV.

—Una hora y cuarenta y siete minutos —dijo.

—Tiempo más que suficiente para que las relaciones entre la ciudad de Buenos Aires y la provincia de Congonia se intensifiquen —el Capitán le tomó la mano a Luluanda—. ¿Me permite, señora? No tengo dos metros, ni soy incansable. Pero bueno, en fin...

—Che —dijo Melinucchi antes de que los dos salieran del puente—, decile a Atila que no se canse, que tenemos que bajar en el planeta.

En órbita sobre Arena, la nave sondeaba cada centímetro de terreno.

—Capi, qué mierda de planeta que nos tocó. Ni una gota de agua.

—Se cree —dijo Luluanda— que hay agua debajo de lo que parece arena.

—Lo sensores no detectan ni agua ni otros signos de vida —dijo el Capitán.

—¿Y qué mierda querés que detecten, si son del siglo pasado? Se los compramos a los yonis a precio de oro, y ellos seguro los iban a desechar.

—Y bueno, boludo —dijo el Capitán—, el político de turno tiene que comer.

—¡Caballeros! A ver si por una vez se ponen serios. Voy a acercar la nave a una órbita baja. En una de esas, los sensores descubren algo.

—¡Ya hace dos días! —dijo Melinucchi—. Hace dos putos días que revoloteamos de aquí para allá. ¿Me quieren explicar qué carajo informamos?

—Y... —dijo Luluanda—. Informemos la verdad: los sensores de corto no funcionan.

—¿Pero vos estás en pedo, Lulú? —el Capitán transpiraba manipulando la IA: quería realinear una vez más los instrumentos, una última oportunidad para que los sensores percibiesen algo—. Primero, van a decir que nosotros los estropeamos, que antes del despegue funcionaban perfectamente. Y por último, vamos a terminar haciendo vuelos de cabotaje entre los asteroides villeros.

—¿Los asteroides villeros? —dijo Melinucchi y se tocó el testículo izquierdo—. Mamita. ¿Y qué pensás hacer, Capi?

—Pienso bajar, Meli.

—¡Ni loca ni mamada los dejo ir allí sin lecturas de sensores!

El Capitán no habló, apenas frunció los labios. Quitó el cubo de una misión anterior, y pulsó GRABAR en el comando del módulo de la IA.

—Ahora —dijo— los holocaptos funcionan a tiempo real.

—Mi Capitán...

—Ustedes pueden ver —dijo el Capitán interrumpiendo a Melinucchi— que hay una interferencia natural para que los sensores de corto detecten si existe vida en Arena o no. Mediante las cámaras de acercamiento pudimos observar ausencia absoluta de cualquier actividad ajena a las propias de este tipo de ambiente —se dio vuelta y miró fijo a Melinucchi—. Navegante, ¿está lista y preparada la Nave de Cabotaje?

—¡Al *Zonda* sólo falta cargarle el AV, mi Capitán!

—Piloto, ¿alguna objeción?

—No —Luluanda bajó la cabeza y se retrepó en la butaca—. Señor —terminó en un hilo de voz.

—No la oí, piloto.

—¡No, señor!

—Bien, entonces sólo queda prepararnos.

El Capitán fue hasta el módulo de comando de la IA y pulsó PARAR. Seleccionó el mismo cubo de la misión anterior y volvió a instalarlo en la IA.

—Listo, boluda, a ver cómo evitás que bajemos.

Ella se acercó al Capitán y lo miró como se mira un forúnculo.

—No sé por qué voy a terminar haciendo el papeleo yo.

—Tranqui, Lulú —él la acarició—. ¿Qué nos puede pasar con el Meli? Somos argentinos, somos.

—¿Cómo que qué les puede pasar?! —ella se acercó aun más y le dio un golpe en el pecho—. ¡Miles de cosas les pueden pasar!

Melinucchi desacopló el AV y salió del puente rumbo a la bahía de carga.

—Che, Meli, ¿cuánto vas a tardar?

—Y, una hora más o menos. ¿Por?

—Es que, ante la ira de una dama, Atila se endurece más.

Melinucchi se retiró mirando para arriba y mordiéndose el labio. Por el audio de la nave se oyó la voz del navegante:

—¡Qué hambre, loco!

Desde los controles del *Evaristo Meneses II*, la piloto Luluanda Makeba comandó el *Zonda* hasta dejarlo en la atmósfera baja de Arena. Luego le cedió el mando al navegante Melinucchi, que suspiró al tomar el timón.

El *Zonda* descendió y, para no hundirse, antes de tocar la superficie infló su parte inferior.

—Che, Meli, desde acá el planeta parece más rosado.

—Es la refracción, Capi. Vamos a ponernos los trajes.

Bajaron.

—Los sensores de mano me marcan actividad. A las trescientas. Y se acerca. Lento, pero se acerca.

—¿Tamaño?

—Más o menos como un cachalote, Capi. Pero detecto algo... Algo como danzando a su alrededor. Parece una cabellera. O bien... *Tentáculos*.

—¿Tentáculos? —dijo el Capitán.

Un remolino a unos treinta metros fue el preludio para la aparición de un ser enorme semejante a un pulpo. Se le distinguía una especie de cara en la parte superior: un globo apenas terminaban los tentáculos.

—*Gr, gle guinas grongogens* —dijo.

—Meli, rajá pa' la nave y traeme el traductor. ¿Por qué mierda no vimos esto por los sensores de la nave?

El Capitán se deslizó sobre sus botas de aire un par de metros hacia el extraterrestre y alzó la mano. Conectó el audio exterior.

—Hola —dijo—. Somos del planeta Tierra. Somos argentinos.

Melinucchi llegó con el traductor. Lo colocó sobre un reborde de la nave.

—Ya estaba encendido. Se ve que Lulú pensó que lo necesitaríamos.

—*Gr, gy gesso guitri gte guinas grongogens*.

El Capitán conectó el audio interno.

—¿Qué dice el traductor, Meli?

—No dice nada, boludo. ¿Qué querés que traduzca con una o dos frases?

El Capitán se desplazó un poco más. Abrió el audio externo del traje.

—Venimos de muy lejos —dijo a través de los parlantes de sus hombros y levantó los brazos—. Somos amigos.

—*Groggo, grogga* —dijo la criatura, y giró hacia atrás el globo que tenía por cabeza—. *Grakka gle guinas grongogens*.

—Capi, nada todavía. El coso este parece manso. Pero, por las dudas, ¿por qué no nos rajamos?

—Tranqui, boludo. ¿Qué nos puede pasar? Nos espera la gloria. Imaginate, un encuentro cercano con un bicho así. Y eso que es nada más que el primer contacto con Arena.

—*Groggo, grogga* —el «bicho» dio vuelta la cabeza y clavó la vista en los dos exploradores—. *g griggri gronso gornaris*.

—Che, Meli, es manso. Mirale los ojos: está tratando de decirnos algo. Y el puto traductor no quiere funcionar.

—Sí que funciona, dale tiempo.

—*Gu gressi groggo gy grogga, g griggri gurare grontenio*.



Ilustración: Guillermo Vidal

Dicho esto, el monstruo estiró dos tentáculos y atrapó a los exploradores. Escupió una baba blanca sobre ellos. La baba derritió los trajes, y el alien se los tragó de un bocado.

Y se fue por donde había venido.

Luluanda lanzó un grito. Parecía todo tan calmo, tan llevadero.

Impotentes lágrimas de desesperación le nublaban la vista. No podía comprender siquiera cómo era que había sucedido todo. Una avalancha de insultos le vino a la mente. Y, así como venían, ella los gritaba.

De pronto un sonido característico la llevó hasta la consola que se acoplaba con la nave de cabotaje. Era el traductor que —¡por fin!— comenzaba a transmitir y se enlazaba con la IA. Luluanda oyó la voz calma y endulzada que salía por los parlantes:

Uy, qué lindas grongogens.

Uy, y hacen ruido las lindas grongogens.

Papá, mamá, miren qué lindas grongogens.

Papá, mamá, el nene tiene hambre.

No están papá y mamá, el nene come igual.

Otra vez la teniente primero Luluanda Makeba insultó. Pero esta vez los insultos no estaban dirigidos al Capitán y al navegante. Luluanda insultaba a la improvisación, a la corrupción, a la desidia, a la falta de valores, a la incultura, al «no te metás» institucionalizado.

Piloteó al *Zonda* por control remoto desde la *Evaristo Meneses II*. Escribió las coordenadas de regreso en la IA y se preparó para la criogenia.

Antes de entrar en la cápsula dedujo que ella sería el chivo expiatorio. ¿Quién se haría responsable de haberlos enviado con sensores obsoletos, incapaces de captar a tiempo la presencia de un monstruo semejante? Nadie se haría responsable. Tan depravada como invencible, la gran maquinaria política la mandaría al fondo del

tacho. A un agujero perdido de la galaxia, donde sucumbiría en un accidente. O peor aún: aquellos coimeros hijos de puta, aquellos generaluchos de buró le cortarían las piernas al confinarla a un escritorio. Sí, sí: la arrojarían a un asteroide yermo y congelado.

Se visualizó a sí misma sellando papeles que nadie leería.

El sueño criogénico le llegó junto con una mueca de amargura.

Dolores que se pasan

Ricardo Giorno
Argentina



Ilustración: Tut

La nena: ojos enormes, pelo ensortijado, frente amplia, sonrisa de hediondos dientes carcomidos.

—Martín —sisea, llamándome—, Martín.

No es fea, tampoco linda. Y me estremece. Sé que la nena es una víctima. Igual que lo soy yo.

Apesta. Apesta a mierda, a hongos, a verduras podridas.

Me esfuerzo por no moverme: el alambre que me atraviesa la garganta se hunde, se clava.

Y el dolor no cesa.

Deberé retroceder, llegar al niño que una vez fui... y averiguar.

No bien el padre de Martín abrió la puerta de calle, encontró a su hijo sentado en la alfombra del living. Tuvo la sensación de que lo había estado esperando.

—Papá... ¿qué eras vos?

—¿Qué era yo? ¿Qué era antes de qué, Martín?

—Antes de ser como sos ahora. ¿Qué eras cuando eras chiquito?

—Y bueno... era eso: un nene chiquito.

—¡Eso ya lo sé, papá! Pero, ¿qué eras?

—Y... era un estudiante. Iba a la escuela.

—¿Eso sólo eras?

—¿A qué viene esa pregunta, Martincito? ¿Por qué me preguntás?

Martín estaba raro, hacía como dos días que andaba haciendo preguntas extrañas. Esta fijación nueva con las *profesiones* de los niños preocupaba a su padre.

Sobre la alfombra, el nene seguía quieto, pensativo. De pronto levantó la vista.

—Podías haber sido cartonero. Hay chicos cartoneros. Digo: ellos solos son cartoneros, los papás no. A veces los nenes hacen cosas que saben que los papás no pueden hacer.

La nena gira la cabeza, y esos ojos escudriñan más allá de mí. No puedo seguirle la mirada, atenazado por pinzas sujetas al cuerpo. El martirio es un hechizo: imposible acostumbrarse.

Ella cada tanto se hunde el pulgar en la base del párpado. Primero se arranca el ojo derecho, luego el izquierdo, y se los frota en el borde de la falda roja, que sobresale debajo del guardapolvo. Luego vuelve a colocárselos. Y se hunde el pulgar en la base del párpado. Primero, el ojo derecho. Y luego el izquierdo...

Me doy cuenta: trata de *pensar* sus acciones, para que yo *comprenda*. Por ahora no hay caso, no comprendo.

Esos ojos emiten un brillo opaco, me incitan a excitarme.

No puedo excitarme.

No debo excitarme: el tiempo se alargaría, la carga regresaría más pesada.

El esfuerzo se volvería inútil.

—Papá, ¿vos fuiste ladrón?

—¡Martín! ¿Te volviste loco? Tu papi no es un ladrón.

—Pero, ¿nunca le sacaste un marcador a un compañero?

—Eso no me convierte en un ladrón —el papá se sentó en el sillón, suspiró, atrajo a Martín hacia sí y le dio un beso—. ¿Vos tenés problemas en el cole?

—No, no. Digo, *ahora* no sos ladrón. Pero en aquel momento...

—Uno hace cosas cuando es chico, Martín, y a veces no las entiende —se reacomodó en el sillón, inquieto. Acariciándole la cara con el revés de la mano, estudió a su hijo—. Mirá, Martín, vos podés contarle a papá.

—Entonces, entonces... por un cachito tuviste que ser.

—Ser qué.

—Eso: ser ladrón.

—Mirá, Martín, si esto te pone contento, fui ladrón por un día y una noche. A la

mañana siguiente le devolví el sacapuntas a mi compañerita. Ni pude dormir. ¿Estás conforme?

Quieto.

Maldito.

Sin nada para distinguir más que la luz.

La luz y aquello que corporiza la nena.

La nena camina hacia mí empuñando un cuchillo.

Me desliza la punta a lo largo del muslo, con un rumor áspero me hiende la piel como si fuese tela de esterilla.

La sangre corre por la pierna, me moja los pies. Inexperta, brutal, la nena desgaja los músculos del hueso. Pero no puedo gritar, estremecerme, llorar siquiera.

Ahora los cortes son lentos, profundos. Parado como estoy, apenas puedo verle los bucles.

De pronto se aparta. Fija en mí sus ojos.

Ojos muertos, secos.

De la boca se le escurre la misma sangre que se esparce a mi alrededor: esos dientes podridos desgarran y trituran mi propia carne.

Los ojos me miran vacíos, vacíos para el deseo.

Prisioneros, me digo y le digo con la mente. *Somos prisioneros*.

Pero es inútil: ella no me escucha y yo muevo los labios en el vacío, mientras un trepano de hierro me desgarrar tejidos, nervios, tímpanos... y las palabras de la nena son gritos, alaridos. Y lo único que oigo es el terror: mis huesos que se retuercen.

Sólo puedo aguantar mi condena.

—¿Y violador, papi? ¿Fuiste violador vos?

—¡No! ¡Cómo decís eso! —Lo estremecía escucharlo hablar con términos que no eran los de un nene de su edad— ¿Quién te enseñó esa palabra? Sos muy chico para saber eso.

¿Violador?

El padre de Martín se sentía juzgado: su hijo se estaba convirtiendo en algo más que su hijo.

—Violador la oí de la tele, papá. Cuando comemos con el noticiero, siempre la nombran. ¿Nunca jugaste a correr a las chicas y tocarlas?

—Mirá, Martín, esto no me gusta. Me estoy asustando. ¿No querés contarle a papá...? Qué sé yo... a vos te está pasando algo y papá no comprende.

—Entonces, si tocaste a una nena, entonces, entonces...

—¡Entonces, nada! Esa palabra es muy fea, y papi nunca hizo eso. Lo del colegio fue hace mil años, Martín: yo era un nene chiquito, como vos. Y la nena siempre...

siempre... y tenía esos dientes que... ¡Bueno, basta! ¡Y en casa no se veía la tele mientras comíamos! ¡Y se terminó, carajo! ¡Acá no hay más tele! ¡Y ya mismo me decís qué te está pasando!

—O sea... —dijo Martín retrepándosele a las rodillas—. O sea que vos la tocabas, ¿no? Y la nena no quería, ¿no? Y la nena sentía que... ¿Qué sentía la nena? ¿Sentía que no le gustaba? ¿Que no estaba bien lo que vos le hacías? ¿Qué se hizo de la nena, papá?

El padre respiró hondo. Los recuerdos lo atacaron quitándolo del presente... la nena... sus ojos grandes... los dientes cariados... los bucles de pelo... las persecuciones.

Batalló por enfocarse en el problema de Martín. Sí, lo mejor era un poco de tranquilidad. No sabía adónde estaba yendo su hijo. Lo amaba tanto, tanto.

Los ojos, esa expresión. ¡No parece mi Martincito!

Lo abrazó fuerte, muy fuerte, y le tocó la frente con los labios. Estaba caliente. Una sensación de vacío le subió desde el estómago y le secó la boca.

¡Que no sea nada grave!

El dolor de la herida es más intenso cuando la carne se regenera. Siempre es igual, hace una eternidad que lo vengo comprendiendo: es parte del castigo. Pulsaciones, oleadas punzantes de dolor me obligan a no mover ni un músculo.

En esta luminosidad brumosa, sin días ni noches, cae sobre mi conciencia la inmensidad de la condena. Pero aguanto: yo la pedí. Fue por amor. Por amor a él, a mi padre. Se lo merecía.

La nena vuelve y me observa. ¿Adónde se habrá ido para aparecer así, de golpe? Aquí no hay paredes ni escondrijos. Llana y monótona, la luz me rodea sin sombras. En medio de la nada, no puedo ir a ninguna parte. Pero, ¿y ella? ¿Cómo se las arregla?

Se arrodilla frente a mí, y del suelo brota un filamento, una fibra lumínica que poco a poco se engrosa y se despliega hasta tomar la forma de un pupitre.

Sentada en ese pupitre, ahora la nena revuelve sus útiles y gime. Los ojos siguen secos.

Entonces la nena se levanta y corre, corre, corre de un lado para otro, como si esquivase algo o a alguien. Quiere esconderse pero no puede. Sufre en silencio. Se retuerce. Se quita de encima cosas invisibles. Parece enloquecer. La lucha termina de pronto. Sus ojos no dicen nada, su boca se cierra. Con una mano la nena se abre el pecho, y con la otra se arranca el corazón. Lo estrella contra el pupitre, tiñendo la madera de rojo. Ella vuelve a gemir. Los ojos continúan secos.

Se acerca a mí, rechina los dientes. Otra vez se arrodilla, gatea. Me abraza las piernas. Me esfuerzo para mantener el equilibrio.

—Martín, Martín —me llama. La voz ha cambiado.

Dos gotas caen en mis pies; no es mi sangre. ¿Serán por fin sus lágrimas?
La condena —quiero creerlo— no será por siempre.
Vuelvo a recordar cuánto me amó mi padre: no me arrepiento de ocupar su lugar.

Sentado sobre la alfombra, abrazado a las piernas del papá, Martín se dejaba acariciar la cabeza.

Supo que el viejo no se atrevía siquiera a averiguar qué sucedía con él.

—Papá, te quiero mucho.

—Yo también, Martín: para mí no hay nada más en el mundo.

—Ya lo sé, papá, ya lo sé. Quiero decirte algo: siempre te voy a querer. Y no me importa el futuro, puedo soportarlo. Sé que tomar tu lugar, cumplir tu condena, no será para siempre.

Y se recostó, tapándose la cara con el brazo.

—¿Qué...? —atinó a decir el padre, estremecido—. Pero si... No, no puede ser. ¡Esto se termina acá, Martín! Ya mismo te llevo al médico. Martín, ¿me estás escuchando? —se agachó y sacudió a su hijo— Martín... ¡Martín!

El nene levantó la vista soñolienta, como si acabara de despertarse. La expresión había cambiado.

—Hola, papi —dijo—. ¡Por fin viniste! ¿Me llevás a la plaza?

En verano... hambre

Ricardo Giorno
Argentina

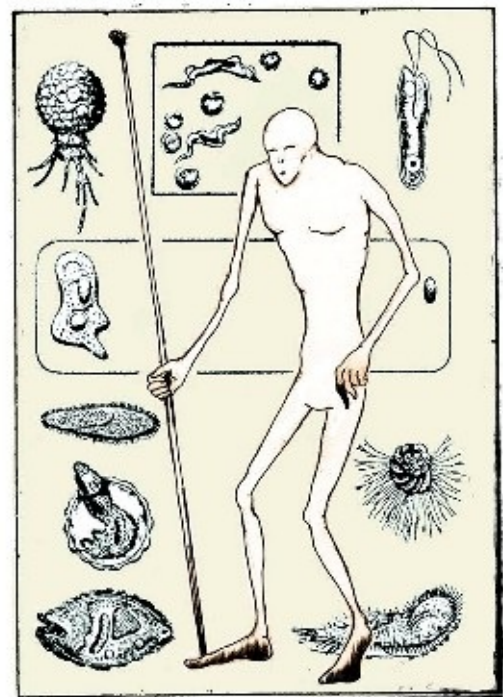
Es que él es costero, de Rampla, de la ribera del Monzonete, y en toda su larga vida puedo contarle tres proezas. Si me esfuerzo, cuatro. Se lo conoce por Yute. No es mi amigo y está loco. Loco de locura, ¿me entiende? Nos odiamos cordialmente. Que lo parió, ¿cómo le voy a explicar lo que es la locura? ¿Está loco? Mire, mejor le cuento un poco cómo vivimos, a ver si con eso le alcanza.

Solemos salir a cazar bangles, en las mañanas de invierno, que es cuando esos gusanos procrean. Allí, en los terrenos fangosos que rodean la Horneta. No me mire de esa forma, ¿me va a decir que nunca se zampó un bangle a la vinagreta? Ah, perdón, no sabía. Y sí, debe ser emocionalmente jodido... ¿Tampoco emociones? Vea, no sé qué decirle. Sigo nomás, usted me pregunta lo que quiera.

Salimos con las cañas de fibra con pegote en la punta. Ese que fabrican los larañas del monte y que nosotros le robamos. Los golpes de las cañas despiertan a los desprevenidos capiatintas de los alrededores, que son los enemigos naturales de los bangles, pero a nosotros no nos importa, porque estamos siempre hambrientos y hay que conseguir de

más para pasar el verano. Sí, hambrientos. Hambrientos de hambre, ¿usted nunca...? Ups, perdón otra vez, usted ya me había dicho que no come, claro. Pero puede hacerse una idea mental: el hambre trae dolor y... sí, claro, para usted el dolor no existe. Bueno, mire, el hambre es como algo que se quiere tener pero no se consigue nunca, y uno se pasa toda la existencia tratando de encontrarlo. Ah, entendió, bueno, bueno, mejor.

El pegote sirve para capturar a los bangles, de otra forma se haría imposible la caza. Y nos gusta que los capiatintas se espanten, así hay más gusanos para la despensa. ¿Qué? ¿Usted necesita conseguir algo y no puede? ¿Y eso a qué viene, si yo...? Ah, por lo que dije antes sobre el hambre. Vea amigo, míreme las manos, ¿ve? Sólo un dedo sucio. Uno, uno solo permanece sucio, nunca se le va esa suciedad. Éste es el dedo con que despego a los bangles del pegote, y es lo único que sé hacer. No



toto.

Ilustración: El Toto

me pida otra cosa.

¿Cómo qué traiga al Yute a mi hondonada? ¿Le falla algo? Bueno, claro, usted no sabe. Es que es verano, me entiende. Si salgo ahora no vuelvo. Nadie vuelve. Los más viejos, cuando sienten que les llegó la hora, se van en verano a alimentar a los gusanos. Después buscamos los huesos, con el Yute, así encontramos los bangles más gordos. ¿Entendió? No se puede salir en verano.

Mejor le sigo contando: con el Yute nos odiamos, pero con respeto. Él a su hondonada y yo a la mía. Sí, hondonada es hogar, morada, refugio. Salimos a cazar juntos porque en eso nos complementamos. ¿Cómo? ¡Al final me está resultando un asqueroso! Mire, le voy a pedir que se retire, faltaba más. Ah, usted no quiere saber la forma, me está preguntando otra cosa. Y sí, es difícil. Mire, cuando está por llegar el invierno, el aire se llena de aromas que al principio son penetrantes y extraños, pero luego... Resta decirle que entre todos estos olores hay uno que se va volviendo cada vez más excitante. No, no le pienso decir lo que significa. Pronto siento necesidad de seguir el rastro. Y así la encuentro. Por lo general es la misma de todos los inviernos. Sí, el Yute también se consigue una. No, no sé si es siempre la misma; él está loco. A la mía la llevo a mi hondonada y cazo los bangles. Ella los procesa y al final del período nos despedimos. Dividimos las provisiones en cuatro: ella se queda con tres partes y yo con una. Sí, ella se lo lleva sola. No, no me deja ayudarla. Creo que no quiere que conozca su refugio. Es que a veces el hambre nos hace hacer cosas que no queremos y si no hubo buena caza, en fin, usted comprenderá. ¿No lo entiende? Al final me está resultando un tanto... un tanto...

Nuestra vida es sencilla. Mire que es porfiado, ¿eh? ¿Cómo voy a saber dónde está Yute? Además, si lo traigo, uno de los dos debe morir. Sí, cuando se muere no funciona nada, nunca más. No, no se puede reparar. ¿Qué se cree, que somos máquinas? Ah, perdón, no sabía. No, no tengo nada en contra de las máquinas. Es que usted me hace cada pregunta que... Bueno, mire, si Yute descubriese mi hondonada, le entrarían ganas de habitarla y a mí, deseo de echarlo. Sólo nos detendría la muerte... ahora caigo que quizá también por esto, cuando termina el invierno, mi compañera no me deja que la ayude y carga con todo. Sí, eso debe ser. Y el hambre. A mí, cuando se me acaban los víveres, me la tengo que aguantar. Ella por lo menos tiene a las crías. No sé, no tengo idea, nunca probé una.

No, mire, no insista, no voy a buscar al Yute. Vaya usted que es tan inteligente y hasta tiene un cuerpo que no se mancha y que... ¿Polímero? ¿Qué es eso? Ah, una especie de costra. Uy, perdón, se la abollé. ¿Puede intercambiarse? ¿No crece junto con usted? Ah, usted siempre fue así. Interesante.

¡Otra vez con el mismo asunto! ¡Ya me cansé! Le voy a pedir que se vaya. Bueno, si quiere volver en invierno hágalo, pero le aseguro que voy a estar tan ocupado que no le prestaré atención. Sí, entonces podrá conocer a Yute y nos verá juntos. Aunque no entiendo por qué quiere conocer a Yute. Pero ninguno le dará calce. Bueno, él es costero, de Rampla, de la ribera del Monzonete y está loco. Quién le dice que tenga

suerte. Ah, no, el colmo, ¿cómo quiere que le diga lo que significa suerte? Mire, ve, esta es la caña con que cazo bangles, todavía tiene pegote en la punta. Mire, mire, le pongo piedras. No creo que eso que usted llama polímero supere mi costra y con la caña preparada, así es como peleamos. Hasta la muerte. Sí, muerte, cuando ya nada funciona. No, no me importa si está lejos de casa. Bueno, vaya y permanezca como le plazca. Si puede soportar el verano, para mi está bien. Eso, así está mejor, puede ir saliendo nomás. Bueno, hasta el invierno.

No, no me olvidaré de usted. ¡Hasta nunca!

Cadenas

Ricardo Giorno
Argentina

Todo arte es, a la vez, superficie y símbolo.

OSCAR WILDE

I

—¡Arriba, Arnaldo! —le dijo desde la cocina aquella arpía, igual que todas las semanas de lunes a viernes—. Ya son las 6:30.

—Sí, Ernestina, ya voy —contestó Arnaldo Yahuati remoloneando, envuelto en la pesadez matinal que nunca lo abandonaba—. La que te ha parido.

Se tambaleó hasta el baño.

A través del espejo, una cara redonda le envió una mueca de desagrado. La misma cara, día tras día.

—Te mantienes flaco... —se dijo a sí mismo con desgano, entrando la panza frente al espejo mientras trataba de sacar músculo—. Flaco y fibroso, macho.

Tomó una ducha.

Puteando a los cuatro vientos, se atragantó la cornucopia de yogures, tostadas y cruasanes de Ernestina.

Y salió de su casa sin saludarla.

—La estúpida de mujer que tengo ya debe estar prendida a la computadora —dijo dando un portazo.

En el trayecto hasta la oficina, asomándose por la ventanilla del Audi, insultó a más de una: casualmente, sus blancos preferidos siempre resultaban ser mujeres.

Condujo sin prestar atención a las señales, y dos veces estuvo a punto de chocar.

Lo esperaba la consabida montaña de tarea atrasada. Y ese día, como todos los putos días, Arnaldo no se había levantado con ganas de escalar la consabida montaña



Ilustración: Hernán Costa

de tarea atrasada. Ignoró el saludo de su secretaria y se encerró en la oficina. Que nadie lo molestase.

Bajó las cortinas venecianas, sacó del maletín dos alfajores, un paquete de galletitas dulces y una bolsa de caramelos. Y se dedicó a lo único que lo seducía: la lectura.

A media mañana sonó el intercomunicador.

—¿Y ahora qué, Silvina?

—De Proveeduría, señor.

—¡Otra vez la pendeja esa!

—¿Qué hago, señor?

—¿Y qué quiere hacer, Silvina? Páseme la llamada.

—Co-como usted diga, señor —cuando la otra terminó de hablar, él oyó el característico clic de la llamada entrante.

—Señor Yahuati, necesito los comprobantes de marzo.

—Todavía no los tengo. Me falta.

—Pero hace una semana que se los vengo pidiendo.

—Es que no tuve tiem...

—Problema suyo, señor Yahuati.

Arnaldo Yahuati supo que la piel de la cara se le había vuelto del color de la mufa rancia.

—Mira, borrega —estalló, apretando los nudillos—, voy a ir para allá. Voy a enrollar los comprobantes y te los voy a meter uno por uno en ese culito apretado que pretendes contonear. ¿Has comprendido?

Y colgó sin esperar respuesta.

Desenvolvió un alfajor y se dispuso a devorarlo. Pero el intercomunicador lo interrumpió:

—¿Qué pasa ahora, Silvina?

—Se-señor Yahuati —la amedrentada voz de la secretaria se dejó oír en el auricular—, hay... hay un señor en la línea tres que no quiere decirme su nombre. Dice que se trata de un asunto personal.

—Bien, pásemelo.

—Co-como usted diga, señor.

Y Arnaldo Yahuati se la imaginó temblando como un flan. Entonces, él oyó de nuevo el *clic*.

—Hola —dijo.

—Señor Yahuati —lo sorprendió la voz impostada de un hombre que conocía su apellido—: tengo algo para usted.

—¿Quién habla?

—Usted me contrató —y esa voz lo punzó como cuchillo—. ¿No lo recuerda?

—Ah, sí, usted: hable.

—Ruta Nacional 576, kilómetro 69, cuarto 18 —y cortó.

Bufando fuera de sí, Arnaldo Yahuati escapó de la oficina. Antes de entrar en el ascensor, le indicó a su secretaria que le cancelara los compromisos.

—¡Todas son unas putas! —vociferó de salida—. ¡Unas reverendas putas son!

Bajó hasta el subsuelo, arrancó quemando cubiertas.

Se alejó de la ciudad por la Ruta 3 y empalmó la 576: el kilómetro 69 estaba cerca. Por el retrovisor se vio la cara, y al descubrir su propia transfiguración tuvo un escalofrío.

—Mejor así —se dijo—. Si es lo que pienso, esa puta me las va a pagar bien pagadas.

Ruta 576, kilómetro 69: un motel. Y era uno de esos nuevos, de moda, plagado de luces de colores y ocultando un arsenal de juguetes sexuales.

El odio hizo que no reparara en gastos ni en peligros: despedazó la valla de entrada y se bajó del auto aún en movimiento. El playero vino corriendo hacia él, pero al verle la cara retrocedió.

Arnaldo Yahuati abrió a patadas la puerta del cuarto 18.

Y descubrió a su mujer.

Su mujer, desnuda.

Su mujer en la cama.

Su mujer, con un tipo encima.

—¡Arnaldo! —chilló ella, sorprendida en su espanto—. ¡No!

El tipo recogió su ropa y se perdió fuera del cuarto a una velocidad asombrosa. De ser la Huida del Cornificante una disciplina olímpica, se hubiese llevado el oro.

—¡Arnaldo! ¡No! —repitió Ernestina—. ¡Puedo explicarlo!

Él se regocijó en el terror de esos putos ojos de puta.

—¿Qué podrás explicar, puta? ¿Que eres una puta?

—No, Arnaldo... —cada vez la veía más aterrorizada—. ¡Me obligó!

Él metió la mano a la altura del bolsillo interno de la chaqueta, y Ernestina se sentó en la cama y se tapó hasta las tetas con la sábana negra, como si una simple tela de raso pudiese usarse de escudo. Y lo miró más aterrorizada aún, si eso fuese posible.

—No, Arnaldo... no... no... ¡Perdón! —hablaba y sollozaba, sollozaba y hablaba estrujando la sábana—. Te juro que fui obligada, perdóname.

Él extrajo un Walther P99 de afilado y reluciente horror.

Y su cara era una máscara de odio infernal.

Arnaldo Yahuati manejaba hacia su casa. Volvió a mirarse en el retrovisor, el rictus de ira y furia reemplazado por una displicente laxitud. Vacío, sin alma.

Apenas tuvo fuerzas para bañarse. Después se puso lo primero que encontró y volvió a la oficina.

No bien salió del ascensor, se cortó la luz. Pero Arnaldo ni se enteró: caminó

hasta su despacho tanteando como un zombi. Abrió la puerta y se desplomó en el único sillón de la oficina, y luego de un violento temblor vomitó.

Y, entre las penumbras, miró extraviado lo que lo sitiaba. En un instante, un capricho del sol que venía de afuera hizo que se topara con la imagen de un tipo, un despojo humano reflejado sobre el vidrio, tras las entreabiertas persianas venecianas. Esa cara no mostraba ningún sentimiento: era la cara de quien se encuentra perdido y no acierta a reaccionar. ¿Sería él? ¿Sería él mismo ese reflejo?

Levantando una mano, vio que el reflejo le copiaba el gesto. Sí, en efecto, ese era él. Pero... ¿Quién era él?

II

—Señor Arnaldo Yahuati —me dijo un desconocido de arrugado traje, secundado por dos uniformados—: acompáñenos, por favor.

Así que tal era mi nombre, Arnaldo Yahuati. Después de leerme lo que pomposos anunciaron como «sus derechos», me esposaron frente a una legión de tipos y tipas con pinta de cagatintas —aunque desconocido para mí, ese ámbito resultaba sin dudas una oficina—. Aquella gentuza dejó de machacar sus teclados y se levantaron de sus grasientas butacas para apiñarse a mi alrededor y estudiarme a gusto. Pero no les dieron el gusto: escaleras abajo nos marchamos. Hacia la calle, descubrí pronto.

Y allí lo confirmé: un auto policial aguardaba.

Depositaron mi humanidad en el asiento trasero, tratándome con cuidado. Siempre había sospechado que los automóviles policiales hedían de un modo particular. Me equivoqué: el interior del patrullero olía como cualquier otro vehículo.

Viajamos callados. Nadie me interrogaba, ni siquiera me miraban. Además, en mi conmoción, yo no podría contestarles... y ellos nada tendrían que decirme.

A todo esto: ¿quién era yo? Me habían llamado «Arnaldo Yahuati». Pero Arnaldo Yahuati no significaba nada para mí.

El móvil no hizo sonar la sirena. Tomó por calles desiertas.

Hasta que se detuvo.

Me bajaron. De nuevo fui tratado con corrección. Me entraron a un edificio —¡el juzgado, sí!—, aunque por una puerta lateral, pequeña. ¿Cómo pude recordar que eso era un edificio judicial y no saber quién era yo?

A medida que nos adentrábamos, un escalofrío me agarrotaba las piernas. No tenía estómago. La cabeza me pesaba más que el cuerpo. ¿Por qué a mí? ¿Qué delito, qué crimen habría perpetrado? Y una vez más: ¿quién era yo?

Por suerte dos policías me flanqueaban, me sostenían en el aire. En ese momento pensé en su rutina de cargar a estúpidos como yo, que no se podían tener en pie.

Se detuvieron frente al busto de un prócer bigotudo que no reconocí, en medio de un patio cubierto. A pesar de mi conmoción, noté una débil luz que se filtraba por los

antiguos vitrales del techo. Varias puertas numeradas daban a ese patio. Nos encaminamos hacia la 7.

Entré al cuarto escoltado por uno de los policías. Me quitó las esposas —me habían inmovilizado las manos por detrás— y me las colocó con las manos al frente. Descubrí una mesa enclenque y dos sillas, y el policía me hizo sentar en una. Miró a su alrededor. Y se marchó en silencio, sin olvidarse de cerrar, con dos vueltas de llave.

Crucé los brazos sobre la mesa y apoyé la frente, exhausto: ignoraba todo sobre mí. ¿Qué había sucedido? ¿Quién era yo? ¿Por qué me habían detenido? ¡Demasiadas preguntas! Sólo sabía que algo andaba mal... muy mal. Y me fui quedando dormido.

III

No oigo abrirse la puerta. Siento un dolor en el costado derecho. Al levantar la cabeza, veo a un policía de uniforme con el garrote en la mano y una perversa sonrisa en la boca.

—A ver, Yahuati —dice, con asco—, tiene visitas.

—¿Algún familiar?

Me responde torciendo y ensanchando la sonrisa. Gira sobre los talones y sale del cuarto. No termina de cerrar la puerta: entra un hombre bajo, gordo, pelado casi. El bigote finito le asoma impecable, más pegado al labio superior que a la nariz. Me hace recordar a un actor americano de películas de bajo presupuesto que siempre actúa de estafador. ¿Cómo puedo saber esto y no recordar quién soy? Me va a explotar la cabeza.

—Señor Yahuati —me dice el gordo—, soy el doctor Breganti, su abogado defensor.

—Mucho gusto, doctor Breganti, pero yo no lo conozco. ¿Cómo pude haberlo elegido como mi defensor?

¿Y por qué necesito un defensor?

—Usted no me eligió. Las leyes dicen que si un ciudadano no elige un abogado o no puede costárselo, el gobierno le proveerá uno.

—¿Soy pobre? —pregunto más para mí que para el otro.

Y me quedo mirándolo. No sé cómo vine a parar acá, y eso me enloquece. De improviso todo parece salido de un sueño, y de uno muy extraño. De una pesadilla. Aunque sé que yo no sueño. Sí soñaba en mi juventud. Y tampoco puedo explicarme esa certeza. ¿Tendré familia, amigos?

El tal... ¿Breganti? ocupa la silla enfrentada a la mía. Deposita el maletín sobre la mesa, que durante un tiempo baila al compás del peso extra.

—¿Va a venir alguien de mi familia? —le pregunto, por decir algo.

—¿Por qué mejor no me cuenta lo sucedido?

Sin mirarme, anota en un cuaderno sucio de puntas levantadas. La visión me saca un tic de disgusto y un fugaz recuerdo: siempre fui muy prolijo con mis cuadernos y libretas.

—¿Y bien?

—No sé qué decirle. Ignoro la razón por la que estoy aquí.

Los ojos se le vuelven vivaces. Se levanta de golpe, la panza y la papada temblándole al unísono. El bigote reptá serpentino cuando me habla, salivándose de cerca.

—¿Cómo dice?

—¡Que no sé quién soy, carajo!

—¿Sufre amnesia traumática? —dice, jubiloso—. ¡Sufre amnesia traumática! Sufrir amnesia traumática será muy bueno para el juicio.

Por un instante deseo golpearlo, verlo sangrar; pero me contengo.

¿Seré un cobarde?

—Déjeme —digo—, no quiero hablar con usted.

—Va a tener que hacerlo —explica, paternal—, soy su única salida.

—¡Déjeme!

Su actitud no varía. Abre el maletín y guarda el cuaderno. Pienso que por más que se vista con trajes de diseñadores europeos, una persona con ese cuaderno no debe ser confiable. Se retira murmurando por lo bajo: «Nos volveremos a ver».

Y quedo solo.

¿Qué habré hecho?

La última semana se me viene encima como si la estuviese viendo en un cine. Un atisbo repentino me confirma que sí estoy casado, pero ni sé su nombre. Nada recuerdo antes de esa semana. Sin embargo, con el abogado acabo de descubrir que era prolijo con los cuadernos y que de joven soñaba. Y que no sé si soy pobre, pero diferencio un traje común de uno de sastrería. En suma, sé que yo soy yo por más que no recuerde.

Vuelvo a mi asiento. Me paso la lengua por los labios. Como si lo hubiese llamado, el policía que me despertó entra trayendo una bandeja bien cargada. La tira sobre la mesa.

—Señor —deseo parecer amable, aunque ignoro si de verdad lo soy en la vida—, necesito saber por qué estoy aquí.

—Mis órdenes son velar por su seguridad —contesta sin mirarme—. Nada más. Usted permanece incomunicado, sólo puede hablar con su abogado o con el juez interviniente —y cierra con llave la puerta.

Veo pan y mermelada en la bandeja, y un tazón de mate cocido, que bebo con ganas. Se me hace delicioso. Su aroma me transporta a una mañana fría y húmeda en el campo. Me encontraba de maniobras en el Servicio Militar. Otra cosa más para recordar: mi Servicio Militar. Estoy seguro de que serví a la patria, aunque no lo recuerdo. ¿Me habré vuelto loco? O quizá soy loco. Soy loco desde tiempo atrás.

Loco desde siempre.

Recorro con la vista los muros, busco esas manchas que la imaginación transforma en caras. Quizá de esa manera recupere algún recuerdo. Pero no hay caso: en esas imperfecciones, sólo puedo evocar a los dos policías que me trajeron, al chofer, al policía que me despertó, al doctor Breganti y a mi esposa —ella, tres veces—. Todos miran de perfil. ¿Por qué nadie de frente?

Y a pesar de otras muchas manchas, no encuentro otras caras.

Deposito la bandeja en el suelo, cruzo los brazos sobre la mesa y me quedo dormido.

Me despierto sobresaltado, aunque desconozco la razón. No veo a nadie. La puerta de la pieza, cerrada. ¿Será que no vi al policía que habrá venido a despertarme?

Con un sobresalto, descubro, en una esquina, a un sujeto bajo, muy flaco. Todo en él resulta exiguo; excepto su cabeza fungiforme. Visto de frente, parecería que se han tomado el trabajo de rellenarle esa parte de piel por encima de las orejas: un efecto muy visible, acaso inhumano.

Camina lento hacia mí. Se detiene junto a la mesa, las manos en los bolsillos de la chaqueta. Viste un ambo común, gris oscuro.

Nunca vi a un hombre con pies tan pequeños. Su voz resulta grave:

—Señor Yahuati —me dice, con la boca casi cerrada, aunque su modulación es perfecta—, vine para ayudarlo.

—¿Usted va a reemplazar al doctor Breganti?

Veo indecisión en sus ojos.

—Señor Yahuati, vine para ayudarlo. No reemplazo a nadie.

—Mire, no sé de qué me habla. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Escruto esos ojos mansos, en busca de una respuesta. Entonces el tipo parpadea, infla el pecho y sube los hombros.

—Señor Yahuati —dice—: lo acusan de haber masacrado a su esposa.

—¿Cómo dice? ¿Vino para burlarse?

—Nosotros sabemos que usted no quiso hacerlo. Que se dejó llevar por una fuerza que no controla. Una fuerza que quizá pueda trasmutar.

—¿«Nosotros»?

¿Me habla en chino o en coreano? Además me pone mal verlo hablar sin mover más músculos que los de la mandíbula.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Sólo nosotros —dice quedamente—. Nosotros a secas. Podemos ayudarlo.

—Pero...

—¿Conoce la teoría de la curvatura espacio-tiempo?

—¡Ah no, el colmo! Además de loco, me toma por estúpido. Confíese la broma de una vez.

—Pronto descubrirá que no pertenece a mi naturaleza hacer bromas —y me lo dice tan serio que le creo—. Y bien, señor Yahuati, no me ha contestado.

—¿Qué cosa?

—Si conoce la teoría de la curvatura espacio-tiempo.

—N-no, no. Bah, creo que no.

—Mejor. El Hacedor me dijo que es una completa estupidez. Y que esa creencia entorpecería el rescate.

Me levanto y le doy la espalda. Me quedo mirando la puerta cerrada. La imagen del hombrecito con cabeza de hongo, parado, sin mover un músculo, hablando incoherencias, me pone nervioso. ¿Curvatura espacio-tiempo? ¿Y por qué tendrá las manos en los bolsillos de la chaqueta? ¿Sabrá que es un acto de mala educación? ¿Esconderá una grabadora, quizás? ¿Un arma, acaso?

Giro para enfrentarlo:

—Mire, señor...

El sujeto ha desaparecido. ¿Se habrá evaporado? La puerta permanece cerrada. Y no he oído el cerrojo.

Me miro las manos esposadas como si pudieran explicarme algo. ¿Una ilusión? No lo creo. No quiero creerlo.

Qué personaje extraño. Lástima que no le pregunté quién era —o *qué* era—. ¿Cómo se llamará? ¿Volveré a verlo? Le voy a poner un nombre apropiado: Marciano. Sí, me agrada ese nombre: le cuadra a su extraña fisonomía, a esa testa abultada.

Marciano.

Como no tengo nada para hacer, me siento. Y vuelvo a jugar al jueguito de descubrir caras en las manchas de las paredes. Aunque esta vez me asombro: detrás de uno de los rostros de mi esposa, se destacan facciones que poco a poco varían hasta convertirse en la cara de Marciano. El único que mira de frente.

Ya no hay duda: estoy loco.

Pierdo la cuenta del tiempo. Nadie se ha presentado. ¿No tengo familia? Quiero creer que por lo menos hice amigos. Pero mi cuerpo me reclama atención.

Voy hasta la puerta. Golpeo. La mirilla se abre, y una voz masculina pregunta:

—¿Qué hay.

—Deseo ir al baño —no sé por qué susurro en lugar de hablar con firmeza.

—Momento.

La mirilla se cierra mientras me quedo esperando junto a la puerta. Vuelven a abrir la mirilla. Otra voz me ordena:

—Se me retira de la puerta.

Obedezco. La mirilla ha quedado abierta. La cerradura rechina. La puerta se abre. Dos policías aguardan afuera. Me hacen salir. Uno de ellos verifica el estado de mis

esposas. Me conduce hacia una puerta sin numeración. Usa una llave y la abre. Enciende la luz, muy blanca y potente.

—Cuando termine, golpee tres veces.

Levanto los brazos y le muestro las esposas.

—Lo siento —me lo dice con tono sincero—. Reglas son reglas, deberá componérselas como pueda.

—B-bueno... Gracias.

El baño: un limpio agujero en el piso, una pequeña pileta con una sola canilla, de agua fría. Una vez terminado, trato de lavarme las manos y la cara. Oigo detrás de mí una gruesa pero sedosa tos. Como no hay espejo, debo darme vuelta. Marciano me mira fijo, parado a escasos centímetros.

—De dónde...

—¡Shhh! No hable fuerte, señor Yahuati, no deben oírnos los policías. Sepa que se encuentra en grave peligro. Entiendo que usted por ahora no pueda creerme, aunque seguramente lo hará después de hablar con el juez.

—Pero...

Y unos golpes a la puerta me interrumpen.

—¿Qué pasa? —pregunta la voz del policía, del otro lado de la puerta.

Marciano me cabecea una seña.

—Dígale que se está refrescando —me dice en voz muy baja, y no sé por qué le hago caso:

—Sí, agente, estoy bien. Me refresco y salgo.

—Se me apura, entonces. Lo espero afuera.

Por el ventiluz vidriado veo la sombra del policía alejándose de la puerta.

—Escúcheme bien, señor Yahuati —esta vez Marciano mueve un poco los labios, pero no saca las manos de los bolsillos—. No firme nada, ¿entiende? No crea lo que le van a decir. Y, por sobre todo, no dé crédito a lo que vea.

—¿Y por qué le voy a creer justo a usted?

—Lo sabe muy dentro de sí, señor Yahuati. Ya se dará cuenta a su tiempo. A propósito, se le cayó el pañuelo.

Recojo el pañuelo y me lo pongo con esfuerzo en el bolsillo trasero. Cuando levanto la vista, Marciano se ha marchado. ¿Cómo hizo? La imposibilidad de lo que me sucede me aturde. No atino a reaccionar.

No me queda más remedio que golpear a la puerta tres veces, tal como me lo ordenaron. Lejos de ella, que se abre hacia mí, me espera el policía. Salgo del baño y aguardo paciente a que cierre con llave. Me siento una mezcla de imbécil y cobarde. ¿Seré así en la vida? Me doy asco.

Volvemos a mi cuarto en silencio. El otro policía nos vigila. Antes de hacerme entrar, revisa las esposas.

—No se preocupe, señor Yahuati —me habla... ¿como para tranquilizarme?—: el juez no tardará en venir. Luego podremos llevarlo a una celda con cama.

«Gracias» es lo único que atino a decir, mientras oigo correr el cerrojo. Y por fin caigo: lo que yo llamaba cuarto en realidad es una celda. ¡Una celda!

Y quedo parado en medio de ella tratando de no ver las paredes. Pero no resisto. Dos manchas simulan ser los nuevos guardias que me atendieron recién. De las tres manchas que evocaban a mi esposa, la segunda ha variado mucho. Ya no la veo de costado, sino de tres cuartos de perfil. Me impresiona el modo en que me mira: sonriendo. Detrás de ella, Marciano también sonríe. ¿Desde cuándo me sonrió Marciano?

No hay caso: hasta las manchas en las paredes mienten.

La puerta se abre. Ingresan dos nuevos policías de afectada rigidez. Detrás de ellos, dos sujetos. Uno, el conocido doctor Breganti; el otro, un patovica de poco menos de sesenta años y movimientos felinos.

Al verlos llegar, me levanto ansioso.

—Siéntese, señor Yahuati —dice el patovica, y acompaña la orden con un terminante movimiento de mano. Me doy cuenta de que sus brazos son demasiado largos—. Me presento: soy el juez de la causa. El doctor Breganti me dijo que ya se conocían —el tono me resulta afable, pero cargado de un poder que subyace, amenazante, en cada palabra.

—Sí, ya nos conocemos.

—Bien —su tono varía a uno más condescendiente—, debemos comenzar de algún modo. Estamos aquí para ayudarlo.

—Como usted quiera —y me lanzo a fondo, cansado de que todos quieran «ayudarme»—. ¿Por qué estoy aquí?

—Eso lo tendría que contar usted, señor Yahuati —aunque ahora jocoso, el poder sigue presente.

—No recuerdo nada.

—Se lo dije, señor Juez —Breganti se arrebatá—: mi cliente tiene amnesia traumática.

—Y yo tengo doce años y uso calzas rosas. Vamos, Breganti, esto ya lo hablamos. Es imposible.

El doctor Breganti por poco se hace un ovillo.

Los policías permanecen impasibles, con las manos entrelazadas por detrás. Los noto muy parecidos entre sí. Iguales diría, si no tuviesen el peinado al revés como si un espejo los reflejase.

A todo esto, el juez se inclina hacia mí, de pie y con los codos apoyados en la mesa y sin quitarme los ojos de encima. A contraluz, los rasgos se me vuelven borrosos.

—Ahórrenos el dificultoso proceso, hijo. Si confiesa, le prometo un trato preferencial y la condena más leve que las leyes prescriban.

¿Confesar? ¿Confesar *qué*?

—Discúlpeme, señor Juez. Sé que debo parecerle tonto, pero le pido que por favor me diga por qué estoy aquí.

El juez se acaricia la nariz, y en ese gesto advierto una pretensión de sensualidad. Se da media vuelta y ordena:

—Jiménez Uno, la causa.

Y el señalado se marcha presuroso. ¿El otro se llamará Jiménez Dos? Ni se me ocurre preguntar.

El juez me sigue observando. Siento que me saca una radiografía. No puedo evitar sonrojarme. Él se endereza, no deja de acariciarse la nariz. Me pone nervioso.

—Tal vez el doctor Mercachifle tenga razón.

El doctor Breganti quiere hacerse más chico. Se acurruca junto al policía.

El que se había ido vuelve corriendo con una voluminosa carpeta debajo del brazo. Se la extiende al Juez. Y él la abre y la hojea.

No bien encuentra aquello —lo que sea que estuviese buscando—, golpea con el revés de la mano en el interior de la carpeta.

—Aquí está —mientras habla me alcanza la carpeta abierta—. Puede verlo por usted mismo. Debo aclararle que las manchas de manos tienen sus huellas —y esto último lo dice justo cuando estoy en posesión de la carpeta.

Un vahído me ataca, y por poco me caigo de la silla. Las fotografías me muestran sangre. Sangre por todos lados. Un bulto blanco indistinguible por culpa de mis lágrimas descansa sobre una cama. Me esfuerzo, concentro la vista: mi esposa.

Mi esposa, desnuda, sobre el lecho de una habitación desconocida. El cuerpo aparece cubierto de sangre y con múltiples puntazos. Sobre una de las paredes escribieron con... Y sí, no puede ser otra cosa que sangre. Y dice, gigante: «TRAICIÓN». Y huellas de manos manchan la pared.

No puedo seguir viendo. El llanto me gana.

El juez, el abogado y los policías se retiran llevándose la carpeta. La mirilla de la puerta se descorre.

—Lo noto apenado, señor Yahuati —dice el juez, y no se me pasa por alto su tono de velada amenaza—. Volveremos mañana. Quizá para ese entonces se le haya refrescado la memoria.

La cabeza me da vueltas. Han asesinado a mi esposa y me acusan a mí. ¡A mí!

Oculto la cara y vuelvo a llorar.

—Ya pasó lo peor, señor Yahuati —de espaldas a la pared frente a la puerta, Marciano me mira con las manos en los bolsillos.

—¡Usted!

—No se agite, señor Yahuati —sigue con la odiosa costumbre de no mover la boca—. No le conviene que lo escuchen. Ya se lo advertí.

—¿Cómo entró?!

—Mire, señor Yahuati: yo vine para ayudarlo. Pero, si se me va a poner violento,

mejor me retiro.

—Haga lo que se le dé la gana, me tiene sin cuidado.

—Como usted quiera. A propósito, se le desanudó el zapato izquierdo.

Al mirar hacia abajo, cauteloso, lo confirmo. Me agacho y lo anudo con el esfuerzo que me generan las esposas.

Cuando me levanto me doy cuenta de que estoy solo. De nuevo Marciano desapareció. ¿Qué prodigio es este? El estupor reemplaza a la congoja. Jamás he vivido algo así. Me arrepiento de haberlo tratado mal.

Una malsana curiosidad me obliga a buscar más manchas en las paredes. Lo que veo me decide: la próxima vez que se presente Marciano, aceptaré su ayuda.

¿Habrá próxima vez?

III

Detrás de la tercera representación de la cara de mi esposa, aparece un desconocido para mí. Una cara —en tonos violáceos— permanece congelada en un rictus bestial. La ira más irracional se superpone ahí, en esa cara justo detrás de la de mi esposa. ¿Quién será? Hasta ahora las manchas venían reproduciendo las caras de algunas personas que conocí en mi cautiverio. Por ejemplo, uno de los policías que entraron con el juez. ¿Por qué uno solo? El doctor Breganti varió: ahora lo veo agachado, mirando al frente. Detrás de él, el juez. La cara del doctor Breganti trasluce terror. La del juez, búsqueda. ¿Qué significará todo esto? ¿Significará algo?

Tengo sed, hambre no. Me levanto y golpeo a la puerta. La mirilla se descorre.

—¿Qué quiere?

—Tengo sed.

—Espere.

La mirilla se cierra, y enseguida vuelve a abrirse.

—Échese atrás.

Así lo hago.

La puerta se abre de una patada. Entra uno de los policías, el otro permanece atento a mis movimientos, garrote en mano. El agente deposita una bandeja de madera con un vaso enlozado y una jarra metálica llena de agua. Se retira sin hablarme.

Bebo un largo trago. No pensé que tuviera tanta sed.

—Señor Yahuati —sin mirar ya sé quién me habla—, vine para ayudarlo.

—Antes de seguir —digo desde mi angustiada curiosidad—, debo saber su nombre.

—¿Para qué desea saberlo, señor mío? No veo la necesidad.

—Mire: usted me esconde muchas cosas, y yo a mi vez deseo esconderle otras. Qué sé yo, dígame su nombre... y seguimos con lo nuestro.

—Como quiera: mi nombre es Marciano.

Y siento un golpe en el pecho: ¡No puede ser!

—¿Qué? —le digo—. No puede ser. Se burla de mí.

—Yo jamás bromeo, señor Yahuati —su voz suena sincera y convincente—. Ya lo averiguaré con el tiempo. Las bromas no entran en mi naturaleza.

—Bromas aparte, entonces, ¿cómo piensa ayudarme? Dicen que yo asesiné a mi esposa, y tienen todas las pruebas.

—Lo primero que haré será sacarlo de aquí —lo dice con naturalidad, casi sin mover los labios.

—¿Usted es abogado? ¿Interpondrá un hábeas corpus? ¿Observó alguna falla en la causa? ¿Desea que se me fije una fianza razonable?

Y me doy cuenta de que mis preguntas suenan huecas, estúpidas. Como si buscara aferrarme a un imposible mundo de leyes, regulaciones, seguridades. Y le veo la cara a Marciano. Una cara que se va ensombreciendo, mientras los ojos traslucen incomprensión. Una inocente incomprensión. Como si Marciano fuese un niño.

—Nada de eso, señor Yahuati —me contesta, seco—, sólo lo voy a sacar de aquí. Si usted promete seguirme, claro.

—Lo prometo.

Sí: iré hasta las últimas consecuencias, lo tengo decidido.

Marciano gira y se dirige hacia uno de los ángulos de la habitación. Se agacha. Retira la mano derecha del bolsillo de la chaqueta. Le descubro una mano pequeña de tres dedos largos y nudosos. Solo tres dedos. ¿Qué tipo de marciano es Marciano? Es que salta a la vista que no se cortó dos dedos: la mano de Marciano simplemente es una mano de tres dedos. Congénita.

Y ahora introduce dos en el bolsillo superior del saco, donde suele llevarse el pañuelo, y saca una llave con un ojal en la punta. Aplica el ojal justo en una esquina de la celda, abajo, en la confluencia de paredes y piso. Gira la llave, y el piso se engancha tal cual lo haría el borde saliente de una lata de sardinas. A medida que la llave sigue girando, el piso se enrolla. Y puedo ver un espacio vacío y una escalera de piedra que desciende hacia la oscuridad. Queda suficiente espacio para los dos.

Marciano se levanta y vuelve a meterse la mano en la chaqueta.

—Puede usted pasar —me dice.

El asombro, la maravilla, la sorpresa no me permiten razonar con claridad.

—¿Adónde conduce esta escalera?

—Fuera de aquí, señor Yahuati —me dice, y me hace sentir flor de estúpido.

Y claro, ¿dónde va a conducir? ¿Al mismísimo despacho del juez?

No me conviene pensar. Debo moverme por instinto, alejarme de esta locura.

Marciano me sigue escaleras abajo. Antes de bajar más escalones, retira la llave, y el piso vuelve a desenrollarse y nos deja a oscuras.

—No tenga miedo, señor Yahuati, la luz viene en camino.

A lo lejos y desde abajo, lo prometido se acerca: una luz azul, que realza de

irrealidad los contornos de Marciano. Un gran insecto volador generando su propia luminosidad desde el centro del vientre.

¿Qué no tenga miedo? Más que aterrado estoy. Pero debo seguir. No pensar me ayuda.

La monotonía de una escalera recta de pequeños escalones idénticos no me permite controlar el tiempo del descenso, pero resulta largo.

Y llegamos al final de la escalera. Como fondo de un pequeño descanso nos topamos con un muro.

Marciano saca la mano de la chaqueta: empuña un cortante con hoja retráctil, igualito a los que se venden en cualquier librería.

Despliega la cuchilla y me observa —¿me mide?— de arriba abajo.

Camina hasta la pared. Con el cortante practica en el muro una incisión rectangular. Un chasquido, y la zona cortada se desvanece. Es como en las películas de animación. Del otro lado veo un hermoso, ondulado prado rodeado de árboles inmensos. Zumbando, el insecto volador se va por donde vinimos.

—Voy a pasar primero, señor Yahuati —dice Marciano señalando la abertura que acaba de crear—. Cuando sea su turno, por ninguna razón debe ni siquiera rozar el muro. ¿Me comprende?

Asiento.

Pasa primero y se da vuelta para esperarme.

El muro flamea. Y sisea, además, como agua que se pierde por la rejilla.

—Debe apurarse, señor Yahuati. No deseará estar de ese lado por lo que le resta de vida.

No aguardo más. Tomando precauciones, paso a través del corte. Justo a tiempo: a mis espaldas oigo como si alguien se zambullera.

Giro y giro, y ni señales del muro. Ahora estoy parado en medio del claro de un bosque. Sonrío de alivio y satisfacción.

—Gracias —digo, y es todo lo que se me ocurre decir.

—Debemos caminar un largo trecho, señor Yahuati —sigue hablando sin mover los labios—. La noche no debe alcanzarnos en el bosque.

Nos ponemos a caminar. Rápido caminamos.

Y reflexiono sobre tres importantes fenómenos:

1. Ya no ando esposado.
2. No me di cuenta de cuándo me quitaron, o se me cayeron, las esposas.
3. No reconozco ninguna de las especies de árboles que me rodean.

A pesar de su escasa estatura, Marciano camina rápido. El trayecto es difícil. El bosque se extiende entre pliegues de terreno que cuesta subir y bajar. Aún así, mi

compañero no saca las manos de los bolsillos.

Hace calor. Tengo sed y un poco de hambre. Seguimos la marcha sin hablar. Me viene bien viajar en silencio. Debo reconstruir mi vida. Aunque una cosa es el deber, y otra muy diferente el poder. Una pregunta me atormenta: ¿quién soy? Sé muy bien que yo soy yo, pero no puedo descifrar mi identidad. Soy un misterio para mí mismo.

—Nos estamos retrasando —dice Marciano, que me apura sin dejar de caminar—. La noche no debe alcanzarnos en el bosque, ya se lo dije.

—Por supuesto —le respondo, amoscado porque me trata de estúpido—. Esto de noche debe ser un lugar frío y húmedo. Y aparte usted no trajo víveres, que yo sepa. ¿Qué clase de huida planeó?

—No me preocupan las nimiedades, señor Yahuati. —Me resulta hipnótico verlo caminar con las manos en los bolsillos y hablando sin mover los labios—. El día esconde rostros que se sueltan de noche: no le gustará descubrirlos.

—¿Qué me quiere decir, Marciano?

—Tiempo al tiempo, señor Yahuati. Todas sus preguntas le serán respondidas cuando lleguemos al Fuerte Capitales.

—¿Capitales? ¿Cómo las capitales del mundo? ¿Cómo... como los Pecados Capitales? Extraño nombre para un fuerte, ¿no?

—No sé distinguir lo extraño de lo normal, señor Yahuati.

—En fin... —digo, cada vez más intrigado—, vamos hacia una fortaleza. ¿Por qué es necesaria una fortaleza?

—A su tiempo, señor Yahuati —Marciano acelera el paso.

La sed me molesta, el hambre todavía lo controlo.

—Marciano, tengo mucha sed.

—¿Hambre también, señor Yahuati?

Y a pesar del apuro con que caminamos, se frena.

—Un poco —digo.

Saca la mano izquierda del bolsillo de la chaqueta y me muestra una caja de madera. La abre usando en pinza esos largos dedos. Píldoras rosas, celestes, rojas y azules, separadas en cuatro divisiones interiores. Me extiende una píldora azul y una rosa. Por poco se me caen: pesan más que si fuesen de plomo. Me quedo con ellas en la mano. No sé qué hacer.

—¿Usted primero come y luego bebe, o viceversa?

—Por lo general, Marciano —y me siento un ganso al responderle—, primero como... y luego bebo.

—Trague la píldora rosa, cuente hasta treinta, y después trague la azul —sin darme tiempo a contestar, avanza hacia adelante entre la espesura—. No debemos retrasarnos, señor Yahuati.

Mientras lo sigo, obedezco. A los pocos minutos, la sed desaparece. Voy comprendiendo que me enredo en algo incomprensible para mí. Algo que va más allá de lo vivido. ¿Vivido, dije? Si no recuerdo mi vida.

El terreno se vuelve llano, hay menos árboles. Oigo un murmullo apagado, viene de lejos: voces humanas.

—Ahora veremos fenómenos que pueden perturbarlo, señor Yahuati. Pero no tenemos más remedio que cruzar por acá. Vamos con retraso, ya se lo vengo advirtiendo: si nos alcanza la noche, estaremos perdidos.

—¿Y qué vamos a ver?

—A su...

—...sí ya sé, no me diga nada: a su debido tiempo.

Salimos a un claro. Un diámetro de veinte metros, no más. En medio del claro, un arbusto con algún tipo de frutos colgando del ramaje. Tres hombres desnudos, de piel colorida, a los pies de la planta. Los reconocí: ¡personificaciones del doctor Breganti! Al menos, sus facciones resultan un calco.

¿Qué magia es esta?

El más voluminoso, que tiene la piel azul —y, como también lo creo en los demás, no parece que se haya pintado o tatuado—, se entretiene devorando los frutos. Otro, con piel amarilla, en lánguida postura se recuesta boca abajo sobre la hierba. Encima de él, ahora sodomizándolo, un tercer individuo, de piel rojiza. No nos han visto. Los dos del suelo discuten:

—Basta, Breganti —dice el amarillo, bostezando—. Ve a hacer tu trabajo con Breganti. Yo estoy harto, sabes que todo me cansa.

—Ya lo he intentado varias veces, Breganti —responde entre jadeos el rojizo—, pero él siempre está comiendo. No deja nunca de comer. Y yo no puedo... —ríe—, no puedo comérmelo.

—Es su condena, Breganti —de nuevo el amarillo—. Cada uno de nosotros tiene una.

Tratamos de pasar lo más lejos posible de esas aberraciones, pero nos descubren. El fauno rojo se levanta. Camina hacia nosotros dando pequeños saltos. Tiene una potente erección.

—¡Qué joven tan agraciado! —dice señalándome, y me doy cuenta de que su voz femenil trata de ser cautivadora, aunque a mí me resulta repulsiva—. Pasa la tarde con nosotros, por favor.

—Siga caminando, señor Yahuati. No se me detenga, no debemos retrasarnos.

¿Y qué se cree? ¿Que me voy a quedar? Habré perdido la memoria, pero algo me dice que estúpido nunca fui. Por primera vez desde que salí de la celda, acelero y lo paso.

—Oye, Marciano —ahora la voz del Breganti rojo suena desilusionada—: ¿siempre debes jugar de aguafiestas?

—Nunca juego, Breganti, no está en mi naturaleza jugar.

El fauno nos sigue durante un trecho, pero cuando llegamos al límite del claro se vuelve con sus compañeros de orgía.

¿Qué papel juega el doctor Breganti? Ahora pongo en duda mi detención. ¿No me

habrán montado una comedia? Pero solo tengo a Marciano para preguntar, y entonces me arriesgo a recibir un nuevo y odioso «A su tiempo»:

—Quiero saber lo que está pasando, Marciano. ¡Y ya!

—Calma —me contesta sin aminorar la marcha—. En el Fuerte Capitales le responderán a todas sus preguntas.

—¡Pero exijo...!

—Señor Yahuati, lo que acaba de ver es lo más suave que este bosque puede ofrecerle. Y le recuerdo que usted no está en posición de exigir nada.

De nuevo nos internamos en la floresta, y el bosque vuelve a plagarse de ondulaciones, de rocas y raíces a flor de tierra. A los tropezones, sigo pensando que estoy fuera de mi dimensión conocida. Y ya no por mí y mi pérdida de memoria, sino por el mundo que he dejado atrás, quizá para siempre.

Otra vez el terreno se aplanan, la vegetación deja de ser tupida. Pisamos... ¿arena? ¡Sí, arena de una playa!

A unas decenas de metros espera el mar, y más allá de la orilla veo que en medio del mar se levanta un muro almenado. Cada tanto sobresale una torreta, picada de orificios. ¿Desde ahí lanzarán flechas? ¿Los usarán como guías para apuntar con armas de fuego? ¿Tendrán enemigos? Demasiadas preguntas que Marciano no me contestará.

Intento contar las torretas, pero pierdo la cuenta. Y, respecto a las dimensiones del muro, no puedo calcularlas.

—¿Fuerte Capitales? —pregunto señalando semejante monstruosidad.

—Sí, señor Yahuati. Y no le tema a la distancia que debemos atravesar por mar, pues disponemos de un bote.

La arena es cada vez más suave, húmeda. Queda adherida al calzado, pero no me hundo mucho en ella.

Anochece. Recién ahora percibo el silencio del bosque. ¿En esta dimensión —si es que estamos en una dimensión diferente— no habrá animales, acaso insectos?

Con Marciano caminamos paralelo a la orilla, me conduce directo a una escollera. En el extremo veo una escalinata de piedra cuyos últimos peldaños son ocultados por las olas que baten la muralla. Amarrado a una argolla del muro, se sacude un bote de remos. Lo ocupa un pasajero a quien no le distingo la cara, pues se mantiene de espaldas a nosotros. Se lo ve incómodo, como el que no encuentra su posición. El rumor de los topetazos de la quilla contra los escalones de piedra me traslada a unas vacaciones de verano junto a mi esposa. Y todo sigue siendo extraño: sé que fui de vacaciones, pero nada recuerdo de ellas.

Oigo gritos, alaridos y gruñidos. En un primer momento, pienso que por fin los animales salvajes se revelan de una vez. Prestando más atención, descubro que esos primitivos aullidos provienen de gargantas humanas. De espaldas al mar y a la

muralla que lo divide, mi terror me lleva a atisbar en la espesura de la costa.

—Se nos ha hecho muy tarde, señor Yahuati —Marciano me apura—. Debemos ir a la punta del muelle.

—¿Usted ha oído lo mismo que yo?

—Sí, señor Yahuati. Yo puedo oír tal cual oye usted.

—Quise decir que...

—Sé lo que quiso decir, señor Yahuati. El bote nos espera.

Ya el pasajero se ha acomodado del todo, sentado en uno de los tablones transversales. Debía haberlo imaginado: el mismísimo Breganti en carne y hueso, y vestido de lo más elegante, aunque su compostura dista mucho del doctor Breganti que conocí en la sede judicial. Y me resulta evidente que no ignora nuestro inminente abordaje.

—Gusto en volverlo a ver, señor Yahuati —dice, sin levantar la vista del fondo del bote. Me saluda con amistosa displicencia, como si fuera de lo más natural que yo esté en semejante sitio.

—Hola —le contesto seco, aunque en realidad no sé qué decir. ¿Cómo reclamarle sobre ese juego siniestro de «abogado defensor» que protagonizó delante del juez?

Marciano aborda primero, se sienta en el tablón central. Me deja espacio para que yo ocupe el de proa. El doctor Breganti agarra los remos de popa, y yo hago lo mismo con los míos. Mientras, Marciano se limita a meterse las manos en los bolsillos.

Enfilamos hacia Fuerte Capitales. El destino de nuestro viaje permanece a mi espalda, y el bosque de la orilla a mi frente.

Gritando, desfigurado por la más intensa ira, un individuo de piel verde corre por la escollera tanto como se lo permiten las piernas. Y se zambulle en el mar y nada hacia nosotros. Aunque el bote es más rápido, él no desiste.

—¡Terminará ahogándose!

—Siempre termina ahogándose, señor Yahuati — responde Marciano, inmutable.

—¿Usted ya lo conoce, no va a hacer nada?

—Por aquí nos conocemos todos, señor Yahuati.

Aunque el bote se bambolee hendiendo las olas, él sigue hablando sin mover los labios, las manos en los bolsillos.

—Podría haberme dicho qué cosa es este lugar, señor Marciano.

—En Fuerte Capitales le explicarán todo lo que usted desee saber, señor Yahuati.

—Yo quiero respuestas ahora, señor Marciano.

—Espere a llegar a Fuerte Capitales, señor Yahuati.

—¡Claro que sí, ya verá! —estalla el doctor Breganti—. Le responderán a todas sus putas preguntas, ya lo creo que lo harán. Pero jamás le dirán nada de nada de lo que usted ignora y que no puede preguntarle a nadie en aquella mierda de Fuerte.

—Doctor Breganti —interviene Marciano, más solemne si cabe—: usted sabe muy bien que...

—Sí, sí, ya lo sé —Breganti, rojo como un camarón, dobla la cerviz y sigue

remando—. Le ruego, señor mío, que acepte las disculpas de este humilde postulante.

IV

La habitación es confortable. Acabo de tomar una extensa y cálida ducha. Cansado después de la caminata y de remar, los párpados me pesan. La cama me llama presentándose como una esperada ofrenda. En medio del cuarto hay una mesa y sobre ella, alimentos y bebidas exóticas.

No tengo hambre, quizás un poco de sed. Destapo una botella con un líquido cristalino que sisea como si fuese una gaseosa común. Pruebo un poco. Me resulta exquisito. Como si ese sorbo hubiese roto algún dique, el hambre y la sed me atacan. Devoro lo que han puesto frente a mí.

Al rato, me siento repleto como nunca. Pero... ¿cómo sé que nunca estuve así de repleto? No puedo aseverarlo.

Me recuesto. Ah, qué cama confortable.

No sé cuánto tiempo he dormido, pero me despierto de noche. Hambre y sed. Claro: como me han tenido mucho tiempo sin comida, lo de anoche no ha sido suficiente.

Me levanto de la cama para beber algo de lo que haya sobrado. Me encuentro con la mesa puesta: manjares y bebidas. ¿Los mismos que los de horas atrás? Es como si no los hubiese tocado.

Qué buen servicio de habitación, pienso, y me sirvo un vaso de aquella efervescencia. Otra vez el hambre y la sed. Y entonces, igual que la primera vez, lo devoro todo.

Satisfecho, vuelvo a la cama. Y de inmediato me duermo.

No sé cuánto tiempo he dormido, pero me despierto de noche. Hambre y sed. Me doy cuenta de que algo anda mal. Trato de permanecer en la cama. Pero, al cabo de un rato, las desarmadas cobijas me molestan.

Me levanto y, tal como lo había supuesto, la mesa me espera con sus manjares y sus exóticas bebidas. Pero esta vez voy hasta el baño y bebo agua directo del grifo... y el estómago se transforma en un grito desesperado.

Salgo de la habitación. Avanzo como puedo en el silencio y las penumbras de Fuerte Capitales. Avanzo doblado, las manos en el vientre, que tira de mí como si en él llevara un yunque. Ahora un vacío me succiona desde adentro... y de la sensación de vacío paso al dolor. Un dolor supremo que me hace tambalear, que me obliga a caminar sin ver por dónde camino.

Desesperado, entro en una habitación vacía. Ya en el baño, me tomo una ducha helada.

Ocupo una silla.

La silla pertenece a una mesa.

La mesa está servida.

Manjares sin nombre y bebidas fulgurantes.

Pienso en mandar todo al mismísimo demonio, dejarme vencer por la desafortunada gula. Es que el dolor no cede, al contrario.

Pero barro con los brazos lo de la mesa. Me levanto y destrozó la silla sobre ella. Elevo la mesa y la arrojo contra la ventana, que estalla en esquirlas.

La furia es tan grande que me hace sollozar. El vacío doloroso del estómago no se rinde. ¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer!

—Señor Yahuati —la conocida voz actúa de bálsamo—, vine para ayudarlo.

—¿Puede usted salvarme de mí mismo, amigo Marciano?

—Eso ya lo ha hecho usted mismo, señor Yahuati. Yo sólo puedo ayudarlo con lo otro.

—¿Con qué puede ayudarme, entonces?

—Con el dolor.

Y cuando nombra al dolor, el dolor me vuelve en espantosas oleadas.

—Por favor, sí. ¡Por favor se lo pido!

Y ahí me doy cuenta: Marciano está sosteniendo una caja metálica, acaso de peltre. Cuando la abre, descubro que contiene pequeñas píldoras. Blancas píldoras. Me extiende una. Con la experiencia de las anteriores, me preparo para su descomunal peso. La mano tensa se lanza súbita hacia arriba: el peso es el de cualquier píldora normal.

—Tómela con agua del grifo, señor Yahuati.

Voy presuroso al baño.

El dolor corroe, lacera, y la desesperación me lleva a frotarme el estómago.

—Debe darle tiempo a que haga efecto, señor Yahuati.

—¿Qué me está pasando?

—Eso se lo puedo contestar en la sala de las imágenes.

Lo ha pronunciado como si de una institución se tratase: La Sala de las Imágenes.

—¿La Sala de las Imágenes? ¿De qué imágenes me habla?

No me contesta. Se queda mirándome, como si esperara a que me decida a seguirlo.

Poco a poco, el dolor amengua. Sólo un soportable vacío en mi estómago me recuerda el horror.

—Bueno, Marciano... —digo, y hasta la voz suena más saludable—. Permítame acompañarlo entonces: quiero saber de qué se trata todo este misterio.

El hombrecito entra a una habitación. Vuelve con dos antorchas y me entrega una. ¿No conocen las baterías en este universo? Nos ponemos en marcha.

A través de múltiples habitaciones llegamos a una arcada. ¿Qué hay más allá? La temblorosa luz de las antorchas me descubren... me revelan... ¿criptas? ¿En las honduras de Fuerte Capitales hay criptas? Pero esa no es nuestra meta.

Descendemos una larga escalera de caracol, mientras yo le ruego a Dios que me

procure la precaución necesaria para no resbalarme, para no dejar mis huesos ahí.

Llegamos por fin al fondo, pisamos el húmedo suelo de las catacumbas. Porque resulta innegable: esto que pisamos son catacumbas.

Una pequeña habitación con paredes de piedra y sin mobiliario. Marciano vuelve a sacar de su chaqueta el cortante de hoja retráctil y, sin siquiera medirme —ni aunque sea a ojo me mide—, practica una incisión rectangular en el muro. Vuelve mi sensación de estar adentro de un dibujo animado: es como si Marciano hubiese creado el vano de una puerta. La luz que viene del otro lado me enceguece. No distingo qué hay más allá del agujero, que ya empieza a flamear y a sisear.

Marciano deja en el piso la antorcha y pasa hacia la luminosidad y me espera. Así, a contraluz, evoca una extraña marioneta.

—Señor Yahuati, debe apresurarse.

Imitándolo, paso a mi vez. Oigo de nuevo el siseo acuoso.

Con los ojos ya acostumbrados a la luz del pleno día, me descubro cobijado por una enorme cúpula que, si mis cálculos no fallan ante la falta de puntos de referencia, se extiende a unos cincuenta metros por encima de mí. Acabo de entrar en la base de una torre colosal, de acaso treinta metros de diámetro. ¿A qué maravilla me ha traído Marciano? La cúpula que remata la torre, de cristal resplandeciente y bajo la cual me siento insignificante, me permite apreciar un cielo verde de nubes rosadas. A mi alrededor circundan el perímetro interno de la torre ventanas que cuatro elefantes podrían transponer al mismo tiempo. Voy a una de ellas, la más cercana a mí, y quedo impactado por el paisaje: un desierto rojo se extiende hasta perderse de vista. Rectos canales lo cruzan acá y allá.

Alternándose con las ventanas, flotan láminas de un finísimo material refulgente. Me acerco, pero no logro descubrir su asidero. ¿De qué se sostienen? ¿Cuál es el artilugio? Se mantienen a la altura de mis ojos, como flexibles espejos flotantes.

Marciano marcha decidido hacia una de aquellas láminas. ¿Por qué justo a esa? ¿Qué tiene de diferente? Saca del bolsillo un frasco con gotero. ¿Cuántas cosas guardará en los bolsillos, que extrañamente no lucen abultados? Desenrosca el gotero y deposita una gota sobre la lustrosa superficie. Cierra el frasco.

En lugar de resbalar, la gota se ensancha, se expande en todas direcciones. Y la superficie de la lámina titila. La luz queda fija, enceguece. Y, al amenguar su intensidad, en esa especie de pantalla se va delineando una habitación... ¿es la mía, mi pieza? —salvo por algunos detalles, podría aseverarlo—. Y en la cama descansa un cuerpo rechoncho, en apariencias dormido. Fijo mejor la vista: el doctor Breganti.

—¿Para ver a Breganti roncando a más no poder hicimos semejante camino?

—¿Desea ver los detalles, o sólo un muestreo general? —me dice ignorando el sarcasmo.

—Lo que usted quiera está bien.

—Entonces iremos a lo superficial. La pantalla nos mostrará al doctor Breganti desde un momento previo, cuando entra en la habitación. La faceta superficial, como

ya he dicho. Y todo será a su propio riesgo, señor Yahuati.

Esas palabras logran evocar en mí otra reminiscencia: cierto prólogo, prefacio o primer capítulo de una gran novela de Oscar Wilde. Pero el título de la historia se me escapa, al igual que mi propia historia. Mi completa historia.

—No sé qué puedo obtener espionando a Breganti, Marciano. ¿Qué enseñanza pueden darme los momentos más íntimos de ese gordo con cara de estafador?

—Espere, déjeme en paz un instante, que no es fácil dominar las pantallas —y Marciano manipula en un ángulo como... como pellizcándolo—. ¡Listo!

La pantalla se vuelve blanca en un destello que precede a nuevas imágenes: Breganti ingresando en la habitación, Breganti yendo al baño, Breganti lavándose a conciencia las manos, Breganti sentándose a una mesa servida a lo monarca. Come muchísimo más que yo. Satisfecho, entra otra vez en el baño y se desnuda. Se da una ducha caliente.

El doctor Breganti alcanza una respetable erección, que el cerdo no deja pasar por alto: se soba el miembro mientras completa la ducha. Se envuelve en una bata de toalla, que deja «provocativamente» abierta: es evidente que le gusta mostrar, aunque lo haga para sí mismo. Enfrenta la silla a una de las paredes. Del cajón de la mesa de luz saca un frasco con gotero. Lo desenrosca y salpica un poco del contenido sobre una zona de la pared. Al instante esa zona parpadea como lo acaba de hacer nuestra pantalla. La pared, entonces, emite pornografía: sexo sucio y barato. El doctor Breganti vuelve a degradarse, y en esta parte evito mirar.

—No puedo creer que hayamos venido hasta aquí a ver cómo un grasoso de tres al cuarto desciende al nivel de un primate, Marciano. ¡Lo que acabamos de hacer no es digno!

—No deje de mirar —me responde lacónico.

No sé por qué observo la pantalla. Ahora Breganti duerme.

—Mírelo, qué prodigio —digo con sorna—: un cerdo durmiendo como un tronco aserrado.

—¿Le parece, señor Yahuati? ¿Por qué no mira mejor, usted que es tan suspicaz?

Displicente, presto mayor atención a la imagen. Al principio no distingo nada de interés. Pero llega un momento en que me doy cuenta: la silla se desplaza hacia su posición original en la mesa. Arriba de la mesa, los alimentos se regeneran por sí solos. Cuando todo está listo como al principio, el doctor Breganti se despierta. Da vueltas en la cama, remolonea hasta que se decide levantarse. Se viste con la bata, que vuelve a dejar abierta. Va a la mesa y devora a dentelladas engrasándose el mentón, la cara, las manos. Ni la panza se salva de la invasión de salsas y sustancias mantecosas. Se repite entonces el mismo ciclo masturbatorio-onírico-gastronómico: cuando Breganti se retira a dormir, la habitación cobra vida de nuevo. Una vez más.

Es un espectáculo, pienso, en continuado. Eterno. Satánico. Una trampa diabólica.

—No quiero seguir mirando.

Lo he dicho en voz alta, apesadumbrado, aunque lo he dicho más para mí mismo.

—Como usted diga, señor Yahuati. Ya mismo detengo las imágenes.

Cuando Marciano vuelve a manipular la pantalla, queda de espaldas a mí. Y un sentimiento homicida me acomete: ¡quiero golpearlo, me siento mal por haber presenciado ese triste espectáculo! ¡Golpearlo! ¡Morderlo y que sangre!

Ira. ¿Así era yo? ¿Un colérico? ¿Un violento?

—¿Por qué...? —digo, y respiro profundo—. ¿Por qué el doctor Breganti es castigado de esa manera?

—No es un castigo, señor Yahuati —corrige Marciano, y creo distinguir en su tono un matiz de sorpresa.

—Si no es un castigo... ¿qué es? Me recuerda a algo. ¿El suplicio de Sísifo? ¡No! ¡El suplicio de Tántalo!

Él menea la cabeza y frunce los labios.

—Es una prueba —me dice—. Una prueba que puede desembocar en una enseñanza —por primera vez vislumbro una pizca de emoción en su voz—. Una experiencia que puede hacer que el sujeto evolucione, que alcance una libertad total. —Y, después de una pausa, acaso espoleado por mi actitud escéptica, repite, reflexivo —: *Total*. ¿Me comprende?

—¿Una prueba, dice usted?

—Así es.

—¿Y él sabe que es una prueba?

—No creo.

Ya no puedo callarlo más, y lo confieso abiertamente:

—Me dan ganas de pegarte —digo, y la inesperada familiaridad me sorprende incluso a mí: ¡acabo de tutearlo!—. ¿Y por qué no se lo has dicho?

—Él no preguntó, señor Yahuati.

—Yo pasé por lo mismo, es horrible.

—Pero usted se dio cuenta de inmediato. Ya ha vencido a su primer enemigo, señor Yahuati.

—Te equivocas, Marciano: yo no tengo enemigos.

—Sí que los tiene. Venció a uno. Le queda otro.

—No recuerdo haber luchado contra ningún «enemigo». Y ese otro, ¿quién es?

Marciano sonrío. Apenas mueve los labios.

—Mañana lo deberá enfrentar, le recomiendo que esta noche descanse.

—«En Fuerte Capitales —remedo su voz— le contestarán todo lo que usted desee saber».

—Ya se lo he dicho, señor Yahuati —y se vuelve hacia el centro de la bóveda. Pero gira imprevistamente y me enfrenta—. ¿No era usted el perspicaz?

Pero yo no lo escucho. Se me presenta en mi imaginación la mesa de exóticos manjares. Y eso me atemoriza.

—Temo volver a mi habitación —le digo.

Y lo digo con recelo, sospechando que esta vez no podré vencer la tentación ante

esas delicias.

Le cambia la mirada.

—La mesa ya no estará servida, señor Yahuati.

Se da vuelta de nuevo y camina. Lo sigo.

En el centro de la torre distingo por primera vez, desde esta nueva posición, algo dorado y refulgente, suspendido a metro y medio del piso. A medida que me aproximo, me doy cuenta: una argolla. Descubro que un finísimo hilo parduzco la sostiene desde las alturas. Marciano me indica que pase mi anular por ese aro y que jale con fuerza.

—¿Por qué debo hacerlo yo?

—Yo soy demasiado liviano, señor Yahuati.

Hago lo que me dice. Frente a mí, un sector del piso, de un metro cuadrado, se esfuma. Una escalera de mármol nos aguarda. Bajamos pocos escalones hasta un recodo que desemboca en una puerta vaivén. Al abrir, veo un pasillo del Fuerte Capitales. Y por ese corredor accedemos a mi habitación. Tirando de una simple argolla, así de fácil en comparación con la ida laberíntica. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿En qué me he metido? ¿Quiénes son los que me trajeron aquí? Y por qué.

Ingreso con recelo en el cuarto, pero ni noticias de la mesa y la silla.

Bebo agua del grifo. Me tiro en la cama. Tardo un poco, pero al fin me duermo pensando en quién será ese enemigo que mañana deberé enfrentar.

V

—Señor Yahuati —no he oído entrar a Marciano—, es hora.

Dormí muy bien. Sin desperezarme, salto de la cama. No recuerdo una mañana en que me haya levantado con tanta energía.

Tomo una ducha caliente. La barba me raspa. Debería afeitarme, pero en el baño no hay espejo. En realidad, ahora que lo pienso, en ningún lugar de Fuerte Capitales he visto un espejo.

—¿Marciano, por qué no hay esp...? —digo al salir del baño, pero no puedo terminar la pregunta.

Porque Marciano ha desaparecido.

Me visto con la ropa limpia que veo colgada del picaporte. ¿Dónde habrá ido a parar mi ropa anterior? Bah, para qué investigar esa tontería.

Pasan los minutos y las horas, y la espera me resulta insufrible. No hay señales de Marciano ni de nadie.

Salgo al pasillo, y tampoco veo movimiento. Voy abriendo la puerta de cada cuarto, sin encontrar ni una mísera laucha. Llego así al final del pasillo, que se abre en un extenso *hall*. Frente a mí, veo el tramo de la escalera descendente. A mi derecha, perpendicular al pasillo, el tramo ascendente. Me detiene la duda, la falta

total de certezas. Siento temor a perderme si me interno en cualquiera de las dos direcciones. Pero no me queda opción si quiero salir de aquí, o al menos encontrar a alguien. La pregunta es: ¿para arriba o para abajo? Fácil sería decidirlo si tuviese una moneda conmigo. No sé por qué, pero hacia arriba me tienta más.

Subo, y se van sucediendo los extenuados pisos. Al principio los he contado, pero ya no me molesto. Cada tanto dejo las escaleras y me arriesgo a revisar las habitaciones. En algunas me encuentro con la nefasta comida: aguarda, seguro, a algún incauto. En ningún momento me he topado con un ser vivo.

Mis piernas flaquean, la respiración se me vuelve más entrecortada.

Al fin, la escalera me deposita en una habitación redonda, de techo plano. En el centro, una escalera tipo caracol se pierde en el techo. ¡Cuántas escaleras en esta aventura!

¿Y ahora qué?

Me viene una idea, una imagen: la cinta de Moebius.

Un escalofrío me recorre la columna hasta la base del cráneo. Un espasmo que me doblega y muta en certeza: Fuerte Capitales —sus escaleras, sus habitaciones y dédalos, su laberíntico entramado surreal— es en sí mismo un universo que se tuerce y se retuerce sobre su ajustada singularidad. Orbe con leyes diferentes a las leyes que rigen la Tierra, Fuerte Capitales cuenta con sus propias y exclusivas leyes. Una dimensión desconocida que me atrae y me repele... Atraer y repeler y sus infinitos estadios intermedios: la idea de Moebius otra vez. O la del Yin y el Yan. O... no sé, sólo estoy seguro de que si yo hubiese elegido ir escaleras abajo, ahora me encontraría en la misma habitación. No una habitación similar o igual: la misma, *esta* en la que estoy parado, la que ocupa un solo espacio en el universo Fuerte Capitales.

Aparte de no saber quién soy, ¿me volveré loco? ¿Me someterá el Fuerte Capitales? No, de ninguna manera: ¡lucharé! Sí, lo tengo decidido. Ahora lo he decidido: lucharé por reconquistar lo que me pertenece. No sé si es mucho o poco, pero es mío.

A medida que me acerco a la escalera caracol, el ambiente se vuelve glacial. Al subir por los peldaños, me duelen las articulaciones, me crujen las piernas, se me endurecen los dedos. Y no toco el pasamanos metálico por temor a que mi mano quede adherida.

En el final me encuentro con un angosto descanso. En mi torpeza, me golpeo la cabeza contra el techo, que está demasiado bajo. Debo agacharme. Sobre una mesa ratona descansa una cuchilla de hoja retráctil semejante a la que usa Marciano. ¿Qué tengo que hacer ahora?

Tomo la cuchilla. El frío me vuelve torpe, me doy cuenta. Miro el techo una vez más, tan cercano. ¿Qué objeto tiene esta escalera hacia ninguna parte? Me decido: la cuchilla penetra con facilidad la argamasa. Practico un gran corte circular. Al momento, y con un siseo, esa porción del techo desaparece. Del otro lado veo oscuridad. De este lado, el frío me está congelando. Sin pensarlo pego un salto

ascendente a través del techo. Me zambullo en la oscuridad, y la ley de la gravedad no ejerce su poder en mí: sigo y sigo, como cuando me sumerjo, pero ahora lo hago hacia arriba... y me recibe el agua. Agua caliente. ¡Muy caliente! ¡Morir hervido, qué horrible! El terror me gana, y grito con la fuerza del espanto.

—Tranquilo, señor Yahuati —en medio del terror, oigo la voz de Marciano, siempre en el mismo tono, que flota cerca de mí. Al igual que yo, conserva su ropa—. Es sólo la reacción de pasar de una temperatura tan fría a algo cálido: el agua tiene alrededor de treinta y dos grados centígrados.

Poco a poco, mi cuerpo se va normalizando. Me gana una agradable sensación de bienestar. Hay oscuridad, pero no es total. Me dejo flotar suavemente.

—¿Adónde me has traído, Marciano?

—Le recuerdo que ha sido usted el que ha venido, señor Yahuati.

Lo miro con ansias asesinas.

—Bueno, está bien: ¿adónde he caído?

—Estamos en medio de un enorme lago de aguas termales —me dice, tan humilde y sincero que me arrepiento de haber querido liquidarlo.

—¿Por qué haces todo esto, Marciano?

—¿Disculpe?

—Desde que te conocí, has sido poco menos que mi niñera.

La cara se le transforma, como a quien está a punto de llorar. Se da vuelta, seguro para que yo no lo vea.

—Es mi tarea, señor Yahuati.

—Vamos, Marciano. Alguna ventaja debes sacar.

Ahora me enfrenta, y en sus ojos leo dolor.

—La vida es una cadena, señor Yahuati. Si pasa esta prueba, quizá yo pueda necesitar de usted en el futuro.

—Si salgo de esto (y no sé qué es *esto*), puedes contar conmigo.

Marciano niega con la cabeza.

—Usted nada recordará. Para usted, yo seré un extraño.

No puedo soportar esos ojos. Así que soy yo el que se da vuelta. Y cambio a propósito de conversación.

—¿Hacia dónde nadamos, entonces?

—Debemos quedarnos a esperar a que nos rescaten.

Por suerte las aguas son salinas, y se puede flotar sin esfuerzo. Como contrapartida me da sed, siento que me estoy llenando de sal.

He perdido la noción del tiempo, pero supongo que llevamos bastante esperando. A lo lejos veo varias luces azules que se acercan en una danza. Las luces iluminan un tronco que se dirige hacia nosotros.

—Por fin llega la ayuda —digo—, ha tardado mucho.

—Es que usted trazó un agujero muy grande, señor Yahuati, debieron buscar por todo el lago.

—Pero caí justo donde estabas tú.

—Porque el agujero lo hizo con mi cuchilla. A propósito, ya puede devolvérmela.

—Lo siento mucho, Marciano. La debo haber dejado caer cuando creí que moría hervido.

Su gesto de decepción me hace sentir como un niño torpe al que no se lo puede dejar solo.

—Bueno, no se preocupe —dice finalmente—. Siempre puedo conseguir una nueva.

El tronco avanza, gira un poco y frena lento: justo delante de nosotros.

Las luces vuelven a ser insectos voladores. Siete, para ser precisos. Del medio del tronco una abertura desciende, como puente levadizo, hasta introducirse en el agua. Una rampa ascendente.

—Suba usted, señor Yahuati —me invita Marciano.

—Mira, Marciano, disculpa, pero... ¿por qué tanta rusticidad? ¿Un tronco con una puerta? Parece cosa de gnomos.

—Es que debemos guardar las apariencias: hay ojos que no deben ver nuestras tecnologías.

—¿Dónde estamos, Marciano?

—Señor Yahuati (y conste que voy a romper una regla por usted), la pregunta tendría que ser: «¿Para qué estamos?».

—Eso —digo, esperanzado—: ¿para qué hemos venido aquí?

—Pronto lo sabrá, señor Yahuati.

Como si la rampa fuese el borde de una pileta, mis manos se aseguran a ella y me impulso hacia arriba y hacia delante. Una vez con medio cuerpo sobre la rampa, me ayudo cruzando una pierna por sobre el filo. Por fin quedo tendido, boca arriba. Ahora es sencillo: la rampa tiene peldaños. Sólo resta levantarme y caminar.

Ya adentro de la nave-tronco, me doy vuelta al oír que Marciano está por entrar él también. Con las manos en los bolsillos y el traje empapado —una baba cubriendo su cuerpo esquelético—, me impresiona. La rampa se eleva hasta cerrarse. El tronco toma velocidad.

La oquedad del tronco semeja una habitación como las del Fuerte Capitales. Marciano me pide que espere aquí. Empapado, el salitre hormiguea en mi piel como urticaria. Necesito una ducha. Entro decidido a lo que parece un toilette. Nada de eso. Alguien conocido, sentado en un sofá, le hace dar un vuelco a mi corazón. Me siento burlado, y un escalofrío de indignación me atenaza. El Juez parece advertirlo.

—Hola, muchacho —me saluda, jovial, y se arrellana aún más en el sofá—. Gusto de conocerte en persona.

No atino siquiera a moverme. Si no fuese dramática, la situación me parecería un chiste de mal gusto: aunque le ha variado algo el corte de pelo, sin lugar a dudas se

trata del Juez.

—Hola, Su Señoría —lo saludo, entre irónico y resignado, con una reverencia burlona.

—No se confunda, joven —dice, y lo noto jocoso—. No soy Juez.

—Pero si yo mismo estuve hablando con usted cuando me detuvieron.

Marciano aparece ya seco y con las manos en los bolsillos. El Juez no le presta atención, y sigue diciendo:

—Usted estuvo hablando con mi reflejo, muchacho.

—¿Con quién?

—¿Es sordo? No me gusta repetir las cosas —y, girando la cabeza hacia Marciano, le ordena, juguetón—: Trae el espejo, pequeño.

Con actitud servil, Marciano se retira. Al minuto, vuelve empujando un gran espejo de pie montado sobre ruedas. Noto —y me sonrío por lo insólito— que por primera vez le veo las dos manos fuera de los bolsillos.

—Venga, joven —me dice el Juez en un divertido tono—. Acerquémonos los tres a ver nuestro reflejo.

Me quedo alelado mirando las imágenes que el espejo devuelve: de este lado somos un trío, pero en el espejo veo solamente dos figuras. ¡Como si fuese un vampiro, el Juez no se refleja! Sí aparece Marciano, y aparece tal cual es de *este* lado. ¿Y yo, que ni recuerdo mi cara? Una persona que desconozco se mueve cuando me muevo, así que ese debo ser yo mismo. ¡Por primera vez contemplo mis rasgos, mis facciones, mi tez! Me acerco para mirarme mejor, para estudiarme: soy flaco, fibroso, de cara filosa, y abundante y rebelde pelo negro.

¿Qué es más importante? ¿Seguir reconociéndome... o averiguar por qué el Juez no se refleja? Y, lo primero es más importante: tiene que ver con recuperar mi memoria. Pero lo segundo me intriga. Me intriga mucho.

Entonces miro de nuevo al Juez, parado a mi lado, y constato que en el espejo no aparece su imagen.

¿Será, efectivamente, un vampiro? ¿Algún ser sobrenatural? No lo parece. Bueno, en el universo de Fuerte Capitales, nada aparenta lo que termina siendo al final.

Me viene el recuerdo de cuando me arrestaron. Las veces que Marciano entró y salió de la celda. Las conversaciones con el cerdo de Breganti. El interrogatorio del Juez, y mi consecuente temor ante su presencia.

Cierro los ojos. Pienso. Revivo esos momentos que me marcaron a fuego. Aquel continuo examen en la mirada del Juez, sus gestos, su cara... y entonces, mi primer pensamiento cuando entré a este cuarto me golpea: el peinado del Juez. Lo vi distinto... como con un corte diferente... No, no: más bien como... ¡Claro! Tiene la raya del otro costado. Tal como nuestras caras reflejadas en los espejos nos muestran los propios peinados al revés de como nos ven los demás. ¿Será cierto lo que me dijo? ¿Es posible semejante portento? ¿Estaremos del *otro* lado, en lugar de *este* lado? ¿Estaremos dentro de la dimensión del espejo?

No puedo resistirme a la tentación de acercarme, de palpar el resplandeciente azogue. Estoy por alzar la mano, cuando Marciano me advierte:

—¡Cuidado! No debe tocar el espejo, señor Yahuati.

—¿Por?

—Es peligroso...

—¿Porqué es peligroso? Además, ¿cómo es que no se refleja el señor Juez, a quién veo aquí, entre nosotros?

—Usted... —refunfuña el Juez, dando un puñetazo al brazo del sillón—, ¿usted tiene algún problema mental o auditivo, joven?

—No, creo que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Ya le dije que no soy Juez.

—Ya sé que usted me dijo que no es Juez. Lo que no me dijo es por qué no se refleja como cualquier hijo de vecino.

—He perdido a mi reflejo.

—¿Cómo?

—Así es. Ya no tengo reflejo. Se fue. El que usted conoció en la Sede Judicial, ese que es igualito a mí, y se hace llamar Juez, es en realidad (o era) mi reflejo. Mi taimado reflejo. Escapó aprovechando mi fase menguante.

Me cuesta entenderlo.

Marciano se lleva el espejo por donde lo ha traído.

—Un reflejo... —digo—. ¿Un reflejo corpóreo?

—¿Y qué? No me diga que por acá no vio trucos más espectaculares que un simple reflejo corporizándose y escapando de su dueño.

—Si usted no es *el* Juez, ¿qué es?

—Soy... —dice, y salta del sillón y se planta ante mí en una pose solemne—. Soy El Hacedor.

¡Ah, bueno!, pienso.

La nave frena despacio.

Saber que hay reflejos que pueden corporizarse —o cuerpos que no pueden reflejarse— no va a devolverme la memoria. Acabo de verme en el espejo. ¿Cómo es que no puedo recordar mi propia cara, que es lo que verdaderamente importa?

La nave-tronco frena.

—Muchacho —El tal Hacedor me sonrío con ganas—: es hora de despedirnos. A ti te resta el tramo final del camino.

—Sí, ya sé: ahora deberemos bajar con Marciano nuevas escaleras, pasar por muros que se evaporan, caer en una oscuridad espeluznante sólo iluminada por la panza de un insecto o desembocar en algún otro lugar remoto y desconocido regido por leyes diferentes a las leyes que rigen a la Tierra. ¿No es verdad?

—Hijo —me dice—: usted lee muchos relatos fantásticos —y la puerta levadiza baja con lentitud, invitándonos a salir.

—¿Entonces? —digo, mientras la abertura ya deja ver un muelle unido a una

corta playa, con un palmar de fondo: el típico islote de los náufragos.

—Aquí nos separamos, muchacho —El Hacedor deja de ser jocoso y pretende solemnidad, lo cual es aún peor—. Para bien o para mal, esta es nuestra primera y última vez juntos.

—O sea que yo me bajo aquí, y soy dejado a la buena de Dios.

—Mejor digamos que es dejado aquí a la buena de Yahuati —se sonríe ante su propia ironía.

Deseo pegarle.

—Buenos días, señor Yahuati —se despide Marciano con su tono invariable. Ya le he tomado aprecio a esa persona pequeña, pero que intuyo de gran corazón—. Un honor haberlo servido.

—Una pregunta antes de bajar —le digo a El Hacedor.

—Diga usted, joven Yahuati.

—¿Por qué el doctor Breganti puede pasar por lo mismo noche tras noche, y a mí se me da una sola oportunidad?

—Si bien es cierto que por culpa de la indolencia de Breganti murió gente —El Hacedor ya no muestra su sonrisa, sino una mirada suspicaz—, el buen doctor no mató a nadie con sus propias manos.

¿Y yo? ¿Yo sí maté? Entonces... ¿las acusaciones eran fundadas?

—Bien, ya me cansé —digo para darme fuerzas mientras salto del tronco al muelle—. Veremos qué hay por aquí. ¿Con qué nuevos fenómenos pretenden deslumbrarme?

Me envuelve una tenue luminosidad. El tronco parte y se desvanece entre brumas. Silencio.

No veo nada vivo, nada que se mueva siquiera. Parece que por acá sólo crecen las palmeras y algunas pocas hierbas. Si bien la ropa se secó, persiste el molesto escozor. Camino en busca de agua dulce.

Me interno en el palmar. El débil resplandor deja paso a mucha luz y bastante calor. No distingo de dónde proviene la luz: los objetos no hacen sombra. En el cenit no distingo nada: el cielo permanece lechoso. Llego a un pequeño manantial de agua surgente. La pruebo.

¡Es dulce!

Mientras bebo, oigo un alarido y me paro de golpe. El alarido proviene de algo que se está moviendo. Corro hacia la playa.

Ahora los gruñidos me persiguen, y sigo corriendo por la orilla. Los gritos son cada vez más cercanos. Miro hacia atrás: un sujeto de piel violeta me persigue. Su cara desfigurada por la ira va más allá de cualquier razonamiento. Me freno.

Lo espero plantado en la arena. Me ataca, y lo esquivo, y pasa de largo y cae al agua y se levanta y se me viene de nuevo. Lo recibo con un puñetazo en la nariz. Trastabilla, abre los brazos como para sujetarme. Le pego en el plexo solar y en el mentón —desconocía mi propia fuerza— con golpes que hubiesen derribado a un

burro. Veo cómo sangra de la nariz ese hombre violeta. Insólitamente, la sangre es roja, igual que la de cualquier cristiano. Eso me desconcentra, y él aprovecha para sujetarme. Intenta morderme el cuello. De un rodillazo en los genitales logro que me suelte. Lanza otro alarido estremecedor y extiende sus manos tratando de arañarme. Sangro yo también. Doy dos saltos hacia atrás y rearmo la guardia. Espero.

Él se abalanza con más furia, gruñendo y aullando. Lo sacudo en forma, tomando conciencia de lo que estoy haciendo. Elijo con precisión los lugares más expuestos. Pero los efectos de mis golpes no duran. Ya estoy cansado. Me enoja la situación. Al rato los dos estamos gruñendo y golpeándonos en aquella playa desierta. La ira me llena. Pego y recibo, ya me da lo mismo.

Entramos al lago, y entonces se me ocurre una idea.

Me voy internando hasta que las aguas me llegan a la cintura. Sostengo a mi oponente por el cuello, lo levanto y le sumerjo la cabeza. Giro para que no pueda hacer pie. A través del agua puedo ver su muerte: la máscara de la intensa ira que lo desfigura va cediendo poco a poco. Y una cara conocida emerge desde el abismo. ¿Cómo es que me resulta conocida? No puedo bucear en mi vida anterior, pues poco y nada recuerdo de ella. ¿Dónde vi antes ese rostro? Una certeza me golpea el pecho: la he visto recién. Estaba ahí, muy cerca de mí, enfrentándome en un espejo.

Era yo.

Camino hacia la orilla. La imaginación se dispersa, no me deja concentrar. ¿He matado mi ira, corporizada en el violeta? O, por el contrario, ¿he acumulado más, para un futuro?

Comparo lo que me pasó con la comida y lo que acaba de sucederme. ¿Observo diferencias apreciables entre una y otra situación? En la primera luché contra mí mismo, contra mi apetito y mi gula. ¿Y ahora no luché contra mí mismo? Me acuesto sobre la arena. Algo no encaja. Algo...

Un gruñido, seguido de un alarido, confirman mis sospechas: emergiendo del lago, el violeta se dirige otra vez hacia mí, la cara desfigurada por la más intensa ira. Una cara que ya sé de quién es.

Y, mientras nos golpeamos, mi vida pasa ante mí montada en un carrusel siniestro. Y llega el momento de mi iluminación, de mi propia anagnórisis. Y esa estupidez de ser prolijo con los cuadernos, de que sé diferenciar un traje a medida de otro de vidriera, de que hice el servicio militar con honores... queda opacado por la realidad de lo que fui en realidad. Yo fui un amargo violento. Un aprovechador de mierda que se cagaba una y otra vez en el más débil. Un hijo de puta que saltaba ante la mínima provocación sin importarle las consecuencias. Hasta golpeaba a las mujeres. ¡A mi propia esposa, puta madre!

Y me llega la imagen del curita. ¿Justo ahora, justo en este momento me llega? Sí, justo ahora, justo en este momento: aquel Padre Francisco de mi temprana adolescencia. El mismo a quien escarnecíamos mientras él nos hablaba del Perdón. El mismo del que nos reíamos en su propia cara mientras él, imperturbable... —y, ahora

me doy cuenta, con infinito amor—, nos hablaba del Perdón.

Y, en el pleno de acto dar y recibir odio, de morder, de gruñir, me arrepiento. Me arrepiento como jamás hubiera creído posible arrepentirme.

Ya sé qué debo hacer.

La primera mordedura duele. De verdad, duele. Pero me dejo ir. Me entrego manso como un cordero.

Un cordero consciente.

Y me escapo de la realidad, de lo que me rodea.

Y floto. Floto en una oscuridad cálida, que me reconforta.

Y la oscuridad se apaga.

VI

—¡Arnaldo, levántate! —le dice su esposa como todas las semanas de lunes a viernes —.Ya son las 7:00.

—Sí, ya voy —dice Arnaldo Yahuati, y salta de la cama sin la consabida pesadez matinal.

La mente le manda un mensaje: ha tenido un sueño. Sabe que ha sido un sueño largo e importante, pero no consigue recordar nada de ello. ¡Nada!

Se dirige al baño, mira el espejo: la cara cubierta de... ¡de marcas! Se acerca al espejo y constata huellas sobre la piel. ¿Arañazos, mordeduras? Ya parecen haber cicatrizado. Son vestigios de heridas. ¿Heridas de qué?

¿Qué habría sucedido? Anoche no tuvo sexo con Ernestina. Y encima la barba parece tan crecida que le cuesta creer que la mañana anterior se ha afeitado. ¿Qué estará pasando?

Toma una ducha. Desayuna algo frugal, solo. No le apetece la abundancia diaria que Ernestina le prepara. Esquiva a su esposa. La saluda de lejos, para no preocuparla por las marcas. Y parte hacia el trabajo. Y a todo esto: ¿qué significarán esas marcas? No puede ser que no recuerde haberse lastimado durante la noche.

Sube al auto convencido de que lo espera la consabida montaña de tarea atrasada. Pero hoy se levantó con ganas de ponerse al día. No entiende esta nueva energía que reemplaza a su antigua pereza. Ni siquiera tiene hambre, ya no necesita la enorme cantidad de golosinas de todos los días. Ha cambiado y no entiende cómo.

Una vez en la oficina, se cubre con el pañuelo como si fuese a estornudar, le balbucea una excusa a su secretaria y se interna en la oficina. No quiere que nadie le pregunte por las marcas.

A media mañana suena el intercomunicador.

—Diga, Silvina.

—Señor Yahuati, hay un señor en la línea tres que no quiere decirme su nombre. Dice que se trata de un asunto personal.

—Bien, pásemelo.

—Como usted diga, señor —cuando ella termina de hablar, oye el característico clic de la llamada entrante.

—Hola —dice.

—Señor Yahuati —una voz impostada, alguien que conoce su apellido—, tengo algo para usted.

—¿Quién habla?

—Usted me contrató —y su voz hiere como cuchillo—. ¿No lo recuerda?

—Ah, sí, es usted: hable.

—Ruta Nacional 576, kilómetro 69, cuarto 18 —y corta.

Escapa de la oficina. Antes de entrar en el ascensor, le indica a su secretaria que le cancele los compromisos. Baja hasta el subsuelo. Arranca el auto y parte.

Sale de la ciudad por la Ruta 3 y empalma la 576: el kilómetro 69 está cerca. Por el espejo retrovisor se da cuenta de que por lo menos las marcas en la cara ya no son tan visibles.

Ruta 576, kilómetro 69: un motel. Y es uno de esos nuevos, de moda, plagado de luces de colores y ocultando un arsenal de juguetes sexuales.

Frena contra la valla de entrada. Baja del coche. El cuidador viene corriendo hacia él.

—Ya vengo, es sólo un minuto. Mi mujer se encuentra en el cuarto 18.

Al oírlo, retrocede. Le sonrío.

Arnaldo patea la puerta del cuarto 18. Y en efecto, al patear la puerta, descubre a su esposa, desnuda, en la cama, y con un hombre arriba.

—¡Arnaldo! —grita ella, en una mezcla de sorpresa y horror—. ¡No!

El tipo recoge su ropa y se pierde fuera del cuarto a una velocidad asombrosa. De ser la Huida del Cornificante una disciplina olímpica, se llevaría el oro.

—¡Arnaldo! ¡No! —repite ella— ¡Puedo explicarlo!

Él ve terror en sus ojos. Y eso lo apena pues le hace recordar a su antigua ira.

—¿Qué vas a explicar? ¿Que eres una puta?

—No, mi amor... —le dice, cada vez más asustada—. ¡Me obligó!

Arnaldo le sonrío desde su sarcasmo y su asco. Y se sorprende: la vieja ira no aparece. Su lugar lo llena un calmo sentimiento de pena y desapego por la persona que lo acompañó los últimos cinco años. Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Al ver ese movimiento, Ernestina se sienta en la cama y se tapa hasta las tetas con la sábana. Lo mira más aterrorizada, si eso es posible.

—No, Arnaldo... no... no... ¡Perdón! —habla y solloza. Solloza y habla mientras estruja la sábana—. Te juro que fui obligada, perdóname.

Del bolsillo de la chaqueta él extrae una rosa blanca, que deposita sobre la cama.

¿Una rosa blanca?

Ve incompreensión en sus ojos. Se cuida de que no la lea en los de él.

—Te va a llamar mi abogado, Ernestina —le dice mientras se retira—. Es la

última vez que estamos juntos.

—¡No me dejes sola, Arnaldo! —grita a sus espaldas.

Sube al coche y frena en la entrada. Le entrega su tarjeta al cuidador.

—Para que me pasen los gastos de reparación de la puerta —le dice.

Y a lo lejos escucha una sirena policial. Se sonrío al pensar que no van a encontrar ningún cuadro de sangre. Sólo una pobre mujer que de seguro estará llorando.

Pero... ¿Una rosa blanca? Es otra persona, y no se explica el cambio.

Maneja de nuevo hacia la oficina con un sentimiento de paz y libertad jamás experimentado.

Le encierra un auto. Volantea para que no lo choque. Se pone a la par: una mujer al volante. Le sonrío. Me sonrío.

—Perdón —le grita a través de la ventanilla abierta.

—La culpa fue mía —le dice.

Y sigue adelante.

A partir de ahora, Arnaldo Yahuati será un íntegro caballero, se dice. ¿Qué fue lo que me cambió? Me encojo de hombros: poco importa. ¡Estoy tan contento!

Y se siente tan feliz, tan pleno, tan henchido de júbilo, que cruza con el semáforo en rojo en el mismo momento que un enorme camión con acoplado pasaba con su luz en verde.

Y los bomberos que rescataron el cuerpo sin vida de Arnaldo Yahuati de entre los hierros retorcidos, confesaron que la sonrisa aún permanecía inalterable.

Revista Axxón

Ciencia Ficción en Bits

249



Contenido 249



- Editorial - [Un cuarto y la maldición](#)
- Relato - [Club privado](#)
- Relato - [La Bestia y los tres cerditos](#)
- Relato - [Olimpia o los autómatas](#)
- Artículo - [¿Quién le teme a C. P. Snow en la crítica de ciencia ficción latinoamericana? El enigma del género en el laberinto de una conspiración hermética](#)
- Relato - [Piel y tinieblas](#)
- Relato - [El regreso](#)

Un cuarto y la maldición

Dany Vázquez

Con el número que aquí comenzamos se cumplen, casi sin querer, un cuarto de millar de Axxones. Está bien: acá no solemos decirlo así; generalmente decimos *doscientos cincuenta*, pero eso no quita que sea un cuarto de millar, y de una revista bastante gordita, variada y única, además. Si esta fuera una publicación impresa con el formato de un libro de bolsillo promedio, la pila resultante rondaría los cinco metros... Y temo quedarme corto.

Pero no es eso lo que me impresiona. Me impresiona que ese número se traduzca en un cuarto de siglo, un periodo que puede identificarse como uno de los lapsos históricos más vertiginosos que ha vivido la humanidad. Unos años bastante (y tristemente) locos, también.

Tal es así que algunas historias que publicamos hace más de veinte años hoy se ven inocentemente obsoletas. No obstante, en un puñado de cuentos de entonces podía verse el espíritu de hoy. No solo el espíritu científico-tecnológico —no es la intención hacer futurología—, sino el *humor* de la humanidad actual. Ya se vislumbraba en esos textos de entonces el desasosiego que hoy puede verse en mucha gente, y también en lo que la gente de hoy escribe.

¿Podemos ver en la literatura fantástica de hoy el espíritu de los próximos veinticinco años?

No sé cómo será el mundo cuando Axxón duplique su número actual y alcance el medio millar, pero sé que será muy distinto al de hoy. Y está en nosotros hacer de ése un mundo más equitativo, no solamente con el resto de nuestra especie, sino con el conjunto de seres que habitan el mundo.

Sea como sea, yo quiero estar ahí. Deberemos mutar al ritmo de la historia. Quisiera que ambos (Axxón y yo) estemos ahí para seguir compartiendo con todos esa supuesta maldición china: «Ojalá te toque vivir en tiempos interesantes».

Axxón 249 – diciembre de 2013
Editorial

Club privado

Felipe Alonso Pampín
España

Los siete hombres más poderosos de la ciudad tenían por costumbre intercambiar historias de terror, a manera de cromos. El administrador de su club les reservaba todos los jueves un salón privado donde deshacían el ovillo de sus relatos sin temor a enojosas interrupciones. Poco imaginaban los miembros de esta exclusiva cofradía que acabarían protagonizando su propio cuento de brujas.

Aquella noche, el señor A fue el primero en pasar al salón. Encontró el fuego encendido así como una buena provisión de leña y licores en cantidad suficiente para afrontar la velada. Sentado junto a la chimenea, racionando un Martini, esperó a que llegasen los demás: K y su inseparable bufanda color Burdeos, T y O juntos, trayendo aquél una caja de habanos y éste un escocés añejo; L y sus horrendas corbatas... Los socios se saludaron con ademanes mudos y no formaron los grupos habituales. Cada uno regateaba la mirada del otro.

Fiel a su costumbre, N fue el último en llegar y pidió un té de inmediato. Rumió en silencio las pastas de limón cuyas virtudes había ponderado antaño y no pudo evitar alguna que otra furtiva mirada a la única silla vacía en torno a la mesa. T ordenó que se dispusiese una taza de té también frente al asiento vacante y despidió a los camareros. L cerró el salón y se guardó la llave.

—¿Hay alguna novedad? —dijo A.

O negó con la cabeza.

—Ahora vengo de allí —dijo—. Le han inducido un coma farmacológico. No creen que pase de esta noche.

T miró de nuevo la silla vacía.

—¿Y qué hacemos? —dijo—. ¿Suspender la reunión?

—¡No! —exclamó A—. ¡Él nunca nos lo perdonaría! El mejor homenaje que podemos ofrecerle es celebrar la reunión, como cada jueves.

El silencio cayó de nuevo sobre ellos. Removían el té, jugaban con las pastas y evitaban la mirada del otro. A carraspeó.

—Me hago cargo de que ninguno de nosotros tiene el cuerpo para fiestas... —dijo—. Pero, si nadie se opone, doy por inaugurada esta reunión del Club de los Fabuladores.

Hizo una pausa, que ninguno de los otros socios aprovechó.

—Dado que hoy le tocaba presidir la reunión al señor U, ausente por enfermedad, nuestro primer acto de la velada debe ser nombrar un nuevo presidente. Propongo a...

—Quiero presentar una moción propia.

La voz pertenecía a una mujer morena en la que ninguno había reparado. Alta, de

ojos felinos, iba vestida como ellos: traje masculino y corbata. Los socios se levantaron en unánime protesta.

—¡Pero... esto es indignante!

—¿Cómo ha entrado usted aquí?!

—¡Váyase ahora mismo!

—¡Llamaremos a la policía!

—¡Señores, por favor! —exclamó K, intentando aplacarlos con aparatosos ademanes—. ¿Y sus modales? ¡Estamos en presencia de una dama!

—Gracias por el rescate, señor K.

K se volvió hacia ella estupefacto.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Ella se acomodó en la silla libre, sonriendo.

—Sé todo cuanto necesito saber acerca de ustedes —afirmó.

La intrusa poseía una fuerte presencia de ánimo, un aura casi tangible de majestad. Sus ojos felinos resplandecían con la luz del fuego. Parecía demasiado bonita; bella y perfecta como una muñeca de porcelana. Tomó la taza del socio ausente, bajo las miradas hostiles de sus compañeros, y la alejó de sus labios haciendo una mueca. Le añadió una cantidad monstruosa de azúcar y removió el té sin perder su sonrisa altanera.

Fue el señor K quien se atrevió a romper el silencio.

—Señorita... Éste es un club privado, comprenda que no puede entrar por las buenas y esperar ser bien recibida por unos perfectos desconocidos.

—Conozco su club —replicó ella, dejando la taza sobre la mesa—. Sé mucho más de él, en realidad, que algunos de sus miembros más antiguos.

—Entonces sabrá que en este club...

—No se admiten mujeres, sí, lo sé... ¿qué otra cosa podría esperarse de los siete misóginos más poderosos de la ciudad?

K abrió la boca, pero ella detuvo su réplica con un gesto.

—Ahórreme los argumentos en su defensa. Como ya he dicho, sé cuanto necesito saber de todos ustedes.

Pero ¿quién era aquella mocosa, que no aparentaba más de veinticinco años? ¿Cómo se atrevía a cuestionar sus valores y tradiciones? Los socios se estudiaron unos a otros, esperando a que alguien se decidiese a hablar. Fue M quien recogió el guante.

—¿Podemos saber el motivo de su presencia en nuestro club, señorita...? —preguntó.



Ilustración: Tut

—Mi nombre no es importante —contestó ella—. Pueden ustedes llamarme como les apetezca.

—¿Lo dice en serio? —quiso saber O.

—Naturalmente —dijo ella, con sencillez. O lamentó haber atraído la atención de la desconocida. Su mirada era tan impersonal como la de una cámara fotográfica. Más que ojos, parecía mirarle a través de dos agujeros de bala.

—¿Puedo llamarla Carla, entonces? —intervino M.

Ella bebió un sorbo de té y miró al sonriente M con sorna.

—¿Debo sentirme halagada porque me haya puesto el nombre de su yegua favorita?

La sonrisa de M se desintegró.

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó. Su agitación se propagó a los otros socios, entre los cuales pocos conocían el nombre de su yegua favorita.

—Para haberse labrado una sólida reputación en los tribunales dedica usted muy poca atención a sus oídos, señor M —dijo la mujer, removiéndolo su té—. Ya he dicho que sé cuanto necesito saber de todos ustedes. ¿Por qué se resisten a creerme?

Los socios regresaron a sus asientos, dando por hecho que librarse de la intrusa no iba a ser tan sencillo como les habría gustado. La estudiaron con gesto huraño, atentos al menor de sus ademanes y maldiciendo su inalterable sonrisa, su belleza turbadora. Una preciosa muñeca de alabastro; una beldad casi irreal.

—Está bien —concluyó ella—. Carla me gusta. Es un bonito nombre.

—¿Qué desea de nosotros, Carla? —preguntó otra vez O, exponiéndose de nuevo a aquella mirada inhumana que parecía diseccionarle. Imbécil ¿qué has hecho? Odiaba aquellos ojos grises, que reflejaban el fuego de la chimenea con un fulgor maligno. Ojalá alguien le cerrase los malditos ojos con un buen par de hostias.

—Sí, Carla —intervino N—. ¿Quiere ser tan amable de exponernos el motivo de su presencia entre nosotros?

Carla se retrepó en la silla y juntó delante de la cara las yemas de los dedos, tocándose los pulgares.

—Quiero contarles una historia, caballeros —declaró.

—¿Qué?... —exclamó O, anonadado—. Sólo los... lo... miembros de... del... club o los aspirantes a serlo... tienen derecho a... ¡Dígame que no la he entendido bien...!

—Me ha entendido perfectamente. Quiero entrar a formar parte de su Club. Y quiero presidir la reunión de esta noche.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó O—. ¡Si consienten a esta presuntuosa jovencita mancillar nuestra honorable institución romperé de inmediato mi amistad con ustedes!

—Seréense, señor O —dijo Carla—. Sé que hay serias objeciones contra mi ingreso. Lo único que pretendo es que se sienten y escuchen sin interrumpir la historia que quiero contarles. Sólo eso. Les prometo que la narración merece la pena.

Después me quedaré, si me invitan a quedarme, o me marcharé y no volverán a saber nunca más nada de mí. Podrán volver a sus vidas y olvidar que alguna vez una mujer profanó su sacrosanta y honorable institución.

—Yo quiero oír la historia de la señorita —dijo K, fiel a su sentido de la caballerosidad—. Me da lo mismo lo que penséis los demás, pero si la historia me gusta me propongo avalar a Carla en su moción de ingreso. ¡Ya va siendo hora de que entre aire fresco en este club!

—Te enfrentarás a todos nosotros —prometió M.

—Caballeros —dijo Carla—. Estos asuntos no me conciernen en absoluto. Les ruego que me digan si están dispuestos a escuchar mi historia.

Aquella parecía ser la única manera de librarse de ella. Asintieron de mala gana. Carla se aclaró la garganta y comenzó su relato.

—Imaginemos esta misma ciudad hace casi treinta años. Todos ustedes vivieron aquella época. ¿Recuerdan cómo eran las cosas entonces? Todavía no se había construido la biblioteca municipal ni el puente nuevo. En aquella época los soviéticos lanzaron al espacio su primer Sputnik, fue creada la Comunidad Económica Europea... y un joven y prometedor licenciado en Medicina celebraba su recién adquirido título en compañía de unos amigos.

El cuento de Carla

Perplejo, desenvolvió su último obsequio: un mechero Zippo plateado, con sus iniciales grabadas. Los otros regalos habían deambulado entre lo caricaturesco y lo ridículo: una escribanía de saldo cubierta de grabados obscenos, la suscripción a una revista pornográfica holandesa, un ídolo africano de la fertilidad, un vale descuento para la peor barbería de la ciudad... Pero éste era el más absurdo de todos.

—¿Y esto qué? —protestó el licenciado—. ¡Estáis hartos de saber que yo no fumo!

—¡Pero todos nosotros sí! —replicaron entre carcajadas sus invitados, presentándole sus cigarrillos. Les dio fuego con su nuevo regalo y fumaron como si en ello les fuese la vida, al tiempo que trasegaban cantidades homicidas de alcohol y ponían a prueba la paciencia del vecindario.

El licenciado no veía la hora de quedarse solo junto al fuego, en la única compañía de un buen libro, y soportó el alboroto de la fiesta con heroico estoicismo, hasta que la bebida comenzó a hacer estragos. Dos de los invitados, abrazados al perchero, se disputaban el privilegio de sacarlo a bailar. ¡Absenta! ¡Absenta! ¡Quiero morir ahogado en absenta!, gritaba alguien. Un vecino sensible llamó a la policía, que amonestó al homenajeador. Un disco de Edith Piaf acabó triturado bajo las nalgas de un invitado poco observador y este último accidente decidió al licenciado a dar por terminada la fiesta; pero aún tuvo que bregar con sus amigos, que insistían en llevarle

a un nuevo pub. Viendo los andares de marinero borracho que les alejaban de su casa, fantaseó con la posibilidad de que sufriesen una monumental resaca e hizo inventario de daños.

Confió a la criada el desastre a que había conducido la fiesta y se encerró en su gabinete. Después de encender la chimenea, se sentó a leer bajo la lámpara un volumen cualquiera de su biblioteca.

A medianoche, oyó marcharse a la criada. Pasó revista al salón y se llevó al gabinete un café muy cargado. Las primeras gotas de lluvia cayeron cuando el reloj del pasillo dio los cuartos.

Despertó a una hora indeterminada, con el libro sobre el regazo y las gafas colgando de la punta de su nariz. El fuego de la chimenea había quedado reducido a unos rescoldos, y el cuarto comenzaba a enfriarse. Más allá de la luz proyectada por la lámpara reinaban las sombras.

Un silencio sobrecogedor se había enseñoreado de la casa. Cerró con fuerza el libro sólo para oír su sonido, el cual le llegó amortiguado. ¿En el último instante no había tenido el valor de cerrar el libro con todas sus fuerzas... por temor a provocar... qué...? ¿O la atmósfera enrarecida del gabinete amordazaba los ecos?

Salió al pasillo. La lluvia golpeaba los cristales, agigantando la quietud de la casa. Al pasar frente al salón, giró la cabeza hacia la reproducción de «El jardín de las delicias» que colgaba sobre la chimenea. De niño tenía pesadillas con los seres deformes que pueblan el mundo imaginado por El Bosco. No podía conciliar el sueño sin comprobar primero que ninguna de aquellas criaturas infernales había anidado bajo su cama o dentro del armario. Sus sentimientos no cambiaron al hacerse adulto. Mantenía el cuadro a la vista, presidiendo el salón; así podía vigilarlo y asegurarse de que sus monstruosos inquilinos permanecían atrapados en él. Los comentarios de las visitas, que no dudaban en calificarlo de «obsceno» o «siniestro», le traían sin cuidado.

Llamaron a la puerta. El primer timbrazo se confundió con la campana del reloj de péndulo anunciando la media. ¿La media de qué? ¿Qué hora era en realidad? La lluvia arreciaba. ¿Quién se atrevería a vagar por las calles bajo semejante aguacero? ¿Algún amigo borracho, incapaz de recordar la dirección de su propia casa?

Prevenido ante una posible gamberrada, quitó los cerrojos y entreabrió la puerta. Se encontró en el rellano a una mujer en avanzado estado de gestación, envuelta de mala manera en un abrigo empapado. Sus labios articulaban la palabra «ayuda» sin que su garganta emitiese sonido alguno.

—¡Cielo santo! —entró a la mujer y la fusiló a preguntas—. ¿Le duele mucho? ¿Ya ha roto aguas? ¿Cada cuánto son las contracciones? ¿Es su primer hijo?

La mujer intentó hacerse entender. En lugar de palabras empleaba ágiles y elocuentes aspavientos. El joven doctor se hizo cargo de lo que sucedía.

—Es usted muda —adivinó.

La mujer asintió. Su carita aniñada se torcía por el dolor, sus manos mesaban el

vientre hinchado.

—Está bien, no se preocupe. Todo saldrá bien. Va a tener un niño precioso, se lo prometo.

La hizo pasar al salón y encendió la chimenea. En cuestión de minutos había puesto a hervir agua y aparejado todo cuanto necesitaba; una bata seca, toallas, algo con que cortar el cordón umbilical... Unos cuantos cojines y almohadones convirtieron la mesa baja del salón en una improvisada camilla de obstetricia donde tendió a la mujer.

—Abra las piernas, vamos a... ¡Dios bendito, señora, sí que tiene prisa! ¡Está dilatando a una velocidad increíble!

Trajo el agua hervida... el cuchillo... ¿dónde lo puse? No se concedió un respiro. Había atendido partos en la Facultad muchas veces, como parte de su formación, pero allí disponía de todo lo necesario con que afrontar posibles complicaciones. Trató de aparentar una seguridad que no tenía.

—Parece que su hijo tiene prisa, señora —informó, colocándose de nuevo entre sus piernas. La futura madre sonrió a pesar de los dolores del parto—. ¡Eso es, empuje fuerte! ¡No tenga miedo, yo me ocupo de este futuro corredor de maratón! ¡Empuje!

La mujer aferró un cojín con cada mano, emitió un grito mudo y empujó con todas sus fuerzas.

—¡Aquí está! —exclamó, exultante, el joven doctor—. ¡Empuje un poco más...! Pero no se olvide de respirar, ¿eh? —cogió la cabeza y tiró de ella con exquisito cuidado. A la cabeza siguió un cuerpo y se encontró entre las manos una diminuta criatura pataleante que berreaba y se retorció, protestando el desahucio de su cómoda madriguera.

El doctor había enmudecido. El recién nacido le arañó la muñeca con sus uñas amarillentas. A lados de su cuello se dilataban y contraían dos vejigas gelatinosas. Al fin pudo gritar.

—¡*Por Dios bendito!*

Se frotó las manos con cepillo de esparto, asperón en polvo y lejía. El agua de la pileta presentaba un color rosado, pero siguió frotando. Temía no librarse jamás de la repugnancia que había sentido al tocar... Aquello. Escupió varios juramentos capaces de fulminar a un obispo, maldijo su caridad, maldijo a Esculapio y Apolo. Si no hubiese abierto la puerta, si no hubiese tomado aquel jodido café ahora probablemente estaría empalmado en la cama, evocando las piernas sin fin de L. En lugar de eso, trataba de desprender a fuerza de cepillo el recuerdo de la abominación que había profanado sus manos. ¡Dios bendito, ¿por qué has permitido que yo precisamente tocara... eso?! Soy buen cristiano, temeroso de ti, voy a misa todos los domingos, guardo tus santos mandamientos, estudié medicina porque quería aliviar el sufrimiento de mis semejantes... ¿Por qué me sometes a esta prueba?

En el aula de Patología de la Facultad se custodiaba una colección de fetos con

dos cabezas, cuatro brazos, siameses, sin ojos o pulmones, hermafroditas, hidrocefálicos... Por lo general, estos pequeños engendros eran abortados, o morían poco después de nacer. También se sospechaba que varios de ellos habían sido ejecutados por los propios doctores que habían asistido al parto, asumiendo la responsabilidad de ahorrarles a aquellos seres tarados la miseria de sus vidas.

Pero esa cosa no es un monstruo bicéfalo, ni un hermafrodita, ni un mongólico, se dijo. Sea lo que sea, no es humano.

Matar a los débiles e incapaces, corregir los errores de la Naturaleza. Él, que siempre había abominado de la eugenesia y la eutanasia, comenzaba a pensar en ellas como la máxima expresión de piedad. ¿Qué posibilidades tenía aquel enano monstruoso de llevar una vida normal... de sobrevivir por su propia cuenta? De llegar a la madurez, cosa de la que dudaba, acabaría sus días en una caseta de feria o en un circo. A su muerte, la Medicina reclamaría su cadáver, privado de toda dignidad en nombre del «interés científico», y expondría su esqueleto en una vitrina.

No entendía la morbosa fascinación de la masa iletrada hacia aquella clase de fenómenos. Se sentía sucio, corrupto, y a duras penas lograba admitir que acababa de asistir al nacimiento de un engendro de ojos saltones. Debí estrangularlo mientras lo lavaba, pensó. ¡Lástima de oportunidad perdida! Nadie podría reprochárselo... Si el niño... o lo que fuera... pudiese ver lo que le deparaba el futuro, pediría la muerte ahora mismo. Su desdichada madre es hermosa y muy joven. Concebirá otros hijos; hijos sanos. Tenía que pensar en sí misma, ¿qué clase de vida sería la suya, encerrada con un monstruo, absorbida por sus infinitas necesidades?

Aún se estremecía recordando la reacción de la madre. Trató de evitar que viese a la cosa, quiso evitarle la conmoción. Lo último que necesitaba era un ataque de histeria. Pero ella le arrancó de las manos a su grotesco retoño, besó su cabeza, jugó con los retorcidos dedos y lo acunó con maternal ternura. Aquella mujer estaba loca. Sólo así se explicaba que pudiese tocar a aquel engendro sin una mueca de asco.

Ahora la joven madre estaba acomodada en el cuarto de invitados, dándole quizá el pecho a su pequeño horror.

Reparó en el cuchillo de cocina con el que había cortado el cordón umbilical. Seguía sobre la mesa. Puedo cogerlo, subir los escalones y... No. No. La madre se interpondría entre él y su desventurado retoño. Sería mejor una inyección. Un poco de aire en las venas. Le diría a la mujer que era una vacuna o algo así. Después, cuando la cosa muriese, sería fácil inventar cualquier pretexto: una dolencia congénita, una complicación post-parto, y deshacerse del cadáver. Y quizá, con un poco de suerte, olvidar aquella maldita noche.

Matarle es la única cosa humana que se puede hacer.

Estaba decidido. Buscó una jeringuilla. En el botiquín había.

Al salir al pasillo miró por encima de su hombro el Jardín de las Delicias y compadeció a El Bosco. ¡Quién sabe si él obtuvo su inspiración de una experiencia similar!

La casa estaba fría. Podía ver su aliento frente a la cara. Maldijo de nuevo. A esta hora solía estar durmiendo, calentito bajo las sábanas. Buscó la jeringuilla en su bolsillo, pero lo que reconoció al tacto fue el Zippo. Frenético, encontró en otro bolsillo lo que buscaba. Se concedió un respiro antes de encarar la escalera.

Puedo hacerlo, pensó. Debo hacerlo. Dios lo quiere así. Y si la madre estuviese en sus cabales, también lo querría. Es lo mejor para ella, para su hijo, para todos.

Peldaño tras peldaño, el frío se agudizaba. Descartó esa impresión. Pensó: son los nervios, son los jodidos nervios. Se detuvo frente a la habitación de invitados. Nada más tocar el pomo, retiró la mano. Estaba tan frío que casi quemaba. Protegió la mano en la bocamanga del batín y abrió la puerta.

Se quedó paralizado en el umbral.

A la cabecera de la cama, velando el sueño de madre e hijo, se alzaba un ser monstruoso, un espectro sin atributos humanos ni miembros visibles, salvo un pene flácido que colgaba hasta el suelo. Todo él era un bulbo opaco, una bolsa de vejigas palpitantes que olía a huevos podridos. La cabeza era una protuberancia apenas perceptible donde ardía un único ojo polifémico, rojo y brillante como una linterna.

Aquella aparición le miró con su ojo ciclópeo y habló. *Habló.*

—Quiero que sepa que estoy enormemente agradecido por la ayuda que ha prestado a mi esposa e hijo, doctor. No le quepa duda de que sabré recompensarle del modo apropiado. Mi familia es muy rica e influyente. Seguro que encontraremos una retribución por sus servicios que nos complazca a ambos.

El doctor retrocedió ante el ojo sin párpado. ¿Qué haría el monstruo si adivinaba sus planes? ¿Cómo reaccionaría si supiese que planeaba asesinar a su vástago? Retrocedió otro paso, oyendo todavía la voz del espectro.

—Somos una especie de refugiados en su mundo, doctor. No nos conviene la publicidad. Le recompensaré generosamente por su discreción.

El ojo único se partió en dos, luego en cuatro. Algunas vejigas colgaron a un costado de la criatura, formando un patético tentáculo rematado por una especie de dedos. Está cambiando, pensó el doctor. Aún no ha decidido qué forma va a adoptar y está cambiando.

Aquello fue demasiado. Corrió escaleras abajo, con el corazón a flor de garganta, dio un traspié en los últimos escalones y rodó hasta la puerta del salón, sobresaltando al espectro de miembros largos y cabeza triangular que avivaba los rescoldos de la chimenea. Tenía tres dedos en cada mano y parecía hecho de gelatina. La luz del fuego permitía apreciar su anatomía inhumana. Un enorme corazón en forma de diamante bombeaba sangre negra por todo su cuerpo.

—¡Una copa para el padrino! ¡Una copa para el padrino!

Había otros monstruos en el salón. Acababan de reventar el mini-bar y escanciaban los más caros licores en la cristalería de lujo. Vio una criatura semejante a un búfalo de dos jorobas, cola bífida y cabeza de mantis; vio un ser parecido a una serpiente de harapos. Por todas partes pululaban engendros de pesadilla como ni el

mismísimo Bosco osó retratar. Fumaban, bebían, danzaban, bromeaban y reían, parodiando la fiesta celebrada horas antes en aquella misma habitación. El traslúcido saludó al doctor sosteniendo una copa de coñac en la mano y bebió hundiendo en el líquido una lengua serpentina.

Huyó de los monstruos y se encerró en su gabinete, sosteniendo la puerta por si alguna de aquellas gárgolas le seguía o intentaba atraerle a su escalofriante aquelarre. Jadeaba, creyó desfallecer. Se habían abierto las puertas del infierno; de su propio Jardín de las Delicias. No quiso hacerse preguntas. No quiso saber nada. Les oía cantar, reír, y sólo pensaba en librarse de todos ellos. Estaba en juego su cordura.

Se vació los bolsillos. Ya no iba a necesitar la jeringuilla, pero se quedó mirando el encendedor. El fuego todo lo purifica, se dijo.

Estrépito en las escaleras. Las Cosas subían al primer piso. Felicitar a la mamá. Felicitar a la mamá, canturreaban, contaminando la moqueta con sus pies diabólicos. Un sonido deslizante. El gusano de retales, sin duda. No quiso mirar. No salió hasta asegurarse de que se hacía de nuevo el silencio en la primera planta.

Abrió las espitas de gas de los infiernillos de la cocina y se proveyó en el garaje de dos latas de disolvente y un bidón de nafta. Roció las posibles vías de escape: la escalera principal y la de servicio, la puerta del jardín, el montaplatos... Destripó cojines y empapó de petróleo el relleno, los cuadros y la moqueta. No echaría de menos nada de lo que habían tocado aquellos seres. Los libros de su gabinete, los bonos de la caja fuerte, el mobiliario antiquísimo... Todo quemado. Todo purificado. Un precio pequeño a cambio de conservar la razón. Extendió el charco de combustible hasta la puerta principal. Por fortuna, había dejado de llover. Hacía un poco de viento, pero se estaba mucho más caliente que dentro de la casa. ¿Qué olvidaba? La compañía de seguros. No sería difícil demostrar que el fuego había sido provocado. ¡Al diablo! Renunciaría a la indemnización.

Sostuvo el encendedor entre sus manos ateridas de frío —por un momento, temió haber agotado el petróleo— y accionó la espuela: la chispa se abatió sobre la mecha y surgió una débil llama amarilla. Riendo, arrojó el Zippo al zaguán. La onda expansiva le derribó. Olió sus propias pestañas chamuscadas. El fuego alcanzó pronto los pisos superiores. Esperó, con el alma en vilo, hasta asegurarse de que ninguna silueta alienígena había surgido de entre las llamas ni saltado por una ventana. Se sentó en la acera, viendo entre carcajadas cómo ardían todas sus posesiones, incluida la maldita reproducción del Jardín de las Delicias a la que, en su fuero interno, culpaba de cuanto había sucedido aquella noche.

Cuando llegaron los bomberos, no quedaba nada que mereciese la pena salvar.

El Club, ahora.

Los socios del Club digirieron en silencio el cuento de Carla. Ella no les apremió. T

fue el primero en pronunciarse.

—Es... es una historia interesante —dijo.

—Honestamente, yo la encuentro bastante vulgar —dijo A—. Pretende ser una historia de terror, pero en conjunto es bastante risible.

—¿De veras? —dijo Carla, divertida—. ¿No he conseguido asustar a ninguno de ustedes?

O estaba pálido como la cera y el sudor recorría su cara. N Fue el primero en notarlo. Se inclinó hacia él y le tocó el brazo.

—¿Qué le sucede, amigo?

—¿Se encuentra mal? —preguntó M.

—¿Quiere que le acompañemos a tomar el aire? —quiso saber A.

—¡Coñac! ¡Lo que este hombre necesita es una copa de coñac! —afirmó K.

—¡Basta ya! —explotó O, aporreando la mesa con ambas manos—. ¡Esta bufonada ya ha durado bastante! ¡Expulsen ahora mismo a esta puta o no respondo!

Los demás Fabuladores censuraron su reacción. Carla observaba la escena sonriente, saboreando el momento. N advirtió ese maligno deleite en sus ojos y sintió que acababa de revelársele un secreto.

—¡Hasta aquí lo que estaba dispuesto a aguantar! —vociferaba O—. ¡O la echan a la puñetera calle ustedes o la echo yo!

—¿Qué sucede, señor O? —quiso saber Carla—. ¿Mi historia ha herido de tal manera su sensibilidad que sólo se le ocurre exteriorizarlo con este derroche de virilidad agresiva?

—Estoy seguro... —intercedió A— de que la reacción de nuestro compañero ha sido provocada por su soberbia, señorita, no por ese vulgar cuento de miedo que ha compartido con nosotros.

—¿Eso es lo que todos ustedes piensan? —preguntó ella— ¿Que no es más que una historia de ficción?

—¡Naturalmente! —exclamó A.

—Pues a mí me gusta el cuento de Carla —insistió T—. Pero no entiendo su reacción, amigo mío —agregó, mirando a O, abotargado y trémulo.

—¡No quiero verla delante mío ni un segundo más! —rugió, y varios miembros del club tuvieron que sujetarle—. ¡Echad a esa puta ahora mismo o juro que la mato!

Sin inmutarse, Carla tomó uno de los habanos de T, se lo puso entre los labios y lo encendió con un viejo Zippo que había perdido gran parte de su baño plateado. Al verlo, O emitió un estertor y se quedó rígido como el mármol de una lápida.

Carla cerró el encendedor y lo puso sobre la mesa.

—Debo reconocer que tuvo bastante éxito, doctor —dijo—. Mi padre y dos de sus hermanos resultaron gravemente heridos y mi madre murió pocos días después, pero yo sobreviví así que, a fin de cuentas, usted fracasó.

O se zafó de los brazos de los otros socios y retrocedió hasta la pared haciendo aspavientos. Parecía al borde del colapso. Su rostro congestionado pasó del blanco al

rosa y luego se tornó azul. Miraba idiotizado el encendedor, con sus iniciales grabadas en la caja. Los demás socios del club, mudos de estupor, no se atrevieron a intervenir.

—Puedo perdonarle por tener miedo, doctor —siguió hablando Carla—. Yo también he sentido miedo. Miedo de parecerme un día a los seres como usted en el seno de un linaje donde se les considera monstruos. Tengo miedo de mí misma, me avergüenzo de mi cuerpo deforme. Seguro que puede entenderme tan bien como yo le entiendo.

O jadeaba; se apoyó en la pared, aflojó el nudo de su corbata, boqueando.

—No imagina lo que es ser mestizo entre mi gente, doctor... Significa que en las orgías tienes que revolcarte con los más estúpidos y menos agraciados, que nunca te casarás, que no tendrás hijos. A veces deseo que hubiese tenido usted éxito, doctor. Mi vida ha sido un valle de lágrimas... pero este día es suficiente recompensa.

—¡Se está ahogando! —exclamó T, y fue en socorro de su amigo.

—No tenía derecho a decidir sobre la vida de mi madre, doctor —decía Carla—. Espero que tenga oportunidad de reflexionar sobre ello... dondequiera que vaya a parar.

—¡Parece un infarto! —exclamó T.

—¿Se siente mal, doctor? ¡«Médico, cúrate a ti mismo»!—se burló Carla.

Con un gemido, O cayó al suelo. Los Fabuladores se arremolinaron a su alrededor sin una idea clara de lo que debían hacer. Ninguno de ellos tenía la más mínima noción de primeros auxilios.

—¡Una ambulancia, deprisa! —gritó alguien, y el señor A. corrió hacia la puerta, pero Carla le detuvo con sólo dos palabras:

—Está muerto.

Y tumbó el Zippo, empujándolo con un dedo.

—Es cierto... —confirmo, lívido, T—. No tiene pulso.

—Tenía que ser así —dijo Carla—. Una vida por otra. La del señor O por la del señor U. Me tomé la molestia de cambiar sus destinos en deferencia a este último. Después de todo, es el miembro más antiguo del club.

A fue el único que osó romper el silencio.

—¿Qué... dice usted?

—Me ha oído perfectamente, señor A.

Carla se acomodó en su asiento, sin mostrar piedad alguna por el cadáver que yacía ante sus ojos, y dijo:

—¿Por qué no llaman al servicio? Que retiren al señor O y nos traigan más té y algunas pastas. Y que alguien cuente otra historia, por favor. No hay nada mejor para acompañar el té que una buena historia.

Ninguno de los socios se atrevió a protestar. El club contaba con un nuevo y siniestro miembro. Tendrían que modificar los estatutos.

Nos cuenta Felipe Alonso Pampín:

«En cuanto a la pequeña reseña biográfica, baste decir que soy licenciado en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y bibliodicto desde que tengo uso de razón. He colaborado en el pasado con pequeños fanzines de más bien escasa notoriedad y desempeñado diversas actividades profesionales mientras dedico, en mis horas muertas, a perpetrar relatos como el que les ofrezco y novelas que reciben casi tantos elogios como rechazos editoriales (a menudo, y valga la paradoja, de las mismas fuentes)»

Este es su primer trabajo publicado en Axxón.

La Bestia y los tres cerditos

Cristian Acevedo
Argentina

Mavrakis no llora por la humanidad. ¿Qué carajo significa eso de «la humanidad»? Si han sido ellos y no otros, no la humanidad, quienes han resistido por quince meses, aplastados entre estas húmedas paredes que asfixian. Ocultándose como cucarachas, procurando no pensar en La Bestia. Fingiendo, por momentos, que ella pronto se irá, que ellos *sí* vivirán, que llegará el día en que La Bestia decida marcharse, como si nada.

Claro que no llora por eso. Las lágrimas de Mavrakis son más cercanas, más culposas. La humanidad, la Argentina, el mundo, el universo, no significan nada. El todo se limita a ellos, a los que resisten en el interior del Obelisco, sofocante cuartucho de siete niveles. Siete pisos, cuatro paredes, una escalera, doscientos seis escalones, un puñado de tipos que hace mucho fueron personas, que hace mucho fueron más que un puñado.

Un obelisco que, tal vez, era un símbolo para quienes habitaban esas calles, y que ahora ha adquirido un sentido más práctico: los protege —día a día, semana a semana— de la infame Bestia.

El Obelisco los protege; y ellos —estos tipos, este puñado— solo se interesan en una única cosa: su propia supervivencia. Cualquier otra noción o interés ha desaparecido.

Sobrevivir.

El resto se ha desvanecido noche a noche hasta apagarse casi por completo. El temor —el terror— a La Bestia ha eliminado el sentido de lo que llamamos civilización. Ese, que podía verse durante los días previos a la masacre. Ahora solo quedan gestos fortuitos, como el llanto de Mavrakis. Mavrakis, que no puede evitar las lágrimas por mucho que suspira y aprieta los párpados.

Y puede que sea verdad, que ellos sean el todo. Tal vez sea cierto: ellos —los cin... los cuatro que quedan—, son esa humanidad. Un censo breve: Mavrakis, Sergio, Vicky, Walter.



Ilustración: Valeria Uccelli

Vicky los abandonará, y lo sabe. Por eso permanece callada, lejos de su papá y de su hermano Sergio: en un rincón del segundo piso, juega con las palomas que pronto compartirán su destino de muerte; aunque ellas, palomas idiotas, no parecen imaginarlo.

Entretanto, Walter silba un viejo tango —un vals tal vez—, y no levanta la cabeza, no la despega de los hombros: ha advertido, hace algunos meses, que no mirar a los ojos aliviana la culpa. Walter no hace más que silbar, y ese silbido retumba y rebota en las paredes como el chasquido de un látigo.

Los demás ya se han acostumbrado a sus manías, a sus caprichos. Y lo aceptan sin protestar: es él quien consigue la cena. Walter atrapa las palomas, Walter las despluma y las cocina. Walter reza por todos. Walter los alimenta.

Sergio ya se ha despedido de Vicky. Pero decidió acompañarla hasta el final: esa es su forma de enfrentar lo que viene. Porque la suerte que le ha tocado a su hermanita lo llena de culpa, aunque no es enteramente culpa. También hay otra cosa, algo que él se empeña en ocultar. Ese algo es el alivio porque sea su hermana y no él quien deba sacrificarse. Y Mavrakis que llora. Hace un largo rato que llora, sentado en la cúpula del Obelisco.

El resto, el afuera —la 9 de Julio, la Ruta 2, el Atlántico, el viejo continente, el Asia—, no existen ya. Así que es mejor que ellos lo sepan: él no llora por la inminente desaparición de la especie humana. ¡Qué carajo importan! Ni siquiera sabe si es cierto aquello que dijeron los últimos en llegar. Quizás exageraron, y haya otros tantos refugiados ahí afuera, alimentándose como animales, sobreviviendo como animales, abandonándose... como animales. Quizás hay más sobrevivientes, quizá no todos han sido derrotados. Quizás han encontrado la manera de destruir a La Bestia. Quizá...

Al fin y al cabo todo se reduce a lo mismo de siempre. Todo termina siendo una cuestión de fe.

Desde la abertura que el Obelisco tiene en su afilada cúpula puede advertirse la devastación: ruinas y escombros y mugre y restos. Vicky.

Un viento ácido se filtra por la abertura y quema las lágrimas y la piel curtida de Mavrakis. El mismo viento que tuerce los pinos del bulevar y que, en la esquina de Corrientes y Cerrito, engendra un pequeño remolino que se retuerce y desparrama las hojas de algún diario antiguo.

Vicky ha dejado de moverse.

Y ahora, Mavrakis observa todo desde acá. Presencia el desastre que La Bestia acaba de hacer con su pequeña Vicky. Que la despedaza, que la rompe con sus extremidades. Y mastica, se divierte —ya no quedan dudas de eso—, La Bestia mastica, muerde, chupa. La ha despedazado; por eso llora Mavrakis.

Desde el comienzo, la escena ha sido terriblemente pausada: su pequeña Vicky sube las escaleras. Se acerca —Sergio, a su lado—, obediente al principio, nerviosa, llegando al borde de la ventana. Mavrakis contempla cómo los ojitos azules luchan por no lagrimear. La ve caer, enseguida. Siete pisos cae. La ha oído gritar, la oyó dar contra el piso, y un silencio breve. Y ahora ve cómo ella desaparece entre esas garras oscuras —serán tentáculos, acaso—, para siempre. Y llora por ella.

Por un par de noches, La Bestia no reclamará su plato del día. No jugará a tirar la puerta abajo. Dejará de ser, por dos o tres noches, el lobo que sopla y sopla; aunque ellos, los más cobardes entre los cobardes, nunca dejarán de ser sus deliciosos cerditos.

Todo será, hasta que el estómago de La Bestia vuelva a crujir de hambre —si es que acaso le cruje, y si es que tiene un único estómago—, un juego donde La Bestia los mortificará hasta el hartazgo. Se arrastrará por la avenida, rugiendo cuando el silencio es completo. Un rugido emergente —por momentos aterrador, como el de un león; y en otros, repulsivo como de insecto— que enloquece y que hace vibrar las tulipas de los inútiles postes de luz, que provoca el terror de las palomas que ellos aún no se han comido.

Mavrakis conoce muy bien la rutina de La Bestia: saltará de semáforo en semáforo, reluciendo su nueva piel —esa que se pone bien negra cuando está en proceso de digestión—, lamiéndose con sus hediondas lenguas. Se entretendrá husmeando en el interior de los autos abandonados. Se divertirá haciendo estallar las pocas vidrieras que quedan a su alcance. Así será por dos o tres noches. Después volverá. Siempre vuelve. Y él llorará otra vez: no tiene las agallas, nunca las ha tenido.

Mavrakis vendrá a la cúpula de este agudo calabozo y revivirá la escena que ha sido su infierno desde el principio.

Walter deberá decidir quién será el próximo, quién deberá sacrificarse. Y antes de que lo haga, Mavrakis rogará por su vida una vez más.

Cristian Acevedo, escritor argentino nacido en septiembre del ´79 en Buenos Aires. Entre sus autores preferidos subraya a Julio Cortázar y a Edgar Allan Poe.

Su obra literaria ha sido reconocida en diversos certámenes: Antología de Narrativa 2013: Marañas; Finalista del Premio de Cuento Itau 2012; Ganador de El Cuento del Día 2012; 1ª Mención Concurso Nacional «Sucedió bajo la lluvia».

También ha publicado sus relatos en reconocidas revistas culturales de Latinoamérica: Revista Corónica (Col.), Cavea Cultural (Esp.), Hamartia (Arg.), Revista Almiar (Esp). Actualmente vive en Tortuguitas, desde donde escribe.

Esta es su primera obra publicada en Axxón.

Olimpia o los autómatas

Jorge Jaramillo Villarruel
México

Llegué a Penumbria a las 3:00 a.m. Eso decía mi reloj (un sofisticado pedazo de bronce y oro que funcionaba gracias a la magia de nuestros más brillantes científicos y geólogos especializados en el cuarzo y otras piedras), pues en Polt, la ciudad de donde he salido, las horas caminan con normalidad, pero en Penumbria siempre eran las cinco de la tarde. La leyenda dice que el Hada Oscura, cuyo nombre ha sido olvidado tal vez intencionalmente, arrojó esa maldición sobre la ciudad, aunque no contaré la historia pues ésta ha sido ampliamente narrada en *Los sueños de la bella durmiente*. A lo que vine es a mirar el interior de la Torre de Rudisbroeck en busca de Olimpia. Era el año 4,667. Pero tengan en cuenta que el calendario de mi gente no es el mismo que el de ustedes.



Ilustración: Guillermo Vidal

Mi recorrido fue difícil y largo. Polt es una ciudad de muros basálticos al otro lado del Aqueronte, detrás del empalme de los gnomos, un melancólico páramo que desde hace un siglo está habitado por esas criaturas malhabladas, los goblins, que hicieron huir a la alegre raza de ilusionistas y bardos de su hogar. En mi aventura me acompañaban mi fiel *Kraut Slut*, mi montura, un vehículo de varias aleaciones de metal útil para una persona, alimentado por una máquina de vapor, de éstas que sólo requieren agua y un poco de carbón para hacer su trabajo; y un *fenrir* explorador.

Fue el *fenrir* quien me advirtió de la presencia de los goblins, con quienes fue inevitable el altercado, mismo que acabó en un baño de sangre. Ni sus lanzaderas ni la ciudadela de piedra-rozagante-que-se-desmorona-con-el-resplandor-invertido-de-la-Luna-de-las-Tinieblas, que en su ridículo y sucinto lenguaje se dice en una sola

palabra que se parece a «Pqsshtmindela», iban a detenerme. Yo no quería luchar con ellos, pero fue inevitable, ya saben cómo son de taimados.

A causa del enfrentamiento, perdí la mayor parte de mi equipo: cuerdas, brújula, cuchillo de obsidiana, mantas, yesca y pedernal. El mecanismo del *fenrir* quedó inservible. Lo que más lamento es la pérdida de mi fiel *Kraut Slut*... Yo mismo la diseñé, concentrado más en la velocidad que en la seguridad, y cuando aceleraba... cuando aceleraba, la gente creía que había llegado el fin del mundo. Por suerte, mi sombrero estaba intacto y aún conservaba la pistola, aunque esperaba no tener que usarla, y también logré salvar lo más importante: la carta de Olimpia. Y gané un nuevo trofeo que ahora llevo colgado sobre mi pecho: la prótesis de lengua, hecha de plata y joyas, que pertenecía a Solrac Siavisnom, capitán del ejército de la ciudadela, de quien se contaban rumores sobre su efebofilia y se decía que era un pésimo orador.

Aunque es mal visto por otros aventureros y por cualquier guerrero orgulloso de su espada, aproveché la soledad para revisar entre los cadáveres en busca de... ¡Sí! Lo encontré. Tabaco y madera labrada. Me apresuré a quemar un poco y después de dos bocanadas, me atreví a contemplar el paisaje.

Ante mí se abría un mundo de dimensiones infinitas. Montañas, acantilados, ríos, valles, desiertos, bosques. Éste es un mundo rico. Decidí trazar una ruta para mi viaje que comenzaba con el delta del Saknussem, que era el punto más cercano pasando el empalme, y hacía un medio círculo hasta llegar al siguiente punto más cercano, las minas de Falun. En este país la geometría euclidiana no tiene razón de ser. Si tuviera a mi *Kraut Slut*...

En el Saknussem capturé una trucha. A los costados crecían fresas salvajes. Una cena muy modesta, pero no moriría de inanición.

Me tomó la mayor parte de la noche ir del primer punto marcado al siguiente. Desde aquí podía ver la línea plateada del mar, como una diadema en el horizonte, hacia el oriente. La vista del mar debería hacerlos sentir mejor, considerando qué más se podía ver desde ahí: la vieja ciudad de Falun, la mitad de cuyos edificios estaban incompletos y sólo se veían sus esqueletos y los cables que usaban los constructores para desplazarse entre ellos; a la luz caliginosa estas estructuras brotaban como naufragios petrificados que habían salido a flote. Había pocos habitantes en Falun, que más que una ciudad parecía un enorme burdel. Como no podía permitirme más retrasos me pareció más sensato pasar la noche en los terrenos de la mina. Desde que se agotó el oro y otros metales y piedras preciosas, ya nadie iba por ahí pero, si acaso tenía visitas inesperadas, había muchos lugares donde ocultarse.

Cacé un pequeño conejo para la cena. Me sentía un poco mal por la criatura de aspecto inocente, pero tenía hambre y el placer de saciarla apagó los sentimientos de culpa.

Acampé usando un viejo coche de mineros como refugio. No quería dormir, pero estaba muy cansado y no pude evitarlo. Era un riesgo irremediable.

Un golpeteo me despertó. Había alguien ahí. Sin hacer ruido, busqué la pistola, y

moviéndome lo menos posible, vi la silueta de una persona contra la luz del día. Le apunté y le dije:

—Amigo, no sé qué buscas pero te aconsejo que tengas cuidado.

Aquel extraño se acercó sin mostrar miedo de mi arma.

—Hola, extranjero —dijo atropelladamente mientras señalaba hacia el poniente—. Soy el doctor Knocker y lamento mucho interrumpir su descanso pero me parece que es importante que sepa usted que se aproxima una estampida de bestias de vapor.

El doctor Knocker era un personaje bastante singular. Era obvio que no representaba amenaza, así que guardé mi arma y lo miré con atención. Su cabello era rojo y estaba encrespado, mirándolo bien, semejaba la llama de una antorcha. Su piel era blanca y parecía de madera pintada a la manera de un mimo. Llevaba unos extraños anteojos con muchas lentes que giraban y se reacomodaban gracias a un sistema de engranes similares a los de un reloj común, pero visibles en el caso de nuestro ingeniero. Me di cuenta de que el mecanismo era de cuerda. Su ropa era elegante, como la de un lord, pero de colores extravagantes, como las de un payaso. Movía constantemente sus dedos afilados como patas de araña, y al hablar enseñaba un montón de dientes de pez, pequeños y agudos.

Mantenia el brazo estirado: llevé la mirada hacia donde me indicaba y pude ver a lo que se refería. Una nube de polvo se acercaba, incluso pude escuchar el ruido de los cascos al golpear el suelo.

Había incontables leyendas sobre las gentes de Falun. La más notable se refería a los ingenieros salvajes, un grupo formado por salvajes y científicos que se dedicaban a construir animales de tiro que servían para el transporte y la agricultura, pero todos ellos estaban totalmente locos y a cada máquina le habían instalado un reloj de cuenta a cero de pérdida de control, que convertía a las bestias en verdaderos animales salvajes de metal, imposibles de domar una vez que perdían el control. Lo que son las cosas: esa leyenda ridícula resultó ser verdadera.

De prisa guardé mis cosas y corrí en la dirección aparente que llevaba la estampida, esperando a que me alcanzara. El doctor Knocker corrió a mi lado, como si conociera mi plan de escape.

Cuando las bestias nos alcanzaron, me armé de valor y salté sin dejar de correr. Lo hice bien pues aterricé sobre el lomo de un tauro dorado. El doctor también había saltado y ahora estaba sentado sobre un caballo, haciendo suertes como si lo intentara domar. El caballo se alejó y el doctor en él, gritando enloquecido.

Como no podría mantener el equilibrio mucho tiempo a causa del intento de la bestia de quitarme de encima, salté hacia la siguiente, y luego hacia otra, y otra, y así, sucesivamente, hasta que al final volví al suelo y vi a las bestias alejarse hacia el horizonte. Sin duda había sido una de las mañanas más agitadas de mi vida.

Ya no podía perder más tiempo. Empecé el viaje de nuevo, desayunando el resto del conejo mientras caminaba, y fumando un poco de tabaco cada vez que lo necesitaba; por supuesto, no duró demasiado.

Al fin llegué a Penumbria. Desde la muralla occidental era posible ver la gran clepsidra de goteo perpetuo que adornaba el palacio municipal, que en efecto era un palacio, de mármol blanco y torres góticas y rosetones y arabescos. Los arcos que servían de entrada a la ciudad se hallaban cerrados, la única forma de penetrar era saltando por alguna de las murallas. Elegí la de menor altura y al pasar al otro lado, me hallaba en el cementerio.

Era igual a como lo recordaba de mi última visita, que hice con Olimpia para ver el gran guñol de Papá Fritz, excepto que esta vez había unas cuantas tumbas más y unos cuantos árboles menos. La muerte es imbatible a donde quiera que uno vaya. Me senté sobre una lápida a recuperar el aliento. Desde ese punto podía ver la línea del mar hacia el oriente. Hacia el norte se veía la mancha gris que era la ciudad de Fogg. Varios puntitos de colores flotaban por encima de ella, los dirigibles y globos que representan la industria más fuerte de Fogg, la del transporte por vía aérea. Saqué la carta de Olimpia y la leí, aunque casi la había memorizado ya, fascinado por la escritura exacta y segura de mi amada:

Locke, te debo una explicación, lo sé. Y es ésta:

Hace tiempo que la vida se ha vuelto demasiado larga, monótona y aburrida. He tratado de decírtelo pero tú nunca escuchas. Así que, después de meditarlo bien, de darle vueltas y vueltas en mi cabeza, de pasar noches hipnagógicas persiguiendo fantasmas de respuestas, llegué a la conclusión de que tenía que marcharme en busca de no sé bien qué, mi rosa del desierto, mi flor azul, ese algo que le diera sentido a todo el desorden y agotamiento que llevo por dentro. Tú sabes cuáles son los lugares que siempre me han interesado, así que ya sabes dónde encontrarme si así lo quieres. Yo estaré allá, esperándote.

Sería triste que nuestra relación se termine de este modo, yo no quiero que suceda así, pero no depende de mí. G.

Ya la había buscado en los Montes Azules, en el Océano de las Tempestades, en el Lago del Ensueño, en la Planicie de Durgar, en el Desierto de las Rosas, en el Jardín de Fiona, en la Ciudad de las Torres Blancas, en todos los lugares que le interesaban, siempre sin éxito; el único lugar que me faltaba visitar era la Torre de Rudisbroeck. Guardé la carta en el sobre gris y la oculté bajo mi abrigo. Ella me lo obsequió; es por eso que nunca me lo quito... De acuerdo, es sólo un decir.

Noté el barro que llenaba la cubierta exterior de mis botas y sentí una punzada de dolor. ¿Y si Olimpia no estaba tampoco ahí?

No tenía ninguna garantía de que encontraría a Olimpia en la vieja Torre. Me sentía perdido, como si no valiera la pena ningún esfuerzo. El cielo pardo y la tarde castaña con su viento frío y sus árboles de llanto triste me deprimían aún más. Siempre he sido un sentimental, qué puedo hacer.

¡No! No puedo quedarme así, me dije, tengo que encontrar una respuesta. Una respuesta mala es mejor que la incertidumbre. Me abotoné el abrigo y me coloqué el sombrero con garbo. Tenía un objetivo y no podía renunciar a él.

La Torre de Rudisbroeck era alta, y estaba cubierta del musgo de las edades. Podía verla incluso desde el cementerio, a través del follaje espeso de los olmos y los sauces. El viento era frío y las hojas de los árboles dorados susurraban en olvidadas lenguas vegetales, como si quisieran decirme algo. Todo en ese lugar era muerte, y la muerte había estado muerta por tanto tiempo que parecía no recordarlo.

No había nadie en toda Penumbria, sólo el viento y la extraña luz de las cinco de la tarde que nunca cambia. Esta soledad me hacía sentir más amenazado que la muchedumbre armada con la que había combatido no hacía mucho. Con apostura, corrí a la Torre de Rudisbroeck, lo que me tomó unas dos horas. La verja estaba caída y oxidada, el pasto había crecido un par de metros y tenía una nauseabunda tonalidad amarilla que casi me hace vomitar. Guardé un poco del musgo que recubría los muros; podría fumarlo a placer cuando todo esto terminara. ¡Ay! Qué no daría por un *nârgil* de musgo azul, del que crece en los túneles de tren abandonados de Arne.

La puerta de la Torre estaba delante de mí, abierta y espléndida como cuentan las leyendas que siempre fue. Entré y me puse a buscar a tientas en las paredes, hasta encontrar una tea que con dificultades pude encender. A unos pasos se elevaba el oxidado barandal de la escalera. Alcanzaba a percibir un tenue olor a hierro. Cubrí mi rostro con la bufanda para evitar las arcadas. Con cuidado, subí por la escalera de ónice, evitando caer a cada momento por los desgastados escalones. No parecía que nadie hubiera pisado ese lugar en siglos, y toda esperanza de hallar a Olimpia se borraba de mi mente segundo a segundo. Pero tenía que continuar, encontrar una respuesta, una pista, algo que me diera una certeza, la que fuera.

No sé cuánto tiempo me tomó llegar al piso más alto de la Torre, mi reloj se había detenido a las cinco de la mañana, aunque como era de manecillas daba lo mismo en qué meridiano estuviera. Había un anticuado laboratorio y varios cuartos. Una bandada de zorros voladores se lanzó contra mí. Preparé la pistola para defenderme, pero los bichos cambiaron de dirección y escaparon por una ventana sin vitral. Me pregunto cómo se alimentarán cuando toda Penumbria es una enorme tumba. Seguro volarían a los bosques donde encontrarían abundante comida.

Continué avanzando por los corredores llenos de puertas, sólo algunas de ellas estaban abiertas, pero no tenía el coraje para abrir ninguna de la que se hallaban cerradas, quién sabe que podría encontrar al otro lado.

Me detuve en seco pues me pareció escuchar algo. Era una especie de rasgueo, pero no conseguía identificar ni su origen ni su naturaleza. Cerré los ojos para mejorar mi concentración. Había un olor familiar que se confundía con el hierro, como a fruta seca, el aroma de Olimpia. Ella estaba allí, o había estado allí poco antes. Quizá el sonido lo hacía ella.

Abrí una puerta, me parecía que el sonido venía de ella, y encontré a Olimpia en

un rincón, llorando y arañando las paredes. No pareció reconocerme. Me miraba con miedo. Sus ojos violáceos brillaban con luz extraña, como cuando lloraba después de una pelea. Sollozaba triste, imperceptiblemente; sólo fui capaz de notarlo después de unos minutos.

Su ropa estaba maltrecha y su cabellera era un desastre. La tomé en mis brazos, y fue cuando noté la mancha de sangre en su pecho. La recosté sobre un sillón y busqué la herida, usted disculpe, *milady*. Ninguna, ninguna herida. Olimpia se quedó dormida y no la abandoné un solo momento. Parecía tener sueños inquietos, pero se tranquilizaba cuando le hablaba al oído o cuando pasaba mi mano por la maraña de su cabello.

Despertó al cabo de unas horas pero seguía sin reconocerme. Me abrazó agradecida y me dijo con voz nerviosa:

—No fue mi culpa.

Se levantó y corrió hacia una de las puertas cerradas que yo temía abrir.

—¡Olimpia!

Al entrar a la habitación vi el terrible espectáculo que le producía pesadillas a Olimpia: las autómatas de Rudisbroeck llenaban el recinto. ¡Era fieles reproducciones de Olimpia!, aunque algunas de ellas no tenían rostro, o les hacía falta uno o ambos brazos, y caminaban a paso lento, dando vueltas en círculos por la habitación como animales atontados. Sobre el suelo había muchas de ellas: muertas o moribundas, pensé. Ahora sabía de dónde había salido la sangre que vi en Olimpia.

Pero Olimpia no había terminado aún. Se arrojó en contra de una de las autómatas que corrían, y usando los dientes y las uñas la hizo sangrar. Los gritos de aquel ser eran espantosos, demasiado humanos. La sangre salpicaba y las otras no hacían nada por protegerse ni proteger a su compañera victimada. El espectáculo que representaban estas marionetas autónomas al morir me incomodó demasiado.

No pude soportarlo más y me marché. Caí escaleras abajo algunos pisos, por fortuna no me sucedió nada grave, sólo algunos raspones, aunque mi sombrero no volvería a ser el mismo. Me asombró encontrarme preocupado por mi sombrero cuando había sido testigo de esta... esta aberración. Corrí con todas mis fuerzas, y noté que había movimiento en la ciudad.

En las calles había paseantes, ajenos a lo que sucedía en la horrible Torre de Rudisbroeck, no entiendo cómo no los vi cuando llegué. Me acerqué a un par de mujeres que paseaban, buscando un poco de consuelo, y me aterrorizó ver el rostro de Olimpia, los gestos de Olimpia en otras mujeres. Corrí, pero en mi carrera comprendí algo sobre Penumbria: Penumbria era la ciudad del otoño perpetuo, allí nada cambiaba, *las* autómatas, pues sólo había *mujeres*, nunca envejecían.

Estaba de nuevo sentado sobre una lápida en el cementerio, abrumado, y ése parecía ser el único lugar en la ciudad donde podía encontrarse un poco de paz. Qué triste ironía. Antes de venir no estaba seguro de si aún amaba a Olimpia o no; sentado ahí, bajo esa luz plateada, bajo esos árboles de llanto dorado, sólo deseaba regresar a

Polt y encerrarme en mi cuarto, y a la luz del farol, poner en orden mis pensamientos.

No entendía nada, ¿por qué las autómatas tenían el rostro de Olimpia? Fue cuando recordé... Busqué la lápida de mi anterior visita. No me fue difícil encontrarla. Leí con detenimiento: Johan Rudisbroeck; 3214-4109. Entonces ella... Olimpia era... ¡Todo encajaba! Aunque no sé ni por qué me emocioné al descubrirlo lo cierto es que me sentía aliviado. Lo lamento por la pobre de Olimpia, en verdad la había amado alguna vez, sólo que la idea de vivir con una muñeca que nunca envejecería me resultaba insoportable.

La ciudad de Fogg se encuentra a dos días de viaje desde Penumbria. En Fogg podría conseguir transporte barato a Polt. Sin otra cosa que hacer, y con cachimbo en boca, abandoné Penumbria. Seguían siendo las cinco y el otoño seguía cayendo con su aire de nostalgia sobre las calles de esta hermosa y terrible ciudad.

*Inspirado en un relato de Emiliano González.
Y en otro de Eduardo Ladislao Holmberg.*

Jorge Jaramillo Villarruel nació en Ciudad de México en 1980 y piensa que escribir sobre sí mismo en tercera persona, es una forma de perversión (es freudiano). Fue editor de la revista digital TRANSEÚNTES del Instituto de la Juventud del Distrito Federal (México), hasta que el fascismo de Miguel Ángel Mancera lo despojó de su trabajo y proyecto; actualmente es corrector de estilo y colaborador para I LOVE MAGAZINE. Ha publicado cuentos, crónicas y ensayos en las revistas EL BÚHO y EMBOGAZINE, en el periódico EXPRESO de Sonora (finalista del Rodeo de Palabras 2007), en las revistas electrónicas NARRATIVAS, SINFÍN y ROJO SIENA, y en el portal de literatura fantástica AXXÓN. Colaboró en la ANTOLOGÍA MEXICANA DEL ZOMBIE y en el HOMENAJE A LOVECRAFT, editados por El Under, y forma parte de la antología ALEBRIJE DE PALABRAS: ESCRITORES MEXICANOS EN BREVE, dedicada a la minificción, editada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). Fue segundo lugar en el XIV Concurso Internacional de Cuento Navideño, Súbito, Breve y Electrónico (2011) de editorial Ficticia. Vive irremediabilmente enamorado de Elena Garro y su obra. Y de una mujer casada, con quien tuvo un pasado trágico y un presente caótico, pero por suerte, ningún futuro.

¿Quién le teme a C. P. Snow en la crítica de ciencia ficción latinoamericana? El enigma del género en el laberinto de una conspiración hermética

Roberto Lépori
Argentina



Resumen

Los problemas teóricos y metodológicos implicados en la definición de la ciencia ficción latinoamericana son el eje de este escrito. La principal dificultad surge de un dato paradójico. Es un corpus varias veces centenario cuya aparato crítico académico cuenta con apenas una década de existencia. Esta tardía incorporación de la crítica de ciencia ficción a los estudios formales impulsa a revisar, en sordina, la función de la Universidad como espacio de producción de conocimiento y, en lo que respecta a la práctica específica, a considerar el uso acrítico de ciertas categorías que ha provocado la cristalización de la cronología y de los rasgos que organizan y definen al género. A partir de una somera remisión a la disputa sobre las 'dos culturas', activada en 1959 por C. P. Snow, y del efecto que tuvo en el ámbito teórico de la ciencia ficción anglosajona, indago en la posibilidad de redefinir los rasgos, considerados por la crítica, como específicos de la ciencia ficción latinoamericana: la predilección por paradigmas de las ciencias sociales y una mirada política. Esa redefinición extiende la cronología, por lo menos, hasta el siglo xvii y amplía los paradigmas mencionados hacia el complejo corpus de las ciencias alternativas en cuya filiación histórica se encolumnan marcos epistemológicos resistidos como hermetismo, gnosticismo, cábala y esoterismos varios. Esa hipótesis extrema, y discutible, muestra su plausible validez en la constitución de lo que denomino una contra-conspiración de ciencia ficción hermética que, por un lado, lucha contra el imperialismo teórico del 'fantástico' y, por el otro, delinea una serie de características y de motivos propios de la ciencia ficción latinoamericana que cuestiona el recorrido geopolítico habitual

«centro / periferia».

«Durante los primeros siglos de nuestra era, los gnósticos disputaron con los cristianos. Fueron aniquilados, pero nos podemos representar su victoria imposible. De haber triunfado Alejandría y no Roma, las estrambóticas y turbias historias que he resumido aquí serían coherentes, majestuosas y cotidianas...»

JORGE LUIS BORGES, «Una vindicación del falso Basíledes» [1931], *Discusión* [1932]

«Our art and literature and much else would be different, had the gnostic message prevailed.»

HANS JONAS, «Preface to the First Edition» [1957], *The Gnostic Religion* [1958]

I

El 7 de mayo de 1959, en la Universidad de Cambridge, C. P. Snow lanzó una bomba —la de «las dos culturas»— que resonó por décadas. De la Revolución Industrial (fines del siglo XVIII, comienzos del XIX) en adelante —alertaba— *la civilización occidental atraviesa un innegable y peligroso divorcio entre humanidades (literatura) y ciencias naturales (física)* cuyo efecto primario es la imposibilidad de resolver urgentes problemas de orden mundial. La bomba —editada como libro, *The Two Cultures and the Scientific Revolution* [1961]— desató infinitos malos entendidos. Snow se presentaba como científico y como escritor especulando con el favor de una perspectiva equilibrada. Esa estrategia lo volvió, sin embargo, ideológicamente sospechoso. Su enemigo más acérrimo fue el profesor y crítico literario, también de Cambridge, Frank R. Leavis quien, entre otros elogios, dictaminó que Snow no existía como novelista. Críticos literarios (y culturales en un sentido amplio) y escritores lo acusaron de despreciar la cultura tradicional humanística y lo supusieron al servicio de una reforma tecnocrática dentro de la universidad. El enfrentamiento entre esos dos grupos —esas dos «galaxias», como se los figuró Snow— generó posiciones divergentes.

En el campo de la crítica norteamericana de ciencia ficción, aquel planteo dicotómico reorientó las reflexiones, contra la tradición interpretativa habitual, hacia paradigmas alternativos de pensamiento y de conocimiento —sin recalar, según entiendo—, en un esoterismo obsesivo.

En 1979 se desarrolló en la Universidad de California la inaugural 'Eaton Conference' sobre ciencia ficción. Los trabajos se recopilaron en *Bridges to Science Fiction [Bridges]* de la serie *Alternatives*. En el artículo que abre ese volumen, «Science and Fiction», Harry Levin (4) sugiere que la literatura de ciencia ficción es el medio adecuado para pensar la interacción «ciencia - humanidades». Según Levin, científico y escritor, la «ciencia» que conlleva esa literatura se corresponde con los elementos «ficticios» (creatividad, presupuestos, hipótesis) de la primera. Los rasgos ficticios diluyen el límite entre «científico» y «pseudo-científico» y, en el caso de la

ciencia ficción, jaquean la pretendida «cientificidad» intrínseca al género a favor de discursos considerados marginales: «...todos sabemos que la ciencia ficción se conecta con las pseudo-ciencias: alquimia, astrología, frenología, mesmerismo se adaptan mucho mejor [a ella] que un gran número de disciplinas cuantificables» (Levin 6). Este postulado heterodoxo —que busca fundir «las dos culturas»— organiza *Bridges*.

El mismo año de la «Eaton Conference» (1979), Darko Suvin publica *Metamorphoses of Science Fiction [Metamorfosis]* considerado por Damien Broderick (61) como el umbral de «madurez» en la crítica de ciencia ficción en lengua inglesa. *Metamorfosis* contiene una única referencia a «las dos culturas». Suvin (63-64), en principio, coincide con la tesis eatoniana —«la CF [ciencia ficción] importante niega “la brecha” de las dos culturas»—, pero interpone una especificación que confirma la distancia. El género exige al autor, al lector, al profesor y al crítico «...un conocimiento positivista cuantificado (*scientia*) [junto con] una imaginación social [basada en la] sabiduría (*sapientia*)...». Si la tesis «Eaton» relativiza las categorías y se encamina hacia lo paracientífico, Suvin reúne «ciencia y literatura» sin problematizarlos con el objetivo de defender la base racional y filosófica, en un sentido moderno, de su definición de ciencia ficción como «extrañamiento cognitivo». *Metamorfosis* o ubica en los márgenes (donde anida la ciencia ficción conservadora) las obras construidas en base a paradigmas alternativos, o las expulsa del género. Esta posición, frente al dilema de Snow, prefiere el lado «duro» de las ciencias.

La rigidez del concepto «cognición» se evidencia en sus puntos ciegos. En un artículo dedicado a la ciencia ficción medieval, recogido en *Bridges*, Kent T. Kraft (22-40) justifica su incursión en una época «tan alejada en el tiempo» con un postulado de Suvin: *la condición para validar el elemento cognitivo hegemónico es que no contradiga el conocimiento vigente en el ambiente empírico en el que escribe el autor*. Kraft, valiéndose de esa amplia salvedad, incorpora como elemento cognitivo a doctrinas religiosas, teología(s), filosofías (no occidentales), etc. Años más tarde, Carl Freedman (13-23) corregiría la apuesta científicista de Suvin recordándole que el elemento central del género no sería «lo cognitivo», sino el «efecto cognitivo» dentro del mundo ficcional —y al igual que Kraft retornaría a Dante y a la *Commedia* como ejemplos de conocimiento coherente no exactamente científico.

En todo caso, y más allá de las voces «Eaton», la de Suvin funciona y funcionó como una lectura fuerte que «naturalizó» que los paradigmas alternativos de pensamiento y de conocimiento no podían formar parte de la («mejor») ciencia ficción. Por coincidencia con la bravata positivista o por incidencia directa, lecturas semejantes se mostraron fuertes también en América Latina. Pero, y ese sería el interrogante central, ¿ninguna de las esquirilas de aquella «bomba» —de efecto heterodoxo— alcanzó a la crítica de ciencia ficción latinoamericana?

II

En el campo de la literatura latinoamericana —sea de ciencia ficción o no— la «bomba Snow» tuvo escasa o nula repercusión. (Me refiero, por supuesto, a los *grandes temas* de la agenda crítica.) Una excepción sería el artículo «Las dos culturas» [*El País*, 1992] de Mario Vargas Llosa. Según el escritor peruano, la *cultura audiovisual* marca la superación de la dicotomía. Su postura, ambigua en la evaluación del proceso, es dos veces extraordinaria.

En un nivel simbólico, indica hasta qué punto el germen «ciencia ficción» es intrínseco a la discusión snowiana. La alocución se cierra con una irónica profecía distópica. En el siglo XXI la cultura audiovisual —«esa todopoderosa maquinaria... niveladora del saber y de la sensibilidad»— será considerada representativa de *nuestro tiempo*. Frente a eso, «...las diferencias... entre literatos y científicos serán de orden menor; ambos... habrán sido hermanados por su condición de supervivientes de una época ida, de mantenedores de mentalidades y quehaceres relegados por la historia a la periferia y a la catacumba.» Y, en otro aspecto, es también extraordinaria porque traza el límite del comienzo de «algo» evitando así hilvanar una apología de las humanidades.

El texto mantiene un pie en un pasado en el que el acceso a la información se sustenta en el contacto directo con el material —es un escritor consagrado y, entonces, Harvard le permite acceder a los documentos, etc.—, y otro pie en un futuro que se concentra en la idea de «cultura audiovisual». Vargas Llosa recuerda que esta *nueva cultura* existía ya en la época de Snow y que, si el enconado polemista hubiera estado atento, habría visto que las dos se disolvían allí. Un argumento semejante podría utilizarse para dimensionar su lectura. Aunque un fenómeno menos visible, por la misma época en la que Vargas Llosa retomaba para el ámbito hispánico el dilema snowiano, se configuraba una «cultura» síntesis de aquella separación histórica. Los saberes humanistas —en el espectro de la filosofía a las religiones e incluyendo el arte— y los saberes científicos —en particular el desarrollo tecnológico y también la biología— se funden en un constructo que incorpora a lo audiovisual como uno de sus puntos y que lo excede de forma cuasi-infinita. Desde hacía un tiempo —algunos dirán que se trata de un proyecto varias veces centenario— se delineaba un constructo denominado *cibercultura*. Así, antes del tiempo apuntado por Vargas Llosa, literatos y científicos se recluyeron en las «catacumbas», no para lamentarse por el tiempo ido, sino para configurar en esos reductos un nuevo orden de cosas en el que la religión y la tecnología predominan.

Puede sonar inverosímil, pero bastante tiene que ver parte de esa historia con la ciencia ficción latinoamericana.

Una de las primeras causas para comprender el silencio sobre Snow en el campo

de los estudios de ciencia ficción es de índole temporal. Con galopante optimismo, en la actualidad la crítica académica de ciencia ficción latinoamericana acusa unos quince años. Mientras los debates se sucedían y las opiniones pululaban con hipótesis de diverso calibre de intelectuales y de críticos literarios en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, entre quienes la disputa snowiana se sostuvo en diferentes contextos según el paso de los años, por estas tierras la situación era otra. En términos históricos, la región durante esas décadas se vio enfrentada a complejas situaciones políticas y sociales (sangrientas dictaduras, opresión y dependencia económica, etc., y en algún caso, un proceso revolucionario triunfante) que escribieron otra agenda de intereses con respecto a aquellos países centrales. Con eje en editoriales, revistas, grupos de adeptos (editores, escritores, lectores, etc.) por un tiempo considerable — me refiero, ahora, al Río de la Plata— publicación, traducción, análisis y crítica sucedieron con saludable —aunque esporádica— fuerza lejos de las universidades. Cuando a mediados de los años ochenta del siglo xx la situación socio-política comenzó a modificarse, las instituciones académicas permanecieron de espaldas al género. En los años noventa con la desafortunada y apocalíptica instalación del neoliberalismo en América Latina, el interés pareció salir de su letargo y no fue sino hasta la entrada en el siglo XXI que la ciencia ficción fue vista con otros ojos por parte de la academia (azuzada, acaso, por una más sólida presencia de teorías de cuño posmoderno o por el irrefrenable avance de la *cibercultura*). El interrogante acerca de esta situación no solo remite a «por qué ingresó», aspecto necesario a ser evaluado, sino también a cuáles fueron las causas intrínsecas, específicas, además de las sociales y políticas mencionadas, de esa tardía incorporación. ¿En qué otros atractivos objetos de estudio estuvo enfrascada la hiper-formada legión de investigadores universitarios para mantener sus miras alejadas del género? Un argumento probable —la ciencia ficción arrastraba el estereotipo de ser un género apegado al imaginario tecnológico de los países centrales, y por ende, candidato a ser asociado con una cultura de masas vista como «una avanzada imperialista» de dominación (en contextos de resistencia política esa asimilación sería inadmisible)— golpea de frente contra la evidencia de que otros géneros populares, por cierto no vernáculos, formaban parte de los discursos enunciados desde las cátedras, *papers* y Congresos desde hacía ya varios años. Antes que sugerir algún tipo de hipótesis «nativista», en retrospectiva, tal vez la pregunta debería ser menos complaciente. Como bien lo detecta Suvin para el caso norteamericano, resulta —si no sospechoso— paradójico que *justo* haya quedado fuera de la Universidad el género popular que de manera más radical plantea y replantea con fuerza crítica la validez y cuestiona la dimensión ideológica de los discursos científicos y de los paradigmas de conocimiento.

Esa entrada tardía es una deuda intelectual que la crítica de ciencia ficción latinoamericana debe (o debería) interesarse por saldar sin naturalizarla. Intentar en este momento una reseña del asunto es imposible. Como una forma indirecta de

comunicar esa complejidad, ofrezco un breve panorama del momento de maduración de la crítica dedicada al género en América Latina que pone en discusión si cuando hablamos de crítica académica de ciencia ficción latinoamericana —y en segunda instancia, aunque en otro sentido, de ciencia ficción latinoamericana— no nos estamos refiriendo a un complejo proceso geopolítico. En su conjunto, los estudios que menciono encomian los ingentes esfuerzos desde décadas atrás de individuos o de pequeños grupos (de sectas) por despertar el interés en el género y colocarlo en la arena pública. Esos esfuerzos respondieron a las necesidades y a los estímulos intelectuales de cada región en particular. Desde mediados, para poner una fecha muy temprana, o desde fines de los años noventa se fueron construyendo corpus críticos locales, a los que hay que honrar por tamaño empresa, cuya visibilidad —en tanto crítica de ciencia ficción latinoamericana— dependió del impulso editorial de instituciones, y de profesionales, ubicados en tierras (léase también «ciberespacio») estadounidenses. Esta cuestión geopolítica merecerá, en otro momento, una visita.

El objetivo primario de esos trabajos dedicados al corpus de ciencia ficción latinoamericana fue realizar, en gran parte mediante prólogos, un ordenamiento de las dependencias del género concentrándose en autores, cronología, temas, rasgos, etc. Indico algunos ejemplos, para mí, significativos. En el año 2000 en la revista *Chasqui*, Yolanda Molina-Gavilán, Andrea Bell, Miguel Ángel Fernández-Delgado, Luis Pestarini y Juan Carlos Toledano Redondo publican «Cronología de CF latinoamericana 1775-1999» [«Cronología»] (reeditada en 2007 por la revista *Science Fiction Studies* bajo el título «Chronology of Latin American Science Fiction, 1775-2005"). Ese podría ser considerado el punto de partida. En 2003, Molina-Gavilán y Andrea Bell editan *Cosmos Latinos: An Anthology of Science Fiction from Latin America and Spain*. En 2004 Darrell B. Lockhart publica bajo su cuidado el diccionario bio-bibliográfico *Latin American Science Fiction Writers. An A-to-Z Guide*. En 2006, aparece en una editorial argentina, *Intermitente recurrencia* de Luis C. Cano (investigador en una universidad norteamericana). *The Emergence of Latin American Science Fiction* de Rachel Haywood Ferreira señala en 2011 el continuo interés de la crítica norteamericana sobre el asunto.^[1] En 2012, el volumen setenta y ocho de la *Revista Iberoamericana* —«La ciencia-ficción en América Latina: entre la mitología experimental y lo que vendrá» — a cargo de Silvia Kurlat Ares cierra el ciclo del demorado espaldarazo consagratorio académico. Kurlat Ares (15) encabeza sus palabras preliminares con tres proposiciones lapidarias:

A pesar de la compleja genealogía de la ciencia-ficción (sic) escrita en América Latina desde fines del siglo XVIII, existe una limitada bibliografía crítica sobre el tema, producida en el ámbito académico que se ocupa de la región. La desconfianza de la crítica latinoamericana hacia la ciencia-ficción (sic) tiene larga data y complejo origen.

Lapidarias y sintomáticas. Aún en el cercano año de 2012, las dudas en relación con el género continúan en el aire. El principal problema no responde a la tradición varias veces centenaria de literatura de ciencia ficción latinoamericana, sino —en eso coinciden la mayor parte de los textos citados— a la tarea de la crítica literaria académica que se construye en torno de objeto de estudio al que, a su vez, delimita. Esta afirmación no desconoce, repito, los esfuerzos de quienes trabajaron fuera de la universidad a favor del género ni de quienes acometieron en aislados impulsos desde el interior de esas instituciones. Por entender que la universidad no es de ninguna manera el único espacio aunque sí uno de los más importantes para sostener proyectos de largo aliento focalizados en la ciencia ficción, es necesario indicar que aquella «desconfianza de la crítica» hacia un género que parecía (casi) no existir surgió, en un círculo vicioso, de ese mismo descuido teórico que ahora se intenta tardíamente reparar desde los claustros.

Las respuestas al «enigma» muestran una cierta homogeneidad. Cano (9-23), en una argumentación más extensa, supone que la dificultad para delimitar la tradición del género en América Latina proviene de la ruptura de dos expectativas genéricas que habrían repercutido en la crítica literaria: la ciencia ficción latinoamericana se constituyó como un discurso crítico de los procesos —o intentos— modernizadores y por esa razón privilegió paradigmas más interesados en lo epistemológico que en los provenientes de la ciencias naturales (se rompe con el imaginario «científico» constituido en los países centrales); a partir de la segunda mitad del siglo xx, esa *reflexión crítica* de los procesos se dirige hacia la tradición literaria y se establece una tendencia autorreflexiva apegada a la obra de autores canónicos que condujo a la percepción (falsa) de su desaparición (se rompe con el imaginario de una literatura destinada al entretenimiento y al consumo, ubicada siempre por fuera de la «alta literatura»). Kurlat Ares (15-16) coincide con una producción signada por ruptura de expectativas. Según la investigadora, (y apoyada en la autoridad de Pablo Capanna, el teórico en lengua castellana, según ella, más importante y, agregaría, el que inicia una crítica consecuente de ciencia ficción en América Latina, sin descendencia por largos años salvo las amigables excepciones), el rasgo principal es la «perspectiva borgeana de la ciencia-ficción» de «leer lo real políticamente». El género resultó problemático para los investigadores —dice— porque privilegió como elemento cognitivo, «científico», a las ciencias sociales y, por lo tanto, a los patrones de pensamiento y de escritura provenientes de la sociología, la psicología, la política, la filosofía, la epistemología. Por su parte, Molina-Gavilán y Bell (13-18) identifican tres rasgos comunes a la ciencia ficción latinoamericana: el humor (una forma de distanciamiento tendiente a la autorreflexión), el examen y la revisión de motivos religiosos católicos, y la preferencia por las ciencias sociales, en la línea de Kurlat Ares, para sostener una mirada política.

Cano, Kurlat Ares, Molina-Gavilán y Bell —y se podría sumar a Lockhart (x)— coinciden en que en la ciencia ficción latinoamericana predomina el rasgo político

asociado a las ciencias sociales, rasgo especificado como la predilección por el paradigma de las ciencias humanas (*soft science fiction*) antes que por el de las ciencias duras (*hard science fiction*). Cano y Kurlat Ares, a poco de enunciar esas dos categorías como válidas, reconocen que es una oposición que no da cuenta *exactamente* de la ciencia ficción latinoamericana. Entienden que es una forma de sintetizar las expectativas genéricas quebradas y, por ende, de dar una pista sobre el carácter problemático de su detección, pero aun así se sienten insatisfechos.

¿Por qué esa desconfianza crítica ante las propias categorías? ¿Por qué decir que las ciencias humanas caracterizan a la ciencia ficción latinoamericana deja la sensación de no ser demasiado productivo? Lo enuncio de una forma auto-paródica: porque esa dicotomía —aún usada bajo consenso— pertenece a un mundo *en el que la bomba de «las dos culturas» explotó sin que se evaluaran los daños*. La dicotomía ‘hard / soft» —problemática y resistida en el propio contexto cultural que la codificó — cae dentro del paradigma snowiano. Pero a diferencia del «grupo Eaton», que optó por discutir y pensar la polaridad para y a través de la ciencia ficción, y a diferencia de Suvin quien prefirió demorar la cuestión por razones metodológicas e ideológicas, en el caso de la crítica de ciencia ficción latinoamericana parece responder a un uso categorial acrítico. No propongo resucitar la polémica de Snow, sino aprovechar ese pequeño cisma como un telón de fondo sobre el cual proyectar el complejo asunto de la variante latinoamericana del género.

Es probable, entonces, que uno de los rasgos centrales del género pase por su apego, si se desea mantener la dicotomía, a los paradigmas de las ciencias humanas y sociales (*soft sciences*), pero también por una recursiva utilización de un corpus de conocimiento que incluye a las humanas, que incorpora temas y motivos religiosos, y que atraviesa esos discursos con una mirada política que cuestiona la idea de «ciencia» (sea *soft*, sea *hard*) y, por ende, la oposición «razón / fe». Si bien, en términos generales, los críticos reconocen la incidencia del discurso religioso en la ciencia ficción, para el caso latinoamericano la expresión más sintética es la de Molina-Gavilán y Bell (15): «La tensión entre tecnología, religión y magia encuentra un terreno particularmente fértil en las narrativas de la región.» La salvedad es que esos motivos religiosos —usados para criticar una experimentación científica desmedida (Molina-Gavilán y Bell (4)— son «católicos / cristianos» y *también* heterodoxos (heréticos), que «magia» (sería necesario analizar cada caso) podría pensarse como esa esquiva disciplina de orden práctico que, de una u otra forma, derivó en una ciencia experimental, y que, en definitiva, decir «magia, religión, tecnología» es desglosar los componentes de la antigua y nueva, y ya mencionada, idea de «cibercultura». (Sobre este escurridizo asunto, recomiendo la síntesis de Daniel Cabrera 177-222).

La caracterización de la ciencia ficción latinoamericana mediante el rasgo «soft science» —que quiebra el imaginario instalado de «hard science»— puede relativizarse. Existen razones históricas para que la crítica haya permanecido

indiferente a la *disputa Snow*. Otra cuestión muy diferente es valerse de categorías que están bajo los efectos de esa explosión y no reevaluarlas o, por lo menos, no contrastarlas a partir de ese complejo asunto de qué se dice cuando se dice 'ciencia' (y todos los conceptos relacionados) dentro de una cultura.

III

En el «Prefacio» a *Bridges*, los editores afirman que los artículos compilados buscan conectar la ciencia ficción con «nuestra herencia cultural», es decir, *con la herencia cultural de Occidente* (resumido, por antigua costumbre de imperialismo intelectual, a Europa y América del Norte). «Cultura» significaría, en ese contexto, la superación de la dualidad de Snow al abrir el juego interpretativo hacia instancias discursivas como teología, filosofía, «pseudo-ciencias», ciencia en el sentido clásico, medios de comunicación, tecnología, etc. Uno de los corolarios más importantes de esa apertura es la ruptura de una cronología rígida. Si se acepta que el «método científico» caracteriza al género, y se supone que ese método se consolida entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX, dicha obsesión cientificista clausura una mirada de más amplio espectro y empuja a los críticos a trabajar con un marco temporal restringido. Esta discusión es pertinente para el caso de la ciencia ficción latinoamericana porque, como sabemos, su linaje se extiende bastante más atrás en el tiempo. Lockhart (xiii) indica el rasgo tautológico de la crítica de una constante redefinición de la historia de la ciencia ficción. Haywood Ferreira (1) denomina «retrolabeling» [«clasificar hacia atrás», «recategorizar»] a un mecanismo que surge el mismo día del bautismo del género a manos de Hugo Gernsback en 1926, y que, en América Latina, forma parte del rutinario reordenamiento del «árbol genealógico». Esa situación sobre la que ironiza Capanna (24) al marcar la obsesión de los historiadores por encontrar antecedentes y por intentar ubicarlos lo más atrás posible en el tiempo, se conecta en la ciencia ficción vernácula con la oscilación de los rasgos distintivos: qué es el género, cuándo comienza, o cuál es el corpus, son caras de un mismo interrogante. En ese punto, la crítica trabaja sobre una inconsecuencia.

Lockhart (viii) y Kurlat Ares (18), respectivamente, sostienen que el género en la región fue «un medio de expresión cultural» y que una perspectiva crítica razonable intentaría dar cuenta de la relación «género / cultura». En la primera de las tres proposiciones citadas, Kurlat Ares (15) acepta la sugerencia de la «Cronología» de marcar el punto cero a fines del siglo XVIII, pero el volumen ancla en la figura del padre fundador Eduardo L. Holmberg. La inconsecuencia es proponer lo cultural — donde previsiblemente se concentra lo social, lo político, lo religioso y las humanidades («soft sciences») — y mantener una cronología restringida apegada al cientificismo.

El corte habitual —mediados del siglo XIX— responde a patrones de los países

centrales. El mito de «las dos culturas», en su variante actual, comienza para Snow con la Revolución Industrial cuando se polariza la oposición «humanidades / ciencias naturales». La dicotomía «hard /soft» se desprende de ese eventual comienzo. Entonces, o la crítica de ciencia ficción latinoamericana ataca el marco acotado y sostiene la mirada cultural —previa especificación de qué entiende por «cultura»— o continúa con los polos «soft / hard» que reinstalan categorías acrílicas y que, además, petrifican cronología y discusión.

Ese quiebre está históricamente justificado. Susan Sontag, en «Una cultura y la nueva sensibilidad» [1965] —texto en el que aduce que la disputa entre «las dos culturas» está mal planteada (desde tiempo atrás, una «nueva sensibilidad» fusiona arte moderno —pintura, danza, cine— con ciencia y tecnología)— recuerda que Thomas S. Eliot había estipulado que esa separación se remonta, por lo menos, al siglo xvii. Ciencias duras y humanidades comienzan lentamente a distanciarse no durante la consolidación decimonónica del discurso científico sino durante la «revolución científica» europea del 1600. Este proceso, que configura el pensamiento moderno, delimitó campos específicos a través de una progresiva puesta en jaque — con mayor intensidad desde el siglo xviii— de la impronta hermético-alquímica acusada de medieval, irracional, meramente religiosa.

Esas batallas herméticas europeas sucedieron de otra manera en América Latina y en el corazón de un enorme torbellino fueron parte activa de la definición de lo que hoy conocemos como cultura latinoamericana.

A grandes rasgos, la idea de una cultura latinoamericana, la existencia y conformación de un constructo cultural a partir de la Conquista (o Invasión) se conecta con una «guerra» religiosa de base económica. El historiador francés Serge Gruzinski prefiere, sin embargo, hablar no de *cultura* —por estar asociada a la idea de un todo cerrado y coherente—, e impulsa a pensar que esa resultante denominada «América Latina», surgida de un estallido apocalíptico entre nativos e invasores europeos leído en clave mesiánica (Cristina Pompa), es un imbricado *modo de pensar* repleto de trueques, de robos, de préstamos, de malas-lecturas, etc., y al que categorías como *mestizo*, *híbrido*, *sincretismo* —de resonancia religiosa— permiten definir: «...las etnias se mezclaron; los seres, las creencias, los comportamientos se hicieron mestizos. La América hispánica se volvió, así, la tierra de todos los sincretismos, el continente de lo híbrido y de lo improvisado. Indios y blancos, esclavos negros, mulatos mestizos coexistían en un clima de enfrentamientos y de intercambios...» (Gruzinski *La guerra de las imágenes* 15). En un estadio histórico en el que arte, religión y política eran un conglomerado complejo de distinguir en sus partes, la lucha por la dominación se dio, sobre todo, mediante imágenes que en su vertiginoso mestizaje vieron difuminada la diferencia entre lo ortodoxo y lo heterodoxo.

En los siglos xvi y xvii de la Contrarreforma, la Iglesia Católica a través de su brazo operativo —la Compañía de Jesús— extremó sus estrategias políticas para

recuperar los adeptos que habían mudado de bando durante el cisma protestante y para evangelizar a la población amerindia. Se apropió de una enorme cantidad de discursos —desde América a China— con la fuente principal del hermetismo renacentista y con el objetivo final de convertir ese gran sincretismo religioso en la base de un imperio universal cristiano (Octavio Paz 59). En su ambición seductora, reunió «lo híbrido y lo inconfesable»: «...hasta los más marginales participaban... la sociedad barroca logró absorber todas las disidencias, a todos los hechiceros, chamanes sincréticos, iluminados, visionarios, milenaristas e inventores de cultos...» (Gruzinski, *La guerra de las imágenes* 197-198).

El hermetismo neoplatónico y el profetismo luso —a los que me referiré en breve— eran ya en Europa una amalgama de saberes de diversas procedencias, con disímiles validaciones teóricas, con iluminaciones de diversos tipos. Su enemigo más acérrimo, el *cientificismo*, había nacido de sus entrañas, o por lo menos lo rondaba. Cuando esas heterodoxias híbridas cruzaron el Atlántico, no se enfrentaron a ningún discurso científico naciente y gozaron de una caótica libertad sincrética —con sus bemoles— que se vio suspendida cada vez que, por causas políticas, se utilizó a la herejía como un argumento acusatorio irrefutable.

En el contexto mestizo del pensamiento latinoamericano, la ciencia ficción bebió gran parte de su energía intelectual. En el maremágnun vernáculo de «...la alquimia oculta de estas mezclas...» (Gruzinski, *El pensamiento mestizo* 290), vive la relación entre una literatura de ciencia ficción acusada siempre de bizarro *collage* y aquellas heterodoxias —a posteriori «paraciencias»— también mezcladas. Con este supuesto en mano, es posible releer —inducir al «retrolabeling»— el texto, por consenso, pionero del género y ver, luego, qué se deduce de ello.

IV

El reenvío de la «Cronología» [2000] al mojón de 1775 no modificó las miradas sobre el género. El valor de esa propuesta fue, en todo caso, haber resaltado una pista perdida que reordena un segmento de las discusiones. El año '1775' indica que la ciencia ficción latinoamericana comienza con el «prólogo a un almanaque astronómico» del fraile mexicano Manuel Antonio de Rivas, cuyo título compendiado es «Sizigias y cuadraturas lunares...». La «Cronología» señala que se trata de un breve cuento filosófico. La bibliografía identifica en él elementos de pensadores liberales franceses —René Descartes— y de la filosofía mecanicista —Isaac Newton (Ana María Morales)—. Esta adscripción a las «nuevas ideas», aunque no únicamente, explicaría el carácter subversivo de un texto que puso a Rivas ante el tribunal de la Inquisición. Mantener ese criterio es ver ciencia ficción *solo* donde hay atisbos de ciencia moderna. Otros datos laterales pueden ser considerados: el término «sizigias [syzygias]» corresponde a un concepto de la tradición alquímico-hermética

que designa la pareja procreadora «macho / hembra» (andrógina); el texto presenta rastros de la obra del alemán Athanasius Kircher (Ramón López Castro 35); el narrador, en un bélico comentario contra el pueblo judío que aún espera «en vano» la llegada del Mesías, acota: «...como los otros [esperan] la vuelta del rey don Sebastião de Portugal». ¿Qué significan esos datos? Si bien desconectados de su funcionamiento en el texto, sugieren —a través del cristal de una cronología ampliada— que en esa obra de ciencia ficción de 1775 murmura, en mestiza mezcla con los rasgos ‘científicos’, una tradición de fuerte raigambre en tierras latinoamericanas, el mencionado ‘hermetismo’.

El hito del breve texto de Rivas permite suponer que, en la ciencia ficción latinoamericana, el asunto comenzó un largo siglo antes no con respecto a Holmberg, sino en relación a Rivas. La obra de Kircher [1601/1602-1680], propia del sincretismo religioso jesuita contrarreformista, fue una de las vías de acceso más importantes del hermetismo neoplatónico al continente. Sor Juana Inés de la Cruz [¿1648/1651?-1695] en el Virreinato de Nueva España (actual México) y con la obra de Kircher como «fuente» principal escribió, alrededor del 1685, *Primero sueño* [publicado en 1692], la primera obra de ciencia ficción en lengua castellana. En esa silva de 975 versos, la androginia, presente por la dosis de gnosticismo entremezclada con hermetismo en la relativa ortodoxia de la monja, es la herramienta intelectual a través de la cual se modela un ser híbrido que desea alcanzar en un viaje interior del alma, durante el sueño nocturno, un conocimiento de índole universal (Roberto Lépori).

El padre jesuita Antônio Vieira [Lisboa, 1608 - Salvador de Bahía, 1697] —bajo la influencia del milenarismo profético portugués que anhelaba el retorno del rey Dom Sebastião— escribió el 29 de abril de 1659 en Camutá (hoy Cametá, estado de Pará, Brasil), *em uma canoa... navegando ao rio das Amazonas* [sic], una carta conocida como «Esperanças de Portugal...» dirigida al nominal obispo de Japón, en la que anunciaba la resurrección del rey D. João IV fallecido en 1656. El plan esbozado en esa carta derivaría en la primera obra de ciencia ficción escrita en lengua portuguesa, la peculiarísima e inacabada *História do Futuro*, redactada a mediados de la sexta década del siglo XVII en una celda de la Inquisición (cuenta la leyenda que, en un espacio semejante, Rivas produjo su breve texto), elucubrada años antes y publicada en 1718. En ese simulacro textual —su estructura barroca responde a la *demora* de una obra que espera el cumplimiento de la profecía para existir— Vieira instala la utópica idea de que Portugal se convertirá en el Quinto Imperio universal y definitivo en el que, bajo el gobierno celestial de Cristo y mediante el gobierno terrenal de algún rey de la casa de Bragança —en lo que respecta a D. João IV, necesariamente resucitado—, la humanidad alcanzará su estadio final de paz y de prosperidad. Vieira continuará ese proyecto en su también inconclusa *Clavis prophetarum*. La Biblia, Jesús, los profetas mayores (Isaías, Ezequiel), Daniel leído en clave iniciática, el zapatero Gonçalo Anes Bandarra [1500-1556] sobre cuyo

discurso profético se configura el sebastianismo (fuente a su vez del «joanismo» del padre jesuita), sibilas, oráculos, quiromancia y una lista negra demasiado bien estudiada como para no llamar la atención del «Santo Oficio», todo aparece mezclado en los textos de un autor que, a pesar de una piadosa obsesión académica que ensalzó sus sermones, consideró la obra profética como la parte más importante de su vida intelectual.

Ambos textos, herméticos y heterodoxos, responden a un comienzo no azaroso del género. Con un nivel amplio de generalidad, Gruzinski señala en la denominada *guerra de imágenes* una continuidad entre el México imperial invadido por los españoles y el exacerbado poder de las actuales corporaciones mediáticas —«...cuyas enormes moles recuerdan la imagen de los templos precolombinos de Teotihuacán...» — escenificado en *Blade Runner* [1982]: «Si la América colonial era un crisol de la modernidad es porque fue, igualmente, un fabuloso laboratorio de imágenes.» (Gruzinski, *La guerra de imágenes* 13). Ese film dirigido por Ridley Scott, adaptación de una novela de ciencia ficción del gnóstico Philip K. Dick, resume la tesis sobre la incidencia de la «cibercultura» de raíz hermética en la configuración del mundo contemporáneo.

Sor Juana y Viera —quienes, por otro lado, mediante la escritura cruzaron sus vidas en situaciones personales drásticas— funcionan como piezas claves, entre bastidores, de la codificación de esa *cibercultura*. En *Primero sueño*, el viaje gnoseológico sucede en el interior de un cuerpo ciborg cuyo mecanismo de acceso a «la realidad» remite al barroco invento de Kircher —la linterna mágica— hoy en día ese producto hiper-moderno denominado *cine* (Lépori). *História do futuro* —con su deseo universalista de una utópica felicidad «virtual»— es considerada un hito en el centenario proyecto del imperial *ciberespacio* en donde ya no reina la ciencia en un sentido tradicional sino su versión tecno-hermética (Antonio Alonso & Iñaki Arzoz 95).

V

Molina-Gavilán y Bell (2-3) argumentan que la antología *Cosmos latinos* comprende obras en castellano y en portugués porque la influencia más importante para los escritores de la región proviene desde dentro del mismo sistema literario latinoamericano. Además de la obvia relación con los países centrales, una importante cantidad de obras vernáculas fueron «faros» para otros escritores. Defiendo esa tesis. Por medio de influencias cruzadas entre los espacios en lengua portuguesa y castellana, cuando se dice que la ciencia ficción latinoamericana leyó «lo real políticamente» en su mayor inclinación por las ciencias sociales, tal vez se esté diciendo también que una de las líneas de la tradición latinoamericana de ciencia ficción pasa por la conexión con paradigmas alternativos de pensamiento y de

conocimiento que tendría en el hermetismo —históricamente asociado a planes políticos— una categoría inclusiva.

Una hipótesis dirigida en ese sentido redefine lecturas como, por ejemplo, la de Patricio Pron. Pron reduce el «enigma» a una pregunta —*¿es posible una ciencia ficción sin ciencia?*— y demarca una tradición de literatura de ciencia ficción argentina y latinoamericana «anticientífica» de corte socio-político. «Anticientífico» es una categoría que, por la negativa, valida el paradigma snowiano: hay algo que es y algo que no es ciencia. La salida es romper el lugar central de «ciencia» y, al mismo tiempo, suponer que la desconfianza se manifiesta en la predilección de esos escritores por paradigmas alternativos que cuestionan al discurso científico. Haywood Ferreira (14) sugiere, por caso, que la generosa presencia de «ciencias no-canónicas» en la variante latinoamericana de la ciencia ficción del siglo XIX expande los límites del género.

Luciana Martínez, a partir de la obra del escritor uruguayo Mario Levrero quien cruza ciencia ficción con parapsicología, indaga en la temprana recepción, en el Río de la Plata, de la «nueva ola» de ciencia ficción en inglés de los años sesenta [*New Wave Science Fiction*], caracterizada por las narrativas de Philip Dick, James Ballard, Thomas Disch, Úrsula Le Guin, etc., en la que predominaron paradigmas científicos alternativos (a las que Suvin, en otro esfuerzo 'pro-cientificidad', deja de lado en *Metamorfosis*). Martínez retoma el «enigma». Su sugerencia —para comprender esa temprana adopción— es abandonar como única clave de interpretación al género fantástico cuando se detectan paradigmas alternativos, y reconocer la fuerza de una tradición local de ciencia ficción heterodoxa que se extiende a Eduardo L. Holmberg, Leopoldo Lugones, Jorge Luis Borges, etc.

La mayor parte de los análisis sobre el género en América Latina recorren caminos semejantes: señalan la incidencia del hermetismo, ocultismo, esoterismo sin establecer ninguna hipótesis global. Roberto de Sousa Causo (123), en su volumen sobre horror y ciencia ficción brasileros, sugiere al pasar y como nota de color que Vieira habría escrito una obra de «proto-ciencia ficción», *História do Futuro*, pero no rastrea la pista ni la inserta en una tradición mayor ni la conecta con el profetismo milenarista. Causo (103; 144) insiste en que el espiritismo tuvo una fuerte raigambre en la cultura brasilera —como es el caso de la temprana *O Doctor Begninus* [1875] de Augusto E. Zaluar— sin conectar ambas instancias. Fabiana Pereira, en su ordenado planteo sobre el espacio marginal que ocupó la ciencia ficción en Brasil, directamente ignora el asunto (acaso condicionada por investigar en una casa de estudios católica).

Cano en *Intermitente recurrencia*, libro dedicado a la ciencia ficción hispanoamericana —como deuda, esta hipótesis hermética se me hizo presente en su lectura— analiza las obras de Holmberg, Juana Manuela Gorriti, Rubén Darío, Amado Nervo, Lugones, Roberto Arlt apenas mencionado, pero presente, Clemente Palma, Borges y Manuel Puig, y, sin arriesgar una tesis posterior de alcance mayor,

reconoce que esas narrativas de ciencia ficción (en realidad sobre esos dos últimos no se refiere a la heterodoxia aunque podría haberlo hecho sin problemas) se apropian de diferentes paradigmas alternativos y esotéricos de conocimiento.

Ante esa extensa y casi inabarcable tradición esotérica occidental y oriental, hecha carne en un importante número de escritores, es necesario tener en cuenta la riqueza del corpus de conocimiento heterodoxo. El hermetismo presenta un aspecto filosófico (místico) y otro técnico (ocultista) con disciplinas como astrología, magia, medicina, etc., en el que, al mismo tiempo, se conjugan filosofía helénica, hebrea (cábala), hindú, iraní, persa, el gnosticismo —un amplio conjunto sincrético. De forma paralela, se desarrolla la línea del profetismo milenarista portugués, a la que pertenecen el sebastianismo y el joanismo de Vieira, y en la que confluyen un sinnúmero de tradiciones entre las que habría que destacar la línea del ideal trinitario del abad calabrés Joaquín de Fiore [1145-1202] y al mencionado Bandarra (Antônio de Macedo; José van den Besselaar). Macedo, ante esa selva hermético-profética, sugiere adoptar la categoría inclusiva «hermesismo» que dé cuenta de tamaña variedad.

Florian Ebeling (2007), su estudio data de 2005, reordena el espinoso tema. Sin atender a la línea portuguesa, distingue dos tradiciones herméticas: una con eje en Italia donde Marcilio Ficino traduce a fines del siglo xv obras redescubiertas del *Corpus Hermeticum* y caracterizada por ser una corriente cercana al neoplatonismo; otra ubicada al norte de los Alpes (Alemania) basada en textos árabes en donde el hermetismo es visto como una ciencia práctica alquímico-medicinal cuya figura más representativa es Paracelso [1493-1541] (Ebeling vii). Como para medir los obstáculos de una definición concreta, Jan Assman dice en el prólogo: «El problema más importante es la dificultad para reconciliar las múltiples tradiciones que invocan a Hermes ya que, y esto es causa de confusión, algunas de esas múltiples tradiciones se asemejan a movimientos que no lo mencionan.» (Ebeling viii). A aquellas dos vertientes es preciso añadir el «hermetismo egipcio» [siglos III-I a. de C.] que evidencia escaramuzas con el gnosticismo (Garth Fowden).

Otro fragmento de ese complejo mosaico es la tesis defendida por Frances Yates (11), en su trabajo sobre Giordano Bruno: «...el surgimiento del pensamiento del siglo xvii con la obra de Mersenne, Kepler y Descartes se observa en contraste con el fondo proporcionado por la tradición hermética.» Una idea resistida (Ebeling 100-108), que, sin embargo, alienta a revisar, para el caso de la literatura, a qué discurso se denomina científico y en qué términos. El historiador de las ciencias italiano Paolo Rossi (*Clavis Universalis; A ciência e a filosofia dos modernos*) difiere de Yates en su reconstrucción de la «revolución científica» de los siglos xvi y xvii, pero, al mismo tiempo, ofrece pistas para pensar la concreta incidencia del hermetismo en la ciencia (en un sentido moderno) y viceversa. Si tuviera que decirlo de un modo melodramático, el hermetismo es el pariente pobre —y lúcido— del que la ciencia se avergonzó sin la suficiente fuerza para acallar los genes en común.

El «hermesismo» que arriba a América Latina tiene sus peculiaridades. La versión renacentista neoplatónica era una «...mezcla de platonismo...; nueva ciencia... astronomía y física;... alquimia...» (Paz 223). Kircher le suma rasgos religiosos próximos a la ortodoxia enfrentándose, por momentos, con el hermetismo de Marcilio Ficino, Pico da Mirandola, Giordano Bruno, Tommaso Campanella (Paz 91). Por esa extrañeza, Yates calificó a Kirchner de hermético *reaccionario*. La misma extrañeza lo puso en la puerta de los tribunales del Santo Oficio.

Una vez en estas tierras, el «hermesismo» se desenvuelve en un otro contexto mestizo en el que, incluso, la religión oficial había mudado de signo. El catolicismo «...era una religión nueva en América y vieja en España, creadora en el Nuevo Mundo y defensiva en el antiguo continente.» (Paz 32). El cambio de escenario modificó las variables para medir la distancia ortodoxia / heterodoxia. Si en Europa la lucha del hermetismo para pervivir sucedía contra la religión oficial y contra la nueva ciencia, en América la ausencia de esta última —que necesita siempre ser relativizada, como veremos en el desarrollo posterior— intensificó los rasgos críticos y científicos [sic] del discurso heterodoxo. La «modernidad» de Sor Juana, por ejemplo, residiría en su línea hereje gnóstica-defensora de lo femenino encarnada en la «sabiduría-sophia» (Paz 230). Ambiguo y conservador, el profetismo milenarista que lo llevó a suponer que sería Brasil uno de los escenarios privilegiados del «nuevo imperio», se conjugó en Vieira con su acérrima defensa de los derechos de los indios frente a los terratenientes nordestinos quienes acabaron expulsándolo de esas pingües tierras (Alfredo Bosi 68-71).

En el desarrollo de la ciencia ficción latinoamericana a lo largo de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX no funciona una única tradición hermética, esotérica, ocultista. Varias son las ramas que, sin embargo, muestran un factor común. Se advierte una correspondencia entre esos sincréticos discursos heterodoxos y un espacio de enunciación marginal y periférico atravesado por mezcla y por apropiaciones espurias. Si se considera que «...el hermetismo es una de las corrientes subterráneas más persistentes de la memoria cultural de Occidente...» (Ebeling vii), esa pervivencia es innegable por estos lares, y de eso fue testigo la literatura de ciencia ficción. Se trata de recalibrar una mirada, por lo general, subordinada.

Martínez, frente a la rápida adopción heterodoxa de la renovación anglosajona del género en los años sesenta del siglo XX, intenta saldar el problema con la autoridad Capanna:

Quizá el rasgo más común sea que nuestros escritores no hacen cf a partir de la ciencia, como ocurre en los países industrializados...; son escritores que se han formado leyendo cf... Decir que aquí se hace cf a partir de la cf no es decir que se hace literatura de segunda mano; por el contrario, puede significar cortar camino hacia las corrientes más avanzadas del ámbito mundial. (Capanna, «La ciencia ficción y los argentinos», 1985).

Si adoptamos una cronología extendida y una base teórica inclusiva, la cuestión puede entenderse del lado inverso. Es probable que, como quiere Capanna, la ciencia ficción latinoamericana responda a la negativa de «inspirarse» en la ciencia. Sin embargo, así como de la de Suvin, de esa lectura fuerte de Capanna —cuyo estadio inicial de 1966 instala la tesis *cientificista*: «...no existe ninguna vinculación de la s-f [ciencia ficción] con el ocultismo, como algunos inspirados en la extraña alianza entre s-f y “humanismo del tercer milenio”... parecen insinuar» (Capanna 13)— también es necesario desconfiar y por esa misma razón, por ser demasiado fuerte. El lado inverso es tomarse más en serio que marginalidad, periferia, heterodoxia y lo *inconfesable* mestizo son categorías que van de la mano en América Latina donde no fue necesario que explotara la «bomba Snow» —causa de aquel «humanismo del tercer milenio»—, para que se diseminaran mezclas herejes.

Es preciso interesarse —además de por una historia del hermetismo en América Latina— por la detección de un cierto espíritu hereje surgido del «encuentro» entre europeos y el mundo indígena. Después del utopismo radical e iconoclasta de los franciscanos que rechazaban la evangelización de los indígenas por imágenes —sea imponiendo o adoptando—, en 1571 llegan los jesuitas e inauguran una etapa en la que, como mencioné, cualquier instrumento fue considerado válido para convencer: milagros, sueños e imágenes de las más diversas procedencias (Gruzinski, *La guerra de imágenes* 102-112). No había heterodoxia, excepto en fuertes sospechas de luteranismo o de judaísmo (desde la mirada antisemita de la Inquisición, la quintaesencia de la herejía). El control, por otra parte, era imposible. Imágenes y textos corrían de mano en mano junto con interpretaciones infinitas en anotaciones marginales, con caligrafías abigarradas, en dobles fondos, en cuerpos barrocos intervenidos y tatuados —anticipos de los *cuerpos electrónicos* de hoy— cuyas formas surgían de profusos manuales de magia, a causa del supuesto analfabetismo, subestimados (Gruzinski, *La guerra de las imágenes* 163).

Fuentes de mensajes herejes fueron los masivos Ovidio y sus *Metamorfosis* quienes por medio de sesudas lecturas alegóricas de la mitología permitieron construir a los intérpretes —entre los que se cuentan el joven Vieira y Sor Juana— selvas inaccesibles por las que pulularon dioses griegos, figuras cristianas, deidades indígenas, signos de las ansiedades comunitarias (Gruzinski, *El pensamiento mestizo* 136-142). A esto hay que sumarle el desvío de los propios intérpretes amerindios que apenas si se habían interesado por incorporar la idea de lo que era una imagen, una historia, una fábula ortodoxas. Esas representaciones mestizas alcanzaron Europa e influyeron en la mirada de los dominadores (Gruzinski, *El pensamiento mestizo* 178-184). En esa leve inversión del modo de contar la historia, acaso sería posible reconsiderar, desde parámetros de la ciencia ficción, las narrativas amerindias, al igual que sopesar la implícita matriz del contacto americano en la ciencia ficción europea como por ejemplo en *Utopía* [1518] de Thomas Moro; en *The Tempest*

[1611] de William Shakespeare; en *The New Atlantis* [1626] de Francis Bacon; en *Frankenstein* [1817] de Mary Shelley —cuya *gnosis* aúlla.

Las «fuentes» de la ciencia ficción latinoamericana pueden, entonces, ser literarias y librescas, pero en el sentido de apropiaciones heterodoxas conectadas con la presencia, además de las mencionadas, de vertientes socialistas (socialistas utópicos), anarquistas, masones, teósofos, espíritas, ocultistas y sus infinitos manuales de divulgación, incluyendo —ahora sí— a románticos, simbolistas, surrealistas (cuyos galardones herméticos pueden seguir en diversos escritos de Octavio Paz quien, de forma específica, reordenó más de medio siglo de lecturas sobre la hereje Sor Juana redescubierta en 1910 por Amado Nervo, escritor que también incursionó en la ciencia ficción).

VI

Sostiene mi hipótesis la misma fuerza que la debilita: su pretensión de abarcar un extenso período de tiempo en un amplísimo marco geográfico mediante supuestos sospechosos. En consecuencia, la línea heterodoxa de análisis así como las circunstancias materiales concretas imponen a esta propuesta de lectura sus propios resguardos. Según Lockhart (xiii), una «...de las características principales de la ciencia ficción latinoamericana es su capacidad para sobrevivir bajo condiciones adversas.» Habría que entenderlo en un sentido literal. Suvin (121) insiste en recordar que los críticos de ciencia ficción se enfrentan a una literatura subversiva y contestataria, al menos en unas de sus corrientes, que ha sido perseguida y censurada tanto en sus textos como en el cuerpo de sus autores. Se investiga en base a *los datos que han sobrevivido*. En el caso latinoamericano esta «tradición rota» aparece en los momentos iniciales de Sor Juana, Vieira, Rivas, los tres con problemas con la Inquisición (o instancias judiciales afines cuyos objetivos eran siempre políticos), los tres con sus textos editados tarde, mal o nunca. Y es una «tradición rota» aún con otra dimensión. La crítica de ciencia ficción latinoamericana fue si no perseguida, marginada y degradada. Cuando Elvio Gandolfo, en un trabajo ineludible, pionero, aislado y no académico, proclamaba en 1978 que «la ciencia ficción argentina no existía», en realidad, con ese célebre gambito marcaba una situación cuasi-nihilista para el discurso hermenéutico: *no existía la crítica argentina de ciencia ficción*.

Un doble paraguas —censura externa y autoimpuesta— contiene al género. La peculiar característica de estar representada una parte importante de la ciencia ficción en América Latina por autores posicionados en el centro del canon literario, tuvo como efecto secundario que, por razones de prestigio, durante mucho tiempo esos mismos escritores disimularan como estrategia la producción bajo el mote de «literatura fantástica» (Cano; Kurlat Ares; Martínez; Molina-Gavilán y Bell). En una historia que debe tener ribetes más complejos, la crítica aceptó y fomentó ese

parámetro de lectura. La ausencia de una crítica académica de ciencia ficción no fue paralela a una ausencia del fantástico (y del policial) en las agendas universitarias. Hubo una decisión, aunque más no sea silente, y una elección. Haywood Ferreira (8) denomina a ese proceso «mislabeling» [«clasificación genérica errónea»] y «unlabeling» [«sin clasificación genérica»] a favor del fantástico y del realismo mágico, y contra la ciencia ficción. Para decirlo en mis propios términos, la escasa atención que recibió por parte de los estudios académicos la literatura de ciencia ficción en América Latina —los ejemplos son tomados, en su mayoría, de la región sur del continente aunque creo que, sin problemas, se pueden adaptar a otros contextos— responde a la existencia de una «conspiración interpretativa» que privilegió el interés por los géneros adyacentes y que, con esa omisión, persiguió o por lo menos ayudó a romper con una eventual tradición de una lectura consecuente desde la ciencia ficción. Mi interés no es reclamar el botín —el deseo absurdo de que *existan* más textos de ciencia ficción que fantásticos, al fin de cuentas, como todos los géneros, entelequias híbridas—, sino defender una mirada que reorganice parámetros para «leer otra cosa»: qué conclusiones alcanzo si mis anteojos teóricos son los de la ciencia ficción. Uno de los modos de construir este camino es neutralizar aquella conspiración estableciendo una contra-conspiración hermenéutica a partir de una lectura paranoica (de la literatura y de la crítica) cuyo corolario principal es la reconstrucción de una red de autores y de textos de ciencia ficción hermética que desde mediados del siglo xvii se comunican, se envían señales, tejen en las tierras latinoamericanas los cruces indicados por Molina-Gavilán y Bell.

VII

Me gustaría enunciar una última dificultad que es evidencia de una paradoja y de una coincidencia productivas.

Aquella línea de lectura surgida de la Conferencia Eaton y resumida en el volumen *Bridges* tuvo su descendencia específica. Entre 1982 y 1991, el crítico estadounidense Frank McConnell (136) redondea la tesis gnóstica: «He llegado a la conclusión de que “ciencia ficción” —la etiqueta impuesta por Gernsback— es escandalosamente inadecuada. En el caso de que fuera necesario darle al género algún nombre, sugeriría “gnosticismo tecnológico” [“technological gnosticism”]». Gary Westhalf, editor de la recopilación póstuma de los artículos de McConnell [1942-1999], sintetiza:

...la ciencia ficción puede ser leída como un legado literario [del] gnosticismo, un sistema de creencias que enfatiza el conocimiento y la espiritualidad mientras desdeña el cuerpo y el mundo físico... [...] Este

argumento —que él descubrió— le posibilita explicar varios aspectos del género: por qué la comida en los mundos futuros es terrible, por qué los escritores de ciencia ficción están obsesionados con el cuerpo y con la inmortalidad, por qué existe una problemática relación entre ciencia ficción y Universidad, por qué la ciencia ficción muestra un curioso desinterés por los futuros avances de la medicina y por qué se percibe una grieta entre las «dos culturas», literatura y ciencia. (McConnell, 6-7)

En un nivel primario, asoma la tan debatida cuestión de cómo el nombre dado al género determinó que fuera asociado al *cientificismo*. Pero ese asunto parece menos importante que una nueva dificultad surgida de la hipótesis heterodoxa. La paradoja. Si se considera que en el fondo de todas las «herejías orientales» (*ficciones orientalistas*, en el sentido de Edward W. Said) aparece el supuesto muchas veces inasible del gnosticismo y que, además, en la tradición norteamericana, en la europea y en la latinoamericana funcionaría ese mismo trasfondo esotérico, ¿es posible hablar de especificidad? ¿Existe algún tipo de rasgo propio o *toda* la ciencia ficción —recuerden que la mayor parte de las utopías y viajes de los siglos XVI y XVII leídos como ciencia ficción son herméticos— proviene del gnosticismo? Desde mi punto de vista, el concepto de *mestizaje* de Gruzinski aplicado a América Latina permite diferenciar esos ámbitos.

Otro problema en un planteo de este tipo, como mencioné, es la escasez de certezas. Ebeling (3), por razones históricas, califica a Hermes Trimegisto de «ficción fructífera». Fowden (113) denomina a la exégesis relacionada con el pensamiento gnóstico «especulativamente anárquica» y advierte sobre el peligro de interpretar *cualquier cosa*. La coincidencia productiva se desprende de esa incertidumbre.

Al igual que la ciencia ficción habituada a un infinito retorno a los *orígenes* (o a los *inicios*, para mantener la propuesta secular de Said, *Beginnings. Intention & Method* xiii), Elaine Pagels (34) recuerda: «...Colpe ha expresado dudas en torno a la búsqueda de los “orígenes del gnosticismo”... [ya que] conduce a un retroceso potencialmente infinito... sin aportar mucho a nuestra comprensión...». El retroceso teórico infinito del gnosticismo, que surge del mitema del «dios desconocido» (*alien God*) y que estipula que siempre existe una instancia anterior que funciona como razón última (Hans Jonas 49-51), es productivo en una indagación sobre géneros literarios al abrir una interpretación en términos de *devenir*, de acontecimiento y no de «ser» o de «esencia».

A causa del implícito anti-esencialismo, la inmersión en el gnosticismo —ese discurso «freak» *nunca del todo aceptado por la respetable filosofía* (Jonas 320)—, impulsa una reconsideración del canon asociado a la literatura y a su doble, la «bibliografía» crítica. Como lo especificaba ese discípulo al sesgo de Hans Jonas llamado Harold Bloom (*Cabala e crítica* 26), en su fusión «cábala / crítica literaria», dentro del inasible mundo del esoterismo y de los paradigmas alternativos es preciso

aceptar —con ciertos reparos— el espectro de una «literatura» cuyas versiones son «confusas... pero sinceras».

Bloom —*sensei*, a su vez, de McConnell— es una línea subterránea de análisis, contrapunto del espacio latinoamericano, para pensar de qué manera determinados movimientos herejes centrados en la interpretación —la cábala— y en la inversión de los valores literarios del *status quo* ya habían sido practicados décadas antes por su sosías —o su demiurgo— Borges.

Por tercera vez, cuando Kurlat Ares sugiere que el rasgo principal del género en América Latina es la *perspectiva borgeana de leer lo real políticamente*, ¿no habría que considerar que esa propiedad hermenéutica se desprende de una ciencia ficción borgeana en su mayor parte de raigambre hermética, gnóstica, rosacruz? ¿Acaso no es Borges otro profeta cibercultural cuya capacidad de *anticipación* se explica —si bien casi nunca se lo reconoce— por una ciencia ficción gnóstica funcionando de fondo?

Jonas (320) veía en el gnosticismo —lo considero válido para las otras heterodoxias— un «laberinto». Es probable que como *laberinto* deba concebirse ese nuevo mapa hereje de ciencia ficción latinoamericana que emerge de la reconstrucción de la mencionada contra-conspiración interpretativa. Una entrada a ese laberinto —enmarañado, extenso— sería el propio Bloom, quien clausura la exposición de su esotérico, onírico, escatológico y para algunos banal *Omens of Millenium* [1996] —fundamental para comprender el alcance de la *cibercultura*— dándole la «última palabra» a Macedonio Fernández, «...al legendario (pero bastante real) mentor gnóstico de... Borges, al más bromista de todos los gnósticos de todos los tiempos...» (Bloom *Presságios do milênio* 166). Esa última palabra —juego de espejos para destronar al molesto profeta ciego— es una cita de la obra mayor de Macedonio, la barroca novela de ciencia ficción hermética conocida como *Museo de la Novela de la Eterna* [1967] —también de edición póstuma, también inacabada— que orientada hacia el pasado forma parte, en diferente clave ideológica, del árbol genealógico del Quinto Imperio virtual de Antônio Vieira cuyo demorado prolegómeno buscaba suavizar la utópica espera, y que, de cara al futuro, le permitió profetizar a algún escritor argentino canónico, y de ciencia ficción, el tono *macedoniano* de este siglo XXI.

Última palabra, o primera, de este laberinto.

Trabajos citados

* *Las citas de textos a los que accedí en otro idioma diferente del castellano, las presento mediante mi traducción.*

- Alonso, Antonio y Arzoz, Iñaki. *La Nueva Ciudad de Dios. Un juego*

- cibercultural sobre el tecno-hermetismo*. Madrid: Siruela, 2002. Print.
- Besselaar, José van den. *Antônio Vieira. Profecia e Polêmica*. Rio de Janeiro: EDUERJ, 2002. Print.
 - Bloom, Harold. *Cabala e crítica*. Rio de Janeiro: Imago, 1991. Print.
 - Bloom, Harold. *Presságios do milênio. Anjos, sonhos, imortalidade*. Rio de Janeiro: Editora Objetiva, 1996. Print.
 - Bosi, Alfredo. «Introdução. Antônio Vieira: Vida e obra. Um esboço». *Essencial*. Vieira, Antônio. São Paulo: Editora Schwarcz, 2011. Print.
 - Broderick, Damien. «New Wave and backwash: 1960-1980». *The Cambridge Companion to Science Fiction*. James, Edward and Mendelsohn, Farah. Eds. UK: Cambridge University Press, 2003. Print.
 - Cabrera, Daniel. *Lo tecnológico y lo imaginario. Las nuevas tecnologías como creencias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2006. Print.
 - Cano, Luis. *Intermitente recurrencia. La ciencia ficción y el canon literario hispanoamericano*. Buenos Aires: Corregidor, 2006. Print.
 - Capanna, Pablo. *El sentido de la ciencia-ficción*. Buenos Aires: Editorial Columba, 1966.
 - Causo, Roberto de Sousa. *Ficção científica, fantasia e horror no Brasil: 1875 a 1950*. Belo Horizonte: Editora da UFMG, 2003. Print.
 - De la Cruz, Sor Juana Inés. *Primero sueño [El Sueño]. Obras completas I*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. Print.
 - Ebeling, Florian. *The secret history of Hermes Trimegistus. Hermeticism from Ancient to Modern Times*. Ithaca: Cornell University Press, 2007. Print.
 - Fernández, Macedonio. *Museo de la Novela de la Eterna*. Madrid: Archivos, 1997. Print.
 - Fowden, Garth. *The Egyptian Hermes. A Historical Approach to the Late Pagan Mind*. New Jersey: Princeton University Press, 1993. Print.
 - Freedman, Carl. *Critical Theory and Science Fiction*. Hanover: Wesleyan University Press, 2000. Print.
 - Gandolfo, Elvio. «La ciencia ficción argentina». *El libro de los géneros. Ciencia ficción. Policial. Fantasía. Terror*. Buenos Aires: Norma, 2007. Print.
 - Gruzinski, Serge. *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner (1492-2019)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001. Print.
 - Gruzinski, Serge. *El pensamiento mestizo*. Buenos Aires: Paidós, 2000. Print.
 - Haywood Ferreira, Rachel. *The Emergence of Latin American Science Fiction*. Middletown: Wesleyan University Press, 2011. Print.
 - Jonas, Hans. *The Gnostic Religion. The Message of the Alien God & the Beginnings of Christianity*. Boston: Beacon Press, 2001. Print.
 - Kraft, Kent T. «Incorporating Divinity: Platonic Science Fiction in the Middles

- Ages». *Bridges to Science Fiction*. Slusser, George E.; Guffer, George R.; Rose, Mark. Eds. Southern Illinois University Press, 1980. Print.
- Kurlat Ares, Silvia. «La ciencia-ficción en América Latina: entre la mitología experimental y lo que vendrá». *La ciencia-ficción en América Latina: entre la mitología experimental y lo que vendrá. Revista Iberoamericana*. LXXVIII. 238-239 (2012): 15-22.
 - Levin, Harry. «Science and Fiction». *Bridges to Science Fiction*. Slusser, George E.; Guffer, George R.; Rose, Mark. Eds. Southern Illinois University Press, 1980. Print.
 - Lépori, Roberto. «Sor Juana y la ciencia ficción o las consecuencias de una crítica paranoica.» *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 23, 2011. Web. 01 de marzo 2012. (publicado también en *Axxón* 240, marzo de 2013)
 - Lockhart, Darrell B. *Latin American Science Fiction Writers. An A-to-Z Guide*. Westport: Greenwood Press, 2004. Print.
 - López Castro, Ramón. *Expedición a la ciencia ficción mexicana*. México: Lectorum, 2001. Print.
 - Macedo, Antônio de. «Inquisição E Tradição Esotérica: Acção E Reacção No Colonialismo E Ex-Colonialismo Do Império Português.» *O Neopofetismo e a nova gnose. Da Cosmovisão Rosacruz Aos Mitos Ocultos De Portugal*. Lisboa: Hugin Editores, 2003. Print.
 - Martínez, Luciana. «Mario Levrero: parapsicología, literatura y trance». *II Coloquio Internacional «Escrituras del yo»*. Rosario: mimeo, 2010. Print.
 - McConnell, Frank. *Science Fiction and Fiction of Science: Collected Essays on SF Storytelling and the Gnostic Imagination*. North Carolina: McFarland and Company Inc. Publishers, 2009. Print.
 - Molina-Gavilán, Yolanda, Bell, Andre L., Fernández-Delgado, Miguel Ángel, Pestarini, Luis, Toledano Redondo, y Juan Carlos. «Cronología de CF latinoamericana 1775-1999.» *Chasqui* 29.2 (2000): 43-72. Print.
 - Molina-Gavilán, Yolanda, Andrea Bell, Miguel Ángel Fernández-Delgado, M. Elizabeth Ginway, Luis Pestarini y Juan Carlos Toledano Redondo. «Chronology of Latin American Science Fiction, 1775-2005.» *Science Fiction Studies*, 34.3 (2007): 103. Web. 03 de mayo 2011. www.depauw.edu/sfs/covers/cov103.htm
 - Molina-Gavilán, Yolanda y Bell, Andrea L. *Cosmos Latinos: An Anthology of Science Fiction from Latin America and Spain*. Wesleyan University Press, 2003. Print.
 - Morales, Ana María. «Viajando a la Luna Desde Nueva España: Utopía y Crítica Social en un Texto del Siglo XVIII.» *Revista Tiempo y Escritura*. Ca. 2007 Web.

- 25 de agosto 2012. www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye13/art_lit_03.html
- Pagels, Elaine. *Los evangelios gnósticos*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1982. Print.
 - Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1991. Print.
 - Pereira, Fabiana da Camara Gonçalves. *Fantástica margem: o cânone e a ficção científica Brasileira*. Rio de Janeiro: Pontifícia Universidade Católica [PUC], 2005. Web. 25 de setiembre 2012. www.maxwell.lambda.ele.puc-rio.br
 - Pompa, Cristina. «O lugar da Utopia: os jesuítas e a cataquese indígena.» *Novos Estudos*, 64. (2002): 83-95. Web. 15 de abril 2012. www.cebrap.org.br
 - Pron, Patricio. «¿Es posible una ciencia ficción sin ciencia? La literatura argentina fantástica y de ciencia ficción ante el abismo tecnológico.» Marzo de 2012. Web. 25 de marzo 2013. www.elboomeran.com
 - Rivas, Manuel Antonio de. «Sizigias y cuadraturas lunares ajustadas al meridiano de Mérida de Yucatán por un anctítóna o habitador de la luna, y dirigidas al bachiller don Ambrosio de Echeverría, entonador de kyries funerales en la parroquia del Jesús de dicha ciudad, y al presente profesor de logarítmica en el pueblo de Mama de la península de Yucatán, para el año del Señor de 1775.» Web. 15 de marzo 2012. www.ciencia-ficcion.com.mx/?cve=631:01
 - Rossi, Paolo. *Clavis Universalis. Arti della memória e lógica combinatória da Llulo a Leibniz*. Bologna: Il Mulino, 1983. Print.
 - Rossi, Paolo. *A ciência e a filosofia dos modernos: aspectos da revolução científica*. São Paulo: UNESP, 1992. Print.
 - Said, Edward W. *Beginnings. Intention & Method*. New York: Columbia University Press. 1975. Print.
 - Said, Edward W. *Orientalismo. O Oriente como invenção do Ocidente*. São Paulo: Companhia das Letras, 2007. Print.
 - Sontag, Susan. «Una cultura y una nueva sensibilidad.» *Contra la interpretación y otros ensayos*. Buenos Aires: De Bolsillo, 2008. Print.
 - Snow, C. P. *The Two Cultures and the Scientific Revolution*. New York: Cambridge University Press, 1961. Print.
 - Suvin, Darko. *Metamorfosis de la ciencia ficción. Sobre la poética y la historia de un género*. México: FCE, 1984. Print.
 - Vargas Llosa, Mario. «Las dos culturas» *El País*. 27 de diciembre 1992. Web. 01 de marzo 2013. http://elpais.com/diario/1992/12/27/opinion/725410807_850215.html
 - Vieira, Antônio. «Esperanças de Portugal...». *Antônio Vieira. Profecia e Polêmica*. Besselaar, José van den. Rio de Janeiro: EDUERJ, 2002: 49-108. Print.

- Vieira, Antônio. *História do Futuro*. Lisboa: Imprensa Nacional, 1982. Print.
- Yates, Frances A. *Giordano Bruno y la tradición hermética. Una interpretación clásica del mundo renacentista siguiendo las huellas del hermetismo y de la cábala*. Barcelona: Editorial Ariel, 1983. Print.

Publicado originalmente en:

Lépori, Roberto M. (2013) «¿Quién le teme a C. P. Snow en la crítica de ciencia ficción latinoamericana? El enigma del género en el laberinto de una conspiración hermética», *Alambique: Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de ficção científica e fantasia*: Vol. 1: Iss. 1, Article 5.

DOI: 10.5038/2167-6577.1.5 – ISSN: 2167-6577 Available at:
<http://scholarcommons.usf.edu/alambique/vol1/iss1/5/>

Roberto Lépori (La Cesira, Córdoba – 1976). Graduado como profesor en letras (UNLP). Graduado como guionista cinematográfico (ENERC). Trabajó en ambas áreas. Actualmente realiza una maestría en Brasil (UNESP). Investiga la conexión entre ciencia ficción y hermetismo en América Latina.

Piel y tinieblas

Carlos Pérez Jara
España



Ilustración: Pedro Belushi

—Venga, habla —dice Aloaga.

—Es una casa grande —comienza Usia después de varios segundos de lo que podría ser una observación más detenida—. Está pintada en color celeste, y su tejado es rojo oscuro. Todas las ventanas están echadas con cortinas; menos una, en la planta superior. Y también hay como un pabellón al lado, no tan alto como la casa.

—Buena chica —masculla Aloaga, y dirige sus ojos cubiertos de niebla hacia el espacio: aunque ahora quisiera saberlo, le resultaría imposible averiguar si su guía programada le describe lo que sus sensores artificiales reconocen o lo que él mismo le ha relatado en otras ocasiones. En realidad no merece la pena descubrirlo, no quiere desnudar la realidad encubierta, piensa mientras sigue oyendo a la niña:

—Hay un árbol muy grande junto al pabellón, y de una rama baja cuelga un columpio.

—Cógeme la mano, Usia —pide al fin, y al dar el siguiente paso golpea su bastón sobre la piedra lisa del sendero. Como un niño invadido por el miedo y la alegría, Aloaga trata ahora de captar a su alrededor algún detalle que le confirme sus propias sospechas, pero no consigue oír el murmullo de la fábrica de naves de la colina del norte, ni tampoco alcanza a oler el perfume de las flores salvajes de *nii* que tanto abundaban en los grandes setos. Junto a su compañera de viaje nota la indecisión en sus pasos, esa suave reticencia, ese impulso vago y oscuro que le insinúa el origen de

sus errores y la posible forma de resolverlos, o de que al menos ciertas penas no le incomoden en las noches del futuro como ya lo han hecho en las del pasado. La mano tibia de Usia vuelve a provocarle una corriente de escalofríos que recorren su brazo y alcanzan su nuca; mensaje ominoso o certero de que ni siquiera su pequeña guía es lo que parece. Pero ya no sabe ni logra saber qué es lo que hay detrás de la cáscara de esas apariencias imaginarias, de lo que fabula sumido en las tinieblas habituales. Por eso, mientras percibe el hormigueo mecánico de la mano de Usia, prefiere imaginarla tal como la palpó el mismo día en que se la presentaron:

—Usted verá, amigo —dijo un funcionario apático con un indeleble tufo a amoníaco y perfume agrio, una especie de añoranza a flores podridas—. Los que tengo son de gama beta, y éstos duran menos en batería.

—Es muy pequeño, éste —observó Aloaga, y sus dedos acariciaron un rostro pétreo de rasgos delicados.

—¿Éste? —resopló el funcionario—. Es un ganma. ¡No es lo que busca, desde luego!

Cuando deslizó sus dedos ciegos por detrás de la oreja derecha, tierna y casi redonda, Aloaga apretó los párpados como si al concentrarse pudiera distinguir el color de su cabello humano.

—¿De qué color es su pelo? —preguntó al fin, ignorando un comentario del vendedor sobre un posible guía competente, un robusto modelo beta preparado para defenderle en casos de emergencia.

—¿Su pelo? —bramó el otro a su espalda, y después de emitir un mugido de desencanto, escupió con desgana—. Puess... no sé, rubio, entre rubio y castaño, no sé. No soy muy bueno para esas cosas, la verdad. Ahora, si me deja que le enseñe lo que busca...

Sólo tuvo que trazar una línea de su dedo índice por los labios cerrados de Usia para tenerlo claro. De pie como una estatua, la niña apenas le llegaba a la altura del pecho.

—Ya lo he decidido —dijo.

—Pero, señor...

—Este modelo me vale. ¿Puede servirme como guía?

—Bueno, no está hecha para eso pero...

—Entonces —resolvió finalmente— no perdamos más tiempo, ni usted ni yo. Dígame el precio.

Al fin llegan ante la puerta, o eso le asegura Usia, pero no tienen que detenerse para golpearla ni pulsar ningún timbre, porque según parece está entreabierta, como si ya esperase su llegada.

—¿Hay luz en el vestíbulo? —pregunta algo temeroso, y Usia le arrastra con su mano hacia el interior.

—Un poco de luz, viene de una ventana.

El bastón resuena por la madera cálida despertando un ahogo de emoción que creía perdido; de hecho, podría alargar la mano hacia la pared de la derecha y sentir el papel verde manzana, tal como lo tuvo descrito en un principio. Cuesta tanto construir un mundo, pero es tan sencillo destruirlo que casi le basta con la conciencia o la certidumbre de saber que los objetos ahora imaginados siguen ahí, donde estuvieron: el cuadro con el paisaje del planeta Uc, el jarrón paragüero o un mueble alto de pocos cajones donde guardaba mantas y algún secreto codificado en cápsulas ocultas.

—Ten —le dice a Usia, y le alarga el bastón.

—Pero puede caerse —objeta su guía.

—Hazme caso —y durante unos segundos Aloaga se mantiene sin apoyos de ningún tipo, en una esquina de lo que imagina como la entrada al salón. Camina despacio pero con la seguridad de quien conoce los detalles del sitio que pisa, nota hundirse sus suelas en la alfombra gris, y un rayo de sol vespertino se asienta sobre su rostro inmóvil. Por un instante le sacude la duda pero pronto la disipa al sentir la presencia, es posible que sentada en el sofá de piel de zuoco.

—Usia, ¿estás ahí? —murmura.

—Le he hecho un gesto —oye al fin la voz dulce—. Para que nos deje solos. Espero que no te importe.

—Lul —dice, y al oír su nombre se da cuenta de que su guía se ha marchado con su bastón.

—Te he estado esperando, cariño —dice la voz cálida, y enseguida oye los tacones que se aproximan, casi puede sentir el movimiento de su esqueleto, la cercanía siempre anhelada de su carne; y cuando le sujeta la nuca con su mano delicada y le besa en los labios con una calidez familiar, apenas puede defenderse contra el menor de sus temores. Su olor, se dice, y abre los ojos como si pudiera verla.

—¿No te alegras de verme?

—He viajado por media galaxia —murmura, y ni siquiera entiende por qué ha dicho eso.

—Ven, cariño —y le coge de la mano con ternura, le arrastra por un lugar que debe ser el pasillo, le introduce en una habitación que nunca podrá ser otra que la suya, su dormitorio, y luego, sin que pueda evitarlo ni demorarlo de ninguna forma, le va desnudando lentamente mientras le besa, introduce una lengua ávida en su boca, se refugia en sus caricias y en el ímpetu de una especie de ardor que creía extinguido pero que le envuelve hasta atraparlo en un punto donde el espacio y el tiempo se detienen o se ralentizan.

—Lul —repite, una vez tras otra, y la sigue besando, y su lengua se desliza por su carne, notando la dureza tibia de sus pezones, el vientre agitado, el denso olor de su sexo, y cuando ya está dentro de ella sigue repitiendo su nombre como si al hacerlo la

estuviera invocando de alguna forma; ella jadea, pero aunque hay un sonido que le distrae, que no encaja, en todo momento se sumerge a ciegas en las espirales del placer y el deseo, en la respuesta abierta a un dilema que no necesitaba solución pero que a Aloaga le permite ser feliz durante unos segundos o varias horas. Un largo rato más tarde, mientras yace en la cama desecha, mirando al techo como si pudiera distinguir una pequeña grieta de su memoria, nota una brisa nocturna que eriza los pelillos de su barriga.

—Usia no ha vuelto.

—No te preocupes por ella —murmura Lul, y enseguida sus sentidos vuelven a verse perturbados por una corriente de olores nuevos; detrás de la fragancia de su carne distingue un toque algo más seco, distinto, como si las ampollas hubieran perdido su efecto, pero tampoco quiere pensarlo. De pronto un malestar creciente le estrangula la garganta y gira la cabeza hacia donde debería estar la ventana.

—Todo está igual —dice, pero en el fondo sabe que no es cierto, que no todo está igual, y que la cáscara de su antigua casa es frágil ante la invasión de detalles que quedaron disueltos pero que, en el fondo, daban una secreta vida a las cosas. No estaba en el color ni en las formas, no estaba en su superficie, sino en la textura, en los olores más lejanos, en el sabor de la carne sudorosa, ese rastro salado del cuerpo de su Lul.

—Te noto tenso, cariño, ¿es que no lo has pasado bien?

Aloaga aprieta las mandíbulas: ella nunca habría dicho eso. Se habría mantenido en silencio, pero eso es algo que se le olvidó decirles, como tantas otras cosas. Ahora intenta luchar consigo mismo, como la última vez, cuando le contó su historia en un momento de arrebató; después de haberse revolcado juntos durante largo tiempo, ella se había ausentado hasta que él la fue buscando a tientas. La oyó al fin en el cuarto de baño, llorando con la voz apagada, y por primera vez comprendió su angustia.

—Había una fila de personas —le contó en la oscuridad, amparada por las sombras—. Era muy grande, casi no podía verse el final... En aquella época... por entonces, no sabía adónde ir, así que me puse en la fila y esperé a que fuera avanzando. Esperé y esperé, y cuando vi que nos daban algo de comida seguí esperando, hasta que llegué a la Casa.

—He oído hablar de ella —susurró entonces Aloaga, notando que podía engañarse a sí mismo más fácilmente que a los demás.

—Te desnudan... te rapan y luego te anulan... Lo llaman purificar... para que puedas ser la que debas ser en ese momento.

De aquella conversación íntima no habían vuelto a sacar un sólo comentario, una sola referencia cualquiera, como si no hubiese existido. Pero ahora nota que le falta el aire, y que la crisálida de la farsa se cae en pedazos sobre su cuerpo indefenso; las ampollas de olor se han difuminado dejando paso a un nuevo efluvio, más áspero. Entonces aguza el oído y escucha un rumor de engranajes a su derecha. Una máquina, advierte y aprieta las mandíbulas, hay un dispositivo que reposa a pocos metros de la

cama; al girarse bruscamente nota un leve susurro, algo que podría ser la cortina, pero Aloaga sabe que no lo es. Con los ojos abiertos puede percibir ese olor extraño que se mezcla con la nueva esencia de una cáscara rota que representa a Lul.

—¿Qué te pasa? —le dice ella, y le agarra del brazo.

—Sé que no me lo va a decir, él o ella, pero por qué.

—No sé de qué me hablas, cariño... pero, ¡ay! ¿qué haces?

Se pone en pie tan rápido como puede, pero algo pasa velozmente a su lado cayendo varios objetos metálicos.

—¡Cuch, cariño! —grita Lul, pero la golpea con el codo en la barbilla. Pronto la oye caer al suelo y gemir de dolor mientras Aloaga extiende los brazos para capturar a su intruso.

—Nos están grabando, ¿eh?

—¡No me hagas daño! —llora la mujer.

—Salimos en algún canal, ¿eh?

Pero ella, la mujer, ya no responde: sigilosamente, se ha alejado por la puerta sin que pueda impedirlo. Debía haberlo imaginado en algún momento, pero no lo hizo, quizá la última vez debió sospecharlo si bien tampoco supo o pudo hacerlo. De hecho, de pie y desnudo, Aloaga, o el hombre que debía ser Aloaga, se da cuenta de que en realidad la inmensa mayor parte de ese espacio podría ser imaginario; que acaso no está en una casa sino en otro sitio, ¿quién sabe? Es posible incluso que no hubiera viajado por media galaxia, sino que nunca hubiese salido de su mundo, el mismo cuyo sol le cegó por las radiaciones en la llanura de Culema, matando a su mujer a causa de las fiebres. ¿Era su mujer o la de Aloaga?, balbucea, y se tambalea confuso hasta sentarse al borde de la cama con los codos sobre las rodillas. Una vez soñó que estaba en una sala enorme, donde varios hombres le desnudaron; la fila de individuos desnudos se perdía en la distancia. Luego vino un funcionario regordete con uniforme violeta y gorra plana y les habló por medio de un micrófono que extendía su voz por los corredores:

—¡Bienvenidos, bienvenidos, queridos Seres Amados! Os damos la bienvenida en nombre de la Eterna Conjetura y os deseamos que paséis una estancia feliz con nosotros. Más adelante os explicaremos las causas y el funcionamiento de nuestro sello. Para los que sois totalmente nuevos aquí, alegraos de servir a Xiuma, la diosa, porque sois vosotros los elegidos.

Durante semanas o meses apenas se comunicó con nadie, hasta que le fueron instruyendo en las habilidades solicitadas. Unas veces le ponían un cabello moreno y otras rubio, o bien le hacían ciertas pruebas técnicas para adaptarse a cualquier modelo establecido; había varias pruebas de dificultad... pero no, todo eso debió soñarlo, todo eso no es sino parte de algo que recuerda pero que procede de la memoria de otro hombre.

—No, no, no —masculla hoy, con los ojos cerrados, y en un momento recuerda a una enfermera sonriente de la Eterna Conjetura que le suministra sus píldoras

habituales.

—Ya tienes un cliente para ti, enhorabuena —le dijo.

—¿Es un hombre?

—Una mujer —le contó distraída mientras le tomaba el pulso—. Perdió a su marido en su planeta.

—¿Cuánto tiempo? —dijo él, y se acarició la calva.

—Nueve meses, más o menos. Eso es lo que ha contratado, así que necesitas un ejercicio duro. Iremos capa a capa, primero lo que salte más a la vista, y luego los detalles. Modularemos tu voz, y el olor. La viuda ha traído bastantes documentos y cápsulas, no será difícil pero sí muy lento. Ah, por cierto, serás ciego.

—No pienso quedarme ciego, preciosa.

—No, pero tampoco vas a hacerte el ciego. Verás, ¿cómo te lo explico? Tenemos terapias de sugestión que podrían dejar en ridículo los sueros sintéticos. Te aseguro que cuando hayamos terminado serás ciego porque no querrás ver aunque veas.

—¿Y cuando ella se aburra?

—Pues te daremos la terapia inversa, no te preocupes. Nunca falla, eso te lo aseguro.

—No —gime ahora, y parpadea pero no consigue ver nada a su alrededor, ni una simple sombra: él es Aloaga, un antiguo empresario de naves en desuso y nunca estuvo en una casa como ésta, el mismo día en que Lul, la verdadera Lul (o acaso otra) le recibió en silencio, el momento mismo en que se conocieron. ¿Cuánto hace de eso? Podrían ser años, es posible.

—Hola, nena —dijo aquel día lluvioso, y extendió su bastón por la alfombra.

—Llegas tarde —le recriminó Lul sin besarle, con un tono frío que no había esperado de ella: llevaba tanto tiempo estudiando a solas sus gustos, su forma de pensar y de hablar que casi creía haberla conocido desde siempre. Luego se amaron, o creyeron amarse, y durante horas ella apenas le dijo nada, hasta que al fin, ya a la mesa del comedor y mientras comían con las ventanas abiertas (ya apenas lloviznaba, o así lo oyó al menos: un repiqueteo sobre el alféizar y el olor de la tierra húmeda) le contó algo más:

—Eres mejor amante de lo que lo fue él —dijo—. En realidad, creo que casi ya no le quería. Me hubiera gustado quererle más, sobre todo cuando se quedó ciego. ¿Eres ciego de verdad?

—No veo nada —murmuró, y siguió comiendo arrastrado por la seducción de esa mujer desconocida.

—Quiero que le hagas mejor de lo que fue.

El tiempo de contrato establecido se dilató y desde la Casa de los Seres Amados nadie le mandó un mensaje solicitándole su regreso. La viuda de Aloaga, o del hombre que una vez fue Aloaga, parecía haberse olvidado de la comedia para centrarse en una serie de ilusiones que mantenía bajo una rutina inalterable. Poco a poco la fue conociendo mejor, fue intuyendo las aristas y valles de su carácter, esos

pequeños destellos de alegría que la asaltaban cuando iban de viaje a algún sitio, como cuando decidieron ir a la llanura de Culema. Ella... enfermó, sí, eso es, se dice: ella enfermó y ni siquiera tuvo otra alternativa que no fuese enterrarla allí mismo gracias a varios lugareños, y tal y como fue su última voluntad.

—En casa —le dijo ella, moribunda—, cuando vuelvas, busca arriba, en la habitación de estudio, en el mueble, ahí guardo todo lo que necesitas.

—Cariño mío —dijo entonces, pero por mucho que quiso intentarlo no pudo desvanecer las tinieblas de sus ojos. Para entonces ya sabía lo mucho que ella le había amado en el fondo, más (según le dijo) de lo que había querido nunca al verdadero Aloaga. Luego... ¿qué pasó luego?, piensa, y se pone en pie y camina descalzo hasta encontrar sus ropas en el suelo.

—No estaba bien —se dice mientras se viste sin prisa, consciente de que ya nadie le vigila o le espía. Debía haber regresado a la Casa, con sus otros hermanos, «desmaquillarse» como allá lo llaman, desprenderse del residuo de Aloaga que aún tuviera en su cuerpo, el mayor de todos, poder ver de nuevo. Debía haber llamado, informado de su caso, pero nada de eso ocurrió; o nada de eso debió ocurrir después de todo, porque lo recuerda como un sueño o el recuerdo de alguien que no es él sino otro. Nunca hubo otro Aloaga sino él mismo, se convenció finalmente y, con algo de crédito heredado por acuerdo escrito de su difunta Lul, compró una nave y buscó un guía.

Pero de eso ya pasó mucho tiempo. Sí, pasaron bastantes años, piensa y tantea por las paredes en busca de la salida. Podía haber ido a la Casa y que los gregarios le sanasen de su ceguera inducida, pero en su lugar contactó con la Conjetura bajo otro nombre. Nadie le reconoció, y de hecho tampoco pudo reconocer la voz de nadie; simplemente aportó todos los archivos que ella misma le había dado una vez, como si se tratase de un tesoro, la esencia que podría hacerla inmortal mientras se la recuperara.

—Yo la quería —se dice y sale ya al exterior, pero sabe que no está en el rellano de la casa donde vivió con Lul durante nueve largos años, sino en otra parte, un lugar que sus ojos se niegan a describirle, acaso por miedo a lo desconocido. A tientas, tropieza y a punto está de caer de bruces, pero se recupera. ¿Volverá?, se dice y gira la cabeza: la casa de Lul ya no es una casa, pero tampoco logra distinguir sus formas. Ahora escucha un chirrido en lo que podría ser la noche (sí, aún debe ser de noche) hasta que Aloaga imagina el balanceo del columpio que cuelga de una rama, en el árbol que plantó el padre de Lul cuando era pequeña. Al fin el balanceo va menguando, y pronto oye pasos por la hierba (porque es la hierba, está seguro, es la hierba que tantas veces ha pisado con su mujer), y en silencio una manita se agarra a la suya.

—Vámonos, Usia.

Carlos Pérez Jara (Sevilla, 1977) ha publicado hasta la fecha en diversas revistas de papel y electrónicas como Axxón, NGC3660, Bem On Line, la revista cubana Korad o la española Planetas prohibidos. Ha sido seleccionado como finalista en dos ocasiones para las antologías de cuentos de terror Calabazas en el trastero (editorial Saco de huesos), tanto en el nro. 6 (temática «Bosques») como en el nro. 11 (temática «Empresas»). Asimismo ha participado en la revista de ciencia ficción argentina PROXIMA, en los números 14, 15 y 20.

El regreso

Daniel De Leo
Argentina

Hoy me acuerdo de ellas otra vez. Las maestras, las llamábamos. Habrán pasado veinte años, pero hay cosas que no se olvidan, personas que no se olvidan, anécdotas que asoman desde lo hondo de su noche sin que uno pueda impedirlo o explicarlo. Entonces, más vale entregarse a esos instantes antiguos que trepan hasta la conciencia.

Las maestras. Dos hermanas que daban clases particulares en una casa de tejas descoloridas y fachada devorada por la hiedra. Ayudaron a varias generaciones de niños y adolescentes. Yo fui uno de sus chicos, y también mi madre había recurrido a ellas en su juventud. Dictaban las clases en una sala espaciosa de la planta baja. La sala sonaba a hueco cuando uno hablaba, y todo se traducía en murmullos bajo una tranquilidad de iglesia o biblioteca. Había un par de mesas, un pizarrón y libros amontonados en los estantes. Una cortina gris ocultaba el acceso al primer piso.

Cada vez que sonaba el timbre, las maestras espiaban por las rendijas de la persiana, casi siempre baja. A mí me intrigaba un poco verlas moverse con avidez, pegarse a la ventana como si se sintieran perseguidas. Timbrazo, y entonces Herminia o Leonor se levantaban para curiosear la calle. A veces, asomadas las dos, intercambiaban palabras en un cuchicheo escurridizo, como si manejaran otros códigos.

Herminia tenía el mentón sembrado de vellos casi imperceptibles, el pelo entrecano y coronado con un rodete. La papada le ensanchaba la cara. Leonor, en cambio, era morocha; mejor dicho, se teñía de castaño. Usaba una lupa para leer: inclinada sobre algún cuaderno, deletreaba la tarea deslizando el lente redondo por los renglones.

Era común que nos sentáramos varios chicos a la misma mesa. Herminia, una eminencia en matemática, me explicaba las cuentas paso por paso, con su voz dócil y paciente que convenía a esa atmósfera de una luminosidad casi de ensueño. Después me daba algunos ejercicios y, mientras me demoraba en resolverlos, se dedicaba a atender a los demás. Todavía hoy, al cerrar los ojos y evocarla —evocarla tal como se veía por ese entonces, no como lo que fue después—, la entreveo sonriéndome, susurrándome con su aliento a libro viejo o a madera. En la otra mesa, Leonor se encargaba de ayudar a los que andaban flojos en lengua y literatura.

Se me hacía mentira que pudieran ser tan amables. Yo me distraía imaginando cómo se comportarían aquellas dos solteronas en el hermetismo del hogar. Me las figuraba desplazándose con bruscos ademanes, moviéndose con la nerviosidad de ciertas personas cuando no se saben observadas. Las voces delicadas se tornarían

ásperas al caer la noche, cuando ya no quedaban alumnos en la casa.

Sin duda vivieron años de renuncia, al margen del amor. Años de observar las facciones de una en la cara de la otra. Años de tentaciones reprimidas —eran sensibles y humanas lo mismo que cualquiera, y también en sus corazones latiría el deseo, secreto y tenaz.

Un recuerdo: ya no me aguantaba las ganas de ir al baño, y le pedí a Herminia que me mostrase el camino. Ellas cruzaron las miradas. Leonor dio su aprobación en un gesto sutil que fui capaz de cazar al vuelo, y recién entonces Herminia resolvió acompañarme. Atravesamos la cortina gris y subimos hasta el primer piso por una escalera alfombrada que despedía un olor húmedo.

—Es allá, Julito —dijo, señalando una puerta blanca al fondo del pasillo.

Herminia bajó, y yo caminé hacia el baño. Cuando salí, mientras me ajustaba el cinto, se me dio por estudiar las puertas a los costados. Seis en total, tres a la derecha y tres a la izquierda. Demasiadas para dos mujeres solas.

Entonces retumbó un golpe en la pared. Antes de que pudiera escapar, sentí crujir una puerta en el otro extremo, cerca de la escalera. Se asomó un hombre, los pies descalzos, la cabeza rapada. Desde el pasillo se fijó en mí como esforzándose por recordar algo. No supe si avanzar o retroceder, y me quedé ahí esperando que se apartara o que me hablara o qué sé yo. Andaba con una túnica, o a lo mejor era una sábana eso que lo envolvía. El miedo y los años borronearon aquel detalle, pero todavía retengo con nitidez la pequeña cicatriz que le cruzaba una ceja.

—Julio... —dije por decir algo—. Me llamo Julio.

—Soy el Mesías —murmuró, y sospeché que me lo hubiera dicho igual aunque yo no me hubiese presentado.

Ignoraba entonces el significado exacto de aquella palabra, Mesías, aunque la relacionaba con la religión, con lo sagrado. ¿Qué me habría hecho perder el miedo? No lo sé. Pero, de un segundo a otro, yo dejaba de sentirlo como un peligro. Lo miré distinto. Lo vi igual que a un enfermo, que a un loco manso. Un pobre hombre, eso me pareció en el fondo. Abrió el puño y me mostró un bultito plateado. Al acercarme comprobé que se trataba de una cadenita con una cruz. Me la ofreció y no dudé en aceptarla —de chico era bastante pedigüeño, un caradura—. Alargué el brazo, y dejó caer en mi mano la cadenita. Pensé en colgármela del cuello, pero ¿qué diría Herminia al reconocerla? Seguro que me la pediría, así que me la guardé en el bolsillo.

Pasos huecos en la escalera. Herminia apareció detrás del tipo y me miró con los ojos muy abiertos, aterrada o confundida, como si la rareza fuese yo.

—Oscar, volvé a la pieza —ordenó, y fue la primera y última vez que la oí chillar.

El hombre entró sin un rezongo. Herminia lo encerró con llave y, mientras bajábamos, me confesó que era su hermano.

—¿Qué tiene? —dije.

Ella se llevó el índice a la altura de la sien y lo hizo girar en el aire, mientras

entornaba los párpados rugosos como cáscaras de nuez.

—Cada tanto lo internamos —aclaró—, pero no aguanta estar lejos de nosotras.

Con sorpresa me enteré de que mis padres y muchos otros en el barrio sabían del hermano de las maestras, aunque la mayoría imaginaba que lo habían internado lejos, en algún hospicio de provincia.

Una tarde en que volvía del colegio, pasé frente a la casa de las maestras y lo descubrí sobre el tejado. Me detuve a mirar. El loco, parado junto a la chimenea, sin apoyarse en nada, vigilaba el cielo ensombrecido de nubarrones. Se va a matar, pensé. Extendió los brazos, las palmas hacia arriba, y vi estallar relámpagos detrás de su figura. En el resplandor advertí que me miraba con una bronca irracional o injusta, o eso me parecía.

Saqué el crucifijo del bolsillo y se lo mostré, tratando de que recordase nuestro encuentro, que no había sido grato pero tampoco hostil; haciéndole notar que, de algún modo, yo estaba de su parte. Enseguida me di cuenta de que mi gesto podía ser tomado por una provocación, y me guardé la cruz.

Otro relámpago inflamó las nubes. Cayeron las primeras gotas, graves y dispersas. Luego resonó un trueno. Y no pude evitar la idea de que aquel rugido había sido destinado a alimentar a esa figura, dotándola de una fuerza que se traduciría en actos portentosos.

Dejé de mirarlo. Al momento, cuando alcé la cabeza, el loco ya no estaba. ¿Se habría caído? ¿Acaso vendría por mí? Eché a correr bajo la lluvia, calle abajo.

En los días siguientes no volví a visitar a las maestras. Evité pasar por esa calle al ir al colegio o al volver.

Dos o tres semanas después de la escena del loco en el techo, murió Herminia. De compras en la despensa de don Pablo, al enfilear hacia la puerta, las bolsas cargadas, cayó redonda al suelo. Don Pablo trató de reanimarla, pero ya era inútil. Confieso que la lloré, la lloré bastante. La enterraron en la Chacarita, donde también descansan mis abuelos.

Incapaz de asimilar el duelo, Leonor dejó de dar clases. A los chicos que iban a la casa les explicaba que no estaba en condiciones de ayudarlos. Venían alumnos de muy lejos, no enterados de la desgracia.

En el barrio se decía que, tarde o temprano, Leonor se repondría y volvería a la enseñanza. Hubiéramos querido verla trabajando, pero lo cierto es que se marchó una noche, semanas después de la muerte de la hermana. Lo hizo en silencio, sin comentarlo con nadie. Esa era la versión desparramada por la Maruja, y si la Maruja lo había dicho, concedora de la zona y de cada movimiento, había que creerle.



Ilustración: Tut

No pasó mucho tiempo antes de que yo me pusiera a merodear frente a la casa de paredes ganadas por la hiedra. Volvía del colegio. Serían las seis y media de la tarde, o quizá las siete. Recuerdo que me sorprendí al ver la luz amarilla en las persianas. Me detuve tratando de distinguir adentro alguna agitación, alguna sombra. En eso, la puerta se abrió como si el viento la hubiera empujado. Desde la vereda apenas pude divisar, bajo la lámpara encendida, una silla vacía y parte del pizarrón. El loco, pensé, el único habitante. Me cargué al hombro la mochila, que venía arrastrando en una mano, y di unos pasos hacia el umbral.

Ahí estaba ella, concentrada en corregir quién sabe qué ejercicios. Los mechones, endurecidos y liberados del rodete, rozaban las páginas en la superficie de la mesa.

La curiosidad, más fuerte que el miedo —aunque del miedo se nutre—, me empujó a entrar en el salón. No me alejé de la puerta, que seguía abierta a mis espaldas.

Algunos creen que una luz intensa les señalará el camino; otros, que hay un pasillo largo donde un ser querido los espera al final. Muchos están convencidos de que no hay nada, sólo frío y oscuridad y silencio. Pero también hay quienes afirman que, en los instantes iniciales de esa nueva existencia, uno llega a su centro y comprende realmente quién es, o quién ha sido. ¿Qué hay más allá de la muerte? Sólo con la muerte misma lo sabremos. Pero yo, en aquel momento, estuve a punto de averiguarlo en vida.

Herminia soltó el lápiz y levantó la cabeza. Quedó como pensando en vaya uno a saber qué cosas. Apenas la reconocí. La muerte había dejado incompleto su trabajo: venillas amontonadas alrededor de los labios, la piel resquebrajada. El frío se le adivinaba en la opacidad de los ojos. Un templo desolado, sin esencia. Tal es la imagen que me viene ahora, pero en ese entonces me mareaban pensamientos y metáforas horribles.

El loco, el Mesías, asomó la cabeza por la cortina y asintió con orgullo o satisfacción. Me di cuenta de la trascendencia de su papel en el retorno «milagroso» de su hermana, y estuve seguro de que Leonor había escapado por temor a padecer un destino semejante.

De pronto Herminia reparó en mí, aunque en realidad no me miraba. Más bien parecía buscar algo por encima de mi hombro o más atrás, igual que un ciego que percibe una presencia y dirige su atención hacia los ruidos.

Hubiera querido saber, formularle esa pregunta que tenía en la punta de la lengua —«¿Qué hay allá, Herminia, qué viste?»—, pero no pude balbucear ni una palabra.

Con una voz que era el eco remoto de su voz, ella pronunció lo último que le escuché decir antes de que yo escapara para siempre.

—Vení, Julito —extendió hacia mí su mano tumefacta—. Mostrame tu cuaderno, mostrame esa cuentita que no te sale.

Daniel De Leo nació en Buenos Aires (1973). Obtuvo premios en concursos de Latinoamérica y España. Ha publicado notas en el suplemento Cultura del diario Perfil. Colaboró como redactor en la revista literaria Axolotl. Es autor del libro de cuentos Después de la tormenta, premiado por la Fundación Victoria Ocampo en 2010. En 2011 el Fondo Nacional de las Artes le otorgó el tercer premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial, género cuento, por su libro Barro nocturno, publicado por Santiago Arcos Editor.

Así aparece en Axxón por primera vez.

Notas

[1] Agradezco la invitación, y las sugerencias, a Juan Carlos Toledano Redondo. Es factible su observación: detrás de «Zopilotea» aparece una referencia política hacia los «zapatistas». Además, me gustaría mencionar la atenta lectura de Luis C. Cano. De su lateral referencia al ocultismo en Sor Juana surgió la posibilidad de este análisis.<<

[2] El capítulo sexto —«De la excepcionalidad a la impostura: Sor Juana Inés de la Cruz ante la crítica (1700-1950)»— de Perelmuter (*Los límites de la femineidad en Sor Juana*) otorga una mirada integral sobre lo que se ha especulado en torno de esa *rara avis*. Una de las más habituales es *qué hubiera pasado si Sor Juana hubiera vivido en el siglo XIX, XX*, etc. Mi sugerencia *ucrónica* se distancia de ese conglomerado de suposiciones inversas.<<

[3] En la «pastorela virtual» no se menciona *Primero sueño*. Rodríguez complementa su tarea artística realizando una *performance* teatral no tradicional del poema con los 975 versos como texto.<<

[4] En este artículo, extenso a pesar de intentar un planteo acotado, no habrá lugar para revisar desde la cf el texto que Octavio Paz (538) denomina la «versión en prosa» del *Sueño: la Respuesta a Sor Filotea* [la *Respuesta*] (publicada en 1700). Ver nota 45<<

[5] Sigo esa discusión con más de una década de existencia a través de una reactualización en la revista *Katatay* por medio del artículo de Emil Volek «Trabajo crítico y metáforas barrocas».<<

[6] En su análisis de *Sor Juana en Almoloya*, Amalia Gladhart (6) establece que «Haraway's suggestive image of the cyborg —part human, part machine— might find an analog in Rodríguez's Sor Juana...». <<

[7] La grafía en castellano es *ciborg*: «ser formado por materia viva y dispositivos electrónicos» (*Diccionario Real Academia Española*). Surge de la imaginería de la cf. Sobre su etimología en conexión con el *Sueño*, ver nota 35.<<

[8] Este punto de vista no desestima trabajar con géneros concomitantes a la cf. No sostengo una pureza genérica.<<

[9] Este desarrollo continúa un planteo embrionario acerca de la paranoia aplicada a la re-narración desde la cf. Ver la sección final de mi artículo citado en la bibliografía.

<<

[10] Para otra recensión, ver «Science Fiction Before the Genre» de Brian Stableford. En las secciones siguientes, siempre que sea posible, hablaré de cf en lugar de proto-cf por cuestiones de comodidad (o de pertinencia). <<

[11] Todo el volumen *Arqueologías del futuro* de Fredric Jameson es útil para pensar la relación utopía y cf, además de presentar en particular el análisis de la utopía de More como origen del género literario.<<

[12] – Rivas tuvo problemas con el Santo Oficio a causa de su escrito. En el título de la obra aparece «sizygya», término de la tradición hermética (ver nota 27). Más adelante quedará en claro que lo que la ortodoxia católica tachaba de hereje — hermetismo, gnosticismo— era un corpus que apuntaba a la libertad de interpretación.<<

[13] El tema del hermetismo es amplio y ríspido. Recomiendo *The Egyptian Hermes* de Fowden. En lo que respecta a Sor Juana, una gran porción de la bibliografía se encarga de desandar ese tópico. Acercó una mínima definición: «...el *Corpus Hermeticum*, [es una] serie de textos recopilados entre el año 100 y 300 d.C. y... atribuidos a Hermes Trimegisto... donde se propone la salvación religiosa por medios místicos y no racionales que suelen apelar a procesos de síntesis de diversas polaridades...» (García, «Androginia» 259).<<

[14] Pablo Crash Solomonoff (17) duda si Holmberg practicaba o no el espiritismo, pero señala el uso en sus ficciones. El término «fantasía» y no «ciencia» junto a *espiritista* marcaría cierto distanciamiento. Tiene otra entidad «fantasía» en Sor Juana. Volveré sobre esto en la «Segunda parte».<<

[15] Me permito un excursus: «Textos en los que desde el pasado late silente el futuro». La tríada «Sor Juana, ocultismo, cf» permite releer el canon de la cf hispanoamericana. Abandono, por un momento, el ocultismo para referirme a dos textos que rozan la cf y que «se comprenden mejor» si se supone que Sor Juana y cf van de la mano.

En 1963 la escritora chilena Elena Aldunate publica «Juana y la cibernética». El relato anclado en el presente trabaja con un tópico de la cf: la rebelión de las máquinas. En realidad, no hay tal rebelión sino la fantasía que el poder mecánico despierta en Juana, la protagonista —una obrera con un trabajo alienante— quien un viernes, en vísperas de Año Nuevo, se queda encerrada en la fábrica. Juana es virgen. La soledad del encierro y su propia soledad en la vida la conducen al deseo irrefrenable de acoplarse a una máquina cuyo émbolo enloquecido la posee con la fuerza de un «superhombre». La alienación reside en fantasear que la fuerza implacable y mortal del metal la liberará. Detrás de ese amor maquinico emerge una identidad cyborg. Su amor / muerte escenifica los efectos destructivos de la sociedad capitalista patriarcal que dispone del cuerpo de la mujer mediante la violencia. Este análisis esquemático podría extenderse, pero me gustaría resaltar otros aspectos. No parece muy complicado atisbar detrás de la protagonista una referencia a la figura de Sor Juana y no sólo por el nombre: «...de todas sus compañeras de trabajo, venía a sucederle a ella ese percance idiota. A ella... que vivía sola. A ella, que en sus cuarenta y cuatro años no conociera el amor... [...] Ella, una mujer no demasiado religiosa, sin tantos prejuicios, no tan fea..., no sabía físicamente lo que era un hombre...» (Aldunate 21). La Juana de Aldunate posee características —es linda, es poco religiosa, es célibe (en otro momento, después de bañarse, se recoge su «corto cabello» en la nuca)— que podrían coincidir con algunos rasgos de Sor Juana (amén del celibato). E incluso hay un dato significativo. Más allá de las dudas sobre la fecha de nacimiento de la mexicana, si se acepta 1651, muere ella aproximadamente con 44 años, la misma edad que Juana la cibernética tenía al momento de entregarse a la máquina. Como la de Aldunate, Juana de Asbaje finaliza sus días bajo el poder de una poderosa maquinaria.

En 1998 el escritor argentino César Aira publica una novela con un leve tono de cf titulada (apenas una particular coincidencia) *El Sueño*. La acción transcurre alrededor de un convento de monjas donde se prepara una conspiración. La trama presenta algunas otras pistas que permiten fantasear con un homenaje muy al estilo Aira a la figura de Sor Juana: la muerte por epidemia de decenas de personas (las monjas prestan un lugar para velarlas), las monjas como robots vestidos con hábitos, etc. Y como dato sorprendente, la última página del texto indica que la novela se terminó de

escribir el 24 de abril de 1995, trescientos años y una semana después de la muerte de la monja jerónima. (Sobre la androginia en Aira, ver Mariano García, Degeneraciones textuales).<<

[16] El género es «una forma de los modos posibles de atribución a los individuos de aquellas propiedades y funciones que aparecen —imaginariamente— como dependientes de la diferencia sexual. Esta forma es siempre relacional y se refiere a relaciones entre acciones o prácticas que devendrán masculinas o femeninas según los modos históricos y culturales. En este sentido, debe entenderse al género como un conjunto entrecruzado de prácticas (lingüísticas, figurativas, raciales, sexuales, de clase, de edad, etc.) que producen mujeres y varones.» (Margarita Roulet 71-72).<<

[17] El sujeto andrógino legitima la acción de la mujer borrando las determinaciones materiales del cuerpo femenino. Es el límite del «feminismo» de Sor Juana. (Femenías 13).<<

[18] Franco titula rondando la cf. El volumen se denomina *plotting women* («las conspiradoras») y su artículo *Sor Juana explora el espacio*. Es sintomático que cuando se refiera a las escritoras místicas, Franco indague su producción comparándolas con la literatura fantástica, pero cuando aborda Sor Juana no considera viable remitirse a la cf.<<

[19] Sobre la relación entre «Filosofía y feminismo en Sor Juana...» ver el artículo de María Isabel Santa Cruz.<<

[20] Franco especifica que Kircher no introducía ideas herejes, las compendiaba para su análisis.<<

[21] Menos «Sor Juana», por razones obvias, el resto de los elementos participan de un ícono de la cf creado a partir de *dissecta membra*: a) ocultismo (Agrippa, Paracelso, Alberto Magno), b) androginia y c) cf se fusionan en *Frankenstein* de Mary Shelley (1818). En la «Segunda Parte» me refiero a la creación de vida artificial.<<

[22] En cuanto a la cf argentina, Cano y García («Androginia») van por carriles paralelos. Si se los cruza, el resultado es interesante. Para Cano, Gorriti y Holmberg *inauguran* la cf. Según García, esos autores introducen los primeros personajes andróginos en la literatura argentina. Si bien los textos literarios de referencia no siempre coinciden, la correspondencia es significativa. El factor común para la androginia y la cf es el ocultismo.<<

[23] Ver Helen Merrick, «Gender in Science Fiction».<<

[24] Para una mirada tradicional sobre «fuentes», ver Georgina Sabat de Rivers «El Sueño...: tradiciones literarias y originalidad».<<

[25] Jameson remarca con insistencia que el futuro en la cf no anticipa sino que «des-familiariza» el presente cultural.<<

[26] Que Sor Juana sea la «primera» es importante. Algunos corolarios: a) la cf Hispanoamericana comienza con una mujer b) esto retrotrae los inicios de historias y cronologías por lo menos un siglo, c) dos características de esa primera obra: i- es poesía, ii- en primera persona, d) no comparte el género (*genre*), pero sí el «yo que cuenta» con el clásico inaugural de la cf en inglés: *Frankenstein*, f) la escritura femenina parece impulsar la perspectiva de *gender* hacia el interior del género, g) no es un rasgo distintivo de la cf, aún así propondría la perspectiva de *gender* como una manera de graduar la cf en un arco que va desde una cf anti-esencialista a otra más conservadora con una zona de grises que combina ambas instancias, h) en esa zona de grises se pueden presentar ataques a la oposición binaria «nosotros/otros» (buenos/malos, capitalistas/no-capitalistas, cultos/incultos, etc.) y dejar intacta la configuración de género o, como en el *Sueño*, socavar esa configuración sin una crítica explícita y abierta al sistema.<<

[27] Philip Dick se interesó por el hermetismo, el gnosticismo, etc. En América Latina, además de Rubén Darío y de Leopoldo Lugones entre otros (Cano 90 y ss.), el uruguayo Levrero mixtura cf con parapsicología (Martínez). El ocultismo vía Sor Juana tal vez no modifique su hipótesis, pero le permitiría a Martínez sumar a la línea argumentativa de Dick una nueva línea latinoamericana. Por otro lado, acerca del interés de Dick por el hermetismo y el gnosticismo recomiendo *Idios Kosmos* de Capanna. Hasta tal punto llega esa confluencia que —producto probablemente del azar— Capanna (*Idios Kosmos* 96) cita una carta en la que Dick se autodenomina la mitad de un «sizygya», término hermético que designa la pareja macho / hembra (andrógina) que «engendra». Ese término aparece en el título del texto ya citado de Rivas (ver nota 12).<<

[28] Domínguez Leiva (1023) y Roman Gubern (14-15) lo dan como el inventor de la linterna mágica. Es un dato de la tradición no confirmado. Kircher podría ser solo el divulgador.<<

[29] El ingreso a lo virtual construido como si fuera un viaje causado por una droga pesada es otro de los subtextos del film. En el *Sueño*, el dormir está asociado al uso de drogas naturales: «natural beleño» (v. 868). Galeno representa a quien compone remedios con «mortífero veneno» (v. 521) y consigue una «admirable triaca» (v. 538). El término *triacca* alude a un antídoto basado en el opio.<<

[30] En la parte final del film, el juego que se testea en la realidad empírica es *Trascendenz*, diseñado por un hombre («eXistenZ» forma parte de él). Allegra participa de un *complot realista* para matar a quien afecta a la humanidad. La última línea de diálogo deja irresuelto si *Trascendenz* es «real» o si se trata de un juego dentro de otro.<<

[31] Cuerpo cyborg inmóvil, viaje interior, cf barroca aparecen en el segundo film de Duncan Jones, *Source Code* (2011), de dudoso casting y de pésima trama terrorista. A su favor tiene el uso de un dato científico que funcionaría en Sor Juana: el cerebro, aún después de muerto el cuerpo, percibe y registra. Su primer film, *Moon* (2009), complementa con (pseudo) viaje astronómico el arco que va desde el *outer space* al *inner space*.<<

[32] Javier Lorca (67-73) señala la relación en la imaginería de los siglos XVII y XVIII entre el cuerpo humano como máquina que funciona por sí misma («autómata») y la consideración del reloj como un «mecanismo de mecanismos» (que a su vez permitía pensar la figura del demiurgo, frente a la máquina del mundo, como la de un relojero).<<

[33] En la parte final del poema se menciona el «natural vaso» (v. 843) como sucedáneo del alambique. Sobre la filiación alquímica de *vaso* (ver nota 48).<<

[34] Esta configuración podría explicarse con la imaginería barroca del cuerpo y del mundo como «máquina» y hasta podría remitir a la «monodología» de Leibniz con su analogía mecánica de la comunicación cuerpo / alma. Sor Juana repite incesantemente que el mundo es una maquinaria (El *Sueño*, v. 165, v. 331, vv. 770-780, etc.) (ver nota 32). Por otro lado, personifica la Tierra a la que presenta repleta de «senos» (El *Sueño*, v. 91. V. 97, v. 628, v. 716) como si afianzara la idea de la Madre Naturaleza (ver nota 48). Esta feminización de la Tierra se clausura con la aparición de la bella, atrevida, exultante y guerrera Aurora, una andrógina amazona que lucha contra la noche. Para las amazonas y la androginia en Sor Juana, ver Egan (31 y ss.). En el uso de esa andrógina figura mitológica, Egan advierte una anticipación posmoderna (ver nota 50). Aporto un dato lateral. Se menciona muy poco el señalamiento de Robert Graves (*Los mitos griegos I*, # 100.1, 405) quien apunta que la voz *amazon* no significa «mujer sin un seno». *Amazon* es una voz armenia que remite a sacerdotisas de la diosa luna. Las *amazonas* son, entonces, «las mujeres luna». No tiene el sentido «procedentes de...», pero entendido así el vocablo gana en riqueza semántica. ¿Hay film de cf relacionado? Sí. En un registro hiperparódico, *Amazon Women in the Moon* (1987).<<

[35] Si nos remitimos a la etimología de «cyborg» emergen otros sentidos. *Kybernétes* (griego) significa «piloto de nave» (en latín, *gubernator*). En varios pasajes, Sor Juana se refiere al recorrido del Alma como navegación. En el primer fracaso por conocer, recoge la atención («las velas») pero no puede impedir que el barco se destrozase contra la «mental orilla» (*Sueño*, vv. 540-580). El Alma, entonces, es un *kybernétes*. Esto se relaciona, además, con la función del Faro de Alejandría de reflejar las lejanas naves y disuelve desde otro punto de vista la idea del «vuelo». Yendo aún más lejos, la cibernética en un sentido moderno (la autorregulación de los sistemas mecánicos y/o animales) fue desarrollada a partir de las investigaciones de Norbert Wiener en los años cuarenta. En *God & Golem, Inc.* (1964) Wiener, entre otras cuestiones, sugiere una herencia *mágica* de la cibernética cuyo tradición se remonta a la idea cabalística del hombre jugando a ser Dios con la construcción de un autómatas (*golem*) y cuyo antecedente intermedio es el autómatas bautizado «robot» por el checo Èapek en *R.U.R.*, obra de teatro de 1920. ¿Casualidades? Praga es el factor común para estas dos últimos «criaturas». Sobre el *golem* ver la mención posterior en Borges.<<

[36] La referencia es, nuevamente, la cf barroca. Tanto en la novela *Ubik* (1969) de Philip Dick como en su no reconocida versión cinematográfica *Abre los ojos* (1997) de Alejandro Amenábar (la sugerencia sobre la semejanza entre ambas ficciones es de Gamarro 201) los sujetos viven «vidas reales» por medio de un sistema que interviene y conserva sus cuerpos muertos mientras le transmiten una vida mental que es un sueño o una variante de él. Por supuesto que los objetivos —vamos a decirlo así— de los tres textos son diferentes, pero en su situación básica cuentan el discurrir de una mente en el interior de un cuerpo muerto o en el límite de estarlo.<<

[37] «No hay que olvidar... que el paisaje del poema es mental.» (Paz 491)<<

[38] El carácter onírico del cine es otro lugar común de la historia del arte.<<

[39] Dentro de la concepción de «la cadena del ser», el hombre como «bisagra engarzadora» (el *Sueño*, vv. 659) y «compendio que absoluto/ parece al Ángel, a la planta, al bruto» (el *Sueño*, vv. 692-693) también alienta a una hibridez *cyborg*.<<

[40] En base a la distinción micro / macrocosmos, la ventana que supongo para la habitación replica la existencia de los ojos intelectuales en la parte superior del sujeto.<<

[41] El afán redentor de padre e hija se materializa convirtiendo a Max, el protagonista, en un agente del bien y, sobre todo, «salvando» a parias afectados por la televisión. Esa tarea se desarrolla en «Cathodic Ray Mission». En esta lucha por lo virtual, esa institución es una «mission» (*misión*) y su símbolo es un corazón rojo atravesado por un rayo catódico. Tal vez mera coincidencia, Cronenberg alude a la orden jesuítica a la que pertenecía Kircher.<<

[42] Quienes como Max ven las imágenes fatales de Videodrome, experimentan la transformación de su estómago en una gran vagina.<<

[43] A la recurrencia de personalidades raras [*queer*], habría que añadir el juego con los fluidos corporales en el interior del sujeto (recordar la mención coprofílica del «quilo», v. 243). Este aspecto merece un mayor desarrollo. Por otro lado, ignoro en qué contexto Elías Trabulse prefigura esa conexión, pero sugiere y me interesa: «En Sor Juana encontramos —como Anaïs Nin lo notaba en sí misma— el cotidiano tornar... [etc.]» (citado por Perelmuter 9). Para una perspectiva de lo monstruoso aplicada a la *Respuesta*, ver Solodkow, «Mediaciones del yo y monstruosidad...».<<

[44] Sobre la relación entre las figuras mitológicas y la construcción de una genealogía autorreferencial para defender su saber, ver Franco.<<

[45] Es una hipótesis que no puedo desarrollar aquí. Me gustaría reformular la propuesta de Paz —la *Respuesta* es la versión en prosa del *Sueño*— y decir: en términos genéricos, la carta es la versión en clave fantástica del poema de cf.<<

[46] En *Siete Noches* (1980) Borges incluye dos textos que cruzan sus caminos: «La pesadilla» y «La cábala».<<

[47] Sobre esa relación, en ambos escritores, entre hermetismo y ciencia ficción, presenté en 2012 un escrito en el *I Congreso Internacional Vertentes do Insólito Ficcional* con el título «Del informe embrión de Sor Juana al inhábil y rudo y elemental Adán de sueño de Borges, o de cómo intuir la pervivencia en la literatura latinoamericana de la conjunción ciencia ficción / hermetismo» (Rio de Janeiro). Por otro lado, una lectura paranoica de Borges la intento en el análisis del relato «La lotería en babilonia», *Cuadernos del Sur* 40, 2010, p. 115-134, Universidad del Sur (BB).<<

[48] La mención en el verso 558 del «pequeño vaso» que no alcanza a contener todo lo visto, se une a la idea del *embrión informe* y remite también a la alquimia. En esta tradición, asociada a la minería, la Madre Tierra aparece como útero y/o vaso (*vas*) en el que se desarrolla el embrión mineral (la piedra preciosa). El crecimiento de la piedra tiene su correlación espiritual iniciática. Ver Eliade *Herreros y alquimistas*.<<

[49] Desarrollo esto en Lépori. Sobre la posmodernidad de Borges en relación con la cf, ver Cano.<<

[50] Sobre la «actitud moderna» en ciernes de Sor Juana, ver Paz (502-503), Femenías (11), Santa Cruz (161). Acerca de lo posmoderno, las menciones son menos evidentes al menos en la bibliografía consultada por mí. Egan (31) sugiere esa conexión. Ahora bien, y se trata de una apreciación que por el momento solo puede tener carácter de nota al pie hasta mejor análisis, podría aventurarse que una vez aceptada la cf como protocolo de lectura del *Sueño* los embates posmodernos son, si no deseables, esperables. Sor Juana usa la primera persona para la voz que enuncia en su poema de cf construyendo una subjetividad cuya contraparte es la autobiográfica *Respuesta*. Algunos críticos consideran que el género posmoderno «autoficción» (*fabulación de sí*) remonta sus orígenes a Luciano de Samosata, comúnmente citado entre los antecedentes de la cf (el personaje de sus aventuras fantásticas lleva el nombre «Luciano»). Sobre Luciano, cf, *autoficción* y posmodernismo sigo la mención de Ignacio Lucia dedicado a analizar al escritor Raúl Damonte (Copi). <<

[51] Un film de cf —*Innerspace*(1987) de Joe Dante— permite detectar cuánto hay de cf germinal en aquel texto de fines del siglo XVII. Si bien es una parodia, en *Innerspace* el espectador comparte el punto de vista de un hombre que, miniaturizado en un experimento, recorre el interior de un cuerpo humano. Ese interior no es semejante al cuerpo que concebía Sor Juana por razones obvias, entre ellas, la de la circulación de la sangre.<<

[52] «La ciencia ficción debería olvidarse del espacio, de los viajes interestelares... Los mayores adelantos del futuro inmediato no tendrán lugar en la Luna ni en Marte sino en la Tierra, y es el espacio interior [del hombre], no el exterior, el que ha de explorarse.» (Ballard citado por Lorca 128).<<

[53] Mi afirmación se circunscribe a la Argentina por no tener el pulso de otros espacios de estudios literarios.<<

[54] Ver «Discontinuidades genéricas en la ciencia ficción: La nave estelar de Brian Aldiss» (Jameson, *Arqueologías del futuro* 303-317) para pensar en qué sentido el collage es intrínseco a la constitución del género.<<

[55] Esta historia tiene otros capítulos que incluye la fuerza desencadenante, e involuntaria, de la «tragedia» de Sor Juana —el jesuita luso-brasilero padre Antônio Vieira— quien, por su parte, no solo escribió los primeros textos de ciencia ficción en lengua portuguesa, sino que, además, sembró entre esos textos señales que fueron retomadas por alguien perteneciente al entorno de Borges en Buenos Aires.<<

Notas

[1] Otro caso similar se ve en la saga iniciada con «*Cita con Rama*», de Arthur C. Clarke. (Nota del editor) <<

[2] Antes de enfriarse, el Sol se convertirá en una gigante roja y muy probablemente la Tierra sea engullida por él. De no ser así, igualmente se convertirá en un mundo tórrido e inhabitable. (Nota del editor) <<

Notas

[1] Terra Nova se vende en forma directa. Ponerse en contacto con Luis Pestarini a través de su mail: cuasar@ciudad.com.ar. También se puede adquirir en la Tertulia de Buenos Aires, todos los primeros sábados de cada mes en el bar “La Alameda”, sito en la esquina de Av. de Mayo y Salta, Ciudad de Buenos aires, a partir de las 19 horas (N. de R.)1 <<

Notas

[1] Aprovecho esta única nota para agradecer a Juan Carlos Toledano Redondo la sugerencia del texto de Haywood Ferreira. Como marco general, más allá de que hoy en día el acceso a la bibliografía se ha visto facilitado por el ciberespacio, en algunos rincones de América Latina continúa siendo casi un milagro disponer de una biblioteca razonable de ciencia ficción. Aun así, esa limitación está a tono con un texto —al que hay que leer como un prólogo o como una introducción— que se regodea en apelar a una cierta bibliografía marginal. <<